

Arturo y Carlota Pérez-Reverte  
*El Capitán Alatriste*

*A los abuelos Sebastián, Amelia, Pepe y Cala:  
por la vida, los libros y la memoria.*

*Va de cuento: nos regía  
un capitán que venía  
malherido, en el afán  
de su primera agonía.  
¡Señores, qué capitán  
el capitán de aquel día!*

E. Marquina  
( *En Flandes se ha puesto el sol* )



## I. LA TABERNA DEL TURCO

No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente. Se llamaba Diego Alatraste y Tenorio, y había luchado como soldado de los tercios viejos en las guerras de Flandes. Cuando lo conocí malvivía en Madrid, alquilándose por cuatro maravedíes en trabajos de poco lustre, a menudo en calidad de espadachín por cuenta de otros que no tenían la destreza o los arrestos para solventar sus propias querellas. Ya saben: un marido cornudo por aquí, un pleito o una herencia dudosa por allá, deudas de juego pagadas a medias y algunos etcéteras más. Ahora es fácil criticar eso; pero en aquellos tiempos la capital de las Españas era un lugar donde la vida había que buscársela a salto de mata, en una esquina, entre el brillo de dos aceros. En todo esto Diego Alatraste se desempeñaba con holgura. Tenía mucha destreza a la hora de tirar de espada, y manejaba mejor, con el disimulo de la zurda, esa daga estrecha y larga llamada por algunos vizcaína, con que los reñidores profesionales se ayudaban a menudo. Una de cal y otra de vizcaína, solía decirse. El adversario estaba ocupado largando y parando estocadas con fina esgrima, y de pronto le venía por abajo, a las tripas, una cuchillada corta como un relámpago que no daba tiempo ni a pedir confesión. Sí. Ya he dicho a vuestras mercedes que eran años duros.

El capitán Alatraste, por lo tanto, vivía de su espada. Hasta donde yo alcanzo, lo de capitán era más un apodo que un grado efectivo. El mote venía de antiguo: cuando, desempeñándose de soldado en las guerras del Rey, tuvo que cruzar una noche con otros veintinueve compañeros y un capitán de verdad cierto río helado, imagínense, viva España y todo eso, con la espada entre los dientes y en camisa para confundirse con la nieve, a fin de sorprender a un destacamento holandés. Que era el enemigo de entonces porque pretendían proclamarse independientes, y si te he visto no me acuerdo. El caso es que al final lo fueron, pero entre tanto los fastidiamos bien. Volviendo al capitán, la idea era sostenerse allí, en la orilla de un río, o un dique, o lo que diablos fuera, hasta que al alba las tropas del Rey nuestro señor lanzasen un ataque para reunirse con ellos. Total, que los herejes fueron debidamente acuchillados sin darles tiempo a decir esta boca es mía. Estaban durmiendo como marmotas, y en ésas salieron del agua los nuestros con ganas de calentarse y se quitaron el frío enviando herejes al infierno, o a donde vayan los malditos luteranos. Lo malo es que luego vino el alba, y se adentró la mañana, y el otro ataque español no se produjo. Cosas, contaron después, de celos entre maestros de campo y generales. Lo cierto es que los treinta y uno se quedaron allí abandonados a su suerte, entre reniegos, por vidas de y votos a tal, rodeados de holandeses dispuestos a vengar el degüello de sus camaradas. Más perdidos que la Armada Invencible del buen Rey Don Felipe el Segundo. Fue un día largo y muy duro. Y para que se hagan idea vuestras mercedes, sólo dos españoles consiguieron regresar a la otra orilla cuando llegó la noche. Diego Alatraste era uno de ellos, y como durante toda la jornada había mandado la tropa –al capitán de verdad lo dejaron listo de papeles en la primera escaramuza, con dos palmos de acero saliéndole por la espalda–, se le quedó el mote, aunque no llegara a disfrutar ese empleo. Capitán por un día, de una tropa sentenciada a muerte que se fue al carajo vendiendo cara su piel, uno tras otro, con el río a la espalda y blasfemando en buen castellano. Cosas de la guerra y la vorágine. Cosas de España.

En fin. Mi padre fue el otro soldado español que regresó aquella noche. Se llamaba Lope Balboa, era guipuzcoano y también era un hombre valiente. Dicen que Diego Alatraste y él fueron muy buenos amigos, casi como hermanos; y debe de ser cierto porque después, cuando a mi padre lo mataron de un tiro de arcabuz en un baluarte de Jülich –por eso Diego Velázquez no llegó a sacarlo más tarde en el cuadro de la toma de Breda como a su amigo y tocayo Alatraste, que sí está allí, tras el caballo–, le juró ocuparse de mí cuando fuera mozo. Ésa es la razón de que, a punto de cumplir los trece años, mi madre metiera una camisa, unos calzones, un rosario y un mendrugo de pan en un hatillo, y me mandara a vivir con el capitán, aprovechando el viaje de un primo suyo que venía a Madrid. Así fue como entré a servir, entre criado y paje, al amigo de mi padre.

Una confidencia: dudo mucho que, de haberlo conocido bien, la autora de mis días me hubiera enviado tan alegremente a su servicio. Pero supongo que el título de capitán, aunque fuera apócrifo, le daba un barniz honorable al personaje. Además, mi pobre madre no andaba bien de salud y tenía otras dos hijas que alimentar. De ese modo se quitaba una boca de encima y me daba la oportunidad de buscar fortuna en la Corte. Así que me facturó con su primo sin preocuparse de indagar más detalles, acompañado de una extensa carta, escrita por el cura de nuestro pueblo, en la que recordaba a Diego Alatraste sus compromisos y su amistad con el difunto. Recuerdo que cuando entré a su servicio había transcurrido poco tiempo desde su

regreso de Flandes, porque una herida fea que tenía en un costado, recibida en Fleurus, aún estaba fresca y le causaba fuertes dolores; y yo, recién llegado, tímido y asustadizo como un ratón, lo escuchaba por las noches, desde mi jergón, pasear arriba y abajo por su cuarto, incapaz de conciliar el sueño. Y a veces le oía canturrear en voz baja coplillas entrecortadas por los accesos de dolor, versos de Lope, una maldición o un comentario para sí mismo en voz alta, entre resignado y casi divertido por la situación. Eso era muy propio del capitán: encarar cada uno de sus males y desgracias como una especie de broma inevitable a la que un viejo conocido de perversas intenciones se divertiera en someterlo de vez en cuando. Quizá ésa era la causa de su peculiar sentido del humor áspero, inmutable y desesperado.

Ha pasado muchísimo tiempo y me embrollo un poco con las fechas. Pero la historia que voy a contarles debió de ocurrir hacia el año mil seiscientos y veintitantos, poco más o menos. Es la aventura de los enmascarados y los dos ingleses, que dio no poco que hablar en la Corte, y en la que el capitán no sólo estuvo a punto de dejar la piel remendada que había conseguido salvar de Flandes, del turco y de los corsarios berberiscos, sino que le costó hacerse un par de enemigos que ya lo acosarían durante el resto de su vida. Me refiero al secretario del Rey nuestro señor, Luis de Alquézar, y a su siniestro sicario italiano, aquel espadachín callado y peligroso que se llamó Gualterio Malatesta, tan acostumbrado a matar por la espalda que cuando por azar lo hacía de frente se sumía en profundas depresiones, imaginando que perdía facultades. También fue el año en que yo me enamoré como un becerro y para siempre de Angélica de Alquézar, perversa y malvada como sólo puede serlo el Mal encarnado en una niña rubia de once o doce años. Pero cada cosa la contaremos a su tiempo.

Me llamo Íñigo. Y mi nombre fue lo primero que pronunció el capitán Alatraste la mañana en que lo soltaron de la vieja cárcel de Corte, donde había pasado tres semanas a expensas del Rey por impago de deudas. Lo de las expensas es un modo de hablar, pues tanto en ésa como en las otras prisiones de la época, los únicos lujos –y en lujos incluíase la comida– eran los que cada cual podía pagarse de su bolsa. Por fortuna, aunque al capitán lo habían puesto en galeras casi ayuno de dineros, contaba con no pocos amigos. Así que entre unos y otros lo fueron socorriendo durante su encierro, más llevadero merced a los potajes que Caridad la Lebrijana, la dueña de la taberna del Turco, le enviaba conmigo de vez en cuando, y a algunos reales de a cuatro que le hacían llegar sus compadres Don Francisco de Quevedo, Juan Vicuña y algún otro. En cuanto al resto, y me refiero a los percances propios de la prisión, el capitán sabía guardarse como nadie. Notoria era en aquel tiempo la afición carcelaria a aligerar de bienes, ropas y hasta de calzado a los mismos compañeros de infortunio. Pero Diego Alatraste era lo bastante conocido en Madrid; y quien no lo conocía no tardaba en averiguar que era más saludable andársele con mucho tiento. Según supe después, lo primero que hizo al ingresar en el estaribel fue irse derecho al más peligroso jaque entre los reclusos y, tras saludarlo con mucha política, ponerle en el gznate una cuchilla corta de matarife, que había podido conservar merced a la entrega de unos maravedíes al carcelero. Eso fue mano de santo. Tras aquella inequívoca declaración de principios nadie se atrevió a molestar al capitán, que en adelante pudo dormir tranquilo envuelto en su capa en un rincón más o menos limpio del establecimiento, protegido por su fama de hombre de hígados.

Después, el generoso reparto de los potajes de la Lebrijana y las botellas de vino compradas al alcaide con el socorro de los amigos aseguraron sólidas lealtades en el recinto, incluida la del rufián del primer día, un cordobés que tenía por mal nombre Bartolo Cagafuego, quien a pesar de andar en jácaras como habitual de llamarse a iglesia y frecuentar galeras, no resultó nada rencoroso. Era ésa una de las virtudes de Diego Alatraste: podía hacer amigos hasta en el infierno.

Parece mentira. No recuerdo bien el año –era el veintidós o el veintitrés del siglo–, pero de lo que estoy seguro es de que el capitán salió de la cárcel una de esas mañanas azules y luminosas de Madrid, con un frío que cortaba el aliento. Desde aquel día que –ambos todavía lo ignorábamos– tanto iba a cambiar nuestras vidas, ha pasado mucho tiempo y mucha agua bajo los puentes del Manzanares; pero todavía me parece ver a Diego Alatraste flaco y sin afeitar, parado en el umbral con el portón de madera negra claveteada cerrándose a su espalda. Recuerdo perfectamente su parpadeo ante la claridad cegadora de la calle, con aquel espeso bigote que le ocultaba el labio superior, su delgada silueta envuelta en la capa, y el sombrero de ala ancha bajo cuya sombra entornaba los ojos claros, deslumbrados, que parecieron sonreír al divisarme sentado en un poyete de la plaza. Había algo singular en la mirada del capitán: por una parte era muy clara y muy fría, glauca como el agua de los charcos en las mañanas de invierno. Por otra, podía quebrarse de pronto en una sonrisa cálida y acogedora, como un golpe de calor fundiendo una placa de hielo, mientras el rostro permanecía serio, inexpresivo o grave. Poseía, aparte de ésa, otra sonrisa más inquietante que reservaba para los momentos de peligro o de tristeza: una mueca bajo el mostacho que torcía éste ligeramente hacia la comisura izquierda y siempre resultaba amenazadora como una estocada –que solía venir acto seguido–, o fúnebre como un presagio cuando acudía al hilo de varias botellas de vino, de esas que el capitán solía despachar a solas en sus días de silencio. Azumbre y medio sin respirar, y aquel gesto para secarse el

mostacho con el dorso de la mano, la mirada perdida en la pared de enfrente. Botellas para matar a los fantasmas, solía decir él, aunque nunca lograba matarlos del todo.

La sonrisa que me dirigió aquella mañana, al encontrarme esperándolo, pertenecía a la primera clase: la que le iluminaba los ojos desmintiendo la imperturbable gravedad del rostro y la aspereza que a menudo se esforzaba en dar a sus palabras, aunque estuviese lejos de sentirla en realidad. Miró a un lado y otro de la calle, pareció satisfecho al no encontrar acechando a ningún nuevo acreedor, vino hasta mí, se quitó la capa a pesar del frío y me la arrojó, hecha un gurrño.

—Íñigo —dijo—. Hiérvela. Está llena de chinches.

La capa apestaba, como él mismo. También su ropa tenía bichos como para merendarse la oreja de un toro; pero todo eso quedó resuelto menos de una hora más tarde, en la casa de baños de Mendo el Toscano, un barbero que había sido soldado en Nápoles cuando mozo, tenía en mucho aprecio a Diego Alatríste y le fiaba. Al acudir con una muda y el otro único traje que el capitán conservaba en el armario carcomido que nos servía de guardarropa, lo encontré de pie en una tina de madera llena de agua sucia, secándose. El Toscano le había rapado bien la barba, y el pelo castaño, corto, húmedo y peinado hacia atrás, partido en dos por una raya en el centro, dejaba al descubierto una frente amplia, tostada por el sol del patio de la prisión, con una pequeña cicatriz que bajaba sobre la ceja izquierda. Mientras terminaba de secarse y se ponía el calzón y la camisa observé las otras cicatrices que ya conocía. Una en forma de media luna, entre el ombligo y la tetilla derecha. Otra larga, en un muslo, como un zigzag. Ambas eran de arma blanca, espada o daga; a diferencia de una cuarta en la espalda, que tenía la inconfundible forma de estrella que deja un balazo. La quinta era la más reciente, aún no curada del todo, la misma que le impedía dormir bien por las noches: un tajo violáceo de casi un palmo en el costado izquierdo, recuerdo de la batalla de Fleurus, viejo de más de un año, que a veces se abría un poco y supuraba; aunque ese día, cuando su propietario salió de la tina, no tenía mal aspecto.

Lo asistí mientras se vestía despacio, con descuido, el jubón gris oscuro y los calzones del mismo color, que eran de los llamados valones, cerrados en las rodillas sobre los borcegués que disimulaban los zurcidos de las medias. Se ciñó después el cinto de cuero que yo había engrasado cuidadosamente durante su ausencia, e introdujo en él la espada de grandes gavilanes cuya hoja y cazoleta mostraban las huellas, mellas y arañazos de otros días y otros aceros. Era una espada buena, larga, amenazadora y toledana, que entraba y salía de la vaina con un siseo metálico interminable, que ponía la piel de gallina. Después contempló un instante su aspecto en un maltrecho espejo de medio cuerpo que había en el cuarto, y esbozó la sonrisa fatigada:

—Voto a Dios —dijo entre dientes— que tengo sed.

Sin más comentarios me precedió escaleras abajo, y luego por la calle de Toledo hasta la taberna del Turco. Como iba sin capa caminaba por el lado del sol, con la cabeza alta y su raída pluma roja en la toquilla del sombrero, cuya ancha ala rozaba con la mano para saludar a algún conocido, o se quitaba al cruzarse con damas de cierta calidad. Lo seguí, distraído, mirando a los golfillos que jugaban en la calle, a las vendedoras de legumbres de los soportales y a los ociosos que tomaban el sol conversando en corros junto a la iglesia de los jesuitas. Aunque nunca fui en exceso inocente, y los meses que llevaba en el vecindario habían tenido la virtud de espabilarme, yo era todavía un cachorro joven y curioso que descubría el mundo con ojos llenos de asombro, procurando no perderme detalle. En cuanto al carruaje, oí los cascos de las dos mulas del tiro y el sonido de las ruedas que se acercaban a nuestra espalda. Al principio apenas presté atención; el paso de coches y carrozas resultaba habitual, pues la calle era vía de tránsito corriente para dirigirse a la Plaza Mayor y al Alcázar Real. Pero al levantar un momento la vista cuando el carruaje llegó a nuestra altura, encontré una portezuela sin escudo y, en la ventanilla, el rostro de una niña, unos cabellos rubios peinados en tirabuzones, y la mirada más azul, limpia y turbadora que he contemplado en toda mi vida. Aquellos ojos se cruzaron con los míos un instante y luego, llevados por el movimiento del coche, se alejaron calle arriba. Y yo me estremecí, sin conocer todavía muy bien por qué. Pero mi estremecimiento hubiera sido aún mayor de haber sabido que acababa de mirarme el Diablo.

—No queda sino batirnos —dijo Don Francisco de Quevedo.

La mesa estaba llena de botellas vacías, y cada vez que a Don Francisco se le iba la mano con el vino de San Martín de Valdeiglesias —lo que ocurría con frecuencia—, se empeñaba en tirar de espada y batirse con Cristo. Era un poeta cojitranco y valentón, putañero, corto de vista, caballero de Santiago, tan rápido de ingenio y lengua como de espada, famoso en la Corte por sus buenos versos y su mala leche. Eso le costaba, por temporadas, andar de destierro en destierro y de prisión en prisión; porque si bien es cierto que el buen Rey Felipe Cuarto, nuestro señor, y su valido el conde de Olivares apreciaban como todo Madrid sus certeros versos, lo que ya no les gustaba tanto era protagonizarlos. Así que de vez en cuando, tras la aparición de algún soneto o quintilla anónimos donde todo el mundo reconocía la mano del poeta, los alguaciles y corchetes del corregidor se dejaban caer por la taberna, o por su domicilio, o por los mentideros que

frecuentaba, para invitarlo respetuosamente a acompañarlos, dejándolo fuera de la circulación por unos días o unos meses. Como era testarudo, orgulloso, y no escarmentaba nunca, estas peripecias eran frecuentes y le agriaban el carácter. Resultaba, sin embargo, excelente compañero de mesa y buen amigo para sus amigos, entre los que se contaba el capitán Alatraste. Ambos frecuentaban la taberna del Turco, donde montaban tertulia en torno a una de las mejores mesas, que Caridad la Lebrijana –que había sido puta y todavía lo era con el capitán de vez en cuando, aunque de balde– solía reservarles. Con Don Francisco y el capitán, aquella mañana completaban la concurrencia algunos habituales: el Licenciado Calzas, Juan Vicuña, el Dómine Pérez y el Tuerto Fadrique, boticario de Puerta Cerrada.

–No queda sino batirnos –insistió el poeta.

Estaba, como dije, visiblemente iluminado por medio azumbre de Valdeiglesias. Se había puesto en pie, derribando un taburete, y con la mano en el pomo de la espada lanzaba rayos con la mirada a los ocupantes de una mesa vecina, un par de forasteros cuyas largas herreruzas y capas estaban colgadas en la pared, y que acababan de felicitar al poeta por unos versos que en realidad pertenecían a Luis de Góngora, su más odiado adversario en la república de las Letras, a quien acusaba de todo: de sodomita, perro y judío. Había sido un error de buena fe, o al menos eso parecía; pero Don Francisco no estaba dispuesto a pasarlo por alto:

*Yo te untaré mis versos con tocino  
porque no me los muerdas, Gongorilla...*

Empezó a improvisar allí mismo, incierto el equilibrio, sin soltar la empuñadura de la espada, mientras los forasteros intentaban disculparse, y el capitán y los otros contertulios sujetaban a Don Francisco para impedirle que desenvainara la blanca y fuese a por los dos fulanos.

–Es una afrenta, pardiez –decía el poeta, intentando desasir la diestra que le sujetaban los amigos, mientras se ajustaba con la mano libre los anteojos torcidos en la nariz–. Un palmo de acero pondrá las cosas en su, hip, sitio.

–Mucho acero es para derrocharlo tan de mañana, Don Francisco–mediaba Diego Alatraste, con buen criterio.

–Poco me parece a mí –sin quitar ojo a los otros, el poeta se enderezaba el mostacho con expresión feroz–. Así que seamos generosos: un palmo para cada uno de estos hijosdalgo, que son hijos de algo, sin duda; pero con dudas, hidalgos.

Aquello eran palabras mayores, así que los forasteros hacían ademán de requerir sus espadas y salir afuera; y el capitán y los otros amigos, impotentes para evitar la querrela, les pedían comprensión para el estado alcohólico del poeta y que desembarazaran el campo, que no había gloria en batirse con un hombre ebrio, ni desdoro en retirarse con prudencia por evitar males mayores.

–Bella gerant alii –sugería el Dómine Pérez, intentando contemporizar.

El Dómine Pérez era un padre jesuita que se desempeñaba en la vecina iglesia de San Pedro y San Pablo. Su natural bondadoso y sus latines solían obrar un efecto sedante, pues los pronunciaba en tono de inapelable buen juicio. Pero aquellos dos forasteros no sabían latín, y el retruécano sobre los hijosdalgo era difícil de tragar como si nada. Además, la mediación del clérigo se veía minada por las guasas zumbonas del Licenciado Calzas: un leguleyo listo, cínico y tramposo, asiduo de los tribunales, especialista en defender causas que sabía convertir en pleitos interminables hasta que sangraba al cliente de su último maravedí. Al licenciado le encantaba la bulla, y siempre andaba picando a todo hijo de vecino.

–No os disminuyáis, Don Francisco –decía por lo bajini–. Que os abonen las costas.

De modo que la concurrencia se disponía a presenciar un suceso de los que al día siguiente aparecían publicados en las hojas de Avisos y Noticias. Y el capitán Alatraste, a pesar de sus esfuerzos por tranquilizar al amigo, empezaba a aceptar como inevitable el verse a cuchilladas en la calle con los forasteros, por no dejar solo a Don Francisco en el lance.

–Aio, te vincere posse –concluyó el Dómine Pérez resignándose, mientras el Licenciado Calzas disimulaba la risa con la nariz dentro de una jarra de vino. Y tras un profundo suspiro, el capitán empezó a levantarse de la mesa. Don Francisco, que ya tenía cuatro dedos de espada fuera de la vaina, le echó una amistosa mirada de gratitud, y aún tuvo asaduras para dedicarle un par de versos:

*Tú, en cuyas venas laten Alatristes  
a quienes ennoblece tu cuchilla...*

–No me jodáis, Don Francisco –respondió el capitán, malhumorado–. Riñamos con quien sea menester, pero no me jodáis.

—Así hablan los, hip, hombres —dijo el poeta, disfrutando visiblemente con la que acababa de liar. El resto de los contertulios lo jaleaba unánime, desistiendo como el Dómine Pérez de los esfuerzos conciliadores, y en el fondo encantados de antemano con el espectáculo; pues si Don Francisco de Quevedo, incluso mamado, resultaba un esgrimidor terrible, la intervención de Diego Alatraste como pareja de baile no dejaba resquicio de duda sobre el resultado. Se cruzaban apuestas sobre el número de estocadas que iban a repartirse a escote los forasteros, ignorantes de con quiénes se jugaban los maravedís.

Total, que bebió el capitán un trago de vino, ya en pie, miró a los forasteros como disculpándose por lo lejos que había ido todo aquello, e hizo gesto con la cabeza de salir afuera, para no enredarle la taberna a Caridad la Lebrijana, que andaba preocupada por el mobiliario.

—Cuando gusten vuestras mercedes.

Se ciñeron las herreruzas los otros y encamináronse todos hacia la calle, entre gran expectación, procurando no darse las espaldas por si acaso; que Jesucristo bien dijo hermanos, pero no primos. En eso estaban, todavía con los aceros en las vainas, cuando en la puerta, para desencanto de la concurrencia y alivio de Diego Alatraste, apareció la inconfundible silueta del teniente de alguaciles Martín Saldaña.

—Se fastidió la fiesta —dijo Don Francisco de Quevedo.

Y, encogiendo los hombros, ajustóse los anteojos, miró al soslayo, fuese de nuevo a su mesa, descorchó otra botella, y no hubo nada.

—Tengo un asunto para ti.

El teniente de alguaciles Martín Saldaña era duro y tostado como un ladrillo. Vestía sobre el jubón un colete de ante, acolchado por dentro, que era muy práctico para amortiguar cuchilladas; y entre espada, daga, puñal y pistolas llevaba encima más hierro que Vizcaya. Había sido soldado en las guerras de Flandes, como Diego Alatraste y mi difunto padre, y en buena camaradería con ellos había pasado luengos años de penas y zozobras, aunque a la postre con mejor fortuna: mientras mi progenitor criaba malvas en tierra de herejes y el capitán se ganaba la vida como espadachín a sueldo, un cuñado mayordomo en Palacio y una mujer madura pero aún hermosa ayudaron a Saldaña a medrar en Madrid tras su licencia de Flandes, cuando la tregua del difunto Rey Don Felipe Tercero con los holandeses. Lo de la mujer lo consigno sin pruebas —yo era demasiado joven para conocer detalles—, pero corrían rumores de que cierto corregidor usaba de libertades con la antedicha, y eso había propiciado el nombramiento del marido como teniente de alguaciles, cargo que equivalía a jefe de las rondas que vigilaban los barrios —entonces aún llamados cuarteles— de Madrid. En cualquier caso, nadie se atrevió jamás a hacer ante Martín Saldaña la menor insinuación al respecto. Cornudo o no, lo que no podía ponerse en duda es que era bravo y con malas pulgas. Había sido buen soldado, tenía el pellejo remendado de muchas heridas y sabía hacerse respetar con los puños o con una toledana en la mano. Era, en fin, todo lo honrado que podía esperarse en un jefe de alguaciles de la época. También apreciaba a Diego Alatraste, y procuraba favorecerlo siempre que podía. Era la suya una amistad vieja, profesional; ruda como corresponde a hombres de su talante, pero realista y sincera.

—Un asunto —repitió el capitán. Habían salido a la calle y estaban al sol, apoyados en la pared, cada uno con su jarra en la mano, viendo pasar gente y carruajes por la calle de Toledo.

Saldaña lo miró unos instantes, acariciándose la barba que llevaba espesa, salpicada con canas de soldado viejo, para taparse un tajo que tenía desde la boca hasta la oreja derecha.

—Has salido de la cárcel hace unas horas y estás sin un ardite en la bolsa —dijo—. Antes de dos días habrás aceptado cualquier trabajo de medio pelo, como escoltar a algún lindo pisaverde para que el hermano de su amada no lo mate en una esquina, o asumirás el encargo de acuchillarle a alguien las orejas por cuenta de un acreedor. O te pondrás a rondar las mancebías y los garitos, para ver qué puedes sacar de los forasteros y de los curas que acuden a jugarse el cepillo de San Eufrasio... De aquí a poco te meterás en un lío: una mala estocada, una riña, una denuncia. Y vuelta a empezar —bebió un corto sorbo de la jarra, entornados los ojos, sin apartarlos del capitán—. ¿Crees que eso es vida?

Diego Alatraste encogió los hombros.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Miraba a su antiguo camarada de Flandes con fijeza franca. No todos tenemos la suerte de ser teniente de alguaciles, decía su gesto. Saldaña se escarbó los dientes con la uña y movió la cabeza dos veces, de arriba abajo. Ambos sabían que, de no ser por las cosas del azar y de la vida, él podía encontrarse perfectamente en la misma situación que el capitán. Madrid estaba lleno de viejos soldados que malvivían en calles y plazas, con el cinto lleno de cañones de hoja de lata: aquellos canutos donde guardaban sus arrugadas recomendaciones, memoriales e inútiles hojas de servicio, que a nadie importaban un bledo. En busca del golpe de suerte que no llegaba jamás.

—Para eso he venido, Diego. Hay alguien que te necesita.

—¿A mí, o a mi espada?

Torcía el bigote con la mueca que solía hacerle las veces de sonrisa. Saldaña se echó a reír muy fuerte.

–Ésa es una pregunta idiota –dijo–. Hay mujeres que interesan por sus encantos, curas por sus absoluciones, viejos por su dinero... En cuanto a los hombres como tú o como yo, sólo interesan por su espada –hizo una pausa para mirar a uno y otro lado, bebió un nuevo trago de vino y bajó un poco la voz–. Se trata de gente de calidad. Un golpe seguro, sin riesgos salvo los habituales... A cambio hay una buena bolsa.

El capitán observó a su amigo, interesado. En aquellos momentos, la palabra bolsa habría bastado para arrancarle del más profundo sueño o la más atroz borrachera.

–¿Cómo de buena?

–Unos sesenta escudos. En doblones de a cuatro.

–No está mal –las pupilas se empequeñecieron en los ojos claros de Diego Alatraste– ¿Hay que matar? Saldaña hizo un gesto evasivo, mirando furtivamente hacia la puerta de la taberna.

–Es posible, pero yo ignoro los detalles... Y quiero seguir ignorándolos, a ver si me entiendes. Todo lo que sé es que se trata de una emboscada. Algo discreto, de noche, en plan embozados y demás. Hola y adiós.

–¿Solo, o en compañía?

–En compañía, imagino. Se trata de despachar a un par. O tal vez sólo de darles un buen susto. Quizá persignarlos con un chirlo en la cara o algo así... Vete a saber.

–¿Quiénes son los gorriones?

Ahora Saldaña movía la cabeza, como si hubiera dicho más de lo que deseaba decir.

–Cada cosa a su tiempo. Además, yo me limito a oficiar de mensajero.

El capitán apuraba la jarra, pensativo. En aquella época, quince doblones de a cuatro, en oro, eran más de setecientos reales: suficiente para salir de apuros, comprar ropa blanca, un traje, liquidar deudas, ordenarse un poco la vida. Adecentar los dos cuartuchos alquilados donde vivíamos él y yo, en el piso de arriba del corral abierto en la trasera de la taberna, con puerta a la calle del Arcabuz. Comer caliente sin depender de los muslos generosos de Caridad la Lebrijana.

–También –añadió Saldaña, que parecía seguirle el hilo de los pensamientos– te pondrá en contacto este trabajo con gente importante. Gente buena para tu futuro.

–Mi futuro –repitió absorto el capitán, como un eco.

## II. LOS ENMASCARADOS

La calle estaba oscura y no se veía un alma. Embozado en una capa vieja prestada por Don Francisco de Quevedo, Diego Alatraste se detuvo junto a la tapia y echó un cauteloso vistazo. Un farol, había dicho Saldaña. En efecto, un pequeño farol encendido alumbraba la oscuridad de un portillo, y al otro lado se adivinaba, entre las ramas de los árboles, el tejado sombrío de una casa. Era la hora menguada, cerca de la medianoche, cuando los vecinos gritaban agua va y arrojaban inmundicias por las ventanas, o los matones a sueldo y los salteadores acechaban a sus víctimas en la oscuridad de las calles desprovistas de alumbrado. Pero allí no había vecinos ni parecía haberlos habido nunca; todo estaba en silencio. En cuanto a eventuales ladrones y asesinos, Diego Alatraste iba precavido. Además, desde muy temprana edad había aprendido un principio básico de la vida y la supervivencia: si te empeñas, tú mismo puedes ser tan peligroso como cualquiera que se cruce en tu camino. O más. En cuanto a la cita de aquella noche, las instrucciones incluían caminar desde la antigua puerta de Santa Bárbara por la primera calle a la derecha hasta encontrar un muro de ladrillo y una luz. Hasta ahí, todo iba bien. El capitán se quedó quieto un rato para estudiar el lugar, evitando mirar directamente el farol para que éste no lo deslumbrase al escudriñar los rincones más oscuros, y por fin, tras palpase un momento el colete de cuero de búfalo que se había puesto bajo la ropilla para el caso de cuchilladas inoportunas, se caló más el sombrero y anduvo despacio hasta el portillo. Yo lo había visto vestirse una hora antes en nuestra casa, con minuciosidad profesional:

–Volveré tarde, Íñigo. No me esperes despierto.

Habíamos cenado una sopa con migas de pan, un cuartillo de vino y un par de huevos cocidos; y después, tras lavarse la cara y las manos en una jofaina, y mientras yo le remendaba unas calzas viejas a la luz de un velón de sebo, Diego Alatraste se preparó para salir, con las precauciones adecuadas al caso. No es que recelara una mala jugada de Martín Saldaña; pero también los tenientes de alguaciles podían ser víctimas de engaño, o sobornados. Incluso tratándose de viejos amigos y camaradas. Y de ser así, Alatraste no le hubiera guardado excesivo rencor. En aquel tiempo, cualquier cosa en la corte de ese Rey joven, simpático, mujeriego, piadoso y fatal para las pobres Españas que fue el buen Don Felipe Cuarto podía ser comprada con dinero; hasta las conciencias. Tampoco es que hayamos cambiado mucho desde entonces. El caso es que, para acudir a la cita, el capitán tomó sus precauciones. En la parte posterior del cinto se colgó la daga vizcaína; y vi que también introducía en la caña de su bota derecha la corta cuchilla de matarife que tan buenos servicios había prestado en la cárcel de Corte. Mientras hacía todos esos gestos observé a hurtadillas su rostro grave, absorto, donde la luz de sebo hundía las mejillas y acentuaba la fiera pincelada del mostacho. No parecía muy orgulloso de sí mismo. Por un momento, al mover los ojos en busca de la espada, su mirada encontró la mía; y sus ojos claros se apartaron de inmediato, rehuyéndome, casi temerosos de que yo pudiera leer algo inconveniente en ellos. Pero sólo fue un instante, y luego volvió a mirarme de nuevo, franco, con una breve sonrisa.

–Hay que ganarse el pan, zagal– dijo.

Después se herró el cinto con la espada –siempre se negó, salvo en la guerra, a llevarla colgada del hombro como los valentones y jaques de medio pelo–, comprobó que ésta salía y entraba en la vaina sin dificultad, y se puso la capa que aquella misma tarde le había prestado Don Francisco. Lo de la capa, amén de que estábamos en marzo y las noches no eran para afrontarlas a cuerpo limpio, tenía otra utilidad: en aquel Madrid peligroso, de calles mal iluminadas y estrechas, esa prenda era muy práctica a la hora de reñir al arma blanca. Terciada al pecho o enrollada sobre el brazo izquierdo, servía como broquel para protegerse del adversario; y arrojada sobre su acero, podía embarazarlo mientras se le asestaba una estocada oportuna. A fin de cuentas, lo de jugar limpio cuando iba a escote el pellejo, eso era algo que tal vez contribuyera a la salvación del alma en la vida eterna; pero en lo tocante a la de acá, la terrena, suponía, sin duda, el camino más corto para abandonarla con cara de idiota y un palmo de acero en el hígado. Y Diego Alatraste no tenía ninguna maldita prisa.

El farol daba una luz aceitosa al portillo cuando el capitán golpeó cuatro veces, como le había indicado Saldaña. Después de hacerlo desembarazó la empuñadura de la espada y mantuvo atrás la mano siniestra, cerca del pomo de la vizcaína. Al otro lado se oyeron pasos y la puerta se abrió silenciosamente. La silueta de un criado se recortó en el umbral.

–¿Vuestro nombre?



–Alatriste.

Sin más palabras el fámulo se puso en marcha, precediéndolo por un sendero que discurría bajo los árboles de una huerta. El edificio era un viejo lugar que al capitán le pareció abandonado. Aunque no conocía demasiado aquella zona de Madrid, próxima al camino de Hortaleza, ató cabos y creyó recordar los muros y el tejado de un decrepito caserón que alguna vez había entrevisto, de paso.

–Aguarde aquí vuestra merced a que lo llamen.

Acababan de entrar en un pequeño cuarto de paredes desnudas, sin muebles, donde un candelabro puesto en el suelo iluminaba antiguas pinturas en la pared. En un ángulo de la habitación había un hombre embozado en una capa negra y cubierto por un sombrero del mismo color y anchas alas. El embozado no hizo ningún movimiento al entrar el capitán, y cuando el criado –que a la luz de las velas se mostró hombre de mediana edad y sin librea que lo identificara– se retiró dejándolos solos, permaneció inmóvil en su sitio, como una estatua oscura, observando al recién llegado. Lo único vivo que se veía entre la capa y el sombrero eran sus ojos, muy negros y brillantes, que la luz del suelo iluminaba entre sombras, dándoles una expresión amenazadora y fantasmal. Con un vistazo de experto, Diego Alatriste se fijó en las botas de cuero y en la punta de la espada que levantaba un poco, hacia atrás, la capa del desconocido. Su aplomo era el de un espadachín, o el de un soldado. Ninguno cambió con el otro palabra alguna y permanecieron allí, quietos y silenciosos a uno y otro lado del candelabro que los iluminaba desde abajo, estudiándose para averiguar si se las habían con un camarada o un adversario; aunque en la profesión de Diego Alatriste podían, perfectamente, darse ambas circunstancias a la vez.

–No quiero muertos –dijo el enmascarado alto.

Era fuerte, grande de espaldas, y también era el único que se mantenía cubierto, tocado con un sombrero sin pluma, cinta ni adornos. Bajo el antifaz que le cubría el rostro despuntaba el extremo de una barba negra y espesa. Vestía ropas oscuras, de calidad, con puños y cuello de encaje fino de Flandes, y bajo la capa que tenía sobre los hombros brillaban una cadena de oro y el pomo dorado de una espada. Hablaba como quien suele mandar y ser obedecido en el acto, y eso se veía confirmado por la deferencia que le mostraba su acompañante: un hombre de mediana estatura, cabeza redonda y cabello escaso, cubierto con un ropón oscuro que disimulaba su indumentaria. Los dos enmascarados habían recibido a Diego Alatriste y al otro individuo tras hacerlos esperar media hora larga en la antesala.

–Ni muertos ni sangre –insistió el hombre corpulento–. Al menos, no mucha.

El de la cabeza redonda alzó ambas manos. Tenía, observó Diego Alatriste, las uñas sucias y manchas de tinta en los dedos, como las de un escribano; pero lucía un grueso sello de oro en el meñique de la siniestra.

–Tal vez algún picotazo –le oyeron sugerir en tono prudente–. Algo que justifique el lance.

–Pero sólo al más rubio –puntualizó el otro.

–Por supuesto, Excelencia.

Alatriste y el hombre de la capa negra cambiaron una mirada profesional, como consultándose el alcance de la palabra picotazo, y las posibilidades –más bien remotas– de distinguir a un rubio de otro en mitad de una refriega, y de noche. Imaginad el cuadro: sería vuestra merced tan amable de venir a la luz y destocarse, caballero, gracias, veo que sois el más rubio, permitid que os introduzca una cuarta de acero toledano en los higadillos. En fin. Respecto al embozado, éste se había descubierto al entrar, y ahora Alatriste podía verle la cara a la luz del farol que había sobre la mesa, iluminando a los cuatro hombres y las paredes de una vieja biblioteca polvorienta y roída por los ratones: era alto, flaco y silencioso; rondaba los treinta y tantos años, tenía el rostro picado con antiguas marcas de viruela, y un bigote fino y muy recortado le daba cierto aspecto extraño, extranjero. Sus ojos y el pelo, largo hasta los hombros, eran negros como el resto de su indumentaria, y llevaba al cinto una espada con exagerada cazoleta redonda de acero y prolongados gavilanes, que nadie, sino un esgrimidor consumado, se hubiera atrevido a exponer a las burlas de la gente sin los arrestos y la destreza precisos para respaldar, por vía de hechos, la apariencia de semejante tizona. Pero aquel fulano no tenía aspecto de permitir que se burlaran de él ni tanto así. Era de esos que buscas en un libro las palabras espadachín y asesino, y sale su retrato.

–Son dos caballeros extranjeros, jóvenes –prosiguió el enmascarado de la cabeza redonda–. Viajan de incógnito, así que sus auténticos nombres y condición no tienen importancia. El de más edad se hace llamar Thomas Smith y no pasa de treinta años. El otro, John Smith, tiene apenas veintitrés. Entrarán en Madrid a caballo, solos, la noche de mañana viernes. Cansados, imagino, pues viajan desde hace días. Ignoramos por qué puerta pasarán, así que lo más seguro parece aguardarlos cerca de su punto de destino, que es la casa de las Siete Chimeneas... ¿La conocen vuestras mercedes?

Diego Alatriste y su compañero movieron afirmativamente la cabeza. Todo el mundo en Madrid conocía la residencia del conde de Bristol, embajador de Inglaterra.

–El negocio debe transcurrir –continuó el enmascarado– como si los dos viajeros fuesen víctimas de un asalto de vulgares salteadores. Eso incluye quitarles cuanto llevan. Sería conveniente que el más rubio y arrogante, que es el mayor, quede herido; una cuchillada en una pierna o un brazo, pero de poca gravedad. En cuanto al más joven, basta con dejarlo librarse con un buen susto –en este punto, el que hablaba se volvió ligeramente hacia el hombre corpulento, como en espera de su aprobación–. Es importante hacerse con cuanta carta y documento lleven encima, y entregarlos puntualmente.

–¿A quién? –preguntó Alatraste.

–A alguien que aguardará al otro lado del Carmen Descalzo. El santo y seña es Monteros y Suizos.

Mientras hablaba, el hombre de la cabeza redonda introdujo una mano en el ropón oscuro que cubría su traje y sacó una pequeña bolsa. Por un instante Alatraste creyó entrever en su pecho el extremo rojo del bordado de una cruz de la Orden de Calatrava, pero su atención no tardó en desviarse hacia el dinero que el enmascarado ponía sobre la mesa: la luz del farol hacía relucir cinco doblones de a cuatro para su compañero, y cinco para él. Monedas limpias, bruñidas. Poderoso caballero, habría dicho Don Francisco de Quevedo, de terciar en aquel lance. Metal bendito, recién acuñado con el escudo del Rey nuestro señor. Gloria pura con la que comprar cama, comida, vestido y el calor de una mujer.

–Faltan diez piezas de oro –dijo el capitán–. Para cada uno.

El tono del otro se volvió desabrido:

–Quien aguarda mañana por la noche entregará el resto, a cambio de los documentos que llevan los viajeros.

–¿Y si algo sale mal?

Los ojos del enmascarado corpulento a quien su acompañante había llamado Excelencia parecieron perforar al capitán a través de los agujeros del antifaz.

–Es mejor, por el bien de todos, que nada salga mal –dijo.

Su voz había sonado con ecos de amenaza, y era evidente que amenazar formaba parte del tipo de cosas que aquel individuo disponía a diario. También saltaba a la vista que era de los que sólo necesitan amenazar una vez, y las más de las veces ni siquiera eso. Aun así, Alatraste se retorció con dos dedos una guía del mostacho mientras le sostenía al otro la mirada, ceñudo y con las plantas bien afirmadas en el suelo, resuelto a no dejarse impresionar ni por una Excelencia ni por el Sursum Corda. No le gustaba que le pagasen a plazos, y menos que le leyeran la cartilla, de noche y a la luz de un farol, dos desconocidos que se ocultaban tras sendas máscaras y encima no liquidaban al contado. Pero su compañero del rostro con marcas de viruela, menos quisquilloso, parecía interesado en otras cuestiones:

–¿Qué pasa con las bolsas de los dos pardillos? –le oyó preguntar–... ¿También hemos de entregarlas?

Italiano, dedujo el capitán al oír su acento. Hablaba quedo y grave, casi confidencial, pero de un modo apagado, áspero, que producía una incómoda desazón. Como si alguien le hubiera quemado las cuerdas vocales con alcohol puro. En lo formal, el tono de aquel individuo era respetuoso; pero había una nota falsa en él. Una especie de insolencia no por disimulada menos inquietante. Miraba a los enmascarados con una sonrisa, que era a un tiempo amistosa y siniestra, blanqueándole bajo el bigote recortado. No resultaba difícil imaginarlo con el mismo gesto mientras su cuchilla, ris, ras, rasgaba la ropa de un cliente con la carne que hubiera debajo. Aquélla era una sonrisa tan desproporcionadamente simpática que daba escalofríos.

–No es imprescindible –respondió el de la cabeza redonda, tras consultar en silencio con el otro enmascarado, que asintió–. Las bolsas pueden quedárselas vuestras mercedes, si lo desean. Como gajes.

El italiano silbó entre dientes un aire musical parecido a la chacona, algo como tiruri–ta–ta repetido un par de veces, mientras miraba de soslayo al capitán:

–Creo que me va a gustar este trabajo.

La sonrisa le había desaparecido de la boca para refugiarse en los ojos negros, que relucieron de modo peligroso. Aquélla fue la primera vez que Alatraste vio sonreír a Gualterío Malatesta. Y sobre ese encuentro, preludio de una larga y accidentada serie, el capitán me contaría más tarde que, en el mismo instante, su pensamiento fue que si alguna vez alguien le dirigía una sonrisa como aquélla en un callejón solitario, no se la haría repetir dos veces antes de echar mano a la blanca y desenvainar como un rayo. Cruzarse con aquel personaje era sentir la necesidad urgente de madrugar antes que, de modo irreparable, te madrugara él. Imaginen vuestras mercedes una serpiente cómplice y peligrosa, que nunca sabes de qué lado está hasta que compruebas que sólo está del suyo propio, y todo lo demás se le da una higa. Uno de esos fulanos atravesados, correosos, llenos de recovecos sombríos, con los que tienes la certeza absoluta de que nunca debes bajar la guardia, y de que más vale largarle una buena estocada, por si las moscas, antes que te la pegue él a ti.

El enmascarado corpulento era hombre de pocas palabras. Todavía aguardó un rato en silencio, escuchando con atención cómo el de la cabeza redonda explicaba a Diego Alatraste y al italiano los últimos detalles del

asunto. Un par de veces movió afirmativamente la cabeza, mostrando aprobación a lo que oía. Luego dio media vuelta y anduvo hasta la puerta.

–Quiero poca sangre –le oyeron insistir por última vez, desde el umbral.

Por los indicios anteriores, el tratamiento, y sobre todo por el gesto de profundo respeto que le dedicó el otro enmascarado, el capitán dedujo que quien acababa de irse era persona de muy alta condición. Aún pensaba en ello cuando el de la cabeza redonda apoyó una mano en la mesa y miró a los dos espadachines a través de los agujeros de su careta, con atención extrema. Había un brillo nuevo e inquietante en su mirada, como si todavía no estuviese dicho todo. Se instaló entonces un incómodo silencio en la habitación llena de sombras, y Alatraste y el italiano se observaron un momento de soslayo, preguntándose sin palabras qué quedaba todavía por saber. Frente a ellos, inmóvil, el enmascarado parecía aguardar algo, o a alguien.

La respuesta llegó al cabo de un momento, cuando un tapiz disimulado en la penumbra del cuarto, entre los estantes de libros, se movió para descubrir una puerta escondida en la pared, y en ella vino a destacarse una silueta oscura y siniestra, que alguien menos templado que Diego Alatraste habría tomado por una aparición. El recién llegado dio unos pasos, y la luz del farol sobre la mesa le iluminó el rostro marcando oquedades en sus mejillas afeitadas y hundidas, sobre las que un par de ojos coronados por espesas cejas brillaban, febriles. Vestía el hábito religioso negro y blanco de los dominicos, y no iba enmascarado, sino a rostro descubierto: un rostro flaco, ascético, al que los ojos relucientes daban expresión de fanática firmeza. Debía de andar por los cincuenta y tantos años. El cabello gris lo llevaba corto, en forma de casquete alrededor de las sienes, con una gran tonsura en la parte superior. Las manos, que sacó de las mangas del hábito al entrar en la habitación, eran secas y descarnadas, igual que las de un cadáver. Tenían aspecto de ser heladas como la muerte.

El enmascarado de la cabeza redonda se volvió hacia el fraile, con extrema deferencia:

–¿Lo ha oído todo Vuestra Paternidad?

Afirmó el dominico con un gesto seco, breve; sin apartar los ojos de Alatraste y el italiano, como si estuviese valorándolos. Luego se volvió al enmascarado, y, cual si el gesto fuese una señal o una orden, éste se dirigió de nuevo a los dos espadachines.

–El caballero que acaba de marcharse –dijo– es digno de todo nuestro respeto y consideración. Pero no es él solo quien decide este negocio, y resulta conveniente que algunas cosas las maticemos un poco.

Al llegar a ese punto, el enmascarado cambió una breve mirada con el fraile, en espera de su aprobación antes de continuar; pero el otro permaneció impasible.

–Por razones de alta política –prosiguió entonces–, y a pesar de cuanto el caballero que acaba de dejarnos ha dicho, los dos ingleses deben ser neutralizados de modo –hizo una pausa, cual si buscase palabras apropiadas bajo la máscara–... más contundente –dirigió de nuevo un rápido vistazo al fraile–. O definitivo.

–Vuestra merced quiere decir... –empezó Diego Alatraste, que prefería las cosas claras.

El dominico, que había escuchado en silencio y parecía impacientarse, lo atajó alzando una de sus huesudas manos.

–Quiere decir que los dos herejes deben morir.

¿Los dos?

–Los dos.

Junto a Alatraste, el italiano volvió a silbar entre dientes el aire musical. Tirurí–ta–ta. Sonreía entre interesado y divertido. Por su parte, perplejo, el capitán miró el dinero que había sobre la mesa. Luego meditó un poco y se encogió de hombros.

–Igual da –dijo–. Y a mi compañero no parece importarle demasiado el cambio de planes.

–Que me place –apuntó el italiano, todavía sonriente.

–Incluso facilita las cosas –prosiguió Alatraste, ecuaníme–. De noche, herir a uno o dos hombres resulta más complicado que despacharlos del todo.

–El arte de lo simple –terció el otro.

Ahora el capitán miraba al hombre de la máscara.

–Sólo hay algo que me preocupa –dijo Alatraste–. El caballero que acaba de marcharse parece gente de calidad, y ha dicho que no desea que matemos a nadie... No sé lo que piensa mi compañero, más yo lamentaría indisponerme con ese a quien vos mismo habéis llamado Excelencia, sea quien sea, por complacer a vuestras mercedes.

–Puede haber más dinero –apuntó el enmascarado, tras ligera vacilación.

–Sería útil precisar cuánto.

–Otras diez piezas de a cuatro. Con las diez pendientes, y estas cinco, suman veinticinco doblones para cada uno. Más las bolsas de los señores Thomas y John Smith.

–A mí me acomoda –dijo el italiano.

Era obvio que igual le daban dos que veinte; heridos, muertos o en escabeche. Por su parte, Alatrisme reflexionó de nuevo un instante, y luego negó con la cabeza. Aquellos eran muchos doblones por agujerearle el pellejo a un par de Don nadies. Y ahí estaba justo lo malo de tan extraño negocio: demasiado bien pagado como para no resultar inquietante. Su instinto de viejo soldado olfateaba peligro.

–No es cuestión de dinero.

–Sobran aceros en Madrid –insinuó el de la máscara, irritado; y el capitán no supo si se refería a la búsqueda de un sustituto, o a alguien que le ajustara las cuentas si rechazaba el nuevo trato. La posibilidad de que fuese una amenaza no le gustó. Por costumbre, se retorció el bigote con la mano derecha, mientras la zurda se apoyaba despacio en el pomo de la espada. El gesto no pasó inadvertido a nadie.

En ese momento, el fraile se encaró con Alatrisme. Su rostro de asceta fanático se había endurecido, y los ojos hundidos en las cuencas asaeteaban a su interlocutor, arrogantes.

–Soy –dijo con voz desagradable– el padre Emilio Bocanegra, presidente del Santo Tribunal de la Inquisición.

Al decir aquello pareció que un viento helado cruzaba de parte a parte la habitación. Y acto seguido, en el mismo tono, el fraile detalló a Diego Alatrisme y al italiano, de modo sucinto y con suma aspereza, que él no necesitaba máscara ni ocultar su identidad, ni venir a ellos como un ladrón en la noche, porque el poder que Dios había puesto en sus manos bastaba para aniquilar en el acto a cualquier enemigo de la Santa Madre Iglesia y de Su Católica Majestad el Rey de las Españas. Dicho lo cual, y mientras sus interlocutores tragaban saliva de modo ostensible, hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras y prosiguió, en el mismo tono amenazante:

–Sois manos mercenarias y pecadoras, manchadas de sangre como vuestras espadas y vuestra conciencia. Pero el Todopoderoso escribe recto con renglones torcidos.

Los renglones torcidos cambiaron entre sí una mirada inquieta mientras el fraile proseguía su discurso.

–Esta noche –dijo– se os confía una tarea de inspiración sagrada, etcétera. La cumpliréis a rajatabla, porque de ese modo servís a la Justicia Divina. Si os negáis, si escurris el bulto, caerá sobre vosotros la cólera de Dios, mediante el brazo largo, terrible, del Santo Oficio. Arrieros somos.

Dicho aquello, el dominico quedó en silencio y nadie osó pronunciar palabra. Hasta al italiano se le había olvidado la musiquilla, lo que ya era mucho decir. En la España de aquella época, enemistarse con la poderosa Inquisición significaba afrontar una serie de horrores que a menudo incluían prisión, tortura, hoguera y muerte. Hasta los hombres más crudos temblaban a la sola mención del Santo Oficio; y por su parte, Diego Alatrisme, como todo Madrid, conocía bien la fama implacable de fray Emilio Bocanegra, presidente del Consejo de los Seis Jueces, cuya influencia llegaba hasta el Gran Inquisidor y hasta los corredores privados del Alcázar Real. Sólo una semana antes, por causa del llamado crimen pessimum o crimen nefando, el padre Bocanegra había convencido a la Justicia para quemar en la Plaza Mayor a cuatro criados jóvenes del conde de Monteprieto, que se delataron unos a otros como sodomitas en el potro del tormento inquisitorial. En cuanto al conde, un aristócrata maduro, soltero y melancólico, su título de grande de España lo había librado por los pelos de sufrir idéntica suerte, y el Rey se contentó con firmar un decreto para incautarse de sus posesiones y desterrarlo a Italia. El despiadado padre Bocanegra había llevado todo el procedimiento de modo personal, y aquel triunfo acababa de afianzar su temible poder en la Corte. Hasta el conde de Olivares, privado del Rey, procuraba estar a bien con el feroz dominico.

Allí no cabía ni parpadear. Con un suspiro interior, el capitán Alatrisme comprendió que los dos ingleses, fueran quienes fuesen y a pesar de las buenas intenciones del enmascarado corpulento, estaban sentenciados sin remedio. Con la Iglesia habían topado, y discutir más resultaba, amén de inútil, peligroso.

–¿Qué hay que hacer? –dijo por fin, resignado a lo inevitable.

–Matarlos sin cuartel –respondió fray Emilio en el acto, con el fuego fanático devorándole la mirada.

–¿Sin saber quiénes son?

–Ya hemos dicho quiénes son –apuntó el enmascarado de la cabeza redonda–. Mister Thomas y mister John Smith. Viajeros ingleses.

–Y anglicanos impíos –apostilló el fraile con voz crispada de ira–. Pero no os importa quiénes sean. Basta con que pertenezcan a un país de herejes y a una raza pérfida, funesta para España y la religión católica. Al ejecutar en ellos la justicia de Dios, rendiréis un servicio valioso al Todopoderoso y a la Corona.

Dicho esto, el fraile sacó otra bolsa con veinte monedas de oro y la arrojó con desdén sobre la mesa.

–Ya veis –añadió– que, a diferencia de la terrena, la justicia divina paga por adelantado, aunque cobre a plazo –miraba al capitán y al italiano como grabándose sus caras en la memoria–. Nadie escapa a sus ojos, y Dios sabe muy bien dónde reclamar sus deudas.

Diego Alatrisme hizo amago de asentir. Era hombre de agallas, pero el gesto iba encaminado a disimular un estremecimiento. La luz del farol daba un aspecto diabólico al fraile, y la amenaza de sus palabras bastaba

para alterar la compostura del más valiente. junto al capitán, el italiano estaba pálido, esta vez sin tiruri-ta-ta y sin sonrisa. Ni siquiera el enmascarado de la cabeza redonda se atrevía a abrir la boca.

### III. UNA PEQUEÑA DAMA

Quizá porque la verdadera patria de un hombre es su niñez, a pesar del tiempo transcurrido recuerdo siempre con nostalgia la taberna del Turco. Ni ese lugar, ni el capitán Alatraste, ni aquellos azarosos años de mi mocedad existen ya; pero en tiempos de nuestro Cuarto Felipe la taberna era una de las cuatrocientas donde podían apagar su sed los 70.000 vecinos de Madrid –salíamos a una taberna por cada 175 individuos– sin contar mancebías, garitos de juego y otros establecimientos públicos de moral relajada o equívoca, que en aquella España paradójica, singular e irrepetible, se veían tan frecuentados como las iglesias, y a menudo por la misma gente.

La del Turco era en realidad un bodegón de los llamados de comer, beber y arder, situado en la esquina de las calles de Toledo y del Arcabuz, a quinientos pasos de la Plaza Mayor. Las dos habitaciones donde vivíamos Diego Alatraste y yo se encontraban sobre ella; y en cierto modo aquel tugurio hacia las veces de cuarto de estar de nuestra casa. Al capitán le gustaba bajar y sentarse allí a matar el tiempo cuando no tenía nada mejor que hacer, que eran las más de las veces. A pesar del olor a fritanga y el humo de la cocina, la suciedad del suelo y las mesas, y los ratones que correteaban perseguidos por el gato o a la caza de migas de pan, el lugar resultaba confortable. También era entretenido, porque solían frecuentarlo viajeros de la posta, golillas, escribanos, ministriles, floristas y tenderos de las cercanas plazas de la Providencia y la Cebada, y también antiguos soldados atraídos por la proximidad de las calles principales de la ciudad y el mentidero de San Felipe el Real. Sin desdeñar la belleza –algo ajada pero aún espléndida– y la antigua fama de la tabernera, el vino de Valdemoro, el moscatel, o el oloroso de San Martín de Valdeiglesias; amén de la circunstancia oportunísima de que el local tuviese una puerta trasera que daba a una corrala y a otra calle; procedimiento muy útil para esquivar la visita de alguaciles, corchetes, acreedores, poetas, amigos pidiendo dinero y otras gentes maleantes e inoportunas. En cuanto a Diego Alatraste, la mesa que Caridad la Lebrijana le reservaba cerca de la puerta era cómoda y soleada, y a veces le acompañaba el vino, desde la cocina, con un pastelillo de carne o unos chicharrones. De su juventud, de la que nunca hablaba ni poco ni mucho, el capitán conservaba cierta afición a la lectura; y no era infrecuente verlo sentado en su mesa, solo, la espada y el sombrero colgados en un clavo de la pared, leyendo la impresión de la última obra estrenada por Lope – que era su autor favorito– en los corrales del Príncipe o de la Cruz, o alguna de las gacetas y hojas sueltas con versos satíricos y anónimos que corrían por la Corte en aquel tiempo a la vez magnífico, decadente, funesto y genial, poniendo como sotana de dómine al valido, a la monarquía y al lucero del alba; en muchos de los cuales, por cierto, Alatraste reconocía el corrosivo ingenio y la proverbial mala uva de su amigo, el irreductible gruñón y popular poeta Don Francisco de Quevedo:

*Aquí yace Misser de la Florida  
y dicen que le hizo buen provecho  
a Satanás su vida.  
Ningún coño le vio jamás arrecho.  
De Herodes fue enemigo y de sus gentes,  
no porque degolló los inocentes,  
más porque, siendo niños y tan bellos,  
los mandó degollar y no jodellos.*

Y otras lindezas por el estilo. Imagino que mi pobre madre viuda, allá en su pueblecito vasco, no habría estado muy tranquila de imaginar a qué extrañas compañías me vinculaba el oficio de paje del capitán. Pero, en lo que al jovencísimo Íñigo Balboa se refiere, a mis trece años todo aquello suponía un espectáculo fascinante, y una muy singular escuela de vida. Ya referí hace un par de capítulos que tanto Don Francisco como el Licenciado Calzas, Juan Vicuña, el Dómine Pérez, el boticario Fadrique y los otros amigos del capitán solían frecuentar la taberna, enzarzándose en largas discusiones sobre política, teatro, poesía o mujeres, sin olvidar un puntual seguimiento de las muchas guerras en las que había andado o andaba envuelta aquella pobre España nuestra, todavía poderosa y temida en el exterior, pero tocada de muerte en el alma. Guerras cuyos campos de batalla era diestro en reproducir sobre la mesa, usando trozos de pan, cubiertos y jarras de vino, el extremeño Juan Vicuña; que por ser antiguo sargento de caballos, mutilado en

Nieuport, se las daba de consumado estratega. A lo de las guerras le había vuelto sobrada actualidad, pues cuando el asunto de los enmascarados y los ingleses iban ya para dos o tres, creo recordar, los años de la reanudación de hostilidades en los Países Bajos, expirada la tregua de doce que el difunto y pacífico Rey Don Felipe Tercero, padre de nuestro joven monarca, había firmado con los holandeses. Esa larga tregua, o sus efectos, era precisamente causa de que tantos soldados veteranos anduviesen todavía sin trabajo por las Españas y el resto del mundo, incrementando las filas de desocupados fanfarrones, jaques y valentones dispuestos a alquilar su brazo para cualquier felonía barata; y que entre ellos se contara Diego Alatraste. Sin embargo, el capitán pertenecía a la variedad silenciosa, y nunca lo vio nadie alardear de campañas o heridas, a diferencia de tantos otros; además, cuando volvió a redoblar el tambor de su viejo Tercio, Alatraste, como mi padre y tantos otros hombres valientes, se había apresurado a alistarse de nuevo con su antiguo general, Don Ambrosio Spínola, y a intervenir en lo que hoy conocemos como principio de la Guerra de los Treinta Años. En ella habría servido ininterrumpidamente de no mediar la gravísima herida que recibió en Fleurus. De cualquier modo, aunque la guerra contra Holanda y en el resto de Europa era tema de conversación en aquellos días, muy pocas veces oí al capitán referirse a su vida de soldado. Eso me hizo admirarlo todavía más, acostumbrado a cruzarme con varios cientos que, entre escupir por el colmillo y fantasear sobre Flandes, pasaban el día hablando alto y galleando sobre supuestas hazañas, mientras hacían sonar por la Puerta del Sol o la calle Montera la punta de su espada, o se pavoneaban en las gradas de San Felipe con el cinto coruscado de cañones de hojalata llenos de menciones honoríficas por sus campañas y valor acreditado, todas ellas más falsas que un doblón de plomo.

Había llovido un poco muy de mañana y quedaban huellas de barro por el suelo de la taberna, con ese olor a humedad y serrín que en los lugares públicos dejan los días de agua. El cielo se despejaba, y un rayo de sol, tímido primero y seguro de sí un poco más tarde, encuadraba la mesa donde Diego Alatraste, el Licenciado Calzas, el Dómine Pérez y Juan Vicuña componían tertulia después del yantar. Yo estaba sentado en un taburete cerca de la puerta, haciendo prácticas de caligrafía con una pluma de ave, un tintero y una resma de papel que el Licenciado me había traído a sugerencia del capitán:

–Así podrá instruirse y estudiar leyes para sangrar de su último maravedí a los pleiteantes; como hacen vuestras mercedes los abogados, escribanos y otras gentes de mal vivir.

Calzas se había echado a reír. Gozaba de excelente carácter, una especie de cínico buen humor a prueba de cualquier cosa, y su amistad con Diego Alatraste era antigua y confanzuda.

–A fe mía que gran verdad es ésa –había sentenciado, risueño, guiñándome un ojo–. La pluma, Íñigo, es más rentable que la espada.

–Longa manus calami –apostilló por su cuenta el Dómine.

Principio en que todos los contertulios estuvieron de acuerdo, por unanimidad o por disimular la ignorancia del latín. Al día siguiente el Licenciado me trajo recado de escribir, que sin duda había distraído con habilidad de los juzgados donde se ganaba la vida con no poca holgura merced a las corruptelas propias de su oficio. Alatraste no dijo nada, ni me aconsejó el uso a dar a la pluma, el papel y la tinta. Pero leí la aprobación en sus ojos tranquilos cuando vio que me sentaba junto a la puerta a practicar caligrafía. Lo hice copiando unos versos de Lope que había oído recitar varias veces al capitán, entre los de aquellas noches en que la herida de Fleurus lo atormentaba más de la cuenta:

*Aún no ha venido el villano  
que me prometió venir  
a ser honrado en morir  
de mi hidalga y noble mano...*

El hecho de que el capitán riese de vez en cuando entre dientes al recitar aquello, tal vez para disimular los pesares de su vieja herida, no bastaba para empañar el hecho de que a mí se me antojaran unos lindos versos. Como aquellos otros, que también me aplicaba a escribir esa mañana, por habérselos oído igualmente en sus noches en blanco a Diego Alatraste:

*Cuerpo a cuerpo he de matalle  
donde Sevilla lo vea,  
en la plaza o en la calle;  
que al que mata y no pelea  
nadie puede disculpalle;  
y gana más el que muere  
a traición, que el que le mata.*

Terminaba justo de escribir la última línea cuando el capitán, que se había levantado a beber un poco de agua de la tinaja, cogió el papel para echarle un vistazo. De pie a mi lado leyó los versos en silencio y luego me miró largamente: una de esas miradas que yo le conocía bien, serenas y prolongadas, tan elocuentes como podían serlo todas aquellas palabras que yo me acostumbré a leer en sus labios aunque nunca las pronunciara. Recuerdo que el sol, todavía un quierro y no puedo entre los tejados de la calle de Toledo, deslizó un rayo oblicuo que iluminó el resto de las hojas en mi regazo y los ojos glaucos, casi transparentes, del capitán, fijos en mí; terminando de secar la tinta aún fresca de los versos que Diego Alatríste tenía en la mano. No sonrió, ni hizo gesto alguno. Me devolvió la hoja sin decir palabra y volvió a la mesa; pero todavía lo vi dirigirme desde allí una última y larga mirada antes de enfrascarse de nuevo en la conversación con sus amigos.

Llegaron, con poco tiempo de diferencia, el Tuerto Fadrique y Don Francisco de Quevedo. Fadrique venía de su botica de Puerta Cerrada; había estado preparando específicos para sus clientes, y traía el gznate abrasado de vapores, mejunjes y polvos medicinales. Así que nada más llegar se calzó un cuartillo de vino de Valdemoro y empezó a detallarle al Dómine Pérez las propiedades laxantes de la corteza de nuez negra del Indostán. En ésas estábamos cuando apareció Don Francisco de Quevedo, sacudiéndose el lodo de los charcos que traía en los zapatos.

*El barro, que me sirve, me aconseja...*

Venía diciendo, malhumorado. Se detuvo a mi lado ajustándose los anteojos, echó un vistazo a los versos que copiaba y enarcó las cejas, complacido, al comprobar que no eran de Alarcón, ni de Góngora. Luego fue, con aquel paso cojitrancoso característico de sus pies torcidos –los tenía así desde niño, lo que no le impedía ser hombre ágil y diestro espadachín–, a sentarse a la mesa con el resto de sus contertulios. Allí echó mano a la jarra más próxima.

–Dame, no seas avaro, el divino licor de Baco claro– le dijo a Juan Vicuña.

Era éste, como dije, un antiguo sargento de caballos, muy fuerte y corpulento, que había perdido la mano derecha en Nieuport y vivía de su beneficio, consistente en una licencia para explotar un garito o pequeña casa de juego. Vicuña le pasó una jarra de Valdemoro, y Don Francisco, aunque prefería el blanco de Valdeiglesias, lo apuró de un trago, sin respirar.

–¿Cómo va lo del memorial? –se interesó Vicuña.

Se secaba el poeta la boca con el dorso de la mano. Algunas gotas de vino le habían caído sobre la cruz de Santiago que llevaba bordada en el pecho de la ropilla negra.

–Creo –dijo– que Felipe el Grande se limpia el culo con él.

–No deja de ser un honor –apuntó el Licenciado Calzas.

Don Francisco metió mano a otra jarra.

–En todo caso –hizo una pausa mientras bebía– el honor es para su real culo. El papel era bueno, de a medio ducado la resma. Y con mi mejor letra.

Venía bastante atravesado, pues no eran buenos tiempos para él, ni para su prosa, ni para su poesía, ni para sus finanzas. Hacía sólo unas semanas que el Cuarto Felipe había tenido a bien levantar la orden, de prisión primero y luego de destierro, que pesaba sobre él desde la caída en desgracia, dos o tres años atrás, de su amigo y protector el duque de Osuna. Rehabilitado por fin, Don Francisco había podido regresar a Madrid; pero estaba ayuno de recursos monetarios, y el memorial que había dirigido al Rey solicitando la antigua pensión de cuatrocientos escudos que se le debía por sus servicios en Italia –había llegado a ser espía en Venecia, fugitivo y con dos compañeros ejecutados– sólo gozaba de la callada por respuesta. Aquello lo enfurecía más, aguzaba su malhumor y su ingenio, que iban parejos, y contribuía a buscarle nuevos problemas.

–Patientia lenietur Princeps –lo consoló el Dómine Pérez–. La paciencia aplaca al soberano.

–Pues a mi me aplaca una higa, reverendo padre.

Miraba alrededor el jesuita con aire preocupado. Cada vez que uno de sus contertulios se metía en problemas, al Dómine Pérez le tocaba avalarlo ante la autoridad, como hombre de iglesia que era. Incluso absolvía de vez en cuando a sus amigos sub condicione, sin que éstos se lo pidieran. A traición, decía el capitán. Menos sinuoso que el común de los miembros de su Orden, el Dómine se creía a menudo en la honrada obligación de moderar trifulcas. Era hombre vivido, buen teólogo, comprensivo con las flaquezas humanas, benévolo y apacible en extremo. Eso le hacía tener manga ancha con sus semejantes, y su iglesia se veía concurrida por mujeres que acudían a reconciliar pecados, atraídas por su fama de poco riguroso en el tribunal de la penitencia. En cuanto a los asiduos de la taberna del Turco, nunca hablaban ante él de lances



turbios ni de hembras; era ésa la regla en que basaba su compañía, comprensión y amistad. Los lances y amoríos, decía, los trato en el confesionario. Respecto a sus superiores eclesiásticos, cuando le reprochaban sentarse en la taberna con poetas y espadachines, solía responder que los santos se salvan solos, mientras que a los pecadores hay que ir a buscarlos donde se encuentran. Añadiré en su honor que apenas probaba el vino y nunca le oí decir mal de nadie. Lo que en la España de entonces y en la de ahora, incluso para un clérigo, resultaba insólito.

–Seamos prudentes, señor Quevedo –añadió aquella vez, afectuoso, tras el correspondiente latín–. No está vuestra merced en posición para murmurar ciertas cosas en voz alta.

Don Francisco miró al sacerdote, ajustándose los anteojos.

–¿Murmurar yo?... Erráis, Dómine. Yo no murmuro, sino que afirmo en voz alta.

Y puesto en pie, volviéndose hacia el resto de los parroquianos, recitó, con su voz educada, sonora y clara:

*No he de callar, por más que con el dedo,  
ya tocando la boca, o ya la frente,  
silencio avises, o amenazas miedo.  
¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?*

Aplaudieron Juan Vicuña y el Licenciado Calzas, y el Tuerto Fadrique asintió gravemente con la cabeza. El capitán Alatraste miraba a Don Francisco con una sonrisa larga y melancólica, que éste le devolvió, y el Dómine Pérez abandonó la cuestión por imposible, concentrándose en su moscatel muy rebajado con agua. Volvía a la carga el poeta, emprendiéndola ahora con un soneto al que daba vueltas de vez en cuando:

*Miré los muros de la patria mía,  
si un tiempo fuertes, ya desmoronados...*

Pasó Caridad la Lebrijana llevándose las jarras vacías y pidió moderación antes de alejarse con un movimiento de caderas que atrajo todos los ojos menos los del Dómine, concentrado en su moscatel, y los de Don Francisco, perdidos en combate con silenciosos fantasmas:

*Entré en mi casa, vi que amancillada  
de anciana habitación era despojos;  
mi báculo, más corvo y menos fuerte.  
Vencida de la edad sentí mi espada,  
y no hallé cosa en que poner los ojos  
que no fuese recuerdo de la muerte.*

Entraban en la taberna unos desconocidos, y Diego Alatraste puso una mano sobre el brazo del poeta, tranquilizándolo. «¡El recuerdo de la muerte!», repitió Don Francisco a modo de conclusión, ensimismado, sentándose mientras aceptaba la nueva jarra que el capitán le ofrecía. En realidad, el señor de Quevedo iba y venía por la Corte siempre entre dos órdenes de prisión o dos destierros. Quizá por eso, aunque alguna vez compró casas cuyas rentas a menudo le estafaban los administradores, nunca quiso tener morada fija propia en Madrid, y solía alojarse en posadas públicas. Breves treguas hacían las adversidades, y cortos eran los períodos de bonanza con aquel hombre singular, coco de sus enemigos y gozo de sus amigos, que lo mismo era solicitado por nobles e ingenios de las letras, que se encontraba, en ocasiones, sin un ardite o maravedí en el bolsillo. Mudanzas son éstas de la fortuna, que tanto gusta de mudar, y casi nunca muda para nada bueno.

–No queda sino batirnos –añadió el poeta al cabo de unos instantes.

Había hablado pensativo, para sí mismo, ya con un ojo nadando en vino y el otro ahogado. Aún con la mano en su brazo, inclinado sobre la mesa, Alatraste sonrió con afectuosa tristeza.

–¿Batirnos contra quién, Don Francisco?

Tenía el gesto ausente, cual si de antemano no esperase respuesta. El otro alzó un dedo en el aire. Sus anteojos le habían resbalado de la nariz y colgaban al extremo del cordón, dos dedos encima de la jarra.

–Contra la estupidez, la maldad, la superstición, la envidia y la ignorancia –dijo lentamente, y al hacerlo parecía mirar su reflejo en la superficie del vino–. Que es como decir contra España, y contra todo.

Escuchaba yo aquellas razones desde mi asiento en la puerta, maravillado e inquieto, intuyendo que tras las palabras malhumoradas de Don Francisco había motivos oscuros que no alcanzaba a comprender, pero que

iban más allá de una simple rabieta de su agrio carácter. No entendía aún, por mis pocos años, que es posible hablar con extrema dureza de lo que se ama, precisamente porque se ama, y con la autoridad moral que nos confiere ese mismo amor. A Don Francisco de Quevedo, eso pude entenderlo más tarde, le dolía mucho España. Una España todavía temible en el exterior, pero que a pesar de la pompa y el artificio, de nuestro joven y simpático Rey, de nuestro orgullo nacional y nuestros heroicos hechos de armas, se había echado a dormir confiada en el oro y la plata que traían los galeones de Indias. Pero ese oro y esa plata se perdían en manos de la aristocracia, el funcionariado y el clero, perezosos, maleados e improductivos, y se derrochaban en vanas empresas como mantener la costosa guerra reanudada en Flandes, donde poner una pica, o sea, un nuevo piquero o soldado, costaba un ojo de la cara. Hasta los holandeses, a quienes combatíamos, nos vendían sus productos manufacturados y tenían arreglos comerciales en el mismísimo Cádiz para hacerse con los metales preciosos que nuestros barcos, tras esquivar a sus piratas, traían desde Poniente. Aragoneses y catalanes se escudaban en sus fueros, Portugal seguía sujeto con alfileres, el comercio estaba en manos de extranjeros, las finanzas eran de los banqueros genoveses, y nadie trabajaba salvo los pobres campesinos, esquilados por los recaudadores de la aristocracia y del Rey. Y en mitad de aquella corrupción y aquella locura, a contrapelo del curso de la Historia, como un hermoso animal terrible en apariencia, capaz de asestar fieros zarpazos pero roído el corazón por un tumor maligno, esa desgraciada España estaba agusanada por dentro, condenada a una decadencia inexorable cuya visión no escapaba a la clarividencia de aquel hombre excepcional que era Don Francisco de Quevedo. Pero yo, en aquel entonces, sólo era capaz de advertir la osadía de sus palabras; y echaba ojeadas inquietas a la Calle, esperando ver aparecer de un momento a otro a los corchetes del corregidor con una nueva orden de prisión para castigar su orgullosa imprudencia.

Fue entonces cuando vi la carroza. Sería mendaz por mi parte negar que esperaba su paso, que tenía lugar por la calle de Toledo más o menos a la misma hora dos o tres veces por semana. Era negra, forrada con cuero y terciopelo rojo, y el cochero no iba en el pescante arreando el tiro de dos mulas, sino que cabalgaba una de ellas, como era habitual en ese tipo de carruajes. El coche tenía un aspecto sólido pero discreto, habitual en propietarios que gozaban de buena posición pero no tenían derecho, o deseos, de mostrarse en exceso. Algo propio de comerciantes ricos, o de altos funcionarios que sin pertenecer a la nobleza desempeñaban puestos poderosos en la Corte.

A mí, sin embargo, no me importaba el continente, sino el contenido. Aquella mano todavía infantil, blanca como papel de seda, que asomaba discretamente apoyada en el marco de la ventanilla. Aquel reflejo dorado de cabello largo y rubio peinado en tirabuzones. Y los ojos. A pesar del tiempo transcurrido desde que los vi por primera vez, y de las muchas aventuras y sinsabores que aquellos iris azules iban a introducir en mi vida durante los años siguientes, todavía hoy sigo siendo incapaz de expresar por escrito el efecto de esa mirada luminosa y purísima, tan engañosamente limpia, de un color idéntico a los cielos de Madrid que, más tarde, supo pintar como nadie el pintor favorito del Rey nuestro señor, Don Diego Velázquez.

Por esa época, Angélica de Alquézar debía de tener once o doce años, y ya era un prometedor anuncio de la espléndida belleza en que se convertiría más tarde, y de la que dio buena cuenta el propio Velázquez en el cuadro famoso para el que ella posaría tiempo después, hacia 1635. Pero más de una década antes, en aquellas mañanas de marzo que precedieron a la aventura de los ingleses, yo ignoraba la identidad de la jovencita, casi niña, que cada dos o tres días recorría en carroza la calle de Toledo, en dirección a la Plaza Mayor y el Palacio Real, donde –supe más tarde– asistía a la reina y las princesas jóvenes como menina, merced a la posición de su tío el aragonés Luis de Alquézar, a la sazón uno de los más influyentes secretarios del Rey. Para mí, la jovencita rubia de la carroza era sólo una visión celestial, maravillosa, tan lejos de mi pobre condición mortal como podían estarlo el sol o la más bella estrella de esa esquina de la calle de Toledo, donde las ruedas del carruaje y las patas de las mulas salpicaban de barro, altaneras, a quienes se cruzaban en su camino.

Aquella mañana algo alteró la rutina. En vez de pasar como siempre ante la taberna para seguir calle arriba, permitiéndome la acostumbra y fugaz visión de su rubia pasajera, el carruaje se detuvo antes de llegar a mi altura, a una veintena de pasos de la taberna del Turco. Un trozo de duela se había adherido con el lodo a una de las ruedas, girando con ella hasta bloquear el eje; y el cochero no tuvo más remedio que detener las mulas y echar pie a tierra, o al barro para ser exactos, a fin de eliminar el obstáculo. Ocurrió que un grupo de mozalbetes habituales de la calle se acercó a hacer burla del cochero, y éste, malhumorado, echó mano al látigo para ahuyentarlos. Nunca lo hiciera. Los pilluelos de Madrid, en aquella época, eran zumbones y reñidores como moscas borriquetas –que a ser en Madrid nacido supiera reñir mejor, decía una vieja jácara–, y además no todos los días se brindaba como diversión una carroza para ejercitar la puntería. Así que, armados con pellas de barro, empezaron a hacer gala de un tino en el manejo de sus proyectiles que ya hubieran querido para sí los más hábiles arcabuceros de nuestros tercios.

Me levanté, alarmado. La suerte del cochero me importaba un bledo, pero aquel carruaje transportaba algo que, a tales alturas de mi joven vida, era la más preciosa carga que podía imaginar. Además, yo era hijo de Lope Balboa, muerto gloriosamente en las guerras del Rey nuestro señor. Así que no tenía elección. Resuelto a batirme en el acto por quien, aún desde lejos y con el máximo respeto, consideraba mi dama, cerré contra los pequeños malandrines, y en dos puñadas y cuatro puntapiés disolví la fuerza enemiga, que se esfumó en rápida retirada dejándome dueño del campo. El impulso de la carga –con mi secreto anhelo, todo hay que decirlo–, me había llevado junto al carruaje. El cochero no era hombre agradecido; así que tras mirarme con hosquedad, reanudó su trabajo. Estaba a punto de retirarme cuando los ojos azules aparecieron en la ventanilla. La visión me clavó en el suelo, y sentí que el rubor subía a mi cara con la fuerza de un pistoletazo. La niña, la jovencita, me miraba con una fijeza que habría hecho dejar de correr el agua en el caño de la fuente cercana. Rubia. Pálida. Bellísima. Para qué les voy a contar. Ni siquiera sonreía, limitándose a mirarme con curiosidad. Era evidente que mi gesto no había pasado inadvertido. En cuanto a mí, aquella mirada, aquella aparición, compensaba con creces todo el episodio. Hice un gesto con la mano, dirigiéndolo a un sombrero imaginario, y me incliné.

–Íñigo Balboa, a vuestro servicio –balbucí, aunque logrando dar a mis palabras cierta firmeza que juzgué galante–. Paje en casa del capitán Don Diego Alatraste.

Impasible, la jovencita sostuvo mi mirada. El cochero había montado y arreaba el tiro, de modo que el carruaje volvió a ponerse en marcha. Di un paso atrás para esquivar las salpicaduras de las ruedas, y en ese momento ella apoyó una mano diminuta, perfecta, blanca de nácar, en el marco de la ventanilla, y yo me sentí como si acabara de darme a besar esa mano. Entonces su boca, perfectamente dibujada en suaves labios pálidos, se curvó un poco, ligeramente; apenas un mínimo gesto que podía interpretarse como una sonrisa distante, muy enigmática y misteriosa. Oí restallar el látigo del cochero, y el carruaje arrancó para llevarse con él esa sonrisa que todavía hoy ignoro si fue real o imaginada. Y yo me quedé en mitad de la calle, enamorado hasta el último rincón de mi corazón, viendo alejarse a aquella niña semejante aun ángel rubio e ignorando, pobre de mí, que acababa de conocer a mi más dulce, peligrosa y mortal enemiga.

#### IV. LA EMBOSCADA

En marzo anocheecía pronto. Aún quedaba un rastro de claridad en el cielo; pero las calles estrechas, bajo los aleros sombríos de los tejados, estaban negras como boca de lobo. El capitán Alatraste y su compañero habían elegido una travesía angosta, oscura y solitaria, por la que los dos ingleses iban a pasar forzosamente cuando se encaminaran a la casa de las Siete Chimeneas. Un mensajero había avisado de la hora y el itinerario. También había aportado la más reciente descripción, para evitar errores: micer Thomas Smith, el joven más rubio y de más edad, montaba un caballo tordo y vestía un traje de viaje gris con adornos discretos de plata, botas altas de piel también teñida de gris, y un sombrero con cinta del mismo color. En cuanto a micer John Smith, el más joven, montaba un bayo. Su traje era de color castaño, con botas de cuero y sombrero con tres pequeñas plumas blancas. Ambos tenían aspecto polvoriento y fatigado, de llevar varios días cabalgando. Su equipaje era escaso, contenido en dos portamanteos sujetos con correas a la grupa de sus cabalgaduras.

Oculto en la sombra de un portal, Diego Alatraste miró hacia el farol que él y su compañero habían colocado en un recodo de la calle, a fin de que iluminase a los viajeros antes de que éstos alcanzasen a verlos a ellos. La calle, que torcía en ángulo recto, arrancaba de la del Barquillo, junto al palacio del conde de Guadalmedina, y tras discurrir junto a la tapia del huerto del convento de los Carmelitas Descalzos iba a morir ante la casa de las Siete Chimeneas, en el cruce de la calle de Torres con la de las Infantas. El lugar elegido para la encerrona era el primer tramo con su ángulo más oscuro, estrecho y solitario, donde dos jinetes atacados por sorpresa podían ser desmontados con facilidad.

Refrescaba un poco, y el capitán se embozó mejor en su capa nueva, comprada con el adelanto en oro de los enmascarados. Al hacerlo tintineó el hierro que llevaba oculto debajo: roce de la daga vizcaína con la empuñadura de la espada, y con la culata de la pistola cargada y bien cebada que guardaba en la parte posterior del cinto, por si era necesario recurrir, en última instancia, a ese expediente ruidoso y definitivo, prohibido expresamente por pragmáticas reales, pero que en lances difíciles era oportuno llevar encima, por si un aquel. Esa noche, Alatraste completaba su equipo con el colete de cuero de búfalo que le protegía el torso de eventuales cuchilladas, y con la puntilla de matarife oculta en la caña de una de sus botas viejas, de suelas cómodas y gastadas que le permitirían afirmar bien los pies en tierra cuando empezara el baile.

Oh, malhaya el hombre loco  
*que se descíñe la espada...*

Empezó a recitar entre dientes, para distraer la espera. Aún murmuró algunos fragmentos más del Fuenteovejuna de Lope, que era uno de sus dramas favoritos, antes de quedar de nuevo en silencio, oculto el rostro bajo el ala ancha del chapeo calado hasta las cejas. Otra sombra se movió ligeramente a unos pasos de su apostadero, bajo el arco de un portillo que daba a la huerta de los padres carmelitas. El italiano debía de estar tan entumecido como él, tras casi media hora larga de inmovilidad. Extraño personaje. Había acudido a la cita vestido de negro, envuelto en su capa negra y con sombrero negro, y su rostro cubierto de marcas de viruela sólo se había animado con una sonrisa cuando Alatraste propuso colocar el farol para iluminar el ángulo de la calle elegido para la emboscada.

–Que me place –se había limitado a decir con su voz ahogada, áspera–. Ellos en luz y nosotros en sombra. Visto y no visto.

Después se había puesto a silbar aquella musiquilla a la que parecía aficionado, tiruri-ta-ta, mientras en tono quedo, presto y profesional, se repartían los adversarios. Alatraste se ocuparía del mayor de los dos jóvenes, el inglés de traje gris y caballo tordo, mientras que el italiano despacharía al joven del traje marrón que montaba el bayo. Nada de pistoletazos, pues todo debía transcurrir con la discreción suficiente para, zanjada la cuestión, registrar los equipajes, encontrar los documentos y, por supuesto, aligerar a los fiambres del dinero que llevaran encima. Si levantaban mucho ruido y acudía gente, todo iba a irse al diablo. Además, la casa de las Siete Chimeneas no estaba lejos, y la servidumbre del embajador inglés podía venir en auxilio de sus compatriotas. Se trataba por tanto de un lance rápido y mortal: cling, clang, hola y adiós. Y todos al infierno, o a donde diablos fuesen los anglicanos herejes. Al menos esos dos no iban a pedir a gritos confesión como hacían los buenos católicos, despertando a medio Madrid.

El capitán se acomodó mejor la capa sobre los hombros y miró hacia el ángulo de la calle iluminado por la macilenta luz del farol. Bajo el paño cálido, su mano izquierda descansaba en el pomo de la espada. Por un instante se entretuvo intentando recordar el número de hombres que había matado: no en la guerra, donde a menudo resulta imposible conocer el efecto de una estocada o un arcabuzazo en mitad de la refriega, sino de cerca. Cara a cara. Eso del cara a cara era importante, o al menos lo era para él; pues Diego Alatraste, a diferencia de otros bravos a sueldo, jamás acuchillaba a un hombre por la espalda. Verdad es que no siempre ofrecía ocasión de ponerse en guardia de modo adecuado; pero también es cierto que nunca asestó una estocada a nadie que no estuviese vuelto hacia él y con la herreruza fuera de la vaina, salvo algún centinela holandés degollado de noche. Pero ése era azar propio de la guerra, como lo fueron ciertos tudescos amotinados en Maastricht o el resto de los enemigos despachados en campaña. Tampoco aquello, en los tiempos que corrían, significaba gran cosa; pero el capitán era uno de esos hombres que necesitan coartadas que mantengan intacto, al menos, un ápice de propia estimación. En el tablero de la vida cada cual escaquea como puede; y por endeble que parezca, eso suponía su justificación, o su descargo. Y si no resultaba suficiente, como era obvio en sus ojos cuando el aguardiente asomaba a ellos todos los diablos que le retorcían el alma, sí le daba, al menos, algo a lo que agarrarse cuando la náusea era tan intensa que se sorprendía a sí mismo mirando con excesivo interés el agujero negro de sus pistolas.

Once hombres, sumó por fin. Sin contar la guerra, cuatro en duelos soldadescos de Flandes e Italia, uno en Madrid y otro en Sevilla. Todos por asuntos de juego, palabras inconvenientes o mujeres. El resto habían sido lances pagados: cinco vidas a tanto la estocada. Todos hombres hechos y derechos, capaces de defenderse y, algunos, rufianes de mala calaña. Nada de remordimientos, excepto en dos casos: uno, galán de cierta dama cuyo marido no contaba con agallas para afeitarse los cuernos él mismo, había bebido demasiado la noche que Diego Alatraste le salió al encuentro en una calle mal iluminada; y el capitán no olvidó nunca su mirada turbia, falta de comprensión ante lo que estaba ocurriendo, cuando apenas sacada la titubeante espada de la vaina el desgraciado se vio con un palmo de acero dentro del pecho. El otro había sido un lindo de la Corte, un mocito boquirrubio lleno de lazos y cintas cuya existencia molestaba al conde de Guadalmedina por cuestiones de pleitos, y de testamentos, y de herencias. Así que el de Guadalmedina le había encargado a Diego Alatraste simplificar los trámites legales. Todo se resolvió durante una excursión del joven, un tal marquesito Álvaro de Soto, a la fuente del Acero con unos amigos, para requebrar a las damas que acudían a tomar las aguas al otro lado de la puente segoviana. Un pretexto cualquiera, un empujón, un par de insultos que se cruzan, y el joven –apenas contaba veinte años– entró ciegamente a por uvas, echando mano fatal a la espada. Todo había ocurrido muy rápido; y antes de que nadie pudiera reaccionar, el capitán Alatraste y los dos secuaces que le cubrían la espalda se esfumaron, dejando al marquesito boca arriba y bien sangrado ante la mirada horrorizada de las damas y sus acompañantes. El asunto hizo algún ruido; pero las influencias de Guadalmedina procuraron resguardo al matador. Sin embargo, incómodo, Alatraste tuvo tiempo de llevarse consigo el recuerdo de la angustia en el pálido rostro del joven, que no deseaba batirse en absoluto con aquel desconocido de mostacho fiero, ojos claros y fríos y aspecto amenazador; pero que se vio forzado a meter mano al acero porque sus amigos y las damas lo estaban mirando. Sin preámbulos, el capitán le había atravesado el cuello con una estocada sencilla de círculo entero cuando el jovencuelo aún intentaba acomodarse de modo airoso en guardia, recto el compás y ademán compuesto, intentando desesperadamente recordar las enseñanzas elegantes de su maestro de esgrima.

Once hombres, rememoró Alatraste. Y salvo el joven marqués y uno de los duelos flamencos, un tal soldado Carmelo Tejada, no era capaz de recordar el nombre de ninguno de los otros nueve. O tal vez no los había sabido nunca. De cualquier modo, allí, oculto en las sombras del portal, esperando a las víctimas de la emboscada, con el malestar de aquella herida aún reciente que lo mantenía anclado en la Corte, Diego Alatraste añoró una vez más los campos de Flandes, el crepitar de los arcabuces y el relinchar de los caballos, el sudor del combate junto a los camaradas, el batir de tambores y el paso tranquilo de los tercios entrando en liza bajo las viejas banderas. Comparada con Madrid, con aquella calle donde se disponía a matar a dos hombres a quienes no había visto en su vida, comparada con su propia memoria, la guerra, el campo de batalla, se le antojaban esa noche algo limpio y lejano, donde el enemigo era quien se hallaba enfrente y Dios –decían– siempre estaba de tu parte.

Dieron las ocho en la torre del Carmen Descalzo. Y sólo un poco más tarde, como si las campanadas de la iglesia hubieran sido una señal, un ruido de cascos de caballos se dejó oír al extremo de la calle, tras la esquina formada por la tapia del convento. Diego Alatraste miró hacia la otra sombra emboscada en el portillo, y el silbido de la musiquilla de su compañero le indicó que también estaba alerta. Soltó el fiador de la capa, despojándose de ella para que no le embarazase los movimientos, y la dejó doblada en el portal. Estuvo observando el ángulo de la calle alumbrado por el farol mientras el ruido de dos caballos herrados se acercaba despacio. La luz amarillenta iluminó un reflejo de acero desnudo en el escondrijo del italiano.

El capitán se ajustó el colete de cuero y sacó la espada de la vaina. El ruido de herraduras sonaba en el mismo ángulo de la calle, y una primera sombra enorme, desproporcionada, empezó a proyectarse moviéndose a lo largo de la pared. Alatraste respiró hondo cinco o seis veces, para vaciar del pecho los malos humores; y sintiéndose lúcido y en buena forma salió del resguardo del portal, la espada en la diestra, mientras desenvainaba con la siniestra la daga vizcaína. A medio camino, de la tiniebla del portillo emergió otra sombra con un destello metálico en cada mano; y aquélla, junto a la del capitán, se movió por la calle al encuentro de las otras dos formas humanas que el farol ya proyectaba en la pared. Un paso, dos, un paso más. Todo estaba endiabladamente cerca en la estrecha calleja, y al doblar la esquina las sombras se encontraron en confuso desconcierto, reluciente acero y ojos espantados por la sorpresa, brusca respiración del italiano cuando eligió a su víctima y se tiró a fondo. Los dos viajeros venían desmontados, a pie, llevando de las riendas a los caballos, y todo fue muy fácil al principio, salvo el instante en que los ojos de Alatraste fueron del uno al otro, intentando reconocer al suyo. Su compañero italiano fue más rápido, o improvisador, pues lo sintió moverse como una exhalación contra el más próximo de los contrincantes, bien porque había reconocido a su presa o bien porque, indiferente al acuerdo que asignaba uno a cada cual, se lanzaba sobre el que iba en cabeza y tenía menos tiempo para mostrarse prevenido. De un modo u otro acertó, pues Alatraste pudo ver a un joven rubio, vestido con traje castaño, la mano en las riendas de un caballo bayo, lanzar una exclamación de alarma mientras saltaba hacia un lado para esquivar, milagrosamente, la cuchillada que el italiano acababa de largar sin darle tiempo a echar mano a la espada.

–¡Steenie!... ¡Steenie!

Parecía más una llamada para alertar al acompañante que un reclamo de auxilio. Alatraste oyó al joven gritar eso dos veces mientras pasaba a su lado, y esquivando la grupa del caballo, que al sentir libre la rienda empezó a caracolear, alzó la espada hacia el otro inglés, el vestido de gris, que a la luz del farol se reveló extraordinariamente bien parecido, de cabello muy rubio y fino bigote. Este segundo joven acababa de soltar la rienda de su montura, y tras retroceder unos pasos sacaba el acero de la vaina con la celeridad de un rayo. Hereje o buen cristiano, eso situaba las cosas en sus correctos términos; así que el capitán se fue a él por derecho, y en cuanto el inglés tendió la espada para defenderse a distancia, afirmó un pie, avanzó el otro, dio un rápido toque de su acero contra el enemigo, y apenas apartó aquél la espada, Alatraste lanzó un golpe lateral con la vizcaína para desviar y confundir el arma del contrario. Un instante después éste había retrocedido otros cuatro pasos y se batía a la desesperada, la espalda contra el muro y sin espacio para obrar, mientras el capitán se disponía, metódico y seguro, a meterle tres cuartas de acero por el primer hueco y zanjar la cuestión. Lo que era cosa hecha, pues aunque el mozo reñía con valor y buen puño, era demasiado fogoso y estaba ahogándose en su propio esfuerzo. En ésas, Alatraste oía a su espalda el tintineo de las espadas del italiano y el otro inglés, su resuello y sus imprecaciones. Por el rabillo del ojo alcanzaba a ver el movimiento de las sombras en la pared.

De pronto, en el entrecocar de espadas sonó un gemido, y el capitán percibió la sombra del inglés más joven cayendo de rodillas. Parecía herido, cubriéndose desde abajo cada vez con mayor dificultad ante las acometidas del italiano. Aquello pareció sacar de sí al adversario de Alatraste: de golpe lo abandonaron su instinto de supervivencia y la destreza con que, hasta ese momento, había intentado, mal que bien, tenerlo a raya.

–¡Cuartel para mi compañero! –gritó mientras paraba una estocada, en un español elemental cargado de fuerte acento–... ¡Cuartel para mi compañero!

Aquello, la distracción y sus gritos, le hicieron ceder un poco la guardia; y al primer descuido, tras una finta con la daga, el capitán lo desarmó sin esfuerzo. Pardiez con el hereje de los cojones, pensaba. Qué diablos era aquello de pedir cuartel para el otro, cuando él mismo estaba a punto de criar malvas. Aún volaba por el aire la espada del extranjero cuando Alatraste dirigió la punta de la suya a la garganta de éste y retrocedió el codo una cuarta, lo necesario para atravesársela sin problemas y resolver el asunto. Cuartel para mi compañero. Se necesitaba ser menguado, o inglés, para gritar aquello en una calle oscura de Madrid, lloviendo estocadas.

Entonces, de nuevo, el inglés hizo algo extraño. En lugar de pedir clemencia para sí, o –estaba claro que era un mozo valeroso– echar mano al inútil puñalito que aún conservaba al cinto, dirigió un desesperado vistazo al otro joven, que se defendía débilmente en el suelo, y señalándosele a Diego Alatraste volvió a gritar:

–¡Cuartel para mi compañero!

El capitán detuvo el brazo un instante, desconcertado. Aquel joven rubio de cuidado bigote, largos cabellos en desorden por el viaje y elegante traje gris cubierto de polvo, únicamente temía por su amigo, que estaba a punto de ser atravesado por el italiano. Sólo en ese momento, a la luz del farol que seguía iluminando el escenario de la refriega, Alatraste se permitió considerar los ojos azules del inglés, el rostro fino, pálido, crispado por una angustia que, saltaba a la vista, no era miedo a perder la propia vida. Manos blancas,

suaves. Rasgos de aristócrata. Todo olía a gente de calidad. Y aquello –se dijo mientras recordaba rápidamente la conversación con los enmascarados, el deseo de uno de no hacer mucha sangre y la insistencia del otro, respaldado por el inquisidor Bocanegra, en asesinar a los viajeros– empezaba a mostrar demasiados ángulos oscuros como para despacharlo en dos estocadas y quedarse tranquilo.

Así que mierda. Mierda y más mierda. Voto a Dios y al Chápiro Verde y a todos los diablos del infierno. Aún con la espada a una cuarta del inglés, Diego Alatraste dudó, y el otro se dio cuenta de que dudaba. Entonces, con gesto de extrema nobleza, algo increíble habida cuenta de la situación en que se veía, lo miró a los ojos y llevó la mano derecha despacio hasta el pecho, sobre su corazón, como si estuviese formulando un juramento solemne, y no una súplica.

–¡Cuartel!

Pidió por última vez, ahora casi confidencial, en voz baja. Y Diego Alatraste, que seguía dándose a todos los demonios, supo que ya no podía matar a sangre fría al maldito inglés, por lo menos aquella noche y en aquel sitio. Y supo también, mientras bajaba el acero y se volvía hacia el italiano y el otro joven, que estaba a punto de meterse, como el completo imbécil que era, en una trampa más de su azarosa vida.

Saltaba a la vista que el italiano disfrutaba de lo lindo. Podía haber rematado varias veces al herido, pero se complacía en asediarlo con falsas estocadas y fintas, cual si encontrase placer en demorar el golpe definitivo y mortal. Parecía un gato negro y flaco jugando con el ratón antes de zampárselo. A sus pies, rodilla en tierra y hombro contra la pared, una mano taponándose la cuchillada que sangraba a través de la ropilla, el inglés más joven se batía con desmayo, parando a duras penas los ataques del adversario. No pedía clemencia, sino que su rostro, mortalmente pálido, mostraba una digna decisión, apretadas las mandíbulas, resuelto –a morir sin proferir una exclamación, o una queja.

–¡Dejadlo! –le gritó Alatraste al italiano. Entre dos estocadas al inglés, éste miró al capitán, sorprendido de ver junto a él al otro inglés, desarmado y todavía en pie. Dudó un instante, volvió a mirar a su adversario, le lanzó una nueva estocada sin excesiva convicción y miró de nuevo al capitán.

–¿Bromeáis? –dijo, dando un paso atrás para tomar aliento, mientras hacía zumbir la espada con dos tajos en el aire, a diestra y siniestra.

–Dejadlo –insistió Alatraste.

El italiano se lo quedó mirando de hito en hito, sin dar crédito a lo que acababa de oír. A la luz macilenta del farol, su rostro devastado por la viruela parecía una superficie lunar. El bigote negro se torció en siniestra sonrisa sobre los dientes blanquísimos.

–No jodáis –dijo al fin.

Alatraste dio un paso hacia él, y el italiano miró la espada que tenía en la mano. Desde el suelo, incapaces de comprender lo que ocurría, los ojos del joven herido iban de uno al otro, aturridos.

–Esto no está claro –apuntó el capitán–. Nada claro. Así que ya los mataremos otro día.

El otro seguía mirándolo fijamente. La sonrisa se hizo más intensa e incrédula y de pronto cesó de golpear. Movía la cabeza.

–Estáis loco –dijo–. Esto puede costarnos el cuello.

–Asumo la responsabilidad.

–Ya.

Parecía reflexionar el italiano. De pronto, con la rapidez de un relámpago, le largó al inglés que estaba en el suelo una estocada tan fulminante que, de no haber interpuesto Alatraste su acero, habría clavado al joven contra la pared. Se revolvió el adversario con un juramento, y esta vez fue el propio Alatraste quien hubo de recurrir a su instinto de esgrimidor y a toda su destreza para esquivar la segunda estocada, distante sólo dos pulgadas de alcanzarlo en el corazón, que el italiano le dirigió con las más aviesas intenciones del mundo.

–¡Ya nos veremos! –gritó el espadachín–. ¡Por ahí!

Y apagando el farol de una patada echó a correr, desapareciendo en la oscuridad de la calle, de nuevo sombra entre las sombras. Y su risa sonó al cabo de un instante, lejana, como el peor de los augurios.

## V. LOS DOS INGLESES

El más joven no estaba herido de gravedad. Lo habían llevado entre su acompañante y Diego Alatríste más cerca del farol, que encendieron de nuevo; y allí, recostado en la tapia del huerto de los carmelitas, le echaron un vistazo a la cuchillada que había recibido del italiano: uno de esos rasguños superficiales, muy aparatosos de sangre pero sin consecuencia alguna, que luego permitían a los jóvenes pisaverdes pavonearse ante las damas con el brazo en cabestrillo y a muy poco coste. En aquel caso, ni siquiera el cabestrillo iba a ser preciso. Su compañero del traje gris le puso un pañuelo limpio sobre la herida que tenía bajo la axila izquierda, y luego volvió a cerrarle la camisa, el jubón y la ropilla mientras le hablaba en su lengua suavemente, en voz queda. Durante la operación, que el inglés realizó dándole la espalda al capitán Alatríste como si ya no temiera nada de él, éste tuvo oportunidad de considerar algunos detalles interesantes. Por ejemplo que, desmintiendo la aparente serenidad del joven vestido de gris, las manos le temblaban al principio, cuando abría la ropa de su compañero para comprobar la gravedad de la herida. También, pese a no saber de la parla inglesa otras palabras que las que solían cambiarse de barco a barco o de parapeto a parapeto en un campo de batalla –vocabulario que en el caso de un soldado veterano español se limitaba a fockyú (que os jodan), sons ofde gytbich (hijos de la gran puta) y uergoi'n tucat yurbols (os vamos a cortar los huevos)–, el capitán pudo advertir que el inglés vestido de gris hablaba a su compañero con una especie de afectuoso respeto; y que mientras aquél lo llamaba Steenie, que sin duda era un nombre o un apelativo amistoso y familiar, éste utilizaba el formal término milord para dirigirse al herido. Allí había gato encerrado, y el gato no era precisamente callejero y sarnoso, sino de Angora.

Tanto despertó aquello la curiosidad de Alatríste que, en vez de tomar las de Villadiego como pedía a gritos su sentido común, se quedó allí quieto, junto a los dos ingleses a quienes había estado a punto de enviar al otro barrio, mientras reflexionaba amargamente sobre un hecho cierto: de curiosos están los camposantos llenos. Pero no era menos cierto que a tales alturas, tras el incidente con el italiano, y con los dos fulanos de las caretas y fray Emilio Bocanegra esperando resultados, lo del camposanto era naípe fijo; así que irse, quedarse o bailar una chacona venía a dar lo mismo. Ocultar la cabeza como aquel raro pájaro que contaban del África, el avestruz, no solucionaría nada; y además no iba con el carácter de Diego Alatríste. Era consciente de que estorbar el acero del italiano había sido un paso irreparable, sin vuelta atrás; así que no quedaba más remedio que jugar la partida con las nuevas cartas que el burlón Destino acababa de ponerle en las manos, aunque éstas fueran pésimas. Miró a los dos jóvenes, que a esas horas y según lo acordado –llevaba en el bolsillo parte del oro percibido por ello– ya tenían que ser fiambres, y sintió gotas de sudor en el cuello de la camisa. Perra suerte la suya, maldijo en silencio. Bonito momento había elegido para jugar a hidalgos, y caballeros, y escrúpulos de conciencia en semejante callejón de aquel Madrid, con la que estaba cayendo. Y con la que iba a caer.

El inglés vestido de gris se había incorporado y observaba al capitán. Pudo éste a su vez estudiarlo a la luz del farol: bigotillo rizado y rubio, aire elegante, cercos de fatiga bajo los ojos azules. Apenas treinta años y mucha calidad. Y como el otro, pálido como la cera. La sangre aún no había vuelto a sus rostros desde que Alatríste y el italiano les cayeron encima.

–Estamos en deuda con vuestra merced –dijo el de gris, y tras una breve pausa, añadió– A pesar de todo.

Era el suyo un español lleno de imperfecciones, con fuerte acento de allá arriba, o sea, británico. Y su tono parecía sincero; resultaba evidente que él y su compañero habían visto de verdad la muerte cara a cara, sin paños calientes ni heroicos redobles, sino a oscuras y casi por la espalda, cual ratas en un callejón distante varias leguas de todo lo remotamente parecido a la gloria. Experiencia que de vez en cuando no está de más vivan algunos miembros de las clases altas, demasiado acostumbrados a cascarla de perfil entre pifanos y tambores. El caso es que de vez en cuando parpadeaba sin apartar los ojos del capitán, como sorprendido de seguir vivo. Y lo cierto es que ya podía estarlo, el hereje.

–A pesar de todo –repitió.

El capitán no supo qué decir. A fin de cuentas, pese al desenlace de la escaramuza, él y su compañero de fortuna habían intentado asesinar a aquellos jóvenes señores Smith, o quien infiernos fuesen. Para llenar la embarazosa pausa miró alrededor, y vio relucir en el suelo la espada del inglés. Así que fue a por ella y se la devolvió. El tal Steenie, o Thomas Smith, o como diantre se llamara realmente, la sopesó pensativo antes de



meterla en la vaina. Seguía mirando a Alatraste con aquellos ojos azules y francos que tan incómodo hacían sentirse al capitán.

–En el primer momento os creímos... –dijo, y aguardó como si esperase que Alatraste completara sus palabras. Pero éste se limitó a encoger los hombros. En ese momento el herido hizo gesto de incorporarse, y el llamado Steenie se volvió hacia él para ayudarlo. Ambos tenían ahora sus espadas en las vainas y, a la luz del farol que seguía ardiendo en el suelo, observaban al capitán con curiosidad.

–No sois un vulgar salteador –concluyó por fin el tal Steenie, que iba recobrando poco a poco el color. Alatraste le echó un vistazo al más joven, a quien su compañero había llamado varias veces milord. Bigotito rubio, manos finas, apariencia aristocrática a pesar de la ropa de viaje, el polvo y la suciedad del camino. Si aquel individuo no era de muy buena familia, el capitán estaba dispuesto a profesar en la fe del turco. Por su vida que sí.

–¿Vuestro nombre? –preguntó el del traje gris.

Era extraño que siguieran vivos, porque aquellos herejes eran unos ingenuos. O quizá seguían vivos precisamente por eso. La cuestión es que Alatraste permaneció silencioso e impasible; no era hombre dado a confidencias, y menos ante dos fulanos a los que había estado a punto de despachar. Así que no podía imaginar en nombre de qué pensaba ese pisaverde que iba a abrirle su corazón por las buenas. De todos modos, a pesar del interés que sentía por averiguar qué carajo era todo aquello, el capitán empezó a pensar si no sería mejor poner tierra de por medio. Entrar en el terreno de las preguntas y las explicaciones no era algo que conviniera lo más mínimo. Además, podía aparecer alguien: la ronda de corchetes o algún inoportuno que complicase las cosas. Incluso, puestos en lo peor, al italiano podía ocurrírsele regresar silbando su tirurí–ta–ta y con refuerzos para rematar la faena. El pensamiento le hizo echar un vistazo a la calle oscura a su espalda, preocupado. Había que irse de allí, y rápido.

–¿Quién os envía? –insistió el inglés.

Sin contestar, Alatraste fue en busca de su capa y se la puso terciada sobre un hombro, dejando libre la mano de manejar la espada, por si acaso. Los caballos seguían cerca, arrastrando las riendas por el suelo.

–Monten y váyanse –dijo por fin.

El llamado Steenie no se movió, limitándose a consultar con su compañero, que no había pronunciado una palabra en castellano y apenas parecía comprender el idioma. A veces cambiaban unas frases en su lengua, en voz baja, y el herido terminaba asintiendo con la cabeza. Por fin, el joven del traje gris se dirigió a Alatraste.

–Vuestra merced iba a matarme y no lo hizo –dijo–. También salvó la vida de mi amigo... ¿Por qué?

–Los años. Me vuelven blando.

Negó el inglés con la cabeza.

–Ésto no es casual –miró a su compañero y luego al capitán, con renovada atención–. Alguien los envió contra nosotros, ¿verdad?

El capitán empezaba a amostazarse con tanta pregunta, y más cuando vio que su interlocutor iniciaba un gesto hacia la bolsa que le pendía del cinto, dando a entender que cualquier palabra útil podía ser remunerada de modo conveniente. Entonces frunció el ceño, se retorció el bigote y apoyó la mano en el pomo de la espada.

–Míreme bien la cara vuestra merced –dijo–... ¿Tengo aspecto de ir contándole mi vida a la gente?

El inglés lo miró fijo, de hito en hito, y apartó despacio la mano de la bolsa.

–No –concedió–. Realmente no lo tiene.

Alatraste movió la cabeza, aprobador.

–Celebro que se dé cuenta de eso. Ahora cojan sus caballos y lárquense. Mi compañero podría volver.

–¿Y vos?

–Yo soy cosa mía.

Volvieron a cambiar unas palabras los ingleses. El del traje gris parecía reflexionar cruzados los brazos, apoyada la barbilla en los dedos pulgar e índice. Un gesto desusado, lleno de afectación, más propio de los palacios elegantes de Londres que de una calleja sombría del viejo Madrid, que en él, sin embargo, parecía habitual; como si estuviese acostumbrado a adoptar con frecuencia cuidadas poses ante la gente. Tan blanco y rubio tenía todo el aire de un lindo o un cortesano; pero lo cierto era que se había batido con destreza y valor, igual que su compañero. Cuyos modales, observó el capitán, estaban cortados por el mismo patrón. Un par de mozos de buena crianza, concluyó. Con mujeres, religión o política de por medio. Quizá las tres cosas a la vez.

–Esto no debe saberse –dijo por fin el inglés; y Diego Alatraste se echó a reír quedo, entre dientes.

–No soy el más interesado en que se sepa.

Su interlocutor pareció sorprendido por aquella risa, o tal vez le costó comprender el sentido de las palabras; pero al cabo de un instante sonrió también. Una sonrisa leve, cortés. Un poco desdeñosa.

–Hay muchas cosas en juego –apuntó.

En eso Alatraste estaba por completo de acuerdo.

–Mi cabeza –murmuró–. Por ejemplo.

Si el inglés había captado la ironía, no pareció prestarle atención. De nuevo reflexionaba.

–Mi amigo necesita descansar un poco. Y el hombre que lo hirió puede estar aguardándonos más adelante...

–de nuevo dedicó un momento a estudiar a quien tenía ante sí, intentando calibrar cuánto de conspiración y cuánto de sinceridad había en su actitud. Al cabo encogió los hombros, dando a entender que ni él ni su compañero disponían de muchas opciones para elegir... ¿Conoce vuestra merced nuestro destino final?

Alatraste sostuvo impávido su mirada.

–Puede ser.

¿Conoce la casa de las Siete Chimeneas?

–Quizás.

–¿Nos guiaría hasta allí?

–No.

–¿Iría a llevar un mensaje nuestro?

–Ni lo soñéis.

Aquel fulano debía de haberlo tomado por imbécil. Era justo lo que faltaba: ir a meterse en la boca del lobo, poniendo sobre aviso al embajador inglés y a sus criados. La curiosidad mató al gato, se dijo mientras echaba un vistazo inquieto alrededor. Se repitió que ya iba siendo ocasión de cuidar el pellejo que, sin duda, más de uno estaría dispuesto a agujerearle a aquellas horas. Era tiempo de ocuparse de sí mismo; de modo que hizo ademán de terminar la conversación. Pero el inglés aún lo retuvo un instante.

–¿Conoce vuestra merced algún lugar cercano donde podamos encontrar ayuda?... ¿O descansar un poco?

Iba a negar Diego Alatraste por última vez, antes de desaparecer entre las sombras, cuando una idea cruzó su pensamiento con el fulgor de un relámpago. Él mismo no tenía donde guarecerse, pues el italiano y más gente provista por los enmascarados y el padre Bocanegra podía ir a buscarlo a su casa de la calle del Arcabuz, donde a esas horas yo dormía como un bendito. Pero a mí nadie iba a hacerme daño; y a él, sin embargo, le rebanarían el gaza antes de que tuviera tiempo de echar mano a la blanca. Había una oportunidad de conseguir resguardo aquella noche y ayuda para lo que estuviera por venir; y al mismo, tiempo socorrer a los ingleses, averiguando más sobre ellos y sobre quienes con tanto afán procuraban su despacho para el otro mundo. Esa carta en la manga, de la que Diego Alatraste procuraba no usar en exceso jamás, se llamaba Álvaro de la Marca, conde de Guadalmedina. Y su casa palacio estaba a cien pasos de allí.

–Te has metido en un buen lío.

Álvaro Luis Gonzaga de la Marca y Álvarez de Sidonia, conde de Guadalmedina, era apuesto, elegante, y tan rico que podía perder en una sola noche 10.000 ducados en el juego o con una de sus queridas sin alzar siquiera una ceja. Por la época de la aventura de los dos ingleses debía de tener treinta y tres o treinta y cuatro años, y se hallaba en la flor de la vida. Hijo del viejo conde de Guadalmedina –Don Fernando Gonzaga de la Marca, héroe de las campañas de Flandes en tiempos del gran Felipe II y de su sucesor Felipe III–, Álvaro de la Marca había heredado de su progenitor una grandeza de España, y podía estar cubierto en presencia del joven monarca, el Cuarto Felipe, que le dispensaba su amistad; y a quien, se decía, acompañaba en nocturnos lances amorosos con actrices y damas de baja estofa, a las que uno y otro eran aficionados. Soltero, mujeriego, cortesano, culto, algo poeta, galante y seductor, Guadalmedina había comprado al Rey el cargo de correo mayor tras la escandalosa y reciente muerte del anterior beneficiario, el conde de Villamediana: un punto de cuidado, asesinado por asunto de faldas, o de celos. En aquella España corrupta donde todo estaba en venta, desde la dignidad eclesiástica a los empleos más lucrativos del Estado, el título y los beneficios de correo mayor acrecentaban la fortuna e influencia de Guadalmedina en la Corte; una influencia que además se veía prestigiada por un breve pero brillante historial militar de juventud, desde que con veintipocos años había formado parte del estado mayor del duque de Osuna, peleando contra los venecianos y contra el turco a bordo de las galeras españolas de Nápoles. De aquellos tiempos, precisamente, databa su conocimiento de Diego Alatraste.

–Un lío endiablado –repitió Guadalmedina.

El capitán se encogió de hombros. Estaba destocado y sin capa, de pie en una pequeña salita decorada con tapices flamencos, y junto a él, sobre una mesa forrada de terciopelo verde, tenía un vaso de aguardiente que no había probado. Guadalmedina, vestido con exquisito batín de noche y zapatillas de raso, fruncido el ceño con preocupación, se paseaba de un lado a otro ante la chimenea encendida, reflexionando sobre lo que Alatraste acababa de contarle: la historia verdadera de lo ocurrido, paso a paso excepto un par de omisiones,

desde el episodio de los enmascarados hasta el desenlace de la emboscada en el callejón. El conde era una de las pocas personas en que podía fiar a ciegas; y como había decidido mientras conducía hasta su casa a los dos ingleses, tampoco tenía mucho donde elegir.

–¿Sabes a quiénes has intentado matar hoy?

–No. No lo sé –Alatraste escogía con sumo cuidado sus palabras–. En principio, a un tal Thomas Smith y a su compañero. Al menos eso me dicen. O me dijeron.

–¿Quién te lo dijo?

–Es lo que quisiera saber yo.

Álvaro de la Marca se había detenido ante él y lo miraba, entre admirado y reprobador. El capitán se limitó a mover la cabeza en un breve gesto afirmativo, y oyó al aristócrata murmurar «cielo santo» antes de recorrer de nuevo el cuarto arriba y abajo. En ese momento los ingleses estaban siendo atendidos en el mejor salón de la casa por los criados del conde, movilizados a toda prisa. Mientras Alatraste esperaba, había estado oyendo el trajín de puertas abriéndose y cerrándose, voces de criados en la puerta y relinchos en las caballerizas, desde las que llegaba, a través de las ventanas emplomadas, el resplandor de antorchas. La casa toda parecía en pie de guerra. El mismo conde había escrito urgentes billetes desde su despacho antes de reunirse con Alatraste. A pesar de su sangre fría y su habitual buen humor, pocas veces el capitán lo había visto tan alterado.

–Así que Thomas Smith –murmuró el conde.

–Eso dijeron.

–Thomas Smith tal cual, a secas.

–Eso es.

Guadalmedina se había detenido otra vez ante él.

–Thomas Smith mis narices –remachó por fin, impaciente–. El del traje gris se llama Jorge Villiers. ¿Te suena?... –con gesto brusco cogió de la mesa el vaso que Alatraste mantenía intacto y se lo bebió de un solo trago–. Más conocido en Europa por su título inglés: marqués de Buckingham.

Otro hombre con menos temple que Diego Alatraste y Tenorio, antiguo soldado de los tercios de Flandes, habría buscado con urgencia una silla donde sentarse. O para ser más exactos, donde dejarse caer. Pero se mantuvo erguido, sosteniendo la mirada de Guadalmedina como si nada de aquello fuera con él. Sin embargo, mucho más tarde, ante una jarra de vino y conmigo como único testigo, el capitán reconocería que en aquel momento hubo de colgar los pulgares del cinto para evitar que las manos le temblaran. Y que la cabeza se puso a darle vueltas como si estuviese en el ingenio giratorio de una feria. El marqués de Buckingham, eso lo sabía cualquiera en España, era el joven favorito del Rey Jacobo I de Inglaterra: flor y nata de la nobleza inglesa, famoso caballero y elegante cortesano, adorado por las damas, llamado a muy altos destinos en el regimiento de los asuntos de Estado de Su Majestad británica. De hecho lo hicieron duque semanas más tarde, durante su estancia en Madrid.

–Resumiendo –concluyó, ácido, Guadalmedina–. Que has estado a punto de despachar al valido del Rey de Inglaterra, que viaja de incógnito. Y en cuanto al otro...

–¿John Smith?

Esta vez había una nota de resignado humor en el tono de Diego Alatraste. Guadalmedina inició el gesto de llevarse las manos a la cabeza, y el capitán observó que la sola mención de micer John Smith, fuera quien fuese, hacía palidecer al aristócrata. Al cabo de un instante, Álvaro de la Marca se pasó la uña de un pulgar por la barbita que llevaba recortada en perilla y volvió a mirar al capitán de arriba abajo, admirado.

–Eres increíble, Alatraste –dio dos pasos por el cuarto, se detuvo de nuevo y volvió a mirarlo del mismo modo–. Increíble.

Hablar de amistad sería excesivo para definir la relación entre Guadalmedina y el antiguo soldado; pero sí podríamos hablar de mutua consideración, en los límites de cada cual. Álvaro de la Marca estimaba sinceramente al capitán; la historia arrancaba de cuando, en su juventud, Diego Alatraste había servido en Flandes destacándose bajo las banderas del viejo conde de Guadalmedina, que ya entonces tuvo oportunidad de mostrarle afición y aprecio. Más tarde, los azares de la guerra pusieron al joven conde cerca de Alatraste, en Nápoles, y se contaba que, aunque simple soldado, éste rindió al hijo de su antiguo general algunos servicios importantes cuando la desastrosa jornada de las Querquenes. Álvaro de la Marca no había olvidado aquello, y con el tiempo, heredada fortuna y títulos, trocadas las armas por la vida cortesana, no echó en vacío al capitán. De vez en cuando alquilaba sus servicios como espadachín para solventar asuntos de dinero, escoltarlo en aventuras galantes y peligrosas, o ajustar cuentas con maridos cornudos, rivales en amores y acreedores molestos, como en el caso del marquesito de Soto, a quien, recordemos, Alatraste había administrado en la fuente del Acero, por prescripción del propio Guadalmedina, una dosis letal de lo mismo. Pero lejos de abusar de aquella situación, cual sin duda habría hecho buena parte de los valentones

licenciados que andaban por la Corte tras un beneficio o unos doblones, Diego Alatríste mantenía las distancias, sin acudir al conde salvo en ocasiones como aquélla, de absoluta y desesperada necesidad. Algo que, por otra parte, nunca hubiera hecho de no tener por cierta la calidad de los hombres a quienes había atacado. Y la gravedad de cuanto estaba a punto de caerle encima.

–¿Estás seguro de que no reconociste a ninguno de los enmascarados que te encargaron el negocio?

–Ya lo he dicho a vuestra merced. Parecía gente de respeto, más no pude identificar a ninguno.

Guadalmedina se acarició de nuevo la perilla.

–¿Sólo estaban ellos dos contigo aquella noche?

–Ellos dos, que yo recuerde.

–Y uno dijo de no matarlos, y el otro que sí.

–Más o menos.

El conde miró detenidamente a Alatríste.

–Algo me ocultas, pardiez.

El capitán volvió a encoger los hombros, sosteniendo la mirada de su protector.

–Quizás –repuso con calma.

Álvaro de la Marca sonrió torcidamente, manteniendo sobre él sus ojos escrutadores. Se conocían de sobra como para saber que Alatríste no iba a decir nada más de lo que había dicho, aun en el caso de que el conde amenazara con desentenderse del asunto y echarlo a la calle.

–Está bien –concluyó–. Al fin y al cabo, es tu cuello el que está en juego.

El capitán asintió con gesto fatalista. Una de las pocas imprecisiones en el relato hecho al conde consistía en callar la actuación de fray Emilio Bocanegra. No porque deseara proteger la persona del inquisidor –que más bien debía ser temido que protegido–, sino porque, a pesar de la ilimitada confianza que tenía en Guadalmedina, él no era ningún delator. Una cosa era hablar de dos enmascarados, y otra muy distinta denunciar a quien le había encomendado un trabajo; por más que uno de éstos fuese el fraile dominico, y toda aquella historia, y su desenlace, pudiera costarle al propio Alatríste acabar en las poco simpáticas manos del verdugo. El capitán pagaba la benevolencia del aristócrata poniendo en sus manos la suerte de aquellos ingleses y también la suya propia. Pero aunque viejo soldado y acero a sueldo, él también tenía sus retorcidos códigos. No estaba dispuesto a violentarlos aunque le fuese la vida en ello, y eso Guadalmedina lo sabía de sobra. Otras veces, cuando era el nombre de Álvaro de la Marca el que andaba en juego, el capitán se había negado a revelarlo a terceros, siempre con idéntico aplomo. En la reducida porción de mundo que, pese a sus vidas tan dispares, ambos compartían, aquéllas eran las reglas. Y Guadalmedina no estaba dispuesto a infringirlas, ni siquiera con aquel inesperado marqués de Buckingham y su acompañante sentados en el salón de la casa. Era evidente, por su expresión, que Álvaro de la Marca meditaba a toda prisa sobre el mejor partido que podía sacar al secreto de Estado que el azar y Diego Alatríste habían ido a poner en sus manos.

Un criado se detuvo respetuosamente en el umbral. El conde fue hasta él, y Diego Alatríste los oyó cambiar algunas palabras en voz baja. Cuando se retiró el fámulo, Guadalmedina vino al capitán, pensativo.

–Había previsto avisar al embajador inglés, pero esos caballeros dicen que no resulta conveniente que el encuentro tenga lugar en mi casa... Así que, como ya están repuestos, voy a hacer que varios hombres de mi confianza, y yo mismo con ellos, los escolten hasta la casa de las Siete Chimeneas, para evitar más encuentros desagradables.

–¿Puedo hacer algo para ayudar a vuestra merced?

El conde lo miró con irónico fastidio.

–Ya has hecho bastante por hoy, me temo. Lo mejor es que te quites de en medio.

Alatríste asintió, y con un íntimo suspiro hizo el gesto resignado, lento, de despedirse. Era obvio que no podía volver a su casa, ni a la de ningún conocido habitual; y si Guadalmedina no le ofrecía alojamiento, se exponía a vagar por las calles a merced de sus enemigos o de los corchetes de Martín Saldaña, que tal vez estaban alertados sobre el suceso. El conde sabía todo eso. Y sabía también que Diego Alatríste nunca le pediría ayuda claramente; era demasiado orgulloso para hacerlo. Y si Guadalmedina no daba por recibido el mensaje tácito, el capitán no tendría más remedio que afrontar de nuevo la calle sin otro recurso que su espada. Pero ya sonreía el conde, distraído en sus reflexiones.

–Puedes quedarte aquí esta noche –dijo–. Y mañana veremos qué nos depara la vida... He ordenado que te dispongan una habitación.

Alatríste se relajó imperceptiblemente. Por la puerta entreabierta vio cómo al aristócrata le preparaban la ropa. Observó que los criados traían también un colete de ante y varias pistolas cargadas. Álvaro de la Marca no parecía dispuesto a que sus invitados de fortuna corrieran más riesgos.

–Dentro de unas horas se extenderá la noticia de la llegada de estos señores, y todo Madrid estará patas arriba –suspiró el conde–. Ellos me piden bajo palabra de gentilhomme que se silencie la noticia de la

escaramuza contigo y con tu acompañante, y que tampoco se sepa que los ayudaste a buscar refugio aquí... Todo esto es muy delicado, Alatraste. Y va en ello bastante más que tu cuello. Oficialmente el viaje ha de terminar, sin incidentes, ante la residencia del embajador inglés. Y es lo que vamos a procurar ahora mismo. Había iniciado el movimiento hacia el cuarto donde le aderezaban las ropas, cuando de pronto pareció recordar algo.

–Por cierto –añadió, parándose–, desean verte antes de irse. No sé cómo diantre resolviste al final la cuestión, pero después que les conté quién eres y cómo se fraguó todo, no parecen guardarte demasiado rencor. ¡Esos ingleses y su condenada flema británica! ... Voto a Dios que si me hubieras dado a mí el susto que les diste a ellos, yo estaría pidiendo a gritos tu cabeza. No habría tardado un minuto en hacerte asesinar.

La entrevista fue breve, y tuvo lugar en el enorme vestíbulo, bajo un cuadro del Tiziano que mostraba a Dánae a punto de ser fecundada por Zeus en forma de lluvia de oro. Álvaro de la Marca, ya vestido y equipado como para asaltar una galera turca, con culatas de pistolas sobresaliéndole del cinto junto a la espada y la daga, condujo al capitán al lugar donde los ingleses se disponían a salir envueltos en sus capas, rodeados de criados del conde que también iban armados hasta los dientes. Afuera aguardaban más criados con antorchas y alabardas, y sólo faltaba un tambor para que aquello pareciese una ronda nocturna de soldados en vísperas de escaramuza.

–He aquí al hombre –dijo Guadalmedina, irónico, mostrándoles al capitán.

Los ingleses se habían aseado y repuesto del viaje. Sus ropas estaban cepilladas y razonablemente limpias, y el más joven llevaba un amplio pañuelo alrededor del cuello, sosteniéndole el brazo, del que tenía cercana la herida. El otro inglés, el del traje gris, identificado como Buckingham por Álvaro de la Marca, había recuperado una arrogancia que Alatraste no recordaba haberle visto durante la refriega del callejón. Por aquel tiempo, Jorge Villiers, marqués de Buckingham, era ya gran almirante de Inglaterra y gozaba de considerable influencia cerca del Rey Jacobo I. Apuesto, ambicioso, inteligente, romántico y aventurero, estaba a punto de recibir el título ducal con que lo conocerían la Historia y la leyenda. Ahora, todavía joven y en plena ascensión hasta la más alta privanza de la corte de Saint James, el favorito del Rey de Inglaterra miraba con displicente atención a su agresor, y Alatraste soportó impávido el escrutinio. Marqués, arzobispo o villano, aquel tipo elegante de rasgos agraciados no le daba frío ni calor, ya fuera valido del Rey Jacobo o primo hermano del Papa. Eran fray Emilio Bocanegra y los dos enmascarados los que iban a quitarle el sueño aquella noche, y mucho se temía que también algunas más.

–Casi nos mata hoy, en la calle –dijo muy sereno el inglés en su español con fuerte acento extranjero, dirigiéndose más a Guadalmedina que a Alatraste.

–Siento lo ocurrido –respondió el capitán, tranquilo, con una inclinación de cabeza–. Pero no todos somos dueños de nuestras estocadas.

El inglés aún lo miró con fijeza unos instantes. Asomaba un aire despectivo a sus ojos azules, esfumada de ellos la sorprendida espontaneidad de los primeros momentos tras la lucha en el callejón. Había tenido tiempo para recapacitar, y el recuerdo de haberse visto a merced de un espadachín desconocido lastimaba su amor propio. De ahí aquella recién estrenada arrogancia, que Alatraste no había visto por ninguna parte cuando a la luz del farol cruzaban las espadas.

–Creo que estamos en paz –dijo por fin. Y volviendo con brusquedad la espalda, empezó a ponerse los guantes.

A su lado, el inglés más joven, el supuesto John Smith, permanecía en silencio. Tenía la frente despejada, blanca y noble, y sus rasgos eran finos, con manos delicadas y pose elegante. Aquello, a pesar de las ropas de viaje, delataba a la legua a un jovencito de buenisísima familia. El capitán vislumbró una leve sonrisa bajo el todavía suave bigote rubio. Iba a hacer una nueva inclinación de cabeza y retirarse, cuando el joven pronunció unas palabras en su lengua que hicieron volver la cabeza al otro inglés. Por el rabillo del ojo, Alatraste vio sonreír a Guadalmedina, que además del francés y el latín hablaba la parla de los herejes.

–Mi amigo dice que os debe la vida –Jorge Villiers parecía incómodo, como si por su parte ya hubiera dado por concluida la conversación, y ahora tradujera a su pesar las palabras del más joven–. Que la última estocada que le tiró el hombre de negro era mortal.

–Es posible –Alatraste también se permitió una breve sonrisa–. Todos tuvimos suerte esta noche, me parece.

El inglés terminó de ponerse los guantes mientras escuchaba con atención las palabras que le dirigía su compañero.

–También pregunta mi amigo qué fue lo que hizo a vuestra merced cambiar de bando, y de idea.

–No he cambiado de bando –dijo Alatraste–. Yo siempre estoy en el mío. Yo cazo solo.

El más joven lo miró un rato, reflexivo, mientras le traducían aquella respuesta. De pronto parecía maduro y con más autoridad que su acompañante. El capitán observó que hasta Guadalmedina le mostraba más deferencia que al otro, a pesar de ser Buckingham quien era. Entonces el joven habló de nuevo, y su

compañero protestó en su lengua, como si no estuviese de acuerdo en traducir aquellas últimas palabras. Pero el más joven insistió, con un tono de autoridad que Alatraste no le había oído antes.

–Dice el caballero –tradujo Buckingham de mala gana, en su imperfecto español– que no importa quién seáis y cuál sea vuestro oficio, pero que vuestra merced obró con nobleza al no permitir que lo asesinaran como un perro, a traición... Dice que a pesar de todo se considera en deuda con vos y desea que lo sepáis... Dice –y en este punto el traductor dudó un momento y cambió una mirada de preocupación con Guadalmedina antes de proseguir– que mañana toda la Europa sabrá que el hijo y heredero del Rey Jacobo de Inglaterra está en Madrid con la única escolta y compañía de su amigo el marqués de Buckingham... Y que, aunque por razones de Estado resulte imposible publicar lo ocurrido esta noche, él, Carlos, príncipe de Gales, futuro Rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda, no olvidará nunca que un hombre llamado Diego Alatraste pudo asesinarlo, y no quiso.

## VI. EL ARTE DE HACER ENEMIGOS

Al día siguiente, Madrid despertó con la noticia increíble. Carlos Estuardo, cachorro del leopardo inglés, impaciente por la lentitud de las negociaciones matrimoniales con la infanta doña María, hermana de nuestro Rey Don Felipe Cuarto, había concebido con su amigo Buckingham ese proyecto extraordinario y descabellado: viajar a Madrid de incógnito para conocer a su novia, transformando en novela de amor caballeresco la fría combinación diplomática que llevaba meses dilatándose en las cancillerías. La boda entre el príncipe anglicano y la princesa católica se había convertido, a tales alturas, en un complicadísimo encaje de bolillos en el que terciaban embajadores, diplomáticos, ministros, gobiernos extranjeros y hasta Su Santidad el Papa de Roma, que debía autorizar el enlace y que, por supuesto, trataba de sacar la mejor tajada posible. De modo que, harto de que le marearan la perdiz –o como se llame lo que cazan los condenados ingleses–, la imaginación juvenil del príncipe de Gales, secundada por Buckingham, decidió abreviar el trámite. De ese modo habían proyectado entre los dos aquella aventura llena de azares y peligros, en la seguridad de que marchar a España sin avisos ni protocolos suponía conquistar en el acto a la infanta para llevarla a Inglaterra, ante la mirada asombrada de la Europa entera y con el aplauso y las bendiciones de los pueblos español e inglés.

Ése, más o menos, era el meollo del negocio. Vencida la inicial resistencia del Rey Jacobo, éste dio a ambos jóvenes su bendición y los autorizó a ponerse en camino. A fin de cuentas, si para el viejo Rey el riesgo de la empresa acometida por su hijo era grande –un accidente, fracaso o desaire español pondrían en entredicho el honor de Inglaterra–, las ventajas a obtener de su feliz término equilibraban el asunto. En primer lugar, tener de cuñado de su vástago al monarca de la nación que entonces seguía siendo la más poderosa del mundo, no era cosa baladí. Además, aquel matrimonio, deseado por la corte inglesa y acogido con más frialdad por el conde de Olivares y los consejeros ultra católicos del Rey de España, pondría fin a la vieja enemistad entre las dos naciones. Consideren vuestras mercedes que apenas habían transcurrido treinta años desde la Armada Invencible; ya saben, cañonazo va y ola viene y todo a tomar por saco, con aquel pulso fatal entre nuestro buen Rey Don Felipe Segundo y esa arpía pelirroja que se llamó Isabel de Inglaterra, amparo de protestantes, hideputas y piratas, más conocida por la Reina Virgen, aunque maldito si puede uno imaginarse virgen de qué. El caso es que una boda del jovencito hereje con nuestra infanta –que no era Venus pero tenía buen ver, según la pintó Don Diego Velázquez algo más tarde, joven y rubia, una señora, con aquel labio suyo tan de los Austrias– abriría pacíficamente a Inglaterra las puertas del comercio en las Indias Occidentales, resolviendo según los intereses británicos la patata caliente del Palatinado; que no pienso resumir aquí porque para eso están los libros de Historia.

Así pintaban los naipes la noche que yo dormí como un bendito en mi jergón de la calle del Arcabuz, ignorante de la que se estaba cociendo, mientras el capitán Alatríste pasaba las horas en blanco, una mano en la culata de la pistola y la espada al alcance de la otra, en una habitación de servicio del conde de Guadalmedina. En cuanto a Carlos Estuardo y Buckingham, se alojaron con bastante más comodidad y todos los honores en casa del embajador inglés; y a la mañana siguiente, conocida la noticia y mientras los consejeros del Rey nuestro señor, con el conde de Olivares a la cabeza, intentaban buscar una salida a semejante compromiso diplomático, el pueblo de Madrid acudió en masa ante la casa de las Siete Chimeneas a vitorear al osado viajero. Carlos Estuardo era joven, ardiente y optimista; acababa de cumplir los veintidós años y, con ese aplomo que tienen los jóvenes con aplomo, estaba tan seguro de la seducción de su gesto como del amor de una infanta a la que aún no conocía; con la certeza de que los españoles, haciendo honor a nuestra fama de caballerosos y hospitalarios, quedaríamos conquistados, igual que su dama, por tan gallardo gesto. Y en eso tenía razón el mozo. Si en el casi medio siglo de reinado de nuestro buen e inútil monarca Don Felipe Cuarto, por mal nombre llamado el Grande, los gestos caballerescos y hospitalarios, la misa en días de guardar y el pasearse con la espada muy tiesa y la barriga vacía llenaran el puchero o pusieran picas en Flandes, otro gallo nos hubiese cantado a mí, al capitán Alatríste, a los españoles en general y a la pobre España en su conjunto. A ese tiempo infame lo llaman Siglo de Oro. Más lo cierto es que, quienes lo vivimos y sufrimos, de oro vimos poco; y de plata, la justa. Sacrificio estéril, gloriosas derrotas, corrupción, picaresca, miseria y poca vergüenza, de eso sí que tuvimos a espuestas. Lo que pasa es que luego uno va y mira un cuadro de Diego Velázquez, oye unos versos de Lope o de Calderón, lee un soneto de Don Francisco de Quevedo, y se dice que bueno, que tal vez mereció la pena.

Pero a lo que iba. Les estaba contando que la noticia de la aventura corrió como pólvora seca, y ésta ganó el corazón de todo Madrid; aunque al Rey nuestro señor y al conde de Olivares, como se supo a los postres, la llegada sin ser invitado del heredero de la corona británica les sentó como un buen pistoletazo entre las cejas. Se guardaron las formas, por supuesto, y todo fueron agasajos y parabienes. Y de la escaramuza del callejón, ni media palabra. De los pormenores se enteró Diego Alatraste cuando el conde de Guadalmedina regresó a casa, ya entrada la mañana, feliz por el éxito que acababa de apuntarse escoltando a los dos jóvenes y haciéndose acreedor de su gratitud y de la del embajador inglés. Después de las cortesías de rigor en la casa de las Siete Chimeneas, Guadalmedina había sido llamado con urgencia al Alcázar Real, donde puso al corriente del episodio al Rey nuestro señor y al primer ministro. Empeñada su palabra, el conde no podía revelar los pormenores de la emboscada; pero Álvaro de la Marca supo, sin incurrir en el desagrado regio ni faltar a su fe de caballero, expresar sobrados detalles, gestos, sobreentendidos y silencios, para que tanto el monarca como el valido comprendieran, horrorizados, que a los dos imprudentes viajeros habían estado apunto de hacerlos filetes en un callejón oscuro de Madrid.

La explicación, o al menos algunas de las claves que bastaron para darle a Diego Alatraste idea de con quién se jugaba los maravedís, le vino por boca de Guadalmedina; que tras pasar media mañana haciendo viajes entre la casa de las Siete Chimeneas y Palacio, traía noticias frescas, aunque no muy tranquilizadoras para el capitán.

—En realidad el negocio es simple —resumía el conde—. Inglaterra lleva tiempo presionando para que se celebre la boda, pero Olivares y el Consejo, que está bajo su influencia, no tienen prisa. Eso de que una infanta de Castilla matrimonee con un príncipe anglicano les huele a azufre... A sus dieciocho años, el Rey es demasiado joven; y en esto, como en todo lo demás, se deja guiar por Olivares. En realidad los del círculo íntimo creen que el valido no tiene intención de dar su visto bueno a la boda, salvo que el Príncipe de Gales se convierta al catolicismo. Por eso Olivares da largas, y por eso el joven Carlos ha decidido coger el toro por los cuernos y plantearnos el hecho consumado.

Álvaro de la Marca despachaba un refrigerio sentado a la mesa forrada de terciopelo verde. Era media mañana, estaban en la misma habitación donde había recibido la noche anterior a Diego Alatraste, y el aristócrata comía con mucha afición trozos de empanada de pollo y un cuartillo de vino en jarra de plata: su éxito diplomático y social en aquella jornada le avivaba el apetito. Había invitado a Alatraste a acompañarlo tomando un bocado, pero el capitán rechazó la invitación. Permanecía de pie, apoyado en la pared, viendo comer a su protector. Estaba vestido para salir, con capa, espada y sombrero sobre una silla próxima, y en el rostro sin afeitarse mostraba las trazas de la noche pasada en blanco.

—¿A quién cree vuestra merced que incomoda más ese matrimonio?

Guadalmedina lo miró entre dos bocados.

—Uf. A mucha gente —dejó la empanada en el plato y se puso a contar con los dedos relucientes de grasa—. En España, la Iglesia y la Inquisición están rotundamente en contra. A eso hay que añadir que el Papa, Francia, Saboya y Venecia siguen dispuestos a cualquier cosa con tal de impedir la alianza entre Inglaterra y España... ¿Te imaginas lo que hubiera ocurrido si anoche llegáis a matar al príncipe y a Buckingham?

—La guerra con Inglaterra, supongo.

El conde atacó de nuevo su refrigerio.

—Supones bien —apuntó, sombrío—. De momento hay acuerdo general para silenciar el incidente. El de Gales, y Buckingham sostienen que fueron objeto de un ataque de salteadores comunes, y el Rey y Olivares han hecho como que se lo creían. Después, a solas, el Rey le pidió una investigación al valido, y éste prometió ocuparse de ello —Guadalmedina se detuvo para beber un largo trago de vino, secándose luego bigote y perilla con una enorme servilleta blanca, crujiente de almidón—... Conociendo a Olivares, estoy seguro de que él mismo podría haber montado el golpe; aunque no lo creo capaz de llegar tan lejos. La tregua con Holanda está a punto de romperse, y sería absurdo distraer el esfuerzo de guerra en una empresa innecesaria contra Inglaterra...

El conde liquidó la empanada mirando distraídamente el tapiz flamenco colgado en la pared a espaldas de su interlocutor: caballeros asediando un castillo e individuos con turbante tirándoles flechas y piedras desde las almenas con muy mala sangre. El tapiz llevaba más de treinta años allí colgado, desde que el viejo general Don Fernando de la Marca lo requisó como botín durante el último saqueo de Amberes, en los tiempos gloriosos del gran Rey Don Felipe. Ahora, su hijo Álvaro masticaba despacio frente a él, reflexionando. Después sus ojos volvieron a Alatraste.

—Esos enmascarados que alquilan tus servicios pueden ser agentes pagados por Venecia, Saboya, Francia, o vete a saber... ¿Estás seguro de que eran españoles?

—Tanto como vuestra merced y como yo. Y gente de calidad.



–No te fíes de la calidad. Aquí todo el mundo presume de lo mismo: de cristiano viejo, hijodalgo y caballero. Ayer tuve que despedir a mi barbero, que pretendía afeitarme con su espada colgada del cinto. Hasta los lacayos la llevan. Y como el trabajo es mengua de la honra, no trabaja ni Cristo.

–Estos que yo digo sí eran gente de calidad. Y españoles.

–Bueno. Españoles o no, viene a ser lo mismo. Como si los de afuera no pudieran pagarse cualquier cosa aquí adentro... –el aristócrata soltó una risita amarga–. En esta España austriaca, querido, con oro puede comprarse por igual al noble que al villano. Todo lo tenemos en venta, salvo la honra nacional; e incluso con ella traficamos de tapadillo a la primera oportunidad. En cuanto a lo demás, qué te voy a contar. Nuestra conciencia... –le dirigió un vistazo al capitán por encima de su jarra de plata–. Nuestras espadas...

–O nuestras almas –rubricó Alatraste.

Guadalmedina bebió un poco sin dejar de mirarlo.

–Sí –dijo–. Tus enmascarados pueden, incluso, estar a sueldo de nuestro buen pontífice Gregorio XV. El Santo Padre no puede ver a los españoles ni en pintura.

La gran chimenea de piedra y mármol estaba apagada, y el sol que entraba por las ventanas sólo era tibio; pero aquella mención a la Iglesia bastó para que Diego Alatraste sintiera un calor incómodo. La imagen siniestra de fray Emilio Bocanegra cruzó de nuevo su memoria como un espectro. Había pasado la noche viéndola dibujarse en el techo oscuro del cuarto, en las sombras de los árboles al otro lado de la ventana, en la penumbra del corredor; y la luz del día no era suficiente para hacerla desvanecerse. Las palabras de Guadalmedina la materializaban de nuevo, a modo de mal presagio.

–Sean quienes sean –proseguía el conde–, su objetivo está claro: impedir la boda, dar una lección terrible a Inglaterra, y hacer estallar la guerra entre ambas naciones. Y tú, al cambiar de idea, lo arruinaste todo. Lo tuyo ha sido de licenciado en el arte de hacerse enemigos, así que yo, en tu lugar, cuidaría el pellejo. El problema es que no puedo protegerte más. Contigo aquí podría verme implicado. Yo que tú haría un viaje largo, muy lejos... Y sepas lo que sepas, no lo cuentes ni bajo confesión. Si de esto se entera un cura, cuelga los hábitos, vende el secreto y se hace rico.

–¿Y qué pasa con el inglés?... ¿Ya está a salvo?

Guadalmedina aseguró que por supuesto. Con toda Europa al corriente, el inglés podía considerarse tan seguro como en su condenada Torre de Londres. Una cosa era que Olivares y el Rey estuviesen dispuestos a seguir dándole largas, a agasajarlo mucho y a hacerle promesa tras promesa hasta que se aburriera y se fuese con viento fresco, y otra que no garantizaran su seguridad.

–Además –prosiguió el conde– Olivares es listo y sabe improvisar. Igual cambia de idea, y el Rey con él. ¿Sabes qué le ha dicho esta mañana delante de mí al de Gales?... Que si no obtenían dispensa de Roma y no podía darle a la infanta como esposa, se la daría como amante... ¡Es grande, ese Olivares! Un hideputa con pintas, hábil y peligroso, más listo que el hambre. Y Carlos tan contento, seguro de tener ya a doña María en los brazos.

–¿Se sabe cómo ve ella el asunto?

–Tiene veinte años, así que imagínate. Se deja querer. Que un hereje de sangre real, joven y guapo, sea capaz de lo que ha hecho éste por ella, la repele y fascina al mismo tiempo. Pero es una infanta de Castilla, así que el protocolo lo tiene todo previsto. Dudo que los dejen pelar la pava a solas ni para decir un avemaría... Precisamente volviendo para acá se me ha ocurrido el comienzo de un soneto:

*Vino Gales a bodas con la infanta  
en procura de tálamo y princesa,  
ignorante el leopardo que esta empresa  
no corona el audaz, sino el que aguanta.*

–... ¿Qué te parece? –Álvaro, de la Marca miró inquisitivo a Alatraste, que sonreía un poco, divertido y prudente, absteniéndose de opinar–. Bueno, yo no soy Lope, pardiez. E imagino que tu amigo Quevedo pondría serios reparos; más para tratarse de versos míos no están mal... Si los ves circulando por ahí en hojas anónimas, ya sabes de quién son... En fin –el conde apuró el resto del vino y se puso en pie, tirando la servilleta sobre la mesa–. Volviendo a temas graves, lo cierto es que una alianza con Inglaterra nos compondría bien contra Francia; que después de los protestantes, y aún diría yo que más, es nuestra principal amenaza en Europa. A lo mejor con el tiempo cambian de idea y se celebra el casorio; aunque por los comentarios que conozco en privado del Rey y de Olivares, me sorprendería mucho.

Anduvo unos pasos por la habitación, miró de nuevo el tapiz robado por su padre en Amberes y se detuvo, pensativo, ante la ventana.

—De una u otra forma —prosiguió— una cosa era acuchillar anoche a un viajero anónimo que oficialmente no estaba aquí, y otra muy distinta atentar hoy contra la vida del nieto, de María Estuardo, huésped del Rey de España y futuro monarca de Inglaterra. El momento ha pasado. Por eso imagino que tus enmascarados estarán furiosos, clamando venganza. Además, no les conviene que los testigos puedan hablar; y la mejor manera de silenciar a un testigo es convertirlo en cadáver... —se había vuelto a mirar con fijeza a su interlocutor—. ¿Captas la situación? Me alegro. Y ahora, capitán Alatraste, te he dedicado demasiado tiempo y tengo cosas que hacer; entre ellas concluir mí soneto. Así que búscate la vida. Y que Dios te ampare.

Todo Madrid era una gran fiesta, y la curiosidad popular había convertido la casa de las Siete Chimeneas en pintoresca romería. Grupos de curiosos subían por la calle de Alcalá hasta la iglesia del Carmen Descalzo, congregándose al otro lado ante la residencia del embajador inglés, donde algunos alguaciles mantenían blandamente alejada a la gente que aplaudía el paso de cualquiera de las carrozas que iban y venían desde las cocheras de la casa. Se pedía a gritos que el príncipe de Gales saliera a saludar; y cuando a media mañana un joven rubio se asomó un momento a una de las ventanas, lo acogió estruendosa ovación, a la que el mozo correspondió con un gesto de la mano, tan gentil que de inmediato le ganó la voluntad del populacho congregado en la calle. Generoso, simpático, acogedor con quien sabía llegarle al corazón, el pueblo de Madrid había de dispensar al heredero del trono de Inglaterra, durante los meses que pasó en la Corte, siempre idénticas muestras de aprecio y benevolencia. Otra hubiera sido la historia de nuestra desgraciada España si los impulsos del pueblo, a menudo generoso, hubieran primado con más frecuencia frente a la árida razón de Estado, el egoísmo, la venalidad y la incapacidad de nuestros políticos, nuestros nobles y nuestros monarcas. El cronista anónimo se lo hace decir a ese mismo pueblo en el viejo romance del Cid, y uno recuerda con frecuencia sus palabras cuando considera la triste historia de nuestras gentes, que siempre dieron lo mejor de sí mismas, su inocencia, su dinero, su trabajo y su sangre, viéndose en cambio tan mal pagadas: «Qué buen vasallo que fuera, si tuviese buen señor».

El caso es que el entusiasta vecindario madrileño acudió aquella mañana a festejar al de Gales, y yo mismo estuve allí acompañando a Caridad la Lebrijana, que no quería perderse el espectáculo. No sé si les he contado que la Lebrijana tenía por entonces treinta o treinta y cinco años y era una andaluza vulgar y hermosa, morena, todavía de trapío y buenas trazas, ojos grandes, negros y vivos, y pecho opulento, que había sido actriz de comedias durante cinco o seis años, y puta otro tanto en una casa de la calle de las Huertas. Cansada de aquella vida, con las primeras patas de gallo había empleado sus ahorros en comprar la taberna del Turco, y de ella vivía ahora con relativas decencia y holgura. Añadiré, sin que sea faltar a ningún secreto, que la Lebrijana estaba enamorada hasta los tuétanos de mi señor Alatraste, y que a tal título le fiaba en condumio y materia líquida; y que la vecindad del alojamiento del capitán, comunicada por la misma corrala con la puerta trasera de la taberna y la vivienda de la Lebrijana, facilitaba que ambos compartieran cama con cierta frecuencia. Cierto es que el capitán siempre se mostró discreto en mi presencia; pero cuando vives con alguien, a la larga esas cosas se notan. Y yo, aunque jovencito y de Oñate, nunca fui ningún pardillo.

Aquel día, les contaba, acompañé a Caridad la Lebrijana por las calles Mayor, Montera y Alcalá, hasta la residencia del embajador inglés, y allí nos quedamos con la muchedumbre que vitoreaba al de Gales, entre ociosos y gentes de toda condición convocadas por la curiosidad. Convertida la calle en mentidero más zumbón que las gradas de San Felipe, pregonaban sus bebidas aguadores y alojeros, vendíanse pastelillos y vidrios de conserva, se instalaban improvisados bodegones de puntapié para saciar el hambre por unas monedas, pordioseaban los mendigos, alborotaban criadas, pajes y escuderos, corrían todo tipo de especies e invenciones fabulosas, se parlotaban en corros los acontecimientos y los rumores de palacio, y eran alabados el cuajo y la audacia caballerisca del joven príncipe, haciéndose todos lenguas, y en especial las mujeres, de su elegancia y figura, así como las demás prendas de su persona y la de Buckingham. Y de ese modo, animadamente, muy a la española, iba transcurriendo la mañana.

—¡Tiene buen porte! —decía la Lebrijana, después que vimos al presunto príncipe asomarse a la ventana—. Talle fino y donaire... ¡Hará linda pareja con nuestra infanta!

Y se enjugaba las lágrimas con la punta de la toquilla. Como la mayor parte del público femenino, estaba de parte del enamorado; pues la audacia de su gesto había ganado las voluntades, y todos consideraban el asunto cosa hecha.

—Lástima que ese boquirrubio sea hereje. Pero eso lo arregla un buen confesor, y un bautismo a tiempo —la buena mujer, en su ignorancia, creía que los anglicanos eran como los turcos, que no los bautizaba nadie—... ¡Pueden más dos mamellas que dos centellas!

Y se reía, agitando aquel pecho opulento que a mi me tenía fascinado, y que en cierto modo —entonces me resultaba difícil explicarlo— me recordaba el de mi madre. Recuerdo perfectamente la sensación que me producía el escote de Caridad la Lebrijana cuando se inclinaba a servir la mesa y la blusa insinuaba,

moldeados por su propio peso, aquellos volúmenes grandes, morenos y llenos de misterio. Con frecuencia me preguntaba qué haría el capitán con ellos cuando me mandaba a comprar algo, o a jugar a la calle, y se quedaba solo en casa con la Lebrijana; y yo, bajando la escalera de dos en dos peldaños, la oía a ella reír arriba, muy fuerte y alegre.

En ésas estábamos, aplaudiendo con entusiasmo a toda figura que se asomaba a las ventanas, cuando apareció el capitán Alatraste. Aquélla no era, ni mucho menos, la primera noche que pasaba fuera de nuestra casa; de modo que yo había dormido a pierna suelta, sin inquietud alguna. Pero al verlo ante la casa de las Siete Chimeneas intuí que algo ocurría. Llevaba el sombrero bien calado sobre la cara, la capa envuelta en torno al cuello y las mejillas sin rasurar a pesar de lo avanzado de la mañana; él, que con su disciplina de viejo soldado tan cuidadoso era de una digna apariencia. Sus ojos claros también parecían cansados y recelosos al mismo tiempo, y se le veía caminar entre la gente con el gesto suspicaz de quien, de un momento a otro, espera una mala pasada. Tras las primeras palabras pareció más relajado, cuando aseguré que nadie había preguntado por él, ni durante la noche ni por la mañana. La Lebrijana dijo lo mismo respecto a la taberna: ni desconocidos ni preguntas. Después, al apartarme un poco, la oí inquirir en voz baja en qué malos pasos andaba metido de nuevo. Volvime a mirarlos con disimulo, la oreja atenta; pero Diego Alatraste se limitaba a permanecer silencioso, mirando las ventanas del embajador inglés con expresión impasible.

Había también entre los curiosos gente de calidad, sillas de manos, literas y coches, incluso dos o tres carrozas con damas y sus dueñas acechando tras las cortinillas; y los vendedores ambulantes se acercaban a ofrecerles refresco y golosinas. Al echarles un vistazo me pareció reconocer uno de los carruajes: era oscuro, sin escudo en la portezuela, con dos buenas mulas en los arreos. El cochero charlaba en un corro de curiosos, así que pude ir hasta el estribo sin que nadie me importunase. Y allí, en la ventanilla, una mirada azul y unos tirabuzones rubios bastaron para darme la certeza de que mi corazón, que palpitaba alocadamente hasta querérseme salir del pecho, no había errado.

–A vuestro servicio –dije, afirmando la voz a duras penas.

Ignoro cómo, con los pocos años que por aquel entonces tenía Angélica de Alquézar, alguien puede llegar a sonreír como ella lo hizo esa mañana ante la casa de las Siete Chimeneas; pero lo cierto es que lo hizo. Una sonrisa lenta, muy lenta, de desdén y de sabiduría infinita al mismo tiempo. Una de aquellas sonrisas que ninguna niña ha tenido tiempo de aprender en su vida, sino que son innatas, hechas de esa lucidez y esa mirada penetrante que en las mujeres constituye exclusivo patrimonio; fruto de siglos y siglos de ver, en silencio, a los hombres cometiendo toda suerte de estupideces. Yo era entonces demasiado joven para advertir lo menguados que podemos ser los varones, y lo mucho que puede aprenderse en los ojos y en la sonrisa de las mujeres. No pocos percances de mi vida adulta se habrían resuelto a mayor satisfacción de haber dedicado más tiempo a tal menester. Pero nadie nace enseñado; y a menudo, cuando gozas de las debidas enseñanzas, es demasiado tarde para que éstas sirvan a tu salud o a tu provecho.

El caso es que la mocita rubia, de ojos como el cielo claro y frío de Madrid en invierno, sonrió al reconocermme; incluso se inclinó un poco hacia mí entre crujidos de seda de su vestido mientras apoyaba una mano delicada y blanca en el marco de la ventanilla. Yo estaba junto al estribo del coche de mi pequeña dama, y la euforia de la mañana y el ambiente caballeresco de la situación me acícateaban la audacia. También reforzaba mi aplomo el hecho de vestir aquel día con cierto decoro, gracias a un jubón marrón oscuro y unas viejas medias calzas pertenecientes al capitán Alatraste, que el hilo y la aguja de Caridad la Lebrijana habían ajustado a mi talla, dejándolas como nuevas.

–Hoy no hay barro en la calle –dijo, y su voz me estremeció hasta la punta de la coronilla. Era el suyo un tono quedo y seductor, nada infantil. Casi demasiado grave para su edad. Algunas damas usaban ese mismo tono al dirigirse a sus galanes en las jácaras representadas en las plazas, y en las comedias. Pero Angélica de Alquézar –cuyo nombre yo ignoraba todavía– no era actriz, y era una niña. Nadie le había enseñado a fingir aquel eco oscuro, aquel modo de pronunciar las palabras de un modo capaz de hacerte sentir como un hombre hecho y derecho, y además el único existente en mil leguas a la redonda.

–No hay barro –repetí, sin prestar atención a lo que yo mismo decía–. Y lo siento, porque eso me impide tal vez servirlos de nuevo.

Con las últimas palabras me llevé la mano al corazón. Reconozcan, por tanto, que no me las compuse mal; y que la respuesta galante y el gesto estuvieron a la altura de la dama y de las circunstancias. Así debió de ser, pues en vez de desentenderse de mí, ella sonrió otra vez. Y yo fui el mozo más feliz, y más galante, y más hidalgo del mundo.

–Es el paje del que os hablé –dijo entonces ella, dirigiéndose a alguien que estaba a su lado, en el interior del coche, y a quien yo no podía ver–. Se llama Ñingo, y vive en la calle del Arcabuz –estaba vuelta de nuevo hacia mí, que la miraba con la boca abierta, fascinado por el hecho de que fuera capaz de recordar mi nombre–. Con un capitán, ¿no es cierto?... Un tal capitán Batiste, o Eltriste.

Hubo un movimiento en la penumbra del interior del coche y, primero una mano de uñas sucias, y luego un brazo vestido de negro, surgieron detrás de la niña para apoyarse en la ventanilla. Les siguió una capa también negra y un jubón con la insignia roja de la orden de Calatrava; y por fin, sobre una golilla pequeña y mal almidonada, apareció el rostro de un hombre de unos cuarenta y tantos a cincuenta años, redonda la cabeza, villano el pelo escaso, deslucido y gris como su bigote y su perilla. Todo en él, a pesar de su vestimenta solemne, transmitía una indefinible sensación de vulgaridad ruin; los rasgos ordinarios y antipáticos, el cuello grueso, la nariz ligeramente enrojecida, la poca limpieza de las manos, la manera en que ladeaba la cabeza y, sobre todo, la mirada arrogante y taimada de menestral enriquecido, con influencia y poder, me produjeron una incómoda sensación al considerar que aquel sujeto, compartía coche, y tal vez lazos de familia, con mi rubia y jovencísima enamorada. Pero lo más inquietante fue el extraño brillo de sus ojos; la expresión de odio y cólera que vi aparecer en ellos cuando la niña pronunció el nombre del capitán Alatríste.

## VII. LA RÚA DEL PRADO

El día siguiente era domingo. Empezó en fiesta, y a pique estuvo para Diego Alatríste y para mí de terminar en tragedia. Pero no adelantemos acontecimientos. La parte festiva del asunto transcurrió en torno a la rúa que, en espera de la presentación oficial ante la Corte y la infanta, el Rey Don Felipe IV ordenó en honor de sus ilustres huéspedes. En aquel tiempo se llamaba hacer la rúa al paseo tradicional que todo Madrid recorría en carroza, a pie o a caballo, bien por la carrera de la calle Mayor, entre Santa María de la Almudena y las gradas de San Felipe y la puerta del Sol, o bien prolongando el itinerario calle abajo, hasta las huertas del duque de Lerma, el monasterio de los Jerónimos y el Prado del mismo nombre.

Respecto a la calle Mayor, ésta era vía de tránsito obligada desde el centro de la villa al Alcázar Real, y también lugar de plateros, joyeros y tiendas elegantes; por eso al caer la tarde se llenaba de carrozas con damas, y caballeros luciéndose ante ellas. En cuanto al Prado de San Jerónimo, grato en días de sol invernal y en tardes de verano, era lugar arbolado y verde, con veintitrés fuentes, muchas tapias de huertas y una alameda por donde circulaban carruajes y paseantes en amena conversación. También era sitio de cita social y galanteo, propicio para lances furtivos de enamorados, y lo más granado de la corte se solazaba en su paisaje. Pero quien mejor resumió todo esto de hacer la rúa fue Don Pedro Calderón de la Barca, algunos años más tarde, en una de sus comedias:

*Por la mañana estaré  
en la iglesia a que acudís;  
por la tarde, si salís  
en la Carrera os veré;  
al anocheecer iré  
al Prado, al coche arrimado;  
luego, en la calle embozado:  
ved si advierte bien mi amor  
horas de calle Mayor  
misa, reja, coche y Prado.*

Ningún lugar, pues, más idóneo para que nuestro monarca el Cuarto Felipe, galante como cosa propia de sus jóvenes años, decidiera organizar el primer conocimiento oficioso entre su hermana la infanta y el gallardo pretendiente inglés. Todo debía transcurrir, naturalmente, dentro de los límites del decoro y el protocolo propios de la Corte española; cuyas reglas eran tan estrictas que la regia familia tenía establecido, de antemano, lo por hacer en todos y cada uno de los días y horas de su vida. No es de extrañar, por tanto, que la visita inesperada del ilustre aspirante a cuñado fuese acogida por el monarca como pretexto para romper la rígida etiqueta palatina, e improvisar fiestas y salidas. Pusieronse manos a la obra, organizándose un paseo de carrozas en el que participó todo aquel que era algo en la Corte; y el pueblo ofició como testigo de aquella exhibición caballeresca que tanto halagaba el orgullo nacional y que, sin duda, a los ingleses parecería singular y asombrosa. Por cierto, cuando el futuro Carlos I inquirió sobre la posibilidad de saludar a su novia, aunque fuera con un simple buenas tardes, el conde de Olivares y el resto de los consejeros españoles se miraron gravemente unos a otros antes de comunicar a Su Alteza, con mucho protocolo diplomático y mucha política, que verdes las habían segado. Era impensable que nadie, ni siquiera un príncipe de Gales, que oficialmente aún no había sido presentado, hablase o pudiera acercarse a la infanta doña María, o a cualquier otra dama de la familia real. Con todo recato se verían al pasar, y gracias.

Yo mismo estaba en la calle con los curiosos, y reconozco que el espectáculo fue el colmo de la galantería y la finura, con la flor y la nata de Madrid vestida de sus mejores galas; pero, al mismo tiempo, y a causa del todavía oficial incógnito de nuestros visitantes, todo el mundo se comportó con la mayor naturalidad, como quien no quiere la cosa. El de Gales, Buckingham, el embajador inglés y el conde de Gondomar, nuestro diplomático en Londres, estaban en una carroza cerrada en la puerta de Guadalajara –una carroza invisible, pues se había prohibido expresamente vitorearla o señalar su presencia– y desde allí Carlos vio pasar por primera vez los carruajes que llevaban de paseo a la familia real. En uno de ellos, junto a nuestra bellísima reina de veinte años doña Isabel de Borbón, vio por fin el de Gales a la infanta doña María, que en plena

juventud lucía rubia, guapa y discreta, con un vestido de brillante brocado y, al brazo, la cinta azul convenida para que la reconociera su pretendiente. Entre idas y venidas por la calle Mayor y el Prado, tres veces pasó la carroza aquella tarde junto a la de los ingleses; y aunque apenas dio tiempo al príncipe de ver unos ojos azules y un dorado cabello adornado con plumas y piedras preciosas, cuentan que quedó rendidamente enamorado de nuestra infanta. Y así debió de ser, pues durante los cinco meses siguientes permanecería en Madrid, en demanda de conseguirla como esposa, mientras el Rey lo agasajaba como a un hermano y el conde de Olivares le daba largas y lo toreaba con la mayor diplomacia del mundo. La ventaja es que, mientras hubo esperanzas de boda, los ingleses hicieron una tregua en lo de hacernos la puñeta apresándonos galeones de Indias con sus piratas, sus corsarios, sus amigos holandeses y la puta que los parió; así que bueno fue lo comido por lo servido.

Desoyendo los consejos del conde de Guadalmedina, el capitán Alatraste no puso pies en polvorosa ni quiso esconderse de nadie. Ya he contado en el capítulo anterior que, la misma mañana en que Madrid conoció la llegada del de Gales, el capitán vino a pasear ante la misma casa de las Siete Chimeneas; y aún tuve ocasión de encontrarlo entre el gentío de la calle Mayor cuando la célebre rúa de aquel domingo, mirando pensativo la carroza de los ingleses. Inclínada, eso sí, el ala del chapeo sobre el rostro, y bien dispuesto el disimulado rebozo de la capa. Después de todo, ni lo cortés ni lo valiente suponen dar tres cuartos al pregonero.

Aunque nada me había contado de la aventura, yo estaba al tanto de que algo ocurría. La noche siguiente me había mandado a dormir a casa de la Lebrijana, so pretexto de que tenía gente que recibir para cierto negocio. Pero luego supe que la pasó en vela, con dos pistolas cargadas, espada y daga. Nada ocurrió, sin embargo; y con las luces del alba pudo echarse a dormir tranquilo. De ese modo lo hallé al regresar por la mañana: humeante el candil sin aceite, y él echado sobre la cama con la ropa puesta y arrugada, armas al alcance de la mano, respirando recia y acompasadamente por la boca entreabierta, con una expresión obstinada en el ceño fruncido.

Era fatalista el capitán Alatraste. Tal vez su condición de viejo soldado –había peleado en Flandes y el Mediterráneo tras escapar de la escuela para alistarse como paje y tambor a los trece años– dejó impresa en él aquella manera tan suya de encajar el riesgo, los malos tragos, las incertidumbres y sinsabores de una vida bronca, difícil, con el estoicismo de quien se acostumbra a no esperar otra cosa. Su talante encajaba en la definición que ese mariscal francés, Grammont, haría de los españoles un poco más tarde: «El valor les es bastante natural, así como la paciencia en los trabajos y la confianza en la adversidad.. Los señores soldados rara vez se asombran de los malos sucesos, y se consuelan con la esperanza del pronto retorno de su buena fortuna ... ». O esa otra francesa, Madame de Aulnoy, que contó: «Se les ve expuestos a la injuria de los tiempos, en la miseria; y a pesar de ello, más bravos, soberbios y orgullosos que en la opulencia y la prosperidad»... Vive Dios que todo esto es muy cierto; y yo, que conocí tales tiempos y aun los peores que vinieron después, puedo dar buena fe. En cuanto a Diego Alatraste, el orgullo y la soberbia le iban por dentro, y sólo se manifestaban en sus testarudos silencios. Ya dije que, a diferencia de tantos valentones que se retorcián el mostacho y hablaban fuerte en las calles y mentideros de la Corte, a él nunca lo oí fanfarronear sobre los recuerdos de su larga vida militar. Pero a veces viejos camaradas de armas sacaban a relucir, en torno a una jarra de vino, historias relacionadas con él que yo escuchaba con avidez; pues, para mis pocos años, Diego Alatraste no era sino el trasunto del padre que había perdido honrosamente en las guerras del Rey nuestro señor: uno de esos hombres pequeños, duros y bragados en los que tan pródiga fue siempre España para lo bueno y para lo malo, y a los que se refería Calderón –mi señor Alatraste, esté en la gloria o donde esté, disimulará que cite tanto a Don Pedro Calderón en vez de a su amado Lope– al escribir:

*...Sufren a pie quedo  
con un semblante, bien o malpagados.  
Nunca la sombra vil vieron del miedo,  
y aunque soberbios son, son reportados.  
Todo lo sufren en cualquier asalto;  
sólo no sufren que les hablen alto.*

Recuerdo un episodio que me impresionó de modo especial, sobre todo porque marcaba bien a las claras– el talante del capitán Alatraste. Juan Vicuña, que había sido sargento de caballos cuando el desastre de nuestros tercios en las dunas de Nieuport –triste la madre que allí tuvo hijo–, describió varias veces, componiendo trozos de pan y jarras de vino sobre la mesa de la taberna del Turco, la derrota sufrida por los españoles. Él, mi padre y Diego Alatraste habían sido de los afortunados que llegaron a ver ponerse el sol en aquella funesta jornada; cosa que no puede decirse de los 5.000 compatriotas, incluidos 150 jefes y capitanes, que dejaron la piel frente a holandeses, ingleses y franceses; que aunque a menudo guerreaban entre sí, no tenían reparo en

coaligarse unos con otros cuando se trataba de jodernos bien. En Nieuport les salió a pedir de boca: era muerto el maestre de campo Don Gaspar Zapena, y apresados el almirante de Aragón y otros jefes principales. Ya nuestras tropas en desbandada, Juan Vicuña, caídos todos sus oficiales, herido él mismo en el brazo que perdería de gangrena semanas más tarde, se retiró con su diezmada compañía junto a los restos de las tropas extranjeras aliadas. Y contaba Vicuña que, al mirar por última vez atrás antes de escapar a uña de caballo, vio cómo el veterano Tercio Viejo de Cartagena –en cuyas filas formaban mi padre y Alatrisme– intentaba abandonar el campo de batalla sembrado de cadáveres, entre una turba de enemigos que lo arcabuceaban y acribillaban con mosquetes y artillería. Había muertos, agonizantes y fugitivos hasta donde abarcaba la vista, refería Vicuña. Y en pleno desastre, bajo el sol abrasador que deslumbraba las dunas de arena, entre el fuerte viento y los remolinos que lo cubrían de humo y polvo, las compañías del viejo Tercio, erizadas de picas, formadas en cuadro alrededor de sus banderas desgarradas por la metralla, escupiendo mosquetazos por los cuatro costados, se retiraban muy despacio sin romper la formación, impávidas, estrechando filas después de cada brecha abierta por la artillería enemiga que no osaba acercárseles. En los altos, los soldados conversaban en calma con sus oficiales y luego volvían a ponerse en marcha sin dejar de batirse, terribles incluso en la derrota; cerrados y serenos como si estuvieran en un desfile, al paso que les marcaba el lentísimo redoble de sus tambores.

–El Tercio de Cartagena llegó a Nieuport al anochecer –concluía Vicuña, moviendo con su única mano los últimos trozos de pan y jarras que quedaban sobre la mesa–. Siempre al paso y sin apresurarse: setecientos de los mil ciento cincuenta hombres que habían empezado la batalla... Lope Balboa y Diego Alatrisme venían con ellos, negros de pólvora, sedientos, exhaustos. Se habían salvado por no romper la formación; por mantener la sangre fría en medio del desastre general. ¿Y saben vuestras mercedes lo que respondió Diego cuando acudí a darle un abrazo, felicitándolo por seguir vivo?... Pues me miró con esos ojos suyos, helados como los malditos canales holandeses, y dijo: «Estábamos demasiado cansados para correr».

No fueron a buscarlo de noche, como esperaba, sino a la atardecida y de modo más o menos oficial. Llamaron a la puerta, y cuando abrí encontré en ella la recia figura del teniente de alguaciles Martín Saldaña. Había corchetes acompañándolo en la escalera y el patio –conté media docena– y algunos llevaban las espadas desenvainadas.

Entró Saldaña, solo, bien herrado el cinto de armas, y cerró la puerta tras de sí conservando puesto el sombrero y la espada en el tahalí. Alatrisme, en mangas de camisa, se había levantado y aguardaba en el centro de la habitación. En ese momento apartaba la mano de su daga, que había requerido con presteza al oír los golpes.

–Por la sangre de Cristo, Diego, que me lo pones fácil –dijo Saldaña, malhumorado, haciendo como que no veía las dos pistolas de chispa puestas sobre la mesa–. Podías haberte ido de Madrid, al menos. O cambiar de casa.

–No te esperaba a ti.

–Imagino que no me esperabas a mí –Saldaña le dirigió al fin un breve vistazo a las pistolas, dio unos pasos por la habitación, se quitó el sombrero y lo puso sobre ellas, cubriéndolas–. Aunque esperases a alguien.

–¿Qué se supone que he hecho?

Yo estaba asomado a la puerta del otro cuarto, inquieto por todo aquello. Saldaña me miró un momento y luego dio unos pasos por la habitación. También él había sido amigo de mi padre, en Flandes.

–Que me parta un rayo si lo sé –le dijo al capitán–. Mis órdenes son llevarte detenido, o muerto si opones resistencia.

–¿De qué se me acusa?

El teniente de alguaciles encogió los hombros, evasivo.

–No se te acusa. Alguien quiere hablar contigo.

–¿Quién dio esa orden?

–No es de tu incumbencia. Me la dieron, y sobra –se había vuelto a mirarlo con fastidio, como echándole en cara verse en tal compromiso–... ¿Se puede saber qué pasa, Diego? No imaginas lo que tienes encima.

Alatrisme le dirigió una sonrisa torcida, sin rastro de humor.

–Me limité a aceptar el trabajo que tú me recomendaste.

–¡Pues maldita sea la hora y maldita sea mi estampa! –Saldaña emitió un largo y rudo suspiro–... Voto a Dios que quienes te emplearon no parecen satisfechos con la ejecución del negocio.

–Es que era demasiado sucio, Martín.

–¿Sucio?... ¿Y qué importa eso? No recuerdo haber hecho un trabajo limpio en los últimos treinta años. Ni creo que tú tampoco.

–Era sucio hasta para nosotros.

–No sigas –Saldaña levantaba las manos, alejando la tentación de averiguar más–. No quiero saber nada de nada. En estos tiempos, saber de más es peor que saber de menos... –miró de nuevo a Alatraste, incómodo y decidido al mismo tiempo– ¿Vas a venir por las buenas, o no?

–¿Cuáles son mis naipes?

Saldaña lo consideró mentalmente. Hacerlo no le llevó mucho tiempo.

–Bueno –concluyó–. Puedo demorarme aquí mientras pruebas suerte con la gente que tengo ahí afuera... No tienen muy buen puño, pero son seis; y dudo que ni tan siquiera tú llegues a la calle sin, al menos, un par de buenas cuchilladas en el cuerpo y algún pistoletazo.

–¿Y el trayecto?

–En coche cerrado, así que olvídalo. Tenías que haberte largado antes de que viniéramos, hombre. Has tenido tiempo de sobra para hacerlo –la mirada que Saldaña le dirigió al capitán estaba cargada de reproches–... ¡Que se condene mi alma si esperaba encontrarte aquí!

–¿Dónde vas a llevarme?

–No te lo puedo decir. En realidad he dicho mucho más de lo que debo –yo seguía en la puerta del otro cuarto, muy callado y quieto, y el teniente de alguaciles reparó en mí por segunda vez–... ¿Quieres que me ocupe del muchacho?

–No, déjalo –Alatraste ni me miró, absorto en sus reflexiones–. Ya lo hará la Lebrijana.

–Como quieras. ¿Vas a venir?

–Dime dónde vamos, Martín.

Movió el otro la cabeza, hosco.

–Ya te he dicho que no puedo.

–No es a la cárcel de Corte, ¿verdad?

El silencio de Saldaña fue elocuente. Entonces vi dibujarse en la cara del capitán Alatraste aquella mueca que a menudo le hacía las veces de sonrisa.

–¿Tienes que matarme? –preguntó, sereno.

Saldaña volvió a negar con la cabeza.

–No. Te doy mi palabra de que las órdenes son llevarte vivo si no te resistes. Otra cosa es que después te dejen salir de donde yo te lleve... Pero entonces habrás dejado de ser asunto mío.

–Si no les importara el revuelo, me habrían despachado aquí mismo –Alatraste se deslizó un dedo índice por delante del cuello, imitando el movimiento de un cuchillo–. Te mandan porque quieren sigilo oficial... Detenido, interrogado, dicen que puesto en libertad después, etcétera. Y en el entretanto, vayan vuestras mercedes a saber.

Sin rodeos, Saldaña se mostró de acuerdo.

–Eso creo yo –dijo, ecuaníme–. Me extraña que no medien acusaciones, que verdaderas o falsas son lo más fácil de preparar en este mundo. Quizá temen que hables en público... En realidad, mis órdenes me prohíben cambiar una sola palabra contigo. Tampoco quieren que registre tu nombre en el libro de detenidos... ¡Cuerpo de Dios!

–Déjame llevar un arma, Martín.

El teniente de alguaciles miró a Alatraste, boquiabierto.

–Ni hablar –dijo, tras una larga pausa.

Con gesto deliberadamente lento, el capitán había sacado la cuchilla de matarife y se la mostraba.

–Sólo ésta.

–Estás loco. ¿Me tomas por un imbécil?

Alatraste hizo un gesto negativo.

–Quieren asesinarme –dijo, con sencillez–. Eso no es grave en este oficio; ocurre tarde o temprano. Pero no me gusta poner las cosas fáciles –de nuevo afloró la mueca parecida a una sonrisa—. Te juro que no la usaré contra ti.

Saldaña se rascó la barba de soldado viejo. El tajo que ésta le tapaba, y que le iba desde la boca a la oreja derecha, se lo habían hecho los holandeses en el asedio de Ostende, cuando el asalto a los reductos del Caballo y de la Cortina. Entre sus compañeros de aquella jornada, y de algunas más, se contaba Diego Alatraste.

–Ni contra ninguno de mis hombres –dijo Saldaña, al cabo.

–Jurado.

Todavía dudó un poco el teniente de alguaciles. Al cabo se volvió de espaldas, blasfemando entre dientes, mientras el capitán escondía la cuchilla de matarife en la caña de una bota.

–Maldita sea, Diego –dijo Saldaña, por fin–. Vámonos de una condenada vez.



Se fueron sin más conversación. El capitán no quiso llevar capa, por verse más desembarazado, y Martín Saldaña estuvo de acuerdo. También le permitió ponerse el colete de piel de búfalo sobre el jubón. «Te abrigará del frío», había dicho el veterano teniente disimulando una sonrisa. En cuanto a mí, ni me quedé en la casa ni fui con Caridad la Lebrijana. Apenas bajaron la escalera, sin pensarlo dos veces cogí las pistolas de la mesa y la espada colgada de la pared, y componiéndolo todo en un fardo con la capa, me lo puse bajo el brazo y corrí tras ellos.

Apenas quedaba día en el cielo de Madrid; si acaso alguna claridad recortando tejados y campanarios hacia la ribera del Manzanares y el Alcázar Real. Y así, entre dos luces, con las sombras adueñándose poco a poco de las calles, anduve siguiendo de lejos el carruaje, cerrado y con tiro de cuatro mulas, donde Martín Saldaña y sus corchetes se llevaban al capitán. Pasaron ante el colegio de la Compañía de Jesús, calle de Toledo abajo, y en la plazuela de la Cebada, sin duda para evitar vías concurridas, torcieron hacia el cerrillo de la fuente del Rastro antes de volver de nuevo a la derecha, casi en las afueras de la ciudad; muy cerca del camino de Toledo, del matadero y de un viejo lugar que era antiguo cementerio moro, y de ahí conservaba, por mal nombre, el de Portillo de las Ánimas. Sitio que, por su macabra historia y a tan funesta hora, no resultaba tranquilizador en absoluto.

Se detuvieron cuando ya entraba la noche, ante una casa de apariencia ruin, con dos pequeñas ventanas y un zaguán grande que más parecía entrada de caballerías que otra cosa; sin duda una vieja posada para tratantes de ganado. Los estuve observando, jadeante, escondido junto al guardacantón de una esquina con mi atado bajo el brazo. De ese modo vi bajar a Alatríste, resignado y tranquilo, rodeado por Martín Saldaña y los corchetes; y al cabo los vi salir sin el capitán, subir al carruaje y marcharse todos de allí. Aquello me inquietó, pues ignoraba quién más podía estar dentro. Acercarme era excusado, pues corría riesgo cierto de que me atraparan. Así que, lleno de angustia pero paciente como –según le había oído alguna vez al mismo Alatríste– debía serlo todo hombre de armas, apoyé la espalda en la pared hasta confundirme con la oscuridad, y me dispuse a esperar. Confieso que tenía frío y tenía miedo. Pero yo era hijo de Lope Balboa, soldado del Rey, muerto en Flandes. Y no podía abandonar al amigo de mi padre.

## VIII. EL PORTILLO DE LAS ÁNIMAS

Aquello parecía un tribunal, y a Diego Alatríste no le cupo la menor duda de que lo era. Echaba en falta a uno de los enmascarados, el hombre corpulento que había exigido poca sangre. Pero el otro, el de la cabeza redonda y el cabello ralo y escaso, estaba allí, con el mismo antifaz sobre la cara, sentado tras una larga mesa en la que había un candelabro encendido y recado de escribir con plumas, papel y tintero. Su hostil aspecto y actitud hubieran parecido lo más inquietante del mundo de no ser porque alguien todavía más inquietante estaba sentado junto a él, sin máscara y con las manos emergiendo como serpientes huesudas de las mangas del hábito: fray Emilio Bocanegra.

No había más sillas, así que el capitán Alatríste permaneció de pie mientras era interrogado. Se trataba, en efecto, de un interrogatorio en regla, menester en que el fraile dominico se veía a sus anchas. Era obvio que estaba furioso; mucho más allá de todo lo remotamente relacionado con la caridad cristiana. La luz trémula del candelabro envilecía sus mejillas cóncavas, mal afeitadas, y sus ojos brillaban de odio al clavarse en Alatríste. Todo él, desde la forma en que hacía las preguntas hasta el menos perceptible de sus movimientos, era pura amenaza; de modo que el capitán miró alrededor, preguntándose dónde estaría el potro en que, acto seguido, iban a ordenar darle tormento. Le sorprendió que Saldaña se hubiera retirado con sus esbirros y allí no hubiera guardias a la vista. En apariencia estaban solos el enmascarado, el fraile y él. Advertía algo extraño, una nota discordante en todo aquello. Algo no era lo que debía ser. O lo que parecía.

Las preguntas del inquisidor y su acompañante, que de vez en cuando se inclinaba sobre la mesa para mojar la pluma en el tintero y anotar alguna observación, se prolongaron durante media hora; y al cabo de ese tiempo el capitán pudo hacerse composición de lugar y circunstancias, incluido por qué se encontraba allí, vivo y en condiciones de mover la lengua para articular sonidos, en vez de degollado como un perro en cualquier vertedero. Lo que a sus interrogadores preocupaba, antes, era averiguar cuánto había contado y a quién. Muchas preguntas apuntaron al papel desempeñado por Guadalmedina en la noche de los dos ingleses; e iban dirigidas, sobre todo, a establecer cómo se había visto implicado el conde y cuánto sabía del asunto. Los inquisidores mostraron también especial interés en conocer si había alguien más al corriente, y los nombres de quienes pudieran tener detalles del negocio a que tan mal remate había dado Diego Alatríste. Por su parte, el capitán se mantuvo con la guardia alta, sin reconocer nada ni a nadie, y sostuvo que la intervención de Guadalmedina era casual; aunque sus interlocutores parecían convencidos de lo contrario. Sin duda, reflexionó el capitán, contaban con alguien dentro del Alcázar Real, que había informado de las idas y venidas del conde en la madrugada y la mañana siguientes a la escaramuza del callejón. De cualquier modo, se mantuvo firme en sostener que ni Álvaro de la Marca, ni nadie, sabían de su entrevista con los dos enmascarados y el dominico. En cuanto a sus respuestas, la mayor parte consistieron en monosílabos, inclinaciones o negaciones de cabeza. El colete de piel de búfalo le daba mucho calor; o tal vez sólo fuese efecto de la aprensión cuando miraba alrededor, suspicaz, preguntándose de dónde iban a salir los verdugos que debían de estar ocultos, dispuestos a caer sobre él y conducirlo maniatado a la antesala del infierno. Hubo una pausa mientras el enmascarado escribía con una letra muy despaciosa y correcta, de amanuense, y el fraile mantenía fija en Alatríste aquella mirada hipnótica y febril capaz de ponerle los pelos de punta al más ahigado. En el ínterin, el capitán se preguntó para sus adentros si nadie iba a interrogarlo sobre por qué había desviado la espada del italiano. Por lo visto a todos les importaban un carajo sus personales razones en el asunto. Y en ese instante, cual si fuera capaz de leer sus pensamientos, fray Emilio Bocanegra movió una mano sobre la mesa y la dejó inmóvil, apoyada en la madera oscura, con su lívido dedo índice apuntando al capitán.

—¿Qué impulsa a un hombre a desertar del bando de Dios y pasarse a las filas impías de los herejes?

Tenía gracia, pensó Diego Alatríste, calificar como bando de Dios al formado por él mismo, el amanuense del antifaz y aquel siniestro espadachín italiano. En otras circunstancias se habría echado a reír; pero no estaba el horno para bollos. Así que se limitó a sostener sin pestañear la mirada del dominico; y también la del otro, que había dejado de escribir y lo observaba con muy escasa simpatía a través de los agujeros de su careta.

—No lo sé —dijo el capitán—. Tal vez porque uno de ellos, a punto de morir, no pidió cuartel para él, sino para su compañero.

El inquisidor y el enmascarado cambiaron una breve mirada incrédula.

–Dios del Cielo –murmuró el fraile.

Sus ojos lo medían llenos de fanatismo y desprecio. Estoy muerto, pensó el capitán, leyéndolo en aquellas pupilas negras y despiadadas. Hiciera lo que hiciera, dijera lo que dijese, esa mirada implacable lo tenía tan sentenciado como la aparente flema con que el enmascarado manejaba de nuevo la pluma sobre el papel. La vida de Diego Alatraste y Tenorio, soldado de los tercios viejos de Flandes, espadachín a sueldo en el Madrid del Rey Don Felipe Cuarto, valía lo que a esos dos hombres aún les interesara averiguar. Algo que, según podía deducirse del giro que tomaba la conversación, ya no era mucho.

–Pues vuestro compañero de aquella noche –el hombre de la careta hablaba sin dejar de escribir, y su tono desabrido sonaba funesto para el destinatario– no pareció tener tanto escrúpulo como vos.

–Doy fe –admitió el capitán–. Incluso parecía disfrutar.

El enmascarado dejó un momento la pluma en alto para dirigirle una breve mirada irónica.

–Cuán malvado. ¿Y vos?

–Yo no disfruto matando. Para mí, quitar la vida no es una afición, sino un oficio.

–Ya veo –el otro mojó la pluma en el tintero, retornando a su tarea–. Ahora va a resultar que sois hombre dado a la caridad cristiana...

–Yerra vuestra merced –respondió sereno el capitán–. Soy conocido por hombre más inclinado a estocadas que a buenos sentimientos.

–Así os recomendaron, por desgracia.

–Y así es, en verdad. Pero aunque mi mala fortuna me haya rebajado a esta condición, he sido soldado toda la vida y hay ciertas cosas que no puedo evitar.

El dominico, que durante el anterior diálogo se había mantenido quieto como una esfinge, dio un respingo, inclinándose después sobre la mesa como si pretendiera fulminar a Alatraste allí mismo, en el acto.

–¿Evitar?... Los soldados sois chusma –declaró, con infinita repugnancia–... Gentuza de armas blasfema, saqueadora y lujuriosa. ¿De qué infernales sentimientos estáis hablando?... Una vida se os da un ardite.

El capitán recibió la andanada en silencio, y sólo al final hizo un encogimiento de hombros.

–Sin duda tenéis razón –dijo–. Pero hay cosas difíciles de explicar. Yo iba a matar a aquel inglés. Y lo hubiera hecho, de haberse defendido o pedido clemencia para él... Pero cuando solicitó gracia lo hizo para el otro.

El enmascarado de la cabeza redonda dejó otra vez inmóvil la pluma.

–¿Acaso os revelaron entonces su identidad?

–No, aunque pudieron hacerlo y tal vez salvarse. Lo que ocurre es que fui soldado durante casi treinta años. He matado y hecho cosas por las que condenaré mi alma... Pero sé apreciar el gesto de un hombre valiente. Y herejes o no, aquellos jóvenes lo eran.

–¿Tanta importancia dais al valor?

–A veces es lo único que queda –respondió con sencillez el capitán–. Sobre todo en tiempos como éstos, cuando hasta las banderas y el nombre de Dios sirven para hacer negocio.

Si después de aquello esperaba comentarios, no los hubo. El enmascarado se limitó a seguir mirándolo con fijeza.

–Ahora, naturalmente, ya sabéis quiénes son esos dos ingleses.

Alatraste guardó silencio, y por fin dejó escapar un corto suspiro.

–¿Me creeríais si lo negara?... Desde ayer lo sabe todo Madrid –miró al dominico y luego al enmascarado de modo significativo–. Y me alegro de no haber echado eso en mi conciencia.

Hizo un gesto hosco el del antifaz, cual si pretendiera sacudirse aquello que Diego Alatraste no había querido echarse encima.

–Nos aburrís con vuestra inoportuna conciencia, capitán.

Era la primera vez que así lo llamaba. Había ironía en el tratamiento, y Alatraste frunció el ceño. No le gustaba aquello.

–Me da igual que os aburra o no –repuso–. A mi no me gusta asesinar a príncipes sin saber que lo son –se retorció el mostacho, malhumorado–... Ni que me engañen y manipulen a mis espaldas.

–¿Y no sentís curiosidad –intervino fray Emilio Bocanegra, que escuchaba con atención– por saber qué ha decidido a algunos hombres justos a procurar esas muertes?... ¿A impedir que los malvados sorprendan la buena fe del Rey nuestro señor, llevándose a una infanta de España como rehén a tierra de herejes?...

Alatraste negó despacio con la cabeza.

–No soy curioso. Fíjense vuestras mercedes en que ni siquiera intento averiguar quién es este caballero tapado con su máscara... –los miró con una seriedad burlona y insolente–. Ni tampoco ese que, antes de irse la otra noche, exigió que a los señores John y Thomas Smith sólo se les diera un escarmiento, quitándoseles cartas y documentos, pero con resguardo de sus vidas.

El dominico y el enmascarado quedaron callados unos instantes. Parecían reflexionar. Fue el enmascarado quien habló por fin, mirándose las uñas manchadas de tinta.

–¿Acaso sospecháis la identidad de ese otro caballero?

–Yo no sospecho nada, pardiez. Me he visto envuelto en algo excesivo para mí, y lo lamento. Ahora sólo aspiro a salir con el cuello intacto.

–Demasiado tarde –dijo el fraile, en tono tan bajo que le recordó al capitán el siseo de una serpiente.

–Volviendo a nuestros dos ingleses –apuntó por su parte el enmascarado–. Recordaréis que, tras la marcha del otro caballero, recibisteis de Su Paternidad fray Emilio y de mí instrucciones bien distintas...

–Lo recuerdo. Pero también recuerdo que vos mismo parecíais mostrarle una especial deferencia a aquel otro caballero; y que no discutisteis sus órdenes sino cuando se fue, y apareció tras el tapiz Su... –Alatrisme miró de soslayo al inquisidor, que permanecía impasible como si nada fuera con él– Su Paternidad. También eso pudo influir en mi decisión de respetar la vida a los ingleses.

–Habíais cobrado buen dinero por no respetarla.

–Cierto –el capitán echó mano al cinto–. Y helo aquí.

Las monedas de oro rodaron sobre la mesa y quedaron brillando a la luz del candelabro. Fray Emilio Bocanegra ni siquiera las miró, como si estuvieran malditas. Pero el enmascarado alargó la mano y las fue contando una a una, colocándolas en dos pequeños montones junto al tintero.

–Faltan cuatro doblones –dijo.

–Sí. A cuenta de las molestias. Y de haberme tomado por un imbécil.

El dominico rompió su inmovilidad con ademán de cólera.

–Sois un traidor y un irresponsable –dijo, vibrándole el odio en la voz–. Con vuestros inoportunos escrúpulos habéis favorecido a los enemigos de Dios y de España. Todo eso lo purgaréis, os lo prometo, con las peores penas del infierno; pero antes lo pagaréis bien caro aquí, en la tierra, con vuestra carne mortal –el término mortal parecía serlo aún más en sus labios fríos y apretados–... Habéis visto demasiado, habéis oído demasiado, habéis errado demasiado. Vuestra existencia, capitán Alatrisme, ya no vale nada. Sois un cadáver que, por algún extraño azar, todavía se sostiene en pie.

Desinteresado de aquella amenaza espantosa, el enmascarado echaba polvos para secar la tinta del papel. Después dobló y guardó lo escrito, y al hacerlo Alatrisme volvió a entrever el extremo de una cruz roja de Calatrava bajo su ropón negro. Observó que también se guardaba las monedas de oro, aparentemente sin recordar que parte de ellas habían salido de la bolsa del dominico.

–Podéis iros –le dijo a Alatrisme, tras mirarlo como si acabara de recordar su presencia.

El capitán lo miró, sorprendido.

–¿Libre?

–Es una forma de hablar –terció fray Emilio Bocanegra, con una sonrisa que parecía una excomunió–. Lleváis al cuello el peso de vuestra traición y nuestras maldiciones.

–No embarazan mucho tales pesos –Alatrisme seguía mirando al uno y al otro, suspicaz–... ¿Es cierto que puedo marcharme así, por las buenas?

–Eso hemos dicho. La ira de Dios sabrá dónde encontraros.

–La ira de Dios no me preocupa esta noche. Pero vuestras mercedes sí.

El enmascarado y el dominico se habían puesto en pie.

–Nosotros hemos terminado –dijo el primero.

Alatrisme escrutaba la faz de sus interlocutores. El candelabro les imprimía, desde abajo, inquietantes sombras.

–No me lo creo –concluyó–. Después de haberme traído aquí.

–Eso –zanjó el enmascarado– ya no es asunto nuestro.

Salieron llevándose el candelabro, y Diego Alatrisme tuvo tiempo de ver la mirada terrible que el dominico le dirigió desde el umbral antes de meter las manos en las mangas del hábito y desaparecer como una sombra con su acompañante. De modo instintivo, el capitán llevó la mano a la empuñadura de la espada que no llevaba al cinto.

–¿Dónde está la trampa, voto a Dios?

Preguntó inútilmente, midiendo a largos pasos la habitación vacía. No hubo respuesta. Entonces vino a su memoria la cuchilla de matarife que llevaba en la caña de una bota. Se inclinó para sacarla de allí y la empuñó con firmeza, aguardando la acometida de los verdugos que, sin duda, iban a caer acto seguido sobre él. Pero no vino nadie. Todos se habían ido y estaba inexplicablemente solo, en la habitación iluminada por el rectángulo de claridad de luna que entraba por la ventana.

No sé cuánto tiempo aguardé afuera, fundido con la oscuridad e inmóvil tras el guardacantón de la esquina. Abrazaba el atado con la capa y las armas del capitán para quitarme un poco el frío –había ido tras el coche

de Martín Saldaña y sus corchetes con sólo mi jubón y unas calzas-, y de ese modo estuve mucho rato, apretando los dientes para que no castañetearan. Al cabo, viendo que ni el capitán ni nadie salían de la casa, empecé a preocuparme. No podía creer que Saldaña hubiera asesinado a mi amo, pero en aquella ciudad y en aquel tiempo todo era posible. La idea me inquietó en serio. Cuando me fijaba bien, por una de las ventanas parecía asomar un resquicio de luz, como si alguien estuviese dentro con una lámpara; pero desde mi posición resultaba imposible comprobarlo. Así que decidí acercarme con cuidado, a echar un vistazo.

Iba a hacer la descubierta cuando, por una de esas inspiraciones a las que a veces debemos la vida, advertí un movimiento algo más lejos, en el zaguán de una casa vecina. Fue apenas un instante; pero cierta sombra se había movido como se mueven las sombras de las cosas inanimadas cuando dejan de serlo. Así que, sobrecogido, reprimí mi impaciencia y permanecí en vilo, sin quitar ojo. Al cabo de un rato movióse de nuevo, y en ese momento llegó hasta mí, del otro lado de la pequeña plaza, un silbido suave parecido a una señal; una musiquilla que sonaba tirurí-ta-ta. Y oírlo me heló la sangre en las venas.

Eran al menos dos, decidí al cabo de un rato de escudriñar las tinieblas que llenaban el Portillo de las Ánimas. Uno, escondido en el zaguán más cercano, era la sombra que había visto moverse al principio. El otro, que había silbado, se encontraba más lejos, cubriendo el ángulo de la plaza que daba a la tapia del matadero. El lugar tenía tres salidas, así que durante un rato me apliqué a vigilar la tercera; y por fin, cuando una nube descubrió la media luna turca que había sobre la noche, alcancé a divisar, en su contraluz, un tercer bulto oscuro apostado en esa esquina.

El negocio estaba claro y aparentaba mal cariz; más yo no tenía medio de recorrer los treinta pasos que distaba la casa sin que me vieran. Cavilando en ello, deshice cauto el fardo de la capa y puse sobre mis rodillas una de las pistolas. Su uso estaba prohibido por pragmáticas del Rey nuestro señor, y bien conocía que, de hallármelas la justicia, podía dar con mis jóvenes huesos en galeras sin que los pocos años excusaran el lance. Pero, a fe de vascongado, en aquel momento se me daba un ardite. Así que, como tantas veces lo había visto hacer al capitán, comprobé a tientas que la piedra de chispa estaba en su sitio y eché hacia atrás, procurando ahogar su chasquido con la capa, la llave para montar el perrillo que la disparaba. Después me la puse entre el jubón y la camisa, monté la segunda y estuve con ella en la mano, teniendo la espada en la otra. La capa, desembarazada por fin, la puse sobre mis hombros. De ese modo volví a quedarme quieto, aguardando.

No fue mucho tiempo más. Una luz brilló en el enorme zaguán de la casa, apagándose luego, y un carruaje pequeño asomó por una de las salidas de la plazuela. Junto a él se destacó una silueta negra que se aproximó al zaguán, y durante un brevísimo instante conferenció allí con otras dos sombras que acababan de aparecer. Después la silueta negra regresó a su esquina, las sombras subieron al carruaje, y éste pasó con sus mulas negras y la presencia fúnebre de un cochero en el pescante, casi rozándome, antes de alejarse en la oscuridad. No tuve holgura para reflexionar sobre el misterioso carruaje. Aún sonaba el eco de los cascos de las mulas, cuando en el lugar donde estaba apostada la silueta negra sonó un nuevo silbido, otra vez aquel tirurí-ta-ta, y de la sombra más cercana llegóme el sonido inconfundible de una espada saliendo despacio de su vaina. Rogué desesperadamente a Dios que apartase otra vez las nubes que cubrían la luna, y me permitiera ver mejor. Pero una cosa piensa el bayo y otra el que lo ensilla; nuestro Sumo Hacedor debía de andar ocupándose en otros menesteres, pues las nubes siguieron en su sitio. Empecé a perder la cabeza, y todo me daba vueltas. De modo que dejé caer la capa y me puse en pie, intentando alcanzar mejor lo que estaba a punto de ocurrir. Entonces la silueta del capitán Alatraste apareció en el zaguán.

A partir de ahí todo discurrió con extraordinaria rapidez. La sombra que estaba más cerca de mí se destacó de su resguardo, moviéndose hacia Diego Alatraste casi al mismo tiempo que yo. Contuve el aliento mientras daba hacia ella, inadvertida de mi presencia, uno, dos, tres pasos. En ese momento Dios quiso parar mientes en mí, y apartó la nube; y pude distinguir bien, a la escasa luz de la luna turca, la espalda de un hombre fornido que avanzaba con el acero desnudo en la mano. Y por el rabillo del ojo vi a otros dos que se destacaban desde las esquinas de la plaza. Y mientras, con la espada del capitán en la zurda, alzaba la diestra armada con la pistola, vi también que Diego Alatraste se había detenido en mitad de la plazuela y en su mano brillaba el pequeño destello metálico de su inútil cuchilla de matarife. Entonces di dos pasos más, y ya tenía prácticamente apoyado el cañón de la pistola en la espalda del hombre que caminaba delante, cuando éste sintió mis pasos y giró en redondo. Y tuve tiempo de ver su rostro cuando apreté el gatillo y salió el pistoletazo, y el resplandor del tiro le iluminó la cara desencajada por la sorpresa. Y el estruendo de la pólvora atronó el Portillo de las Ánimas.

El resto fue aún más rápido. Grité, o creí hacerlo, en parte para alertar al capitán, en parte por el terrible dolor del retroceso del arma, que casi me descoyunta el brazo. Pero el capitán estaba apercebido de sobra por el tiro, y cuando le arrojé su espada por encima del hombre que estaba ante mí –o por encima del lugar donde había estado el hombre que antes se hallaba ante mí–, ya saltaba hacia ella, apartándose para evitar que lo

lastimara, y empuñóla apenas tocó el suelo. Entonces la luna volvió a ocultarse tras una nube, yo dejé caer la pistola descargada, saqué del jubón la otra y, vuelto hacia las dos sombras que cerraban sobre el capitán, apunté, sosteniendo el arma con ambas manos. Pero me temblaban tanto que el segundo tiro salió a ciegas, perdiéndose en el vacío, mientras el retroceso me empujaba de espaldas al suelo. Y al caer, deslumbrado por el fogonazo, vi durante un segundo a dos hombres con espadas y dagas; y al capitán Alatraste que les tiraba estocadas, batiéndose como un demonio.

Diego Alatraste los había visto acercarse un momento antes del primer pistoletazo. Cierto es que apenas salió a la calle aguardaba algo como aquello, y conocía lo vano del intento de vender cara su piel con la ridícula cuchilla. El fogonazo del arma lo desconcertó tanto como a los otros, y en un primer momento creyó ser objeto de éste. Luego oyó mi grito, y todavía sin comprender cómo diablos andaba yo a tan menguada hora en aquel paraje, vio venir su espada por el aire como caída del cielo. En un abrir y cerrar de ojos se había hecho con ella, justo a tiempo de enfrentarse a los aceros que lo requerían con saña. Fue el resplandor del segundo disparo el que le permitió hacerse idea de la situación, una vez la bala pasó zurreando orejas entre sus atacantes y él; y pudo así afirmarse contra ellos, conociendo que uno lo acosaba desde la zurda y otro por el frente, en un ángulo aproximado de noventa grados, de modo que el que tenía ante sí obraba para fijarlo en esa postura, mientras el segundo aprovechaba para intentar largarle una cuchillada mortal hacia el costado izquierdo o el vientre. Se había visto en situación parecida otras veces, y no era fácil batirse contra uno, cubriéndose del otro con sólo la mano izquierda armada de la corta cuchilla. Su destreza consistió en girar cada vez bruscamente a diestra y siniestra para ofrecerles menos espacio, aunque el cuidado lo obligaba a hacerlo más a la izquierda que a la derecha. Seguían ellos cerrándole a cada movimiento, de modo que a la docena de fintas y estocadas ya habían descrito un círculo completo a su alrededor. Dos cuchilladas de través resbalaron sobre el colete de piel de búfalo. El cling clang de las toledanas resonaba a lo largo y ancho de la plazuela, y no dudo que, de ser lugar más habitado, entre ellas y mis pistoletazos habrían llenado las ventanas de gente. Entonces, la suerte, que como fortuna de armas socorre a quien se mantiene lúcido y firme, vino en auxilio de Diego Alatraste; pues quiso Dios que una de sus estocadas entrase por los gavilanes de la guarda hasta los dedos o la muñeca de un adversario, quien al sentirse herido se retiró dos pasos con un por vida de. Para cuando se rehizo, Alatraste ya había lanzado tres mandobles como tres relámpagos sobre el otro contrario, a quien la violencia del asalto hizo perder pie y retroceder a su vez. Aquello bastó al capitán para afirmarse de nuevo con serenidad, y cuando el tocado en la mano acudió de nuevo, el capitán soltó la cuchilla de la zurda, se protegió la cara con la palma abierta, y lanzándose a fondo le metió una buena cuarta de acero en el pecho. El impulso del otro hizo el resto, y él mismo se pasó de parte a parte mientras soltaba el arma con un ¡Jesús! y ésta sonaba, metálica, en el suelo a espaldas del capitán.

El segundo espadachín, que ya acudía, se detuvo en seco. Alatraste tiró hacia atrás para sacar la espada clavada en el primero, que cayó como un fardo, y se encaró con su último enemigo, intentando recobrar el aliento. Las nubes se habían apartado lo suficiente para, al claro de luna, reconocer al italiano.

–Ya estamos parejos –dijo el capitán, entrecortado el resuello.

–Que me place –repuso el otro, reluciente en su cara el destello blanco de una sonrisa. Y aún no había terminado de hablar cuando lanzó una estocada baja y rápida, tan vista y no vista como el ataque de un áspid. El capitán, que bien había estudiado al italiano cuando los dos ingleses, y la esperaba, hurtó el cuerpo, opuso la mano izquierda para eludirla, y el acero enemigo se deslizó en el vacío; aunque, al retroceder, sintió una cuchillada de daga en el dorso de la mano. Confiando en que el italiano no le hubiera cortado ningún tendón, cruzó el brazo derecho con el puño alto y la espada hacia abajo, apartando con un seco tintineo la espada que volvía a la carga en una segunda estocada, tan asombrosa y hábil como la primera. Retrocedió un paso el italiano y de nuevo quedaron quietos uno frente a otro, respirando ruidosamente. La fatiga empezaba a hacer mella en ambos. El capitán movió los dedos de la mano herida, comprobando aliviado que respondían: los tendones estaban intactos. Sentía la sangre gotear lenta y cálida, dedos abajo.

–¿Hay arreglo posible? –preguntó.

El otro estuvo un poco en silencio. Después movió la cabeza.

–No –dijo–. Fuisteis demasiado imprudente la otra noche.

Su voz opaca sonaba cansada, y el capitán imaginó que estaba tan harto de todo aquello como él mismo.

–¿Y ahora?

–Ahora es vuestra cabeza o la mía.

Sobrevino un nuevo silencio. El otro se movió un poco y Alatraste lo hizo también, sin relajar la guardia. Giraron muy despacio el uno ante el otro, midiéndose. Bajo el colete de búfalo, el capitán notaba la camisa empapada en sudor.

–¿Puedo conocer vuestro nombre?

–No viene al caso.

–Lo ocultáis, pues, como un bellaco.

Sonó la risa áspera del italiano.

–Tal vez. Pero soy un bellaco vivo. Y vos estáis muerto, capitán Alatraste.

–No será esta noche.

El adversario pareció considerar la situación. Le dirigió un vistazo al cuerpo inerte del otro espadachín. Después miró hacia donde yo estaba, aún en el suelo, cerca del tercer esbirro que se removía débilmente en tierra. Debía de estar muy malherido por el pistoletazo, pues lo oíamos gemir en voz baja, pidiendo confesión.

–No –concluyó el italiano–. Creo que tenéis razón. Esta noche no me acomoda.

Dicho esto amagó el gesto de irse, y en el mismo movimiento hizo saltar en su mano izquierda la daga del puño a la hoja, lanzándola con rápida precisión contra el capitán, que la esquivó de milagro.

–Hideputa –masculló Alatraste.

–Voto a Dios –respondió el otro–. No esperaríais que os pidiera licencia.

Después de aquello estuvieron quietos otra vez durante un corto rato, observándose atentos. Al cabo el italiano hizo un pequeño movimiento, Alatraste respondió con otro, y todavía alzaron prudentes las espadas, rozándolas con un leve cling metálico, antes de abatirlas de nuevo.

–Por Belcebú –suspiró al fin roncamente el italiano– que no hay dos sin tres.

Y empezó a caminar hacia atrás sin perderle la cara al capitán, alejándose muy despacio, interpuesto el acero. Sólo al final, casi en la esquina, se decidió a volver la espalda.

–Por cierto –dijo cuando estaba a punto de desaparecer entre las sombras–. Mi nombre es Gualterio Malatesta, ¿lo oís?... Y soy de Palermo... ¡Quiero que lo recordéis bien cuando os mate!

El hombre malherido por el pistoletazo seguía pidiendo confesión. Tenía un gran destrozo en el hombro, y el hueso de la clavícula rota asomaba por la herida, astillado. Iba a tardar poco antes que el Diablo quedara bien servido. Diego Alatraste le echó un vistazo rápido, indiferente, registró su faltriquera como había hecho antes con el muerto, y luego vino hasta mí, arrodillándose a mi lado. No dio las gracias, ni dijo nada de todo lo que se supone debería decir alguien cuando un muchacho de trece años le ha salvado la vida. Sólo preguntó si estaba bien; y cuando respondí que sí, colocóse la espada bajo un brazo y, pasando el otro bajo mis hombros, me ayudó a incorporar. Al hacerlo, el mostacho rozó un instante mi cara, y vi que sus ojos, más claros que nunca a la luz de la luna, me observaban con extraña fijeza, cual si me conociesen por primera vez.

Gimió de nuevo el moribundo, tornando a pedir confesión. Volvióse un instante el capitán, y lo vi reflexionar.

–Llégate a San Andrés –dijo al cabo– y busca a un cura para ese desgraciado.

Lo miré indeciso, pareciéndome adivinar en su rostro una mueca malhumorada y amarga.

–Se llama Ordóñez –añadió–. Lo conozco de Flandes.

Después cogió del suelo las pistolas y echó a andar. Antes de cumplir su orden, fui hasta el guardacantón en busca de la capa, y luego corrí tras él y se la di. La terció sobre el hombro mientras alzaba una mano para tocarme levemente una mejilla, con un roce de afecto desusado en él. Y me seguía mirando como antes, cuando había preguntado si estaba bien. Y yo, entre avergonzado y orgulloso, sentí, en la cara, deslizarse una gota de sangre de su mano herida.

## IX. LAS GRADAS DE SAN FELIPE

Después de aquella noche toledana hubo unos días de calma. Pero como Diego Alatraste seguía empeñado en no salir de la ciudad ni esconderse, vivíamos en perpetua vigilia, cual si estuviéramos en campana. Mantenerse vivo, descubrí durante esos días, da muchas más fatigas que dejarse morir, y requiere los cinco sentidos. El capitán dormía más de día que de noche, y al menor ruido, un gato en el tejado o un peldaño de madera que crujiere en la escalera, yo me despertaba en mi cama para verlo en camisa, incorporado en la suya con la vizcaína o una pistola en la mano. Tras la escaramuza del Portillo de las Ánimas había intentado mandarme una temporada de vuelta con mi madre, o a casa de algún amigo; pero dije que no pensaba abandonar el campo, que su suerte era la mía, y que si yo había sido capaz de dar dos pistoletazos, igual podía dar otros veinte, si se terciaba. Estado de ánimo que reforcé expresando mi decisión de fugarme, fuera cual fuese el lugar a donde me enviara. Desconozco si Alatraste apreció mi decisión o no lo hizo, pues ya he contado que no era hombre aficionado a expresar sus sentimientos. Pero logré, al menos, que se encogiera de hombros y no volviera a plantear el asunto. Por cierto que al día siguiente encontré sobre mi almohada una buena daga, recién comprada en la calle de los Espaderos: mango damasquinado, cruz de acero y una cuarta larga de hoja de buen temple, fina y con doble filo. Una daga de esas que nuestros abuelos llamaban de misericordia, pues con ellas solía rematarse, introduciéndolas por resquicios de la armadura o la celada, a los caballeros caídos en tierra durante un combate. Aquel arma blanca fue la primera que poseí en mi vida; y la conservé con mucho aprecio durante veinte años hasta que un día, en Rocrol, tuve que dejarla clavada entre las junturas del coselete de un francés. Que no es, por cierto, mal fin para una buena daga como ésa. Mientras nosotros dormíamos con un ojo abierto y recelábamos hasta de nuestras sombras, Madrid ardía en fiestas con la venida del príncipe de Gales, acontecimiento que ya era oficial. Siguiéron días de cabalgatas, saraos en el real Alcázar, banquetes, recepciones, máscaras, y una fiesta de toros y cañas en la Plaza Mayor que recuerdo como uno de los espectáculos más lucidos que en su género conoció el Madrid de los Austrias, con los mejores caballeros de la Corte —entre ellos nuestro joven Rey—, corriendo cañas y alanceando toros de Jarama en un alarde de apostura y valor. Ésta de los toros era, como lo sigue siendo hoy en día, fiesta favorita del pueblo de Madrid y de no pocos lugares de España; y el propio Rey y nuestra bella reina Isabel, aunque hija del gran Enrique IV el Bearnés y por tanto francesa, salían muy aficionados. Mi señor el Cuarto Felipe, cual resulta sabido, era galán jinete y buen tirador, aficionado a la caza y a los caballos —una vez perdió uno matando en una sola jornada tres jabalíes con su propia mano—, y así lo inmortalizó en sus lienzos Don Diego Velázquez, igual que en verso hicieronlo muchos autores y poetas, como Lope, Don Francisco de Quevedo, o Don Pedro Calderón de la Barca en aquella comedia célebre, *La banda y la flor*:

*¿Diré qué galán bridón,  
calzadas botas y espuelas,  
airoso el brazo, la mano  
baja, ajustada la rienda,  
terciada la capa, el cuerpo  
igual y la vista atenta  
paseó galán las calles  
al estribo de la reina?*

Ya he dicho en alguna parte que a sus dieciocho o veinte años nuestro buen Rey era, y lo fue durante mucho tiempo, simpático, mujeriego, gallardo y querido por su pueblo: ese buen y desgraciado pueblo español que siempre consideró a sus reyes los más justos y magnánimos de la tierra, incluso a pesar de que su poderío declinaba, que el reinado del anterior Rey Don Felipe III había sido breve pero funesto en manos de un favorito incompetente y venal, y también pese a que nuestro joven monarca, cumplido caballero pero abúlico e incapaz para los negocios de gobierno, estaba a merced de los aciertos y errores —y hubo más de los segundos que de los primeros— del conde y más tarde duque de Olivares. Mucho ha cambiado desde entonces el pueblo español, o lo que de él queda como tal. Al orgullo y la admiración por sus reyes siguió el menosprecio; al entusiasmo, la acerba crítica; a los sueños de grandeza, la depresión más profunda y el pesimismo general. Recuerdo bien, y creo sucedió durante la fiesta de toros del príncipe de Gales o en alguna



posterior, que uno de los animales, por su bravura, no podía ser desjarretado ni reducido; y nadie, ni siquiera las guardias española, borgoñona y tudisca que guarnecían el recinto, osaba acercarse a él. Entonces, desde el balcón de la Casa de la Panadería, nuestro Rey Don Felipe, con tranquilo continente, pidió un arcabuz a uno de los guardias, y sin perder la medida real ni alterar el semblante con ademanes, lo tomó galán, bajó a la plaza, compuso la capa con brío, requirió el sombrero con despejo, e hizo la puntería de modo que encarar el arma, salir el disparo y morir el toro fue todo uno. El entusiasmo del público se desbordó en aplausos y vítores, y se habló de aquello durante meses, tanto en prosa como en verso: Calderón, Hurtado de Mendoza, Alarcón, Vélez de Guevara, Rojas, Saavedra Fajardo, el propio Don Francisco de Quevedo y todos los que en la Corte eran capaces de mojar una pluma, invocaron a las musas para inmortalizar el lance y adular al monarca, comparándolo ora con Júpiter fulminando el rayo, ora con Teseo matando al toro de Maratón. Recuerdo que el celebrado soneto de Don Francisco empezaba diciendo:

*En dar al robador de Europa muerte  
de quien eres señor monarca ibero...*

Y hasta el gran Lope escribió, dirigiéndose al cornúpeta liquidado por la mano regia:

*Dichosa y desdichada fue tu suerte,  
pues, como no te dio razón la vida,  
no sabes lo que debes a tu muerte.*

Y eso que Lope a tales alturas no necesitaba darle jabón a nadie. Para que vean vuestras mercedes lo que son las cosas, y lo que somos España y los españoles, y cómo aquí se abusó siempre de nuestras buenas gentes, y lo fácil que es ganarlas por su impulso generoso, empujándonos al abismo por maldad o por incompetencia, cuando siempre merecimos mejor suerte. Si Felipe IV se hubiera puesto al frente de los viejos y gloriosos tercios y hubiera recobrado Holanda, vencido a Luis XIII de Francia y a su ministro Richelieu, limpiado el Atlántico de piratas y el mediterráneo de turcos, invadido Inglaterra, izado la cruz de San Andrés en la Torre de Londres y en la Sublime Puerta, no habría despertado tanto entusiasmo entre sus súbditos como el hecho de matar un toro con personal donaire... ¡Cuán distinto de aquel otro Felipe Cuarto que yo mismo habría de escoltar treinta años después, viudo y con hijos muertos o enclenques y degenerados, en lenta comitiva a través de una España desierta, devastada por las guerras, el hambre y la miseria, tibiamente vitoreado por los pocos infelices campesinos que aún quedaban para acercarse al borde del camino! Enlutado, envejecido, cabizbajo, rumbo a la frontera del Bidasoa para consumir la humillación de entregar a su hija en matrimonio a un Rey francés, y firmar así el acta de defunción de aquella infeliz España a la que había llevado al desastre, gastando el oro y la plata de América en festejos vanos, en enriquecer a funcionarios, clérigos, nobles y validos corruptos, y en llenar con tumbas de hombres valientes los campos de batalla de media Europa.

Pero de nada aprovecha adelantar años ni acontecimientos. El tiempo que relato aún estaba lejos de tan funesto futuro, y Madrid era todavía la capital de las Españas y del mundo. Aquellos días, como las semanas que siguieron y los meses que duró el noviazgo de nuestra infanta María con el príncipe de Gales, los pasó la Villa y Corte en festejos de toda suerte, con las más lindas damas y los más gentiles caballeros luciendo con la familia real y su ilustre invitado en rúas de la calle Mayor y el Prado, o en elegantes paseos por los jardines del Alcázar, la fuente del Acero y los pinares de la Casa de Campo. Respetando, naturalmente, las reglas más estrictas de etiqueta y decoro entre los novios, a quienes no se dejaba solos ni un momento, y siempre –para desesperación del fogoso doncel– se veían vigilados por una nube de mayordomos y dueñas. Ajenos a la sorda lucha diplomática que se libraba en las chancillerías a favor o en contra del enlace, la nobleza y el pueblo de Madrid rivalizaban en homenaje al heredero de Inglaterra y al séquito de compatriotas que, poco a poco, fue reuniéndose en la Corte. Decíase en los mentideros de la ciudad que la infanta estaba en trance de aprender la parla inglesa; e incluso que el propio Carlos estudiaba con teólogos la doctrina católica, a fin de abrazar la verdadera fe. Nada más lejos esto último de la realidad, como pudo comprobarse más tarde. Pero en el momento, y en tal clima de buena voluntad, esos rumores, amén de la apostura, comedimiento y buenas trazas del joven pretendiente, acrecentaron su popularidad. Algo que más tarde animaría a disculpar los desplantes y caprichos de Buckingham, quien, según fue ganando confianza –acababa de ser nombrado duque por su Rey Jacobo–, y tanto él como Carlos comprendieron que lo del matrimonio iba a ser arduo y para largo, desveló un antipático talante de joven favorito, malcriado y lleno de arrogancia frívola. Algo que a duras penas toleraban los graves hidalgos españoles, sobre todo en tres cuestiones que a la sazón eran sagradas: protocolo, religión y mujeres. A qué punto no llegaría con el tiempo

Buckingham en sus desaires, que sólo la hospitalidad y buena crianza de nuestros gentiles hombres evitó, en más de una ocasión, que algún guante cruzara la cara del inglés en respuesta a una insolencia, antes de resolver la cuestión del modo adecuado, con padrinos y a espada, en un amanecer cualquiera del Prado de los Jerónimos o la Puerta de la Vega. En cuanto al conde de Olivares, sus relaciones con Buckingham fueron de mal en peor tras los primeros días de obligada cortesía política, y eso tuvo a la larga, cuando se deshizo el compromiso, funestas consecuencias para los intereses de España. Ahora que han pasado los años me pregunto si no hubiera hecho mejor Diego Alatríste en agujerearle la piel al inglés aquella famosa noche, a pesar de sus escrúpulos, por muy gallardo que se hubiera mostrado el maldito hereje. Pero quién lo iba a decir. De todas formas ya le ajustaron las cuentas al amigo Villiers más tarde en su propia tierra; cuando un oficial puritano llamado Felton, dicen que incitado por una tal Milady de Winter, lo puso mirando a Triana dándole más puñaladas en las asaduras que oremus tiene un misal.

En fin. Esos pormenores se encuentran de sobra en los anales de la época. A ellos remito al lector interesado en más detalles, pues ya no guardan relación directa con lo que atañe al hilo de esta historia. Sólo diré, en lo concerniente al capitán Alatríste y a mí, que ni participábamos en los festejos de la Corte, que no tuvo a bien invitarnos, ni maldita la gana, aunque alguien lo hubiese hecho. Los días siguientes al lance del Portillo de las Ánimas transcurrieron como ya dije sin sobresaltos, sin duda porque quienes movían los hilos andaban harto ocupados con las idas y venidas públicas de Carlos de Gales como para resolver pequeños detalles –y al hablar de pequeños detalles me refiero a nosotros–; pero éramos conscientes de que tarde o temprano recibiríamos la factura, y ésta no sería parva. A fin de cuentas, por mucho que nuble, la sombra siempre termina despuntando cosida a los pies de uno. Y nadie puede escapar de su propia sombra.

Me he referido antes a los mentideros de la Corte, lugar de cita de los ociosos y centro de toda suerte de noticias, hablillas y murmuraciones que por Madrid corrían. Los principales eran tres, y entre ellos –San Felipe, Losas de Palacio y Representantes– el de las gradas de la iglesia agustina de San Felipe, entre las calles de Correos, Mayor y Esparteros, era el más concurrido. Las gradas formaban la entrada de la iglesia, y por el desnivel con la calle Mayor quedaban elevadas sobre ésta, constituyendo por debajo una serie de pequeñas tiendas o covachuelas donde se vendían juguetes, guitarras y baratijas, y por encima una vasta azotea a la intemperie, cubierta de losas de piedra, en forma de alto paseo protegido con barandillas. Desde aquella especie de palco podía verse pasar gente y carruajes, y también pasear y departir de corro en corro. San Felipe era el sitio más animado, bullicioso y popular de Madrid; su proximidad al edificio de la Estafeta de los correos reales, donde se recibían las cartas y noticias del resto de España y de todo el mundo, así como la circunstancia de dominar la vía principal de la ciudad, lo convertían en vasta tertulia pública donde se cruzaban opiniones y chismes, fanfarroneaban los soldados, chismorreaban los clérigos, se afanaban los ladrones de bolsas y lucían su ingenio los poetas. Lope, Don Francisco de Quevedo y el mejicano Alarcón, entre otros, frecuentaban el mentidero. Cualquier noticia, rumor, embuste allí lanzado, rodaba como una bola hasta multiplicarse por mil, y nada escapaba a las lenguas que de todo conocían, vistiendo de limpio desde el Rey al último villano. Muchos años después todavía citaba ese lugar Agustín Moreto, cuando en una de sus comedias hizo decir a un paisano y a un bizarro militar:

*–¡Que no sepáis salir de aquestas gradas!  
–Amigo, aquí se ven los camaradas.  
Estas losas me tienen hechizado;  
que en todo el mundo tierra no he encontrado  
tan fértil de mentiras.*

Y hasta el gran Don Miguel de Cervantes, que Dios tenga en lo mejor de su gloria, había dejado escrito en su Viaje al Parnaso:

*Adiós, de San Felipe el gran paseo,  
donde si baja el turco o sube el galgo,  
como en gaceta de Venecia leo.*

Lo que cito a vuestras mercedes para que vean hasta qué punto era el lugar famoso. Discutíanse en sus corrillos los asuntos de Flandes, Italia y las Indias con la gravedad de un Consejo de Castilla, repetíanse chistes y epigramas, se cubría de fango la honra de las damas, las actrices y los maridos cornudos, se dedicaban pullas sangrientas al conde de Olivares, narrábanse en voz baja las aventuras galantes del Rey.. Era, en fin, lugar amenísimo y chispeante, fuente de ingenio, novedad y maledicencia, que se congregaba cada mañana en torno a las once; hasta que el tañido de la campana de la iglesia, tocando una hora más tarde

al ángelus, hacía que la multitud se quitase los sombreros y se dispersara luego, dejando el campo a los mendigos, estudiantes pobres, mujerzuelas y desharrapados que aguardaban allí la sopa boba de los agustinos. Las gradas volvían a animarse por la tarde, a la hora de la rúa en la calle Mayor, para ver pasar a las damas en sus carrozas, a las mujeres equívocas que se las daban de señoras, o a las pupilas de las mancebías cercanas –había, por cierto, una muy notoria justo al otro lado de la calle–: motivo todas ellas de conversación, requiebros y chanzas. Duraba esto hasta el toque de oración de la tarde, cuando, tras rezar sombrero en mano, de nuevo se dispersaban hasta el día siguiente, cada uno a su casa y Dios a la de todos. He dicho más arriba que Don Francisco de Quevedo frecuentaba las gradas de San Felipe; y en muchos de sus paseos se hacía acompañar por amigos como el Licenciado Calzas, Juan Vicuña o el capitán Alatraste. Su afición a mi amo obedecía, entre otros, a un aspecto práctico: el poeta andaba siempre en querellas de celos y pullas con varios de sus colegas rivales, cosa muy de la época de entonces y muy de todas las épocas en este país nuestro de caínes, zancadillas y envidias, donde la palabra ofende y mata tanto o más que la espada. Algunos, como Luis de Góngora o Juan Ruiz de Alarcón, se la tenían jurada, y no sólo por escrito. Decía, por ejemplo, Góngora de Don Francisco de Quevedo:

*Musa que sopla y no inspira,  
y sabe por lo traidor  
poner sus dedos mejor  
en mi bolsa que en su lira.*

Y al día siguiente, viceversa. Porque entonces contraatacaba Don Francisco con su más gruesa artillería:

*Esta cima del vicio del insulto;  
éste en quien hoy los pedos son sirenas.  
Éste es el culo, en Góngora y en culto,  
que un bujarrón le conociera apenas.*

O se despachaba con aquellos otros versos, tan celebrados por feroces, que corrieron de punta a punta la ciudad, poniendo a Góngora como chupa de dómine:

*Hombre en quien la limpieza fue tan poca,  
no tocando a su cepa,  
que nunca, que yo sepa,  
se le cayó la mierda de la boca.*

Lindezas que el implacable Don Francisco hacía también extensivas al pobre Ruiz de Alarcón, con cuya desgracia física –una corcova, o joroba– gustaba de ensañarse con despiadado ingenio:

*¿Quién tiene con lamparones  
pecho, lado y espaldilla?  
Corcovilla.*

Tales versos circulaban anónimos, en teoría; pero todo el mundo sabía perfectamente quién los fabricaba con la peor intención del mundo. Por supuesto, los otros no se quedaban cortos; y menudeaban los sonetos, y las décimas, y leerlos en los mentideros y afilar su talento Don Francisco atacando y contraatacando con pluma mojada en su más corrosiva hiel, era todo uno. Y si no se trataba de Góngora o de Alarcón podía tratarse de cualquiera; pues los días en que el poeta se levantaba con ganas, hacía fuego con bala rasa contra cuanto se movía:

*Cornudo eres, Fulano, hasta los codos,  
y puedes rastrillar con las dos sienas;  
tan largos cuernos y tendidos tienes,  
que si no los enfaldas, harás lodos.*

Y cosas así. De modo que, aun siendo bravo y diestro con la espada, llevar al lado a un hombre como Diego Alatraste a la hora de pasear entre eventuales adversarios siempre resultaba tranquilizador para el malhumorado poeta. Precisamente el citado Fulano del soneto –o alguien que se vio retratado como tal,

porque en aquel Madrid de Dios andaban los cornudos de dos en dos— acudió a pedir explicaciones a las gradas de San Felipe, escoltado por un amigo, cierta mañana que Don Francisco paseaba con el capitán Alatraste. El asunto se resolvió al caer la noche con un poco de acero tras la tapia de los Recoletos, de modo que tanto el presunto cornudo como el amigo, una vez sanaron de las respectivas mojadadas recibidas a escote, se dedicaron a leer prosa y no volvieron a encarar un soneto durante el resto de sus vidas.

Aquella mañana, en las gradas de San Felipe, el tema de conversación general eran el príncipe de Gales y la infanta; alternándose las hablillas cortesanas con noticias de la guerra que se reavivaba en Flandes. Recuerdo que hacía sol, y el cielo era muy azul y muy limpio sobre los tejados de las casas cercanas, y el mentidero bullía de gente. El capitán Alatraste, que seguía mostrándose en público sin miedo aparente a las consecuencias —la mano, vendada tras el lance del Portillo de las Ánimas, estaba fuera de peligro—, vestía polainas, calzas grises y jubón oscuro cerrado hasta el cuello; y aunque la mañana era tibia, llevaba sobre los hombros la capa para cubrir la culata de una pistola que cargaba en la parte posterior del cinto, junto a la daga y la espada. Al contrario que la mayor parte de los soldados veteranos de la época, Diego Alatraste era poco amigo de usar prendas o adornos de color, y la única nota llamativa en su indumento era la pluma roja que le adornaba la toquilla del chapeo de anchas alas. Aun así, su aspecto contrastaba con la oscura sobriedad del traje negro de Don Francisco de Quevedo, sólo desmentida por la cruz de Santiago cosida al pecho, bajo la capa corta, también negra, que llamábamos herreruelo. Me habían permitido acompañarlos, pues acababa de hacer unos recados para ellos en la Estafeta, y componían el resto del grupo el Licenciado Calzas, Vicuña, el Dómine Pérez y algunos conocidos, departiendo junto a la barandilla de las gradas que daba sobre la calle Mayor. Se comentaba la última impertinencia de Buckingham, quien, se decía de buena tinta, osaba galantear a la esposa del conde de Olivares.

—La pérfida Albión —apuntaba el Licenciado Calzas, que no podía tragar a los ingleses desde que años atrás, viniendo de las Indias, había estado a punto de ser apresado por Walter Raleigh, un corsario que les desarboló un palo y mató quince hombres.

—Mano dura —sugería Vicuña, cerrando el único puño que le quedaba—. Esos herejes sólo entienden que se les asiente bien la mano dura... ¡Así agradecen la hospitalidad del Rey nuestro señor!

Asentían circunspectos los contertulios, entre ellos dos presuntos veteranos de fieros bigotes que no habían oído un arcabuzazo en su vida, dos o tres ociosos, un estudiante de Salamanca de capa raída, alto y con cara de hambre llamado Juan Manuel de Parada, o de Pradas, un pintor joven recién llegado a la Corte y recomendado a Don Francisco por su amigo Juan de Fonseca, y un zapatero remendón de la calle Montera llamado Tabarca, conocido por ejercer la jefatura de los llamados mosqueteros: la chusma teatral o público bajo que seguía las comedias en pie, aplaudiéndolas o silbándolas, y decidía de ese modo su éxito o fracaso. Aunque villano y analfabeto, el tal Tabarca resultaba hombre grave, temible, que se las daba de entendido, cristiano viejo e hidalgo venido a menos —como casi todo el mundo— y era, debido a su influencia entre la gentuza de los corrales, halagado por los autores que buscaban darse a conocer en la Corte, e incluso por algunos que ya lo eran.

—De todos modos —terciaba Calzas, con guiño cínico—. Dicen que la legítima del valido no hace ascos a la hora de tomar varas. Y Buckingham es buen mozo.

Se escandalizaba el Dómine Pérez:

—¡Por Dios, señor Licenciado!... Repórtese vuestra merced. Conozco a su confesor, y puedo asegurar que la señora doña Inés de Zúñiga es mujer piadosa, y una santa.

—Y entre santa y santa —repuso Calzas, procaz— a nuestro Rey se la levantan.

Reía, atravesado y guasón, viendo al Dómine hacerse cruces mientras echaba miradas temerosas de soslayo. Por su parte, el capitán Alatraste le dirigía fieras ojeadas de censura por hablar con semejante desahogo en mi presencia, y el pintor joven, un sevillano de veintitrés o veinticuatro años, simpático, con mucho acento, llamado Diego de Silva, nos observaba a unos y otros como preguntándose dónde se había metido.

—Con er permiso de vuesa merced... —empezó a decir, tímido, levantando un dedo índice manchado de pintura al óleo.

Pero nadie le hizo mucho caso. A pesar de la recomendación de su amigo Fonseca, Don Francisco de Quevedo no olvidaba que el joven pintor había ejecutado nada más llegar a Madrid un retrato de Luis de Góngora, y aunque no tenía nada contra el mozo, procuraba hacerle purgar semejante pecado con unos pocos días de ninguneo. Aunque la verdad es que muy pronto Don Francisco y el joven sevillano se hicieron asiduos, y el mejor retrato que se conserva del poeta es, precisamente, el que hizo después aquel mismo joven. Que con el tiempo también fue muy amigo de Diego Alatraste y mío, cuando ya era más conocido por el apellido de su madre: Velázquez.

En fin. Les contaba que, tras el infructuoso intento del pintor por intervenir en la conversación, alguien mencionó la cuestión del Palatinado, y todos se enzarzaron en una animada discusión sobre la política

española en Centroeuropa, donde el zapatero Tabarca echó su sota de espadas con todo el aplomo del mundo, opinando sobre el duque Maximiliano de Baviera, el Elector Palatino y el Papa de Roma, quienes tenía por probado se entendían bajo cuerda. Terció uno de los presuntos miles gloriosus, que aseguraba poseer noticias frescas sobre el asunto, suministradas por un cuñado suyo que servía en Palacio; y la conversación quedó interrumpida cuando todos, salvo el Dómine, se inclinaron sobre la barandilla para saludar a unas damas que pasaban en carricoche descubierto, sentadas entre faldas, brocados y guardainfantes, camino de las platerías de la Puerta de Guadalajara. Eran tusionas, o sea, rameras de lujo. Pero en la España de los Austrias, hasta las putas se daban aires.

Cubriéronse todos de nuevo y prosiguió la charla. Don Francisco de Quevedo, que prestaba poca atención, se acercó un poco a Diego Alatraste y, con un gesto de la barbilla, señaló a dos individuos que se mantenían a distancia, entre la gente.

–¿Os siguen a vos, capitán? –preguntó en voz baja, con aire de hablar de otra cosa– ¿O me siguen a mí?

Alatraste echó un discreto vistazo a la pareja. Tenían aspecto de corchetes, o de gente a sueldo. Al sentirse observados volvieron ligeramente la espalda, con disimulo.

–Yo diría que a mí, Don Francisco. Pero con vuestra merced y con sus versos, nunca se sabe.

El poeta miró a mi amo con el ceño fruncido.

–Supongamos que se trate de vos. ¿Es grave?

–Puede serlo.

–Voto a tal. En ese caso no queda sino batirse... ¿Necesitáis ayuda?

–No, por el momento –el capitán miraba a los espadachines con los párpados un poco entornados, como si pretendiera grabarse sus caras en la memoria–... Además, bastantes enojos tiene ya vuestra merced para cargar con los míos.

Don Francisco estuvo unos instantes callado. Luego se retorció el mostacho y, tras ajustarse los anteojos, dirigió abiertamente a los dos fulanos una mirada resuelta y furiosa.

–De cualquier modo –concluyó– si hay lance, dos a dos resulta cifra pareja. Podéis contar conmigo.

–Lo sé –dijo Alatraste.

–Zis, zas, sus y a ellos –el poeta apoyaba la mano en el pomo de su espada, que le alzaba por detrás el herruelo–. Os debo eso y más. Y mi maestro no es precisamente Pacheco.

El capitán compartió su maliciosa sonrisa. Luis Pacheco de Narváez era el más reputado maestro de esgrima de Madrid, habiendo llegado a serlo del Rey nuestro señor. Había escrito varios tratados sobre la destreza de las armas, y hallándose en casa del presidente de Castilla hubo discusión entre él y Don Francisco de Quevedo sobre algunos puntos y conclusiones; de resultas que, tomadas las espadas para una demostración amistosa, al primer asalto dióle Don Francisco al maestro Pacheco en la cabeza, derribándole el sombrero. Desde entonces la enemistad entre ambos era mortal: el uno había denunciado al otro ante el tribunal de la Inquisición, y el otro había retratado al uno con escasa caridad en la Vida del buscón llamado Pablos; que aunque fue impresa dos o tres años más tarde, ya corría en copias manuscritas por todo Madrid.

–Ahí viene Lope –dijo alguien.

Todos se quitaron los sombreros cuando Lope, el gran Félix Lope de Vega Carpio, apareció caminando despacio entre los saludos de la gente que se apartaba para dejarle paso, y se detuvo unos instantes a departir con Don Francisco de Quevedo, quien lo felicitó por la comedia que representaban al día siguiente en el corral del Príncipe: acontecimiento teatral al que Diego Alatraste había prometido llevarme, y yo iba a presenciar por primera vez en mi vida. Después, Don Francisco hizo algunas presentaciones.

–El capitán Don Diego Alatraste y Tenorio... Ya conoce vuestra merced a Juan Viciña... Diego Silva... El jovencito es Íñigo Balboa, hijo de un militar caído en Flandes.

Al oír aquello, Lope me tocó un momento la cabeza con espontáneo gesto de simpatía. Fue la primera vez que lo vi, aunque tendría después otras ocasiones; y recordaré siempre su continente sexagenario y grave, su digna figura clerical vestida de negro, el rostro enjuto con cabellos cortos, casi blancos, el bigote gris y la sonrisa cordial, algo ausente, como fatigada, que nos dedicó a todos antes de proseguir camino rodeado por muestras de respeto.

–No olvides a ese hombre ni este día –me dijo el capitán, dándome un afectuoso pescozón en el mismo sitio donde Lope me había tocado.

Y no lo olvidé nunca. Todavía hoy, tantos años después de aquello, me llevo la mano a la coronilla y siento allí el contacto de los dedos afectuosos del Fénix de los Ingenios. Ni él, ni Don Francisco de Quevedo, ni Velázquez, ni el capitán Alatraste, ni la época miserable y magnífica que entonces conocí, existen ya. Pero queda, en las bibliotecas, en los libros, en los lienzos, en las iglesias, en los palacios, calles y plazas, la huella indeleble que aquellos hombres dejaron de su paso por la tierra. El recuerdo de la mano de Lope desaparecerá conmigo cuando yo muera, como también el acento andaluz de Diego de Silva, el sonido de las

espuelas de oro de Don Francisco al cojear, o la mirada glauca y serena del capitán Alatraste. Pero el eco de sus vidas singulares seguirá resonando mientras exista ese lugar impreciso, mezcla de pueblos, lenguas, historias, sangres y sueños traicionados: ese escenario maravilloso y trágico que llamamos España. Tampoco he olvidado lo que ocurrió después. En ésas estábamos, cercana ya la hora del ángelus, cuando frente a las covachuelas que había al pie de San Felipe se detuvo una carroza negra que yo conocía bien. Estaba apoyado en la barandilla de las gradas, algo apartado, oyendo hablar a los mayores. Y la mirada que descubrí allá abajo, fija en mí, parecía reflejar el color del cielo que se abría sobre nuestras cabezas y los tejados pardos de Madrid, hasta el punto de que todo cuanto me rodeaba, salvo ese color, o ese cielo, o esa mirada, desapareció de mi vista. Era como una dulce agonía de azul y de luz, a la que resultaba imposible sustraerse. Si un día muero –pensé en ese mismo instante–, quiero morir así: sumergido en semejante color. Entonces me separé un poco más del grupo y fui bajando despacio las escaleras, sin apenas voluntad; como prisionero de un filtro hipnótico. Y por un instante, como relámpago de lucidez en medio de mi enajenación, mientras bajaba de San Felipe hacia la calle Mayor sentí que me seguían, desde miles de leguas de distancia, los ojos preocupados del capitán Alatraste.

## X. EL CORRAL DEL PRÍNCIPE

Caí en la trampa. O, para ser más exacto, cinco minutos de conversación bastaron para que ellos urdieran la trampa. Todavía hoy, tanto tiempo después, deseo imaginar que Angélica de Alquézar sólo era una mocita manejada por sus mayores; pero ni siquiera tras haberla conocido como más tarde la conocí puedo estar seguro. Siempre, hasta su muerte, intuí en ella algo que no se aprende de nadie: una maldad fría y sabia que en algunas mujeres está ahí, desde que son niñas. Incluso desde antes, quizás; desde hace siglos. Decidir quiénes son los auténticos responsables de todo eso ya es otra cuestión que llevaría largo rato discutir; y éste no es lugar ni oportunidad para ello. Podemos resumirlo diciendo, por ahora, que de las armas con que Dios y la naturaleza dotaron a la mujer para defenderse de la estupidez y la maldad de los hombres, Angélica de Alquézar estaba dotada en grado sumo.

Al día siguiente por la tarde, camino del corral del Príncipe, su recuerdo en la ventanilla de la carroza negra, bajo las gradas de San Felipe, me desazonaba como cuando durante una ejecución musical que parece perfecta descubres una nota o un movimiento inseguros, o falsos. Me había limitado a acercarme y cambiar unas palabras, fascinado por su cabello rubio en tirabuzones y su misteriosa sonrisa. Sin bajar de la carroza, mientras una dueña se ocupaba de comprar algunas cosas en las covachuelas y el cochero permanecía inmóvil junto a las mulas, sin molestarme –cosa que hubiera debido ponerme sobre aviso–, Angélica de Alquézar volvió a agradecer mi ayuda contra los golfillos de la calle Toledo, preguntó qué tal me iba con aquel capitán Batiste, o Triste, al que servía, y se interesó por mi vida y mis proyectos. Fanfarroneé un poco, lo confieso. Aquellos ojos muy azules y muy abiertos que parecían escuchar asombrados me alentaron a contar más de la cuenta. Hablé de Lope, a quien acababa de conocer arriba en las gradas, como de un viejo amigo. Y mencioné el propósito de asistir, con el capitán, a la representación de la comedia *El Arenal de Sevilla*, que tendría lugar en el corral del Príncipe al día siguiente. Charlamos un poco, le pregunté su nombre y, tras dudar un delicioso instante rozándose los labios con un diminuto abanico, me lo dijo. «Angélica viene de ángel», respondí, embelesado. Y ella me miró divertida, sin decir palabra, durante un rato tan largo que me sentí transportado a las puertas del Paraíso. Después vino el ama, reparó en mí el cochero, alejóse el carruaje, y quedé inmóvil entre la gente que iba y venía, con la sensación de haber sido arrancado, paf, de algún lugar maravilloso. Sólo de noche, al no conciliar el sueño pensando en ella, y al día siguiente camino del teatro, algunos detalles extraños de la situación –a ninguna jovencita de buena cuna se le permitía entonces charlar con mozalbetes casi desconocidos en mitad de la calle– empezaron a insinuar en mi ánimo la sensación de estar moviéndome al borde de algo peligroso y desconocido. Y llegué a preguntarme si aquello guardaría relación con los accidentados sucesos de unos días antes. De un modo u otro, cualquier vínculo de ese ángel rubio con los rufianes del Portillo de las Ánimas parecía descabellado. Y por otra parte, la perspectiva de asistir a la comedia de Lope restaba claridad a mi juicio. Así ciega Dios, dice el turco, a quien quiere perder.

Desde el monarca hasta el último villano, la España del Cuarto Felipe amó con locura el teatro. Las comedias tenían tres jornadas o actos, y eran todas en verso, con diferentes metros y rimas. Sus autores consagrados, como hemos visto al referirme a Lope, eran queridos y respetados por la gente; y la popularidad de actores y actrices era inmensa. Cada estreno o reposición de una obra famosa congregaba al pueblo y la corte, teniéndolos en suspenso, admirados, las casi tres horas que duraba cada representación; que en aquel tiempo solía desarrollarse a la luz del día, por la tarde después de comer, en locales al aire libre conocidos como corrales. Dos había en Madrid: el del Príncipe, también llamado de La Pacheca, y el de la Cruz. Lope gustaba de estrenar en este último, que era también el favorito del Rey nuestro señor, amante del teatro como su esposa, la reina doña Isabel de Borbón. Por más que el amor teatral de nuestro monarca, aficionado a lances juveniles, se extendiese también, clandestinamente, a las más bellas actrices del momento, como fue el caso de María Calderón, la Calderona, que llegó a darle un hijo, el segundo donjuán de Austria.

El caso es que aquella jornada se reponía en el Príncipe una celebrada comedia de Lope, *El Arenal de Sevilla*, y la expectación era enorme. Desde muy temprana hora caminaban hacia allí animados grupos de gente, y al mediodía se habían formado los primeros tumultos en la estrecha calle donde estaba la entrada del corral, frontera entonces al convento de Santa Ana. Cuando llegamos el capitán y yo, se nos habían unido ya por el camino Juan Vicuña y el Licenciado Calzas, también harto aficionados a Lope, y en la misma calle del Príncipe sumóse Don Francisco de Quevedo. De ese modo anduvimos a la puerta del corral de comedias,

donde resultaba difícil moverse entre el gentío. Todos los estamentos de la Villa y Corte estaban representados: desde la gente de calidad en los aposentos laterales con ventanas abiertas al recinto, hasta el público llano que atestaba las gradas laterales y el patio con filas de bancos de madera, la cazuela o gradas para las mujeres –ambos sexos estaban separados tanto en los corrales de comedias como en las iglesias–, y el espacio libre tras el degolladero, reservado a quienes seguían en pie la representación: los famosos mosqueteros, que por allí andaban con su jefe espiritual, el zapatero Tabarca, quien al cruzarse con nuestro grupo saludó grave, solemne, muy poseído de la importancia de su papel. A las dos de la tarde, la calle del Príncipe y las entradas al corral eran un hervidero de comerciantes, artesanos, pajes, estudiantes, clérigos, escribanos, soldados, lacayos, escuderos y rufianes que para la ocasión se vestían con capa, espada y puñal, llamándose todos caballeros y dispuestos a reñir por un lugar desde el que asistir a la representación. A ese ambiente bullicioso y fascinante se sumaban las mujeres que con revuelo de faldas, mantos y abanicos entraban a la cazuela, y eran allí asaeteadas por los ojos de cuanto galán se retorció los bigotes en los aposentos y en el patio del recinto. También ellas reñían por los asientos, y a veces hubo de intervenir la autoridad para poner paz en el espacio que les era reservado. En suma, las pendencias por conseguir sitio o entrar sin previo pago, las discusiones entre quien había alquilado un asiento y quien se lo disputaba eran tan frecuentes, que llegábase a meter mano a los aceros por un quítame allá esas pajas, y las representaciones tenían que contar con la presencia de un alcalde de Casa y Corte asistido por alguaciles. Ni siquiera los nobles eran ajenos a ello: los duques de Feria y Rioseco, enfrentados por los favores de una actriz, habíanse acuchillado una vez en mitad de una comedia, so pretexto de unos asientos. El licenciado Luis Quiñones de Benavente, un toledano tímido y buena gente que fue conocido del capitán Alatraste y mío, describió en una de sus jácaras ese ambiente espeso donde menudeaban las estocadas:

*En el corral de comedias  
lloviendo a la puerta están  
mojadas y más mojadas  
por colarse sin pagar*

Singular carácter, el nuestro. Como alguien escribiría más tarde, afrontar peligros, batirse, desafiar a la autoridad, exponer la vida o la libertad, son cosas que se hicieron siempre en cualquier rincón del mundo por hambre, ambición, odio, lujuria, honor o patriotismo. Pero meter mano a la blanca y darse de cuchilladas por asistir a una representación teatral era algo reservado a aquella España de los Austrias que para lo bueno, que fue algo, y lo malo, que fue más, viví en mi juventud: la de las hazañas quijotescas y estériles, que cifró siempre su razón y su derecho en la orgullosa punta de una espada.

Nos llegamos, como dije, a la puerta del corral, sorteando los grupos de gente y los mendigos que acosaban a todos pidiendo limosna. Por supuesto que la mitad eran ciegos, cojos, mancos y tullidos fingidos, autoproclamados hidalgos con mala fortuna que no pedían por necesidad, sino por un accidente; y hasta debías excusarte con un cortés dispense vuestra merced, que no llevo dineros si no querías verte increpado con malos modos. Y es que hasta en su manera de pedir son diferentes los pueblos: los tudescos cantan en grupo, los franceses limosnean serviles con oraciones y jaculatorias, los portugueses con lamentaciones, los italianos con largas relaciones de sus desgracias y males, y los españoles con fueros y amenazas, respondones, insolentes y mal sufridos.

Pagamos un cuarto en la primera puerta, tres en la segunda para limosna de hospitales, y veinte maravedís para obtener asientos de banco. Por supuesto que nuestras localidades se hallaban ocupadas, aunque bien las pagamos; pero no queriendo andar en pendencias conmigo de por medio, el capitán, Don Francisco y los otros decidieron que nos quedaríamos atrás, junto a los mosqueteros. Yo lo miraba todo con ojos tan abiertos como es de suponer, fascinado por el gentío, los vendedores de aloja y golosinas, el ruido de conversaciones, el revuelo de guardainfantes, faldas y basquiñas en la cazuela de las mujeres, las trazas elegantes de la gente de calidad asomada a las ventanas de los aposentos. Se decía que el Rey en persona solía asistir desde allí, de incógnito, a representaciones que eran de su agrado. Y la presencia aquella tarde de algunos miembros de la guardia real en las escaleras, sin uniforme pero con apariencia de hallarse de servicio, podía indicar algo de eso. Acechábamos las ventanas, esperando descubrir allí a nuestro joven monarca, o a la reina; pero no reconocíamos a ninguno de ellos en los rostros aristocráticos que de vez en cuando se dejaban ver entre las celosías. A quien sí vimos fue al propio Lope, a quien el público rompió a aplaudir cuando apareció allá arriba. Vimos también al conde de Guadalmedina acompañado de unos amigos y unas damas, y Álvaro de la Marca respondió con una sonrisa cortés al saludo que el capitán Alatraste le dirigió desde abajo tocándose el ala del sombrero.



Unos amigos ofrecieron lugar junto a ellos, en un banco, a Don Francisco de Quevedo, y éste se excusó con nosotros, yendo a sentarse allí. Juan Vicuña y el Licenciado Calzas estaban aparte, conversando sobre la obra que íbamos a ver, y que Calzas mucho había apreciado años antes, cuando el estreno. Por su parte, Diego Alatríste se mantenía a mi lado, haciéndome sitio junto a la viga del degolladero para que me pudiera mantener en primera fila de los mosqueteros y ver la representación sin estorbo. Había comprado obleas y barquillos que yo hacía crujir en mi boca, encantado, y tenía una mano puesta sobre mi hombro para evitar que me zarandearan los empujones. Y en un momento dado sentí que esa mano se ponía rígida, y luego se retiraba despacio hasta apoyarse en el pomo de la espada.

Seguí la dirección de sus ojos, cuya expresión se había endurecido, y entre la gente alcancé a distinguir a los dos hombres que el día anterior estuvieron rondando cerca de nosotros en las gradas de San Felipe. Ocupaban lugar entre los mosqueteros y me pareció verles cambiar un signo de inteligencia con otros dos que entraron por una de las puertas para situarse cerca. Su manera de llevar calado el sombrero y terciar la capa, los bigotes de guardamano y barbas de gancho, algún chirlo en la cara y la forma de pararse con las piernas abiertas y mirar a lo zafio, delataban sin duda a bravos de a tanto la cuchillada. De tales estaba lleno el corral, eso es cierto; pero aquellos cuatro parecían singularmente interesados en nosotros.

Sonaron los golpes que daban inicio a la comedia, gritaron ¡sombreros! los mosqueteros, descubriose todo el mundo, descorrieron la cortina, y mi atención voló sin remedio de los valentones a la escena, donde salían ya los personajes de doña Laura y Urbana, con mantos. Delante del telón de fondo, un pequeño bastidor de cartón pintado imitaba la Torre del Oro.

*–Famoso está el Arenal.*

*–¿ Cuándo lo dejó de ser?*

*–No tiene, a mi parecer, todo el mundo vista igual.*

Todavía hoy me conmuevo al recordar aquellos versos, primeros que oí en mi vida sobre el escenario de un corral de comedias; y más porque la actriz que encarnaba a doña Laura, la bellísima María de Castro, había de ocupar más tarde cierto espacio en la vida del capitán Alatríste y en la mía. Pero aquel día, en el corral del Príncipe, la de Castro no era para mí sino la hermosa Laura que acude con su tía Urbana al puerto de Sevilla, donde las galeras se aprestan a zarpar, y donde se encuentra de modo casual con Don Lope y Toledo, su criado.

*Abreviar es menester;*

*que ya se quieren partir*

*¡Oh, qué victoria es huir*

*las armas de una mujer!*

Todo se desvaneció a mi alrededor, colgado como estaba de las palabras que salían de la boca de los actores. Por supuesto, a los pocos minutos yo estaba en pleno Arenal de Sevilla locamente enamorado de Laura, y deseaba tener la gallardía de los capitanes Fajardo y Castellanos, y darme de estocadas con los alguaciles y los corchetes antes de embarcarme en la Armada del Rey, diciendo, como Don Lope:

*Hube de sacar la espada.*

*aquéla para un hidalgo*

*noble, por cierto; que es justo*

*honrar al que da disgusto,*

*si un hombre se tiene en algo.*

*Que afrentar, aunque sea un loco*

*ausente, al que se atrevió*

*a ofenderos, pienso yo*

*que es tenerse un hombre en poco.*

Fue en ese momento cuando uno de los espectadores que estaba en pie a nuestro lado se volvió hacia el capitán para chistarle, en demanda de que guardara silencio, aunque éste no había dicho ni una palabra. Me volví sorprendido, y observé que el capitán miraba con atención al que había chistado, individuo con trazas de rufián, la capa doblada en cuatro sobre un hombro y la mano en el puño de la espada. Prosiguió la representación, centré de nuevo en ella mi atención, y aunque Diego Alatríste seguía callado e inmóvil, el tipo de la capa doblada en cuatro volvió a chistarle, mirándolo después con cara de pocos amigos y

murmurando en voz baja sobre quienes no respetan el teatro ni dejan oír a la gente. Sentí entonces cómo la mano del capitán, que había vuelto a apoyar en mi hombro, me apartaba suavemente a un lado, y noté cómo después se retiraba un poco la capa, a fin de desembarazar la empuñadura de la daga que llevaba al cinto detrás del costado izquierdo. Terminaba en ese instante el primer acto, sonaron los aplausos del público, y Alatraste y nuestro vecino se sostuvieron la mirada silenciosamente, sin que de momento las cosas fueran más allá. Dos a cada lado, algo más lejos, los otros cuatro individuos no nos quitaban ojo de encima.

Durante el baile del entreacto, el capitán buscó a Vicuña y al Licenciado Calzas con la vista y luego me confió a ellos, con el pretexto de que iba a ver mejor la segunda jornada desde donde estaban. Sonaron en ese momento fuertes aplausos entre el público y todos nos volvimos hacia uno de los aposentos superiores, donde la gente había reconocido al Rey nuestro señor, quien allí se había entrado con disimulo al inicio del primer acto. Vi entonces por vez primera sus rasgos pálidos, el cabello rubio y ondulado en la frente y las sienes, y aquella boca con el labio inferior prominente, tan característico de los Austrias, y libre todavía del enhiesto bigote que luciría después. Vestía nuestro monarca de terciopelo negro, con golilla almidonada y sobrios botones de plata –fiel a la pragmática de austeridad contra el lujo en la Corte que él mismo acababa de dictar–, y en la mano pálida y fina, de azuladas venas, sostenía con descuido un guante de gamuza que a veces se llevaba a la boca para ocultar una sonrisa o unas palabras con sus acompañantes, en los que el entusiasmo del público había reconocido, junto a varios gentiles hombres españoles, al príncipe de Gales y al duque de Buckingham, a quienes Su Majestad había tenido a bien, aunque manteniendo el incógnito oficial – todos iban cubiertos, como si el Rey no estuviese allí–, invitar al espectáculo. Contrastaba la grave sobriedad de los españoles con las plumas, cintas, lazos y joyas que lucían los dos ingleses, cuya apostura y juventud fueron muy celebradas por el público que llenaba el corral de comedias, y levantaron no pocos requiebros, golpes de abanico y miradas devastadoras en la cazuela de las mujeres.

Empezó la segunda jornada, que yo seguí, bebiéndome como en la anterior hasta la última de las palabras y gestos de los representantes; y durante ésta, justo cuando en el escenario el capitán Fajardo decía aquello de:

*«Prima» la llama. No sé  
si esta prima es verdadera;  
más no es la cuerda primera  
que por prima falsa esté.*

... volvió en ese punto a chistarle a Diego Alatraste el valentón de la capa doblada en cuatro, y esta vez se le unieron dos de los otros rufianes que en el entreacto se habían ido acercando. El propio capitán había jugado alguna vez la misma treta, así que el negocio estaba más claro que el agua; sobre todo habida cuenta de que los dos matachines restantes venían también poco a poco entre la gente. Miró el capitán a su alrededor, por ver la suerte en que se hallaba. Detalle significativo: ni el alcalde de Casa y Corte ni los alguaciles que solían cuidar del orden en las representaciones aparecían por parte alguna. En cuanto a otro socorro, el Licenciado Calzas no era hombre de armas, y el cincuentón Juan Vicuña poca destreza podía hacer con una sola mano. Respecto a Don Francisco de Quevedo, se hallaba dos filas de bancos más lejos, atento al escenario y ajeno a lo que a sus espaldas se tramaba. Y lo peor era que, influidos por el chistar de los provocadores, algunos del público empezaban a mirar mal al propio Alatraste, como si realmente éste molestase la representación. Lo que estaba a punto de ocurrir era tan cierto como que dos y dos eran cuatro. En aquel caso concreto, tres y dos sumaban cinco. Y cinco a uno era demasiado, incluso para el capitán.

Intentó zafarse en dirección a la puerta más cercana. Obligado a reñir, lo haría con más espacio en la calle que allí adentro, embarazado por todos, donde no iban a tardar un Jesús en coserlo a puñaladas. También había cerca un par de iglesias donde acogerse a sagrado, si al cabo terciaba además la justicia en el lance. Pero ya los otros le cerraban las espaldas, y la cosa tomaba un feo cariz. Terminaba en eso el segundo acto, sonaron los aplausos, y con ellos arreciaron las increpaciones de los valentones contra el capitán. Ya la chusma empezaba a hacer corro. Trabáronse de palabras, subió el tono. Y por fin, entre dos reniegos y por vidas de, alguien pronunció la palabra bellaco. Entonces Diego Alatraste suspiró muy hondo, para sus adentros. Aquello era negocio hecho. Así que, resignado, metió mano a la espada y sacó el acero de la vaina. Al menos, se dijo fugazmente al desnudar la blanca, un par de aquellos hideputas iban a acompañarlo bien servidos al infierno. Sin tan siquiera componerse en guardia, lanzó un tajo horizontal con la espada hacia la derecha para alejar a los rufianes que tenía más próximos, y echando atrás la mano izquierda sacó la daga vizcaína de la funda que le pendía del cinto bajo los riñones. Alborotaba el público dejando espacio, gritaban las mujeres en la cazuela, se inclinaban los ocupantes de los aposentos por las ventanas para ver mejor. No era extraño en aquel tiempo, como hemos dicho, que el espectáculo se desplazase en los corrales del escenario al patio; y todos se preparaban a disfrutar una vez más del suceso adicional y gratuito: en un

momento se había hecho un círculo alrededor de los contendientes. El capitán, seguro de no resistir mucho rato frente a cinco hombres armados y diestros en el oficio, decidió no andarse con lindezas de esgrima, y en vez de curar su salud procuró desbaratar la de sus enemigos. Dio una cuchillada al de la capa doblada en cuatro, y sin pararse a ver el resultado –que no fue gran cosa–, se agachó intentando desjarretar a otro con la vizcaína. Puestos a seguir con la aritmética, cinco espadas y cinco dagas sumaban diez hojas de acero cortando el aire; así que le llovían estocadas como granizo. Una anduvo tan cerca que cortó una manga del jubón, y otra le hubiera pasado el cuerpo de no enredarse en su capa. Revolvióse lanzando molinetes y tajos a diestro y siniestro; hizo retroceder a un par de adversarios, trabó el acero con uno y la vizcaína con otro, y sintió que alguien lo acuchillaba en la cabeza: el filo cortante y frío de la hoja, y la sangre chorreándole entre las cejas. Estás pero que bien jodido, Diego, se dijo con un último rastro de lucidez. Hasta aquí has llegado. Y lo cierto es que se sentía exhausto. Los brazos le pesaban como el plomo y la sangre lo cegaba. Alzó la mano izquierda, la de la daga, para limpiarse los ojos con el dorso, y entonces vio una espada que se dirigía hacia su garganta, y a Don Francisco de Quevedo que gritando: «¡Alatriste! ¡A mí! ¡A mí!», con voz atronadora, saltaba desde los bancos a la viga del degolladero e interponía la suya desnuda, parando el golpe. –¡Cinco a dos ya está mejor! –exclamó el poeta acero en alto, saludando con una alegre inclinación de cabeza al capitán... ¡No queda sino batirse!

Y se batía, en efecto, como el demonio que era toledana en mano, sin que su cojera le estorbase lo más mínimo. Meditando sin duda la décima que iba a componer si sacaba la piel de aquello. Los anteojos le habían caído sobre el pecho y colgaban de su cinta, junto a la cruz roja de Santiago; y acometía feroz, sudoroso, con toda la mala leche que solía reservar para sus versos y que, en ocasiones como ésa, también sabía destilar en la punta de su espada. Lo arrollador e inesperado de su carga contuvo a los que atacaban, e incluso alcanzó a herir a uno con buen golpe que le pasó la banda del tahalí hasta el hombro. Después, rehechos los contrincantes, cerraron de nuevo y la querella hirvió en un remolino de cuchilladas. Hasta los actores habían salido a mirar desde el escenario.

Lo que ocurrió entonces ya es Historia. Cuentan los testigos que, en el palco donde se hallaban de supuesto incógnito el Rey, Gales, Buckingham y su séquito de gentiles hombres, todos veían la pendencia con sumo interés y encontrados sentimientos. Nuestro monarca, como es natural, estaba molesto por aquella desvergonzada afrenta al orden público en su augusta presencia; aunque tal presencia fuese sólo oficiosa. Pero hombre joven, gallardo y de espíritu caballeresco, no le incomodaba mucho, en otro oculto sentido, que sus invitados extranjeros asistiesen a una exhibición espontánea de bravura por parte de sus súbditos, con los que a fin de cuentas solían encontrarse a menudo en el campo de batalla. Lo cierto es que el hombre que se había estado batiendo con cinco lo hacía con una desesperación y un coraje inauditos, arrancando a los pocos mandobles la simpatía del público y gritos de angustia entre las damas, al verlo estrechado tan de cerca. Dudó el Rey nuestro señor, según cuentan, entre el protocolo y la afición; por eso se demoraba en ordenar al jefe de su escolta de guardias vestidos de paisano que interviniese para cortar el tumulto. Y justo cuando por fin iba a abrir la boca para una orden real e inapelable, a todos causó gran admiración ver a Don Francisco de Quevedo, conocidísimo en la Corte, terciar tan resuelto en el lance.

Pero la mayor sorpresa aún estaba por venir. Porque el poeta había gritado el nombre de Alatriste al entrar en liza; y el Rey nuestro señor, que iba de sobresalto en sobresalto, vio que, al oírlo, Carlos de Inglaterra y el duque de Buckingham se iraban el uno al otro.

–¡Alatriste! –exclamó el de Gales, con aquella pronunciación suya tan juvenil, cerrada y británica. Y tras inclinarse un momento por la barandilla de la ventana, echó una ávida ojeada a la situación allá abajo, en el patio, y luego se volvió de nuevo hacia Buckingham, y después al Rey. En los pocos días que llevaba en Madrid había tenido tiempo de estudiar algunas palabras y frases sueltas del castellano, y fue de ese modo como se dirigió a nuestro monarca:

–Diesculpá, Siure... Hombrue ese y yo tener deuda... Mi vida debo.

Y acto Seguido, tan flemático y sereno como si estuviese en un salón de su palacio de Saint James, se quitó el sombrero, ajustó los guantes, y requiriendo la espada miró a Buckingham con perfecta sangre fría.

–Steenie –dijo.

Después, acero en mano, sin demorarse más, bajó los peldaños de la escalera seguido por Buckingham, que también desenvainaba. Y Don Felipe Cuarto, atónito, no supo si detenerlos o asomarse de nuevo a la ventana; así que cuando recobró la compostura que estaba a punto de perder, los dos ingleses se veían ya en el patio del corral de comedias, trabándose a estocadas con los cinco hombres que cercaban a Francisco de Quevedo y Diego Alatriste. Era aquél un lance de los que hacen época; de modo que aposentos, gradas, cazuela, bancos y patio, estupefactos al ver aparecer a Carlos y Buckingham herreruza en mano, resonaron al instante con atronador estallido de aplausos y gritos de entusiasmo. Entonces el Rey nuestro señor reaccionó por fin, y puesto en pie se volvió a sus gentiles hombres, ordenando que cesara de inmediato aquella locura.

Al hacerlo se le cayó un guante al suelo. Y eso, en alguien que reinó cuarenta y cuatro años sin mover en público una ceja ante los imprevistos ni alterar el semblante, denotaba hasta qué punto el monarca de ambos mundos estuvo aquella tarde, en el corral del Príncipe, en un tris de perder los papeles.

## XI. EL SELLO Y LA CARTA

Los gritos de las guardias española, borgoña y tudesca al hacer el relevo en las puertas de Palacio llegaban hasta Diego Alatríste por la ventana abierta a uno de los grandes patios del Alcázar real. Había una sola alfombra en el piso desnudo de madera, y sobre ella una mesa enorme, oscura, cubierta de papeles, legajos y libros y de aspecto tan solemne como el hombre sentado tras ella. Aquel hombre leía cartas y despachos metódicamente, uno tras otro, y de vez en cuando escribía algo al margen con una pluma de ave que mojaba en el tintero de loza de Talavera. Lo hacía sin interrupción, como si las ideas fluyesen sobre el papel con tanta facilidad como la lectura, o la tinta. Llevaba así largo rato, sin levantar la cabeza ni siquiera cuando el teniente de alguaciles Martín Saldaña, acompañado por un sargento y dos soldados de la guardia real, condujo ante él a Diego Alatríste por corredores secretos, retirándose después. El hombre de la mesa seguía despachando cartas, imperturbable, como si estuviera solo; y el capitán tuvo tiempo sobrado para estudiarlo bien. Era corpulento, de cabeza grande y tez rubicunda, con un pelo negro y fuerte que le cubría las orejas, barba oscura y cerrada sobre el mentón y enormes bigotes que se rizaban espesos en los carrillos. Vestía de seda azul oscura, con realces de trencilla negra, zapatos y medias del mismo color; y sobre el pecho lucía la cruz roja de Calatrava, que junto a la golilla blanca y una fina cadena de oro eran los únicos contrastes en tan sobria indumentaria.

Aunque Gaspar de Guzmán, tercer conde de Olivares, no sería nombrado duque hasta dos años más tarde, ya estaba en el segundo de su privanza. Era grande de España y su poder, a los treinta y cinco años, resultaba inmenso. El joven monarca, más amigo de fiestas y de caza que de asuntos de gobierno, era un instrumento ciego en sus manos; y quienes podían haberle hecho sombra estaban sometidos o muertos. Sus antiguos protectores el duque de Uceda y fray Luis de Aliaga, favoritos del anterior Rey, se hallaban en el destierro; el duque de Osuna, caído en desgracia y con sus propiedades confiscadas; el duque de Lerma esquivaba el cadalso gracias al capelo cardenalicio –vestido de colorado para no verse ahorcado, decía la copla–, y Rodrigo Calderón, otro de los hombres principales del antiguo régimen, había sido ejecutado en la plaza pública. Ya nadie estorbaba a aquel hombre inteligente, culto, patriota y ambicioso, en su designio de controlar los principales resortes del imperio más poderoso que seguía existiendo sobre la tierra.

Fáciles son de imaginar los sentimientos que experimentaba Diego Alatríste al verse ante el todopoderoso privado, en aquella vasta estancia donde, aparte la alfombra y la mesa, la única decoración consistía en un retrato del difunto Rey Don Felipe Segundo, abuelo del actual monarca, que colgaba sobre una gran chimenea apagada. En especial tras reconocer en el personaje, sin la menor duda ni demasiado esfuerzo, al más alto y fuerte de los dos enmascarados de la primera noche en la puerta de Santa Bárbara. El mismo a quien el de la cabeza redonda había llamado Excelencia antes de que se marchara exigiendo que en el asunto de los ingleses no corriese demasiada sangre.

Ojalá, pensó el capitán, la ejecución que le reservaban no fuera con garrote. Tampoco es que bailar al extremo de una soga fuese plato de gusto; pero al menos no lo despachaban a uno con aquel torniquete ignominioso dando vueltas en el pescuezo, y la cara de pasmo propia de los ajusticiados, con el verdugo diciendo: perdóneme vuestra merced que soy un mandado, y etcétera, que mal rayo enviase Cristo al mandado y a los hideputas que lo mandaban, que por otro lado siempre eran los mismos. Sin contar con el obligado trámite previo de mancuera, brasero, juez, relator, escribano y sayón, para obtener una confesión en regla antes de mandarlo a uno bien descoyuntado al diablo. Lo malo era que con instrumentos de cuerda Diego Alatríste cantaba fatal; así que el procedimiento iba a ser penoso y largo. Puesto a elegir, prefería terminar sus días a hierro y por las bravas, que a fin de cuentas era el modo decente en que debía hacer mutis un soldado: viva España y demás, y angelitos al cielo o a donde tocara ir. Pero no estaban los tiempos para golosinas. Se lo había dicho en voz baja un preocupado Martín Saldaña, cuando fue a despertarlo a la cárcel de Corte para conducirlo temprano al Alcázar:

–A fe mía que esta vez lo veo crudo, Diego.

–Otras veces lo he tenido peor.

–No. Peor no lo has tenido nunca. De quien desea verte no se salva nadie dando estocadas.

De cualquier modo, Alatríste tampoco tenía con qué darlas. Hasta la cuchilla de matarife le habían quitado de la bota cuando lo apresaron después de la reyerta en el corral de comedias; donde, al menos, la intervención de los ingleses evitó que allí mismo lo mataran.

–En pas ahora esteumos –había dicho Carlos de Inglaterra cuando acudió la guardia a separar a los contendientes o a protegerlo a él, que en realidad fue todo uno. Y tras envainar volvió la espalda, con Buckingham, desentendiéndose del asunto entre los aplausos de un público entusiasmado con el espectáculo. A Don Francisco de Quevedo lo dejaron ir por orden personal del Rey, a quien por lo visto había gustado su último soneto. En cuanto a los cinco espadachines, dos escaparon en el tumulto, a uno se lo habían llevado herido de gravedad, y dos fueron apresados con Alatraste y puestos en un calabozo cercano al suyo. Al salir con Saldaña por la mañana, el capitán había pasado junto a ese mismo calabozo. Vacío.

El conde de Olivares seguía concentrado en su correo, y el capitán miró la ventana con sombría esperanza. Aquello quizás le ahorrase el verdugo y abreviara el expediente, aunque una caída de treinta pies sobre el patio no era mucho; se exponía a quedar vivo y que lo subieran a la mula para colgarlo con las piernas quebradas, lo que no iba a ser gallardo espectáculo. Y aún otro problema: si después de todo había alguien más allá, lo de la ventana se lo iba a tomar fatal durante el resto de una eternidad no por hipotética menos inquietante. Así que, puestos a tocar retreta, mejor era irse sacramentado y de mano ajena, por si las moscas. A fin de cuentas, se consoló, por mucho que duela y tardes en morir, al final siempre te mueres, Y quien muere, descansa.

En esos alegres pensamientos andaba cuando reparó en que el valido había dejado de despachar su correo y lo miraba. Aquellos ojos oscuros, negros y vivos, parecían estudiarlo con fijeza. Alatraste, cuyo jubón y calzas mostraban las huellas de la noche pasada en el calabozo, lamentó no tener mejor aspecto. Unas mejillas rasuradas le habrían dado más apariencia. Y tampoco hubiera sobrado una venda limpia en torno al tajo de la frente, y agua para lavarse la sangre seca que le cubría la cara.

–¿Me habéis visto alguna vez, antes?

La pregunta de Olivares cogió desprevenido al capitán. Un sexto sentido, semejante al ruido que hace una hoja de acero resbalando sobre piedra de afilar, le aconsejó exquisita prudencia.

–No. Nunca.

–¿Nunca?

–Eso he dicho a vuestra Excelencia.

–¿Ni siquiera en la calle, en un acto público?

–Bueno –el capitán se pasó dos dedos por el bigote, como obligándose a recordar–. Tal vez en la calle... Me refiero a la Plaza Mayor, los Jerónimos y sitios así –movió la cabeza afirmativo, con supuesta y deliberada honradez–... Ahí es posible que si.

Olivares le sostenía la mirada, impasible.

–¿Nada más?

–Nada más.

Por un brevísimo instante el capitán creyó advertir una sonrisa entre la feroz barba del valido. Pero nunca estuvo seguro de eso. Olivares había tomado uno de los legajos que tenía sobre la mesa y pasaba sus hojas con aire distraído.

–Servisteis en Flandes y Nápoles, por lo que veo. Y contra los turcos en Levante y Berbería... Una larga vida de soldado.

–Desde los trece años, Excelencia.

–Lo de capitán es un apodo, supongo.

–Algo así. Nunca pasé de sargento, e incluso se me privó de ese grado tras una reyerta.

–Sí, aquí lo dice –el ministro seguía hojeando el legajo–. Reñisteis con un alférez, dándole de estocadas... Me sorprende que no os ahorcaran por ello.

–Iban a hacerlo, Excelencia. Pero ese mismo día se amotinaron nuestras tropas en Maastricht: llevaban cinco meses sin paga. Yo no me amotiné, y tuve la fortuna de poder defender de los soldados al señor maestre de campo Don Miguel de Orduña.

–¿No os gustan los motines?

–No me gusta que se asesine a los oficiales.

El valido enarcó una ceja, displicente.

–¿Ni a los que os pretenden ahorcar?

–Una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa.

–Para defender a vuestro maestre de campo tumbasteis espada en mano a dos o tres, dice por aquí.

–Eran tudescos, Excelencia. Y además, el señor maestre de campo decía: «Demonio, Alatraste, si me han de matar amotinados, al menos que sean españoles». Le di la razón, metí mano, y aquello me valió el indulto.

Escuchaba Olivares, el aire atento. De vez en cuando echaba un nuevo vistazo a los papeles y miraba a Diego Alatraste con reflexivo interés.

–Ya veo –dijo–. También hay aquí una carta de recomendación del viejo conde de Guadalmedina, y un beneficio de Don Ambrosio de Spinola en persona, firmado de su puño y letra, pidiendo para vos ocho escudos de ventaja por vuestro buen servicio ante el enemigo... ¿Se os llegó a conceder?

–No, Excelencia. Que unas son las intenciones de los generales y otras las de secretarios, administradores y escribanos... Al reclamarlos me los redujeron a cuatro escudos, e incluso éstos nunca los vi hasta hoy.

El ministro hizo un lento gesto con la cabeza, como si también a él le retuvieran de vez en cuando sus beneficios o salarios. O quizá sólo se limitaba a aprobar la renuencia de secretarios, administradores y escribanos a soltar dinero público. Alatraste vio que seguía pasando papeles con minuciosidad de funcionario.

–Licenciado después de Fleurus por herida grave y honrosa... –prosiguió Olivares. Ahora miraba el apósito en la frente del capitán–. Tenéis cierta propensión a ser herido, por lo que veo.

–Y a herir, Excelencia.

Diego Alatraste se había erguido un poco, retorciéndose el bigote. Era obvio que no le gustaba que nadie, ni siquiera quien podía hacerlo ejecutar en el acto, tomase sus heridas a la ligera. Olivares estudió con curiosidad el destello insolente que había aparecido en sus ojos, y luego volvió a ocuparse del legajo.

–Eso parece –concluyó–. Aunque las referencias sobre vuestras aventuras lejos de las banderas son menos ejemplares que en la vida militar.. Veo aquí una riña en Nápoles con muerte incluida... ¡Ah! Y también una insubordinación durante la represión de los rebeldes moriscos en Valencia –el privado frunció el ceño... ¿Acaso os pareció mal el decreto de expulsión firmado por Su Majestad?

El capitán tardó en contestar.

–Yo era un soldado –dijo al cabo–. No un carnicero.

–Os imaginaba mejor servidor de vuestro Rey.

–Y lo soy. Incluso lo he servido mejor que a Dios, pues de éste quebranté diez preceptos, y de mi Rey ninguno.

Enarcó una ceja el valido.

–Siempre creí que la de Valencia fue una gloriosa campaña...

–Pues informaron mal a vuestra Excelencia. No hay gloria ninguna en saquear casas, forzar a mujeres y degollar a campesinos indefensos.

Olivares lo escuchaba con expresión impenetrable.

–Contrarios todos ellos a la verdadera religión –apostilló–. Y reacios a abjurar de Mahoma.

El capitán encogió los hombros con sencillez.

–Quizás –repuso–. Pero ésa no era mi guerra.

–Vaya –el ministro alzaba ahora las dos cejas con fingida sorpresa–. ¿Y asesinar por cuenta ajena sí lo es?

–Yo no mato niños ni ancianos, Excelencia.

–Ya veo. ¿Por eso dejasteis vuestro Tercio y os alistasteis en las galeras de Nápoles?

–Sí. Puesto a acuchillar infieles, preferí hacerlo con turcos hechos y derechos, que pudieran defenderse.

El valido estuvo mirándolo un momento, sin decir nada. Después volvió a los papeles de la mesa. Parecía meditar sobre las últimas palabras de Alatraste.

–Sin embargo, a fe que os abona gente de calidad –dijo por fin–. El joven Guadalmedina, por ejemplo. O Don Francisco de Quevedo, que tan bizarramente conjugó ayer la voz activa; aunque Quevedo igual beneficia que perjudica a sus amigos, según los altibajos de sus gracias y desgracias –el privado hizo una pausa larga y significativa... También, según parece, el flamante duque de Buckingham cree deberos algo –hizo otra pausa más larga que la anterior... Y el Príncipe de Gales.

–No lo sé –Alatraste se encogía otra vez de hombros, el rostro impasible–. Pero esos gentiles hombres hicieron ayer más que suficiente para saldar cualquier deuda, real o imaginaria.

Olivares hizo un lento gesto negativo con la cabeza.

–No creáis –su tono era un suspiro de fastidio–. Esta misma mañana Carlos de Inglaterra ha tenido a bien interesarse de nuevo por vos y vuestra suerte. Hasta el Rey nuestro señor, que no sale de su asombro por lo ocurrido, desea estar al corriente... –puso el legajo a un lado con brusquedad–. Todo esto crea una situación enojosa. Muy delicada.

Ahora el valido miraba a Diego Alatraste de arriba abajo, como preguntándose qué hacer con él.

–Lástima –prosiguió– que aquellos cinco jaques de ayer no desempeñaran mejor su oficio. Quien los pagó no andaba errado... En cierta forma eso lo hubiese resuelto todo.

–Lamento no compartir vuestro pesar, Excelencia.

–Me hago cargo... –la mirada del ministro había cambiado: ahora se tornaba más dura e insondable–. ¿Es cierto eso que cuentan, sobre que hace unos días salvasteis la vida a cierto viajero inglés cuando un camarada vuestro estaba a punto de matarlo?

Alarma. Corred al arma con redobles de caja y trompetas, pensó Alatraste. Aquel giro tenía más peligro que una salida nocturna de los holandeses con todo el Tercio durmiendo a pierna suelta en las fajinas. Conversaciones como ésa lo llevaban a uno en línea recta a meter el cuello en una soga. Y en ese momento no daba un ardite por el suyo.

–Vuestra Excelencia disimule, más no recuerdo semejante cosa.

–Pues os conviene hacer memoria.

Ya lo habían amenazado muchas veces en su vida, antes; y además estaba seguro de no salir con bien de aquélla. Así que, puestos a darle lo mismo, el capitán se mantuvo impasible. Eso no fue obstáculo para que escogiera con tiento las palabras:

–Desconozco si a alguien salvé la vida –dijo tras meditar un poco–. Pero recuerdo que, cuando se me encomendó cierto servicio, el principal de mis empleadores dijo que no quería muertes en aquel lance.

–Vaya. ¿Eso dijo?

–Eso mismo.

Las pupilas penetrantes del privado apuntaron al capitán como ánimas de arcabuz.

–¿Y quién era ese principal? –preguntó con peligrosa suavidad.

Alatraste ni pestañeó.

–No lo sé, Excelencia. Llevaba un antifaz.

Ahora Olivares lo observaba con nuevo interés.

–Si tales eran las órdenes, ¿cómo es que vuestro compañero osó ir más lejos?

–No sé de qué compañero habla vuestra Excelencia. De cualquier modo, otros caballeros que acompañaban al principal dieron después instrucciones diferentes.

–¿Otros?... –el ministro parecía muy interesado en aquel plural–. Por las llagas de Dios que me gustaría conocer sus nombres. O descripciones.

–Me temo que es imposible. Ya habrá notado vuestra Excelencia que tengo una memoria infame. Y los antifaces...

Vio que Olivares daba un golpe sobre la mesa, disimulando su impaciencia. Pero la mirada que dirigió a Alatraste era más valorativa que amenazadora. Parecía sopesar algo en su interior.

–Empiezo a estar harto de vuestra mala memoria. Y os prevengo que hay verdugos capaces de avivársela al más pintado.

–Ruego a vuestra Excelencia que me mire bien la cara.

Olivares, que no había dejado de mirar al capitán, frunció bruscamente el ceño, entre irritado y sorprendido. Su expresión se tornó más seria, y Alatraste creyó que iba a llamar en ese momento a la guardia para que se lo llevaran de allí y lo ahorcaran en el acto. Pero el privado permaneció inmóvil y silencioso, mirándole al capitán la cara como éste había pedido. Por fin, algo que debió de ver en su mentón firme o en los ojos glaucos y fríos, que no parpadearon un solo instante mientras duró el examen, pareció convencerlo.

–Quizá tengáis razón –asintió el privado–. Me atrevería a jurar que sois de los olvidadizos. O de los mudos.

Se quedó un instante pensativo, mirando los papeles que tenía sobre la mesa.

–Debo despachar unos asuntos –dijo–. Espero que no os importe aguardar aquí un poco más.

Se levantó entonces y, acercándose al cordón de una campanilla que pendía del techo junto a la pared, tiró de éste una sola vez. Luego volvió a sentarse sin prestar más atención al capitán.

El aire familiar del individuo que entró en la habitación se acentuó en cuanto Alatraste oyó su voz. Por vida de. Aquel lío, decidió, empezaba a parecerse a una reunión de viejos conocidos, y sólo faltaban allí el padre Emilio Bocanegra y el espadachín italiano para completar cuadrilla. El recién llegado tenía la cabeza redonda, y en ella flotaban desamparados algunos cabellos entre castaños y grises. Todo su pelo era mezquino y ralo: las patillas hasta media cara, la barbita muy estrecha y recortada desde el labio inferior al mentón, y los bigotes poco espesos pero rizados sobre los mofletes, surcados de venillas rojas igual que la gruesa nariz. Vestía de negro, y la cruz de Calatrava no bastaba para atenuar la vulgaridad que se desprendía de su apariencia, con la golilla poco limpia y mal almidonada, y aquellas manos manchadas de tinta que le hacían parecer un amanuense venido a más, con el grueso anillo de oro en el meñique de la mano izquierda. Los ojos, sin embargo, resultaban inteligentes y muy vivos; y la ceja izquierda, arqueada a más altura que la derecha con aire avisado, crítico, daba un carácter taimado, de peligrosa mala voluntad, a la expresión – primero sorprendida y luego desdeñosa y fría– que cruzó su rostro al descubrir a Diego Alatraste.

Era Luis de Alquézar, secretario privado del Rey Don Felipe Cuarto. Y esta vez venía sin máscara.

–Resumiendo –dijo Olivares–. Que hemos topado con dos conspiraciones. Una, encaminada a dar una lección a ciertos viajeros ingleses, y a quitarles unos documentos secretos. Y otra dirigida simplemente a asesinarlos. De la primera tenía ciertos informes, creo recordar.. Pero la segunda es casi una novedad para



mí. Quizá vuestra merced, Don Luis, como secretario de Su Majestad y hombre ducho en covachuelas de la Corte, hayáis oído algo.

El valido había hablado muy despacio, tomándose su tiempo y con largas pausas entre frase y frase; sin quitarle de encima los ojos al recién llegado. Éste permanecía en pie, escuchando, y de vez en cuando lanzaba furtivas ojeadas a Diego Alatríste. El capitán se mantenía a un lado, preguntándose en qué diablos iba a terminar todo aquello. Reunión de pastores, oveja muerta. O a punto de estarlo.

Olivares había dejado de hablar y aguardaba. Luis de Alquézar se aclaró la garganta.

–Temo no ser muy útil a vuestra Grandeza –dijo, y en su tono extremadamente cauto se traslucía el desconcierto por la presencia de Alatríste–. Algo había oído yo también de la primera conspiración... En cuanto a la segunda... –miró al capitán y la ceja izquierda se le enarcó siniestra, como un puñal turco en alto–. Ignoro lo que este sujeto ha podido, ejem, contar.

El privado tamborileó impaciente con los dedos sobre la mesa.

–Este sujeto no ha contado nada. Lo tengo aquí esperando para despachar otro asunto.

Luis de Alquézar miró al ministro un largo rato, calibrando lo que acababa de oír. Digerido aquello, miró a Alatríste y de nuevo a Olivares.

–Pero... –empezó a decir.

–No hay peros.

Alquézar se aclaró la garganta de nuevo.

–Como vuestra Grandeza me plantea un tema tan delicado delante de terceros, creí que...

–Pues creísteis mal.

–Disculpadme –el secretario miraba los papeles de la mesa con expresión inquieta, como acechando algo alarmante en ellos. Se había puesto muy pálido–. Pero no sé si ante un extraño debo...

Alzó el valido una mano autoritaria. Alatríste, que los observaba, habría jurado que Olivares parecía disfrutar con todo aquello.

–Debéis.

Ya eran cuatro las veces que Alquézar tragaba saliva, aclarándose la garganta. Esta vez lo hizo ruidosamente.

–Siempre estoy a las órdenes de vuestra Grandeza –su tez pasaba de la extrema palidez al enrojecimiento súbito, cual si experimentase accesos de frío y de calor–. Lo que puedo imaginar sobre esa segunda conspiración...

–Procurad imaginarlo con todo detalle, os lo ruego.

–Por supuesto, Excelencia –los ojos de Alquézar seguían escudriñando inútilmente los papeles del ministro; sin duda su instinto de funcionario lo impulsaba a buscar en ellos la explicación a lo que estaba ocurriendo... Os decía que cuanto puedo imaginar, o suponer, es que ciertos intereses se cruzaron en el camino. La Iglesia, por ejemplo...

–La Iglesia es muy amplia. ¿Os referís a alguien en particular?

–Bueno. Hay quienes tienen poder terrenal, además del eclesiástico. Y ven con malos ojos que un hereje...

–Ya veo –cortó el ministro–. Os referís a santos varones como fray Emilio Bocanegra, por ejemplo. Alatríste vio cómo el secretario del Rey reprimía un sobresalto.

–Yo no he citado a su Paternidad –dijo Alquézar, recobrando la sangre fría– pero ya que vuestra Grandeza se digna mencionarlo, diré que sí. Me refiero a que tal vez, en efecto, fray Emilio sea de quienes no ven con agrado una alianza con Inglaterra.

–Me sorprende que no hayáis acudido a consultarme, si abrigabais semejantes sospechas.

Suspiró el secretario, aventurando una discreta sonrisa conciliadora. A medida que se prolongaba la conversación y sabía a qué tono atenerse, parecía más taimado y seguro de sí.

–Ya sabe vuestra Grandeza cómo es la Corte. Sobrevivir resulta difícil, entre tirios y troyanos. Hay influencias. Presiones... Además, resulta sabido que vuestra Grandeza no es partidario de una alianza con Inglaterra... A fin de cuentas se trataría de serviros.

–Pues voto a Dios, Alquézar, que por servicios así hice ahorcar a más de uno –la mirada de Olivares perforaba al secretario real como un mosquetazo–... Aunque imagino que el oro de Richelieu, de Saboya y de Venecia tampoco habrá sido ajeno al asunto.

La sonrisa cómplice y servil que ya apuntaba bajo el bigote del secretario real se borró como por ensalmo.

–Ignoro a qué se refiere vuestra Grandeza.

–¿Lo ignoráis? Qué curioso. Mis espías habían confirmado la entrega de una importante suma a algún personaje de la Corte, pero sin identificar destinatario... Todo esto me aclara un poco las ideas.

Alquézar se puso una mano exactamente sobre la cruz de Calatrava que llevaba bordada en el pecho.

–Espero que vuestra Excelencia no vaya a pensar que yo...

–¿Vos? No sé qué podríais terciar en este negocio –Olivares hizo un gesto displicente con una mano, cual para alejar una mala idea, haciendo que Alquézar sonriese un poco, aliviado–... A fin de cuentas, todo el mundo sabe que yo os nombré secretario privado de Su Majestad. Gozáis de mi confianza. Y aunque en los últimos tiempos hayáis obtenido cierto poder, dudo que fueseis tan osado como para conspirar a vuestro aire. ¿Verdad?

La sonrisa de alivio ya no estaba tan segura en la boca del secretario.

–Naturalmente, Excelencia –dijo en voz baja.

–Y menos –prosiguió Olivares– en cuestiones donde intervienen potencias extranjeras. A fray Emilio Bocanegra puede salirle eso gratis porque es hombre de iglesia con agarres en la Corte. Pero a otros podría costarles la cabeza.

Al decir aquello le dirigió a Alquézar una mirada significativa y terrible.

–Vuestra Grandeza sabe –casi tartamudeó el secretario real, de nuevo demudada la color– que le soy absolutamente fiel.

El valido lo miró con ironía infinita.

–¿Absolutamente?

–Eso he dicho a vuestra Grandeza. Fiel y útil.

–Pues os recuerdo, Don Luis, que de colaboradores absolutamente fieles y útiles tengo yo los cementerios llenos.

Y dicha aquella fanfarronada, que en su boca sonaba funesta y amenazadora, el conde de Olivares cogió la pluma con aire distraído, sosteniéndola entre los dedos como si se dispusiera a firmar una sentencia. Alatraste vio que Alquézar seguía el movimiento de la pluma con ojos angustiados.

–Y ya que hablamos de cementerios –dijo de pronto el ministro–. Os presento a Diego Alatraste, más notorio por el nombre de capitán Alatraste... ¿Lo conocíais?

–No. Quiero decir que, ejem, que no lo conozco.

–Eso es lo bueno de andar entre gente avisada: que nadie conoce a nadie.

De nuevo parecía Olivares a punto de sonreír, pero no lo hizo. Al cabo de un instante señaló con la pluma al capitán.

–Don Diego Alatraste –dijo– es hombre cabal, con excelente hoja militar; aunque una herida reciente y su mala suerte lo tengan en situación delicada. Parece valiente y de fiar.. Sólido, sería el término justo. No abundan los hombres como él; y estoy seguro de que con algo de buena fortuna conocerá mejores tiempos. Sería una lástima vernos privados para siempre de sus eventuales servicios –miró al secretario del Rey, penetrante–... ¿No lo halláis en razón, Alquézar?

–Muy en razón –se apresuró a confirmar el otro–. Pero con el modo de vida que le imagino, este señor Alatraste se expone a tener cualquier mal encuentro... Un accidente o algo así. Nadie podría hacerse responsable de ello.

Dicho lo cual, Alquézar le dirigió al capitán una mirada de rencor.

–Me hago cargo –dijo el valido, que parecía estar a sus anchas con todo aquello–. Pero sería bueno que por nuestra parte no hagamos nada por anticipar tan molesto desenlace. ¿No sois de mi opinión, señor secretario real?

–Absolutamente, Excelencia –la voz de Alquézar temblaba de despecho.

–Sería muy penoso para mí.

–Lo comprendo.

–Penosísimo. Casi una afrenta personal.

Desencajado, Alquézar tenía cara de estar trasegando bilis por azumbres. La mueca espantosa que le crispaba la boca pretendía ser una sonrisa.

–Por supuesto –balbució.

Alzando un dedo en alto, como si acabase de recordar algo, el ministro buscó entre los papeles de la mesa, cogió uno de los documentos y se lo alargó al secretario real.

–Quizás ayudaría a nuestra tranquilidad que vos mismo cursarais este beneficio, que por cierto viene firmado por Don Ambrosio de Spínola en persona, para que se le concedan cuatro escudos a Don Diego Alatraste por servicios en Flandes. Eso le ahorrará por algún tiempo andar buscándose la vida entre cuchillada y cuchillada... ¿Está claro?

Alquézar sostenía el papel con la punta de los dedos, cual si contuviera veneno. Miraba al capitán con ojos extraviados, a punto de sufrir un golpe de sangre. La cólera y el despecho le hacían rechinar los dientes.

–Claro como el agua, Excelencia.

–Entonces podéis regresar a vuestros asuntos.

Y sin levantar la vista de sus papeles, el hombre más poderoso de Europa despidió al secretario del Rey con un gesto displicente de la mano.

Cuando se quedaron solos, Olivares alzó la cabeza para mirar detenidamente al capitán Alatraste.

–Ni voy a daros explicaciones, ni tengo por qué dáros las –dijo por fin, malhumorado.

–No he pedido explicaciones a vuestra Excelencia.

–Si lo hubierais hecho ya estaríais muerto. O camino de estarlo.

Hubo un silencio. El valido se había puesto en pie, yendo hasta la ventana sobre la que corrían nubes que amenazaban lluvia. Seguía las evoluciones de los guardias en el patio, cruzadas las manos a la espalda. A contraluz su silueta parecía aún más maciza y oscura.

–De cualquier modo –dijo sin volverse– podéis dar gracias a Dios por seguir vivo.

–Es cierto que me sorprende –respondió Alatraste–. Sobre todo después de lo que acabo de oír.

–Suponiendo que de veras hayáis oído algo.

–Suponiéndolo.

Todavía sin volverse, Olivares encogió los poderosos hombros.

–Estáis vivo porque no merecís morir, eso es todo. Al menos por este asunto. Y también porque hay quien se interesa en vos.

–Os lo agradezco, Excelencia.

–No lo hagáis –apartándose de la ventana, el valido dio unos pasos por la estancia, y sus pasos resonaron sobre el entarimado del suelo–. Existe una tercera razón: hay gentes para quienes el hecho de conservaros con vida supone la mayor afrenta que puedo hacerles en este momento –dio unos pasos más moviendo la cabeza, complacido–. Gentes que me son útiles por venales y ambiciosas; pero esa misma venalidad y ambición hace que a veces caigan en la tentación de actuar por su cuenta, o la de otros... ¡Qué queréis! Con hombres íntegros pueden quizá ganarse batallas, pero no gobernar reinos. Por lo menos, no éste.

Se quedó contemplando pensativo el retrato del gran Felipe Segundo que estaba sobre la chimenea; y tras una pausa muy larga suspiró profunda, sinceramente. Entonces pareció recordar al capitán y se volvió de nuevo hacia él.

–En cuanto al favor que pueda haberos hecho –continuó–, no cantéis victoria. Acaba de salir de aquí alguien que no os perdonará jamás. Alquézar es uno de esos raros aragoneses astutos y complicados, de la escuela de su antecesor Antonio Pérez... Su única debilidad conocida es una sobrina que tiene, niña aún, menina de Palacio. Guardaos de él como de la peste. Y recordad que si durante un tiempo mis órdenes pueden mantenerlo a raya, ningún poder alcanzo sobre fray Emilio Bocanegra. En lugar del capitán Alatraste, yo sanaría pronto de esa herida y volvería a Flandes lo antes posible. Vuestro antiguo general Don Ambrosio de Spínola está dispuesto a ganar más batallas para nosotros: sería muy considerado que os hiciérais matar allí, y no aquí.

De pronto el valido parecía cansado. Miró la mesa cubierta de papeles como si en ella estuviera una larga y fatigosa condenación. Fue despacio a sentarse de nuevo, pero antes de despedir al capitán abrió un cajón secreto y extrajo una cajita de ébano.

–Una última cosa –dijo–. Hay un viajero inglés en Madrid que, por alguna incomprensible razón, cree estaros obligado... Su vida y la vuestra, naturalmente, es difícil que se crucen jamás. Por eso me encarga os entregue esto. Dentro hay un anillo con su sello y una carta que, faltaría más, he leído: una especie de orden o letra de cambio, que obliga a cualquier súbdito de Su Majestad Británica a prestar ayuda al capitán Diego Alatraste si éste la ha de menester. Y firma Carlos, príncipe de Gales.

Alatraste abrió la caja de madera negra, adornada con incrustaciones de marfil en la tapa. El anillo era de oro y tenía grabadas las tres plumas del heredero de Inglaterra. La carta era un pequeño billete doblado en cuatro, con el mismo sello que el anillo, escrita en inglés. Cuando levantó los ojos vio que el valido lo miraba, y que entre la feroz barba y el mostacho se le dibujaba una sonrisa melancólica.

–Lo que yo daría –dijo Olivares– por disponer de una carta como ésa.

## EPÍLOGO

El cielo amenazaba lluvia sobre el Alcázar, y las pesadas nubes que corrían desde el oeste parecían desgarrarse en el chapitel puntiagudo de la Torre Dorada. Sentado en un pilar de piedra de la explanada real, me abrigué los hombros con el herreruelo viejo del capitán que para mí hacía las veces de capa, y seguí esperando sin perder de vista las puertas de Palacio, de donde los centinelas me habían alejado ya en tres ocasiones. Llevaba allí muy largo rato: desde que por la mañana, soñoliento ante la cárcel de Corte donde habíamos pasado la noche –el capitán dentro y yo fuera–, seguí el carruaje en que los alguaciles del teniente Saldaña lo llevaron al Alcázar para introducirlo por una puerta lateral. Yo estaba sin probar bocado desde la noche anterior, cuando Don Francisco de Quevedo, antes de irse a dormir –había estado curándose un rasguño sufrido durante la refriega–, pasó por la cárcel para interesarse por el capitán; y al encontrarme a la salida compró en un bodegón de puntapié algo de pan y cecina para mí. Lo cierto es que tal parecía ser mi sino: buena parte de la vida junto al capitán Alatraste la pasaba esperándolo en alguna parte durante un mal lance. Y siempre con el estómago vacío y la inquietud en el corazón.

Un frío chirimirí empezó a mojar las losas que cubrían la explanada real, trocándose al poco en llovizna que velaba de gris las fachadas de los edificios cercanos e iba acentuando poco a poco el reflejo de éstos en las losas húmedas bajo mis pies. Me entretuve para matar el tiempo mirando dibujarse esos contornos entre mis zapatos. En eso estaba cuando oí silbar una musiquilla que me resultaba familiar, una especie de tiruri-ta-ta, y entre aquellos reflejos grises y ocres apareció una mancha oscura, inmóvil. Y al alzar los ojos vi ante mí, con capa y sombrero, la inconfundible silueta negra de Gualterio Malatesta.

La primera reacción ante mi viejo conocido del Portillo de las Ánimas fue poner pies en polvorosa; pero no lo hice. La sorpresa me dejó tan mudo y paralizado que sólo pude quedarme allí muy quieto, tal, y como estaba, mientras los ojos oscuros, relucientes, del italiano me miraban con fijeza. Después, cuando pude reaccionar, tuve dos pensamientos concretos y casi contrapuestos. Uno, huir. Otro, echar mano a la daga que llevaba oculta en la trasera del cinto, bajo el herreruelo, e intentar metérsela a nuestro enemigo por las tripas. Pero algo en la actitud de Malatesta me disuadió de hacer una cosa u otra. Aunque siniestro y amenazador como siempre, con aquella capa y sombrero negros y el rostro flaco de mejillas hundidas, llenas de marcas de viruela y cicatrices, su actitud no presagiaba males inminentes. Y en ese instante, como si alguien hubiese trazado un brusco brochazo de pintura blanca en su cara, apareció en ella una sonrisa.

–¿Esperas a alguien?

Me lo quedé mirando, sentado en el pilar de piedra, sin responder. Las gotas de lluvia corrían por mi cara, y a él le quedaban suspendidas en las anchas alas de fieltro del sombrero y en los pliegues de la capa.

–Creo que saldrá pronto –dijo al cabo de un momento con aquella voz suya apagada y áspera, sin dejar de observarme como al principio, de pie ante mí. Tampoco respondí esta vez; y él, tras otro instante, miró a mi espalda y luego alrededor, hasta fijar la vista en la fachada del Palacio.

–Yo también lo esperaba –añadió pensativo, sin dejar de mirar las puertas del Alcázar–. Por motivos diferentes a los tuyos, claro.

Parecía ensimismado, casi divertido por algún aspecto de la situación.

–Diferentes –repitió.

Pasó un carruaje con el cochero envuelto en una capa encerada. Eché un vistazo para ver si podía distinguir a su pasajero. No era el capitán. A mi lado, el italiano se había vuelto a observarme. Mantenía la fúnebre sonrisa.

–No te preocupes. Me han dicho que saldrá por su propio pie. Libre.

–¿Y cómo lo sabe vuestra merced?

Mi pregunta coincidió con un cauto gesto de mi mano hacia la parte del cinto cubierta por el herreruelo, movimiento que no pasó inadvertido al italiano. Se acentuó su sonrisa.

–Bueno –dijo lentamente–. Yo también lo esperaba, como tú. Para darle un recado. Pero acababan de decirme que el recado ya no es necesario, de momento... Que lo aplazan sine die.

Lo miré con una desconfianza tan evidente que el italiano se echó a reír. Una risa que parecía crujir como maderos rotos: chasqueante, opaca.

–Voy a irme, rapaz. Tengo cosas que hacer. Pero quiero que me hagas un favor. Un mensaje para el capitán Alatraste... ¿Te importa?

Yo lo seguía observando receloso, y no dije palabra. Él volvió a mirar a mi espalda y luego a uno y otro lado, y me pareció oírlo suspirar muy despacio, cual para sus adentros. Allí, negro e inmóvil bajo la lluvia que arreciaba poco a poco, también él parecía cansado. Quizás los malvados se cansan tanto como los corazones leales, pensé un instante. A fin de cuentas, nadie elige su destino.

–Cuéntale al capitán –dijo el italiano– que Gualterio Malatesta no olvida la cuenta pendiente entre ambos. Y que la vida es larga, hasta que deja de serlo... Dile también que nos encontraremos de nuevo, y que en esa ocasión espero darme más maña que hasta ahora, y matarlo. Sin acaloramientos ni rencores: con calma, espacio y tiempo. Se trata de una cuestión personal. Profesional, incluso. Y de profesional a profesional, estoy seguro de que él lo entenderá perfectamente... ¿Le darás el mensaje? –de nuevo el destello blanco le cruzó la cara, peligroso, como un relámpago–. Voto a Dios que eres un buen mozo.

Se quedó absorto, mirando de nuevo un punto indeterminado de la plaza llena de veladuras grises. Hizo después un gesto como para irse, pero se detuvo antes.

–Por cierto –añadió, sin mirarme–. La otra noche, en el Portillo de las Ánimas, estuviste muy bien. Aquellos pistoletazos a bocajarro... Pardiez. Supongo que Alatraste sabrá que te debe la vida.

Sacudió las gotas de agua de los pliegues de la capa y se embozó con ella. Sus ojos, negros y duros como piedras de azabache, se detuvieron por fin en mí.

–Imagino que nos volveremos a ver –dijo, y echó a andar. De pronto se detuvo, vuelto a medias–. Aunque, ¿sabes? Debería acabar contigo, ahora que aún eres un chiquillo... Antes de que seas un hombre y me mates tú a mí.

Después volvió la espalda y se fue, convertido de nuevo en la sombra negra que siempre había sido. Y oí su risa alejándose bajo la lluvia.

*Madrid, septiembre de 1996*

## EXTRACTOS DE LAS FLORES DE POESIA DE VARIOS INGENIOS DE ESTA CORTE

Impreso del siglo XVII sin pie de imprenta conservado en la Sección «Condado de Guadalmedina» del Archivo y Biblioteca de los Duques del Nuevo Extremo (Sevilla).

### ATRIBUIDO A DON FRANCISCO DE QUEVEDO, ALABA LA VIRTUD MILITAR EN LA PERSONA DEL CAPITAN DON DIEGO ALATRISTE.

#### *Soneto*

*Tú, en cuyas venas laten Alatristes  
A quienes ennoblece tu cuchilla,  
Mientras te quede vida por vivilla,  
A cualquiera enemigo te resistes.  
De un tercio viejo la casaca vistes,  
Vive Dios que la vistes sin mancilla,  
Que si alguien hay que no pueda sufrilla,  
Ese eres tú, que de honra te revistes.  
Capitán valeroso en la jornada  
Sangrienta, y en la paz pundonoroso,  
En cuyo pecho alienta tanto fuego.  
No perdonas jamás bravuconada,  
Y empeñada tu fe, eres tan puntoso,  
Que no te desdirás, aun siendo Diego.*

### AL MISMO ASUNTO, A LO BURLESCO.

#### *Décima*

*En Flandes puso una pica,  
Y aún puso más, porque puso  
En fuga al gabacho iluso,  
A gritos pidiendo arnica,  
Que vello fue cosa rica,  
Si sufrillo, rota triste;  
Con cualquier contrario embiste,  
Más no hallo de qué me espante,  
Pues nadie hay más bravo en Gante  
Que el Capitán Alatriste.*

### DEL CONDE DE GUADALMEDINA A LA ESTADIA EN MADRID DE CARLOS, PRÍNCIPE DE GALES

#### *Soneto*

*Vino Gales a bodas con la infanta*

*En procura de tálamo y princesa,  
Ignorante el leopardo que esta empresa  
No corona el audaz, sino el que aguanta.  
A culminar la hazaña se levanta  
Cual águila segura de su presa,  
Sin advertir que es vana la promesa  
Que por razón de Estado se quebranta.  
Política lección esto os enseña.  
Carlos: que en el marasmo cortesano  
No navega con brío el más ufano  
Piloto, ni mejor se desempeña  
Donde el éxito al fin ciñe la frente  
Al más gallardo no. sí al más paciente,*

**DEL MISMO AL SEÑOR DE LA TORRE DE JUAN ABAD,  
CON SÍMILES DEL SANTORAL**

***Octava rima***

*Al buen Roque en sufrido claudicante,  
A Ignacio en caballero y en valiente.  
A Domingo en batir al protestante.  
Al Crisóstomo Juan en lo elocuente,  
A Jerónimo en docto y hebraizante,  
A Pablo en lo político y prudente.  
Y en fin, hasta a Tomás sigue Quevedo,  
Pues donde ve una llaga, pone el dedo.*

## **AGRADECIMIENTOS**

A Sealtiel, por prestarnos el apellido.

A Julio Ollero, por la Topografía de Madrid de Pedro Texeira.

Y a Alberto Montaner Frutos, por las notas al margen, los apócrifos de Quevedo y Guadalmedina, su inteligente buen juicio y su generosa amistad.



Arturo Pérez-Reverte  
*Limpieza De Sangre*

Editorial Alfaguara  
© 1997, Arturo Pérez-Reverte

*A Carlota, a quien no queda sino batirse.*

*Hay blasones de prez en los cuarteles  
del escudo; hay hidalgos, poetas, curas,  
fabulosas Américas, meninas,  
galeras que aprisionan los infieles,  
horcas en los caminos, aventuras,  
y estocadas en todas las esquinas.*

Tomás Borrás Castilla.

## I. UN LANCE DEL SEÑOR DE QUEVEDO

Aquel día corrieron toros en la plaza Mayor, pero al teniente de alguaciles Martín Saldaña se le agrió la fiesta. La mujer había aparecido estrangulada dentro de una silla de manos, ante la iglesia de San Ginés, con un bolsillo entre los dedos que contenía cincuenta escudos y una nota manuscrita, sin firma, con las palabras: «*Para misas por su alma*». La había encontrado una beata madrugadora, que avisó al sacristán, y éste al párroco, quien tras una urgente absolución sub *conditione* dio cuenta a la Justicia. Cuando el teniente de alguaciles hizo acto de presencia en la plazuela de San Ginés, los vecinos y curiosos se arremolinaban ya en torno a la silla. Aquello se había convertido en una romería, de modo que fueron menester unos corchetes para mantener alejada a la gente mientras el juez y el escribano levantaban acta, y Martín Saldaña le echaba un vistazo tranquilo al cadáver.

Saldaña se desempeñaba en todo del modo más cachazudo del mundo, cual si tuviera siempre mucho tiempo por delante. Tal vez por su condición de antiguo soldado –lo había sido en Flandes antes de que su mujer le consiguiera, decían, la vara de teniente–, el jefe de los alguaciles de Madrid, solía tomarse las cosas del oficio con mucha flema, a un paso que cierto poeta satírico, el beneficiado Ruiz de Villaseca, había descrito en una décima envenenada como paso de buey, en clara alusión a su supuesta forma de tomar vara, o varas. De cualquier modo, si bien es cierto que Martín Saldaña resultaba lento para algunas cosas, no lo era en absoluto a la hora de servirse de la espada, la daga, el puñal o los pistolones bien cebados que solía cargar al cinto con amenazador tintineo de ferretería. El propio beneficiado Villaseca, a quien le habían abierto tres ojales de espada, a la puerta misma de su casa, la noche del tercer día después de difundirse en el mentidero de San Felipe la décima de marras, podía dar fe de ello en el purgatorio, el infierno, o donde diablos anduviese a tales alturas del negocio.

El caso es que del despacioso vistazo que el teniente de alguaciles le echó al cadáver, apenas salió nada. La muerta era madura, más cerca de cincuenta que de cuarenta, vestida con amplio sayal negro y tocas que le daban aspecto de dueña, o mujer de compañía. Llevaba un rosario en la faltriquera, con una llave y una arrugada estampa de la Virgen de Atocha, y al cuello una cadena de oro con la medalla de Santa Águeda; y sus facciones hacían pensar que en su juventud no fue moza mal favorecida. No había en ella más señales de violencia que el cordón de seda que aún ceñía su cuello, y la boca abierta en el rictus de la muerte. Por el color y rigidez se concluyó que había sido estrangulada la noche anterior, dentro de la misma silla de manos, antes de ser llevada a la iglesia. El detalle de la bolsa con dinero para misas por su alma indicaba un retorcido sentido del humor, o una gran caridad cristiana. A fin de cuentas, en aquella España oscura, violenta y contradictoria que fue la de nuestro católico Rey Don Felipe IV, donde disipados calaveras y crudos valentones pedían confesión a gritos tras recibir un pistoletazo o una estocada, no era singular vérselas con un asesino piadoso.

Martín Saldaña nos refirió el suceso por la tarde. O sería más exacto precisar que se lo comentó al capitán Alatraste cuando nos encontramos en la puerta de Guadalajara, viniendo nosotros con el gentío de la plaza Mayor, y Saldaña de terminar su averiguación sobre la mujer muerta, cuyo cadáver había quedado expuesto en Santa Cruz dentro de un ataúd de ahorcados, por si alguien lo identificaba. Lo comentó muy de paso, más interesado por la bravura de los toros corridos en la plaza que por el crimen que tenía entre manos; cosa lógica, si consideramos que en el peligroso Madrid de la época menudeaban los muertos callejeros, pero ya empezaban a escasear los buenos festejos de toros y cañas. Las cañas, una suerte de torneo a caballo entre cuadrillas de gentiles hombres principales donde a veces participaba el Rey nuestro señor, se habían amanerado entre lindos y pisaverdes, más pendientes de lazos, cintas y damas que de romperse la crisma como Dios manda; y ya no eran, ni de lejos, lo que en tiempos del guerrear entre moros y cristianos, o incluso aún en vida del abuelo de nuestro joven monarca, el gran Felipe II. En cuanto a los toros, ésa continuaba siendo otra gran afición del pueblo español en aquel primer tercio del siglo. De los más de setenta mil habitantes de Madrid, las dos terceras partes acudían a la plaza Mayor cada vez que se lidiaban cornúpetas, celebrándose el valor y destreza de los caballeros que se enfrentaban a los animales. Porque en aquel tiempo, hidalgos, grandes de España y hasta personas de sangre real no tenían reparos en salir a la plaza, jinetes en sus mejores corceles, para quebrarle el rejón en la cruz a un jarameño o matarlo pie a tierra, con la espada, entre los aplausos del entusiasmado gentío, que igual se cobijaba bajo los arcos de la plaza, en caso del vulgo, que en balcones alquilados hasta a veinticinco y cincuenta escudos por cortesanos, nuncio y

embajadores extranjeros. Aquellos lances eran celebrados luego en coplas y versos; tanto los gallardos, que los había numerosos, como los graciosos y grotescos, que tampoco escaseaban y eran materia a la que los ingenios de la Corte no tardaban en sacar punta. Como cuando un toro perseguía a un alguacil –la justicia no gozaba entonces, como tampoco ahora, de gran favor popular– y todo el público se ponía de parte del toro:

*El astado hubo razón  
de encorrer al alguacil  
De cuatro cuernos, allí  
sobraban lo menos dos.*

O en otro orden de cosas, cierta ocasión en que el almirante de Castilla, lidiando a caballo un morlaco, hirió por accidente con su rejón al conde de Cabra. Ello hizo que al día siguiente corrieran estos celebrados versos por los más zumbones mentideros de Madrid:

*Más de mil torearon de palabra,  
y el Almirante, el único, el primero,  
poniéndole un rejón a un pasajero,  
entendió que era toro, y era Cabra.*

Se comprende pues, volviendo ya a nuestro domingo de la mujer muerta, a Martín Saldaña y a su viejo amigo Diego Alatraste, que el primero pusiese al segundo al tanto de la causa que le había impedido ir a los toros y que, a cambio, éste relatase a aquél los pormenores de la lidia, que habían presenciado sus majestades los reyes desde el balcón de la Casa de la Panadería, y el capitán y yo entre el público llano, comiendo piñones y altramuces a la sombra del portal de Pañeros. Los toros habían sido cuatro y de regular bravura; y tanto el conde de Puñoenrostro como el de Guadalmedina se lucieron quebrando rejones. Al de Guadalmedina un jarameño le había matado el caballo; y el conde, muy gentilhomme y valiente, había tirado de herreruza pie a tierra, desjarretando al cornúpeta antes de matarlo de dos buenas estocadas; lo que le había valido aleteo de abanicos de las damas, aprobación del Rey y una sonrisa de la reina. Que según se decía lo miraba mucho, pues Guadalmedina era gallardo y de buen talle. La nota pintoresca la puso el último toro, al embestir a la guardia real. Porque sepan vuestras mercedes que las tres guardias, española, tudésca y de arqueros, formaban al pie del palco real con sus alabardas, apiñándose en una barrera que tenían prohibido deshacer, incluso aunque el toro se les acercara con las intenciones del turco. Esta vez el animal se había arrimado más de la cuenta, y dándosele un ceutí las alabardas, llevóse a pasear por la plaza, clavado en un pitón, a uno de los guardias tudescos, grande y rubio, que había echado fuera el mondongo entre muchos Himmel y Mein Gott, y a quien hubo que sacramentar de urgencia en la plaza misma.

–Se pisaba las tripas como aquel alférez de Ostende –concluyó Diego Alatraste–. ¿Recuerdas? El del quinto asalto al reducto, del Caballo... Ortiz, o Ruiz, se llamaba. Algo así.

Martín Saldaña asintió, acariciándose la barba entrecana, de soldado viejo, que llevaba para taparse el tajo que había recibido en la cara veinte años atrás, hacia el tercero o cuarto del siglo, precisamente durante aquel asalto a las murallas de Ostende. Habían salido de las trincheras al romper el alba, Saldaña, Diego Alatraste y quinientos hombres más entre los que también se contaba Lope Balboa, mi padre; y después corrieron terraplén arriba con el capitán Don Tomás de la Cuesta a la cabeza, y la bandera con la cruz de San Andrés llevada por ese alférez, Ortiz, Ruiz o como diablos se llamara, y habían tomado al arma blanca las primeras trincheras holandesas antes de trepar por el parapeto mientras el enemigo les tiraba encima de todo, y luego pasaron casi media hora acuchillándose en la muralla entre mosquetazo va y mosquetazo viene, y allí fue cuando a Martín Saldaña le dieron el tajo en la cara y a Diego Alatraste otro sobre la ceja izquierda, y al alférez Ortiz, o Ruiz, una escopetada a bocajarro que le dejó el mondongo fuera y arrastrando por el suelo mientras corría para salirse de la pelea intentando sujetárselo con las manos, pero no pudo porque lo remataron en seguida de otro tiro en la cabeza. Y cuando el capitán de la Cuesta, ensangrentado como un *Ecce homo* porque también llevaba encima lo suyo, dijo aquello de «*Señores, hemos hecho lo que podíamos, pies en polvorosa y los que aun puedan que pongan a salvo el pellejo*», mi padre y otro soldado aragonés pequeño y duro, un tal Sebastián Copons, habían ayudado a Saldaña y a Diego Alatraste a ganar de nuevo las trincheras españolas, con todos los holandeses del mundo arcabuceándolos desde las murallas mientras corrían de vuelta, blasfemando de Dios y de la Virgen o encomendándose a ellos, que en tales casos era todo uno. Y todavía alguien tuvo tiempo y asaduras para traerse la bandera del pobre Ortiz, o Ruiz, en vez de dejarla en el baluarte hereje con su cadáver y los de doscientos camaradas que ya no iban a ir ni a Ostende, ni a las trincheras, ni a ninguna parte.

–Ortiz, me parece –concluyó por fin Saldaña.

Lo habían vengado bien cosa de un año más tarde, al alférez y a los otros doscientos, y a los que dejaron la piel antes y en los asaltos siguientes al reducto holandés del Caballo, cuando por fin, al octavo o noveno intento, Saldaña, Alatraste, Copons, mi padre y los otros veteranos del Tercio Viejo de Cartagena lograron meterse dentro de la muralla a puros huevos y los holandeses empezaron a decir *sringen*, *sringen*, que me parece significa amigos, o camaradas, y aquello de *veijzven ons over* o algo parecido, o sea, nos rendimos. Y fue entonces cuando el capitán de la Cuesta, que andaba fatal de lenguas extranjeras pero tenía una memoria estupenda, dijo aquello de «*ni srinden, ni veijiven, ni la puta que los parió, sin cuartel, señores, acordaos, ni un hereje vivo en este reducto*», y cuando Diego Alatraste y los otros izaron por fin la vieja y agujereada cruz de San Andrés sobre el baluarte, la misma que había llevado el pobre Ortiz antes de cascar pisándose las tripas, la sangre holandesa les chorreaba por las hojas de las dagas y las espadas, hasta los codos.

–Me han dicho que vuelves allá arriba –dijo Saldaña.

–Puede ser.

Aunque yo estaba aún deslumbrado por los toros, y se me iban los ojos tras la gente que salía de la plaza y caminaba por la calle Mayor, las damas y los caballeros que ordenaban «*daca el coche*» y subían a sus carruajes, los gentiles hombres a caballo y los elegantes que iban hacia San Felipe o las losas de Palacio, presté gran atención a las palabras del teniente de alguaciles. En aquel año de mil seiscientos y veintitrés, segundo del reinado de nuestro joven Rey Don Felipe, la reanudación de la guerra en Flandes reclamaba más dinero, más tercios y más hombres. El general Don Ambrosio Spínola reclutaba soldados en toda Europa, y centenares de veteranos acudían a alistarse bajo las viejas banderas. El Tercio de Cartagena, diezmado en Jülich cuando la muerte de mi padre y aniquilado un año más tarde en Fleurus, estaba siendo reconstituido y pronto saldría por el Camino Español, para incorporarse al asedio de la plaza fuerte de Breda, o Bredá, como decíamos entonces. Aunque su herida de Fleurus seguía sin cicatrizar del todo, yo estaba al corriente de que Diego Alatraste había entrado en contacto con los antiguos camaradas a fin de preparar su vuelta a filas. En los últimos tiempos, pese a su modesta condición de espadachín a sueldo, o precisamente a causa de ello, el capitán se había hecho enemigos poderosos en la Corte. No era descabellado, durante algún tiempo, poner tierra de por medio.

–Quizá sea mejor así –Saldaña miraba a Alatraste con intención–. Madrid se ha vuelto peligroso... ¿Te llevas al chico?

Caminábamos entre la gente, junto a las tiendas cerradas de los plateros, en dirección a la puerta del Sol. El capitán me dirigió una breve mirada y luego hizo un gesto ambiguo.

–Tal vez sea demasiado joven –dijo.

Tras la barba del teniente de alguaciles amagó una sonrisa. Me había puesto una mano ancha y recia en la cabeza mientras yo admiraba las culatas de las relucientes pistolas que cargaba al cinto, con la daga y la espada de ancha cazoleta alrededor del colete de ante, idóneo para protegerse el torso de eventuales cuchilladas propias de su oficio. Esa mano, pensé, también estrechó alguna vez la de mi padre.

–No tan joven para algunas cosas, creo –la sonrisa de Saldaña se agrandó, entre divertida y malévola; estaba al tanto de mis correrías cuando la aventura de los dos ingleses–. De todas formas, tú te alistaste a su edad.

Y era cierto. Hacía un cuarto de siglo largo, segundón de una familia de hidalgos labriegos, con trece años y apenas aprendidas las cuatro reglas, escritura y un poco de latín, Diego Alatraste había escapado de la escuela y de su casa. De ese modo llegó a Madrid con un amigo y pudo alistarse, mintiendo sobre su edad, como paje tambor en uno de los tercios que salían para Flandes con el infante cardenal Alberto.

–Eran otros tiempos –repuso el capitán.

Se había apartado para ceder el paso a unas damas, dos mujeres jóvenes con aire de tusconas de lujo a quienes escoltaban sus galanes. Saldaña, que parecía conocerlas, se quitó el sombrero no sin cierta sorna, lo que dio lugar a la mirada furibunda de uno de los pisaverdes. Mirada que se esfumó como por ensalmo al advertir todo el hierro que el teniente de alguaciles llevaba encima.

–En eso tienes razón –dijo Saldaña, evocador–. Eran otros tiempos, y otros hombres.

–Y otros reyes.

El teniente de alguaciles, que seguía con la vista a las mujeres, se volvió a Alatraste con ligero sobresalto y luego echóme un vistazo de soslayo.

–Vamos, Diego, no hables así delante del chico –miró a uno y otro lado de la calle, incómodo–. Y no me comprometas, voto a Cristo. Recuerda que soy justicia.

–No te comprometo. Nunca he faltado a mi Rey, sea el que sea. Pero he servido a tres, y te digo que hay reyes y reyes.

Saldaña se mesó la barba.

–Vive Dios.

–Viva Dios o quien te plazca.

El teniente de alguaciles me echó otra mirada inquieta antes de volverse de nuevo a Alatraste. Observé que, por instinto, había apoyado una mano en el pomo de la espada.

–No me estarás buscando querella, ¿verdad, Diego?

El capitán no respondió. Sus ojos claros sostenían la mirada del otro, impávidos bajo el ala ancha del sombrero. Saldaña, que se había erguido un poco pues era fornido y recio, pero de menos estatura, estaba detenido ante él y veíanse frente a frente, con sus rostros curtidos de viejos soldados, cubiertos de finas arrugas y cicatrices, muy cerca uno del otro. Algunos transeúntes los miraron con curiosidad. En aquella España turbulenta, arruinada y orgullosa –en verdad era el orgullo lo único que nos iba quedando en el bolsillo–, nadie recogía una palabra lanzada a la ligera, e incluso amigos íntimos eran capaces de acuchillarse por una mala palabra o un mentís:

*Habló, pasó, miró, dijo atrevido  
alguna cosa en diferente parte,  
descubierto galán o rebozado,  
y en un instante fue campaña el prado.*

Sólo tres días antes, en plena rúa del Prado, un cochero del marqués de Novoa había dado seis puñaladas a su amo por llamarlo villano; y tales lances por un quítame allá esas pajas eran moneda corriente. Así que, por un instante, creí que Saldaña iba a meter mano a la blanca y a darse ambos de estocadas en plena calle. Más no hubo tal. Pues si bien es verdad que el teniente de alguaciles era muy capaz –ya lo había probado antes– de poner en galeras al amigo e incluso volarle la cabeza en el ejercicio de su autoridad, no es menos cierto que nunca se habría amparado en su vara de justicia contra Diego Alatraste por cuestiones personales. Esa retorcida ética era muy de la época entre la gente del bronce, y yo mismo, que frecuenté tales ambientes en mi juventud y el resto de mi vida, doy fe de que en los más desalmados malandrines, pícaros, soldados y chusma a sueldo, advertí más respeto a ciertos códigos y reglas no escritas que en gente de condición supuestamente honorable. Martín Saldaña era hombre de esa casta, y los dimes y diretes propios los resolvía tirando de herreruza de tú a tú, sin escudarse en la autoridad del Rey ni en zarandaja alguna. Pero, gracias a Dios, todo se había dicho en voz queda, y no mediaban desaire público ni afrenta irreparable para la vieja amistad, áspera y bronca, que había entre los dos veteranos. De cualquier modo, la calle Mayor después de una fiesta de toros, con todo Madrid haciendo la rúa en ella, no era sitio para trabarse de palabras, ni de aceros, ni de nada. Así que, al cabo, Saldaña dejó salir el aire del pecho con un ronco suspiro. De pronto parecía relajado, y en su mirada oscura, aún enfrentada a la del capitán Alatraste, parecióme advertir una chispa de sonrisa.

–Un día te van a matar, Diego.

–Puede ser. Y a lo mejor tienes que hacerlo tú.

Ahora era Alatraste quien sonreía bajo su tupido mostacho de soldado. Vi que Saldaña movía la cabeza con cómico desaliento.

–Más vale –dijo– que cambiemos de conversación.

Había alzado un poco una mano; un gesto breve, casi torpe, al tiempo rudo y amistoso, para rozar un instante el hombro del capitán.

–Anda. Invítame a un trago.

Y eso fue todo. A los pocos pasos nos detuvimos en la taberna de los Herradores, que estaba llena como siempre de lacayos, escuderos, esportilleros y viejas dispuestas a alquilarse como dueñas, madres o tías. Una moza puso sobre la mesa manchada de vino dos jarras de Valdemoro, que Alatraste y el teniente de alguaciles despacharon por la posta, pues echar verbos habíales espoleado la sed. Yo, que aún no había cumplido catorce años, tuve que conformarme con un vaso de agua de la tinaja, ya que el capitán no me permitía probar el vino salvo en las sopas de pan que solíamos tomar como desayuno –no siempre había para chocolate–, o cuando me veía mal de salud, para que recobrase el color. Aunque Caridad la Lebrijana, a escondidas, me regalara con rebanadas de pan untadas con vino y azúcar, a las que cuando jovencito, y a falta de sonsoniche para comprar dulces, yo era aficionado. Respecto al vino, decía el capitán que ya tendría tiempo en la vida de beber hasta reventar, si lo quisiera, y que para eso nunca se le hacía demasiado tarde a un hombre; añadiendo que no poca gente cabal de la que había conocido terminó perdida por el zumo de Baco –todo esto lo contaba muy poco a poco, pues creo haberles referido ya que Diego Alatraste no era hombre de muchas palabras, y a menudo decía más con los silencios que en voz alta–. Lo cierto es que después, cuando también fui soldado y fui otras cosas, bebí alguna vez en demasía. Pero es verdad que siempre anduve morigerado en ese vicio, que en mí nunca fue tal –otros peores tuve–, sino estímulo y

diversión pasajera. Y pienso que al capitán Alatraste tal moderación le debo, aunque en esa homilía nunca predicase con el ejemplo. Por el contrario, recuerdo bien sus largas y calladas borracheras. A diferencia de otros hombres, no trasegaba mucho cuando estaba acompañado, ni era la alegría lo que lo empujaba al azumbre. Su forma de beber era tranquila, deliberada y melancólica; y cuando el vino empezaba a hacerle efecto cerraba la boca y rehuía la presencia de sus amigos. En realidad, cada vez que pienso en él ebrio lo recuerdo solo, en nuestra pequeña casa de la calle del Arcabuz, en la corrala que daba a la trasera de la taberna del Turco, inmóvil ante el vaso, la jarra o la botella; los ojos fijos en la pared de la que colgaban su espada, su daga y su sombrero, cual si contemplara imágenes que sólo él y su silencio obstinado podían evocar. Y por la forma en que luego crispaba la boca bajo el bigote de veterano, me atrevería a jurar que aquellas imágenes no eran de las que un hombre contempla o revive con agrado. Si es cierto que cada cual arrastra sus fantasmas, los de Diego Alatraste y Tenorio no eran serviciales, ni amables, ni tampoco grata compañía. Pero, como le oí decir alguna vez encogiendo los hombros con aquel ademán singular, tan suyo, que parecía hecho a medias de resignación e indiferencia: cualquier hombre cabal puede escoger la forma y el lugar donde morir, pero nadie elige las cosas que recuerda.

El mentidero de San Felipe estaba en todo lo suyo. Las escaleras y la terraza de la iglesia frontera a la calle Mayor eran un hervidero de gente que charlaba en corros, paseaba saludando a los conocidos, o iba a acodarse en el antepecho de las famosas gradas para observar los coches y a los paseantes que hacían la rúa. Fue allí donde Martín Saldaña se despidió de nosotros; más no estuvimos mucho tiempo solos, pues a poco dimos con el Tuerto Fadrique, boticario de Puerta Cerrada, y con el Dómine Pérez, que también llegaban de ver los toros celebrándolos mucho. Precisamente era el Dómine quien, por caerle más cerca, había salido a sacramentar al guardia tudesco que el jarameño había dejado listo de papeles. Comentaba el jesuita los pormenores del caso, señalando que la reina, por joven y francesa, se había demudado en su palco, mientras el Rey nuestro señor le tomaba una mano, galante, para confortarla. De cualquier modo, la reina había permanecido en la Casa de la Panadería en vez de retirarse como muchos esperaban que hiciera; y el gesto fue tan apreciado por el público que, cuando los reyes se levantaron, terminado el espectáculo, les brindó una cariñosa ovación a la que el cuarto Felipe, joven y gentilhombre como era, correspondió descubriéndose un instante.

Ya referí en otra ocasión a vuestras mercedes que, en aquel primer tercio del siglo, el pueblo de Madrid conservaba aún, pese a su picaresca natural y su malicia, una cierta ingenuidad para esa clase de gestos en las personas reales. Ingenuidad que el tiempo y los desastres se encargarían de sustituir por desilusión, rencor y vergüenza. Pero en los años de esta historia nuestro monarca era mozo; y España, aunque ya corrompida y con llagas de muerte en el corazón, conservaba la apariencia, el relumbre y las maneras. Todavía éramos algo, y aún lo seguimos siendo cierto tiempo, hasta quedar exangües del último soldado y el último maravedí. Holanda nos odiaba, Inglaterra nos temía, el turco se andaba con pies de plomo, la Francia de Richelieu rechinaba los dientes, el Santo Padre recibía con mucho tiento a nuestros graves embajadores vestidos de negro, y toda Europa temblaba al paso de los viejos tercios –que aún eran la mejor infantería del mundo–, como si en las cajas de sus tambores redoblara el mismo diablo. Y yo, que viví tales años y los que vinieron después, juro a vuestras mercedes que en aquel siglo éramos todavía lo que nadie fue jamás. Y cuando por fin se puso el sol que había alumbrado Tenochtitlán, Pavía, San Quintín, Lepanto y Breda, el ocaso se tiñó de rojo con nuestra sangre, pero también con la de nuestros enemigos; como el día, en Rocroi, que dejé en un francés la daga del capitán Alatraste. Convendrán vuestras mercedes en que todo ese esfuerzo y ese coraje debíamos haberlo dedicado los españoles a construir un lugar decente, en vez de malgastarlo en guerras absurdas, picaresca, corrupción, quimeras y agua bendita. Y es muy cierto, Pero yo cuento lo que hubo. Y además, no todos los pueblos son igual de razonables para elegir su conveniencia o su destino, ni igual de cínicos para justificarse después ante la Historia o ante sí mismos. En cuanto a nosotros, fuimos hombres de nuestro siglo: no escogimos nacer y vivir en aquella España, a menudo miserable y a veces magnífica, que nos tocó en suerte; pero fue la nuestra. Y ésa es la infeliz patria –o como diablos la llamen ahora– que, me guste o no, llevo en la piel, en los ojos cansados y en la memoria.

Es en esa memoria donde veo, como si fuera ayer, a Don Francisco de Quevedo al pie de las gradas de San Felipe. Vestía como siempre de negro riguroso, salvo la golilla blanca almidonada y la cruz roja del hábito de Santiago sobre el jubón, al lado izquierdo del pecho; y aunque la tarde era soleada, llevaba sobre los hombros la larga capa que utilizaba para disimular su cojera: una capa oscura cuyo paño se alzaba por detrás, sobre la vaina de la espada en cuya empuñadura apoyaba la mano con descuido. Conversaba con unos conocidos sombrero en mano, y el lebrél de una dama se movía cerca, llegando a rozarle la diestra enguantada. La dama se encontraba junto al estribo de un coche, en conversación con un par de caballeros, y era linda. Y en una de las idas y venidas del lebrél, Don Francisco acarició la cabeza del animal, dirigiéndole al mismo tiempo una rápida y cortés mirada a la dueña. El lebrél acudió a ella como mensajero de la caricia,

y la dama recompensó el gesto con una sonrisa y un movimiento del abanico, recibidos por Don Francisco con una leve inclinación de cabeza y dos dedos, pulgar e índice, retorciéndose el enhiesto mostacho. Poeta, espadachín y celebradísimo ingenio de la Corte, Don Francisco era también, en los años de vigor en que lo conocí como amigo del capitán Alatraste, hombre galante que gozaba de predicamento entre las damas. Estoico, lúcido, mordaz, valiente, gallardo incluso en su cojera, hombre de bien pese al mal carácter, generoso con sus amigos e implacable con sus enemigos, lo mismo despachaba a un adversario con dos cuartetas que de una estocada en la cuesta de la Vega, enamoraba a una dama con un detalle gentil y un soneto, o sabía rodearse de filósofos, doctores y sabios que buscaban sus amenos conceptos y su compañía. Y hasta el buen Don Miguel de Cervantes, el más grande ingenio de todos los tiempos por más que las píen los ingleses herejes con su Shakespeare, el Cervantes inmortal que ya Dios tenía sentado a su diestra –puso pie en el estribo y dio el alma a quien se la dio, yéndose a la gloria sólo siete años antes de lo que refiero–, había mencionado a Don Francisco como excelente poeta y cumplido caballero en aquellos celebrados versos:

*Es el flagelo de poetas memos,  
y echará a puntillazos del Parnaso  
los malos que esperamos y tememos.*

El caso es que aquella tarde el señor de Quevedo estaba, como solía, en las gradas de San Felipe mientras Madrid hacía la rúa de la calle Mayor tras los toros –de los que por cierto no gustaba mucho–; y al ver aparecer al capitán Alatraste, que paseaba con el Dómine Pérez, el Tuerto Fadrique y conmigo, despidió a sus acompañantes con mucha política. Estaba yo lejos de sospechar hasta qué punto aquel encuentro iba a complicarnos la vida, poniendo en peligro la de todos y en particular la mía, y cómo el Destino se complace en trazar extrañas combinaciones con los hombres, sus trabajos y sus peligros. Si aquella tarde, mientras Don Francisco se nos acercaba con su habitual gesto afable, alguien hubiera dicho que el enigma de la mujer que había aparecido muerta por la mañana iba a tener algo que ver con nosotros, la sonrisa con que el capitán Alatraste saludó al poeta se habría helado en sus labios. Pero nunca se sabe qué van a apuntar los dados, y éstos siempre empiezan a rodar antes de que uno mismo lo advierta.

–He de pedir os un favor –dijo Don Francisco.

Entre el señor de Quevedo y el capitán Alatraste tales palabras eran puro trámite; y eso quedó claro en la mirada, casi un reproche, que el capitán le dirigió al oír aquello. Nos habíamos despedido del jesuita y el boticario, y caminábamos ahora junto a los toldos de los tenderetes que había alrededor de la fuente del Buen Suceso, en la puerta del Sol, en cuyo pretil se sentaban los ociosos a escuchar el rumor del agua o a mirar la fachada de la iglesia y el hospital Real. Caminaban delante de mí, el uno junto al otro, y recuerdo el oscuro indumento del poeta, capa terciada al brazo, Junto al sobrio jubón pardo, la breve valona, las calzas atacadas y el cinto con espada y daga del capitán, moviéndose ambos entre la gente, a la luz incierta del crepúsculo.

–Harto obligado os estoy, Don Francisco, para que me doréis la píldora –dijo Alatraste–. Así que pase vuestra merced directamente al segundo acto.

Sonó la risa queda del poeta. Poco tiempo atrás, a unos pasos de allí y precisamente durante el segundo acto de una comedia de Lope, el capitán se había visto socorrido por Don Francisco en el transcurso de un feo lance, lloviendo mojadadas como granizo, cuando la aventura de los dos ingleses.

–Hay unos amigos –dijo Don Francisco–. Gente a la que aprecio. Y quieren hablar con vos.

Se había vuelto a comprobar si yo escuchaba la conversación; más pareció tranquilizarse al ver que mi mirada erraba por la plaza. Sin embargo, yo estaba atento a sus palabras. En aquel Madrid y aquella España, un mozo despierto maduraba aprisa; y, pese a mis pocos años, había maliciado ya que atender a todo no hace daño, sino al contrario. En la vida lo malo no es conocer, sino mostrar que se conoce. Tan peligroso resulta ser poco discreto revelando que uno sabe de más, como caer en la simpleza de saber de menos. Siempre es bueno prevenir la música antes de que empiece el baile.

–Eso suena a lance de trabajo –estaba diciendo el capitán.

Era un eufemismo, por supuesto. En el oficio de Diego Alatraste, los lances de trabajo solían darse en callejones oscuros, a tanto la estocada. Un tajo en la cara, desorejar a un acreedor o al galán de la legítima, un pistoletazo a bocajarro o un palmo de toledana en la garganta, todo estaba tarifado y en debida regla. En aquella misma plaza podía encontrarse al menos una docena de profesionales con quienes arreglar ese tipo de tratos.

–Sí –asentía el poeta, ajustándose los anteojos–. Y lance bien pagado, por cierto.

Diego Alatraste miró largamente a su interlocutor. Durante unos instantes observé su perfil aguileño bajo el ala ancha del sombrero donde destacaba la única nota de color que llevaba encima, una ajada pluma roja.

–Está visto que hoy os complacéis en fastidiarme, Don Francisco –dijo al cabo–... ¿Pretendéis que yo cobre un servicio hecho a vuestra merced?

–No se trata de mí. Es un padre y dos hijos mozos, y tienen un problema. Han pedido mi consejo. En lo alto de la fuente de lapislázuli y alabastro, la Mariblanca nos miraba pasar mientras a sus pies canturreaba el agua en los caños. Languidecía la última luz. Soldados y valentones de aspecto terrible, con bigotazos, espadones y manera de pararse con las piernas abiertas, muy a lo bravo, charlaban en grupos junto a los portales cerrados de las tiendas de sedas, paños y libros, o tomaban algo en los míseros bodegones de puntapié que había instalados en los tenderetes de la plaza, por donde hormigueaban ciegos, mendigos y meretrices de medio manto. Algunos de los soldados eran conocidos de Alatraste; lo saludaron desde lejos, y éste respondió, el aire distraído, tocándose brevemente el ala del chapeo.

–¿Estáis vos en el asunto? –preguntó.

Don Francisco hizo un gesto ambiguo.

–Sólo en parte. Pero, por razones que pronto comprenderéis, debo ir hasta el final.

Nos cruzamos con más valentones de enhiestos mostachos y mirar zaino que deambulaban ante el atrio enrejado del Buen Suceso. El lugar y la próxima calle de la Montera eran frecuentados por gente de armas y matasietes, menudeaban las querellas, y la verja de la iglesia se cerraba para impedir que, tras intercambios de estocadas, los fugitivos se acogiesen allí a sagrado para sustraerse a la justicia; lo que motejaban con el eufemismo de retraerse, y también decían llamarse a antana, o altana.

–¿Peligroso?

–Mucho.

–Habrá que batirse, imagino.

–Espero que no. Pero hay riesgos mayores que una simple cuchillada.

El capitán anduvo unos pasos mirando en silencio el chapitel del convento de la Victoria, que se alzaba tras las estrechas casas del extremo de la plaza, en el arranque de la carrera de San Jerónimo. Resultaba imposible andar por aquella ciudad sin toparse con una iglesia.

–¿Y por qué yo? –preguntó al fin.

Don Francisco se rió otra vez quedo, como antes.

–Pardiez –dijo–. Porque sois mi amigo. Y también de los que cantan fatal con instrumento de cuerda, por mucho que se esmeren verdugo, relator y escribano.

El capitán se pasó, pensativo, un par de dedos por encima de la valona.

–Un lance bien pagado, habéis dicho.

–Eso es.

–¿Por vuestra merced?

–Qué más quisiera. Yo no tengo otro medio de lucir si no es quemándome.

Alatraste siguió tocándose la garganta.

–Cada vez que me proponen un lance bien pagado es para que meta el cuello en la soga del verdugo.

–También éste es el caso –admitió el poeta.

–Por Cristo, que es divertido medro el que ofrecéis.

–Mentiros sería una felonía.

El capitán miró a Quevedo con mucha sorna.

–¿Y cómo andáis en tales cuitas, Don Francisco?... Justo ahora que os vuelve el favor del Rey, tras vuestra larga desgracia con el duque de Osuna...

–Ahí está justo el quid, amigo mío –se lamentó el poeta–. Maldita la gracia que tiene andar en tan malos tragos. Pero hay compromisos y hay casos... Mi honor está en juego.

–Y vuestra cabeza, decís.

Ahora fue Don Francisco quien miró con guasona intención a Diego Alatraste.

–Y la de vuestra merced, capitán, si decidís acompañarme en esto.

El si decidís era superfluo, y ambos lo sabían. Aun así, el capitán mantuvo la sonrisa pensativa que tenía en la boca, miró a uno y otro lado, esquivó un montón de desperdicios que apestaba en el suelo, saludó distraído a una mujer descotada en exceso que le guiñó un ojo desde el tablado de un bodegón, y terminó por encoger los hombros.

–¿Y por qué he de hacerlo?... Mi viejo tercio sale para Flandes dentro de poco, y estoy pensando muy por lo menudo en mudar de aires.

–¿Por qué debéis hacerlo? —Don Francisco se acariciaba bigote y perilla, reflexivo—... Pues a fe que no lo sé. Tal vez porque cuando un amigo está en apuros, no queda sino batirnos.

–¿Batirnos?... Hace un momento habéis manifestado vuestra confianza en que no haya refriega.



Se había vuelto a mirarlo con atención. El cielo oscurecía ya sobre Madrid, y las primeras sombras venían a nuestro encuentro desde las míseras callejas que daban a la plaza. Empezaban a desdibujarse los contornos de las cosas y las facciones de los transeúntes. Alguien encendió un farol en uno de los tenderetes. La luz se reflejó en los lentes de Don Francisco, bajo el fieltro del sombrero.

–Y es cierto –dijo el poeta–. Pero si algo sale mal, no son precisamente estocadas lo que van a faltar en este negocio.

Rió, siempre en tono quedo, con muy escaso humor. Y al cabo oí también la misma risa del capitán Alatraste. Después de aquello, ninguno de los dos volvió a decir una palabra. Y yo, admirado por lo que oía, con la excitación de quien se sabe guiado hacia nuevos azares y peligros, seguí caminando en pos de sus siluetas oscuras y silenciosas. Después se despidió Don Francisco, y el capitán Alatraste se quedó un rato solo, inmóvil y callado en la penumbra, sin que yo me atreviese a acercarme ni decir palabra. Y estuvo así, como si hubiera olvidado mi presencia, hasta que en la iglesia de la Victoria sonaron nueve campanadas.

## II. EL CUELLO Y LA SOGA

Llegaron al día siguiente por la mañana. Oí crujir sus pasos en la escalera de la corrala, y cuando fui a abrir la puerta el capitán ya estaba en ella, en mangas de camisa y muy serio. Observé que durante la noche había estado limpiando sus pistolas y que una se hallaba cebada y a punto sobre la mesa, cerca de la viga donde, colgado de un clavo, pendía su cinto con la espada y la daga.

–Vete a dar una vuelta, Íñigo.

Obedecí, saliendo al zaguán, y allí me crucé con Don Francisco de Quevedo, que subía los últimos peldaños acompañado por tres caballeros, más con aire de no conocerlos. Advertí que no habían utilizado la puerta de la calle del Arcabuz, sino la que comunicaba nuestra corrala con la taberna de Caridad la Lebrijana y daba a la calle de Toledo, más frecuentada y, por tanto, más discreta. Don Francisco me dio un cachete cariñoso antes de entrar en la casa, y yo me fui por la galería no sin echar un vistazo a sus acompañantes. Uno era hombre de edad, con abundantes canas; y los otros, dos jóvenes de dieciocho a veintitantos años, buenos mozos y de cierto parecido, cual sí fueran hermanos, o parientes. Los tres vestían ropas de viaje y tenían aspecto forastero.

Juro a vuestras mercedes que siempre fui bien nacido y discreto. Ni soy fisgón, ni lo era entonces. Pero el mundo, a los trece años, es un espectáculo fascinante del que cualquier muchacho ansía no perderse detalle; y a eso hemos de añadir las palabras cazadas al vuelo la tarde anterior entre el señor de Quevedo y el capitán Alatraste. De modo que, en honor a la verdad de cuanto refiero, debo confesar que rodeé la galería de la corrala, me icé hasta el tejado con la agilidad de mi extrema juventud, y, tras deslizarme por un alero hasta la ventana, volví a entrar en la casa con mucho tiento, agazapándome en mi cuarto; pegado a la pared en el hueco de una alacena, junto a cierta rendija desde la que podía ver y escuchar cuanto ocurría al lado. Procurando no hacer ruido, y dispuesto a no perderme detalle de aquel episodio en el que, según palabras del propio Don Francisco, tanto Diego Alatraste como él se jugaban la cabeza. Lo que ignoraba, pardiez, era hasta qué punto estaba yo en un tris de perder la mía.

–Asaltar un convento –resumía el capitán– tiene pena de vida.

Don Francisco de Quevedo asintió en silencio y no dijo nada. Desde que hizo las presentaciones se mantenía al margen, dejando hablar a los visitantes. De éstos era el hombre de más edad quien había llevado la conversación. Estaba sentado junto a la mesa, sobre la que se hallaban su sombrero, una jarra de vino que nadie había tocado y la pistola del capitán. Y fue ese caballero quien habló de nuevo:

–El peligro es cierto –dijo–. Pero no hay otro medio de rescatar a mi hija.

Había querido decir su nombre al presentarlo Don Francisco, aunque Diego Alatraste insistiese en que no era necesario. Se llamaba Don Vicente de la Cruz y era un viejo caballero valenciano de paso en la Corte, flaco, con el pelo y la barba blancos. Debía de superar los sesenta años, pero aún gozaba de miembros vigorosos y recio andar. Sus hijos le eran muy semejantes de facciones, aunque el mayor apenas frisaba los veinticinco. Se llamaban Don Jerónimo y Don Luis. Este último era el más joven, y aunque ya con mucho aplomo, no pasaba los dieciocho. Vestían con sencillez ropas de viaje y caza: traje de sayuela negra el padre, jubones de paño azul y verde oscuro los hijos, con los tahalés de ante y aderezos de lo mismo. Todos llevaban espada y daga al cinto, el pelo muy corto, y tenían la misma mirada franca que acentuaba su aire de familia.

–¿Quiénes son los clérigos? –preguntó Alatraste.

Estaba de pie, recostado en una viga de la pared, los pulgares colgados del cinturón, aún sin decidir las consecuencias de cuanto venía de escuchar. En realidad miraba más al señor de Quevedo que a los visitantes, como preguntándole dónde infiernos lo acababa de meter. Por su parte, apoyado en la ventana, el poeta observaba los tejados próximos, cual si nada de aquello fuera con él. Sólo de vez en cuando se volvía hacia Alatraste para dirigirle una ojeada inexpresiva, muy de circunstancias, o se estudiaba las uñas con inusitada atención.

–Fray Juan Coroado y fray Julián Garzo –respondió Don Vicente–. Son los amos del convento; y sor Josefa, la priora, no habla más que por sus bocas. El resto de las monjas, o está de su parte o vive amedrentado.

El capitán Alatraste miró de nuevo a Don Francisco de Quevedo, y esta vez sí encontró sus ojos. Lo siento, decía el silencio del poeta. Sólo vuestra merced puede ayudarme en esto.

–Fray Juan, el capellán –proseguía Don Vicente–, es hechura del conde de Olivares. Su padre, Amandio Coroado, fundó el convento de las Adoratrices Benitas a sus costas, y es además el único banquero portugués con que cuenta el valido. Ahora que Olivares pretende quitarse de encima a los genoveses, Coroado es su

mejor baza para sacarle dinero a Portugal, de cara a la guerra en Flandes... Por eso su hijo goza de impunidad absoluta en el convento y fuera de él.

–Vuestras acusaciones son graves.

–Están harto probadas. Ese Juan Coroado no es un clérigo inculto y crédulo de los que tanto abundan, ni un alumbrado, ni un simple solicitante, ni un fanático. Tiene treinta años, dinero, posición en la Corte, gallarda presencia... Es un pervertido que ha trocado el convento en serrallo particular.

–Hay otra palabra más justa, padre –terció el menor de los hijos.

Le temblaba la voz de ira casi en un balbuceo, y saltaba a la vista que se contenía por respeto al anciano. Don Vicente de la Cruz lo reprendió, severo:

–Quizás. Pero estando allí tu hermana, no te atreverás a pronunciarla.

Palideció el joven inclinando la cabeza, mientras su hermano mayor, más silencioso y dueño de sí, le ponía una mano sobre el brazo.

–¿Y el otro clérigo? –preguntó Alatraste.

La luz que entraba por la ventana donde estaba apoyado Don Francisco le daba al capitán en la cara por un lado, dejando el otro en sombra y las cicatrices bien marcadas: la de la ceja izquierda y la otra más fresca en el nacimiento del cabello, en mitad de la frente, recuerdo de la escaramuza en el corral del Príncipe. La tercera cicatriz visible, también reciente y de daga, cruzaba el dorso de su mano izquierda desde la emboscada del portillo de las Ánimas; y bajo la ropa llevaba otras cuatro marcas, siendo la última la herida famosa de su licencia, cuando Fleurus, que seguía impidiéndole dormir algunas noches.

–Fray Julián Garzo es el confesor –respondió Don Vicente de la Cruz–. Y también buena pieza. Tiene un tío en el Consejo de Castilla... Eso lo convierte en intocable, como al otro.

–O sea, dos mozos de cuidado.

Don Luis, el hijo más joven, se reprimía a duras penas, crispado el puño sobre el pomo de la espada:

–Diga mejor vuestra merced dos miserables y dos canallas.

La ira contenida seguía sofocándole la voz y lo hacía parecer más joven, con aquel bozo rubio, aún no afeitado, que le oscurecía apenas el labio superior. Su padre le dirigió otra severa mirada imponiéndole silencio antes de proseguir:

–El caso –dijo– es que los muros de la Adoración son bastante espesos para acallarlos todo: un capellán que disimula su lascivia bajo una hipócrita apariiencia mística, una priora estúpida y crédula, y una congregación de infelices que creen tener visiones celestiales o estar poseídas por el demonio –el anciano se mesaba la barba al hablar, y era evidente que hacerlo con ecuanimidad y decoro le costaba su buen trabajo–... Incluso les dicen que el amor y la obediencia al capellán son trascendentales para acceder a Dios, y que determinadas caricias y actos poco honestos, orientados por el director espiritual, son camino de altísima perfección.

Diego Alatraste distaba de sentirse sorprendido. En la España de nuestro muy católico monarca Don Felipe IV, la fe era por lo común sincera; pero sus manifestaciones exteriores resultaban a menudo, en los grandes, hipocresía, y en el vulgo, superstición. En ese panorama, buena parte del clero era gente fanática e ignorante, grosera leva de ociosos que huían del trabajo y del servicio de las armas, o bien arribista, ambiciosa e inmoral, más dedicada al medro que a la gloria de Dios. Mientras los pobres pagaban impuestos de los que estaban exentos los ricos y los religiosos, los jurisconsultos discutían si la inmunidad eclesiástica era o no derecho divino. Y no pocos abusaban de la tonsura para satisfacer mezquinos apetitos e intereses. El resultado era que, junto a clérigos sin duda honrados y santos, se daban con la misma facilidad pícaros, codiciosos y delincuentes: sacerdotes amancebados y con hijos, confesores que solicitaban a las mujeres, galanes de monjas, conventos donde se ocultaban amoríos, lances y escándalos, eran el pan, y no precisamente bendito, de cada día.

–¿Nadie ha denunciado lo que ocurre allí adentro?

Asintió Don Vicente de la Cruz, desalentado.

–Yo mismo. Incluso envié un detallado memorial al conde de Olivares. Pero no hubo respuesta.

–¿Y la Inquisición?

–Al corriente. Mantuve una conversación con un miembro del Consejo de la Suprema; prometió atenderme, y sé que envió dos visitadores trinitarios al convento. Pero entre los padres Coroado y Garzo, con la colaboración de la priora, los convencieron de que todo estaba en orden, y se despidieron con muy buenas palabras.

–Lo que, por cierto, resulta extraño –terció Don Francisco de Quevedo–. La Inquisición anda a vueltas con el conde de Olivares, y no sería éste mal pretexto para fastidiar al valido.

El caballero valenciano encogió los hombros.

—Eso creímos. Pero sin duda consideran que es picar muy alto por una simple novicia. Además, sor Josefa, la priora, tiene fama de piadosa en la Corte: dedica una misa diaria y oraciones especiales a que el privado y los reyes tengan hijos varones... Eso le asegura respeto y prestigio, cuando en realidad, salvo cuatro bachillerías de poquísimas sustancias, es una simple a quien las maneras y el atractivo del capellán le han sorbido el seso. Nada raro su caso, por cierto, ahora que toda priora que se precie ha de tener, al menos, cinco llagas y olor de santidad —el anciano sonreía con amargura y desprecio—... Sus inclinaciones místicas, su afán de protagonismo, sus sueños de grandeza y sus relaciones la hacen creerse una nueva Santa Teresa. Además, el padre Coroado derrama ducados a manos llenas y la Adoración es el convento más rico de Madrid. No pocas familias quieren meter a sus hijas en él.

Yo escuchaba tras la rendija, sin admirarme demasiado a pesar de mis pocos años. Ya dije a vuestras mercedes en alguna ocasión que, en ese tiempo, un jovencito maduraba aprisa en aquella Corte apicarada, peligrosa, turbulenta y fascinante. En una sociedad donde la religión y la amoralidad corrían parejas, se daba de manera notoria, por parte de los confesores, una posesión tiránica del alma y a veces del cuerpo de las beatas, con secuelas escandalosas. En cuanto a la influencia de los religiosos, ésta era inmensa. Las distintas órdenes se enfrentaban o aliaban entre sí, los sacerdotes llegaban a prohibir a sus fieles reconciliar con otros, e imponían la ruptura de vínculos familiares y hasta la desobediencia a la autoridad, cuando se les antojaba. Tampoco era sorprendente, tratándose de clérigos galanes, verlos recurrir a un lenguaje de tono místico, amatorio a lo divino, ni disimular bajo subterfugios espirituales lo que no eran sino humanas pasiones y apetitos, ambición y lujuria. La figura del fraile solicitante fue conocida y hartamente satirizada en el siglo, como en los explícitos versos de La cueva de Meliso:

*Dentro frecuentaréis las confesiones  
con las siervas hermosas  
de Dios, y trataréislas como a esposas,  
dándose por honradas  
con pretexto que están endemoniadas.*

Lo que tampoco era inusual, por cierto, en aquel tiempo de superstición y beatería donde se socapaba tanto bellaco, y donde vivíamos los españoles poco avenidos, mal comidos y peor gobernados, entre el pesimismo colectivo y el desengaño; buscando unas veces en la religión el consuelo por sentirnos al borde del abismo, y otras el simple y descarado beneficio terreno. Situación agravada por tantos curas y monjas sin vocación —había más de nueve mil conventos en mis años mozos—, fruto de la costumbre de familias hidalgas sin dinero, que no pudiendo matrimoniar hijas con el decoro al uso, hacíanlas entrar en religión, o las encerraban allí a la fuerza tras algún extravío mundano. Andaban así llenos los claustros de mujeres sin vocación, a las que se refirió por cierto Don Luis Hurtado de Toledo, el autor —o más bien el traductor— del Palmerin de Inglaterra, en aquellos otros versos tan celebrados:

*Que nuestros padres, por dar  
a los hijos la hacienda  
nos quisieron despojar,  
y sobre todo, encerrar  
donde Dios tanto se ofenda.*

Don Francisco de Quevedo seguía junto a la ventana, un poco al margen, con la mirada perdida en los gatos que se paseaban por los tejados como soldados ociosos. El capitán Alatraste le dirigió una larga ojeada antes de volverse de nuevo a Don Vicente de la Cruz.

—No alcanzo —dijo— cómo se vio vuestra hija en esto.

El anciano tardó en responder. La misma luz que acentuaba las cicatrices del capitán partía su frente en una arruga vertical, apesadumbrada y profunda:

—Elvira llegó a Madrid con otras dos novicias cuando se fundó la Adoración, hace cosa de un año. Vinieron acompañadas por una dueña, mujer que nos fue muy recomendada, y que debía atenderlas hasta que tomasen los votos.

—¿Y qué dice la dueña?

Sobrevino un silencio tan denso que hubiera podido tajarse con cimitarra. Don Vicente de la Cruz se miró pensativo la mano derecha que apoyaba en la mesa: flaca, nudosa y todavía firme. Sus hijos observaban el suelo ceñudos, cual si contemplaran algo en él, ante sus botas. Observé que Don Jerónimo, el mayor, más hosco y callado que su hermano, tenía una mirada fija y dura que yo había advertido ya en algunos hombres,

y de la que estaba aprendiendo a precaverme: la de quien, mientras otros fanfarronean, hacen sonar la espada contra los muebles y hablan alto, se está quieto en un rincón del garito, mirando sin parpadear ni perder detalle ni decir esta boca es mía, hasta que de pronto se levanta y, sin cambiar el semblante, va y te espeta a boca de jarro un pistoletazo o una mojada. El propio capitán Alatraste era de éstos; y yo, a fuerza de frecuentarlo, empezaba a reconocer el género.

–No sabemos dónde está la dueña –dijo por fin el anciano–. Desapareció hace unos días.

Tornó de nuevo el silencio, y esta vez Don Francisco de Quevedo dejó de contemplar los tejados y los gatos. Su mirada, en extremo melancólica, encontró la de Diego Alatraste.

–Desaparecida –repitió pensativo el capitán.

Los hijos de Don Vicente de la Cruz seguían contemplando el suelo sin abrir la boca. Al cabo el padre asintió con un seco gesto. Aún miraba su propia mano, inmóvil sobre la mesa junto al sombrero, la jarra de vino y la pistola del capitán.

–Eso es –dijo.

Don Francisco de Quevedo se apartó de la ventana, y tras dar unos pasos por la habitación se detuvo ante Alatraste.

–Cuentan –murmuró– que alcahuteaba para fray Juan Coroado.

–Y ha desaparecido.

En el silencio que siguió, el capitán y Don Francisco se sostuvieron unos instantes la faz.

–Así se dice –asintió por fin el poeta.

–Entiendo.

Hasta yo mismo entendía, desde mi escondrijo, aunque sin alcanzar qué música podía tocar Don Francisco en tan escabroso asunto. En cuanto al resto, tal vez la bolsa que –según había contado Martín Saldaña– se halló con la mujer estrangulada en la silla de manos no bastara, después de todo, para misas suficientes por la salvación de su alma. Apliqué a mi rendija un ojo muy abierto por el estupor, mirando con más respeto a Don Vicente de la Cruz y sus hijos. Ya no me parecía tan anciano él, ni tan jóvenes ellos. A fin de cuentas, pensé estremeciéndome, se trataba de su hermana, e hija. Yo también tenía hermanas allá en Oñate, y no sé hasta dónde habría sido capaz de llegar por ellas.

–Ahora –proseguía el padre– la priora dice que Elvira ha renunciado por completo al mundo. Hace ocho meses que no podemos visitarla.

–¿Por qué no ha escapado?

El anciano hizo un ademán de impotencia:

–Ya apenas es dueña de sí. Y monjas y novicias se vigilan y delatan unas a otras... Imaginad el cuadro: visiones y exorcismos, hijas de confesión con las que se practican reuniones a puerta cerrada so pretexto de que echen los diablos, celos, envidias, rencillas conventuales –la expresión serena se le quebró en un gesto de dolor–... Casi todas las hermanas son muy jóvenes, como Elvira. La que no cree estar poseída por el demonio o tener visiones celestiales, se las inventa, para llamar la atención. La estúpida priora, sin voluntad, en manos del capellán, a quien considera un santo. Y fray Juan y su acólito, de celda en celda, confortándolas a todas.

–¿Ha hablado vuestra merced con el capellán?

–Una vez. Y por vida del Rey que, de no estar en el locutorio del convento, lo habría matado allí mismo – Don Vicente de la Cruz alzó la mano que apoyaba en la mesa, indignado, como si lamentara no verla tinta en sangre–. A pesar de mis canas se me rió en las barbas, con toda la insolencia del mundo. Porque nuestra familia...

Se interrumpió en dolorida pausa, y miró a sus hijos. El más joven estaba quebrado de color, sin una gota de sangre en el rostro, y su hermano apartaba la vista con expresión sombría.

–En realidad –prosiguió el anciano– nuestra limpieza de sangre no es absoluta... Mi bisabuelo era converso, y mi abuelo fue importunado por la Inquisición. Sólo a costa de dinero pudo solucionarse todo. Ese canalla del padre Coroado ha sabido jugar con eso. Amenaza con delatarla por judaizante... Y a nosotros también.

–Lo que es falso –intervino el hijo más joven–. Aunque tengamos la desgracia de no ser cristianos viejos, nuestra familia es intachable. La prueba es que Don Pedro Téllez, el señor duque de Osuna, honró a mi padre con su confianza cuando estaba a su servicio en Sicilia...

Calló bruscamente, y su palidez había cambiado al rojo grana. Vi cómo el capitán Alatraste miraba a Don Francisco. Ahora la conexión estaba clara. Durante su mandato como virrey de Sicilia y luego de Nápoles, el duque de Osuna había sido amigo de Quevedo, perjudicándolo después en su caída. Era evidente que la obligación que vinculaba al poeta con Don Vicente de la Cruz pasaba por allí; y que la desgracia y desvalimiento de este último en la Corte era lodo de aquellos polvos. También Don Francisco sabía lo que era verse desasistido de quienes en otro tiempo solicitaron sus favores e influencia.

–¿Cuál es el plan? –preguntó el capitán.

Percibí en su voz un tono que ya conocía bien: resignación y ausencia de ilusiones sobre el éxito o fracaso de la empresa; resolución fatigada, silenciosa, desprovista de interés salvo por los detalles técnicos, del soldado veterano dispuesto a afrontar con sencillez un mal rato que forma parte de su oficio. Muchas veces después, en los años que aún habíamos de pasar juntos en aventuras particulares y en las guerras del Rey nuestro señor, reconocí aquel mismo tono y aquella mirada inexpresiva, vacía, que de modo tan singular endurecía los ojos claros del capitán cuando en campaña, tras la larga inmovilidad de la espera, resonaban los tambores y los tercios se ponían en marcha hacia el enemigo con aquel paso admirable, majestuoso y lento, bajo las viejas banderas que nos llevaban a la gloria o al desastre. Y aquella misma mirada y aquel tono de infinito cansancio fueron también los míos muchos años después: el día que entre los restos de un cuadro español, con la daga entre los dientes, la pistola en una mano y la espada desnuda en la otra, vi acercarse la caballería francesa en la última carga, mientras en Flandes se ponía, rojo de sangre, el sol que durante dos siglos había causado miedo y respeto al mundo.

Pero esa mañana del año veintitrés, en Madrid, Rocroi no existía más que en el libro oculto del Destino, y mediaban aún dos décadas para tan funesta cita. Nuestro Rey era joven y gallardo, Madrid era la capital de dos mundos, y yo mismo era un mozalbete imberbe, impaciente y al acecho tras la rendija del cuarto, esperando la respuesta a la pregunta formulada por el capitán: el plan que Don Vicente de la Cruz y sus hijos habían ido a proponerle por mediación de Don Francisco de Quevedo. En ésas estaba cuando el anciano se disponía a responder. Y en ese preciso instante, un gato se coló por la ventana y fue a pasearse entre mis piernas. Intenté alejarlo en silencio, pero seguía allí. Entonces hice un movimiento demasiado brusco, y una escoba y un recogedor de hojalata que estaban cerca cayeron al suelo con estrépito. Y cuando levanté los ojos, espantado, la puerta se había abierto con violencia, y el hijo mayor de Don Vicente de la Cruz estaba ante mí con una daga en la mano.

–Os creía muy puntilloso en limpieza de sangre, Don Francisco –dijo el capitán Alatrístre–... Nunca imaginé que pondríais el cuello en la soga por una familia de conversos.

Sonreía con afectuoso disimulo bajo el mostacho. Sentado a la mesa, con cara de pocos amigos, el señor de Quevedo despachaba la jarra de vino que hasta ese momento nadie había tocado. Estábamos los tres solos, después que Don Vicente de la Cruz y sus hijos se hubiesen marchado tras llegar a un acuerdo con el capitán.

–Todo tiene su aquel –murmuró el poeta.

–No me cabe duda. Pero si vuestro querido Luis de Góngora conoce el lance, ya podéis iros poniendo a remojo. El soneto puede ser de padre y muy señor mío.

–Voto a tal.

Era bien cierto. En un tiempo en que el odio a los judíos y a los herejes se consideraba complemento imprescindible de la fe –el mismísimo Lope y el buen Don Miguel de Cervantes se habían felicitado, sólo unos años antes, de la expulsión de los moriscos– Don Francisco de Quevedo, que tenía muy a gala su estirpe santanderina de cristiano viejo, no se caracterizaba precisamente por la tolerancia hacia gentes dudosas en materia de limpieza de sangre. Por el contrario, recurría a ello a la hora de lanzar dardos contra sus adversarios; y en especial hacia Don Luis de Góngora, a quien atribuía sangre judaica:

*¿Por qué censuras tú la lengua griega,  
siendo sólo rabí de la judía,  
cosa que tu nariz aun no lo niega?*

Lindezas que el gran satírico gustaba de alternar con acusaciones de sodomía gongorina, como en cierto soneto famoso que concluye:

*Peor es tu cabeza que mis pies.  
Yo cojo, no lo niego, por los dos;  
tú puto, no lo niegues, por los tres.*

Y allí estaba, en semejante contexto, Don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, del hábito de Santiago y limpieza familiar probada, señor de la Torre de Juan Abad, azote de judaizantes, herejes, sodomitas y culteranos varios, maquinando nada menos que violentar el resguardo de un claustro, por socorrer, con riesgo de vida y honra, a una familia de conversos valencianos. Incluso yo, en mis cortos años, captaba las implicaciones terribles del asunto.

–Voto a tal –repitió el poeta.

Cualquier hijo de vecino, supongo, habría jurado en griego y hasta en hebreo –lenguas que dominaba Don Francisco– de hallarse en su gorguera. Y el capitán Alatraste, que no estaba en la gorguera de Quevedo pero harta ruina tenía con verse en la suya propia, era muy consciente de eso. El capitán continuaba apoyado en la viga de la pared, de donde no se había movido en toda la conversación con nuestros visitantes, y aún tenía los pulgares colgados del cinturón. Ni siquiera había cambiado de postura cuando Jerónimo de la Cruz regresó al cuarto, aún daga en mano y llevándome bien cogido por el pescuezo, limitándose a ordenar que me soltara en un tono que hizo al otro, con sólo un instante de duda, obedecer casi en el acto. En cuanto a mí, tras la violencia y el mal rato pasados, estaba en cuclillas en un rincón, aún rojo de vergüenza, intentando pasar inadvertido. Había costado cierto esfuerzo convencer a los forasteros de que yo, aunque desobediente, era mozo avisado y de fiar; Y fue menester que el propio Don Francisco me avalase con su palabra. A fin de cuentas yo lo había oído todo; y Don Vicente de la Cruz y sus hijos tendrían que descansar también en mí. Aunque de cualquier modo, como dijo muy despaciosamente el capitán mientras los miraba a todos con sus ojos fríos y peligrosos, tampoco ésa era cuestión en la que ellos pudieran opinar, o elegir. Así que hubo un largo y significativo silencio, y luego nadie volvió a cuestionar mi relación con el asunto.

–Son gente de bien –dijo Quevedo, al cabo–. y ni tanto así puede reprochárseles como buenos católicos –se detuvo en busca de más justificaciones para el caso, que parecía creer necesarias– ...Además, cuando estábamos en Italia, Don Vicente me rindió señalados servicios. Hubiera sido bellaquería no tenderle una mano.

El capitán Alatraste hizo un gesto de comprensión, aunque bajo el bigote militar seguía insinuándosele la sonrisa.

–Bueno es lo que decís –admitió–. Pero insisto en lo de Góngora. A fin de cuentas es vuestra merced quien no cesa de recordarle su nariz semítica y su aversión al tocino... Como cuando decís eso de:

*Cristiano viejo no eres,  
porque aún no te vemos cano;  
hidalgo, eso sin duda,  
pero con duda hidalgo.*

Don Francisco se atusó bigote y perilla, mitad complacido porque el capitán recordase sus versos, y mitad molesto por el tono zumbón en que los recitaba:

–Qué buena e inoportuna memoria tenéis, cuerpo de Cristo.

Alatraste se echó a reír sin contenerse más, lo que no mejoró el humor del poeta.

–Pues ya imagino también los versos de vuestro adversario –remachó el capitán alzando dos dedos como si escribiera en el aire mientras recitaba, improvisando:

*Me acusas, Don Francisco, de marrano,  
y tú en lances hebraicos metes mano...*

–¿Qué os parecen?

A Don Francisco se le había amostazado un poco más el semblante. El trance no era liviano, y con otro que no fuese Diego Alatraste habría tentado la herreruza rato ha.

–Malos y con muy poca gracia –se limitó a responder, mohíno–. Podrían ser, en efecto, de ese bujarrón cordobés o de aquel otro amigo vuestro, el conde de Guadalmedina, que como gentilhomme no os discuto nada, pero como poeta es la vergüenza del Parnaso... En cuanto a Góngora, semejante ojilato periculto, hozador de vorágines, triclinios, promptuarios, tramites, vacilantes jícareas, sombra del sol y tósigo del viento, es lo que menos me inquieta ahora... Temo en efecto, como decís, haberos metido en un mal lance –cogió la jarra de vino y le dio otro tiento, echándome una ojeada–. Y al mozo.

El mozo, o sea, yo, seguía en su rincón. El gato había pasado ante mi tres veces y yo intentaba atizarle un puntapié sin demasiado éxito. Vi que también Alatraste me miraba, y que había dejado de sonreír. Al cabo encogió los hombros.

–El mozo se ha metido solo –declaró tranquilamente–. En cuanto a mí, no os inquietéis –señaló la bolsa con escudos de oro que había en el centro de la mesa–. Han pagado, y eso alivia pesadumbres.

–Puede ser.

El poeta no parecía convencido, y Alatraste volvió a componer una mueca irónica.

–Diablo, Don Francisco. Es algo tarde para lamentaciones, después que vuestra merced me ha metido hasta el cuello en la chacona.

Cabizbajo, el poeta bebió otro trago, y luego otro. Empezaba a anegársele un poco la mirada.

–Es que poner patas arriba un convento –apuntó– no es cosa baladí.

–Ni tampoco es tomar La Goleta, pardiez –el capitán había ido hasta la mesa, y tomando la pistola le quitaba el cebo y la carga–. Cuentan que un tío abuelo de mi madre, hombre notorio en tiempos del emperador Carlos, lo hizo una vez, en Sevilla.

Don Francisco alzaba la cabeza, interesado.

–¿El que inspiró la comedia de Tirso?

–Eso dicen.

–Ignoraba el parentesco.

–Pues ya veis. España es un pañuelo.

Al señor de Quevedo le pendían del cordón los anteojos. Los sostuvo un momento entre los dedos sin ponérselos, pensativo. Luego volvió a dejarlos colgar sobre la cruz que llevaba bordada al pecho, y alargó la mano hacia el vino para beber un último y largo trago, mirando lúgubre al capitán por encima de la jarra.

–Pues mal tercer acto tuvo vuestro tío, voto a Cristo.



### III. EL ACERO DE MADRID

Al día siguiente vime en misa con Diego Alatríste y el señor de Quevedo. Materia ésta, por cierto, maravillosa; pues si bien Don Francisco, tanto por su sangre montañesa como por imperativo del hábito de Santiago, tenía muy a punto de honra cumplir los preceptos de la Iglesia, el capitán no era dado en absoluto a dóminus ni a vobiscum. Más consignaré que, pese a jurar como juraba, moderadamente, con reniegos y por vidas propios de su viejo oficio, nunca en los años que pasé junto a él oíle una palabra en contra de la religión; ni siquiera cuando en la taberna del Turco las discusiones de sus amigos con el Dómine Pérez tocaban puntos de controversia con el clero de por medio, y no quedaba refrán con vida. Alatríste no practicaba puntualmente los ritos de la Iglesia, pero respetaba tonsuras, sotanas y tocas monjiles del mismo modo que respetaba la autoridad y la persona del Rey nuestro señor: por disciplina de soldado, o quizá por aquella estoica indiferencia que parecía gobernar sus humores y carácter. Contaré en pormenor que, aunque iba poco a misa, a mí me obligó siempre a cumplir con Dios mientras fui mozo; bien acompañando a Caridad la Lebrijana los domingos y fiestas de guardar –como todas las mujeres que han sido putas, la Lebrijana era en extremo piadosa–, bien con los buenos oficios del Dómine Pérez; que dos días a la semana, a instancias de Alatríste, me enseñaba gramática, un poco de latín y los conocimientos necesarios de catecismo e Historia Sagrada para que, decía el capitán, nadie pudiera confundirme con un turco ni con un maldito hereje.

Así de contradictorio era él. No mucho tiempo después, en Flandes, tuve ocasión de verlo inclinada la cabeza y rodilla en tierra, cuando los tercios se disponían a entrar en combate y los capellanes recorrían las filas bendiciéndonos a todos; y nunca lo hacía por aparentar piedad, sino por respeto a los camaradas que iban a morir creyendo en la eficacia de todo aquello. Porque al Dios de Alatríste ni se lo aplacaba con laudes ni se lo ofendía con juramentos. Era un ser poderoso e impasible, que no movía los títeres de ese retablillo suyo que es el mundo, sino que se limitaba a observarlos. Como mucho era el que, con juicio incomprensible para los actores de la humana comedia –por no decir mojiganga de matachines–, manejaba la tramoya, haciendo abrirse malignos escotillones o girar improvisados bofetones, poniéndote unas veces en tremendos bretes y sacándote otras de las situaciones más adversas. Bien podría ser ese distante primer motor, o remota causa de causas, que una vez oímos mencionar al Dómine Pérez cuando, cierta tarde en que se le fue un poco la mano con el vino dulce, intentó explicar a sus tertulianos las cinco pruebas de Santo Tomás. Pero en lo que se refiere al capitán, su interpretación del asunto estaba, posiblemente, más cerca de eso que los romanos, si no me engaña el latín que aprendí del propio Dómine, llamaba *fatum*. Recuerdo la expresión impávida y taciturna de Alatríste cuando la artillería enemiga abría claros en nuestros cuadros, y alrededor los compañeros se persignaban encomendándose a Cristo y a la Santísima Virgen, y de pronto les oías recordar oraciones que habían aprendido de pequeños; y él murmuraba *amen* al tiempo que ellos, para que no se sintieran tan solos cuando caían al suelo y morían. Pero sus ojos claros y fríos estaban atentos a las ondulantes filas de la caballería enemiga, al tiro de mosquetería que llegaba del terraplén de un dique, a las bombas humeantes que zigzagueaban en el suelo antes de estallar en un relámpago que dejaba bien servido al diablo. Y ese *amen* no lo comprometía a nada, como podía leerse en su mirada absorta, en su perfil aguileño de soldado viejo, atento sólo al monótono redoble del tambor en el centro del Tercio, redoble tan lento e impasible como el paso tranquilo de la infantería española y al latido sereno de su corazón. Porque a su Dios el capitán Alatríste podía servirlo como a su Rey: no tenía por qué amarlo, ni admirarlo siquiera. Más por ser quien era, le otorgaba su respeto y lo acataba. Una vez lo vi pelear por una bandera y por el cadáver de nuestro maestro de campo Don Pedro de la Daga, cierto día que nos dimos un hartazgo de estocadas y metralla junto al río Merck, cerca de Breda. Y sé, aunque por aquel cuerpo muerto y cosido a mosquetazos estuvo a punto de dejar su piel, y de rebote la mía, que tanto Don Pedro de la Daga como la bandera se le daban un ardite. Eso era lo desconcertante del capitán: podía mostrar respeto hacia un Dios que le era indiferente, batirse por una causa en la que no creía, emborracharse con un enemigo, o morir por un maestro de campo o un Rey a los que despreciaba.

Fuimos a misa, digo, aunque el móvil distara de ser piadoso. La iglesia, como sin duda habrán maliciado vuestras mercedes, era la del convento de las Adoratrices Benitas, cercano a Palacio y casi fronterero al de la Encarnación, junto a la plazuela del mismo nombre. La misa de ocho de las Benitas estaba de moda, pues acudía allí a sus devociones doña Teresa de Guzmán, legítima del conde de Olivares; y además el capellán, Don Juan Coroado, tenía fama de clérigo de gentil talle ante el altar y buen verbo en el púlpito. De modo que

el lugar se veía frecuentado no sólo por beatas, sino también por damas de calidad que acudían al reclamo de la condesa de Olivares o del capellán, y por otras que, sin tener calidad, la pretendían. Hasta tusionas y comediantas de tronío –tan piadosas en materia de preceptos como la que más–, se dejaban caer por allí con la devoción de rigor, caríazogadas de afeites bajo los pliegues del manto de humo o la mantilla, todas encajes, puntas y picadillos de Lorena y Provenza, que los de Flandes quedaban para damas de más fuste. Y como, de calidad o sin ella, donde menudean damas acuden más varones que liendres al jubón de un arriero, la famosa misa de ocho ponía la pequeña iglesia de bote en bote, con las madamas unas orando y otras lanzando dardos de Cupido por encima del abanico, los galanes al acecho tras las columnas o junto a la pila para darles agua bendita, y los mendigos en las gradas de la puerta, exhibiendo llagas, pústulas y supuestas mutilaciones de Flandes, y hasta de Lepanto, riñendo para conseguir los mejores sitios a la salida de misa y dispuestos a increpar, con muchos fueros, a los señores que se daban aires pero no aflojaban de la mosca un triste cobre.

Nos situamos los tres cerca de la puerta, en un lugar desde el que podían avizorarse tanto la nave de la iglesia, en ese momento atestada de gente –y tan estrecha que a poco más, en vez de crucificado, al Cristo del altar mayor hubieran tenido que representarlo ahorcado–, como el coro y la reja que comunicaba el lugar con el convento. Vi que el capitán, sombrero en mano y capa al brazo, estudiaba muy por lo menudo el lugar; del mismo modo que, llegando a la iglesia, sus ojos atentos habían registrado todos los detalles de la fachada del convento y las tapias del jardín. Andaba la misa por el evangelio, y cuando el oficiante se volvió a los feligreses tuve ocasión de verle el rostro al famoso capellán Coroado, que decía sus latines con buena parola y fineza, y mucho aplomo. Parecía hombre favorecido, gallardo bajo la casulla, y sus cabellos tonsurados en el colodrillo, al uso clerical, eran negros y fuertes. Los ojos se veían, oscuros, penetrantes; sin que fuera extraño imaginar su efecto entre las hijas de Eva, en especial tratándose de monjas cuya regla cercenaba todo contacto con el siglo, o sea, con el mundo y con el sexo opuesto. Incapaz de considerar su persona sin cuanto sabía de él y del convento donde hacía de su sotana un sayo, excuso referir el malestar y la indignación que me produjeron sus movimientos pausados y la fatua unción con que celebraba el sacrificio de Cristo. Maravillóme que nadie entre el público le gritara sacrílego e hipócrita, y no vislumbrar a mi alrededor más que expresiones devotas e incluso admiración en los ojos de muchas mujeres. Pero así son las cosas de la vida, y aquella fue sólo una de las primeras veces, entre no pocas, que hube lección provechosa de cuánto suelen las apariencias imponerse a la verdad, y cómo gente en extremo ruin disimula sus vicios bajo máscaras de piedad, honor o decencia. Y que denunciar a los malvados sin pruebas, atacarlos sin armas, confiar a ciegas en la razón o en la justicia, es a menudo el mejor camino para encontrar la propia perdición, mientras los bergantes que se abroquelan de influencias o dineros siguen a salvo. Pues otra lección que aprendí temprano es que resulta muy gran yerro ajustar nuestras fuerzas con las de los poderosos, con quienes lléganos más cierto el perder que el ganar. Mejor es aguardar sin prisas y sin aspavientos, hasta que el tiempo o el azar nos pongan al adversario a tiro de daga: lance que en España –aquí todos subimos y bajamos tarde o temprano por la misma escalera–, resulta regular y hasta muy cierto y obligado. Y si no, paciencia; que a fin de cuentas Dios tiene la última palabra, y él baraja sus naipes y los de todos.

–Segunda capilla a la izquierda –susurró Don Francisco–. Tras la reja.

El capitán Alatraste, que miraba el altar, se mantuvo así un momento y luego volvióse un poco para observar en la dirección sugerida por el poeta. Yo también seguí su mirada hasta la capilla que comunicaba la iglesia con el convento, donde las tocas negras y blancas de monjas y novicias se vislumbraban tras la espesa celosía de hierro, a la que el aparente rigor del claustro añadía aguzados clavos para impedir que hombre alguno, desde el exterior, se acercase más de lo conveniente. Eso era nuestra España: mucho rigor y ceremonia, mucho clavo preventivo, mucha reja y mucha fachada –en plenos desastres en Europa, las cortes de Castilla discutían sobre el dogma de la Inmaculada Concepción–, mientras los clérigos apicarados, las monjas sin vocación, los funcionarios, los jueces, los nobles y todo hijo de vecino cardaban la lana bajo cuerda, y la nación dueña de dos mundos no era sino patio de Monipodio, ocasión para el medro y la envidia, paraíso de alcahuetes y fariseos, zurcido de honras, dinero que compraba conciencias, mucha hambre y mucha bellaquería para remediarla.

–¿Cómo lo veis, capitán?

El poeta había hablado en voz muy baja, entre dientes, aprovechando el momento en que los asistentes empezaban a rezar el Credo. Tenía en una mano el sombrero y la otra en el pomo de la espada, y miraba ante sí con recogimiento, el aire equívocamente abstraído, cual si estuviese atento a la liturgia.

–Difícil –respondió Alatraste.

El suspiro profundo del poeta se confundió con el Deum de Deo, lumen de lumíne, Deum verum de Deo vero que rezaban a coro los feligreses. Un poco más lejos, al resguardo de una columna e intentando pasar tan inadvertido entre la mucha gente como ladrón en corro de escribanos, vi al hijo mayor de Don Vicente de la

Cruz, el mismo que me había descubierto a causa del gato traidor cuando yo escuchaba de tapadillo. Estaba medio embozado y miraba la reja de las monjas. Me pregunté si Elvira de la Cruz estaría allí, y si podría ver a su hermano. La novelería natural en un mozo de mis pocos años se disparó tras la imagen de aquella joven a la que no conocía, pero a la que imaginé bella, prisionera, atormentada, esperando la liberación. Debían de hacerse interminables las horas en su celda, a la espera de una señal, un mensaje, un billete anunciándole que estuviese prevenida para escapar. Empujado por mi imaginación, que se desbordaba por momentos y hacía sentir cual héroe de libro de caballerías –al fin y al cabo el azar me había convertido en parte de la empresa–,forcé la vista intentando distinguirla tras los hierros que la encarcelaban del mundo; y a poco me pareció ver una mano blanca, apenas unos dedos apoyados un instante entre barrotes. Así estuve largo rato suspenso y con la boca abierta, atento a si veía aparecer de nuevo la mano; hasta que sentí en mi cogote un disimulado pescozón del capitán Alatrisme. Entonces, precavido a mi pesar, volví a mirar al frente con toda la circunspección del mundo. Y cuando el oficiante se volvió a nosotros para decir Dominus vobiscum, miré sin pestañear su rostro hipócrita y respondí Et cum spiritu tuo con una devoción y una piedad tan aparentes que hubieran hecho feliz, de poder verme y oírme, a mi buena y pobre madre.

Salimos con el ite misa est, y en la calle había un sol espléndido que avivaba los colores de los geranios y las alcaraveas que las monjas de la Encarnación tenían en sus ventanas, al otro lado de la calle. Don Francisco se retrasó un poco, pues conocía a todo el mundo en la Corte –era tan popular de amigos como de enemigos–, y se entretuvo de parla con unas damas y sus acompañantes, echándonos miradas por entre ellos al capitán y a mí, que íbamos a lo largo de la tapia del huerto de las Benitas. Observé que el capitán prestaba especial atención a una puertecilla cerrada desde dentro, y también a la pared de ladrillo y a los diez pies de altura que alcanzaba ésta, así como a cierto guardacantón que, en la esquina, hacía posible que alguien con la agilidad adecuada pudiera encaramarse a lo alto. Y vi que sus ojos perspicaces estudiaban la puertecita como habituados a buscar brechas en murallas enemigas. Pareció interesarle en extremo, pues hizo aquel ademán tan suyo de pasarse dos dedos por el mostacho; gesto que traslucía en él, por lo general, o reflexión o talante de meter mano a la blanca cuando alguien empezaba a amostazarle la paciencia. En esas estábamos cuando nos adelantó el hijo mayor de Don Vicente de la Cruz, bien calado el fieltro, sin hacernos el menor gesto de reconocimiento; pero observé, por su modo de caminar y de volverse con cautela, que también él tomaba medidas a la tapia de las Benitas.

En ese momento ocurrió un pequeño incidente, que refiero porque no supone ejemplo baladí del talante de Diego Alatrisme. Nos habíamos detenido un poco, fingiendo el capitán que se arreglaba algo en el cinto, para ver de cerca el cerrojo de la puerta; y en ésas nos alcanzó gente que también salía de misa, un par de pisaverdes que acompañaban a dos damas algo ordinarias pero hermosas. Uno de ellos, jubón de terciopelo con mangas acuchilladas, todo lazos, cintas y toquilla con hilo de plata en el sombrero, tropezó conmigo y me apartó luego con malos modos, llamándome bellaco. Un par de años más tarde, aquel desafuero le hubiera costado al fulano, por muy galán que anduviese, una buena mojada en la ingle con la daga que yo aún no cargaba encima por mis pocos años; aunque pronto, en Flandes, empezaría a llevarla como si tal cosa. Pero en ese tiempo yo seguía siendo demasiado mozo, y las afrentas no tenía otra que comérmelas sin aderezos y sin remedio, salvo que el capitán Alatrisme decidiera ocuparse de mi honra. Ése fue el caso; y debo decir que aquello dióme que discurrir sobre cómo, a pesar de sus modales a menudo hoscos y sus silencios, el capitán me apreciaba de veras. Y si me lo disimulan vuestras mercedes, diré que algún motivo debía de tener, pardiez, después de ciertos pistoletazos que yo había disparado por él poco tiempo atrás, en el portillo de las Ánimas.

El caso es que, cuando oyó al lindo afrentarme con tan escasa política, el capitán volvióse despacio, muy sereno, con aquella calma glacial que quienes lo conocían bien consideraban pregón de que eran aconsejables tres pasos atrás y precaver la herreruza.

–Vive Dios, Íñigo –el capitán parecía dirigirse a mí, aunque miraba muy por lo fijo al caballero–, que sin duda este gentilhomme te confunde con algún perillán que él conoce.

Yo no dije palabra alguna, pues resultaba evidente el caso. Por su parte, al sentirse interpelado, el pisaverde se había detenido con sus acompañantes. Era de esos que utilizan la propia sombra a modo de espejo. El vive Dios del capitán le había hecho apoyar una mano blanca, con grueso anillo de oro y brillantes, en la guarnición de la espada; y el evidente repuntín del gentilhomme, tamborilear con los dedos sobre ésta. Su mirada arrogante recorría de arriba abajo a Diego Alatrisme, y debo decir que cuando terminó la inspección, tras observar la espada con la cazoleta marcada de arañazos de acero, las cicatrices del rostro y los ojos fríos bajo la ancha falda del sombrero, la firmeza de aquella mirada no era la misma que al comienzo.

–¿Y qué pasa –repuso aun así, desabrido– si no me confundo con nadie y ando cierto en lo que digo?

La respuesta había sonado firme, lo que decía algo en favor del caballero; aunque no se me escapó cierta vacilación final, con una rápida ojeada del lindo a su acompañante y a las dos damas. En aquel tiempo, un

hombre podía perfectamente hacerse matar por su reputación, y todo se disculpaba menos la cobardía y la deshonra. A fin de cuentas, y en última instancia, el honor se suponía patrimonio exclusivo del hidalgo; y el hidalgo, a diferencia del pechero que soportaba todos los tributos y cargas, ni trabajaba ni pagaba tasas a la hacienda real. El famoso honor de las comedias de Lope, Tirso y Calderón, solía referirse a la tradición caballeresca de otros siglos, y lo que en verdad menudeaban eran los pícaros y truhanes de toda laya. De modo que, tras aquellas hipérboles del honor y la deshonra, lo que se disimulaba era el negocio, nada ligero por cierto, de vivir sin dar golpe ni pagar impuestos.

Muy despacio, tomándose su tiempo, el capitán se pasó dos dedos por el bigote. Y luego, con la misma mano, sin ostentación ni exagerar el gesto, desembarazó la capa dejando libres las empuñaduras de la espada y la daga que llevaba detrás, al costado izquierdo.

–Pues pasa –dijo en voz muy mesurada– que tal vez vuestras mercedes encuentren a ese que estoy seguro confunden con otro, si se vienen a dar un paseo a la puerta de la Vega.

La puerta de la Vega, que estaba cerca de allí, era uno de los lugares extramuros donde solían solventarse a estocadas las querellas. Y además, el gesto de desembarazar sin más preámbulos toledana y vizcaína no pasó inadvertido para nadie. Como tampoco el plural vuestras mercedes, que incluía al acompañante en el baile. Las mujeres enarcaron las cejas, interesadas, pues su condición las ponía a salvo, convirtiéndolas en privilegiadas espectadoras. Por su parte, el segundo individuo –otro lindo con perilla, amplia valona de puntas y guantes de ámbar–, que había asistido al prólogo con una sonrisa despectiva, dejó de sonreír de golpe. Una cosa era ser dos y trabarse de palabras bravuconeando ante unas damas, y otra muy distinta toparse con un fulano con aire de soldado que, de buenas a primeras, sugería ahorrar trámites y despachar el negocio de inmediato y por las bravas. Aquél no era un fanfarrón de la calle de la Montera, decía el gesto del acompañante, que se precavió llegando incluso a retroceder con algún disimulo. En cuanto al lindo, en la lividez del sobrescrito se veía que pensaba exactamente lo mismo, aunque su posición era más delicada. Había hablado un poco de más, y el problema de las palabras es que, una vez echadas, no pueden volverse solas a su dueño. De modo que a veces te las vuelven en la punta de un acero.

–No fue culpa del chico –dijo el acompañante.

Había hablado muy hidalgo, con voz firme y serena; pero la conciliación era evidente. Aquello era quedarse al margen y ofrecer además una salida al amigo, dándole pie a que se ahorrara finiquitar el lance con el jubón tan acuchillado como las mangas. Vi que el lindo abría los dedos de la mano derecha y los volvía a cerrar. Dudaba. A las malas eran, pura aritmética, dos contra uno; y si hubiese descubierto el menor signo de inquietud o de pasión en Diego Alatraste tal vez habría ido adelante, en la cuesta de la Vega o allí mismo. Pero había algo en la frialdad del capitán, aquella indiferencia tan absoluta que traspasaba su inmovilidad y sus silencios, que aconsejaba siempre andarse con mucho tiento. Supe lo que pasaba por la cabeza del lindo: un hombre que desafía a pares a unos desconocidos bien herrados de aceros, o está muy seguro de sí y de su espada, o está loco. Y ninguna de las dos eventualidades era ociosa. El caballero no parecía, sin embargo, pusilánime. Confiaba en no batirse, más tampoco quería perder la faz; de modo que aún sostuvo unos instantes la mirada del capitán. Después me echó un vistazo, cual si me viera por primera vez.

–Creo que el mozo no tuvo la culpa –dijo por fin.

Las mujeres sonrieron, no sin desilusión por verse privadas del festejo, y al amigo se le vio contener un suspiro de alivio. Pero a mí ya me daba igual que el lindo se hubiera disculpado o no. Yo miraba, fascinado, el perfil del capitán Alatraste bajo el ala de su chapeo, su espeso mostacho, su mentón mal rasurado aquella mañana, sus cicatrices, sus ojos claros e inexpresivos vueltos a un vacío que sólo él podía contemplar. Después miré su raído jubón recosido, la vieja capa, la sobria valona lavada y relavada por Caridad la Lebrijana, el reflejo mate del sol en la cazoleta de la espada y en el puño de la daga que asomaba tras el cinto. Y fui consciente de un doble y magnífico privilegio: aquel hombre había sido amigo de mi padre, y ahora además era mi amigo, capaz de reñir por mí a causa de una simple palabra. O quizás en realidad hacía lo por él mismo; y las guerras del Rey, y quienes alquilaban su acero, y los amigos que lo empeñaban en empresas peligrosas, y los pisaverdes largos de lengua, y hasta yo mismo, no fuéramos sino pretextos para batirse por el mero hecho de batirse –como hubiera dicho Don Francisco de Quevedo, que ya apresuraba el paso para unirse a nosotros, olfateando querella, aunque tarde– pese a Dios y contra todo. De cualquier manera, yo habría seguido al capitán Alatraste hasta el zaguán del infierno por sólo una orden, un gesto o una sonrisa. Y estaba lejos de sospechar que era exactamente allí a donde me dirigía.

Creo haberles hablado ya de Angélica de Alquézar. Con los años, cuando fui soldado como Diego Alatraste y fui otras cosas que iremos contando en su momento, la vida puso mujeres en mi camino. No soy partidario de groseros alardes de taberna ni tampoco de nostalgias líricas; así que, pues el relato lo exige, zanjaré el asunto consignando que a cierto número amé, y que a algunas recuerdo con ternura, indiferencia o –las más veces– con una sonrisa divertida y cómplice: máximo laurel a que puede aspirar varón que sale ileso, con la bolsa

poco menguada, la salud razonable y la estima intacta, de tan dulces abrazos. Dicho esto, afirmaré a vuestras mercedes que, de cuantas mujeres cruzaron sus pasos con los míos, la sobrina del secretario real Luis de Alquézar fue sin duda la más bella, la más inteligente, la más seductora y la más malvada. Objetarán quizás que mi corta edad podía hacerme influenciado en exceso –recuerden que cuando esta historia yo era un jovencito vascongado con apenas un año en la Corte, y aún no cumplidos los catorce–; pero no hay tal. Incluso más tarde, cuando fui hombre cabal y Angélica una mujer de rompe y rasga, mis sentimientos se mantuvieron intactos. Era como amar al diablo aun sabiendo que lo es. Y creo haber referido antes que por aquel entonces ya andaba enamorado de la jovencita hasta las cachas. La mía no era todavía una de esas pasiones que llegan con los años y el tiempo, cuando la carne y la sangre se mezclan con los sueños y todo toma un aspecto denso, peligroso. En la época que narro, lo mío era una suerte de arrebatos singular; como asomarse a un abismo que atrae y atemoriza a la vez. Sólo más adelante –la aventura del convento y de la mujer muerta fue sólo una estación más de ese viacrucis– supe lo que encerraban los tirabuzones rubios y los ojos azules de aquella niña de once o doce años, por cuya causa hallé tantas veces a pique de perder honra y vida. Aun así la estuve amando hasta el final. E incluso ahora que Angélica de Alquézar y los demás hacen mucho dejaron de existir, trocándose en fantasmas familiares de mi memoria, voto a Dios y a todos los demonios del infierno –donde seguramente ella arde ahora– que la sigo amando todavía. A veces, cuando los recuerdos afloran tanto que añoro incluso a los viejos enemigos, me encamino al lugar donde está el retrato que pintó Diego Velázquez, y permanezco horas mirándola en silencio, consciente de que nunca la llegué a conocer del todo. Pero mi viejo corazón conserva, con las cicatrices que ella le infligió, la certeza de que esa niña, la mujer que me hizo en vida cuanto mal pudo, me amó también hasta la muerte, a su manera.

Pero en aquel tiempo todo eso estaba aún por descubrir. Y la mañana en que seguí su carruaje hasta la fuente del Acero, al otro lado del Manzanares y la puente segoviana, Angélica de Alquézar continuaba siendo para mí un enigma fascinante. Ya saben vuestras mercedes que ella solía pasar por la calle de Toledo en los trayectos entre su domicilio y el Alcázar, donde asistía a la reina y las princesas como menina. La casa donde vivía era la de su tío Luis de Alquézar, una vieja mansión en la esquina de la calle de la Encomienda con la de los Embajadores, que había sido del anciano marqués de Ortígoles hasta que éste, arruinado por una conocida comediante del corral de la Cruz que le descuartizó más cuartos que malhechores un verdugo, hubo de venderla para saldar cuentas con sus acreedores. Allí vivía mi enamorada con su tío y los criados de éste, que permanecía soltero y cuya única debilidad conocida, aparte el voraz ejercicio del poder que le facilitaba su posición en la Corte, era aquella sobrina huérfana, hija de una hermana fallecida con su marido durante el temporal que azotó en el año veintiuno a la flota de Indias.

La había visto pasar, como de costumbre, desde mi apostadero en la puerta de la taberna del Turco. A veces seguía un trecho su carruaje tirado por dos mulas, hasta la plaza Mayor o hasta las mismas losas de Palacio, donde solía volver sobre mis pasos. Todo eso por obtener la fugaz recompensa de una de sus miradas turbadoramente azules, que en ocasiones se dignaba concederme un momento antes de fijarse en algún detalle de los alrededores, o volverse a la dueña que solía acompañarla; una beatona con tocás, avinagrada, y tan roñosa y flaca como la bolsa de un estudiante; de esas de quienes podía en justicia decirse:

*Es mujer de escapulario  
con más botes de virtudes,  
aguas yervas y saludes  
que hay en casa un boticario.*

Yo, como tal vez recuerden, había cambiado ya con Angélica algunas palabras cuando la aventura de los dos ingleses; y siempre sospeché que ella, a sabiendas o no, había contribuido a tendernos la emboscada del corral del Príncipe donde en un tris estuvo de dejar la piel el capitán Alatrisme. Pero nadie es por completo dueño de sus odios ni de sus amores; así que, aun con eso, aquella niña rubia seguía hechizándome. Y la intuición de que todo era un juego endiabladamente peligroso no hacía sino acicatear mi imaginación.

La seguí pues, esa mañana, por la puerta de Guadalajara y la plazuela de la Villa. Hacía un día radiante y su carruaje, en vez de continuar hacia el Alcázar, bajó a la cuesta de la Vega, internándose en la puente segoviana para cruzar aquel río cuyo escaso caudal fue siempre causa de inspiración burlesca y chacota para los poetas, y del que hasta el periculto y exquisito Don Luis de Góngora –citado sea con perdón del señor de Quevedo– llegó a escribir aquella lindeza de:

*Bebióte un asno ayer, y hoy te ha meado.*

Supe después que Angélica andaba esos días quebrada de color, y su médico recomendaba paseos por los sotos y alamedas próximos a la huerta del Duque y la casa de Campo, así como la famosa agua de la fuente del Acero, tan prescrita, entre otras cosas, para las damas que sufrían de opilaciones. Fuente, por cierto, glosada por Lope en una de sus comedias:

*Mañana salga, en efecto,  
después que tome hasta media  
escudilla reposada  
del agua bien acerada  
que desopila y remedia.*

Angélica era todavía muy niña para ese tipo de males, pero lo cierto es que el frescor del lugar, el sol y el aire sano de las arboledas, le eran convenientes. Así que allí se encaminaba, con coche, cochero y dueña, mientras yo seguía sus pasos a distancia. Al otro lado de la puente y el Manzanares, damas y caballeros paseaban bajo las arboledas. En el Madrid de la época, lo mismo que en las iglesias a que antes me referí, allí donde había damas –y la fuente del Acero, como he dicho, atraía a no pocas, con dueñas o sin ellas– hervía la olla de galanes, citas, billetes, tercerías, lances amorosos y de los otros; que a veces lo uno aparejaba, por celos, trabarse de verbos y diretes, echar mano a la blanca y terminar el paseo a cuchilladas. Y es que en aquella España hipócrita y siempre esclava de las apariencias y el qué dirán, donde padres y maridos cifraban el honor en el recato de la mujer y de las hijas hasta el punto de no dejarlas salir a la calle, actividades en principio inocentes, como tomar el acero o ir a misa, se trocaban en ocasión privilegiada de aventuras, intrigas y amoríos:

*Yo voy fingiendo, mi querido esposo,  
que estoy descolorida y opilada,  
para engañar a un padre tan celoso  
y una tía tan mal intencionada.*

De modo que excuso a vuestras mercedes el ánimo caballeresco, el espíritu de lance con que, a mis cortos años, yo me encaminaba hacia tan novelero lugar en pos del coche de mi amada; lamentando sólo no tener edad para llevar al cinto una bizarra espada y pasar de parte a parte a posibles rivales. Lejos estaba de imaginar que, con el tiempo, aquellas previsiones mías habrían de cumplirse punto por punto. Más cuando llegó de verdad la hora de matar por Angélica de Alquézar, y lo hice, ni ella ni yo éramos ya unos niños. Y aquello había dejado de ser un juego.

Pardiez. Siempre ando a vueltas con digresiones y saltos en el tiempo que me alejan del hilo de mi historia. Así que volveré a retomarlo, apuntando algo importante: el entusiasmo por ver a mi amada me había hecho cometer un descuido que más tarde hube de lamentar mucho. Desde la visita de Don Vicente de la Cruz, yo había creído detectar en torno a nuestra casa movimientos de gente sospechosa. Nada decisivo, es cierto; sólo un par de caras de las que no solían frecuentar ni la calle del Arcabuz ni la taberna del Turco. Eso no era extraño, pues cerca, en la Cava Baja y otras calles próximas, había posadas de forasteros. Pero aquella mañana yo advertí algo que me hubiera dado que pensar de no hallarme pendiente de la aparición de Angélica, y que sólo más tarde fui considerando por lo menudo, cuando tuve buen tiempo para meditar sobre lo que me había llevado hasta cierto siniestro lugar donde fui. O donde, mejor dicho, me vi obligado a ir, y no precisamente por mi gusto.

La cuestión es que volviendo de misa en las Benitas, mientras yo quedaba a la puerta de la taberna, Diego Alatríste había proseguido camino para llegarse a la estafeta de la calle de los Correos. Y en ese momento, cuando ya el capitán se alejaba vía de Toledo arriba, dos desconocidos que paseaban con aire inocente entre los puestos de fruta habían cambiado unas palabras en voz baja antes que uno de ellos caminara a cierta distancia tras sus pasos. Yo los observé de lejos, y estaba considerando si era casual o si entre aquellos dos se concertaba monipodio, cuando el paso del carruaje de Angélica borró de mi existencia cuanto no fuese ella. Y sin embargo, como luego tuve ocasión de lamentar amargamente, los bigotazos de oreja a oreja, los chapeos de ala ancha calados a lo valentón, las espadas, dagas y andar a lo jaque de aquellos dos bravoneles, tenían que haberme puesto la nariz sobre el hombro. Pero Dios, el diablo o quien nos gaste las pesadas bromas que la vida encierra, gusta siempre de vernos, por nuestro descuido, soberbia o ignorancia, paseando en el filo de la navaja.

Era tan bella como Lucifer antes de ser expulsado del Paraíso. El carruaje se había detenido bajo los álamos que bordeaban el camino, y ella paseaba a pie por los alrededores de la fuente. Seguía llevando el cabello

rubio en tirabuzones, y su chamelote de aguas tan azules como sus ojos parecía un trozo desprendido del cielo limpio, sin una sola nube, que enmarcaba, al otro lado de la puente y del río, los tejados y chapiteles de Madrid, la vieja muralla y la maciza mole del Alcázar. Después de trabar las mulas, el cochero se había acercado a un corro donde charlaban colegas de oficio, y la dueña iba a llenar una vasija con agua de la fuente famosa. Angélica estaba sola, por tanto. Sentía mi corazón latir con fuerza cuando me acerqué bajo los árboles, y aún lejos vi a la niña saludar graciosamente a unas damas jóvenes que tomaban un refrigerio, y aceptar una golosina que le ofrecían, mirando a hurtadillas a la distante dueña. Habría dado en ese momento toda mi juventud y todas mis ilusiones por ser, en vez de un humilde pajecillo imberbe, uno de los gallardos hidalgos –o al menos con aspecto de tales– que por el lugar se paseaban, retorciéndose el bigote a la vista de las señoras o jugando de vocablo con ellas sombrero en mano, el puño apoyado galante en la cadera o en el pomo de la espada. Ciertamente que en el lugar había también gente ordinaria, y no poca, y pronto aprendí con la experiencia a maliciar que en aquel tiempo –como en éste– no era hidalguía cuanto veíase relucir; que abundantes busconas y pícaros se daban aires por vanidad o afán de medro, y que, aun siendo judío o moro, bastaba hacer mala letra, hablar despacio y grave, tener deudas, andar a caballo y llevar espada, para dárseles de hijodalgo y caballero. Pero ya dije una vez que sólo es maestro el bien acuchillado; y a mis pocos años, cualquiera que portase espada y capa, o chapines, basquiña y guardainfante, parecíame persona de calidad. Hasta ese punto era yo poco vivido.

Pasaron unos lindos a caballo, haciendo corvetas junto al estribo de un coche con damas, o daifas, o lo que fuesen, a las que iban requebrando; y deseé con toda el alma ser uno de ellos y poder acercarme de ese modo a Angélica, que se había internado un poco bajo la arboleda y, arregazándose el ruedo del guardapiés con infinita gracia, caminaba entre los helechos que bordeaban el arroyo. Parecía absorta en la contemplación del suelo, y cuando estuve más cerca pude comprobar que seguía camino a una larga fila de industriosas hormigas, que iban y venían con disciplina de lansquenets tudescos. Yo, arriesgando más que nunca, anduve algunos pasos más, y crujieron ramas en el suelo. Entonces ella alzó los ojos y me vio. O tal vez sea más exacto decir que el cielo y su vestido y su mirada me rodearon cual una nube cálida, y yo sentí mi cabeza girar como cuando en la taberna del Turco el vapor del vino derramado sobre la mesa embotaba mis sentidos y todo parecía ocurrir muy distante y muy despacio.

–Te conozco –dijo.

No sonreía, ni tampoco pareció sorprendida o disgustada por mi presencia. Mirábame fijamente, con curiosidad, del mismo modo que miran las madres y las hermanas mayores antes de decir has crecido una pulgada o te está cambiando la voz. Yo, que por suerte aquel día llevaba un jubón viejo pero limpio, sin remiendos, y unas calzas razonables, y por indicación del capitán me había lavado la cara y las orejas, intenté sostener impasible su escrutinio; y tras una breve lucha con mi cortedad logré devolver sereno la mirada.

–Me llamo Íñigo Balboa –dije.

–Lo sé. Eres amigo de ese capitán Triste, o Batistre.

Me tuteaba, lo que podía ser tanto señal de aprecio como desdén. Pero había dicho amigo del capitán, no paje, o criado. Y además, recordaba perfectamente quién era yo. Eso, que en otras circunstancias podía no ser tranquilizador en absoluto, pues mi nombre o el de Alatríste en boca de la sobrina de Luis de Alquézar eran más certeza de peligro que motivo de satisfacción, a mí se me antojó del todo adorable, holgándome más que con un hábito de Castilla. Angélica retenía mi nombre, y con él una porción de la vida que yo estaba resuelto a poner a sus pies, inmolándosela sin parpadear siquiera. Me sentía, a ver si me entienden, como el hombre que tiene atravesada una daga; que vive mientras la tiene y, en sacándosela, muere.

–¿Tomáis el acero? –pregunté, por romper el silencio que la fijeza de su mirada hacía ya insoportable.

Arrugó la nariz con un graciosísimo mohín.

–Como demasiados dulces –dijo.

Luego se encogió de hombros muy bachillera, como si aquello fuesen argumentos ajenos y además una estupidez, y miró hacia los aledaños de la fuente, donde la dueña se demoraba conversando con alguna amistad.

–Es ridículo –añadió, desdeñosa.

Deduje que Angélica de Alquézar no apreciaba mucho al dragón encargado de su custodia, ni tampoco las prescripciones de los médicos, que con sus sangrías y sus remedios despachan más cristianos que el verdugo de Sevilla.

–Supongo que sí –apunté, cortés–. Cualquiera sabe que los dulces son saludables –recordé vagamente algo que había oído en la taberna al boticario Fadrique–. Crían masa de la sangre y buenos humores... Estoy seguro de que un buñuelo de miel, un melindre o unos huevos de faltriquera tonifican más una naturaleza melancólica que un litro de agua de esta fuente.

Me callé, inseguro de ir más allá, pues hasta ahí llegaban mis saberes facultativos.

–Tienes un acento gracioso –dijo ella.

–Vascuence –repuse–. Nací en Oñate.

–Creía que los vascongados acuchillabais las palabras: Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas...

Se rió. Si no sonase a afectación, diría que su risa era de plata. Tintineaba como la plata bruñida que los artesanos sacaban a la puerta de sus tiendas el día del Corpus en la puerta de Guadalajara.

–Ésos son los vizcaínos –maticé algo amoscado, aunque poco seguro de la diferencia–. Oñate está en Guipúzcoa.

Sentí la urgente necesidad de impresionarla, aunque no sabía con qué. Torpemente quise retomar el hilo de mi disertación sobre las propiedades benéficas de los dulces. Ahuequé la voz:

–En cuanto a las naturalezas melancólicas...

Me interrumpí cuando pasó junto a nosotros un perro, un gran mastín pardo que correteaba por las inmediaciones, y por instinto me interpuse, sin pensarlo, entre él y la niña. Alejóse el can sin buscar pendencia, como hiciera el león con Don Quijote; y cuando volví a mirarla, Angélica me observaba de nuevo como al principio, curiosa.

–¿Qué sabes tú de mi naturaleza?

Le vibraba en la voz una nota de desafío, y los ojos inmensamente azules se habían vuelto muy serios y nada tenían de infantiles. Me entretuve en su boca aún entreabierta con la pregunta, en su barbilla redondeada y suave, en las espirales rubias de los tirabuzones que pendían sobre sus hombros cubiertos con delicadas puntas flamencas. Luego probé a tragar saliva con el mayor disimulo posible.

–Nada sé todavía –respondí, con la sencillez que pude–. Pero sé que moriría por vos.

Ignoro si me ruboricé pronunciando tales palabras; más hay cosas que uno debe decir cuando las debe, y si no lo hace arriesga lamentarlo toda su vida. Aunque a veces lo que lamenta después sea precisamente haberlas dicho.

–Moriría –repetí.

Hubo un largo y delicioso silencio. El ama ya venía de regreso, negra bajo sus tocas blancas como urraca de mal agüero, con el cuartillo de agua en la mano. El dragón estaba a punto de tomar de nuevo posesión de mi doncella, así que me dispuse a meterme en baraja, poniendo tierra de por medio. Pero Angélica continuaba observándome cual si fuera capaz de leer en mi interior. Entonces se llevó las manos al cuello y extrajo una cadenita de oro con un pequeño dije colgado. Soltó el fiador, y púsola en mis manos.

–Tal vez un día mueras –susurró.

Y seguía mirándome, enigmática, al decir aquello. Pero al mismo tiempo asomó a su boca de niña una sonrisa tan hermosa, tan perfecta, tan llena de toda la luz de aquel cielo español inmenso como el abismo de sus ojos, que deseé morir en efecto en ese instante, acero en mano, gritando su nombre como allá en Flandes mi padre había gritado el de su Rey, su patria y su bandera. Y a fin de cuentas, pensé, quizás todo ello fuera la misma cosa.



## IV. EL ASALTO

Un perro ladró cuatro veces a lo lejos y después vino de nuevo el silencio. Bien herrado el cinto con pistola, espada y daga, el capitán Alatraste observó la luna que parecía a punto de ensartarse en el chapitel del convento de las Benitas, y después miró, a uno y otro lado, los lugares que quedaban en sombra en la plazuela de la Encarnación. No había moros en la costa.

Se ajustó el colete de piel de búfalo y echó hacia atrás los faldones del herreruelo que llevaba sobre los hombros. Como si eso fuera una señal, tres siluetas oscuras se deslizaron cerca; y, dos por un lado de la plaza y otra por el contrario, se aproximaron a la tapia del convento. Había una ventana iluminada en él; y a poco alguien mató la luz, encendiéndola otra vez al cabo de un instante.

—Es ella —susurró Don Francisco de Quevedo.

Estaba apoyado en la pared, muy negro de sombrero, ropa y capa, y no había probado una sola gota en toda la noche, pese al frío del sereno, a fin —decía— de conservar el pulso. Oí como sacaba despacio media espada de la vaina y luego la dejaba caer, comprobando si corría bien; pero no llegué a ver el gesto. Escuché sin embargo, murmurados entre dientes, un par de sus versos:

*No pudieron vencer a mis dolores  
las noches, ni dar paz a mis enojos...*

Me pregunté brevemente si Don Francisco decía aquello para aliviarse la inquietud, para tener el frío a raya, o porque era en verdad hombre de cuajo, capaz de componer versos en las mismas puertas del infierno. De cualquier modo, no era aquella ocasión para apreciar en lo debido el estilo del genial satírico. Yo estaba atento al capitán, cuyo perfil oscuro permanecía inmóvil bajo el ala ancha del chapeo, cubierto por un antifaz de sombra. Aún estuvo así un poco, mientras al otro lado de la plaza los tres bultos oscuros que antes habían cruzado se estaban muy quietos, intentando pasar inadvertidos. El perro ladró de nuevo, sólo dos veces esta vez, y de la cuesta de los Caños del Peral vino, como respuesta, el relincho apagado de las mulas del coche que allí aguardaba. Entonces Diego Alatraste volvióse hacia mí, y con la luna que daba en la plazuela vi clarear sus ojos.

—Ten mucho tiento —dijo.

Después me puso una mano en el hombro. Y yo respiré hondo y crucé la plaza como quien se mete en la boca de un lobo, sintiendo fijos en mí los ojos del capitán y, en los oídos, el homenaje que Don Francisco tuvo a bien improvisar mientras me alejaba:

*Feliz, de piedra el alto muro escala  
el que en lozana juventud se fía.*

El corazón me iba tan fuerte como por la mañana, junto a Angélica de Alquézar. O tal vez más. Sentía una tensión casi insoportable en el estómago y la garganta, y en mis oídos redoblaban extraños tambores cuando pasé junto a los bultos agazapados de Don Vicente de la Cruz y sus hijos. Estaban pegados a la tapia y relucían las armas entre sus capas.

—Date prisa, chico —susurró el padre, impaciente.

Asentí sin decir nada, y seguí la tapia hasta el guardacantón de la esquina. Allí me persigné subrepticamente, encomendándome al mismo Dios de quien me aprestaba a violar un sagrado recinto. Luego subí sin dificultad al guardacantón —yo tenía entonces la agilidad de un simio— y, sosteniéndome en equilibrio sobre su estrecho remate, pude echar las manos arriba e izarme a pulso hasta que me vi encaramado en lo alto del muro. Allí estuve a horcajadas, procurando no recortarme demasiado en la claridad de la luna, teniendo a un lado, abajo, la calle y la plazuela con los bultos silenciosos de mis compañeros de aventura pegados a la pared; y al otro el silencio umbrío del huerto de las Benitas, sólo roto a intervalos por el chirriar de un grillo noctámbulo. Esperé a que el redoble del tambor decreciese en mis tímpanos antes de moverme de nuevo; y cuando lo hice tintineó, al salirse de mis ropas y rozar en el muro, el dije con la cadena que Angélica de Alquézar me había regalado en la fuente del Acero. Yo había pasado horas mirándolo; parecía antiguo, y en su interior figuraban varios signos grabados, muy extraños y fascinantes.

Lo introduje otra vez en la camisa, bien pegado al pecho, esperando que ese amuleto me trajese la suerte que requería el lance. Las ramas de un manzano rozaron mi cara cuando me incliné hacia dentro de la tapia y, tras colgar de las manos, dejéme caer desde seis o siete pies de altura. Rodé por el suelo sin excesivas magulladuras, sacudí la tierra de mi ropa, y, rogando a la Madre de Dios que no hubiese perros sueltos en el lugar, anduve pegado a la tapia hasta la puertecilla y descorrí con diligencia el cerrojo. Apenas hube abierto se colaron dentro Don Vicente de la Cruz y sus hijos, embozados en sus capas y con las herreruzas desenvainadas, y cruzaron el huerto con rápidos pasos que la tierra blanda amortiguaba. Aquello, en lo que a mi tocaba, era negocio hecho.

Había cumplido como mozo de hígados; que de no haber empresas no conociéramos a los héroes. Así que salí a la calle, satisfecho, y crucé sin demora la plazuela. Mis instrucciones eran estrictas por parte del capitán: ir a casa por el camino más corto. Anduve arrimado al pretil de la cuesta, dejando las Benitas y la Encarnación a mi espalda, sereno y henchido de orgullo porque todo había salido a pedir de boca. Entonces me asaltó la tentación de permanecer en los alrededores, cerca del coche que aguardaba con las mulas trabadas, para ver, aunque fuese a la luz de la luna y por un instante, a la doncella rescatada cuando su padre y hermanos la llevaran hasta allí. Dudé un momento entre la disciplina y el gusto, sin llegar a resolverme del todo. Y en esa irresolución estaba cuando oí el primer disparo.

Eran al menos diez, calculó Diego Alatraste mientras desenvainaba espada y daga. Y en el patio del convento, algunos más. Salían de todas partes, de las esquinas y los zaguanes, y calle y plazuela relucían de aceros desenvainados mientras los gritos «¡Ténganse a la Inquisición!» y «¡Favor al Rey!» atronaban la noche de arriba abajo. Sonaron más tiros al otro lado de la tapia de las Benitas, y un confuso tropel apareció en la puertecilla, con mucha gente trabándose a estocadas. Por un momento Alatraste creyó ver unas tocas blancas de novicia entre el vaivén de aceros, pero la escena quedó oculta por el resplandor de dos nuevos pistoletazos. Y, además, era momento de cuidar la propia salud. El grito de ténganse a la Inquisición bastaba para erizarle el cabello a cualquiera; y, de haber espacio para ello, el capitán habríase impresionado lo mucho que las circunstancias reclamaban. Pero ya estaba luchando por salvar la piel, y en tales trances igual daba Inquisición que corchetes del corregidor: lo mismo degüella cuchilla seglar que rociada con agua bendita. Paró con su daga la estocada de una sombra que parecía materializarse de la nada a su espalda, hizo a la sombra retroceder con tres mandobles y un voto a Dios, y por el rabillo del ojo vio que Don Francisco de Quevedo se enfrentaba a otras dos. Era superfluo –hubiera exigido gastar resuello necesario a otros menesteres– gritar traición o algo por el estilo. Así que Don Francisco y el capitán se aplicaron a batirse con la boca más o menos cerrada. Fuera quien fuese el responsable, la emboscada estaba clara y allí no quedaba sino vender caras las asaduras de cada uno. El que había atacado antes cerraba de nuevo contra Alatraste; así que éste, intuyendo el acero enemigo por su reflejo, afirmó los pies, paró justo a tiempo un buen tajo de revés, avanzó un pie y luego el otro, sujetó la espada del adversario entre el codo y el costado, adelantó la punta de la suya, y al extremo de la herreruza pudo oír el adecuado grito de dolor cuando marcó al otro en la cara. Por fortuna los familiares de la Inquisición no eran Amadises, y aquello resultaba llevadero. Retrocedió en la oscuridad hasta apoyar la espalda en un muro, y aprovechó el respiro para echarle un vistazo a Don Francisco. El poeta, fiel a su probada destreza, cojeando y maldiciendo ahora entre dientes, mantenía a raya a quienes lo acosaban; pero llegaba más gente, y pronto iban a faltar manos para sangrar tanto puerco. Por suerte, casi todos los atacantes se concentraban junto a la tapia de las Benitas, donde la confusión y los gritos iban en aumento. Era obvio que Don Vicente de la Cruz y sus hijos andaban listos de memoriales. Hasta el capitán llegó el olor de cuerdas de arcabuz encendidas.

–¡No queda sino largarse! –le gritó a Don Francisco, intentando hacerse oír por encima del cling clang de los aceros.

–¡Eso intento! –replicó el poeta, entre mandoble y mandoble–... ¡Desde hace rato!

Acababa de matar a uno de sus adversarios y retrocedía a lo largo del muro, con el otro pegado a la toledana. Una nueva sombra apareció de improviso ante Alatraste, o tal vez fuera la misma de antes que se había rehecho y venía con las de Mahoma, a cobrarse el tajo de la cara. Hubo chispas al chocar las espadas entre sí y contra la pared, y luego el capitán, protegiéndose con el antebrazo izquierdo a la altura de la cabeza, aprovechó que el otro se afirmaba entre dos movimientos para arrojarle contra él y darle una patada que lo hizo trastabillar. Después acuchilló de cerca con espada, daga, Y luego otra vez espada. Cuando su enemigo quiso enderezarse, al menos dos cuartas de acero del capitán debían de asomarle por la espalda.

–¡Virgen santísima! –le oyó murmurar, echando el aliento al tiempo que Alatraste le sacaba la hoja del pecho. Después blasfemó, invocó de nuevo a la Virgen y cayó de rodillas pegado a la pared, mientras su espada resonaba metálica en el suelo, entre sus muslos.

Alguien se alejó corriendo del tropel de gente arremolinado ante el convento. Entonces empezaron los tiros de arcabuz, y la calle y la plazuela parecían una fiesta de cohetes y pólvora. Algunas balas zurrearon cerca del capitán y de Don Francisco, y una se aplastó entre ellos, en el muro.

–Joder –dijo Quevedo.

La cosa no estaba para endecasílabos. Y llegaba más gente. Alatraste, empapado en sudor bajo el colete de búfalo que ya le había ahorrado al menos tres buenas mojadas aquella noche, miró alrededor buscando el modo de zafarse y huir. Al retroceder ante una acometida, Don Francisco se acercó al capitán de modo que sus hombros se tocaron. El pensamiento del poeta era idéntico.

–Que cada perro –dijo con voz entrecortada, entre una finta y un ataque– se lama su pija.

Tenía al segundo adversario revolviéndose herido en el suelo, a sus pies; pero ya andaba trabado con otro y empezaban a faltarle las fuerzas. Entonces el capitán, que estaba más desembarazado, púsose la daga entre los dientes, sacó del cinto con la zurda la pistola de chispa, y a medio palmo del enemigo que acosaba al poeta descerrajó un pistoletazo que le llevó media quijada. El fogonazo del tiro contuvo un instante a los que se acercaban, y aprovechando el respiro, sin hacerse de rogar, Don Francisco echó a correr muy lindamente a pesar de su cojera, como por la posta.

Tras un instante para estorbar que lo siguieran, Alatraste hizo lo mismo, eligiendo una calleja que tenía prevista según costumbre de los soldados veteranos, hechos a industrializar caminos de retirada antes de trabarse en combate; pues luego, cuando viene un mal naípe, no siempre quedan salud o claridad de juicio para tan útil diligencia. La callecita discurría bajo un arco y se cerraba en una tapia que el fugitivo pudo saltar sin dificultad, aunque espantando gallinas sobre cuyo cobertizo cayó con estrépito. Alguien hizo luz y gritó en una ventana, pero ya el capitán pasaba al otro lado del patio, tropezando en la oscuridad sin lastimarse mucho. Y tras franquear una valla vióse al otro lado, libre y en razonable estado de salud salvo algunos arañazos; con la boca más seca que las dunas de Nieuport. Buscó un rincón oscuro para tomar aliento mientras se preguntaba si Don Francisco de Quevedo habíase o no puesto en cobro. Cuando pudo oír algo más que el resuello de su propia respiración, comprobó que en el convento de las Benitas ya no sonaban tiros ni gritos; nadie iba a dar un maravedí por la piel de Don Vicente de la Cruz y sus hijos. Eso, pardiez, en el caso poco probable de que alguno siguiera vivo.

Oyó pasos corriendo, como de gente armada, y hubo resplandor de faroles por las esquinas. Después volvió el silencio. Más descansado y dueño de sí, estúvose mucho rato quieto en la oscuridad. El sudor que se le enfriaba bajo el colete lo hacía temblar; pero no paró demasiado en ello. Se preguntaba una y otra vez quién les había tendido aquella trampa.

Los disparos y el batir de aceros habíanme hecho regresar sobre mis pasos, mientras me preguntaba angustiado qué ocurría en la plazuela de la Encarnación. Eché a correr de vuelta, más a poco la prudencia hizo camino en mi ánimo. Quien pierde el seso –era una de las máximas soldadescas que había aprendido del capitán– termina perdiendo también la cabeza, a menudo con la ayuda indeseable de una sogá. Me detuve, por tanto, con el corazón desbocado en el pecho, mientras intentaba considerar qué era lo más oportuno, y en qué mi presencia podía ayudar o estorbar a mis amigos. En eso estaba cuando sentí rumor de pasos que se acercaban a la carrera, y el escalofriante grito de «¡Ténganse a la Inquisición!», que en aquel tiempo, como he dicho a vuestras mercedes, bastaba para erizar la piel al más crudo valentón de la jacaranda. Túveme, en efecto, con harta precaución, y en un santiamén había saltado poniéndome en cobro bajo el murete de piedra que, a modo de pretil, bajaba a lo largo de la cuesta. Apenas rehecho del golpe oí los pasos arriba, más tiros y gritos, y chocar de aceros cercano. No tuve tiempo de inquietarme más por la suerte del capitán y Don Francisco, pues empezó a preocuparme de veras la mía cuando un cuerpo cayó desde encima. Me dispuse a saltar de allí como una liebre, pero el recién llegado profirió un lastimero gemido que me hizo reparar en él, de modo que la claridad de la luna bastó para que reconociese al más joven de los dos hermanos de la Cruz, el llamado Don Luis, que venía malherido en su fuga desde el convento. Fuíme a él, y me miró en la semioscuridad con ojos espantados, que la parva luz de la noche hacia brillar febriles. Púsome la mano en la cara, como suelen los ciegos para conocer a la gente, y luego se inclinó hacia adelante, vencido por algo que en un primer momento tomé por desmayo hasta que, al apoyar mis manos en él, las retiré mojadas en sangre. Venía Don Luis pasado de parte a parte por algún tiro de arcabuz y varias cuchilladas, y cuando se venció en mis brazos olí sudor fresco mezclado con el dulzor nauseabundo de la sangre.

–Ayúdame, chico –le oí murmurar.

Lo había dicho tan bajo y tan débil que apenas pude entender sus palabras; y el aliento que se le escapó con ellas pareció debilitarlo más. Quise incorporarme tirando de él por un brazo, pero pesaba mucho y las heridas lo estorbaban; sólo pude arrancarle un prolongado quejido de dolor. Venía sin espada, armado con una daga al cinto, cuya empuñadura toqué al intentar alzarlo.

–Ayúdame –repitió.

Así, moribundo, parecía mucho más joven, casi de mi edad; y todo lo que su apariencia y gallardía me habían impresionado antes se desvaneció por completo. Él era mayor y buen mozo, pero estaba lleno de agujeros; y yo, sin embargo, seguía sano y era su única esperanza. Eso me hizo sentir una singular responsabilidad. Así que, reprimiendo la natural querencia de dejarlo allí y buscar resguardo con toda la presteza de mis piernas, peguéme a él, pasé sus brazos sobre mis hombros y quise cargarlo a espaldas; pero estaba harto desmadejado y resbalaba en su propia sangre. Pasé una mano por mi cara, desesperado, y al hacerlo tiñóse toda con el líquido viscoso que me goteaba encima. Don Luis había caído de nuevo, apoyado contra el murete de piedra, y ya apenas se dolía. Intenté buscar a tientas alguno de los boquetes grandes por los que se le iba el alma, para taponárselo con un lienzo que saqué de mi faltriquera; pero cuando hallé uno y metí los dedos dentro, como Santo Tomás, supe que daba igual, y que aquel mozo no iba a ver levantarse el día.

Me sentía extrañamente lúcido. Es hora de irte, Íñigo, me dije. Los disparos y la algazara habían cesado en la plazuela, y el silencio era más amenazador si cabe. Pensé en el capitán y en Don Francisco. A tales horas podían estar muertos, presos o en fuga; y ninguna de las tres posibilidades era alentadora, por más que mi confianza en el acero del poeta y en la serenidad de mi amo inclinase a creerlos en cobro, o acogidos a la seguridad de alguna iglesia próxima. Aunque pocas había abiertas a tan menguada hora.

Me incorporé despacio. Hecho un ovillo, Luis de la Cruz ya no se quejaba. Moría silenciosamente, y sólo llegaba hasta mí su respiración, cada vez más débil y entrecortada, que anegaba de vez en cuando un siniestro gorgoteo. Ya no tenía fuerzas para pedir ayuda ni llamarme chico. Se ahogaba en su propia sangre, derramada lentamente en una gran mancha oscura que la claridad lunar iluminaba en el suelo.

Sonó un último tiro de pistola o arcabuz, muy alejado, como sí persiguieran a alguien; y me aferré a ese tiro con la esperanza de que alguien lo hubiese disparado, impotente, contra la sombra fugaz de un capitán Alatraste que se ponía a salvo en la oscuridad. En cuanto a mi joven pellejo, era hora de buscarle resguardo. Así que me llegué hasta el moribundo, extrájele del cinto aquella daga que no iba a servirle de nada en el viaje, y con ella en la mano me incorporé resuelto a largarme de allí.

Entonces oí la musiquilla. Una especie de tirurí-ta-ta que alguien silbaba a mi espalda. Eso me dejó helado, y mis dedos pringosos con la sangre de Luis de la Cruz se crisparon en la empuñadura. Me volví muy despacio, alzando el acero; y, al hacerlo, éste relució brevemente ante mis ojos. Apoyada en el extremo del murete de piedra había una sombra que me era familiar: una silueta oscura envuelta en capa y sombrero negro de anchas alas. Y, reconociéndola, supe que la trampa era mortal, y que también se había cerrado sobre mí.

–Volvemos a encontrarnos, rapaz –dijo la sombra.

La voz quebrada, chirriante, de Gualterio Malatesta sonaba en el silencio de la noche como una sentencia de muerte. Dirán vuestras mercedes que cómo diablos me quedé allí, plantado sobre mis pies, en vez de salir cual ánima que llevara el diablo, o huyera de él. Las razones son dos: de una parte, la aparición del italiano me había dejado tan quieto como un poste clavado en el suelo; de la otra, mi enemigo se interponía justo en el camino de fuga que yo debía seguir para abandonar el rincón junto al pobre Luis de la Cruz. El caso es que allí me quedé, sosteniendo la daga ante mí, mientras Malatesta me observaba con calma, cual si tuviera por delante todo el tiempo del Averno.

–Volvemos a encontrarnos –repitió.

Luego se apartó del murete casi con esfuerzo, igual que sí le diera pereza moverse, y avanzó un paso hacia mí. Uno sólo. Pude ver que llevaba la espada dentro de la vaina. Moví un poco la daga, sin bajarla, y volvió ésta a brillar suavemente entre él y yo.

–Dame eso –dijo.

Apreté los dientes sin responder, para que no alcanzase a calcular todo mi miedo. A un lado, en el suelo, el moribundo emitió un último gemido y dejé de oír su estertor. Haciendo caso omiso de mi acero desnudo, Malatesta dio dos pasos más en su dirección y se inclinó un poco, atento.

–Menos trabajo para el verdugo.

Lo empujó con un pie mientras hablaba. Después volvióse de nuevo a mí, que seguía amenazándolo con la daga. Comprobé, pese a la oscuridad, que parecía sorprendido de verme aún con ella en la mano.

–Déjalo ya, rapaz –murmuró, sin prestarme casi atención.

Otras sombras se destacaban alrededor, hombres armados que se iban acercando; y éstos sí traían pistolas, espadas y dagas desenvainadas. La luz de un farol dobló la esquina sobre el murete, se asomó arriba de nuestras cabezas y descendió luego por la cuesta. A su resplandor pude ver la sombra negra del italiano deslizarse sobre Luis de la Cruz. El joven estaba inmóvil, acurrucado en el suelo; y de no ser por los ojos abiertos, fijos ante sí, hubiérase dicho que dormía en un inmenso charco rojo.

El farol ya se acercaba, proyectando ahora sobre mí la sombra de Malatesta. Lo vi recortarse en el contraluz junto a los reflejos metálicos de los hombres que llegaban. Yo seguía manteniendo la daga alzada. Y cuando el farol se detuvo cerca, iluminó lateralmente el rostro flaco y picado de viruela y cicatrices del espadachín, semejante a una siniestra faz de la luna. Sobre su bigote, recortado muy fino, los ojos tan negros como su indumentaria me estudiaban con divertida atención.

–Date preso a la Santa Inquisición, rapaz –dijo, y la temible fórmula sonaba a burla en su boca, con aquella sonrisa que era una amenaza.

Yo estaba aterrado en demasía para responder o moverme, así que no lo hice. Me estuve inmóvil, siempre con la daga empuñada en alto; e imagino que, visto desde afuera, eso podía interpretarse como resolución. Tal vez por ello creí sorprender curiosidad, o interés, en la mirada negra de mi enemigo. Al cabo de un instante, algunos de los esbirros que nos rodeaban hicieron ademán de ocuparse de mí; pero Malatesta los detuvo con un gesto. Después, muy despacio, cual si estuviera dándome la oportunidad de reflexionar, sacó la espada de la vaina. Una espada enorme, interminable, de grandes gavilanes y amplia cazoleta. Contempló unos momentos la hoja, con aire reflexivo, y luego alzóla lentamente hasta que relució ante mí. Junto a ella, mi pobre daga parecía ridícula. Pero era mi daga. Así que, aunque el brazo empezaba a pesarme como si estuviera cargado de plomo, la mantuve delante, siempre quieto, mirando los ojos del italiano como quien mira los ojos fascinadores de una serpiente.

–Tiene hígados, el mozo.

Hubo risas entre las sombras que nos cercaban tras el farol. Malatesta alargó su acero hasta rozar la punta de mi daga. Aquel toque metálico me erizó el vello en la nuca.

–Déjalo ya –dijo.

Alguien volvió a reír, y aquella risa me encendió la sangre. Tiré una cuchillada violenta para apartar el acero de Malatesta, y el cling resonó igual que un desafío. De pronto, sin saber cómo, vi la punta de su espada a dos pulgadas de mi cara, inmóvil, cual sí considerase muy por lo menudo atravesarme o no. Tiré otra cuchillada, más la hoja desapareció de pronto y mi golpe se perdió en el vacío.

Hubo nuevas risas. Y yo sentí por mí mismo una pena muy honda y un gran desconuelo; una tristeza infinita que me hizo subir las ganas de llorar, no a los ojos –que mi orgullo mantenía secos–, sino al corazón y la garganta. Y comprendí que hay cosas que ningún hombre puede tolerar, aunque le vaya la vida en ello, o justamente porque le va en ello más que la vida. Y en esa tristeza rememoré los montes y los campos verdes de mi infancia, y el humo de los caseríos en el aire húmedo de la mañana, y el recuerdo de las manos duras y ásperas de mi padre, con el roce de su mostacho de soldado el día que me abrazó por última vez siendo yo muy niño, antes de ir a buscar su destino bajo los muros de Jülich. Y sentí el calor de la chimenea, y entreví el escorzo de mi madre inclinada junto al fuego, cosiendo o cocinando; y la risa de mis hermanillas que jugaban cerca. Y añoré desesperadamente el calor tibio del lecho al amanecer los días de invierno. Y después fue el cielo azul como los ojos de Angélica de Alquézar el que lamenté no tener sobre mí, en vez de acabar en la oscuridad, a la luz de un farol, de aquel modo tan sombrío y tan triste. Pero nadie escoge el momento, y aquel sin duda era el mío.

Es hora de morir, me dije. Y con todo el vigor de mis trece años, y con toda la desesperación de cuantas cosas hermosas ya no serían posibles para mí, nunca, miré con fijeza la punta reluciente del acero enemigo y encomendé mi alma a Dios torpemente, con una rápida oración que mi madre me había enseñado en su lengua vascuence con mis primeras palabras. Y luego, seguro de que mi padre estaría aguardándome con los brazos abiertos y una sonrisa de orgullo en la boca, empuñé bien fuerte la daga, cerré los ojos y me arrojé, tirando cuchilladas a ciegas, contra la espada de Gualterio Malatesta.

Viví. Después, cada vez que quise recordar el momento, sólo pude recomponerlo mediante una rápida sucesión de sensaciones: el brillo último de la espada ante mí, la fatiga del brazo asestando golpes a diestro y siniestro, el impulso hacia adelante sin dar en nada, ni acero, ni dolor, ni resistencia. Y, de pronto, el contacto con un cuerpo sólido, recio, y unas ropas, y una mano fuerte que me sujetaba, o más bien parecía abrazarme cual si temiera que me lastimase. Y mi brazo intentando liberarse para apuñalar, mientras yo me debatía en silencio, y una voz con vago acento italiano susurraba «¡Tranquilo, rapaz, tranquilo!» casi con ternura, sujetándome como si el daño con la daga me lo fuera a infligir yo mismo. Y luego, mientras seguía debatiéndome con la cara hundida entre aquel ropaje oscuro que olía un poco a sudor y un poco a cuero y a metal, la mano que parecía abrazarme o protegerme retorcióme el brazo despacio, sin excesiva brutalidad, hasta que hube de soltar la daga. Entonces, a punto de echarme a llorar y deseando poder hacerlo, así aquel brazo con fuerza, con rabia, como un perro de presa dispuesto a hacerse matar en el sitio. Y no cejé hasta que aquella misma mano se cerró en un puño, y un golpe detrás de mi oreja hizo estallar la noche en mil pedazos y me sumió en un sueño repentino y brutal. Un vacío negro, profundo, donde caí sin proferir un grito ni una

queja. Dispuesto a ir a Dios como buen soldado. Después soñé que no había muerto. Y me aterró la certeza de que iba a despertar.

## V. EN EL NOMBRE DE DIOS

Desperté con sobresalto, dolorido, en la oscuridad de un coche en movimiento cuyas ventanillas estaban cegadas. Sentía un peso extraño en las muñecas, y al moverme escuché un tintineo metálico que me llenó de espanto: llevaba grilletes de hierro, y éstos se hallaban sujetos al suelo del carruaje con una cadena. A través de las rendijas vislumbré luz, por lo que deduje era ya entrado el día. De cualquier modo, yo no tenía idea del tiempo transcurrido desde mi prisión; pero el carruaje rodaba a velocidad regular, y a veces, en las cuestas, oía el chasquido del látigo y los gritos del cochero fustigando a las mulas. También sonaban cascos de caballerías junto al estribo, yendo y viniendo. Me conducían, pues, fuera de la ciudad, encadenado y con escolta. Y según había oído al caer preso, quien me llevaba era la Inquisición. No había que estrujarse mucho el magín para concluir lo evidente: si alguien tenía un negro futuro en perspectiva, ese alguien era yo.

Lloré. Me puse a llorar con desconuelo en la oscuridad traqueteante del carruaje, donde nadie podía verme. Lloré hasta que no me quedaron lágrimas, y luego, sorbiéndome los mocos, me acurruqué en un rincón y me puse a esperar, muerto de miedo. Como todos los españoles de entonces, yo sabía suficiente de los usos inquisitoriales –aquella siniestra sombra formó durante años y años parte de nuestras vidas– para conocer cuál era mi destino: las temibles mazmorras secretas del Santo Oficio, en Toledo.

Creo haber hablado antes a vuestras mercedes de la Inquisición. Lo cierto es que no fue aquí peor que en otros países de Europa; aunque holandeses, ingleses, franceses y luteranos, que eran entonces nuestros enemigos naturales, la incluyeran en esa infame Leyenda Negra con la que justificaron el saqueo del imperio español en la hora de su decadencia. Verdad es que el Santo Oficio, creado para velar por la ortodoxia de la fe, en España fue más riguroso que en Italia y Portugal, por ejemplo, y aún peor en las Indias Occidentales. Pero Inquisición hubo también en otros sitios. Y además, con su pretexto o sin él, tudescos, franceses e ingleses chamuscaron más heterodoxos, brujas y pobres desgraciados que los quemados en España; donde, merced a la puntosa burocracia de la monarquía austriaca, todos y cada uno de los chicharrones que hubo, muchos pero no tantos, figuran debidamente registrados con procesos, nombres y apellidos. Cosa de la que no pueden presumir, por cierto, los gabachos del Rey cristianísimo de Francia, los malditos herejes de más arriba o la Inglaterra siempre falsa, miserable y pirata; que cuando quemaban ellos lo hacían alegremente y a montón, sin orden ni concierto y según les venía en ganas o en intereses, condenado hatajo de hipócritas. Además, en aquel tiempo la justicia seglar era tan cruel como la eclesiástica, y las gentes también lo eran, por incultura y por afición natural del vulgo a ver descuartizar al prójimo. De cualquier modo, la verdad es que a menudo la Inquisición fue un arma de gobierno en poder de reyes como nuestro cuarto Felipe, que dejó en sus manos el control de cristianos nuevos y judaizantes, la persecución de brujos, bígamos y sodomitas, e incluso la potestad de censurar libros y combatir el contrabando de armas y caballos, y el de la moneda y su falsificación. Esto, con el argumento de que contrabandistas y monederos falsos perjudicaban grandemente los intereses de la monarquía; y quien era enemigo de ésta, defensora de la fe, lo era también de Dios, en corto y por derecho.

Y sin embargo, a pesar de las calumnias extranjeras, y a pesar de que no todos los procesos se resolvieron en la hoguera y hubo numerosos ejemplos de piedad y de justicia, la Inquisición, como todo poder excesivo en manos de los hombres, resultó nefasta. Y la decadencia que sufrimos los españoles en el siglo –polvos que trajeron y traerán todavía muchos lodos– puede explicarse, ante todo y sobre todo, por la supresión de la libertad, el aislamiento cultural, la desconfianza y el oscurantismo religioso creados por el Santo Oficio. Era tan grande el horror que esparcía, que hasta sus llamados familiares, agentes colaboradores de la Inquisición –oficio que podía adquirirse con dinero–, gozaban de completa impunidad. Decir familiar del Santo Oficio equivalía a decir espía o delator, y de ellos se censaban 20.000 en la España del católico Felipe. Con ese panorama, hagan cuentas vuestras mercedes de lo que la Inquisición significó en un país como el hispano, donde a la justicia la movía menos un toro que un doblón de a ocho, donde se compraba y se vendía hasta el Santísimo Sacramento, y donde, además, cada hijo de vecino tenía cuentas que ajustar con otro, sin que hubiese dos españoles –y a fe mía sigue sin haberlos– que tomaran el chocolate para el desayuno de la misma forma: de Guaxaca aquél, negro el otro, ése removido con leche, éste con picatostes y el de más allá en jícara y con torrijas. La cuestión ya no era ser buen católico y cristiano viejo, sino parecerlo. Y nada lo parecía más que delatar a quienes no lo eran; o a quienes uno sospechaba, por viejos rencores, celos, envidias o querellas, que bien pudieran no serlo. Y entre el paisanaje, como era de esperar, llovían las denuncias, y el sé de buena

tinta, y el cuentan que, igual que si cayese granizo. Así, cuando el dedo implacable del Santo Oficio apuntaba a algún infeliz, éste se veía abandonado en el acto de valedores, amigos y parientes. Y de ese modo acusaba el hijo al padre, la mujer al marido, y el preso necesitaba delatar a cómplices, o inventarlos, para escapar a la tortura y a la muerte.

Y ahí estaba yo, a mis trece años, atrapado en aquella red siniestra, sabiendo lo que me esperaba y sin atreverme siquiera a parar muchas mientes en ello. Conocía historias de gente que se había quitado la vida para escapar al horror de las cárceles hacia las que me llevaban; y debo confesar que allí, en la oscuridad del carruaje, llegué a comprenderlos bien. Hubiera sido más fácil y más digno, discurría, haberme ensartado en la espada de Gualterio Malatesta y concluir el negocio con rapidez y limpieza. Pero, sin duda, la Divina Providencia quería hacerme pasar por esa prueba. Suspiré hondo, acurrucado en mi rincón, resignado a afrontarla sin remedio. Aunque no hubiera estado de más, meditaba, que la Providencia, divina o no, le hubiera reservado aquella prueba a cualquier otro.

Durante el resto del viaje pensé mucho en el capitán Alatríste. Deseaba con toda mi alma que estuviera a salvo, tal vez en algún lugar cercano, dispuesto a liberarme. Pero la idea no se sostuvo mucho tiempo. Aun en el caso en que hubiera escapado de lo que, sin duda, era trampa bien aderezada por sus enemigos, aquel no era un libro de caballerías; y los grillos que tintineaban en mis manos con el movimiento del carruaje eran hartos reales. Como lo eran el miedo y la soledad que sentía, y mi destino incierto. O cierto, según el punto de vista. El caso es que, más adelante, la vida y el paso del tiempo, las aventuras, los amores, y las guerras del Rey nuestro señor, hicieronme perder la fe en muchas cosas. Pero ya entonces, pese a mis pocos años, yo había dejado de creer en los milagros.

El carruaje se detuvo. Oí cómo el cochero cambiaba las mulas, así que de fijo parábamos en algún relevo de posta. Me aplicaba a calcular dónde estaríamos, cuando se abrió la portezuela; y el resplandor repentino de la luz deslumbróme de tal modo que durante unos instantes fui ciego. Me froté los ojos y, cuando pude ver, Gualterio Malatesta se hallaba junto al estribo, observándome. Vestía como siempre de negro riguroso, incluso guantes y botas, pluma negra en el sombrero y aquel bigote fino que acentuaba la delgadez de sus facciones, forzando el contraste entre la pulcritud de su recorte y el rostro donde lucía, tan devastado por marcas y cicatrices que recordaba un campo de batalla. A su espalda, al término de un amplio declive del terreno y a cosa de media legua, pude ver que Toledo se recortaba en el paisaje dorado por el sol poniente, con sus viejas murallas coronadas por el alcázar del emperador Carlos.

—Aquí nos despedimos, rapaz —dijo Malatesta.

Lo miré aturdido, sin comprender. El mío debía de ser un aspecto lamentable, con toda la sangre seca del pobre Luis de la Cruz en mi cara y ropas, y las huellas del viaje. Por un momento creí ver fruncirse el ceño del italiano, como si no estuviera satisfecho de mi estado, o de mi situación. Yo seguía mirándolo, confuso.

—Aquí se hacen cargo de ti —añadió, al cabo.

Inició un esbozo de sonrisa: aquel gesto suyo lento, cruel y peligroso, que descubría los dientes blancos como colmillos de un lobo. Pero lo interrumpió en seguida, cual con desgana. Tal vez estimó que yo estaba asaz abatido como para mortificarme con su mueca. Lo cierto es que no parecía del todo a sus anchas. Todavía me observó un momento y luego, otra vez inescrutable, apoyó la mano en la portezuela para cerrarla de nuevo.

—¿Dónde me llevan? —pregunté.

Mi voz había sonado débil, tan desconocida como si perteneciera a otro. El italiano se quedó quieto. Sus ojos negros como la muerte me miraban sin parpadear. Gualterio Malatesta siempre te miraba igual que si no tuviera párpados.

—Allí.

Señalaba con un gesto del mentón la ciudad que tenía a la espalda. Miré su mano apoyada en la portezuela como si fuera la mano del verdugo, y aquella la losa de una tumba. Luego quise prolongar lo que mi instinto decía era la última luz del sol que iba a ver en mucho tiempo.

—¿Por qué?... ¿Qué he hecho?

No respondió. Sólo siguió observándome un poco más. Hasta mí llegaba el ruido del cambio de mulas, y al enganchar las de refresco se estremeció el carruaje. Vi pasar por detrás del italiano a varios hombres armados hasta los dientes, y entre ellos los hábitos negros y blancos de un par de frailes dominicos. Uno me dirigió al pasar una ojeada indiferente y breve, cual si en vez de a ser humano la dirigiese a un objeto; y aquella mirada me produjo más miedo que ninguna otra cosa.

—Lo siento, rapaz —dijo Malatesta.

Parecía haber leído el horror en mi pensamiento. Y que me lleve el diablo si en aquel momento no pensé de veras que era sincero. Fue sólo un instante, sin embargo. Esas tres palabras, y apenas un reflejo en la



oscuridad de su mirada. Más cuando quise ahondar en lo que creí atisbo de compasión, topéme de nuevo con la máscara impasible del sicario. Vi que empezaba a cerrar la portezuela.

—¿Qué es del capitán? —pregunté angustiado, intentando retener un poco más aquel sol que estaban a punto de arrebatarme, quizá para siempre.

Siguió callado. Quedaban dos cuartas de luz enmarcando su rostro sombrío. Y entonces sí que advertí, sin lugar a dudas, un levísimo relámpago de despecho cruzarle el semblante. Duró sólo un momento, y en el acto quedó oculto tras la mueca cruel, la sonrisa peligrosa, carnífera, que por fin crispó los labios pálidos y fríos del italiano. Pero entonces mi corazón ya saltaba de gozo y la mueca se me daba una higa; pues comprendí, en el acto y con toda certeza, que Diego Alatríste había logrado eludir la emboscada.

Entonces Malatesta cerró de golpe y quedé otra vez en tinieblas. Oí órdenes confusas, el galope de un caballo alejándose y luego el látigo del cochero. Después, las mulas se pusieron en marcha y el carruaje rodó, conduciéndome allí donde ni siquiera Dios iba a estar de mi parte.

El desamparo de estar en manos de una maquinaria omnipotente, desprovista de sentimientos y por tanto de piedad, se manifestó apenas me hicieron descender del coche en un lóbrego patio interior, que el crepúsculo hacía más sombrío. Después de quitarme los grilletes fui conducido a un sótano por una escolta silenciosa de cuatro esbirros del Santo Oficio y los dos dominicos que había entrevisto en el cambio de mulas. Ahorro a vuestras mercedes los trámites: desde desnudarme en minucioso registro, a interrogatorio preliminar por un escribano que reclamó de mí, gracia, apellidos, edad, nombre de mi padre y de mi madre, el de mis cuatro abuelos y el de mis ocho bisabuelos, vivienda actual y lugar de origen. Después, en rutinario tono de trámite, comprobó mis conocimientos de buen cristiano haciéndome recitar el padrenuestro y el avemaría, antes de pedirme el nombre de cuanta persona pudiera recordar relacionada con mi situación. Pregunté cuál era mi situación, y no me la dijo. Pregunté por qué estaba allí, y tampoco. Al volver a insistirme sobre mis conocidos no respondí, aparentando confusión y miedo, o más bien —si he de ser franco— limitándome a exteriorizar los sentimientos sinceros que embargaban mi ánimo. Ante la insistencia del amanuense me eché a llorar sin consuelo, y eso pareció bastar de momento, pues dejó la pluma en el tintero, echó polvos en la página fresca y guardó los pliegos. Resolví, de ese modo, recurrir al llanto siempre que me viera apretado; aunque mucho temía no requerir esfuerzo para ello. Porque si algo no iba a faltar allí adentro, barruntaba en mi desdicha, eran motivos para derramar lágrimas.

Después de aquello, cuando creía haber finiquitado el trámite, comprobé que era sólo el proemio, o prólogo, y que el primer acto ni siquiera había comenzado todavía. Lo supe cuando fui llevado a una habitación cuadrada, sin ventanas ni saeteras, iluminada por un gran candelabro y cuyo mobiliario era una mesa grande, otra pequeña con recado de escribir, y unos pocos bancos. Junto a la mesa grande se sentaban los dos frailes de la parada de postas, y un tercer individuo de barba oscura y ropón negro que le daba imponente aspecto de relator o de juez, con una cruz de oro al pecho. Tras la mesa pequeña se sentaba un escribano distinto al del interrogatorio preliminar: un tipo con aire de cuervo que apuntaba por lo menudo cuanto allí se decía, y mucho llegué a temer que también lo que no se decía. Dos esbirros, uno alto y fuerte y otro pelirrojo y flaco, me vigilaban. Y en la pared había un enorme crucifijo, cuyo inquilino parecía haber pasado antes por las manos de aquel mismo tribunal.

Como supe a partir de ahí, lo más terrible de estar preso en las cárceles secretas de la Inquisición era que nadie te decía cuál era el delito, ni qué pruebas o testigos había contra ti, ni nada de nada. Los inquisidores se limitaban a formular pregunta tras pregunta, con el escribano anotándolo todo, mientras te estrujabas el seso queriendo averiguar si lo que decías iba a cuenta de tu descargo o tu condena. Podías pasar así semanas, meses e incluso años ignorándolo todo sobre la causa de la prisión; con el agravante de que si tus respuestas no eran satisfactorias, recurríase al tormento para facilitar la confesión y pruebas necesarias. De ese modo eras torturado y respondías sin ton ni son, ignorante de lo que en verdad tenías que responder; y todo te arrastraba a la desesperación, la delación consciente o inconsciente de tus amigos y de ti mismo, y a veces a la locura y la muerte. Eso, cuando no ibas luego con sambenito y encorozado al cadalso, el garrote en torno al cuello, una pira de buena leña bajo los pies, y tus vecinos y antiguos conocidos aplaudiendo en la plaza, encantados con el espectáculo.

Al menos yo sí sabía por qué estaba allí; aunque eso tampoco fuera gran consuelo. Por ello, tras las preguntas iniciales pronto vime en serios aprietos. Sobre todo cuando el fraile más joven, el mismo que me había mirado con indiferencia en el carruaje durante mi última charla con Malatesta, inquirió los nombres de mis cómplices.

—¿Los cómplices de qué, Ilustrísima?

—No soy Ilustrísima —dijo el otro, sombrío, la amplia tonsura brillándole con la luz del candelabro—. Y te interrogo por los cómplices de tu sacrilegio.

Se repartían los papeles, como en las comedias. Mientras el del ropón negro y la barba permanecía silencioso, cual juez que escucha y delibera consigo mismo antes de emitir sentencia, los dos frailes desempeñaban con mucho oficio el papel de inquisidor implacable, el más joven, y de confidente benévolo, el otro, que era algo mayor, con aspecto más regordete y plácido. Pero yo llevaba en la Corte tiempo sobrado para adivinar ciertas tretas; así que resolví no fiar en el uno ni en el otro, y hacer como que no veía al del ropón negro. Además, ignoraba cuánto era lo que sabían. Y carecía de la menor idea sobre si mi sacrilegio – como acababan de definirlo– era exactamente el mismo que ellos pretendían que fuera. Porque, en hablando con quien puede hacer que te pese, el peligro tanto está en pedir naipe de menos como en pedir naipe de más. Y hasta decir aquí me planto puede aparejarte la ruina.

–No tengo cómplices, reverendo padre –me dirigía al gordito, pero sin demasiada esperanza–. Ni he cometido sacrilegio alguno.

–¿Niegas –preguntó el más joven– que en compañía de otros fuiste cómplice en la profanación del convento de las Adoratrices Benitas?

Ya era algo, aunque ese algo me erizase la piel imaginando sus consecuencias. Aquélla era una acusación concreta. La negué, por supuesto. Y acto seguido negué conocer, ni de vista, al hombre malherido con quien, de camino a mi casa, había topado casualmente bajo el pretil de la cuesta de los Caños del Peral. También negué que me resistiera a ser detenido por agentes del Santo Oficio; como negué, en fin, todo cuanto pude, salvo el hecho incontestable de que habíanme echado el guante con una daga en la mano, y manchado de la sangre ajena que aún era costra seca en mi jubón. Como negar aquello era imposible, me embarqué en una maraña de circunloquios y explicaciones que nada venían al caso; y por fin me eché a llorar, recurso extremo para excusar nuevas preguntas. Pero aquel tribunal había visto correr muchas lágrimas; de modo que los frailes, el hombre del ropón y el escribano se limitaron a esperar que terminasen mis jeremiadas. Parecían tener sobrado tiempo libre; y eso, junto a la indiferencia que mostraban –ni encarnizamiento ni reproches, dirigiéndome una y otra vez las mismas preguntas con monótona insistencia–, era lo más inquietante. Aunque intentaba mantener el aire de despreocupación y despejo que suponía propios de un inocente, eso era lo que secretamente me aterraba de aquellos hombres: su frialdad y su paciencia. Porque al cabo de una docena de noes y nosés por mi parte, hasta el fraile gordito había dejado de fingir, y era obvio que la compasión más cercana estaba a varias leguas de distancia.

Yo no había probado bocado en más de veinticuatro horas, y empezaba a desfallecer pese a estarme sentado en un banco. Así, agotado el recurso de las lágrimas, empecé a considerar las ventajas de un desmayo que, tal y como andaba todo, no iba a ser por completo un ardid. Fue entonces cuando el fraile dijo algo que sí estuvo a punto de hacerme desmayar sin disimulo alguno.

–¿Qué sabes de Diego Alatraste y Tenorio, por mal nombre capitán Alatraste?

Hasta aquí has llegado, Íñigo, pensé. Se acabó. Termináronse las negaciones y la palabrería inútil. A partir de ahora cualquier cosa que digas, incluso que afirmes o desmientas delante de ese escribano que anota hasta el menor de tus suspiros, puede ser utilizado contra el capitán. Así que eres mudo, te lleve eso donde te lleve. Y de tal modo, a pesar de mi situación y de que me daba vueltas la cabeza, y a pesar del pánico infinito que me invadía sin remedio, decidí, reuniendo los últimos despojos de firmeza, que ni aquellos frailes, ni las cárceles secretas, ni el consejo de la Suprema, ni el Papa de Roma iban a arrancarme una palabra sobre el capitán Alatraste.

–Responde a la pregunta –ordenó el más joven.

No lo hice. Miraba el suelo ante mí, una losa partida por una grieta que hacía zigzag, tan torcida como mi suerte perra. Y seguí mirando al mismo sitio cuando uno de los esbirros que tenía detrás, obedeciendo la orden emitida por el fraile con sólo un parpadeo, se adelantó para atizarme un pescozón tremendo que sentí restallar en mi cogote como un mazazo. Por el volumen de la mano, calculé, había sido el alto y fuerte.

–Responde a la pregunta –repitió el fraile.

Seguí mirando la grieta del suelo sin decir ni pío, y de nuevo recibí un golpe aún mayor que el primero. Las lágrimas, sinceras como el dolor de mi maltrecho pescuezo, afluyeron pese al esfuerzo. Las sequé con el dorso de la mano; precisamente ahora no quería llorar.

–Responde a la pregunta.

Mordíme los labios para ni tan siquiera abrir la boca, y de pronto la grieta del suelo ascendió rápidamente hasta mis ojos mientras mis tímpanos resonaban, bang, como el parche de un tambor. Esta vez el golpe me había tirado de bruces al suelo. Las losas estaban tan frías como la voz que sonó después.

–Responde a la pregunta.

Las palabras procedían de muy lejos, como de las calenturas de un mal sueño. Una mano me hizo poner boca arriba, y vi el rostro del esbirro pelirrojo inclinado sobre mí; Y algo más atrás, el del fraile que me interrogaba. Y no pude contener un gemido de desesperación y abandono, porque supe que nada iba a

sacarme de allí, y que, en efecto, ellos tenían todo el tiempo del mundo. En cuanto a mí, el camino que iba a recorrer hasta el infierno sólo acababa de empezar, y no tenía ninguna prisa en proseguir tal viaje. Así que muy lindamente me desmayé, justo cuando el pelirrojo me sostenía agarrado por el jubón para incorporarme. Y –pongo por testigo al Cristo que miraba desde la pared– esta vez no tuve que fingirlo en absoluto.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió después, en la celda húmeda donde fui recluido en la sola compañía de una rata enorme que se pasaba el tiempo mirándome desde un oscuro sumidero que había en un ángulo de la estancia. Dormí, tuve pesadillas, cacé chinches en mis ropas para matar el tiempo, y por tres veces devoré el pan duro y la escudilla de nauseabundo potaje que un carcelero sombrío y mudo puso en el umbral de la celda con mucho estrépito de llaves y cerrojos. Estaba industriando el modo de acercarme a la rata y matarla, pues su presencia me llenaba de terror cada vez que sentía vencerme el sueño, cuando el esbirro bermejo y el grandullón –así le haya dado Dios como a mí me dio– vinieron en mi busca. Esta vez, tras recorrer varios corredores a cuál más siniestro, vime en una estancia parecida a la primera, con ciertas tenebrosas novedades en lo que se refiere a compañía y mobiliario. Tras la mesa, amén del individuo de barba y ropón negro, el escribano con cara de cuervo y los dominicos, había otro fraile de la misma orden a quien los demás trataban con mucho respeto y sumisión. Y verlo daba miedo. Tenía el cabello gris, corto, en forma de casquete alrededor de las sienes; y las mejillas hundidas, las manos descarnadas como garras que emergían de las mangas del hábito, y sobre todo el brillo fanático de unos ojos que parecían consumidos por la fiebre, hacían desear no tenerlo nunca como enemigo. A su lado, los otros parecían tiernas hermanitas de los pobres. Y a eso hay que añadir, en un lado de la habitación, un potro de tortura con las cuerdas listas para ser ocupadas. Esta vez no había silla donde sentarme, y las piernas, que me sostenían a duras penas, empezaron a temblar. Allí faltaba pescado para tanto gato.

De nuevo ahorraré a vuestras mercedes los trámites y el prolijo interrogatorio a que fui sometido por mis viejos conocidos los dominicos, mientras el del ropón y el nuevo inquisidor oían y callaban, los esbirros permanecían quietos a mi espalda, y el escribano mojaba una y otra vez la pluma en el tintero para anotar todas y cada una de mis respuestas y silencios. Esta vez, merced a la actitud del recién llegado –pasaba a los interrogadores papeles que éstos leían con atención antes de formular nuevas preguntas–, pude hacerme alguna idea de lo que me había caído encima. La temible palabra «judaizantes» se pronunció al menos cinco veces, y a cada una de ellas yo sentía erizarse el cabello. Aquellas once letras habían llevado a mucha gente a la hoguera.

–¿Sabías que la familia de la Cruz no es de sangre limpia?

Esas palabras me alcanzaron como un golpe, pues no ignoraba su siniestro alcance. Desde la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos, la Inquisición perseguía con rigor los residuos de la fe mosaica, en especial a aquellos conversos que en secreto permanecían fieles a la religión de sus abuelos. En una España de tan hipócritas apariencias, donde hasta el más bajo villano alardeaba de hidalgo y cristiano viejo, el odio al judío era general, y los expedientes de limpieza de sangre probada, auténticos o comprados con dinero, eran imprescindibles para acceder a cualquier dignidad o cargo de importancia. Y mientras los poderosos se enriquecían en negocios de escándalo, abroquelados en misas y limosnas públicas, el pueblo, de espíritu violento y vengativo, mataba el hambre y el aburrimiento besando reliquias, usando indulgencias y persiguiendo con entusiasmo a brujas, herejes y judaizantes. Y como ya dije en alguna ocasión al referirme al señor de Quevedo y a otros, ni siquiera los más altos ingenios españoles eran ajenos a aquel clima de odio y rechazo a la heterodoxia. Consideremos que hasta el gran Lope había escrito:

*Dura nación, que desterró Adriano,  
y que por nuestro mal viniendo a España,  
hoy tanto oprime y daña  
el Imperio cristiano,  
pues rebelde en su bárbara porfía  
infama la española Monarquía.*

O el otro grande de la comedia, Don Pedro Calderón de la Barca, quien haría decir más tarde a uno de sus famosos personajes:

*¡Oh, qué maldita canalla!  
Muchos murieron quemados,  
y tanto gusto me daba  
verlos arder, que decía,  
atizándoles la llama:*

*«Perros herejes, ministro  
soy de la Inquisición Santa.»*

Sin olvidar al propio Don Francisco de Quevedo –el mismo que a tan menguada hora andaba sin duda o preso o fugitivo por hacer punto de honor en ayudar a un amigo de sangre conversa–, quien, paradojas de aquel siglo infame, fascinante y contradictorio, alumbró contra la raza de Moisés no pocos versos ni pocas prosas. Y es que en los últimos tiempos, quemados o expatriados los protestantes y los moriscos, la incorporación del reino de Portugal cuando nuestro bueno y grande Felipe II había traído copia de judíos disimulados o públicos en los que hincar el diente, y la Inquisición los rondaba como el chacal acecha la carroña. Tal era, por cierto, otro de los motivos que enfrentaban al valido, conde de Olivares, con el consejo de la Suprema. Porque, en su intento por conservar intacta la vasta herencia de los Austria, amén de exprimir las bolsas agotadas de los vasallos y las egoístas de los nobles, combatir en Flandes y esforzarse por quebrar los fueros de Aragón y Cataluña –lo que no era pedo de monja–, Don Gaspar de Guzmán, hartado de que la monarquía fuese rehén en manos de banqueros genoveses, pretendía reemplazarlos por los de Portugal, cuya limpieza de sangre podía resultar dudosa, más su dinero era cristiano viejo, diáfano, contante y sonante. Esto enfrentó al valido con los consejos de Estado, con la Inquisición y con el propio nuncio apostólico, mientras el Rey nuestro señor, bondadoso y meapilas, débil en materia de conciencia como en otras muchas cosas, se mostraba indeciso; y prefería que nos diesen a todos sus súbditos bien por el saco, sangrándonos el último maravedí, a que nos contaminaran la fe. Lo que, dicho en plata, era hacernos un pan con unas hostias, o al revés, o como se diga. Y encima, ya más adelante y mediado el siglo, con la caída en desgracia del conde-duque, el Santo Oficio pasó factura, desencadenando una de las más crueles persecuciones de judeoconversos conocidas en España. Eso terminó de arruinar el proyecto de Olivares, de modo que muchos importantes banqueros y asentistas hispano-portugueses lleváronse a otros países, como Holanda, sus riquezas y su comercio en beneficio de los enemigos de nuestra corona; con lo que terminaron por jodernos del todo. Y digo terminaron, porque entre los nobles y los frailes de aquí, y los herejes de allá, y la puta que los parió a todos, remataron el desangrarnos bien. Que a perro flaco todo son pulgas, y los españoles no necesitamos a nadie para arruinarlos, pues siempre dominamos bien sobrados el finibusterre de hacerlo solos.

Y allí estaba yo, en resumen, apenas un mozo imberbe y en mitad de todos aquellos tejes y manejes por los que, eso saltaba a la vista, estaba a punto de pagar con mi joven cuello. Suspiré, desesperanzado. Luego miré al interrogador, que seguía siendo el dominico joven. El escribano aguardaba, suspendida la pluma sobre el papel, mirándome como se mira a alguien que lleva todos los puntos para convertirse en picón de brasero.

–No conozco a ninguna familia de la Cruz –respondí por fin, con cuanta convicción fui capaz–. Luego mal puedo conocer su limpieza de sangre.

El escribano inclinó la cabeza como si esperase aquella respuesta, rasgó la pluma e hizo su puerco oficio. El fraile viejo y flaco no me quitaba ojo.

–¿Sabes –preguntó el joven– que sobre Elvira de la Cruz pesa la acusación de incitar a prácticas hebraicas a sus compañeras monjas y novicias?

Tragué saliva. O más bien lo intenté, cuerpo de Dios, porque tenía la boca como un guijarro. La trampa se cerraba, y era una trampa endiabladamente siniestra. Negué de nuevo, cada vez más asustado de columbrar adónde me llevaba todo aquello.

–¿Sabes que su padre y hermanos y otros cómplices, judaizantes como ella, intentaron liberarla después que fue descubierta y recluida por el capellán y la priora de su convento?

La cosa olía ya sin rebozo a chamusquina, y yo era carne de aquel asado. Volví a negar, pero esta vez la voz no quiso salir de mi garganta. No le plugo, dicho en culto, y hube de limitarme a negar con la cabeza. Pero mi fiscal, o lo que fuera, prosiguió implacable.

–¿Y niegas que tú y tus cómplices formáis parte de esa conspiración judaica?

Ahí, a pesar del miedo –que no era por cierto ligero–, me amostacé un poco.

–Yo soy vascongado y cristiano viejo –protesté–. Tan bueno como mi padre, que fue soldado y murió en las guerras del Rey.

El inquisidor hizo un gesto despectivo con la mano, como si en las guerras del Rey muriese todo cristo y eso no significara gran cosa. Inclinóse entonces el inquisidor flaco y silencioso hacia el joven, deslizándose unas palabras en su oído, y éste asintió respetuosamente. Luego el otro volvióse a mí, y habló por vez primera. Su tono era tan amenazador y cavernoso que, de pronto, el fraile joven se me antojó el non plus ultra de la comprensión y la simpatía.

–Repite tu nombre –ordenó el viejo flaco.

–Íñigo.

La mirada severa del dominico, los ojos febriles alojados en profundas cuencas, me habían hecho tartamudear la respuesta. Prosiguió, implacable.

–Íñigo y qué más.

–Íñigo Balboa.

–¿Y el apellido de tu madre?

–Se llama Amaya Aguirre, reverendo padre.

Todo eso lo había dicho ya, y estaba en los papeles; de modo que el negocio daba muy mala espina. El fraile me dirigía una mirada feroz, extrañamente satisfecha.

–Balboa –dijo– es apellido portugués.

La tierra pareció faltar bajo mis pies, pues no se me escapaba el alcance de aquel tiro envenenado. Era cierto que el apellido procedía de la raya con Portugal, de donde mi abuelo había salido para alistarse en las banderas del Rey. De pronto –ya dije a vuestras mercedes que siempre fui mozo de buen despejo– todas las implicaciones del asunto se me iluminaron con tan meridiana claridad, que si hubiera tenido cerca una puerta abierta habría salido por ella a todo correr. Miré de soslayo el potro, aquel instrumento de tortura que aguardaba a un lado, y que la Inquisición nunca usaba como castigo, sino como instrumento para esclarecer la verdad; lo que no era más tranquilizador en absoluto. Mi única esperanza era que, según las reglas del Santo Oficio, no podía darse tormento a gentes de buena fama, consejeros reales o mujeres embarazadas, ni a siervos para que declarasen contra su amo, ni a menores de catorce años, O sea, a mí. Pero ya estaba a punto de cumplir esos fatídicos catorce; y si aquellos individuos eran capaces de buscarme antepasados judíos, también lo eran de hacerme crecer a su antojo los meses necesarios para una sesión de cuerda. Que, aunque solía hacerle cantar a uno, no era precisamente cuerda de guitarra.

–Mi padre no era portugués –protesté–. Era un soldado de origen leonés, como su padre, que a la vuelta de una campaña quedóse en Oñate y casó allí... Soldado y cristiano viejo.

–Eso dicen todos.

Entonces oí el grito. Fue un grito de mujer desesperado y terrible, amortiguado por la distancia; pero tan violento que se abrió camino por pasillos y corredores, atravesando la puerta cerrada. Como si no lo hubieran oído, mis inquisidores siguieron mirándome, imperturbables. Y yo me estremecí de espanto cuando el fraile flaco dirigió sus ojos febriles hacia el potro y luego volvió a mirarme con fijeza.

–¿Qué edad tienes? –preguntó.

El grito de mujer sonó de nuevo, parecido a un latigazo de horror; y todos siguieron inmutables, como si nadie oyese aquello más que yo. Al fondo de sus cuencas siniestras, los ojos fanáticos del dominico parecían dos sentencias de hoguera. Yo temblaba como si tuviera cuartanas.

–Trece –balbucí.

Hubo un silencio angustioso, roto sólo por el rasguear de la pluma del escribano sobre el papel. Espero que lo haya anotado bien, pensé. Trece y ni uno más. En eso estaba cuando el fraile se dirigió a mí otra vez. La mirada se le había encendido más: un brillo nuevo e inesperado, de desprecio y de odio.

–Y ahora –dijo– vamos a hablar del capitán Alatraste.

## VI. EL PASADIZO DE SAN GINÉS

El garito hervía de gente que se jugaba las pestañas y hasta el alma. Entre el rumor de conversaciones y el ir y venir de tahúres, mirones y entretenidos en procura de barato, Juan Vicuña, antiguo sargento de caballos mutilado en Nieuport, cruzó la sala procurando que nadie le derramase el vino de Toro que llevaba en la jarra, y miró en torno, satisfecho. En la media docena de mesas, naipes, dados y dinero iban y venían, cambiaban de manos, provocaban suspiros, blasfemias, pardieces y miradas de codicia. Las monedas de oro y plata relucían bajo la luz de los velones de sebo colgados de la bóveda de ladrillo, y el negocio iba a pedir de boca. La casa de conversación de Vicuña estaba en un sótano de la cava de San Miguel, muy arrimada a la plaza Mayor; y en ella se libraban todos los lances permitidos por las pragmáticas del Rey nuestro señor, e incluso, apenas disimulados, otros que no lo eran tanto. Y la variedad resultaba diversa como la imaginación de los jugadores, que en aquel tiempo no era poca. Jugábanse tanto tresillo, polla y cientos –juegos de sangría lenta–, como el siete, el reparolo y otros juegos llamados de estocada, por la rapidez con que dejaban a un hombre sin dinero, sin habla y sin aliento. Sobre eso mismo había escrito ya el gran Lope:

*Como el sacar los aceros  
con el que diere ocasión,  
así el jugar es razón  
con quien tratere dineros.*

Lo cierto es que sólo unos meses antes habíase publicado un decreto real prohibiendo las casas de juego, pues nuestro cuarto Felipe era joven, bien intencionado, y creía, asistido por su pío confesor, en cosas como el dogma de la Inmaculada, la causa católica en Europa y la regeneración moral de sus súbditos de ambos mundos; pero aquello, como los intentos de cerrar las mancebías –por no hablar de la causa católica en Europa–, era segar en verde. Porque si algo apasionaba a los españoles bajo la monarquía austriaca, amén del teatro, correr toros en las plazas y alguna otra cosa que diré más adelante, era el juego. Pueblos de tres mil vecinos gastaban al año quinientas docenas de barajas, y se jugaba tanto en la calle, donde rufianes, ciertos y ganchos improvisaban timbas para esquilmar incautos a base de gatuperio, como en casas de juegos legales o clandestinas, cárceles, mancebías, tabernas y cuerpos de guardia. Las ciudades importantes como Madrid o Sevilla hormigueaban de buscavidas y ociosos con sonante en la faltriquera dispuestos a reunirse en torno a la desencuadernada, que era como se llamaba, timazo de naipes, o a Juan Tarafe, mal nombre que bautizaba los dados. Jugaba todo el mundo, vulgo y nobleza, señores y pícaros; y hasta las damas, que aunque en casas como la de Juan Vicuña no eran admitidas, resultaban también asiduas de los garitos, tan versadas en bastos, malillas y puntos como el que más. Y cual es de imaginar en gente violenta, orgullosa y de acero fácil como éramos, y somos, excuso añadir que, muy a menudo, los lances de juego terminaban con un voto a Dios y una buena sarta de cuchilladas.

Vicuña terminó de cruzar la sala, no sin antes vigilar por el rabillo del ojo a algunos doctores de la valenciana, ...así llamaba él a los rufianes fulleros expertos en el astillazo y en descornar la flor, siempre con naipes marcados en la manga, atentos a lo que caía. También se detuvo a saludar con mucha política a Don Raúl de la Poza, un hidalgo conquense muy rico de familia y muy bala perdida, apicarado de gustos, que era uno de sus mejores clientes. Hombre de costumbres fijas, Don Raúl acababa de llegar como cada noche de la mancebía de la calle Francos –en donde era habitual– y ya no abandonaría el garito hasta el alba, para oír misa de siete en San Ginés. En su mesa corrían escudos de a once como la espuma, y siempre pululaba alrededor una corte de tahúres y entretenidos que le despabilaban velas, servían jarras de vino e incluso le traían orinales cuando estaba muy metido en sangre y no quería descuidar una buena mano.

Todo a cambio del barato: el real o los dos reales que caían de propina después de cada buen lance. Aquella noche lo acompañaban el marqués de Abades y otros amigos; y eso tranquilizó a Vicuña, pues raro era el día que a Don Raúl no lo esperasen a la salida tres o cuatro matasietes, para aliviarle la ganancia.

Diego Alatraste agradeció el vino de Toro, despachando la jarra de un único y largo trago. Estaba en camisa y sin afeitar, sentado en el jergón de un cuarto discreto que Vicuña tenía aderezado en el garito para llamarse a descanso, con una celosía que dejaba ver la sala sin ser visto. Las botas puestas, la espada sobre el taburete, la pistola cargada encima de la manta, la vizcaína en la almohada y la mirada vigilante que de vez en cuando

dirigía a través del enrejado de madera, lo mostraban alerta. Había una puerta trasera, casi secreta, que a través de un pasillo salía a un arco de la plaza Mayor; y Vicuña observó que el capitán había dispuesto sus avíos para recogerlos en rápida retirada hacia esa puerta, en caso necesario. En las últimas cuarenta y ocho horas, Diego Alatraste no se había relajado más que para descabezar algún breve sueño; y aun así, por la tarde, una vez que Vicuña entró con sigilo a ver si su amigo necesitaba algo, habíase topado con el amenazante cañón de la pistola apuntándole entre ceja y ceja.

Alatraste no delató impaciencia alguna con preguntas. Devolvió la jarra vacía a Vicuña y se quedó a la espera, mirándolo con sus ojos claros e inmóviles, de pupilas muy dilatadas a la escasa luz de la lamparilla de aceite que ardía sobre la mesa.

–Te espera dentro de media hora –dijo el antiguo sargento–. En el pasadizo de San Ginés.

–¿Cómo le va?

–Bien. Pasó ayer y hoy en casa de su amigo el duque de Medinaceli sin que nadie lo molestara. No le han pregonado el nombre ni le anda detrás la justicia, ni la Inquisición, ni nadie. El lance, sea cual sea, no ha trascendido a cosa pública.

El capitán asintió despacio, reflexionando. Aquel sigilo no resultaba extraño, sino lógico. La Inquisición nunca echaba campanas al vuelo hasta que no tenía el último de los cabos bien atado. Y las cosas aún estaban a medio hacer. También la ausencia de noticias podía formar parte de la trampa.

–¿Qué se cuenta en San Felipe?

–Rumores –Vicuña encogía los hombros–. Que si hubo estocadas a la puerta de la Encarnación, que si algún muerto... Se atribuye más a galanes de monjas que a otra cosa.

–¿Han ido a mi casa?

–No. Pero Martín Saldaña se huele algo, porque estuvo en la taberna. Según cuenta la Lebrijana, no dijo nada pero dio a entender mucho. Los corchetes del corregidor no andan en ello, insinuó, pero hay gente cerca, vigilando. No explicó quiénes, aunque apuntaba a familiares del Santo Oficio. El mensaje es sencillo: él no baila en esta chacona, sea cual sea, y tú debes cuidar el pellejo. Por lo visto el negocio es delicado y lo llevan con mucho celo, sin dar a nadie arte ni parte...

–¿Qué hay de Íñigo?

Lo miraba impassible, sin expresión alguna. El veterano de Nieuport se interrumpió, embarazado. Con su única mano le daba vueltas a la jarra.

–Nada –repuso al fin en voz baja–. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

Alatraste permaneció un momento sin decir palabra. Luego miró la tablazón del suelo entre sus botas y se puso en pie.

–¿Has hablado con el Dómine Pérez?

–Hace lo que puede, pero es difícil –Vicuña observó que el capitán se enfundaba el recio colete de piel de búfalo–. Ya sabes que los jesuitas y el Santo Oficio no suelen hacerse confidencias, y si el mozo anda de por medio puede tardar en saberse. En cuanto sepa algo te avisará. También te ofrece la iglesia de la Compañía, por si quieres llamarte a sagrado... Dice que de allí no te sacan los dominicos ni aunque juren que has matado al nuncio –miró a través de la celosía, hacia la sala de juego, y luego volvió la vista al capitán–... Y por cierto, Diego, andes en lo que andes, espero que no hayas matado de verdad al nuncio.

Alatraste requirió la espada, introduciéndola en la vaina. Ciñóse la, y luego se puso en el cinto la pistola de chispa, tras levantar el perrillo para comprobar que seguía bien cebada.

–Ya te lo contaré otro día –dijo.

Se disponía a irse como había llegado, sin explicaciones y sin dar las gracias; en el mundo que él y el veterano sargento de caballos compartían, aquellos pormenores iban de oficio. Vicuña soltó una risa ruda, de soldado:

–Voto a Dios, Diego. Soy tu amigo, pero nada curioso. Además, detestaría morir por enfermedad de sogas... Así que mejor no me lo cuentes nunca.

Era avanzada la noche cuando salió embozado con capa y sombrero bajo los soportales oscuros de la plaza Mayor, andando un trecho hasta la calle Nueva. Nadie entre los escasos transeúntes se fijó en él, salvo una daifa de medio manto que, al cruzárselo entre dos arcos, propuso sin mucho entusiasmo aliviarlo de peso por doce cuartos. Cruzó la puerta de Guadalajara, donde un par de vigilantes dormitaban ante los postigos cerrados de las tiendas de los plateros, y luego, para eludir a los corchetes que solían apostarse en las cercanías, bajó por la calle de las Hileras hasta el Arenal y volvió a subir de nuevo hacia el pasadizo de San Ginés, donde a aquellas horas los retraídos se asomaban a tomar el fresco.

Como saben vuestras mercedes, las iglesias de la época eran lugares de asilo, donde no alcanzaba la justicia ordinaria. Por eso, quien robaba, hería o mataba –a eso llamaban andar en trabajos– podía acogerse a sagrado refugiándose en una iglesia o convento, donde los clérigos, celosísimos de sus privilegios, lo defendían

frente a la autoridad real con uñas y dientes. Tan solicitado era el llamarse a antana, o a sagrado, que algunas iglesias famosas estaban hasta arriba de clientes que gozaban lo impune de su refugio. En tan apretada comunidad solía encontrarse lo mejor de cada casa, y faltarían sogas para honrar tanto gentil gazzate. Por razones de su profesión, el mismo Diego Alatrisme había tenido alguna vez que acogerse a iglesia; y el propio Don Francisco de Quevedo, en su juventud, contaban habíase visto también en tales trances, si no en otros peores, como cuando el golpe de mano del duque de Osuna en Venecia, de donde hubo de dárseles disfrazado de mendigo. El caso es que lugares como el patio de los Naranjos de la catedral de Sevilla, por ejemplo, o buena docena de sitios en Madrid, y entre ellos San Ginés, contaban con el dudoso privilegio de acoger a la flor de la valentía, el sacabuche, el afanar y la jacaranda. Y toda esta ilustre cofradía, que al fin tenía que comer, beber, satisfacer necesidades y solventar negocios particulares, aprovechaba la noche para salir a dar una vuelta, realizar nuevas fechorías, ajustar cuentas o lo que se terciara. También recibían allí a sus amistades, e incluso a sus coimas y cómplices, con lo que los alrededores de las iglesias citadas, e incluso dependencias de las iglesias mismas, tornábanse por las noches taberna de malhechores e incluso burdel, donde se contaban hazañas reales o fingidas, se concertaban sentencias de muerte tarifando cuchilladas, y donde, en suma, latía, pintoresco y feroz, el pulso de aquella España bajuna, peligrosa y atrevida; la de los pícaros, buscones y otros caballeros del milagro, que nunca colgó en lienzos en las paredes de los palacios, pero quedó registrada en páginas inmortales. Algunas de las cuales –y no las peores, por cierto– escribiólas el propio Don Francisco:

*A Grullo dieron tormento  
y en el de verdad de sogas  
dijo nones, que es defensa  
en los potros y en las bodas.*

O aquella otra, tan celebrada, de:

*En casa de los bellacos,  
en el bolsón de la horca,  
por sangrador de la daga  
me metieron a la sombra.*

El pasadizo de San Ginés era uno de los sitios favoritos de los retraídos, pues por la noche salían allí a que les diese el aire, convirtiendo el lugar en concurrido ir y venir donde no faltaban improvisados figones de puntapié para tomar un bocado; dignísima concurrencia que se disolvía como por ensalmo en cuanto asomaban los corchetes. Cuando llegó Diego Alatrisme, en la estrecha calleja había una treintena de almas: jaques, capeadores, algunas cantoneras ajustando cuentas con sus rufianes, y grupos de matasietes y chusma que charlaba en corrillos, o despachaba pellejos y damajuanas de vino peleón. Había poca luz –sólo un minúsculo farolillo colgado en la esquina del pasadizo, bajo el arco–, casi todo el lugar estaba en sombra, y la mitad larga de la gente iba embozada; de modo que el ambiente, aunque animado de conversaciones, resultaba tenebroso en extremo, y harto apropiado para el tipo de cita a la que acudía el capitán. Allí, a un curioso, un mirón o un corchete, si no venía en cuadrilla y bien herrado, podían desjarretarle el tragar en un Jesús.

Reconoció a Don Francisco de Quevedo pese al embozo, junto al farolillo, y llegóse hasta él con disimulo, apartándose ambos a un lado, la capa subida sobre la cara y el fieltro hasta las cejas; aspecto que, por otra parte, mostraba con naturalidad la mitad de los presentes en el pasadizo.

–Mis amigos han hecho pesquisas –contó el poeta tras el primer cambio de impresiones–. Parece cierto que Don Vicente y sus hijos estaban vigilados por la Inquisición. Y mucho me huelo que alguien aprovechó el lance para matar varios pájaros de un tiro; incluido vos, capitán.

Y a media voz, hurtándose a los que iban y venían, Don Francisco puso en antecedentes a Alatrisme de cuanto había podido averiguar. El Santo Oficio, taimado y paciente, muy al tanto por sus espías del intento de la familia de la Cruz, había dejado hacer, a la espera de cazarlos in fraganti. El motivo no era defender al padre Coroado, sino todo lo contrario; ya que éste contaba con la protección del conde de Olivares, con quien la Inquisición mantenía sorda pugna, esperaban que el escándalo desacreditase tanto el convento como a su protector. De paso echarían mano a una familia de conversos a los que acusar de judaizantes; y una hoguera nunca iba mal para el prestigio de la Suprema. El problema era que no pudieron coger a casi nadie vivo: Don Vicente de la Cruz y su hijo menor, Don Luis, habían vendido cara su piel, muriendo en la emboscada. Mientras que el hijo mayor, Don Jerónimo, aunque malherido, logró escapar y estaba oculto en alguna parte.



–¿Y nosotros? –preguntó Alatraste.

Relucieron los lentes del poeta cuando negó con la cabeza.

–No circulan nombres. Estaba tan oscuro que nadie nos conoció. Y quienes se acercaron no están para contarlos.

–Sin embargo, saben que andamos en esto.

–Puede –Don Francisco hizo un gesto vago–. Pero no tienen pruebas legales. Por mi parte, ahora empiezo a gozar otra vez del favor del valido y del Rey, y si no es con las manos en la masa será difícil achacarme nada –hizo una pausa, preocupado–...En cuanto a vuestra merced, no sé a qué atenerme. Igual esperan conseguir algo que os inculpe. o quizás os buscan discretamente.

Pasaban dos jaques y una cantonera discutiendo con muy malos modos, y Don Francisco y el capitán les cedieron espacio, arrimándose más a la pared.

–¿Qué ha sido de Elvira de la Cruz?

El poeta emitió un suspiro de desaliento.

–Detenida. La pobre moza va a llevar la peor parte. Está en las cárceles secretas de Toledo, así que mucho me temo habrá chamusquina.

–¿E Íñigo?

La pausa fue larga. La voz de Alatraste había sonado fría, sin inflexiones; me había dejado para el final. Don Francisco miró alrededor, a la gente que parlaba y se movía entre las sombras del pasadizo. Después se volvió a su amigo.

–También está en Toledo –calló de nuevo, y al instante movió la cabeza en gesto de impotencia–.Lo cogieron cerca del convento.

Alatraste guardó silencio. Estuvo así mucho rato, mirando el ir y venir. Hacia la esquina sonaron unas notas de guitarra.

–Sólo es un chiquillo –dijo por fin–. Hay que sacarlo de allí.

–Imposible. Más bien guardaos de reuniros con él... Imagino que confían en su testimonio para inculparos.

–No se atreverán a maltratarlo.

Tras el embozo de Don Francisco sonó su risa ácida, desganada.

–La Inquisición, capitán, se atreve a todo.

–Pues hay que hacer algo.

Lo dijo muy frío, obstinado, fijos los ojos en el extremo del pasadizo, donde seguía sonando la guitarra. Don Francisco miraba en la misma dirección.

–Sin duda –convino el poeta–. Pero no sé qué.

–Tenéis amigos en la Corte.

–Los he movilizado a todos. No olvido que fui yo quien os metió en esto.

El capitán hizo un gesto a medias, alzando un poco la mano para descartar cualquier culpa de Don Francisco. Una cosa era que, como amigo, esperase de él cuanto estaba a su alcance; y otra que le reprochara nada. Alatraste había cobrado por el trabajo, y yo era, sobre todo, asunto suyo. Después de aquello se estuvo un rato tan quieto y callado que el poeta lo miró con inquietud.

–No se os ocurra entregaros –susurró–. Eso no ayudaría a nadie, y menos a vuestra merced.

Alatraste siguió en silencio. Tres o cuatro rufianes de los retraídos se habían puesto a platicar cerca de ellos, con mucho vuacé, mucho so camarada y mucho a fe del hijodalgo que ninguno era ni por asomo. Los nombres con que se interpelaban unos a otros no iban a la zaga: Espantadiablos, Maniferro. Al cabo de un rato, el capitán habló de nuevo.

–Antes –apuntó en voz baja– dijisteis que la Inquisición quiso matar varios pájaros de un tiro... ¿Qué más hay en esto?

Don Francisco respondió en el mismo tono:

–Vos. Erais el cuarto palomo, pero sólo lo lograron a medias... Todo el plan fue trazado, según parece, por dos conocidos vuestros: Luis de Alquézar y fray Emilio Bocanegra.

–Pardiez.

Quedó en suspenso el poeta, creyendo que el capitán iba a añadir algo al juramento; pero éste permaneció en silencio. Seguía vuelto hacia el callejón, inmóvil tras el rebozo de la capa, y el ala del sombrero ocultaba su rostro en tinieblas.

–Por lo visto –prosiguió Don Francisco– no os perdonan aquel asunto del príncipe de Gales y Buckingham... Y ahora la ocasión la pintan calva: el padre Coroado, el convento del valido, la familia de conversos y vuestra merced harían lindo paquete para un auto de fe.

Interrumpiólo uno de los rufianes, que al echarse atrás a beber en un zaque tropezó con Don Francisco. Revolvióse el hampón con mucho resonar de hierro en el cinto y muy malas maneras.

–¡A fe de quien soy que estorba uced, compañero!

Mirólo con sorna el poeta, y fuese un poco para atrás, recitando entre dientes, burlón:

*Vos, Bernardo entre franceses  
y entre españoles Roldán,  
cuya espada es un Galeno  
y una botica la faz.*

Oyólo el matarife y amoscóse luego, haciendo ademán de requerir con mucho aparato.

–¡Cuerpo de Cristo –dijo– que ni Galeno, ni Roldán, ni Bernardo me llamo, sino que Antón Novillo de la Gamella tengo por buen nombre!... ¡Y a fuer de hijodalgo, con hígados para jiferarle a cercén las orejas a quien se me apitone!

Decía eso con mucho aspaviento de desnudar la herreruza, pero sin decidirse a meter mano por ignorar con quién se jugaba los cuartos. Llegáronse en esto los camaradas, con similar talante y ganas de bulla, parándose con las piernas abiertas, fragor de mucho hierro y retorcer de mostachos. Eran de esos que se opinan tanto de bravos, que por alardear confiesan lo que no hicieron. Entre todos hubieran acuchillado en medio soplo a un manco, pero Don Francisco no lo era. Alatrisme vio que el poeta despejaba por atrás daga y espada, y sin llegar a desembozarse del todo protegíase el vientre con el revuelo de la capa. Se disponía él a hacer lo mismo, pues para danza de blancas el sitio estaba diciendo bailadme, cuando uno de los compadres del jaque –un bravonel grande tocado con montera, que llevaba un tahalí de a palmo cruzándole el pecho, y al extremo una enorme herreruza, dijo:

–Duecientas mojudas vamos a tarascarles a estos señores en los cuajares, camaradas. Que aquí, el que no se va en uvas se va en agraz.

Tenía en la cara más puntos y marcas que un libro de música, amén del acento y las trazas de los rufianes del Potro de Córdoba –rufián cordobés y hembra valenciana, rezaba el refrán–, y hacia también ademán de aligerar la vaina, pero sin concluir el gesto; esperando que se les juntase algún rufo más de las cercanías, pues siendo cuatro a dos aún no parecía antojársele parejo el lance. Entonces, para sorpresa de todos, Diego Alatrisme se echó a reír.

–Venga, Cagafuego –dijo, con festiva sorna–. Dénos vuestra merced cuartel a este caballero y a mi, y no nos matéis de a siete, sino poquito a poco. Por los viejos tiempos.

Estupefacto, el jaque grandullón se quedó mirándolo, muy corrido, esforzándose en reconocerlo pese a la oscuridad y al rebozo. Al cabo se rascó bajo la montera, que llevaba incrustada sobre unas cejas tan espesas que parecían una.

–Anda la Virgen –murmuró por fin–. Pero si es el capitán Alatrisme.

–El mismo –confirmó éste–. Y la última vez nos vimos a la sombra.

Era muy cierto lo de la última. En cuanto a la primera, ingresado el capitán por unas deudas en la cárcel de Corte, habíale puesto como primer trámite una cuchilla de carnicero en el cuello al tal Cagafuego, de nombre Bartolo, que pasaba por el más valentón entre los presos del estaribel. Eso le había confirmado a Diego Alatrisme fama de hombre de asaduras, amén del respeto del cordobés y de los otros presos. Respeto que se trocó en lealtad cuando fue repartiendo entre ellos los potajes y las botellas de vino que le enviaban Caridad la Lebrijana y sus amigos para aliviarle el hospedaje. Incluso, ya en libertad, había seguido favoreciéndolos de vez en cuando.

–Os hacía apaleando sardinas, señor Cagafuego. Al menos para allí abajo iba vuestra merced, si mal no recuerdo.

Los compadres del bravo habían mudado de actitud –incluido el llamado Antón Novillo de la Gamella–, y ahora asistían al asunto con curiosidad profesional y una cierta consideración, cual si la deferencia que su compadre mostraba a aquel embozado fuese mejor aval que un breve del Papa. Por su parte, Cagafuego parecía complacido de que Alatrisme estuviera al tanto de su currículum laudis.

–Vaya que sí, señor capitán –repuso, y su tono había cambiado mucho desde las duecientas mojudas prometidas poco antes–. Y allí estaría de bogavante, tocando música con los grilletos y palmas en un remo de las galeras del Rey de no ser por mi santa, Blasa Pizorra, que se amancebó con un escribano, y entre los dos templaron al juez.

–¿Y qué hacéis retraído?... ¿O andamos de visita?

–Retraído y bien retraído, voto a Dios –se lamentó no sin resignación el escarramán–. Que hace tres días yo y aquí los camaradas le vaciamos a lo catalán el alma a un corchete, y a iglesia nos llamamos hasta que escampe. O hasta que mi coima ahorre unos ducados, pues ya sabe vuacé que no hay más Justicia que la que uno compra.

–Me alegro de veros.

En la penumbra, Bartolo Cagafuego abrió la boca en algo parecido a una sonrisa amistosa, oscura y enorme.

–Y yo de verle a uced tan bueno. Y a fe que me tiene a su disposición aquí en San Ginés, con mis hígados y esta gubia –palmeó la espada, que resonó con mucho estrépito contra daga y puñales– para servir a Dios y a los camaradas, por si se le ofrece calaverar a alguien en horas de poca luz –miró a Quevedo, conciliador, y volvióse de nuevo al capitán tocándose la montera con dos dedos–. Y disimule vuacé el equívoco.

Dos daifas pasaron corriendo, recogido el vuelo de las faldas en la carrera. Había callado la guitarra de la esquina, y un movimiento de inquietud y prisa agitaba a la chusma apostada en el pasadizo. Volviéronse todos a mirar.

–¡La gura!... ¡La gura! –voceó alguien.

En la esquina se oía bullicio de aguaciles y corchetes. Sonaron voces de ténganse a fe, ténganse que yo lo digo, y luego los consabidos gritos de favor a la justicia y al Rey. Apagóse de un golpe el farolillo mientras se dispersaba la parroquia con la velocidad de un rayo: los retraídos a la iglesia, y el resto ahuecando pasadizo y calle Mayor arriba. Y en menos tiempo del que se despachan almas, allí no quedó una sombra.

De recogida, camino de la cava de San Miguel dando un amplio rodeo en torno a la plaza Mayor, Diego Alatraste se detuvo enfrente de la taberna del Turco. Inmóvil al otro lado de la calle, protegido por la oscuridad, estuvo un rato observando los postigos cerrados y la ventana iluminada del piso de arriba, donde Caridad la Lebrijana tenía su casa. Ella estaba despierta, o bien había dejado una luz como señal para él. Aquí estoy y te espero, parecía decir el mensaje. Pero el capitán no cruzó la calle. Se limitó a permanecer muy quieto, la capa a modo de embozo y el chapeo bien calado, procurando fundirse con las tinieblas de los portales. La calle de Toledo y la esquina de la del Arcabuz se veían desiertas, pero resultaba imposible averiguar si alguien espiaba desde el resguardo de algún zaguán. Lo único que podía ver era la calle vacía y aquella ventana iluminada, donde le pareció que cruzaba una sombra. Quizá la Lebrijana estaba despierta, aguardándolo. La imagino moviéndose por la habitación, con el cordón de la camisa de dormir flojo sobre los hombros morenos y desnudos, y añoró el olor tibio de aquel cuerpo que, pese a las muchas guerras que también había librado en otro tiempo, guerras mercenarias de a tanto la noche, besos y manos extrañas, seguía siendo hermoso, denso Y cálido, confortable como el sueño, o como el olvido.

Luchó con el deseo de cruzar la calle y refugiarse en aquella carne acogedora que nunca se negaba; pero se impuso el instinto de conservación. Rozó con la mano la empuñadura de la vizcaína que llevaba al costado izquierdo, junto a la espada, sirviendo de contrapeso a la pistola que ocultaba bajo la capa, y volvió a escudriñar, desconfiado, al acecho de una sombra enemiga. Y por un largo momento deseó encontrarla. Desde que me sabía en manos de la Inquisición, y conocía además la identidad de quienes habían movido los hilos de la celada, albergaba una cólera lúcida y fría, rayana en la desesperación, que necesitaba echar afuera de algún modo. La suerte de Don Vicente de la Cruz y sus hijos, incluso la de la novicia encarcelada, no le importaban tanto. En las reglas del juego peligroso donde a menudo iba en prenda la propia piel, aquello formaba parte del negocio. Lo mismo que en cada combate se producían bajas, los lances de la vida deparaban ese tipo de cosas. Y él las asumía desde el principio con su impasibilidad habitual; un talante que, si a veces parecía rozar la indiferencia, no era otra cosa que estoica resignación de viejo soldado.

Pero conmigo era diferente. Yo era –si me permiten vuestras mercedes expresarlo de algún modo– lo que para Diego Alatraste y Tenorio, veterano de los tercios de Flandes y de aquella España peligrosa y bronca, podía representar la palabra remordimiento. A mí no le era tan fácil asignarme fríamente a la lista de bajas de un mal lance o un asalto. Yo era su responsabilidad, le pluguiera o no. Y del mismo modo que los amigos y las mujeres no se escogen, sino que te eligen ellos a ti, la vida, mi padre muerto, los azares del Destino, habíanme puesto en su camino y de nada valía cerrar los ojos ante un hecho molesto y muy cierto: yo lo convertía en más vulnerable. En la vida que le había tocado vivir, Diego Alatraste era tan hideputa como el que más; pero era uno de esos hideputas que juegan según ciertas reglas. Por eso estaba callado y quieto, que era una forma tan buena como otra cualquiera de estar desesperado. Y por eso atisbaba los rincones oscuros de la calle, deseando encontrar agazapado a un esbirro, un espía, un enemigo cualquiera en quien calmar aquella desazón que le crispaba el estómago y le hacía apretar los dientes hasta sentir doloridas las quijadas. Deseó hallar a alguien, y luego deslizarse hacia él en la oscuridad, con sigilo, para sujetarlo contra la pared, ahogada su voz con la capa, y sin pronunciar una sola palabra meterle bien la daga en la garganta; hasta que dejara de moverse y quedara servido el diablo. Porque, puestos a considerar reglas, las suyas eran ésas.

## VII. GENTES DE UN SOLO LIBRO

Nunca falta Dios a los cuervos ni a los grajos; ni siquiera a los escribanos. De modo que tampoco quiso faltarme del todo a mí. Porque lo cierto es que no me torturaron mucho. También el Santo Oficio tenía sus reglas; y pese a su crueldad y su fanatismo, algunas de ellas cumplíalas a rajatabla. Alcancé muchas bofetadas y azotes, es verdad. Y no pocas privaciones y quebrantos. Pero una vez confirmaron mis años esos catorce no cumplidos mantuvieron a saludable distancia el artilugio siniestro de madera, rodillos y cuerdas que en cada interrogatorio yo podía ver en un extremo de la sala; e incluso las palizas que me dieron resultaron limitadas en número, intensidad y duración. Otros, sin embargo, no tuvieron esa suerte. Ignoro si con potro, o sin su concurso –acostaban al supliciado encima, estirándole los miembros con vueltas y más vueltas de cuerda, hasta descoyuntárselos–, el grito de mujer que había oído a mi llegada seguí oyéndolo con frecuencia, hasta que de pronto cesó. Eso fue el mismo día que vime de nuevo en el cuarto de interrogatorios y conocí, por fin, a la desdichada Elvira de la Cruz.

Era regordeta y menuda, y nada tenía que ver con la novelería forjada en mi caletre. De cualquier modo, ni la más perfecta belleza hubiera sobrevivido a aquel pelo rapado sin piedad, a los ojos enrojecidos, cercados de insomnio y sufrimiento, a las huellas de mancuera en torno a sus muñecas y tobillos, bajo la estameña sucia del hábito. Estaba sentada –pronto supe que era incapaz de sostenerse sin ayuda– y tenía en los ojos la mirada más vacía y perdida que nunca vi: una ausencia absoluta hecha con todo el dolor, y el cansancio, y la amargura de quien conoce el fondo del más oscuro pozo que imaginarse pueda. Debía de andar por los dieciocho o diecinueve años, más parecía una anciana decrepita; cada vez que se movía un poco en la silla era lenta y dolorosamente, como si enfermedad o vejez prematura hubiesen descoyuntado cada uno de sus huesos y articulaciones. Y a fe que se trataba exactamente de eso.

En cuanto a mí, aunque resulte poco gentilhomme alardear de ello, no me habían arrancado una sola de las palabras que deseaban. Ni siquiera cuando uno de los verdugos, el pelirrojo, se encargó de medir cumplidamente mis espaldas con un vergajo de toro. Pero, aunque estaba lleno de cardenales y tenía que dormir boca abajo –sí dormir puede llamársele a una duermevela angustiada, a medio camino entre la realidad y los fantasmas de la imaginación–, nadie pudo sacarme de los labios, secos y agrietados, llenos de costras de sangre que ahora sí era mía, otras palabras que gemidos de dolor o protestas de inocencia. Aquella noche yo sólo pasaba por allí camino de mi casa. Mi amo el capitán Alatraste nada tenía que ver. Nunca había oído hablar de la familia de la Cruz. Yo era cristiano viejo y mi padre había muerto por el Rey en Flandes... Y vuelta a empezar: aquella noche yo sólo pasaba por allí camino de mi casa...

No había piedad en ellos, ni siquiera esos ápices de humanidad que a veces uno vislumbra incluso en los más desalmados. Frailes, juez, escribano y verdugos se comportaban con una frialdad y un distanciamiento tan rigurosos que era precisamente lo que más pavor producía; más, incluso, que el sufrimiento que eran capaces de infligir: la helada determinación de quien se sabe respaldado por leyes divinas y humanas, y en ningún momento pone en duda la licitud de lo que hace. Después, con el tiempo, aprendí que, aunque todos los hombres somos capaces de lo bueno y de lo malo, los peores siempre son aquellos que, cuando administran el mal, lo hacen amparándose en la autoridad de otros, en la subordinación o en el pretexto de las órdenes recibidas. Y si terribles son quienes dicen actuar en nombre de una autoridad, una jerarquía o una patria, mucho peores son quienes se estiman justificados por cualquier dios. Puestos a elegir con quien habérselas a la hora, a veces insoslayable, de tratar con gente que hace el mal, preferí siempre a aquellos capaces de no acogerse más que a su propia responsabilidad. Porque en las cárceles secretas de Toledo pude aprender, casi a costa de mi vida, que nada hay más despreciable, ni peligroso, que un malvado que cada noche se va a dormir con la conciencia tranquila. Muy malo es eso. En especial, cuando viene parejo con la ignorancia, la superstición, la estupidez o el poder; que a menudo se dan juntos. Y aún resulta peor cuando se actúa como exégeta de una sola palabra, sea del Talmud, la Biblia, el Alcorán o cualquier otro escrito o por escribir. No soy amigo de dar consejos –a nadie lo acuchillan en cabeza ajena–, más ahí va uno de barato: desconfíen siempre vuestras mercedes de quien es lector de un solo libro.

Ignoro qué libros habían leído aquellos hombres; pero en cuanto a sus conciencias, estoy seguro de que dormían a pierna suelta –así ahora no puedan hacerlo nunca, en el infierno donde ojalá ardan toda la eternidad–. A tales alturas de mi calvario, había identificado ya al que llevaba la voz cantante, el fraile sombrío y descarnado de mirada febril. Era fray Emilio Bocanegra, presidente del Consejo de los Seis

Jueces, el más temido tribunal del Santo Oficio. También, según lo que había oído al capitán Alatraste y a sus amigos, era uno de los más encarnizados enemigos de mi amo. Había ido marcando el compás en los interrogatorios; y ahora los otros frailes y el silencioso juez del ropón negro se limitaban a oficiar de testigos, mientras el escribano anotaba las preguntas del dominico y mis lacónicas respuestas.

Pero aquella vez fue diferente; pues cuando comparecí, las preguntas no se me hicieron a mí, sino a la pobre Elvira de la Cruz. Y malicié que aquello tomaba un giro inquietante cuando vi a fray Emilio señalarme con el dedo.

–¿Conocéis a ese joven?

Mis prevenciones se trocaron en pánico –yo aún no había llegado como ella a ciertos límites– cuando la novicia movió afirmativamente la cabeza rapada a trasquilones, sin mirarme siquiera. Alarmado, vi que el escribano aguardaba, pluma en alto, atento a Elvira de la Cruz y al inquisidor.

–Responded con palabras –ordenó fray Emilio.

La infeliz emitió un «sí» apagado, apenas audible. El escribano mojó la pluma en el tintero y luego escribió, y yo sentí más que nunca que el suelo iba a abrirse bajo mis pies.

–¿Conocéis de él prácticas judaizantes?

El segundo «sí» de Elvira de la Cruz hízome saltar con un grito de protesta, acallado por un recio pescozón del esbirro pelirrojo, que en las últimas horas –tal vez temían que el grandullón me tulliera de un manotazo– estaba a cargo de todo lo referente a mi persona. Ajeno a la protesta, fray Emilio seguía señalándome con el dedo, sin dejar de mirar a la joven.

–¿Reiteráis ante este santo tribunal que el llamado Íñigo Balboa ha manifestado de palabra y obra creencias hebraicas, y asimismo ha participado, con vuestro padre, hermanos y otros cómplices, en la conspiración para arrebataros de vuestro convento?

El tercer «sí» fue superior a mis fuerzas. De modo que, esquivando las manos del esbirro pelirrojo, grité que aquella desgraciada mentía por la gola, y que nada había tenido yo que ver nunca con la religión judía. Entonces, para mi sorpresa, en vez de hacer como antes caso omiso, fray Emilio volvióse a mirarme con una sonrisa. Y era una sonrisa de odio triunfal, tan espantosa y ruin que me dejó clavado en el sitio, mudo, inmóvil, sin aliento. Y entonces, recreándose en todo aquello, el dominico fue hasta la mesa donde estaban los otros, y tomando la cadena con el dije que me había regalado Angélica de Alquézar en la fuente del Acero, me los mostró a mí, luego a los miembros del tribunal, y por fin a la novicia.

–¿Y habíais visto antes este sello mágico, vinculado a la horrenda superstición de la cábala hebraica, que le fue intervenido al antedicho Íñigo Balboa en el momento de su detención por familiares del Santo Oficio, y que prueba su implicación en esta conjura judía?

Elvira de la Cruz no me había mirado ni una sola vez. Tampoco ahora miró el dije de Angélica, que fray Emilio sostenía frente a sus ojos, y se limitó a responder «sí» como antes, la vista fija en el suelo; tan abatida o deshecha que ni siquiera parecía avergonzada. Más bien cansada, indiferente; cual si deseara terminar de una vez con todo aquello y arrojarse en un rincón para dormir el sueño del que parecían haberla privado durante media vida.

En cuanto a mí, estaba tan aterrado que esta vez ni pude protestar. Porque el potro de tortura había dejado de inquietarme. Ahora, mi preocupación urgente era averiguar si a los menores de catorce años los quemaban, o no.

–Confirmado. Lleva la firma de Alquézar.

Álvaro de la Marca, conde de Guadalmedina, vestía de fino paño verde pasado de plata, con botas de ante y valona muy trabajada de puntas de Flandes. Era de piel blanca, manos finas y bien parecido, y no perdía su calidad de gallardo gentilhomme –decían de él que era el mejor talle de la Corte– ni siquiera sentado como estaba a horcajadas sobre un taburete, en el mísero cuartucho del garito de Juan Vicuña. Al otro lado de la celosía divisaban la sala llena de gente. El conde había estado jugando un rato, con poca suerte pues no tenía la cabeza en los naipes, antes de llegarse al cuarto sin llamar la atención, pretextando una necesidad. Se había encontrado allí con el capitán Alatraste y con Don Francisco de Quevedo, quien acababa de entrar muy embozado por la puerta secreta de la plaza Mayor.

–Y vuestras mercedes andaban en lo cierto –prosiguió Guadalmedina–. El objeto del asunto era, en efecto, asestar un golpe sin sangre a Olivares, desprestigiándole el convento. Y de paso, aprovechar el lance para ajustar cuentas con Alatraste... Se han industriado una conspiración hebraica, y pretenden que haya hoguera.

–¿También el chico? –preguntó Don Francisco.

Su sobrio indumento negro, con la única nota de color de la cruz de Santiago sobre el pecho, contrastaba con la rebuscada elegancia del aristócrata. Estaba sentado junto al capitán, la capa doblada en el respaldo, la

espada al cinto y el sombrero sobre las rodillas. Al oír su pregunta, Álvaro de la Marca se entretuvo en llenarse un vaso con moscatel de la jarra que había sobre un taburete, junto a una larga pipa de barro y una caja de tabaco picado. El moscatel era de Málaga, y la jarra andaba ya mediada porque Quevedo había dado muy buen tiento apenas cruzó la puerta, malhumorado como siempre, maldiciendo de la noche, de la calle y de la sed.

–También –confirmó el aristócrata–. La moza y él es cuanto tienen, porque al otro superviviente de la familia, el hijo mayor, no hay quien lo encuentre –encogió los hombros e hizo una pausa, grave el semblante–. Según he averiguado, preparan un auto de fe por todo lo alto.

–¿Está seguro vuestra merced?

–Del todo. He llegado hasta donde se puede, pagando al contado. Como diría nuestro amigo Alatraste, para la contramina es menester abundancia de pólvora... De eso no falta; pero con la Inquisición, hasta lo venal tiene límites.

El capitán no dijo nada. Estaba sentado en el catre, desabrochado el jubón, pasando despacio una piedra de esmeril por el filo de su daga. La luz de aceite dejaba sus ojos en sombra.

–Me extraña que Alquézar pique tan alto –opinó Don Francisco, que limpiaba los espejuelos en la falda de su ropilla–. Es harta osadía para un secretario real enfrentarse al valido, aunque sea por mano interpuesta.

Guadalmedina bebió unos sorbos de moscatel y chascó la lengua, ceñudo. Luego secóse el rizado bigote con un lienzo perfumado que extrajo de la manga.

–No os sorprendáis. En los últimos meses, Alquézar ha alcanzado mucha influencia cerca del Rey. Es criatura del Consejo de Aragón, a cuyos miembros rinde importantes servicios, y últimamente ha comprado a varios consejeros de Castilla. Además, por conducto de fray Emilio Bocanegra goza de apoyos entre la gente dura del Santo Oficio. Con Olivares sigue mostrándose sumiso, pero es obvio que lleva su propio juego... Cada día que pasa es más fuerte, y aumenta su fortuna.

–¿De dónde saca el dinero? –preguntó el poeta.

Álvaro de la Marca volvió a encoger los hombros. Había metido tabaco en la pipa de barro y la encendía en el candil. Pipa y tabaco entretenían a Juan Vicuña, quien gustaba de fumar en los ratos que acompañaba a Diego Alatraste. Más, pese a sus conocidas propiedades curativas –harto recomendadas por el boticario Fadrique–, el capitán no era amigo de aquellas hojas aromáticas traídas por los galeones de Indias. Por su parte, Quevedo prefería aspirarlas en polvo.

–Nadie lo sabe –dijo el conde, echando humo por la nariz–. Tal vez Alquézar trabaja por cuenta de otros. Lo cierto es que maneja oro con soltura, y está corrompiendo cuanto toca. Incluso el privado, que hace meses podía perfectamente haberlo mandado de vuelta a Huesca, ahora se le anda con mucho tiento. Dicen que aspira a la protonotaría de Aragón, e incluso a la secretaría del despacho universal... Si las consigue, será intocable.

Diego Alatraste parecía ajeno a cuanto allí se hablaba. Dejó sobre el jergón la piedra de esmeril y se puso a comprobar el filo de la daga deslizándolo un dedo por él. Después, muy lentamente, requirió la vaina y metió la vizcaína dentro. Sólo entonces alcanzó a mirar a Guadalmedina.

–¿No hay forma de ayudar a Íñigo?

El conde esbozó entre el humo una mueca amistosa y apenada.

–Me temo que no. Sabes como yo que caer en manos de la Inquisición significa quedar preso en una máquina implacable y eficaz... –arrugó la frente, acariciándose pensativo la perilla–. Lo que me sorprende es que no te hayan cogido a ti.

–Vivo escondido.

–No me refiero a eso. Disponen de medios para averiguar lo que sea menester, y además ni siquiera han registrado tu casa... Luego aún no tienen pruebas acusatorias.

–Las pruebas se les dan un ardite –dijo Don Francisco, apoderándose de la jarra de moscatel–. Se fabrican o se compran:

*Pues que da y quita el decoro  
y quebranta cualquier fuero...*

Recitó, entre dos sorbos. Guadalmedina, que se llevaba la pipa a la boca, detuvo el gesto a la mitad.

–No, disculpadme, señor de Quevedo. El Santo Oficio es muy puntilloso en según qué cosas. Si no hay pruebas, por mucho que Bocanegra jure y perjure que el capitán está metido hasta el cuello, la Suprema no aprobará nunca una actuación contra él. Si no hacen nada oficial es porque el chico no ha hablado.

–Siempre hablan –el poeta bebió un largo trago, y luego otro–. Y además, es casi un niño.

–Pues a fe mía que éste no lo ha hecho, por muy niño que sea. Es lo que dan a entender las personas con quienes llevo todo el día conferenciando. Que por cierto, Alatraste, con el oro que hoy he derrochado en tu servicio, podríamos bien quedar en paz con aquel asunto de las Querquenes... Si ciertas cosas se pagaran con oro.

Álvaro Luis Gonzaga de la Marca y Álvarez de Sidonia, conde de Guadalmedina, grande de España, confidente del Rey nuestro señor, admirado por las damas de la Corte y envidiado por no pocos gentiles hombres de la mejor sangre, le dirigió a Diego Alatraste una mirada cómplice, de amistad sincera, que nadie hubiera creído posible entre un hombre de su calidad y un oscuro soldado que, lejos de Flandes y de Nápoles, se ganaba la vida como espadachín a sueldo.

–¿Tiene vuestra merced lo que le pedí? –preguntó Alatraste.

Se ensanchó la sonrisa del conde.

–Lo tengo –había dejado la pipa a un lado, sacando de su jubón un pequeño paquete que entregó al capitán–. Helo aquí.

Otro menos íntimo que Don Francisco de Quevedo habríase sorprendido de la familiaridad entre el aristócrata y el veterano. Era notorio que Guadalmedina había recurrido más de una vez al acero de Diego Alatraste para solventar asuntos que requerían buena mano y pocos escrúpulos, como la muerte del marquesito de Soto y algún otro lance al uso. Pero ello no significaba que quien pagare contrajese obligación con el contratado; y mucho menos que un grande de España, que además tenía posición en la Corte, anduviese de correveidile en asuntos de Inquisición, por cuenta de un Don nadie cuya espada podía comprar con sólo sacudir la bolsa. Pero, como bien sabía el señor de Quevedo, entre Diego Alatraste y Álvaro de la Marca había algo más que turbios negocios resueltos en común. Casi diez años atrás, siendo Guadalmedina un boquirrubio que acompañaba a las galeras de los virreyes de Nápoles y Sicilia en la jornada desastrosa de las Querquenes, habíase visto apurado cuando los moros cayeron sobre las tropas del Rey católico mientras vadeaban el lago. El duque de Nocera, con quien iba Don Álvaro, había recibido cinco terribles heridas; y de todas partes acudían alarbes con alfanjes, picas y mucho tiro de arcabuz. De manera que a poco todo fue mortandad para los españoles, que terminaron peleando no ya por el Rey sino por sus vidas, matando para no morir, en una espantosa retirada con el agua por la cintura. Aquello, según contaba Guadalmedina, era ya cuestión de cenar con Cristo o en Constantinopla. Cerróle un moro, y perdió él la espada al clavársela, de modo que el siguiente le dio dos golpes de alfanje cuando se revolvía buscando su daga en el agua. Y ya veíase muerto, o esclavo –más lo primero que lo segundo– cuando unos pocos soldados que aún resistían en grupo dándose ánimos con gritos de «España, España» y cuidándose unos a otros, oyeron sus demandas de auxilio pese a la escopetada, y dos o tres se vinieron a socorrerlo chapoteando en el barro, acuchillándose muy por lo menudo con los alarbes que lo rodeaban. Uno de aquellos era un soldado de enorme mostacho y ojos claros, que tras abrirle la cara a un moro con la pica se pasó un brazo del joven Guadalmedina sobre los hombros y llevólo a rastras por el fango rojo de sangre, hasta los botes y las galeras que estaban frente a la playa. Y todavía allí hubo que reñir, con Guadalmedina desangrándose sobre la arena, entre arcabuzazos y saetas y golpes de alfanje, hasta que el soldado de los ojos claros pudo por fin meterse con él en el agua y, cargándolo a la espalda, llevarlo hasta el esquife de la última galera, mientras atrás sonaban los alaridos de los infelices que no habían logrado escapar, asesinados o hechos esclavos en la playa fatídica.

Aquellos mismos ojos claros estaban ahora frente a él, en el garito de Juan Vicuña. Y –como ocurre contadas veces, pero siempre en ánimos generosos– los años transcurridos desde la jornada sangrienta no habían hecho que Álvaro de la Marca olvidara su deuda. Que aún fue más puesta en razón cuando conoció que el soldado a quien debió la vida en las Querquenes, al que sus camaradas llamaban con respeto capitán, sin serlo, habíase batido también en Flandes bajo las banderas de su padre, el viejo conde Don Fernando de la Marca. Una deuda que, por otra parte, Diego Alatraste nunca hacía valer sino en casos extremos; como había ocurrido en la reciente aventura de los dos ingleses, y ahora que andaba mi vida de por medio.

–Volviendo a nuestro Íñigo –prosiguió Guadalmedina–. Si no testifica contra ti, Alatraste, la cosa se detiene ahí. Pero él sí está detenido, y al parecer cuentan con testimonios graves. Eso lo convierte en reo de la Inquisición.

–¿Qué pueden hacerle?

–Pueden hacerle de todo. A la moza la van a quemar, tan fijo como que Cristo es Dios. En cuanto a él, depende. Igual sale librado con unos años de prisión, doscientos azotes, un encorozamiento o qué sé yo. Pero riesgo de hoguera, haylo.

–¿Y qué pasa con Olivares? –preguntó Don Francisco.

Guadalmedina hizo un gesto vago. Había vuelto a coger la pipa de barro y chupaba de ella, entornando los ojos entre el humo.

–Ha recibido el mensaje y verá el asunto, aunque no debemos esperar mucho de él... Si tiene algo que decir, nos lo hará saber.

–Pardiez, que no es gran cosa –apuntó Don Francisco, malhumorado.

Guadalmedina miró al poeta frunciendo un poco el ceño.

–El privado de Su Majestad tiene otros negocios que atender.

Lo dijo en tono algo seco. Álvaro de la Marca admiraba el talento del señor de Quevedo, y lo estimaba como íntimo del capitán y por gozar entrambos de amigos comunes –habían coincidido además en Nápoles, con el duque de Osuna–. Pero el aristócrata era también poeta en ratos perdidos, y le escocía que el señor de la Torre de Juan Abad no apreciara sus versos. Y más cuando, para congraciarse, habíale dedicado una octava que era de las mejores salidas de su pluma; aquella bien conocida que empezaba:

*Al buen Roque en sufrido claudicante...*

El capitán no les prestaba atención, ocupado en desenvolver el paquete que había traído el aristócrata. Álvaro de la Marca dio más chupadas a la pipa sin quitarle ojo.

–Ve con mucho tiento, Alatrístete –dijo al cabo.

Éste no respondió; miraba con atención los objetos de Guadalmedina. Sobre la arrugada manta del jergón había un plano y dos llaves.

Hervía la olla del Prado. Era la rúa del atardecer, y los carruajes que venían desde la puerta de Guadalajara y la calle Mayor demorábanse entre las fuentes y bajo las alamedas, mientras el sol poniente rozaba ya los tejados de Madrid. Entre la esquina de la calle de Alcalá y la desembocadura de la carrera de San Jerónimo todo era un ir y venir de coches cubiertos y descubiertos, jinetes al estribo de las damas, tocas blancas de dueñas, mandiles de criadas, escuderos, vendedores con agua del Caño Dorado y aloja, mujeres que pregonaban fruta, pucherillos de nata, vidrios de conserva y golosinas.

Como grande de España, con fuero de estar cubierto ante el Rey nuestro señor, el conde de Guadalmedina tenía derecho a usar un coche de cuatro mulas –el tiro de seis quedaba reservado a Su Majestad–; más para la ocasión, que requería discreto aparato, había elegido en sus cocheras un modesto carruaje sin divisa a la vista, con dos razonables mulas grises y cochero sin librea. Era, sin embargo, lo bastante amplio para que él mismo, Don Francisco de Quevedo y el capitán Alatrístete pudieran acomodarse con espacio de sobra y aguardar, Prado arriba y Prado abajo, la cita concertada. Pasaban, por tanto, inadvertidos entre las docenas de coches que se movían despacio en aquella hora crepuscular en que el Madrid elegante se esparcía en las proximidades del convento de los Jerónimos, con canónigos graves que paseaban abriendo el apetito para la cena, estudiantes tan ricos de ingenio como pobres de maravedís, comerciantes o artesanos con espada al cinto y apellidándose de hidalgos, y sobre todo mucho galán templando terceras –y no me refiero precisamente a cuerdas de guitarra–, muchas manos blancas abrochando y desabrochando cortinillas de carruaje, y mucha dama tapada o sin tapar, descubriendo, fuera del estribo y como al descuido de la basquiña, media vara de seductor guardainfante. A medida que fueran languideciendo los restos del día, el Prado se iría llenando de sombras; y, retirada la gente de respeto, camparían por el lugar tusonas, caballeros en busca de aventuras y pícaros en general, tornándose el lugar escenario de lances, citas galantes y encuentros furtivos bajo los álamos. Todo eso se preñaba ahora con disimulo y muy buenas maneras, cambiándose billetes de coche a coche entre miradas, golpes de abanico, insinuaciones y promesas. Y algunos de los más respetables caballeros y damas que allí se cruzaban sin aire de conocerse, iban a dar en amorosos apartes en cuanto se pusiera el sol, aprovechando la intimidad del coche, o el resguardo de una de las fuentes de piedra que adornaban el paseo, para hacer buena presa. Y no eran inusuales las consabidas cuchilladas, en que lo mismo andaban enamorados, amantes celosos, o maridos que se topaban con especias ajenas en la olla. Sobre este último género había escrito el difunto conde de Villamediana –a quien por lenguaza habíanle reventado las asaduras de un ballestazo en plena rúa de la calle Mayor– aquellos celebrados versos:

*Llego a Madrid y no conozco el Prado,  
y no lo desconozco por olvido,  
sino porque me consta que es pisado  
por muchos que debiera ser pacido.*

Álvaro de la Marca, que era rico, soltero y habitual de Prado y calle Mayor, y por tanto de los que hacían en Madrid cornudos en reatas de a doce, andaba aquel atardecer en otro registro. Vestido con discreto traje de paño tan gris como su cochero y sus mulas, procuraba no llamar la atención; hasta el punto de que, atisbando



por las cortinillas entornadas, retiróse con presteza al paso de un coche descubierto donde iban damas con guarnición copiosa de pasamanos de plata, seda y abanillos de Nápoles, a las que no le interesaba saludar y de las que, sin duda, era conocido más de lo conveniente. En la otra ventanilla, Don Francisco de Quevedo estaba también al acecho tras su cortina a medio cerrar. Diego Alatraste venía entre ambos, estiradas las piernas cubiertas por sus altas botas de cuero, mecido por el suave balanceo del coche y silencioso como de costumbre. Los tres llevaban la espada entre las rodillas y puesto el sombrero.

—Ahí está —dijo Guadalmedina.

Quevedo y Alatraste se inclinaron un poco hacia el lado del conde, para echar un vistazo. Un carruaje negro parecido al suyo, sin divisa en la portezuela y con las cortinas echadas, acababa de pasar la Torrecilla y se adentraba en el paseo. El auriga vestía de pardo, con una pluma blanca y otra verde en el sombrero.

Guadalmedina abrió la trampa y dio instrucciones a su cocherero, que sacudió las riendas para ponerse al paso del otro. Anduvieron así corto trecho hasta que el primer carruaje se detuvo en un rincón discreto, bajo las ramas de un viejo castaño junto a las que corría el agua de una fuente rematada por delfín de piedra. Detúvose el segundo coche a su lado. Abrió la puerta Guadalmedina, y descendió al estrecho espacio que quedaba entre ambos. Lo mismo hicieron Alatraste y Quevedo, quitándose los sombreros. Y al descorrerse la cortinilla apareció un rostro sanguíneo y firme, endurecido por ojos oscuros, inteligentes, barba y mostacho feroces, una cabeza grande sobre hombros poderosos, y el dibujo de una roja cruz de Calatrava. Aquellos hombros soportaban el peso de la monarquía más vasta de la tierra, y pertenecían a Don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, privado de nuestro señor Don Felipe IV, Rey de las Españas.

—No esperaba volver a veros tan pronto, capitán Alatraste. Os hacía camino de Flandes.

—Ésa era mi intención, Excelencia. Pero se cruzó un asunto.

—Ya veo... ¿Os han dicho alguna vez que poseéis una rara habilidad para complicaros la vida?

Era un diálogo insólito, habida cuenta que lo mantenían el privado del Rey de España y un oscuro espadachín. En el estrecho espacio que mediaba entre los dos coches, Guadalmedina y Quevedo escuchaban en silencio. El Conde de Olivares había intercambiado con ellos saludos convencionales, y ahora se dirigía al capitán Alatraste con una atención casi cortés que atenuaba la altivez de su gesto adusto. No era usual tamaña deferencia en el valido, y el hecho no escapaba a nadie.

—Una habilidad asombrosa —repitió Olivares, como para sí.

Guardóse el capitán de comentarios y permaneció quieto, descubierto y con un respeto no exento de aplomo, junto al estribo del carruaje. Tras dedicarle una última ojeada, se dirigió el privado a Guadalmedina:

—Sobre el particular que nos ocupa —dijo—, sabed que no hay nada que hacer. Agradezco vuestras informaciones, más nada puedo ofrecerlos a cambio. En materia de Santo Oficio, ni siquiera el Rey nuestro señor interviene —hizo un gesto con la mano fuerte y ancha, anudada con poderosas venas—... Aunque, por supuesto, ése no sea negocio con el que podamos molestar a Su Majestad.

Álvaro de la Marca miró a Alatraste, que permanecía impassible, y volvióse luego hacia Olivares.

—¿Ninguna salida, entonces?

—Ninguna. Y siento no ayudaros —había un punto de sinceridad condescendiente en el tono del privado—. En especial porque el tiro que ha sido dirigido a nuestro capitán Alatraste también me era cercano. Pero así son las cosas.

Guadalmedina inclinó la frente, que pese al título de grande de España también mantenía ahora descubierta ante Olivares. Álvaro de la Marca era cortesano, y sabía que cualquier toma y daca en la Corte contaba con límites. Para él ya era un triunfo que el hombre más poderoso de la monarquía concediera un minuto de su tiempo. Y aun así, insistió:

—¿Van a quemar al mozo, Excelencia?

El valido se arreglaba las puntas flamencas que asomaban por los puños de su jubón trencillado de verde muy oscuro, sin joyas ni adornos, tan austero como las vigentes pragmáticas contra el lujo que él mismo había hecho firmar al Rey.

—Mucho me temo que sí —dijo desapasionadamente—. Y a la moza. Y pueden darse gracias de que no tengan a nadie más que llevar al brasero.

—¿Qué tiempo nos queda?

—Poco. Según mis noticias se están acelerando los pormenores del proceso, y puede haber plaza Mayor de aquí a un par de semanas. En el estado actual de mi relación con el Santo Oficio, eso apuntará un lindo tanto a su favor —movió la poderosa cabeza, asentada sobre una golilla almidonada que apresaba el cuello robusto, sanguíneo—... No me perdonan lo de los genoveses.

Sonrió apenas, melancólico, entre la negra barba del mentón y el feroz bigote, y alzó levemente la mano enorme. Aquello era dar por concluido el asunto, y Guadalmedina hizo otra breve inclinación de cabeza, lo justo para ser político sin menoscabo de la honra.

–Vuestra Excelencia ha sido muy generoso con su tiempo. Estamos profundamente agradecidos, y en deuda con Su Grandeza.

–Ya os pasaré la factura, Don Álvaro. Mi Grandeza nunca hace las cosas gratis –el valido se volvió a Don Francisco, que oficiaba de convidado de piedra–... En cuanto a vos, señor de Quevedo, espero que esto mejore nuestras relaciones. No me irían nada mal un par de sonetos alabando mi política en Flandes, de esos anónimos pero que todo el mundo sabe son escritos por vuestra merced. Y un poema oportuno sobre la necesidad de reducir a la mitad el valor de la moneda de vellón... Algo en la línea de aquellos versos que tuvisteis la bondad de dedicarme el otro día:

*Que la cortés estrella que os inclina  
a privar, sin intento y sin venganza,  
milagro que a la envidia desatina...*

Don Francisco miró de soslayo a sus acompañantes, incómodo. Tras su larga y penosa caída en desgracia, que empezaba por fin a remontar con buenos augurios, el poeta pretendía recuperar la posición perdida en la Corte, saliendo de pleitos y reveses de fortuna. El asunto del convento de las Benitas llegaba en inoportuno momento para él; y decía mucho en favor de su hombría de bien que, por una antigua deuda de honor y amistad, pusiera en peligro su actual buena estrella. Odiado y temido por su acerba pluma y su extraordinario ingenio, en los últimos tiempos Quevedo procuraba no mostrarse hostil al poder; y eso lo llevaba a compaginar el elogio con su acostumbrada visión pesimista y los accesos de malhumor. Humano a fin de cuentas, escasamente inclinado a volver al destierro, y dispuesto a rehacer un poco su menguada hacienda, el gran satírico procuraba morder el freno, por miedo a estropearlo todo. Además, entonces aún creía sinceramente, como muchos otros, que Olivares podía ser el cirujano de hierro necesario para el viejo y enfermo león hispano. Más hemos de consignar, en honor del amigo de Alatraste, que incluso en esos tiempos de bonanza escribió una comedia, «*Cómo ha de ser el privado*», que no dejaba en absoluto bien parada la creciente privanza del futuro conde-duque. Y aquella amistad cogida con alfileres, a pesar de los intentos de Olivares y otros poderosos de la Corte por atraerse al poeta, terminaría rompiéndose años más tarde; dicen las lenguas ociosas que con el famoso memorial de la servilleta, aunque yo tengo para mí que fue cosa de más enjundia la que los convirtió en enemigos mortales, despertó la cólera del Rey nuestro señor, y fue causa de la prisión de Don Francisco, ya viejo y enfermo, en San Marcos de León. Eso ocurrió más adelante, llegado el tiempo en que, trocada la monarquía en máquina insaciable de devorar impuestos, sin dar a cambio al esquilado pueblo más que desastres bélicos y desaciertos políticos, Cataluña y Portugal se alzaron en armas, el francés –como de costumbre– quiso sacar tajada, y España se sumió en la guerra civil, la ruina y la vergüenza. Pero a tan sombríos tiempos me referiré en su momento. Lo que ahora interesa referir es que ese atardecer, en el Prado, el poeta asintió adusto, pero comedido y casi cortés:

–Consultaré a las musas, Excelencia. Y se hará lo que se pueda.

Olivares movió la cabeza, el aire satisfecho de antemano.

–No me cabe duda –su tono era el de quien no considera ni por lo más remoto otra posibilidad–. En cuanto a vuestro pleito por los ocho mil cuatrocientos reales del duque de Osuna, ya sabéis que las cosas de palacio van despacio... Todo se andará. Pasad a verme un día y platicaremos despacio. Y no olvidéis mi poema.

Saludó Quevedo, no sin volver a mirar de reojo a sus acompañantes con cierto embarazo. Observaba en especial a Guadalmedina, acechando en él cualquier signo burlón; pero Álvaro de la Marca era cortesano avezado, conocía las dotes de espadachín del satírico, y mantenía la prudente actitud de quien nada oye. Volvióse el privado hacia Diego Alatraste.

–En cuanto a vos, señor capitán, siento no poder ayudaros –el tono, aunque de nuevo distante como correspondía a la posición de cada cual, era amable–. Confieso que, por alguna razón extraña que tal vez vos y yo conozcamos, siento una curiosa debilidad por vuestra persona... Eso, aparte la solicitud de mi querido amigo Don Álvaro, me lleva a concederos este encuentro. Pero sabed que, cuanto más poder se alcanza, más limitada es la ocasión de ejercerlo.

Alatraste tenía el sombrero en una mano y la otra en el pomo de la espada.

–Con todo respeto, vuecelencia puede salvar a ese mozo con sólo una palabra.

–Supongo que sí. Bastaría, en efecto, una orden firmada de mi puño y letra. Pero no es tan fácil. Eso, verbigracia, me pondría en la necesidad de hacer otras concesiones a cambio. Y en mi oficio, las concesiones deben administrarse muy por lo menudo. Vuestro joven amigo alcanza poco peso en la balanza, en relación con otras gravosas cargas que Dios y el Rey nuestro señor han tenido a bien poner en mis manos. Así que no me queda sino desearos suerte.

Terminó con una mirada inapelable que daba por zanjado el asunto. Pero Alatraste la sostuvo sin pestañear.

–Excelencia, no tengo más que una hoja de servicios que a nadie importa un ochavo, y la espada de la que vivo –el capitán hablaba muy despacio, cual sí más que dirigirse al primer ministro de dos mundos se limitara a reflexionar en voz alta–... Tampoco soy hombre de mucha parola ni recursos. Pero van a quemar a un mozo inocente, cuyo padre, que era camarada mío, murió luchando en esas guerras que son tan del Rey como vuestras. Quizá ni yo, ni Lope Balboa, ni su hijo, pesemos en esa balanza que vuecelencia tiene a bien mencionar. Pero nunca sabe nadie las vueltas que da la vida; ni si un día no serán cinco cuartas de buen acero más provechosas que todos los papeles y todos los escribanos y todos los sellos reales del mundo... Si ayudáis al huérfano de uno de vuestros soldados, os doy mi palabra de que tal día podréis contar conmigo.

Ni Quevedo, ni Guadalmedina, ni nadie, habían oído nunca pronunciar tantas palabras seguidas a Diego Alatríste. Y el privado lo escuchaba impenetrable, inmóvil, con sólo un brillo atento en sus sagaces ojos oscuros. El capitán hablaba con un respeto melancólico, no exento de firmeza, que tal vez hubiera parecido algo rudo de no mediar su mirada serena, el tono tranquilo sin un ápice de jactancia. Parecía limitarse a enunciar un hecho objetivo.

–No sé si hasta cinco, hasta siete o hasta diez –insistió–... Pero podréis contar conmigo.

Hubo un larguísimo silencio. Olivares, que estaba a punto de cerrar la portezuela para dar por concluida la entrevista, se detuvo. El hombre más poderoso de Europa, a quien bastaba un gesto para mover galeones cargados de oro y plata y ejércitos de punta a punta de los mapas, miró fijamente al oscuro soldado de Flandes. Bajo su terrible mostacho negro, el valido parecía sonreír.

–Pardiez –dijo.

Mirólo durante lo que pareció una eternidad. Y luego, muy despacio, tomando papel de un cartapacio forrado en tafilete, el valido escribió con un lápiz de plomo cuatro palabras: Alquézar Huesca. Libro Verde. Leyó después lo escrito varias veces, pensativo, y por fin, tan lentamente como si hasta el último momento considerase una duda, terminó por entregárselo a Diego Alatríste.

–Tenéis mucha razón, capitán –murmuró, aún reflexivo, antes de echarle un vistazo a la espada en cuya empuñadura Alatríste mantenía apoyada la siniestra–. En realidad nunca se sabe.

## VIII. UNA VISITA NOCTURNA

Sonaban dos campanadas en San Jerónimo cuando Diego Alatríste hizo girar muy despacio la llave en la cerradura. Su inicial aprensión se trocó en alivio cuando ésta, engrasada desde dentro aquella misma tarde, giró con un suave chasquido. Empujó la puerta, franqueándola en la oscuridad sin el menor chirrido de sus goznes. Auro clausa patent. Con el oro se abren las puertas, habría dicho el Dómine Pérez; y Don Francisco de Quevedo, referido a él como poderoso caballero, el tal Don Dinero. En realidad, que el oro procediese de la bolsa del conde de Guadalmedina y no de la escuálida faltriquera del capitán Alatríste, era lo de menos. A nadie importaba su nombre, origen u olor. Había bastado para comprar las llaves y el plano de aquella casa, y gracias a él alguien iba a llevarse una sorpresa desagradable.

Se había despedido de Don Francisco un par de horas antes, cuando acompañó al poeta a la calle de las Postas antes de verlo salir al galope, en un buen caballo, con ropas de viaje, espada, portamanteo y pistola en el arzón de la silla, llevando en la badana del sombrero aquellas cuatro palabras que el conde de Olivares les había confiado. Guadalmedina, que aprobaba el viaje del poeta, no había mostrado el mismo entusiasmo por la aventura que Alatríste se disponía a emprender esa misma noche. Mejor esperar, había dicho. Pero el capitán no podía esperar. El viaje de Quevedo era un tiro a ciegas. Él tenía que hacer algo, mientras. Y en eso estaba.

Desenvainó la daga, y con ella en la mano izquierda cruzó el patio procurando no tropezar en la oscuridad con algo que despertase a los criados. Al menos uno de ellos, el que había proporcionado llaves y plano a los agentes de Álvaro de la Marca, dormiría aquella noche sordo, mudo y ciego; pero el resto era media docena y podía tomarse a pecho que le turbaran el sueño a tales horas. En previsión de un mal lance, el capitán había adoptado precauciones propias de su oficio. Iba con ropas oscuras, sin capa ni sombrero que estorbasen; al cinto cargaba una de sus pistolas de chispa, bien cebada y a punto, y a la espada y daga añadía el viejo colete de piel de búfalo que tan señalados servicios prestaba en un Madrid que el mismo Alatríste contribuía, y no poco, a hacer insalubre. En cuanto a las botas, habían quedado en el garito de Juan Vicuña; en su lugar calzaba unas abarcas de cuero y suela de esparto, muy adecuadas para moverse con la rapidez y el silencio de una sombra: socorrido recurso de tiempos aún más ásperos que aquellos, cuando era menester deslizarse de noche entre fajinas y trincheras para degollar herejes en los baluartes flamencos, en el transcurso de crueles encamisadas donde ni se daba cuartel ni cabía esperarlo de nadie.

La casa estaba callada y a oscuras. Alatríste dióse con el brocal de un aljibe, rodeólo a tientas y halló por fin la puerta buscada. Hizo la segunda llave su trabajo a satisfacción, y se vio el capitán en una escalera razonablemente ancha. Subió, contenido el aliento, agradeciendo que los peldaños fuesen de piedra y no madera, ahorrándole crujidos. Una vez arriba se detuvo a orientarse al resguardo de un pesado armario. Luego dio unos pasos, dudó en las sombras del pasillo, contó dos puertas a la derecha, y entró vizcaína en mano, recogiendo la espada para que no golpease en ningún mueble. Junto a la ventana, en un contraluz de penumbra aliviado por el suave resplandor de una lamparilla de aceite, Luis de Alquézar roncaba a pierna suelta. Y Diego Alatríste no pudo evitar sonreír para sus adentros. Su poderoso enemigo, el secretario real, tenía miedo de dormir a oscuras.

Alquézar, sólo a medias desvelado, tardó en comprender que no se trataba de una pesadilla. Y cuando hizo gesto de volverse a dormir del otro lado y la daga que tenía bajo el mentón se lo impidió con una dolorosa punción, alcanzó que aquello no era un mal sueño, sino una ingrata realidad. Entonces, espantado, irguióse con sobresalto mientras abría ojos y boca para dar un grito; pero la mano de Diego Alatríste se lo impedía sin miramientos.

–Una sola palabra –susurró el capitán– y os mato.

Entre el gorro de dormir y la mano de hierro que lo amordazaba, los ojos y el bigote del secretario real se agitaban con espasmos de pavor. A pocas pulgadas de su rostro, la débil lucecita de aceite insinuaba el perfil aguilino de Alatríste, el frondoso mostacho, la afilada hoja larga de la daga.

–¿Tenéis guardas armados?

El otro negó con la cabeza. Su aliento humedecía la palma de la mano del capitán.

–¿Sabéis quién soy?

Parpadearon los ojos espantados, y al cabo de un instante la cabeza hizo un gesto afirmativo. Y cuando Alatríste retiró la mano de la boca de Luis de Alquézar, éste permaneció mudo, la boca abierta, congelado el

gesto de estupor, mirando la sombra inclinada sobre él como quien mira a un aparecido. El capitán apretó un poco más la daga en su garganta.

–¿ Qué vais a hacer con el muchacho?

Alquézar puso en la daga los ojos desorbitados. El gorro de dormir había caído en la almohada, y la lamparilla iluminaba sus cabellos escasos, desordenados y grasientos, que acentuaban la mezquindad de la cara redonda, la gruesa nariz, la barbita rala, estrecha y recortada.

–No sé de quién me habláis –articuló, con voz débil y ronca.

La amenaza del acero no alcanzaba a disimular su despecho. Alatraste apretó la daga hasta arrancarle un gemido.

–Entonces, os mato ahora como que hay Dios.

El otro gimió de nuevo, angustiado. Estaba inmóvil, sin atreverse ya a pestañear siquiera. Las sábanas y su camisa de dormir olían a sudor agrio, a miedo y a odio.

–No está en mi mano –balbució por fin–. La Inquisición...

–No me jodáis con la Inquisición. Fray Emilio Bocanegra y vos, y basta.

Alzó muy despacio Alquézar una mano, conciliador, sin dejar de mirar al soslayo la hoja de acero apoyada en su garganta.

–Tal vez se pueda... –murmuró–. Podríamos intentar quizás...

Estaba asustado. Más también era cierto que a la luz del día, con aquella daga lejos de su cuello, la actitud del secretario real podía ser bien diferente, y sin duda lo sería. Pero Alatraste no contaba con dónde elegir.

–Si algo le ocurre al zagal –dijo, su cara a menos de una cuarta de la de Alquézar– volveré aquí como he venido esta noche. Vendré a mataros como a un perro, degollándoos mientras dormís.

–Os repito que la Inquisición...

Chisporroteaba el aceite en la lamparilla, y por un momento su luz se reflejó en los ojos del capitán como un atisbo de las llamas del infierno.

–Mientras dormís –repitió; y bajo la mano que apoyaba en el pecho de Alquézar, notó que éste se estremecía–. Lo juro.

Nadie hubiera dudado un ápice de esa verdad, y la mirada del otro reflejó tal certeza. Pero el capitán vio también en su enemigo el alivio de saber que no iban a matarlo esa noche. Y en el mundo de aquel miserable, la noche era la noche, y el día era el día. Todo podía comenzar desde el principio, en una nueva partida de ajedrez. De pronto, Alatraste supo que aquello era inútil, y que el secretario real volvería a sentirse poderoso apenas apartara la daga. La seguridad de que, hiciera él lo que hiciera, yo estaba sentenciado, le produjo una cólera intensa y fría, desesperada. Dudó, y la inteligencia de Alquézar percibió de inmediato, con alarma, aquella duda. El capitán supo todo eso de un vistazo, como si el acero de la vizcaína le transmitiese, con el latido de la sangre de su enemigo, un atisbo siniestro de sus pensamientos.

–Si me matáis ahora –dijo Alquézar lentamente–, el mozo no tendrá salvación.

Era muy cierto, caviló el capitán. Pero tampoco la iba a tener si lo dejaba con vida. Apartóse en eso un poco, lo justo para concederse una breve reflexión sobre si era oportuno degollar allí mismo al secretario real, terminando al menos con una serpiente de aquel nido de víboras. Pero mi suerte seguía conteniéndole el brazo. Moviése para echar un vistazo en torno, cual si buscara espacio para sus ideas; y en ese momento golpeó con el codo una jarra de agua que estaba sobre la mesilla de noche, y él no había visto en la penumbra. La jarra se estrelló contra el suelo con estrépito de arcabuzazo; y cuando Alatraste, aún indeciso, se disponía a sujetar de nuevo a su enemigo daga al cuello, una luz apareció en la puerta. Y al levantar la vista diose con Angélica de Alquézar en camisa de dormir, un cabo de vela en las manos, sorprendida y soñolienta, mirándolos.

A partir de ese instante, todo ocurrió con rapidez. Gritó la niña; un grito agudo y escalofriante que no era de temor, sino de odio. Fue un grito largo, prolongado, como de una hembra de halcón a la que arrebataran sus polluelos, que sonó en la noche, erizándole a Alatraste la piel. Y cuando, confuso, quiso retirarse del lecho, aún con la daga en la mano y sin saber qué diablos hacer con ella, Angélica ya había cruzado el dormitorio, rápida como una bala, y tirando al suelo el cabo de vela se abalanzaba contra él, cual minúscula furia vengativa, el cabello con cintas de tirabuzones y aquella camisa de seda blanca que se movía en la penumbra como el sudario de un espectro –bellísima, supongo, aunque al capitán se le antojara cualquier cosa menos eso–. El caso es que llegóse a él y, asíéndolo lindamente por el brazo de la daga, lo mordió como un pequeño perro de presa, rubio y feroz. Y así estuvo, forcejeando a dentelladas, enganchada al espantado Alatraste, que la alzó en vilo cuando quiso sacudírsela de encima a manotazos. Pero ella no cejaba. Y en ésas, el capitán vio al tío de la niña, libre de la vizcaína que lo amenazaba, saltar de la cama con una presteza insospechada, en camisa y con las piernas desnudas, y precipitándose a un armario sacar una espada corta mientras voceaba

«¡asesinos!», «¡favor!», «¡a mí», y otros gritos semejantes. Con lo que a poco sintióse la casa alborotada, rumor de pasos y golpes, voces arrancadas al sueño y, en suma, un escándalo de mil pares de demonios. Había logrado el capitán sacudirse por fin a la niña, arrojándola de un manotazo a rodar por el suelo; justo a tiempo para esquivar una cuchillada de Luis de Alquézar, que a no andar muy descompuesto por el lance habría dado allí cuenta final de la azarosa carrera de Alatraste. Metió éste mano a su espada mientras hurtaba el cuerpo de las estocadas que le iba tirando el otro por toda la habitación; y volviéndose, lo ahuyentó con dos mandobles. Buscaba la puerta para ahuecar, más topóse con la niña, que volvía a la carga con otro bélico chillido de los que hielan la sangre. Lanzóse, en fin, Angélica de nuevo al asalto, sin precaverse de la espada que Alatraste mantenía inútilmente ante ella, y que hubo de levantar en última instancia para no ensartarla como a pollita en espetón. Y en un abrir y cerrar de ojos la niña estuvo otra vez aferrada con uñas y dientes a su brazo, mientras moviase él de un lado a otro de la habitación sin podérsela quitar de encima, tan embarazado que no atendía otra cosa que a esquivar las cuchilladas que Alquézar, sin curarse una brizna de su sobrina, le tiraba con toda la mala intención del mundo. El negocio llevaba vías de eternizarse; de modo que Alatraste logró arrojar de nuevo a la jovencita lejos de sí, y tiróle una estocada a Alquézar que hizo al secretario real irse para atrás a reculones, con mucho estrépito de jofainas, orinales y loza varia. Pudo por fin asomarse el capitán al pasillo, a tiempo para dar de boca con tres o cuatro criados que subían armados. Aquello era mala papeleta. Tan mala, que sacó la pistola y tiróles un pistoletazo a bocajarro que dio con todos ellos en la escalera, en confuso revoltijo de piernas, brazos, espadas, broqueles y garrotes. Y antes de que tuvieran tiempo de rehacerse, volvió atrás, puso el pestillo a la puerta y cruzó el cuarto como una exhalación en procura de la ventana, no sin antes esquivar otras dos recias cuchilladas de Alquézar y encontrarse, por tercera y maldita vez, con la niña pegada como una sanguijuela a su brazo, donde había vuelto a encaramarse para morderlo con una fiereza insospechada en una cría de doce años. El caso es que llegóse el capitán a la ventana, abrió el postigo con una patada, rasgó de una estocada la camisa de Alquézar, que trastabilló cubriéndose con torpeza en dirección a la cama, y mientras pasaba una pierna sobre la barandilla de hierro sacudió el brazo, intentando una vez más que Angélica soltara la presa. Los ojos azules y los dientes menudos y blanquísimos –que Don Luis de Góngora, con perdón del señor de Quevedo, habría descrito como aljófares, o diminutas perlas entre purpúreas rosas– aún relampaguearon con inaudita ferocidad, antes de que Alatraste, ya bastante harto de todo aquello, la agarrara por los tirabuzones y, arrancándosela del castigado brazo, la mandara por el aire cual pelota furiosa y chillona, a golpear contra el tío y dar ambos en la cama, que terminó hundiéndose estrepitosamente sobre sus patas. Entonces el capitán se descolgó por la ventana, cruzó el patio, salió a la calle, y no paró de correr hasta que dejó bien atrás semejante pesadilla.

Se alejó al reparo de las sombras, buscando las calles más oscuras para regresar al garito de Juan Vicuña. Anduvo así de la Cava Alta a la Baja por la Posada de la Villa, y pasó ante los postigos echados del boticario Fadrique antes de cruzar Puerta Cerrada, por donde a tan menguada hora no transitaba un alma.

Prefería no pensar, más era inevitable. Tenía la certeza de haber cometido una estupidez que sólo empeoraba la situación. Una fría cólera le latía en el pulso y las sienes, como golpes de sangre, y de buena gana habríase dado de puñadas en el rostro, para desfogar su desesperación y su ira. Y sin embargo –se dijo al recobrar poco a poco la calma–, el impulso de hacer algo, de no seguir esperando que otros decidieran por él, lo había empujado a salir del cubil como un lobo desesperado, a la caza de no sabía bien qué. No era muy propio de él. La existencia, durara lo que durase, era mucho más sencilla cuando no quedaba sino precaverse uno mismo, en un mundo difícil donde a diario tocaban a degüello y cada cual se veía obligado a sus propias fuerzas, sin esperar nada de nadie; sin otra responsabilidad que mantener intactas piel y vida. Diego Alatraste y Tenorio, veterano de los tercios de Flandes y las galeras de Nápoles, había pasado luengos años hurtándose a todo sentimiento que no pudiera resolver con una espada. Más hete aquí que un mozo del que poco antes apenas conocía el nombre llegaba a trastocar todo eso; haciéndolo consciente de que cada cual, por crudo y ahigadado que sea, tiene rendijas en el coselete.

Y hablando de rendijas. Tentóse Alatraste el antebrazo izquierdo, aún dolorido por los mordiscos de Angélica, y no pudo evitar una mueca admirada. A veces las tragedias adquieren tintes de entremés burlesco, se dijo. Aquella gata rubia y pequeñita, de quien sólo había tenido vagas referencias –yo mismo nunca mencioné antes su nombre, y el capitán lo ignoraba todo de mi relación con ella–, prometía en ferocidad y casta. De cualquier modo, voto a tal, digna sobrina era de su tío.

Por fin, recordando una vez más los ojos espantados de Luis de Alquézar, su aliento en la mano que lo amordazaba, el olor agrio del sudor y el miedo, Alatraste se encogió de hombros. Imponíase, al cabo, su estoicismo de soldado. Después de todo, concluyó, nunca se sabe; nunca es posible alcanzar las consecuencias de nuestros actos. Al menos, tras el sobresalto nocturno que acababa de vivir, ahora también

Luis de Alquézar se sabía vulnerable. Su cuello estaba tan a la merced de una daga como el de cualquiera; y habérselo hecho ver claro podía ser tan malo como bueno, según pintara el naipe.

Con tan encontradas reflexiones hallóse al fin en la plazuela del Conde de Barajas, a un paso de la plaza Mayor; y al disponerse a doblar la esquina vio luz y gente. No eran horas de paseo, de modo que se precavíó en un zaguán. Tal vez se trataba de clientes de Juan Vicuña que salían de burlangear la desencuadrada, o trasnochadores de lance, o justicia. Más, fueran quienes fuesen, no estaban las cosas para encuentros inesperados, dimes y diretes.

A la luz del farol que tenían en el suelo, vio que fijaban un cartel junto al arco de los Cuchilleros, y luego se alejaban calle abajo. Eran cinco, armados, con un rollo de carteles y un cubo con engrudo; y Alatríste habría seguido camino sin reparar demasiado en lo que hacían, de no haber alcanzado a la claridad del farol que uno de ellos llevaba el bastón negro de los familiares de la Inquisición. Así que apenas se perdieron de vista fue hasta el cartel y quiso leerlo, más no había luz. De modo que, como el engrudo estaba fresco, lo arrancó de la pared, doblándolo en cuatro, y con él ascendió los escalones del arco. Luego anduvo bajo los soportales de la plaza, abrió la puertecilla secreta de Juan Vicuña, y tras hacer lumbre con yesca y pedernal encendió un cabo de vela en el pasillo. Hizo todo eso forzándose a ser paciente, como quien se demora en romper los sellos de una carta de la que espera malas noticias. Y, en efecto, las malas noticias estaban allí. El cartel era del Santo Oficio:

*«Sepan todos los vezínos y moradores desta villa, y Corte de Su Magestad, que el Sancto Oficio de la Inquisición celebra Aucto público de Fé en la Plaça mayor desta Corte el próximo domingo día quatro...»*

Pese a su áspera forma de ganarse la vida, el capitán Alatríste no era hombre dado a usar el nombre de Dios en vano; pero aquella vez atronó el aire con una ruda blasfemia soldadesca que hizo temblar la llama de la vela. Hasta el día cuatro mediaba menos de una semana, y no había ninguna maldita cosa que él pudiera hacer hasta entonces, salvo aguardar dándose a todos los diablos. Eso, con la posibilidad añadida de que, tras su visita nocturna al secretario real, al día siguiente pegaran otro cartel, esta vez del corregidor, pregonando su cabeza. Arrugó el papel y se estuvo inmóvil apoyado en la pared, mirando largo rato al vacío. Había quemado todas las cargas de pólvora del arcabuz, salvo una. Ahora, la única esperanza era Don Francisco de Quevedo.

Disculpen vuestras mercedes que vuelva a ocuparme de mi persona, en el calabozo de las cárceles secretas de Toledo, donde casi había perdido la noción del tiempo, del día y de la noche. Tras algunas sesiones más con sus correspondientes palizas por parte del esbirro pelirrojo –cuentan que también Judas fue bermejo, y así haya terminado sus días mi verdugo como aquél los concluyó–, y sin que yo llegase a revelar nada digno de mención, me dejaron más o menos en paz. La acusación de Elvira de la Cruz y el amuleto de Angélica parecían bastar para su propósito, y la última sesión realmente dura consistió en un prolijo interrogatorio a base de mucho «no es más cierto», «dí la verdad», y «confiesa que», donde me preguntaron repetidamente por supuestos cómplices, moliéndome con el vergajo las espaldas a cada silencio mío, que fueron todos. Diré, tan sólo, que me tuve firme y no pronuncié nombre alguno. Y que eran tales mi debilidad y postración, que aquellos desmayos que solía fingir al principio, y tan cabal resultado dieron, seguíanse produciendo ahora de suerte natural, lo que me ahorraba calvario. Imagino que si mis verdugos no llegaron más lejos fue por miedo a privarse del brillante papel que me preparaban en el festejo de la plaza Mayor; más no alcanzaba yo a considerar todo esto por lo menudo, pues hallábame con muy parva lucidez, tan embotado de seso que ni siquiera me reconocía en el Íñigo que soportaba azotes o despertaba con un estremecimiento, en la oscuridad del húmedo calabozo, oyendo a la rata ir y venir por el suelo. Mi única verdadera aprensión era pudrirme allí hasta cumplir los catorce años, y trabar entonces estrecho conocimiento con el artificio de madera y cuerdas que seguía en la sala de interrogatorios, como cierto de que tarde o temprano iba a terminar yo perteneciéndole.

Mientras tanto, cacé la rata. Harto de dormir temeroso de sus mordiscos, dediqué muchas horas a estudiar la situación. Concluí así conociendo sus costumbres mejor que las mías propias; sus recelos –era una vieja rata veterana–, audacias y manera de moverse entre aquellas paredes. Llegué a seguir con el pensamiento cuantos recorridos hacía, incluso a oscuras. Así que una vez, fingiéndome dormido, la dejé hacer su camino habitual hasta que la supe en el rincón donde, previsor, había dispuesto cada vez algunas migas de pan, acostubrándola en esa querencia. Y luego agarré la jarra del agua y la estrellé sobre ella, con tan buena fortuna que estiró la pata sin decir ay, o lo que diablos digan las ratas cuando les dan lo suyo.

Aquella noche pude, por fin, dormir tranquilo. Pero a la mañana siguiente empecé a echarla de menos. Su ausencia me dejaba tiempo para reflexionar en otras cosas, como la traición de Angélica y la hoguera donde podía, muy por lo fijo, acabar mi corta existencia. En cuanto a que me hicieran chamusquina, diré, sin alardes ni bravuconadas, que no me preocupaba en extremo. Estaba tan cansado de mi prisión y mi tormento, que cualquier cambio se antojaba liberación.

Empleábame a veces en calcular cuánto tardaría en morir quemado; aunque si abjurabas en debida forma te daban garrote antes de encender la pira, y el negocio concluía más gentil. De cualquier modo, me consolaba, ningún sufrimiento es eterno; y al final, por mucho que se prolongue, descansas. Además, en aquel tiempo morir era facilísimo y harto ordinario. Y yo no contaba excesivos pecados que lastraran mi alma hasta el punto de impedirle reunirse, en el lugar adecuado, con la del buen soldado Lope Balboa. Y a mi edad, con cierto heroico concepto de la vida –recordemos, en mi descargo, que veíame en tales pasos por no delatar al capitán ni a sus amigos– todo aquello se hacía llevadero al considerarlo una prueba en la que, si excusan vuestras mercedes, me encontraba bien satisfecho de mí mismo. Ignoro si de verdad era yo entonces un mozo de natural valiente o no lo era; pero vive Dios que si el primer paso hacia la valentía consiste en comportarse uno como tal, yo –hagan memoria– de esos pasos había dado ya unos cuantos.

Sentía, sin embargo, un desconsuelo infinito. Una pena muy honda parecida a ganas de llorar por dentro, que nada tenía que ver con las lágrimas de dolor o debilidad física que a veces derramaba por fuera. Consistía más bien en una congoja, fría, triste, relacionada con el recuerdo de mi madre y mis hermanillas, la mirada del capitán cuando aprobaba en silencio alguno de mis actos, las suaves laderas verdes del paisaje de Oñate, mis juegos infantiles con los mozos de los caseríos cercanos. Sentía despedirme para siempre de eso, y sentía todas las cosas hermosas que aguardaban delante, en la vida, y que ya no iba a tener jamás. Y sentía, sobre todo, no mirarme por última vez en los ojos de Angélica de Alquézar.

Juro a vuestras mercedes que no lograba odiarla. Por el contrario, la certeza de que tenía parte en mi desgracia dejábame un regusto agridulce, que intensificaba el hechizo de su recuerdo. Era malvada –y aún lo fue más con el tiempo, voto a Cristo– pero era bellísima. Y justo esa connivencia de maldad y de belleza, tan ligadas una a otra, me causaba una fascinación intensa, un doloroso placer al sufrir trabajos y penar por su causa. Parece cosa de embeleco, a fe. Pero más tarde, pasando los años, conocí historias de hombres a quienes un diablo astuto había arrebatado el alma; y en cada una de ellas reconocí sin esfuerzo mi propio raptó. Angélica de Alquézar habíame enajenado el alma, y la retuvo durante toda su vida. Y yo, que le hubiera dado mil veces la muerte y otras mil hubiera muerto sin pestañear por ella, no olvidaré jamás su inextricable sonrisa, sus fríos ojos azules, su piel blanquísima, suave y tersa, cuyo tacto delicioso aún recuerda la mía, cubierta de antiguas cicatrices, alguna de las cuales, pardiez, hízome ella misma. Como la que llevo en la espalda, larga, de daga, indeleble igual que aquella noche, mucho después del tiempo que ahora narro, cuando ya no éramos niños y la abracé amándola y odiándola a un tiempo, sin importarme amanecer vivo o muerto. Y ella, mirándome muy de cerca, en un susurro, con los labios rojos de sangre tras besar mi herida, pronunció unas palabras que no olvidaré ni en esta vida ni en la otra: «Me alegro de no haberte matado todavía».

Amedrentado, prudente o quizás astuto, si no todo a la vez, Luis de Alquézar era un cuervo paciente, y tenía naipes de sobra para seguir jugando a su modo. Así que guardóse bien de dar tres cuartos a nadie. El nombre de Diego Alatraste no salió pregonado en parte alguna, y éste pasó la jornada, como las anteriores, a buen recaudo en el garito de Juan Vicuña. Pero en aquel tiempo las noches del capitán resultaban más movidas que sus días, y al amparo de la siguiente resolvió hacer otra visita a un viejo conocido.

El teniente de alguaciles Martín Saldaña se lo encontró a la puerta de su casa, en la calle del León, cuando ya a hora menguada regresaba de hacer la última ronda. O más bien, a fuer de exactos, lo que encontró fue el reflejo de su pistola encañonándolo en el zaguán. Pero Saldaña era hombre templado, que había visto no pocas pistolas, y arcabuces, y todo tipo de armas apuntándole a lo largo de su existencia, y aquello no le daba más frío ni más calor que el ordinario. Así que puso los brazos en jarras, mirando a Diego Alatraste que, con capa y sombrero, sostenía la pistola en la diestra, apoyada precavidamente la siniestra en el mango de la daga que le asomaba tras los riñones.

–Por vida del Rey, Diego, que te gusta jugártela.

Alatraste no respondió al comentario. Salió un poco de la sombra, para ver la cara del teniente de alguaciles a la escasa luz de la calle –sólo un hachote ardía en la esquina de la calle de las Huertas– y luego movió el cañón de la pistola hacia arriba, como si pretendiera mostrársela al otro.

–¿La necesito?

Saldaña lo observó unos instantes en silencio.

–No –dijo al fin–. De momento.

Aquello relajó el ambiente. El capitán devolvió la pistola al cinto y apartó la mano de la daga.



–Vamos a dar un paseo –dijo.

–Lo que no entiendo –dijo Alatraste– es por qué no me buscan públicamente.

Bajaban por la plazuela de Antón Martín hacia la calle de Atocha, desierta a tales horas. Aún quedaba algo de luna menguante, que acababa de salir tras el chapitel del hospital del Amor de Dios, y su claridad rielaba en el agua que rebosaba el brocal de la fuente y corría en arroyuelos calle abajo. Oía a verduras podridas, y al acre estiércol de mulas y caballos.

–No lo sé, ni quiero saberlo –dijo Saldaña–. Pero es verdad. Nadie ha dado tu nombre a la justicia.

Apartóse para evitar el barro, puso el pie donde no debía y ahogó una maldición tras la barba entrecana. El corto herreruelo acentuaba su aspecto macizo, ancho de hombros.

–De cualquier modo –prosiguió–, ten mucho cuidado. Que mis corchetes no te sigan el rastro no quiere decir que nadie se interese por tu salud... Según mis noticias, los familiares de la Inquisición tienen órdenes de echarle mano con la máxima discreción.

–¿Te han dicho por qué?

Saldaña miró al capitán de soslayo.

–Ni me lo han dicho, ni quiero saberlo. Por cierto: han identificado a la mujer que apareció muerta el otro día en la silla de manos... Se trata de una tal María Montuenga, que servía como dueña a una novicia del convento de la Adoración Benita... ¿Te suena?

–En absoluto.

–Ya me imaginaba yo –el teniente de alguaciles reía quedo, entre dientes–. Y mejor así, pese a tal, porque se trata de un asunto bien turbio. Dicen que la vieja andaba en tercerías, y que ahora está la Inquisición de por medio... Eso tampoco te sonará de nada, imagino.

–De nada.

–Ya. También se habla de algunos muertos que nadie ha visto, y de cierto convento patas arriba en mitad de un zafarrancho que ningún vecino recuerda... –volvió a mirar de soslayo a Alatraste–. Hay quien relaciona todo eso con el auto de fe del domingo.

–¿Y tú?

–Yo no relaciono. Recibo órdenes y las cumplo. Y cuando nadie me cuenta, circunstancia que en este caso celebro mucho, me limito a ver, oír y callar. Que no es mala postura en mi oficio... En cuanto a ti, Diego, quisiera verte lejos de todo esto... ¿Por qué no has ahuecado de la Corte?

–No puedo. Íñigo...

Saldaña lo interrumpió con un fuerte juramento.

–No sigas. Ya he dicho que no quiero saber nada de tu Íñigo y de ninguna otra maldita cosa... Respecto al domingo, algo sí puedo decirte: manténte aparte. Tengo orden de poner a todos mis alguaciles, armados hasta los dientes, a disposición del Santo Oficio. Haya lo que haya, ni tú ni la santa madre de Dios podréis mover un dedo.

Pasó ante ellos la rápida sombra negra de un gato. Estaban cerca de la torre del hospital de la Concepción, y una voz de mujer gritó «agua va». Se apartaron, prudentes, oyendo el chorro del orinal vaciarse desde arriba, en la calle.

–Una última cosa –dijo Saldaña–. Hay un fulano. Cierta espadachín del que debes precaverte... Por lo visto, en este negocio, paralela a la trama oficial hay trama oficiosa.

–¿En qué negocio?... –en la oscuridad, Alatraste torcía el mostacho, burlón–. Acabo de oírte decir que no sabes nada.

–Vete al diablo, capitán.

–Con el diablo quieren madrugarme, por cierto.

–Pues no te dejes, diantre –Saldaña se acomodó mejor el herreruelo sobre los hombros, y las pistolas y todo el hierro que llevaba al cinto tintinearón lúgubrementemente–. Ése de quien te hablo anda haciendo pesquisas sobre tu paradero. También ha reclutado a media docena de bravoneles para filetear tus asaduras sin que tengas tiempo a decir hola. El fulano se llama...

–Malatesta. Gualterio Malatesta.

Volvió a sonar la risa queda de Martín Saldaña.

–El mismo –confirmó–. Es italiano, creo.

–De Sicilia. Una vez hicimos un trabajo juntos. O más bien lo hicimos a medias... Después nos tropezamos un par de veces.

–Pues no le dejaste buen recuerdo, voto a Cristo. Creo que te tiene muchísimas ganas.

–¿Qué más sabes de él?

–Poca cosa. Cuenta con padrinos poderosos y es bueno en su oficio de matarife. Por lo visto anduvo en Génova y Nápoles degollando mucho y bien por cuenta ajena. Dicen que hasta lo disfruta. Vivió un tiempo en Sevilla, y en Madrid lleva cosa de un año... Si quieres puedo hacer algunas averiguaciones.

Alatraste no respondió. Habían llegado al extremo del Prado de Atocha, y ante ellos se extendía la despoblada oscuridad de los huertos, el campo y el arranque del camino de Vallecas. Se quedaron un rato quietos, oyendo el chirriar de los grillos. Al cabo fue Saldaña quien habló de nuevo.

–Ten cuidado el domingo –dijo en voz baja, como si el lugar estuviese lleno de oídos indiscretos–. No quisiera tener que ponerte grilletes. O matarte.

El capitán seguía sin decir nada. Continuaba inmóvil, envuelto en su capa, el ala del chapeo oscureciéndole aún más el rostro. Saldaña suspiró ronco, dio unos pasos como para irse, suspiró de nuevo y se detuvo con un malhumorado voto a Dios.

–Oye, Diego –miraba, como Alatraste, hacia la oscuridad del campo–. Ni tú ni yo nos hacemos demasiadas ilusiones sobre el mundo en que nos toca vivir. Yo estoy cansado. Tengo una mujer hermosa, un trabajo que me gusta y me permite ahorrar. Eso hace que, cuando llevo la vara de teniente, no conozca ni a mi padre... Puedo perfectamente ser un hideputa, cierto; pero en cualquier caso soy mi propio hideputa. Me gustaría que tú...

–Hablas demasiado, Martín.

El capitán lo había dicho suavemente, en tono abstraído. Quitóse Saldaña el fieltro y se pasó una de sus manos cortas y anchas por el cráneo, donde el pelo le escaseaba.

–Tienes razón. Hablo demasiado. Tal vez porque me hago viejo –suspiró por tercera vez sin apartar los ojos de la oscuridad, atento a los grillos–. Nos hacemos viejos, capitán. Tú y yo.

Se oyeron las lejanas campanadas de un reloj. Alatraste seguía inmóvil.

–Vamos quedando pocos –dijo.

–Muy pocos, pardiez –el teniente de alguaciles se puso de nuevo el sombrero, dudó unos instantes y luego vino hasta el capitán, deteniéndose otra vez a su lado–. Pocos con quienes compartir recuerdos y silencios. Y además, escasamente parecidos a quienes fuimos.

Se puso a silbar bajito un antiguo aire militar. Una coplilla que hablaba de viejos tercios, asaltos, botines y victorias. La habían cantado juntos, con mi padre y otros camaradas, dieciocho años atrás, en el saqueo de Ostende y la marcha a lo largo del Rhin hacia Frisla con Don Ambrosio Spínola, cuando las tomas de Oldensen y Linghen.

–Pero tal vez este siglo –apuntó al terminar– ya no merezca hombres como nosotros... Me refiero a quienes en otro tiempo fuimos.

Volvióse a mirar a Alatraste. Este asentía lentamente. La estrecha luna arrojaba a sus pies una vaga sombra sin contornos, difusa.

–Quizá –murmuró el capitán– nosotros no los merezcamos tampoco.

## IX. EL AUTO DE FE

A la España del cuarto Felipe, como a la de sus antecesores, le encantaba quemar herejes y judaizantes. El auto de fe atraía a miles de personas, desde la aristocracia al pueblo más villano; Y cuando se celebraba en Madrid era presenciado, en palcos de honor, por sus majestades los reyes. Incluso la reina doña Isabel, nuestra señora, que por joven y gabacha hizo al principio de su matrimonio ciertos ascos a ese género de cosas, terminó aficionándose como todo el mundo. Por lo único español que la hija de Enrique el Bearnés no pasó nunca fue por vivir en El Escorial –todavía bajo la ilustre sombra del Rey Prudente–, que siempre encontró demasiado frío, grande y siniestro para su gusto. Aunque de cualquier modo la francesa terminó fastidiándose a título póstumo; pues, pese a que nunca quiso hollarlo viva, allí terminó enterrada a su muerte. Que no es mal sitio, vive Dios, junto a las imponentes sepulturas del emperador Carlos y de su hijo el gran Felipe, abuelos de nuestro cuarto Austria. Merced a quienes, para bien o para mal, a despecho del turco, el francés, el holandés, el inglés y la puta que los parió, España tuvo, durante un siglo y medio, bien agarrados a Europa y al mundo por las pelotas.

Pero volvamos a la chamusquina. La fiesta, donde para mi desgracia yo mismo tenía lugar reservado, empezó a prepararse un par de días antes, con mucho ir y venir de carpinteros y sus oficiales en la plaza Mayor, construyendo un tablado alto, de cincuenta pies de largo, con anfiteatro de gradas, colgaduras, tapices y damascos, que ni en la boda de sus majestades los reyes viose tanta industria y tanta máquina. Atajaron todas las bocas de calles para que coches y caballos no embarazasen el paso; y para la familia real se previno un dosel en la acera de los Mercaderes, por ser esta más pródiga en sombra. Como el desarrollo del auto era prolijo, llevándose todo el día, previniéronse aposentos para que se refrescaran y comieran, con toldos que hicieran resguardo; y decidióse que, para comodidad de las augustas personas, ingresaran a su palco desde el palacio del conde de Barajas, por el pasadizo elevado que, sobre la cava de San Miguel, lo comunicaba con las casas que el conde tenía en la plaza. Era tal la expectación causada por esta clase de sucesos, que las boletas para conseguir ventana solían convertirse en codiciadísima materia; y hubo quien pagó buenos ducados al alcalde de Casa y Corte por hacerse con las mejor situadas, incluyendo embajadores, grandes, gentiles hombres de cámara, presidentes de los consejos, y hasta el Nuncio de Su Santidad, que no se perdía fiesta de toros, cañas o chicharrones ni por una fumata blanca.

En tal jornada, que pretendía memorable, el Santo Oficio quiso matar varias perdices de un solo escopetazo. Resueltos a minar la política de acercamiento del conde de Olivares a los banqueros judíos portugueses, los más radicales inquisidores de la Suprema habían planeado un auto de fe espectacular, que metiera el miedo en el cuerpo a quienes no andaban ciertos en limpieza de sangre. Y el mensaje era nítido: por mucho dinero y favor del valido que tuvieran, los portugueses de origen hebreo nunca estarían seguros en España. La Inquisición, apelando siempre en último extremo a la conciencia religiosa del Rey nuestro señor –tan irresoluto e influenciado de joven como de viejo, de buena naturaleza y ningún carácter–, prefería un país arruinado pero con la fe intacta. Y esa, que a la larga tuvo efecto, y muy desastroso por cierto, en los planes económicos de Olivares, fue razón principal de que el proceso de la Adoración Benita, así como otras causas similares, se acelerase para eficaz y público escarmiento. De modo que resolvieron en pocas semanas lo que otras veces ocupaba meses, e incluso años de minuciosa instrucción.

Con las prisas, incluso, simplificáronse trámites del complicado protocolo. Las sentencias, que se leían a los penitenciados la noche anterior tras una solemne procesión de las autoridades, llevando éstas la cruz verde destinada a la plaza y la blanca que se levantaba en el quemadero, dejáronse para hacerse públicas en el mismo auto de fe, con todo el mundo ya presente en el festejo. El día anterior habían llegado desde las cárceles de Toledo los presos destinados al acto, que eran –éramos– una veintena, alojándonos en los calabozos que el Santo Oficio tenía en la calle de los Premostenses, por mal nombre calle de la Inquisición, muy cerca de la plazuela de Santo Domingo.

Llegué así la noche del sábado, sin comunicarme con nadie desde que fui sacado de mi celda y puesto en un coche, con las cortinillas cerradas y fuerte escolta, del que no salí hasta que, a la luz de teas encendidas, me hicieron descender en Madrid, entre familiares de la Inquisición armados. Bajáronme a un nuevo calabozo donde cené de forma razonable; y con eso, una manta y un jergón, aviéme la incierta noche, que fue toda de pasos y ruido de cerrojos al otro lado de la puerta, voces que iban y venían, mucho trajín y aparato. Con lo que empecé a temer muy por lo serio que la siguiente jornada íbame a deparar pesados trabajos. Me estrujaba

el seso rebuscando en los lances apretados que había visto en los corrales de comedias, a la espera, como siempre ocurría en ellos, de una traza oportuna con que salir. A esas alturas tenía la certeza de que, fuera cual fuese mi culpa, no podía ser quemado a causa de mi edad. Pero las penas de azotes y el encarcelamiento, incluso de por vida, entraban en los usos del caso; y no andaba yo cierto de cuál iba a resultar mejor libranza. Sin embargo —cosas de la prodigiosa naturaleza— los buenos humores de mi mocedad, las penurias pasadas y el agotamiento del viaje hicieron pronto su natural efecto, y tras un largo rato en vela, sin cesar de interrogarme por mi triste suerte, vencióme un sueño piadoso y reparador que alivió las inquietudes de mi entendimiento.

Dos mil personas habían velado para asegurarse un sitio. Y a las siete de la mañana en la plaza Mayor no cabía un alma. Disimulado entre la multitud, con el chapeo de ala ancha bien puesto sobre la cara y un herreruelo vuelto sobre el hombro a modo de discreto embozo, Diego Alatrisme abrióse paso hasta asomarse al portal de la Carne. Los arcos estaban abarrotados de gente de todo estado y condición. Hidalgos, clérigos, artesanos, criadas, comerciantes, lacayos, estudiantes, pícaros, mendigos y chusma varia se empujaban unos a otros buscando situarse bien. Negreaban las ventanas de gente de calidad, cadenas de oro, argentados, ruanes, puntas de a cien escudos, hábitos y toisones. Y abajo, familias enteras, niños incluidos, acudían con cestas de vituallas y refrescos destinados a la comida y la merienda, mientras alojeros, aguadores y vendedores de golosinas empezaban a hacer su agosto. Un merchante de estampas religiosas y rosarios pregonaba a voces su mercancía, que en jornada como aquella, aseguraba, traía bendición del Papa e indulgencias plenarias. Más allá, un supuesto mutilado de Flandes, que en su vida había visto una pica ni de lejos, limosneaba plañidero, disputándose el lugar con otro falso tullido y otro que fingía burdamente tener la tiña con una capa de pez sobre la cabeza rapada. Jugaban de vocablo los galanes y gitaneaban las busconas. Y dos mujeres, una bonita sin manto y otra caríazogada y fea con él, de las que juran no sentarse en ramo verde hasta enamorar a un grande de España o a un genovés, convencían a un menestral aficionado a bizarrear de espada y dárselas de galán y caballero, de que aflojara la bolsa para regalarlas con unos azafates de fruta y unas peladillas. Y el pobre hombre, en la esperanza del lance, había aflojado ya dos de a ocho que llevaba encima, alegrándose para su colete de no llevar más. Ignorante, el menguado, de que los verdaderos señores nunca dan, ni amagan; antes hacen gala de no dar, y después, también.

Era un día luminoso, perfecto para la jornada, y el capitán entornaba los ojos claros, deslumbrados por el azul que se derramaba por los aleros de la plaza. Anduvo entre la gente abriéndose paso a codazos. Olía a sudor, a multitud, a fiesta. Sentía crecerle una desesperación sin consuelo posible; la impotencia ante algo que escapaba a sus limitadas fuerzas. Aquella maquinaria que se movía inexorable no dejaba resquicio para otra cosa que la resignación y el espanto. Nada podía hacer, y ni siquiera él estaba seguro allí. Andaba con el mostacho sobre el hombro, retirándose apenas alguien lo miraba un poco más de lo debido. En realidad se movía por hacer algo, por no estarse quieto pegado a la columna de un soportal. Se preguntó dónde diablos andaría a tales horas Don Francisco de Quevedo, cuyo viaje, resultara lo que resultase, era ya el único hilo de esperanza frente a lo inevitable. Un hilo que sintió romperse cuando sonaron las cornetas de la guardia, haciéndole mirar la ventana cubierta con un dosel carmesí en la fachada de los Mercaderes. El Rey nuestro señor, la reina y la Corte ocupaban ya sus asientos entre los aplausos de la multitud: de terciopelo negro el cuarto Felipe, grave, sin mover pie, mano ni cabeza, tan rubio como la pasamanería de oro y la cadena que le cruzaba el pecho; de raso amarillo la reina nuestra señora, tocada con garzota de plumas y joyas. Formaban las guardias con alabardas bajo su ventana, a un lado la española y al otro la tudésca, con la de arqueros en el centro, imponentes todas en su orden impasible. Aquello era un gallardo espectáculo para todo el que no corría peligro de que lo quemasen. La cruz verde estaba instalada sobre el tablado, y pendían de las fachadas, sembradas a trechos, las armas de Su Majestad y las de la Inquisición: una cruz entre una espada y una rama de olivo. Todo era rigurosamente canónico. El espectáculo podía comenzar.

Nos habían sacado a las seis y media, entre alguaciles y familiares del Santo Oficio armados con espadas, picas y arcabuces, y llevado en procesión por la plazuela de Santo Domingo para bajar a San Ginés y de ahí, cruzando la calle Mayor, entrar a la plaza por la calle de los Boteros. Marchábamos en fila, cada uno con su escolta de guardias armados y familiares enlutados de la Inquisición con siniestros bastones negros. Había clérigos con sobrepellices, gori—gori, lúgubres tambores, cruces cubiertas con velos y gente mirando por las calles. Y allí, en el centro, caminábamos primero los blasfemos, luego los casados dos veces, tras ellos los sodomitas, los judaizantes y los adeptos a la secta de Mahoma, y por último los reos de brujería; y cada grupo incluía las estatuas de cera, cartón y trapo de los que habían muerto en prisión o andaban fugitivos e iban a ser quemados en cadáver o en efigie. Yo estaba hacia la mitad de la procesión, entre los judaizantes menores, tan aturdido que me creía en mitad de un sueño del que, con algún esfuerzo, iba a despertar aliviado de un momento a otro. Todos lucíamos sambenitos: una especie de camisones que nos habían

vestido los guardias al sacarnos de los calabozos. El mío llevaba un aspa roja, pero otros estaban pintados con las llamas del infierno. Había hombres, mujeres y hasta una niña de casi mi edad. Algunos lloraban y otros se mantenían impasibles, como un clérigo joven que había negado en misa que Dios estuviese dentro de la sagrada forma, y se resistía a retractarse. Una vieja a la que sus vecinos denunciaban por bruja, que por su mucha edad no podía tenerse, y un hombre a quien el tormento había tullido los pies, iban a lomos de mulas. Los acusados más graves llevaban corozas, y a todos nos habían puesto una vela en las manos. A Elvira de la Cruz la había visto con sambenito y encorozada, cuando nos formaban para la procesión y situábanla a ella entre los últimos. Después echamos a andar, y ya no pude verla más. Yo iba con el rostro inclinado, temiendo encontrar algún conocido entre la gente que nos miraba pasar. Iba, como pueden suponer vuestras mercedes, muerto de vergüenza.

Cuando la procesión desembocó en la plaza, el capitán me buscó con la mirada entre los penitenciados. No pudo hallarme hasta que nos hicieron subir al tablado y tomar asiento en las gradas allí dispuestas, cada uno entre dos familiares del Santo Oficio; y aun así lo consiguió con dificultad, pues ya he dicho que procuraba mantener la cabeza baja, y la elevación del tablado permitía gozar de buena vista a la gente de las ventanas, pero se la entorpecía al pueblo que miraba el espectáculo desde los soportales. Las sentencias no habían sido hechas públicas aún, de modo que Alatríste sintió un extremo alivio al comprobar que yo iba en el grupo de los judaizantes menores, y sin coraza; lo que, al menos, descartaba la hoguera. Movíanse entre los enlutados alguaciles de la Inquisición los hábitos negros y blancos de los frailes dominicos organizándolo todo; y los representantes de otras órdenes –menos los franciscanos, que se habían negado a asistir por considerar agravio asignarles sitio detrás de los agustinos– ya ocupaban sus asientos en los lugares de honor con el alcalde de Casa y Corte, y los consejeros de Castilla, Aragón, Italia, Portugal, Flandes e Indias. Acompañando al inquisidor general estaba fray Emilio Bocanegra, descarnado y siniestro, en la zona reservada al tribunal de los Seis jueces. Saboreaba su día de triunfo, como debía de hacerlo Luis de Alquézar en el palco de los altos funcionarios de Palacio, al pie de la ventana donde en ese momento el Rey nuestro señor juraba defender a la Iglesia católica y perseguir a herejes y apóstatas contrarios a la verdadera religión. El conde de Olivares ocupaba una ventana más discreta, a la derecha de sus augustas majestades, y mostraba el ceño adusto. A pocos iniciados en los secretos de la Corte escapaba que toda aquella representación era en su honor.

Empezaron a leer sentencias. Uno por uno, los penitenciados eran llevados ante el tribunal y allí, tras la minuciosa relación de crímenes y pecados, les comunicaban su suerte. Los que habían de ser azotados o iban a galeras salían con sogas, y los destinados a la hoguera con las manos atadas. A estos últimos llamábanlos relajados, pues como la Inquisición era de naturaleza eclesiástica, no podía verter ni una gota de sangre; de modo que para guardar las formas se los relajaba o entregaba a la justicia seglar, para que ella cumpliera en sus carnes las sentencias. Y aun así se ejecutaba mediante hoguera, para mantener hasta el fin la ausencia de efusión de sangre. Dejo a vuestras mercedes el cuidado de valorar la muy jodida sutileza del asunto.

En fin. Sucedióse, como cuento, lecturas, sentencias, abjuraciones de levi y de vehementi, gritos de angustia de algunos sentenciados a penas graves, resignación en otros, y satisfacción del público cuando se aplicaba el máximo rigor. El cura que negaba la presencia de Cristo en la sagrada forma fue condenado a la hoguera entre grandes aplausos y muestras de contento; y después de rayerle con violencia las manos, lengua y tonsura en señal de despojo de sus sagradas órdenes, se lo llevaron camino del quemadero, que se había puesto en la explanada que quedaba por fuera de la Puerta de Alcalá. La vieja acusada de sacadora de tesoros y hechicería quedó sentenciada en cien azotes, con un añadido de reclusión perpetua; largo se lo fiaban sus jueces. Un bígamo salió con doscientos azotes, destierro por diez años y los seis primeros remando en galeras. Dos blasfemos, destierro y tres años en Orán. Un zapatero y su mujer, judaizantes reconciliados, cárcel perpetua y que abjurasen de vehementi. La niña de doce años, judaizante, reconciliada, recibió sentencia de hábito y cárcel por dos años, a cuyo término sería puesta en casa de una familia cristiana que la instruyera en la fe. Y su hermana de dieciseis años, judaizante, fue condenada a cárcel perpetua irremisible. Habían sido denunciadas en el tormento por su propio padre, un curtidor portugués condenado a abjurar de vehementi y hoguera, que era el hombre a quien habían llevado en mula por estar tullido. La madre, en paradero desconocido, iba a ser quemada en efigie.

Además del clérigo y el curtidor salieron relajados rumbo al quemadero un comerciante y su mujer, también portugueses, judaizantes, un aprendiz de platero –pecado nefando–, y Elvira de la Cruz. Todos menos el clérigo abjuraron en debida forma y mostraron su arrepentimiento, de modo que serían piadosamente estrangulados con garrote antes de encenderles la hoguera. La hija de Don Vicente de la Cruz –cuya grotesca efigie y la de sus dos hijos, el muerto y el desaparecido, estaban puestas en una grada, al extremo de pértigas– iba vestida con sambenito y coraza, y así fue llevada ante los jueces que leyeron su sentencia. Abjuró, según le pidieron, de todos los delitos habidos y por haber, con una indiferencia estremecedora:

judaizante y conspiración criminal, violación de sagrado y otros cargos. Parecía muy desamparada sobre la tarima, inclinada la cabeza, con los ropajes inquisitoriales puestos como un colgajo sobre su cuerpo atormentado; y luego de abjurar oyó confirmarse la sentencia con resignada dejadez. Moviome a piedad, pese a las acusaciones que contra mí había formulado, o dejado formular; pobre moza, carne de suplicio e instrumento de canallas sin escrúpulos y sin conciencia, por mucho que blasonaran de Dios y de su santa fe. Lleváronse, y vi que faltaba poco para mi turno. Dábame vueltas la plaza, angustiado como estaba de pavor y de ignominia. Desesperado, busqué con la mirada el rostro del capitán Alatraste o el de algún amigo que me confortase, más no hallé alrededor ni uno sólo que expresara piedad, o simpatía. Sólo un muro de rostros hostiles, burlones, expectantes, siniestros. La cara que adopta el vulgo miserable cuando le sirven gratis espectáculos de sangre.

Pero Alatraste sí me veía a mí. Estaba pegado a una de las columnas de los soportales, y desde allí divisaba la grada que yo ocupaba junto a otros penitenciados, flanqueado cada uno por un par de alguaciles mudos como piedras. Ante mí, precediéndome en el funesto ritual, había un barbero acusado de blasfemo y pacto con el demonio; un tipo bajito y de aspecto miserable que lloriqueaba con la cabeza entre las manos, pues nadie iba a sacarle de encima el centenar de azotes y unos años de apalear peces en las galeras del Rey nuestro señor. El capitán se movió un poco entre la gente, situándose de modo que yo pudiera verlo si miraba hacia él, pero yo no era capaz de ver nada, sumido como me hallaba en los tormentos de mi propia pesadilla. Junto a Alatraste, un tipo endomingado, grosero, hacia chacota de quienes estábamos en el tablado, indicándoselos entre chanzas a sus acompañantes, y en un momento dado hizo algún comentario jocoso, señalándome. A esas alturas, en el habitual temple del capitán se había asentado la cólera impotente de los últimos días; y fue ella, sin que mediase reflexión alguna, la que le hizo volverse un poco hacia el zafio, hundiéndole, como al descuido, un doloroso codazo en el hígado. Revolvióse el otro con malas trazas, pero su protesta le murió en la garganta cuando encontró, entre el embozo del herreruelo y el ala del chapeo, los ojos claros de Diego Alatraste mirándolo con una frialdad tan amenazadora que en el acto quedó callado y prudente, como una malva.

Apartóse Alatraste un poco de allí, y al hacerlo pudo ver mejor a Luis de Alquézar en su palco. El secretario real destacaba entre otros funcionarios por la cruz de Calatrava que llevaba bordada al pecho. Vestía de negro y mantenía inmóvil su cabeza redonda, coronada por el cabello miserable y ralo, sobre la golilla almidonada que le daba una grave quietud de estatua. Pero sus ojos astutos se movían de un lado a otro, sin perder detalle de cuanto ocurría. A veces aquella mirada ruin encontraba el fanático semblante de fray Emilio Bocanegra, y ambos parecían entenderse a la perfección en su inmovilidad siniestra. Encarnaban demasiado bien, en ese momento y en tal sitio, los auténticos poderes en aquella Corte de funcionarios venales y curas fanáticos, bajo la mirada indiferente del cuarto Austria, que veía condenar a sus súbditos a la hoguera sin mover una ceja, sólo vuelto de vez en cuando hacia la reina para explicarle, tras el disimulo de un guante o de una de sus blancas manos de azuladas venas, los pormenores del espectáculo. Galante, caballeroso, afable y débil, augusto juguete de unos y de otros, hierático y mirando siempre hacia lo alto por incapaz de ver la tierra; inepto para sostener sobre sus reales hombros la magna herencia de sus abuelos, arrastrándonos por el camino que nos llevaba al abismo.

Mi suerte no tenía remedio, y de no hormiguar por toda la plaza corchetes, alguaciles, familiares de la Inquisición y guardias reales, tal vez Diego Alatraste habría hecho alguna barbaridad, desesperada y heroica. Al menos quiero creer que así habría sido, de mediar ocasión. Más todo era inútil, y el tiempo corría en su contra y en la mía. Aunque Don Francisco de Quevedo llegase a tiempo –con nadie sabía aún qué–, una vez mis custodios me pusieran en pie llevándome hasta el estrado donde se leían las sentencias, ni siquiera el Rey nuestro señor o el Papa de Roma podrían cambiar mi destino. Atormentábase el capitán con esa certeza, cuando de pronto dio en comprobar que Luis de Alquézar lo miraba. En realidad era imposible aventurarlo, pues Alatraste se encontraba entre el gentío y embozado. Pero lo cierto es que de pronto halló los ojos de Alquézar fijos en él, y luego pudo ver que el secretario real miraba a fray Emilio Bocanegra y éste, cual si acabara de recibir un mensaje, volvíase a escudriñar entre la gente, buscando. Ahora Alquézar había alzado lentamente una mano hasta ponerla sobre el pecho, y parecía requerir a alguien más entre la multitud a la izquierda de Alatraste, pues sus ojos quedaron quietos en algún punto allí situado; la mano subió y bajó despacio, dos veces, y luego el secretario fue a mirar de nuevo hacia el capitán.

Volvióse Alatraste y advirtió dos o tres sombreros que se movían entre la gente, acercándose bajo los soportales. Su instinto de soldado actuó antes que el pensamiento tomara las disposiciones adecuadas. En tan apretada multitud resultaban inútiles las toledanas, así que previno la daga que llevaba al costado izquierdo, desembarazándola del faldón del herreruelo. Luego retrocedió internándose en el gentío. La inminencia del peligro le daba siempre una limpia lucidez, una economía práctica de gestos y palabras. Anduvo junto al

palenque, vio que los sombreros se paraban, indecisos, en el sitio que él había ocupado antes; y al echar una ojeada al palco comprobó que Luis de Alquézar seguía mirando impaciente, sin que su inmovilidad protocolaria bastase a disimularle la irritación. Se alejó más Alatraste, bajo los soportales de la Carne y hacia el otro lado de la plaza, y asomóse de nuevo al tablado en aquel ángulo. Desde allí no podía verme, pero sí alcanzaba el perfil de Alquézar. Holgóse mucho de no llevar pistola –estaba prohibido, y entre tanta gente comprometía andar con ella encima–, pues le hubiese costado reprimir el impulso de subir al tablado y volarle al secretario las criadillas de un pistoletazo. «Pero morirás», juró mentalmente, fijos los ojos en el abyecto perfil del secretario real. «Y hasta el día en que mueras, recordando mi visita de la otra noche, nunca podrás dormir tranquilo».

Habían sacado al estrado al barbero acusado de blasfemia, y empezaban a leer la larga relación de su crimen y la sentencia. Alatraste creía recordar que yo iba tras el barbero, e intentaba abrir camino para allegarse un poco más y verme, cuando advirtió de nuevo los sombreros que se acercaban peligrosamente. Eran hombres tenaces, sin duda. Uno se había retrasado, demorándose como si buscara en otra parte; pero dos –un fieltro negro y otro castaño con larga pluma– progresaban en su dirección, hendiendo la multitud con rapidez. No había otra que ponerse en cobro; de modo que el capitán hubo de olvidarse de mí y retroceder bajo los soportales. Entre la multitud no iba a tener la menor oportunidad, y bastaría que cualquiera apelase al Santo Oficio para que los mismos ociosos colaborasen con los perseguidores. La oportunidad de zafarse estaba a pocos pasos. Había allí un callejoncito muy estrecho con dos revueltas, comunicado con la plaza de la Provincia, que en días como aquél la gente aprovechaba para hacer sus necesidades, pese a las cruces y santos que los vecinos ponían en cada esquina para disuadir a los incontinentes. A él se encaminó, y antes de internarse en el angosto paso, por el que no podía transitar con holgura más de un alma a la vez, atisbó sobre el hombro que dos individuos salían de entre la gente, tras sus talones.

Ni siquiera se entretuvo en mirarlos. Rápidamente soltó el fiador del herreruelo, lo hizo girar en torno a su brazo izquierdo, envolviéndoselo a modo de broquel, y desenvainó la vizcaína con la diestra; para gran espanto de un pobre hombre que vaciaba la vejiga tras la primera revuelta, que al ver aquello salió a toda prisa abrochándose la bragueta. Desentendido de él, Alatraste apoyó un hombro en la pared, que olía como el suelo a orines y suciedad. Lindo sitio para acuchillarse, pensó mientras se afirmaba volviéndose vizcaína en mano. Lindo sitio, pardiez, para ir en buena compañía al infierno.

El primero de sus perseguidores dobló la esquina del callejón, y en aquellos escasos codos de anchura Alatraste tuvo tiempo de ver unos ojos aterrados al toparse con el centelleo de su daga desnuda. Aún alcanzó un bigotazo grande, de guardamano, y unas pobladas patillas de bravonel mientras, inclinándose como un relámpago, le desjarretaba al recién llegado una corva de una cuchillada. Luego, en el mismo movimiento hacia arriba, tajóle el cuello y cayó a medias el otro sin tiempo a decir Virgen santísima, atravesado en el callejón con la vida yéndosele a rojos chorros por la gola.

El de atrás era Gualterio Malatesta, y fue una lástima que no hubiese sido el primero. Bastó la aparición de su negra y flaca silueta para que Alatraste lo identificara en el acto. Con la persecución, las prisas y el encuentro inesperado, el italiano aún no empuñaba hierro alguno, de modo que retrocedió de un salto, con el otro aún cayéndose y atravesado delante, mientras el capitán le tiraba un jiferazo largo que erró por una cuarta. La angostura no daba lugar a herreruzas, de modo que Malatesta, cubriéndose como podía tras el compañero moribundo, tiró de vizcaína y, cubriéndose con la capa al modo del capitán, apuñalóse con éste muy en corto, apechugando con brevedad y entrando y saliendo de los golpes con buena destreza. Rasgaban las dagas al romper el paño, tintineaban en las paredes, buscaban al enemigo con saña, y ninguno de los dos decía palabra, ahorrando el resuello para interjecciones y resoplidos. Aún había sorpresa en los ojos del italiano –esta vez no hacía tirurí–ta–ta, el hideputa– cuando la daga del capitán hincó en blando tras la improvisada rodela de la capa, que el otro mantenía en alto mientras lanzaba mojadas por lo bajo, desde atrás del compañero que seguía atravesado entre ambos, ya con el diablo o de buen camino. Dolióse el italiano de la puñalada, trastablilló, cerró Alatraste sobre el caído, y la daga de Malatesta fue a enredarse en su jubón, tajándolo al salir mientras saltaban botones y presillas. Trabáronse por los brazos arrodellados en capa y herreruelo, tan cerca los rostros que el capitán sintió en los ojos el aliento de su enemigo antes que éste escupiera en ellos. Parpadeó, cegado, y eso dio lugar a que el otro le clavara la daga, con tal fuerza que de no haberse interpuesto la pretina de cuero, habríalo pasado de parte a parte. Tajóle aun así ropa y carne, y sintió Alatraste un escalofrío nervioso y un agudísimo dolor al tocar el filo de acero el hueso de su cadera. Temiendo desfallecer, golpeó con el pomo de su vizcaína el rostro del otro, y la sangre corrióle al italiano desde las cejas, regando los cráteres y cicatrices de su piel, empapándole las guías del fino bigote. Ahora el brillo de sus ojos fijos y tercos como los de una serpiente también reflejaba el miedo. Echó hacia atrás el codo Alatraste y acuchilló innumerables veces, dando en capa, jubón, aire, pared y, un par de veces, por fin, en el otro. Gruñó Malatesta de dolor y rabia. La sangre le caía sobre los ojos y tiraba cuchilladas muy a

ciegas, peligrosísimas por impredecibles. Sin contar el golpe de la frente, tenía al menos tres heridas en el cuerpo.

Riñeron durante una eternidad. Los dos estaban exhaustos, y dolíase el capitán del tajo en la cadera; más llevaba la mejor parte. Era cuestión de tiempo, y Malatesta se resolvía a morir intentando llevarse al enemigo con él, ofuscado de odio. Ni le pasaba por la cabeza pedir cuartel, ni nadie iba a dárselo. Eran dos profesionales avisados de lo que se libraba, parcos en insultos o palabras inútiles, acuchillándose muy por lo menudo y lo mejor que podían. A conciencia.

Entonces llegó el tercero, vestido también a lo bravo, con barba y tahalí y mucho hierro encima, doblando la revuelta del callejón y abriendo unos ojos como escudillas cuando encontróse aquel panorama, uno atravesado y muerto, dos que seguían trabados a puñaladas, y el angosto suelo lleno de sangre que se mezclaba con los charcos de orines. Tras un momento de estupor murmuró Cristo bendito y rediós, y luego echó mano a la daga; pero no podía pasar por encima de Malatesta, que ya flaqueaba sosteniéndose sólo gracias a la pared, ni salvar el obstáculo de su otro camarada para alcanzar al capitán. De modo que éste, al límite de sus fuerzas, tuvo ocasión para desembarazarse de su presa, que seguía tirándole cuchilladas al vacío. Cruzóle a Malatesta un carrillo de un postrer tajo, y gozó por fin la satisfacción de oírlo blasfemar en buen italiano. Luego le arrojó al otro el herreruelo para enredar su vizcaína, y huyó callejón arriba hacia la plaza de la Provincia, con el resuello quemándole el pecho.

Salió así afuera, recomponiéndose al dejar atrás el callejón. Había perdido el sombrero en la refriega y llevaba en la ropa sangre de los otros, mientras que la suya le goteaba por dentro del jubón y los gregüescos; de modo que, por si acaso, encaminóse para acogerse a la iglesia de Santa Cruz, que era la más cercana. Allí estuvo un rato quieto en la puerta, recobrando el aliento sentado en los escalones, listo para meterse dentro a la primera señal de alarma. Dolíase de la cadera. Sacó el lienzo de la faltriquera y, tras buscarse la herida con dos dedos y comprobar que no era grande, se lo puso en ella. Pero nadie salió del callejón, ni nadie fue a fijarse en él. Todo Madrid andaba pendiente del espectáculo.

Estaba a punto de llegar mi turno y el de los desgraciados que venían detrás. Al barbero acusado de blasfemia le adjudicaban en ese momento cuatro años de galeras y un centenar de azotes; y el infeliz se retorció las manos en el estrado, cabeza baja y lloriqueando, mientras apelaba a su mujer y sus cuatro hijos en demanda de una clemencia que nadie iba a concederle. De cualquier modo salía mejor librado que quienes en ese instante iban, encorizados y en mulas, camino del quemadero de la puerta de Alcalá; donde antes de caer la noche quedarían convertidos en churrascos.

Yo era el siguiente, y sentía tanta desesperación y tanta vergüenza que temí faltáranme las piernas. La plaza, los balcones llenos de gente, las colgaduras, los alguaciles y familiares del Santo Oficio que me rodeaban, producíanme un vértigo infinito. Hubiera querido morir allí, en el acto, sin más trámite ni esperanza. Pero a esas alturas ya sabía que no iba a morir, que mi pena sería de larga prisión, y que tal vez fuese a galeras cuando cumpliese los años necesarios. Y todo se me antojaba peor que la muerte; hasta el punto que llegué a envidiar la arrogancia con que el clérigo recalcitrante iba al quemadero sin pedir clemencia ni retractarse. En ese momento me pareció más fácil morir que seguir vivo.

Ya terminaban con el barbero, y vi que uno de los engolados inquisidores consultaba sus papeles y luego me miraba. Aquel era negocio hecho; y eché una última ojeada al palco de honor, donde el Rey nuestro señor se inclinaba un poco para comentar algo al oído de la reina, que pareció sonreír. Sin duda hablaban de caza, o se galanteaban, o vete a saber maldito qué, mientras abajo los frailes se despachaban a gusto. Bajo los soportales, la gente aplaudía la sentencia del barbero y se tomaba sus lágrimas a chirigota, relamiéndose con la perspectiva del siguiente reo. El inquisidor consultó de nuevo sus papeles, miróme otra vez y volvió a revisarlos una vez más. El sol caía a plomo sobre el tablado y me hacía arder los hombros bajo la estameña del sambenito. El inquisidor recogió por fin sus papeles y echó a andar lentamente hacia el atril, fatuo y satisfecho, disfrutando de la expectación que creaba. Miré a fray Emilio Bocanegra, inmóvil en las gradas con su siniestro hábito negro y blanco, saboreando la victoria. Miré a Luis de Alquézar en su palco, taimado, cruel, con aquella cruz de Calatrava que en su pecho quedaba deshonorada. Al menos, me dije –y era, vive Dios, mi único consuelo– no habéis podido sentar aquí al capitán Alatraste.

El inquisidor estaba ante su atril, lento, ceremonioso, a punto de pronunciar mi nombre. Y entonces, un caballero vestido de negro y cubierto de polvo irrumpió en el palco de los secretarios reales. Llevaba ropas de viaje, botas altas de montar manchadas de lodo, espuelas, y su aspecto era de haber cabalgado reventando monturas de posta a posta, sin descanso. Traía en la mano una cartera de cuero, y con ella fuese por derecho al secretario real. Vi que cambiaban unas palabras, y que Alquézar, tomando la cartera con gesto impaciente, la abría para echarle un vistazo y luego miraba en mi dirección, después a fray Emilio Bocanegra y de nuevo a mí. Entonces el caballero vestido de negro volvióse a su vez, y pude reconocerlo al fin. Era Don Francisco de Quevedo.





## X. LA CUENTA PENDIENTE

Las hogueras ardieron durante toda la noche. La gente se quedó hasta muy tarde en el quemadero de la puerta de Alcalá, incluso cuando los penitenciados no eran más que huesos calcinados entre pavesas y cenizas. Del resplandor de los fuegos subían columnas de humo con tonalidades rojas y grises, que a veces una racha de aire arremolinaba, trayendo hasta la muchedumbre un olor denso, acre, de madera y carne quemadas.

Todo Madrid trasnochaba allí: desde honestas casadas, graves hidalgos y gente de respeto, al vulgo más soez. Alborotaban los pilluelos, correteando en torno a las brasas, mientras los alguaciles acordonaban el lugar. No faltaban vendedores, ni mendigos que hicieran su agosto. Y a todos parecían –o al menos así lo afectaban en público– santo y edificante el espectáculo. Aquella España desdichada, dispuesta siempre a olvidar el mal gobierno, la pérdida de una flota de Indias o una derrota en Europa con el jolgorio de un festejo, un *Te Deum* o unas buenas hogueras, oficiaba una vez más de fiel a sí misma.

–Es repugnante –dijo Don Francisco de Quevedo.

Era el gran satírico, como referí ya a vuestras mercedes, extremado católico al modo de su siglo y de su patria; pero templaba todo ello con su profunda cultura y su limpia humanidad. Aquella noche estaba inmóvil, ceñudo, mirando el fuego. La fatiga del viaje a mataballo marcaba su aspecto y su tono de voz; aunque en ésta, el cansancio parecía añejo de siglos.

–Pobre España –añadió en voz baja.

Una de las hogueras se desplomó chisporroteando en nube de pavesas, e iluminó junto al poeta la figura inmóvil del capitán Alatraste. La gente rompió a aplaudir. El resplandor rojizo iluminaba a lo lejos los muros de los recoletos agustinos, y a este lado la picota de piedra en el cruce de caminos de Vicálvaro y Alcalá, donde los dos amigos permanecían algo retirados. Habían estado allí desde el principio, conversando en voz baja. Sólo callaron cuando, luego que el verdugo apretase tres vueltas de cordel en el cuello de Elvira de la Cruz, la broza y la leña crepitaron bajo el cadáver de la pobre novicia. De todos los penitenciados, el único quemado vivo fue el clérigo; había resistido bien casi hasta el final, negándose a reconciliar con el fraile que lo asistía, y enfrentado la primera lumbre en sereno continente. Lástima que al cabo, con las llamas por las rodillas –lo quemaron piadosamente despacio, para darle tiempo al arrepentimiento– se descompusiera un poco, terminando el suplicio entre atroces alaridos. Pero, salvo San Lorenzo, que se sepa, en la parrilla nadie es perfecto.

Don Francisco y el capitán Alatraste habían hablado muy por lo menudo de mí; que a tales horas dormía, exhausto y libre por fin, en nuestra casa de la calle del Arcabuz, bajo los cuidados maternos de Caridad la Lebrijana, y tan profundamente como si necesitara –lo que era en efecto el caso– reducir mis andanzas de los últimos días a los límites de una simple pesadilla. Y mientras en el quemadero ardían las hogueras, el poeta había estado refiriendo al capitán los pormenores de su apresurado y azaroso viaje a Aragón.

La pista proporcionada por el valido había resultado oro puro. Aquellas cuatro palabras escritas por Don Gaspar de Guzmán en el Prado –«*Alquézar Huesca. Libro verde*»– contenían lo suficiente para salvar mi vida, parando los pies al secretario real. Alquézar era no sólo el apellido de nuestro enemigo, sino también el nombre del pueblo aragonés en que había nacido, y a donde cabalgó Don Francisco de Quevedo reventando caballos de posta por el camino real –uno cayó redondo en Medinaceli– en su intento desesperado de ganar la carrera contra el tiempo. En cuanto al libro verde, también llamado del becerro, como tales eran conocidos los catálogos, relaciones o registros familiares que obraban en poder de particulares o párrocos, y que servían como pruebas de ascendencia. Llegado Don Francisco a Alquézar, ingenióselas, usando de su nombre famoso y del dinero provisto por el conde de Guadalmedina, para husmear en los archivos locales. Y allí, para su sorpresa, alivio y regocijo, tuvo confirmación de lo que el conde de Olivares ya conocía merced a sus particulares espías: el propio Luis de Alquézar no era de sangre limpia, sino que en su genealogía familiar constaba –como en la de casi media España, por otra parte– una rama judía documentada como conversa a partir del año mil quinientos treinta y cuatro. Esos antepasados de origen hebreo refutaban la hidalguía del secretario real; pero, en un tiempo en que hasta la limpieza de sangre se compraba a tanto el abuelo, todo había sido muy oportunamente olvidado al realizar las pruebas y expedientes necesarios para que Luis de Alquézar accediese al cargo de alto funcionario de la Corte. Y como ostentaba, además, la dignidad de

caballero de la orden de Calatrava, y ésta no admitía sino a gente probada como cristiana vieja y cuyos antepasados no se hubieran envilecido con la práctica de oficios manuales, eran flagrantes la falsedad documental y el monopolio. La publicación de aquella noticia –un simple soneto de Quevedo habría bastado–, respaldada con el libro verde que el poeta había obtenido del párroco de Alquézar a cambio de un lindo cartucho de escudos de plata, podía deshonorar al secretario real, haciéndole perder su hábito de Calatrava, el cargo en la Corte, y la mayor parte de sus privilegios como hijodalgo y caballero. Por supuesto, la Inquisición y fray Emilio Bocanegra, como el propio Olivares, estaban al corriente de todo ello; pero en un mundo venal, hecho de hipocresía y falsas maneras, los poderosos, los buitres carroñeros, los envidiosos, los cobardes y los canallas suelen encubrirse unos a otros. Dios nuestro señor los crió a todos, y éstos vinieron juntándose desde siempre, y bien a su gusto, en nuestra infeliz España.

–Lástima que no vierais su cara, capitán, cuando le mostré el libro verde –la voz tomada del poeta traslucía su fatiga; aún llevaba las polvorientas ropas de viaje y espuelas manchadas de sangre en las botas–. Luis de Alquézar se quedó más blanco que los papeles que le puse en las manos; luego enrojeció como una llamarada, y temí fuese a sufrir una apoplejía... Pero importaba sacar a Íñigo de allí; de suerte que me arrimé un poco y dije, impaciente: «*Señor secretario real, no hay tiempo para dimes y diretes. Si no paráis lo del mozo, sois hombre perdido*»... Y lo cierto es que ni siquiera intentó discutir. El gran bellaco lo vio tan claro como que un día todos rendimos cuentas al Todopoderoso.

Era muy cierto. Antes que el escribano llegase a pronunciar mi nombre, y con una diligencia que mucho decía en favor de sus cualidades como secretario real o lo que se terciara, Alquézar había salido de su palco igual que una bala de mosquete, llegándose a un estupefacto fray Emilio Bocanegra, con quien cambió rápidas palabras en voz muy baja. El semblante del dominico había mostrado sucesivamente sorpresa, cólera y pesadumbre; y sus ojos vengativos hubieran fulminado a Don Francisco de Quevedo si a éste, cansado del viaje, tenso por el peligro que aún me amenazaba, y resuelto a llegar hasta el final aunque fuese allí mismo y a voces, no se le hubieran dado a la sazón una higa todas las miradas asesinas del mundo. Al cabo, secándose el sudor con un lienzo, de nuevo pálido como si el barbero acabara de sangrarlo a conciencia, Alquézar regresó despacio al palco donde aguardaba el poeta. Y por fin, sobre su hombro, Quevedo vio cómo más atrás, en el estrado de los inquisidores, estremeciéndose todavía de despecho y de ira, fray Emilio Bocanegra llamaba al escribano; y éste, tras escuchar unos instantes respetuosamente, tomaba el papel que se disponía a leer con mi sentencia y lo guardaba aparte, archivándolo para siempre.

Otra de las hogueras se hundió con estrépito, y la lluvia de chispas inundó la oscuridad, avivando el resplandor que iluminaba a los dos hombres. Diego Alatraste permanecía inmóvil junto al poeta, sin apartar los ojos de las llamas. Bajo el ala del sombrero, el fuerte mostacho y la nariz aguileña parecían enflaquecerle aún más el rostro, demacrado por la fatiga de la jornada y también por la herida fresca de la cadera, que pese a no ser seria, le estorbaba.

–Lástima –murmuró Don Francisco– no haber llegado a tiempo para salvarla también a ella.

Señalaba la hoguera más próxima, y parecía avergonzado por la suerte de Elvira de la Cruz. No de sí mismo, ni del capitán, sino de todo lo que había llevado hasta allí a la pobre moza, destruyendo además a su familia. Avergonzado, tal vez, de aquella tierra donde le había tocado vivir: cainita, cruel, deslumbradora en el gesto de grandeza estéril, pero indolente y ruin en lo cotidiano, de la que su hombría de bien y su estoica resignación senequista, muy sinceramente cristiana, no bastaban para consolarlo. Pues, desde siempre, ser lúcido y español aparejó gran amargura y poca esperanza.

–De cualquier modo –concluyó Quevedo–, era voluntad de Dios.

Diego Alatraste no se pronunció en seguida al respecto. Voluntad de Dios o del diablo, él seguía callado, mirando las hogueras y las siluetas de los corchetes y el gentío recortándose en el siniestro fondo de las llamas. No había querido ir a verme todavía a la calle del Arcabuz, a pesar de que Quevedo, y luego Martín Saldaña, a quien buscaron por la tarde, habíanle dicho que de momento nada tenía que temer. Todo parecía resuelto con tal discreción que ni siquiera el bravonel muerto en el callejón salió a la luz; y nadie tenía tampoco noticias del acuchillado Gualterio Malatesta. De modo que, apenas vendada la herida en la botica del Tuerto Fadrique, Alatraste se había encaminado con Quevedo al quemadero de la puerta de Alcalá; y allí se estuvo junto al poeta, hasta que Elvira de la Cruz no fue más que huesos achicharrados y cenizas en el rescoldo de su hoguera. Por un momento, entre la muchedumbre, el capitán había creído ver de nuevo a Jerónimo de la Cruz, o al menos la sombra fantasmal en que parecía haberse convertido el hermano mayor, único superviviente de la diezmada familia; pero la oscuridad, y el vaivén del gentío, habíanse cerrado en seguida, caso de ser él, sobre su rostro embozado.

–No –dijo por fin Alatraste.

Había tardado tanto en hablar que Don Francisco ya no lo esperaba, y se entretuvo en mirarlo, sorprendido, intentando averiguar a qué se refería. Pero el capitán siguió observando el fuego, impasible; y sólo más tarde, al cabo de otra larga pausa, volvióse lentamente hacia Quevedo:

–Dios no tiene nada que ver con esto.

A diferencia de los lentes del poeta, sus ojos glaucos no reflejaban la luz de las hogueras, sino que más bien parecían dos charcos claros de agua helada. Las últimas llamas hacían bailar sombras y luces rojizas en su perfil taciturno, afilado como la hoja de un cuchillo.

Yo fingía dormir. Caridad la Lebrijana estaba sentada a la cabecera de la cama, donde me había acostado después de una cena y un baño caliente en un barreño de la taberna; y velaba mi descanso mientras zurcía a la luz de una vela la ropa blanca del capitán. Yo tenía los ojos cerrados, gozando de la tibieza del lecho, en una grata duermevela que me facilitaba, además, no responder a preguntas ni referirme para nada a mi reciente aventura, cuyo sólo pensamiento –no podía olvidar el infame sambenito– aún me corroía de vergüenza. El calor de las sábanas, la bondadosa compañía de la Lebrijana, el saberme de nuevo entre amigos y, sobre todo, la posibilidad de permanecer quieto, los ojos cerrados, mientras el mundo giraba afuera muy olvidado de mí, sumíanme en un letargo parecido a la felicidad; extremada por el pensamiento de que nadie, en mi prisión, me había arrancado una palabra que incriminase a Diego Alatríste.

Tampoco abrí los ojos al oír sus pasos en la escalera; ni siquiera cuando, ahogando una exclamación, la Lebrijana tiró al suelo la labor y se arrojó a sus brazos. Estuve escuchando el rumor contenido de la conversación, varios sonoros besos de la tabernera, el murmullo de protesta del recién llegado, nuevos cuchicheos y, por fin, el ruido de la puerta al cerrarse, y pasos escaleras abajo. Creía haberme quedado solo cuando, tras un largo silencio, las botas del capitán volvieron a sonar en el piso, acercándose a la cama hasta detenerse a mi lado.

Estuve a punto de abrir los ojos, más no lo hice. Yo sabía que él me había visto en la plaza, lleno de oprobio entre los penitenciados. Tampoco podía olvidar que por desobedecer sus órdenes habíame dejado atrapar como un pardillo, la noche del asalto al convento de las adoratrices benitas. Aún no me encontraba, en corto, lo bastante firme para afrontar sus preguntas o sus reproches; ni siquiera el silencio de su mirada. Así que permanecí inmóvil, respirando acompasadamente para fingirme dormido.

Hubo una larguísima pausa en que nada ocurrió. Sin duda me observaba a la luz de la vela que la Lebrijana había dejado encendida. No se oía un ruido, ni su aliento, ni nada de nada. Y entonces, cuando ya empezaba a dudar de que realmente él estuviera allí, sentí el contacto de su mano, la palma áspera que se posó un momento sobre mi frente, con una ternura cálida, inesperada. La dejó quieta un poco y luego retiróla bruscamente. Entonces los pasos se alejaron de nuevo, y oí el sonido de la alacena al abrirse, chocar de un vaso y una garrafa de vino, y el arrastrar de una silla.

Abrí un poco los ojos, con precaución. En la poca luz del cuarto vi que el capitán se había desceñido ropilla, jubón y espada; y, sentado ante la mesa, bebía en silencio. El vino gorgoteaba una y otra vez al caer en el vaso, y él lo bebía lenta, metódicamente, como si ninguna otra cosa tuviera por hacer en el mundo. La amarillenta luz de cera iluminaba la mancha clara de su camisa, el escorzo del rostro, el cabello corto, una guía del enhiesto bigote de soldado. Callado e inmóvil, salvo para beber, tenía la ventana abierta y en ella se insinuaban, entre tinieblas, los tejados y chimeneas cercanos. Y entre ellos brillaba una única estrella, quieta, silenciosa y fría. Alatríste miraba obstinado la oscuridad, o el vacío, o sus propios fantasmas vagando en la penumbra. Yo conocía bien su mirada cuando el vino la enturbiaba, y era capaz de adivinarla sin esfuerzo en ese momento: glauca, ausente. En su cintura, empapado el vendaje, una mancha de sangre crecía muy despacio, tiñéndole de húmedo rojo la camisa blanca. Parecía tan resignado y solo como la estrella que parpadeaba afuera, en la noche.

Dos días más tarde lucía el sol en la calle de Toledo, y de nuevo el mundo era amplio y lleno de esperanzas, y el vigor de mi juventud me brincaba en las venas. Sentado a la puerta de la taberna del Turco, practicando caligrafía con el recado de escribir que el Licenciado Calzas seguía trayéndome de la plaza de la Provincia, yo veía de nuevo la vida con ese optimismo y esa presteza en recobrase tras la desgracia que sólo dan la óptima salud y los cortos años. De vez en cuando levantaba la vista hacia las comadres que vendían verduras en los puestos del otro lado de la calle, las gallinas que picoteaban desperdicios, o los galopines que se perseguían entre las caballerías y los coches de paso, o escuchaba el rumor de conversaciones dentro de la taberna. Sentíame el mozo más satisfecho del mundo. Incluso los versos que copiaba se me antojaban lo más hermoso jamás escrito:

*Cerrar podrá mis ojos la postrera*

*sombra que me llevare el blanco día,  
Y podrá desatar esta alma mía  
hora a su afán ansioso lisonjera...*

Eran de Don Francisco de Quevedo, y me habían parecido tan bellos cuando se los oí recitar como si tal cosa, entre tiento y tiento al San Martín de Valdeiglesias, que no dudé un instante en solicitar su venia para copiarlos con mi mejor letra. Don Francisco estaba adentro, con el capitán y los otros: el Licenciado, el Dómine Pérez, Juan Vicuña y el Tuerto Fadrique, celebrando todos con unos azumbres de lo fino, salchichas y liebres en cecina, el buen final del mal lance; que ninguno mencionaba explícitamente pero todos tenían bien presente en el discurrir. Uno tras otro me habían acariciado el pelo o dado un cachete cariñoso a medida que llegaban a la taberna. Don Francisco vino con un Plutarco para que con el tiempo yo practicase la lectura, el Dómine con un rosario de plata, Juan Vicuña con una hebilla de bronce que había llevado en Flandes, y el Tuerto Fadrique –que era más bien de la cofradía del codo, o sea, poco inclinado al gasto– trajo una onza de cierto compuesto de su botica, idóneo, aseguraba, para criar masa de sangre y devolver el color a un mozo que, como yo, había pasado tantos y recientes trabajos. Era, por tanto, el muchacho más honrado y feliz de las Españas cuando, mojando en el tintero una de las buenas plumas de ganso del Licenciado Calzas, proseguía:

*Más no de esotra parte en la ribera  
dejará la memoria, en donde ardía:  
nadar sabe mi llama la aguafría,  
y perder el respeto a ley severa...*

Fue en ese verso donde, al alzar otra vez la vista, mi mano quedó en suspenso y una gota de tinta cayó sobre el papel como una lágrima. Calle de Toledo arriba se acercaba un coche muy familiar, negro, sin escudo en la portezuela, con un adusto cochero arreando dos mulas. Lentamente, cual si me hallase en la confusión de un sueño, dejé a un lado papel, pluma, tintero y salvadera, y me puse en pie, estándome tan quieto como si el carruaje fuese una aparición que cualquier gesto mal calculado por mi parte pudiera borrar. De ese modo fue llegando el coche a mi altura y vi la ventanilla, que iba abierta, con las cortinas desabrochadas; y en ella una mano blanca y perfecta, y luego los tirabuzones rubios y los ojos, color de los cielos que pintó Diego Velázquez, de la niña que había estado a pique de llevarme al cadalso. Y mientras el carruaje pasaba ante la taberna del Turco, Angélica de Alquézar me miró fijamente; de un modo que, voto a tal, hizo estremecerse de arriba abajo mi columna vertebral y detenerse el corazón que me latía con fuerza, embrujado. Y de ese modo, con no meditado impulso, alcé una mano al pecho, lamentando muy de veras no llevar ya la cadena de oro con el talismán que habíame dado ella para que fuera mi sentencia de muerte. Y que, de no habérmelo arrebatado el Santo Oficio, juro por la sangre de Cristo hubiera seguido luciendo al cuello con enamorado orgullo.

Angélica entendió el gesto. Porque su sonrisa, aquel gesto diabólico que yo adoraba, iluminó su boca. Y luego llevó hasta los labios la punta de los dedos, rozándolos en algo muy parecido a un beso. Y la calle de Toledo, y Madrid, y el orbe entero, se convirtieron en una deliciosa armonía que me hizo sentir jubilosamente vivo.

Estuve en pie e inmóvil hasta mucho después de que el carruaje desapareciera calle arriba. Luego, tomando una pluma nueva, la afilé en mi jubón y terminé de escribir el soneto de Don Francisco:

*Alma a quien todo un dios prisión ha sido,  
venas que humor a tanto fuego han dado,  
médulas que han gloriosamente ardido,  
su cuerpo dejarán, no su cuidado;  
serán ceniza, más tendrá sentido;  
polvo serán, más polvo enamorado.*

Anohecía, pero aún quedaba suficiente claridad para que no fuese preciso encender ninguna luz. La posada del Lansquenete estaba en una calle sucia, llena de malos olores y mal llamada de la Primavera, cercana a la fuente de Lavapiés, donde abrían las más bajas tabernas y bodegones de Madrid, así como las mancebías de peor calaña. Había cuerdas con ropa tendida de lado a lado de la calle, y por las ventanas oíanse discusiones de vecinos y llanto de críos. En el zaguán se amontonaba el estiércol de caballerías, y Diego Alatríste hubo de poner cuidado en no mancharse los borceguíes cuando entró al patio en forma de corrala, donde un carro

desvencijado, sin ruedas, reposaba con los ejes desnudos sobre unas piedras. Después de una rápida comprobación tomó la escalera, y tras franquear una treintena de escalones y cuatro o cinco gatos que se escurrieron entre sus piernas, llegó al último piso sin que nadie lo importunara. Una vez allí estudió las puertas de la galería. Si el informe de Martín Saldaña no erraba, era la última a la derecha, Justo, en el ángulo del corredor. Caminó hacia ella procurando no hacer ruido, al tiempo que se recogía la capa bajo la que disimulaba el colete de búfalo y la pistola. Había palomas zureando en el alero, y ése era el único sonido que se escuchaba en aquella parte de la casa. Del piso de abajo subía olor a estofado. Una sirvienta canturreó algo, lejos. Alatraste se detuvo, echó un vistazo en busca de una posible ruta de retirada, comprobó que espada y daga estaban como tenían que estar, y luego sacó la pistola del cinto y, tras comprobar el cebo, echó hacia atrás el perrillo con ayuda del dedo pulgar. Era hora de zanjar la cuenta pendiente. Se pasó dos dedos por el mostacho, soltó el fiador de la capa y luego abrió la puerta.

Era un cuarto miserable. Olía a cerrado, a soledad. Y unas cucarachas madrugadoras correteaban sobre la mesa, entre los restos de comida, como saqueadores en campaña después de una batalla. Había dos botellas vacías, una jarra de agua y vasos desportillados, ropa sucia sobre una silla, un orinal mediado en el suelo, un jubón, un sombrero y una capa negra colgados en la pared. También una cama, con una espada en el cabezal. Y en ella estaba Gualterio Malatesta.

Seguramente, si el italiano hubiese hecho un mínimo gesto de sorpresa, o de amenaza, Alatraste le habría despachado, sin decir guárdesse vuestra merced, el pistoletazo que llevaba prevenido muy a bocajarro. Pero Malatesta se quedó mirando la puerta como si le costase conocer al recién llegado, y su mano derecha ni siquiera movió una pulgada en dirección a la pistola que también él tenía prevista sobre las sábanas. Estaba recostado en una almohada, y un pésimo aspecto empeoraba su semblante patibulario, enflaquecido por el sufrimiento y la barba de tres días: inflamadas las cejas con una brecha mal cerrada sobre ellas, un apósito sucio bajo el carrillo izquierdo, palidez cenicienta en manos y rostro. Tenía el torso desnudo cruzado por vendajes calados de sangre seca, y en las manchas pardas que se filtraban por ellos Alatraste apreció un mínimo de tres heridas. Saltaba a la vista que, en la escaramuza del callejón, el sicario había llevado la peor parte.

Sin dejar de apuntarle, el capitán cerró la puerta a su espalda antes de acercarse al lecho. Malatesta parecía haberlo reconocido al fin, pues el brillo de sus ojos, exacerbado por la fiebre, se había vuelto más duro; y la mano hacía débiles intentos por empuñar la pistola. Alatraste le puso el cañón de la suya a dos pulgadas de la cabeza, pero el enemigo estaba demasiado exhausto para luchar. Había perdido sin duda mucha sangre. De modo que, tras comprobar la inutilidad de su esfuerzo, limitóse a alzar un poco la cabeza que tenía hundida en la almohada, y bajo el bigote italiano, muy descuidado ahora, apareció el trazo blanco de la peligrosa sonrisa que el capitán, a sus expensas, conocía bien. Fatigada, es cierto, crispada en un rictus de dolor. Pero era la mueca inconfundible con que Gualterio Malatesta parecía siempre dispuesto a vivir o a bajar a los infiernos.

–Vaya –murmuró–. Pero sí es el capitán Alatraste...

Su voz era opaca y débil de entonación, aunque firme en las palabras. Los ojos negros, febriles, estaban puestos en el recién llegado, ajenos al cañón de la pistola que le apuntaba.

–Por lo que veo –prosiguió el italiano–, cumplís con la caridad de visitar a los enfermos.

Reía entre dientes. El capitán le sostuvo un momento la mirada y luego apartó la pistola, aunque conservando el dedo en el gatillo.

–Soy buen católico –respondió, zumbón.

La risa corta y seca como un crujido de Malatesta se intensificó al oír aquello, extinguiéndose luego en un ataque de tos.

–Eso dicen –asintió, cuando pudo recobrase–. Eso es lo que dicen... Aunque en los últimos días haya habido sus más y sus menos sobre ese particular.

Aún sostuvo un poco la mirada del capitán, y luego, con la mano que no había sido capaz de empuñar la pistola, señaló la jarra sobre la mesa.

–¿No os importa acercarme un poco de esa agua?... Así podréis alardear también de haber dado de beber al sediento.

Tras considerarlo un instante, Alatraste se movió despacio y fue a traer el agua, sin perder de vista a su enemigo. Bebió Malatesta dos ávidos sorbos, observándolo por encima de la jarra.

–¿Venís a matarme tal cual –inquirió– o esperáis que antes os derrote por menores de vuestros últimos negocios?

Había puesto la jarra a un lado y se secaba desmayadamente la boca con el dorso de la mano. La suya era la sonrisa de una serpiente atrapada: peligrosa hasta el último aliento.

–No necesito que me contéis nada –Alatriste se había encogido de hombros–. Todo está muy claro: la trampa del convento, Luis de Alquézar, la Inquisición... Todo.

–Diablos. Habéis venido a despacharme sin más, entonces.

–Así es.

Malatesta pareció considerar la situación. No parecía resultarle prometedora.

–El no tener nada nuevo que contaros –concluyó– acorta, pues, mí vida.

–Más o menos –ahora era el capitán quien esgrimía una sonrisa dura, peligrosa–. Aunque os haré el honor de considerar que no sois del género parlanchín.

Malatesta suspiró un poco, removiéndose dolorosamente mientras tentaba sus vendajes.

–Muy hidalgo por vuestra parte –señaló, resignado, la espada que pendía del cabezal–... Lástima no estar bueno para corresponder a tanta fineza, ahorrándoos matarme en la cama igual que a un perro... Pero despabilasteis bien el otro día, en el maldito callejón.

Movióse de nuevo, intentando acomodarse mejor. En ese momento no parecía guardarle a Alatriste más rencor que el de oficio. Pero sus ojos oscuros y febriles seguían alerta, vigilándolo.

–Por cierto... Dicen que el rapaz salvó el pellejo. ¿Es verdad?

–Lo es.

Se ensanchó la sonrisa del sicario.

–Que me place, voto a Dios. Es un bravo mozo. Tendrías que haberlo visto la noche del convento, intentando tenerme a raya con una daga... Que me ahorquen si me gustó llevarlo a Toledo, y menos conociendo lo que le esperaba. Pero ya sabéis. Quien paga, manda.

La sonrisa se le había vuelto socarrona. A veces miraba de soslayo la pistola que seguía sobre las sábanas; y al capitán no le cupo duda de que se habría servido de ella, si alguien le diese oportunidad.

–Sois –dijo Alatriste– un hideputa y un bellaco.

Mirólo el otro con sorpresa que parecía sincera.

–Pardiez, capitán Alatriste, Cualquiera que os oyese tomaría a vuestra merced por una monja clarisa...

Siguió un silencio. Aún con el dedo en el gatillo de la pistola, el capitán echó un detenido vistazo alrededor. La casa de Gualterio Malatesta le recordaba demasiado la suya propia como para que todo fuera indiferente. Y en cierta forma, el italiano tenía razón. No estaban tan lejos el uno del otro.

–¿De veras no podéis moveros de esa cama?

–A fe mía que no... –Malatesta lo miraba ahora con renovada atención–. ¿Qué pasa?... ¿Estáis buscando un pretexto? –volvió a ensancharse la sonrisa, blanca y cruel–. Si os ayuda, puedo contaros la de hombres que avié por la posta, sin darles tiempo a un válgame Cristo... Despiertos y dormidos, por delante y por detrás; y más de lo último que de lo primero. Así que no vengáis ahora con apuros de conciencia –la sonrisa dio paso a una risita entre dientes, chirriante, atravesada–. Vuestra merced y yo somos del oficio.

Alatriste miraba la espada de su enemigo. La cazoleta tenía tantos golpes y mellas de acero como la suya propia. Todo es azar, se dijo. Depende de cómo caigan los dados.

–Os agradecería mucho –sugirió– que intentaseis agarrar la pistola, o esa espada.

Malatesta lo miró muy por lo fijo antes de negar despacio con la cabeza.

–Ni hablar. Puedo estar hecho filetes, pero no soy un menguado. Si queréis despacharme, apretad ese gatillo y acabemos pronto... Con suerte, llegaré al infierno a la hora de cenar.

–No me gusta hacer de verdugo.

–Pues iros a tomar viento. Estoy demasiado débil para discutir.

Apoyó de nuevo la cabeza en la almohada, cerró los ojos silbando tirurí-ta-ta, y pareció desentenderse del asunto. Alatriste se estuvo de pie, pistola en mano. A través de la ventana oía el lejano reloj de una iglesia dando campanadas. Por fin, Malatesta dejó de silbar. Pasóse la mano por las cejas hinchadas, luego por el rostro picado de viruela y cicatrices, y miró de nuevo al capitán.

–¿Qué?... ¿Os decidís?

Alatriste no respondió. Todo empezaba a rondar lo grotesco. Ni el propio Lope habría osado hacer representar aquello, por miedo a que los mosqueteros del zapatero Tabarca le patearan el corral. Se acercó un poco a la cama, estudiando las heridas de su enemigo. Hedían, con muy mal aspecto.

–No os hagáis ilusiones –dijo Malatesta, creyendo interpretar sus pensamientos–. Saldré de ésta. Los de Palermo somos gente dura... Así que aderezadme de una puñetera vez.

Quería matarlo. Eso estaba fuera de cualquier duda. Diego Alatriste quería matar a aquel peligroso canalla, que tanto había amenazado su vida y la de sus amigos, y a quien dejar atrás vivo era tan suicida como tener una serpiente venenosa en el cuarto donde uno piensa echarse a dormir. Quería y necesitaba matar a Gualterio Malatesta; pero no de ese modo, sino aceros en mano y cara a cara, escuchando su resuello de lucha y el estertor de su agonía. Y en ese instante reflexionó que no había ninguna prisa, y que todo podía

muy bien esperar. A fin de cuentas, por más que el italiano se empeñara y complaciese en ello, el uno y el otro no eran exactamente iguales. Tal vez lo fueran ante Dios, ante el diablo o ante los hombres; pero no en su fuero interno, ni en su conciencia. Iguales en todo, salvo en la manera de ver los dados sobre el tapete. Iguales, excepto en que, de trocar papeles, Malatesta ya habría matado hacía rato a Diego Alatríste, mientras que éste continuaba allí, la espada en la vaina, el dedo indeciso en el gatillo de su pistola.

Entonces se abrió la puerta y una mujer apareció en el umbral. Era todavía joven, vestida con una blusa y una mala basquiña gris. Traía una cesta con sábanas limpias y una damajuana de vino, y al ver allí a un intruso ahogó un grito, dirigiéndole a Malatesta una mirada de espanto. La damajuana cayó a sus pies, rompiéndose en el armazón de mimbre. Quedó la mujer incapaz de moverse ni decir palabra, con angustia en los ojos. Y Diego Alatríste supo, de un vistazo, que el miedo no era por ella misma, sino por la suerte del hombre malherido en la cama. Después de todo, ironizó para sus adentros, hasta las serpientes buscan compañía. Y se aparean.

Observó con calma a la mujer. Era cenceña, vulgar. Tenía una mocedad cansada, con cercos de fatiga que sólo cierta clase de vida imprime en torno a los ojos. Pardiez, que casi recordaba un poco a Caridad la Lebrijana. Miró el capitán el vino de la damajuana rota, que se extendía como sangre por las baldosas del suelo. Después inclinó la cabeza, desmontó con cuidado el perrillo de la pistola, y se la introdujo en el cinto. Lo hizo todo muy despacio, como si temiera olvidar algo, o estuviese pensando en otra cosa. Y luego, sin decir palabra ni volverse a mirar atrás, apartó suavemente a la mujer y salió de aquel cuarto que olía a soledad y a derrota; tan parecido al suyo propio, y a todos los lugares que él mismo había conocido a lo largo de su vida.

Empezó a reír cuando estuvo en la galería, y siguió haciéndolo mientras bajaba por las escaleras hasta la calle, abrochándose el fiador de la capa. Reía lo mismo que el propio Malatesta había reído una vez junto al Alcázar real, bajo la lluvia, cuando vino a despedirse de mí tras la aventura de los dos ingleses. Y su risa, igual que aquélla, siguió sonando tras él mucho después de que se hubiera ido.



## EPÍLOGO

*«Parece que la guerra se reaviva en Flandes, y los más oficiales y soldados que estaban en Madrid han tomado resolución de partirse a los ejércitos, viendo el poco despacho que aquí se hace, y la ocasión que allí hay de botines y beneficios. Cuatro días ha que fuese el Tercio Viejo de Cartagena con sus cajas y banderas; que como sin duda sabe vuestra merced, fue reformado después de aquel terrible diezmo que hubo hace dos años en la jornada de Fleurus. Casi toda es gente veterana, y se esperan grandes sucesos en las provincias rebeldes.*

*A otro propósito, ayer lunes fue muerto de modo misterioso el capellán de las adoratrices benitas, padre Juan Coroado. Era este sacerdote de conocida familia portuguesa, buen mozo, de gallarda planta y reconocida parola en el púlpito. Parece que estando a la puerta de su parroquia se le llegó un hombre joven embozado, y sin mediar palabra pasólo de parte a parte con un estoque. Murmuran de galanteos, o venganzas. El matador no fue hallado.»*

(De los Avisos de José Pellicer)

**EXTRACTOS DE LAS FLORES DE POESÍA DE VARIOS INGENIOS DE ESTA CORTE.  
IMPRESO DEL SIGLO XVII SIN PIE DE IMPRENTA**

Conservado en la Sección «Condado de Guadalmedina» del Archivo y Biblioteca de los Duques del Nuevo Extremo (Sevilla).

**DEL LICENCIADO SALVADOR CORTÉS Y CAMPOAMOR  
AL CAPITAN ALATRISTE**

*Soneto*

*Cronistas y poetas, y hasta Homero  
De ti, soldado, la memoria canten,  
Porque tus enemigos aún se espanten  
Al recordar el brillo de tu acero.  
Bredá y Ostende, Mástrique y Amberes  
Teatro son de tus heroicas gestas.  
Donde hubiste las armas siempre prestas  
Por cumplir con tu Rey y tus deberes.  
Luteranos, flamencos insurrectos,  
Turcos, leopardos de la Inglaterra  
Probaron de tu brío los efectos.  
Proclamen, pues, los cielos y la tierra  
Los lances y los fechos circunspectos  
De Alatraste, ¡¡el rayo de la guerra!*

**DEL CONDE DE GUADALMEDINA  
A CIERTO CLÉRIGO SOLICITANTE MUY APLAUDIDO EN LA CORTE**

*Décima*

*A vos, que no reverendo,  
Sino verriondo padre,  
No hay beata que no os cuadre  
Y a que no os holguéis jodiendo;  
Vuestro hisopo, a lo que entiendo,  
Debe de hallarse escocido  
De andar por doquiera hundido  
Y de ir de continuo arrecho,  
Pues no hay coño, por estrecho,  
Al que no haya bendecido.*

**DEL BENEFICIADO VILLASECA  
CONTRA EL TENIENTE DE ALGUACILES MARTÍN SALDAÑA**

*Décima*

*A fe mía, seor Saldaña,*

*Que, aunque a paso vas de buey  
Si te reclama la ley  
A deshacer la maraña  
De un mal lance, no me extraña,  
Pues con tu frente la aclaras,  
La rapidez con que paras  
En teniente concejil,  
Porque un buey hecho alguacil  
Por fuerza ha de tomar varas.*

**ATRIBUIDO A DON FRANCISCO DE QUEVEDO  
PONDERA EN LAS MOCEDADES  
LA NECESIDAD DE LA PRUDENCIA**

***Soneto***

*Feliz de piedra el alto muro escala  
El que en lozana juventud se fía,  
Pues con sus ansias mide la porfía  
Y al mayor riesgo su valor iguala,  
Más temerario quiere alzar el ala  
E Ícaro nuevo, al sol con osadía  
Se acerca y da consigo en la onda fría,  
Donde la vida a fuer de audaz exhala.  
Natural es que el pecho hidalgo empeñe  
En alta meta afanes animosos  
Y que su sangre moza a tal le aliente.  
Más que este grave emblema nos enseñe  
Que han de guardar el juicio los briosos,  
Pues no quita lo cuerdo lo valiente.*

## APROBACIÓN

Mándame V. M. que informe sobre la licencia de impresión que pide Don Arturo Pérez-Reverte para un libro suyo intitulado Limpieza de Sangre, segunda entrega de las aventuras del Capitán Alatriste. Pudiera entrar muy por lo menudo en celebrar la dulzura de su estilo, el buen ritmo de sus cláusulas, la elocuencia de sus dicciones, lo bien trazado de la fábula, lo verosímil de su traza o lo provechoso del concepto, con otras subtlés moralidades, advertencias y desengaños que so capa de honesto solaz y gustoso divertimento en él se encierran; empero no diré más, sino que supera aquello de Horacio, de que aut prodesse volunt, aut delectare poetae, pues no sólo deleita, sino que también aprovecha, y ambas cosas en sumo grado, con lo que no cabe, a juicio del que subscribe, mayor ponderación. Y ello sin daño ni menoscabo de nuestra Sancta Fé Cathólica (sí no miran en ello gentes de medrosa conciencia), ni de las buenas costumbres. Y así, es mi parecer que se dé la licencia de impresión que solicita, con lo que quedará V. M. bien servido, el auctor contento y la república satisfecha.

Fecha en Zaragoza, y a treinta días del mes de junio, año de 1997.

El Dr. Alberto Montaner Frutos,  
caballero del hábito de San Eugenio,  
lector de humanidades en el General Estudio desta ciudad.

Arturo Pérez-Reverte  
*El Sol De Breda*

Editorial Alfaguara  
© 1998, Arturo Pérez-Reverte

A Jean Schalekamp, maldito hereje, traductor y amigo.

*Pasa una tropa de soldados rudos:  
al hombro el arma, recios y barbudos,  
tras de su jefe por la senda van.  
Capitán español que fuiste a Flandes,  
y a Méjico, y a Italia, y a los Andes,  
¿en qué empresas aún sueñas, capitán?*

C. S. del Río  
( *La Esfera* )

## I. EL GOLPE DE MANO

Voto a Dios que los canales holandeses son húmedos en los amaneceres de otoño. En alguna parte sobre la cortina de niebla que velaba el dique, un sol impreciso iluminaba apenas las siluetas que se movían a lo largo del camino, en dirección a la ciudad que abría sus puertas para el mercado de la mañana. Era aquel sol un astro invisible, frío, calvinista y hereje, sin duda indigno de su nombre: una luz sucia, gris, entre la que se movían carretas de bueyes, campesinos con cestas de hortalizas, mujeres de tocas blancas con quesos y cántaros de leche.

Yo caminaba despacio entre la bruma, con mis alforjas colgadas al hombro y los dientes apretados para que no castañeteasen de frío. Eché un vistazo al terraplén del dique, donde la niebla se fundía con el agua, y no vi más que trazos difusos de juncos, hierba y árboles. Cierzo es que por un momento creí distinguir un reflejo metálico casi mate, como de morrión o coraza, o tal vez acero desnudo; pero fue sólo un instante, y luego el vaho húmedo que ascendía del canal vino a cubrirlo de nuevo. La joven que caminaba a mi lado hubo de verlo también, pues me dirigió una ojeada inquieta entre los pliegues de la toquilla que le cubría cabeza y rostro, y luego miró a los centinelas holandeses que, con peto, casco y alabarda, ya se recortaban, gris oscuro sobre gris, en la puerta exterior de la muralla, junto al puente levadizo.

La ciudad, que no era sino un pueblo grande, se llamaba Oudkerk y estaba en la confluencia del canal Ooster, el río Merck y el delta del Mosa, que los flamencos llaman Maas. Su importancia era más militar que de otro orden, pues controlaba el acceso al canal por donde los rebeldes herejes enviaban socorros a sus compatriotas asediados en Breda, que distaba tres leguas. La guarnecían una milicia ciudadana y dos compañías regulares, una de ellas inglesa. Además, las fortificaciones eran sólidas; y la puerta principal, protegida por baluarte, foso y puente levadizo, resultaba imposible de tomar por las buenas. Precisamente por eso, aquel amanecer yo me encontraba allí.

Supongo que me habrán reconocido. Me llamo Íñigo Balboa, por la época de lo que cuento mediaba catorce años, y sin que nadie lo tome por presunción puedo decir que, si veterano sale el bien acuchillado, yo era, pese a mi juventud, perito en ese arte. Después de azarosos lances que tuvieron por escenario el Madrid de nuestro Rey Don Felipe Cuarto, donde vime obligado a empuñar la pistola y el acero, y también a un paso de la hoguera, los últimos doce meses habíalos pasado junto a mi amo, el capitán Alatrisme, en el ejército de Flandes; luego que el tercio viejo de Cartagena, tras viajar por mar hasta Génova, subiera por Milán y el llamado Camino Español hasta la zona de guerra con las provincias rebeldes. Allí, la guerra, lejos ya la época de los grandes capitanes, los grandes asaltos y los grandes botines, se había convertido en una suerte de juego de ajedrez largo y tedioso, donde las plazas fuertes eran asediadas y cambiaban de manos una y otra vez, y donde a menudo contaba menos el valor que la paciencia.

En tales episodios andaba yo aquel amanecer entre la niebla yendo como si tal cosa hacia los centinelas holandeses y la puerta de Oudkerk, junto a la joven que se cubría el rostro con una toquilla, rodeado de campesinos, gansos, bueyes y carretas. Y así anduve un trecho, incluso después de que uno de los campesinos, un tipo tal vez excesivamente moreno para tal paisaje y paisanaje –allí casi todos eran rubios, de piel y ojos claros–, pasara por mi lado musitando entre dientes, muy bajito, algo que me pareció un avemaría, apresurando el paso cual si fuese a reunirse con otros cuatro compañeros, también insólitamente flacos y morenos, que caminaban algo más adelante.

Y entonces llegamos juntos, casi todos a la vez, los cuatro de delante, y el rezagado, y la joven de la toquilla y yo mismo, a la altura de los centinelas que estaban en el puente levadizo y la puerta. Había un cabo gordo de tez rojiza envuelto en una capa negra, y otro centinela con un bigote largo y rubio del que me acuerdo muy bien porque le dijo algo en flamenco, sin duda un piropo, a la joven de la toquilla, y luego se rió muy fuerte. Y de pronto dejó de reírse porque el campesino flaco del avemaría había sacado una daga del jubón y lo estaba degollando; y la sangre le salió de la garganta abierta con un chorro tan fuerte que manchó mis alforjas, justo en el momento en que yo las abría y los otros cuatro, en cuyas manos también habían aparecido dagas como relámpagos, agarraban las pistolas bien cebadas que llevaba dentro. Entonces el cabo gordo abrió la boca para gritar al arma; pero sólo hizo eso, abrirla, porque antes de que pronunciara una sílaba le apoyaron otra daga encima de la gorguera del coselete, rebanándole el gatzate de oreja a oreja. Y para cuando cayó al foso yo había dejado las alforjas y, con mi propia daga entre los dientes, trepaba como una ardilla por un montante del puente levadizo mientras la joven de la toquilla, que ya no llevaba la toquilla

ni era una joven, sino que había vuelto a ser un mozo de mi edad que respondía al nombre de Jaime Correas, subía por el otro lado para, igual que yo, bloquear con cuñas de madera el mecanismo del puente levadizo, y cortar sus cuerdas y poleas.

Entonces Oudkerk madrugó como nunca en su historia, porque los cuatro de las pistolas, y el del avemaría, se desparramaron como demonios por el baluarte dando cuchilladas y pistoletazos a todo cuanto se movía. Y al mismo tiempo, cuando mi compañero y yo, inutilizado el puente, nos deslizábamos por las cadenas hacia abajo, de la orilla del dique brotó un clamor ronco: el grito de ciento cincuenta hombres que habían pasado la noche entre la niebla, metidos en el agua hasta la cintura, y que ahora salían de ella gritando «¡Santiago! ¡Santiago!... ¡España y Santiago!» y, resueltos a quitarse el frío con sangre y fuego, remontaban espada en mano el terraplén, corrían sobre el dique hasta el puente levadizo y la puerta, ocupaban el baluarte, y luego, para pavor de los holandeses que iban de un lado a otro como gansos enloquecidos, entraban en el pueblo degollando a mansalva.

Hoy, los libros de Historia hablan del asalto a Oudkerk como de una matanza, mencionan la furia española de Amberes y toda esa parafernalia, y sostienen que aquel amanecer el tercio de Cartagena se comportó con singular crueldad. Y, bueno... A mí no me lo contó nadie, porque estaba allí. Desde luego, ese primer momento fue una carnicería sin cuartel. Pero ya dirán vuestras mercedes de qué otro modo toma uno por asalto, con ciento cincuenta hombres, un pueblo fortificado holandés cuya guarnición es de setecientos. Sólo el horror de un ataque inesperado y sin piedad podía quebrarles en un santiamén el espinazo a los herejes, así que a ello se aplicó nuestra gente con el rigor profesional de los viejos tercios. Las órdenes del maestre de campo Don Pedro de la Daga habían sido matar mucho y bien al principio, para aterrar a los defensores y obligarlos a una pronta rendición, y no ocuparse del saqueo hasta que la conquista estuviese bien asegurada. Así que ahorro detalles. Únicamente diré que todo era un va y viene de arcabuzazos, gritos y estocadas, y que ningún varón holandés mayor de quince o dieciséis años, de los que se toparon nuestros hombres en los primeros momentos del asalto, ya pelease, huyese o se rindiera, quedó vivo para contarlo.

Nuestro maestre de campo tenía razón. El pánico enemigo fue nuestro principal aliado, y no tuvimos muchas bajas. Diez o doce, a lo sumo, entre muertos y heridos. Lo que es, pardiez, poca cosa si se compara con los dos centenares de herejes que el pueblo enterró al día siguiente, y con el hecho de que Oudkerk cayó muy lindamente en nuestras manos. La principal resistencia tuvo lugar en el Ayuntamiento, donde una veintena de ingleses pudo reagruparse con cierto orden. A los ingleses, que eran aliados de los rebeldes desde que el Rey nuestro señor había negado a su príncipe de Gales la mano de la infanta María, nadie les había dado maldito cirio en aquel entierro; así que cuando los primeros españoles llegaron a la plaza de la villa, con la sangre chorreando por dagas, picas y espadas, y los ingleses los recibieron con una descarga de mosquetería desde el balcón del Ayuntamiento, los nuestros se lo tomaron muy a mal. De modo que arrimaron pólvora, estopa y brea, le dieron fuego al Ayuntamiento con los veinte ingleses dentro, y después los arcabucearon y acuchillaron a medida que salían, los que salieron.

Luego empezó el saqueo. Según la vieja usanza militar, en las ciudades que no se rendían con la debida estipulación o que eran tomadas por asalto, los vencedores podían entrar a saco; que con la codicia del botín, cada soldado valía por diez y juraba por ciento. Y como Oudkerk no se había rendido –al gobernador hereje lo mataron de un pistoletazo en los primeros momentos, y al burgomaestre lo estaban ahorcando en ese mismo instante a la puerta de su casa– y además el pueblo había sido tomado, dicho en plata, a puros huevos, no fue preciso que nadie ordenase trámite para que los españoles entráramos en las casas que estimamos convenientes, que fueron todas, y arrambláramos con aquello que nos plugo. Lo que dio lugar, imagínense, a escenas penosas; pues los burgueses de Flandes, como los de todas partes, suelen ser reacios a verse despojados de su ajuar, y a muchos hubo que convencerlos a punta de espada. De modo que al rato las calles estaban llenas de soldados que iban y venían cargados con los más variopintos objetos, entre el humo de los incendios, los cortinajes pisoteados, los muebles hechos astillas y los cadáveres, muchos descalzos o desnudos, cuya sangre formaba charcos oscuros sobre el empedrado. Sangre en la que resbalaban los soldados y que era lamida por los perros. Así que pueden vuestras mercedes imaginarse el cuadro.

No hubo violencia con las mujeres, al menos tolerada. Ni tampoco embriaguez en la tropa; que a menudo, hasta en los soldados de más disciplina, ésta suele aparejar aquélla. Las órdenes en tal sentido eran tajantes como filo de toledana, pues nuestro general en jefe, Don Ambrosio Spínola, no quería indisponerse aún más con la población local, que bastante tenía con verse acuchillada y saqueada como para que encima le forzasen a las legítimas. Así que en vísperas del ataque, para poner las cosas en su sitio y por aquello de más vale un por si acaso que un quién lo diría, ahorcóse a dos o tres soldados convictos, propensos a los delitos de faldas. Que ninguna bandera o compañía es perfecta; e incluso en la de Cristo, que fue como él mismo se la quiso reclutar, hubo uno que lo vendió, otro que lo negó y otro que no lo creyó. El caso es que, en Oudkerk, el escarmiento preventivo fue mano de santo; y salvo algún caso de violencia aislada –al día

siguiente hubo otra sumarísima ejecución ad hoc—, inevitable donde hay que vérselas con milites vencedores y ebrios de botín, la virtud de las flamencas, fuera la que fuese, pudo mantenerse intacta. De momento. El Ayuntamiento ardía hasta la veleta. Yo iba con Jaime Correas, muy contentos ambos por haber salvado la piel en la puerta del baluarte y por haber desempeñado a satisfacción de todos, salvo por supuesto de los holandeses, la misión confiada. En mis alforjas, recuperadas tras el combate y aún tintas en sangre fresca del holandés del bigote rubio, habíamos metido cuantas cosas de valor pudimos encontrar: cubiertos de plata, algunas monedas de oro, una cadena que le quitamos al cadáver de un burgués, y un par de jarras de peltre nuevas y magníficas. Mi compañero se tocaba con un hermoso morrión adornado con plumas, que había pertenecido a un inglés que ya no tenía cabeza donde lucirlo, y yo me pavoneaba con un buen jubón de terciopelo rojo, pasado de plata, obtenido en una casa abandonada por la que habíamos zascandileado a nuestro antojo. Jaime era como yo mochilero, o sea, ayudante o paje de soldado; y juntos habíamos vivido suficientes fatigas y penurias para considerarnos buenos camaradas. A Jaime el botín y el éxito de la peripecia en el puente levadizo, que nuestro capitán de bandera, Don Carmelo Bragado, había prometido recompensar si salía bien, le consolaba del disfraz de joven campesina que habíamos echado a suertes y que aún lo tenía algo corrido. En cuanto a mí, que a esas alturas de mi aventura flamenca ya había decidido ser soldado cuando cumpliese la edad reglamentaria, todo aquello me sumía en una especie de vértigo, de ebriedad juvenil con sabor a pólvora, gloria, exaltación y aventura. Así es, voto a Cristo, como llega a verse la guerra con la edad de los versos de un soneto, cuando la diosa Fortuna hace que no deba oficiar uno de víctima —Flandes no era mi tierra, ni mi gente— sino de testigo. Y a veces, también, de precoz verdugo. Pero ya dije a vuestras mercedes en otra ocasión que aquellos eran tiempos en que la vida, incluso la de uno mismo, valía menos que el acero que se empleaba en quitarla. Tiempos difíciles y crueles. Tiempos duros. Contaba que llegamos a la plaza del Ayuntamiento y nos quedamos allí un poco, fascinados por el incendio y los cadáveres ingleses —muchos eran rubios o rojizos y pecosos— desnudos y amontonados junto a las puertas. De vez en cuando nos cruzábamos con españoles cargados de botín, o con grupos de atemorizados holandeses que miraban desde los soportales de la plaza, agrupados como rebaños bajo la vigilancia de nuestros camaradas armados hasta los dientes. Fuimos a echar un vistazo. Había mujeres, ancianos y niños, y pocos varones adultos. Recuerdo algún mozo de nuestra edad que nos miraba entre sombrío y curioso, y también mujeres de tez pálida y ojos muy abiertos bajo las tocas blancas y las trenzas rubias; ojos claros que observaban llenos de pavor a los soldados cetrinos, de piel tostada y menos altos que sus hombres flamencos, pero con poblados bigotazos, barba cerrada y fuertes piernas, que por allí andaban mosquete al hombro, espada en mano, revestidos de cuero y metal, tiznados de mugre, sangre, barro del dique y humo de pólvora. Nunca olvidaré el modo en que aquellas gentes nos miraban a nosotros, los españoles, allí en Oudkerk como en tantos otros lugares; la mezcla de sentimientos, odio y temor, cuando nos veían llegar a sus ciudades, desfilar ante sus casas cubiertos por el polvo del camino, erizados de hierro y vestidos de andrajos, aún más peligrosos callados que vociferantes. Orgullosos hasta en la miseria, como la Soldadesca de Bartolomé Torres Naharro:

*Mal por mal,  
en la guerra, voto a tal,  
valen al hombre sus manos  
y nunca falta un real.*

Éramos la fiel infantería del Rey católico. Voluntarios todos en busca de fortuna o de gloria, gente de honra y también a menudo escoria de las Españas, chusma propensa al motín, que sólo mostraba una disciplina de hierro, impecable, cuando estaba bajo el fuego enemigo. Impávidos y terribles hasta en la derrota, los tercios españoles, seminario de los mejores soldados que durante dos siglos había dado Europa, encarnaron la más eficaz máquina militar que nadie mandó nunca sobre un campo de batalla. Aunque en ese tiempo, acabada la era de los grandes asaltos, con la artillería imponiéndose y la guerra de Flandes convertida en lentos asedios de minas y trincheras, nuestra infantería ya no fuera la espléndida milicia en la que fiaba el gran Felipe II cuando escribió aquella famosa carta a su embajador ante el Papa:

*«Yo no pienso ni quiero ser señor de herejes. Y si no se puede remediar todo, como deseo, sin venir a las armas, estoy determinado a tomarlas sin que me pueda impedir mi peligro, ni la ruina de aquellos países, ni la de todos los demás que me quedan, a que no haga lo que un príncipe cristiano y temeroso de Dios debe hacer en servicio suyo.»*



Y así fue, pardiez. Tras largas décadas de reñir con medio mundo, sin sacar de todo aquello más que los pies fríos y la cabeza caliente, muy pronto a España no le quedaría sino ver morir a sus tercios en campos de batalla como el de Rocroi. Y fieles a su reputación a falta de otra cosa, taciturnos e impasibles, con las filas convertidas en aquellas torres y murallas humanas de las que habló con admiración el francés Bossuet. Pero, eso sí, hasta el final los jodimos a todos bien.

Incluso aunque nuestros hombres y sus generales distaban de ser los mismos que cuando el duque de Alba y Alejandro Farnesio, los soldados españoles continuaron siendo por algún tiempo la pesadilla de Europa; los mismos que habían capturado a un Rey francés en Pavía, vencido en San Quintín, saqueado Roma y Amberes, tomado Amiens y Ostende, matado diez mil enemigos en el asalto de Jemmigen, ocho mil en Maastrich y nueve mil en la Esclusa peleando al arma blanca con el agua hasta la cintura. Éramos la ira de Dios. Y bastaba echarnos un vistazo para entender por qué: hueste hosca y ruda venida de las resacas tierras del sur, peleando ahora en tierras extranjeras, hostiles, donde no había retirada posible y derrota equivalía a aniquilamiento. Hombres empujados unos por la miseria y el hambre que pretendían dejar atrás, y otros por la ambición de hacienda, fortuna y gloria, y a quienes bien podía aplicarse la canción del gentil mancebo de Don Quijote:

*A la guerra me lleva  
mi necesidad;  
si tuviera dineros  
no iría en verdad.*

O aquellos otros antiguos y elocuentes versos:

*Por necesidad batallo;  
y una vez puesto en la silla,  
se va ensanchando Castilla  
delante de mi caballo.*

En fin. El caso es que allí estábamos todavía y aún estuvimos algunos años más, ensanchando Castilla a filo de espada o como Dios y el diablo nos daban a entender, en Oudkerk. La bandera de nuestra compañía estaba puesta en el balcón de una casa de la plaza, y mi camarada Jaime Correas, que era mochilero de la escuadra del alférez Coto, se llegó hasta allí en busca de su gente. Yo anduve todavía un trecho, apartándome un poco de la fachada principal del Ayuntamiento para eludir el terrible calor del incendio, y al rodear el edificio vi que dos individuos amontonaban en el exterior libros y legajos que sacaban apresuradamente por una puerta. Aquello tenía menos visos de pillaje –raro era que en pleno saco alguien se ocupara de conseguir libros– que de rescate obligado por el incendio; de modo que lleguéme a echar un vistazo. Pues tal vez recuerden vuestras mercedes que yo estaba familiarizado con la letra impresa desde mis tiempos en la Villa y Corte de las Españas, debido a la amistad de Don Francisco de Quevedo –que me había regalado un Plutarco–, a las lecciones de latín y gramática del Dómine Pérez, a mi gusto por el teatro de Lope y al hábito de leer que tenía, cuando contaba con qué, mi amo el capitán Alatrisme.

Uno de los que sacaban libros y los amontonaban en la calle era un holandés de cierta edad, con el pelo largo y blanco. Vestía de negro, como los pastores de allí, con una valona sucia y medias grises; aunque no parecía su oficio el de religioso, si como tal puede llamarse a la prédica de las doctrinas del hereje Calvino, al que mal rayo parta en el infierno o donde diablos se cueza, el hideputa. Al cabo supuse que era un secretario o funcionario municipal, que intentaba salvar los libros del incendio. Habría seguido de largo de no llamarme la atención que el otro individuo, que en ese momento salía entre la humareda de la puerta con los brazos cargados de libros, llevase la banda roja de los soldados españoles. Era un hombre joven, sin sombrero, y tenía el rostro cubierto de sudor y ennegrecido, como si ya hubiera hecho muchos viajes al fondo del fogón en que se había convertido el edificio. Del tahalí le pendía una espada y calzaba botas altas, negras por los escombros y los tizones, y no parecía dar importancia a la manga humeante de su jubón, que ardía despacio, sin llama; ni siquiera cuando, reparando por fin en ella al dejar la brazada de libros en el suelo, la apagó con un par de distraídos manotazos. En ese momento alzó la vista y reparó en mí. Tenía un rostro delgado, anguloso, con bigote castaño, aún poco espeso, que se prolongaba en una perilla bajo el labio inferior. Le calculé de veinte a veinticinco años.

–Podrías echar una mano –gruñó, al advertir la descolorida aspa roja que yo llevaba cosida al jubón– en vez de estarte ahí como un pasmarote.

Luego miró alrededor, hacia los soportales de la plaza desde donde algunas mujeres y niños contemplaban la escena, y se secó el sudor de la cara con la manga chamuscada.

–Por Dios –dijo– que me abraso de sed.

Y volvióse a meter adentro en busca de más libros, con el fulano vestido de negro. Tras pensarlo un instante, resolví echar una carrera rápida hasta la casa más próxima, en cuya puerta destrozada y fuera de los goznes curioseaba una amedrentada familia holandesa.

–Drinken –dije mostrándoles mis dos jarras de peltre, acompañado el gesto de beber con el de apoyar una mano en el mango de mi daga. Los holandeses entendieron palabra y gestos, pues al momento llenaron de agua las jarras y pude volver con ellas hasta el lugar donde los dos hombres seguían apilando libros. Al reparar en las jarras las despacharon de un solo trago, con verdadera ansia. Y antes de volver a meterse en la humareda el español volvióse a mí de nuevo.

–Gracias –dijo, escueto.

Lo seguí. Dejé mis alforjas en el suelo, me quité el jubón de terciopelo y fui tras él, no porque al darme las gracias hubiera sonreído, ni porque me enterneciesen su manga chamuscada y sus ojos enrojecidos por el humo; sino porque, de pronto, aquel soldado anónimo me había hecho entender que hay, a veces, cosas más importantes que hacerse con un botín. Aunque éste suponga, tal vez, cien veces tu paga de un año. Así que aspiré cuanto aire pude, y cubriéndome boca y nariz con el lienzo que saqué de mi faltriquera, agaché la cabeza para esquivar las vigas que chisporroteaban a punto de desplomarse y fui con ellos entre la humareda, cogiendo libros de los estantes en llamas, hasta que hubo un momento en que todo fue calor asfixiante, y pavesas flotando en el aire que quemaba las entrañas al respirar, y la mayor parte de los libros se había convertido en ceniza, en polvo que no era enamorado como en aquel bellísimo y tan lejano soneto de Don Francisco de Quevedo, sino en triste residuo con el que se desmenuzaban y desaparecían tantas horas de estudio, tanto amor, tanta inteligencia, tantas vidas que podían haber iluminado otras vidas.

Hicimos el último viaje antes de que el techo de la biblioteca se desplomara con llamaradas y estrépito a nuestra espalda, y nos quedamos afuera boqueando en demanda de aire limpio, mirándonos aturridos, pegajosos de sudor bajo la camisa, con ojos lagrimeantes por el humo. A nuestros pies había, a salvo, dos centenares de libros y antiguos legajos de la biblioteca. Una décima parte, calculé, de lo que se había quemado dentro. De rodillas junto al montón, agotado por el esfuerzo, el holandés vestido de negro tosía y lloraba. En cuanto al soldado, cuando hubo aspirado el aire necesario me sonrió del mismo modo que cuando le traje el agua.

–¿Cómo te llamas, chico?

Me erguí un poco, ahogando la última tos.

–Íñigo Balboa –dije–. De la bandera del capitán Don Carmelo Bragado.

Aquello no era del todo exacto. Si esa bandera era, en efecto, la de Diego Alatraste y por tanto la mía, en los tercios un mochilero era poco más que sirviente o mula de carga; no un soldado. Pero al desconocido no pareció importarle la diferencia.

–Gracias, Íñigo Balboa –dijo.

Se le había ensanchado más la sonrisa, iluminándole el rostro reluciente de sudor, negro de humo.

–Algún día –añadió– recordarás lo que hiciste hoy.

Curioso, a fe. Él no podía adivinarlo de ningún modo; más, como pueden comprobar vuestras mercedes, era cierto lo que el soldado dijo, y muy bien lo recuerdo. El caso es que me apoyó una mano en un hombro y con la otra estrechó la mía. Fue un apretón cálido y fuerte; y luego, sin cambiar palabra con el holandés que colocaba los libros en pilas como si se tratase de un preciado tesoro –y ahora conozco que lo era–, echó a andar alejándose de allí.

Pasarían algunos años antes de que volviese a encontrarme con el soldado anónimo a quien un brumoso día de otoño, durante el saqueo de Oudkerk, ayudé a rescatar los libros de la biblioteca del Ayuntamiento; y durante todo ese tiempo ignoré cómo se llamaba. Sólo más tarde, cuando ya me había convertido en hombre hecho y derecho, tuve la fortuna de encontrarlo de nuevo, en Madrid y en circunstancias que no corresponden al hilo de la presente historia. Para entonces él ya no era un oscuro soldado. Más, pese a los años transcurridos desde aquella remota mañana holandesa, aún recordaba mi nombre. También yo pude, al fin, conocer el suyo. Se llamaba Pedro Calderón: Don Pedro Calderón de la Barca.

Pero volvamos a Oudkerk. Después que el soldado se fue y yo me alejé de la plaza, anduve en busca del capitán Alatraste, a quien encontré bien de salud con el resto de su escuadra, junto a una pequeña fogata, en el jardín trasero de una casa que daba sobre el embarcadero del canal próximo a la muralla. El capitán y sus camaradas habían sido encargados de atacar aquella parte del pueblo, a fin de incendiar las barcas del muelle y poner mano en la puerta posterior, cortando de ese modo la retirada a las tropas enemigas del recinto.

Cuando di con él, los restos de las barcas carbonizadas humeaban en la orilla del canal, y sobre la tablazón del muelle, en los jardines y en las casas podían apreciarse las huellas de la reciente lucha.

–Íñigo –dijo el capitán.

Sonreía fatigado y algo distante, con esa mirada que les queda impresa a los soldados después de un combate difícil. Una mirada que los veteranos de los tercios llamaban del último cuadro y que, con el tiempo que yo llevaba en Flandes, había aprendido a distinguir bien de las otras: la del cansancio, la de la resignación, la del miedo, la del toque de degüello. Aquélla era la que te queda en los ojos después que hayan pasado por ellos todas las otras, y también era exactamente la que el capitán Alatraste tenía en ese momento. Descansaba sentado en un banco, el codo sobre una mesa y la pierna izquierda extendida, como si le doliera. Sus botas altas hasta la rodilla estaban llenas de barro, y llevaba sobre los hombros una ropilla parda, sucia y desabrochada, bajo la que podía verse su viejo colete de piel de búfalo. El sombrero estaba sobre la mesa, junto a una pistola –observé que había sido disparada– y el cinto con su espada y la daga.

–Acércate al fuego.

Obedecí con gusto, mirando los cadáveres de tres holandeses que yacían cerca: uno sobre las tablas del muelle próximo, otro bajo la mesa. El tercero estaba boca abajo, en el umbral de la puerta trasera de la casa, con una alabarda que no le sirvió para defender su vida ni para ningún otro menester. Observé que tenía las faltriqueras vueltas del revés, le habían quitado el coselete y los zapatos, y le faltaban dos dedos de una mano, sin duda porque quien lo despojó tenía prisa por sacarle los anillos. El reguero de su sangre, rojo pardusco, cruzaba el jardín hasta donde se hallaba sentado el capitán.

–Frío ése no tiene ya –dijo uno de los soldados.

Por su fuerte acento vasconce, sin necesidad de volverme, supe que quien había hablado era Mendieta, vascongado como yo, un vizcaíno cejijunto y fuerte que lucía un mostacho casi tan grande como el de mi amo. Completaban el rancho Curro Garrote, un malagueño de los Percheles tan tostado que parecía moro, el mallorquín José Llop, y Sebastián Copons, viejo camarada de antiguas campañas del capitán Alatraste: un aragonés pequeño, reseco y duro como la madre que lo parió, cuyo rostro parecía tallado en la piedra de los mallos de Riglos. Por las cercanías vi rondar a otros de la escuadra: los hermanos Olivares y el gallego Rivas.

Todos se holgaron de verme bueno y entero, pues conocían mi difícil tarea en el puente levadizo, aunque no hubo grandes aspavientos por su parte; de un lado no era la primera vez que yo olía la pólvora en Flandes, del otro ellos mismos tenían asuntos propios en que pensar, y por demás no eran del tipo de soldados que pregonan en exceso lo que, en el fondo y por oficio, no es sino obligación de todo el que cobra paga de su Rey. Aunque en nuestro caso –o más bien en el de ellos, pues los mochileros no teníamos derecho a ventajas ni soldada– el tercio llevaba mucho tiempo sin ver la color de un real de a ocho.

Tampoco Diego Alatraste se excedió en su bienvenida, pues ya he dicho que se limitó a sonreír apenas, torciendo el mostacho como al aire de otra cosa. Luego, al ver que yo me quedaba dando vueltas alrededor como un buen perro en procura de una caricia del amo, alabó mi jubón de terciopelo rojo y acabó ofreciéndome un trozo de pan y unas salchichas que sus compañeros asaban en la fogata que les servía también para calentarse. Aún tenían las ropas húmedas tras la noche pasada en el agua del canal, y sus rostros grasientos, sucios y desgredados por la vela y el combate, reflejaban cansancio. Estaban, sin embargo, de buen humor. Seguían vivos, todo había salido bien, el pueblo era otra vez de la religión católica y del Rey nuestro señor, y el botín –varios sacos y hatos apilados en un rincón– razonable.

–Después de tres meses ayunos de paga –comentaba Curro Garrote, limpiando los anillos ensangrentados del holandés muerto– esto nos da cuartel.

Al otro lado del pueblo sonaron clarinazos y redobles de trompetas y cajas. La niebla empezaba a levantarse, y eso nos permitió ver una hilera de soldados que avanzaba por encima del dique del Ooster. Las largas picas se movían como un bosque de juncos entre los últimos restos de bruma gris, y un breve rayo de sol, adelantado a modo de avanzadilla, hizo relucir los hierros de las lanzas, los morriones y los coseletes, reflejándolos en las aguas quietas del canal. Al frente iban caballos y banderas con la buena y vieja cruz de San Andrés, o de Borgoña: el aspa roja, enseña de los tercios españoles:

–Es Jiñalasoga –dijo Garrote.

Jiñalasoga era el apodo que daban los veteranos a Don Pedro de la Daga, maestre de campo del tercio viejo de Cartagena. En lengua soldadesca de la época, jiñar equivalía –disimulen vuestras mercedes– a proveerse, o sea, cagar. Lo que suena algo ordinario traído aquí a cuento; pero, pardiez, éramos soldados y no monjas de San Plácido. En cuanto a lo de la sogá, que a eso iba, nadie que conociese la afición de nuestro maestre de campo a ahorcar a sus hombres por faltas a la disciplina albergaba dudas sobre la oportunidad del mote. El caso, para terminar, es que Jiñalasoga, por mejor nombre el maestre Don Pedro de la Daga, que tanto monta,

venía por el dique a tomar posesión oficial de Oudkerk con la bandera de refuerzo del capitán Don Hernán Torralba.

–A media mañana llega –murmuró Mendieta, malhumorado–. Y con todo el tajo hecho, o así.

Diego Alatraste se puso lentamente en pie, y vi que lo hacía con dificultad, doliéndose de la pierna que había tenido extendida todo el rato. Yo sabía que no era herida nueva, sino vieja de un año, en la cadera, recibida en los callejones próximos a la plaza Mayor de Madrid durante el penúltimo encuentro con su viejo enemigo Gualterio Malatesta. La humedad le producía molestias reumáticas, y la noche pasada en las aguas del Ooster no era receta para remediarlas.

–Vamos a echar un vistazo.

Se atusó el mostacho, ciñó la pretina con espada y vizcaína, introdujo la pistola en el cinto y cogió el sombrero de grandes alas con su eterna y siempre ajada pluma roja. Luego, despacio, volvióse a Mendieta.

–Los maestros de campo siempre llegan a media mañana –dijo, y en sus ojos glaucos y fríos era imposible conocer si hablaba en serio o de zumba–. Que para eso ya madrugamos nosotros.

## II. EL INVIERNO HOLANDES

Pasaron las semanas, y los meses, y se entró bien adentro el invierno; y pese a que nuestro general Don Ambrosio Spínola había vuelto a apretar la mancuera a las provincias rebeldes, Flandes se iba perdiendo, y nunca se acababa de perder, hasta que al cabo se perdió. Y consideren por lo menudo vuestras mercedes que, cuando digo que nunca se acababa de perder, me refiero a que sólo la poderosa máquina militar española sostenía el cada vez más débil lazo con aquellas lejanas tierras desde las que un correo, reventando caballos de posta, tardaba tres semanas en llegar a Madrid. Al norte, los Estados Generales, apoyados por Francia, Inglaterra, Venecia y otros enemigos nuestros, se consolidaban en su rebeldía merced al culto calvinista, más útil para los negocios de sus burgueses y comerciantes que la verdadera religión, opresiva, anticuada y poco práctica para quienes preferían habérselas con un Dios que aplaudiese el lucro y el beneficio, sacudiéndose de paso el yugo de una monarquía castellana demasiado distante, centralista y autoritaria. Y por su parte, los Estados católicos del sur, aún leales, empezaban a estar hartos del costo de una guerra que habría de totalizar ochenta años, y de las exacciones y agravios de unas tropas que cada vez más eran consideradas tropas de ocupación. Todo eso pudría no poco el ambiente, y a ello hemos de añadir la decadencia de la propia España, donde un Rey bien intencionado e incapaz, un valido inteligente pero ambicioso, una aristocracia estéril, un funcionariado corrupto y un clero por igual estúpido y fanático, nos llevaban de cabeza al abismo y a la miseria, con Cataluña y Portugal a punto de separarse de la Corona, este último para siempre. Estancados entre reyes, aristócratas y curas, con usos religiosos y civiles que despreciaban a quienes pretendían ganar honradamente el pan con sus manos, los españoles preferíamos buscar fortuna peleando en Flandes o conquistando América, en busca del golpe de suerte que nos permitiese vivir como señores, sin pagar impuestos ni dar golpe. Ésa fue la causa que hizo enmudecer nuestros telares y talleres, despobló España y la empobreció; y nos redujo primero a ser una legión de aventureros, luego un pueblo de hidalgos mendicantes, y al cabo una chusma de ruines sanchopanzas. Y de ese modo, la vasta herencia recibida de sus abuelos por el Rey nuestro señor, aquella España en la que nunca se ponía el sol, pues cuando el astro se ocultaba en uno de sus confines ya los alumbraba por otro, seguía siendo lo que era sólo merced al oro que traían los galeones de las Indias, y a las picas –las famosas lanzas que Diego Velázquez iba a inmortalizar muy pronto precisamente gracias a nosotros– de sus veteranos tercios. Con lo que, pese a nuestra decadencia, todavía no éramos despreciados y aún éramos temidos. De modo que, muy en sazón y justicia, y para afrenta de todas las otras naciones, podíase decir aquello de:

*¿Quién hablaba aquí de guerra?  
¿Aún nuestra memoria brilla?  
¿Aún al nombre de Castilla  
tiembla de pavor la Tierra?*

Disimularán vuestras mercedes que me incluya con tan parca modestia en el paisaje; pero a esas fechas de la campaña de Flandes, aquel jovencito Íñigo Balboa que conocieron cuando la aventura de los dos ingleses y la del convento, ya no lo era tanto. El invierno del año veinte y cuatro, que el tercio viejo de Cartagena pasó de guarnición en Oudkerk, hallóme en pleno vigor de mi crecimiento. Ya he contado que el olor a pólvora me era harto familiar, y aunque por edad no empuñaba pica, espada ni arcabuz en los combates, mi condición de mochilero de la escuadra donde servía el capitán Alatrisme habíame convertido en veterano de todo tipo de lances. Mi instinto ya era el de un soldado, podía olfatear una cuerda de arcabuz encendida a media legua, distinguía las libras y las onzas de cada bala de cañón o mosquete por su zumbido, y desarrollaba singular talento en el menester que los mochileros llamábamos forrajear: incursiones en cuadrilla por las cercanías, merodeando en busca de leña y comida para los soldados y para nosotros mismos. Eso resultaba imprescindible cuando, como era el caso, las tierras se veían devastadas por la guerra, escaseaba el bastimento y cada cual debía arreglárselas a su aire. No siempre era pan comido; y lo prueba que, en Amiens, franceses e ingleses nos mataron a ochenta mochileros, algunos de doce años, que andaban forrajear en el campo: inhumanidad incluso en tiempo de guerra, que luego los españoles vengaron a destajo, pasando a cuchillo a doscientos soldados de la rubia Albión. Porque donde las dan, las toman. Y si bien a la larga los súbditos de las reinas y los reyes de la Inglaterra nos fastidiaron bien en muchas campañas, cumplido es

recordar que despachamos a no pocos; y que sin ser tan recios mozos como ellos, ni tan rubios, ni tan vocingleros bebiendo cerveza, en lo tocante a arrogancia nunca nos mojaron la oreja. Además, si el inglés combatió siempre con el valor de su soberbia nacional, nosotros lo hicimos con el de nuestra desesperación nacional, que tampoco era –qué remedio– moco de pavo. De modo que se lo hicimos pagar muy caro en su maldito pellejo, a ellos y a tantos otros:

*Pues esto fue, no es nada,  
una pierna no más, de una volada.  
¿Qué piensan esos perros luteranos?  
¿Piernas me quitan, y me dejan manos?*

En fin. Lo cierto es que durante ese invierno de luz indecisa, niebla y lluvia gris, forrajeé, merodeé y escaramucé de aquí para allá, en aquella tierra flamenca que no era árida a la manera de la mayor parte de España –ni en eso nos sonrió Dios–, sino casi toda verde como las campas de mi Oñate natal, aunque mucho más llana y surcada de ríos y canales. En semejante actividad me revelé consumado perito robando gallinas, desenterrando nabos, poniéndole la daga en el cuello a campesinos tan hambrientos como yo para quitarles su magra comida. Hice, en suma, y aún haría otras en mis siguientes años, muchas cosas que no estoy orgulloso de recordar; pero sobreviví al invierno, socorrí a mis camaradas y me hice un hombre en toda la extensa y terrible acepción de esa palabra:

*Ceñí, en servicio de mi Rey, la espada  
antes que el labio me ciñese el bozo...*

Como escribió de sí mismo el propio Lope. También perdí mi virginidad. O mi virtud, dicho a la manera del buen Dómine Pérez. Que a tales alturas, en Flandes y en mi situación de medio mozo y medio soldado, era una de las pocas cosas que me quedaban por perder. Pero ésa es historia íntima y particular, que no tengo intención de referir aquí por lo menudo a vuestras mercedes.

La escuadra de Diego Alatraste era la principal de la bandera del capitán Don Carmelo Bragado, y estaba formada por lo mejor de cada casa: gente de hígados, acero fácil y pocos remilgos, hecha a sufrir y a pelear, todos ellos soldados veteranos que como mínimo llevaban entre pecho y espalda la campaña del Palatinado o años de servir en el Mediterráneo con los tercios de Nápoles o Sicilia, cual era el caso del malagueño Curro Garrote. Otros, como el mallorquín José Llop o el vizcaíno Mendieta, ya habían combatido en Flandes antes de la tregua de los Doce Años, y unos pocos, como Copons, que era de Huesca, y el propio Alatraste, alcanzaban en sus amarillentas hojas de servicio los últimos años del buen Don Felipe Segundo; a quien Dios tenga en su gloria, y bajo cuyas viejas banderas, como diría Lope, habían ceñido ambos al mismo tiempo espada y bozo. Entre bajas e incorporaciones, la escuadra solía sumar diez o quince hombres, según los casos, y no tenía una función específica en la compañía que no fuese la de moverse con rapidez y reforzar a las otras en sus diversas acciones; para lo que contaba con media docena de arcabuces y otros tantos mosquetes. La escuadra se regía de modo singular: no había un cabo, o jefe, pues en campaña quedaba a la orden directa del capitán Bragado, que lo mismo la empleaba en línea con el resto que la dejaba ir a su aire en golpes de mano, descubiertas, escaramuzas y algomavarías. Todos eran, como dije, fogueados y conocedores de su oficio; y tal vez por ello, en su modo interno de regirse, aún sin haber designado cabo ni jerarquía formal ninguna, una suerte de acuerdo tácito atribuía la autoridad a Diego Alatraste. En cuanto a los tres escudos de ventaja que reportaba el cargo de cabeza de escuadra, era el capitán Bragado quien los percibía; ya que como tal figuraba en los papeles del tercio, amén de sus cuarenta de sueldo como capitán efectivo de la bandera. Pues, aunque hombre de casta acorde a su apellido y razonable oficial mientras no se ofendiese la disciplina, Don Carmelo Bragado era de los que oyen cling y dicen mío; nunca dejaba pasar de largo un maravedí, e incluso mantenía enrolados a muertos y desertores para quedarse con sus pagas, cuando las había. Ésa, por otra parte, era práctica muy al uso, y en descargo de Bragado podemos decir dos cosas: nunca se negaba a socorrer a los soldados que lo habían menester, y además propuso en dos ocasiones a Diego Alatraste para la ventaja de cabo de escuadra, por más que ambas dos éste declinó el ascenso. Sobre la estima en que Bragado tenía a mi amo, diré sólo que cuatro años antes, en la Montaña Blanca, cuando el fracaso del primer asalto de Tilly y el segundo ataque bajo las órdenes de Boucquoi y el coronel Don Guillermo Verdugo, Alatraste y el capitán Bragado –y también Lope Balboa, mi padre– habían subido hombro con hombro ladera arriba, peleando por cada palmo de terreno entre los peñascos cubiertos de cadáveres; y que un año después de eso, en la llanura de Fleurus, cuando Don Gonzalo de Córdoba ganó la batalla pero el tercio viejo de Cartagena resultó casi aniquilado tras aguantar a pie firme varias cargas de

caballería, Diego Alatríste estaba entre los últimos españoles que mantuvieron impávidos las filas en torno a la bandera que, muerto el alférez portaestandarte, muertos todos los otros oficiales, sostenía en alto el propio capitán Bragado. Y en aquel tiempo y entre aquellos hombres, esas cosas, pardiez, aún significaban algo.

Llovía en Flandes. Y voto a Dios que llovió bien a sus anchas todo aquel maldito otoño, y también durante el maldito invierno, convirtiendo en lodazal el suelo llano, movedizo y pantanoso, surcado en todas direcciones por ríos, canales y diques que parecían trazados por la mano del diablo. Llovió días, y semanas, y meses enteros hasta anegar el paisaje gris de nubes bajas: tierra extraña de lengua desconocida, poblada por gentes que nos odiaban y temían a un tiempo; campiña esquilmada por la estación y la guerra, falta incluso de con qué defenderse de los fríos, los vientos y el agua. Allí no había ni melocotones, ni higos, ni ciruelos, ni pimienta, ni azafrán, ni olivos, ni aceite, ni naranjos, ni romero, ni pinos, ni laureles, ni cipreses. Ni siquiera había sol, sino un disco tibio que se movía perezosamente tras el velo de nubes. El lugar de donde procedían nuestros hombres cubiertos de hierro y cuero, que pisaban recio mientras añoraban para su colete los cielos claros del sur, estaba muy lejos; tan lejos como el fin del mundo. Y esos soldados rudos y soberbios, que de semejante modo devolvían a las tierras del norte la visita recibida siglos atrás, a la caída del imperio romano, se sabían pocos y a distancia de cualquier paisaje amigo. Ya había escrito Nicolás Maquiavelo que el valor de nuestra infantería procedía de la propia necesidad, reconociendo el florentino muy a su pesar –pues nunca tragó a los españoles– «que peleando en una tierra extranjera, y pareciéndoles obligado morir o vencer por no darse a la fuga, resultan muy buenos soldados». Aplicado a Flandes, ello es del todo cierto: no pasaron jamás de 20.000 los españoles allí, y nunca estuvimos más de 8.000 juntos.

Pero tal era la fuerza que nos permitió ser amos de Europa durante un siglo y medio: conocer que sólo las victorias nos mantenían a salvo entre gentes hostiles, y que, derrotados, ningún lugar adonde retirarse estaba lo bastante cerca para ir andando. Por eso nos batimos hasta el final con la crueldad de la antigua raza, el valor de quien nada espera de nadie, el fanatismo religioso y la insolencia que uno de nuestros capitanes, Don Diego de Acuña, expresó mejor que nadie en su famoso, apasionado y truculento brindis:

*Por España; y el que quiera  
defenderla honrado muera;  
y el que traidor la abandone  
no tenga quien le perdone,  
ni en tierra santa cobijo,  
ni una cruz en sus despojos,  
ni las manos de un buen hijo  
para cerrarle los ojos.*

Llovía, contaba a vuestras mercedes, y como si cayesen cántaros del cielo, la mañana en que el capitán Bragado hizo una visita de inspección a los puestos avanzados donde se alojaba su bandera. El capitán era un leonés del Bierzo, grande, de seis pies de estatura, y para salvar los barrizales había requisado en alguna parte un caballo holandés de labor: un animal apropiado a su tamaño, de fuertes patas y buena alzada. Diego Alatríste estaba apoyado en la ventana, observando los regueros de lluvia que se deslizaban por los gruesos cristales empañados, cuando lo vio aparecer por el dique a lomos del caballo, las faldas del sombrero vencidas por el agua y un capote encerado sobre los hombros.

–Calienta un poco de vino –le dijo a la mujer que estaba a su espalda.

Lo dijo en un flamenco elemental –«verwarm wijn», fueron sus palabras– y siguió mirando por la ventana mientras la mujer avivaba el miserable fuego de turba que ardía en la estufa y ponía encima una jarra de estaño. La cogió de la mesa donde unos mendrugos de pan con restos de col hervida estaban siendo despachados por Copons, Mendieta y los otros.

Todo se veía sucio, el hollín de la estufa manchaba la pared y el techo, y el olor de los cuerpos encerrados entre las paredes de la casa, con la humedad filtrándose por las vigas y tejas, podía cortarse con cualquiera de las dagas o espadas que estaban por todas partes, junto a los arcabuces, los coletes de cordobán, las prendas de abrigo y la ropa sucia. Olía a cuartel, a invierno y a miseria. Olía a soldados, y a Flandes.

La luz grisácea de la ventana acentuaba cicatrices y oquedades en el rostro sin afeitar de Diego Alatríste, bajo el mostacho, enfriando más la claridad inmóvil de sus ojos. Estaba en mangas de camisa, con el jubón desabrochado puesto sobre los hombros, y dos cuerdas de arcabuz anudadas bajo sus rodillas le sostenían las cañas altas de las remendadas botas de cuero. Sin moverse de la ventana vio cómo el capitán Bragado desmontaba ante la puerta, empujaba ésta, y luego, sacudiéndose el agua del sombrero y del capote, entraba con un par de renegos y un por vida de, maldiciendo del agua, del barro y de Flandes entera.

–Sigan comiendo vuestras mercedes –dijo–. Ya que tienen con qué.

Los soldados, que habían hecho gesto de levantarse, prosiguieron con su magra pitanza, y Bragado, cuyas ropas humearon al acercarse a la estufa, aceptó sin remilgos un poco de pan duro y una escudilla con restos de col que le alcanzó Mendieta. Luego miró detenidamente a la mujer mientras aceptaba la jarra de vino caliente que ésta le puso en las manos; y tras caldearse un poco los dedos con el metal bebió a cortos sorbos, mirando de reojo al hombre que seguía de pie junto a la ventana.

–Voto a Dios, capitán Alatraste –apuntó al poco–, que no están vuestras mercedes mal instalados aquí.

Era singular oírle al capitán de la bandera llamar de tan natural modo capitán a Diego Alatraste; y eso prueba hasta qué punto éste y su sobrenombre eran conocidos de todos, y respetados hasta por los superiores. De cualquier modo, Carmelo Bragado lo había dicho volviendo con codicia sus ojos a la mujer, que era una flamenca de treinta y tantos años, rubia como casi todas las de su tierra. No resultaba especialmente bonita, con las manos enrojecidas por el trabajo y los dientes poco parejos; pero tenía la piel blanca, caderas anchas bajo el delantal y pechos abundantes que mantenían bien tensos los cordones de su corpiño, al modo de las mujeres que por aquella misma época pintaba Pedro Pablo Rubens. Tenía, en suma, ese aspecto de oca sana que suelen tener las campesinas flamencas cuando aún siguen en sazón. Y todo eso –como el propio capitán Bragado y hasta el recluta más bobo podían adivinar con sólo ver el modo en que ella y Diego Alatraste se ignoraban públicamente– muy para desdicha de su marido, un campesino acomodado, flamenco cincuentón de cara agria, que andaba por allí esforzándose en ser servil con aquellos extranjeros hoscos y temibles, a quienes odiaba con toda su alma, pero que su mala fortuna le había adjudicado como portadores de boleta de alojamiento. Un marido que no tenía otro remedio que tragarse toda su ira y su despecho cada noche, cuando, tras sentir a su mujer deslizarse silenciosamente de su lado, escuchaba sus gemidos sordos, sofocados a duras penas entre el crujir del jergón de hojas de maíz donde se acostaba Alatraste. Por qué sucedía tal es algo que pertenece a la vida privada del matrimonio. De cualquier modo, el flamenco obtenía a cambio ciertas ventajas: su casa, hacienda y pescuezo seguían a salvo, cosa que no podía decirse de todas partes donde se alojaban españoles. Por muy cornudo que fuese aquel villano, su mujer tenía que habérselas con uno y de buen grado, y no con varios y por la fuerza. A fin de cuentas, en Flandes como en cualquier sitio y tiempo de guerra, el que no se consolaba era de mal contentar: el mayor alivio, para casi todo el mundo, siempre fue sobrevivir. Y aquel marido, al menos, era un marido vivo.

–Traigo órdenes –dijo el oficial–. Una incursión por el camino de Geertrud–Bergen. Sin matar mucho... Sólo para tomar lengua del enemigo.

–¿Prisioneros? –preguntó Alatraste.

–Nos irían bien dos o tres. Por lo visto, nuestro general Spínola cree que los holandeses preparan un socorro con barcas a Breda, aprovechando que las aguas están subiéndose con las lluvias... Convendría que la gente fuese una legua hacia allá y confirmara el asunto. Cosa hecha a la sorda, sin ruido. Cosa discreta.

A la sorda o con trompetas, una legua bajo aquella lluvia, por el barro de los caminos, no era cosa baladí; pero ninguno de los hombres que estaban allí se mostró sorprendido. Todos sabían que esa misma lluvia mantenía a los holandeses en sus casernas y trincheras, y que roncarían a pierna suelta mientras unos cuantos españoles se deslizaban bajo sus narices.

Diego Alatraste se pasó dos dedos por el mostacho.

–¿Cuándo salimos?

–Ahora.

–¿Número de hombres?

–Toda la escuadra.

Se oyó una blasfemia entre los sentados a la mesa, y volvióse el capitán Bragado, centelleantes los ojos. Pero todos permanecían con la cabeza baja. Alatraste, que había reconocido la voz de Curro Garrote, le dirigió al malagueño una silenciosa mirada.

–Tal vez –dijo Bragado muy despacio– alguno de estos señores soldados tenga algo que decir al respecto.

Había dejado la jarra de vino caliente sobre la mesa sin terminarla, y apoyaba la muñeca en el pomo de su espada. Los dientes, amarillentos y fuertes, asomaban bajo el bigote de manera harto desagradable. Parecían los de un perro de presa listo para morder.

–Nadie tiene nada que decir –repuso Alatraste.

–Más vale así.

Garrote alzó la cabeza, amostazado por aquel nadie. Era un rajabroqueles flaco y tostado de piel, con barba escasa, rizada como la de los turcos contra quienes había peleado en las galeras de Nápoles y Sicilia. Llevaba el pelo largo y grasiento, un aro de oro en la oreja izquierda, y ninguno en la derecha porque un alfanje turco –contaba– le había rebanado la mitad frente a la isla de Chipre; aunque otros lo atribuían a cierta pendencia a cuchilladas en una mancebía de Ragusa.



–Yo sí tengo tres cosas –apuntó– que decirle al señor capitán Bragado... Una es que al hijo de mi madre le da igual andar dos leguas con lluvia, con holandeses, con turcos o con la puta que los parió...

Hablaba firme, jaque, un punto desabrido; y sus compañeros lo miraban expectantes, algunos con visible aprobación. Todos eran veteranos y la disciplina ante la jerarquía militar les era natural; pero también les era natural la insolencia, pues el oficio de las armas a todos hacía hidalgos. Lo de la disciplina, nervio de los viejos tercios, habíalo reconocido incluso aquel inglés, el tal Gascoigne, cuando en La furie espagnole –esa relación suya sobre el saco de Amberes– escribía: «Los valones y alemanes son tan indisciplinados cuanto admirables los españoles por su disciplina». Lo que ya es reconocer, por cierto, habiendo de por medio españoles y un autor inglés. En cuanto a la arrogancia, no es ocioso hilar aquí la opinión de Don Francisco de Valdez, que fue capitán, sargento mayor y luego maestro de campo, y conocía por tanto el paño cuando afirmó en su Espejo y Disciplina Militar eso de «Casi generalmente aborrecen el ir ligados a la orden, mayormente infantería española, que de complexión más colérica que la otra, tiene poca paciencia». Pues a diferencia de los flamencos, que eran pausados y flemáticos, no mentían ni se encolerizaban y hacían las cosas con mucho sosiego –aunque eran avaros en extremo, tan malos para reloj que por no dar no dieran ni las horas–, de siempre a los españoles de Flandes, la certeza de su valor y peligro, que junto al talante sufrido en la adversidad hacía el milagro de una disciplina de hierro en el campo de batalla, hízolos también poco suaves en otras materias, como el trato con los superiores, que debían andárseles con mucho tiento y mucha política; no siendo raro el caso en que, pese a la pena de horca, simples soldados acuchillaran a un sargento o a un capitán por agravios reales o supuestos, castigos humillantes o una mala palabra.

Conocedor de todo eso volvióse Bragado a Diego Alatríste, como para interrogarlo en silencio; pero no halló más que un rostro impasible. Alatríste era de los que dejan que cada cual asuma la responsabilidad de lo que dice, y de lo que hace.

–Vuestra merced habló de tres cosas –dijo Bragado, tornándose de nuevo a Garrote con mucho cuajo y aún más amenazadora sangre fría–... ¿Cuáles son las otras dos?

–Hace mucho que no se reparte paño, y vestimos con harapos. –prosiguió el malagueño, sin disminuirse un punto–. Tampoco nos llega comida, y la prohibición de seguir saqueando nos reduce al hambre... Estos bellacos flamencos esconden sus mejores vituallas; y, cuando no, las cobran a peso de oro –señaló con rencor al huésped, que miraba desde la otra habitación–. Estoy seguro de que si pudiéramos hacerle cosquillas con una daga, ese perro nos descubriría una buena despensa, o una orza enterrada con muy lindos florines dentro. El capitán Bragado escuchaba paciente, en apariencia tranquilo, más sin apartar la muñeca del pomo de su toledana.

–¿Y en cuanto a la tercera?...

Garrote alzó el tono un poco. Lo justo para ganar arrogancia sin ir demasiado lejos. También él sabía que Bragado no era hombre que tolerase una palabra más alta que otra, ni de sus soldados veteranos ni del Papa. Del Rey, como mucho, y que remedio.

–La tercera y principal, señor capitán, es que estos señores soldados, como con mucha razón y justicia nos llama vuacé, no han cobrado su paga desde hace cinco meses.

Esta vez contenidos murmullos de aprobación corrieron a lo largo de la mesa. Sólo el aragonés Copons, entre los sentados, permaneció mudo, mirando el mendrugo de pan que tenía en las manos, que desmenuzaba en sopas y comía con los dedos dentro de su escudilla. El capitán volvióse a Diego Alatríste, quien seguía de pie junto a la ventana. Sin despegar los labios, Alatríste mantuvo su mirada.

–¿Sostiene eso vuestra merced? –le preguntó Bragado, hosco.

Impasible el rostro, Alatríste se encogió de hombros.

–Yo sostengo lo que yo digo –puntualizó–. Y a veces sostengo lo que mis camaradas hacen... Pero de momento, ni yo he dicho nada, ni ellos han hecho nada.

–Pero este señor soldado nos ha regalado con su opinión.

–Las opiniones son de cada cual.

–¿Por eso calláis y me miráis de ese modo, señor Alatríste?

–Por eso callo y os miro, señor capitán.

Bragado lo estudió despacio y luego asintió lentamente. Ambos se conocían bien, y además el oficial tenía buen juicio a la hora de distinguir entre firmeza y agravios. Así que al cabo retiró la muñeca de la espada para tocarse el mentón. Luego miró a los de la mesa, devolviendo otra vez la mano a la empuñadura.

–Nadie ha cobrado su paga –dijo al fin, y parecía dirigirse a Alatríste, como si fuese éste y no Garrote quien hubiera hablado, o quien mereciese la respuesta–. Ni vuestras mercedes, ni yo tampoco. Ni nuestro maestro de campo, ni el general Spínola... ¡Y eso que Don Ambrosio es genovés y familia de banqueros!

Diego Alatraste lo escuchó en silencio y no dijo nada. Sus ojos claros seguían fijos en los del oficial. Bragado no había servido en Flandes antes de la tregua de los Doce Años, pero Alatraste sí. Y entonces los motines estaban a la orden del día.

Ambos sabían que éste había vivido de cerca varios de ellos, al negarse las tropas a combatir por llevar meses y años sin cobrar la soldada; pero nunca contóse entre quienes se amotinaban, ni siquiera cuando la precaria situación de las finanzas de España llegó a institucionalizar el motín como único medio para que las tropas obtuviesen sus atrasos. La otra alternativa era el saqueo, como en Roma y Amberes:

*Pues sin comer he llegado,  
y si me atrevo a pedillo,  
me muestran ese castillo  
de mil flamencos armado.*

Sin embargo, en aquella campaña, salvo en caso de lugares tomados por asalto y en el calor de la acción, la política del general Spínola era no causar demasiadas violencias a la población civil, por no enajenarse sus ya escasas simpatías. Breda, si alguna vez caía, no iba a ser saqueada; y las fatigas de quienes la asediaban no alcanzarían recompensa. Por eso, ante la perspectiva de verse sin botín y sin haberes, los soldados empezaban a poner mala cara y a murmurar en corrillos. Hasta el más menguado podía advertir los síntomas. –Además, que yo sepa –añadió Bragado–, únicamente los de otras naciones reclaman sus pagas antes del combate.

Aquello también era muy cierto. A falta de dinero, quedaba la reputación; y es sabido que siempre los tercios españoles tuvieron muy a punto de honra no exigir sus atrasos ni amotinarse antes de una batalla, porque no se dijera lo hacían por miedo a batirse. Incluso en las dunas de Nieupoort y en Alost, tropas ya amotinadas suspendieron sus reclamaciones para entrar en combate. A diferencia de suizos, italianos, ingleses y alemanes, que con frecuencia pedían los sueldos atrasados como condición para pelear, los soldados españoles sólo se amotinaban después de sus victorias.

–Creía –remató Bragado– habérmelas con españoles, y no con tudescos.

La pulla hizo su efecto, y los hombres se removieron inquietos en sus asientos mientras oíase a Garrote mascullar «vive Dios» como si le hubieran mentado a la madre. Ahora la mirada glauca de Diego Alatraste insinuaba una sonrisa. Porque aquellas palabras fueron mano de santo: no volvió a escucharse protesta alguna entre los veteranos sentados a la mesa, y viose al oficial, ya relajado, sonreírle también a Alatraste. De perro viejo a perro viejo.

–Vuestras mercedes salen ahora mismo –zanjó Bragado.

Alatraste volvió a pasarse dos dedos por el mostacho. Luego miró a sus camaradas.

–Ya habéis oído al capitán –dijo.

Los hombres empezaron a levantarse; a regañadientes, Garrote, resignados los otros. Sebastián Copons, pequeño, flaco, nudoso y duro como un sarmiento, hacía rato que estaba en pie endosándose sus arreos, sin esperar órdenes de nadie y como si todos los atrasos, y todas las pagas, y el tesoro del Rey de Persia lo trajeran al fresco: fatalista como los moros a quienes pocos siglos antes aún degollaban sus antepasados almogávares. Diego Alatraste lo vio ponerse sombrero y capa y luego salir para avisar a los demás soldados de la escuadra, alojados en el casar vecino. Habían estado juntos en muchas campañas, desde los tiempos de Ostende hasta Fleurus, y ahora Breda, y en todos esos años apenas le oyó pronunciar treinta palabras.

–Voto a tal, que lo olvidaba –exclamó Bragado.

Había cogido otra vez su jarra de vino y la vaciaba mirando a la flamenca, que recogía los desperdicios de la mesa. Sin dejar de beber, sosteniendo la jarra en alto, rebuscó en su jubón, extrajo una carta y se la dio a Diego Alatraste.

–Hace una semana llegó para vos.

Venía sellada con lacre, y las gotas de lluvia habían hecho correrse un poco la tinta del sobrescrito. Alatraste leyó el remite consignado en el dorso: De Don Francisco de Quevedo Villegas, en la posada de la Bardiza, de Madrid.

La mujer lo rozó al pasar, sin mirarlo, con uno de sus senos abundantes y firmes. Brillaban los aceros al introducirse en las vainas, relucía el cuero bien engrasado. Alatraste cogió su colete de piel de búfalo y se lo ciñó despacio, antes de requerir el tahalí con espada y daga. Afuera, el agua seguía golpeando en los cristales.

–Dos prisioneros, al menos –insistió Bragado.

Los hombres estaban listos. Mostachos y barbas bajo los sombreros y los pliegues de las capas enceradas, llenas de zurcidos y malos remiendos. Armas ligeras propias de lo que iban a hacer, nada de mosquetes ni

picas ni embarazos, sino buen y simple acero de Toledo, Sahagún, Milán y Vizcaya: espadas y dagas. También alguna pistola cuya culata abultaba bajo las ropas, pero que resultaría inútil con la pólvora mojada por tanta lluvia. Mendrugos de pan, un par de cuerdas para maniatar holandeses. Y aquellas miradas vacías, indiferentes, de soldados viejos dispuestos a encarar una vez más los azares de su oficio, antes de volver un día a su tierra recosidos de cicatrices, sin hallar cama en que acostarse, ni vino que beber, ni lumbre para cocer pan. Eso si no conseguían –la jerga soldadesca los llamaba terratenientes– siete lindos palmos de tierra flamenca donde dormir eternamente con la nostalgia de España en la boca.

Bragado terminó el vino, Diego Alatraste lo acompañó hasta la puerta y el oficial se fue sin más charla; nadie hizo frases ni hubo despedidas. Lo vieron alejarse sobre el dique a lomos de su penco, cruzándose con Sebastián Copons, que venía de regreso.

Sentía Alatraste los ojos de la mujer fijos en él, pero no se volvió a mirarla. Sin dar explicaciones sobre si partían para unas horas o para siempre, empujó la puerta y salió al exterior, bajo la lluvia, sintiendo entrar el agua por las suelas agrietadas de sus botas; la humedad calaba hasta la médula de los huesos, reavivándole el malestar de las viejas heridas. Suspiró quedo y echó a andar, oyendo a su espalda el chapoteo en el barro de sus compañeros, que lo seguían en dirección al dique donde Copons aguardaba inmóvil como una estatua menuda y firme, bajo el aguacero.

–Mierda de vida –dijo alguien.

Y sin más palabras, con la cabeza gacha y envueltos en sus capas empaçadas, la fila de españoles se adentró en el paisaje gris.

*De Don Francisco de Quevedo Villegas  
a Don Diego Alatraste y Tenorio  
Tercio Viejo de Cartagena – Posta militar de Flandes.*

*Espero, querido capitán, que al recibo de la presente esté v.m. sano y de una pieza. En lo que a mí respecta, os escribo recién salido de una mala condición de humores que, determinada en calenturas, tívome quebrantado varios días. Ahora gracias a Dios estoy bueno y puedo mandaros mi afecto constante y mis saludos.*

*Supongo que andaréis en lo de Breda, que es negocio que en la Corte viaja de boca en boca, por lo mucho que importa al futuro de nuestra monarquía y a la fe católica, y porque se dice que el aparato y máquina militar puesto en obra no tiene igual desde los tiempos en que Julio César asediaba Alesia. Aquí se aventura que la plaza se ha de ganar sin remedio a los holandeses y caerá como fruta madura; aunque no falta quien apunta que Don Ambrosio Spínola se lo toma con mucha flema, y que la fruta madura, o se come en sazón, o se agusana. De cualquier modo, puesto que corazón nunca os faltó, os deseo buena suerte en los asaltos, trincheras, minas y contraminas y demás invenciones diabólicas en que tanto abundan negocios ruidosos como el que os ocupa.*

*Una vez escuché decir a v.m. que la guerra es limpia; y os entendí de modo sobrado, hasta el punto de que a veces no puedo sino daros la razón. Aquí en la Villa y Corte el enemigo no viste peto y morrión, sino toga, sotana o jubón de seda, y nunca ataca por derecho, sino emboscado. En ese particular sabed que todo sigue como siempre, pero peor.*

*Aún confío en la voluntad del conde-duque, más temo que ni eso, baste; a los españoles nos faltarán primero lágrimas que causas de llorar, pues trabajos son vanos ofrecer al ciego luz, al sordo palabras, al bruto ciencia y a los monarcas honradez. Aquí medran los de siempre, el rubio y poderoso caballero sigue siendo sota, caballo, Rey de cualquier asunto, y todo hombre honesto tiene que hacerse violencia de continuo. En cuanto a mí, sigo sin progresos en el eterno pleito sobre la Torre de Juan Abad, lidiando cada día con esta justicia venal y miserable que, harto de poner abortos en el infierno, tuvo a bien darnos Dios. Y os aseguro, capitán, que nunca vime frente a tanto bellaco como el que se encuentra en la plaza de la Providencia. Justamente sobre ello permitiréis que os obsequie con un soneto que estos mis recientes descalabros han inspirado:*

*Las leyes con que juzgas, vil cochino,  
menos bien las estudias que las vendes;  
lo que te compran solamente entiendes;  
más que Jasón te agrada el Vellochino.  
El humano derecho y el divino*

*cuando los interpretas, los ofendes,  
y al compás que la encoges o la extiendes  
tu mano para el fallo se previno.  
No sabes escuchar ruegos baratos,  
y sólo quien te da te quita dudas;  
no te gobiernan textos, sino tratos.  
Pues que de intento y de interés no mudas,  
o lávate las manos con Pilatos,  
o, con la bolsa, ahórcate con Judas.*

*Todavía estoy puliendo el primer endecasílabo, pero confío en que os guste. En cuanto a mis otros asuntos, versos y justicia terrena aparte, van bien. En la Corte sigue en ascenso la estrella de vuestro amigo Quevedo, de lo que no me quejo, y soy otra vez bien visto en casa del conde-duque y en Palacio, quizá porque en los últimos guardo lengua y espada en recaudo, pese al natural impulso de desembarazar una y otra. Pero hay que vivir; y puesto que de destierros, pleitos, prisiones y quebrantos mucho conozco, no creo desdoro darme tregua y sosegar un poco mi esquiva fortuna. Por eso intento recordar cada día que a reyes y poderosos hay que darles gracias, aunque no se tenga de qué, y nunca quejas, aunque se tenga de qué.*

*Pero digo que tengo a recaudo la toledana, y no digo toda la verdad; porque lo cierto es que desnúdela hace unos días para golpear de plano, como a criado y gente baja, a cierto poetastro servil y miserable, un tal Garciposadas, que en unos versos infames desacreditó al pobre Cervantes, que en gloria esté, alegando que El Quijote lo había escrito con la mano manca y que era libro heben y de poca substancia, mala prosa y escasa literatura, y que lo que mucha gente lee es propio del vulgo, y poco aprovecha, y nadie recordará el día de mañana. Semejante cagatintas es uña y carne de ese bujarrón de Góngora, con lo que está dicho todo. Así que una noche en que yo iba más inclinado a filosofar en vino que a filosofar en vano, topéme al bellaco a la puerta de la taberna de Longinos, famosa aguja de navegar cultos, baluarte de fulgores, triclinios, purpurancias y piélagos undosos de la onda umbría, acompañado por dos rascapuertas culteranos que le llevan la botija: el bachiller Echevarría y el licenciado Ernesto Ayala; unos tiñalpas que mean bilis, y que sostienen que la auténtica poesía es la jerigonza, o jerigóngora, que nadie aprecia salvo los elegidos, o sea, ellos y sus compadres; y pasan la vida afeando los conceptos que escribimos otros, siendo por su parte incapaces de hilar catorce versos para un soneto. El caso es que iba yo con el duque de Medinaceli y otros jóvenes caballeros embozados, todos de la cofradía de San Martín de Valdeiglesias, y pasamos un buen rato desorejando un poco a los muy villanos (que encima no tienen ni media estocada) hasta que llegaron los corchetes a poner paz, y fuímonos, y no hubo nada.*

*Por cierto, y a cuento de bellacos, las nuevas sobre vuestro muy aficionado Luis de Alquézar son que el señor secretario real sigue en punto de privanza en Palacio, que se ocupa de asuntos de estado cada vez más notorios, y que viene haciéndose, cual todo el mundo, una fortuna por vía extremadamente rápida. Y además como sabéis tiene una sobrina que ya es niña lindísima y menina de la reina. En cuanto al tío, por ventura os halláis lejos; pero a la vuelta de Flandes deberéis guardaros de él. Nunca sabe uno hasta dónde alcanza el veneno que escupen los reptiles.*

*Y ya que parlo de reptiles, debo contar a v.m. que hace unas semanas creí cruzarme con ese italiano al que os ligan, según creo, cuentas pendientes. Ocurrió ante el mesón de Lucio, en la Cava Baja; y si de veras fue él, parecióme gozar de buena salud; eso me hace discurrir que estará mejorado de vuestras últimas conversaciones. Miróme un instante, cual si me conociera, y luego anduvo camino sin más. Siniestro individuo, dicho sea al paso; enlutado de pies a cabeza, con la cara marcada de viruelas y esa tizona enorme que carga al cinto. Alguien, con quien conversé discretamente del asunto, me dijo que rige una parva cuadrilla de jaques y rufianes que Alquézar mantiene ahora con sueldo fijo, y que le ofician de evangelistas para golpes de mano zurda. Negocio este, barrunto, que de un modo u otro deberá encarar un día v.m.; que quien deja vivo al ofendido, deja viva su venganza.*

*Sigo asiduo de la taberna del Turco, desde la que vuestros amigos me encargan os desee sigáis bueno, con grandes recomendaciones de Caridad la Lebrijana, que, según dice, y no*

*tengo pruebas para un mentís, os guarda ausencia y también vuestro antiguo cuarto en la corrala de la calle del Arcabuz. Sigue lozana, que no es poco. Por cierto, Martín Saldaña convalece de cierta refriega nocturna con unos escarramanes que pretendían acogerse en San Ginés. Diéronle una estocada, de la que sanará. Según cuentan, mató a tres. No quiero robaros más tiempo. Sólo os pido transmitáis mi afecto al joven Íñigo, que ya será cuerdo mozo y gallardo émulo de Marte, teniendo como tiene a v.m. para oficiarle al tiempo de Virgilio y de Aquiles. Refrescadle pese a todo, si os place, mi soneto sobre la juventud y la prudencia; añadiéndole, si gustáis, estos otros versos con los que ando a vueltas:*

*Heridas son lesión al desdichado,  
no mérito a su fama verdadera;  
servir no es menester, sino quimera  
que entretiene la vida del soldado.*

*Aunque, de cualquier modo, qué voy a decir sobre eso, querido capitán, que v.m. no conozca muy cumplidamente y de sobra.*

*Que Dios os guarde siempre, amigo mío.*

*Vuestro*

*Francisco de Quevedo Villegas.*

*PS: Se os echa de menos en las gradas de San Felipe y en los estrenos de Lope. También olvidaba contaros que recibí carta de cierto mozo que tal vez recordéis, último de una infortunada familia. Por lo visto, tras aparejar a su modo negocios pendientes en Madrid, pudo pasar bajo otro nombre sin quebranto a las Indias. Imaginé que os holgaría saberlo.*

### III. EL MOTÍN

Después, a toro pasado, hubo dimes y diretes sobre si aquello se veía venir; pero la verdad fija es que nadie hizo nada para remediarlo. La causa no fue el invierno, que ese año transcurrió sin mucho rigor en Flandes, pues no hubo heladas ni nieves, aunque las lluvias nos causaron penalidades agravadas por la falta de comida, el despoblamiento de las aldeas y los trabajos en torno a Breda. Pero todo eso iba de oficio, y las tropas españolas tenían hábito de ser pacientes en las fatigas de la guerra. Lo de las pagas resultó distinto: muchos veteranos habían conocido la miseria tras los licenciamientos y reformaciones de la tregua de doce años con los holandeses, y conocían en sus carnes que el servicio del Rey nuestro señor era de harta exigencia a la hora de morir, pero de mal pago en la de seguir vivos. Y ya dije a este particular que no pocos soldados viejos, mutilados o con largas campañas en sus canutos de hojalata, tenían que mendigar por calles y plazas de nuestra mezquina España, donde el beneficio siempre era de los mismos; y quienes en realidad habían sostenido con su salud, sangre y vida la verdadera religión, los Estados y la hacienda de nuestro monarca, resultaban con infalible rapidez muy lindamente enterrados u olvidados. Había hambre en Europa, en España, en la milicia, y los tercios luchaban contra todo el mundo desde hacía un siglo largo, empezando a no saber exactamente para qué; si para defender las indulgencias o para que la Corte de Madrid siguiera sintiéndose, entre bailes y saraos, rectora del mundo. Y ni siquiera quedaba a los soldados la consideración de ser profesionales de la guerra, pues no cobraban; y no hay como el hambre para relajar la disciplina y la conciencia. Así que el asunto de los atrasos en Flandes complicó la situación; pues si aquel invierno algunos tercios, incluidas naciones aliadas, recibieron un par de medias pagas, el de Cartagena quedóse sin ver un escudo. No se me alcanzan las razones; aunque en su momento dijeron de mal gobierno en las finanzas de nuestro maestro de campo, Don Pedro de la Daga, y de algún asunto oscuro de dineros perdidos, o emboscados, o vayan vuestras mercedes a saber qué. El caso es que varios de los quince tercios de españoles, italianos, borgoñones, valones y tudescos que estrechaban el cerco a Breda bajo el directo cuidado de Don Ambrosio Spínola hubieron alguna razón con que socorrerse; pero el nuestro, disperso en pequeños puestos de avanzada lejos de la ciudad, contóse entre los que quedaron ayunos de dineros del Rey. Y eso fue creando mal ambiente; pues como escribió Lope en El asalto de Mástrique:

*Mientras un hombre no muera  
denle a comer y beber;  
¿no hay más que andar sin comer  
tras una rota bandera?  
¡Por vida del Rey de espadas,  
que de España iba a decir,  
que no la pienso seguir  
sin comer, tantas jornadas!*

Añádase que nuestro despliegue a orillas del canal Ooster era el más vecino a posibles ataques enemigos, pues sabíamos que Mauricio de Nassau, general de los Estados rebeldes, levantaba un ejército para venir en auxilio de Breda, en cuyo interior resistía otro Nassau, Justino, con cuarenta y siete compañías de holandeses, franceses e ingleses: naciones estas últimas que, como saben vuestras mercedes, siempre andaban de por medio cuando venía ocasión de sopar en nuestro puchero. Lo cierto es que el ejército del Rey católico se hallaba muy en el filo de la espada, a doce horas de marcha de las ciudades leales más próximas, mientras que los holandeses sólo distaban tres o cuatro horas de las suyas. Así que el tercio de Cartagena tenía orden de entorpecer todo ataque que buscara dar por la espalda en nuestros cuarteles, procurando así que los camaradas atrincherados en torno a Breda se aparejaran con tiempo, sin verse forzados a retirar con vergüenza o combatir desiguales al peligro. Eso ponía a algunas escuadras dispersas a la manera de lo que en jerga militar se nombra centinela perdida; cuya misión era llamar al arma, pero con posibilidades de sobrevivir que se resumían muy lindamente en el nombre pesimista del menester. Habíase escogido para ello la bandera del capitán Bragado, por ser gente sufrida, muy hecha al infortunio de la guerra y capaz de pelear en un palmo de tierra incluso sin jefes ni oficiales, cuando venía mal naípe. Pero tal vez se apostó demasiado a la paciencia de algunos; aunque debo consignar, en justicia, que el maestro de campo Don Pedro de la

Daga, por mal nombre Jiñalaloga, fue quien precipitó el conflicto con sus agrias maneras, impropias de un coronel de tercio español y de un bien nacido.

Recuerdo bien que aquel día funesto había un poco de sol, aunque fuera holandés; y estábame yo muy a su disfrute, sentado en un poyo que había en la puerta de la casa mientras leía con mucho agrado y provecho un libro que el capitán Alatraste solía dejarme para hacer prácticas de lectura. Era una fatigada primera edición, muy llena de malos tratos y manchas de humedad, de la primera parte de El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, impresa en Madrid en el quinto año del siglo –sólo seis antes de que yo naciera– por Juan de la Cuesta: libro maravilloso del buen Don Miguel de Cervantes, que fue ingenio profundo y desventurado compatriota; pues de haber nacido inglés, o gabacho, otro gallo habríale cantado a tan ilustre manco en vida, y no a modo de gloria póstuma; única que una nación hechura de Caín como la nuestra suele reservar, y eso en el mejor de los casos, a la gente de bien. Holgábame mucho del libro, sus lances y ocurrencias, conmovido por la sublime locura del último caballero andante y también por la conciencia –así me lo había asegurado Diego Alatraste– de que en la más alta ocasión que vieron los siglos, cuando las galeras cargadas de infantería española se enfrentaron con la temible armada turca en el golfo de Lepanto, uno de los hombres valientes que aquel día pelearon espada en mano había sido el propio Don Miguel: pobre y leal soldado de su patria, de su Dios y de su Rey, como también lo fueron después Diego Alatraste y mi padre, y como estaba dispuesto a serlo yo mismo.

Estaba aquella mañana, decía, leyendo al sol, y deteníame a trechos para considerar algunas de las jugosas razones en que tanto abunda el libro. También yo tenía mi Dulcinea, como tal vez recuerden vuestras mercedes; aunque mis fatigas de amor no provenían del desdén de la dueña de mi corazón, sino de su perfidia; circunstancia de la que ya di razón al narrar anteriores aventuras. Pero, aunque en aquella dulce trampa habíame visto a pique de dejar honra y vida –el recuerdo de cierto talismán maldito me quemaba la memoria–, no conseguía olvidar unos tirabuzones rubios y unos ojos azules como el cielo de Madrid, ni una sonrisa idéntica a la del diablo cuando, por intercesión de Eva, hizo que Adán hincase el diente en la famosa manzana. El objeto de mis cuidados, calculaba, debía de andar ya por los trece o catorce años; e imaginarla en la Corte, entre rúas, saraos, pajes, lindos y pisaverdes, hacíame sentir por primera vez el negro acicate de los celos. Y ni siquiera mi cada vez más vigorosa mocedad, ni los azares y peligros de Flandes, ni la presencia junto al ejército de cantineras y busconas de la vida que acompañaban a los soldados, ni las propias mujeres flamencas –para quienes, a fe mía, los españoles no siempre fuimos tan enemigos ni temibles como para sus padres, hermanos y maridos–, bastábanme para olvidar a Angélica de Alquézar.

En ésas me veía cuando rumores e inquietudes vinieron a arrancarme de mi lectura. Se ordenaba muestra general del tercio, y los soldados iban de un lado para otro aviándose de armas y arreos; pues el maestre de campo en persona había convocado a la tropa en una llanura situada cerca de Oudkerk, aquel pueblo que habíamos tomado a cuchillo tiempo atrás, y que se había convertido en cuartel principal de la guarnición española al noroeste de Breda. Mi camarada Jaime Correas, que apareció por allí con la gente de la escuadra del alférez Coto, me contó, cuando nos unimos a ellos para recorrer la milla que nos separaba de Oudkerk, que la revista de tropas, ordenada de la noche a la mañana, tenía por objeto solventar cuestiones de disciplina de muy feo cariz, que habían enfrentado a soldados y oficiales el día anterior. Corríase la voz entre la tropa y los mochileros a medida que caminábamos por el dique hasta la llanura cercana; y decíase de todo, sin que bastaran a acallar a los hombres las órdenes que de vez en cuando daban los sargentos. Jaime, que andaba a mi lado cargado con dos picas cortas, un morrión de cobre de veinte libras y un mosquete de la escuadra a la que servía –yo mismo llevaba a lomos los arcabuces de Diego Alatraste y de Mendieta, una mochila de piel de ternera bien llena y varios frascos de pólvora–, me fue poniendo en antecedentes. Al parecer, ante la necesidad de fortificar Oudkerk con bastiones y trincheras, habíase pedido a los soldados ordinarios que trabajasen en ello sacando céspedes y llevando fajinas, con la promesa de dinero que remediaría la pobreza en que, como dije, todos se hallaban por falta de pagas y por la carestía de los bastimentos. Dicho de otro modo, que el sueldo que no se les abonaba según su derecho podrían alcanzarlo quienes arrimasen el hombro; pues al término de cada jornada daríaseles el estipendio concertado. Muchos tercios aceptaron este modo de remediarse; pero algunos alzaron la voz diciendo que, si había sonante, antes estaban sus atrasos que las fortificaciones, y que nada debían trabajar para obtener lo que ya se les adeudaba en justicia. Y que antes querían sufrir necesidad que socorrerla de ese modo, donde tan vilmente peleaba el hambre con el honor; y que más valía a un hidalgo, pues todo soldado se apellidaba de tal, morir de miseria y conservar la reputación que deber la vida al uso de palas y azadones. Con todo lo cual se habían arremolinado grupos de hombres y trabado de palabras unos con otros, y un sargento de cierta compañía maltrató de obra a un arcabucero de la bandera del capitán Torralba; y éste y un camarada, poco sufridos, pese a reconocerlo sargento por la alabarda, habían metido mano y dádole una bellaca cuchillada, no enviándolo a Dios de

milagro. Así que se esperaba escarmiento público para los culpables, y el señor maestro de campo quería que todo el tercio, salvo los centinelas imprescindibles, asistiera al evento.

Con estos y parecidos diálogos hacíamos camino los mochileros con la tropa, e incluso en la escuadra de Diego Alatríste escuchaba yo razones contrapuestas sobre el asunto; mostrándose el más exaltado Curro Garrote y el más indiferente, como de costumbre, Sebastián Copons. De vez en cuando le dirigía yo inquietas ojeadas a mi amo, por ver si podía penetrar su opinión; pero él caminaba callado y como si nada oyera, con la espada y la daga atravesada atrás de la cintura, cabe el faldón del herreruelo, balanceándose al ritmo de sus pasos; seco el verbo cuando alguien le dirigía la palabra, y muy taciturno el rostro bajo las anchas alas del sombrero.

–Ahorcadlos –dijo Don Pedro de la Daga.

En el silencio mortal de la explanada, la voz del maestro de campo sonó breve y dura. Formados por compañías en un gran rectángulo de tres lados, con cada bandera en el centro, alrededor los coseletes con sus picas y en los ángulos mangas de arcabuceros, los mil doscientos soldados del tercio estaban tan mudos y quietos que hubiera podido oírse volar un moscardón entre las filas. En otras circunstancias sería alarde hermoso de ver, con todos aquellos hombres en sus hiladas, no bien vestidos, es cierto, con ropas llenas de remiendos que a veces eran harapos, y aún peor calzados; pero cuyos arneses engrasados estaban impecables y a punto de ordenanza, y petos, morriones, moharras de picas, caños de arcabuz y todo tipo de armas relucían en la explanada bien limpios y pulidos a conciencia: mucrone corusco, que habría dicho sin duda el capellán del tercio, padre Salanueva, de haber estado sobrio. Todos llevaban sus descoloridas bandas rojas, o bien, cosida como yo en el jubón o el colete, el aspa bermeja de San Andrés, también conocida por cruz de Borgoña: señales ambas que, como dije, permitían a los españoles reconocerse en el combate. Y en el cuarto lado de aquel rectángulo, junto a la bandera principal del tercio, rodeado de la plana mayor y los seis alabarderos tudescos de su guardia personal, Don Pedro de la Daga se tenía a caballo, la orgullosa cabeza descubierta y un cuello valón de encaje sobre la coraza repujada, con escarcelas, de buen acero milanés; espada damasquinada al cinto, enguantado de ante, la diestra en la cadera y la rienda en la zurda.

–De un árbol seco –añadió.

Luego hizo caracolear su montura con un tirón de las riendas, para dar cara a las doce compañías del tercio; como si desafiara a discutir la orden, que añadía a la muerte el deshonor de la soga y que ni siquiera ramas verdes acompañaran a los sentenciados. Yo estaba con los otros mochileros muy arrimado a la formación, manteniéndonos a distancia de las mujeres, curiosos y chusma que observaba el espectáculo de lejos. Hallábame a pocos pasos de la escuadra de Diego Alatríste, y vi cómo algunos soldados de las últimas filas, Garrote entre ellos, murmuraban muy por lo bajo al oír tales palabras. En cuanto a Alatríste, seguía sin dar señal alguna, y su mirada permanecía fija en el maestro de campo.

Don Pedro de la Daga debía de rondar los cincuenta años. Era un vallisoletano menudo de cuerpo, de ojos vivos y genio pronto, largo de experiencia militar y poco estimado por la tropa –decíase que su mal talante provenía de ser de humores escépticos, o sea, de naturaleza estreñida–. Favorecido de nuestro general Spínola, con buenos valedores en Madrid, se había hecho una reputación como sargento mayor en la campaña del Palatinado, recibiendo el tercio de Cartagena después que a Don Enrique Monzón una bala de falconete le llevara una pierna en Fleurus. Lo de Jiñalaso no venía por humo de pajas: nuestro maestro era de los que preferían, como Tiberio, ser odiados y temidos por sus hombres para imponer de ese modo la disciplina, abonándolo el hecho indiscutible de que era valiente en la pelea, despreciaba tanto el peligro como a sus propios soldados –ya dije que se escoltaba de alabarderos tudescos–, y tenía buena cabeza para disponer los asuntos de la guerra. Resultaba, en fin, avaro con el dinero, mezquino en sus favores y cruel en los castigos.

Al escuchar la sentencia, los dos reos no se inmutaron mucho; entre otras cosas porque conocían el desenlace del negocio, y ni a ellos mismos escapaba que acuchillar a un sargento era sota de bastos fija. Estaban en el centro del rectángulo, custodiados por el barrachel del tercio, y ambos tenían la cabeza descubierta y las manos atadas a la espalda. Uno era soldado viejo con cicatrices, el pelo cano y un bigotazo enorme; también era el que había metido mano primero, y parecía el más sereno de los dos. El otro se veía flaco, de barba muy cerrada, algo más joven; y mientras el de más edad miraba todo el tiempo arriba, como si nada de aquello fuese con él, el flaco hacía más visajes de abatimiento, vuelto ora al suelo, ora a sus camaradas, ora a los cascos del caballo del maestro de campo que estaba a poca distancia. Pero en general se tenía bien, como el otro.

Al gesto del barrachel sonó el tambor mayor, y el corneta de Don Pedro de la Daga dio un par de clarinazos para zanjar el asunto.

–¿Tienen los sentenciados algo que decir?



Un movimiento de expectación recorrió las compañías, y los bosques de picas parecieron inclinarse hacia adelante igual que el viento inclina espigas, cuando quienes las sostenían se esforzaron en tender la oreja. Entonces todos vimos cómo el barrachel, que se había acercado a los reos,ladeaba la cabeza escuchando algo que decía el de más edad, y luego miraba al maestre de campo, que asintió con un gesto; no por benevolencia, sino porque era protocolo al uso. Entonces, cuantos estábamos en la explanada pudimos oír al del pelo cano decir que él era soldado viejo y, como el otro camarada, cumplidor de su obligación hasta el presente día. Que morir iba de oficio; pero que hacerlo por enfermedad de sogá, estuviese la rama verde, o seca, o demonios lo que le importaba, pardiez, era afrenta impropia en hombres que, como ellos, siempre se habían vestido por los pies. Así que, puestos a verse despachados, él y su camarada pedían serlo por bala de arcabuz, como españoles y hombres de hígados, y no colgados como campesinos. Y que si de ahorrar y hacer economías trataba a fin de cuentas la querella, ahorrárase también el señor maestre de campo las balas para arcabucearlos, que él mismo ofrecía las suyas propias, fundidas con buen plomo de Escombreras, y de las que sobrada provisión guardaba con su frasco de pólvora; que allí adonde lo enviaban, maldito para lo que le servirían una y otras. Más quedara bien sentado que de cualquier manera, cuerda o arcabuz o cantándoles coplas, a su camarada y a él los aviaban sin pagarles medio año de atrasos.

Dicho lo cual, el veterano se encogió de hombros, el aire resignado, y escupió estoicamente y recto al suelo, entre sus botas. Y su compañero escupió también, y ya no hubo más palabras. Siguió un largo silencio; y luego, desde lo alto de su caballo, Don Pedro de la Daga, siempre con el puño en la cadera y sin dársele un ardite las razones expuestas, dijo inflexible— «Ahórquenlos». Entonces se alzó un clamor entre las banderas que sobresaltó a los oficiales, y las filas empezaron a agitarse, y algunos soldados hasta salían de sus hileras y alzaban la voz, sin que las órdenes de los sargentos y capitanes bastaran a poner coto al tumulto. Y yo, que miraba admirado todo ese desorden, volvíme al capitán Alatrístre, por ver qué partido tomaba. Y hallé que movía la cabeza muy lentamente, como si ya hubiera vivido otras veces todo aquello.

Los motines de Flandes, hijos de la indisciplina originada por el mal gobierno, fueron la enfermedad que minó el prestigio de la monarquía española; cuyo declive en las provincias rebeldes, e incluso en las que se mantuvieron fieles, debió más agravios a las tropas amotinadas que a los propios sucesos de la guerra. Ya en mi tiempo ésa era la única forma de cobrar las pagas; con el agravante de que un soldado español allá arriba no podía desertar y exponerse a una población hostil de la que tenía tanto que precaverse como del enemigo. Así que los amotinados tomaban una ciudad atrincherándose en ella, y algunos de los peores saqueos realizados en Flandes lo fueron por tropas que buscaban satisfacción de los sueldos pendientes. De cualquier modo, justicia es apuntar que no fuimos los únicos; porque si los españoles, tan sufridos como crueles, nos condujimos a sangre y fuego, otro tanto hicieron las tropas valonas, italianas o tudescas, que además llegaron al colmo de la infamia vendiendo al enemigo los fuertes de San Andrés y Crevecoeur, cosa que los españoles no hicieron nunca; no ciertamente por falta de ganas, sino por reputación y por vergüenza. Que una cosa es el degüello y el saqueo por no cobrar, y otra —no digo mejor o peor, pardiez, sino otra— la bajeza y la felonía en puntos de honra. Y sobre este particular aún hubo sucesos como el de Cambrai, donde las cosas iban tan mal que el conde de Fuentes pidió con buenas palabras a las señoras tropas amotinadas en Tierlemont «que le hicieran el obsequio de ayudarle» a tomar la ciudadela; y aquella hueste, de pronto otra vez disciplinada y temible, atacó en perfecto orden y ganó la ciudadela y la plaza. O cuando las tropas amotinadas soportaron lo peor de la pelea en las dunas de Nieuport, donde pidieron el puesto de más peligro porque una mujer, la infanta Clara—Eugenia, había rogado que la socorriesen. Y también es fuerza mencionar a los amotinados de Alost, que se negaron a aceptar las condiciones ofrecidas en persona por el conde de Mansfeld y dejaban pasar sin estorbo regimientos y más regimientos holandeses que estaban a pique de causar espantoso desastre en los Estados del Rey. Esas mismas tropas, que al recibir por fin las pagas y ver que no venían enteras rechazaron tomar un solo maravedí, negándose a pelear aunque se hundieran Flandes y la Europa misma, cuando conocieron que en Amberes seis mil holandeses y catorce mil vecinos estaban a punto de exterminar a los ciento treinta españoles que defendían el castillo, se pusieron en marcha a las tres de la madrugada, cruzaron a nado y en barcas el Escalda, y calándose ramos verdes como anticipada señal de victoria en sombreros y morriones, juraron comer con Cristo en el Paraíso o cenar en Amberes. Al cabo, puestos de rodillas en la contraescarpa, su alférez Juan de Navarrete tremoló la bandera, apellidaron todos a Santiago y a España, se alzaron a una, y acometiendo las trincheras holandesas, rompieron, acuchillaron, degollaron cuanto se les puso por delante, y cumplieron su palabra: Juan de Navarrete y otros catorce comieron, en efecto, con Cristo o con quien coman los valientes que mueren de pie, y el resto de sus camaradas cenó aquella noche en Amberes. Que si es mucha verdad que nuestra pobre España no tuvo nunca ni justicia, ni buen gobierno, ni hombres públicos honestos, ni apenas reyes dignos de llevar corona, nunca le faltaron, vive Dios, buenos vasallos dispuestos a olvidar el abandono, la miseria y la injusticia, para apretar los dientes,

desenvainar un acero y pelear, qué remedio, por la honra de su nación. Que a fin de cuentas, no es sino la suma de las menudas honras de cada cual.

Pero volvamos a Oudkerk. Aquél fue el primero de los muchos motines que también yo conocería más tarde, en los veinte años de aventuras y vida militar que habrían de llevarme hasta el último cuadro de la infantería española en Rocroi, el día que el sol de España se puso en Flandes. En el tiempo que narro, este tipo de alboroto habíase convertido ya en institución ordinaria de nuestras tropas; y su proceso, viejo de cuando el gran emperador Carlos, se llevó a cabo con arreglo a ritual conocido y preciso. Dentro de algunas compañías, los más exaltados empezaron a gritar «pagas, pagas», y otros «motín, motín», entrando en alboroto, la primera, la del capitán Torralba, a la que pertenecían los dos condenados a muerte. Lo cierto es que, al no haber antes carteles ni conspiración, todo vino a hilarse espontáneo, con opiniones contrapuestas: algunos eran partidarios de conservar la disciplina, mientras otros se afirmaban en abierta rebeldía. Pero lo que agravó el negocio fue el talante de nuestro maestre de campo. Otro más flexible habría puesto velas a Dios y al diablo, obsequiando a los soldados con palabras que quisieran oír; pues nunca, que yo sepa, hubo verbos que al más avaro le dolieran en la bolsa. Me refiero a algo del tipo señores soldados, hijos míos, etcétera; argumentos que tan buena tajada dieron al Duque de Alba, a Don Luis de Requeséns y a Alejandro Farnesio, que en el fondo eran tan inflexibles y despreciaban tanto a la tropa como el propio Don Pedro de la Daga. Pero Jiñalasoga era fiel a su apodo, y además se le daban públicamente un ardite sus señores soldados. Así que ordenó al barrachel y a la escolta de tudescos que llevaran a los dos reos al primer árbol que hubiese a mano, seco o verde ya daba lo mismo; y a su compañía de confianza, ciento y pico arcabuceros de los que el maestre de campo era capitán efectivo, que se viniera al centro del rectángulo con las cuerdas de mecha encendidas y bala en caño. La compañía, que tampoco estaba pagada pero gozaba de ventajas y privilegios, obedeció sin rechistar; y aquello calentó más los ánimos.

En realidad sólo la cuarta parte de los soldados quería el motín; pero los revoltosos hallábanse muy repartidos por las banderas y llamaban a la sedición, y muchos hombres se veían indecisos. En la nuestra era Curro Garrote quien más alentaba el desorden, hallando coro en no pocos camaradas. Eso hizo que, pese a los esfuerzos del capitán Bragado, amenazasen con romper casi toda la formación, como ocurría ya en parte de las otras compañías. Corrimos los mochileros a las nuestras, resueltos a no perdernos aquello, y Jaime Correas y yo mismo nos abrimos paso entre los soldados que vociferaban en todas las lenguas de las Españas, algunos con el acero desnudo en la mano; y como de costumbre, según esas mismas lenguas y sus tierras de origen, tomaban partido unos contra otros, valencianos a una parte y andaluces de la otra, leoneses frente a castellanos y gallegos, catalanes, vascongados y aragoneses cerrando para sí mismos y por su cuenta, y los portugueses, que alguno teníamos, viéndolas venir agrupados y en rancho aparte. De modo que no había dos reinos o regiones de acuerdo; y mirando hacia atrás, uno no lograba explicarse lo de la Reconquista salvo por el hecho de que los moros también eran españoles. En cuanto al capitán Bragado, tenía en una mano una pistola y en la otra la daga, y con el alférez Coto y el sotalférez Minaya, que llevaba el asta de la bandera, intentaban calmar a la gente sin lograrlo. Empezaron a pasar entonces de compañía en compañía los gritos de «guzmanes fuera», voz muy significativa del curioso fenómeno que siempre se dio en estos desórdenes: los soldados ostentaban muy a gala su condición de tales, decíanse todos hijosdalgos, y siempre querían dejar claro que el motín iba contra sus jefes, no contra la autoridad del Rey católico. Así que, para evitar que esa autoridad quedara en entredicho y el tercio deshonorado por el suceso, se permitía de mutuo acuerdo entre la tropa y los oficiales que estos últimos saliesen de filas con las banderas y con los soldados particulares que no querían desobedecer. De ese modo, oficiales y enseñas quedaban sin menoscabo de honra, el tercio conservaba su reputación, y los amotinados podían retornar después disciplinadamente bajo una autoridad de la que, en lo formal, nunca habían renegado. Nadie quería repetir lo del tercio viejo de Leiva, que tras un motín fue disuelto en Tilde, y los alféreces rompían entre lágrimas las astas y las banderas quemándolas por no entregarlas, y los soldados veteranos desnudaban los pechos acribillados de cicatrices, y los capitanes arrojaban a tierra quebradas las jinetas, y todos aquellos hombres rudos y temibles lloraban de deshonra y de vergüenza.

De modo que retiróse de las filas muy a su pesar el capitán Bragado, llevándose la bandera con Soto, Minaya y los sargentos, y lo siguieron algunos cabos y soldados. Mi amigo Jaime Correas, encantado con el zafarrancho, andaba de un lado para otro e incluso llegó a vocear lo de afuera guzmanes. Yo veíame fascinado por la algarada y en algún momento grité con él, aunque se me retiró la voz cuando vi que de veras los oficiales dejaban la compañía. En cuanto a Diego Alatraste, diré que estaba muy cerca de mí con sus camaradas de escuadra; y tenía grave semblante, con ambas manos descansadas en la boca del arcabuz cuyo mocho se apoyaba en el suelo. En su grupo nadie cambiaba palabra ni se descomponía lo más mínimo; excepción hecha de Garrote, que ya había formado concierto con otros soldados y llevaba la voz cantante. Por fin, cuando Bragado y los oficiales salieron, mi amo volvióse a Mendieta, Rivas y Llop, que se

encogieron de hombros, sumándose al grupo de amotinados sin más ceremonia. Por su parte, Copons echó a andar tras la bandera y los oficiales, sin encomendarse a nadie. Alatraste emitió un suave suspiro, se echó al hombro el arcabuz e hizo ademán de ir detrás. Fue entonces cuando reparó en que yo me hallaba cerca, encantado de estar allí adentro y sin la menor intención de moverme; de modo que me dio un pescozón bien recio en el cogote, forzándome a seguirlo.

–Tu Rey es tu Rey –dijo.

Luego caminó sin prisa, yéndose por entre los soldados que le abrían plaza y de los que nadie, viéndolo retirarse, osaba hacerle reproches. Así fue a situarse conmigo en la explanada, cerca del grupo de diez o doce hombres formado por Bragado y los leales; aunque lo mismo que Copons, quien se estaba allí quieto y callado como si nada fuera con él, procuró mantenerse un poco aparte, casi a medio camino entre ellos y la compañía. Y así apoyó de nuevo el arcabuz en el suelo, puso las manos sobre la boca del caño, y con la sombra del chapeo en los ojos glaucos se estuvo muy quieto, mirando lo que pasaba.

Jiñalásoga no daba su brazo a torcer. A los dos reos los estaban colgando los tudescos entre gran alboroto de la tropa, de la que otras banderas y oficiales habían salido también afuera. Pude contar cuatro compañías amotinadas de las doce que formaban el tercio, y los revoltosos empezaban a juntarse unos con otros, con gritos y amenazas. Oyóse un tiro, que no sé quién disparó, y que no dio a nadie. Entonces el maestre de campo ordenó a su bandera calar arcabuces y mosquetes en dirección a los amotinados, y a las otras leales maniobrar para situarse también frente a ellos. Hubo órdenes, redobles de cajas, clarinazos, y el propio Don Pedro de la Daga hizo un par de gallardas cabalgadas de un lado a otro del campo, poniendo las cosas en su sitio; y he de reconocer que con muchas asaduras, pues cualquiera de los descontentos podía haberle enviado lindamente una rociada de arcabuz que lo dejase listo de papeles sobre la silla. Pero no siempre el valor y la hideputez andan reñidos. El caso es que a trancas y barrancas, las más de las veces con manifiesta desgana, las compañías leales vinieron a situarse en línea frente a los amotinados. Hubo entonces más redobles y toques de corneta, ordenando a los oficiales y soldados fieles unirse a las compañías escuadradas; y allá se fueron Bragado y los otros. Copons estaba junto a Diego Alatraste y yo mismo, como dije algo separados del resto– y al oír la orden y comprobar que el tercio se situaba frente a los rebeldes armas en mano y humeando las cuerdas de mecha, los dos veteranos dejaron sus arcabuces en el suelo, se despojaron de los doce apóstoles –el corraje con doce cargas de pólvora que llevaban en una pretina cruzada al pecho– y de ese modo echaron a andar detrás de su bandera.

Yo nunca había visto nada semejante. Al escuadrarse en batalla los leales del tercio, las cuatro compañías amotinadas terminaron juntándose a su vez; y también ellas adoptaron la formación de combate, piqueros en el centro y mangas de arcabuces a los ángulos, viéndose reordenar sus filas, en ausencia de oficiales, a cabos de escuadra e incluso a simples soldados. Con instinto natural de veteranos, los amotinados conocían de sobra que el desorden era su pérdida, y que, paradojas de la milicia, sólo la disciplina podía salvarlos de su indisciplina. Así que sin disminuirse un punto ejecutaron sus maniobras al uso que solían, hilándose muy uno por uno en sus puestos de combate; y pronto llegó hasta nosotros el olor de sus cuerdas de arcabuz encendidas, y las horquillas de mosquetes empezaron a afirmarse en tierra con las armas listas para hacer fuego.

Pero el maestre de campo quería sangre u obediencia. Los dos sentenciados ya colgaban de un árbol; así que, resuelto el negocio, la escolta de tudescos –grandes, rubios e insensibles como trozos de carne– rodeaba de nuevo alabardas en alto a Don Pedro de la Daga. Dio nuevas órdenes éste, Volvieron a sonar cajas, corneta y pífanos, y siempre con su maldito puño derecho en la cadera, Jiñalásoga vio cómo las compañías leales se ponían en marcha avanzando contra los amotinados.

–¡Tercio de Cartagena!... ¡Aaaal...to!

De pronto quedó todo en silencio. Compañías leales y rebeldes estaban en filas cerradas a unas treinta varas de distancia unas de otras, todas con las picas dispuestas y los arcabuces bala en caño. Las banderas salidas de las filas habíanse juntado en el centro de la formación, con los soldados fieles escoltándolas. Yo estaba entre ellos, pues me quise meter en la línea junto a mi amo; que ocupaba su puesto con la docena de hombres de la compañía que no estaban del otro lado, entre el sotalférez Minaya y Sebastián Copons. Sin arcabuz, con la espada en la vaina y los pulgares colgados del cinto, Diego Alatraste parecía hallarse allí sólo de visita, y nada en su actitud indicaba que estuviese dispuesto a acometer a sus antiguos compañeros.

–¡Tercio de Cartagena!... ¡Alistaaaar.. arcabuces!

Recorrió las filas el sonido metálico de los arcabuceros al preparar sus armas poniendo pólvora en la cazoleta y la cuerda encendida en la llave. Entre el humo grisáceo que despedían las mechas, veía yo desde mi lugar los rostros que teníamos enfrente: curtidos, barbudos, con cicatrices, ceños resueltos bajo las rotas alas de los sombreros y los morriones.

Al movimiento de nuestros arcabuces algunos hicieron lo mismo, y muchos coseletes de las primeras filas calaron sus picas. Pero oyéronse entre ellos gritos y protestas –«señores, señores, razón», se voceaba– y casi todos los arcabuces y picas rebeldes se alzaron de nuevo, dando a entender que no era su intención batir a compañeros. A este lado, todos nos volvimos a mirar al maestro de campo cuando su voz resonó en la explanada:

–¡Sargento mayor!... ¡Devuelva a esos hombres a la obediencia del Rey!

El sargento mayor Idiáquez se adelantó bastón en mano e intimó a los rebeldes a deponer su actitud de inmediato. Era mero formulismo, e Idiáquez, un veterano que habíase amotinado él mismo no pocas veces en otros tiempos –sobre todo en el año 98 del siglo viejo, cuando la falta de pagas y la indisciplina nos hicieron perder media Flandes–, intervino breve y seco volviéndose a nuestras filas sin esperar respuesta. Por su parte, ninguno de los que teníamos enfrente pareció dar más importancia al trámite que el propio sargento mayor, Y sólo se escucharon gritos aislados de «las pagas, las pagas». Tras lo cual, siempre muy erguido sobre la silla de montar e implacable bajo su coraza repujada, Don Pedro de la Daga alzó una mano guarnecida de ante.

–¡Calaaaad... arcabuces!

Los arcabuceros encararon sus armas, el dedo en el gatillo de la llave de mecha, y soplaron las cuerdas encendidas. Los mosquetes, más pesados, apoyábanse en las horquillas apuntando a los de enfrente, que empezaban a agitarse en sus filas; inquietos, pero sin resolverse en actitud hostil.

–¡Orden de fuego!... ¡A mi voz!

Aquello resonó bien claro en la explanada, y aunque algunos hombres de las hiladas rebeldes retrocedieron, debo decir que casi todos permanecieron impertérritos en sus puestos, pese a las bocas amenazantes de los arcabuces leales. Yo miré a Diego Alatraste y vi que, como la mayor parte de los soldados, incluso quienes sostenían las armas y quienes enfrente aguardaban a pie firme la escopetada, miraba al sargento mayor Idiáquez; y los capitanes y sargentos de compañías también lo miraban, y éste miraba a su vez a usía el señor maestro de campo, que no miraba a nadie, como si estuviera en un ejercicio que lo fastidiara mucho. Y ya alzaba la mano Jiñalalasca cuando todos vimos –o creímos ver, que es más propio– cómo Idiáquez hacía un levísimo ademán negativo con la cabeza: apenas un movimiento que ni siquiera podía considerarse como tal; un gesto inexistente, digo, y por tanto no reñido con la disciplina, de modo que más tarde, cuando se indagaron responsables, nadie pudo jurar haberlo visto. Y con ese gesto, justo en el instante en que Don Pedro de la Daga daba la voz de «fuego», las ocho compañías leales abatieron sus picas, y los arcabuceros, como un solo hombre, dejaron sus armas en el suelo.

#### IV. DOS VETERANOS

Fueron menester tres días de negociación, la mitad de las pagas atrasadas y la presencia de nuestro general Don Ambrosio Spínola en persona para que los amotinados de Oudkerk volviéramos a la obediencia. Tres días en que la disciplina del tercio de Cartagena se mantuvo más a rajatabla que nunca, con los oficiales y banderas de todas las compañías recogidos en el pueblo y el tercio acampado extramuros; pues ya dije que nunca fueron más disciplinados los tercios que cuando se amotinaban. En esta ocasión incluso se reforzaron los puestos de centinela avanzados, para prevenir que los holandeses aprovecharan las circunstancias para venir sobre nosotros como gorrino al maíz. En cuanto a los soldados, un servicio de orden establecido por los representantes electos funcionó muy eficaz y sin miramientos, llegando al extremo de ajusticiar, esta vez sin que nadie protestara lo más mínimo, a cinco maltrapillos que quisieron saquear por su cuenta en el pueblo. Denunciados por los vecinos, un juicio sumarísimo de sus propios compañeros los hizo arcabucear junto a la tapia del cementerio, y allí hubo paz y después gloria. En realidad los sentenciados eran en principio sólo cuatro; pero dióse la circunstancia de que a otros dos reos de delitos menores se los sentenció a cortárseles las orejas, y uno de ellos protestó con muchos porvidas y votos a tal, diciendo que un hidalgo y cristiano viejo como él, biznieto de Mendozas y de Guzmanes, antes prefería verse muerto que sufrir tal afrenta. De modo que el tribunal, que a diferencia de nuestro maestre de campo y al estar formado por soldados y camaradas era comprensivo en lo tocante a puntos de honra, decidió hacer merced de la oreja, cambiándosela al fulano por una bala de arcabuz; sin que le valiera al reo un último desdigo que le sobrevino –sin duda era hidalgo voluble– cuando se halló, con sus dos orejas intactas, ante la tapia del cementerio.

Fue aquélla la primera vez que vi a Don Ambrosio Spínola y Grimaldi, marqués de los Balbases, grande de España, capitán general del ejército de Flandes, y cuya imagen, armadura pavonada en negro claveteado de oro, bengala de general en la mano zurda, valona de puntas flamencas, banda roja y botas de ante, evitando cortésmente que ante él se incline el holandés vencido, habría de quedar para siempre en la Historia merced a los pinceles de Diego Velázquez; en el cuadro famoso del que hablaré en su momento, pues no en balde fui quien proporcionó al pintor, años más tarde, cuantos pormenores hubo menester. El caso es que cuando lo de Oudkerk y lo de Breda tenía nuestro general cincuenta y cinco o cincuenta y seis años, y era delgado de cuerpo y de rostro, pálido y con barba y pelo gris. A su carácter astuto y firme no resultaba ajena la patria genovesa, que había dejado para servir por afición a nuestros reyes. Soldado paciente y afortunado, no tenía el carisma del hombre de hierro que fue el duque de Alba, ni las mañas de otros de sus antecesores; y sus enemigos en la Corte, que aumentaban con cada uno de sus éxitos –no podía ser de otro modo entre españoles–, lo acusaban a la vez de extranjero y ambicioso. Pero lo cierto es que había conseguido los más grandes triunfos militares para España en el Palatinado y en Flandes, puesto al servicio de aquella su fortuna personal, hipotecado los bienes de su familia para pagar a las tropas, e incluso perdido a su hermano Federico en un combate naval con los rebeldes holandeses. En la época su prestigio militar era inmenso; hasta el punto de que cuando preguntaron a Mauricio de Nassau, general en jefe enemigo, quién era el mejor soldado de la época, respondió: «Spínola es el segundo». Nuestro Don Ambrosio era, además, hombre de hígados; y ello le había granjeado reputación entre la tropa, ya en las campañas anteriores a la tregua de los Doce Años. Diego Alatríste podía dar fe con sus propios recuerdos de cuando el socorro a la Esclusa y el asedio de Ostende: viéndose en este último tan arrimado al peligro el marqués en medio de la refriega, que los soldados, y el propio Alatríste entre ellos, abatieron picas y arcabuces, negándose a combatir hasta que su general no se pusiera a recaudo.

El día que Don Ambrosio Spínola en persona liquidó el motín, muchos lo vimos salir de la tienda de campaña donde se habían llevado a cabo las negociaciones. Lo seguía su plana mayor y nuestro cabizbajo maestre de campo; mordiéndose éste las guías del mostacho, de furia, al no haber conseguido su propósito de ahorcar a uno de cada diez amotinados como escarmiento. Pero Don Ambrosio, con su mano izquierda y su buen talante, había declarado resuelto el negocio. En ese momento, restablecida la disciplina formal del tercio, los oficiales y las banderas se reintegraban a sus compañías; y ante las mesas de los contadores –el dinero salía de las arcas personales de nuestro general– empezaban a formarse ávidas filas de soldados, mientras alrededor del campamento, cantineras, prostitutas, mercaderes, vivanderos y otra gentuza parásita, se prevenía a recibir su parte de aquel torrente de oro.

Diego Alatríste estaba entre los que se movían alrededor de la tienda. Por eso, cuando Don Ambrosio Spínola abandonó ésta, deteniéndose un instante para acostumbrar los ojos a la luz, el toque de corneta hizo que Alatríste y sus compañeros se acercaran a mirar de cerca al general. Por hábito de veteranos, la mayor parte había cepillado sus ropas remendadas, las armas estaban bruñidas, y hasta los sombreros lucían airosos pese a zurcidos y agujeros; pues los soldados que tenían a gala su condición celaban en demostrar que un motín no era menoscabo de gallardía en la milicia; de modo que dábese la paradoja de que pocas veces lucieron los del tercio de Cartagena como a la vista de su general al concluir lo de Oudkerk. Así pareció apreciarlo Spínola cuando, con Toisón de Oro relucíéndole en la gorguera, escoltado por sus arcabuceros selectos y seguido de plana mayor, maestre de campo, sargento mayor y capitanes, fue a pasear muy despaciosamente entre los numerosos grupos que le abrían calle y vitoreaban con entusiasmo por ser quien era, y sobre todo porque había ido a pagarles. También lo hacían para marcarle diferencias a Don Pedro de la Daga, que caminaba tras su capitán general rumiando el despecho de no tener con qué cebar la soga, y también la filípica que, según contaban los avisados, habíale espetado Don Ambrosio muy en privado y al detalle, amenazándolo con retirarle el mando si no cuidaba de sus soldados como de las niñas de sus ojos. Esto es lo que se decía, aunque dudo que lo de las niñas fuera verdad; pues resulta sabido que, simpáticos o tiranos, estúpidos o astutos, todos los generales y maestros de campo fueron siempre perros de la misma camada, a quienes sus soldados diéronseles un ardite, sólo buenos para abonar con sangre toisones y laureles. Pero aquel día los españoles, alegres por el buen término de su asonada, estaban dispuestos a aceptar cualquier rumor y cualquier cosa. Sonreía paternal Don Ambrosio a diestro y siniestro, decía «señores soldados» e «hijos míos», saludaba gentil de vez en cuando con la bengala de tres palmos, y a veces, al reconocer el rostro de un oficial o un soldado viejo, le dedicaba unas corteses palabras. Hacía, en suma su oficio. Y vive Dios que lo hacía bien.

Cruzóse entonces con el capitán Alatríste, que entre sus camaradas se tenía aparte, viéndolo pasar. Cierto es que el grupo daba motivos para admirarlo, pues ya dije que la escuadra de mi amo era casi toda de soldados viejos, con mucho mostacho y cicatriz en la piel hecha a la intemperie como cuero de Córdoba; y por su aspecto, en especial cuando estaban como aquel día con todos los arreos, doce apóstoles en bandolera, espada y daga y arcabuz o mosquete en mano, nadie habría dudado que no existía holandés, ni turco, ni criatura del infierno que se les resistiera metidos en faena y con los tambores redoblando a degüello. El caso es que observó Don Ambrosio al grupo, admirando su aspecto, e iba a sonreírles y seguir camino cuando reconoció a mi amo, refrenó el paso un momento, y le dijo, en su suave español rico en resonancias italianas: –Pardiez, capitán Alatríste, ¿sois vos?... Creí que os habíais quedado para siempre en Fleurus. Se destocó Alatríste, quedando con el chapeo en la mano zurda y la muñeca de la diestra descansando sobre la boca del arcabuz.

–Cerca estuve –respondió mesurado–, como me hace el honor de recordar vuecelencia. Pero no era mi hora. El general observó con atención las cicatrices en el rostro curtido del veterano. Le había dirigido la palabra por vez primera veinte años atrás, durante el intento de socorro de la Esclusa; cuando, sorprendido por una carga de caballería, Don Ambrosio túvose que refugiarse en un cuadro formado por este y otros soldados. Junto a ellos, olvidado de su rango, el ilustre genovés había tenido que pelear pie a tierra por su vida, a cuchilladas y escopetazos, durante una larga jornada. Ni él había olvidado aquello, ni Alatríste tampoco.

–Ya veo –dijo Spínola–. Y eso que, en los setos de Fleurus, Don Gonzalo de Córdoba me contó que peleasteis como buenos.

–Dijo verdad Don Gonzalo en lo de buenos. Casi todos los camaradas quedaron allí.

Spínola se rascó la perilla, como si acabase de recordar algo.

–¿No os hice entonces sargento?

Alatríste negó despacio con la cabeza.

–No, Excelencia. Lo de sargento fue en el año dieciocho, porque vuecelencia me recordaba de La Esclusa.

–¿Y cómo sois otra vez soldado?

–Perdí mi plaza un año después, por un duelo.

–¿Cosa grave?

–Un alférez.

–¿Muerto?

–Del todo.

Consideró la respuesta el general, cambiando luego una mirada con los oficiales que lo rodeaban. Fruncía ahora el ceño, e hizo ademán de seguir camino.

–Vive Dios –dijo– que me sorprende no os ahorcaran.

–Fue cuando el motín de Matrique, Excelencia.

Alatríste había hablado sin inmutarse. El general se demoró un instante, haciendo memoria.

–Ah, ya me acuerdo –las arrugas se habían borrado de su frente y sonreía de nuevo–. Los tudescos y el maestre de campo al que salvasteis la vida... ¿No os concedí una ventaja de ocho escudos por aquello?

Volvió a negar con la cabeza Alatraste.

–Eso fue por lo de la Montaña Blanca, Excelencia. Cuando con el señor capitán Bragado, que está ahí mismo, subimos tras el señor de Bucquoi hasta los fortines de arriba... En cuanto a los escudos, me los rebajaron a cuatro.

Lo de los escudos resbaló por la sonrisa de Don Ambrosio como el que oye llover. Miraba alrededor, el aire distraído.

–Bien –zanjó–. De cualquier modo, celebro veros de nuevo... ¿Puedo hacer algo por vos?

Alatraste sonreía sin gesto alguno: apenas un reflejo de luz entre las arrugas que le cercaban los ojos.

–No creo, Excelencia. Hoy cobro seis medias pagas atrasadas, y no puedo quejarme.

–Me alegro. Y me place este encuentro de antiguos veteranos, ¿no os parece?... –había alargado una mano amistosa, como si fuese a palmear suavemente el hombro del capitán. Pero la mirada de éste, fija y burlona, pareció disuadirlo–... Me refiero a vos, y a mí.

–Naturalmente, Excelencia.

–Soldado y, ejem, soldado.

–Claro.

Don Ambrosio carraspeó de nuevo, sonrió por última vez y miró hacia los siguientes grupos. Su tono ya era ausente.

–Buena suerte, capitán Alatraste.

–Buena suerte, Excelencia.

Y siguió camino el marqués de los Balbases, capitán general de Flandes. Camino de la gloria y la posteridad que le iba a deparar, aunque él no lo sabía y a nosotros nos quedaba por hacer el trabajo duro, el magno lienzo de Diego Velázquez; pero también –los españoles siempre pusimos una cruz tras la cara de las monedas– camino de la calumnia y la injusticia de una patria adoptiva a la que tan generosamente servía. Porque mientras Spínola cosechaba victorias para un Rey ingrato como todos los reyes que en el mundo han sido, otros segaban la hierba bajo sus pies en la Corte, bien lejos de los campos de batalla, desacreditándolo ante aquel monarca de gesto lánguido y alma pálida que, bondadoso de talante y débil de carácter, anduvo siempre lejos de donde podían recibirse honradas heridas, y en vez de aderezarse con arreos de guerra hacía lo para los bailes de Palacio, e incluso para las danzas villanas que en su academia enseñaba Juan de Esquivel. Y sólo cinco años después de estas fechas, el expugnador de Breda, aquel hombre inteligente y hábil, peritísimo militar, hombre de corazón y amante de España hasta el sacrificio, de quien Don Francisco de Quevedo escribiría:

*Todo el Palatinado sujetaste  
al monarca español, y tu presencia  
al furor del hereje fue contraste.  
En Flandes dijo tu valor tu ausencia,  
en Italia tu muerte, y nos dejaste,  
Spínola, dolor sin resistencia.*

... había en efecto de morir enfermo y desengañado por el pago recibido a sus trabajos; salario fijo que nuestra tierra de caínes, madrastra más que madre, siempre bajuna y miserable, depara a cuantos la aman y bien sirven: el olvido, la ponzoña engendrada por la envidia, la ingratitud y la deshonor. Y para mayor y particular sarcasmo, había de morir el pobre Don Ambrosio teniendo por consuelo a un enemigo, Julio Mazarino, italiano como él de nacimiento, futuro cardenal y ministro de Francia, único que lo confortó a un paso de su lecho de muerte, y a quien nuestro pobre general confesaría, con senil delirio: «Muero sin honor ni reputación... Me lo quitaron todo, el dinero y el honor.. Yo era un hombre de bien... No es éste el pago que merecen cuarenta años de servicios».

Fue a pocos días de serenado el motín cuando me sobrevino una singular pendencia. Ocurrió el mismo día del reparto de pagas, cuando dióse una jornada de licencia a nuestro tercio antes que éste volviera al canal Ooster. Todo Oudkerk era una fiesta española, y hasta los hoscos flamencos a quienes habíamos acuchillado meses antes despejaban ahora el ceño ante la lluvia de oro que se derramó sobre la población. La presencia de soldados con la faltriquera repleta hizo aparecer, como por ensalmo, vituallas que antes se había tragado la tierra; la cerveza y el vino –este último más apreciado por nuestras tropas, que llamaban a la otra, como también lo hizo el gran Lope, orín de asno– corrían por azumbres, y hasta el sol tibio ayudó a calentar la fiesta iluminando bailes en las calles, música y juegos. Las casas con muestras de cisne o de calabazas en las

fachadas, y me refiero a mancebías y tabernas –en España usábamos ramos de laurel o de pino–, hicieron su agosto. Las mujeres rubias y de piel blanca recobraron la sonrisa hospitalaria, y no pocos maridos, padres y hermanos miraron aquel día, de más o menos buen grado, hacia otra parte mientras la legítima te almidonaba el faldón de la camisa; pues no hay peña por dura que sea que no ablande el oportuno tintineo del oro, campeador de voluntades y zurcidor de honras. Amén que las flamencas, liberales en su trato y conversación, eran muy diferentes al carácter mojigato de las españolas: se dejaban fácilmente asir de las manos y besar en el rostro, y no era muy cuesta arriba hacer amistad con las que profesaban fe católica, hasta el punto de que no pocas acompañaron a nuestros soldados a su regreso a Italia o España; aunque sin llegar a los extremos de Flora, la heroína de El sitio de Bredá, a la que Pedro Calderón de la Barca, sin duda exagerando un poco, dotó de unas virtudes, sentido castellano del honor y amor a los españoles que yo, a la verdad –y juraría que tampoco el mismo Calderón–, nunca topé en flamenca alguna.

En fin. Contaba a vuestras mercedes que allí, en Oudkerk, también el cortejo habitual de las tropas en campaña, esposas de soldados, rameras, cantineros, tahúres y gente de toda laya, había montado sus tenderetes extramuros; y los soldados iban y venían entre su mercadillo y la población, remediados algunos harapos con prendas nuevas, plumas en los sombreros y otras bizarrerías al uso –lo que gana el sacristán, de cantar viene y en cantos se va–, quebrantando muy por lo menudo los diez mandamientos, sin dejar indemnes tampoco virtudes teologales ni cardinales. Aquello era, dicho en corto, lo que los flamencos llaman kermesse, y los españoles jolgorio. A decir de los veteranos, parecía Italia.

Mi alegre mocedad participó de todo ello muy a su guisa. Junto a mi camarada Jaime Correas anduve ese día de la Ceca a la Meca, y aunque no era aficionado al vino, bebí de lo caro como todo el mundo, entre otras cosas porque beber y jugar eran cosas muy a lo soldado, y no faltaban conocidos que el vino lo ofrecieran gratis. En cuanto al juego, nada jugué, pues los mochileros no cobrábamos atrasos ni presentes, y nada tenía que jugar; pero estuve mirando los corros de soldados que se reunían alrededor de los tambores donde se echaban los dados o las barajas. Que, si hasta el último miles gloriosus de los nuestros era descreído de todos los diez mandamientos y apenas sabía leer ni escribir, si las letras se hicieran con ases de oros, todos habrían leído el libro del rezo tan de corrido como leían el de cuarenta y ocho naipes.

Rodaban los huesos, fustas y brochas sobre el parche y barajábase con destreza la desencuadrada como si aquello fuese Potro de Córdoba o patio de los Naranjos sevillano: todo era echar dineros y naipes al rentoy, las quínolas, la malilla y las pintas, y el real del campamento era un inmenso garito de vengos y vois con más tacos que artilleros, eche vuacé, malhaya la puta de oros, votos a Dios y a su santísima madre; que en estos lances siempre hablan más alto los que en batalla lucen más miedo que hierro, pero amontonan, eso sí, muy linda valentía en la retaguardia, y clavan mejor una sota de espadas que la propia. Hubo quien jugóse aquel día los seis meses de paga por los que se había amotinado, perdiéndolos en golpes de azar mortales como cuchilladas. Que no siempre eran metafóricas, pues de vez en cuando se descornaba alguna flor de fullería, sota raspada, caballo sin jarretes o dado cargado con azogue; y entonces llovían los por vida de tal y por vida de cual, los mentís por la gola y los etcéteras, con descendimientos de manos, rasguños de dagas, sopetones de la blanca y sangrías de a palmo que nada tenían que ver con el barbero ni con el arte de Hipócrates:

*¿Qué chusma es ésta? ¿Es gente de provecho?  
Soldados y españoles: plumas, galas,  
palabras, remoquetes, bernardinas,  
arrogancias, bravatas y obras malas.*

Ya dije en algún momento a vuestras mercedes que por tales fechas mi virtud, como otras cosas, llevósela Flandes. Y sobre ese particular terminé acudiendo aquel día con Jaime Correas a cierto carronato donde, al cobijo de una lona y unas tablas, cierto padre de mancebía, oficio piadoso donde los haya, aliviaba con tres o cuatro feligresas los varoniles pesares:

*Hay seis o siete maneras  
de mujeres pecadoras  
que andan, Otón, a estas horas  
por estas verdes riberas.*

De una de tales maneras era cierta moza muy jarifa, linda de visaje, con razonable juventud y buen talle; y en ella habíamos invertido mi camarada y yo buena parte del botín obtenido cuando el saqueo de Oudkerk. Estábamos ayunos de sonante aquel día; pero la moza, una medio española y medio italiana que se hacía llamar Clara de Mendoza –nunca conocí a una daifa que no blasonara de Mendoza o de Guzmán aunque



trajese estirpe de porqueros—, nos miraba con buenos ojos por alguna razón que se me escapa, de no ser la insolencia de nuestra juventud y la creencia, tal vez, de que quien hace un cliente mozo y agradecido guárdalo para toda la vida. Fuímonos a garbear por su rumbo, como digo, más a mirar que facultados de bolsa para el consumo; y la tal Mendoza, pese a que andaba ocupada en lances propios de su Oficio, tuvo asaduras para dedicarnos una palabra cariñosa y una sonrisa deslumbrante, aunque de boca no andara muy pareja la moza. Tomóselo a mal cierto soldado matasiete que en su trato andaba, valenciano, zaíno de bigotes y atraidorado de barba, muy poco paciente y muy jayán. Y a su váyanse enhoramala unió el hecho a la palabra, con una coz para mi camarada y una bofetada para mí, con lo que entrambos quedamos servidos a escote. Dolióme el mojicón más en la honra que en la cara; y mi juventud, que la vida casi militar había vuelto poco sufrida en materia de sinrazones, incluida la razón de aquella sinrazón que a mi razón se hacía, respondió cumplidamente: la mano diestra se me fue por su cuenta a la cintura en la que cargaba, atravesada por atrás de los riñones, mi buena daga de Toledo.

—Agradezca vuestra merced —dije— la desigualdad de personas que hay entre los dos.

No llegué a desembarazar, pero el gesto fue muy de uno nacido en Oñate. En cuanto a la desigualdad, lo cierto es que me refería a que yo era un mozalbate mochilero y él todo un señor soldado; pero el milite se lo tomó por la tremenda, creyendo que cuestionaba su calidad. El caso es que la presencia de testigos picó al valiente; que además cargaba delantero, o sea, llevaba entre pecho y espalda varios cuartillos de lo fino que se le traslucían en el aliento. Así que, sin más preámbulos, todo fue acabar yo de decírselo y venirse él a mí como loco, metiendo mano a su durindana. Abrió campo la gente y nadie se interpuso, creyendo sin duda que yo empezaba a ser lo bastante mozo para sostener con hechos mis palabras; y mal rayo mande Dios a quienes en tal trance me dejaron, que bien cruel es la condición humana cuando hay espectáculo de por medio, y nadie entre los curiosos estimábase redentor de vocación. Y yo, que a esas alturas del negocio ya no podía envainar la lengua, no tuve otra que desenvainar también la daga a fin de poner las cosas parejas, o al menos procurar no terminar mi carrera soldadesca como pollo en espetón. La vida junto al capitán Alatraste y el ejercicio en Flandes me habían procurado ciertas mañas, y era mozo vigoroso y de razonable estatura; además la Mendoza estaba mirando. Así que retrocedí ante la punta de la espada sin perderle la cara al valenciano, que muy a sus anchas empezó a tirarme cuchilladas con los filos, de esas que no matan pero te dejan bien aviado. La huida me estaba vedada por el qué dirán, y afirmarme era imposible por lo desperejo de aceros. Habría querido tirarle la daga; pero guardaba mi cabeza tranquila, a pesar del agobio, y advertí que sería quedarme a oscuras si la erraba. Seguía viniéndome encima el otro con las del turco, y retrocedí yo sin dejar de saberme inferior en armas, en cuerpo, en pujanza y destreza, porque él usaba toledana, era de buen pulso estando sobrio, muy diestro, y yo un garzón con una daga a quien los hígados no iban a servirle de broquel. Eché cuentas de por lo menos una cabeza rota —la mía— como botín de aquella campaña.

—Ven aquí, bellaco —dijo el marrajo.

Al hablar, el vino de su estómago le hizo dar un traspie; de modo que sin hacérmelo repetir dos veces fui a él, en efecto. Y como pude, con la agilidad de mis pocos años, esquivé su acero tapándome la cara con la zurda por si me la cortaba a medio camino, y le metí un muy lindo golpe de daga de derecha a izquierda y de abajo arriba que, de haber podido alargarlo una cuarta, habría dejado al Rey sin un soldado y a Valencias sin un hijo predilecto. Pero harto afortunado salí con salirme para atrás sin daño propio, habiéndole sólo rozado a mi adversario la ingle —que era adonde tiré la cuchillada—, arrancándole una agujeta y un «Cap de Deu!» que levantó risas entre los testigos y también algún aplauso que, a modo de parco consuelo, indicó que la concurrencia estaba de mi parte.

De cualquier modo, mi ataque había sido un error; pues todos habían visto que yo no era un pobrecillo indefenso, y ahora nadie terciaba, ni iba a terciar, y hasta el camarada Jaime Correas me jaleaba encantado con mi papel en la pendencia. Lo malo era que al valenciano el golpe de daga había borrado el vino de golpe, y ahora, con mucha firmeza, cerraba de nuevo dispuesto a darme un piquete morcillero con la punta, lo que ya eran palabras y estocadas mayores.

De modo que, horrorizado por irme sin confesión al otro barrio, pero sin otra que elegir para mi provecho, resolví jugármela por segunda y última vez, trabándome de cerca entre la espada del valenciano y su barriga, asirme allí como pudiera, y acuchillar y acuchillar hasta que él o yo saliéramos despachados con cartas para el diablo; con el que, a falta de absolución y santos óleos, ya ingeniaría yo las explicaciones pertinentes. Y es curioso: años más tarde, cuando leí a un francés eso de «el español, decidida la estocada que ha de dar, la ejecuta así lo hagan pedazos», pensé que nadie expresó mejor la decisión que yo tomé en aquel momento frente al valenciano. Pues retuve aliento, apreté los dientes, aguardé el final de uno de los mandobles que tiraba mi enemigo, y cuando la punta de su toledana describió el extremo del arco que estimé más alejado de mí, quise arrojarle sobre él con la daga por delante. Y bien lo hubiera hecho, pardiez, de no haberme agarrado de pronto por el pescuezo y por el brazo unas manos vigorosas, al tiempo que un cuerpo se

interponía frente al enemigo. Y cuando alcé el rostro, sobrecogido, vi los ojos glaucos y fríos del capitán Alatraste.

–El mozo era poca cosa para un hombre de hígados como vos.

Se había desplazado un poco el escenario, y el negocio discurría ahora por otros cauces y con relativa discreción. Diego Alatraste y el valenciano estaban cosa de cincuenta pasos más allá, al pie del terraplén de un dique que los ocultaba de la vista del campamento. Sobre el dique, alto de ocho o diez codos, los camaradas de mi amo mantenían a distancia a los curiosos. Lo hacían como quien no quiere la cosa, formando una suerte de barrera que no dejaban franquear a nadie. Eran Llop, Rivas, Mendieta y algunos otros, incluido Sebastián Copons, cuyas manos de hierro me habían sujetado en la pendencia, y junto al que yo me encontraba ahora, asomando la cabeza para ver lo que ocurría abajo, en la orilla del canal. A mi alrededor, los camaradas de Alatraste disimulaban con bastante apariencia, mirando ora a un lado ora a otro, y disuadiendo con resueltas ojeadas, retorcer de bigotes y manos en los pomos de las espadas a quienes pretendían acercarse a echar un vistazo. Para que todo transcurriese en debida forma, habían hecho venir también a dos conocidos del valenciano, por si luego era necesaria fe de testigos sobre los pormenores del reñir.

–No querréis –añadió Alatraste– que os llamen Traganiños.

Lo dijo muy helado y con mucha zumba, y el valenciano masculló un pese a tal que todos pudimos oír desde lo alto del terraplén. No quedaba en él ni rastro de vapores de vino, y se pasaba la mano izquierda por la barba y el mostacho, muy descompuesto de talante, mientras sostenía la herreruza desenvainada en la diestra. A pesar de su aspecto amenazador, del juramento y de la hoja desnuda, en el sobrescrito se le veía que no estaba del todo inclinado a batirse; pues de otro modo ya se habría arrojado sobre el capitán, resuelto a madrugarle y llevárselo por delante. Había sido arrastrado hasta allí por la negra honrilla y por el estado poco airoso de su crédito tras la pendencia conmigo; pero echaba de vez en cuando ojeadas a lo alto del terraplén, como si aún confiara en que alguien terciase antes que todo fuere a más. De cualquier modo, la mayor parte del tiempo lo dedicaba a observar los movimientos de Diego Alatraste; que muy lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, se había quitado el sombrero y ahora, siempre con movimientos despaciosos, alzaba por encima de la cabeza la bandolera con los doce apóstoles, la ponía junto al arcabuz en el suelo, a la orilla del canal, y luego empezaba a desabrocharse los pasadores del jubón, con la misma flema.

–Un hombre de hígados como vos... –repitió, fijos sus ojos en los del otro.

Al oírse tratar de vos por segunda vez, y además con tan fría guasa, el valenciano resopló furioso, miró hacia los del terraplén, dio un paso adelante y otro hacia un lado, y movió la espada de derecha a izquierda. Cuando no se aplicaba entre familiares, amigos o personas de muy diferente condición, el vos en lugar de uced o vuestra merced era fórmula poco cortés, que entre los siempre suspicaces españoles se tomaba muchas veces como insulto. Si consideramos que en Nápoles el conde de Lemos y Don Juan de Zúñiga llegaron a meter mano a las toledanas, ellos y su séquito y hasta sus criados, y que ciento cincuenta aceros se desnudaron aquel día porque el uno llamó al otro señoría en vez de excelencia, y el otro al uno vuesa merced en vez de señoría, resulta fácil hacerse idea del asunto. Saltaba a la cara que el valenciano no sufría con agrado aquel voseo, y que, pese a su indecisión –era evidente que conocía de vista y de reputación al hombre que estaba frente a él–, eso no le dejaba más que batirse. El mero hecho de envainar la espada ante otro soldado que lo trataba de vos, y teniéndola como ya la tenía de modo tan fanfarrón en la mano, habría sido mucha afrenta para su reputación. Y pronunciada en castellano, la palabra reputación era entonces mucha palabra. No en balde los españoles peleamos siglo y medio en Europa arruinándonos por defender la verdadera religión y nuestra reputación; mientras que luteranos, calvinistas, anglicanos y otros condenados herejes, pese a especiar su olla con mucha Biblia y libertad de conciencia, lo hicieron en realidad para que sus comerciantes y sus compañías de Indias ganaran más dinero; y la reputación, si no gozaba de ventajas prácticas, los traía al fresco. Que siempre fue muy nuestro guiarse menos por el sentido práctico que por el orapronobis y el qué dirán. De modo que así le fue a Europa, y así nos fue a nosotros.

–Nadie os dio vela en este entierro –dijo el valenciano, ronco.

–Cierto –concedió Alatraste, como si hubiera considerado lo del entierro muy a fondo–. Pero pensé que todo un señor soldado como vos requería algo más parejo... Así que espero serviros yo.

Estaba en camisa, y los zurcidos de ésta, sus calzones remendados y las viejas botas sujetas bajo las rodillas con cuerdas de arcabuz, no disminuían un ápice su imponente apariencia. El agua del canal reflejó el brillo de su espada cuando la extrajo de la vaina.

–¿Os place decirme vuestro nombre?

El valenciano, que se desabrochaba un justillo con tantos sietes y zurcidos como la camisa del capitán, hizo un gesto hosco con la cabeza. Sus ojos no se apartaban de la herreruza de su adversario.

–Me llaman García de Candau.

–Mucho gusto –Alatrisme había llevado la mano zurda atrás, a su costado, y en ella relucía ahora también su daga vizcaína con guardas de gancho–. El mío...

–Sé cómo os llaman –lo interrumpió el otro–. Sois ese capitán de pastel que se da un título que no tiene.

En lo alto del terraplén, los soldados se miraron unos a otros. Al valenciano el vino le daba hígados, después de todo. Porque conociendo a Diego Alatrisme, y pudiendo esperar librarse con una mojada de soslayo y unas semanas boca arriba, meterse en aquellas honduras era naípe fijo para irse por la posta. Así que todos quedamos expectantes, resueltos a no perder detalle.

Entonces vi que Diego Alatrisme sonreía. Y yo había vivido junto a él tiempo suficiente para conocer aquella sonrisa: una mueca bajo el mostacho, fúnebre como un presagio, carnícera como la de un lobo cansado que una vez más se dispone a matar. Sin pasión y sin hambre. Por oficio.

Cuando retiraron al valenciano de la orilla, porque estaba con medio cuerpo en el agua, la sangre teñía de rojo, alrededor, el agua tranquila del canal. Todo se había hecho según las reglas de la esgrima y la decencia, puestos de firme a firme, dando el tajo y metiendo pies con aderezo de amagos de daga, hasta que la toledana del capitán Alatrisme terminó entrando por donde solía. Así que al hacerse averiguaciones sobre esa muerte –entre barajas, pendencies y jiferazos contáronse otros tres despachados en la jornada, amén de media docena a los que apuñalaron de consideración– todos los testigos, soldados del Rey nuestro señor y hombres de palabra, dijeron sin empacho que el valenciano había caído al canal, muy mamado, hiriéndose con su propia arma; de modo que el barrachel del tercio, bien aliviado para su coleteo, dio por zanjado el negocio y cada mochuelo fuese a su olivo. Además, aquella misma noche se produjo el ataque holandés. Y el barrachel, y el maestre de campo, y los propios soldados, y el capitán Alatrisme y yo mismo teníamos –vive Dios que sí– cosas más urgentes en que pensar.

## V. LA FIEL INFANTERÍA

El enemigo atacó en mitad de la noche, y los puestos de centinela perdida se convirtieron en eso, en perdidos por completo, acuchillados sin tiempo a decir esta boca es mía. Mauricio de Nassau había aprovechado las aguas revueltas del motín, e informado por sus espías vino sobre Oudkerk desde el norte, intentando meter en Breda un socorro de holandeses e ingleses, con mucha copia de infantería y caballería que se adelantó haciendo gentil destrozo en nuestras avanzadas. El tercio de Cartagena y otro de infantería valona que acampaba en las cercanías, el del maestre Don Carlos Soest, recibieron orden de situarse en el camino de los holandeses y retrasarlos hasta que nuestro general Spínola organizase el contraataque. De modo que en plena noche nos despertaron redobles de cajas, y pífanos, y gritos de tomar el arma. Y nadie que no haya vivido tales momentos puede imaginar la confusión y el desbarajuste: hachas encendidas iluminando carreras, empujones y sobresaltos, rostros serenos, graves o atemorizados, órdenes contradictorias, gritos de capitanes y sargentos disponiendo apresuradamente filas de soldados soñolientos, a medio vestir, que se colocan los arreos de guerra; todo ello entre el rataplán ensordecedor de tambores arriba y abajo del campamento a la población, gente asomada a las ventanas y a las murallas, tiendas abatidas, caballerías que relinchan y se alzan de manos contagiadas por la inminencia del combate. Y brillo de acero, y relucir de picas, morriones y coseletes. Y viejas banderas que son sacadas de sus fundas y se despliegan, cruces de Borgoña, barras de Aragón, cuarteles con castillos y leones y cadenas, a la luz rojiza de las antorchas y las fogatas.

La compañía del capitán Bragado se puso en marcha de las primeras, dejando a su espalda los fuegos del pueblo fortificado y el campamento, y adentrándose en la oscuridad a lo largo de un dique que bordeaba extensas marismas y turberas. Por la fila de soldados corría la palabra de que íbamos al molino Ruyter, cuyo paraje era paso obligado para el holandés en su camino a Breda, por ser lugar angosto y, a lo que decían, imposible de esguazar por otro sitio. Yo caminaba con los demás mochileros entre la compañía de Diego Alatríste, llevando su arcabuz y el de Sebastián Copons y muy cerca de ellos, pues también portaba provisión de pólvora y balas y parte de sus pertrechos; ejercicio constante que, dicho sea de paso, y gracias al dudoso privilegio de cargar como una mula, solíame fortalecer los miembros día tras día; que para un español – nosotros siempre hicimos, que remedio, rancho con las desgracias– nunca ha habido mal que por bien no venga. O viceversa:

*Pues hermanos y señores,  
ya sabéis sin que os lo diga  
que se ganan los honores  
con grandísima fatiga.*

El camino no era fácil en la oscuridad, pues había muy poca luna y casi siempre cubierta; de modo que a trechos algún soldado tropezaba, o se detenía la hilada y chocaban unos con otros, y entonces a lo largo del dique corrían los votos a tal y los pardiecos igual que granizada de balas. Mi amo era, como de costumbre, una silueta silenciosa a la que yo seguía cual sombra de una sombra; y así íbamos haciendo andar mientras en mi cabeza y mi corazón se cruzaban encontrados sentimientos: de una parte, la cercanía de la acción en una naturaleza joven como la mía; de la otra el reparo a lo desconocido, agravado por aquella tiniebla y por la perspectiva de reñir en campo abierto con enemigo numeroso. Tal vez por eso habíame impresionado sobremanera cuando, aún en Oudkerk y recién formado el tercio a la luz de las antorchas, hasta los más descreídos habíanse sosegado un momento para hincar rodilla en tierra y descubrirse, mientras el capellán Salanueva recorría las filas dándonos una absolución general, por si las moscas. Que aunque el páter era un fraile hosco y estúpido al que se le trababan los latines en el vino, a fin de cuentas era lo único más o menos santo que teníamos a mano. Pues una cosa no quita la otra; y vistos en mal trance, nuestros soldados prefirieron siempre un ego te absolvo de mano pecadora que irse a pelo al otro barrio.

Hubo un detalle que me inquietó sobremanera, y por los comentarios alrededor también dio que pensar a los veteranos. Franqueando uno de los puentes cercanos al dique, vimos que algunos gastadores alumbrados con fanales aprestaban hachas y zapas para derribarlo a nuestra espalda, sin duda por cortar el paso al holandés en aquella parte; pero eso significaba también que ningún refuerzo íbamos a tener de ese lado, y que por ahí

se nos hacía imposible un eventual sálvese quien pueda. Quedaban otros puentes, sin duda; pero calculen vuestras mercedes el efecto que eso hace cuando marchas a oscuras hacia el enemigo.

El caso es que con puente a nuestra espalda o sin él, llegamos al molino Ruyter antes del alba. Desde allí podíase oír el petardeo lejano de la escopetada que nuestros arcabuceros más avanzados sostenían escaramuzando con los holandeses. Ardía una fogata, y a su resplandor vi al molinero y su familia, mujer y cuatro hijos de poca edad, todos en camisa y espantados, desalojados de su vivienda y mirando impotentes cómo los soldados rompían puertas y ventanas, fortificaban el piso superior y amontonaban los pobres muebles para formar baluarte. Las llamas hacían relucir morriones y coseletes, lloraban los críos de terror ante aquellos hombres rudos vestidos de acero, y se llevaba el molinero las manos a la cabeza, viéndose arruinado y devastada su hacienda sin que nadie se conmoviera por ello; que en la guerra toda tragedia viene a ser rutina, y el corazón del soldado se endurece tanto en la desgracia ajena como en la propia. En cuanto al molino, nuestro maestre de campo lo había elegido como puesto de mando y observatorio, y veíamos a Don Pedro de la Daga conferenciar en la puerta con el maestre de los valones, rodeados ambos de sus planas mayores y sus banderas. De vez en cuando volvíanse a mirar unos fuegos lejanos, distantes cosa de media legua, como de casares que ardían en la distancia, donde parecía concentrarse el grueso de los holandeses.

Aún se nos hizo avanzar un poco más, dejando atrás el molino; y las compañías se fueron desplegando en las tinieblas entre los setos y bajo los árboles, pisando hierba empapada que nos mojaba hasta las rodillas. La orden era no encender fuegos de leña y esperar, y de vez en cuando una escopetada cercana o una falsa alarma hacían agitarse las filas, con muchos quién vive y quién va y otras voces militares al uso; que el miedo y la vigilia son malos compañeros del reposo. Los de vanguardia tenían las cuerdas de los arcabuces encendidas, y en la oscuridad brillaban sus puntos rojos como luciérnagas. Los más veteranos se tumbaron en el suelo húmedo, resueltos a descansar antes del combate. Otros no querían o no podían, y se estaban muy en vela y alerta, escudriñando la noche, atentos al escopeteo esporádico de las avanzadillas que escaramuzaban cerca. Yo estuve todo el tiempo junto al capitán Alatríste, que con su escuadra fue a tenderse junto a un seto. Los seguí tanteando en la oscuridad, con la mala fortuna de arañarme cara y manos en las zarzas, y un par de veces oí la voz de mi amo llamándome para asegurarse de que estaba cerca. Por fin requirió él su arcabuz y Sebastián Copons el suyo, y me encargaron mantuviera una cuerda encendida de ambos cabos por si les fuere menester. Así que saqué de mi mochila eslabón y pedernal, y chisqueando al resguardo del seto hice lo que me mandaron y soplé bien la mecha, poniéndola en un palo que clavé en el suelo para que se mantuviera seca y encendida y todos pudieran proveerse de ella. Luego me acurrugué con los demás, intentando descansar de la caminata, y quise dormir un poco. Más fue en vano. Hacía demasiado frío, la hierba húmeda calaba por abajo mis ropas, y por arriba el relente de la noche nos empapaba a todos muy a gusto de Belcebú. Sin apenas darme cuenta fui arrimándome al reparo del cuerpo de Diego Alatríste, que permanecía tumbado e inmóvil con su arcabuz entre las piernas. Sentí el olor de sus ropas sucias mezclado con el cuero y metal de sus arreos, y me pegué a él en busca de calor; cosa que no me estorbó, manteniéndose inmóvil al sentirme cerca. Y sólo más tarde, cuando dio en rayar el alba y yo empecé a tiritar, se ladeó un instante y cubrióme sin decir palabra con su viejo herreruelo de soldado.

Los holandeses se vinieron muy gentilmente sobre nosotros con la primera luz. Su caballería ligera dispersó nuestras avanzadillas de arcabuceros, y a poco los tuvimos encima en filas bien cerradas, intentando ganarnos el molino Ruyter y el camino que por Oudkerk llevaba a Breda. La bandera del capitán Bragado recibió orden de escuadronarse con las otras del tercio en un prado rodeado de setos y árboles, entre la marisma y el camino; y al otro lado de tal camino dispúsose la infantería valona de Don Carlos Soest –toda de flamencos católicos y leales al Rey nuestro señor–, de modo que entrambos tercios cubríamos la extensión de un cuarto de legua de anchura que era paso obligado para los holandeses. Y a fe que resultaba bizarra y de admirar la apariencia de aquellos dos tercios inmóviles en mitad de los prados, con sus banderas en el centro del bosque de picas y sus mangas de arcabuces y mosquetes cubriendo el frente y los flancos, mientras los suaves desniveles del terreno en los diques cercanos se iban cubriendo de enemigos en pleno avance. Aquel día íbamos a batirnos uno contra cinco; hubiérase dicho que Mauricio de Nassau vaciaba los Estados de gente para echárnosla toda encima.

–Por vida del Rey, que va a ser bellaco lance –oí comentar al capitán Bragado.

–Al menos no traen la artillería –apuntó el alférez Coto.

–De momento.

Tenían los párpados entornados bajo las alas de los sombreros y miraban con ojo profesional, como el resto de los españoles, el relucir de picas, corazas y yelmos que iba anegando la extensión de terreno frente al tercio de Cartagena. La escuadra de Diego Alatríste estaba en vanguardia, arcabuces listos y mosquetes apoyados en sus horquillas, balas en boca y cuerdas encendidas por ambos extremos, formando una manga protectora sobre el ala izquierda del tercio escuadronado, ante las picas secas y los coseletes que se

mantenían detrás, a un codo cada piquero de otro, ligeros y lanza al hombro los primeros y bien herrados los segundos de morrión, gola, peto y espaldar, con las picas de veinticinco palmos apoyadas en el suelo, esperando. Yo estaba a la distancia de una voz del capitán Alatraste, listo para socorrerlo a él y a sus camaradas con provisión de pólvora, plomos de una onza y agua cuando la hubieren menester. Alternaba mis miradas entre las cada vez más espesas filas de holandeses y la apariencia impasible de mi amo y los demás, cada uno quieto en su puesto, sin otra conversación que un apunte dicho en voz baja a los compañeros cercanos, una mirada plática allá o acá, una expresión absorta, una oración dicha entre dientes, un retorcer de mostachos o una lengua pasada por los labios secos, esperando. Excitado por la inminencia del combate, deseando ser útil, fuime hasta Alatraste por si quería refrescarse o algo se le ofrecía; pero apenas reparó en mí. El mocho de su arcabuz hallábase apoyado en el suelo y él tenía las manos sobre el cañón, la mecha humeante enrollada a la muñeca izquierda, y sus ojos claros observaban atentos el campo enemigo. Dábanle las alas del chapeo sombra en la cara, y llevaba el colete de piel de búfalo bien ceñido bajo la pretina con los doce apóstoles, espada, vizcaína y frasco de pólvora cruzada sobre la descolorida banda roja. Su perfil aguileño subrayado por el enorme mostacho, la piel tostada del rostro y las mejillas hundidas, sin afeitar desde el día anterior, lo hacían parecer más flaco que de costumbre.

–¡Ojo a la zurda! –alertó Bragado, echándose la jineta al hombro.

A nuestra izquierda, entre las turberas y los árboles cercanos, merodeaban caballos ligeros holandeses reconociendo el terreno. Sin esperar otras órdenes, Garrote, Llop y cuatro o cinco arcabuceros se adelantaron unos pasos, pusieron un poco de pólvora en los bacinetes, y apuntando con cuidado dieron una rociada a los herejes, que tiraron de las riendas y se retiraron sin ceremonia. Al otro lado del camino el enemigo ya estaba sobre el tercio de Soest, ofendiéndolo de cerca con descargas de arcabucería, y los valones respondían muy bien al fuego por el fuego. Desde donde me hallaba vi que una tropa numerosa de caballos corazas se acercaba con intención de darles una carga, y que las picas valonas se inclinaban como reluciente gavilla de fresno y acero, listas para recibirla.

–Ahí vienen –dijo Bragado.

El alférez Coto, que iba cubierto con un coselete y mangas de cota de malla –llevar la bandera lo exponía a tiros y toda suerte de golpes enemigos–, cogió el estandarte de manos de su sotalférez y fue a reunirse con las otras enseñas en el centro del tercio. De los árboles y los setos, recortados frente a nosotros por el contraluz de los primeros rayos horizontales de sol, los holandeses salían a cientos, recomponiendo sus filas al llegar al prado. Gritaban mucho para darse ánimos –iban con ellos no pocos ingleses, tan vociferantes en el reñir como en el beber–y, de ese modo, sin dejar de avanzar, se hilaban en buen orden a doscientos pasos, con sus arcabuceros sueltos tirándonos ya por delante, aún fuera de alcance. Ya dije a vuestras mercedes que, pese a ser plático en Flandes, aquella era mi primera refriega general en campo abierto; y nunca hasta entonces había visto a los españoles esperando a pie firme una acometida. Lo más particular era el silencio en que aguardaban; la inmovilidad absoluta con que aquellas filas de hombres cetrinos, barbudos, venidos del país más indisciplinado de la tierra, veían acercarse al enemigo sin una voz, un estremecimiento, un gesto que no estuviera regulado por las ordenanzas del Rey nuestro señor. Fue ese día, frente al molino Ruyter, cuando alcancé muy de veras por qué nuestra infantería fue, y aún había de ser durante cierto tiempo, la más temida de Europa: el tercio era, en combate, una máquina militar disciplinada, perfecta, en la que cada soldado conocía su oficio; y ésa era su fuerza y su orgullo. Para aquellos hombres, variopinta tropa hecha de hidalgos, aventureros, rufianes y escoria de las Españas, batirse honrosamente por la monarquía católica y por la verdadera religión confería a quien lo hiciera, incluso al más villano, una dignidad imposible de acreditar en otra parte:

*Troqué por Flandes mi famosa tierra,  
donde hermanos segundos, no heredados,  
su vejación redimen en la guerra,  
si mayorazgos no, siendo soldados.*

... como muy bien, y al hilo de este discurso, escribió el fecundo ingenio toledano fray Gabriel Téllez, por más famoso nombre Tirso de Molina. Que al socaire de la invencible reputación de los tercios, hasta el más ruin maltrapillo conocía ocasión de apellidarse hidalgo:

*Mi linaje empieza en mí,  
porque son mejores hombres  
los que sus linajes hacen,  
que aquellos que los deshacen*

*adquiriendo viles nombres.*

En cuanto a los holandeses, éstos no gastaban tantos humos y se les daban un ardite los linajes; pero aquella mañana venían muy valientes y por derecho camino de Breda, resueltos a acortar distancias: algunos mosquetazos zumbaban ya al límite de su alcance, rodando sin fuerza las pelotas de plomo por la hierba. Vi a nuestro maestre Don Pedro de la Daga, que bien rebozado de hierro milanés se tenía a caballo junto a las banderas, calarse la celada con una mano y alzar la bengala de mando en la otra. Al momento redobló el tambor mayor, y en seguida se le unieron las otras cajas del tercio. Aquel batir prolongóse interminable; y se diría que helaba la sangre, pues alrededor hízose un silencio mortal. Los mismos holandeses, cada vez más cercanos hasta el punto de que ya podíamos distinguir sus rostros, ropas y armas, calaron un instante y vacilaron, impresionados por el redoble que surgía de aquellas filas inmóviles que les estorbaban el camino. Luego, incitados por sus cabos y oficiales, reanudaron avance y vocerío. Se hallaban ya muy cerca, a sesenta o setenta pasos, con picas dispuestas y arcabucería a punto. Veíamos arder los cabos de sus mechas. Entonces corrió una voz por el tercio; una voz desafiante y recia, repetida de hilada en hilada, creciendo en un clamor que terminó por ahogar el sonido de los parches:

—¡España!... ¡España!... ¡Cierra España!

Aquel cierra era grito viejo, y siempre significó una sola cosa: guardaos, que ataca España. Al oírlo retuve el aliento, volviéndome a mirar a Diego Alatríste; más no alcancé a saber si él también lo había voceado, o no. Al batir de los tambores, las primeras filas de españoles movíanse ahora hacia adelante; y él avanzaba con ellas, suspendido el arcabuz, codo a codo con los camaradas, Sebastián Copons a un lado y Mendieta al otro, muy juntos al capitán Bragado y sin dejar espacios entre sí. Marchaban todos al mismo ritmo lento, ordenados y soberbios como si desfilaran ante el propio Rey. Los mismos hombres amotinados días antes por sus pagas iban ahora dientes prietos, mostachos enhiestos y cerradas barbas, andrajos cubiertos por cuero engrasado y armas relucientes, fijos los ojos en el enemigo, impávidos y terribles, dejando tras de sí la humareda de sus cuerdas encendidas. Corrí en pos para no perderlos de vista, entre las balas herejes que ya zurreaban en serio, pues sus arcabuceros y coseletes estaban muy cerca. Iba sin aliento, ensordecido por el estruendo de mi propia sangre, que batía venas y tímpanos como si las cajas redoblasen en mis entrañas.

La primera descarga cerrada de los holandeses nos llevó algún hombre, arrojando sobre nosotros una nube de humo negro. Cuando éste se disipó, vi al capitán Bragado con la jineta en alto, y a Alatríste y a sus camaradas detenerse con mucha calma, soplar las mechas, calar arcabuces y arrimarles la cara. Y de ese modo, a treinta pasos de los holandeses, el tercio viejo de Cartagena entró en fuego.

—¡Cerrar filas!... ¡Cerrar filas!

El sol llevaba dos horas en el cielo y el tercio peleaba desde el amanecer. Las filas adelantadas de arcabuceros españoles habían mantenido su línea haciendo mucho daño a los holandeses hasta que, ofendidos de cerca por tiros, picas y escaramuzas de caballos ligeros, retrocediendo sin perder cara al enemigo, habíanse vuelto sobre el tercio escuadronado; donde ahora formaban, junto a los piqueros, un muro infranqueable. A cada carga, a cada escopetada, los huecos dejados por los hombres que caían eran cubiertos por los que estaban en pie, y en cada ocasión los holandeses encontraban siempre, al llegar hasta nosotros, la barrera de picas que una y otra vez los hacía retroceder.

—¡Ahí vienen otra vez!

Diríase que el diablo vomitaba herejes, pues era la tercera que nos daban carga. Sus lanzas se acercaban de nuevo, brillando entre la densa humareda. Nuestros oficiales estaban roncós de dar voces; y al capitán Bragado, que había perdido el sombrero en la refriega y tenía la cara tiznada de pólvora, la sangre holandesa no llegaba a cuajársele en la hoja de la espada.

—¡Calad picas!

En la parte frontera del escuadrón, a menos de un pie uno del otro y bien guarnecidos con sus petos y morriones de cobre y acero, los coseletes arrimaron las largas picas al pecho, y tras hacerlas bascular sobre la mano zurda pusiéronlas horizontales con la derecha, prestos a cruzarlas con las del enemigo. Mientras, nuestros arcabuceros de los lados ofendían muy seriamente a los contrarios. Yo me hallaba entre ellos, bien arrimado a la escuadra de mi amo, procurando no estorbar a los hombres que cargaban y disparaban: a pulso los arcabuces, apoyados con la horquilla en tierra los más pesados mosquetes. Iba y venía socorriendo a éste con provisión de pólvora, al otro de balas, o alcanzándole a aquél la frasca de agua que llevaba yo atada con una cuerda en bandolera. La escopetada levantaba un humo que ofendía vista y olfato, y me hacía llorar; y las más veces debía guiarme casi a ciegas entre los que me reclamaban.

Acababa de entregarle al capitán Alatraste un puñado de balas, que ya le escaseaban, y vi cómo ponía varias en la bolsa que llevaba colgada sobre el muslo derecho, se metía dos en la boca y echaba otra al caño del arcabuz, la atacaba bien, y luego echaba polvorín al bacinete, soplabla la mecha enrollada en la mano izquierda, la calaba y se subía el arma a la cara para tomarle el punto al holandés más próximo. Hizo tales movimientos de modo mecánico, sin dejar de buscar al otro con la vista, y cuando salió el tiro vi que al hereje, un piquero con un morrión enorme, se le abría un boquete en el peto de hierro y caía atrás, oculto entre sus camaradas.

Ya se trababan picas con picas a nuestra derecha, y una buena hilada de coseletes herejes se desviaba también arremetiendo contra nosotros. Diego Alatraste acercó la boca al caño caliente del arcabuz, escupió dentro una bala, repitió con mucha flema los movimientos anteriores y disparó de nuevo. El rastro quemado de su propia pólvora le cubría de gris cara y mostacho, encaneciéndoselo. Sus ojos, rodeados ahora del tizne que acentuaba las arrugas, rojizos los lagrimales irritados por el humo, seguían con obstinada concentración el avance de las filas holandesas, y cuando fijaba un nuevo enemigo al que apuntar, lo miraba todo el tiempo cual si temiera perderlo; como si matarlo a él y no a otro fuese una cuestión personal. Tuve la impresión de que elegía con cuidado a sus presas.

—¡Ahí están!... —voceó el capitán Bragado—. ¡Tened duro!... ¡Tened duro!

Para eso, para tener duro, le habían dado Dios y el Rey a Bragado dos manos, una espada y un centenar de españoles. Y era tiempo de emplearlos a fondo, porque las picas holandesas se nos venían con mucha decisión encima. En el fragor de la escopetada oí jurar a Mendieta, con ese fervor que sólo somos capaces de emplear en nuestras blasfemias los vascongados, porque se le había partido la llave del arcabuz. Después un gorrión de plomo pasó a una pulgada de mi cara, zaaas, chac, y justo detrás de mí se vino abajo un soldado. A nuestra diestra el paisaje era un bosque de picas españolas y holandesas trabadas unas con otras; y como una ondulación erizada de acero, aquella línea se disponía también a golpear nos a nosotros con su extremo. Vi a Mendieta voltear el arcabuz y agarrarlo por el caño, para usarlo como maza. Todos descargaban apresurados los últimos escopetazos.

—¡España!... ¡Santiago!... ¡España!

Tremolaban a nuestra espalda, detrás de las picas, las cruces de San Andrés acribilladas de balas. Los holandeses ya estaban allí mismo, alud de ojos espantados o terribles, rostros sangrantes, gritos, corazas, morriones, aceros; herejes grandes, rubios y muy valerosos que amagaban con picas y alabardas procurando clavárnoslas, o nos acometían espada en mano. Vi cómo Alatraste y Copons, hombro con hombro, tiraban los arcabuces al suelo y desenvainaban toledanas, afirmando bien los pies. También vi entrarse las picas holandesas por nuestras filas y sus moharras herir y mutilar, revolviéndose tintas en sangre; y a Diego Alatraste tirando tajos y cuchilladas entre las largas varas de fresno. Agarré una que pasóme cerca, y un español que estaba a mi lado le metió la herreruza por la garganta al holandés que la sostenía al otro extremo, hasta que la sangre, chorreando por el asta, me llegó a las manos. Cerraban ya las picas españolas en nuestro socorro, tendiéndose desde atrás para ofender a los holandeses por encima de nuestros hombros y en los huecos dejados por los muertos; todo era un laberinto de lanzas trabadas unas con otras, y entre ellas arreciaba la carnicería.

Fuíme hacia Alatraste, abriéndome paso a empujones entre los camaradas, y cuando un holandés se le entró por los filos de la espada y vino a dar a sus pies, trabádoselos con los brazos en un intento de derribarlo también, grité sin oír mi propia voz, desenvainé la daga y me llegué a él como un rayo, resuelto a defender a mi amo así me hicieran pedazos. Ofuscado por aquella locura caíle encima al hereje con una mano sobre su cara y apretándole la cabeza contra el suelo, mientras Alatraste se desembarazaba de él a patadas y volvía a pasarle el cuerpo con su espada un par de veces, desde arriba. Revolvíase el holandés sin terminar de irse por la posta. Era hombre vigoroso, ya hecho; sangraba como toro de Jarama bien picado, por narices y boca, y recuerdo el tacto pegajoso de su sangre, roja y sucia de pólvora y tierra en la cara blanca y llena de pecas, cubierta de cerdas rubias. Se debatía sin resignarse a morir, el hideputa, y yo me debatía con él. Teniéndolo siempre sujeto con la zurda, afirmé bien la daga de misericordia en la diestra y dile tres lindas puñaladas con mucho brío en las costillas; pero apechugaba tan de cerca que las tres resbalaron sobre el colete de cuero que le protegía el torso. Sintió los golpes, pues vi sus ojos muy abiertos, y soltó al fin las piernas de mi amo para protegerse la cara, cual si temiera fuese a herirlo allí, al tiempo que exhalaba un gemido. Yo estaba ciego al mismo tiempo de pavor y de furia, descompuesto por aquel maldito que tan tozudamente se negaba a ser despachado. Entonces le puse la punta de la daga entre las presillas del colete —«Nee... Sriden... Nee!»—, murmuraba el hereje— y apoyé con todo el peso de mi cuerpo; y en menos de un avemaría tuvo un último vómito de sangre, puso los ojos en blanco y quedóse tan quieto como si no hubiera vivido nunca.

—¡España!... ¡Se retiran!... ¡España!



Retrocedían las maltrechas filas de holandeses, pisoteando cadáveres de sus camaradas y dejando la hierba bien sazonada de muertos. Unos pocos españoles bisoños hacían amago de perseguirlos, pero la mayor parte de los soldados se mantuvieron donde estaban: los del tercio de Cartagena eran casi todos soldados viejos; demasiado como para correr desbaratando las filas, a riesgo de caer en un ataque de flanco o una emboscada. Yo sentí que la mano de Alatraste me agarraba por el cuello del jubón, dándome vuelta para ver si estaba ileso, y al levantar el rostro hallé sus iris glaucos. Luego, sin un gesto de más ni una palabra, me apartó del holandés fiambre echándome hacia atrás. El brazo con que sostenía su espada parecióme cansado, exhausto, cuando lo alzó para envainarla después de limpiar la hoja en el colete del muerto. Tenía sangre en la cara, en las manos y en la ropa; pero ninguna era suya. Miré alrededor. Sebastián Copons, que buscaba su arcabuz entre un montón de cadáveres españoles y holandeses, sí sangraba de la propia por una brecha abierta en la sien.

–Cagüenlostia –decía aturrido el aragonés, tocándose dos pulgadas de cuero cabelludo que le colgaban sobre la oreja izquierda.

Se levantaba el tasajo con el pulgar y el índice ennegrecidos de sangre y pólvora, sin saber muy bien qué hacer con aquello. De modo que Alatraste sacó un lienzo limpio de la faltriquera, y, tras ponerle como pudo la piel en su sitio, anudóselo en torno a la cabeza.

–Casi me avían esos gabachos, Diego.

–Será otro día.

Copons se encogió de hombros.

–Será.

Me incorporé tambaleante, mientras los soldados rehacían las hiladas, empujando afuera los cadáveres holandeses. Algunos aprovecharon para registrarlos muy por encima, despojándolos de cuanto botín les encontraban. Vi a Garrote usar la vizcaína sin el menor empacho para cortar dedos, embolsándose anillos, y a Mendieta procurarse un arcabuz nuevo.

–¡Cerrad filas! –bramó el capitán Bragado.

Los escuadrones holandeses volvían a formarse con tropas de refresco a cien pasos, y entre ellos brillaban los petos de su caballería. Así que nuestros soldados dejaron el despojo para luego y se alinearon de nuevo tocándose con los codos, mientras los heridos gateaban hacia atrás, saliéndose como podían de la línea. Fue necesario apartar también los muertos españoles para restablecer en su sitio la formación: el tercio no había retrocedido un palmo de terreno.

De ese modo pasamos entretenidos la mañana y nos entramos en el mediodía, aguantando cargas holandesas a pie quedo, apellidando Santiago y España cuando se nos venían muy encima, retirando a nuestros muertos y vendando sobre el terreno nuestras heridas hasta que los herejes, ciertos de que aquella muralla de hombres impasibles no pensaba moverse de su sitio en toda la jornada, empezaron a cargarnos con menos entusiasmo. Yo había agotado mi provisión de pólvora y balas, y pasaba el tiempo registrando cadáveres por hacer requisa. Algunas veces, aprovechando que los holandeses estaban más lejos entre asalto y asalto, adelantábame buen trecho a campo raso para proveerme en los despojos de sus propios arcabuceros, y varias hube de regresar corriendo como una liebre, con sus mosquetazos zurreándome las orejas. También agoté el agua con que socorría a mi amo y a sus camaradas –la guerra da una sed de mil diablos– e hice no pocos viajes al canal que teníamos a la espalda; un camino poco grato, pues estaba sembrado de todos nuestros heridos y moribundos que habíanse retirado, y aquello era desfilar por un muy triste escenario, horribles heridas, mutilaciones, muñones sangrantes, lamentos en todas las lenguas de España, estertores de agonía, plegarias, blasfemias, y latines del capellán Salanueva, que iba y venía con la mano cansada de repartir extremaunciones que, agotados los óleos, daba con saliva. Que los menguados que hablan de la gloria de la guerra y las batallas deberían recordar las palabras del marqués de Pescara: «*Que Dios me dé cien años de guerra y no un día de batalla*», o darse paseos como el que yo me di aquella mañana para conocer la verdadera trastienda, la tramoya del espectáculo de las banderas, las trompetas, y los discursos inventados por bellacos y valentones de retaguardia; esos que salen de perfil en las monedas y en las estatuas sin haber oído jamás zumbir una bala, ni visto morir a los camaradas, ni mancharon nunca sus manos con sangre de un enemigo, ni corrieron nunca peligro de que les volaran los aparejos de un escopetazo en las ingles.

Aprovechaba yo mis idas y venidas al canal para echar vistazos al camino que venía del molino Ruyter y de Oudkerk, por si llegaba el socorro, pero siempre encontraba el camino vacío. Eso me permitía también abarcar la extensión del campo de batalla, con los holandeses enfrente y los dos tercios cerrándoles el paso a ambos lados del camino, el español a mi izquierda y el de Soest a la diestra. Todo era infinidad de destellos de acero, fogonazos de mosquetería, humo de pólvora y banderas entre tupidos bosques de picas. Hacían muy bien su deber nuestros camaradas valones, pero lo cierto es que llevaban la peor parte, estrechados muy de cerca por la arcabucería hereje y agrias cargas de caballos corazas. Cada vez, después de rechazar un

nuevo asalto, se levantaban menos picas en el escuadrón; y aunque los de Soest eran gente de mucha honra y vergüenza, empezaban a debilitarse sin remedio. El mal lance era que si ellos se iban abajo, los holandeses podían adelantarse por su terreno para ganar espaldas al tercio de Cartagena, flanqueándolo y estorbándolo mucho, y el molino Ruyter y el camino a Oudkerk y Breda estarían perdidos. Regresé a mi tercio con esa inquietud en el ánimo, y no me alentó pasar junto a nuestro maestre de campo, que con sus oficiales y entretenidos estaba a caballo en el centro del escuadrón. Un golpe de mosquete holandés se le había demorado en la coraza por venir cansado de lejos, haciéndole muy linda abolladura en el peto repujado milanés; pero amén de eso nuestro coronel parecía con buena salud, a diferencia de su corneta mayor, a quien habían matado de un tiro en la boca y ahora estaba en el suelo, a los pies de los caballos, sin que a nadie se le diera una higa. Vi que Don Pedro de la Daga y su plana mayor observaban, ceños fruncidos, las castigadas filas de los valones. Hasta yo mismo, en mi bisoñez, comprendía que si se venían abajo los de Soest, los españoles, sin caballería que nos abrigase no tendríamos otra que retroceder hacia el molino Ruyter para no ser flanqueados; con el ruin efecto que ver al tercio retirarse podía acarrear en tal lance. Que una cosa es el respeto y temor del enemigo cuando topa con un muro de hombres resueltos, y otra ver que éstos buscan menos reñir que su salud, aunque lo hagan despacio y sin perder las maneras. Y más en un tiempo en que los españoles teníamos tanta fama de crueldad en los asaltos como de orgullo e impavidez a la hora de morir, sin que hasta entonces casi nadie nos hubiese visto la color de las espaldas ni en pintura; con lo que valían parejas nuestras picas y nuestra reputación.

El sol se acercaba a su cenit cuando los valones, tras haber servido a su Rey y a la verdadera religión con mucha decencia, se vinieron abajo. Una carga de caballos y la presión de la infantería holandesa terminó por deshilar sus filas, y desde este lado del camino vimos cómo, pese a los esfuerzos de sus oficiales, una parte se desmandaba hacia el molino Ruyter y otra, la más entera, se nos venía encima buscando resguardarse en nuestro cuadro. Con ellos venía su maestre Don Carlos Soest, hecho un *ecce homo*, sin almete y con los dos brazos rotos por tiros de arcabuz, rodeado de oficiales que intentaban salvar las banderas. Casi nos desbarataron al venirse encima con tanto desorden; más lo peor fue que tras ellos, a sus alcances, llegaban también los caballos y la infantería holandesa dispuestos a rematar faena del mismo tajo. Por ventura nuestra venían con el impulso del otro asalto, muy a la deshilada, probando suerte a ver si nos descomponíamos solos en la confusión. Pero ya dije que los del tercio de Cartagena eran soldados pláticos y se habían visto en otras; así que, sin apenas órdenes, tras dejar pasar a un número razonable de valones, las filas de nuestro flanco derecho se cerraron como si fueran de hierro, y arcabuces y mosquetes largaron una pavorosa escopetada que despachó, dos al precio de uno, buen golpe de rezagados del tercio de Soest y de holandeses que venían hiriéndolos por detrás.

—¡Calad picas a la derecha!

Sin apresurarse, con la sangre fría de su disciplina legendaria, las filas de coseletes de nuestro flanco giraron para dar cara a los holandeses. Luego apoyaron las contras de las picas en el suelo, afirmándolas con un pie, y dirigieron las cuchillas al frente sujetando el asta con la zurda, al tiempo que desenvainaban la espada con la diestra. Listos para desjarretar los caballos que se les venían encima.

—¡Santiago!... ¡España y Santiago!

Los holandeses se detuvieron como si diesen en un muro. El choque a la derecha del cuadro fue tan brutal que las largas astas se quebraron en pedazos clavadas en los caballos, trabadas con las enemigas, en una madeja de lanzas, espadas, dagas, cuchilladas y culatazos.

—¡Calad picas al frente!

Los herejes nos cargaban también por delante, saliendo otra vez de los bosques, ahora con la caballería avanzada y los coseletes detrás. Nuestros arcabuceros hicieron de nuevo su oficio con flema de infantería vieja, calando y tirando en buen orden, sin pedir pólvora ni balas a voces y sin descomponerse en absoluto; y vi que entre ellos Diego Alatríste soplaba la mecha, encaraba y hacía el punto para disparar muy en sazón. La escopetada dio con buen trozo de holandeses en tierra; pero el grueso aún llegó entero y sobrado, de modo que nuestras mangas de arcabuces, y yo con ellas, tuvieron que refugiarse entre las picas. En la confusión perdí de vista a mi amo, y sólo pude ver a Sebastián Copons, cuyo vendaje en la cabeza reforzaba su aspecto aragonés, meter mano con resolución a la espada. Algunos españoles descompuestos tornilleaban yéndose hacia atrás por entre los compañeros; que no siempre Iberia parió leones. Pero la mayoría aguantó firme. Las balas chascaban dando en carne a mi alrededor. Un piquero me salpicó de sangre y cayóme encima invocando en portugués a la Madre de Deus. Me zafé de él, aparté su lanza que me trababa las piernas, y vime zarandeado por el flujo y reflujo de las filas de hombres, entre sus ropas mugrientas y ásperas, el olor a sudor, a pólvora quemada y a sangre.

—¡Aguantad!... ¡España!... ¡España!

A nuestra espalda, tras las filas apretadas que protegían las banderas, el tambor redoblaba imperturbable. Chascaban más balas y caían más hombres, y cada vez se cerraban las filas sobre los huecos, y yo tropezaba con los cuerpos rudos armados de hierro a mi alrededor. Apenas veía nada de lo que pasaba delante, y empinábame sobre las puntas de los pies para mirar por encima de los hombros cubiertos de coletos y correajes, sobre los ajados sombreros, el acero de corazas y morriones, arcabuces, mosquetes, relucir de picas, alabardas y espadas. Me sofocaban el calor y la humareda de pólvora. Se me iba sin remedio la cabeza, y con los últimos restos de lucidez eché mano atrás, y desenvainé la daga.

—¡Oñate!... ¡Oñate! —grité con toda mi alma.

Un instante después, con crujido de astas, relinchos de monturas heridas y batir de aceros, los caballos corazas holandeses nos cayeron encima, y ya sólo Dios pudo reconocer a los suyos.

## VI. EL DEGÜELLO

A veces miro el cuadro, y recuerdo. Ni siquiera Diego Velázquez, pese a que le conté cuanto pude de todo aquello, fue capaz de reflejar en el lienzo –apenas se insinúa entre el fondo de humaredas y la bruma gris– el largo y mortal camino que todos hubimos de recorrer hasta componer tan majestuosa escena, ni las lanzas que se quedaron en el camino sin ver levantarse el sol de Breda. Yo mismo, años después, aún había de ver ensangrentados los hierros de esas mismas lanzas en carnicerías como Nordlingen o Rocroi; que fueron, respectivamente, último relumbrar del astro español y terrible ocaso para el ejército de Flandes. Y de esas batallas, como de aquella mañana ante el molino Ruyter, recuerdo sobre todo los sonidos: gritos de los hombres, palilleo de picas, estrépito del acero contra el acero, golpes de las armas rasgando ropas, entrando en la carne, rompiendo huesos. Una vez, mucho después, Angélica de Alquézar me preguntó en tono frívolo si había algo más siniestro que el ruido de un azadón enterrando una patata. Respondí sin vacilar que sí, que el chasquido de un acero hendiendo un cráneo; y la vi sonreír, mirándome fija y reflexiva con aquellos ojos azules que el diablo le concedió. Y luego alargó una mano y con los dedos me tocó los párpados que yo había tenido abiertos ante el horror, y la boca con la que tantas veces había gritado mi miedo y mi valor, y las manos que habían empuñado acero y derramado sangre. Y luego me besó con su boca amplia y cálida, y aún sonreía cuando lo hizo y cuando se apartó de mí. Y ahora que Angélica lleva muerta tanto como aquella España y aquel tiempo que narro, no puedo borrar de mi memoria esa sonrisa. La misma que aparecía en sus labios cada vez que hacía el mal, cada vez que ponía mi vida en peligro, o cada vez que besaba mis cicatrices. Alguna de las cuales, pardiez, como ya adelanté en otro sitio, hízome ella misma.

También recuerdo el orgullo. Entre los sentimientos que pasan por la cabeza, en el combate, cuéntanse el miedo, primero, y luego el ardor y la locura. Calan después en el ánimo del soldado el cansancio, la resignación y la indiferencia. Más si sobrevive, y si está hecho de la buena simiente con que germinan ciertos hombres, queda también el punto de honor del deber cumplido. Y no hablo a vuestras mercedes del deber del soldado para con Dios o con el Rey, ni del esguízaro con pundonor que cobra su paga; ni siquiera de la obligación para con los amigos y camaradas. Me refiero a otra cosa que aprendí junto al capitán Alatraste: el deber de pelear cuando hay que hacerlo, al margen de la nación y la bandera; que, al cabo, en cualquier nacido no suelen ser una y otra sino puro azar. Hablo de empuñar el acero, afirmar los pies y ajustar el precio de la propia piel a cuchilladas en vez de entregarla como oveja en matadero. Hablo de conocer, y aprovechar, que raras veces la vida ofrece ocasión de perderla con dignidad y con honra.

El caso es que busqué a mi amo. En medio de aquella furia, entre caballos desventrados que se pisoteaban las tripas, estocadas y pistoletazos, anduve de empujones a sobresaltos, daga en mano, llamando a gritos al capitán Alatraste. Por todas partes se mataba mucho y bien; más nadie lo hacía ya por el Rey, sino para no dar la existencia de barato. Las primeras filas de nuestro escuadrón eran una sarracina de españoles y holandeses que se acuchillaban con mucho encono abrazados unos a otros, y las bandas anaranjadas o rojas eran las únicas referencias a la hora de clavar hierro o apoyarse en el camarada hombro con hombro.

Ése fue mi primer combate de verdad, a la desesperada, contra todo aquel que se me antojaba enemigo. Yo había estado ya en malos lances, dado un pistoletazo a un hombre en Madrid, cruzado acero con Gualterio Malatesta, tomado por asalto la puerta de Oudkerk y escaramuzado un poco por todas partes, en Flandes; lo que para un mozo no resulta, voto a Dios, biografía baladí. Incluso momentos antes había rematado con mi daga al hereje malherido por el capitán Alatraste, y su sangre manchaba mi jubón. Pero nunca, hasta aquella carga holandesa, habíame visto como ahora me veía, sumido en tal locura, llegado al punto donde cuenta más el azar que el valor o la destreza. Dábanse todos buena maña en la pelea, bien trabados unos con otros, en tropel de hombres que pisoteaban muertos y heridos, acuchillándose muy en corto sobre la hierba ensangrentada, inútiles ya picas, arcabuces y casi las espadas, pues tajábase muy lindamente de daga y puñal, punteado todo ello por los tiros a bocajarro de pistola. Ignoro cómo pude mantenerme vivo a través de semejante escabechina; pero lo cierto es que, al cabo de unos instantes o de un siglo –hasta el tiempo había dejado de correr como era debido–, vime contuso, zarandeado y lleno a una de espanto y de coraje, junto al mismísimo capitán Alatraste y sus camaradas.

Por vida del Rey que parecían lobos. Dentro del caos de las primeras filas, la escuadra de mi amo peleaba agrupada como un minúsculo cuadro, con los hombres de espaldas unos a otros; lanzando en torno golpes de espada y daga tan peligrosos que parecían dentelladas. Ellos no gritaban «España» o «Santiago» para darse

ánimos, sino que se batían a diente prieto, reservando el aliento para despachar herejes; y a fe que hacíanlo a conciencia, pues tenían destripados buen golpe alrededor. Sebastián Copons seguía con su ensangrentado cachirulo en torno a la cabeza, Garrote y, Mendieta blandían medias picas para tener a raya a los holandeses, y Alatraste empuñaba en una mano la daga y en la otra la espada, enrojecidas una y otra hasta los gavilanes. Completaban el grupo los hermanos Olivares y el gallego Rivas. En cuanto a José Llop, estaba en el suelo, muerto. Tardé en reconocer al mallorquín porque un arcabuzazo le había llevado media cara.

Diego Alatraste parecía sumido en algo que estuviera más allá de todo aquello. Había tirado el sombrero y su pelo revuelto y sucio le caía sobre la frente y las orejas. Tenía las piernas abiertas, como sujetas con clavos al suelo, y toda su energía y su cólera concentradas en los ojos, que brillaban enrojecidos, peligrosos, en la cara tiznada de pólvora. Movía las armas con calculada eficacia, a impulsos mortales que parecían disparados por resortes ocultos de su cuerpo. Paraba aceros y moharras de picas, daba tajos, y aprovechaba cada pausa para bajar las manos y descansar un poco antes de pelear de nuevo, como avaro que administrase el caudal de su energía. Me fui arrimando a él, pero ni siquiera hizo ademán de reconocermé; parecía lejos de allí, cual si estuviera al cabo de un largo camino y pelease sin mirar atrás, en el umbral mismo del infierno.

Yo tenía la mano entumecida, de apretarla en torno a la empuñadura de mi daga. Al cabo, de pura torpeza, ésta cayó al suelo y me agaché a recogerla. Me alzaba cuando unos holandeses se nos vinieron encima gritando con toda su alma, zumbaron varios mosquetazos y una buena nube de picas paloteó sobre mí. Sentí que caían hombres a mi alrededor, y asiendo la daga quise levantarme del todo, convencido de que era llegada mi hora. Noté entonces un golpe en la cabeza, ésta me dio vueltas, y ante mis ojos se proyectaron innumerables puntitos luminosos. Me desvanecí a medias, aferrando mi daga y dispuesto a llevármela allí adonde fuera; todo me daba ya igual, salvo que me encontrasen sin ella en la mano. Luego pensé en mi madre y recé. Padre nuestro, musitaba atropelladamente. Gure Aita, repetía una y otra vez en castellano y en vascuence, aturdido, incapaz de recordar el resto de la oración. En ese momento alguien me agarró por el jubón y me arrastró sobre la hierba y los muertos y los heridos. Tiré dos débiles golpes de daga a ciegas, creyendo habérmelas con un enemigo, hasta que sentí un pescozón y luego otro que me hicieron tener la mano tranquila. De pronto vime depositado dentro de un pequeño círculo de piernas y botas manchadas de lodo, entre la hierba, oyendo sobre mi cabeza los golpes de las armas, cling, chac, ris-ras, clunc, chas: siniestro concierto de acero, ropa y carne rasgada, huesos que se partían con chasquidos, sonidos guturales de gargantas que exhalaban furia, dolor, miedo y agonía. Y al fondo, tras las filas que aún permanecían firmes en torno a nuestras banderas, el redoble orgulloso, impasible, del tambor que seguía batiendo por la vieja y pobre España.

—¡Se retiran!... ¡Firme y a ellos!... ¡Se retiran!

El tercio había aguantado, con los hombres de las primeras filas muertos en su sitio, hasta el punto de que numerosos cadáveres mantenían la formación del comienzo de la batalla. Ahora sonaban trompetas y el redoble del tambor era más vivo, y había más tambores avanzando en nuestro socorro, y por el dique y el camino del molino Ruyter ondeaban las banderas y relucían las picas del socorro que al fin llegaba. Un escuadrón de herreruelos italianos que llevaban arcabuceros montados a la grupa pasó por nuestro flanco con sus jinetes saludándonos al galope antes de cerrar contra los holandeses, que, bien trasquilados tras venir por lana, se retiraban muy rotos y en gentil desorden buscando salvación en los bosques. Y la vanguardia de nuestros camaradas, coseletes, picas secas y mosqueteros, a buen paso de carga, alcanzaba ya, rebasándolo, el lugar al otro lado del camino donde con no poca honra habíase hecho acuchillar el tercio valón de Soest.

—¡A ellos, a ellos!... ¡Cierra España!... ¡Cierra!

Clamaba victoria a voces nuestro campo, y los hombres que habían reñido durante toda la mañana en obstinado silencio gritaban ahora enardecidos apellidando a la Virgen Santísima y a Santiago, y los veteranos exhaustos bajaban las armas besando sus rosarios y medallas. Tocaba el tambor a degüello, sin compasión ni cuartel, iniciándose el alcance, la persecución al enemigo vencido, a fin de tomarle despojos y bagajes, y hacerle pagar bien caros nuestros muertos y la áspera jornada que nos había hecho pasar. Rompíanse ya las filas del tercio para correr tras los herejes, dando caza primero a los heridos y rezagados, quebrando cabezas, tajando miembros, degollando muy a mansalva y sin usar, en suma, de piedad con ninguno; que si dura resultaba la infantería española en el asalto y la defensa, crudelísima era siempre en la venganza. Tampoco italianos y valones se quedaban atrás, deseando muy fervientes estos últimos devolver la sangría sufrida en sus camaradas de Soest. Y el paisaje punteaba de millares de hombres corriendo a la deshilada, matando y rematando, saqueando a los heridos y a los muertos que yacían por todas partes, tan acuchillados que a veces la mayor tajada intacta era la oreja.

Diéronse a ello, como el resto, el capitán Alatraste y sus camaradas, tan en caliente como vuestras mercedes pueden suponer; y fuiles yo a los alcances, aún aturdido por la refriega y con una contusión en la cabeza del tamaño de un huevo, pero gritando enardecido como el que más. Por el camino, del primer muerto enemigo

que vi a mano híceme con un muy bizarro estoque corto de Solinguen, y enfundando la daga anduve dando mojadadas de buena hojarasca alemana en cuanto vivo o muerto hube por delante, como quien punza morcones. Aquello era al mismo tiempo matanza, juego y locura, y la batalla habíase tornado matadero de novillos ingleses y carnicería de tajadas flamencas. Algunos ni se defendían, como el grupo que alcanzamos chapoteando hasta la cintura en una turbera y allá les fuimos todos encima, haciendo almadraba de calvinistas, envasándoles aceros y apuñalando de diestra a siniestra, sin hacer caso a sus súplicas ni a sus manos alzadas pidiendo misericordia, hasta que el agua negruzca se puso toda roja y flotaron en ella como atunes hechos pedazos.

Se mató mucho, pues teníamos dónde; y habiendo tantos no podían degollarse pocos. La cacería fue de una legua y duró hasta el anochecer, y para entonces ya se habían sumado a ella mis camaradas mochileros, los campesinos de las cercanías que no conocían otro bando que el de su codicia, y hasta algunas cantineras, daifas y vivanderos que iban llegando de Oudkerk atraídos al olor del botín. Avanzaban tras los soldados, rapiñando cuanto quedaba, bandada de cuervos que no dejaba sino cadáveres desnudos a su paso. Yo seguí el alcance con la vanguardia, sin sentir el cansancio de la jornada, como si la furia y el deseo de venganza me diesen fuerzas para continuar hasta el fin del mundo. Estaba –que Dios me perdone si le place– ronco de gritar y tinto en sangre de aquellos desgraciados. El crepúsculo rojizo se cerraba sobre casares incendiados al otro lado del bosque, y no había canal, ni sendero, ni camino sobre dique, donde no se amontonaran muertos y más muertos. Nos detuvimos al fin, exhaustos, en un pequeño lugar de cinco o seis casas donde hasta los animales fueron pasados a cuchillo. Un grupo de rezagados se había hecho fuerte allí, y acabar con ellos llevóse los últimos momentos de luz. Por fin, al resplandor rojizo de los tejados que ardían, fuimos sosegándonos poco a poco, llenas las faltriqueras de botín, y los hombres empezaron a dejarse caer aquí y allá, asaltados de pronto por inmensa fatiga, respirando cual bestias agotadas. Sólo el menguado sostiene que la victoria es alegre: vuelto poco a poco el seso, callábamos todos evitando mirarnos, como avergonzados de nuestros cabellos erizados y sucios, los rostros negros, crispados, los ojos enrojecidos, la costra de sangre que cubría ropas y armas. Ahora el único sonido era el chisporroteo del fuego y el crujir de las vigas que se venían abajo entre las llamas, y algunos gritos y tiros que sonaban alrededor, en la noche, disparados por quienes seguían adelante con la matanza.

Fui a sentarme en cuclillas, dolorido y maltrecho, junto al muro de una casa, la espalda apoyada en la pared. El aire me hacía lagrimear, respiraba con dificultad y reventaba de sed. Al resplandor del fuego vi que Curro Garrote anudaba un hato con anillos, cadenas y botones de plata cogidos a los muertos. Mendieta estaba tumbado boca abajo, y se le habría creído tan fiambre como a los holandeses tirados por aquí y por allá, de no oír sus feroces ronquidos. Había otros españoles sentados en grupos o solos, y creí reconocer entre ellos al capitán Bragado con un brazo en cabestrillo. Poco a poco empezaron los comentarios en voz baja, las preguntas por el paradero de este o aquel camarada. Uno preguntó por Llop y le respondió el silencio. Algunos hacían fogatas para asar trozos de carne que habían cortado de los animales muertos, y en torno a esos fuegos fueron congregándose muy lentamente los soldados. A poco se hablaba ya en voz alta, y luego uno dijo algo, un comentario o una chanza, que tuvo como respuesta una carcajada. Recuerdo la profunda impresión que me hizo aquello, pues llegué a creer, después de semejante jornada, que la risa de los hombres habíase extinguido para siempre de la faz del mundo.

Volvíme hacia el capitán Alatrístete, y vi que me miraba. Estaba sentado contra la pared a unos pasos de mí, flexionadas las piernas y con los brazos alrededor de las rodillas, y aún conservaba su arcabuz. Sebastián Copons se tenía a su lado, apoyada la cabeza en la pared, cruzada la espada entre las piernas, la cara cubierta por una costra parda y el cachirulo echado hacia el cogote, descubriéndole la herida de la sien. Sus perfiles se recortaban a contraluz en el resplandor de una de las casas que ardían más allá, iluminados a intervalos con el vaivén de las llamas. Los ojos de Diego Alatrístete, relucientes por el reflejo del incendio, me observaban con una suerte de cavilosa fijeza, como si pretendieran leer algo en mi interior. Yo estaba al tiempo avergonzado y orgulloso, agotado y con la energía batiéndome el corazón, horrorizado, triste, amargo y feliz por estar vivo; y juro a vuestras mercedes que todas esas sensaciones y sentimientos, y muchos más, pueden albergarse a la vez tras una batalla. El capitán seguía mirándome en silencio, más escrutador que otra cosa, hasta el punto de que terminé por sentirme incómodo; había esperado elogios, una sonrisa de ánimo, algo que confirmase su estimación por haberme conducido como hombre cuajado de arriba abajo. Por eso me desconcertaba aquella observación en la que nada podía adivinar salvo la imperturbable fijeza de otras ocasiones; gesto, o ausencia de él, que yo no podía penetrar jamás, ni pude hacerlo hasta que pasó mucho tiempo, y muchos años; y un día, ya hombre hecho y derecho, sorprendí en mí, o creí adivinarme, esa misma mirada.

Incómodo, decidí hacer algo que rompiese la situación. Así que enderecé mi cuerpo dolorido, puse el estoque alemán al cinto, junto a la daga, y me incorporé.

–¿Busco algo de comer y beber, capitán?

La luz de las llamas le bailaba en la cara. Tardó unos instantes en responder, y cuando lo hizo fue limitándose a mover afirmativamente su perfil aguileño, prolongado bajo el espeso mostacho. Luego se quedó mirando cómo yo volvía la espalda e íbame detrás de mi sombra.

A través de una ventana, el incendio de afuera iluminaba de rojo las paredes. Todo estaba revuelto en la casa: muebles rotos, cortinas chamuscadas por el suelo, cajones boca abajo, enseres desordenados. Crujían mis pies al pisar todo aquello cuando anduve arriba y abajo en busca de una alacena o una despensa que aún no hubieran visitado nuestros rapaces camaradas. Recuerdo la tristeza inmensa que se desprendía de aquella vivienda saqueada y a oscuras, ausentes las vidas que habían dado calor a sus estancias; desolación y ruina que en otro tiempo fue hogar donde sin duda había reído un niño, o donde alguna vez dos adultos intercambiaron gestos de ternura, o palabras de amor. Y así, la curiosidad de quien zascandilea a sus anchas por un recinto que en lo común le está vedado fue dando paso, en mi ánimo, a una desolación creciente. Imaginaba mi propia casa en Oñate, desalojada por la guerra; en fuga o tal vez algo peor mi pobre madre y mis hermanillas, holladas sus habitaciones por algún joven extranjero que, como yo, vela esparcidas por el suelo, rotas, quemadas, las humildes trazas de nuestros recuerdos y nuestras vidas. Y con el egoísmo que es natural en el soldado, me alegré de estar en Flandes y no en España. Pues aseguro a vuestras mercedes que, en negocio de guerra, siempre es de algún consuelo que la desgracia la sufran extraños; que en tales lances resulta envidiable quien a nadie tiene en el mundo, y no arriesga otro afecto que la propia piel.

Nada hallé que mereciese la pena. Me detuve un momento a orinar contra la pared, y disponíame a salir de allí mientras abrochaba el calzón cuando algo me detuvo con sobresalto. Estuve quieto un instante, escuchando, hasta que volví a oírlo de nuevo. Era un gemido bajo y prolongado; un lamento débil que sonaba al fondo de un pasillo estrecho, lleno de escombros. Habríase tomado por el de un animal que sufriera, de no templarlos a veces entonaciones casi humanas. Así que desenvainé mi daga con tiento –en tales angosturas, el estoque no era manejable– y me acerqué pegado a la pared, muy poco a poco, en averiguación de aquello.

El incendio de afuera iluminaba media habitación, proyectando sombras de contornos rojizos en una pared de la que pendía un tapiz roto a cuchilladas. Bajo el tapiz, en el suelo y con la espalda apoyada en el ángulo que formaban la pared y un armario desvencijado, había un hombre. Las llamas reflejadas en el acero de su peto revelaban la condición de soldado, e iluminaban un pelo rubio y largo, revuelto, sucio de lodo y de sangre, unos ojos muy descoloridos y una terrible quemadura que le tenía todo un lado de la cara en carne viva. Estaba inmóvil, fijos los ojos en la claridad que entraba por la ventana, y salía de sus labios entreabiertos aquel lamento que yo había oído desde el pasillo; un gemido apagado y constante en el que, a veces, intercalaba palabras incomprensibles en lengua extranjera.

Fuime a él despacio, ojo avizor, sin soltar la daga y bien atento a sus manos, por si empuñaba algún arma. Pero aquel desgraciado no estaba en condiciones de empuñar nada. Parecía un viajero sentado a la orilla del río de los muertos; alguien a quien el barquero Caronte hubiese dejado atrás, olvidado, en un penúltimo viaje. Me estuve un rato en cuclillas junto a él, observándolo con curiosidad, sin que pareciese reparar en mi presencia. Siguió mirando la ventana, inmóvil, con su quejido interminable y sus palabras incompletas y extrañas, incluso cuando le toqué el brazo con la punta de mi daga. Su rostro era una representación espantosa de Jano: un lado razonablemente intacto, y el otro convertido en un amasijo de carne quemada y rota, entre la que brillaban minúsculas gotas de sangre. Sus manos también parecían carbonizadas. Yo había visto varios holandeses muertos en los establos en llamas de la parte de atrás de la casa, e imaginé que ése, herido en la refriega, se había arrastrado entre los tizones encendidos para refugiarse allí.

–¿Flamink? –pregunté.

No respondió sino con su interminable gemido. Al cabo de un rato de observarlo concluí que se trataba de un hombre joven, no mucho mayor que yo. Y por el peto y la ropa, uno de los jinetes de caballos corazas que nos habían estado cargando por la mañana, frente al molino Ruyter. Quizá hasta habíamos peleado cerca uno del otro cuando holandeses e ingleses intentaban romper el cuadro y los españoles reñíamos a la desesperada por nuestras vidas. La guerra, razoné, tenía extrañas idas y venidas, curiosos vaivenes de la fortuna. Sin embargo, apaciguado tras el horror de la jornada y el alcance de los fugitivos, yo no sentía ya hostilidad ni rencor. Muchos españoles había visto morir aquel día, pero aún más enemigos. De momento mi balanza estaba pareja, aquél era un hombre indefenso, y yo iba saciado de sangre. Así que envainé mi daga. Luego salí afuera, con el capitán Alatraste y los otros.

–Hay un hombre dentro –dije–. Un soldado.

El capitán, que no había cambiado de postura desde mi marcha, apenas levantó la mirada.

–¿Español u holandés?

–Holandés, creo. O inglés. Y está malherido.

Alatraste asintió lentamente con la cabeza, cual si a tales alturas de la noche lo extraño hubiera sido toparse con un hereje vivo y con buena salud. Luego encogió los hombros, como preguntándome por qué iba a contarle aquello.

–Pensé –sugerí– que podríamos ayudarlo.

Ahora me miró por fin. Lo hizo muy despacio, y vi girar su rostro en el contraluz del fuego cercano.

–Pensaste –murmuró.

–Sí.

Aún estuvo un rato quieto, mirándome. Luego se volvió a medias hacia Sebastián Copons, que seguía a su lado, la cabeza apoyada en la pared, sin abrir la boca, su ensangrentado cachirulo siempre hacia el cogote. Alatraste cambió con él una ojeada breve y después me observó de nuevo. Oí crepitar las llamas en el largo silencio.

–Pensaste –repitió, absorto.

Se puso en pie dolorido, cual si le costara desentumecer los huesos. Parecía de mala gana y muy cansado. Vi que Copons se levantaba tras él.

–¿Dónde está?

–En la casa.

Los guí por las habitaciones y el pasillo hasta el cuarto de atrás. El hereje seguía inmóvil entre el armario y la pared, gimiendo en voz muy baja. Alatraste se detuvo en el umbral y le echó un vistazo antes de acercarse. Después se inclinó un poco más y lo estuvo observando otro rato.

–Es holandés –concluyó al fin.

–¿Podemos socorrerlo? –pregunté.

La sombra del capitán Alatraste estaba ahora inmóvil en la pared.

–Claro.

Sentí que Sebastián Copons pasaba por mi lado. Sus botas crujieron sobre la loza rota del suelo mientras se acercaba al herido. Entonces Alatraste vino hacia mí, y Copons echó mano a los riñones y sacó la vizcaína.

–Vámonos –me dijo el capitán.

Me resistí a la presión de su mano en mi hombro, estupefacto, viendo cómo Copons apoyaba la daga en el cuello del holandés y lo degollaba de oreja a oreja. Alcé el rostro, estremecido, para encontrar la faz oscura de Alatraste. No veía su mirada, aunque la supe fija en mí.

–Estaba... –empecé a decir, balbuceante.

Callé de pronto, pues las palabras se me antojaron de golpe inútiles. Hice un ademán de rechazo, irreflexivo, para sacudirme del hombro la mano del capitán; pero ésta se mantuvo firme, aferrándomelo. Copons se incorporaba ya con mucha flema, y tras limpiar la hoja de la daga en la ropa del otro, la devolvía a la funda. Luego pasó por nuestro lado y fuese pasillo adelante, sin decir esta boca es mía.

Giré con brusquedad, sintiendo al fin mi hombro libre. Después di dos pasos en dirección al joven que ahora estaba muerto. Nada era distinto en la escena, salvo que su lamento había cesado, y que por la gola de la coraza le descendía un velo oscuro, espeso y reluciente, cuyo rojo se fundía con el resplandor del incendio en la ventana. Parecía aún más solo que antes; una soledad tan estremecedora que produjo en mí una pena intensa, hondísima, como si fuera yo mismo, o tal vez parte de mí, quien estuviera en el suelo, la espalda contra la pared, los ojos quietos y abiertos mirando la noche. Sin duda, pensé, hay alguien en alguna parte que aguarda el regreso de este que ya no irá a sitio alguno. Tal vez haya una madre, una novia, una hermana o un padre que rezan por él, por su salud, por su vida, por su regreso. Tal vez hay una cama en la que durmió de niño y un paisaje que lo vio crecer. Y nadie en ese lugar sabe todavía que él está muerto.

Ignoro cuánto seguí allí quieto, mirando el cadáver. Pero al cabo escuché pasos, y sin necesidad de volverme supe que el capitán Alatraste había permanecido todo el tiempo a mi lado. Sentí el olor familiar, áspero, a sudor, cuero y metal de sus ropas y avíos militares. Y luego, la voz.

–Un hombre sabe cuándo ha llegado al final... Ése lo sabía.

No respondí. Seguía contemplando el cuerpo degollado. Ahora la sangre formaba una inmensa mancha oscura bajo las piernas extendidas. Es increíble, me dije, la cantidad de sangre que tenemos en el cuerpo: al menos dos o tres azumbres. Y lo fácil que resulta vaciarlos.

–Es cuanto podíamos hacer por él –añadió Alatraste.

Tampoco ahora respondí, y estuvo buen espacio sin decir nada más. Por fin lo oí moverse. Aún siguió un instante cerca de mí, como si dudara entre hablarme otra vez o no; cual si entre los dos quedasen infinidad de palabras no dichas, que si él salía de allí sin pronunciar ya no se dirían nunca. Pero permaneció callado; y al cabo, sus pasos empezaron a alejarse hacia el pasillo.

Fue entonces cuando me revolví. Sentía una cólera sorda y tranquila, que jamás había conocido hasta esa noche. Una cólera desesperada, amarga como los silencios del propio Alatraste.



–¿Quiere decir vuestra merced, capitán, que acabamos de hacer una buena obra?... ¿Un buen servicio? Nunca antes le había hablado en ese tono. Los pasos se detuvieron y la voz de Alatraste sonó extrañamente opaca. Imaginé sus ojos claros en la penumbra, mirando absortos el vacío.

–Cuando llegue el momento –dijo– ruega a Dios que alguien te lo haga a ti.

Así fue como ocurrió todo, la noche en que Sebastián Copons degolló al holandés herido y yo aparté de mi hombro la mano del capitán Alatraste. Y así fue también como franqueé, sin apenas darme cuenta, esa extraña línea de sombra que todo hombre lúcido termina cruzando tarde o temprano. Allí, solo y de pie ante el cadáver, empecé a mirar el mundo de modo muy diferente. Y vime en posesión de una verdad terrible, que hasta ese instante sólo había sabido intuir en la mirada glauca del capitán Alatraste: quien mata de lejos lo ignora todo sobre el acto de matar. Quien mata de lejos ninguna lección extrae de la vida ni de la muerte: ni arriesga, ni se mancha las manos de sangre, ni escucha la respiración del adversario, ni lee el espanto, el valor o la indiferencia en sus ojos. Quien mata de lejos no prueba su brazo ni su corazón ni su conciencia, ni crea fantasmas que luego acudirán de noche, puntuales a la cita, durante el resto de su vida. Quien mata de lejos es un bellaco que encomienda a otros la tarea sucia y terrible que le es propia. Quien mata de lejos es peor que los otros hombres, porque ignora la cólera, y el odio, y la venganza, y la pasión terrible de la carne y de la sangre en contacto con el acero; pero también ignora la piedad y el remordimiento. Por eso, quien mata de lejos no sabe lo que pierde.

## VII. EL ASEDIO

*De Íñigo Balboa a Don Francisco de Quevedo Villegas. A su atención en la Taberna del Turco. En la calle de Toledo, junto a la Puerta Cerrada de Madrid*

*Querido Don Francisco:*

*Escribo a vuestra merced por deseo del capitán Alatraste, para que veáis, dice, los progresos que hago en la escritura. Excusad por tanto las faltas. Os diré que sigo adelante con mis lecturas, en lo posible, y aprovecho para practicar buena letra cuando tengo ocasión. En ratos de ocio, que en la vida del mochilero y en la del soldado son tantos o más que los otros, aprendo del padre Salanueva las declinaciones y los verbos en latín. El padre Salanueva es capellán de nuestro tercio, y en palabras de los soldados dista muchas leguas de ser un santo varón; pero tiene cuentas pendientes con mi amo o le debe favores. El caso es que me trata con afición y dedica el tiempo que está sobrio (es de los que beben más que consagran) a mejorar mi educación con ayuda de unos Comentarios de César y libros religiosos como el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y hablando de libros, debo agradecer a vuestra merced el envío de El ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha, segunda parte de El ingenioso hidalgo, que estoy leyendo con tanto gusto y aprovechamiento como la primera.*

*En cuanto a nuestra vida en Flandes, sabrá v.m. que ha experimentado algún cambio en los últimos tiempos. Con el invierno se acabó también el estar de guarnición a lo largo del canal Ooster. El tercio viejo de Cartagena se encuentra ahora bajo los mismos muros de Breda, participando en el asedio. Es vida dura, pues los holandeses están muy gentilmente fortificados, y todo es zapa y contrazapa, mina y contramina, trinchera y contratrinchera, de modo que nuestras fatigas se asemejan más a las de topos que a las de soldados. Eso causa incomodidades, suciedad tierra y piojos a más no poder. Es además trabajo muy expuesto por las salidas y ataques que hacen desde la plaza y el fuego constante de arcabucería. Las murallas de la villa no son de ladrillo sino de tierra. Eso dificulta hacer escarpa para el asalto con el batir de nuestra artillería. Se sustentan con quince baluartes bien protegidos y fosos con catorce revellines, tan bien concertado todo que murallas, baluartes, revellines, reparos y fosos se defienden unos a otros con tanta fortuna que cada aproximación de los nuestros es dificultosa y cuesta trabajos y vidas. Defiende la ciudad el holandés Justino de Nassau, pariente del otro Nassau. Y cuéntase que tiene dentro franceses y valones en la puerta de Ginneken, ingleses en la de Bolduque y flamencos y escoceses en la de Amberes. Todos ellos pláticos en cosas de la guerra, de manera que no es posible tomar la villa por asalto. De ahí la necesidad del cerco paciente que, con mucho esfuerzo y sacrificio, mantiene nuestro general Don Ambrosio Spínola con quince tercios de naciones católicas. Son entre ellos los españoles, como suelen, el menor número, pero también los que se emplean siempre en las tareas de peligro que requieren gente plática y disciplinada.*

*Maravillaría a vuestra merced ver con sus ojos las obras de asedio y la invención con que éstas han sido hechas. Seguro que son asombro de la Europa entera, pues cada aldea y fuerte alrededor de la villa están unidas por trincheras y baluartes, para impedir las salidas de los sitiados y para evitar les venga socorro de afuera. En nuestro campo hay semanas enteras que se usan más el pico y la zapa que la pica y el arcabuz.*

*El país es llano, con prados y árboles, escaso de vino, con agua mala y doliente, y se ve muy ruín y desprovisto por la guerra, de modo que el bastimento escasea. Cuesta una medida de trigo ocho florines, cuando se la encuentra. Hasta la simiente de nabos está por las nubes. Los villanos y vivanderos de los pueblos cercanos no osan, si no es a hurtadillas, traer cosa alguna a nuestro campo. Algunos soldados españoles, que tienen en menos la reputación que el hambre, comen la carne de los caballos muertos, que es miserable alimento. Los mochileros salimos a forrajear a veces muy lejos y hasta en tierras enemigas, expuestos a la*

*caballería hereje, que a veces nos coge a la gente derramada o nos acuchilla muy a su gusto. Yo mismo heme visto no pocas veces fiando mi salud a la velocidad de mis piernas. La carestía es grande, como digo, tanto en nuestras trincheras como dentro de la ciudad. Eso juega en nuestro beneficio y en el de la verdadera religión, pues franceses, ingleses escoceses y flamencos de los que guarnecen la villa, acostumbrados a vida de más deleite, sufren peor el hambre y las privaciones que los de nuestro campo, y en especial que los españoles. Que aquí es casi toda gente vieja muy hecha a sufrir en España y a pelear fuera de ella, sin otro socorro que un mendrugo de pan duro y un poco de agua o vino para ir tirando.*

*En cuanto a nuestra salud, yo estoy bien. Mañana cumpla quince años y he crecido algunas pulgadas más. El capitán Alatraste sigue como siempre, con pocas carnes en el cuerpo y pocas palabras en la boca. Pero las privaciones no parecen afectarlo demasiado. Tal vez porque, como él dice (torciendo el bigote en una de esas muecas suyas que podrían tomarse por una sonrisa), anduvo escaso la mayor parte de su vida, y a todo se hace hábito el soldado, y en especial a la miseria. Ya sabéis que es hombre poco dado a tomar la pluma y a escribir cartas. Pero me encarga os diga que agradece las vuestras. También me encarece os salude con todas su consideración y todo su afecto. También que transmitáis lo mismo a los amigos de la taberna del Turco y a la Lebrijana.*

*Y una última cosa. Sé por el capitán que v.m. frecuenta Palacio en los últimos tiempos. En ese caso, es posible que alguna vez encuentre a una niña, o jovencita, llamada Angélica de Alquézar, que sin duda ya conoce. Era, y tal vez lo siga siendo, menina de su majestad la reina. En tal caso quisiera pedir os un servicio muy particular: que si veis llegada y oportuna la ocasión, le digáis que Íñigo Balboa está en Flandes sirviendo al Rey nuestro señor y a la sante fe católica, y que ya ha sabido batirse honrosamente como español y como soldado.*

*Si hacéis eso por mí, querido Don Francisco, será aún mayor la afición y amistad que siempre os profeso.*

*Que Dios os guarde y nos guarde a todos.*

*Íñigo Balboa Aguirre.*

*(Fechado bajo las murallas de Breda, el primer día de abril de mil seiscientos veinte y cinco)*

Desde la trinchera podía oírse cavar a los holandeses. Diego Alatraste pegó la oreja a uno de los maderos hincados en el suelo para sostener las fajinas y cestones de la zanja, y una vez más escuchó el amortiguado ris-ras que venía de las entrañas de la tierra. Hacía una semana que los de Breda trabajaban noche y día para cortar el paso a la trinchera y al subterráneo que los atacantes dirigían hacia el revellín que llamaban del Cementerio. De ese modo, palmo a palmo, éstos avanzaban con la mina y aquellos con la contramina, dispuestos unos a hacer estallar varios barriles de pólvora bajo las fortificaciones holandesas, y empeñados los otros en hacer muy lindamente lo mismo bajo los pies de los zapadores del Rey católico. Todo era cuestión de trabajo y rapidez. De quién cavara más deprisa y llegase antes a encender sus mechas.

–Maldito animal –dijo Garrote.

Se tenía con la cabeza gacha y el ojo atento, muy a lo suyo, apostado tras los cestones con el mosquete apuntado entre unas tablas que le servían de aspillera, la mecha calada y humeando. Arrugaba la nariz, asqueado. El dicho maldito animal era una mula que llevaba tres días muerta bajo el sol a pocas varas de la trinchera, en tierra de nadie. Se había escapado del campo español, con tiempo para darse un gentil garbeo entre unos y otros antes de que un mosquetazo procedente de la muralla, zas, la dejase allí tendida patas arriba. Ahora hedía, hecha un zumbidero de moscas.

–Mucho tardas y holandés no tienes –comentó Mendieta.

–Casi lo tengo.

Mendieta estaba sentado en el fondo de la zanja, a los pies de Garrote, despiojándose con solemne minuciosidad vascongada –en las trincheras, no contentos con vivir a su gusto en nuestro pelo y harapos, los piojos salían a hacer la rúa con mucha flema–. El vizcaíno había hablado sin excesivo interés, atento a su tarea. Tenía la barba crecida y la ropa hecha jirones y sucia de tierra, como cuantos estaban allí, incluido el propio Alatraste.

–¿Verlo puedes, o así?

Garrote movía la cabeza. Se había quitado el sombrero para ofrecer menos blanco a los de enfrente. Su pelo rizado y grasiento se recogía en la nuca en una coleta sucia.

–Ahora no, pero de vez en cuando asoma... La próxima lo avío, al hideputa.

Echó Alatraste un vistazo breve por encima del parapeto, procurando cubrirse entre las tablas y las fajinas. El holandés era quizás uno de los gastadores que trabajaban en la boca del túnel, a unas veinte varas por delante. Hiciera lo que hiciese, sus movimientos lo descubrirían un poco, no demasiado, apenas la cabeza; pero suficiente para que Garrote, opinado como buen tirador, le fuera cogiendo el punto, sin prisas, hasta ponerlo en suerte. El malagueño, hombre de toma y daca, quería corresponder al detalle de la mula.

Había docena y media de españoles en la trinchera, una de las más avanzadas, que zigzagueaba a escasa distancia de las posiciones holandesas. La escuadra de Diego Alatraste pasaba allí dos semanas de cada tres, con el resto de la bandera del capitán Bragado, repartido por las zanjas y fosos cercanos, situados todos ellos entre el revellín del Cementerio y el río Merck, a dos tiros de arcabuz de la muralla principal y la ciudadela de Breda.

–Ahí está el hereje –murmuró Garrote.

Mendieta, que acababa de encontrar un piojo y lo miraba con curiosidad familiar antes de aplastarlo entre los dedos, alzó un momento la vista, interesado.

¿Holandés tienes?

–Lo tengo.

–Al infierno envía, pues.

–En eso estoy.

Tras pasarse la lengua por los labios, Garrote había soplado la mecha y ahora encaraba cuidadosamente el mosquete, entornando el ojo izquierdo; su índice acariciaba el gatillo como si fuera el pezón de una daifa de a medio ducado. Asomándose un poco más, Alatraste tuvo la visión fugaz de una cabeza descubierta que se destacaba mal precavida en la trinchera holandesa.

–Otro que muere en pecado mortal –oyó decir muy despacio a Garrote.

Luego sonó el tiro, y con el fogonazo de pólvora chamuscada Alatraste vio desaparecer de golpe la cabeza de enfrente. Después se oyeron gritos de furia, y tres o cuatro escopetadas levantaron tierra en el parapeto español. Garrote, que se había dejado caer de nuevo abajo en la trinchera, reía entre dientes, el mosquete humeante entre las piernas. Afuera sonaban más tiros e insultos voceados en flamenco.

–Que se jodan –dijo Mendieta, localizando otro piojo.

Sebastián Copons abrió un ojo y lo volvió a cerrar. El mosquetazo de Garrote le había interrumpido la siesta que dormía al pie del parapeto, con la cabeza apoyada en una manta mugrienta. También los hermanos Olivares asomaron sus hirsutas cabezas de turcos por un recodo de la trinchera, curiosos. Alatraste se había agachado hasta quedar sentado, la espalda contra el terraplén. Luego metió la mano en la faltriquera, en busca de un trozo de pan de munición negro y duro que allí guardaba desde el día anterior. Se lo llevó a la boca, humedeciéndolo con saliva antes de masticar poco a poco. Con el olor de la mula muerta y el aire viciado de la zanja no resultaba manjar exquisito; pero tampoco había dónde elegir, e incluso aquel simple chusco era un festín de Baltasar. Nadie traería nueva provisión hasta la noche, con el amparo de la oscuridad. Demasiado expuesto de día.

Mendieta dejaba moverse el nuevo piojo por el dorso de la mano. Por fin, cansado del juego, lo aplastó de un manotazo. Garrote limpiaba con la baqueta el caño del arcabuz, caliente, tarareando una tonada italiana.

–Quién estuviera en Nápoles –dijo al cabo de un rato, con una sonrisa blanca en su atezada cara de moro.

Todos estaban al tanto de que Curro Garrote había servido dos años en el tercio de Sicilia y cuatro en el de Nápoles, viéndose obligado a cambiar de aires tras varios lances poco claros que incluían mujeres, cuchilladas, robos nocturnos con escalo y alguna muerte, una temporada forzosa en la cárcel de Vicaría y otra voluntaria acogido en la iglesia de la Capela, por dar cumplimiento a aquello de:

*A quien me dejó la capa  
y huyendo de mí se escapa,  
¿qué puede justicia hacer,  
si con infame poder  
se puso en tierra del Papa?*

El caso era que entre una cosa y otra, Garrote había tenido tiempo para recorrer con las galeras del Rey nuestro señor la costa de Berbería y las islas de oriente, asolando tierra de infieles y desvalijando caramuzales y bajeles turcos. En aquellos años, afirmaba, había reunido botín suficiente para retirarse sin

apuros. Y así lo habría hecho de no habersele cruzado demasiadas hembras y ser él mismo harto aficionado al naípe; que a la vista de Juan Tarafe o de una desencuadrada, el malagueño era de los que tallan fuerte y son capaces de jugarse el sol antes de que salga.

–Italia –repitió en voz baja, con la mirada perdida y la villana sonrisa todavía en la boca.

Lo había dicho como quien pronuncia un nombre de mujer, y el capitán Alatraste comprendía bien por qué. Aunque sin pregonarlo con tantos rumbos como Garrote, también él tenía sus recuerdos italianos, que en una trinchera de Flandes se antojaban aún más gentiles si cabe. Como todos los veteranos de allá, añoraba aquella tierra; o tal vez lo que de veras añoraba era su juventud bajo el cielo azul y generoso del Mediterráneo. A los veintisiete años, después de obtener la baja en su tercio tras la represión de los moriscos rebeldes de Valencia, habíase alistado en el de Nápoles y peleado contra turcos, berberiscos y venecianos. Sus ojos vieron arder la escuadra infiel frente a la Goleta con las galeras de Santa Cruz, las islas del Adriático con el capitán Contreras, y también teñirse de sangre española el fatídico esguazo de las Querquenes; de donde, socorrido por un compañero de nombre Diego Duque de Estrada, había salido llevando a rastras al joven y malherido Álvaro de la Marca, futuro conde de Guadalmedina. Durante aquellos años de mocedad, los golpes de fortuna y las delicias de Italia habían alternado con no pocos trabajos y peligros; aunque ninguno pudo agriar el dulce recuerdo de los emparrados en las suaves laderas del Vesubio, los camaradas, la música, el vino de la taberna del Chorrillo y las mujeres hermosas. Entre cal y arena, el año trece su galera resultó capturada en la boca del canal de Constantinopla, con media gente hecha pedazos y acribillada de saetas turcas hasta la gavia; y él mismo, herido en una pierna, viose liberado cuando la nave donde lo llevaban cautivo resultó apresada a su vez. Dos años más tarde, el quince del siglo y recién cumplida Alatraste la edad de Cristo, había sido uno de los mil y seiscientos españoles e italianos que, con una flota de cinco barcos, asolaron durante cuatro meses las costas de Levante, desembarcando luego en Nápoles con rico botín. Allí, una vez más, la rueda de la Fortuna giróle cabeza abajo. Una mujer trigueña, medio italiana y medio española, de cabos negros y ojos de buen tamaño, de esas que dicen asustarse al ver un ratón pero se huelgan de topar con media compañía de arcabuceros, había empezado por pedir que la regalara con ciruelas de Génova, luego con una gargantilla de oro y a la postre con vestidos de seda; y acabó, como suelen, por calzarse hasta el último maravedí. Luego el lance se adobó al estilo de las comedias de Lope, con una visita a deshora y otro fulano en camisa y donde no debía. Lo del prójimo en camisa quitó crédito a las protestas de la miñona, que sin empacho lo apellidaba de primo; aunque más que primo a secas diríase primo carnal. Además Diego Alatraste ya no tenía edad para caerse del guindo. De manera que, tras una mejilla de la mujer cruzada por linda cuchillada al soslayo, y el intruso de la camisa con dos cuartas de acero entre pecho y espalda –el presunto primo fue a batirse sin calzones, y eso le restó brío a la hora de afirmarse en buena esgrima–, Diego Alatraste viose tomando las de Villadiego antes que caer preso. Precaución que en su oportunidad consistió en rápido embarque para España, gracias al favor de un viejo conocido, el ya mentado Alonso de Contreras; con quien, siendo ambos rapazueros de la misma edad, había salido para Flandes a los trece años, tras las banderas del príncipe Alberto.

–Ahí viene Bragado –dijo Garrote.

El capitán Carmelo Bragado venía por la trinchera con la cabeza baja y sombrero en mano para no hacer bulto, buscando las desenfiladas de los arcabuceros enemigos apostados en el revellín. Aun así, como era un leonés fornido y resultaba difícil sustraer sus seis pies de altura a los ojos de los holandeses, un par de mosquetazos hicieron ziiiang, ziiiang, zurreando sobre el parapeto, en homenaje a su llegada.

–Mala pascua les dé Dios –gruñó Bragado, dejándose caer entre Copons y Alatraste.

Se abanicaba el rostro sudoroso con el sombrero en la mano diestra, apoyada la zurda en el puño de su toledana; pues la tenía descompuesta desde el combate del molino Ruyter, con los dedos anular y meñique desprovistos ahora de falanges. Al rato, lo mismo que antes había hecho Diego Alatraste, pegó la oreja a uno de los maderos clavados en la tierra y frunció el ceño.

–Esos topes herejes tienen prisa –dijo.

Luego se echó hacia atrás, rascándose el mostacho donde le goteaba el sudor de la nariz.

–Traigo dos malas noticias –añadió al rato.

Se quedó mirando la miseria de las trincheras, la suciedad acumulada por todas partes, el desastrado aspecto de los soldados. Fruncía la nariz ante el hedor de la mula muerta.

–Aunque entre españoles –ironizó– tener sólo dos malas noticias siempre es buena noticia.

Volvió a callar un poco, dicho aquello, hasta que por fin hizo una mueca desagradable y se rascó la nariz.

–Anoche mataron a Ulloa.

Alguien renegó un voto a Dios y los otros no dijeron nada. Ulloa era un cabo de escuadra, soldado viejo, que había servido con ellos en buen camarada hasta conseguir sus escudos de ventaja. Según aclaró Bragado en

pocas palabras, había salido a reconocer las trincheras holandesas con un sargento italiano, y sólo volvió el italiano.

–¿Para quién había hecho testamento? –se interesó Garrote.

–Para mí –repuso Bragado–. Y un tercio en misas.

Durante un rato guardaron silencio, y ése fue todo el epitafio de Ulloa. Copons seguía con su siesta y Mendieta a la caza de piojos. Garrote, que había terminado de limpiar el mosquete, se acortaba las uñas royéndolas y escupiendo trozos tan negros como su alma.

–¿Cómo va nuestra mina? –preguntó Alatraste.

Bragado hizo un gesto de desaliento.

–Va despacio. Los zapadores han encontrado tierra demasiado blanda, y además se filtra agua del río. Tienen que entibar mucho, y eso lleva tiempo... Se teme que los herejes desemboquen antes y nos vuelen a todos los huevos.

Oyéronse tiros al extremo de la trinchera, fuera de la vista; una buena escopetada que apenas duró un instante. Después todo volvió a quedar en calma. Alatraste miraba a su capitán, esperando que soltara de una vez la otra mala noticia. Bragado nunca los visitaba por el gusto de estirar las piernas.

–A vuestras mercedes –dijo al fin éste– les toca ir a las caponeras.

–Mierda de Cristo –blasfemó Garrote.

Las caponeras eran túneles estrechos, cavados por los zapadores, que discurrían cubiertos por mantas, maderas y cestones bajo las trincheras. Usábanse tanto para abortar los trabajos del enemigo como para profundizar en sus avanzadas desembocando en fosos, zanjas y reparos, donde se hacían estallar petardos y se ahumaba al adversario con azufre y paja mojada. Era un bellaco modo de reñir bajo tierra, a oscuras, en pasajes tan angostos que a menudo sólo podían moverse los hombres de uno en uno y arrastrándose, sofocados por el calor, la polvareda interior y los vahos del azufre, riñendo a la manera de topos ciegos con puñales y pistoletes. Las caponeras cercanas al revellín del Cementerio trazaban vueltas y revueltas en torno al túnel principal de los españoles y al muy próximo de los holandeses, intentando con ellas estorbar los unos a los otros, dándose por lo común derribar una pared a golpes de pico o con un petardo, y venir de boca con los zapadores del otro lado, en un revoltijo de puñaladas y pistoletazos a quemarropa, y también golpes de pala corta, que para ese menester se afilaban con piedras de amolar hasta dejar sus bordes como hojas de cuchillo.

–Ya es la hora –dijo Diego Alatraste.

Estaba agazapado en la entrada del túnel principal con su grupo, y el capitán Bragado los observaba desde algo más lejos, arrodillado en la zanja con el resto de la escuadra y una docena más de gente de su bandera, listo para echar una mano si se terciaba. En cuanto a Alatraste, lo acompañaban Mendieta, Copons, Garrote, el gallego Rivas y los dos hermanos Olivares. Manuel Rivas era un buen mozo rubio y de ojos azules, muy de fiar y muy valiente, que hablaba un pésimo castellano con fuerte acento del Finisterre. En cuanto a los Olivares, parecían gemelos, sin serlo. Tenían muy semejantes las facciones, con el rostro agitanado y el pelo y las barbas negras y tupidas en torno a unas narices gallardas, semíticas, que delataban a la legua a unos bisabuelos todavía reacios a comer tocino: cuestión que a sus camaradas dábales un ardite, pues en asuntos de limpieza de sangre nunca entraron los tercios, al considerar que quien la vertía peleando, harto hidalga y limpia la tenía. Los dos hermanos iban siempre juntos a todas partes, dormían espalda contra espalda, compartían hasta el último mendrugo de pan, y cuidaban uno del otro en la pelea.

–¿Quién irá primero? –preguntó Alatraste.

Garrote se quedaba atrás, en apariencia muy ocupado en comprobar el filo de su daga. Con una mueca pálida, Rivas hizo ademán de adelantarse; pero Copons, como de costumbre parco en gestos y verbos, cogió unas pajuelas del suelo y las repartió entre sus camaradas. Fue Mendieta quien sacó la más corta. La estuvo mirando un rato y luego, sin decir nada, se ajustó la daga, dejó el sombrero y la espada en el suelo, cogió la pequeña pistola cebada que le tendía Alatraste y entró en el túnel llevando en la otra mano una pala corta muy afilada. Le fueron detrás Alatraste y Copons, tras desembarazarse también de espadas y sombreros y ajustarse bien los coletos de cuero, y siguieron los otros en hilada de a uno, con Bragado y los que se quedaban fuera viéndolos irse en silencio.

El arranque de la galería principal estaba alumbrado por un hacha de brea, cuya luz grasienta iluminaba el sudor de los torsos desnudos de los zapadores tudescos que habían hecho un alto en el trabajo para verlos pasar, apoyados en cuclillas sobre sus picos y palas. Los alemanes eran tan buenos cavando como peleando, sobre todo cuando estaban bien pagados y sobrios; e incluso sus mujeres, que iban y venían cargadas como mulas con provisiones desde el campamento, arrimaban el hombro cargando cestones y herramientas. Su

cabo, un barbirrojo de brazos como jamones de las Alpujarras, guió al grupo a través del dédalo de galerías entibadas con tablas, mantas, fajinas y cestones, que disminuían en altura y hacíanse más angostas a medida que profundizaban en las líneas holandesas. Por fin el zapador se detuvo en la boca de una caponera que no tenía más de tres pies de altura. Un candil colgado iluminaba una mecha que se perdía en la oscuridad, siniestra como una serpiente negra.

–Vara eine, una –dijo el tudesco, abarcando con un gesto de las manos el espesor del muro de tierra que separaba el final de la caponera de la galería holandesa.

Asintió Alatraste y todos se apartaron del boquete, pegándose bien a la pared mientras se anudaban lienzos para protegerse narices y boca. Entonces el tudesco les dirigió una sonrisa.

–Zum Teufel!

Dijo. Luego cogió el candil y le dio fuego a la mecha.

Huesos. El túnel discurría bajo el cementerio y ahora caían huesos por todas partes, revueltos con la tierra. Huesos largos y cortos, cráneos descarnados, tibias, vértebras. Esqueletos enteros amortajados en sudarios rotos y sucios, en ropajes hechos jirones, raídos por el tiempo. Todo ello mezclado con la polvareda y los escombros, astillas podridas de féretros, fragmentos de lápidas, y un hedor nauseabundo que inundó la caponera cuando, tras el estallido, Diego Alatraste empezó a gatear con los otros hacia la brecha, cruzándose con ratas que chillaban despavoridas. Había un agujero a cielo abierto por donde se filtraba un poco de luz y de aire, y pasaron bajo esa luz incierta, velada por el humo de la pólvora quemada, antes de adentrarse en las tinieblas del otro lado, donde sonaban gemidos y gritos en voces extrañas. Alatraste sentía el torso empapársele de sudor bajo el colete, y la boca seca, terrosa bajo el lienzo que la protegía de la polvareda. Avanzaba arrastrándose sobre los codos, y algo redondo rodó hasta él, empujado por los pies del hombre que lo precedía. Era un cráneo humano; y el resto, deshecho el esqueleto en su féretro por la explosión y el derrumbe, se le enredó entre los brazos cuando pasó por encima, lastimándose los muslos con los huesos astillados.

No pensaba. Progresaba arrastrándose palmo a palmo, crispadas las mandíbulas y cerrados los ojos para no llenárselos de tierra, sofocado por el esfuerzo bajo el lienzo que le cubría la cara. No sentía. Sus músculos anudados en tensión ignoraban otro objeto que llevarlo vivo de ida y vuelta en aquel viaje a través del reino de los muertos, y permitirle ver de nuevo la luz del día. Su conciencia no albergaba, en ese trance, más sentimiento que la repetición concienzuda de los gestos mecánicos, profesionales, propios de su oficio de soldado. Lo movía hacia adelante la resignación de lo inevitable, y el hecho de que un camarada avanzaba ante él y otro le seguía a los alcances. Ése era el lugar que el Destino le asignaba sobre la tierra –o para ser más exactos bajo ella– y nada de lo que pudiera pensar o sentir iba a cambiarlo. Absurdo, por tanto, malgastar tiempo y concentración en otra cosa que no fuera arrastrarse con el pistoleta en una mano y la daga en la otra, sin más razón que repetir el macabro ritual que otros hombres habían repetido a lo largo de los siglos: matar para seguir vivo. Fuera de tan linda simpleza, nada tenía sentido. Su Rey y su patria –fuera cual fuese la verdadera patria del capitán Alatraste– se hallaban demasiado lejos de aquel lugar subterráneo, de aquella negrura a cuyo extremo seguían sonando, cada vez más cerca, los lamentos de los zapadores holandeses sorprendidos por la explosión. Sin duda Mendieta había llegado hasta ellos, porque ahora Alatraste oía golpes sordos, chasquidos de carne y huesos al romperse bajo la pala corta que, por el ruido, el vizcaíno manejaba muy a sus anchas.

Tras los escombros, los huesos y la polvareda, la caponera se ensanchaba en un recinto mayor, el túnel holandés, convertido en oscuro pandemónium. Aún ardía en un rincón el pabito de un farol de sebo a punto de apagarse: una lucecita tenue, rojiza, que apenas bastaba para dar incierto contorno a las sombras que gemían cerca. Alatraste rodó afuera, irguiéndose sobre las rodillas, metió el pistoleta en el cinto y tanteó alrededor con la mano libre. La pala de Mendieta chascaba sin piedad, y una voz holandesa se puso de pronto a dar alaridos. Alguien cayó desde la boca de la caponera dando en la espalda del capitán, y éste pudo sentir cómo sus camaradas iban congregándose allí uno tras otro. Un súbito pistoletazo iluminó con resplandor brevísimo el recinto, alumbrando cuerpos que se arrastraban por el suelo o yacían inmóviles, y con un destello fugaz, en alto, la pala de Mendieta, roja de sangre.

Había una corriente de aire que se llevaba polvo y humo hacia la caponera desde los adentros del túnel holandés, y Alatraste se encaminó hacia allí con mucho tiento. Topó de boca con alguien vivo, lo bastante para que una maldición flamenca precediese al fogonazo de un disparo que casi chamuscó la cara del capitán, cegándolo. Cerró éste hacia adelante, hallóse con su adversario y tiró dos tajos de daga en cruz, que fueron al vacío, y luego otros dos más adelantados, el último en carne. Hubo un chillido y luego el rumor de un cuerpo que escapaba gateando, así que fuele detrás Alatraste, entre cuchilladas, guiándose por los gritos de angustia del fugitivo. Atrapólo al fin a tientas, sujeto por un pie, y empezó a clavar la daga desde ese pie hacia arriba, una y otra vez, hasta que el otro dejó de gritar y de moverse.

–Ik geef mij over! –aulló alguien en las tinieblas.

Aquello estaba fuera de lugar, pues era notorio que nadie hacía prisioneros en las caponeras; y tampoco los españoles, cuando las cartas venían de mala mano, esperaban cuartel. Así que la voz se quebró en un estertor de agonía cuando uno de los atacantes, guiado por ella, llegóse al hereje, apuñalándolo. Sintió Alatraste más ruido de pelea y aguzó el oído, inmóvil y atento. Hubo dos pistoletazos más, y a su resplandor vio a Copons muy cerca, bien trabado con un holandés, revolcándose ambos en el suelo. Luego oyó a los hermanos Olivares llamarse en voz baja uno a otro. Copons y el holandés ya no hacían ruido, y por un instante se preguntó quién estaría vivo, y quién no.

–¡Sebastián! –susurró.

Copons respondió con un gruñido, aclarándole la duda. Ahora casi todo estaba en silencio, excepto algún gemido en voz baja, alguna respiración cercana y el arrastrar de los hombres por el suelo. Avanzó de nuevo Alatraste de rodillas, una mano ante sí, tanteando en la oscuridad, y la otra junto a la cadera, tensa y dispuesta, apuntada la daga hacia adelante. El último chisporroteo del farol iluminó muy débilmente la boca del túnel que conducía a las trincheras enemigas, lleno de escombros y maderos rotos. Había allí atravesado un cuerpo inmóvil, y tras hundirle dos veces la daga por si acaso, el capitán gateó sobre él, acercándose al túnel donde se estuvo quieto unos instantes, escuchando. Sólo había silencio al otro lado, pero sintió el olor.

–¡Azufre! –gritó.

La vaharada avanzaba lenta por el túnel, impulsada sin duda por fuelles que los holandeses hacían funcionar al otro lado para inundar la galería con humo de paja, brea y sulfuro. Sin duda se les daban una higa los compatriotas que siguieran vivos a este lado, o a tales alturas estaban ciertos de que ninguno quedaba con vida. La corriente de aire favorecía la operación, y sólo era cosa de un padrenuestro que la humareda venenosa emponzoñase el aire. Con súbita sensación de angustia, Alatraste retrocedió gateando entre los escombros y los cadáveres, tropezó con los camaradas que se agolpaban en la boca de la caponera, y por fin, tras unos momentos que le parecieron años, viose de nuevo arrastrando el cuerpo por ella, con cuanta rapidez era capaz de conseguir, impulsándose de codos y rodillas entre la tierra desmoronada y los restos del cementerio. Sentía detrás los sonidos y las maldiciones de alguien que le pareció Garrote, quien lo apremiaba al tropezar con sus botas. Pasó bajo el hueco abierto en el techo de la caponera, respirando ávido el aire del exterior, y luego prosiguió por la estrecha galería, bien apretados los dientes y contenido el aliento, hasta que vio clarear la boca del pasadizo por encima de los hombros y la cabeza del camarada que lo precedía. Salió por fin al túnel grande, que había sido abandonado por los zapadores alemanes, y luego a la trinchera española, arrancándose el lienzo de la cara para respirar con ansia, y frotándose luego la cara cubierta de sudor y de tierra. A su alrededor, semejantes a cadáveres devueltos a la vida, los rostros sucios y macilentos de sus camaradas iban congregándose, exhaustos y cegados por la luz. Por fin, cuando sus ojos se habituaron, vio al capitán Bragado que aguardaba con los zapadores tudescos y el resto de la tropa.

–¿Están todos? –preguntó Bragado.

Faltaban Rivas y uno de los Olivares. Pablo, el menor, con el pelo y la barba que ya no eran negros, sino grises por el polvo y la tierra, hizo ademán de meterse de nuevo dentro en busca de su hermano; pero lo contuvieron entre Garrote y Mendieta. Ahora los holandeses tiraban con mucha arcabucería desde el otro lado, harto furiosos y descompuestos por lo ocurrido, y las balas zumbaban y daban chasquidos, rebotando en los cestones de la trinchera.

–Bien jodido los hemos, pues –dijo Mendieta.

No había triunfo en su tono, sino un profundo cansancio. Aún sostenía la pala, sucia de tierra adherida a la sangre. A Copons, que respiraba con dificultad tumbado junto a Alatraste, el sudor le formaba una reluciente máscara de barro en la cara.

–¡Hideputas! –voceaba desesperado el menor de los Olivares–... ¡Herejes hideputas, así ardáis en el infierno! Sus imprecaciones cesaron cuando Rivas asomó la cabeza por la boca del túnel, trayendo a rastras al otro Olivares, medio sofocado pero vivo. Los ojos azules del gallego estaban rojos, inyectados en sangre.

–Ay, carallo.

Su pelo rubio humeaba de azufre. De un manotazo se arrancó el lienzo de la cara, tosiendo tierra.

–Gracias a Dios –dijo, llenándose los pulmones de aire limpio.

Uno de los tudescos trajo un zaque de agua, y los hombres bebieron con avidez, uno tras otro.

–Aunque fuera orín de asno –murmuraba Garrote, derramándosele el líquido por la barbilla y el pecho.

Recostado en la trinchera y sintiendo en él los ojos de Bragado, Alatraste le quitaba la tierra y la sangre a su vizcaína.

–¿Cómo queda el túnel? –preguntó por fin el oficial.

–Limpio como esta daga.



Sin añadir nada más, Alatraste envainó el acero. Luego le retiró el cebo al pistolete que no había llegado a usar.

–Gracias a Dios –repetía Rivas una y otra vez persignándose. Los ojos azules le lloraban tierra. Alatraste callaba. A veces, se dijo para sus adentros, Dios parece saciado. Entonces, ahíto de dolor y de sangre, mira hacia otro lado y descansa.

## VIII. LA ENCAMISADA

De ese modo pasó el mes de abril, alternándose lluvias y días claros, y la hierba se puso más verde sobre los campos, las trincheras y las fosas de los muertos. Batían nuestros cañones los muros de Breda, continuaba la zapa de minas y contraminas, y todo cristo se arcabuceaba muy lindamente escaramuzando, de trincherera a trincherera, con algún asalto nuestro y salida holandesa que de vez en cuando alteraba la monotonía del asedio. Fue por aquellas fechas cuando empezaron a llegar noticias de la gran carestía a que se enfrentaban los sitiados, aunque era mayor la que sufríamos los sitiadores. Con la diferencia de que ellos se habían criado en tierras fértiles, con ríos y campos y ciudades regaladas por la Fortuna, y los españoles veníamos de siglos de regar las nuestras con sudor y sangre para arrancarles un trozo de pan. De modo que, siendo los enemigos más hechos a deleites que a la falta de sustento, unos por naturaleza y otros por costumbre, algunos ingleses y franceses de Breda empezaron a desamparar sus banderas y pasarse a nuestro campo, contándonos que tras los muros habían muerto ya en número de cinco mil, entre villanos, burgueses y militares. De vez en cuando amanecían ahorcados ante las murallas espías holandeses que intentaban ir y venir con cartas más y más desesperadas, escritas entre el jefe de la guarnición, Justino de Nassau, y su pariente Mauricio, que seguía a pocas leguas de allí, sin cejar en el empeño de socorrer la plaza rompiendo un cerco que ya rondaba el año. Aquellos días llegaron noticias del dique que el tal Mauricio de Nassau levantaba junto a Sevenberge, a dos horas de marcha de Breda, a fin de desviar hacia nuestro campo las aguas del Merck, inundar con ayuda de las mareas los cuarteles y trincheras españoles, y meter con barcas tropas y provisiones en la ciudad. Era obra grande y de mucha ambición y oportunidad, y fueron numerosos los gastadores y marineros que allí se emplearon, cortando céspedes y fajina, acarreando piedra, árboles y tablas. Habían afondado ya tres charrúas bien lastradas, y progresaban de ambas orillas apretando la tierra con grandes traviesas de madera y afirmando la esclusa con pontones y empalizadas. Eso tenía en gran cuidado a nuestro general Spínola, que andaba buscando, sin hallarlo, un medio eficaz para estorbar que el día menos pensado amaneciéramos con el agua hasta la gola. A este particular decíase, a modo de chanza, que era preciso enviar a gente de los tercios alemanes a desbaratar el proyecto del Nassau, por ser nación que daríase al efecto buena maña:

*Pusiera allí a los tudescos  
y dijérais: «El dique  
que veis se derribe luego,  
o moriremos ahogados»,  
que yo aseguro que ellos,  
por no beber agua, vayan  
a derribarlo al momento.*

También fue por esos días cuando el capitán Alatríste recibió orden de presentarse en la tienda de campaña del maestre de campo Don Pedro de la Daga. Acudió allí avanzada la tarde, cuando el sol descendía hacia el llano horizonte y enrojecía la ribera de los diques donde se recortaban, lejanas, las siluetas de los molinos y las arboledas que se extendían junto a los pantanos del noroeste. Para la ocasión, Alatríste adecentó sus ropas en lo posible: el colete de piel de búfalo disimulaba los remiendos de la camisa, sus armas estaban aún más pulidas que de costumbre y los correajes recién engrasados con sebo. Entró en la tienda descubierto, el ajado sombrero en una mano y la otra en el pomo de la espada, y se tuvo allí quieto y erguido sin abrir la boca hasta que Don Pedro de la Daga, que departía con otros oficiales entre los que se hallaba el capitán Bragado, resolvió concederle su atención.

—Así que es éste —dijo el maestre de campo.

No mostró Alatríste inquietud ni curiosidad por la extraña convocatoria, aunque sus ojos atentos no pasaron por alto la sonrisa discreta, tranquilizadora, que Bragado le dirigía a espaldas del coronel del tercio. Había cuatro militares más en la tienda, y a todos los conocía de vista: Don Hernán Torralba, capitán de otra de las banderas, el sargento mayor Idiáquez y dos caballeros jóvenes de los llamados guzmanes o entretenidos del maestre, afectos a su plana mayor, aristócratas o hidalgos de buena sangre que servían sin paga en los tercios por amor a la gloria, o —lo que era más corriente— por hacerse una reputación antes de volver a España a disfrutar de prebendas que les vendrían dadas por influencias, amistades o familia. Bebían, en copas de

cristal, vino procedente de unas botellas que estaban sobre la mesa, junto a libros y mapas. Alatraste no había visto una copa de cristal desde el saqueo de Oudkerk. Reunión de pastores y vino de por medio, se dijo, oveja muerta.

–¿Gusta de un poco, señor soldado?

Jiñalaloga mostraba una mueca que se pretendía amable cuando indicó, con gesto desenvuelto de la mano, botellas y copas.

–Es vino dulce de Pedro Ximénez –añadió–. Acaba de llegarnos de Málaga.

Tragó saliva Alatraste, procurando no se le notara. Al mediodía, sus camaradas y él habían tenido pan con aceite de nabos y un poco de agua sucia como único yantar en las trincheras. Justo por eso, suspiró, cada cual debía seguir siendo cada cual. Tan conveniente era tener a distancia a los superiores, como ellos, a su conveniencia, tenían a los inferiores.

–Con la licencia de usía –dijo tras meditarlo un poco–, beberé en otro momento.

Se había cuadrado ligeramente al hablar, procurando hacerlo con el respeto debido. Aun así el maestro enarcó una ceja y después de un instante volvió la espalda, desentendiéndose de él como si estuviera muy ocupado con los mapas de la mesa. Los entretenidos miraban a Alatraste de arriba abajo, con curiosidad. En cuanto a Carmelo Bragado, que se hallaba en segundo término junto al capitán Torralba, había acentuado un poco la sonrisa, más ésta desapareció cuando el sargento mayor Idiáquez tomó la palabra. Ramiro Idiáquez era un veterano de mostacho gris y pelo blanco, que llevaba muy rapado. Su nariz tenía una cicatriz que parecía dividirla en la punta, recuerdo del asalto y saco de Calais al filo del siglo viejo, en tiempos de nuestro buen Rey, el segundo Felipe.

–Hay un desafío –dijo con la brusquedad que usaba para dar órdenes y para todo lo demás–. Mañana por la mañana. Cinco contra cinco, en la puerta de Bolduque.

En esos años, tales lances iban de oficio. No satisfechos con los vulgares flujos y reflujos de la guerra, a veces los contendientes la llevaban al terreno personal, con bravuconerías y rodomontadas en las que se cifraba el honor de las naciones y las banderas. Incluso en tiempos del gran Emperador Carlos, y para regocijo de la Europa entera, éste había desafiado a su enemigo Francisco I a combate singular; aunque el francés, tras mucho darle vueltas, declinó el ofrecimiento. De cualquier modo, la Historia terminó cobrándole gentil factura al gabacho, cuando en Pavía vio sus tropas deshechas, la flor de su nobleza aniquilada, y a él mismo en tierra, con la espada de Juan de Urbieta, vecino de Hernani, apoyada en su real gaznate.

Sobrevino un breve silencio. Alatraste permanecía impasible, en espera de que se dijese algo más. Y al cabo vino a decirlo uno de los entretenidos.

–Ayer salieron a pregonarlo, muy pagados de sí, dos caballeros holandeses de Breda... Por lo visto, uno de nuestros arcabuceros les mató a alguien conocido en las trincheras de la plaza. Pedían una hora en campo abierto, cinco contra cinco, a dos pistolas y espada. Por supuesto, se les recogió el guante.

–Por supuesto –repitió el segundo entretenido.

–Los del tercio italiano de Látraro piden estar en la ocasión; pero se ha decidido que todos los nuestros sean españoles.

–Cosa natural –apostilló el otro.

Mirólos muy despacio Alatraste. El primero que había hablado debía de frisar los treinta años, vestía con ropas que delataban su calidad, y el tahalí de la toledana era de buen tafilete pasado de oro. Por alguna razón, pese a la guerra, se las arreglaba para llevar muy rizado el bigote. Era displicente y altanero. El otro, más ancho y más bajo, era también más joven, vestido un poco a la italiana con jubón corto de terciopelo acuchillado de raso y una rica valona de Bruselas. Ambos llevaban borlas doradas en la banda roja y botas de buen cuero con espuelas, muy distintas a las que Alatraste calzaba en ese momento, con los pies envueltos en trapos para que no le asomaran los dedos. Imaginó a aquellos dos gozando de la intimidad del maestro de campo, que a su vez afianzaría a través de ellos sus influencias en Bruselas y Madrid; riéndose unos a otros las gracias y los vuesa merced como perros de la misma trailla. Por lo demás, sólo conocía de oídas el nombre del primero, un burgalés llamado Don Carlos del Arco, hijo de un marqués o hijo de algo. Lo había visto reñir un par de veces, y era opinado de valiente.

–Don Luis de Bobadilla y yo sumamos dos –prosiguió éste–. Y nos faltan tres hombres de hígados, a fin de andar parejos.

–En realidad sólo falta uno –corrigió el sargento mayor Idiáquez–. Para acompañar a estos caballeros he pensado ya en Pedro Martín, un bravo de la bandera del capitán Gómez Coloma. Y probablemente el cuarto será Eguiluz, de la gente de Don Hernán Torralba.

–Buen cartel para darle una mala corrida al Nassau –concluyó el entretenido.

Alatraste digería todo aquello en silencio. Conocía a Martín y a Eguiluz, ambos soldados viejos y muy de fiar a la hora de menear las manos con holandeses o con quien les pusieran delante. Ni uno ni otro harían mal tercio en la fiesta.

–Vos seréis el quinto –dijo Don Carlos del Arco.

Inmóvil como estaba, con el sombrero en una mano y la otra en la empuñadura de su espada, Alatraste frunció el ceño. No le placía el tono con que aquel caballero daba por sentada su concurrencia, en particular porque se trataba de un entretenido y no exactamente de un oficial; y tampoco le gustaban las borlas doradas de su banda roja, ni el aire petulante de quien tiene buena provisión de felipes de oro en el bolsillo y un padre marqués en Burgos. Tampoco le gustaba que su jefe natural, que era el capitán Bragado, estuviese allí sin decir esta boca es mía. Bragado era buen militar y sabía compaginar eso con la fina diplomacia, lo que resultaba conveniente para su carrera; pero a Diego Alatraste y Tenorio no le cuadraba recibir órdenes de pisaverdes arrogantes, por muy arriscados que se mostraran de hechos o de palabras, y por mucho que se bebieran en copas de cristal el vino de su maestre de campo. Eso hizo que la respuesta afirmativa que estaba a punto de dar se le demorase en la boca. Y el titubeo fue mal interpretado por Del Arco.

–Naturalmente –dijo éste, con un soplo de desdén– si veis la cuestión demasiado expuesta...

Dejó las palabras en el aire y miró alrededor, mientras su compañero esbozaba una sonrisa. Ignorando las ojeadas de advertencia que lanzaba desde atrás el capitán Bragado, Alatraste llevó la mano del pomo de la espada al mostacho, atusándose con mucha flema. Era un modo como otro cualquiera de contener la cólera que le subía del estómago al pecho, haciéndole batir despacio, muy acompasada, la sangre en la cabeza. Fijó sus ojos helados en un entretenido, y luego en el otro durante un tiempo larguísimo; tanto que el maestre de campo, que había permanecido todo el rato de espaldas cual si nada de aquello le concerniera, giróse a observarlo. Pero Alatraste ya estaba vuelto hacia Carmelo Bragado.

–Entiendo que se trata de una orden vuestra, mi capitán.

Bragado se llevó despacio la mano a la nuca, frotándose sin responder, y luego miró al sargento mayor Idiáquez, que fulminaba a los dos entretenidos con ojos furiosos. Pero entonces tomó la palabra el propio Don Pedro de la Daga:

–En cuestiones de honor no hay órdenes –dijo con grosero despecho–. Allá cada cual con su reputación y su vergüenza.

Palideció Alatraste al oír aquello, y su mano derecha volvió a bajar despacio hasta el puño de la toledana. La mirada que le dirigía Bragado rozó la súplica: asomar aunque fuere una pulgada de hoja significaba la horca. Pero él pensaba en algo más que una pulgada. De hecho, en ese momento calculaba con mucha frialdad de cuánto tiempo dispondría si le daba una cuchillada al maestre de campo y luego se revolvía rápido contra los entretenidos. Quizá tuviera tiempo de llevarse a uno de ellos por delante, con preferencia al tal Carlos del Arco, antes de que Idiáquez y Bragado lo mataran a él como a un perro.

El sargento mayor carraspeó, visiblemente molesto. Era el único que, por su grado y privilegios en el tercio, podía contradecir a Jiñalalaga. También conocía a Diego Alatraste desde que, veintitantos años atrás, en Amiens, siendo el uno muchacho y el otro mozo al que apenas espesaba el bigote, salieron juntos del revellín de Montrecurr con la compañía del capitán Don Diego de Villalobos, y durante cuatro horas enclavaron la artillería enemiga y pasaron a cuchillo hasta al último de los ochocientos franceses que guarnecían las trincheras, a cambio de las vidas de setenta camaradas. Lo que no era mal balance de cuenta, pardiez, once por barba y me llevo treinta de barato, si no fallaba la aritmética.

–Con todo el respeto debido a usía –apuntó Idiáquez–, debo decir que Diego Alatraste es soldado viejo. Todos saben que su reputación es intachable. Estoy seguro de que...

El maestre lo interrumpió con un gesto desabrido.

–Las reputaciones intachables no son vitalicias.

–Diego Alatraste es un buen soldado –aventuró desde atrás el capitán Bragado, que se avergonzaba de su propio silencio.

Don Pedro de la Daga lo acalló con otro gesto brusco.

–Cualquier buen soldado, y en mi tercio los hay a espueñas, daría un brazo por estar mañana en la puerta de Bolduque.

Diego Alatraste miró directamente a los ojos del maestre de campo. A poco su voz sonó lenta y fría, en un tono muy bajo, tan seca como la cuchillada que le bailaba en la punta de los dedos.

–Yo uso mis dos brazos para cumplir con lo que debo al Rey, que es quien me paga... cuando me paga –hizo una pausa infinitamente larga–... En cuanto a mi honor y mi reputación, puede estarse usía muy desembarazado. Que de eso cuido yo, sin necesitar que nadie me ofrezca lances ni me dé lecciones.

El maestre de campo lo miraba como si pretendiera recordarlo el resto de su vida. Saltaba a la vista que repasaba de cabeza cuanto venía de oír, letra por letra, a la búsqueda de una palabra, un tono, un matiz que le

permitiera cebar una soga en el árbol más próximo. Eso era tan obvio que, como al descuido, Alatrisme llevó la mano, disimulándola con el sombrero, hacia la cadera izquierda, cerca del mango de su daga. Al primer indicio, pensaba con resignada flema, le meto la daga por la gola, echo mano a la herreruza y que Dios o el diablo provean.

–Que este hombre vuelva a las trincheras –dijo por fin Jiñalasoga.

Sin duda, el recuerdo del reciente motín templaba la natural afición del maestro a servirse del esparto. Bragado e Idiáquez, a quienes no había pasado inadvertido el ademán de Diego Alatrisme, parecieron relajarse con no poco alivio. Procurando que nada traicionase el alivio que también él sentía, Alatrisme saludó con una respetuosa inclinación de cabeza, dio media vuelta y salió de la tienda, al aire libre, deteniéndose junto a las alabardas de los centinelas tudescos que podían estar en ese momento llevándolo muy lindamente camino de la horca. Quedóse allí un rato inmóvil, observando agradeciendo el sol que ya tocaba el horizonte tras los diques, y al que ahora tenía la seguridad de ver alzarse de nuevo al día siguiente. Luego se puso el sombrero y echó a andar hacia los parapetos que conducían al revellín del Cementerio.

Aquella noche el capitán Alatrisme permaneció despierto hasta el alba, acostado bajo su capote y mirando las estrellas. No eran el desfavor del maestro de campo ni el miedo a la deshonra lo que lo mantenía en vela mientras sus camaradas roncaban alrededor; se le daba un ardite la versión que corriese por el tercio, pues Idiáquez y Bragado lo conocían bien e iban a referir el episodio cual era debido. Además, como le había dicho a Don Pedro de la Daga, él contaba con medios propios para hacerse respetar, tanto entre sus iguales como entre quienes no lo eran. Lo que le negaba el sueño era otra cosa. Y a ese particular, se halló deseando que al menos uno de los entretenidos sobreviviera al día siguiente en la puerta de Bolduque. Con preferencia, el tal Carlos del Arco. Porque luego, se dijo sin apartar los ojos del firmamento, el tiempo pasa, la vida da muchas vueltas, y nunca sabe uno con qué viejos conocidos puede tropezarse en un callejón adecuado, tranquilo y oscuro, sin vecinos que asomen al oír ruido de espadas.

Al día siguiente, con los nuestros mirando desde sus trincheras y el enemigo desde las suyas y lo alto de las murallas, cinco hombres se adelantaron desde las líneas del Rey nuestro señor, yendo al encuentro de otros cinco que salían por la puerta de Bolduque. Eran éstos, según rumor que corrió por el campo, tres holandeses, un escocés y un francés. En cuanto a los nuestros, el capitán Bragado había elegido como quinto de la partida al sotalférez Minaya, un soriano de treinta y pocos años, muy cabal y de fiar, con buenas piernas y mejor mano. Acudían unos y otros con dos pistolas al cinto y espada, sin daga; y decíase que los de enfrente dejaban esta última fuera del lance porque de todos era sabido el mucho peligro que en distancias cortas teníamos con esa arma blanca los españoles.

Yo había regresado el día anterior de tres jornadas de forrajeo –que me llevaron con una cuadrilla de mochileros casi hasta las orillas del Mosa– y ahora estaba entre la multitud con mi amigo Jaime Correas, de pie encima de los cestones de las trincheras sin riesgo momentáneo de recibir un mosquetazo. Había centenares de soldados mirando por todas partes, y se decía que el marqués de los Balbases, nuestro general Spínola, también observaba el desafío junto a Don Pedro de la Daga y los otros capitanes principales y maestros de los demás tercios. En cuanto a Diego Alatrisme, estaba en una de las primeras trincheras con Copons, Garrote y los otros de su escuadra, muy callado y muy quieto, sin apartar los ojos del lance. El sotalférez Minaya, sin duda puesto al corriente por nuestro capitán Bragado, había tenido un detalle de buen camarada: venir temprano a pedirle prestada a Alatrisme una de sus pistolas, so pretexto de algún problema con las suyas, y ahora se encaminaba hacia los de enfrente con ella al cinto. Aquello decía mucho en favor de la hombría de bien de Minaya, y dejaba resuelto el asunto dentro de la bandera. Diré al hilo de esto que muchos años más tarde, después de Rocroi, cuando las vueltas y revueltas de la fortuna me llevaron a ser oficial de la guardia española del Rey Felipe nuestro señor, tuve ocasión de favorecer a un joven recluta de apellido Minaya; y lo hice sin el menor reparo, en recuerdo del día en que su padre tuvo la gentileza de salir a pelear a campo abierto bajo los muros de Breda, llevando al cinto la pistola del capitán Alatrisme.

El caso es que allí estaban, aquella mañana de abril, con el sol tibio en lo alto y miles de ojos clavados en ellos, los cinco ante los cinco. Se encontraron en un pequeño prado que ascendía en declive hacia la puerta de Bolduque, a cosa de cien pasos, en tierra de nadie. No hubo preliminares, golpes de sombreros ni cortesías, sino que a medida que se acercaban unos a otros empezaron a darse pistoletazos y metieron mano a las espadas, mientras uno y otro campo, que hasta ese instante habían guardado un silencio mortal, estallaban en un clamor de gritos de ánimo a sus respectivos camaradas. Sé que de siempre la gente de buena voluntad ha predicado la paz y la palabra entre los hombres y condenado la violencia; y sé, mejor que muchos, lo que hace la guerra en el cuerpo y en el corazón del hombre. Más, pese a todo eso, pese a mi facultad de raciocinio, pese al sentido común y a la lucidez que dan los años y la naturaleza, no puedo evitar un estremecimiento de admiración ante el coraje de los que son valientes. Y vive Dios que aquellos lo eran. Cayó a los primeros tiros Don Luis de Bobadilla, el segundo de los entretenidos, y llegaron los demás a las

manos, cerrándose con mucho vigor y mucho encono. Llevóse uno de los holandeses un pistoletazo que le rompió el pescuezo, y otro de sus compañeros, el escocés, viose con el vientre pasado por la espada del soldado Pedro Martín, quien la perdió allí, y hallándose con las dos pistolas descargadas fue acuchillado en la garganta y en el pecho, yéndose al suelo encima del que acababa de matar. En cuanto a Don Carlos del Arco, se dio tan buena maña con el francés que le había tocado en suerte que a poco, entre tajo y tajo, pudo pegarle un tiro en la cara; aunque el entretenido se retiró de la pelea dando traspies con una bellaca cuchillada en un muslo. Minaya remató al francés con la pistola del capitán Alatraste e hirió malamente a otro holandés con la propia, librándose sin un rasguño; y Eguiluz, con la mano zurda estropeada de un balazo y la herreruza en la diestra, dio dos mojadadas muy limpias al último enemigo, una en un brazo y otra en los ijares cuando el hereje, viéndose herido y solo, resolvió, como Antígono, no huir, sino ir en alcance de la utilidad que tenía a las espaldas. Luego los tres que quedaban en pie despojaron a los adversarios de sus armas y de las bandas, que llevaban anaranjadas como solían llevarlas los que sirven a los Estados; y aún habrían traído a nuestras líneas los cuerpos de Bobadilla y Martín si los holandeses, furiosos por el desenlace, no hubieran consolado la derrota con una granizada de balas. Fueron retirándose poco a poco los nuestros sin perder la compostura, con la desgracia de que un plomo de mosquete entró a Eguiluz por los riñones, y aunque alcanzó las trincheras ayudado por sus compañeros, murió a los tres días de aquello. En cuanto a los siete cuerpos, permanecieron casi toda la jornada en campo abierto, hasta que al atardecer hubo una breve tregua y cada cual recuperó a los suyos.

Nadie en el tercio puso en cuestión la honra del capitán Alatraste. La prueba es que una semana más tarde, cuando se decidió el ataque al dique de Sevenberge, él y su escuadra se hallaban entre los cuarenta y cuatro hombres escogidos para la tarea. Salieron de nuestras líneas al ponerse el sol, aprovechando la primera noche de niebla cerrada para ocultar su movimiento. Iban al mando los capitanes Bragado y Torralba, y todos llevaban las camisas puestas por fuera, sobre jubones y coletos, para reconocerse unos a otros en la oscuridad. Era éste uso corriente entre las tropas españolas, y de ahí proviene el nombre de encamisadas que dábese a tales acciones nocturnas. Se trataba de aprovechar la natural agresividad y la destreza de nuestra gente en combate cuerpo a cuerpo para, infiltrándose en campo hereje, dar a rebato sobre el enemigo, matar cuanto fuera posible, incendiar sus barracas y tiendas sólo en el momento de la retirada para no hacer luz, y luego largarse a toda prisa. Como se trataba siempre de tropas escogidas, participar en una encamisada se consideraba de mucha honra entre españoles, y a menudo pugnaban unos con otros por ser de la partida, teniendo a muy agria ofensa verse fuera de ella. Las reglas eran estrictas, y por lo común se ejecutaban disciplinadamente para ahorrar vidas propias en la confusión de la noche. De todas ellas, que menudearon en Flandes, fue famosa la de Mons: quinientos tudescos a sueldo de los orangistas muertos, y su campamento hecho cenizas. O aquella otra en la que sólo medio centenar fue elegido para dar un golpe de mano nocturno, y a la hora de la partida llegaron de todas partes soldados espontáneos que pretendían incluirse en ella, por su cuenta; y al cabo, cuando se empezó a caminar, en vez del silencio acostumbrado todo era algarabía y discusiones en mitad de la noche, que más parecía razzia moruna que encamisada de españoles, con tres centenares de hombres apresurándose por el camino para llegar antes que los otros, y el enemigo despertándose sorprendido para ver venirle encima una nube de energúmenos enloquecidos, vociferantes y en camisa, que lo mismo acuchillaban sin cuartel que se increpaban entre ellos, compitiendo por quién degollaba más y mejor.

En cuanto a Sevenberge, el plan de nuestro general Spínola era recorrer a la sorda, con mucho sigilo, las dos horas largas de camino hasta el dique, y luego dar a rebato sobre quienes lo custodiaban y arruinar la obra, rompiendo las esclusas a hachazos e incendiándolo todo. Decidióse que media docena de mochileros fuéramos de la partida, a fin de transportar los pertrechos necesarios para el fuego y la zapa. Así que aquella noche me vi caminando con la fila de españoles por la orilla derecha del Merck, donde la niebla era más espesa. En la brumosa oscuridad sólo se oía el ruido amortiguado de los pasos –calzábamos esparteñas o botas envueltas en trapos, y había pena de vida para quien hablara en voz alta, encendiese una cuerda o llevase cebados la pistola o el arcabuz– y las camisas blancas se movían como sudarios de fantasmas. Hacía tiempo que habíame visto forzado a vender mi hermoso estoque de Solinguen, pues los mochileros no podíamos llevar espada, y caminaba con sólo mi daga bien ceñida a la cintura; pero no iba, pardiez, falto de impedimenta: portaba a hombros una mochila con cargas de pólvora y azufre envueltas en petardos, guirnalda de alquitrán para los incendios, y dos hachas bien afiladas para romper cabos y maderas de las esclusas.

También temblaba de frío pese al jubón de paño basto que me había puesto bajo la camisa, que sólo parecía blanca de noche y tenía más agujeros que una flauta. La niebla creaba un espacio irreal alrededor, mojándome el pelo y goteando por mi cara como si fuera lluvia fina o chirimiri de mi tierra, tornándolo todo resbaladizo y haciéndome andar con mucho tiento, pues un resbalón en la hierba húmeda significaba irme

abajo, al agua fría del Merck, lastrado con sesenta libras de peso en el lomo. Por lo demás, la noche y el aire brumoso me permitían ver menos de lo que vería un lenguado frito: dos o tres difusas manchas blancas delante de mí y dos o tres semejantes detrás. La más próxima, a cuya zaga hacía yo diligente camino, era el capitán Alatríste. Su escuadra iba en vanguardia, precedida sólo por el capitán Bragado y dos guías valones del tercio de Soest, o de lo que quedaba de él, cuya misión, aparte guiarnos por ser gente plática en aquel paraje, consistía en engañar a los centinelas holandeses, acercándose lo bastante para degollarlos sin que diese tiempo a tocar al arma. Habíase elegido a ese efecto un camino que entraba en terreno enemigo tras discurrir entre grandes pantanos y turberas, con pasos muy estrechos que a menudo consistían en diques por los que sólo podían ir los hombres en hilada de uno.

Cambiamos de margen del río, cruzando una empalizada de pontones que nos llevó al dique que separaba la orilla izquierda de los pantanos. La mancha blanca del capitán Alatríste caminaba silenciosa, como de costumbre. Lo había visto equiparse despacio a la puesta de sol: colete de búfalo bajo la camisa, y sobre ella la pretina con espada, daga y la pistola que le había devuelto el sotalfárez Minaya, cuya cazoleta cubrió de sebo para protegerla del agua. También ajustóse al cinto un frasquito de pólvora y una bolsa con diez balas, pedernal de repuesto, yesca y eslabón, por lo que pudiera precisar. Antes de guardar la pólvora comprobó su color, ni muy negra ni muy parda, su grano, que era fino y duro, y se llevó un poco a la lengua para comprobar el salitre. Después le pidió a Copons la piedra de esmeril, y pasó un rato largo adecuando los dos filos de su daga. El grupo de vanguardia, que era el suyo, iba sin arcabuces ni mosquetes, pues ellos debían dar el primer asalto al arma blanca y asegurar a sus camaradas; y para semejante tarea convenía andar ligeros y mover las manos sin embarazo. El furriel de nuestra bandera había pedido mochileros jóvenes y dispuestos, y mi amigo Jaime Correas y yo nos presentamos voluntarios, recordándole que nos habíamos dado ya buena maña en el golpe de mano contra el rastrillo de Oudkerk. Cuando me vio cerca, con mi camisa por fuera, ceñida la daga de misericordia y listo para salir, el capitán Alatríste no dijo que le pareciera bien o que le pareciera mal. Se limitó a asentir con la cabeza, señalándome con un gesto una de las mochilas. Luego, a la luz brumosa de las fogatas, todos pusimos rodilla en tierra, rezóse el padrenuestro en un murmullo que recorrió las filas, nos santiguamos y echamos a andar hacia el noroeste.

La hilera se detuvo de pronto y los hombres se agacharon, pasándonos uno a otro en voz muy baja la palabra de reconocimiento, que sólo entonces acababa de desvelar en cabeza el capitán Bragado: Amberes. Todo había sido muy explicado antes de la partida, de modo que, sin necesidad de órdenes ni comentarios, una sucesión de camisas blancas fue pasando por mi lado, adelantándose a derecha e izquierda. Oí el chapoteo de los hombres que se movían ahora alejándose por ambos lados del dique, con el agua por la cintura, y el soldado que iba detrás tocóme el hombro, haciéndose cargo de la mochila. El rostro era una mancha oscura, y pude oír su respiración agitada al ceñirse las correas y seguir camino. Cuando volví a mirar al frente, la camisa del capitán Alatríste había desaparecido en la oscuridad y la niebla. Ahora las últimas sombras pasaban por mi lado, desvaneciéndose con amortiguados sonidos de acero que salía de las vainas y el suave cling-clang de arcabuces y pistolas que por fin se cargaban y eran montadas. Avancé todavía unos pasos con ellas hasta que me dejaron atrás, y entonces me tumbé boca abajo en el borde del talud, sobre la hierba húmeda que sus pasos habían revuelto de barro. Alguien gateó por detrás hasta apostarse conmigo. Era Jaime Correas, y los dos nos quedamos allí, hablando en voz muy baja, mirando con ansiedad hacia adelante, a la oscuridad que se había tragado a los cuarenta y cuatro españoles que iban a intentar darles una mala noche a los herejes.

Transcurrió el tiempo de un par de rosarios. Mi camarada y yo estábamos ateridos de frío, y nos apretábamos el uno contra el otro para comunicarnos calor. No se oía nada salvo el discurrir de la corriente por el costado del dique que daba al río.

—Tardan mucho —susurró Jaime.

No respondí. En ese momento imaginaba al capitán Alatríste, el agua fría hasta el pecho, la pistola en alto para tener seca la pólvora, y la daga o la espada en la otra mano, acercándose a los centinelas holandeses que guardaban las esclusas. Luego pensé en Caridad la Lebrijana, y acabé haciéndolo también en Angélica de Alquézar. A menudo, me dije, las mujeres ignoran lo que de cabal y de temible hay en el corazón de algunos hombres.

Sonó un tiro de arcabuz: uno solo, lejano, aislado, en mitad de la noche y de la niebla. Lo estimé a más de trescientos pasos frente a nosotros, que nos agazapamos aún más, sobrecogidos. Después volvió el silencio por un instante, y de pronto quebróse todo en una sucesión furiosa de estampidos, pistoletazos y mosquetería. Excitados, enardecidos por aquello, Jaime y yo intentábamos penetrar las tinieblas, sin resultado. Ahora la escopetada se propagaba a un lado y a otro, subiendo en intensidad, atronando cielo y tierra como si una tormenta descargase sus truenos más allá de la cortina oscura. Hubo un estampido seco, fuerte, y al cabo lo siguieron dos más. Y entonces sí pudimos ver que la bruma clareaba algo: un débil resplandor lechoso y

luego rojizo, que se multiplicaba suspendido en las minúsculas gotitas de humedad que llenaban el aire reflejándose en el agua oscura, bajo el talud donde seguíamos tumbados. El dique de Sevenberge estaba en llamas.

Nunca supe cuánto duró aquello; más sé que, a lo lejos, la noche resonaba como debe de resonar el mismo infierno. Nos incorporamos un poco, fascinados, y en ese momento escuchamos rumor de pasos que venían a la carrera sobre el dique. Luego una sucesión de manchas blancas, de camisas que corrían en la oscuridad, empezó a definirse a través de la niebla, pasando por nuestro lado hacia las líneas españolas. Seguían los estampidos y los arcabuzazos al frente mientras las siluetas claras que venían de allí continuaban pasando veloces, pasos en el barro, imprecaciones, un resuello entrecortado por el esfuerzo, el gemido de alguien maltrecho a quien sostenían los camaradas. Ahora el crepitar de la mosquetería se venía más y más a sus alcances, y las camisas blancas, que al principio llegaban en tropel, empezaron a espaciarse entre ellas.

–¡Vámonos! –me dijo Jaime, echando a correr.

Me incorporé a mi vez, acicateado por una oleada de pánico. No quería quedarme atrás, solo. Aún pasaban rezagados, y en cada mancha blanca yo intentaba reconocer la silueta del capitán Alatraste. Una sombra vino por el dique, indecisa, corriendo con dificultad, ahogada la respiración por un quejido de dolor que se le escapaba a cada paso. Antes de llegar a mí cayó rodando por el talud, y oí su chapoteo al dar en el agua de la orilla. Salté sin pensarlo talud abajo, metiéndome hasta las rodillas en el agua, tanteando entre la bruma oscura hasta alcanzar un cuerpo inmóvil. Sentí un coselete bajo la camisa y un rostro barbudo, helado como la misma muerte: no era el capitán.

La escopetada rugía cada vez más cerca, y se extendía por todas partes. Trepé por el talud hasta lo alto del dique, desorientado, y en ese momento perdí la certeza de cuál era el lado bueno y cuál el lado malo. Ya no se veía resplandor a lo lejos, ni pasaba nadie corriendo, y yo no recordaba a qué costado había caído aquel hombre, ni acertaba ahora en cuál de las dos direcciones correr. Mi cabeza se bloqueó en un silencioso alarido de pánico. Piensa, me dije. Piensa con calma, Íñigo Balboa, o nunca verás amanecer. Me agaché rodilla en tierra, esforzándome por que mi razón se sobrepusiera al descompuesto latir de la sangre en los sesos. El soldado había caído en agua tranquila, recordé. Y entonces caí en la cuenta de que oía el suave rumor del Merck corriendo bajo el talud de mi derecha. El río baja hacia Sevenberge, razoné. Y hemos venido por su orilla derecha, pasando luego al dique de la izquierda por la empalizada de pontones. Yo apuntaba, por tanto, en dirección equivocada. Así que di media vuelta y me puse a correr, hendiendo la niebla oscura como si en vez de los holandeses tuviera detrás al diablo.

Pocas veces he corrido así en mi vida; prueben vuestras mercedes a hacerlo empapados de agua y barro, y a oscuras. Iba agachando la cabeza, a ciegas, con riesgo de rodar por un talud e irme derecho al Merck. Me sofocaba el aire húmedo y frío, que al entrar en mis pulmones se tornaba ardiente cual si me pincharan agujas al rojo vivo. De pronto, justo cuando empezaba a preguntarme si la habría pasado de largo, di con la empalizada de pontones. Me agarré a los maderos y me ocupé de cruzarla, dando resbalones sobre los maderos mojados. Apenas llegué al otro lado, ya en tierra firme, un fregonazo quebró la oscuridad y sentí a una cuarta de mi cabeza el zurrido de una bala de arcabuz.

–¡Amberes! –grité, arrojándome al suelo.

–Joder –dijo una voz.

Dos siluetas claras, agachadas con precaución, se destacaron entre la niebla.

–Acabas de nacer, camarada –dijo la segunda voz.

Me incorporé, acercándome a ellos. No veía sus rostros, pero sí las manchas blancas de sus camisas y la sombra siniestra de los arcabuces que habían estado a punto de despacharme por la posta.

–¿Es que no ven vuestras mercedes mi camisa? –pregunté, aún descompuesto por la carrera y el susto.

–¿Qué camisa? –dijo uno.

Me palpé el pecho, sorprendido, y no juré porque aún no tenía edad ni hábito de hacerlo. Porque, de haber estado tanto tiempo boca abajo sobre el dique, durante el asalto, mi camisa estaba cubierta de barro.



## IX. EL MAESTRE Y LA BANDERA

Murió en esos días Mauricio de Nassau, para duelo de los Estados y gran contento de la verdadera religión, no sin antes arrebatarnos, a modo de despedida, la ciudad de Goch, incendiar nuestros bastimentos de Ginneken e intentar tomarnos Amberes con un golpe de mano donde le salió el tiro por el mocho del arcabuz. Más el hereje, paladín de la abominable secta de Calvino, fuese al infierno sin ver cumplida su obsesión de levantar el cerco de Breda. De modo que, para dar el sentido pésame a los holandeses, nuestros cañones emplearon la jornada en batir muy gentilmente con balas de sesenta libras los muros de la ciudad, y al romper el alba les volamos con mina un baluarte con treinta fulanos dentro, despertándolos de muy mala manera y demostrando que no a todo el que madruga Dios lo ayuda.

A tales fechas del negocio, lo de Breda no era ya para España cuestión de interés militar, sino de reputación. Estaba el mundo en suspenso, aguardando el triunfo o el fracaso de las armas del Rey católico. Hasta el sultán de los turcos –a quien malos sudores diera Cristo– esperaba el desenlace para ver si el Rey nuestro señor salía poderoso o mermado del trance; y de la Europa convergían los ojos de todos reyes y príncipes, en especial los de la Francia y la Inglaterra, siempre avizor para sacar tajada de nuestras desgracias y dolerse de los goces españoles; como ocurría también en el Mediterráneo con los venecianos y hasta con el Papa de Roma. Que su santidad, pese a ser vicario de la Divinidad en la tierra y toda la parafernalia, y pese también a que éramos los españoles quienes hacíamos el trabajo sucio en Europa, arruinándonos en defensa de Dios y María Santísima, procuraba fastidiarnos cuanto podía, y aún más, por celos de nuestra influencia en Italia. Que no hay como ser grande y temible un par de siglos para que enemigos de bellaca intención, lleven tiara o no, crezcan por todas partes; y so capa de buenas palabras, sonrisas y diplomacia, procuren hacerte muy minuciosamente la puñeta. Aunque en el caso del sumo pontífice, la hiel era en cierto modo comprensible. A fin de cuentas, y justo un siglo antes de lo de Breda, su antecesor Clemente VII había tenido que poner pies en polvorosa, remangándose la sotana para correr más deprisa y refugiarse en el castillo de Santángelo, cuando los españoles y los lansquenets de nuestro emperador Carlos V –que llevaban sin cobrar una paga desde que el Cid Campeador era cabo– asaltaron sus murallas y saquearon Roma sin respetar palacios de cardenales, ni mujeres, ni conventos. Que sobre ese particular, de justicia es entender que hasta los papas tienen su buena memoria y su pizca de honrilla.

–Ha llegado una carta para ti, Íñigo.

Alcé, sorprendido, la mirada hacia el capitán Alatraste. Estaba de pie ante el chabolo de mantas, fajina y tierra donde yo me entretenía con algunos camaradas; y tenía el sombrero puesto y el raído capote de paño sobre los hombros, cuyo faldón la vaina de su espada alzaba un poco por detrás. El ala ancha del chapeo, el tupido mostacho y la nariz aguileña adelgazaban su rostro, que se veía pálido pese a estar curtido por la intemperie. Y lo cierto es que hallábase más flaco que de costumbre. La buena salud habíale faltado algunos días por beber agua corrompida –también el pan estaba mohoso, y la carne, cuando la había, tenía gusanos–, encendiéndole de calor el cuerpo e inficionándole la sangre con calenturas tercianas muy ardientes. El capitán no era amigo, sin embargo, de sangrías ni purgantes; que matan, decía, más que remedian. Así que venía del campo de los vivanderos, donde un conocido que hacía las veces de barbero y de boticario le había recetado cierto cocimiento de hierbas para bajar las fiebres.

–¿Una carta para mí?

–Eso parece.

Dejé a Jaime Correas y a los otros y salí afuera sacudiéndome la tierra de los calzones. Estábamos lejos del alcance de las murallas, Junto a unos reparos próximos a la empalizada donde se guardaban los carros de bagaje y las bestias de carga, y a ciertas barracas que hacían función de tabernas, cuando había vino, y de burdel para la tropa, con mujeres alemanas, italianas, flamencas y españolas. Los mochileros solíamos merodear por el sitio, con todo el arte y la picaresca que nuestro oficio y nuestros pocos años nos daban, buscándonos la vida con razonable holgura. Raro era que no regresáramos de los forrajeos con dos o tres huevos, unas manzanas, velas de sebo o cualquier utilidad que pudiera ser vendida o trocada. Socorría yo con esta industria al capitán Alatraste y a sus camaradas; y también, cuando me venía un golpe de suerte, beneficiaba mis propios asuntos, incluida alguna visita con Jaime Correas a la barraca de la Mendoza, cuya entrada nadie había vuelto a disputarme desde aquella conversación que Diego Alatraste y el valenciano Candau mantuvieron tiempo atrás, a orillas del dique. El capitán, que estaba al tanto, habíame reconvenido

discretamente por ello; pues las mujeres que acompañan a los soldados, decía, siempre son causa de bubas, pestilencias y estocadas. Lo cierto es que ignoro cuál fue su relación con tales hembras en otros tiempos; más puedo decir que nunca, en Flandes, vió entrar en una casa o tienda que tuviese el cisne colgado en la puerta. Supe, eso sí, que un par de veces, con licencia del capitán Bragado, habíase llegado a Oudkerk, que ahora guarnecía una bandera borgoñona, a visitar a la flamenca de la que en otra ocasión hablé. Rumoreábase que la última vez había tenido Alatraste malos verbos con el marido, a quien terminó arrojando a patadas en el culo al canal, e incluso tuvo que meter mano a la espada cuando un par de borgoñones quisieron procesionar donde nadie les daba cirio. Desde entonces no había vuelto a ir por allí.

En cuanto a mí, la naturaleza de mis sentimientos estaba dividida respecto al capitán, aunque yo apenas era consciente de ello. De una parte lo obedecía con disciplina, profesándole la sincera devoción que harto conocen vuestras mercedes. De la otra, como todo mozo en creciente vigor, empezaba a sentir el apremio de su sombra. Flandes había operado en mí las transformaciones de ordenanza en un rapaz que vive entre soldados y tiene, además, oportunidad de pelear por su vida, su reputación y su Rey. Veníanme además en los últimos tiempos muchas preguntas sin respuesta; preguntas que los silencios de mi amo ya no llenaban. Todo eso hacía me considerar la idea de sentar plaza de soldado; que si es cierto que aún no alcanzaba edad para ello –raro era entonces servir con menos de diecisiete o dieciocho años, y para eso era necesario mentir–, un golpe de suerte podría, tal vez, facilitar las cosas. A fin de cuentas, el propio capitán Alatraste había sentado plaza con apenas quince, en el asedio de Hulst. Fue durante una famosa jornada, cuando para divertir al enemigo sobre las intenciones del asalto al fuerte de la Estrella, mochileros, pajes y mozos salieron armados con picas, banderas y tambores, y se les hizo rodear por un dique a fin de que el enemigo los tomase por tropas de refresco. Después el asalto fue sangriento; tanto que los más de los mozos, viéndose armados y enardecidos por la batalla, corrieron en socorro de sus amos, entrando en fuego con mucho valor. Diego Alatraste, que a la sazón era mochilero tambor de la bandera del capitán Pérez de Espila, fue adelante con todos. Y tan bien riñeron algunos, Alatraste entre ellos, que el príncipe cardenal Alberto, que ya era gobernador de Flandes y mandaba en persona el asedio, los favoreció procurándoles plazas de soldados.

–Llegó esta mañana, con la posta de España.

Cogí la carta que el capitán me tendía. El pliego era de buen papel, tenía el lacre intacto y mi nombre estaba en el sobrescrito:

*Señor Don Diego Alatraste, a la atención de Íñigo Balboa.  
En la bandera del capitán Don Carmelo Bragado,  
del tercio de Cartagena. Posta militar de Flandes.*

Me temblaron las manos cuando di vuelta al sobre, señalado con las iniciales A. de A. Sin decir palabra, sintiendo en mí los ojos de Alatraste, fuime despacio a un lugar un poco apartado, donde las mujeres de los tudescos lavaban la ropa en un estrecho ramal del río. Los tudescos, como algunos españoles, solían tomar por mujeres a ramerías retiradas que les aliviaban las ganas y también la miseria lavando ropa de soldados, o vendiendo aguardiente, leña, tabaco y pipas a quienes lo precisaban –ya dije que en Breda llegué a ver tudescas trabajando en las trincheras, para ayudar a sus maridos–. El caso es que cerca del lavadero había un árbol desmochado para hacer leña, con una gran piedra debajo; y sentéme allí sin quitar los ojos de aquellas iniciales, sosteniendo incrédulo la carta entre las manos. Sabía que el capitán me miraba todo el tiempo, así que esperé a que se calmaran los latidos de mi corazón; y luego, procurando que mis gestos no traicionasen la impaciencia, deshice el lacre y desdoblé la carta.

*Señor Don Íñigo:*

*He tenido noticias de vuestras andanzas, Y me huelgo de saber que servís en Flandes. Creedme que os envidio por ello.*

*Espero que no me guardéis demasiado rencor por las molestias que hubísteis de sufrir tras nuestro último encuentro. Después de todo, un día os oí decir que moriríais por mí. Tomadlo entonces como lance de la vida, que junto a los malos ratos también os da satisfacciones como la de servir al Rey nuestro señor o, quizá, recibir esta carta mía.*

*Debo confesar que no puedo evitar recordaros cada vez que paso por la fuente del Acero. Por cierto, tengo entendido que extraviásteis el lindo amuleto que allí os regalé. Algo imperdonable en tan cumplido galán como vos.*

*Espero veros algún día en esta Corte con espada y espuelas. Hasta entonces, contad con mi recuerdo y mi sonrisa.*

*Angélica de Alquézar.*

*PS: Celebro que sigáis vivo todavía. Tengo planes para vos.*

Acabé de leer la carta –lo hice tres veces, pasando sucesivamente del estupor a la felicidad, y luego a la melancolía– y me estuve largo rato mirando el papel, desdoblado sobre los remiendos que hacían de rodilleras en mis calzones. Yo estaba en Flandes, en la guerra, y ella pensaba en mí. Ocasión habrá, en caso de que me queden ganas y vida para seguir contando a vuestras mercedes las aventuras del capitán Alatraste y las mías propias, de referirme a esos planes que Angélica de Alquézar tenía para mi persona en aquel año veinticinco del siglo, contando ella doce o trece años y estando yo camino de cumplir los quince. Planes que, de adivinarlos, habríanme hecho temblar a un tiempo de pavor y de dicha. Adelantaré tan sólo que aquella lindísima y malvada cabecita de tirabuzones rubios y ojos azules, por alguna oscura razón que sólo se explica en el secreto que ciertas mujeres singulares encierran ya desde niñas en lo más profundo de su alma, aún había de poner en peligro mi cuello y mi salvación eterna muchas veces en adelante. E iba a hacerlo siempre de la misma forma contradictoria, fría, deliberada, con que a la vez me amó, creo, y también procuró mi desgracia toda su vida. Y fue así hasta que me la arrebató –o me liberó de ella, vive Dios, que tampoco de esa contradicción estoy seguro– su temprana y trágica muerte.

–Tal vez tengas algo que contarme –dijo el capitán Alatraste.

Había hablado con suavidad, sin matices en la voz. Volvíme a mirarlo. Estaba sentado junto a mí, en la piedra bajo el árbol desmochado, y allí había permanecido todo el rato sin interrumpirme en la lectura. Tenía el sombrero en la mano y miraba lejos, el aire ausente, en dirección a los muros de Breda.

–No hay mucho que decir –respondí.

Asintió despacio, como aceptando mis palabras, y con dos dedos se acarició ligeramente el bigote. Callaba. Su perfil inmóvil parecía el de un águila morena, tranquila, descansando en lo alto de un risco. Observé las dos cicatrices de su cara –en una ceja y en la frente– y la del dorso de su mano izquierda, recuerdo de Gualterio Malatesta en el portillo de las Animas. Había más bajo sus ropas, hasta sumar ocho en total. Luego miré la empuñadura bruñida de la espada, sus botas remendadas y sujetas con cuerdas de arcabuz, los trapos que asomaban por los agujeros de las suelas, los zurcidos de su deshilachado capote de paño pardo. Tal vez, pensé, también él amó una vez. Quizás a su manera aún ama; y eso incluía a Caridad la Lebrijana, y a la flamenca rubia y silenciosa de Oudkerk.

Lo oí suspirar muy quedo, apenas un rumor expulsando aliento de los pulmones, e hizo amago de levantarse. Entonces le alargué la carta. La tomó sin decir palabra y me estuvo observando antes de leerla; pero ahora era yo quien miraba los lejanos muros de Breda, tan inexpresivo como él hacía un instante. Por el rabillo del ojo noté que la mano de la cicatriz subía de nuevo para acariciar con dos dedos el mostacho. Luego leyó en silencio. Al cabo, escuché el crujido del papel al doblarse, y tuve otra vez la carta en mis manos.

–Hay cosas... –dijo al cabo de un momento.

Luego calló, y creí que eso era todo. Lo que no habría sido extraño en hombre más dado a silencios que a palabras, como era su caso.

–Cosas –prosiguió por fin– que ellas saben desde que nacen... Aunque ni siquiera sepan que las saben.

Se interrumpió otra vez. Lo sentí removerse incómodo, buscando un modo de terminar aquello.

–Cosas que a los hombres nos lleva toda una vida aprender.

Después calló de nuevo, y ya no dijo nada más. Nada de ten cuidado, precávete de la sobrina de nuestro enemigo, ni otros comentarios de esperar en tales circunstancias; y que por mi parte, como él sabía sin duda, habría desoído en el acto con la arrogancia de mi insolente mocedad. Luego se estuvo todavía un poco mirando la ciudad a lo lejos, caló el chapeo y se puso en pie, acomodando el capote en sus hombros. Y yo me quedé viéndolo irse de regreso a las trincheras, mientras me preguntaba cuántas mujeres, y cuántas estocadas, y cuántos caminos, y cuántas muertes, ajenas y propias, debe conocer un hombre para que le queden en la boca esas palabras.

Fue a mediados de mayo cuando Enrique de Nassau, sucesor de Mauricio, quiso probar fortuna por última vez, acudiendo en socorro de Breda para dar con nuestros huevos fritos en la ceniza. Y plugo a la mala fortuna que en esas fechas, justo la víspera prevista por los holandeses para el ataque, nuestro maestre de campo y algunos oficiales de su plana mayor estuviesen girando una ronda de inspección por los diques del noroeste, a cuyo efecto la escuadra del capitán Alatraste, destacada esa semana en tal menester, oficiaba de escolta. Marchaba Don Pedro de la Daga con el aparato que solía, él y media docena a caballo, con su bandera de maestre de tercio, seis tudescos con alabardas y una docena de soldados, entre los que se contaban Alatraste, Copons y los otros camaradas, a pie, arcabuces y mosquetes al hombro, abriendo y

cerrando plaza a la comitiva. Yo iba con los últimos, cargado con mi mochila llena de provisiones y reservas de pólvora y balas, mirando el reflejo de la hilera de hombres y caballos en el agua quieta de los canales, que el sol enrojecía a medida que progresaba su declinar en el horizonte. Era un atardecer tranquilo, de cielo despejado y agradable temperatura; y nada parecía anunciar los acontecimientos que estaban a punto de desencadenarse.

Había movimiento de tropas holandesas en el paraje, y Don Pedro de la Daga tenía órdenes de nuestro general Spínola para echar un vistazo a las posiciones de los italianos junto al río Merck, en el angosto camino de los diques de Sevenberge y Strudenberge, a fin de comprobar si hacía falta reforzarlas con una bandera de españoles. La intención de Jiñalasoga era pernoctar en el cuartel de Terheyden con el sargento mayor del tercio de Campo Látaro, Don Carlos Roma, y tomar al día siguiente las disposiciones necesarias. Llegamos así a los diques y al fuerte de Terheyden antes de la puesta de sol, y todo ejecutóse como venía dispuesto, alojándose nuestro maestre y los oficiales en tiendas previstas para ello, y asignándonos a nosotros un pequeño reducto de empalizada y cestones, a cielo abierto, donde nos instalamos envueltos en nuestros capotes, tras cenar un magro bocado que los italianos, alegres y buenos camaradas, nos ofrecieron al llegar. El capitán Alatríste llegó a la tienda del maestre a preguntar si a éste se le ofrecía algún servicio; y Don Pedro de la Daga, con su grosería y desdén habitual, respondióle que para nada lo necesitaba, y que dispusiera a conveniencia. A su vuelta, como estábamos en lugar desconocido y entre los de Látaro había lo mismo gente de honra que otra poco de fiar, el capitán decidió que, con italianos o sin ellos, hiciésemos nuestra propia guardia. Así que designó a Mendieta para la prima, a uno de los Olivares para la segunda, y reservó para sí la de tercia. Quedóse Mendieta por tanto junto al fuego, el arcabuz cargado y la cuerda encendida, y los otros nos echamos a dormir como cada cual pudo arreglarse.

Rompía el alba cuando me despertaron ruidos extraños y gritos llamando al arma. Abrí los ojos a una mañana sucia y gris, y en ella vi moverse a mi alrededor a Alatríste y los otros, todos armados hasta los dientes, encendidas las mechas de los arcabuces, cebando cazoletas y atacando a toda prisa balas en los caños. En las cercanías remontaba una escopetada ensordecedora, y oíanse con gran confusión voces en lenguas de todas las naciones. Supimos luego que Enrique de Nassau había enviado por el estrecho dique a su mosquetería inglesa, que era gente escogida, y a doscientos coseletes, todos con armas fuertes, guiados por el coronel inglés Ver; y para sustentarlos seguían franceses y alemanes, todos hasta número de seis mil, precediendo a una retaguardia holandesa de artillería gruesa, carruajes y caballería. A pique del alba habían dado con gran ánimo los ingleses sobre el primer reducto italiano, guarnecido por un alférez y pocos soldados, echando de allí a algunos con granadas de fuego y degollando al resto. Luego, poniendo la arcabucería arrimada al reducto, ganaron con la misma felicidad y osadía la media luna que cubría la puerta del fuerte, trepando con manos y pies por el muro. Y ocurrió que los italianos que defendían las trincheras, viendo al enemigo tan adelante y ellos descubiertos por aquel lado, echaron la sogá tras el caldero y las desampararon. Peleaban los ingleses con mucho esfuerzo y honra, sin que faltase nada a su valor, hasta el punto de que la compañía italiana del capitán Camilo Fenice, que acudía a sostener el fuerte, viéndose muy apretada volvió espaldas con no poca vergüenza; quizá por hacer verdad aquello que Tirso de Molina había dicho de ciertos soldados:

*Echar catorce reniegos,  
arrojar treinta porvidas,  
acoger hembras perdidas,  
sacar barato en los juegos;  
y en batallas y rebatos,  
cuando se topa conmigo,  
enseñar al enemigo  
la suela de mis zapatos.*

El caso era que, no con versos sino con muy arriscada prosa, habían llegado los ingleses también hasta las tiendas donde pernoctaban nuestro maestre de campo y sus oficiales; y viéronse todos ellos fuera y en camisa, armados como Dios les permitió, dando estocadas y pistoletazos entre los italianos que huían y los ingleses que llegaban. Desde el lugar donde estábamos nosotros, distante un centenar de pasos de las tiendas, vimos la desbandada italiana y el tropel de ingleses, punteado todo ello por los fogonazos de las armas que la luz grisácea del amanecer dejaba ver relampagueando por todas partes. El primer impulso de Diego Alatríste fue acudir con su escuadra a las tiendas; pero apenas puso el pie sobre el parapeto dióse cuenta de que todo era en vano, pues los fugitivos pasaban corriendo el dique, y nadie huía por el nuestro porque tras éste no había salida: era una pequeña elevación de tierra con el agua de un pantano a la espalda. Sólo Don Pedro de

la Daga, sus oficiales y la escolta tudésca retrocedían hacia el reducto, batiéndose sin perder la cara al enemigo que les cortaba la retirada por donde corrían los otros, mientras el alférez Miguel Chacón intentaba poner a salvo la bandera. Al ver que el pequeño grupo quería alcanzar nuestro reducto, Alatríste alineó a los hombres tras los cestones y dispuso fuego continuo para protegerles la retirada, calando él mismo su arcabuz para dar un tiro tras otro. Yo estaba acuclillado tras el parapeto, acudiendo a dar pólvora y balas cuando me las reclamaban. Veníanse ya todo aquello encima, y remontaba el alférez Chacón la pequeña cuesta cuando un arcabuzazo entró por la espalda, dando con él en tierra. Vimos su rostro barbudo, con canas de soldado viejo, crispado por el dolor al intentar alzarse de nuevo, buscando con dedos torpes el asta de la bandera que se le había escapado de las manos. Aún llegó a asirla, alzándose un poco con ella, pero otro tiro lo tumbó boca arriba. Quedó la enseña tirada en el terraplén, junto al cadáver del alférez que tan honradamente había hecho su obligación, cuando Rivas saltó desde los cestones a buscarla. Ya conté a vuestras mercedes que Rivas era del Finisterre, que es como decir de donde Cristo dio las siete voces; el último, pardiez, a quien uno imagina saliendo del parapeto en busca de una bandera que ni le va ni le viene. Pero con los gallegos nunca se sabe, y hay hombres que te dan esa clase de sorpresas. El caso es que allá fue el buen Rivas, como decía, y bajó seis o siete varas corriendo la cuesta antes de caer pasado de varios tiros, rodando terraplén abajo, casi hasta los pies de Don Pedro de la Daga y sus oficiales que, desbordados por los atacantes, veíanse acuchillados allí sin misericordia. Los seis tudescos, como gente que hace su oficio sin echarle imaginación ni complicarse la vida cuando la tienen bien pagada, se hicieron matar como Dios manda, vendiendo cara la piel alrededor de su maestre de campo; que había tenido tiempo de coger la coraza y eso le permitía tenerse en pie, pese a que llevaba ya dos o tres ruines cuchilladas en el cuerpo. Seguían llegando ingleses, que gritaban seguros de la empresa, a los que la bandera tirada en mitad del terraplén azuzaba el valor, pues una bandera capturada era fama de quien la lograba y vergüenza de quien la perdía; y en aquella, escaqueada de blanco y azul con banda roja, estaba –eso decían los usos de la época– la honra de España y del Rey nuestro señor.

–¡No quarter!... ¡No quarter! –voceaban los hideputas.

Nuestra escopetada dio con varios de ellos en tierra, pero a esas alturas nada más podía hacerse por Don Pedro de la Daga y sus oficiales. Uno de ellos, irreconocible por tener la cara abierta a tajos, intentó alejar a los ingleses para que escapase el maestre de campo; pero de justicia es decir que Jiñalasoga fue fiel a sí mismo hasta el final: zafándose con un manotazo del oficial que le tiraba del codo, incitándolo a subir la cuesta, perdió la espada en el cuerpo de un inglés, abrasó de un pistoletazo la cara de otro, y luego, sin agacharse ni hurtar el cuerpo, tan arrogante camino del infierno como lo había sido en vida, se dejó acuchillar hasta la muerte por una turba de ingleses, que habían reconocido su calidad y se disputaban sus despojos.

–¡No quarter!... ¡No quarter!

Sólo quedaban dos supervivientes de los oficiales, que echaron a correr terraplén arriba aprovechando que los atacantes se cebaban en el maestre. Uno murió a los pocos pasos, horadado de parte a parte por una pica. El otro, el de la cara abierta a tajos, llegó dando traspiés hasta la bandera, se inclinó para recogerla, alzóse de nuevo, y aún pudo dar tres o cuatro pasos antes de caer acibillado a tiros de pistola y mosquetazos. Quedó de nuevo la enseña en tierra, pero arriba nadie se ocupó de ella porque todos estaban muy ocupados en dar buenas rociadas de arcabuz a los ingleses que empezaban a aventurarse cuesta arriba, dispuestos a añadir al cuerpo del maestre de campo el trofeo de la enseña. Yo mismo, sin dejar de repartir la pólvora y las balas cuya provisión menguaba peligrosamente, aproveché los intervalos para cargar y disparar una y otra vez, por entre los cestones, el arcabuz que había dejado Rivas. Lo cargaba con torpeza, pues era enorme en mis manos, y sus coces de mula me dislocaban el hombro. Aun así hice no menos de cinco o seis disparos. Atacaba la onza de plomo en la boca del caño, cebaba de pólvora la cazoleta con mucho cuidado, y luego calaba la cuerda en el serpentín, procurando tapar la cazoleta al soplar la mecha, como tantas veces había visto hacer al capitán y a los otros. Sólo tenía ojos para el combate y oídos para el tronar de la pólvora, cuya humareda negra y acre me ofendía ojos, narices y boca. La carta de Angélica de Alquézar yacía olvidada dentro del jubón, contra mi pecho.

–Si salgo de ésta –mascullaba Garrote, recargando con prisa el arcabuz– no vuelvo a Flandes ni por lumbre. Proseguía mientras el combate en los muros del fuerte y sobre el dique que había debajo. Viendo huir a la gente del capitán Fenice, que murió en la puerta haciendo con mucho pundonor su deber, el sargento mayor Don Carlos Roma, que era hombre de los que se visten por los pies, había tomado él mismo una rodela y una espada, y poniéndose delante de los fugitivos intentaba restaurar la pelea, consciente de que si podía frenar a los atacantes, al ser angosto el dique por el que llegaban era posible irlos empujando hacia atrás; pues al agolparse en éste sólo podrían pelear los primeros. Así, poco a poco, iba emparejándose el reñir por aquella parte; y los italianos, ahora rehechos y con renovado coraje en torno a su sargento mayor, batíanse ya con

buena raza –que los de esa nación, si tienen ganas y motivos, saben hacerlo muy bien cuando quieren–, echando a los ingleses abajo desde el muro, y dando al traste con el ataque principal.

Por nuestro lado las cosas iban peor: un centenar de ingleses, muy arrimados, amenazaba ya alcanzar el terraplén, la enseña caída y los cestones del reducto, sólo estorbados por el mucho daño que nuestros arcabuces, escupiéndoles balas a menos de veinte pasos, hacíanles de continuo.

–¡Se acaba la pólvora! –avisé con un grito.

Era cierto. Apenas quedaba para dos o tres descargas más de cada uno. Curro Garrote, blasfemando como un condenado a galeras, se agachó tras el parapeto, un brazo mal estropeado de un mosquetazo. Pablo Olivares se hizo cargo de la provisión de dos tiros que le quedaba al malagueño, y estuvo disparando hasta agotar esa y la suya propia. De los otros, Juan Cuesta, gijonés, llevaba un rato muerto entre los cestones, y pronto lo acompañó Antonio Sánchez, que era soldado viejo y de Tordesillas. Fulgencio Puche, de Murcia, se desplomó después con las manos en la cara y sangrando entre los dedos como un verraco. El resto disparó sus últimos tiros.

–Esto es cosa hecha –dijo Pablo Olivares.

Nos mirábamos unos a otros, indecisos, con los gritos de los ingleses sonando cada vez más cerca, en la ladera. Aquel griterío me producía un gran pavor, un infinito desconsuelo. Nos quedaba menos tiempo que el necesario para un credo, sin otra opción que ellos o las aguas del pantano. Algunos empezaron a sacar las espadas.

–La bandera –dijo Alatraste.

Varios lo miraron como si no entendieran sus palabras. Otros, Copons el primero, se incorporaron acercándose al capitán.

–Razón tiene –dijo Mendieta–. Mejor con bandera, pues.

Lo entendí. Mejor junto a la bandera, peleando en torno a ella, que allí arriba tras los cestones, como conejos. Entonces ya no sentí más el miedo, sino un cansancio muy hondo y muy viejo, y ganas de terminar con todo aquello. Quería cerrar los ojos y dormir durante una eternidad. Noté cómo se me erizaba la piel de los brazos cuando eché mano a mis riñones para desenfundar la daga. Mano y daga me temblaban, así que la apreté muy fuerte. Alatraste vio el gesto, y por una brevísima fracción de tiempo sus ojos claros relampaguearon en algo que era al mismo tiempo una disculpa y una sonrisa. Luego desnudó la toledana, se quitó el sombrero y el correaje con los doce apóstoles, y sin decir una palabra fue a encaramarse al parapeto.

–¡España!... ¡Cierra España! –gritaron algunos, yéndole detrás.

–¡Ni España ni leches! –masculló Garrote, levantándose renqueante con la espada en la mano sana... ¡Mis cojones!... ¡Cierran mis cojones!

Ignoro cómo ocurrió, pero sobrevivimos. Mis recuerdos de la ladera del reducto de Terheyden son confusos, igual que lo fue aquella acometida sin esperanza. Sé que aparecimos en lo alto del parapeto, que algunos se persignaron atropelladamente, y luego, como una jauría de perros salvajes, echamos todos a correr cuesta abajo gritando como locos, blandiendo dagas y espadas, cuando los primeros ingleses estaban a punto de coger del suelo la bandera. Se detuvieron en seco éstos, espantados por aquella aparición inesperada cuando daban por rota nuestra resistencia; y aún estaban así, mirando para arriba con las manos alargadas hacia el asta de la enseña, cuando les fuimos encima, degollándolos a mansalva. Caí sobre la bandera, apretándola entre mis brazos y resuelto a que nadie me quitara aquel trozo de lienzo si no era con la vida, y rodé con ella terraplén abajo, sobre los cuerpos del oficial muerto, y del alférez Chacón, y del buen Rivas, y sobre los ingleses que Alatraste y los demás iban tajando a medida que descendían la ladera, con tal ímpetu y ferocidad –la fuerza de los desesperados es no esperar salvación alguna– que los ingleses, espantados por la acometida, empezaron a flaquear mientras eran heridos, y a caer, y a tropezar unos con otros. Y luego uno volvió la espalda, y otros lo imitaron, y el capitán Alatraste, y Copons, y los Olivares, y Garrote y los otros, estaban rojos de sangre enemiga, ciegos de matar y de matar. E inesperadamente los ingleses echaron a correr, tal como lo cuento, echaron a correr por docenas, se fueron para atrás y los nuestros seguían hiriéndolos por las espaldas; y llegaron así junto al cadáver de Don Pedro de la Daga y siguieron más allá, dejando el suelo convertido en una carnicería, en un rastro sanguinolento de ingleses acuchillados sobre los que yo, que tropezaba y rodaba con la bandera bien sujeta entre los brazos, los seguía aullando con todas mis fuerzas, gritando a voces mi desesperación, y mi rabia, y el coraje de la casta de los hombres y mujeres que me hicieron. Y vive Dios que yo había de conocer aún muchos lances y combates, alguno tan apretado como ése. Pero todavía me echo a llorar como el chiquillo que era cuando recuerdo aquello; cuando me veo a mí mismo con apenas quince años, abrazado al absurdo trozo de lienzo ajedrezado de azul y blanco, gritando y corriendo por la sangrienta ladera del reducto de Terheyden, el día que el capitán Alatraste buscó un buen lugar donde morir, y yo lo seguí a través de los ingleses, con sus camaradas, porque íbamos a caer todos de cualquier manera, y porque nos habría avergonzado dejarlo ir solo.

## EPÍLOGO

El resto es un cuadro, y es Historia. Lo era ya nueve años más tarde, la mañana en que crucé la calle para entrar en el estudio de Diego Velázquez, ayuda del guardarropa del Rey nuestro señor, en Madrid. Era un día invernal y gris todavía más desapacible que los de Flandes, el hielo de los charcos crujía bajo mis botas con espuelas, y pese al embozo de la capa y el chapeo bien calado, el aire frío me cortaba el rostro. Por eso agradecí la tibieza del corredor oscuro, y luego, en el amplio estudio, el fuego de la chimenea que ardía alegremente, junto a los ventanales que iluminaban lienzos colgados en la pared, dispuestos en caballetes o arrinconados sobre la tarima de madera que cubría el suelo. La habitación olía a pintura, mezclas, barnices y aguarrás; y también olía, y muy bien, el pucherete que junto a la chimenea, sobre un hornillo, calentaba caldo de ave con especias y vino.

–Sírvase vuestra merced, señor Balboa –dijo Diego Velázquez.

Un viaje a Italia, la vida en la Corte y el favor de nuestro Rey Don Felipe Cuarto le habían hecho perder buena parte de su acento sevillano desde el día en que lo vi por primera vez, cosa de once o doce años atrás, en el mentidero de San Felipe. Ahora limpiaba unos pinceles muy minuciosamente, con un paño limpio, alineándolos luego sobre la mesa. Estaba vestido con una ropilla negra salpicada de manchas de pintura, tenía el pelo en desorden y el bigote y la perilla sin arreglar. El pintor favorito de nuestro monarca nunca se aseaba hasta media mañana, cuando interrumpía su trabajo para hacer un descanso y calentarse el estómago después de haber trabajado unas horas desde la primera buena luz del día. Ninguno de sus íntimos osaba molestarlo antes de esa pausa de media mañana. Luego seguía un poco más hasta la tarde, cuando tomaba una colación. Después, si no lo requerían asuntos de su cargo en Palacio o compromisos de fuerza mayor, paseaba por San Felipe, la plaza Mayor o el Prado bajo, a menudo en compañía de Don Francisco de Quevedo, Alonso Cano y otros amigos, discípulos y conocidos.

Dejé capa, guantes y sombrero sobre un escabel y lleguéme al puchero, vertí un cazo en una jarra de barro vidriado y estuve calentándome con ella las manos mientras lo bebía a cortos sorbos.

–¿Cómo va lo del palacio? – pregunté.

–Espacio.

Reímos un poco ambos con la vieja broma. Por aquel tiempo, Velázquez se enfrentaba a la grave tarea de acondicionar las salas de pintura del salón de reinos en el nuevo palacio del Buen Retiro. Tal y otras mercedes le habían sido concedidas directamente por el Rey, y él estaba harto complacido con ellas. Pero eso, se lamentaba a veces, le quitaba espacio y sosiego para trabajar a gusto. Por ello acababa de ceder el cargo de ujier de cámara a Juan Bautista del Mazo, conformándose con la dignidad de ayuda del guardarropa real, sin ejercicio.

–¿Qué tal está el capitán Alatraste? –inquirió el pintor.

–Bien. Os manda sus saludos... Ha ido a la calle de Francos con Don Francisco de Quevedo y el capitán Contreras, a visitar a Lope en su casa.

–¿Y cómo se encuentra el Fénix de los ingenios?

–Mal. La fuga de su hija Antoñita con Cristóbal Tenorio fue un golpe muy duro... Sigue sin reponerse.

–Tengo que encontrar un rato libre para ir a verlo... ¿Ha empeorado mucho?

–Todos temen que no pase de este invierno.

–Lástima.

Bebí un par de sorbos más. Aquel caldo quemaba, pero devolvía la vida.

–Parece que habrá guerra con Richelieu –comentó Velázquez.

–Eso dicen en las gradas de San Felipe.

Fui a dejar la jarra sobre una mesa, y de camino me detuve ante un cuadro terminado y puesto en un caballete, a falta sólo de la capa de barniz. Angélica de Alquézar estaba bellísima en el lienzo, vestida de raso blanco con alamares pasados de oro y perlas minúsculas, y una mantilla de encaje de Bruselas sobre los hombros; sabía que era de Bruselas porque se la había regalado yo. Sus ojos azules miraban con irónica fijeza, y parecían seguir todos mis movimientos por la habitación, como de hecho lo hacían a lo largo y ancho de mi vida. Encontrarla allí hízome sonreír para los adentros; hacía sólo unas horas que me había separado de ella, saliendo a la calle envuelto en mi capa al filo de la madrugada –la mano en la empuñadura de la espada por si me aguardaban afuera los sicarios de su tío–, y aún tenía en los dedos, en la boca y en la

piel, el aroma delicioso de la suya. También llevaba en el cuerpo el ya cicatrizado recuerdo de su daga, y en el pensamiento sus palabras de amor y de odio, tan sinceras y mortales unas como otras.

–Os he conseguido –dijo a Velázquez– el boceto de la espada del marqués de los Balbases... Un antiguo camarada que la vio muchas veces la recuerda bastante bien.

Volví la espalda al retrato de Angélica. Luego saqué el papel que llevaba doblado bajo la ropilla, y se lo ofrecí al pintor.

–Era de bronce y oro de martillo en la empuñadura. Ahí verá vuestra merced cómo iban las guardas.

Velázquez, que había dejado el trapo y los pinceles, contemplaba el boceto con aire satisfecho.

–En cuanto a las plumas de su chapeo –añadí– sin duda eran blancas.

–Excelente –dijo.

Puso el papel sobre la mesa y miró el cuadro. Estaba destinado a decorar el salón de reinos y era enorme, colocado sobre un bastidor especial sujeto a la pared, con una escalera para trabajar en su parte superior.

–Al final os hice caso –añadió, pensativo–. Lanzas en vez de banderas.

Yo mismo le había contado los detalles en largas conversaciones sostenidas durante los últimos meses, después que Don Francisco de Quevedo le aconsejara documentar con mi concurso los pormenores de la escena. Para realizarla, Diego Velázquez había decidido prescindir de la furia de los combates, el choque de los aceros y otra materia de rigor en escenas comunes de batallas, procurando la serenidad y la grandeza. Quería, me dijo más de una vez, lograr una situación que fuese al tiempo magnánima y arrogante, y también pintada a la manera que él solía: con la realidad no como era, sino como la mostraba; expresando las cosas que decía conforme a la verdad, más sin concluir las, de modo que todo lo demás, el contexto y el espíritu sugeridos por la escena, fuesen trabajo del espectador.

–¿Qué os parece? –me preguntó con suavidad.

Conocía yo de sobra que mi criterio artístico, poco de fiar en un soldado de veinticuatro años, se le daba una higa. Era otra cosa lo que demandaba, y lo entendí por la forma en que me observó casi con recelo, un poco a hurtadillas, a medida que mis ojos recorrían el cuadro.

–Fue así y no fue así –dije.

Arrepentíme de aquellas palabras apenas salieron de mis labios, pues temí incomodarlo. Pero se limitó a sonreír un poco.

–Bueno –dijo–. Ya sé que no hay ningún cerro de esa altura cerca de Breda, y que la perspectiva del fondo es un tanto forzada –dío unos pasos y se quedó mirando el cuadro con los brazos en jarras–. Pero la escena resulta, y es lo que importa.

–No me refería a eso –apunté.

–Sé a qué os referís.

Fue hasta la mano con que el holandés Justino de Nassau tiende la llave a nuestro general Spínola –la llave todavía no era más que un esbozo y una mancha de color– y la frotó un poco con el pulgar. Después dio un paso atrás sin dejar de mirar el lienzo; observaba el lugar situado entre dos cabezas, bajo el caño horizontal del arcabuz que el soldado sin barba ni bigote sostiene al hombro: allí donde se insinúa, medio oculto tras los oficiales, el perfil aguileño del capitán Alatraste.

–Al fin y al cabo –dijo por fin– siempre se recordará así... Me refiero a después, cuando vos y yo y todos ellos estemos muertos.

Yo miraba los rostros de los maestros y capitanes del primer término, algunos faltos todavía de los últimos retoques. Lo de menos era que, salvo Justino de Nassau, el príncipe de Neoburgo, Don Carlos Coloma y los marqueses de Espinar y de Leganés, amén del propio Spínola, el resto de las cabezas situadas en la escena principal no correspondiese a los personajes reales; que Velázquez retratara a su amigo el pintor Alonso Cano en el arcabucero holandés de la izquierda, y que hubiera utilizado unas facciones muy parecidas a las suyas propias para el oficial con botas altas que mira al espectador, a la derecha. O que el gesto caballeresco del pobre Don Ambrosio Spínola –había muerto de pena y de vergüenza cuatro años antes, en Italia– fuese idéntico al que tuvo aquella mañana, pero el del general holandés quedara ejecutado por el artista atribuyéndole más humildad y sometimiento que los mostrados por el Nassau cuando rindió la ciudad en el cuartel de Balanzón... A lo que me refería era a que en esa composición serena, en aquel faltaría más, Don Justino, no se incline vuestra merced, y en la contenida actitud de unos y otros oficiales, se ocultaba algo que yo había visto bien de cerca atrás, entre las lanzas: el orgullo insolente de los vencedores, y el despecho y el odio en los ojos de los vencidos; la saña con que nos habíamos acuchillado unos a otros, y aún íbamos a seguir haciéndolo, sin que bastasen las tumbas de que estaba lleno el paisaje del fondo, entre la bruma gris de los incendios. En cuanto a quiénes figuraban en primer término del cuadro y quiénes no, lo cierto era que nosotros, la fiel y sufrida infantería, los tercios viejos que habían hecho el trabajo sucio en las minas y en las caponeras, dando encamisadas en la oscuridad, rompiendo con fuego y hachazos el dique de Sevenberge,



peleando en el molino Ruyter y junto al fuerte de Terheyden, con nuestros remiendos y nuestras armas gastadas, nuestras pústulas, nuestras enfermedades y nuestra miseria, no éramos sino la carne de cañón, el eterno decorado sobre el que la otra España, la oficial de los encajes y las reverencias, tomaba posesión de las llaves de Breda –al fin, como temíamos, ni siquiera se nos permitió saquear la ciudad– y posaba para la posteridad permitiéndose toda aquella pamplina: el lujo de mostrar espíritu magnánimo, oh, por favor, no se incline, Don Justino. Estamos entre caballeros y en Flandes todavía no se ha puesto el sol.

–Será un gran cuadro –dije.

Era sincero. Sería un gran cuadro y el mundo, tal vez, recordase a nuestra infeliz España embellecida a través de ese lienzo donde no era difícil intuir el soplo de la inmortalidad, salido de la paleta del más grande pintor que los tiempos vieron nunca. Pero la realidad, mis verdaderos recuerdos, estaban en el segundo plano de la escena; allí donde sin poder remediarlo se me iba la mirada, más allá de la composición central que me importaba un gentil carajo: en la vieja bandera ajedrezada de azul y blanco, tenida al hombro por un portaenseña de pelo hirsuto y mostacho, que bien podía ser el alférez Chacón, a quien vi morir intentando salvar ese mismo lienzo en la ladera del reducto de Terheyden. En los arcabuceros –Rivas, Llop y los otros que no volvieron a España ni a ningún otro sitio– vueltos de espaldas a la escena principal, o en el bosque de lanzas disciplinadas, anónimas en la pintura, a las que yo podía sin embargo, una por una, poner nombres de camaradas vivos y muertos que las habían paseado por Europa, sosteniéndolas con el sudor y con la sangre, para hacer muy cumplida verdad aquello de:

*Y siempre a punto de guerra  
combatieron, siempre grandes,  
en Alemania y en Flandes,  
en Francia y en Inglaterra.  
Y se posternó la tierra  
estremecida a su paso;  
y simples soldados rasos,  
en portentosa campaña,  
llevaron el sol de España  
desde el Oriente al Ocaso.*

A ellos, españoles de lenguas y tierras diferentes entre sí, pero solidarios en la ambición, la soberbia y el sufrimiento, y no a los figurones retratados en primer término del lienzo, era a quien el holandés entregaba su maldita llave. A aquella tropa sin nombre ni rostro, que el pintor dejaba sólo entrever en la falda de una colina que nunca existió; donde a las diez de la mañana del día 5 de junio del año veinticinco del siglo, reinando en España nuestro Rey Don Felipe Cuarto, yo presencié la rendición de Breda junto al capitán Alatraste, Sebastián Copons, Curro Garrote y los demás supervivientes de su diezmada escuadra. Y nueve años después, en Madrid, de pie ante el cuadro pintado por Diego Velázquez, me parecía de nuevo escuchar el tambor mientras veía moverse despacio, entre los fuertes y trincheras humeantes en la distancia, frente a Breda, los viejos escuadrones impasibles, las picas y las banderas de la que fue última y mejor infantería del mundo: españoles odiados, crueles, arrogantes, sólo disciplinados bajo el fuego, que todo lo sufrían en cualquier asalto, pero no sufrían que les hablaran alto.

*Madrid, agosto de 1998*

## NOTA DEL EDITOR SOBRE LA PRESENCIA DEL CAPITÁN ALATRISTE EN LA RENDICIÓN DE BREDA, DE DIEGO VELÁZQUEZ

Durante mucho tiempo se ha debatido la supuesta presencia del capitán Diego Alatríste y Tenorio en el lienzo sobre La rendición de Breda. Frente al testimonio de Íñigo Balboa, que fue testigo de la composición del cuadro y afirma sin vacilar en dos ocasiones (página 13 de *El capitán Alatríste* y página 243 de *El sol de Breda*) que el capitán está representado en el lienzo de Velázquez, los estudios de las cabezas del lado derecho, que permitieron identificar como auténtica la de Spínola y probables las de Carlos Coloma, los marqueses de Leganés y de Espinar y el príncipe de Neoburgo –según análisis de los profesores Justí, Allende Salazar, Sánchez Cantón y Temborry Álvarez–, descartan que alguna de las otras cabezas anónimas corresponda a los rasgos físicos que Íñigo Balboa atribuye al capitán.

El alférez que sostiene sobre el hombro la bandera no puede ser Diego Alatríste, y el mosquetero sin barba ni bigote del último término, tampoco. Descartados asimismo el caballero pálido y descubierto que se halla bajo la bandera y junto al caballo, y el oficial corpulento y destocado, de complejión fuerte, que aparece bajo el cañón horizontal del arcabuz –en quien el profesor Sergio Zamorano, de la universidad de Sevilla, cree identificar al capitán Carmelo Bragado–, algunos estudiosos defendieron la posibilidad de que Alatríste estuviera representado en el oficial que hay detrás del caballo, mirando al espectador en el extremo derecho de la escena; personaje que otros expertos, como Temborry, estiman autorretrato del propio Velázquez, que equilibraría así la supuesta aparición de su amigo Alonso Cano al extremo izquierdo, como arcabucero holandés.

El profesor Zamorano apunta asimismo en su estudio «*Breda: realidad y leyenda*» que Diego Alatríste podría coincidir con alguno de los rasgos físicos de ese oficial situado a la derecha del lienzo; aunque las facciones del español pintado, señala, son más suaves que las descritas por Íñigo Balboa cuando habla del capitán Alatríste. De cualquier modo, como apuntó el traductor y estudioso barcelonés Miguel Antón en su ensayo *El capitán Alatríste y la rendición de Breda*, la edad del caballero, no mayor de treinta años, no coincide con la efectiva que tenía Alatríste en 1625, y mucho menos con los 51 o 52 años que se le calculan en 1634–1635, fecha en que fue realizado el cuadro; sin que las ropas del oficial correspondan tampoco con la indumentaria que Alatríste, entonces simple soldado con cargo nominal de cabo de escuadra, podía permitirse lucir en Flandes. Aún cabría la posibilidad de que Alatríste no estuviera representado en el grupo de la derecha, sino entre los españoles que hay ladera abajo, en el centro del cuadro y tras el brazo extendido del general Spínola; pero un estudio minucioso de sus facciones e indumentarias, realizado por el especialista de *Fíguro Magazine* Etienne de Montety, parece descartarlo.

Y sin embargo, la afirmación de Íñigo Balboa en la página 13 del primer volumen de la serie, suena inequívoca: «A mi padre lo mataron de un tiro de arcabuz en un baluarte de Jülich. Por eso Diego Velázquez no llegó a sacarlo más tarde en el cuadro de la toma de Breda como a su amigo y tocayo Alatríste, que sí está allí, tras el caballo»... Esas desconcertantes palabras fueron consideradas durante mucho tiempo por la mayor parte de los expertos como afirmación gratuita de Íñigo Balboa, interpretándola a modo de homenaje imaginario a su querido capitán Alatríste, pero desprovisto de toda justificación veraz. El propio Arturo Pérez-Reverte, a la hora de manejar como fuente documental para *Las aventuras del capitán Alatríste* las memorias de Íñigo Balboa, que fue soldado en Flandes e Italia, alférez abanderado en Rocroi, teniente de los correos reales y capitán de la Guardia Española del Rey Felipe IV antes de su retirada por asuntos particulares hacia 1660, a la edad de cincuenta años, tras su matrimonio con doña Inés Álvarez de Toledo, marquesa viuda de Alguazas, y su posterior desaparición de la vida pública –las memorias manuscritas de Íñigo Balboa no aparecieron hasta 1951, en una subasta de libros y manuscritos de la casa Claymore de Londres–, confiesa haber creído durante mucho tiempo en la falsedad de la afirmación del propio Íñigo sobre que Diego Alatríste figure realmente en el lienzo de Velázquez.

Pero el azar ha terminado por resolver el misterio, aportando un dato que habían pasado por alto algunos estudiosos, incluido el propio autor de esta serie de novelas basadas casi íntegramente en el manuscrito original<sup>1</sup>. En agosto de 1998, cuando acudí a visitar a Pérez-Reverte en su casa cercana a El Escorial por asuntos editoriales, éste me confió, aún estupefacto, un descubrimiento que acababa de hacer de modo casual mientras documentaba el epílogo del tercer volumen de la serie. El día anterior, al consultar la obra de José Camón Aznar Velázquez –una de las más decisivas sobre el autor de *La rendición de Breda*–, Pérez-Reverte

había dado con algo que aún lo tenía estupefacto. En las páginas 508 y 509 del primer volumen (Madrid, Espasa Calpe, 1964) el profesor Camón Aznar confirma, mediante el estudio de una radiografía del lienzo, algunas afirmaciones de Íñigo Balboa sobre el cuadro de Velázquez que en principio tenían apariencia contradictoria; como el hecho, probado en la placa radiológica, de que el artista pintó originalmente banderas en vez de lanzas. Nada infrecuente, por otra parte, en un pintor famoso por sus arrepentimientos: modificaciones hechas sobre la marcha que lo llevaban a veces a cambiar trazos, alterar situaciones y eliminar objetos y personajes ya pintados. Además de las banderas trocadas en lanzas –¡qué diferente habría sido, tal vez, el efecto del cuadro!–, el caballo de los españoles fue proyectado de tres formas distintas; al fondo, en la orientación geográfica adecuada, hacia el dique de Sevenberge y el mar, parece advertirse una extensión de agua con un navío; Spínola estaba abocetado más erguido; y en la parte española es posible adivinar otras cabezas con valonas bordadas. Por razones que desconocemos, en la versión definitiva Velázquez suprimió la cabeza de noble apariencia de un caballero, y alguna otra más. Respecto a la presencia de Diego Alatríste, que Íñigo Balboa describe en el lienzo, precisando incluso su localización exacta –«... bajo el caño horizontal del arcabuz que el soldado sin barba ni bigote sostiene al hombro... »–, el espectador sólo puede ver un lugar vacío sobre el jubón azul de un piquero vuelto de espaldas.

Pero la verdadera sorpresa –prueba de que la pintura, como la literatura, no es sino una sucesión de enigmas, –de sobres cerrados que encierran otros sobres cerrados en su interior– acechaba en apenas media línea escondida en la página 509 del libro de Camón Aznar, referida a ese mismo, y sospechoso, espacio vacío donde la radiografía reveló que:

«... Tras esa cabeza se adivina otra de perfil aguileño».

Y es que a menudo la realidad se divierte confirmando por su cuenta lo que nos parece ficción. Ignoramos por qué motivo Velázquez decidió eliminar posteriormente del cuadro esa cabeza ya pintada, y tal vez las siguientes entregas de la serie esclarezcan ese misterio<sup>2</sup>. Pero ahora, casi cuatro siglos después de todo aquello, sabemos que Íñigo Balboa no mentía; y que el capitán Alatríste estaba –está– en el lienzo de La rendición de Breda.

El Editor.

## EXTRACTOS DE LAS FLORES DE POESÍA DE VARIOS INGENIOS DE ESTA CORTE.

Impreso del siglo XVII sin pie de imprenta conservado en la Sección «Condado de Guadalmedina». Archivo y Biblioteca de los Duques del Nuevo Extremo. (Sevilla).

### DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO. INSCRIPCIÓN AL MARQUÉS AMBROSIO SPÍNOLA, QUE GOBERNÓ LAS ARMAS CATÓLICAS EN FLANDES.

#### *Soneto*

*Lo que en Troya pudieron las traiciones,  
Sinón y Ulises y el caballo duro,  
Pudo de Ostende en el soberbio muro  
Tu espada, acaudillando tus legiones.  
Cayó, al aparecer tus escuadrones,  
Frisa y Bredá por tierra, y, mal seguro,  
Debajo de tus armas vio el perjuro  
Sin blasón su muralla y sus pendones.  
Todo el Palatinado sujetaste  
Al monarca español, y tu presencia  
Al furor del hereje fue contraste.  
En Flandes dijo tu valor tu ausencia,  
En Italia tu muerte, y nos dejaste,  
Spínola, dolor sin resistencia.*

### DEL CABALLERO DEL JUBÓN AMARILLO A ÍÑIGO BALBOA, EN SU VEJEZ

#### *Soneto*

*Vive Dios, que no alcanzo diferencia  
Del hidalgo que en Flandes fue soldado  
Al joven mochilero vascongado  
Que dio cumplida fe de su existencia.  
Añorando los lances y experiencia  
Que de tu espadachín nos has contado,  
El orbe, de su acero acuchillado.  
Con llanto militar llora la ausencia.  
Fue su valor tu dignidad y suerte;  
Y a todo quien asista a vuestra historia  
Espantará lo que con él viviste.  
Por ti, pese al olvido y a la muerte,  
Conocerán los hombres la memoria  
Del capitán Don Diego de Alatraste.*

### DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA DEFENSA DEL CUARTEL DE TERHEYDEN SACADA DE LA JORNADA III DE LA COMEDIA FAMOSA DE «EL SITIO DE BREDÁ»

**Romance**

D. FADRIQUE BAZÁN:  
 ¡Oh, si llegara por este  
 Puesto de los españoles  
 Enrique, qué alegre día  
 Fuera a nuestras iniciaciones!

D. VICENTE PIMENTEL:  
 No somos tan venturosos  
 Que esa dicha, señor, logre.

ALONSO LADRÓN:  
 Yo apostaré que va a dar  
 Allá con esos flinflones.  
 Con quien se entienda mejor.  
 Que dicen, cuando nos oyen  
 «¡Santiago! ¡Cierra. España!»,  
 Que aunque a Santiago conocen  
 Y saben que es patrón nuestro  
 Y un apóstol de los doce,  
 El Cierra España es el diablo;  
 Y que llamamos conformes  
 A los diablos y a los santos,  
 Y que todos nos socorren.

D. FRANCISCO DE MEDINA:  
 Si en el camino de Amberes  
 Viene marchando, se pone  
 Frente de los italianos.

D. FADRIQUE:  
 (Tocan al arma)  
 Ya parece que se rompen  
 Los campos.

ALONSO:  
 ¡Cuerpo de Cristo!  
 ¡Que de aquesta ocasión gocen  
 Los italianos y estemos  
 Viéndolo los españoles  
 Sin pelear!

D. FADRIQUE:  
*¡No digáis  
 Tal cosa! Dejad que os nombre  
 Al maestro de la Daga  
 Con algunos españoles.  
 Que en mitad de la ocasión  
 juegan recio del estoque.*

D. GONZALO FDZ. DE CÓRDOBA:  
*¿Desobedecen?*

D. FADRIQUE:  
*¡No tal!*

*Que veánse en el trance donde  
El hombre que no usa acero  
Deja de llamarse hombre  
Y español más..*

D. GONZALO:

La obediencia  
Es la que en la guerra pone  
Mayor prisión a un soldado:  
Más alabanza y más nombre  
Que conquistar animoso  
Le da el resistirse dócil.

D. FADRIQUE:

Pues si no fuera más gloria  
La obediencia. ¿qué prisiones  
Bastaran a detenernos?

ALONSO:

Con todo eso, no me enojen  
Estos señores flamencos:  
Que. si los tercios se rompen.  
Tengo de pelear hoy,  
Aunque mañana me ahorquen.

D. VICENTE:

(Tocan cajas)  
¡Qué igualmente que se ofenden!

D. FADRIQUE:

(Tocan cajas)  
¡Y qué bien suenan las voces  
De las cajas y trompetas  
A los compases del bronce!

D. FCO. DE MEDINA:

¡Viven los cielos que han roto  
El cuartel de los valones!

D. FADRIQUE:

(Tocan cajas)  
¡Ya llega a los italianos!

ALONSO:

*¡Oh, los malditos flinflones.  
Que cuando cierran con ellos  
No aguantan sus escuadrones!*

D. GONZALO:

*Mirad allí al de la Daga...*

ALONSO:

(Aparte)  
*Jiñalasoga en malnombre*

D. GONZALO:

*... Cómo sucumbe soberbio*

*Con sus fieros españoles.  
Hasta el final resistiendo.*

D. FADRIQUE:

(Tocan cajas)  
¡Que a tanto me obligue el orden  
De la obediencia que esté,  
Cuando tal rumor se oye.  
Con el acero en la vaina!  
¡Que digan que estando un hombre,  
Quedó más que peleando.  
Cumple sus obligaciones!

D. VICENTE:

(a roto y desbaratado)  
El cuartel se ve. ¿No oyes  
Las voces? ¡Por Dios que pienso,  
Que entre en la villa esta noche!

ALONSO:

¿Cómo en la villa?

D. FADRIQUE:

¿En la villa?  
La obediencia me perdone.  
Que no ha de entrar.

D. VICENTE:

Embistamos,  
Que se enoje o no se enoje  
el general.

D. GONZALO:

Caballeros.  
Piérdase todo, y el orden  
No se rompa.

D. FADRIQUE:

No se falta  
A nuestras obligaciones,  
Que en ocasiones forzosas  
No se rompe, aunque se rompe.

D. VICENTE:

Pero, atentos a la acción  
Que intenta atrevido un hombre,  
Mudo el viento se detiene  
Y el sol se ha quedado inmóvil.  
¿No véis al mayor sargento  
Italiano, que se opone  
Al ejército de Enrique  
Y, animando con sus voces  
Toda la gente detiene  
El paso a los escuadrones  
Del enemigo? Esta acción  
Ha de darle eterno nombre.  
Carlos Roma, y dignamente

Mereces que el Rey te honre  
 Con cargos, con encomiendas,  
 Con puestos y con blasones.  
 Con la espada y la rodela  
 Furiosos los campos rompe.  
 Y a su Imitación se animan  
 Los italianos. ¡Que gocen  
 Ellos la gloria y nosotros  
 Lo veamos! Aquí es noble  
 La envidia y aun la alabanza;  
 Que España, que en más acciones  
 Se ha mirado victoriosa.  
 No es razón que quite el nombre  
 A Italia de la victoria.  
 Si ellos son los vencedores.

D. FCO. DE MEDINA:

*También victoria se llama  
 Y de triunfo gana el nombre  
 Librar la propia bandera  
 De cautiverio y baldones.  
 Así lo han hecho esos pocos  
 Valerosos españoles  
 Que escoltaban al maestre  
 De la Daga y que feroces  
 A los ingleses frenaron  
 Con bien concertados golpes.*

D. GONZALO:

*¿Quién era el que los guiaba.  
 Fiero Marte y Héctor noble?*

ALONSO:

*Diego Alatraste y Tenorio.  
 Capitán por sobrenombre.  
 Muy dignamente ganado  
 Entre el bramar de los bronces.*

D. GONZALO:

*Pues en tan alta jornada  
 Sea Alatraste en renombre  
 Segundo tras Carlos Roma,  
 A quien el Rey galardone  
 Con sus soldados. que hoy quedan  
 En Terheyden triunfadores.*

D. FADRIQUE:

Desbaratados y rotos,  
 Miden los vientos veloces  
 Los flamencos, y ya queda  
 Por suyo el honor: coronen  
 Su frente altivos laureles.  
 Y en mil láminas de bronce  
 Eternos vivan tocando  
 Hoy los extremos del orbe.



Háse de notar que los versos que aquí van de cursiva se toman de la versión manuscrita original. por no hallarse impresos en la Primera Parte de Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca, recogidas por Don Joseph, su hermano, que vio la luz en Madrid, año de 1636, sin que se haya alcanzado la causa por la que el poeta los suprimió después.

<sup>1</sup> Papeles del alférez Balboa. Manuscrito de 478 páginas, Madrid, sin fecha. Vendido por la casa de subastas Claymore de Londres, el 25 de noviembre de 1951. Actualmente se encuentra en la Biblioteca Nacional. (N. del E.)

<sup>2</sup> Resulta extraordinaria la desaparición a posteriori de las dos referencias más documentadas que se conocen hasta ahora sobre el capitán Diego Alatraste y Tenorio. Mientras que el testimonio de Íñigo Balboa y el estudio del lienzo La rendición de Breda de Velázquez prueban que la imagen del capitán fue borrada del lienzo, por causas desconocidas, en alguna fecha posterior al invierno de 1634, existe una primera versión de la comedia de Pedro Calderón de la Barca «*El sitio de Bredá*» donde también se aprecian huellas de manipulación posterior. Esta primera versión completa, contemporánea a la fecha del estreno de la comedia en Madrid –que fue escrita hacia 1626– y coincidente en líneas generales con la copia manuscrita del original hecha por Diego López de Mora en 1632, contiene unos cuarenta versos que fueron suprimidos en la versión definitiva. En ellos se hace referencia explícita a la muerte del maestre Don Pedro de la Daga y a la defensa del reducto de Terheyden llevada a cabo por Diego Alatraste, cuyo nombre aparece citado en dos ocasiones en el texto. El fragmento original, descubierto por el profesor Klaus Oldenbarnevelt, del Instituto de Estudios Hispánicos de la universidad de Utrecht, se conserva en el archivo y biblioteca de los Duques del Nuevo Extremo, en Sevilla, y lo reproducimos en apéndice al final de este volumen gracias a la gentileza de doña Macarena Bruner de Lebrija, duquesa del Nuevo Extremo. Lo extraño es que esos cuarenta versos desaparecen en la versión canónica de la obra, publicada en 1636 en Madrid por José Calderón, hermano del autor, en la Primera parte de Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca. La causa de la desaparición de Alatraste en la comedia sobre el sitio de Breda, como la de su retrato en el cuadro de Velázquez, sigue siendo inexplicable. A menos que se trate de una orden expresa, atribuible tal vez al Rey Felipe IV o más probablemente al conde duque de Olivares, en cuyo desfavor podría haber incurrido Diego Alatraste, por causas aún no esclarecidas, entre 1634 y 1636.

Arturo Pérez-Reverte  
*El Oro Del Rey*

**EDITORIAL ALFAGUARA**

© 2000, Arturo Pérez-Reverte

© 2000, Grupo Santillana de Ediciones, S. A.

*A Antonio Cardenal, por diez años  
de amistad, cine y estocadas.*

*¿Qué se saca de questo? ¿Alguna gloria?  
¿Algunos premios, o aborrecimiento?  
Sabrálo quien leyere nuestra historia.*

Garcilaso de la Vega

## I. LOS AHORCADOS DE CÁDIZ

*«Ya estamos muy abatidos, porque los que nos han de honrar nos desfavorecen. El solo nombre de español, que en otro tiempo peleaba y con la reputación temblaba de él todo el mundo, ya por nuestros pecados lo tenemos casi perdido...»*

Cerré el libro y miré a donde todos miraban. Después de varias horas de encalmada, el *Jesús Nazareno* se adentraba en la bahía, impulsado por el viento de poniente que ahora henchía entre crujidos la lona del palo mayor. Agrupados en la borda del galeón, bajo la sombra de las grandes velas, soldados y marineros señalaban los cadáveres de los ingleses, muy lindamente colgados bajo los muros del castillo de Santa Catalina, o en horcas levantadas a lo largo de la orilla, en la linde de los viñedos que se asomaban al océano. Parecían racimos de uvas esperando la vendimia, con la diferencia de que a ellos los habían vendimiado ya.

–Perros –dijo Curro Garrote, escupiendo al mar.

Tenía la piel grasienta y sucia, como todos nosotros: poco agua y jabón a bordo, y liendres como garbanzos después de cinco semanas de viaje desde Dunquerque por Lisboa, con los veteranos repatriados del ejército de Flandes. Se tocaba con resentimiento el brazo izquierdo, medio estropeado por los ingleses en el reducto de Terheyden, contemplando satisfecho la restinga de San Sebastián; donde, frente a la ermita y su torre de la linterna, humeaban los restos del barco que el conde de Lexte había hecho incendiar con cuantos muertos propios pudo recoger, antes de reembarcar a su gente y retirarse.

–Han ajustado lo suyo –comentó alguien.

–Más lucido sería el cobro –apostilló Garrote– si nosotros llegáramos a tiempo.

Se le traspasaban las ganas de colgar él mismo algunos de aquellos racimos. Porque ingleses y holandeses habían venido sobre Cádiz una semana atrás, tan prepotentes y sobrados como solían, con ciento cinco naves de guerra y diez mil hombres, resueltos a saquear la ciudad, quemar nuestra armada en la bahía y apoderarse de los galeones de las flotas del Brasil y Nueva España, que estaban al llegar. Su talante vino más tarde a contarle el gran Lope de Vega en su comedia *La moza de cántaro*, con el soneto famoso:

*Atrevióse el inglés, de engaño armado,  
porque al león de España vio en el nido...*

Y de esa manera había llegado el de Lexte, taimado, cruel y pirata como buen inglés –aunque los de su nación se adobaran siempre con fueros e hipocresía–, desembarcando mucha gente hasta rendir el fuerte del Puntal. En aquel tiempo, ni el joven Carlos I ni su ministro Buckingham perdonaban el desplante hecho cuando el primero pretendió desposar a una infanta de España, y se le entretuvo en Madrid dándole largas hasta que terminó de vuelta a Londres y muy corrido –me refiero al lance, que recordarán vuestras mercedes, en que el capitán Alatríste y Gualterio Malatesta estuvieron en un tris de agujerearle el jubón–. En cuanto a Cádiz, a diferencia de lo que pasó treinta años antes cuando el saco de la ciudad por Essex, esta vez no lo quiso Dios: nuestra gente estaba puesta sobre las armas, la defensa fue reñida, y a los soldados de las galeras del duque de Fernandina se unieron los vecinos de Chiclana, Medina Sidonia y Vejer, amén de infantes, caballos y soldados viejos que por allí había; y con todo esto dieron tan recia brasa a los ingleses que se les estorbó con buena sangría el propósito. De manera que, tras sufrir mucho y no pasar de donde se hallaba, reembarcó Lexte a toda prisa, concedor de que en lugar de la flota del oro y la plata de Indias, lo que venían eran nuestros galeones, seis barcos grandes y otras naves menores españolas y portuguesas –en ese tiempo compartíamos imperio y enemigos gracias a la herencia materna del gran Rey Felipe, el segundo Austria– todas con buena artillería, soldados de tercios reformados y veteranos con licencia, gente muy hecha al fuego en Flandes; que enterado nuestro almirante del suceso en Lisboa, forzaba el trapo para acudir a tiempo.

El caso es que ahora las velas herejes eran puntitos blancos en el horizonte. Las habíamos cruzado la tarde anterior, lejos, de vuelta a casa después de su intento fallido de repetir la fortuna del año noventa y seis, cuando ardió todo Cádiz y hasta los libros de las bibliotecas se llevaron. No deja de tener su gracia que los ingleses se alaben tanto por la derrota de la que llaman con ironía nuestra Invencible, y por lo de Essex y

cosas como ésa; pero nunca traigan a colación las ocasiones en que a ellos les salió el cochino mal capado. Que si aquella infeliz España era ya un imperio en decadencia, con tanto enemigo dispuesto a mojar pan en la pepitoria y arrebañar los menudos, aún quedaban dientes y zarpas para vender cara la piel del viejo león, antes de que se repartieran el cadáver los cuervos y los mercaderes a quienes la doblez luterana y anglicana – el diablo los cría y ellos se juntan– permitió siempre conjugar sin embarazo el culto a un Dios de manga ancha con la piratería y el beneficio comercial; que entre herejes, ser ladrón devino siempre respetada arte liberal. De modo que, de creer a sus cronistas, los españoles guerreábamos y esclavizábamos por soberbia, codicia y fanatismo, mientras todos los demás que nos roían los zancajos, éstos saqueaban, traficaban y exterminaban en nombre de la libertad, la justicia y el progreso. En fin. Cosas veredes. De cualquier manera, lo que esta famosa jornada dejaban atrás los ingleses eran treinta naves perdidas en Cádiz, banderas humilladas y buen golpe de muertos en tierra, cosa de un millar, sin contar los rezagados y los borrachos que los nuestros ahorcaban sin misericordia en las murallas y en las viñas. Esta vez les había salido el tiro por el mocho del arcabuz, a los hideputas.

Al otro lado de los fuertes y las viñas podíamos distinguir la ciudad de casas blancas y sus altas torres semejantes a atalayas. Doblamos el baluarte de San Felipe situándonos fronteros al puerto, oliendo la tierra de España como los asnos huelen el verde. Unos cañones nos saludaban con salvas de pólvora, y respondían con estruendo las bocas de bronce que asomaban por nuestras portas. En la proa del *Jesús Nazareno*, los marineros aprestaban las áncoras de hierro para dar fondo. Y al cabo, cuando en la arboladura gualdrapéó la lona recogida por los hombres encaramados a las antenas, guardé en la mochila el *Guzmán de Alfarache* – comprado por el capitán Alatraste en Amberes para disponer de lectura en el viaje– y fui a reunirme con mi amo y sus camaradas en la borda del combés. Alborotaban casi todos, dichosos ante la proximidad de la tierra, sabiendo que estaban a punto de acabar las zozobras del viaje, el peligro de ser arrojados por vientos contrarios sobre la costa, el hedor de la vida bajo cubierta, los vómitos, la humedad, el agua semipodrida y racionada a medio cuartillo por día, las habas secas y el bizcocho agusanado. Porque si miserable es la condición del soldado en tierra, mucho peor lo es en el mar; que si allí quisiera Dios ver al hombre, no le habría dado pies y manos, sino aletas.

El caso es que cuando llegué junto a Diego Alatraste, mi amo sonrió un poco, poniéndome una mano en el hombro. Tenía el aire pensativo, sus ojos glaucos observaban el paisaje, y recuerdo que llegué a pensar que no era el aspecto de un hombre que regresara a ninguna parte.

–Ya estamos aquí otra vez, zagal.

Lo dijo de un modo extraño, resignado. En su boca, estar allí no parecía diferente de estar en cualquier otro sitio. Yo miraba Cádiz, fascinado por el efecto de la luz sobre sus casas blancas y la majestuosidad de su inmensa bahía verde y azul; aquella luz tan distinta de mi Oñate natal, y que sin embargo también sentía como propia. Como mía.

–España –murmuró Curro Garrote.

Sonreía torcido, el aire canalla, y había pronunciado el nombre entre dientes, como si lo escupiese.

–La vieja perra ingrata –añadió.

Se tocaba el brazo estropeado cual si de pronto le doliera, o preguntándose para sus adentros en nombre de qué había estado a punto de dejarlo, con el resto del pellejo, en el reducto de Terheyden.

Iba a decir algo más; pero Alatraste lo observó de soslayo, el aire severo, la pupila penetrante y aquella nariz aguileña sobre el mostacho que le daba el aspecto amenazador de un halcón peligroso y seco. Lo miró un instante, luego me miró a mí y volvió a clavar sus ojos helados en el malagueño, que cerró la boca sin ir más allá.

Echábanse entretanto al agua las áncoras, y nuestra nave quedó inmóvil en la bahía. Hacia la banda de arena que unía Cádiz con tierra firme se veía salir humo negro del baluarte del Puntal, pero la ciudad no había sufrido apenas los efectos de la batalla. La gente saludaba moviendo los brazos en la orilla, congregada ante los almacenes reales y el edificio de la aduana, mientras faluchos y pequeñas embarcaciones nos rodeaban entre vítores de sus tripulaciones, como si los ingleses hubieran huido de Cádiz por nuestra causa. Luego supe que nos tomaban equivocadamente por avanzada de la flota de Indias, a cuya arribada anual, lo mismo que el escarmentado Lexte y sus piratas anglicanos, nos adelantábamos algunos días.

Y voto a Cristo que el nuestro había sido también un viaje largo y lleno de azares; sobre todo para mí, que nunca había visto los fríos mares septentrionales. Desde Dunquerque, en convoy de siete galeones, otras naves mercantes y varios corsarios vascongados y flamencos hasta sumar dieciséis velas, habíamos roto el bloqueo holandés rumbo al norte, donde nadie nos esperaba, y caído sobre la flota arenquera neerlandesa para ejecutar en ella muy linda montería antes de rodear Escocia e Irlanda y bajar luego hacia el sur por el

océano. Los mercantes y uno de los galeones se desviaron de camino, a Vigo y a Lisboa, y el resto de las grandes naves seguimos rumbo a Cádiz. En cuanto a los corsarios, éstos se habían quedado por arriba, merodeando frente a las costas inglesas, haciendo muy bien su oficio, que era el de saquear, incendiar y perturbar las actividades marítimas del enemigo, del mismo modo que éste nos lo hacía a nosotros en las Antillas y en donde podía. Que a veces Dios queda bien servido, y donde las dan las toman.

Fue en ese viaje donde asistí a mi primer combate naval, cuando pasado el canal entre Escocia y las Shetland, pocas leguas al oeste de una isla llamada Foula, o Foul, negra e inhóspita como todas aquellas tierras de cielo gris, dimos sobre una gran flotilla de esos pesqueros de arenque que los holandeses llaman *buizen*, escoltada por cuatro naves de guerra luteranas, entre ellas una urca grande y de buen porte. Y mientras nuestros mercantes quedaban aparte, voltejeando a barlovento, los corsarios vascos y flamencos se lanzaron como buitres sobre los pesqueros, y el *Virgen del Azogue*, que así se llamaba nuestra capitana, nos condujo al resto contra los navíos de guerra holandeses. Quisieron los herejes, como acostumbra, jugar de la artillería tirando de lejos con sus cañones de cuarenta libras y con las culebrinas, merced a la pericia en las maniobras de sus tripulaciones, más hechas al mar que los españoles; habilidad en la que –como demostró el desastre de la Gran Armada– ingleses y holandeses nos aventajaban siempre, pues sus soberanos y gobernantes alentaron la ciencia náutica y cuidaron a sus marinos, pagándolos bien; mientras que España, cuyo inmenso imperio dependía del mar, vivió de espaldas a éste, habituada a tener en más al soldado que al navegante. Que cuando hasta las meretrices de los puertos blasonaban de Guzmanes y Mendozas, la milicia tenía aquí por cosa hidalga, y a la gente de mar, por oficio bajo. Con el resultado de que el enemigo sumaba buenos artilleros, tripulantes hábiles y experimentados capitanes de mar y guerra; y nosotros, pese a contar con buenos almirantes y pilotos y aún mejores barcos, teníamos muy valiente infantería embarcada y poco más. De cualquier manera, lo cierto es que en aquel tiempo los españoles todavía éramos muy temidos en el cuerpo a cuerpo; y ésa era la causa de que los combates navales consistieran siempre en el intento de holandeses e ingleses por mantenerse lejos, desarbolarnos con su fuego y arrasarnos nuestras cubiertas para matarnos mucha gente hasta rendirnos, procurando nosotros, al contrario, acercarnos lo bastante para pasar al abordaje, que era donde la infantería española daba lo mejor de sí misma y solía mostrarse cruel e imbatible. De ese modo transcurrió el combate de la isla Foula, intentando los nuestros acortar distancia, como acostumbrábamos, y procurando estorbarlo con muchos tiros el enemigo, como él también usaba. Pero el *Azogue*, pese al castigo que le dejó parte de la jarcia suelta y la cubierta encharcada de sangre, logró entrar muy gallardamente en mitad de los herejes, tan junto a la capitana que las velas de su cebadera barrían el combés del holandés; y por allí arrojaron arpeos de abordaje y empezó a meterse mucha infantería española en la urca entre fogonazos de mosquetería y blandir de picas y hachas. Y a poco, nosotros, que a bordo del *Jesús Nazareno* nos sotaventábamos arcabuceando la otra banda del enemigo, vimos cómo los nuestros llegaban al alcázar de la capitana holandesa y se cobraban muy en crudo cuanto los otros les habían tirado de lejos.

Y baste, en resumen, apuntar que los más afortunados entre los herejes fueron quienes se echaron al agua gélida con tal de escapar al degüello. De esa manera les tomamos dos urcas y hundimos una tercera, escapando la cuarta bien maltrecha, mientras los corsarios –nuestros flamencos católicos de Dunquerque no se quedaron atrás en la faena– saquearon e incendiaron muy a su gusto veintidós arenqueros, que navegaban dando bordos desesperados en todas direcciones como gallinas a las que se les cuelan raposas en el gallinero. Y al anochecer, que en la latitud de aquellos mares llega cuando en España apenas es media tarde, dimos vela al sudoeste dejando en el horizonte un paisaje de incendios, naufragos y desolación.

Ya no hubo más incidentes salvo las incomodidades propias del viaje, si descontamos tres días de temporal a medio camino entre Irlanda y el cabo Finisterre que nos tuvieron a todos zarandeados bajo cubierta con el paternóster y el avemaría en la boca –un cañón suelto aplastó como chinches a unos cuantos contra los mamparos, antes de que pudiéramos trincarlos de nuevo– y dejaron maltrecho el galeón *San Lorenzo*, que al cabo terminaría separándose de nosotros para resguardarse en Vigo. Luego vino la noticia de que el inglés había ido otra vez sobre Cádiz, lo que conocimos con gran alarma en Lisboa; de modo que mientras algunos buques de la guardia de la carrera de Indias salían rumbo a las islas Azores, al encuentro de la flota del tesoro para reforzarla y prevenirla, nosotros desplegamos vela para ir a Cádiz en buena hora; con ocasión, como dije, de ver las espaldas a los ingleses.

Todo aquel tiempo, en fin, lo utilicé en leer con mucho deleite y provecho el libro de Mateo Alemán, y otros que el capitán Alatraste había traído, o pudo conseguir a bordo –que fueron, si no recuerdo mal, la *Vida del Escudero Marcos de Obregón*, un Suetonio y la segunda parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*–. También el viaje tuvo para mí un aspecto práctico que con el tiempo sería utilísimo; y fue que tras mi experiencia de Flandes, donde ya me había hecho con todas las mañas relacionadas con la guerra, el capitán Alatraste y sus camaradas me ejercitaron en la verdadera destreza de las armas. Yo iba camino de los

dieciséis como por la posta, mi cuerpo alcanzaba buenas proporciones, y las fatigas flamencas habíanme endurecido los miembros, asentado el temple y cuajado el ánimo. Diego Alatraste conocía mejor que nadie que una hoja de acero iguala al hombre humilde con el más alto monarca; y que cuando los naipes vienen malos, meter mano a la toledana es recurso mejor que otros para ganarse el pan, o defenderlo. Por eso, a fin de completar mi educación por el lado áspero iniciado en Flandes, decidí hacerme plático en los secretos de la esgrima; y de ese modo, a diario, buscábamos un lugar desembarazado de la cubierta donde los camaradas nos dejaban espacio, e incluso hacían corros para mirar con ojo experto y menudear opiniones y consejos, adobándolos con hazañas y lances a veces más inventados que reales. En aquel ambiente de gente conocedora –no hay mejor maestro, dije una vez, que el bien acuchillado–, el capitán Alatraste y yo practicábamos estocadas, fintas, alcances y retiradas, golpes de uñas arriba y uñas abajo con heridas de punta o por los filos, y todos los etcéteras que componen la panoplia de un esgrimidor profesional. Así aprendí a reñir a lo bravo, a sujetar la espada del contrario y entrarle recto por los pechos, a salir cortándole el rostro de revés, a herir de tajo y dar estocadas con la espada y la daga, a cegar con la luz de un farol, o con el sol, a ayudarme sin empacho con puntapiés y codazos, o las mil tretas para embarazar la hoja del contrario con la capa y matar en un válgame Dios. Aquello, en suma, que suponía destreza de espadachín. Y aunque estábamos lejos de sospecharlo, muy pronto tendría ocasión de ponerlo en práctica; pues una carta nos esperaba en Cádiz, un amigo en Sevilla, y una increíble aventura en la barra del Guadalquivir. Todo lo cual, y cada cosa a su tiempo, me propongo contar despacio a vuestras mercedes.

*Querido capitán Alatraste:*

*Quizá os sorprendan estas letras, que sirven en primer lugar para daros la bienvenida por vuestro retorno a España, que espero hayáis concluido con toda felicidad.*

*Gracias a las noticias que me remitisteis desde Amberes, donde pálido os vio el Escalda, buen soldado, he podido seguir vuestros pasos; y espero que sigáis sano y bueno, como nuestro querido Íñigo, pese a las añagazas del cruel Neptuno. De ser así, creed que llegáis en el momento justo. Porque en caso de que a vuestro arribo a Cádiz todavía no haya venido la flota de Indias, debo rogaros que acudáis de inmediato a Sevilla por los medios más adecuados. En la ciudad del Betis está el Rey Nuestro Señor, que visita Andalucía con Su Majestad la Reina; y puesto que mi favor cerca de Philipo Cuarto y de su Atlante el conde duque sigue en grata privanza (aunque ayer se fue, mañana no ha llegado, y un soneto o un epigrama inoportunos pueden costarme otro destierro a mi Ponto Euxino de la Torre de Juan Abad), estoy aquí en su ilustre compañía, haciendo un poco de todo, y en apariencia mucho de nada; al menos de forma oficial. En cuanto a lo oficioso, eso os lo referiré con detalle cuando tenga el gusto de abrazaros en Sevilla. Hasta entonces no puedo decir más. Sólo que, teniendo que ver con vuestra merced, se trata (naturalmente) de un asunto de espada.*

*Os mando mi afectuoso abrazo, y el saludo del conde de Guadalmedina; que también anda por aquí, tan lindo de talle como acostumbra, seduciendo sevillanas.*

*Vuestro amigo, siempre*

*Fran.co de Quevedo Villegas*

Diego Alatraste guardó la carta en el jubón y subió al esquife, acomodándose a mi lado entre los fardos de nuestro equipaje. Sonaron las voces de los barqueros al inclinarse sobre los remos, chapotearon éstos, y el *Jesús Nazareno* fue quedando atrás, inmóvil en el agua quieta junto a los otros galeones, imponentes sus altos costados negros de calafate, con la pintura roja y los dorados reluciendo en la claridad del día y la arboladura elevándose al cielo entre su jarcia enmarañada. A poco estábamos en tierra, sintiendo el suelo oscilar bajo nuestros pies inseguros. Caminábamos aturridos entre la gente, con tanto espacio para movernos tras demasiado tiempo en la cubierta de un buque. Nos deleitábamos con la comida expuesta a la puerta de las tiendas: las naranjas, los limones, las pasas, las ciruelas, el olor de las especias, las salazones y el pan blanco de las tahonas, las voces familiares que pregonaban géneros y mercancías singulares como papel de Génova, cera de Berbería, vinos de Sanlúcar, Jerez y El Puerto, azúcar de Motril... El capitán se hizo afeitarse y arreglar el pelo y el mostacho a la puerta de una barbería; y permanecí a su lado, mirando complacido alrededor. En aquel tiempo Cádiz todavía no desplazaba a Sevilla en la carrera de Indias, y la ciudad era pequeña, con cuatro o cinco posadas y mesones; pero las calles, frecuentadas por genoveses, portugueses, esclavos negros y moros, estaban bañadas de luz cegadora y el aire era transparente, y todo era alegre y muy

distinto a Flandes. Apenas había traza del reciente combate, aunque se veían por todas partes soldados y vecinos armados; y la plaza de la Iglesia Mayor, hasta la que nos llegamos tras lo del barbero, hormigueaba de gente que iba a dar gracias por haberse librado la ciudad del saqueo y del incendio. El mensajero, un negro liberto enviado por Don Francisco de Quevedo, nos aguardaba allí según lo convenido; y mientras nos refrescábamos en un bodegón y comíamos unas tajadas de atún con pan candeal y bajocas hervidas rociadas con aceite, el mulato nos puso al corriente de la situación.

Todas las caballerías estaban requisadas a causa del rebato de los ingleses, explicó, y el medio más seguro de ir a Sevilla era cruzar hasta El Puerto de Santa María, donde fondeaban las galeras del Rey, y embarcar en una que se disponía a subir por el Guadalquivir.

El negro tenía preparado un botecillo con un patrón y cuatro marineros; así que volvimos al puerto, y de camino nos entregó unos documentos refrendados con la firma del duque de Fernandina, que eran pasaporte para que a Diego Alatríste y Tenorio, soldado del Rey con licencia de Flandes, y a su criado Íñigo Balboa Aguirre, se les facilitase libre tránsito y embarque hasta Sevilla.

En el puerto, donde se amontonaban fardos de equipajes y enseres de soldados, nos despedimos de algunos camaradas que por allí andaban, tan engolfados en el juego como en las busconas de medio manto que aprovechaban el desembarco para hacer buena presa. Cuando le dijimos adiós, Curro Garrote ya estaba pie a tierra, acuclillado junto a una tabla de juego con más trampas y flores que mayo, dándole a la desencuadrada como si le fuera la vida en ello, desabotonada la ropilla y la mejor mano que tenía apoyada en el pomo de la vizcaína por si las moscas, jugando con la otra entre menudeos a un jarro de vino y a los naipes que iban y venían entre blasfemias, porvidas y votos a tal, viendo ya en dedos ajenos la mitad de su bolsa. Pese a todo, el malagueño interrumpió el negocio para desearnos suerte, con la apostilla de que nos veríamos en cualquier parte, aquí o allá.

–Lo más tarde, en el infierno –concluyó.

Después de Garrote nos despedimos de Sebastián Copons, que como recordarán vuestras mercedes era de Huesca y soldado viejo, pequeño, seco, duro y todavía menos dado a palabras que el propio capitán Alatríste. Copons dijo que pensaba disfrutar un par de días de su licencia en la ciudad, y luego subiría también hasta Sevilla. Contaba cincuenta años, muchas campañas a la espalda y demasiadas costuras en el cuerpo –la última, la del molino Ruyter, le cruzaba una sien hasta la oreja–; y tal vez era tiempo, comentó, de pensar en Cillas de Ansó, el pueblecito donde había nacido. Una mujer moza y un poco de tierra propia haríanle buen acomodo, si es que lograba acostumbrarse a destripar terrones en vez de luteranos. Mi amo y él quedaron en verse en Sevilla, donde la hostería de Becerra. Y al despedirse observé que se abrazaban en silencio, sin aspavientos pero con una firmeza que les cuadraba mucho a ambos.

Sentí separarme de Copons y de Garrote; incluso del último, que pese a lo vivido juntos nunca había llegado a caerme simpático, con su pelo ensortijado, su pendiente de oro y sus peligrosas maneras de rufián del Perchel. Pero ocurría que éstos eran los únicos camaradas de nuestra vieja escuadra de Breda que nos acompañaban hasta Cádiz. El resto se había ido quedando por aquí y por allá: el mallorquín Llop y el gallego Rivas bajo dos palmos de tierra flamenca, uno en el molino Ruyter y otro en el cuartel de Terheyden. El vizcaíno Mendieta, si es que aún podía contarle, seguiría postrado por el vómito negro en un siniestro hospital para soldados de Bruselas; y los hermanos Olivares, llevándose como mochilero a mi amigo Jaime Correas, habíanse reenganchado para una nueva campaña en el tercio de infantería española de Don Francisco de Medina, después de que el nuestro de Cartagena, que tanto había sufrido en el largo asedio de Breda, quedase temporalmente reformado. La guerra de Flandes iba para largo; y se decía que, tras los esfuerzos en dinero y vidas de los últimos años, el conde duque de Olivares, válido y ministro de nuestro Rey Don Felipe Cuarto, había decidido poner al ejército de allá arriba en actitud defensiva, para combatir de forma económica, reduciendo las tropas de choque a lo indispensable. Lo cierto es que seis mil soldados se habían visto licenciados de grado o por fuerza; y de este modo volvían a España en el *Jesús Nazareno* muchos veteranos, viejos y enfermos unos, ajustados otros con sus pagas, cumplido el tiempo reglamentario de servicio o con destino a diferentes tercios y agrupaciones en la Península o el Mediterráneo. Cansados muchos, en fin, de la guerra y sus peligros; y que podían decir, como aquel personaje de Lope:

*Bien mirado, ¿qué me han hecho  
los luteranos a mí?  
Jesucristo los crió,  
y puede, por varios modos,  
si Él quiere, acabar con todos  
mucho más fácil que yo.*

También en el puerto de Cádiz se despidió el negro enviado por Don Francisco de Quevedo, después de indicarnos nuestro bote al capitán Alatraste y a mí. Subimos a bordo, nos apartamos de tierra a fuerza de remos, y tras pasar de nuevo entre nuestros imponentes galeones –no era común verlos tan a ras del agua– el patrón hizo dar la vela por ser el viento propicio. Cruzamos así la bahía rumbo a la desembocadura del Guadalete, y al atardecer nos arrimamos a la borda de la *Levantina*, una esbelta galera fondeada con otras muchas en mitad del río, todas con sus antenas y vergas amarradas sobre cubierta, ante las grandes montañas, que parecían nieve, de las salinas en la margen izquierda. La ciudad blanca y parda se extendía por la derecha, con el elevado torreón del castillo protegiendo la boca del fondeadero. El Puerto de Santa María era base principal de las galeras del Rey nuestro señor, y mi amo lo conocía del tiempo en que anduvo embarcado contra turcos y berberiscos.

En cuanto a las galeras, esas máquinas de guerra movidas por músculos y sangre humana, también sabía de ellas más de lo que muchos quisieran saber. Por eso, tras presentarnos al capitán de la *Levantina*, que visto el pasaporte nos autorizó a quedarnos a bordo, Alatraste buscó un lugar cómodo en una ballestera, ensebó las manos del cómitre de la chusma con uno de a ocho, y se instaló conmigo, recostado en nuestro equipaje y sin quitar mano de la daga en toda la noche. Que en gurapas, o sea, en galeras, me dijo en susurros y con una sonrisa bailándole bajo el mostacho, desde el capitán hasta el último forzado, el más honesto no se licencia para la gloria con menos de trescientos años de purgatorio.

Dormí arropado en mi ruana, sin que las cucarachas y piojos que correteaban por encima añadiesen novedad a lo que ya me tenía acostumbrado el largo viaje hecho en el *Nazareno*; que entre ratas, chinches, pulgas y otras alimañas y sabandijas, cualquier barco o cosa que flote encierra tan gallarda legión, que son capaces de merendarse a un grumete sin respetar viernes ni cuaresmas. Y cada vez que despertaba para el trámite de rascarme, encontraba cerca de mí los ojos abiertos de Diego Alatraste, tan claros que parecían hechos con la misma luz de la luna que se movía despacio sobre nuestras cabezas y los mástiles de la galera. Yo recordaba su broma sobre lo de licenciarse del purgatorio. Lo cierto es que nunca le había oído comentar la causa de la licencia pedida a nuestro capitán Bragado al término de la campaña de Breda, y ni entonces ni después pude arrancarle una sílaba sobre el particular; pero intuyo que algo tuve que ver con esa decisión. Sólo más tarde supe que en algún momento Alatraste barajó la posibilidad, entre otras, de pasar conmigo a las Indias. Ya he contado que desde la muerte de mi padre en un baluarte de Jülich, corriendo el año veintiuno, el capitán se ocupaba de mí a su manera; y por esas fechas había llegado a la conclusión de que, cumplida la experiencia militar flamenca, útil para un mozo de mi siglo y condiciones si no dejaba en ella la salud, la piel o la conciencia, ya era tiempo de prevenir mi educación y futuro regresando a España. No era el de soldado el oficio que Alatraste creía mejor para el hijo de su amigo Lope Balboa, aunque eso lo desmentí con el tiempo, cuando después de Nordlingen, la defensa de Fuenterrabía y las guerras de Portugal y Cataluña, fui alférez en Rocroi; y tras mandar una bandera senté plaza como teniente de los correos reales y luego como capitán de la guardia española del Rey Don Felipe Cuarto. Pero tal biografía da cumplida razón a Diego Alatraste; pues aunque peleé honrosamente como buen católico, español y vascongado en muchos campos de batalla, poco obtuve de eso; y debí las ventajas y ascensos más al favor del Rey, a mi relación con Angélica de Alquézar y a la fortuna que me acompañó siempre, que a los resultados de la vida militar propiamente dicha. Que España, pocas veces madre y más a menudo madrastra, mal paga siempre la sangre de quien la vierte a su servicio; y otros con más mérito se pudrieron en las antecámaras de funcionarios indiferentes, en los asilos de inválidos o a la puerta de los conventos, del mismo modo que antes se habían podrido en los asaltos y trincheras. Que si yo fui afortunado por excepción, en el oficio de Alatraste y el mío, lo común después de toda una vida viendo granizar las balas sobre los arneses era terminar:

*Bien roto, con mil heridas,  
yendo a dar tus memoriales  
por dicha, en los hospitales  
donde se acaban las vidas.*

O pedir no ya una ventaja, un beneficio, una bandera o siquiera pan para tus hijos, sino simple limosna por venir manco de Lepanto, de Flandes o del infierno, y que te dieran con la puerta en las narices por aquello de:

*Si a Su Majestad sirvió  
y el brazo le estropeó*



*su poca ventura allí,  
¿hemos de pagarle aquí  
lo que en Flandes peleó?*

También, imagino, el capitán Alatraste se hacía viejo. No anciano, si entienden vuestras mercedes; pues en esa época –finales del primer cuarto cumplido del siglo– debía de andar por los cuarenta y muy pocos años. Hablo de viejo por dentro cual corresponde a hombres que, como él, habían peleado desde su mocedad por la verdadera religión sin obtener a cambio más que cicatrices, trabajos y miserias. La campaña de Breda, donde Alatraste había puesto algunas esperanzas para él y para mí, había sido ingrata y dura, con jefes injustos, maestros crueles, harto sacrificio y poco beneficio; y salvo el saco de Oudkerk y algunas pequeñas rapiñas locales, al cabo de dos años estábamos todos tan pobres como al principio, si descontamos la paga de licencia –la de mi amo, pues los mochileros no cobrábamos– que en forma de algunos escudos de plata iba a permitirnos sobrevivir unos meses. Pese a ello, el capitán aún habría de pelear más veces, cuando la vida nos puso en la ocasión ineludible de volver bajo las banderas españolas; hasta que, ya con el cabello y el mostacho grises, lo vi morir como lo había visto vivir: de pie, el acero en la mano y los ojos tranquilos e indiferentes, en la jornada de Rocroi, el día que la mejor infantería del mundo se dejó aniquilar, impasible, en un campo de batalla por ser fiel a su Rey, a su leyenda y a su gloria. Y con ella, del modo en que siempre lo conocí, tanto en la fortuna, que fue poca, como en la miseria, que fue mucha, el capitán Alatraste se extinguió leal a sí mismo. Consecuente con sus propios silencios. A lo soldado.

Pero no adelantemos episodios, ni acontecimientos. Decía a vuestras mercedes que desde mucho antes de que todo eso ocurriera, algo moría en el que entonces era mi amo. Algo indefinible, de lo que empecé a ser de veras consciente en aquel viaje por mar que nos trajo de Flandes. Y a esa parte de Diego Alatraste, yo, que alcanzaba meridiana lucidez con el vigor de los años, aun sin entender bien lo que era, la veía morir despacio. Más tarde deduje que se trataba de una fe, o de los restos de una fe: quizás en la condición humana, o en lo que descreídos herejes llaman azar y los hombres de bien llaman Dios. O tal vez la dolorosa certeza de que aquella pobre España nuestra, y el mismo Alatraste con ella, se deslizaba hacia un pozo sin fondo y sin esperanza del que nadie iba a sacarla, ni a sacarnos, en mucho tiempo y muchos siglos. Y todavía me pregunto si mi presencia a su lado, mi mocedad y mi mirada –yo aún lo veneraba entonces– no contribuirían a hacerle mantener la compostura. Una compostura que en otras circunstancias tal vez quedase anegada como mosquitos en vino, en aquellas jarras que de vez en cuando eran demasiadas. O resuelta en el negro y definitivo cañón de su pistola.

## II. UN ASUNTO DE ESPADA

Habrá que matar –dijo Don Francisco de Quevedo–. Y puede que mucho.

–Sólo tengo dos manos –respondió Alatríste.

–Cuatro –apunté yo.

El capitán no apartaba los ojos de la jarra de vino. Don Francisco se ajustó los espejuelos y me miró reflexivo, antes de volverse hacia el hombre sentado junto a una mesa al otro extremo, en un rincón discreto de la hostería. Ya estaba allí cuando llegamos, y nuestro amigo el poeta lo había llamado micer Olmedilla, sin presentaciones ni detalles, salvo que al cabo añadió la palabra contador: el contador Olmedilla. Era hombre pequeño, flaco, calvo y muy pálido. Su aspecto resultaba tímido, ratonil, pese a la indumentaria negra y al bigotito curvado en las puntas rematando una barba corta y rala. Tenía manchas de tinta en los dedos: parecía un leguleyo, o un funcionario que viviera a la luz de las velas, entre legajos y papeles. Ahora lo vimos asentir, prudente, a la pregunta muda que le hacía Don Francisco.

–El negocio tiene dos partes –confirmó Quevedo al capitán–. En la primera, lo asistiréis en ciertas gestiones –indicó al hombrecillo, que se mantenía impasible ante nuestro escrutinio–... Para la segunda, podréis reclutar la gente necesaria.

–La gente necesaria cobra una señal por adelantado.

–Dios proveerá.

–¿Desde cuándo metéis a Dios en estos lances, Don Francisco?

–Tenéis razón. De cualquier modo, con o sin él, no es oro lo que falta.

Bajaba la voz, no sé si al mencionar el oro o a Dios. Los dos años largos transcurridos desde nuestra aventura con la Inquisición, cuando Don Francisco de Quevedo rescató mi vida en pleno auto de fe a fuerza de picar espuelas, habían puesto un par de arrugas más en su frente. También tenía el aire cansado mientras daba vueltas a la inevitable jarra de vino, esta vez blanco y añejo de la Fuente del Maestre. El rayo de sol de la ventana iluminaba el pomo dorado de su espada, mi mano apoyada en la mesa, el perfil en contraluz del capitán Alatríste. La hostería de Enrique Becerra, famosa por su cordero a la miel y por el guiso de carrillada de puerco, estaba cerca de la mancebía del Compás de la Laguna, junto a la puerta del Arenal; y desde el piso alto podían verse, detrás de las murallas y la ropa blanca que las putas colgaban en la terraza para secarla al sol, los mástiles y los gallardetes de las galeras amarradas al otro lado del río, en la orilla de Triana.

–Ya lo veis, capitán –añadió el poeta–. Una vez más, no queda sino batirse... Aunque esta vez yo no os acompañe.

Ahora sonreía amistoso y tranquilizador, con aquel afecto singular que siempre había reservado para nosotros.

–Cada cual –murmuró Alatríste– tiene su sombra.

Vestía de pardo, con jubón de gamuza, valona lisa, gregüescos de lienzo y polainas, a lo militar. Sus últimas botas se habían quedado con las suelas llenas de agujeros a bordo de la *Levantina*, cambiadas al sotacómitre por unas huevas secas de mújol, habas cocidas y un pellejo de vino para sostenernos en el viaje río arriba. Por esa, entre otras razones, mi amo no parecía lamentar demasiado que el primer lance apenas pisada tierra española fuese una invitación para volver a su antiguo oficio. Quizá porque el encargo venía de un amigo, o porque el amigo decía transmitir ese encargo de más arriba y más alto; y sobre todo, imagino, porque la bolsa que traíamos de Flandes no sonaba al agitarla. De vez en cuando el capitán me miraba pensativo, preguntándose en qué lugar exacto de todo aquello me situaban los dieciséis años por los que yo andaba en sazón, y la destreza que él mismo me había enseñado. Yo no ceñía espada, por supuesto, y sólo mi buena daga de misericordia colgaba del cinto a la altura de los riñones; pero ya era mochilero probado en la guerra, listo, rápido, valiente y listo para hacer buen avío cuando se terciara. La cuestión para Alatríste, imagino, era dejarme dentro o dejarme fuera. Aunque tal y como estaban las cosas él ya no era dueño de decidirlo solo; para lo bueno o para lo malo, nuestras vidas estaban enlazadas. Y además, como él mismo acababa de decir, cada hombre tiene su propia sombra. En cuanto a Don Francisco, por el modo en que me observaba, admirando el estirón de la juventud y el bozo en mi labio superior y en mis mejillas, deduje que pensaba igual: estaba en la edad en que un mozo es tan capaz de dar estocadas como de recibirlas.

–Íñigo también –apuntó el poeta.

Yo conocía lo bastante a mi amo para saber callar; y así lo hice, contemplando con fijeza, como él, la jarra de vino –también en eso había crecido– que estaba ante mí sobre la mesa. La de Don Francisco no era una pregunta, sino una reflexión sobre algo que resultaba obvio; y Alatraste asintió resignado, despacio, tras un silencio. Lo hizo sin llegar a mirarme siquiera, y yo sentí un júbilo interior, muy luminoso y fuerte, que disimulé acercando la jarra a mis labios. El vino me supo a gloria, y a madurez. A aventura.

–Entonces bebamos por Íñigo –dijo Quevedo.

Bebimos, y el contador Olmedilla, aquel fulano enlutado, menudo y pálido, nos acompañó desde su mesa sin tocar la jarra, con una seca inclinación de cabeza. En cuanto al capitán, a Don Francisco y a mí, ése no era el primer brindis de la jornada, tras el encuentro que nos unió a los tres en un abrazo en el puente de barcas que comunicaba Triana con el Arenal, apenas desembarcamos de la *Levantina*. Habíamos recorrido la costa desde El Puerto de Santa María, pasando frente a Rota antes de remontar por la barra de Sanlúcar hacia Sevilla, primero entre los grandes pinares de los arenales, y luego entre las arboledas, huertas y florestas que río arriba espesaban las márgenes del cauce famoso que los árabes llamaron Uad el Quevir, o río grande. Por contraste, de aquel viaje recuerdo sobre todo el silbato del cómitre marcando el ritmo de boga a la chusma, el olor a suciedad y sudor, el resuello de los forzados acompasándose con el tintineo de sus cadenas mientras los remos entraban y salían del agua con rítmica precisión, impulsando la galera contra la corriente. El cómitre, el sotacómitre y el alguacil paseaban por la crujía atentos a sus parroquianos; y de vez en cuando el rebenque se abatía sobre la espalda desnuda de algún remolón para tejerle un jubón de azotes. Era penoso contemplar a los remeros, ciento veinte hombres repartidos en veinticuatro bancos, cinco por cada remo, cabezas rapadas y rostros hirsutos, relucientes sus torsos de sudor mientras se incorporaban y volvían a dejarse caer atrás impulsando los largos maderos de los costados. Había allí esclavos moriscos, antiguos piratas turcos y renegados, pero también cristianos que remaban como forzados, cumpliendo condenas de una Justicia que no habían tenido oro suficiente para comprar a su gusto.

–Nunca –me dijo Diego Alatraste en un aparte– dejes que te traigan aquí vivo.

Sus ojos claros y fríos, inexpresivos, miraban bogar a aquellos desgraciados. Ya dije que mi amo conocía bien ese mundo, pues había servido como soldado en las galeras del tercio de Nápoles cuando La Goleta y las Querquenes, y tras luchar contra venecianos y berberiscos él mismo estuvo, en el año trece, a punto de verse encadenado en una galera turca. Más tarde, cuando fui soldado del Rey, yo también navegué a bordo de esas naves por el Mediterráneo; y puedo asegurar que pocas cosas se inventaron sobre el mar tan semejantes al infierno. Que para señalar cuán cruel era la vida al remo, baste decir que aun los peores crímenes castigados a bogallas no purgaban más allá de diez años, pues se calculaba lo máximo que un hombre podía soportar sin dejar la salud, la razón o la existencia entre penalidades y azotes:

*Si la camisa les quitas  
y lavas sus carnes bellas,  
verás las firmas en ellas  
de letra tan larga escritas.*

El caso es que de ese modo, a golpe de silbato y remo, Guadalquivir arriba, habíamos llegado a la ciudad que era la más fascinante urbe, casa de contratación y mercado del mundo, galeón de oro y de plata anclado entre la gloria y la miseria, la opulencia y el derroche, capital de la mar oceánica y de las riquezas que por ella entraban con las flotas anuales de Indias, ciudad poblada por nobles, comerciantes, clérigos, pícaros y mujeres hermosas, tan rica, pudiente y bella que ni Tiro ni Alejandría en sus días la igualaron. Patria común, dehesa franca, globo sin fin, madre de huérfanos y capa de pecadores, como la misma España de aquel tiempo magnífico y miserable a la vez, donde todo era necesidad, y sin embargo ninguno que supiera buscarse la vida la sufría. Donde todo era riqueza, y –también como la vida misma– a poco que uno se descuidara, la perdía.

Seguimos largo rato de parla en la hostería, sin cambiar palabra con el contador Olmedilla; pero cuando éste se levantó, Quevedo dijo de ir tras él, acompañándolo de lejos. Era bueno, apuntó, que el capitán Alatraste se familiarizara con el personaje. Salimos por la calle de Tintores, admirando la cantidad de extranjeros que frecuentaban sus posadas; tomamos luego el camino de la plaza de San Francisco y la Iglesia Mayor, y de allí por la calle del Aceite nos llegamos a la Casa de la Moneda, cercana a la Torre del Oro, donde Olmedilla tenía ciertas diligencias. Yo, como pueden suponer vuestras mercedes, iba mirándolo todo con los ojos muy abiertos: los portales recién barridos donde las mujeres echaban agua de los lebrillos y aderezaban macetas, las tiendas de jabón, de especias, de joyas, de espadas, los cajones de las fruterías, las relucientes bacías

colgadas en el dintel de cada barbería, los regatones que vendían por las esquinas, las señoras acompañadas de sus dueñas, los hombres que discutían negocios, los graves canónigos montados en sus mulas, los esclavos moros y negros, las casas pintadas de almagre y cal, las iglesias con tejados de azulejos, los palacios, los naranjos, los limoneros, las cruces en las calles para recordar alguna muerte violenta o impedir que los transeúntes hicieran sus necesidades en los rincones... Y todo aquello, pese a ser invierno, relucía bajo un sol espléndido que hacía a mi amo y a Don Francisco llevar la capa doblada en tercio al hombro o el herreruelo recogido, sueltas las presillas y botones del jubón. A la natural belleza de tan famosa urbe se añadía que los reyes estaban allí, y Sevilla y sus más de cien mil habitantes bullían de animación y festejos. Ese año, de modo excepcional, nuestro señor Don Felipe Cuarto se disponía a celebrar con su augusta presencia la llegada de la flota de Indias, cuyo arribo suponía un caudal de oro y de plata que desde allí se distribuía –más por nuestra desgracia que por nuestra ventura– al resto de la Europa y al mundo. El imperio ultramarino creado un siglo antes por Cortés, Pizarro y otros aventureros de pocos escrúpulos y muchos hígados, sin nada que perder salvo la vida y con todo por ganar, era ahora un flujo de riquezas que permitía a España sostener las guerras que, por defender su hegemonía militar y la verdadera religión, la empeñaban contra medio orbe; dinero más necesario aún, si cabe, en una tierra como la nuestra, donde –como ya apunté alguna vez– todo cristo se daba aires, el trabajo estaba mal visto, el comercio carecía de buena fama, y el sueño del último villano era conseguir una ejecutoria de hidalgo, vivir sin pagar impuestos y no trabajar nunca; de modo que los jóvenes preferían probar fortuna en las Indias o Flandes a languidecer en campos yermos a merced de un clero ocioso, de una aristocracia ignorante y envilecida, y de unos funcionarios corruptos que chupaban la sangre y la vida: que muy cierta llega la asolación de la república el día que los vicios se vuelven costumbre; pues deja de tenerse por infame al vicioso y toda bajeza se vuelve natural. Así, gracias a los ricos yacimientos americanos, España mantuvo durante mucho tiempo un imperio basado en la abundancia de oro y plata, y en la calidad de su moneda, que servía lo mismo para pagar ejércitos –cuando se les pagaba– que para importar mercancías y manufacturas ajenas. Porque si bien podíamos enviar a las Indias harina, aceite, vinagre y vino, en todo lo demás se dependía del extranjero. Eso obligaba a buscar fuera los abastos, y para ello nuestros doblones de oro y los famosos reales de a ocho de plata, que eran muy apreciados, jugaron la carta principal. Nos sosteníamos así gracias a la ingente cantidad de monedas y barras que de Méjico y el Perú viajaba a Sevilla, desde donde se esparcía luego a todos los países de Europa e incluso a Oriente, para acabar hasta en la India y China. Pero lo cierto es que aquella riqueza terminó aprovechando a todo el mundo menos a los españoles: con una Corona siempre endeudada, se gastaba antes de llegar; de manera que apenas desembarcado, el oro salía de España para dilapidarse en las zonas de guerra, en los bancos genoveses y portugueses que eran nuestros acreedores, e incluso en manos de los enemigos, como bien contó el propio Don Francisco de Quevedo en su inmortal letrilla:

*Nace en las Indias honrado  
donde el mundo le acompaña;  
viene a morir en España,  
y es en Génova enterrado.  
Y pues quien le trae al lado  
es hermoso, aunque sea fiero,  
poderoso caballero  
es Don Dinero.*

El cordón umbilical que mantenía el aliento de la pobre España –paradójicamente rica– era la flota de la carrera de Indias, tan amenazada en el mar por los huracanes como por los piratas. Por eso su llegada a Sevilla era una fiesta indescriptible, ya que además del oro y la plata del Rey y de los particulares venían con ella la cochinilla, el añil, el palo campeche, el palo brasil, lana, algodón, cueros, azúcar, tabaco y especias, sin olvidar el ají, el jengibre y la seda china traída de Filipinas por Acapulco. De ese modo, nuestros galeones navegaban en convoy desde Nueva España y Tierra Firme, tras reunirse en Cuba hasta formar una flota gigantesca. Y ha de reconocerse, pese a las carencias y los problemas y los desastres, que durante todo ese tiempo los marinos españoles hicieron con mucho pundonor su trabajo. Incluso en los peores momentos –sólo una vez los holandeses nos tomaron una flota completa –, nuestras naves siguieron cruzando el mar con mucho esfuerzo y sacrificio; y siempre pudo tenerse a raya, salvo en ciertas ocasiones desgraciadas, la amenaza de los piratas franceses, holandeses e ingleses, en aquella lucha que España libró sola contra tres poderosas naciones resueltas a repartirse sus despojos.

–Hay poca gurullada –observó Alatryste.

Era cierto. La flota estaba a punto de llegar, el Rey en persona honraba Sevilla, se preparaban actos religiosos y celebraciones públicas, y sin embargo apenas se veían alguaciles ni corchetes por las calles. Los pocos que cruzamos iban todos en grupo, con más hierro encima que una fundición vizcaína, armados hasta los dientes y recelando de su sombra.

–Hubo un incidente hace cuatro días –explicó Quevedo–. La Justicia quiso prender a un soldado de las galeras que están amarradas en Triana, acudieron soldados y mozos en su socorro, y hubo cuchilladas hasta para la sota de copas... Al fin los corchetes pudieron traérselo, pero los soldados cercaron la cárcel y amenazaron pegarle fuego si no les devolvían al camarada.

–¿Y cómo terminó la cosa?

–El preso había despachado a un alguacil, así que lo ahorcaron en la reja antes de entregarlo –el poeta se reía bajito al contar aquello –... De modo que ahora los soldados quieren hacer montería de corchetes, y la Justicia sólo se atreve a salir en cuadrilla y con mucho tiento.

–¿Y qué dice el Rey de todo eso?

Estábamos a la sombra del postigo del Carbón, justo debajo de la Torre de la Plata, mientras el tal Olmedilla resolvía sus asuntos en la Casa de la Moneda. Quevedo señaló las murallas del antiguo castillo árabe que se prolongaban hacia el altísimo campanario de la Iglesia Mayor. Los uniformes amarillos y rojos de la guardia española –no podíamos imaginar que muchos años después iba a vestirlo yo mismo– animaban sus almenas adornadas con las armas de Su Majestad. Otros centinelas con alabardas y arcabuces vigilaban la puerta principal.

–La católica, sacra y real majestad no se entera sino de lo que le cuentan –dijo Quevedo–. El gran Philipo está alojado en el Alcázar, y sólo sale de allí para ir de caza, de fiestas o para visitar de noche algún convento... Nuestro amigo Guadalmedina, por cierto, le hace de escolta. Se han vuelto íntimos.

Pronunciada de aquel modo, la palabra *convento* me traía funestos recuerdos; y no pude evitar un escalofrío acordándome de la pobre Elvira de la Cruz y de lo cerca que yo mismo había estado de tostarme en una hoguera. Ahora Don Francisco observaba a una señora de buen ver, seguida por su dueña y una esclava morisca cargada con cestas y paquetes, que descubría los chapines al recogerse el ruedo de la falda para eludir un enorme rastro de boñigas de caballerías que alfombraba la calle. Cuando la dama pasó por nuestro lado, camino de un coche con dos mulas que aguardaba algo más lejos, el poeta se ajustó los espejuelos y después quitóse el sombrero, muy cortés. «Lisi», murmuró con sonrisa melancólica.

La dama correspondió con una leve inclinación de cabeza antes de cubrirse un poco más con el manto. Detrás, la dueña, añeja y enlutada con sus tocas de cuervo y el rosario largo de quince dieces, lo fulminó con la mirada, y Quevedo le sacó la lengua.

Viéndolas irse, sonrió con tristeza y volvióse a nosotros sin decir nada. Vestía el poeta con la sobriedad de siempre: zapatos con hebilla de plata y medias de seda negra, traje gris muy oscuro y sombrero de lo mismo con pluma blanca, la cruz de Santiago bordada en rojo bajo el herreruelo recogido en un hombro.

–Los conventos son su especialidad –añadió tras aquella breve pausa, soñador, los ojos aún fijos en la dama y su cortejo.

–¿De Guadalmedina o del Rey?

Ahora era Alatryste quien sonreía bajo su mostacho soldadesco. Quevedo tardó en responder, y antes suspiró hondo.

–De los dos.

Me puse al lado del poeta, sin mirarlo.

–¿Y la reina?

Lo pregunté en tono casual, respetuoso e irreprochable. La curiosidad de un chico. Don Francisco se volvió a observarme con mucha penetración.

–Tan bella como siempre –repuso–. Ya habla un poco mejor la lengua de España –miró a Alatryste, y volvió a mirarme a mí; sus ojos chispeaban divertidos tras los cristales de los lentes–. Practica con sus damas, y sus azafatas... Y sus meninas.

El corazón me latió tan fuerte que temí no poder ocultarlo.

–¿Todas la acompañan en el viaje?

–Todas.

La calle me daba vueltas. *Ella* estaba en esa ciudad fascinante. Miré alrededor, hacia el descampado Arenal que se extendía entre la ciudad y el Guadalquivir, y era uno de los lugares más pintorescos de la ciudad, con Triana al otro lado, las velas de las carabelas de la sardina y los camaroneros, y toda clase de barquitos yendo y viniendo entre las orillas, las galeras del Rey atracadas en la banda trianera, cubriéndola hasta el puente de barcas, el Altozano y el siniestro castillo de la Inquisición que allí se alzaba, y la gran copia de grandes naos

en el lado de acá: un bosque de mástiles, vergas, antenas, velas y banderas, con el gentío, los puestos de comerciantes, los fardos de mercancías, el martilleo de los carpinteros de ribera, el humo de los calafates y las poleas de la machina naval con la que se despalmaban naves en la boca del Tagarete:

*Hierro trae el vizcaíno,  
el cuartón, el tiro, el pino,  
el indiano, el ámbar gris,  
la perla, el oro, la plata,  
palo de Campeche, cueros.  
Toda esta arena es dineros.*

El recuerdo de la comedia *El arenal de Sevilla*, que había visto en el corral del Príncipe cuando apenas era un niño, con Alatraste, el día famoso en que Buckingham y el príncipe de Gales se batieron a su lado, permanecía grabado en mi memoria. Y de pronto, aquel lugar, aquella ciudad que ya era de natural espléndida, se tornaba mágica, maravillosa. Angélica de Alquézar estaba allí, y tal vez podría verla. Miré de soslayo a mi amo, temeroso de que la turbulencia que me estallaba dentro quedase a la vista. Por suerte, otras inquietudes ocupaban los pensamientos de Diego Alatraste.

Observaba al contador Olmedilla, que había concluido su negocio y caminaba hacia nosotros con la misma cordialidad que si le lleváramos la extremaunción: serio, enlutado hasta la gola, sombrero negro de ala corta y sin plumas, y aquella curiosa barbita rala que acentuaba su aspecto ratonil y gris; su aire antipático, de humores ácidos y mala digestión.

–¿Para qué nos necesita semejante estafermo? –murmuró el capitán, mirándolo acercarse.

Quevedo encogió los hombros.

–Está aquí con una misión... El propio conde duque mueve los hilos. Y su trabajo incomodará a más de uno. Saludó Olmedilla con una seca inclinación de cabeza y echamos a andar tras él hacia la puerta de Triana. Alatraste le hablaba a Quevedo a media voz:

–¿Cuál es su trabajo?

El poeta respondió en el mismo tono.

–Pues eso: contador. Experto en llevar cuentas... Un sujeto que sabe mucho de números, y de aranceles aduaneros, y cosas de ésas. Da sopas con honda a Juan de Leganés.

–¿Alguien ha robado más de lo normal?

–Siempre hay alguien que roba más de lo normal.

El ala ancha le arrojaba a Alatraste un antifaz de sombra en la cara; eso acentuaba la claridad de sus ojos, con la luz y el paisaje del Arenal reflejados en ellos.

–¿Y qué pintamos nosotros en estos naipes?

–Yo sólo hago de intermediario. Estoy bien en la Corte, el Rey me pide agudezas, la reina me sonrío... Al privado le hago algún pequeño favor, y él corresponde.

–Celebro que la Fortuna os halague por fin.

–No lo digáis muy alto. Tantas tretas me ha jugado, que la miro con desconfianza.

Alatraste observaba al poeta, divertido.

–De cualquier modo, muy cortesano os veo, Don Francisco.

–No me jodáis, señor capitán –Quevedo se rascaba la golilla, incómodo–. En raras ocasiones las musas son compatibles con comer caliente. Ahora estoy en buena racha, soy popular, mis versos se leen en todas partes... Hasta me atribuyen, como siempre, los que no son míos; incluidos algunos engendros de ese Góngora bujarra, babilón y sodomita, cuyos abuelos no se hartaron de aborrecer tocino y clavetear zapatos en Córdoba, donde tienen ejecutoria en el techo de la Iglesia Mayor. Y cuyos últimos poemas publicados acabo de saludar, por cierto, con unas finas décimas que concluyen así:

*Dejad las ventosidades:  
mirad que sois en tal caso  
albañal por do el Parnaso  
purga sus bascosidades.*

... Pero volviendo a asuntos más serios, os decía que al conde duque le place tenerme de su parte. Me adula y me utiliza... En cuanto a vuestra merced, capitán, se trata de un capricho personal del privado: por algún motivo os recuerda. Tratándose de Olivares, eso puede ser bueno o puede ser malo. Quizá sea bueno. Además, en cierta ocasión le ofrecisteis vuestra espada si ayudaba a salvar a Íñigo.

Alatraste me dirigió una rápida mirada, y luego asintió despacio, reflexionando.

–Tiene una maldita buena memoria, el privado –dijo.

–Sí. Para lo que le interesa.

Estudió mi amo al contador Olmedilla, que caminaba unos pasos adelante, las manos cruzadas a la espalda y el aire antipático, entre el bullicio de la marina.

–No parece muy hablador –comentó.

–No –Quevedo reía, guasón–. En eso vuestra merced y él se llevarán bien.

–¿Es alguien de fuste?

–Ya lo he dicho: sólo un funcionario. Pero se encargó de todo el papeleo en el proceso por malversación contra Don Rodrigo Calderón... ¿Os convence el dato?

Dejó correr un silencio para que el capitán captase las implicaciones del asunto. Alatraste silbó entre dientes. La ejecución pública del poderoso Calderón había conmocionado años atrás a toda España.

–¿Y a quién sigue el rastro ahora?

El poeta negó dos veces y dio unos pasos en silencio.

–Alguien os lo contará esta noche –concedió al fin–. En cuanto a la misión de Olmedilla, y de rebote la vuestra, digamos que el encargo es del privado, y el impulso soberano.

Alatraste movió la cabeza, incrédulo.

–Os chanceáis, Don Francisco.

–A fe mía que no. Que me lleve el diablo, en tal caso... O que el talento me lo sorba del seso el corcovilla Ruiz de Alarcón.

–Pardiez.

–Eso dije yo cuando me pidieron oficiar de tercero: pardiez. Lo positivo es que si sale bien tendréis unos escudos por gastar.

–¿Y si sale mal?

–Pues me temo que añoraréis las trincheras de Breda –Quevedo suspiró, volviéndose en torno como quien busca cambiar de conversación

–... Lamento no poder contaros más, por ahora.

–No necesito mucho más –a mi amo le bailaban la ironía y la resignación en la mirada glauca–. Sólo quiero saber de dónde vendrán las estocadas.

Quevedo encogió los hombros.

–De cualquier sitio, como suelen –seguía ojeando alrededor, indiferente–. Ya no estáis en Flandes... Esto es España, capitán Alatraste.

Quedaron en verse por la noche, en la hostería de Becerra. El contador Olmedilla, siempre más triste que una carnicería en Cuaresma, se retiró a descansar a la posada donde se alojaba, en la calle de Tintores, que también disponía de un cuarto para nosotros. Mi amo pasó la tarde ocupándose de sus asuntos, certificando su licencia militar y en procura de ropa blanca y bastimentos –también unas botas nuevas– con el dinero que Don Francisco había adelantado a crédito del trabajo. En cuanto a mí, estuve libre por un buen rato; y mis pasos me llevaron a dar un bureo por el corazón de la ciudad, disfrutando del ambiente de sus calles y adarves, todo angosto y lleno de arquillos, piedras blasonadas, cruces, retablos con cristos, vírgenes y santos, entorpecido por los carruajes y las caballerías, a la vez sucio y opulento, ahíto de vida, con corrillos de gente a la puerta de las tabernas y los corrales de vecindad, y mujeres –a las que miraba con interés desde mis experiencias flamencas– trigueñas, aseadas y desenvueltas, cuyo peculiar acento daba a su conversación un metal dulcísimo. Admiré así palacios con patios magníficos tras sus cancelas, con cadenas en la puerta para mostrar que eran inmunes a la justicia ordinaria, y observé que mientras en Castilla los nobles llevaban su estoicismo hasta la ruina misma con tal de no trabajar, la aristocracia sevillana se daba más manga ancha, acercando en muchas ocasiones las palabras hidalgo y mercader; de manera que el aristócrata no desdeñaba los negocios si daban dinero, y el mercader estaba dispuesto a gastar un Potosí con tal de ser tenido por hidalgo –hasta los sastres exigían limpieza de sangre para entrar en su gremio–. Eso daba lugar, por una parte, al espectáculo de nobles envilecidos que usaban sus influencias y privilegios para medrar bajo mano; y de la otra, que el trabajo y la mercadería tan útiles a las naciones siguieran mal vistos, y quedaran en manos de extranjeros. Así, la mayor parte de los nobles sevillanos eran plebeyos ricos que compraban su acceso al estamento superior con dinero y matrimonios ventajosos, avergonzándose de sus dignos oficios. Se pasaba pues de una generación de mercaderes a otra de mayorazgos parásitos y ahidalgados que renegaba del origen de su fortuna, y la dilapidaba sin escrúpulos. Con lo que se cumplía aquello de que, en España, abuelo mercader, padre caballero, hijo garitero y nieto pordiosero.

Visité también la Alcaicería de la seda, cuyo recinto cerrado estaba lleno de tiendas con ricas mercaderías y joyas. Yo vestía calzas negras con polainas de soldado, cinto de cuero con la daga atravesada en los riñones, una almilla de corte militar sobre la camisa remendada, y me tocaba con una gorra de terciopelo flamenco muy elegante, botín de guerra de los que ya empezaban a ser viejos tiempos. Eso y mi juventud me pintaban buena estampa, creo; y me holgué dándome aires de veterano entendido ante las tiendas de espaderos de la calle de la Mar y la de Vizcaínos, o en la rúa de valentones, daifas y gente de la carda que se formaba en la calle de las Sierpes, ante la cárcel famosa entre cuyas negras paredes estuvo preso Mateo Alemán, y donde hasta el buen Don Miguel de Cervantes había dado con sus infelices huesos. También anduve pavoneándome junto a esa cátedra de picardía que eran las legendarias gradas de la Iglesia Mayor, hormigueantes de vendedores, ociosos y mendigos con su tablilla al cuello que mostraban llagas y deformidades más falsas que el beso de Judas, o mancos del potro que se lo decían de Flandes: amputaciones reales o fingidas lo mismo a cuenta de Amberes que de la Mamora, como podían haberlo sido de Roncesvalles o Numancia; pues bastaba mirarles la cara a ciertos sedicentes mutilados por la verdadera religión, el Rey y la patria, para comprender que la única vez que habían visto a un hereje o un turco era de lejos y en un corral de comedias.

Terminé ante los Reales Alcázares, mirando el estandarte de los Austrias ondear sobre las almenas, y los imponentes soldados de la guardia con sus alabardas ante la puerta principal. Anduve por allí un rato, entre los grupos de sevillanos que esperaban por si sus majestades se dejaban ver al entrar o salir. Y ocurrió que, con motivo de haberse acercado demasiado la gente, y yo con ella, al camino de acceso, un sargento de la guardia española vino a decir con malos modos que desalojáramos el sitio. Obedecieron los curiosos con presteza; pero el hijo de mi padre, picado por los modales del militar, remoloneó con poca diligencia y un aire altanero que puso mostaza en las narices del otro. Me empujó sin cortesía; y yo, a quien mi edad y el reciente pasado flamenco hacían poco sufrido en esa materia, lo tuve a gran bellaquería y revolvíme como galgo joven, la mano en el mango de la daga. El sargento, un tipo corpulento y mostachudo, soltó una risotada.

–Vaya. Matamoros tenemos –dijo, recorriéndome de arriba abajo–. Demasiado pronto galleas, galán.

Le sostuve los ojos por derecho, sin vergüenza de hacer desvergüenza, con el desprecio del veterano que, pese a mi mocedad, realmente era. Aquel gordinflón había estado los dos últimos años comiendo caliente, paseándose por los palacios reales y los alcázares con su vistoso uniforme de escaques amarillos y rojos, mientras yo peleaba junto al capitán Alatraste y veía morir a los camaradas en Oudkerk, en el molino Ruyter, en Terheyden y en las caponeras de Breda, o me buscaba la vida forrajeando en campo enemigo con la caballería holandesa pegada al cogote. Qué injusto es, pensé de pronto, que los seres humanos no puedan llevar la hoja de servicios de su vida escrita en la cara. Luego me acordé del capitán Alatraste y me dije, a modo de consuelo, que algunos sí la llevan. Tal vez un día, reflexioné, también la gente sepa lo que yo hice, o lo intuya, con sólo mirarme; y a los sargentos gordos o flacos que nunca tuvieron su alma en el filo de un acero, se les muera el sarcasmo en la garganta.

–La que gallea es mi daga, animal –dije, firme.

Parpadeó el otro, que no esperaba tal. Vi que me examinaba de nuevo. Esta vez advirtió el ademán de mi mano, echada hacia atrás para apoyarse en el mango damasquinado que me sobresalía del cinto. Luego se detuvo en mis ojos con expresión estúpida, incapaz de leer lo que había en ellos.

–Voto a Cristo que voy a...

Echaba mantas el sargento, y no de lana. Alzó una mano para abofetearme, que es la más insufrible de las ofensas –en tiempo de nuestros abuelos sólo podía abofetearse a un hombre sin yelmo ni cota de malla, lo que significaba que no era caballero–, y me dije: ya está. Quien todo lo quiere vengar, presto se puede acabar; y yo acabo de meterme en un lío sin salida, porque me llamo Íñigo Balboa Aguirre y soy de Oñate, y además vengo de Flandes, y mi amo es el capitán Alatraste, y no puedo tener por cara ninguna feria donde se compre la honra con la vida. Me guste o no me guste, me tienen tomadas las veredas; así que cuando baje esa mano no tendré otra que darle a cambio a este gordinflón una puñalada en el vientre, toma y daca, y después correr como un gamo a ponerme en cobro, confiando en que nadie me alcance. Lo que dicho en corto –como habría apuntado Don Francisco de Quevedo– era que, para variar, no quedaba sino batirse. Así que contuve el aliento y me dispuse a ello con la resignación fatalista de veterano que debía a mi pasado reciente. Pero Dios debe de ocupar sus ratos libres en proteger a los mozos arrogantes, porque en ese momento sonó una corneta, se abrieron las puertas y hasta nosotros llegó el sonido de ruedas y cascos sobre la gravilla. El sargento, atento a su negocio, olvidóme en el acto y corrió a formar a sus hombres; y yo me quedé allí, aliviado, pensando que acababa de escapar a una buena.

Salían carruajes de los Alcázares, y por los emblemas de los coches y la escolta a caballo comprendí que era nuestra señora la reina, con sus damas y azafatas. Entonces mi corazón, que durante el lance con el sargento había permanecido acompasado y firme, se desbocó cual si acabaran de soltarle rienda. Todo me dio vueltas.



Pasaban los carruajes entre saludos y vítores de la gente que corría para agolparse a su paso, y una mano real, blanca, bella y enojada, se agitaba con elegancia en una de las ventanillas, correspondiendo gentil al homenaje. Pero yo estaba pendiente de otra cosa, y busqué afanoso, en el interior de los otros carruajes que pasaban, el objeto de mi desazón. Mientras lo hacía me quité la gorra y erguí el cuerpo, descubierto y muy quieto ante la visión fugaz de cabezas femeninas peinadas con moños y tirabuzones, abanicos cubriendo rostros, manos movidas en saludos, encajes, rasos y puntillas. Fue en el último coche donde vislumbré un cabello rubio sobre unos ojos azules que me observaron al pasar, reconociéndome con intensidad y sorpresa, antes de que la visión se alejara y yo permaneciese mirando, sobrecogido, la espalda del postillón encaramado en la trasera del carruaje y la polvareda que cubría las grupas de los caballos de la escolta. Entonces oí el silbido a mi espalda. Un silbido que habría sido capaz de reconocer hasta en el infierno. Sonaba exactamente *tirurí-ta-ta*. Y al volver el rostro me encontré con un fantasma.

–Has crecido, rapaz.

Gualterio Malatesta me miraba a los ojos, y tuve la certeza de que él sí sabía leer en ellos. Vestía de negro, como siempre, con el sombrero del mismo color y ala muy ancha, y la amenazadora espada con largos gavilanes colgada de su tahalí de cuero. No llevaba capa ni herreruelo. Seguía siendo alto y flaco, con aquella cara devastada por la viruela y por las cicatrices que le daba un aspecto cadavérico y atormentado, que la sonrisa que en ese momento me dirigía, en vez de atenuar, acentuaba.

–Has crecido –repitió, reflexivo.

Pareció a punto de añadir «desde la última vez», pero no lo hizo. La última vez había sido en el camino de Toledo, el día que me condujo en un coche cerrado hasta los calabozos de la Inquisición.

Por diferentes motivos, el recuerdo de aquella aventura era tan ingrato para él como para mí.

–¿Cómo anda el capitán Alatríste?

No respondí, limitándome a sostener su mirada, oscura y fija como la de una serpiente. Al pronunciar el nombre de mi amo, la sonrisa se había hecho más peligrosa bajo el fino bigote recortado del italiano.

–Veo que sigues siendo mozo de pocas palabras.

Apoyaba la mano izquierda, enguantada de negro, en la cazoleta de su espada, y se volvía a un lado y a otro, el aire distraído. Lo oí suspirar levemente. Casi con fastidio.

–Así que también Sevilla –dijo, y luego se quedó callado sin que llegase a penetrar a qué se refería. A poco le dirigió una ojeada al sargento de la guardia española, que andaba lejos, ocupado con sus hombres junto a la puerta, e hizo un gesto con el mentón, señalándolo.

–Asistí a tu incidente con ése. Yo estaba detrás, entre la gente –me estudiaba reflexivo, como si calculara los cambios que se habían operado en mí desde la última vez–... Veo que sigues siendo puntilloso en asuntos de honra.

–He estado en Flandes –no pude menos que decir–. Con el capitán.

Movió la cabeza. Ahora había unas pocas canas, observé, en su bigote y en las patillas que asomaban bajo las alas negras del sombrero. También arrugas nuevas, o cicatrices, en su cara. Los años pasan para todos, pensé. Incluso para los espadachines malvados.

–Sé dónde estuviste –dijo–. Pero Flandes mediante o no, sería bueno que recordaras algo: la honra siempre resulta complicada de adquirir, difícil de conservar y peligrosa de llevar... Pregúntaselo, si no, a tu amigo Alatríste.

Lo encaré con cuanta dureza pude mostrar.

–Vaya y pregúnteselo vuestra merced, si tiene hígados.

A Malatesta le resbaló el sarcasmo sobre la expresión imperturbable.

–Yo conozco ya la respuesta –dijo, ecuánime–. Son otros negocios menos retóricos los que tengo pendientes con él.

Seguía mirando pensativo en dirección a los guardias de la puerta.

Al cabo rió muy entre dientes, como de una broma que no estuviese dispuesto a compartir con nadie.

–Hay menguados –dijo de pronto– que no aprenden nada; como ese imbécil que levantaba su mano sin cuidarse de las tuyas –los ojos de serpiente, negros y duros, volvieron a clavarse en mí–

... Yo nunca te habría dado ocasión de sacar esa daga, rapaz. Me volví a observar al sargento de la guardia. Se pavoneaba entre sus soldados mientras volvían a cerrarse las puertas de los Reales Alcázares. Y era cierto: aquel tipo ignoraba lo cerca que había estado de que le metieran un palmo de hierro en las entrañas. Y de que a mí me ahorcaran por su culpa.

–Recuérdalo la próxima vez –dijo el italiano.

Cuando me giré de nuevo, Gualterio Malatesta ya no estaba allí. Había desaparecido entre la gente y sólo pude ver una sombra negra alejándose entre los naranjos, bajo el campanario de la catedral.

### III. ALGUACILES Y CORCHETES

Aquella velada había de resultar agitada y toledana; pero antes de llegar a ello tuvimos cena e interesante plática. También hubo la imprevista aparición de un amigo: Don Francisco de Quevedo no le había dicho al capitán Alatraste que la persona con la que iba a entrevistarse por la noche era su amigo Álvaro de la Marca, conde de Guadalmedina. Para sorpresa de Alatraste, y también mía, el conde apareció en la hostería de Becerra apenas se puso el sol, tan desenvuelto y cordial como siempre, abrazando al capitán, dedicándome una cariñosa cachetada, y reclamando a voces vino de calidad, una cena en condiciones y un cuarto cómodo para charlar con sus amigos.

–Vive Dios que tenéis que contarme lo de Breda.

Vestía muy a premática del Rey nuestro señor, salvo el colete de ante. El resto era ropa de precio aunque discreta, sin bordados ni cosa de oro, botas militares, guantes de ámbar, sombrero y capa larga; y bajo el cinto, amén de espada y daga, cargaba un par de pistoletas. Conociendo a Don Álvaro, era obvio que su noche iba a prolongarse más allá de nuestra entrevista, y que hacia la madrugada algún marido o abadesa tendrían motivos para dormir con un ojo abierto. Recordé lo que había comentado Quevedo sobre su papel de acompañante en las correrías del Rey.

–Te veo muy bien, Alatraste.

–Tampoco a vuestra merced se le ve mal.

–Psché. Me cuido. Pero no te engañes, amigo mío. En la Corte, no trabajar da muchísimo trabajo.

Seguía siendo el mismo: apuesto, galán, con modales exquisitos que no estaban reñidos con aquella amable espontaneidad, algo ruda y casi a lo soldado, que siempre mantuvo con mi amo desde que éste salvó su vida cuando el desastre de las Querquenes. Brindó por Breda, por Alatraste y hasta por mí, discutió con Don Francisco sobre los consonantes de un soneto, despachó con excelente apetito el cordero a la miel servido en vajilla de buena loza trianera, pidió una pipa de barro, tabaco, y entre volutas de humo se recostó en su silla, desabrochado el colete y el aire satisfecho.

–Hablemos de asuntos serios –dijo.

Luego, entre chupadas a la pipa y tientos al vino de Aracena, me observó un instante para establecer si yo debía escuchar lo que estaba a punto de decir, y por fin nos puso sin más rodeos al corriente.

Empezó explicando que el sistema de flotas para traer el oro y la plata, el monopolio comercial de Sevilla y el control estricto de quienes viajaban a las Indias, tenían por objeto impedir la injerencia extranjera y el contrabando, y mantener engrasada la descomunal máquina de impuestos, aranceles y tasas de la que se nutría la monarquía y cuantos parásitos albergaba. Ésa era la razón del almojarifazgo: el cordón aduanero en torno a Sevilla, Cádiz y su bahía, puerta exclusiva de las Indias. De ahí sacaban las arcas reales linda copia de rentas; con la particularidad de que, en una administración corrupta como la española, ajustaba más que los gestores y responsables pagasen a la Corona una cantidad fija por sus cargos, y de puertas adentro se las apañaran para su capa, robando a mansalva. Sin que eso fuese obstáculo, en tiempos de vacas flacas, para que el Rey ordenase a veces un escarmiento, o la incautación de tesoros de particulares que venían con las flotas.

–El problema –apuntó entre dos chupadas a la pipa– es que todos esos impuestos, destinados a costear la defensa del comercio con las Indias, devoran lo que dicen defender. Hace falta mucho oro y plata para sostener la guerra en Flandes, la corrupción y la apatía nacionales. Así que los comerciantes deben elegir entre dos males: verse desangrados por la hacienda real, o la ilegalidad del contrabando... Todo eso alumbra una abundante picaresca –miró a Quevedo, sonriente, poniéndolo por testigo–... ¿No es cierto, Don Francisco?

–Aquí –asintió el poeta– hasta el más menguado hace encaje de bolillos.

–O se mete oro en la bolsa.

–Cierto –Quevedo bebió un largo trago, secándose la boca con el dorso de la mano–. A fin de cuentas, poderoso caballero es Don Dinero.

Guadalmedina lo miró, admirado.

–Buena definición, pardiez. Debería vuestra merced escribir algo sobre eso.

–Ya lo hice.

–Vaya. Me alegro.

–«*Nace en las Indias honrado...*» –recitó Don Francisco, la jarra de nuevo en los labios y ahuecándole la voz.

–Ah, era eso –el conde le guiñó un ojo a Alatríste–. Lo creía de Góngora.

Al poeta se le atragantó el vino a medio sorbo.

–Voto a Dios y a Cristo vivo.

–Bueno, amigo mío.

–Ni bueno ni malo, por Belcebú. Esa afrenta de vuestra merced no se diera ni entre luteranos... ¿Qué tengo que ver yo con esos cagarripos de oh, qué lindico, que después de haber sido judíos y moros se meten a pastores?

–Sólo era una chanza.

–Por tales chanzas suelo batirme, señor conde.

–Pues conmigo, ni soñarlo –el aristócrata sonreía, conciliador y bonachón, acariciándose el bigote rizado y la perilla–. Aún recuerdo la lección de esgrima que vuestra merced le dio a Pacheco de Narváez –alzó con gracia la diestra, destocándose con mucha política un sombrero imaginario–... Os presento mis excusas, Don Francisco.

–Hum.

–¿Cómo que *hum*?... Soy grande de España, cuerpo de tal. Tened la bondad de apreciarme el gesto.

–Hum.

Sosegados pese a todo los ánimos del poeta, Guadalmedina siguió aportando detalles que el capitán Alatríste escuchaba atento, su jarra de vino en la mano, medio iluminado el perfil rojizo por la llama de las velas que ardían sobre la mesa. La guerra es limpia, había dicho una vez, tiempo atrás. Y en ese momento yo comprendí bien a qué se refería. En cuanto a los extranjeros, estaba diciendo Guadalmedina, para esquivar el monopolio utilizaban a intermediarios locales como terceros –se les llamaba *metedores*, con lo que todo estaba dicho–, desviando así las mercancías, el oro y la plata que nunca habrían podido conseguir directamente. Pero además, que los galeones salieran de Sevilla y volvieran a ella era una ficción legal: casi siempre se quedaban en Cádiz, El Puerto de Santa María o la barra de Sanlúcar, donde transbordaban. Todo eso animaba a muchos comerciantes a instalarse en esa zona, donde era más fácil eludir la vigilancia.

–Han llegado a construir barcos con un tonelaje oficial declarado, y otro que es el auténtico. Todo el mundo sabe que se confiesan cinco y se transportan diez; pero el soborno y la corrupción mantienen las bocas cerradas y las voluntades abiertas. Demasiados han hecho así fortuna –estudió la cazoleta de la pipa, como si algo allí atrajera su atención–... Eso incluye a altos funcionarios reales.

Álvaro de la Marca prosiguió su relato. Aletargada por los beneficios del comercio ultramarino, Sevilla, como el resto de España, era incapaz de sostener industria propia. Muchos naturales de otros países habían logrado establecerse, y con su tenacidad y su trabajo eran ahora imprescindibles. Eso les daba una situación de privilegio como intermediarios entre España y toda la Europa contra la que nos hallábamos en guerra. La paradoja era que mientras se combatía a Inglaterra, a Francia, a Dinamarca, al Turco y a las provincias rebeldes, se les compraba al mismo tiempo, mediante terceros, mercaderías, jarcia, alquitrán, velas y otros géneros necesarios tanto en la Península como al otro lado del Atlántico. El oro de las Indias escapaba así para financiar ejércitos y naves que nos combatían. Era un secreto a voces, pero nadie cortaba aquel tráfico porque todos se beneficiaban. Incluso el Rey.

–El resultado salta a la vista: España se va al diablo. Todos roban, trampean, mienten y ninguno paga lo que debe.

–Y además se jactan de ello –apuntó Quevedo.

–Además.

En ese panorama, prosiguió Guadalmedina, el contrabando de oro y de plata era decisivo. Los tesoros importados por particulares solían declararse en la mitad de su valor, merced a la complicidad de los aduaneros y empleados de la Casa de Contratación.

Con cada flota llegaba una fortuna que se perdía en bolsillos privados o terminaba en Londres, Ámsterdam, París o Génova.

Ese contrabando lo practicaban con entusiasmo extranjeros y españoles, comerciantes, funcionarios, generales de flotas, almirantes, pasajeros, marineros, militares y eclesiásticos. Era ilustrativo el escándalo del obispo Pérez de Espinosa, quien al fallecer un par de años antes en Sevilla había dejado quinientos mil reales y sesenta y dos lingotes de oro, que fueron embargados por la Corona al averiguarse que procedían de las Indias sin pasar aduana.

–Aparte de mercancías diversas –añadió el aristócrata–, se calcula que la flota que está a punto de llegar trae veinte millones de reales en plata de Zacatecas y Potosí, entre el tesoro del Rey y de los particulares... Y también ochenta quintales de oro en barras.

–Es sólo la cantidad oficial –precisó Quevedo.

–Así es. De la plata se calcula que una cuarta parte más viene de contrabando. En cuanto al oro, casi todo pertenece al tesoro real... Pero uno de los galeones trae una carga clandestina de lingotes. Una carga que nadie ha declarado.

Se detuvo Álvaro de la Marca y bebió un largo trago para dejar espacio a que el capitán Alatraste asumiera bien la idea. Quevedo había sacado una cajita de tabaco en polvo, del que aspiró una pizca por la nariz. Luego de estornudar discretamente, se limpió con un pañuelo arrugado que extrajo de una manga.

–El barco se llama *Virgen de Regla* –continuó al fin Guadalmedina–. Es un galeón de dieciséis cañones, propiedad del duque de Medina Sidonia y fletado por un comerciante genovés de Sevilla que se llama Jerónimo Garaffa... A la ida transporta mercancías diversas, azogue de Almadén para las minas de plata y bulas papales; y a la vuelta, todo cuanto pueden meterle dentro. Y puede meterse mucho, entre otras cosas porque está averiguado que su desplazamiento oficial es de novecientos toneles de a veintisiete arrobas, cuando en realidad los trucos de su construcción le dan una capacidad de mil cuatrocientos...

El *Virgen de Regla*, prosiguió, venía con la flota, y su carga declarada incluía ámbar líquido, cochinilla, lana y cueros con destino a los comerciantes de Cádiz y Sevilla. También cinco millones de reales de plata acuñados –dos tercios eran propiedad de particulares –, y mil quinientos lingotes de oro destinados al tesoro real.

–Buen botín para piratas –apuntó Quevedo.

–Sobre todo si consideramos que en la flota de este año vienen otras cuatro naves con cargas parecidas – Guadalmedina miró al capitán entre el humo de su pipa–... ¿Comprendes por qué los ingleses estaban interesados en Cádiz?

–¿Y cómo lo saben los ingleses?

–Diablos, Alatraste. ¿No lo sabemos nosotros?... Si con dinero puede comprarse hasta la salvación del alma, imagínate el resto. Te veo algo ingenuo esta noche. ¿Dónde has estado los últimos años?... ¿En Flandes, o en el limbo?

Alatraste se sirvió más vino y no dijo nada. Sus ojos se posaron en Quevedo, que amagó una sonrisa y encogió los hombros. Es lo que hay, decía el gesto. Y nunca hubo otra cosa.

–En cualquier caso –estaba diciendo Guadalmedina–, importa poco lo que el galeón traiga declarado. Sabemos que carga más plata de contrabando, por un valor aproximado de un millón de reales; aunque en este caso también la plata es lo de menos. Lo importante es que el *Virgen de Regla* trae en sus bodegas otras dos mil barras de oro sin declarar –apuntó al capitán con el caño de la pipa–... ¿Sabes lo que esa carga clandestina vale, tirando muy por lo bajo?

–No tengo la menor idea.

–Pues vale doscientos mil escudos de oro.

El capitán se miró las manos inmóviles sobre la mesa. Calculaba en silencio.

–Cien millones de maravedís –murmuró.

–Exacto –Guadalmedina se reía–. Todos sabemos lo que vale un escudo.

Alatraste alzó la cabeza para observar con fijeza al aristócrata.

–Vuestra merced se equivoca –dijo–... No todos lo saben como lo sé yo.

Guadalmedina abrió la boca, sin duda para una nueva chanza, pero la expresión helada de mi amo pareció disuadirlo en el acto.

Conocíamos que el capitán Alatraste había matado hombres por la diez milésima parte de tal cantidad. Sin duda en ese momento imaginaba, igual que yo mismo, cuántos ejércitos podían comprarse con semejante suma. Cuántos arcabuces, cuántas vidas y cuántos muertos. Cuántas voluntades y cuántas conciencias.

Se oyó un carraspeo de Quevedo, y luego el poeta recitó, grave y lento, en voz baja:

*Toda esta vida es hurtar,  
no es el ser ladrón afrenta,  
que como este mundo es venta,  
en él es propio el robar.  
Nadie verás castigar  
porque hurta plata o cobre:  
que al que azotan es por pobre.*

Después de eso hubo un silencio incómodo. Álvaro de la Marca miraba su pipa. Al fin la puso sobre la mesa.

–Para cargar esos cuarenta quintales de oro suplementario –prosiguió al fin–, más la plata no declarada, el capitán del *Virgen de Regla* ha hecho retirar ocho de los cañones del galeón. Aun así navega muy pesado, según cuentan.

–¿A quién pertenece el oro? –preguntó Alatraste.

–Ese punto es vidrioso. De una parte está el duque de Medina Sidonia, que organiza la operación, pone el barco y se lleva los mayores beneficios. También hay un banquero de Lisboa y otro de Amberes, y algunos personajes de la Corte... Uno de ellos parece ser el secretario real, Luis de Alquézar.

El capitán me estudió un instante. Yo le había contado, por supuesto, el encuentro con Gualterio Malatesta ante los Reales Alcázares, aunque sin mencionar el carruaje y los ojos azules que había creído ver en el séquito de la reina. Guadalmedina y Quevedo, que a su vez lo observaban atentos, se miraron entre sí.

–La maniobra –continuó Álvaro de la Marca– consiste en que, antes de descargar oficialmente en Cádiz o Sevilla, el *Virgen de Regla* fondee en la barra de Sanlúcar. Han comprado al general y al almirante de la flota para que las naves, so pretexto del tiempo, de los ingleses o lo que sea, echen allí el ancla durante al menos una noche. Entonces se hará el transbordo del oro de contrabando a otro galeón que espera en ese paraje: el *Niklaasbergen*. Una urca flamenca de Ostende, con capitán, tripulación y armador irreprochablemente católicos... Libres para ir y venir entre España y Flandes, bajo el amparo de las banderas del Rey nuestro señor.

–¿Dónde llevarán el oro?

–Según parece, la parte de Medina Sidonia y los otros se queda en Lisboa, donde el banquero portugués la pondrá a buen recaudo... El resto va directamente a las provincias rebeldes.

–Eso es traición –dijo Alatraste.

Su voz era tranquila, y la mano que llevó la jarra a sus labios, mojando el mostacho en vino, no se alteró lo más mínimo. Pero yo veía ensombrecerse sus ojos claros de un modo extraño.

–Traición –repitió.

El tono de esa palabra avivó imágenes recientes en mi memoria. Las filas de infantería española impávidas en la llanura del molino Ruyter, con el tambor que redoblaba a nuestra espalda llevando a los que iban a morir la nostalgia de España. El buen gallego Rivas y el alférez Chacón, muertos por salvar la bandera ajedrezada de azul y blanco en la ladera del reducto de Terheyden. El grito de cien gargantas saliendo al amanecer de los canales, al asalto de Oudkerk. Los hombres que lloraban tierra después de pelear al arma blanca en las caponeras... De pronto yo también sentí deseos de beber, y vacié mi jarra de un golpe. Quevedo y Guadalmedina cambiaban otra mirada.

–Eso es España, capitán Alatraste –dijo Don Francisco–. Se nota que vuestra merced ha perdido en Flandes la costumbre.

–Sobre todo –apostilló Guadalmedina–, lo que son es negocios. Y no se trata de la primera vez. La diferencia es que ahora el Rey, y en especial Olivares, desconfían de Medina Sidonia... El recibimiento que les dispensó hace dos años en sus tierras de Doña Ana, y las finezas con que los obsequia en este viaje, no ocultan el hecho de que Don Manuel de Guzmán, el octavo duque, se ha convertido en un pequeño Rey de Andalucía... De Huelva a Málaga y Sevilla hace su voluntad; y eso, con el moro enfrente y con Cataluña y Portugal siempre cogidos con alfileres, resulta peligroso. Olivares recela que Medina Sidonia y su hijo Gaspar, el conde de Niebla, preparen una jugada para darle un sobresalto a la Corona... En otro momento esas cosas se solucionarían degollándolos tras un proceso a tono con su calidad... Pero los Medina Sidonia están muy alto, y Olivares, que pese a ser pariente suyo los aborrece, nunca osaría mezclar su nombre, sin pruebas, en un escándalo público.

–¿Y Alquézar?

–Ni siquiera el secretario real es hoy presa fácil. Ha medrado en la Corte, tiene el apoyo del inquisidor Bocanegra y del Consejo de Aragón... Además, en sus peligrosos juegos dobles, el conde duque lo considera útil –Guadalmedina encogió los hombros, desdeñoso–. Así que se ha optado por una solución discreta y eficaz para todos.

–Un escarmiento –apuntó Quevedo.

–Exacto. Eso incluye levantar el oro de contrabando en las mismas narices de Medina Sidonia, e ingresarlo en las arcas reales. El propio Olivares ha planeado el lance con aprobación del Rey, y ésa es la causa de este viaje a Sevilla de sus majestades: nuestro cuarto Felipe quiere asistir al espectáculo; y luego, con su impasibilidad habitual, despedirse del viejo duque con un abrazo, lo bastante cerca para oírle rechinar los dientes... El problema es que el plan ideado por Olivares tiene dos partes: una semiformal, algo delicada, y otra oficiosa, más difícil.

–La palabra exacta es peligrosa –matizó Quevedo, siempre atento a la precisión del concepto.

Guadalmedina se inclinaba sobre la mesa hacia el capitán.

–En la primera, como habrás supuesto, entra el contador Olmedilla...

Mi amo asintió despacio. Ahora cada pieza encajaba en su sitio.

–Y en la segunda –dijo– entro yo.

Álvaro de la Marca se acarició con mucha calma el bigote. Sonreía.

–Si algo me gusta de ti, Alatrisme, es que nunca hay que explicarte las cosas dos veces.

Salimos a pasear las calles estrechas y mal iluminadas, ya muy entrada la noche. Había luna menguante que daba una bella claridad lechosa a los zaguanes de las casas, y permitía distinguir nuestros perfiles bajo los aleros y las copas sombrías de los naranjos.

A veces cruzábamos bultos oscuros que apresuraban el paso ante nuestra presencia, pues Sevilla era tan insegura como cualquier otra ciudad a esas horas de tiniebla. Al desembocar en una pequeña plazuela, una silueta embozada, que estaba apoyada y susurrante junto a una ventana, se volvió a la defensiva mientras aquella se cerraba de golpe, y en la sombra negra, másculina, vimos relucir por si acaso el brillo de un acero. Guadalmedina rió tranquilizador y dijo buenas noches a la sombra inmóvil, y proseguimos camino. El ruido de nuestros pasos nos precedía por las esquinas y los adarves. A veces, la claridad de un candil se dejaba ver tras las celosías de las ventanas enrejadas, y velas o lampiones de hojalata ardían en el recodo de alguna calle, bajo una imagen de azulejos de una Concepción o un Cristo atormentado.

El contador Olmedilla, explicó Guadalmedina mientras caminábamos, era un funcionario gris, un ratón de números y archivos, con auténtico talento para su oficio. Gozaba de toda la confianza del conde duque de Olivares, a quien asistía en materia contable. Y para que nos hiciéramos idea del personaje, apuntó que, además de la investigación que llevó al patíbulo a Rodrigo Calderón, había actuado también en las causas contra los duques de Lerma y Osuna. Para colmo, cosa insólita en su oficio, se le tenía por honrado. Su única pasión conocida eran las cuatro reglas; y la meta de su vida, que las cuentas cuadraran. Toda aquella información sobre el contrabando de oro era el resultado de informes obtenidos por espías del conde duque, confirmados por varios meses de paciente investigación de Olmedilla en los despachos, covachuelas y archivos oportunos.

–Faltan sólo por averiguar los últimos detalles –concluyó el aristócrata–. La flota ya ha sido avistada, así que no queda mucho tiempo. Todo debe estar resuelto mañana, en el curso de una visita que Olmedilla hará al fletador del galeón, ese tal Garaffa, para que aclare ciertos puntos sobre el transbordo del oro al *Niklaasbergen*... Por supuesto, la visita no tiene carácter oficial, y Olmedilla carece de título o autoridad que pueda mostrar –Guadalmedina enarcó las cejas, irónico– así que es probable que el genovés se llame a sagrado.

Pasamos frente a una taberna. Había luz en la ventana, y de adentro salía música de guitarra. Se abrió la puerta, dejando escapar cantos y risas. Antes de irse a desollar la zorra, alguien vomitaba con estrépito el vino en el umbral. Entre arcada y arcada oíamos su voz enronquecida, que se acordaba de Dios, y no precisamente para rezar.

–¿Por qué no meten preso a ese Garaffa? –inquirió Alatrisme–... Una mazmorra, un escribano, un verdugo y un trato de cuerda hacen milagros. A fin de cuentas, se empeña la potestad del Rey.

–No es tan fácil. El poder en Sevilla lo disputan la Audiencia Real y el Cabildo, y el arzobispo mete mano en cuanto se mueve. Garaffa está bien relacionado por esa parte y por la de Medina Sidonia. Habría escándalo, y entretanto el oro volaría... No. Todo debe hacerse de modo discreto. Y el genovés, después de contar lo que sabe, tiene que desaparecer unos días. Vive solo con un criado, así que a nadie le importará tampoco si desaparece para siempre –hizo una pausa significativa–... Ni siquiera al Rey.

Tras decir aquello, Guadalmedina caminó un trecho en silencio. Quevedo iba a mi lado, un poco más atrás, balanceándose con su digna cojera, la mano en mi hombro como si en cierto modo pretendiera mantenerme al margen.

–En resumen, Alatrisme: tú repartes los naipes.

Yo no veía el rostro del capitán. Sólo su silueta oscura delante de mí, el sombrero y el extremo de su espada que se recortaba en los rectángulos de claridad que la luna deslizaba entre los aleros. Al cabo de un rato oí sus palabras:

–Despachar al genovés es fácil. En cuanto a lo otro...

Hizo una pausa y se detuvo. Llegamos a su altura. Tenía la cabeza inclinada, y cuando alzó el rostro los ojos claros recibieron los reflejos de la noche.

–No me gusta torturar.

Lo dijo con sencillez, sin inflexiones ni dramatismos. Un hecho objetivo comentado en voz alta. Tampoco le gustaba el vino agrio, ni el guiso con demasiada sal, ni los hombres incapaces de gobernarse por reglas, aunque éstas fuesen personales, diferentes o marginales.

Hubo un silencio, y la mano de Quevedo se apartó de mi hombro. Guadalmedina emitió una tosecilla incómoda.

–Eso no es cosa mía –dijo al cabo, con cierto embarazo–. Y tampoco me apetece saberlo. Conseguir la información necesaria es asunto de Olmedilla y tuyo... Él hace su oficio, y tú cobras por ayudarlo.

–De cualquier modo, lo del genovés es la parte fácil –apuntó Quevedo, con el tono de quien pretende mediar en algo.

–Sí –confirmó Guadalmedina–. Porque cuando Garaffa cuente los últimos detalles del negocio, aún quedará un pequeño trámite, Alatríste...

Estaba parado frente al capitán, y la incomodidad de antes había desaparecido de sus palabras. Yo no podía verle bien la cara, pero estoy seguro de que en ese momento sonreía.

–El contador Olmedilla te proporcionará recursos para que reclutes a un grupo escogido... Viejos amigos y gente así. Bravos de la hoja, para entendernos. Lo mejor de cada casa.

La cantinela de un limosnero que pedía por las ánimas con un candil en la mano sonó al extremo de la calle. «Acordaos de los difuntos», decía. «Acordaos». Guadalmedina estuvo mirando la luz hasta que se perdió en las sombras, y al fin se volvió de nuevo a mi amo.

–Después tendrás que asaltar ese maldito barco flamenco.

Llegamos así, charlando, a la parte de la muralla cercana al Arenal, junto al arquillo del Golpe; que, con su imagen de la Virgen de Atocha en la pared encalada, daba acceso a la mancebía famosa del Compás de la Laguna. Cuando las puertas de Triana y del Arenal estaban cerradas, aquel arquillo y la mancebía eran la forma cómoda de salir extramuros. Y Guadalmedina, según nos confió con medias palabras, tenía una cita importante en la taberna de la Gamarra, en Triana, al otro lado del puente de barcas que unía ambas orillas. La Gamarra estaba frontera a un convento cuyas monjas tenían fama de no serlo sino contra su voluntad. Su misa de los domingos era más frecuentada que comedia nueva: hervía de gente, con tocas y manos blancas a un lado de las rejas y galanes suspirando al otro. Y referente a eso, se decía que caballeros de la mejor sociedad –incluidos forasteros ilustres, como el Rey nuestro señor– llevaban su fervor hasta el extremo de acudir para sus devociones en horas de poca luz.

En cuanto a la mancebía del Compás, la expresión corriente *más puta que la Méndez* se debía precisamente a que una tal Méndez –cuyo nombre usó, entre otros hombres de letras, el propio Don Francisco de Quevedo en sus jácaras célebres del Escarramán– había sido pupila del sitio, que ofrecía a los viajeros y marchantes alojados en la cercana calle de Tintores y en otras posadas de la ciudad, amén de a los naturales, juego, música y mujeres de ésas de las que dijo el gran Lope:

*¿Hay locura de un mancebo  
como verle andar perdido  
tras una de éstas, que ha sido  
de mil ignorantes cebo?*

... Y que remató como nadie, muy a su estilo, el no menos grande Don Francisco:

*Puto es el hombre que de putas fía,  
y puto el que sus gustos apetece;  
puto es el estipendio que se ofrece  
en pago de su puta compañía.  
Puto es el gusto, y puta la alegría  
que el rato putaril nos encarece;  
y yo diré que es puto a quien parece  
que no sois puta vos, señora mía.*

El burdel lo regentaba un tal Garciposadas, de familia conocida en Sevilla por tener un hermano poeta en la Corte –amigo de Góngora, por cierto, y quemado aquel mismo año por sodomía con un tal Pepillo Infante, mulato, también poeta, que había sido criado del almirante de Castilla–, y otro quemado tres años atrás en Málaga por judaizante; y como no hay dos sin tres, esos antecedentes familiares le habían granjeado el apodo de Garciposadas el Tostao. Este digno sujeto desempeñaba con soltura el grave oficio de taita o padre de la mancebía, y engrasaba voluntades para el buen discurrir del negocio, procuraba que las armas se dejaran en el vestíbulo, e impedía la entrada a los menores de catorce años para no contravenir las disposiciones del corregidor. Por lo demás, el dicho Garciposadas el Tostao estaba en buenas relaciones de toma y daca con la gurullada, y con la mayor desvergüenza alguaciles y corchetes protegían su negocio; que muy en razón podía titularse con aquello de:

*Soy pícaro y retozón,  
soy mancebo y soy bellaco,  
y si me enojan, me aplaco  
con cualquier satisfacción.*

La satisfacción, por supuesto, era una bolsa bien repleta. Y en torno al sitio menudeaba la chusma germanesca, jaques de los que juraban por el alma de Escamilla, rufianes, bravos del barrio de la Heria, tratantes en vidas y mercaderes de cuchilladas, olla pintoresca que se especiaba con aristócratas perdidos, peruleros golfos, burgueses con buena bolsa, clérigos disfrazados con ropa seglar, gariteros, pagotes, soplones de alguacil, virtuosos del gatazo y prójimos de toda laya; algunos tan pícaros que olían a un forastero a tiro de arcabuz, y a menudo inmunes a una Justicia de la que, ya metidos en versos, escribió el propio Don Francisco de Quevedo:

*En Sevilla es chica y poca,  
donde firman la sentencia  
al semblante de la bolsa.*

De ese modo, protegido por la autoridad, el Compás era cada noche discurrir de gente, y fiesta profana, y vino de lo mejor y más fino, y se entraba en cuadrilla y se salía convertido en racimo de uvas. Allí se bailaba la lasciva zarabanda, se templaban lo mismo primas que terceras, y cada cual hacía su avío. En la mancebía moraban más de treinta sirenas de respigón y bolsa, todas con aposento propio, a las que el sábado por la mañana –la gente de calidad iba al Compás los sábados por la noche– visitaba un alguacil para ver no estuvieran infestadas del mal francés y dejaran al cliente echando venablos, preguntándose por qué no le daba Dios al turco o al luterano donde a él le dio. Todo eso ponía, según cuentan, fuera de sí al arzobispo; ya que, como podía leerse en un memorial de aquellos días, «*lo que más en Sevilla hay son amancebados, testigos falsos, rufianes, asesinos, logrerros... Pasan de 300 las casas de juego, y de 3.000 las ramerar*».

Pero volvamos a lo nuestro, que tampoco es ir muy lejos. El caso es que disponíase Álvaro de la Marca a decirnos adiós bajo el arquillo del Golpe, casi a la entrada de la mancebía, cuando la mala fortuna quiso que pasara por allí una ronda de corchetes y un alguacil con su vara. Como recordarán vuestras mercedes, el incidente del soldado ahorcado días atrás había roto hostilidades entre la Justicia y la soldadesca de las galeras, y unos y otros andaban buscándose las vueltas para hacer balance; de manera que ni durante el día se veía gurullada por la calle, ni de noche los soldados salían de Triana o pasaban puertas adentro a la ciudad.

–Vaya, vaya –dijo el alguacil al vernos.

Nos miramos Guadalmedina, Quevedo, el capitán y yo, con inicial desconcierto. También era mala ventura que, entre toda la gentuza que iba y venía por las sombras de la Laguna, aquel broche y sus alfileres fueran a prenderse precisamente en nosotros.

–A los señores fanfarrones les gusta tomar el fresco –añadió el alguacil, con mucha sorna.

La sorna y el talante se lo garantizaban sus cuatro hombres, que iban con espadas, rodela y caras de muy malas pulgas, que la poca luz del sitio entenebrece más. Entonces caí. A la luz del farolillo de la Virgen de Atocha, la indumentaria del capitán Alatraste y la de Guadalmedina, incluso la mía, tenían aires soldadescos. Hasta el colete de ante de Álvaro de la Marca estaba prohibido en tiempo de paz –paradójicamente, barrunto que se lo puso esa noche para escoltar al Rey–, y bastaba echarle una ojeada al capitán Alatraste para olfatear milicia a la legua. Quevedo, rápido en el juicio como siempre, vio venir el nubarrón y quiso remediarlo.

–Disimule vuestra merced –le entró con mucha cortesía al alguacil–. Pero estos hidalgos son gente de honra. Se acercaban curiosos a echar un vistazo, haciendo corro: un par de daifas de medio manto, algún jaque, un borracho con una garnacha del tamaño de un cirio pascual. El propio Garciposadas el Tostao asomó la gaita bajo el arco. Semejante concurrencia engalló al alguacil.

–¿Y quién le pide a vuestra merced que explique lo que nosotros podemos averiguar solos?

Oí chasquear la lengua a Guadalmedina, impaciente. «No se disminuyan vuacedes», animó una voz oculta entre las sombras y los curiosos. También sonaron risas. Bajo el arquillo se congregaba más gente. Unos tomaban partido por la Justicia y otros, los más, nos alentaban a una linda montería de porquerones.

–Ténganse presos en nombre del Rey.

Aquello no auguraba nada bueno. Guadalmedina y Quevedo cambiaron una mirada, y vi cómo el aristócrata terciaba la capa al hombro, descubriendo brazo y espada y aprovechando al tiempo para rebozarse el rostro.

–No es de bien nacidos sufrir este desafuero –dijo.

–Que vuestra merced lo sufra o no –expuso desabrido el alguacil–, se me da dos maravedís.



Con aquella fineza, el lance estaba servido. En cuanto a mi amo, seguía muy quieto y callado, mirando al de la vara y a los corchetes. Su perfil aquilino y el frondoso mostacho bajo las anchas alas del sombrero le daban un aspecto imponente en aquella penumbra. O al menos a mí, que lo conocía bien, así se me antojaba. Palpé el mango de mi daga de misericordia. Habría dado cualquier cosa por una espada, porque los otros eran cinco, y nosotros cuatro. Al instante rectificué, desconsolado. Con mis dos cuartas de acero sólo sumábamos tres y medio.

–Entreguen las espadas –dijo el alguacil– y hagan la merced de acompañarnos.

–Es gente principal –hizo el último intento Quevedo.

–Y yo soy el duque de Alba.

Resultaba claro que el alguacil estaba dispuesto a salirse con la suya, haciendo un quince con dos ochos. Eran sus pastos, y lo observaban sus parroquianos. Los cuatro porquerones sacaron las espadas y comenzaron a rodearnos en un semicírculo amplio.

–Si salimos bien y nadie nos identifica –susurró fríamente Guadalmedina, la voz sofocada por el embozo–, mañana habrá tierra sobre el asunto... Si no, señores, la iglesia más próxima es la de San Francisco.

Los de la gura estaban cada vez más cerca. Con sus ropajes negros, los corchetes parecían parte de las sombras. Bajo el arco, los curiosos animaban con palmas de chacota. «Dales lo suyo, Sánchez», le dijo alguien al alguacil, con mucha guasa. Sin prisas, muy seguro de sí y muy jaque, el tal Sánchez se metió la vara en el cinto, sacó la espada y empuñó en la zurda una pistola enorme.

–Cuento hasta tres –dijo, arrojándose más–. Uno...

Don Francisco de Quevedo me apartó con suavidad hacia atrás, interponiéndose entre los corchetes y yo. Guadalmedina observaba ahora el perfil del capitán Alatraste, que seguía en el mismo sitio, impassible, calculando las distancias y girando el cuerpo muy despacio para no perder la cara del corchete que estaba más cercano, sin descuidar de soslayo a los otros. Noté que Guadalmedina buscaba con los ojos al que mi amo miraba, y luego, desentendiéndose de él, iba a fijarse en otro, como si aquel trámite lo diera por resuelto.

–Dos...

Quevedo se desembarazó el herrueruelo. «No queda sino etcétera», murmuraba entre dientes mientras soltaba el fiador para arrodellarse el paño en torno al brazo izquierdo. Por su parte, Álvaro de la Marca dispuso la capa al tercio, de modo que le protegiese medio torso de las cuchilladas que iban a llover como si granizara.

Apartándome de Quevedo, me puse junto al capitán. Su mano diestra se acercaba a la cazoleta de la espada, y la izquierda rozaba el mango de la daga. Pude oír su respiración, muy recia y lenta. De pronto caí en la cuenta de que hacía varios meses, desde Breda, que no lo veía matar a un hombre.

–Tres –el alguacil alzó su pistola y volvió el rostro hacia los curiosos

–. ¡En nombre del Rey, favor a la Justicia!

No había terminado de hablar cuando Guadalmedina le disparó a bocajarro uno de sus pistoletos, tirándolo para atrás como estaba, aún vuelto el rostro, con el fogonazo. Chilló una mujer bajo el arco, y un murmullo expectante corrió entre las sombras; que ver reñir al prójimo o acuchillarse entre sí fue siempre antigua costumbre española. Y entonces, al mismo tiempo, Quevedo, Alatraste y Guadalmedina metieron mano a la blanca, en la calle relucieron siete aceros desnudos, y todo ocurrió a un ritmo endiablado: cling, clang, herreruzas echando chispas, los corchetes gritando «en nombre del Rey, ténganse en nombre del Rey», y más gritos y murmullos entre los espectadores. Y yo, que también había desenvainado mi daga, me quedé allí mirando cómo, en menos de medio avemaría, Guadalmedina le pasaba el molledo del brazo a un corchete, Quevedo marcaba a otro en la cara dejándolo contra la pared, las manos sobre la herida y sangrando cual cochino por acecinar, y Alatraste, espada en una mano y daga en la otra, manejando ambas como relámpagos, le metía dos palmos de toledana en el pecho a un tercero que decía María Santísima antes de desclavarse y caer al suelo vomitando espadañadas de sangre que parecía tinta negra.

Todo había ocurrido tan rápido que el cuarto porquerón no lo pensó dos veces y tomó las de Villadiego cuando vio a mi amo revolverse luego contra él. En ésas yo enfundé mi daga y fui sobre una de las espadas que había en el suelo, la del alguacil, alzándome con ella en el momento en que dos o tres curiosos, engañados por el inicio de la riña, se adelantaban a echar una mano a los corchetes; pero tan pronto fue resuelto todo, que los vi parar en seco apenas iniciado el ademán, mirándose unos a otros, y luego quedarse muy quietos y circunspectos observando al capitán Alatraste, Guadalmedina y Quevedo, que con las espadas desnudas se volvían dispuestos a proseguir la vendimia. Me puse junto a los míos, afirmándome en guardia; y la mano que sostenía el acero temblaba no de inquietud, sino de exaltación: habría dado mi alma por añadir una estocada propia a la reyerta. Pero a los espontáneos se les iban las ganas de terciar. Estuvieron allí con mucha prudencia, murmurando de lejos tal y cual, y aguarden vuestras mercedes que ya verán, etcétera, entre las chirigotas de los curiosos, mientras nosotros retrocedíamos sin dar la espalda y dejando el campo hecho

una carnicería: un corchete muerto de fijo, el alguacil con su pistoletazo auestas, más muerto que vivo y sin resuello ni para pedir confesión, el del brazo traspasado taponándose la herida como podía, y el de la cara picada arrodillado junto a la pared, gimiendo bajo una máscara de sangre.

–¡En las galeras del Rey darán razón! –voceó Guadalmedina con el adecuado tono desafiante, mientras hacíamos cantonada tras la primera esquina. Lo que era hábil treta, que echaría a cuenta de soldados, como el infeliz alguacil se había empeñado en sostener bien a su costa, las estocadas en que tan pródiga había sido la noche.

*Acudió la gurullada  
a las voces y al reclamo.  
Acepillé a los corchetes,  
di de cenar a los diablos.*

Por la calle de Harinas, camino de la puerta del Arenal, Don Francisco de Quevedo improvisaba versos festivos en jacarandina, buscando alegremente una taberna abierta donde remojar la palabra feriándonos con algo de lo fino. Álvaro de la Marca reía, encantado. «Buen lance» decía. «Buen lance y bien jugado, voto a tal y cual». En cuanto al capitán Alatraste, había limpiado la hoja de su toledana con un lienzo que guardó en la faltriquera, y luego de envainar caminaba en silencio, ocupado en pensamientos imposibles de penetrar. Y yo iba a su lado, orgulloso como Don Quijote, llevando en las manos la espada del alguacil.

## IV. LA MENINA DE LA REINA

Diego Alatraste aguardaba recostado en la pared, a la sombra de un zaguán de la calle del Mesón del Moro, entre macetas de geranios y albahaca. Iba sin capa, con el sombrero puesto, la espada y la daga al cinto, abierto el jubón de paño sobre una camisa bien zurcida y limpia, y ponía mucha atención en vigilar la casa del genovés Garaffa. El sitio estaba casi a las puertas de la antigua judería de Sevilla, próximo a las Descalzas y al viejo corral de comedias de Doña Elvira; y a esas horas permanecía tranquilo, con pocos transeúntes y alguna mujer que barría y regaba los portales y las plantas.

En otro tiempo, cuando servía al Rey como soldado de sus galeras, Alatraste había pisado muchas veces aquel barrio sin imaginar que más adelante, cuando regresó de Italia en el año dieciséis del siglo, iba a habitarlo una larga temporada, casi toda acogido entre jaques y gente ligera de espada en el famoso corral de los Naranjos, asilo de lo más florido de la valentía y la picaresca sevillana. Como tal vez recuerden vuestras mercedes, tras la represión contra los moriscos en Valencia el capitán había pedido licencia de su tercio para alistarse como soldado en Nápoles –«puesto a degollar infieles, al menos que puedan defenderse», fueron sus razones–, permaneciendo embarcado hasta la almogavaría naval del año quince, cuando después de asolar con cinco galeras y más de un millar de camaradas la costa turca, todos regresaron a Italia con ricos botines, y él dióse muy buena vida en Nápoles. Todo eso terminó como en la juventud suelen terminar tales cosas: una mujer, un tercero, una marca en la cara para la mujer, una estocada para el hombre, y Diego Alatraste fugitivo de Nápoles gracias a su vieja amistad con el capitán Don Alonso de Contreras, que lo metió bajo mano en una galera con destino a Sanlúcar y Sevilla. Y de ese modo, antes de pasar a Madrid, el antiguo soldado había acabado ganándose la vida como espadachín a sueldo en una ciudad que era Babilonia y semillero de todos los vicios, entre bravos y rufianes, viviendo de día acogido al sagrado del famoso patio de la Iglesia Mayor, y saliendo de noche a hacer su oficio donde un hombre de hígados con buen acero, si tenía la suerte y la destreza suficientes, podía ganarse el pan con mucha holgura. Bravos legendarios como Gonzalo Xeniz, Gayoso, Ahumada y el gran Pedro Vázquez de Escamilla, que sólo llamaban majestad al Rey de la baraja, ya se habían ido por la posta, descosidos a cuchilladas o muertos por enfermedad de sogá – que en tales trabajos, verse añudado el gáznate era achaque contagioso–. Pero en el corral de los Naranjos y en la cárcel real, que también habitó con regular frecuencia, Alatraste había conocido a muy dignos sucesores de tan históricos rufos, expertos en mojadas, tajos y chirlos, sin que él mismo, diestro en la estocada de Gayona y en muchas otras propias de su arte, quedase corto en méritos a la hora de hacerse un nombre en tan ilustre cofradía.

Recordaba todo eso ahora, con un punto de nostalgia que tal vez no era del pasado, sino de su perdida juventud; y lo hacía a poca distancia del mismo corral de comedias de Doña Elvira, donde en aquel momento de mocedad se había aficionado a las representaciones de Lope, Tirso de Molina y otros –allí vio por vez primera *El perro del hortelano* y *El vergonzoso en palacio*–, en noches que empezaban con versos y lances fingidos sobre el tablado, y terminaban de veras entre tabernas, vino, coimas complacientes, alegres compadres y cuchilladas. Aquella Sevilla peligrosa y fascinante seguía viva, y la diferencia no había que buscarla fuera, sino dentro de él mismo. El tiempo no pasa en vano, reflexionaba apoyado a la sombra del zaguán. Y los hombres envejecen también por dentro, a medida que lo hace su corazón.

–Cagüenlostia, capitán Alatraste... Qué pequeño es el mundo.

Se volvió, desconcertado, mirando al que acababa de pronunciar su nombre. Resultaba extraño ver a Sebastián Copons tan lejos de una trinchera flamenca y en el acto de pronunciar ocho palabras seguidas. Tardó unos instantes en situarlo en el presente: el viaje por mar, la reciente despedida del aragonés en Cádiz, su licencia e intención de viajar a Sevilla, camino del norte.

–Me alegro de verte, Sebastián.

Era cierto y no lo era del todo. En realidad no se alegraba de verlo allí en ese momento; y mientras ambos se agarraban por los brazos, con sobrio afecto de viejos camaradas, miró sobre el hombro del recién llegado hacia el extremo de la calle. Por suerte Copons era de confianza. Podía quitárselo de encima sin desairarlo, seguro de que entendería. A fin de cuentas, lo bueno de un verdadero amigo era que siempre te dejaba dar las cartas sin preocuparse de la baraja.

–¿Paras en Sevilla? –preguntó.

–Algo.

Copons, pequeño, enjuto y duro como de costumbre, vestía de su natural a lo soldado, con colete, tahalí, espada y botas. Bajo el sombrero, en la sien izquierda, asomaba la cicatriz de la brecha que el propio Alatraste le había vendado un año atrás, durante la batalla del molino Ruyter.

–Habrá que remojarlo, Diego.

–Después.

Copons lo observó con sorpresa y mucha atención, antes de volverse a medias para seguir la dirección de su mirada.

–Estás ocupado.

–Algo así.

Copons inspeccionó de nuevo la calle, buscando indicios de lo que entretenía a su camarada. Luego tocó maquinalmente el puño de la espada.

–¿Me necesitas? –preguntó con mucha flema.

–No, por ahora –la sonrisa afectuosa de Alatraste agolpaba arrugas curtidas en su cara–... Pero tal vez haya algo para ti, antes de que dejes Sevilla. ¿Te acomoda?

El aragonés encogió los hombros, estoico: el mismo gesto que cuando el capitán Bragado ordenaba entrar daga en mano en las caponeras o asaltar un baluarte holandés.

–¿Tú estás dentro?

–Sí. Y además hay sonante.

–Aunque no lo haya.

En ese momento Alatraste vio aparecer al contador Olmedilla por el extremo de la calle. Vestía de negro, como siempre, abotonado hasta la gola, con su sombrero de ala corta y su aire de funcionario anónimo que parecía directamente salido de un despacho de la Real Audiencia.

–Tengo que dejarte... Nos vemos en la hostería de Becerra.

Puso la mano en el hombro de su camarada, y despidiéndose sin más palabras abandonó el apostadero. Cruzó la calle con aire casual, para converger con el contador ante la casa de la esquina: un edificio de ladrillo, dos plantas y un zaguán discreto con reja que daba acceso al patio interior. Entraron juntos sin llamar y sin dirigirse la palabra; sólo una breve mirada de inteligencia. Alatraste, con una mano en el puño de la espada; Olmedilla, tan avinagrado el semblante como solía. Apareció un criado de edad que se limpiaba las manos en un delantal, el semblante inquisitivo y preocupado.

–Ténganse al Santo Oficio –dijo Olmedilla con toda la frialdad del mundo.

Se demudó el sirviente; que en casa de un genovés y en Sevilla, aquellas eran palabras de mucha trastienda. Así que no dijo esta boca es mía mientras Alatraste, sin apartar la mano del puño de su toledana, indicaba una habitación donde el otro entró como un lechal, dejándose maniatar, amordazar y cerrar con llave. Cuando Alatraste salió de nuevo al patio, Olmedilla aguardaba disimulado tras una enorme maceta con un helecho, las manos juntas y moviendo los pulgares con aire impaciente. Hubo otro silencioso intercambio de miradas, y los dos hombres cruzaron el patio hasta una puerta cerrada. Entonces Alatraste sacó la espada, abrió de golpe y entró en un gabinete espacioso, amueblado con una mesa, un armario, un brasero de cobre y algunas sillas de cuero. La luz de una ventana alta y enrejada, medio cubierta con postigos de celosía, dibujaba innumerables cuadritos de luz sobre la cabeza y los hombros de un individuo de mediana edad, más grueso que corpulento, vestido con bata de seda y pantuflas, que se había puesto de pie, sobresaltado. Esta vez el contador Olmedilla no apeló al Santo Oficio ni a ninguna otra cosa, limitándose a entrar en pos de Alatraste y echar un vistazo alrededor hasta detenerse, con satisfacción profesional, en el armario abierto y atestado de papeles.

Un gato, pensó el capitán, se habría relamido del mismo modo a la vista de una sardina a media pulgada de sus bigotes. En cuanto al dueño de la casa, la sangre parecía habersele retirado del rostro: el tal Jerónimo Garaffa estaba muy callado, la boca abierta con estupor, ambas manos todavía en la mesa donde ardía una palmatoria con vela para fundir lacre. Al levantarse había derramado medio tintero sobre el papel en el que escribía cuando aparecieron los intrusos. Tenía el pelo –lo usaba teñido– en una redecilla, y una bigotera sobre el mostacho engomado. Sostenía la pluma entre los dedos como si la hubiese olvidado allí, y miraba espantado la espada que el capitán Alatraste le apoyaba en la garganta.

–Así que no sabéis de qué os estamos hablando.

El contador Olmedilla, sentado tras la mesa como si estuviera en su propio despacho, alzó la vista de los papeles para ver cómo Jerónimo Garaffa movía angustiado la cabeza, aún con su redecilla puesta. El genovés estaba en una silla, maniatado al respaldo. Pese a que la temperatura era razonable, gruesas gotas de sudor le corrían desde el pelo, por las patillas y la cara que olía a gomas, colirios y ungüento de barbero.

–Le juro a vuestra merced...

Olmedilla interrumpió la protesta con un gesto seco de la mano, y volvió a sumirse en el estudio de los documentos que tenía delante.

Sobre la bigotera que les daba un aire grotesco de máscara en Carnaval, los ojos de Garaffa fueron a posarse en Diego Alatríste, que escuchaba en silencio, la toledana de nuevo en la vaina, cruzados los brazos y la espalda en la pared. La expresión helada de sus ojos debió de inquietarlo todavía más que la adustez de Olmedilla, pues se volvió al contador como quien escoge el menor entre dos males sin remedio. Al cabo de un largo y opresivo silencio, el contador dejó los documentos que estudiaba, se echó hacia atrás en la silla y miró al genovés con las manos juntas ante sí, haciendo girar los pulgares. Seguía pareciendo un ratón gris de covachuela, apreció Alatríste. Pero ahora su expresión era la de un ratón que acabase de hacer una mala digestión y paladeara bilis.

–Vamos a poner las cosas claras –dijo Olmedilla, muy deliberado y muy frío–... Vuestra merced sabe de qué le estoy hablando, y nosotros sabemos que lo sabe. Todo lo demás es perder el tiempo.

El genovés tenía la boca tan seca que no pudo articular palabra hasta el tercer intento.

–Juro por Cristo Nuestro Señor –aseguró con voz ronca, cuyo acento extranjero resultaba más intenso a causa del miedo– que no sé nada de ese barco flamenco.

–Cristo no tiene nada que ver con este negocio.

–Esto es un desafuero... Exijo que la Justicia...

El último intento de Garaffa por dar firmeza a su protesta se quebró en un sollozo. Bastaba verle la cara a Diego Alatríste para comprender que la Justicia a la que se refería el genovés, la que estaba sin duda acostumbrado a comprar con lindos reales de a ocho, residía demasiado lejos de aquella habitación, y no había quien le echara un galgo.

–¿Dónde fondeará el *Virgen de Regla*? –volvió a preguntar Olmedilla con mucha calma.

–No sé... Virgen Santa... No sé de qué me habláis.

El contador se rascó la nariz como quien oye llover. Miraba a Alatríste de modo significativo, y éste se dijo que era en verdad la viva estampa del funcionario de aquella España austríaca, siempre minuciosa e implacable con los desdichados. Podía haber sido perfectamente un juez, un escribano, un alguacil, un abogado; cualquiera de las sabandijas que vivían y medraban al amparo de la monarquía. Guadalmedina y Quevedo habían dicho que Olmedilla era honrado, y Alatríste lo creía. Pero en cuanto al resto de su talante y actitudes, nada había de diferente, decidió, con aquella escoria de negras urracas despiadadas y avarientas que poblaban las audiencias y las procuradurías y los juzgados de las Españas, de manera que ni en sueños halláranse Luzbeles tan soberbios, ni Cacos tan ladrones, ni Tántalos tan sedientos de honores, ni hubo nunca blasfemia de infiel que se igualara a sus textos, siempre a gusto del poderoso y nefastos para el humilde. Sanguijuelas infames en quienes faltaban la caridad y el decoro, y sobraban la intemperancia, la rapiña y el fanático celo de la hipocresía; de manera que quienes debían amparar a los pobres y a los míseros, esos precisamente los despedazaban entre sus ávidas garras. Aunque el que tenían hoy entre manos no fuera precisamente el caso. Ni pobre ni mísero, se dijo. Aunque sin duda miserable.

–En fin –concluyó Olmedilla.

Ordenaba los papeles sobre la mesa sin apartar sus ojos de Alatríste, con gesto de estar ya todo dicho, al menos por su parte. Transcurrieron así unos instantes, en los que Olmedilla y el capitán siguieron observándose en silencio. Luego éste descruzó los brazos y se apartó de la pared, acercándose a Garaffa. Cuando llegó a su lado, la expresión aterrorizada del genovés era indescriptible. Alatríste se puso frente a él, inclinándose un poco hasta mirarle los ojos con mucha intensidad y mucha fijeza. Aquel individuo y lo que representaba no movían en lo más mínimo sus reservas de piedad.

Bajo la redecilla, el pelo teñido del mercader dejaba regueros de sudor oscuro en su frente y a lo largo del cuello. Ahora, pese a los afeites y pomadas, olía agrio. A transpiración y a miedo.

–Jerónimo... –susurró Alatríste.

Al oír su nombre, pronunciado a tres pulgadas escasas de la cara, Garaffa se sobresaltó como si acabase de recibir una bofetada. El capitán, sin apartar el rostro, se mantuvo unos instantes inmóvil y callado, mirándolo desde esa distancia. Su mostacho casi rozaba la nariz del prisionero.

–He visto torturar a muchos hombres –dijo al fin, lentamente–. Los he visto con los brazos y las piernas descoyuntados por la mancuerna, delatando a sus propios hijos. He visto a renegados desollados vivos, suplicando entre alaridos que los mataran... En Valencia vi quemar los pies a infelices moriscos para que descubrieran el oro escondido, mientras oían los gritos de sus hijas de doce años forzadas por los soldados...

Se calló de pronto, como si hubiera podido seguir contando casos como aquellos indefinidamente, y fuera absurdo continuar. En cuanto al rostro de Garaffa, parecía que acabara de pasarle por encima la mano de la muerte. De pronto había dejado de sudar; como si bajo su piel, amarilla de terror, no quedase gota de líquido.

–Te aseguro que todos hablan tarde o temprano –concluyó el capitán–. O casi todos. A veces, si el verdugo es torpe, alguno muere antes... Pero tú no eres de éstos.

Todavía lo estuvo contemplando un poco más de ese modo, muy cerca, y luego se dirigió a la mesa. De pie frente a ella y vuelto de espaldas al prisionero, se remangó el puño y la manga de la camisa sobre el brazo izquierdo. Mientras lo hacía, su mirada se cruzó con la de Olmedilla, que lo observaba con atención, un poco desconcertado. Después cogió la palmatoria con la vela para fundir lacre y volvió junto al genovés. Al mostrársela, alzándola un poco, la luz de la llama arrancó reflejos verdigrises a sus ojos, de nuevo fijos en Garaffa. Parecían dos inmóviles placas de escarcha.

–Mira –dijo.

Le mostraba el antebrazo, donde una cicatriz delgada y larga subía entre el vello por la piel curtida, hasta el codo. Y luego, ante la nariz del espantado genovés, el capitán Alatraste acercó la llama de la vela a su propia carne desnuda. La llama crepitó entre olor a piel quemada, mientras apretaba las mandíbulas y el puño, y los tendones y músculos del antebrazo se endurecían como sarmientos de vid tallados en piedra. Frente a sus ojos, que seguían mirando glaucos e impasibles, los del genovés estaban desorbitados por el horror. Aquello duró un momento que pareció interminable. Después, con mucha flema, Alatraste dejó la palmatoria sobre la mesa, volvió a ponerse ante el prisionero y le mostró el brazo. Una atroz quemadura, del tamaño de un real de a ocho, enrojecía la piel abrasada en los bordes de la llaga.

–Jerónimo... –repitió.

Había acercado otra vez su cara a la del otro, y de nuevo le hablaba en voz baja, casi confidencial:

–Si esto me lo hago yo, imagina lo que soy capaz de hacerte a ti.

Un charco amarillento se extendía bajo las patas de la silla, piernas abajo del prisionero. Garaffa empezó a gemir y a estremecerse, y continuó así por un espacio muy largo. Al fin recobró el uso de la palabra, y entonces comenzó a hablar de un modo atropellado y prodigioso, torrencial, mientras el contador Olmedilla, diligente, mojaba la pluma en el tintero, tomando las notas oportunas.

Alatraste fue a la cocina en busca de manteca, sebo o aceite para ponerse en la quemadura. Cuando regresó, vendándose el antebrazo con un lienzo limpio, Olmedilla le dirigió una mirada que en individuos de otros humores equivaldría a grande y manifiesto respeto. En cuanto a Garaffa, ajeno a todo salvo a su propio terror, continuaba hablando por los codos: nombres, lugares, fechas, bancos portugueses, oro en barras. Y siguió haciéndolo durante un buen rato.

A esa misma hora yo caminaba bajo el prolongado arco que se abre al fondo del patio de banderas, en el callejón de la antigua Aljama. Y tampoco, aunque por motivos distintos a los de Jerónimo Garaffa, a mí me quedaba gota de sangre en el cuerpo. Me detuve en el sitio indicado y puse una mano en la pared porque temí que me flaqueasen las piernas. Pero al fin y al cabo mi instinto de conservación se había desarrollado en los últimos años, de modo que, pese a todo, tuve lucidez para estudiar por lo menudo el sitio, sus dos salidas y las inquietantes puertecillas que se abrían en los muros.

Rocé el mango de la daga que llevaba, como siempre, atravesada al cinto en los riñones, y luego, maquinalmente, palpé la faltriquera donde llevaba el billete que me había conducido hasta allí. Lo cierto es que era digno de cualquier lance de comedia de Tirso o de Lope:

*Si aún me tenéis afecto, es momento de averiguarlo. Me holgaré de veros a las once de la mañana, en el arco de la judería.*

El billete me había llegado a las nueve, con un mozo que pasó por la posada de la calle Tintores, donde yo aguardaba el regreso del capitán sentado en un poyete de la puerta, viendo pasar gente.

Venía sin firma, pero el nombre de su remitente estaba tan claro como las heridas profundas que se mantenían en mi corazón y en mi memoria. Juzguen vuestras mercedes los sentimientos encontrados que me venían turbando desde que recibí ese papel, y la deliciosa angustia que guiaba mis pasos. Ahorraré entrar en detalles sobre zozobras de enamorado, que me avergonzarían a mí y causarían tedio al lector. Diré tan sólo que yo entonces tenía dieciséis años y nunca había amado a una niña, o a una mujer –tampoco después amé nunca de tal modo– como en ese tiempo amaba a Angélica de Alquézar.

Es singular, pardiez. Sabía que aquel billete no podía ser sino otro episodio del peligroso juego que Angélica llevaba conmigo desde que nos habíamos conocido frente a la taberna del Turco, en Madrid. Un juego que había estado a punto de costarme la honra y la vida, y que todavía muchas veces, con el paso de los años, me haría caminar siempre al borde del abismo, por el filo mortal de la más deliciosa navaja que una mujer fue capaz de crear para el hombre que durante toda su vida, y hasta en el momento mismo de su temprana

muerte, habría de ser al tiempo su amante y su enemigo. Pero ese momento aún estaba lejos, y era el caso que allí andaba yo aquella tibia mañana de invierno, en Sevilla, con todo el vigor y la audacia de mi mocedad, acudiendo a la cita de la niña –quizá, me decía, ya no lo sea tanto– que una vez, casi tres años atrás y en la fuente del Acero, al decirle yo: «Moriría por vos», había respondido, sonriendo dulce y enigmática: «Tal vez mueras».

El arco de la Aljama estaba desierto. Dejando a la espalda la torre de la Iglesia Mayor recortada en el cielo sobre las copas de los naranjos, me interné más por él, hasta doblar el codo y asomarme al otro lado, donde el agua canturreaba en una fuente y gruesas ramas de enredadera colgaban desde las almenas de los Alcázares. Tampoco allí vi a nadie. Tal vez se trata de una burla, me dije, volviendo sobre mis pasos hasta penetrar de nuevo en la penumbra del pasadizo. Fue entonces cuando oí un ruido a mi espalda, y volví el rostro mientras llevaba la mano al puño de la daga. Una de las puertas estaba abierta, y un soldado de la guardia tudésca, fuerte y rubio, me observaba en silencio. Hizo al cabo una seña, y me acerqué con mucha prevención, recelando un mal lance. Pero el tudesco no parecía hostil. Me examinaba con curiosidad profesional, y al llegar a su altura hizo un gesto para que le entregara mi daga.

Sonreía bonachón entre las enormes patillas rubias que se le juntaban al mostacho. Luego dijo algo así como *komensi herein*, que yo –me había hartado de ver tudescos vivos y muertos en Flandes– sabía que significaba anda, pasa dentro, o algo por el estilo. No tenía elección, de modo que le entregué la daga, y crucé la puerta.

–Hola, soldado.

Quienes conozcan el retrato de Angélica de Alquézar pintado por Diego Velázquez pueden imaginarla fácilmente con sólo unos pocos años menos. La sobrina del secretario real, menina de la reina nuestra señora, tenía cumplidos ya los quince y su belleza era mucho más que una promesa. Había madurado mucho desde la última vez que la vi: su corpiño de cordones pasados con buenas guarniciones de plata y coral, a juego con el amplio brial de brocado que el guardainfante sostenía graciosamente en torno a sus caderas, dejaba adivinar formas que antes no estaban allí. Tirabuzones rubios, como no los vio el Arauco en sus minas, seguían enmarcando los ojos azules, no desmentidos por una piel tersa y blanquísima que me pareció –en el futuro supe que así era– de la textura de la seda.

–Ha pasado mucho tiempo.

Estaba tan hermosa que dolía mirarla. En la habitación de columnas moriscas, abierta a un pequeño jardín de los Reales Alcázares, el sol volvía blanco el contorno de su cabello al contraluz. Sonreía como sonrió siempre: misteriosa y sugerente, con un punto de ironía, o de maldad, en su boca perfecta.

–Mucho tiempo –pude articular por fin.

El tudesco se había retirado al jardín, por donde paseaban las tocas de una dueña. Angélica fue a sentarse en un sillón de madera labrada, y me indicó un escabel situado frente a ella. Ocupé el asiento sin saber muy bien qué hacía. Me miraba con mucha atención, las manos cruzadas sobre el regazo; bajo el ruedo de su guardapiés asomaba un fino zapato de raso, y de pronto fui consciente de mi tosco jubón sin mangas sobre la camisa remendada, mis calzas de paño burdo y mis polainas militares. Por la sangre de Cristo, maldije para mis adentros. Imaginaba lindos y pisaverdes de buena sangre y mejor bolsa, vestidos de calidad, requebrando a Angélica en fiestas y saraos de la Corte. Un escalofrío de celos me traspasó el alma.

–Espero –dijo en tono muy suave– que no me guardéis rencor.

Recordé, y no necesitaba mucho para rememorar tanta vergüenza, las cárceles de la Inquisición en Toledo, el auto de fe de la Plaza Mayor, el papel que la sobrina de Luis de Alquézar había jugado en mi desgracia. Ese pensamiento tuvo la virtud de devolverme la frialdad que tanto necesitaba.

–¿Qué queréis de mí? –pregunté.

Tardó en responder un instante más de lo necesario. Me observaba intensamente, la misma sonrisa en la boca. Parecía complacida de lo que veía ante ella.

–No quiero nada –dijo–. Tenía curiosidad por encontraros de nuevo... Os reconocí en la plaza.

Se calló un momento. Miraba mis manos, y otra vez mi rostro.

–Habéis crecido, caballero.

–También vos.

Se mordió levemente el labio inferior mientras asentía muy despacio con la cabeza. Los tirabuzones le rozaban con suavidad la piel pálida de las mejillas, y yo la adoraba.

–Habéis luchado en Flandes.

No era afirmación ni pregunta. Parecía reflexionar en voz alta.

–Creo que os amo –dijo de pronto.

Me levanté del escabel, con un respingo. Angélica ya no sonreía. Me miraba desde su asiento, alzados hacia mí sus ojos azules como el cielo, como el mar y como la vida. Que el diablo me lleve si no estaba enloquecedoramente bella.

–Cristo –murmuré.

Yo temblaba como las hojas de un árbol. Ella permaneció inmóvil, callada durante un largo rato. Al fin encogió un poco los hombros.

–Quiero que sepáis –dijo– que tenéis amigos incómodos. Como ese capitán Batiste, o Triste, o como se llame... Amigos que son enemigos de los míos... Y quiero que sepáis que eso tal vez os cueste la vida.

–Ya estuvo a punto de ocurrir –respondí.

–Y pronto ocurrirá de nuevo.

Había vuelto a sonreír del mismo modo que antes, reflexiva y enigmática.

–Esta tarde –prosiguió– hay una velada que ofrecen los duques de Medina Sidonia a los reyes... De regreso, mi carruaje se detendrá un rato en la Alameda. Hay hermosas fuentes y jardines, y el lugar es delicioso para pasear.

Arrugué el entrecejo. Aquello era demasiado bueno. Demasiado fácil.

–Un poco a deshora, me parece.

–Estamos en Sevilla. Las noches aquí son templadas.

No se me escapó la singular ironía de sus palabras. Miré hacia el patio, a la dueña que seguía por allí. Angélica interpretó mi gesto.

–Es otra distinta a la que me guardaba en la fuente del Acero... Ésta se vuelve, cuando yo quiero, muda y ciega. Y he pensado que tal vez os plazca estar hoy sobre las diez de la noche en la Alameda, Íñigo Balboa.

Me quedé estupefacto, analizándolo todo.

–Es una trampa –concluí–. Una emboscada como las otras.

–Tal vez –sostenía mi mirada, inescrutable–. De vuestro valor depende acudir o no a ella.

–El capitán... –dije, y callé de pronto. Angélica me estudió con una lucidez infernal. Era como si leyera mis pensamientos.

–Ese capitán es vuestro amigo. Sin duda tendréis que confiarle este pequeño secreto... Y ningún amigo os dejaría acudir solo a una emboscada.

Guardó un breve silencio para dejar que la idea penetrara bien en mí.

–Dicen –añadió al fin– que también él es un hombre valiente.

–¿Quién lo dice?

No respondió, limitándose a acentuar la sonrisa. Y yo terminé de comprender cuanto acababa de decirme. La certeza llegó con tan espantosa claridad que me estremecí ante el cálculo con que ella me lanzaba a la cara semejante desafío. La silueta negra de Gualterio Malatesta se interpuso con sus trazas de oscuro fantasma. Todo era obvio y terrible al mismo tiempo: la vieja pendencia ya no sólo incluía a Alatraste. Yo tenía edad suficiente para responder de las consecuencias de mis actos, sabía demasiadas cosas, y para nuestros enemigos era un adversario tan molesto como el propio capitán. Instrumento de la cita misma, diabólicamente avisado del peligro cierto, por una parte no podía ir a donde Angélica me pedía que fuera, y tampoco podía dejar de hacerlo. Aquel «habéis luchado en Flandes», que ella había dicho un momento antes, resultaba ahora una cruel ironía. Pero en última instancia el mensaje estaba dirigido al capitán. Yo no debía ocultárselo a él. Y en tal caso, o iba a prohibirme acudir esa noche a la Alameda, o no me dejaría ir solo. El cartel de desafío nos incluía a ambos, sin remedio. Todo se concretaba en elegir entre mi vergüenza o un peligro cierto. Y mi conciencia se debatía como un pez atrapado en una red. De pronto, las palabras de Gualterio Malatesta volvieron a mi memoria con siniestros significados. La honra, había dicho, es peligrosa de llevar.

–Quiero saber –dijo Angélica– si todavía seguís dispuesto a morir por mí.

La contemplé confuso, incapaz de articular palabra. Era como si su mirada se pasara con toda libertad por mi interior.

–Si no acudís –añadió–, sabré que pese a Flandes sois un cobarde... En caso contrario, ocurra lo que ocurra, quiero que recordéis lo que antes os dije.

Crujió el brocado de su falda al ponerse en pie. Ahora estaba cerca. Muy cerca.

–Y que tal vez os ame siempre.

Miró hacia el jardín por donde paseaba la dueña. Luego aún se acercó un poco más.

–Recordadlo hasta el final... Llegue cuando llegue.

–Mentís –dije.

La sangre parecía haberse retirado de golpe de mi corazón y de mis venas. Angélica siguió observándome con renovada atención durante un espacio de tiempo que pareció eterno. Y entonces hizo algo inesperado. Quiero decir que alzó una mano blanca, menuda y perfecta, y apoyó sus dedos en mis labios con la suavidad de un beso.

–Marchaos –dijo.



Dio media vuelta y salió al jardín. Y yo, fuera de mí, di unos pasos tras ella, cual si pretendiera seguirla hasta los aposentos reales y los salones mismos de la reina. Me cortó el paso el tudesco de las patillas grandes, que sonreía señalándome la puerta al tiempo que me devolvía mi daga.

Fui a sentarme en los escalones de la Lonja, junto a la Iglesia Mayor, y permanecí allí largo rato, sumido en fúnebres reflexiones. En mi interior se debatían sentimientos encontrados, y la pasión por Angélica, reavivada por tan inquietante entrevista, luchaba con la certeza de la trama siniestra que nos envolvía. Al principio pensé en callar, escabullirme de noche con cualquier excusa, y acudir a la cita solo, afrontando de ese modo mi destino, con la daga de misericordia y la toledana del alguacil –un buen acero con las marcas del espadero Juanes que guardaba envuelto en trapos viejos, escondido en la posada– como única compañía. Pero aquel iba a ser, de cualquier modo, un lance sin esperanza. La figura sombría de Malatesta se perfilaba en mi imaginación como un oscuro presagio. Frente a él, yo no tenía ninguna posibilidad. Eso, además, en el improbable caso de que el italiano, o quien fuese, acudiera a la cita solo.

Sentí deseos de llorar de rabia y de impotencia. Yo era vascongado e hidalgo, hijo del soldado Lope Balboa, muerto por su Rey y por la verdadera religión en Flandes. Mi honra y la vida del hombre al que más respetaba en el mundo estaban en el alero. También lo estaba mi propia vida; pero a tales alturas de la existencia, educado desde los doce años en el áspero mundo de la germanía y de la guerra, yo había puesto demasiadas veces mi existencia al albur de una tabla, y poseía el fatalismo de quien respira sabiendo lo fácil que es dejar de hacerlo. Demasiados se habían ido ante mis ojos por la posta entre blasfemias, llantos, oraciones o silencios, desesperados unos y resignados otros, como para que morir se me antojara algo extraordinario, o terrible. Además, yo pensaba que existía otra vida más allá de ésta, donde Dios, mi buen padre y los viejos camaradas estarían aguardándome con los brazos abiertos. En cualquier caso, con otra existencia o sin ella, había aprendido que la muerte es el acontecimiento que a hombres como el capitán Alatraste termina siempre por darles la razón.

Ésas eran mis reflexiones sentado en los escalones de la Lonja, cuando vi pasar a lo lejos al capitán en compañía del contador Olmedilla. Caminaban junto a la muralla de los Alcázares, hacia la Casa de Contratación. Mi primer impulso fue correr a su encuentro; pero me contuve, limitándome a observar la delgada figura de mi amo, que iba silencioso, las anchas alas del chapeo sobre el rostro, la espada balanceándose al costado, junto a la presencia enlutada del funcionario. Los vi perderse tras una esquina y seguí sentado donde estaba, inmóvil, los brazos en torno a las rodillas. Después de todo, concluí, la cuestión era simple. Aquella noche tocaba decidir entre hacerme matar solo, o hacerme matar junto al capitán Alatraste.

Fue el contador Olmedilla quien propuso detenerse en una taberna, y Diego Alatraste asintió no sin sorpresa. Era la primera vez que Olmedilla se mostraba locuaz, o sociable. Pararon en la taberna del Seisdedos, detrás de las Atarazanas, y descansaron en una mesa a la puerta, bajo el soportal y el toldo que protegía del sol.

Alatraste se destocó, dejando su fieltro sobre un taburete. Una moza les sirvió un cuartillo de vino de Cazalla de la Sierra y un plato de aceitunas moradas, y Olmedilla bebió con el capitán. Cierto es que apenas probó el vino, dando a su jarra sólo un breve tiento, pero antes de hacerlo miró largamente al hombre que tenía a su lado. Su ceño parecía aclararse un poco.

–Bien jugado –dijo.

El capitán estudió las facciones secas del contador, su barbita, la piel apergaminada y amarillenta que parecía contaminada por las velas con que se alumbraba en los despachos. No respondió, limitándose a llevarse el vino a los labios y beber, él sí, un largo trago que vació la jarra. Su acompañante seguía mirándolo con curiosidad.

–No me engañaron sobre vuestra merced –dijo al fin.

–Lo del genovés era fácil –repuso Alatraste, sombrío. Luego calló. He hecho otras cosas menos limpias, decía aquel silencio.

Olmedilla parecía interpretarlo de forma adecuada, porque asintió despacio, con el gesto grave de quien se hace cargo y por delicadeza no pretende ir más allá de lo dicho. En cuanto al genovés y su criado, por lo que sabía Alatraste, en ese momento se hallaban maniatados y amordazados dentro de un coche que los conducía fuera de Sevilla, con destino desconocido para el capitán –ni lo sabía ni tenía interés por averiguarlo–, con una escolta de alguaciles de aspecto patibulario que Olmedilla debía de tener prevenidos muy de antemano, pues aparecieron en la calle del Mesón del Moro como por arte de magia, acallada la curiosidad de los

vecinos con las palabras mágicas Santo Oficio, antes de esfumarse muy discretamente con sus presas en dirección a la puerta de Carmona.

Olmedilla se desabotonó el jubón y extrajo un papel doblado, con sello de lacre. Tras mantenerlo un momento en la mano, como si venciera sus últimos escrúpulos, lo puso al fin sobre la mesa, ante el capitán.

–Es una orden de pago –dijo–. Vale al portador por cincuenta doblones viejos de oro, de dos caras... Puede hacerse efectiva en casa de Don Joseph Arenzana, en la plaza de San Salvador. Nadie hará preguntas.

Alatriste miró el papel, sin tocarlo. Los doblones de dos caras eran la más codiciada moneda que podía encontrarse en ese tiempo. Habían sido batidos en oro fino hacía más de un siglo, cuando los Reyes Católicos, y nadie discutía su valor al hacerlos sonar sobre una mesa. Conocía a hombres capaces de acuchillar a su madre por una de aquellas piezas.

–Habrá seis veces esa suma –añadió Olmedilla– cuando todo haya terminado.

–Bueno es saberlo.

El contador contempló pensativo su jarra de vino. Una mosca nadaba en ella, haciendo ímprobos esfuerzos por liberarse.

–La flota llega dentro de tres días –dijo, atento a la agonía de la mosca.

–¿Cuántos hombres hacen falta?

Olmedilla señaló con un dedo manchado de tinta la orden de pago.

–Eso lo decide vuestra merced. Según el genovés, el *Niklaasbergen* lleva veintitantos marineros, capitán y piloto... Todos flamencos y holandeses, excepto el piloto. Puede que en Sanlúcar suban algunos españoles con la carga. Y sólo disponemos de una noche.

Alatriste hizo un cálculo rápido.

–Doce, o quince. Los que puedo conseguir con este oro harán de sobras el avío.

Olmedilla movió la mano, evasivo, dando a entender que el avío de Alatriste no era asunto suyo.

–Deberéis –dijo– tenerlos listos la noche anterior. El plan consiste en bajar por el río, llegando a Sanlúcar al atardecer siguiente –hundió el mentón en la golilla, como para considerar si olvidaba algo–... Yo iré también.

–¿Hasta dónde?

–Ya veremos.

El capitán lo miró sin ocultar su sorpresa.

–No será un lance de tinta y papel.

–Da lo mismo. Tengo obligación de comprobar la carga y organizar su traslado, una vez el barco esté en nuestras manos.

Ahora Alatriste disimuló una sonrisa. No imaginaba al contador entre gente de la calaña que pensaba reclutar; pero comprendía que desconfiara en negocio como aquel. Tanto oro de por medio resultaba una tentación, y era fácil que algún lingote pudiera distraerse en el camino.

–Excuso decir –apuntó el contador– que cualquier desvarío significa la horca.

–¿También para vuestra merced?

–Puede que también para mí.

Alatriste se pasó un dedo por el mostacho.

–Barrunto que vuestro salario –dijo con ironía– no incluye esa clase de sobresaltos.

–Mi salario incluye cumplir con mi obligación.

La mosca había dejado de moverse, y Olmedilla continuaba mirándola. El capitán se puso más vino en la jarra. Mientras bebía, vio que el otro levantaba de nuevo los ojos hacia él para contemplar, interesado, las dos cicatrices de su frente, y luego su brazo izquierdo, donde la manga de la camisa ocultaba la quemadura bajo el vendaje. Que por cierto, dolía como mil diablos. Al fin Olmedilla frunció otra vez el entrecejo, cual si llevara rato dándole vueltas a un pensamiento que dudaba formular en voz alta.

–Me pregunto –dijo– qué habría hecho vuestra merced si el genovés no se hubiera dejado impresionar.

Alatriste paseó la vista por la calle; el sol que reverberaba en la pared frontera le hacía entornar los ojos, acentuando su expresión inescrutable. Después miró la mosca ahogada en el vino de Olmedilla, siguió bebiendo del suyo, y no dijo nada.

## V. EL DESAFÍO

Las columnas de Hércules, altas de dos alabardas y recortadas en la claridad lunar, destacaban frente a la Alameda. Las copas de los olmos se extendían detrás hasta perderse de vista, oscureciendo la noche bajo sus enramadas. A esa hora no paseaban carruajes con damas elegantes, ni los caballeros sevillanos hacían caracolear sus caballos entre los setos, las fuentes y los estanques. Sólo se oía el sonido del agua en los caños, y a veces, en la distancia, un perro aullaba inquieto hacia la Cruz del Rodeo.

Me detuve junto a una de las gruesas columnas de piedra y escuché, contenido el aliento. Tenía la boca tan seca como si la hubiesen espolvoreado con arena, y los pulsos me latían con tal fuerza en las muñecas y las sienes, que si en ese momento hubieran abierto mi corazón, no habrían hallado dentro una gota. Observando con aprensión la Alameda, aparté el herreruelo de bayeta que llevaba sobre los hombros, para desembarazar la empuñadura de la espada metida en el cinto de cuero. Su peso, junto al de la daga, me aportaba un singular consuelo en aquella soledad. Luego fui repasando las presillas del colete de piel de búfalo que me cubría el torso. Era del capitán Alatraste, y lo había sacado con mucho sigilo aprovechando que él estaba abajo con Don Francisco de Quevedo y con Sebastián Copons, y que los tres cenaban, bebían y hablaban de Flandes. Había fingido una indisposición retirándome pronto para hacer los preparativos que tenía ingeniados tras pasar todo el día discurrendo. De ese modo me lavé bien la cara y el pelo, poniéndome una camisa limpia por si al acabar la jornada algún trozo de esa camisa terminaba dentro de mi carne. El colete del capitán me venía grande, así que colmé la diferencia colocando debajo mi viejo juboncillo de mochilero, relleno de estopa. Completé el atavío con unas remendadas calzas de gamuza que habían sobrevivido al sitio de Breda – buenas para proteger los muslos de posibles cuchilladas–, borcegués de suela de esparto, polainas y montera. No era traza aquella de galantear damas, pensé mirándome en el reflejo de una olla de cobre. Pero más vale parecer un rufián vivo que terminar siendo un lindo muerto.

Había salido con mucho tiento, el colete y la espada disimulados en el herreruelo. Sólo Don Francisco me había visto de lejos un momento, dirigiéndome una sonrisa mientras proseguía la charla con el capitán y Copons, que por suerte se hallaban de espaldas a la puerta. Una vez en la calle me adreché de modo conveniente mientras caminaba hasta la plaza de San Francisco; y de allí, esquivando las vías más transitadas, seguí lo mejor que pude las intermediaciones de la calle de las Sierpes y la del Puerco hasta desembocar en la desierta Alameda.

Aunque no tan desierta, después de todo. Una mula relinchó bajo los olmos. Busqué, sobrecogido, y cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad del bosquecillo, advertí la forma de un coche detenido junto a una de las fuentes de piedra. Anduve muy cauto, la mano en el puño de la espada, hasta percibir la amortiguada claridad de un farol tapado que iluminaba el interior del carruaje. Y paso a paso, cada vez más despacio, llegué junto al estribo.

–Buenas noches, soldado.

Aquella voz me privó de la mía e hizo que temblase la mano que apoyaba en el puño de la espada. Quizá no era una trampa, después de todo. Quizá era cierto que ella me amaba y que estaba allí, aguardándome según su promesa. Había una sombra masculina arriba, en el pescante, y otra en la trasera del coche: dos criados silenciosos velaban por la menina de la reina.

–Celebro comprobar que no sois un cobarde –susurró Angélica.

Me quité la montera. La luz del farol tapado apenas permitía distinguir los contornos en la penumbra, pero bastaba para alumbrar el tapizado interior, los reflejos de oro en sus cabellos, el raso del vestido cuando se movía en el asiento. Abandoné toda precaución. La portezuela estaba abierta, y fui a apoyarme en el estribo. Un perfume delicioso me envolvió como una caricia. Ese aroma, pensé, lo lleva ella sobre la piel, y la dicha de aspirarlo merece aventurar la vida.

–¿Venís solo?

–Sí.

Hubo un largo silencio. Cuando habló de nuevo, su tono parecía admirado.

–Sois muy estúpido –dijo– o sois muy hidalgo.

Callé. Era demasiado feliz para estropear ese momento con palabras. La penumbra permitía adivinar el reflejo de sus ojos. Seguía mirándome sin decir nada. Yo rozaba el raso de su falda.

–Dijisteis que me amabais –murmuré por fin.

Hubo otro larguísimo silencio, interrumpido por el relincho impaciente de las mulas. Oí cómo el cochero se agitaba en el pescante, serenándolas con un chasquido de las riendas. El postillón de la trasera seguía siendo un borrón inmóvil.

–¿Eso dije?

Quedó callada un instante, cual si realmente hiciera memoria de lo conversado por la mañana, en los Alcázares.

–Tal vez sea cierto –concluyó.

–Yo os amo a vos –declaré.

–¿Por eso estáis aquí?

–Sí.

Inclinaba su rostro hacia el mío. Juro por Dios que podía sentir el roce de sus cabellos en mi cara.

–En tal caso –susurró– eso merece su recompensa.

Posó una mano en mi cara con dulzura infinita, y de pronto sentí sus labios oprimir los míos. Los tuve en la boca, suaves y frescos, por un momento. Luego ella se retiró al fondo del coche.

–Es sólo un adelanto de mi deuda –dijo–. Si sois capaz de manteneros vivo, podréis reclamar el resto.

Dio una orden al cochero y éste hizo chasquear el látigo. El carruaje se puso en marcha, alejándose. Y yo me quedé estupefacto, la montera en una mano, los dedos de la otra tocando incrédulos la boca que Angélica de Alquézar había besado. El universo giraba enloquecido en torno a mi cabeza, y tardé un rato largo en recobrar la cordura. Entonces miré alrededor y vi las sombras.

Salían de la oscuridad, entre los árboles. Siete bultos oscuros, hombres embozados con capas y sombreros. Se acercaron tan despacio como si dispusieran de todo el tiempo del mundo, y yo sentí que bajo el colete de búfalo se me erizaba la piel.

–Voto a Dios, que sólo es el rapaz –dijo una voz.

Esta vez no hacía *tirurí-ta-ta*, pero reconocí en el acto su metal chirriante, ronco y roto. Provenía de la sombra más cercana, que me pareció muy alta y muy negra. Todos se habían detenido a mi alrededor, cual si no supieran qué hacer conmigo.

–Tanta red –añadió la voz– para pescar una sardina.

Aquel desdén obró la virtud de calentar mi sangre y devolverme el aplomo. El pánico que empezaba a invadirme desapareció de golpe. Tal vez aquellos embozados no sabían qué hacer con la sardina, pero ésta llevaba todo el día entre cavilaciones, preparándose por si ocurría exactamente lo que acababa de ocurrir. Cualquier desenlace, incluso el peor de ellos, había sido pesado, sopesado y asumido cien veces en mi imaginación, y yo estaba listo. Sólo me habría gustado disponer de tiempo para un acto de contricción en regla, más para eso no quedaba espacio. Así que solté el fiador del herruelo, inspiré profundamente, me persigné y saqué la espada. Lástima, pensaba entristecido, que el capitán Alatraste no pueda verme ahora. Le habría gustado saber que el hijo de su amigo Lope Balboa también sabe morir.

–Vaya –dijo Malatesta.

Su comentario se quebró en un sobresalto cuando afirmé los pies y le tiré una estocada que le pasó la capa, y no se lo llevó a él por delante a cuenta de una pulgada. Saltó atrás para esquivarme, y todavía pude largarle otra cuchillada de revés, con los filos, antes de que empuñara su espada. Salió ésta con siniestro siseo de la vaina, y vi relucir su hoja mientras el italiano tomaba distancia para darse tiempo a soltar la capa y afirmarse en guardia. Sintiendo que se me escapaba entre los dedos la última oportunidad, metí pies con decisión, cerrándole de nuevo; y a punto de perder la compostura, pero todavía dueño de mí, alcé el brazo con violencia para asestarle un golpe falso a la cabeza, pasé al otro lado, y con el mismo revés volví a donde comencé, de tajo, con tan afortunada mano que, de no llevar puesto el sombrero, mi enemigo habría despachado su alma para el infierno.

Gualterio Malatesta retrocedió dando traspiés mientras mascullaba sonoras blasfemias en italiano. Y entonces yo, cierto de que allí concluía mi ventaja, giré alrededor, la punta de la espada describiendo círculo, para dar cara a los otros que, sorprendidos al principio, habían al fin metido mano a sus herreruzas y me cercaban sin consideración ninguna. Aquello estaba visto para sentencia, tan claro como la luz del día que yo no iba a ver nunca más.

Pero no era mal modo de acabar para uno de Oñate, pensé atropelladamente mientras sacaba la daga, cubriéndome también con ella en la mano zurda. Uno contra siete.

–Para mí –los detuvo Malatesta.

Venía rehecho y firme, la espada por delante, y supe que apenas me quedaban unos instantes de vida. Así que en vez de esperarlo afirmado en guardia, que era lo impuesto por la verdadera destreza, hice como que

me retiraba, y de pronto me agaché a medias, saltando a matar como una liebre y buscándole el vientre. Cuando reparé al fin, mi acero no había perforado más que aire, Malatesta estaba inexplicablemente a mi espalda, y yo tenía una cuchillada en un hombro, en la juntura del colete, por la que asomaba la estopa del juboncillo que llevaba debajo.

–Te vas como un hombre, rapaz –dijo Malatesta.

Había cólera y también admiración en su voz; pero yo había pasado aquel punto sin retorno en que huelgan las palabras, y se me daba una higa su admiración, su cólera o su desprecio. Así que me revolví sin decir nada, como había visto hacer tantas veces al capitán Alatraste: flexionadas las piernas, la daga en una mano y la espada en la otra, reservando el aliento para la última acometida. Lo que más ayuda a bien morir, le había oído decir una vez al capitán, es saber que has hecho cuanto está en tu mano para evitarlo. Entonces, detrás de las sombras que me cercaban, sonó un pistoletazo, y el resplandor de un tiro iluminó el contorno de mis enemigos. Aún no caía uno de ellos al suelo cuando otro fogonazo alumbró la Alameda, y a su luz pude ver al capitán Alatraste, a Copons y a Don Francisco de Quevedo, que espadas en mano cerraban sobre nosotros como si salieran de las entrañas de la tierra.

Vive Cristo que fue lo que fue. La noche se volvió torbellino de cuchilladas, repicar de aceros, chispazos y gritos. Había dos cuerpos en el suelo y ocho hombres batiéndose a mi alrededor, sombras confusas que se reconocían a ratos y por la voz, y se daban estocadas entre empujones, trapiés y revuelo de capas. Afirmé mi acero en la diestra y fui sin rodeos contra el que me pareció más próximo; y en aquella confusión, con una facilidad de la que yo era el primer sorprendido, le metí muy resuelto una buena cuarta de hoja por la espalda. Clavé, desclavé, revolvióse el herido con un aullido –supe así que no era Malatesta–, y tiróme un tajo feroz que pude parar con la daga, aunque rompió las guardas de ella y me lastimó los dedos de la zurda. Fui sobre él echando atrás el brazo, la punta por delante, sentí una cuchillada en el colete, y, sin hacer reparo, trabé su hoja entre el codo y el costado para sujetarla mientras le clavaba otra vez la espada, entrándosela bien adentro esta vez, de suerte que se fue al suelo y yo con él. Alcé la daga para acabarlo allí mismo, pero ya no se movía y su garganta soltaba el estertor rauco de quien se ahoga en su propia sangre. Así que, de rodillas sobre su pecho, desclavé el acero y volví a la pelea.

Todo estaba ahora más parejo. Copons, al que conocí por su baja estatura, estrechaba a un adversario al que oí jurar de modo atroz entre tajo y tajo, y que de pronto cambió los juramentos por gemidos de dolor. Don Francisco de Quevedo cojeaba de aquí para allá entre dos adversarios que no le daban la talla, batiéndose tan bien como solía. Y el capitán Alatraste, que había buscado a Malatesta en mitad de la refriega, se enfrentaba con éste algo más lejos, junto a una de las fuentes de piedra. El espejeo de la luna en el agua recortaba sus siluetas y sus aceros, metiendo pies y rompiendo distancia, con tretas y fintas y espantosas estocadas. Observé que el italiano había dejado a un lado su locuacidad y su maldito silbido. La noche no estaba para perder resuello en gollerías.

Una sombra se interpuso. El brazo me dolía de tanto moverlo, y empezaba a acusar la fatiga. Comenzaron a llover estocadas de punta y de tajo, y retrocedí cubriéndome lo mejor que supe, que no fue malo. Mi recelo era dar con los pies en uno de los estanques que yo sabía cerca y a mi espalda, aunque siempre era más saludable un remojón que una mojada. Pero me vi desembarazado del dilema cuando Sebastián Copons, libre de su adversario, se vino sobre el mío, obligándolo a atender dos frentes a la vez. El aragonés se batía como una máquina, estrechando al otro y forzándolo a prestarle más atención que a mí. Eso me resolvió a deslizarme a su costado e intentar acuchillarlo con el siguiente golpe de Copons.

E iba a hacerlo, cuando por el hospital del Amor de Dios, más allá de las columnas de piedra, asomaron luces y voces de ténganse a fe, ténganse a la Justicia del Rey.

–¡Gurullada habemos! –masculló Quevedo entre dos estocadas.

El primero que puso pies en polvorosa fue el acosado por Copons y por mí, y en un *ite misa est* también Don Francisco se vio solo. De los contrarios quedaban tres en el suelo, y un cuarto se alejaba gimiendo dolorido, arrastrándose entre los arbustos. Fuimos hacia el capitán, y al llegar junto a la fuente lo vimos inmóvil, el acero todavía en la mano, mirando las sombras por donde se había desvanecido Gualterio Malatesta.

–Vámonos –dijo Quevedo.

Las luces y las voces de los alguaciles estaban cada vez más cerca. Seguían apellidando al Rey y a la Justicia; pero venían sin prisas, recelando de malos encuentros.

–¿E Íñigo? –preguntó el capitán, aún vuelto hacia donde había huido su enemigo.

–Íñigo está bien.

Fue entonces cuando Alatraste se giró a mirarme. Creí advertir sus ojos fijos en mí con el tenue resplandor de la luna.

–Nunca más hagas eso –dijo.

Juré que nunca más lo haría. Luego recogimos nuestros sombreros y capas, y echamos a correr bajo los olmos.

Han pasado muchos años desde entonces. Con el tiempo, cada vez que vuelvo a Sevilla encamino mis pasos a aquella Alameda –que permanece casi igual a como la conocí–, y allí me dejo, una y otra vez, envolver por los recuerdos. Hay lugares que marcan la geografía de la vida de un hombre; y ése fue uno de ellos, como lo fueron el portillo de las Ánimas, las cárceles de Toledo, las llanuras de Breda o los campos de Rocroi. Entre todos, la Alameda de Hércules ocupa un lugar especial. Sin advertirlo, yo había cuajado en Flandes; pero no lo supe hasta aquella noche, en Sevilla, cuando me vi solo frente al italiano y sus esbirros, empuñando una espada. Angélica de Alquézar y Gualterio Malatesta, sin proponérselo, me hicieron la merced de que tomara conciencia de eso. Y de tal modo aprendí que es fácil batirse cuando están cerca los camaradas, o cuando te observan los ojos de la mujer a la que amas, dándote vigor y coraje. Lo difícil es pelear solo en la oscuridad, sin más testigo que tu honra y tu conciencia. Sin premio y sin esperanza.

Ha sido un largo camino, pardiez. Todos los personajes de esta historia, el capitán, Quevedo, Gualterio Malatesta, Angélica de Alquézar, murieron hace mucho; y sólo en estas páginas puedo hacerlos vivir de nuevo, recobrándolos tal y como fueron. Sus sombras, entrañables unas y destestadas otras, permanecen intactas en mi memoria, con aquella época bronca, violenta y fascinante que para mí será siempre la España de mi mocedad, y la España del capitán Alatraste. Ahora tengo el pelo gris, y una memoria tan agridulce como lo es toda memoria lúcida, y comparto el singular cansancio que todos ellos parecían arrastrar consigo. Con el paso de los años también yo aprendí que la lucidez se paga con la desesperanza, y que la vida del español fue siempre un lento camino hacia ninguna parte. Recorriendo mi espacio de ese camino perdí muchas cosas, y gané algunas otras. Ahora, en este viaje que para mí sigue siendo interminable –a veces rozo la sospecha de que Íñigo Balboa no morirá nunca–, poseo la resignación de los recuerdos y los silencios. Y al fin comprendo por qué todos los héroes que admiré en aquel tiempo eran héroes cansados.

Apenas dormí esa noche. Tumbado en mi jergón, oía la respiración pausada del capitán mientras veía la luna ocultarse en un ángulo de la ventana abierta. La frente me ardía como si tuviera cuartanas, y el sudor empapaba las sábanas alrededor de mi cuerpo. De la mancebía cercana llegaba a veces una risa de mujer o las notas sueltas de una guitarra.

Destemplado, incapaz de conciliar el sueño, me levanté descalzo y fui hasta la ventana, acodándome en el alféizar. La luna daba a los tejados una apariencia irreal, y la ropa tendida en las terrazas pendía inmóvil como blancos sudarios. Naturalmente, pensaba en Angélica.

No oí al capitán Alatraste hasta que estuvo a mi lado. Iba en camisa, descalzo como yo. Se quedó también mirando la noche sin decir nada, y observé de soslayo su nariz aguilina, los ojos claros absortos en la extraña luz de afuera, el frondoso mostacho que acentuaba su perfil formidable de soldado.

–Ella es fiel a los suyos –dijo al fin.

Ese *ella* en su boca me hizo estremecer. Luego asentí sin decir palabra. Con mis pocos años, habría discutido cualquier concepto sobre el particular, pero no aquel, tan inesperado. Yo podía comprender eso.

–Es natural –añadió.

No supe si se refería a Angélica o a mis propios y encontrados sentimientos. De pronto sentí una desazón que me subía por el pecho. Una extraña congoja.

–La amo –murmuré.

Tuve una intensa vergüenza apenas lo dije. Pero el capitán ni se burló de mí, ni hizo comentarios ociosos. Permanecía inmóvil, contemplando la noche.

–Todos amamos alguna vez –dijo–. O varias veces.

–¿Varias?

Mi pregunta pareció cogerlo a contrapié. Calló un momento, cual si considerase que era su obligación añadir algo más, pero no supiera muy bien qué. Carraspeó. Lo notaba moverse cerca, incómodo.

–Un día deja de ocurrir –añadió al fin–. Eso es todo.

–Yo la amaré siempre.

El capitán tardó un instante en responder.

–Claro –dijo.

Se quedó un rato callado y luego lo repitió en voz muy baja:

–Claro.

Sentí que alzaba la mano para ponérmela en el hombro, del mismo modo que había ocurrido en Flandes el día que Sebastián Copons degolló al holandés herido tras el combate del molino Ruyter. Pero esta vez dejó sin acabar el gesto.

–Tu padre...

También dejó esa frase en el aire, sin concluirla. Tal vez, pensé, buscaba decirme que a Lope Balboa, su amigo, le habría gustado verme aquella noche espada y daga en mano, solo frente a siete hombres, con dieciséis años apenas cumplidos. O escuchar a su hijo diciendo que estaba enamorado de una mujer.

–Estuviste bien antes, en la Alameda.

Me sonrojé de orgullo. En boca del capitán Alatraste, aquellas palabras valían el rescate de un genovés. El cubríos de un Rey.

–Sabía que era una trampa –dije.

Por nada del mundo estaba dispuesto a que creyera que había ido a meterme en la celada como un mochilero pardillo. El capitán movió la cabeza, tranquilizándome.

–Sé que lo sabías. Y sé que la trampa no era para ti.

–Angélica de Alquézar –dije, con cuanta firmeza pude– sólo es asunto mío.

Ahora se quedó callado mucho rato. Yo miraba por la ventana, el aire obstinado, y el capitán me observaba en silencio.

–Claro –volvió a decir al fin.

Las escenas recientes de aquella jornada se agolpaban en mi cabeza. Me toqué la boca, donde ella había apoyado sus labios. Podrás cobrar el resto de la deuda, había dicho. Si sobrevives. Luego palidecí al recordar las siete sombras saliendo de la oscuridad, bajo los árboles. Aún me dolía el hombro de la cuchillada que habían parado el coleteo del capitán y mi juboncillo de estopa.

–Algún día –murmuré, casi pensando en voz alta– mataré a Gualterio Malatesta.

Oí reír a mi lado al capitán. No había burla de por medio, ni desdén por mi arrogancia de mozo. Era una risa contenida, en voz baja. Afectuosa y suave.

–Es posible –dijo–. Pero antes debo intentar matarlo yo.

Al día siguiente plantamos nuestra bandera imaginaria y empezamos la recluta. Lo hicimos sin enseñas ni redoble de cajas ni sargentos, sino con la mayor discreción del mundo. Y para el tipo de gente que el lance requería, Sevilla era lugar que ni pintado. Si hacemos cuenta que del hombre el primer padre fue ladrón, la primera madre mentirosa y el primer hijo asesino –¿qué hay ahora que antes no hubo?–, todo ello se confirmaba en aquella ciudad rica y turbulenta, donde de los diez mandamientos, el que no se quebrantaba era hendido a cuchilladas. Allí, en tabernas, mancebías y garitos, en el corral de los Naranjos de la Iglesia Mayor y en la misma cárcel real, que era con justo título capital del hampa de las Españas, abundaban los tratantes en pescuezos y mercaderes de estocadas; lo que resultaba cosa natural en una urbe poblada de gentilhombres de fortuna, hidalgos de rapiña y caballeros que vivían del milagro sin cuidado de abril ni recelo de mayo, profesos en la regla de Monipodio, donde jueces y alguaciles se acallaban con mordaza de plata. Un aula magna, en fin, de los mayores bellacos que Dios crió, llena de iglesias para acogerse en sagrado, donde se mataba al fiado por un ochavo, por una mujer o por una palabra.

*Quien vio a Gonzalo Xeniz,  
y a Gayoso y a Ahumada,  
hendedores de personas  
y pautadores de caras...*

La cuestión era que en una Sevilla de aquella España donde todo se llevaba con fieros y poca vergüenza, entre tanto matarife profeso no pocos lo eran de boquilla, de esos mancebos de la carda que menudeaban en juramentos de valentía, y entre brindis y brindis despachaban de parola a veinte o treinta a caballo; voceadores de hombres que no mataron y de guerras donde no sirvieron, que alardeaban de liquidar lo mismo al natural que de cuchillada o de tajo, pavoneándose con sombreros injertos de guardasol, coletos de ante, zambos de piernas, mirar negro, barbas de gancho y bigotazos como gavilanes de daga, pero que a la hora de la verdad no eran capaces de afufar entre veinte a un corchete metido en uvas, y se derrotaban en el potro a la primera vuelta de cordel. De manera que resultaba preciso conocer el paño, como lo conocía el capitán Alatraste, para no dejarse encandilar por la flor de tanta sota de espadas.

Así empezó la leva fiado en su buen ojo, por las tabernas del barrio de La Heria y de Triana, a la busca de viejos conocidos con pronta mano y poca lengua, bravos de verdad y no de entremés de comedia; de esos

que mataban sin dar tiempo a confesión, para que no terciase soplo a la Justicia. Y que, puestos a las ansias del digan cuántos, apretados por el verdugo, daban por fiadores su garganta o sus espaldas, tornábanse mudos salvo para decir nones o Iglesia me llamo, y no daban información ni para recibir un hábito de Calatrava:

*Maestro era de esgrima Alonso Fierro,  
de espada y daga y diestro a maravilla;  
rebanaba pescuezos en Sevilla  
tarifando a doblón por cada entierro.*

Precisamente en lo de llamarse a iglesia, o antana, para quedar a salvo de la Justicia, Sevilla contaba con el más famoso refugio del mundo en el corral de los Naranjos de la catedral, cuyo renombre y utilidad quedan meridianos con aquello otro de:

*Salí de Córdoba huyendo,  
llegué a Sevilla cansado.  
Híceme allí jardinero  
del corral de los Naranjos.*

Era el patio de la Iglesia Mayor el de la antigua mezquita árabe, del mismo modo que la torre de la Giralda correspondía al antiguo minarete de los moros. Espacioso y ameno por su fuente central y los naranjos que lo poblaban y le daban nombre, el famoso corral se abría por su puerta principal al embaldosado de mármol que, cerrado con cadenas, se alzaba en gradas alrededor del templo, y que durante el día era lugar de paseo para la vida ociosa y malandrina, y mentidero de la ciudad al modo de las gradas de San Felipe de Madrid. El corral, por su carácter de recinto sagrado, era lugar elegido como asilo por rufianes, valentones y malhechores retraídos de la Justicia, que allí hacían vida libre campando a sus anchas, visitados por sus coimas y camaradas tanto de día como de noche, y no aventurándose por la ciudad los más reclamados sino en cuadrilla numerosa, de manera que ni los mismos alguaciles osaban hacerles frente. El lugar fue descrito por las plumas mejor cortadas de las letras españolas, desde el gran Don Miguel de Cervantes al mismo Don Francisco de Quevedo; así que excuso abundar en la materia. No hay novela de pícaros, relación de soldado ni jácara que no mencione Sevilla y el corral de los Naranjos.

Sólo traten de imaginar vuestras mercedes el ambiente que se barajaba en ese lugar legendario, tan próximo a las Alcaicerías y a la Lonja, con los retraídos, y el mundo del hampa que allí se amontonaba como chinches en costura.

Acompañé al capitán en su recluta, y nos llegamos al corral de día y con buena luz, cuando era fácil reconocer las caras. En las gradas de la entrada principal latía el pulso de aquella Sevilla variopinta y a ratos feroz. A esa hora las gradas hormigueaban de ociosos, mercaderes de baratillo, paseantes, pícaros, tapadas de medio ojo, niñas del agarro encubiertas con vieja y pajecillo, murciadores diestros en la presa, mendigos y oficiales de la hoja. Entre la gente, un ciego vendía pliegos de cordel voceando la relación de la muerte de Escamilla:

*Era el bravo Escamilla  
prez y honra de Sevilla...*

Media docena de valentones congregados bajo el arco de la puerta principal asentían aprobadores al oír los turbulentos detalles sobre el legendario matachín, nata de la jácara local. Pasamos junto a ellos al entrar al patio, y no se me escapó la mirada curiosa que el grupo dirigió al capitán Alatrisme. En el interior, la sombra de los naranjos y la amena fuente cobijaban a una treintena de prójimos calcados a los de la puerta. Era aquella lonja de aceros donde se descartaban hombres de palabra y se daban pólizas de vida al quitar.

Allí, el que menos estaba retraído por abrirle a alguien una zanja de a palmo en la cara, o por aliviar almas de su corrupta materia.

Cargaban más hierro que un espadero toledano, y todo eran coletos de cordobán, botas vueltas y sombreros de mucha falda, bigotazos y andares zambos. Por lo demás parecía campamento de gitanos, con fuegucillos para calentar pucheros, mantas por el suelo, hatillos, esteras donde dormitaban algunos, y un par de tablas de juego, una de naipes y otra de Juan Tarafe, donde varios menudeaban de un jarro mientras se jugaban hasta el alma que ya tenían empeñada al diablo cuando los destetaron. Algunos rufos se hallaban en estrecha conversación con sus hembras, jóvenes unas y otras no tanto, pero todas cortadas por el patrón del medio



manto, carihartas y gananciosas que allí daban razón de los reales ganados con tantos trabajos por las esquinas sevillanas.

Alatraste se detuvo junto a la fuente y echó un vistazo. Yo estaba tras él, fascinado por cuanto veía. Una daifa de aire bravo, con el manto terciado al hombro como para acuchillar, lo saludó de buen mozo con desenfado y desvergüenza; y al oírla, dos jaques que tiraban los dados en una de las tablas se levantaron despacio, mirándonos atravesados. Vestían de natural a lo valentón, con cuellos muy abiertos de valona, medias de color y tahalís de un palmo de ancho con descomunales herreruzas. El más joven llevaba un pistolete en lugar de daga y una rodela de corcho colgada de la pretina.

–¿En qué podemos servir a vuacé? –preguntó uno.

El capitán los encaraba muy tranquilo, los pulgares en el cinto, el sombrero arriscado sobre la cara.

–Vuestras mercedes, en nada –dijo–. Busco a un amigo.

–A lo mejor lo conocemos –dijo el otro jaque.

–Puede –repuso el capitán, y dio una ojeada en torno.

Los dos fulanos se miraron el uno al otro. Un tercero que rondaba cerca se aproximó, curioso. Observé de reojo al capitán, pero lo vi muy frío y muy sereno. Aquel era también su mundo, a fin de cuentas. Tocaba la cuerda como el que más.

–A lo mejor vuacé desea... –empezó a decir uno.

Sin hacerle más caso, Alatraste siguió adelante. Le fui detrás sin perder de vista a los rufos, que cuchicheaban en voz baja decidiendo si aquello era desaire, y si como tal convenía darle o no a mi amo unas pocas puñaladas por la espalda. No debieron ponerse de acuerdo, pues así quedó la cosa. El capitán miraba ahora hacia un grupo sentado a la sombra junto al muro, donde tres hombres y dos mujeres parecían en animada conversación echándole tientos a una bota de cuero de por lo menos dos arrobas. Entonces vi que sonreía.

Se acercó al grupo, y fui con él. Según nos veían llegar fueron cesando los otros en su conversación, el aire receloso. Uno de los bravos era muy moreno de tez y pelo, con enormes patillas que le llegaban hasta las quijadas. Tenía un par de marcas en la cara que no eran precisamente de nacimiento, y manos gordas de uñas negras y remachadas. Vestía de mucho cuero, con una espada ancha y corta a modo de las del perrillo, y adornaba sus gregüescos de lienzo basto con unos insólitos lazos verdes y amarillos. Se quedó mirando a mi amo según éste llegaba, sentado como estaba, a la mitad de unas palabras.

–Que me cuelguen en la ele de palo –dijo al fin, boquiabierto–si no es el capitán Alatraste.

–Lo que me extraña, señor Don Juan Jaqueta, es que no os hayan colgado todavía.

El bravo soltó dos blasfemias y una carcajada y se puso en pie sacudiéndose los calzones.

–¿De dónde sale vuesa merced? –preguntó, estrechando la mano que el capitán le tendía.

–De por ahí.

–¿También andáis retraído?

–De visita.

–Por la sangre de Cristo, que me huelgo de veros.

Requirió alegremente el tal Jaqueta el cuero de vino a sus compadres, corrió éste como era debido, e incluso yo caté mi parte. Tras cambiar recuerdos de amigos comunes y algún lance compartido –supe así que el bravonel había sido soldado en Nápoles, y no de los malos, y que el propio Alatraste había estado acogido en ese mismo corral tiempo atrás–, nos alejamos un poco aparte. Sin rodeos, el capitán le dijo al otro que había un asunto para él. De lo suyo y con oro por delante.

–¿Aquí?

–En Sanlúcar.

Desolado, el bravo hizo un gesto de impotencia.

–Si fuera algo fácil y de noche, no hay problema –explicó–. Pero no puedo pasearme mucho, porque hace una semana le di una hurgonada a un mercader, cuñado de un canónigo de la catedral, y tengo a la gura encima.

–Eso puede arreglarse.

Jaqueta miró a mi amo con mucha atención.

–Rediós. Ni que tuvieseis bula del arzobispo.

–Tengo algo mejor –el capitán se palpó el jubón–. Un documento que me autoriza a reclutar amigos poniéndolos en salvo de la Justicia.

–¿Así, por las buenas?

–Como os lo cuento.

–No os va mal, por lo que veo –la atención del jaque se había trocado en respeto–... El negocio es de mover las manos, imagino.

–Imagináis bien.

–¿Vuesa merced y yo?

–Y algunos más.

El bravo se rascaba las patillas. Dirigió una ojeada hacia el corro de sus compadres y bajó la voz.

–¿Hay pecunia?

–Mucha.

–¿Con señal?

–Cinco piezas de a dos caras.

Silbó el otro entre dientes, admirado.

–Vive Dios que me acomoda; porque los precios de nuestro oficio, señor capitán, están por los suelos... Ayer mismo vino a verme alguien que pretendía una mojada al querido de su legítima por sólo treinta ducados...

¿Qué os parece?

–Una vergüenza.

–Y que lo digáis –el valentón se contoneaba, el puño en la cadera, muy puesto en bravo–. Así que le respondí que por esa tarifa lo más que cuadraba era un tajo de diez puntos en la cara, o como mucho de doce... Discutimos, no hubo arreglo, y a pique estuve de darle el hurgón al cliente, pero gratis.

Alatraste miraba alrededor.

–Para lo nuestro necesito gente de fiar... No matachines de pastel, sino espadas de las buenas. Poco amigos de cantarle coplas a un escribano.

Jaqueta movió afirmativo la cabeza, el aire entendido.

–¿Cuántos?

–Me cuadra la docena larga.

–Negocio grande, parece.

–No pretenderá vuestra merced que busque semejante jábega de marrajos para acuchillar a una vieja.

–Me hago cargo... ¿Hay mucho riesgo?

–Razonable.

El bravo arrugaba la frente, pensativo.

–Aquí casi todo es carroña –dijo–. La mayor parte sólo vale para desorejar mancos o darle cintarazos a sus hembras cuanto traen cuatro reales menos de jornal –señaló con disimulo a uno de su grupo–... Ése de ahí nos puede valer. Se llama Sangonera y también fue soldado. Crudo, con buena mano y mejores pies... También conozco a un mulato que está acogido en San Salvador: un tal Campuzano, fuerte y muy discreto, al que hace seis meses quisieron colocarle una muerte, que por cierto era suya y de algún otro, y aguantó cuatro tratos de cuerda como un hidalgo, porque es de los que saben que cualquier desliz de la lengua lo paga la gorja.

–Sabia prudencia –apuntó Alatraste.

–Además –prosiguió Jaqueta, filosófico–, las mismas letras tiene un no que un sí.

–Las mismas.

Alatraste miró al del corrillo sentado junto al muro. Reflexionaba.

–Valga por el tal Sangonera –dijo al cabo– si vuestra merced lo avala y a mí me convence su conversación...

También le echaré un ojo al mulato, pero necesito más gente.

Jaqueta puso cara de hacer memoria.

–Hay algunos buenos camaradas más por Sevilla, como Ginesillo el Lindo o Guzmán Ramírez, que son gente de mucho cuajo... De Ginesillo os acordaréis seguro, porque despachó a un corchete que lo llamó puto en público hará cosa de diez o quince años, estando aquí vuesa merced.

–Me acuerdo del Lindo –confirmó Alatraste.

–Pues recordaréis también que se comió tres ansias sin pestañear ni dar el bramo.

–Es raro que aún no lo hayan asado, como suelen.

Jaqueta se echó a reír.

–Amén de mudo se ha vuelto muy peligroso, y no hay zarza con hígados para ponerle la mano encima... No sé dónde vive, pero seguro que estará velando esta noche a Nicasio Ganzúa en la cárcel real.

–No conozco al dicho Ganzúa.

En pocas palabras, Jaqueta puso al capitán al corriente. Ganzúa era uno de los más famosos bravos de Sevilla, terror de porquerones y lustre de tabernas, garitos y mancebías. Yendo por una calle estrecha, el coche del conde de Niebla lo había salpicado de barro. El conde iba con sus criados y con unos amigos jóvenes como él, hubo trabazón de palabras, metióse mano a las temerarias, Ganzúa despachó por la posta a un criado y a un amigo, y el de Niebla se había librado de milagro con una cuchillada en el muslo. Hubo tercio de alguaciles y corchetes, y en la instrucción, aunque Ganzúa no dijo esta boca es mía, alguien choteó

un par de asuntillos más que tenía pendientes, incluido otro par de muertes y un sonado robo de alhajas en la calle Platería. Resumiendo: a Ganzúa le daban garrote al día siguiente en la plaza de San Francisco.

–Habría ido de perlas para nuestro negocio –se lamentó Jaqueta–, pero lo de mañana es cosa hecha. Ganzúa está en capilla, y esta noche lo acompañarán los camaradas para echar tajada y aliviarle el trance, como se acostumbra en tales casos. El Lindo y Ramírez le son muy afectos, así que podréis encontrarlos allí, sin duda.

–Iré a la cárcel –dijo Alatraste.

–Entonces salud a Ganzúa de mi parte. Los deudos están para las ocasiones, y yo iría a velarlo con mucho gusto de no verme en tales trabajos –Jaqueta me examinó con mucho detenimiento–... ¿Quién es el mozo?

–Un amigo.

–Algo tierno parece –el bravo seguía estudiándome curioso, sin que le pasara inadvertida la vizcaína que yo llevaba atravesada al cinto–. ¿También anda en esto?

–A ratos.

–Bonita vaciadora, la que carga.

–Pues ahí donde lo veis, sabe usarla.

–Pronto empieza el perillán.

Prosiguió sin más novedad la conversación, de modo que todo quedó ajustado para el día siguiente, con la promesa de Alatraste de que la Justicia sería avisada y Jaqueta podría salir del corral muy a salvo. Nos despedimos así, empleando el resto de la jornada en proseguir la recluta, que nos llevó a La Heria y a Triana, y después a San Salvador, donde el mulato Campuzano –un negrazo enorme con una espada que parecía un alfanje– resultó del agrado del capitán.

De ese modo, al atardecer, mi amo contaba ya con media docena de buenas firmas en su bandera: Jaqueta, Sangonera, el mulato, un murciano muy peludo y muy recomendado por la jaca al que decían Pencho Bullas, y dos antiguos soldados de galeras conocidos por Enríquez el Zurdo y Andresito el de los Cincuenta: este último llamado así porque una vez le habían tejido un jubón de azotes que encajó con mucho cuajo; y a la semana el sargento que recetó el rebenque fue visto muy lindamente degollado en la puerta de la Carne, sin que nadie pudiera nunca probar –suponerlo era otra cosa– quién le había tajado la gorja.

Faltaban otros tantos pares de manos; y para completar nuestra singular y bien herrada compañía, Diego Alatraste decidió acudir aquella misma noche a la vela del bravo Ganzúa, en la cárcel real.

Pero eso lo contaré por lo menudo, pues aseguro a vuestras mercedes que la cárcel de Sevilla merece capítulo aparte.

## VI. LA CÁRCEL REAL

Esa noche acudimos al velatorio de Nicasio Ganzúa. Pero antes dediqué un rato a cierto asunto personal que me traía alterados los pulsos. En realidad apenas saqué nada en limpio de ello; pero sirvió, al menos, para entretener mi desazón por el papel que Angélica de Alquézar había jugado en el episodio de la Alameda. Lleváronme así mis pasos a rondar de nuevo los Alcázares, cuyos muros recorrí de parte a parte sin olvidar el arco de la judería y la puerta del palacio, donde estuve un rato entre los curiosos, de centinela. Esa vez no se encargaba de la vigilancia la guardia amarilla, sino la de arqueros borgoñones, con sus vistosos uniformes ajedrezados en rojo y sus picas cortas; de modo que me tranquilizó comprobar que el sargento gordo no andaba por allí, y que íbamos a tener la fiesta en paz. La plaza frente a palacio bullía de gente, pues sus majestades los reyes iban a asistir a un rosario solemne en la Iglesia Mayor, y luego recibirían a una representación de la ciudad de Jerez. Lo de Jerez tiene su miga, y no estará de más acotar a vuestras mercedes que por esos días, igual que lo había hecho Galicia, los notables jerezanos pretendían comprar con dinero una representación en las Cortes de la Corona, a fin de no seguir sujetos a la influencia de Sevilla. En aquella España austríaca convertida en patio de mercaderes, lo de comprar plaza en las Cortes era trato muy al uso –también la ciudad de Palencia, entre otras, andaba en esos afanes–, y la cantidad ofrecida por los de Jerez ascendía a la respetable suma de 85.000 ducados, que irían a parar a las arcas del Rey. El trato no siguió adelante porque Sevilla contraatacó sobornando al Consejo de Hacienda, y el dictamen final fue que se aceptaba la solicitud si el dinero no salía de las contribuciones de los ciudadanos, sino del peculio particular de los veinticuatro magistrados municipales que pretendían el escaño. Pero lo de rascarse el propio bolsillo era ya harina de otro costal, así que la corporación jerezana terminó por retirar la solicitud. Todo ello explica bien el papel que las Cortes tuvieron en esa época, la sumisión de las de Castilla y la actitud de las otras; que, fueros y privilegios locales aparte, sólo eran tomadas en cuenta a la hora de pedirles que votaran nuevos impuestos o subsidios para la hacienda real, la guerra o los gastos generales de una monarquía que el conde duque de Olivares soñaba unitaria y poderosa. A diferencia de Francia o Inglaterra, donde los reyes habían triturado el poder de los señores feudales y pactado con los intereses de mercaderes y comerciantes –ni la zorra bermeja de Isabel I ni el gabacho Richelieu anduvieron allí con paños calientes–, en España los nobles y los poderosos se dividían en dos grupos: los que acataban de modo manso, y casi abyecto, la autoridad real, mayormente castellanos arruinados que no gozaban de otro valimiento que el del Rey, y los de la periferia, escudados en fueros locales y antiguos privilegios, que ponían el grito en el cielo cuando les pedían que sufragasen gastos o armasen ejércitos. Eso sin contar que la Iglesia iba a su aire. De modo que la mayor parte de la actividad política consistía en un tira y afloja con el dinero como fondo; y todas las crisis que más tarde habíamos de vivir bajo el cuarto Felipe, las conjuraciones de Medina Sidonia en Andalucía y la del duque de Híjar en Aragón, la secesión de Portugal y la guerra de Cataluña, estuvieron motivadas, de una parte, por la rapacidad de la hacienda real; y de la otra, por la resistencia de los nobles, los eclesiásticos y los grandes comerciantes locales a aflojar la mosca. Precisamente la visita realizada por el Rey a Sevilla el año veinticuatro, y la que ahora llevaba a cabo, no tenían otro objeto que anular la oposición local a votar nuevos impuestos. En aquella desventurada España no existía más obsesión que la del dinero, y de ahí la importancia de la carrera de Indias.

En cuanto a lo que la justicia y la decencia tenían que ver en todo esto, baste señalar que dos o tres años antes las Cortes habían rechazado un impuesto de lujo que gravaba especialmente los cargos, mercedes, juro y censos. Es decir, a los ricos. De manera que se hacía triste verdad aquello que el embajador Contarini, veneciano, escribía en la época: *«La mayor guerra que se les puede hacer a los españoles es dejarlos consumir y acabarse con su mal gobierno»*.

Volviendo a mis afanes. El caso es que por allí anduve aquella tarde, como decía, y al cabo mi tesón se vio recompensado, aunque sólo en parte, pues terminaron por abrirse las puertas, la guardia borgoñona formó un pasillo de honor, y los reyes en persona, acompañados por nobles y autoridades sevillanas, recorrieron a pie la poca distancia que los separaba de la catedral. Me fue imposible asistir en primera fila, pero entre las cabezas de la muchedumbre que aclamaba a sus majestades pude presenciar su paso solemne. La reina

Isabel, joven y bellísima, saludaba con graciosos movimientos de cabeza. A veces sonreía, con aquel peculiar encanto francés que no siempre encajó en la rígida etiqueta de la Corte.

Vestía a la española, de raso azul acuchillado con fondo de tela de plata y bordado en oro de canutillo, rosario de oro y librito de oraciones de nácar en las manos, y una hermosa mantilla blanca de encaje orlado de perlas sobre el peinado y los hombros. Le daba el brazo, galante en su misma juventud, el Rey Don Felipe Cuarto, rubio, pálido, hierático e impenetrable como solía. Iba vestido de rico terciopelo gris argentado, con valona corta de Flandes, un agnusdei de oro y diamantes al cuello, espada dorada y sombrero con plumas blancas. Contrastaba con la simpatía y la amable sonrisa de la reina el aire solemne de su augusto esposo, sujeto siempre al grave protocolo borgoñón que había traído de Flandes el emperador Carlos; de manera que, salvo al caminar, no movía nunca pie, mano ni cabeza, siempre mirando hacia arriba como si no tuviera que dar cuentas sino a Dios. Nadie le había visto antes, ni lo vería jamás, perder su flema extraordinaria en público ni en privado. Y yo mismo –aunque no podía ni soñarlo aquella tarde–, a quien más adelante la vida puso en trance de servirlo y escoltarlo en momentos difíciles para él y para España, puedo asegurar que siempre mantuvo aquella imperturbable sangre fría que terminó haciéndose legendaria. No era un Rey antipático, sin embargo; nos salió muy aficionado a la poesía, las comedias y los esparcimientos literarios, las artes y los usos caballerescos. Tenía valor personal, aunque nunca pisó un campo de batalla salvo muy de lejos y más adelante, cuando la guerra de Cataluña; pero en la caza, que era su pasión, corría riesgos más que razonables, y llegó a matar jabalís en solitario. Era consumado jinete; y una vez, como ya conté a vuestras mercedes, ganó la admiración popular despachando a un toro en la Plaza Mayor de Madrid con certero arcabuzazo. Sus puntos flacos fueron una cierta debilidad de carácter que lo llevó a dejar en manos del conde duque de Olivares los negocios de la monarquía, y la afición desmedida a las mujeres; que en alguna ocasión –como contaré en un próximo episodio– estuvo a punto de costarle la vida. Por lo demás, nunca tuvo la grandeza ni la energía de su bisabuelo el emperador, ni la tenaz inteligencia de su abuelo el segundo Felipe; pero, aunque se divirtió siempre más de lo debido, ajeno al clamor del pueblo hambriento, al disgusto de los territorios y reinos mal gobernados, a la fragmentación del imperio que heredó y a la ruina militar y marítima, justo es decir que su bondadosa índole nunca despertó odios personales, y hasta el final fue amado por el pueblo, que atribuía la mayor parte de las desdichas a sus validos, ministros y consejeros, en aquella España demasiado extensa, con demasiados enemigos, tan sujeta a la vil condición humana, que no habría sido capaz de conservarla intacta ni el propio Cristo redivivo.

Pude ver en el cortejo al conde duque de Olivares, imponente en su apariencia física y en el poder omnímodo que se traslucía en cada uno de sus gestos y miradas; y también al joven hijo del duque de Medina Sidonia, el conde de Niebla, que muy elegante y con la flor de la nobleza sevillana acompañaba a sus majestades. Contaba a la sazón el de Niebla veintipocos años, muy lejos todavía del tiempo en que, ya noveno duque de su casa, perseguido por la enemistad y la envidia de Olivares y harto de la rapacidad real sobre sus prósperos estados –revalorizados por el papel de Sanlúcar de Barrameda en la carrera de Indias–, cayó en la tentación pactando con Portugal el intento de secesión de Andalucía de la corona de España, en la famosa conspiración que terminó siendo causa de su deshonor, su ruina y su desgracia. Venía tras él gran séquito de damas y caballeros, incluidas las azafatas de la reina. Y al mirar entre ellas sentí un vuelco en el corazón, porque Angélica de Alquézar estaba allí. Vestía hermosísima, de terciopelo amarillo con pasaduras de oro, y sostenía con gracia el ruedo de la falda realzada por el amplio guardainfante. Bajo su mantilla, de encaje finísimo, relucían al sol de la tarde aquellos tirabuzones dorados que sólo unas horas antes habían rozado mi rostro. Fuera de mí, intenté abrirme paso entre la gente, acercándome a ella; pero me impidió ir más allá la ancha espalda de un guardia borgoñón. Angélica cruzó así a pocos pasos, sin verme. Busqué sus ojos azules, pero éstos se alejaron sin leer el reproche y el desdén y el amor y la locura que se agitaban en mi cabeza.

Pero cambiemos de registro, pues prometí contar a vuestras mercedes la visita a la cárcel real y el velatorio de Nicasio Ganzúa. Era el tal Ganzúa bravo notorio del barrio de La Heria, flor de la antana y primoroso ejemplar de la jacaranda sevillana, muy apreciado entre los de su oficio. Al día siguiente iban a sacarlo con tambores destemplados y una cruz delante para entorpecerle el resuello con esparto; de manera que a su última cena acudía lo más ilustre de la cofradía de la hoja, y lo hacía con la gravedad, la resignación profesional y la cara de circunstancias que el caso reclamaba. A tan singular modo de despedir al camarada se le llamaba, en jerga germanesca, echar tajada. Y era trámite habitual, pues el que más y el que menos sabía que el oficio de valentía y el andar en trabajos, como se llamaba entonces a buscarse la vida con un acero o de mala manera, solía terminar rascando golfos en galeras, bien estiradas las palmas en el pescuezo de un remo bajo el látigo del cómitre, o en el más solvente mal de sogas o enfermedad de cordel, muy contagioso entre la gente de la carda.

*Los años todo lo mascan,  
poco duran los valientes,  
mucho el verdugo los gasta.*

Había una docena de vozarrones aguardentosos cantando aquello por lo bajini cuando, a hora de prima modorra, un alguacil al que Alatraste había engrasado las manos y el ánimo con uno de a ocho nos condujo hasta la enfermería, que era donde solía ponerse a los presos en capilla. El resto de la cárcel, las tres puertas famosas, las rejas, los corredores y el pintoresco ambiente que en ella se vivía fue contado ya por mejores péñolas que la mía, y a Don Miguel de Cervantes, a Mateo Alemán o a Cristóbal de Chaves puede acudir el curioso. Yo me limitaré a referir lo que vi en nuestra visita, a esa hora en que ya se habían cerrado las puertas, y los presos que gozaban del favor del alcaide o de los carceleros para salir y entrar del talego como Pedro por su casa se hallaban puntuales en sus calabozos, salvo los privilegiados de posición o dinero, que dormían donde les salía de la bolsa. Todas las mujeres, coimas y familiares de presos habían abandonado también el recinto, y las cuatro tabernas y bodegones –vino del alcaide y agua del bodegonero– de que gozaba la parroquia carcelaria estaban cerrados hasta el día siguiente, lo mismo que las tablas de juego del patio y los puestos de comida y verdura. En resumen, aquella España en pequeño que era la prisión real sevillana se había ido a dormir, con sus chinches en las paredes y sus pulgas en las mantas incluso en los mejores calabozos, que los presos con posibles alquilaban por seis reales al mes al sotalcaide, quien había comprado su cargo por cuatrocientos ducados al alcaide, tan bellaco como el que más, que a su vez se enriquecía con sobornos y contrabandos de todo jaez. También allí, como en el resto de la nación, todo se compraba y se vendía, y era más desahogado gozar de dinero que de justicia. Con lo que se confirmaba muy en su punto el viejo refrán español de a qué pasar hambre, si es de noche y hay higueras.

De camino al velatorio habíamos tenido un encuentro inesperado. Acabábamos de dejar atrás el pasillo de la reja grande y la cárcel de mujeres, que quedaba al entrar a mano izquierda, y junto al rancho donde paraban los que iban rematados a galeras, unos parroquianos de conversación tras los barrotes se asomaron a mirarnos. Había un hachón encendido en la pared, que iluminaba aquella parte del corredor, y a su luz uno de los de adentro reconoció a mi amo.

–O estoy ciego de uvas –dijo– o es el capitán Alatraste.

Nos paramos ante la reja. El fulano era un jayán muy grande, con unas cejas tan negras y espesas que parecían una. Vestía una camisa sucia y calzones de paño basto.

–Pardiez, Cagafuego –dijo el capitán–. ¿Qué hace vuestra merced en Sevilla?

El grandullón sonreía de oreja a oreja con una boca enorme, encantado con la sorpresa. En lugar de los incisivos de arriba tenía un agujero negro.

–Pues ya puede verlo voacé. Camino de gurapas, me tienen. Hay por delante seis años vareando peces en el charco.

–La última vez os vi retraído en San Ginés.

–Eso fue hace mucho –Bartolo Cagafuego encogía los hombros, con resignación profesional–. Ya sabe voacé lo que es la vida.

–¿Qué se come esta vez vuestra merced?

–Me como lo mío y lo de otros. Dicen que desvalijé aquí con los camaradas –al oírse mentar, los camaradas sonrieron feroces desde el fondo de la celda– unos cuantos mesones de la Cava Baja y unos cuantos viajeros en la venta de Bubillos, cerca del puerto de la Fuenfría...

–¿Y?

–Y nada. Que faltó sonante para templar al escribano, me pusieron clavijas y cuerdas sin ser guitarra, y aquí me tiene voacé. Preparando el espinazo.

–¿Cuándo llegasteis?

–Hace seis días. Un lindo paseo de setenta y cinco leguas, voto a Dios. Engrilletado en recua y a pinrel, cercado de guardias y pasando frío... En Adamuz quisimos abrimos aprovechando que llovía a espuestas, pero la zarzamora nos madrugó, y aquí nos trajo. Nos bajan el lunes al Puerto de Santa María.

–Lo siento.

–No lo sienta uced, señor capitán. Yo no soy hombre de cotufas, y éstos son gajes de la carda. Podría haber sido peor, porque a algún que otro camarada le cambiaron las gurapas por las minas de azogue de Almadén, que eso ya es el finibusterre. Y de ahí salen pocos.

–¿Puedo ayudaros en algo?

Cagafuego bajó la voz.

–Si tuviera voacé algún sonante que le sobrara, le quedaría muy reconocido. Aquí un servidor y los amigos no tenemos con qué socorrernos.

Alatraste sacó la bolsa y puso en las manazas del jayán cuatro escudos de plata.

–¿Cómo anda Blasa Pizorra?

–Murió, la pobre –Cagafuego se guardaba discretamente los treinta y dos reales, mirando de reojo a sus compañeros–. La recogieron enferma en el hospital de Atocha. Llena de bubas y sin pelo, que daba lástima verla, a la pobreta.

–¿Os dejó algo?

–Alivio. Por su oficio tenía el mal francés, y no me lo contagió de milagro.

–Acompañó a vuestra merced en el sentimiento.

–Se agradece.

Alatraste sonrió a medias.

–A lo mejor –dijo– sale el naipe bueno, y vuestra galera la capturan los turcos, y os place renegar, e igual termináis en Constantinopla dueño de un harén...

–No diga uced eso –el jayán parecía de veras ofendido–. Que una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa. Y ni el Rey ni Cristo tienen la culpa de que me vea como ahora me veo.

–Tenéis razón, Cagafuego. Os deseo suerte.

–Y yo a voacé, capitán Alatraste.

Se quedó apoyado en las rejas, mirándonos ir corredor adelante. Cantaban, como dije antes, las voces de los valentones en la enfermería, entre notas de guitarra que algún preso de los calabozos próximos acompañaba con repicar de cuchillos en los barrotes, música de cañas rotas o alguna palma suelta. La sala del velatorio tenía un par de bancos y un altarcillo con un Cristo y una vela, y en el centro se le había instalado para la ocasión una mesa con candelas de sebo encima y varios taburetes, ocupados en ese momento, como los bancos, por un muestrario bien granado de lo que la jacaranda local daba de sí. Habían ido llegando desde el anochecer y seguían haciéndolo, serios, con cara de circunstancias, capas fajadas por los lomos, coletos viejos, jubonazos de estopa más agujereados que la Méndez, sombreros con las faldillas altas por delante, bigotazos a lo cuerno, cicatrices, parches, corazones con el nombre de sus coimas y otras marcas tatuadas con cardenillo en la mano o en el brazo, barbas turcas, medallas de vírgenes y santos, rosarios de cuentas negras al cuello y herrerías completas como guarnición de dagas y espadas, con cuchillos jiferos de cachas amarillas en las cañas de polainas y botas. Aquella peligrosa jáega de marrajos menudeaba en los jarros de vino dispuestos sobre la mesa con aceitunas gordales, alcaparras, queso de Flandes y tajadas de tocino frito; se apellidaban unos a otros de uced, vuacé, señor compadre y señor camarada, y pronunciaban las haches y las ges y las jotas muy a lo jácaro, diciendo gerida, aliherarse, jumo, mohar, harro y ajogarse. Se brindaba por el alma de Escamilla, por la de Escarramán y por la de Nicasio Ganzúa, esta última allí presente y todavía dentro de su pescuezo. También se brindaba por la honra del jaque en capilla –«A vuestra honra, señor camarada», decían los bravos–, y cada vez todos los presentes se llevaban muy serios los vasos a la boca para hacer la razón; que no se viera igual en un velorio de Vizcaya ni en una boda flamenca. Y me maravillaba, en aquello de la mentada honra de Ganzúa, al verlos beber, que fuera tanta.

*El que quisiere triunfar  
con esta baraja  
salga de oros  
que salir siempre de espadas  
es de locos.*

Seguían los cantos y el sorbo y la conversación, y seguían llegando compadres del velado. Era el tal Ganzúa mocetón que frisaba la cuarentena como el filo de una daga frisa el esmeril: cetrino, peligroso, ancho de manos y de cara, con un mostacho de a cuarta cuyas feroces puntas engomadas se le alzaban casi hasta los ojos.

Para la ocasión se había aderezado de rúa y domingo: jubón de paño morado con algún remiendo, mangas acuchilladas, calzones de lienzo verde, zapatos de paseo y cinto de cuatro pulgadas con hebilla de plata, que era un primor verlo tan puesto y grave, en buena compañía, asistido y animado por sus cofrades, todos con el sombrero encajado como los grandes de España, dándole tientos al vino del que habían caído ya varios azumbres y aguardaban otros tantos, que no faltaba porque –al no ser de confianza el que vendía el alcaide–, habían mandado traer muchas jarras y limetas de una taberna de la calle Cordoneros. En cuanto a Ganzúa, no parecía tomarse muy a pecho la cita de la mañana siguiente, y hacía su papel con hígados, solemnidad y decencia.

–Morir es un trámite, señores –repetía de vez en cuando, con mucho cuajo.

El capitán Alatraste, que entendía bien de la tecla, fue a presentarse a Ganzúa y la compañía con mucha política, transmitiendo saludos de Juan Jaqueta, a quien su situación en el corral de los Naranjos, dijo, impedía darse el gusto de acompañar esa noche al camarada. Le correspondió con la misma cortesía el escaramán, invitándonos a tomar asiento entre la concurrencia, lo que hizo Alatraste tras saludar a algunos conocidos que allí pastaban. Ginesillo el Lindo, un atildado jaque rubio de mirada afable y sonrisa peligrosa, que llevaba el pelo a la milanesa, largo y sedoso hasta los hombros, lo acogió con mucha amistad, holgándose de verlo bueno y por Sevilla. Como todos sabían, el tal Ginesillo era ahembrado –quiero decir con poca afición al acto venéreo–; pero en cuestión de hígados no tenía que envidiar a nadie, y resultaba tan peligroso como un alacrán doctorado en esgrima. Otros de su misma condición no tenían tanta suerte, eran detenidos por la Justicia al menor pretexto, y tratados por todos, hasta por los demás presos de las cárceles, con una crueldad extrema que sólo concluía en la leña del quemadero. Que en aquella España tan a menudo hipócrita y ruin, podía uno yacer con su hermana, con sus hijas o con su abuela, y nada pasaba; pero el pecado nefando aparejaba la hoguera. Matar, robar, corromper, sobornar, no era grave. Lo otro, sí. Como lo era blasfemar, o la herejía.

El caso es que ocupé un taburete, caté la jarra, comí unas alcaparras y estuve atento a la conversación, y a las graves razones que unos y otros aportaban a modo de consuelo o de ánimo a Nicasio Ganzúa. Más matan los médicos que el verdugo, dijo alguien. Un compadre apuntó que, a pleito malo, por amiga la lima sorda, es decir el escribano. Otro, que morir era enojoso pero inevitable incluso para los duques y para los papas. El de más allá maldecía de la casta de los abogados, cuya ralea no se viera, afirmaba, ni entre turcos o luteranos. Dénos Dios favor de juez, decía otro, y al menguado que la quisiere, justicia. Y el de más allá lamentaba sentencia como aquélla, que privaba al mundo de tan ilustre punto de la germanía.

–Pesadumbre me da –dijo un preso que también acompañaba al velado– que no esté firmada mi sentencia, que la espero de un día para otro... Y malhaya el diablo que no me llegue hoy mismo, porque con gusto acompañaría mañana a voacé.

Todos encontraron muy en sazón de buen camarada el apunte, alabando lo oportuno y haciendo ver a Ganzúa lo apreciado que era de sus amigos y lo muy honrados que estaban de hacerle corro en el trance, como se lo harían al día siguiente, los que pudieran pasear sin recaudo de alguaciles, en la plaza de San Francisco. Que hoy por uno y mañana por todos, y a bravo que padece, amigos le quedan.

–Bien hace uced de encarar el trago con las mismas asaduras con que encaró la vida –opinó un cariacuchillado de guedejas tan grasientas como el cuello de su valona, al que llamaban el Bravo de los Galeones y era fino bellaco, tinto en lana, y de Chipiona.

–Por el siglo de mi abuelo, que gran verdad es ésa –repuso Ganzúa, sereno–. Que ninguno me la hizo que no me la pagase. Y si alguno queda, el día de la resurrección de la carne, cuando yo pise de nuevo tierra, darécela a él hasta el ánima.

Asintieron solemnes los germanes, que así hablaban los hidalgos, y todos sabían que en el trance del día siguiente no había de volver el rostro ni predicar; que para algo era muchísimo hombre y vástago de Sevilla, resultaba público que La Hería no paría cobardes, y otros antes que él gustaron sin ascos aquella conserva.

Con acento lusitano argumentó otro, como consuelo, que al menos era la justicia real, o como quien dice el Rey en persona, quien sacaba del mundo a Ganzúa, y no un cualquiera. Que en tan ilustre bravo fuera deshonor verse despachado por un Don nadie. Esta última filosofía resultó muy celebrada por la concurrencia, y el propio interesado se atusó el bigote, complacido por tan justa consideración del asunto. El concepto correspondía a un valentón con colete hasta las rodillas, escurrido de carnes y de pelo, que era cano, abundante y rizado en torno a un respetable cráneo tostado por el sol. Había sido teólogo en Coimbra, se contaba, hasta que un mal lance púsolo en el camino de la jacarandina. Todos lo tenían por hombre de leyes y letras amén de toledana, era conocido como Saramago el Portugués, tenía el aire hidalgo y mesurado, y se decía de él que despachaba almas por necesidad, ahorrando como un hebreo para imprimir, a su costa, un interminable poema épico en el que trabajaba desde hacía veinte años, contando cómo la península Ibérica se separaba de Europa y quedaba flotando a la deriva como una balsa en el océano, tripulada por ciegos. O algo así.

–Sólo lo siento por mi Maripizca –dijo Ganzúa, entre vino y vino.

Maripizca la Aliviosa era la coima del jaque, a la que su ejecución dejaba sola en el mundo, a juicio del velado. Había estado a visitarlo por la tarde con mucho grito y alboroto: a ver la luz de mis ojos y el sentenciado de mi alma, etcétera, desmayándose cada cinco pasos en los brazos de veinte bergantes camaradas del reo; y según se contaba en tierno coloquio póstumo, Ganzúa le había encomendado el alma, es decir unas misas –confesarse no lo hacía un bravo ni camino del patíbulo, por tener a poca honra berrearle a Dios lo que no soltaba en el potro– y concertarse de obra o dineros con el verdugo para que al día siguiente



todo fuera honorable y bien llevado, y él no diera mala estampa luego de verse con la canal maestra anudada en San Francisco, donde iba a estar mucho conocido mirando. Habíase despedido al fin la cantonera con mucho garbo, encareciendo los hígados de su jayán, y con un «tan sano y tan gallardo le quiero ver en el otro mundo, valeroso». Era la Aliviosa, dijo Ganzúa a sus contertulios, mujer buena y diligente trabajadora, muy limpia en aseo y en ganancias, a la que sólo había que sacudirle la estera de vez en cuando, y no era menester encarecerla más por ser bien conocida de los presentes, de toda Sevilla y de media España. Y en cuanto a la marca de navaja de la cara, precisó, eso era algo que no la afeaba demasiado y que tampoco debía tenerse muy en cuenta, porque el día que se la hizo, Ganzúa andaba cargado delantero con oloroso de Sanlúcar. Y además, pardiez, también las parejas solían tener sus más y sus menos sin que eso fuese otra cosa que lo corriente. Amén que un jiferazo a tiempo en la cara también era saludable muestra de cariño; y la prueba era que a él mismo se le arrasaban de lágrimas los ojos cada vez que se veía en la obligación de molerla a palos. Encima, la Aliviosa había demostrado ser piadosa mujer y fiel hembra socorriéndolo en la cárcel con buenos dineros ganados con unos trabajos que iban en descuento de sus pecados, si es que pecado era velar por que nada faltase al hombre de sus entretelas. Y no había que decir más. Emocionóse un poco, aunque a lo viril, en ese punto el rufo; sorbióse los mocos disimulando dignamente con otro tiento al jarro, y terciaron varias voces tranquilizándolo. Esté sosegado voacé, que nadie le dará pesadumbre y de mi cuenta corre, dijo uno. O de la mía, apuntó otro. Para eso están los camaradas, sugirió un tercero. Templado por dejarla en tan buenas manos, seguía menudeando del jarro Ganzúa mientras Ginesillo el Lindo acompañaba con seguidillas el recuerdo de la coima.

–En cuanto al fuelle de mi fragua –dijo en ésas Ganzúa–, tampoco digo a vuacedes más.

Otro coro de protestas acogió sus palabras. Por descontado que el soplón que había puesto al señor Ganzúa en tan mal trance sería aligerado de su resuello en la primera ocasión; que eso y mucho más debían al reo sus amigos. Amén que el peor delito entre la gente profesa en germanía era alargar lengua sobre los camaradas; que todo jaque de hígados, incluso aunque mediase ofensa o daño, tenía a infamia delatar ante la Justicia, y prefería callar y vengarse.

–A ser posible, y si no es mucha molestia, despachen también al corchete Mojarrilla, que me puso mano con muy malos modos y poca consideración.

Podía contar Ganzúa con ello, lo tranquilizaron los jaques. Pese a diez y a Dios que Mojarrilla podía irse dando por sacramentado.

–Tampoco estaría de más –se acordó el rufián tras pensar un rato– saludar de mi parte al platero.

Quedó incluido el platero en la relación. Y ya puestos, se convino que si al día siguiente el verdugo no resultaba lo bastante bien templado por la Aliviosa y se propasaba al hacer su oficio, no dándole las vueltas del garrote con la limpieza y decoro requeridos, también tocaría su astilla en el reparto. Que una cosa era ajusticiar –y cada cual a fin de cuentas hacía su oficio–, y otra muy distinta, de traidores y ahembrados, no guardarle las formas a un hombre de honra, etcétera. Hubo un sinfín de razones más sobre la materia, de modo que Ganzúa quedó muy satisfecho y confortado.

Al cabo miró a Alatríste, con gratitud para quien de tal modo le hacía buena compañía.

–No tengo el gusto de conocer a vuacé.

–Algunos de estos señores sí me conocen –respondió el capitán en su mismo tono–. Y me huelga mucho acompañar a vuestra merced en nombre de los amigos que no pueden hacerlo.

–No se diga más –Ganzúa me observaba, amable, tras sus enormes bigotazos–. ¿Os acompaña el mozo?

El capitán dijo que sí, y yo asentí a mi vez, con un saludo de cabeza que me salió muy cortés y motivó gestos de aprobación de los asistentes; que nadie aprecia tanto la modestia y la buena crianza en los jóvenes como la gente de la carda.

–Buena planta tiene –dijo el jaque–. Que tarde mucho en verse en éstas.

–Amén –rubricó Alatríste.

Terció Saramago el Portugués para alabar mi presencia allí. Que es edificante para la mocedad, dijo arrastrando mucho las eses con su acento lusitano, ver cómo se despiden de este mundo la gente de hígados y de honra, y más en estos tiempos cuitados en que todo son desvergüenza y malas costumbres. Pues dejando aparte la fortuna de nacer en Portugal –que no estaba al alcance de todos, por desgracia– nada instruía tanto como ver bien morir, tratar a hombres sabios, conocer tierras y la lección continua de buenos libros.

–Así –concluyó, poético– con Virgilio dirá el rapaciño *Arma virumque cano*, y *Plus quam civilia campos* con Lucano.

Hubo luego prolija parla y buen menudeo del jarro. Antojósele en ésas un rentoy a Ganzúa, a modo de últimas manos con los camaradas; y Guzmán Ramírez, un jaque silencioso y de cara sombría, extrajo una grasienta desencuadrada del jubón y la puso en la mesa. Diéronse hojas del libro real, jugaron unos ocho,

miraron otros y bebimos todos. Echábanse dineros y, fuese por suerte o porque los camaradas le daban cuartel, Ganzúa fue teniendo buenas rachas.

–Seis granos juego, y va mi vida.

–Alce vuacé por la mano.

–Yo la doy.

–Matantes tengo.

–Pues a mí, que las vendo.

En ésas andaban cuando oyéronse pasos en el corredor, y entraron, negros como cuervos, el escribano de la Justicia, el alcaide con alguaciles y el capellán de la cárcel para leer la última sentencia.

Y salvo que Ginesillo el Lindo dejó de tocar la guitarra, nadie hizo ademán de apercebirse, ni el reo principal mudó el semblante; sino que más bien siguieron todos menudeando alpiste, cada uno con sus tres cartas en la mano y atentos a la muestra, que era el dos de oros. Se aclaró la garganta el escribano y leyó que por justicia del Rey a tantos de tantos y por tal y cual, denegada la apelación, el llamado Nicasio Ganzúa sería ejecutado mañana, etcétera. Oíalo recitar el mentado sin inmutarse, atento a sus naipes, y sólo cuando acabó de leerse la sentencia despegó los labios para mirar al compañero de juego y hacer un gesto con las cejas.

–Envido –dijo.

Siguió el juego como si tal cosa. Saramago el Portugués jugó una sota de bastos, otro camarada jugó un Rey, y otro un as de copas.

–La puta de oros –anunció uno al que llamaban el Rojo Carmona, poniendo su sota en la mesa.

–Malilla –dijo otro, jugándola.

Ganzúa estaba de mucha suerte aquella noche, porque dijo tener borrego, que ganaba a la malilla, y lo probó con hechos tirando el cuatro de oros sobre la mesa con una sola mano y el otro brazo en jarra, apoyada la mano sobre la cadera con mucho garbo.

Y sólo entonces, mientras recogía las monedas juntándolas en su montón, levantó la vista al escribano.

–¿Podría vuacé repetirme lo último, que no estaba muy atento?

Picóse el escribano, diciendo que las cosas sólo se leían una vez, y que allá Ganzúa si apagaba candela sin enterarse muy bien de qué trataba el negocio.

–A un hombre de mis hígados –repondió el reo con mucha flema–, que nunca derrotó más que para comulgar, y eso de mozo, y luego ha tenido quinientos desafíos, dado otros tantos antuviones y reñido mil veces en ayunas, los pormenores se le dan lo que a vuacé un pastel de a cuatro... Lo que quiero saber es si hay esparto, o no.

–Lo hay. A las ocho en punto.

–¿Y quién firma esa sentencia?

–El juez Fonseca.

Miró el reo a sus compañeros de modo significativo, y le respondió un círculo de guiños y mudos asentimientos. A ser posible, el soplón, el corchete y el platero no iban a hacer el viaje solos.

–Bien puede el mentado juez –dijo Ganzúa al escribano, el aire filosófico– darme sentencia como lo que es, y quitarme la vida con ella... Pero que él sea tan honrado que salga a reñir conmigo espada en mano, y veremos quién le quita la vida a quién.

Hubo más asentimientos solemnes en el corro de jaques. Aquello estaba muy puesto en razón y era el Evangelio. El escribano se encogió de hombros. El fraile, un agustino de aire manso y uñas sucias, se acercó a Ganzúa.

–¿Quieres confesión?

El reo lo observó mientras barajaba los naipes.

–No querrá su paternidad que lo que no bramé en las primeras ansias vaya a pregonarlo en la postrera.

–Me refería a tu alma.

El rufo se tocó el rosario y las medallas que llevaba al cuello.

–De mi alma me ocupo yo –dijo con mucha pausa–. Ya tendré mañana en el otro barrio unas palabras con quien sea menester.

Los marrajos del corro movieron cabezas, aprobando las palabras del bravo. Algunos habían conocido a Gonzalo Barba, un famoso valentón que al iniciar confesión con ocho muertos de un golpe y escandalizarse el cura, que era joven y chapetón, levantóse diciendo: «Comenzaba yo por lo menudillo, y ya pone ascos... Si de los primeros ocho hace tamaño espanto, ni yo soy para su reverencia ni su reverencia es para mí»... Y al insistirle el sacerdote, remató:

«Quédese con Dios, padre, que anteayer lo hicieron cura, y ya quiere confesar a un hombre que ha matado a medio mundo».

El caso es que tornáronse a barajar los naipes mientras el agustino y los otros se dirigían a la puerta. Y cuando estaban a medio camino, Ganzúa recordó algo y los llamó.

–Una cosa, señor escribano. El mes pasado, cuando le anudaron el gznate a mi compadre Lucas Ortega, uno de los escalones del patíbulo estaba flojo, y Lucas estuvo a punto de caerse cuando subía... A mí me da lo mismo, pero háganme la merced de componerlo para quien venga después, porque no todos tienen mi cuajo.

–Tomo nota –lo tranquilizó el escribano.

–Pues no digo más.

Retiráronse los de la Justicia y el fraile, y prosiguieron el rentoy y el vino mientras Ginesillo el Lindo volvía a tañer su guitarra:

*Mató a su padre y su madre  
y a su hermanito mayor,  
dos hermanas que tenía  
puso al oficio trotón.  
Y en Sevilla, al árbol seco  
le anudaron el tragar  
porque le afufó la vida  
a unos cuantos nada más.*

Caían los naipes sobre la mesa, a la luz grasienta de las candelas de sebo. Bebían y jugaban los valientes, solemnes, velando al camarada con mucho pardiez, a fe mía y yo lo digo.

–No ha sido una mala vida –dijo de pronto el jaque, pensativo–. Perra, pero no mala.

Por la ventana llegaron las campanadas cercanas de San Salvador. Respetuoso, Ginesillo el Lindo cesó en la canción y la música. Todos, incluido Ganzúa, se descubrieron, interrumpiendo el juego para persignarse en silencio. Era la hora de las Ánimas.

El día siguiente amaneció con un cielo como para que lo pintara Diego Velázquez, y en la plaza de San Francisco Nicasio Ganzúa subió al patíbulo con mucha flema. Acudí a verlo con Alatraste y algunos compañeros de la noche, con tiempo para coger sitio, porque la plaza estaba de bote en bote desde la embocadura de Sierpes a las Gradas, con gente agolpada alrededor del tablado y en los balcones, y se decía que hasta en una ventana con celosías de la Audiencia estaban los reyes mirando. En todo caso, allí había lo mismo gente del pueblo que personas principales; y los sitios mejores, alquilados, rebosaban con mucho relumbre de calidad, mantellinas y sayas de buenas telas las damas, y paños finos, fieltros con plumas y cadenas doradas los caballeros. Entre la muchedumbre de abajo se contaba el natural número de ociosos, pícaros y maleantes, y los diestros en la esgrima de Cortadillo hacían su agosto metiendo el dos de bastos en las faltriqueras ajenas para sacar el as de oros. Se nos juntó entre la gente Don Francisco de Quevedo, que seguía el espectáculo con vivísimo interés porque, según dijo, estaba a punto de sacar su *Vida del buscón llamado Don Pablos*; y para cierto pasaje que en él tenía a medio escribir aquel lance iba que ni pintado.

–No siempre se inspira uno en Séneca y Tácito –dijo, acomodándose los anteojos para ver mejor.

A Ganzúa debían de haberle contado lo de los reyes, porque cuando lo sacaron de la cárcel vestido con el sayo, maniatado y a lomos de una mula, se aderezó los bigotes llevándose las manos a la cara, y hasta saludó mirando los balcones. Estaba el valentón todo repeinado, limpio, muy gallardo y tranquilo, y la resaca de la víspera apenas se le notaba en el blanco de los ojos. Al paso, cuando topaba una cara conocida entre la gente, saludaba con mucha parsimonia, como si lo llevaran de romería al prado de Santa Justa. Iba, en fin, con tanto decoro que viéndolo daban ganas de hacerse ajusticiar.

El verdugo aguardaba junto al garrote. Cuando Ganzúa subió muy sosegado los escalones del patíbulo –el escalón seguía suelto, y eso le valió al escribano, que andaba por allí, una mirada severa del jaque–, todo el mundo se hizo lenguas de sus buenas maneras y de sus hígados. Saludó con un gesto a los camaradas y a la Aliviosa, confortada en primera fila por una docena de rufianes, y que lloraba con mucho duelo pero alabándose, eso sí, de lo bien plantado que iba su hombre camino de lo que iba; y luego se dejó predicar un poco por el agustino de la noche anterior, asintiendo con la cabeza, solemne, cuando el fraile decía alguna cosa bien dicha o de su agrado. Se impacientaba un poco el verdugo, con mal semblante, a lo que díjole Ganzúa: «Luego estoy con vuaced y no meta prisa, que ni se va el mundo ni nos corren moros». Rezó luego su Credo de pé a pá con buena voz y sin una nota en falso, besó la cruz con mucho garbo, y le pidió al verdugo que hiciera la merced de limpiarle luego el mostacho de babas y ponerle la caperuza bien arriscada y derecha, por no dar mala estampa. Y cuando el otro dijo la fórmula habitual de «perdóneme hermano, que sólo hago mi oficio», le contestó que estaba perdonado de allí a Lima, pero que lo hiciera de perlas porque en

la otra vida veríanse de nuevo las caras, y a esas alturas a él iban a darle igual ocho que ochenta. Sentóse luego sin parpadear ni hacer visajes cuando le pusieron el garrote en el pescuezo, el aire como aburrido; atusóse por última vez los bigotes, y a la segunda vuelta de cordel se quedó tan sereno y bien compuesto que no había más que pedir. No parecía sino que estuviera pensando.

## VII. POR ATÚN Y A VER AL DUQUE

Llegaba la flota, y Sevilla, y toda España, y la Europa entera se aprestaban a beneficiarse del torrente de oro y plata que traía en sus bodegas. Escoltada desde las islas Terceras por la Armada del Mar Océano, la inmensa escuadra que llenaba el horizonte de velas había arribado a la embocadura del Guadalquivir; y los primeros galeones, cargados de mercancías y riquezas hasta casi hundir las bordas, empezaban a echar el ancla frente a Sanlúcar o en la bahía de Cádiz. Para agradecer a Dios haber conservado la flota a salvo de los temporales, de los piratas y de los ingleses, las iglesias organizaban misas y tedeums. Los armadores y cargadores hacían cuentas del beneficio, los comerciantes disponían sus tiendas para instalar las nuevas mercancías y organizaban su transporte a otros lugares, los banqueros escribían a sus corresponsales preparando letras de cambio, los acreedores del Rey ponían en regla las facturas que esperaban cobrar en breve, y los funcionarios de las aduanas se frotaban las manos pensando en su propio bolsillo. Toda Sevilla se engalanaba para el acontecimiento, revivía el comercio, poníanse a punto crisoles y troqueles para acuñar moneda, se limpiaban los almacenes de las torres del Oro y de la Plata, y bullía de actividad el Arenal, con carros, bastimentos, curiosos, y esclavos negros y moriscos preparando los muelles. Se barrían y regaban las puertas de las casas y los comercios, se adecentaban posadas, tabernas y mancebías, y desde el orgulloso noble hasta el humilde mendigo o la más ajada meretriz, a todos regocijaba la fortuna de la que cada uno confiaba en alcanzar su parte.

–Tenéis suerte –dijo el conde de Guadalmedina, mirando el cielo–. Habrá buen tiempo en Sanlúcar.

Aquella misma tarde, antes de emprender nuestra misión –estábamos citados con el contador Olmedilla en el puente de barcas a las seis en punto–, Guadalmedina y Don Francisco de Quevedo quisieron despedir al capitán Alatraste. Nos habíamos reunido en un pequeño bodegón del Arenal, construido con tablas y lonas del espalmador cercano, que se apoyaba contra un muro de las atarazanas viejas. Había mesas con taburetes afuera, bajo el rústico porche.

A esa hora el sitio era tranquilo y discreto, frecuentado sólo por algunos marineros, y adecuado para remojar la palabra. La vista era muy agradable, con la animación portuaria y los cargadores, carpinteros y calafates trabajando junto a los barcos amarrados en una y otra orilla. Triana, blanca, almagra y ocre, relucía pulquérrima al otro lado del Guadalquivir, con las carabelas de la sardina y los barquitos de servicio yendo y viniendo entre ambas orillas, sus velas latinas desplegadas en la brisa de la tarde.

–Por un buen botín –brindó Guadalmedina.

Bebimos todos, tras levantar nuestras jarras de loza vidriada. El vino no era gran cosa, pero sí la ocasión. Don Francisco de Quevedo, a quien de algún modo le habría gustado acompañarnos en la expedición río abajo, no podía hacerlo por razones evidentes, y eso le fastidiaba. El poeta seguía siendo hombre de acción, y no le hubiera incomodado en absoluto añadir a sus experiencias el asalto al *Niklaasbergen*.

–Me gustaría echar un vistazo a vuestros reclutas –dijo, limpiándose los anteojos con un lienzo de narices que sacó de la manga del jubón.

–A mí también –apuntó Guadalmedina–. A fe que debe de ser una pintoresca tropa. Pero no podemos mezclarnos más... A partir de ahora, la responsabilidad es tuya, Alatraste.

El poeta se encajó los lentes. Torcía el bigote en una mueca sarcástica.

–Eso es muy típico del modo de actuar de Olivares... Si sale bien no habrá honores públicos, pero si sale mal rodarán cabezas.

Bebió un par de largos tragos y se quedó contemplando el vino, pensativo.

–A veces –añadió, sincero– me preocupa haberos metido en esto, capitán.

–Nadie me obliga –dijo Alatraste, inexpresivo. Tenía la mirada fija en la orilla de Triana.

El tono estoico del capitán había arrancado una sonrisa a Álvaro de la Marca.

–Dicen –murmuró con mucha intención– que nuestro cuarto Felipe ha sido puesto al corriente de los pormenores. Está encantado con jugársela al viejo Medina Sidonia, imaginando la cara que pondrá cuando se entere de la noticia... Amén que el oro es el oro, y su católica majestad lo necesita como cualquiera.

–Incluso más –suspiró Quevedo.

De codos sobre la mesa, Guadalmedina bajó la voz.

–Anoche, en circunstancias que no viene a cuento referir, su majestad preguntó quién dirigía el golpe –dejó un poco las palabras en el aire, a la espera de que su sentido calase en nosotros–...Se lo preguntó a un amigo tuyo, Alatríste. ¿Comprendes?... Y éste le habló de ti.

–Le habló maravillas, supongo –dijo Quevedo.

El aristócrata lo miró, ofendido por el supongo.

–Tratándose de un amigo, ya podéis imaginar, pardiez.

–¿Y qué dijo el gran Philipo?

–Como es joven y aficionado a lances, mostró vivísimo interés. Hasta habló de caer de incógnito esta noche por el lugar de embarque, para satisfacer su curiosidad... Pero Olivares puso el grito en el cielo.

Un silencio incómodo se adueñó de la mesa.

–Sólo faltaba eso –comentó al fin Quevedo–. Tener al Austria encima de la chepa.

Guadalmedina le daba vueltas a su jarra entre las manos.

–En cualquier caso –dijo tras una pausa–, el éxito nos iría muy bien a todos.

De pronto recordó algo, metió mano en el jubón y extrajo un documento doblado en cuatro. Llevaba un sello de la Audiencia Real y otro del maestro de las galeras del Rey.

–Olvidaba el salvoconducto –dijo, entregándoselo al capitán–.

Autoriza a viajar río abajo hasta Sanlúcar... Excuso decirte que, una vez allí, debes quemarlo. A partir de ese momento, si alguien pregunta tendrás que ingeniártelas a tu aire –el aristócrata se acariciaba la perilla, sonriente–... Siempre puedes decir, como el viejo refrán, que vais a Sanlúcar por atún y a ver al duque.

–Veremos qué tal se porta Olmedilla –dijo Quevedo.

–En cualquier caso no tiene por qué ir al barco. Su presencia sólo es necesaria para hacerse cargo del oro. De ti depende cuidar su salud, Alatríste.

El capitán miraba el documento.

–Se hará lo que se pueda.

–Más nos vale.

El capitán guardó el papel en la badana del sombrero. Se mostraba tan frío como de costumbre, pero yo me removí en el taburete. Demasiado Rey y demasiado conde duque de por medio, como para que un simple mochilero estuviera tranquilo.

–Habrán protestas de los armadores del barco, por supuesto –dijo Álvaro de la Marca–. Medina Sidonia se enfurecerá, pero nadie puesto en el intríngulis osará decir esta boca es mía... Con los flamencos va a ser distinto. Ahí sí tendremos protestas, cruce de cartas y marejada en las cancellerías. Por eso resulta necesario que todo parezca un asalto particular: bandoleros, piratas y gente así –se llevó el jarro a la boca, sonriendo malicioso–... De cualquier modo, nadie reclamará un oro que oficialmente no existe.

–No se os escapa –le dijo Quevedo al capitán– que si algo sale mal, todo cristo se lavará las manos.

–Hasta Don Francisco y yo –matizó Guadalmedina con muy poca sutileza.

–Eso mismo. *Ignoramus atque ignorabimus*.

El poeta y el aristócrata se quedaron mirando a Alatríste. Pero el capitán, que seguía con la vista fija en la orilla de Triana, se limitó a asentir breve con la cabeza, sin añadir comentarios.

–En ese caso –prosiguió Guadalmedina– te recomiendo abrir el ojo, porque asarán carne. Y tú pagarás los tiestos rotos.

–Si es que le echan mano –matizó Quevedo.

–En conclusión –remachó Álvaro de la Marca–: bajo ningún concepto deben echar mano a nadie –también me dirigió una rápida ojeada–... A nadie.

–Lo que significa –resumió Quevedo, con su aguda facilidad para precisar conceptos– que no hay más que dos opciones: tener éxito, o hacerse matar con la boca cerrada.

Y lo dijo tan claro, que aun si lo dijera turbio, no me pesara.

Tras despedirnos de nuestros amigos, el capitán y yo anduvimos Arenal abajo hasta el puente de barcas, donde aguardaba, puntual y riguroso como de costumbre, el contador Olmedilla. Caminó éste a nuestro lado, seco, enlutado, el aire adusto, sin despegar los labios.

El sol poniente nos alumbró horizontal mientras cruzábamos el río en dirección a los siniestros muros del castillo de la Inquisición, cuya vista yo asociaba con mis peores recuerdos. Íbamos dispuestos para el viaje: Olmedilla con un gabán negro y largo, provisto el capitán de capa, sombrero, espada y daga, y yo con un enorme hatillo a cuestas donde llevaba, con más discreción, algunas provisiones, dos mantas ruanas, un odre con vino, un par de pistolas, mi daga –ya reparada su guarnición en la calle Vizcaínos–, pólvora y balas, la herruería del alguacil Sánchez, el viejo colete de piel de búfalo de mi amo, y otro ligero, nuevo, de buen y

grueso ante, que habíamos comprado para mí por veinte escudos en un jubonero de la calle Francos. La cita era en el corral del Negro, próximo a la Cruz del Altozano; así que dejando a la espalda la puente y la gran copia de barcos luengos, galeras y barquillas que estaban amarradas por toda la orilla hasta el puerto de los camaroneros, llegamos al sitio con la anochecida misma. Triana tenía varias posadas baratas, bodegones, garitos y parajes de soldados, de modo que no llamaba la atención ver por allí valientes y gente de espada. En realidad el corral del Negro era una posada infecta con el patio a cielo abierto convertido en taberna, sobre el que en días de lluvia se tendía un viejo toldo. La gente se sentaba allí con sombrero y capa bien puestos, y entre el fresco de la noche y la calaña de los parroquianos, era de lo más corriente que todo el mundo anduviese embozado hasta las cejas, con las dagas abultando en la cintura y la toledana respingando por detrás la capa. Ocupamos el capitán, Olmedilla y yo una mesa en un rincón, pedimos de beber y cenar, y echamos con mucha flema un vistazo alrededor. Ya había allí algunos de nuestros jaques. Reconocí en una mesa a Ginesillo el Lindo, que iba sin guitarra pero con una espada enorme al cinto, ya Guzmán Ramírez, los dos con el chapeo hundido hasta las orejas y las capas terciadas al hombro cubriéndoles media cara; y a nada vi entrar a Saramago el Portugués, que venía solo, y que a la luz de una candela se puso a leer un libro que sacó de la faltriquera. Al cabo entró Sebastián Copons, pequeño, duro y silencioso como de costumbre, y fue a sentarse con un jarro de vino sin mirar ni a su sombra. Nadie hacía visaje de reconocer a nadie, y poco a poco, solos o en parejas, iban llegando otros, andares zambos y recelar zaíno, resonantes de hierros, tomando asiento por aquí y por allá sin que ninguno se dirigiera la palabra. El grupo más numeroso que entró fue de tres: el patilludo Juan Jaqueta, su compadre Sangonera y el mulato Campuzano, a quienes las gestiones oportunas del capitán, vía Guadalmedina, habían permitido abandonar su retraining eclesiástico. Pese a la costumbre, el tabernero observaba tamaña afluencia de valientes con una suspicacia que pronto disipó el capitán repasándole las manos con unas cuantas piezas de plata, recurso idóneo para volver mudo, ciego y sordo al más curioso de los hosteleros, amén de advertencia sobre lo fácil que era, hablando de más, verse con un lindo tajo en la gorja. De esa forma, en la siguiente media hora terminó por completarse la jábega. Para mi sorpresa, pues nada le había oído decir sobre ello a Alatrisme, el último en llegar fue el mismísimo Bartolo Cagafuego, con una montera calada sobre su tupida y única ceja, y una enorme sonrisa en la boca mellada y oscura, que le guiñó un ojo al capitán y se estuvo paseando bajo los arcos, cerca de nosotros y disimulando fatal, con la misma discreción que un oso pardo en una misa de réquiem.

Y aunque mi amo nunca dijo nada sobre el particular, sospecho que, pese a ser más valentón de hojaldre que de hoja, y que sin duda podría haberse reclutado a otro sujeto de mejor acero, el capitán había gestionado la liberación del galeote más por razones sentimentales –si tales razones podemos atribuir a Alatrisme– que por otra cosa. El caso es que allí estaba Cagafuego, quien a duras penas lograba ocultar su agradecimiento. Y bien podía estarlo, pardiez; que el capitán le ahorraba al rufo seis lindos años engrilletado a un remo, apaleando sardinas a la voz de ropa fuera y boga larga.

De ese modo quedó redondo el grupo, y nadie faltó a la cita. Yo acechaba la expresión de Olmedilla al comprobar el fruto de la recluta hecha por el capitán; y aunque el contador se mantenía tan antipático, inexpresivo y silencioso como solía, creí vislumbrarle un toque de aprobación. Aparte de los mentados, y según conocí por sus buenos o malos nombres de allí a poco, estaban presentes el murciano Pencho Bullas, los soldados viejos Enríquez el Zurdo y Andresito el de los Cincuenta, el cariacuchillado y grasiento Bravo de los Galeones, un marinero de Triana llamado Suárez, otro tal Mascarúa, un fulano con aire de hidalgo tronado, ojeroso y pálido al que llamaban el Caballero de Illescas, y un jienense rubicundo, barbudo y sonriente, de cráneo afeitado y fuertes brazos, que tenía por nombre Juan Eslava, y era notorio rufián de cantoneras sevillanas –vivía de cuatro o cinco, y las cuidaba como a hijas, o casi–, lo que justificaba su apodo, ganado en buena lid: el Galán de la Alameda. Imaginen vuestras mercedes el cuadro, con todas aquellas bravas piezas medio embozadas en el corral del Negro, resonándoles bajo la capa, cada vez que se movían, el tintineo amenazador de dagas, pistolas y espadas. Que de no saber uno que estaban de su parte –al menos de momento–, habría sido incapaz de hallarse los pulsos por más que los buscara. Al fin, cuando tamaña mesnada estuvo al completo, y para alivio del hostelero, Diego Alatrisme dejó unas monedas sobre la mesa, nos pusimos en pie y salimos con Olmedilla en dirección al río, por las callejuelas negras como boca de lobo. No hubo necesidad de mirar atrás. Por el ruido de pasos que resonaban a nuestra espalda, supimos que los reclutas se iban deslizando uno tras otro por la puerta, y nos venían a la zaga.

Triana dormía en tinieblas, y lo que permanecía en vela procuraba apartarse, prudente, de nuestro camino. La luna ultimaba su menguante, pero aún nos servía con un poco de luz; la suficiente para ver recortada en la orilla una barca con la vela recogida en el mástil. Había un farol encendido a proa y otro en tierra, y dos bultos inmóviles, patrón y marinero, aguardaban a bordo. Fue allí donde se detuvo Alatrisme, con Olmedilla y yo mismo a su lado, mientras las sombras que nos habían seguido iban congregándose alrededor.

Mi amo envióme por uno de los faroles, y volví con él dejándolo en el suelo, a sus pies. Ahora la claridad tenue de la vela daba un aspecto aún más lúgubre a la concurrencia. Apenas se veían caras: sólo apuntes de bigotazos y barbas, embozos y sombreros calados hasta los ojos, y el destello apagado, metálico, de las armas que todos cargaban al cinto. Habían empezado los murmullos y los cuchicheos en voz muy baja, entre los camaradas que se habían ido reconociendo unos a otros, y el capitán los acalló a todos con una orden seca.

–Vamos a bajar por el río para un trabajo que se explicará cuando estemos donde debemos estar... Todos han cobrado ya una parte, así que nadie puede volverse atrás. Y excuso decir que somos mudos.

–La duda ofende –dijo alguien–. Que más de uno está probado en el potro, y supo negar como un caballero.

–Bueno es que eso quede claro... ¿Alguna pregunta?

–¿Cuándo embolsamos el resto? –preguntó otra voz anónima.

–Al terminar nuestra obligación. En principio, pasado mañana.

–¿También en oro?

–Contante y sonante. Doblones de dos caras, iguales a los que se han adelantado en señal a cada uno.

–¿Hay que aligerar muchas ánimas?

Miré de solayo al contador Olmedilla, oscuro y negro en su gabán, y vi que parecía escarbar el suelo con la punta de un pie, incómodo, como si estuviera lejos de allí o pensando en otra cosa. Sin duda, hombre de papeles y tinteros, no estaba acostumbrado a ciertas crudezas.

–No se reúne a gente de esta calidad –respondió Alatraste– para bailar la chacona.

Hubo algunas risas, pardiecos y votos a tal. Cuando se apagaron, mi amo señaló la barca.

–Embarquen y acomódense lo mejor que puedan. Y a partir de este momento considérense vuestras mercedes como en milicia.

–¿Qué significa eso? –preguntó otra voz.

A la luz parva del farol, todos pudieron ver que el capitán apoyaba su mano izquierda, como al descuido, en el puño de la toledana.

Sus ojos horadaban la penumbra.

–Significa –dijo despacio– que a quien desobedezca una orden o tuerza el gesto, lo mato.

Olmedilla observó al capitán con mucha fijeza. En el corro no se oía el zumbido de un mosquito. Cada cual rumiaba aquello para sí, procurando que le hiciera buen provecho. Entonces, en mitad del silencio, se escuchó ruido de remos a poca distancia, junto a los barcos amarrados en la orilla del río. Todos los jaques se volvieron a mirar: un botecillo había salido de las sombras. En el rielar de las luces de la otra orilla se recortaba su silueta, con media docena de remeros bogando y tres bultos negros erguidos en la proa. Y en menos tiempo del que se tarda en contarlos, Sebastián Copons ya había saltado hacia allí, prevenido, apuntando con dos enormes pistolas aparecidas en sus manos casi por arte de magia; y el capitán Alatraste empuñaba, como un relámpago, el acero de su espada desnuda.

–Por atún y a ver al duque –dijo una voz familiar en la oscuridad.

Como si fueran un santo y seña, aquellas palabras nos relajaron al capitán y a mí, que también estaba a punto de echar mano a la daga.

–Es gente de paz –dijo Alatraste.

Tranquilizóse la jábega mientras mi amo envainaba y Copons guardaba las pistolas. El bote había tocado tierra más allá de la proa de nuestra embarcación, y los tres hombres que iban de pie se columbraban ahora en la vaga claridad del farol. Alatraste pasó junto a Copons, acercándose a la orilla. Lo seguí.

–Hay que despedir a un amigo –dijo la misma voz.

También yo había reconocido al conde de Guadalmedina. Iba, como sus dos acompañantes, embozado con sombrero y capa. Tras ellos, entre los remeros, vi brillar medio ocultas las mechas encendidas de un par de arcabuces. Los acompañantes de Álvaro de la Marca eran hombres dados a tomar precauciones.

–No disponemos de mucho tiempo –dijo el capitán, seco.

–Nadie pretende incomodar –respondió Guadalmedina, que seguía con los otros en el bote, sin bajar a tierra–. Id a lo vuestro.

Alatraste se quedó mirando a los embozados. Uno era corpulento, con la capa bien envuelta en torno a un torso y unos hombros poderosos. El otro era más delgado, con sombrero sin plumas y capa parda que lo cubría de los ojos a los pies. El capitán todavía estuvo un momento observándolos. Él mismo estaba iluminado por el farol de la proa de la barca, rojizo el perfil de halcón sobre el mostacho, los ojos vigilantes bajo el ala oscura del fieltro, la mano rozando la cazoleta reluciente de su espada. Se le veía sombrío y peligroso en la penumbra, e imaginé que desde el bote su aspecto era parecido.



Al fin volvióse a Copons, que seguía a medio camino, y a los del grupo, que aguardaban algo más lejos, disimulados en las sombras.

–A bordo –dijo.

Uno a uno, Copons el primero, los jaques fueron pasando junto a Alatraste, y el farol de la proa los alumbró conforme subían a la barca con mucho ruido de la ferretería que cargaban encima. La mayor parte se tapaba la cara al pasar ante la luz, pero otros la descubrían con indiferencia o desafío. Alguno incluso se detuvo para echar un vistazo curioso a los tres embozados, que presenciaban el bizarro desfile sin decir esta boca es mía. El contador Olmedilla se detuvo un instante junto al capitán, contemplando a los del bote con el aire preocupado, como si dudara entre dirigirles o no la palabra.

Optó por no hacerlo, pasó una pierna sobre la regala de nuestra barca, y entorpecido por su gabán habría caído al agua de no verse socorrido por un par de fuertes manos que lo metieron dentro.

El último fue Bartolo Cagafuego, que traía el otro farol en la mano, y me lo entregó antes de subir a la barca con tanto ruido como si llevara media Vizcaya en el cinto y los bolsillos. Mi amo seguía inmóvil, observando a los de la otra barca.

–Es lo que hay –dijo, seco.

–No parece mala tropa –comentó el embozado alto y fuerte.

Alatraste lo miró, intentando penetrar la oscuridad. Él había oído antes aquella otra voz. El tercer embozado, más delgado y de menor estatura, que se hallaba entre él y Guadalmedina, y que había asistido en silencio al embarque de los hombres, estudiaba ahora con mucho detenimiento al capitán.

–Por vida mía –dijo al fin– que a mí me dan miedo.

Tenía una voz neutra y bien educada. Una voz acostumbrada a que nadie le llevase la contraria. Al oírla, Alatraste se quedó tan quieto como una estatua de piedra. Por unos instantes sentí su respiración, tranquila y muy pausada. Luego me puso una mano en el hombro.

–Sube a bordo –ordenó.

Obedecí, llevándome nuestro equipaje y el farol. Salté sobre la regala y fui a acomodarme en la proa, entre los hombres envueltos en sus capas que olían a sudor, hierro y cuero. Copons me hizo un sitio y allí me instalé, sentado sobre mi fardo. Desde ese lugar vi como Alatraste, de pie en la orilla, miraba todavía a los embozados del bote. Luego alzó una mano como para quitarse el sombrero, aunque sin llegar a consumir el gesto –se limitó a tocar el ala a modo de saludo–, terció la capa al hombro y embarcó a su vez.

–Buena caza –dijo Guadalmedina.

Nadie le respondió. El patrón había soltado las amarras, y el marinero, tras alejarnos de la orilla empujando con un remo, izaba la vela. Y así, con ayuda de la corriente y la suave brisa que soplaba de tierra, cortando en el agua negra el reflejo tenue de las pocas luces de Sevilla y de Triana, nuestra barca se deslizó silenciosamente río abajo.

Había innumerables estrellas en el cielo, y los árboles y los arbustos desfilaban como tupidas sombras negras a derecha e izquierda, a medida que seguíamos el Guadalquivir. Sevilla quedaba muy atrás, al otro lado de los recodos del cauce, y el relente de la noche empapaba de humedad las maderas de la barca y nuestras capas.

Tendido cerca de mí, el contador Olmedilla tiritaba de frío. Yo contemplaba la noche con mi manta hasta la barbilla y la cabeza recostada en el fardo, observando de vez en cuando la silueta inmóvil de Alatraste, sentado en la popa junto al patrón. Sobre mi cabeza, la mancha clara de la vela oscilaba con la corriente, cubriendo y descubriendo los puntitos luminosos que tachonaban el cielo.

Casi todos los hombres guardaban silencio. La tropa de bultos negros estaba amontonada en el estrecho espacio de la barca. Junto al rumor del agua se oían respiraciones somnolientas y recios ronquidos, o como mucho algún cuchicheo en voz baja de los que permanecían despiertos. Alguien canturreaba una jácara en falsete. A mi lado, con el chapeo sobre la cara y la capa bien fajada, Sebastián Copons dormía a pierna suelta.

La daga se me clavaba en los riñones, así que terminé por quitármela. Durante un rato, admirando las estrellas con los ojos muy abiertos, quise pensar en Angélica de Alquézar; pero su imagen borrábase una y otra vez, desapareciendo tras la incertidumbre de lo que aguardaba río abajo. Yo había oído las instrucciones de Álvaro de la Marca al capitán, igual que las conversaciones que éste había mantenido con Olmedilla, y conocía a trazos gruesos el plan de ataque al galeón flamenco. La idea consistía en abordarlo mientras estaba fondeado en la barra de Sanlúcar, cortar sus amarras y aprovechar la corriente y la marea, que de noche solían ser favorables, para llevarlo a la costa, embarrancarlo allí y transportar el botín a la playa, donde aguardaría una escolta oficial prevenida al efecto: un piquete de la guardia española, que a esas horas ya

debía de estar llegando a Sanlúcar por tierra, y que esperaba discreto el momento de intervenir. En cuanto a la tripulación del *Niklaasbergen*, eran marineros, no soldados, y además serían tomados por sorpresa. Respecto a su suerte, las instrucciones eran tajantes: a todo efecto, aquello iría a la cuenta de una atrevida incursión de piratas. Y si hay algo seguro en la vida, es que los muertos no hablan.

Hizo más frío al romper el alba, con la primera claridad recortando las copas de los chopos y los álamos que bordeaban la orilla oriental. Eso espabiló a algunos hombres, que se removieron juntándose unos con otros a fin de procurarse algún calor. Los más despiertos hablaban en voz baja para matar el tiempo, haciendo circular una bota de vino. Había tres o cuatro que cuchicheaban cerca de mí, creyéndome dormido. Eran Juan Jaqueta, su compadre Sangonera, y alguno más. Y hablaban del capitán Alatraste.

–Sigue siendo el mismo –decía Jaqueta–... Mudo y tranquilo como la madre que lo parió.

–¿Es de fiar? –preguntó un bravo.

–Como una bula del Papa. Estuvo un tiempo en Sevilla, viviendo de la hoja a la manera del que más. Compartimos altana y naranjos una temporada... Un mal asunto en Nápoles, me dijeron. Con una muerte.

–Dicen que es soldado viejo y ha estado en Flandes.

–Sí –Jaqueta bajaba un poco la voz–. Como ese aragonés que duerme ahí, y el mozo... Pero ya estuvo antes en la otra guerra, cuando lo de Nieuport y Ostende.

–¿Tiene buena mano?

–Pardiez. Y también es muy resabiado y muy perro –Jaqueta hizo un alto para darle un tiento a la bota: oí el chorro cayendo en su boca–... Cuando te mira con esos ojos que parecen escarcha, ya puedes ir quitándote de en medio. Le he visto dar mojadas y hacer destrozos que no hiciera una bala en un coletó.

Hubo una pausa, y más visitas al vino. Supuse que los valentones observaban a mi amo, que seguía inmóvil en la popa, junto al patrón que empuñaba la caña del timón.

–¿De veras es capitán? –preguntó Sangonera.

–No creo –respondió su compadre–. Pero todo el mundo lo llama capitán Alatraste.

–Es verdad que no parece de muchas palabras.

–No. Ése es de los que parlan más con la toledana que con la mojarra. Y a fe mía que se bate mejor aún que se calla... Un conocido estuvo con él en las galeras de Nápoles hace diez o quince años, de almogavaría por el canal de Constantinopla. Y me contó que los turcos los abordaron con casi toda la gente muerta a bordo, y que Alatraste y una docena retrocedieron riñendo la crujía palmo a palmo, y luego se hicieron fuertes en el bastión de la carroza, acuchillando turcos como salvajes, hasta que se vieron muertos o heridos... Así se los llevaban canal adentro, cuando tuvieron la fortuna de que dos galeras de Malta les ahorraran verse al remo para los restos.

–Es hombre de hígados, entonces –dijo uno.

–Puede uced jurarlo, camarada.

–Y de potra –apuntó otro.

–Eso último no lo sé. Ahora, por lo menos, las cosas no parecen irle mal... Si puede aliviarnos a nosotros de la gura, dándonos el noli me tângere como lindamente ha hecho, algo de mano tendrá.

–¿Quiénes eran los embozados del bote?

–Ni idea. Pero se mordía gente principal. Igual son los que aforan la dobla.

–¿Y el de negro?... Me refiero al torpe que casi se cae al agua.

–Sobre ese, a iglesia me llamo. Pero si es de la carda, yo soy Lutero.

Oí nuevos chorros de vino y un par de eructos satisfechos.

–Buena fatiga parece ésta, por lo menos –dijo alguien, al rato–. Hay oro y camaradas.

Jaqueta se rió en voz baja.

–Sí. Pero ya oyó antes vuacé al señor jefe. Primero hay que ganarlo... Y no lo dan por hacer la rúa en domingo.

–De cualquier manera –dijo uno–, vive Cristo que me acomoda. Por mil doscientos reales yo afufo al lucero del alba.

–Y yo –terció otro.

–Además, aforan en buenos palos de baraja: ases de oros limpios como el sol, iguales al que llevo en el bolsillo.

Les oí cuchichear. Cuantos sabían sumar hacían cuentas por lo bajo.

–¿Es cantidad fija? –preguntó Sangonera–. ¿O se paga el monto a repartir entre los que vivan?

Volvió a sonar la risa apagada de Juan Jaqueta.

–Eso no creo que lo sepamos hasta el postre... Es una forma como otra cualquiera de evitar que, a media sarracina y aprovechando el barullo, nos matemos por la espalda unos a otros.

Ya enrojecía el horizonte tras los árboles, dejando entrever los matorrales y las amenas huertas que a veces se asomaban a las orillas del río. Al fin me levanté, y pasando entre los bultos dormidos fui a popa, con el capitán. El patrón, un individuo vestido con sayo de estameña y un descolorido bonete en la cabeza, negó cuando le ofrecí vino del pellejo que traía para mi amo. Se apoyaba con un codo en la caña, atento a mantener la distancia con las orillas, a la brisa que impulsaba la vela y a los troncos sueltos que ya podían verse arrastrados por las aguas. Tenía la cara muy curtida por el sol, y ni le había oído una palabra hasta entonces, ni se la oí en adelante. Alatrisme bebió un trago de vino y masticó el trozo de pan con cecina que yo le llevaba. Me quedé a su lado mirando la luz que se intensificaba en el horizonte y la ausencia de nubes en el cielo: en el río era todavía imprecisa y gris, y los hombres tumbados en el suelo de la barca seguían envueltos en sombras.

–¿Qué hace Olmedilla? –preguntó el capitán, vuelto hacia donde estaba el contador.

–Duerme. Ha pasado la noche muerto de frío.

Esbozó mi amo una sonrisa.

–No tiene costumbre –dijo.

Sonreí, a mi vez. Nosotros sí la teníamos. Él y yo.

–¿Subirá a la urca con nosotros?

Alatrisme encogió un poco los hombros.

–Quién sabe –dijo.

–Habrá que cuidar de él –murmuré, preocupado.

–Cada uno deberá cuidarse solo. Cuando llegue el momento, ocúpate de ti mismo.

Nos quedamos callados, pasándonos la bota de vino. Mi amo estuvo un rato mascando.

–Te has hecho mayor –dijo entre dos bocados.

Seguía observándome, pensativo. Yo sentí una suave oleada de satisfacción entibiarme la sangre.

–Quiero ser soldado –dije a bocajarro.

–Creí que con lo de Breda tenías bastante.

–Quiero serlo. Como mi padre.

Dejó de masticar, aún siguió atento a mí un trecho, y al cabo señaló con el mentón hacia los hombres tumbados en la barca.

–No es un gran futuro –opinó.

Estuvimos un rato sin decir nada, mecidos por el balanceo de la embarcación. Ahora el paisaje empezaba a colorearse de rojo tras los árboles, y las sombras eran menos grises.

–De cualquier modo –dijo de pronto Alatrisme– faltan un par de años para que te dejen sentar plaza en una bandera. Y hemos descuidado tu educación. Así que, a partir de pasado mañana...

–Leo libros –lo interrumpí–. Hago razonable letra, sé las declinaciones latinas y las cuatro reglas.

–No es suficiente. El Dómine Pérez es un buen sujeto, y en Madrid puede ocuparse de ti.

Calló de nuevo, para dirigir otra ojeada a los hombres dormidos. La luz levante acentuaba las cicatrices de su cara.

–En este mundo –dijo al cabo–, a veces llega la pluma donde no alcanza la espada.

–Pues resulta injusto –respondí.

–Quizás.

Había tardado un poco en decirlo, y creí advertir mucha amargura en el quizás. Por mi parte, encogí los hombros bajo la manta. A los dieciséis años, yo estaba seguro de que llegaría fácilmente a donde fuera menester llegar. Y maldita la tecla que tocaba el Dómine Pérez en todo aquello.

–Todavía no es pasado mañana, capitán.

Lo dije casi con alivio, desafiante, mirando obstinado el río ante nosotros. Sin volverme, supe que Alatrisme me estudiaba con mucha atención; y cuando por fin giré el rostro, vi que el sol naciente le teñía de rojo los iris glaucos.

–Tienes razón –dijo, pasándome la bota–. Todavía nos queda mucho camino.

## VIII. LA BARRA DE SANLÚCAR

El sol nos alumbró vertical ya más abajo de la venta de Tarfia, donde el Guadalquivir tuerce a poniente y empiezan a adivinarse las marismas de Doña Ana en la margen derecha. Los fértiles campos del Aljarafe y las orillas frondosas de Coria y Puebla fueron dejando paso a dunas de arena, pinares y arbustos entre los que a veces asomaban gamos, o jabalís. El calor se hizo más intenso y húmedo, y en la barca los hombres liaron sus mantas, desabrochando capas, coletos y jubones. Apretados como arenques en barril, la luz del día dejaba ver ahora sus rostros mal afeitados, las cicatrices, barbas y mostachos cuyo aire fiero no desmentían los montones de armas con pretinas y tahalís de cuero, espadas, vizcaínas, terciados y pistolas, que todos tenían cerca. Sus ropas sucias y sus pieles grasientas por la intemperie, el mal dormir y el viaje, emanaban un olor crudo, áspero, que yo conocía bien de Flandes. Olor a hombres en campaña. Olor a guerra.

Hice un poco de rancho aparte con Sebastián Copons y con el contador Olmedilla; al que, pese a seguir tan antipático como de costumbre, me creía en la obligación moral de cuidar un poco entre semejante parroquia. Compartíamos el vino de la bota y las provisiones, y aunque ni el soldado viejo de Huesca ni el funcionario de la hacienda real eran hombres de muchas –ni de pocas– palabras, yo me mantenía cerca de ellos por un sentimiento de lealtad. Con Copons, por lo vivido juntos en Flandes; y con Olmedilla, por las circunstancias. En cuanto al capitán Alatraste, estuvo las doce leguas de viaje a lo suyo, siempre sentado a popa junto al patrón, dormitando sólo durante breves intervalos –cuando lo hacía cubría su rostro con el sombrero, como en guardia para que no lo viesan dormido–, y sin apenas quitar ojo a los hombres. Los estudiaba con detenimiento uno por uno, cual si de ese modo penetrase sus cualidades y sus vicios para conocerlos mejor. Permanecía atento a su forma de comer, de bostezar, de dormir; a las voces que daban manoseando las cartas en corro, jugándose lo que aún no tenían con la baraja de Guzmán Ramírez. Se fijaba en el que bebía mucho y en el que bebía poco; en el locuaz, en el fanfarrón y en el callado: en los juramentos de Enríquez el Zurdo, la risa atronadora del mulato Campuzano o la inmovilidad de Saramago el Portugués, que leyó durante todo el viaje tumbado sobre su capa con la mayor flema del mundo. Los había silenciosos o discretos como el Caballero de Illescas, el marinero Suárez o el vizcaíno Mascarúa, y también torpes y desplazados como Bartolo Cagafuego, que no conocía a nadie, y cuyos intentos de conversación fracasaban uno tras otro. No faltaban ocurrentes y graciosos en la parla, como era el caso de Pencho Bullas, o del escarramán Juan Eslava, siempre de humor excelente, que detallaba a sus cofrades con todo lujo de detalles las propiedades propicias a la virilidad –probadas en él mismo, afirmaba– de la limadura de cuerno de rinoceronte. También se daban esquinados como Ginesillo el Lindo con su aire pulcro, la sonrisa equívoca y la mirada peligrosa, Andresito el de los Cincuenta y su forma de escupir por el colmillo, o ruines a la manera del Bravo de los Galeones, con la cara persignada de chirlos que no eran precisamente de barbero. Y así, mientras nuestra barca navegaba río abajo, el de allá contaba lances de hembras o dineros, el otro maldecía en corro tirando los dados para matar el tiempo, y el de acá refería anécdotas reales o fingidas de una hipotética vida soldadesca que, a poco, incluía Roncesvalles y hasta un par de campañas con Viriato. Todo, por supuesto, con los naturales pardieces, peses a tal, rodomontadas e hipérboles.

–Porque voto a Cristo que soy cristiano viejo, tan limpio de sangre y tan hidalgo como el mismo Rey –oí decir a uno.

–Pues yo lo soy más, redió –repuso otro–. Que a fin de cuentas, el Rey es medio flamenco.

Y así, oyéndolos, uno habría dicho que la barca estaba ocupada por una hueste de lo mejor y más granado del reino de Aragón, Navarra y las dos Castillas. Era aquello moneda común a cada bolsa; e incluso en tan reducido espacio y menguada tropa como la nuestra, hacíanse fieros y distingos entre unas tierras y otras, juntándose éstos lejos de éstos, picados de reproches el extremeño, el andaluz, el vizcaíno o el valenciano, esgrimiendo los vicios y desgracias de sus provincias cada uno para sí, y uniéndose todos solamente en el odio común contra los castellanos, con pesadas zumbas y chacotas, no dándose ninguno que no figurase ser cien veces más de lo que era. Que aquella germanía allí hilvanada representaba, al cabo, una España en miniatura; y toda la gravedad y honra y orgullo nacional que Lope, Tirso y los otros ponían en escena en los corrales de comedias, se había ido con el siglo viejo y no existía ya más que en el teatro. Tan sólo nos quedaban la arrogancia y la crueldad; de modo que cuando uno consideraba el aprecio que todos teníamos de nuestras particulares personas, la violencia de costumbres y el desprecio a las otras provincias y naciones, se explicaba que con buen derecho los españoles fuésemos odiados de la Europa toda y de medio mundo.

En cuanto a nuestra expedición, participaba naturalmente de todos esos vicios, y la virtud le era tan natural como al diablo un arpa, un aura y unas alas blancas. Pero al menos, aunque mezquinos, crueles y fanfarrones, los hombres que viajaban en nuestra barca tenían algo en común: iban ligados por la codicia del oro prometido, sus tahalís, cintos y vainas estaban engrasados con esmero profesional, y las armas relucían bien bruñidas cuando las sacaban para afilarlas o limpiarlas bajo los rayos del sol. Y sin duda, en su cabeza fría, acostumbrada a tal tipo de gentes y de vida, el capitán Alatraste barajaba a todos aquellos hombres con los que había conocido en otros lugares; y de esa forma adivinaba, o preveía, lo que cada uno daría de sí al llegar la noche. O, dicho de otra forma, de quiénes podría fiarse, y de quiénes no.

Todavía quedaba buena luz cuando doblamos el último gran recodo del río, en cuyas orillas se alzaban las montañas blancas de las salinas. Entre los densos arenales y los pinares vimos el puerto de Bonanza, con su ensenada donde había ya numerosas galeras y otras naves; y más lejos, bien definida en la claridad de la tarde, la torre de la Iglesia Mayor y las casas más altas de Sanlúcar de Barrameda. Entonces el marinero bajó la vela, y el patrón llevó la barca hacia la orilla opuesta, buscando el margen derecho de la anchísima corriente que se vertía legua y media más allá, en el océano.

Desembarcamos mojándonos los pies, al amparo de una duna grande que prolongaba su lengua de arena en la corriente. Tres hombres al acecho bajo un bosquecillo de pinos vinieron a nuestro encuentro. Vestían de pardo, con ropas de cazadores; pero al acercarse observamos que sus armas y pistolas no eran de las que se usan para abatir conejos. El que parecía el jefe, un individuo de bigote bermejo y ademanes militares mal disimulados bajo la rústica indumentaria, fue reconocido por el contador Olmedilla; y ambos se retiraron a hablar aparte mientras nuestra tropa se congregaba a la sombra de los pinos. Estuvimos así un rato tumbados en la arena alfombrada de agujas secas, mirando a Olmedilla, que seguía su parla con el otro y de vez en cuando asentía impasible. En ocasiones, los dos observaban una gran elevación que se alzaba más abajo, a quinientos pasos siguiendo la orilla misma del río; y el del bigote bermejo parecía referirse al lugar con muchas explicaciones y mucho detalle. Al cabo Olmedilla se despidió de los supuestos cazadores, que tras dirigirnos una ojeada inquisitiva se marcharon a través del pinar, y el contador vino hasta nosotros, moviéndose en el paisaje arenoso como un insólito borrón negro.

–Todo está donde debe estar –dijo.

Luego llevó aparte a mi amo, y estuvieron hablando otro rato en voz baja. Y a veces, mientras lo hacía, Alatraste dejaba de mirar entre sus botas para observarnos. Al cabo se calló Olmedilla, y vi como el capitán hacía dos preguntas y el otro afirmaba dos veces.

Entonces se pusieron en cuclillas, y Alatraste sacó la daga y estuvo haciendo con ella dibujos en el suelo; y cada vez que alzaba el rostro para interrogar al contador, éste afirmaba de nuevo. Tras estar así mucho rato, el capitán se quedó un espacio inmóvil, pensando.

Después vino y nos dijo cómo íbamos a asaltar el *Niklaasbergen*. Lo explicó en pocas palabras, sin comentarios superfluos ni adornos.

–Dos grupos, en botes. Uno atacará primero la parte del alcázar, procurando hacer ruido. Pero no quiero tiros. Dejaremos las pistolas aquí.

Hubo un murmullo, y algunos hombres cambiaron vistazos insatisfechos. Un pistoletazo a tiempo permitía despachar por la posta, con más diligencia que el arma blanca, y de lejos.

–Reñiremos –dijo el capitán–, a oscuras y muy revueltos, y no quiero que nos abrasemos unos a otros... Además, si a alguien se le escapa un tiro, desde el galeón nos arcabucearán antes de que subamos a bordo.

Se detuvo, observándolos con mucho sosiego.

–¿Quiénes de vuestras mercedes han servido al Rey?

Casi todos levantaron la mano. Con los pulgares en el cinto, muy serio, Alatraste los estudió uno por uno. Su voz era tan helada como sus ojos.

–Me refiero a los que han sido soldados de verdad.

Muchos titubearon, incómodos, ojeándose de soslayo. Un par bajaron la mano, y otros la dejaron en alto hasta que Alatraste se los quedó mirando y algunos terminaron bajándola también. Además de Copons, la mantenían en alto Juan Jaqueta, Sangonera, Enríquez el Zurdo y Andresito el de los Cincuenta. Alatraste señaló también a Eslava, a Saramago el Portugués, a Ginesillo el Lindo y al marinero Suárez.

–Esos nueve hombres formarán el grupo de proa. Subirán sólo cuando los de popa ya estén riñendo en el alcázar, para coger a la tripulación desprevenida y por la espalda. La idea es que aborden muy a la sorda por el ancla, empujen cubierta adelante y nos encontremos todos a popa.

–¿Hay cabos para cada grupo? –preguntó Pencho Bullas.

–Los hay; Sebastián Copons a proa, y yo mismo a popa con vuestra merced y los señores Cagafuego, Campuzano, Guzmán Ramírez, máscarúa, el Caballero de Illescas y el Bravo de los Galeones.

Miré a unos y a otros, desconcertado al principio. En cuanto a calidad de hombres, la desproporción era poco sutil. Al cabo comprendí que Alatraste ponía a los mejores bajo el mando de Copons, reservándose para sí los más indisciplinados o menos de fiar, salvo alguna excepción como el mulato Campuzano, y tal vez Bartolo Cagafuego, que pese a ser más valentón que valiente, por vergüenza pelearía bien a la vista del capitán. Eso significaba que el grupo de proa era el que iba a decidir la partida; mientras los de popa, carne de matadero, soportarían lo peor del combate. Y si algo salía mal o los de proa se retrasaban mucho, a popa tendrían también el mayor número de bajas.

–El plan –prosiguió Alatraste– es cortar el cable del ancla para que el barco derive hacia la costa y embarranque en una de las lenguas de arena que están frente a la punta de San Jacinto. El grupo de proa llevará dos hachas para eso... Todos permaneceremos a bordo hasta que el barco toque fondo en la barra... Entonces iremos a tierra, que desde allí puede alcanzarse con el agua por el pecho, dejando el asunto en manos de otra gente que está prevenida.

Los hombres se miraron. Del bosquecillo de pinos llegaba el chirrido monótono de las cigarras. Con el zumbido de las moscas que nos acosaban en enjambres, ese fue el único sonido que se oyó mientras cada cual meditaba para sí.

–¿Habrá resistencia fuerte? –preguntó Juan Jaqueta, que se mordía pensativo las patillas.

–No lo sé. Por lo menos, esperémosla razonable.

–¿Cuántos herejes hay a bordo?

–No son herejes sino flamencos católicos, pero da lo mismo.

Calculamos entre veinte y treinta, aunque muchos saltarán por la borda... Y hay algo importante: mientras queden tripulantes vivos, ninguno de nosotros pronunciará una palabra en español

–Alatraste miró a Saramago el Portugués, que escuchaba atento con su grave aspecto de hidalgo flaco, el libro de costumbre asomándole por un bolsillo del jubón–. Vendría bien que este caballero grite algo en su lengua, y que quienes conozcan palabras inglesas o flamencas dejen también caer alguna –el capitán se permitió una ligera sonrisa bajo el mostacho–... La idea es que somos piratas.

Aquello distendió el ambiente. Hubo risas y los hombres se miraron entre sí, divertidos. Entre semejante parroquia, eso tampoco estaba demasiado lejos de la realidad.

–¿Y qué pasa con los que no se tiren al agua? –quiso saber Mascarúa.

–Ningún tripulante llegará vivo al banco de arena... Cuantos más asustemos al principio, menos habrá que matar.

–¿Y los heridos, o los que pidan cuartel?

–Esta noche no hay cuartel.

Algunos silbaron entre dientes. Hubo palmadas guasonas y risas en voz baja.

–¿Y qué hay de nuestros heridos? –preguntó Ginesillo el Lindo.

–Bajarán con nosotros y serán atendidos en tierra. Allí cobraremos todos, y cada mochuelo a su olivo.

–¿Y si hay muertos? –el Bravo de los Galeones sonreía con su cara acuchillada–... ¿Se cobra suma fija, o repartimos al final?

–Ya veremos.

El jaque observó a sus camaradas y después acentuó la sonrisa.

–Sería bueno verlo ahora –dijo con mala fe.

Alatraste se quitó con mucha pausa el sombrero, pasándose una mano por el pelo. Luego se lo puso de nuevo. La forma en que miraba al otro no daba lugar al menor equívoco.

–¿Bueno, para quién?

Había hablado arrastrando las palabras y en voz muy baja; con una consideración en la que ni un niño de teta habría confiado lo más mínimo. Tampoco el Bravo de los Galeones, pues captó el mensaje, apartó la vista, y no dijo más. El contador Olmedilla se había acercado un poco al capitán, y deslizó unas frases en su oído. Mi amo asintió.

–Queda algo importante que acaba de recordarme el caballero... Nadie, bajo ningún concepto –Alatraste paseaba sus ojos de escarcha por la concurrencia–, absolutamente nadie, bajará a las bodegas del barco, ni habrá botines personales, ni nada de nada.

Sangonera alzó una mano, curioso.

–¿Y si algún tripulante se embanasta dentro?

–Si eso pasa, yo diré quién baja a buscarlo.

El Bravo de los Galeones se acariciaba reflexivo el pelo grasiento, recogido en una coleta. Al cabo terminó diciendo lo que todos pensaban.

–¿Y qué es lo que hay en ese tabernáculo, que no puede verse?

–No es asunto vuestro. En realidad ni siquiera es asunto mío. Espero no tener que recordárselo a nadie.

El otro soltó una risa grosera.

–Ni que fuera la vida en ello.

Alatrisme lo miró con mucha fijeza.

–Es que va.

–Pardiez, que es tallar demasiado –el jaque se apoyaba en una pierna, bravucón, y luego en la otra–... A fe de quien soy, recuerde vuacé que no trata con hombres mansos que sufran tanta amenaza. Entre yo y los camaradas, el que más y el que menos...

–Lo que sufra o no sufra vuestra merced, se me da un ardite –lo interrumpió muy seco Alatrisme–. Es lo que hay, se previno a todos, y nadie puede volverse atrás.

–¿Y si ahora no nos place?

–Muy bellacos suenan esos plurales –el capitán se pasó despacio dos dedos por el mostacho, y luego hizo un gesto indicando el pinar –... En cuanto al singular de vuestra merced, con mucho gusto podemos discutirlo los dos en aquel bosquecillo.

El bravonel apeló en silencio a sus camaradas. Unos lo observaban con remota solidaridad, y otros no. Por su parte, con el espeso ceño fruncido, Bartolo Cagafuego se había incorporado, acercándose amenazador para respaldar al capitán; y yo mismo llevé la mano a la espalda tanteando mi daga. La mayor parte de los hombres desviaba los ojos, sonreía a medias o miraba cómo Alatrisme rozaba fríamente la cazoleta de su espada. A nadie parecía incomodarle asistir a una buena riña, con el capitán a cargo de las lecciones de esgrima. Cuantos estaban al tanto de su currículo ya habían tenido ocasión de ilustrar a los demás; y el Bravo de los Galeones, con su bajuna arrogancia y sus aires exagerados de matasiete –que ya era exagerar, entre aquella jábega– no gozaba de simpatías.

–Ya hablaremos otro día –dijo por fin el jaque.

Se lo había pensado mucho, pero no deseaba perder la faz. Algunos de los germanes hicieron muecas decepcionadas, o se dieron con el codo. Lástima. No habría bosquecillo aquella tarde.

–Lo hablaremos –respondió suavemente Alatrisme– cuando queráis.

Nadie discutió más, ni sostuvo el envite, ni hizo semblante de pretenderlo. Todo quedó sereno, Cagafuego desarrugó el ceño, y cada cual fue a sus ocupaciones. Entonces observé que Sebastián Copons retiraba la mano de la empuñadura de su pistola.

Zumbaban las moscas posándose en nuestras caras cuando asomamos con precaución la cabeza por la cresta de la duna grande. Ante nosotros, la barra de Sanlúcar estaba muy bien iluminada por la luz del atardecer. Entre la ensenada de Bonanza y la punta de Chipiona, donde el Guadalquivir abría en el mar cosa de una legua, la boca del río era un bosque de mástiles empavesados y velas de barcos, urcas, galeazas, carabelas, naves pequeñas y grandes, embarcaciones oceánicas y costeras fondeadas entre los bancos de arena o en movimiento por todas partes, y prolongándose todavía el panorama por la costa hacia levante, en dirección a Rota y a la bahía de Cádiz. Algunos aguardaban la marea ascendente para subir hasta Sevilla, otros descargaban las mercancías en embarcaciones auxiliares, o aparejaban para rendir viaje en Cádiz después que los funcionarios reales subieran para comprobar su carga. En la otra orilla podíamos ver a lo lejos la próspera Sanlúcar extendida sobre la margen izquierda, con sus casas nuevas bajando hasta el borde mismo del agua y el enclave antiguo y amurallado sobre la colina, donde destacaban las torres del castillo, el palacio de los duques, la Iglesia Mayor y el edificio de la aduana vieja, que a tanta gente enriquecía en jornadas como aquella. Dorada por la luz del sol, con la arena de su marina salpicada de barquitas de pescadores varadas, la ciudad baja hervía de gente y de pequeños botes con velas yendo y viniendo hacia los barcos.

–Ahí está el *Virgen de Regla* –dijo el contador Olmedilla.

Hablaba bajando la voz, como si pudieran oírnos al otro lado del río, y se enjugaba el sudor del rostro con un pañizuelo empapado. Estaba más pálido que nunca. No era hombre de caminatas ni de arrastrarse tras dunas ni arbustos, y el esfuerzo y el calor empezaban a hacerle mella. Su índice manchado de tinta indicaba un galeón grande, fondeado entre Bonanza y Sanlúcar, al resguardo de una lengua de arena que la bajamar empezaba a descubrir. Tenía la proa en dirección al vientecillo del sur que rizaba la superficie del agua.

–Y aquél –añadió señalando otro más próximo– es el *Niklaasbergen*.

Seguí la mirada de Alatrisme. Con el ala del sombrero sobre los ojos para protegérselos del sol, el capitán observó cuidadosamente el galeón holandés. Estaba fondeado aparte, cerca de nuestra orilla, hacia la punta de San Jacinto y la torre vigía que allí se levantaba para prevenir incursiones de los piratas berberiscos, holandeses e ingleses. El *Niklaasbergen* era una urca negra de brea, con tres palos en cuyas gavias estaban

aferradas las velas. Era corto y feo, de apariencia torpe, con la popa muy alta pintada bajo el fanal en colores blancos, rojos y amarillos: un barco de lo más común, dedicado al transporte, que no llamaba la atención. También apuntaba su proa al sur, y tenía las portas de los cañones abiertas para ventilar las cubiertas bajas. Veíamos poco movimiento a bordo.

–Estuvo fondeado junto al *Virgen de Regla* hasta que se hizo de día –explicó Olmedilla–. Luego vino a echar el ancla ahí.

El capitán estudiaba cada detalle del paisaje, como un ave rapaz que debiera lanzarse luego a oscuras sobre su presa.

–¿Tienen todo el oro a bordo? –preguntó.

–Falta una parte. No han querido quedarse junto al otro barco para no despertar sospechas... El resto lo traen al anochecer, en botes.

–¿De cuánto tiempo disponemos?

–No zarpa hasta mañana, con la pleamar.

Olmedilla indicó las piedras de un viejo cobertizo de almadraba en ruinas que había en la orilla. Más allá podía verse un banco arenoso que la bajamar dejaba al descubierto.

–Aquél es el sitio –dijo–. Incluso con marea alta, puede llegarse a pie hasta la orilla.

Alatriste entornó más los ojos. Observaba con prevención unas rocas negras que velaban en el agua, algo más adentro.

–Ahí está el bajo que llaman del Cabo –dijo–. Lo recuerdo bien... Las galeras procuraban evitarlo siempre.

–No creo que deba preocuparnos –respondió Olmedilla–. A esa hora nos favorecerán la marea, la brisa y la corriente del río.

–Más vale. Porque si en vez de dar con la quilla en la arena damos en esas piedras, nos iremos al fondo... Y el oro también.

A rastras, procurando no alzar las cabezas, retrocedimos hasta reunirnos con el resto de los hombres. Estaban tumbados sobre capas y gabanes, aguardando con la estolidez propia de su oficio; y sin que nadie hubiese dicho nada al respecto, por instinto se habían juntado unos a otros hasta agruparse en la misma compañía que tendrían durante el abordaje.

El sol desaparecía tras el bosquecillo de pinos. Alatriste fue a sentarse en su capa, cogió la bota de vino y bebió un trago. Yo extendí mi manta en el suelo, al lado de Sebastián Copons; el aragonés dormitaba boca arriba, un pañuelo sobre la cara para protegerse de las moscas, las manos cruzadas sobre el mango de su daga. Olmedilla vino junto al capitán. Tenía los dedos entrelazados y giraba los pulgares.

–Yo también voy –dijo en voz baja.

Observé cómo Alatriste, con la bota a medio camino, lo miraba atento.

–No es buena idea –dijo tras un instante.

Al contador, la piel pálida, el bigotillo, la barbita descuidada por el viaje, le daban un aspecto frágil; pero apretaba los labios, obstinado.

–Es mi obligación –insistió–. Soy funcionario del Rey.

El capitán estuvo un rato pensativo, secándose el vino del mostacho con el dorso de la mano. Al fin dejó la bota y se recostó en la arena.

–Como gustéis –dijo de pronto–. Yo en cuestiones de obligación nunca me meto.

Aún se quedó un poco callado, caviloso. Luego encogió los hombros.

–Iréis con el grupo de proa –dijo al cabo.

–¿Por qué no con vuestra merced?

–No pongamos todos los huevos en el mismo cesto.

Olmedilla me dirigió un vistazo, que sostuve sin pestañear.

–¿Y el mozo?

Alatriste me miró como al descuido, y luego soltó la hebilla del cinto con la espada y la daga, enrollando la pretina en torno a las armas. Después lo puso todo bajo la manta doblada que le servía de almohada, y se desabrochó el jubón.

–Íñigo viene conmigo.

Se tumbó con el sombrero echado sobre la cara, dispuesto a descansar. Olmedilla cruzaba los dedos, observaba al capitán y volvía a jugar con las manos. Su impasibilidad parecía menos firme que otras veces; como si una idea que no se atreviese a expresar le rondara la cabeza.

–¿Y qué pasará –se decidió por fin– si el grupo de proa se retrasa, o no consigue limpiar a tiempo la cubierta?... Quiero decir si... Bueno... Si a vuestra merced, capitán, le pasa algo.

Alatriste no se movió bajo el chapeo que le ocultaba las facciones.

–En tal caso –dijo– el *Niklaasbergen* ya no será asunto mío.



Me dormí. Como muchas veces había ocurrido en Flandes antes de una marcha o de un combate, cerré los párpados y aproveché el espacio que tenía por delante para reponer fuerzas. Al principio fue una duermevela indecisa, abriendo de vez en cuando los ojos para percibir las últimas luces del día, los cuerpos tumbados a mi alrededor, sus respiraciones y ronquidos, las charlas en voz baja y la figura inmóvil del capitán con el sombrero encima. Luego el sopor se hizo más profundo, y me dejé flotar en las aguas negras y mansas, a la deriva por un mar inmenso surcado por velas innumerables que lo llenaban hasta el horizonte. Angélica de Alquézar apareció al fin, como tantas otras veces. Y esta vez me ahogué en sus ojos y sentí de nuevo en mis labios la dulce presión de los suyos.

Busqué a mi alrededor, en demanda de alguien a quien gritar mi felicidad; y allí estaban, inmóviles entre la bruma de un canal flamenco, las sombras de mi padre y del capitán Alatraste. Me uní a ellos chapoteando en el barro, a punto para desenvainar la espada frente a un ejército inmenso de espectros que salían de sus tumbas, soldados muertos, con petos y morriones oxidados, que empuñaban armas en sus manos huesudas, mirándonos desde los abismos de sus calaveras. Y abrí la boca para gritar en silencio palabras viejas que ya carecían de sentido, porque el tiempo me las iba arrancando una por una.

Desperté con la mano del capitán Alatraste en mi hombro. «Ya es la hora», susurró en voz muy baja, casi rozándome la oreja con el mostacho. Abrí los ojos a la noche. Nadie había encendido fuegos, ni se veían luces. La luna, menguante y muy escasa, apenas iluminaba ya; pero su claridad aún daba vagos perfiles a las siluetas negras que se movían a mi alrededor. Oí deslizar de aceros en sus vainas, hebillas de cintos y corchetes al abrocharse, frases cortas dichas en murmullos. Los hombres se ajustaban las ropas, cambiaban los sombreros por lienzos y pañuelos anudados en torno a la frente, y envolvían las armas con trapos para que el entrecocar de hierro no los delatase. Como había ordenado el capitán, las pistolas se dejaban allí, con el resto de la impedimenta. El *Niklaasbergen* iba a ser abordado al arma blanca.

Deshice a tientas el fardo de nuestra ropa y me enfundé mi colete nuevo de ante, todavía lo bastante rígido y grueso para protegerme el torso de las cuchilladas. Luego me até bien las esparteñas, aseguré mi daga en el cinto para no perderla, con un cordel atado a la guarnición, y me colgué de un tahalí de cuero la espada del alguacil. A mi alrededor los hombres bebían un último trago de sus pellejos de vino, orinaban para aliviarse antes de la acción, cuchicheaban. Alatraste y Copons tenían las cabezas próximas mientras el aragonés recibía las últimas instrucciones. Al retroceder un paso topé con el contador Olmedilla, que me reconoció, dándome una corta y seca palmadita en la espalda; lo que en tan agrio personaje podía considerarse razonable expresión de afecto. Advertí que también llevaba espada al cinto.

–Vámonos –dijo Alatraste.

Echamos a andar, hundiendo los pies en la arena. Reconocí algunas de las sombras que pasaban a mi lado: la alta y delgada figura de Saramago el Portugués, el corpachón de Bartolo Cagafuego, la menuda silueta de Sebastián Copons. Alguien dijo una chanza en susurros, y oí, apagada, la risa del mulato Campuzano. Tronó entonces la voz del capitán ordenando silencio, y nadie volvió a abrir la boca.

Al pasar junto al bosquecillo de pinos resonó el rebuzno de una mula, y miré hacia allá, curioso. Había caballerías ocultas entre los árboles, y confusas figuras humanas junto a ellas. Sin duda se trataba de la gente que más tarde, cuando el galeón estuviese varado en la barra, se encargaría de transbordar el oro. Para confirmar mis sospechas, tres siluetas negras se destacaron del pinar, y Olmedilla y el capitán se detuvieron con ellas, de conciliábulo. Creí reconocer a los falsos cazadores que habíamos visto por la tarde. Luego desaparecieron, Alatraste dio una orden, y reanudamos la marcha.

Ahora ascendíamos por la ladera empinada de una duna, hundiéndonos en ella hasta los tobillos, y la claridad de la arena recortaba con más nitidez nuestras figuras. En la cima, el rumor del mar llegó hasta nosotros y la brisa nos acarició la cara. Había una mancha oscura y extensa en la que brillaban, hasta el horizonte negro como el cielo, los puntitos luminosos de los fanales de los barcos fondeados, de manera que las estrellas parecían reflejadas en el mar. A lo lejos, en la otra orilla, veíamos las luces de Sanlúcar.

Bajamos a la playa, con la arena amortiguando el ruido de los pasos. A mi espalda oí la voz de Saramago el Portugués, recitando bajito:

*Porrea eu cos pilotos na arenosa  
praia, por vermos em que parte estou,  
me detenho em tomar do sol a altura  
e compassar a universal pintura...*

Alguien preguntó qué diablos era aquello, y el Portugués, sin alterarse, respondió con su educado acento y sus eses prolongadas que era Camoens, que no todo iban a ser malditos Lopes y Cervantes, que él antes de batirse recitaba lo que le salía de los hígados, y que si a alguien incomodaba *Os Lusíadas* tendría mucho gusto en acuchillarse con él y con su santa madre.

–Éramos pocos y parió el Tajo –dijo alguien.

No hubo más comentarios, el Portugués continuó entre dientes con sus versos, y seguimos camino. Junto a las estacas de una vieja encañizada de pescadores vimos dos barcas esperando, con un hombre en cada una. Nos agrupamos en la orilla, expectantes.

–Connmigo los míos –dijo Alatraste.

Iba sin sombrero, con el colete de piel de búfalo, la espada y la vizcaína al cinto. A su orden los hombres se dividieron en los grupos previstos. Oíanse despedidas y deseos de buena suerte, alguna broma y las naturales fanfarronadas sobre las almas que pensaba aliviar cada uno. No faltaban los nervios disimulados, los tropezones en la oscuridad ni los pardiecos. Sebastián Copons pasó cerca, seguido de su gente.

–Dame un rato –le dijo en voz baja el capitán–. Pero no mucho.

El otro asintió en silencio, como solía, y se quedó allí mientras sus hombres embarcaban. El último era el contador Olmedilla. Su ropa negra lo hacía parecer más oscuro aún. Chapoteó heroicamente torpe en el agua mientras lo ayudaban a subir al bote, porque se había trabado las piernas con su propia espada.

–También cuídalo, si puedes –le dijo Alatraste a Copons.

–Cagüendiela, Diego –respondió el aragonés, que se anudaba el cachirulo en torno a la cabeza–. Demasiados encargos para una noche.

Alatraste emitió una risa queda, entre dientes.

–Quién nos lo iba a decir, ¿verdad?... Degollar flamencos en Sanlúcar.

Copons soltó un gruñido.

–Cuenta. Puestos a degollar, igual da un sitio que otro.

El grupo de popa ya embarcaba también. Fui con ellos, me mojé los pies, pasé la pierna sobre la regala y me acomodé en un banco. Un momento más tarde, el capitán se reunió con nosotros.

–A los remos –dijo.

Pusimos los cordeles de los maderos en los escálamos y empezamos a bogar, alejándonos de la orilla, mientras el marinero del bote dirigía el timón hacia una luz cercana que rielaba en el agua rizada por la brisa. El otro bote se mantenía cerca, silencioso, metiendo y sacando con mucho tiento los remos en el agua.

–Espacio –dijo Alatraste–... Espacio.

Con los pies apoyados en el banco de delante, sentado junto a Bartolo Cagafuego, yo doblaba el espinazo en las paladas, antes de echar el cuerpo hacia atrás tirando fuerte del remo. Al final de cada movimiento quedaba mirando hacia arriba, a las estrellas que se dibujaban nítidas en la bóveda del cielo. Al inclinarme hacia adelante, a veces me volvía observando a mi espalda, entre las cabezas de los camaradas. La luz de popa del galeón estaba cada vez más cerca.

–A la postre –murmuraba Cagafuego, rezongante sobre el remo– no me libré de bogallas.

El otro bote empezó a alejarse del nuestro, con la pequeña silueta de Copons erguida en la proa. Pronto desapareció en la oscuridad y sólo se oyó el rumor apagado de sus remos. Después, ni eso. Ahora la brisa era un poco más fresca y el agua se movía en una marejadilla suave que balanceaba la embarcación, obligándonos a estar más atentos al ritmo de la boga. A medio camino el capitán ordenó relevarnos, para que todo el mundo estuviese en condiciones a la hora de subir a bordo. Pencho Bullas se hizo cargo de mi puesto, y Mascarúa ocupó el de Cagafuego.

–Silencio y mucho cuidado –dijo Alatraste.

Estábamos muy cerca del galeón. Yo podía observar con más detalle su oscura y maciza silueta, los palos recortados en el cielo nocturno. El fanal encendido en el alcázar nos indicaba la popa con toda exactitud. Había otro farol en cubierta, iluminando obenques, cordajes y la base del palo mayor, y una luz se filtraba por dos de las portas de los cañones abiertas en el costado. No se veía a nadie.

–¡Quietos los remos! –susurró Alatraste.

Los hombres dejaron de bogar, y el bote quedó balanceándose en la marejadilla. Estábamos a menos de veinte varas de la enorme popa. La luz del fanal se reflejaba en el agua, casi ante nuestras narices.

Al costado del galeón, hacia la aleta, había amarrado un chinchorro sobre el que pendía una escala.

–Preparen los arpeos.

Los hombres sacaron de bajo los bancos cuatro ganchos de abordaje que llevaban atadas cuerdas con nudos.

–A los remos otra vez... En silencio y muy despacio.

Avanzamos de nuevo, mientras el marinero nos dirigía hacia el chinchorro y la escala. Pasamos así bajo la altísima y negra popa, buscando los sitios que la luz del fanal dejaba en sombras. Todos mirábamos hacia arriba conteniendo el resuello, con la aprensión de ver aparecer allí un rostro en cualquier momento, seguido de un grito de alerta y una granizada de balas o un cañonazo de metralla.

Por fin los remos cayeron al fondo del bote, y éste se deslizó hasta dar con las tablas del costado, junto al chinchorro y exactamente bajo la escala. El ruido del golpe, pensé, habrá despertado a toda la bahía. Pero lo cierto es que nadie gritó dentro, ni hubo alarma alguna. Un estremecimiento de tensión recorrió el bote mientras los hombres liberaban de trapos las armas y se disponían a subir. Me ajusté bien las presillas del colete. Por un instante, el rostro del capitán Alatraste quedó muy cerca del mío. No podía ver sus ojos, pero supe que me estaba observando.

–Cada cual para sí, zagal –me dijo en voz baja.

Asentí a sabiendas de que no podía ver mi gesto. Luego noté su mano posarse en mi hombro, muy firme y breve. Alcé la vista a lo alto y tragué saliva. La cubierta estaba a cinco o seis codos sobre nuestras cabezas.

–¡Arriba! –susurró el capitán.

Al fin pude ver su rostro a la luz distante del fanal, el perfil de halcón sobre el mostacho cuando empezó a trepar por la escala, mirando hacia lo alto, con la espada y la daga tintineándole al cinto. Fui tras él sin pensarlo mientras oía a los hombres, ya sin disimulo, arrojar los ganchos de abordaje, que resonaron sobre las tablas de cubierta y al encajarse en la regala. Ahora todo era esfuerzo por trepar, y prisas, y una tensión casi dolorosa que laceraba mis músculos y mi estómago mientras agarraba las cuerdas de la escala y subía a tirones, peldaño a peldaño, resbalando en la tablazón húmeda del costado del barco.

–Mierda de Dios –dijo alguien abajo.

Entonces sonó un grito de alarma sobre nuestras cabezas, y al mirar vi asomarse un rostro iluminado a medias por el fanal. Tenía expresión espantada, y nos veía trepar como si no diera crédito a lo que pasaba. Y tal vez murió sin llegar a creerlo del todo, porque el capitán Alatraste, que ya alcanzaba su altura, le metió la daga por la gola hasta el puño, y el otro desapareció de nuestra vista. Ahora sonaban más voces arriba, y carreras por las entrañas del barco. Algunas cabezas aparecieron cautas por las portas de los cañones y volvieron a meterse dentro, gritando en flamenco. Las botas del capitán me golpearon la cara cuando llegó arriba, saltando a cubierta.

En ese momento otro rostro asomó por la borda algo más arriba, sobre el alcázar; vimos una mecha encendida, un tiro de arcabuz resonó con el fogonazo, y algo zurreó rápido y fuerte entre nosotros, dando en un chasquido de carne y huesos rotos. Alguien que estaba subiendo desde el bote, a mi lado, cayó de espaldas al mar con un chapuzón y sin decir esta boca es mía.

–¡Arriba!... ¡Arriba! –apremiaban los hombres tras de mí, empujándose unos a otros para subir.

Apretados los dientes, encogida la cabeza como si pudiera ocultarla entre los hombros, trepé lo que me quedaba tan aprisa como pude, fui al otro lado de la borda, pisé la cubierta, y nada más hacerlo resbalé sobre un enorme charco de sangre. Me incorporé pringoso y aturdido, apoyándome sobre el cuerpo inmóvil del marinero degollado, y detrás de mí apareció en la borda la cara barbuda de Bartolo Cagafuego, los ojos desorbitados por la tensión, acentuada la mueca mellada y feroz por el machete enorme que traía sujeto entre los dientes. Estábamos justo al pie del palo de mesana, junto a la escala que conducía al alcázar. Había ahora más de los nuestros llegando a cubierta por las cuerdas de los arpeos, y era un milagro que no estuviese allí todo el galeón despierto para darnos una linda bienvenida, con el tiro de arcabuz y todo aquel escándalo de pasos y ruidos y carreras y chirriar de aceros al salir de las vainas. Saqué la espada con la diestra y eché mano con la zurda a la daga, mirando alrededor, confuso, en busca de un enemigo. Y entonces vi que un tropel de hombres armados salía a cubierta desde el interior del barco, y que muchos eran grandes y rubios como los que conocíamos de Flandes, y que había otros a popa y en el combés, y que eran demasiados, y que el capitán Alatraste ya estaba dando tajos como un diablo para abrirse paso hacia la escala del alcázar. Acudí en socorro de mi amo, sin comprobar si Cagafuego y los otros nos seguían o no. Lo hice musitando el nombre de Angélica como postrera oración; y con la última sensatez, mientras me lanzaba al asalto aullando enloquecido, comprendí que si Sebastián Copons no llegaba a tiempo, la del *Niklaasbergen* iba a ser nuestra última aventura.

## IX. VIEJOS AMIGOS Y VIEJOS ENEMIGOS

También la mano y el brazo se cansan de matar. Diego Alatríste habría dado lo que le quedaba de vida –que tal vez era muy poco– por bajar las armas y tumbarse en un rincón durante un rato. A esas alturas del combate seguía luchando por fatalismo y por oficio; y tal vez la indiferencia respecto al resultado lo mantenía paradójicamente vivo en medio de la confusa refriega. Peleaba tan sereno como de costumbre, fiado en su golpe de vista y en la respuesta de sus músculos, sin reflexionar. En hombres como él, y en tales lances, dejar a un lado la imaginación y encomendar la piel al instinto, era el modo más eficaz de tener a raya al destino.

Arrancó su espada del hombre que acababa de atravesar y lo empujó de una patada, para ayudarse a liberar la hoja. A su alrededor todo eran gritos, maldiciones y gemidos; y de vez en cuando un pistoletazo o un tiro de arcabuz flamenco iluminaban la penumbra, dejando entrever los grupos de hombres que se acuchillaban en tropel, y los charcos rojos que el oscilar de la cubierta encaminaba hacia los imbornales.

Sintiéndose dueño de una singular lucidez, paró un golpe de alfanje, hurtó el cuerpo, y respondió con una estocada en el vacío que apenas le importó no lograr. El otro se puso en cobro, y fue a empeñarse con alguien que lo acosaba por detrás. Alatríste aprovechó el respiro para apoyar la espalda en un mamparo y descansar. La escala del alcázar estaba ante él, iluminada desde arriba por el fanal, franca en apariencia. Había tenido que abatir a tres hombres para llegar allí, y nadie lo previno de que encontrarían tantos. El alto castillo de popa era un buen baluarte para resistir hasta que Copons llegase con los suyos; pero cuando Alatríste miró en torno, comprobó que la mayor parte de la gente propia se hallaba trabada a vida o muerte, y que casi todos luchaban y morían en el mismo sitio donde pisaran la cubierta.

Resignado, olvidó el alcázar y volvió sobre sus pasos. Encontró una espalda, tal vez la del mismo hombre que lo había esquivado antes; así que le hundió la daga en los riñones, movió la muñeca para que la hoja describiera dentro un círculo con el máximo destrozo posible, y la sacó mientras el otro caía al suelo aullando como un condenado. Un tiro a bocajarro lo deslumbró muy de cerca; y sabiendo que ninguno de los suyos llevaba pistola, cerró contra el sitio de donde venía el resplandor, dando tajos a ciegas. Topó con alguien, fue a trabarse de brazos, y cayó a la cubierta ensangrentada mientras golpeaba al otro con cabezazos en la cara, una y otra vez, hasta que pudo manejar la daga e introducirla entre ambos. Chilló el flamenco al sentirse herido, y escapó a gatas; revolvióse Alatríste, y un cuerpo le vino encima murmurando en español: Madre Santísima, Jesús, Madre Santísima. No supo quién era ni tuvo tiempo de averiguarlo. Se desembarazó del caído, poniéndose en pie con la espada en una mano y la daga en la zurda, sintiendo que la oscuridad se volvía roja a su alrededor. Los hombres gritaban de forma espantosa y era imposible dar tres pasos por la cubierta sin resbalar en la sangre.

Cling, clang. Todo parecía transcurrir tan despacio que le sorprendió que entre cada estocada suya no le colaran diez o doce los otros. Sintió un golpe en la cara, muy fuerte, y la boca se le llenó con el gusto metálico y familiar de la sangre. Alzó la espada con la guarda hasta la frente para descargar un tajo de revés contra un rostro cercano: una mancha muy pálida, borrosa, que se desvaneció con un alarido. El flujo y reflujo de la lucha llevaban de nuevo a Alatríste hasta la escala del alcázar, donde había más luz. Entonces comprobó que entre la axila y el codo del brazo izquierdo sostenía la espada arrebatada a alguien, hacía siglos. La dejó caer, revolviéndose a punta de daga porque creía tener enemigos detrás, y en ese instante, cuando iba a dar un contragolpe con la toledana, reconoció el rostro barbudo y feroz de Bartolo Cagafuego, que daba tajos a todas partes sin conocer a nadie, echando espumarajos por la boca. Giró Alatríste en otra dirección, buscando adversarios, justo a tiempo para hacer frente a una pica de abordaje cuya moharra le buscaba la cara. Esquivó, paró, tajó y luego clavó, haciéndose daño en los dedos cuando, al ir a fondo, la punta de la toledana se detuvo en seco con un chasquido, topando en hueso. Retiró el codo para liberar el arma, y al dar un paso atrás tropezó con unos rollos de cordaje y fue a dar de espaldas contra la escalera. Cloc. Ay. Creyó que se había roto el espinazo allí mismo. Alguien le asestaba ahora golpes con la culata de un arcabuz, así que hurtó la cabeza, agachándose. Dio con otro, e incapaz de saber si era amigo o enemigo, dudó, acuchilló y dejó de acuchillar, por si acaso. La espalda le dolía mucho; quiso gemir, para aliviarse –gemir largo, entre dientes, era buena forma de engañar el dolor, desahogándolo–, pero de su garganta no brotó sonido alguno. La cabeza le zumbaba, seguía notando sangre dentro de la boca, y los dedos estaban

entumecidos de apretar espada y daga. Por un momento lo invadió el deseo de saltar por la borda. Ya estoy, pensó desolado, demasiado viejo para soportar esto.

Descansó lo preciso para recobrar aliento, y volvió resignado a la pelea. Aquí mueres, se dijo. Y en ese instante, cuando se hallaba al pie de la escala y en el círculo de luz del fanal, alguien gritó su nombre. Lo hizo con una exclamación que era al mismo tiempo de rencor y de sorpresa. Desconcertado, Alatraste se volvió hacia aquella voz, la espada por delante. Y entonces hizo un esfuerzo para tragar saliva y sangre, incrédulo. Que me crucifiquen en el Gólgota, pensó, si no tengo delante a Gualterio Malatesta.

Pencho Bullas murió a mi lado. El murciano estaba batiéndose a cuchilladas con un flamenco, y de pronto el otro le pegó un pistoletazo en la cabeza, tan de cerca que se la arrancó de quijada arriba, plaf, rociándome con los fragmentos. De cualquier modo, antes siquiera de que el flamenco bajara la pistola, yo le había pasado el filo de mi espada por el cuello, muy rápido y seco y apretando fuerte, y el adversario se fue encima de Bullas gorgoteando en su lengua. Hice molinetes alrededor para mantener lejos a quien pretendiera acercarse. La escala del alcázar distaba demasiado para alcanzarla, así que procuré lo que todos: mantenerme vivo el tiempo necesario para que Sebastián Copons nos sacara de allí. Ya no me quedaba resuello para pronunciar el nombre de Angélica ni el de Cristo bendito: reservaba todo el aliento para mi pellejo. Durante un buen rato esquivé estocadas y golpes, devolviendo cuantos pude. A veces, entre la confusión del asalto, creía ver de lejos al capitán Alatraste; pero mis intentos por acercarme resultaron inútiles. Había demasiada gente matándose entre él y yo.

Los nuestros aguantaban el tipo con mucho oficio, peleando con la resolución profesional de quien lo pone todo a la sota de espadas; pero los del galeón eran más de los que esperábamos, y poco a poco nos empujaban hacia la borda por la que habíamos subido. Al menos, me dije, yo sé nadar. El suelo estaba lleno de cuerpos inmóviles o que se arrastraban entre quejidos, haciéndonos tropezar a cada paso. Y empecé a tener miedo. Un miedo que no era exactamente a la muerte –morir es un trámite, había dicho Nicasio Ganzúa en la cárcel de Sevilla–, sino a la vergüenza. A la mutilación, a la derrota y al fracaso.

Alguien atacó. No parecía grande y rubio como la mayor parte de los flamencos, sino cetrino y barbudo. Tiróme varios tajos con los filos, a modo de mandobles, con muy escasa fortuna; pero yo no perdí la cabeza, sino que reparé bien, asenté los pies con buena destreza, y al tercer o cuarto viaje en que el otro apartó el brazo, le entré por los pechos con la rapidez de un gamo, hasta la guarnición misma. Casi choqué con su cara al hacerlo –sentí su aliento en la mía–, fui con él al suelo sin soltar el puño, y oí quebrarse en su espalda, contra las tablas de cubierta, la hoja de mi toledana.

Allí, tal como estaba, le di cinco o seis buenas puñaladas en la barriga. A las primeras me sorprendió oírlo gritar en español, y por un momento pensé que me había equivocado, y que acababa de despachar a un camarada. Pero la luz del combés alumbró a medias un rostro desconocido. Había españoles a bordo, comprendí. Y por el aspecto y el colete de aquel pájaro, gente de armas. Me incorporé, confuso. Eso alteraba la situación, pardiez, y no para mejorarla. Quise pensar en lo que significaba; pero el hervor de la refriega era demasiado intenso como para darle vueltas al caletre. Busqué un arma mejor que mi daga, y di con un alfanje de abordaje: hoja ancha, corta, y enorme cazoleta en la empuñadura. Su peso en la mano diome cumplido consuelo. A diferencia de la espada, de filos más sutiles y punta necesaria para herir, aquél permitía abrirse camino a tajos. Así lo hice, chaf, chaf, impresionado yo mismo del chasquido que producía al golpear. Acabé junto a un pequeño grupo formado por el mulato Campuzano, que peleaba con la frente abierta por una brecha sangrante, y el Caballero de Illescas, quien ya se batía con poca resolución, agotado, buscando a ojos vistas un hueco para tirarse al mar.

Una espada enemiga relució ante mí. Alcé el alfanje para desviar el golpe, y aún no había acabado el movimiento cuando, con súbita sensación de pánico, comprendí el error. Pero ya era tarde: en ese instante, por abajo y hacia el costado, algo punzante y metálico perforó el colete, adentrándose en la carne; y me estremecí hasta la médula cuando sentí el acero deslizarse, rechinando, entre los huesos de mis costillas.

Todo encajaba, pensó fugazmente Diego Alatraste mientras se ponía en guardia. El oro, Luis de Alquézar, la presencia de Gualterio Malatesta en Sevilla y luego allí, a bordo del galeón flamenco. El italiano escoltaba el cargamento, y por eso habían encontrado una resistencia tan inesperada a bordo del *Niklaasbergen*: la mayor parte de los que les hacían frente no eran marineros sino mercenarios españoles, como ellos. En realidad, aquella era una escabechina entre perros de la misma jauría.

No tuvo tiempo de meditar nada más, porque tras la sorpresa inicial –a Malatesta se le veía tan desconcertado como lo estaba él mismo– el italiano ya le venía encima, negro y amenazador, con la espada por delante. De

pronto al capitán se le esfumó la fatiga como por ensalmo. Nada tonifica tanto los humores de la sangre como el viejo odio; y el suyo ardió como era debido, bien reavivado y candente. De modo que el deseo de matar resultó más poderoso que el instinto de supervivencia. Alatrisme fue incluso más rápido que su adversario, porque cuando llegó la primera estocada, él ya se había afirmado, desviándola con un golpe seco, y la punta de su espada llegó a una pulgada del rostro del otro, que se fue dando traspiés para evitarla. Esa vez, advirtió el capitán yéndole encima, al muy hideputa se le habían quitado las ganas de silbar *tirurí-tata* o alguna otra maldita cosa.

Antes de que se rehiciera el italiano, Alatrisme metió pies acosándolo muy de cerca, con los medios de la espada y el tiento de la vizcaína, de manera que a Malatesta no le quedó otra que retroceder, buscando espacio para dar su herida. Chocaron de nuevo, bien recio, bajo la misma escala del alcázar, y siguieron luego de cerca con las dagas y golpeándose con las guarniciones de las toledanas hasta la obencadura de la otra borda. Entonces el italiano dio contra el cascabel de uno de los cañones de bronce que allí estaban, desequilibrándose, y Alatrisme gozó viéndole el miedo en los ojos cuando él se volvió de medio lado, le tiró de zurda y luego de diestra, a punta y a revés, con la mala suerte de que en ese último tajo se le volvió al capitán la espada de plano. Aquello bastó al otro para lanzar una exclamación de alegría feroz; y con la eficacia de una serpiente dio tan recia cuchillada, que si Alatrisme no llega a saltar atrás, del todo descompuesto, allí mismo habría entregado el ánima.

–Qué pequeño es el mundo –murmuró Malatesta, entrecortado el aliento.

Aún parecía sorprendido de ver allí al viejo enemigo. Por su parte el capitán no dijo nada, limitándose a afirmar de nuevo los pies, muy en guardia. Se quedaron así estudiándose, espadas y dagas en las manos, encorvados y dispuestos a arremeter. En torno continuaba la refriega, y la gente de Alatrisme seguía llevando la peor parte. Malatesta echó un vistazo.

–Esta vez pierdes, capitán... Era demasiado ambicioso el mordisco.

Sonreía el italiano con mucho aplomo, negro como la Parca, la luz sucia del fanal ahondándole las cicatrices y las marcas de viruela en la cara.

–Espero –añadió– que no hayas traído al rapaz a este escabeche.

Ése era uno de los puntos débiles de Malatesta, consideró Alatrisme mientras le tiraba una estocada alta: hablaba demasiado, y eso abría huecos en su defensa. La punta de la espada tocó al italiano en el brazo izquierdo, haciéndole soltar la daga con un juramento.

Le fue encima entonces el capitán por ese hueco, fiando en la suya, largando tan atroz puñalada baja que la destrozó al errar y golpearse con el cañón. Por un instante Malatesta y él se miraron muy de cerca, casi abrazados. Después retiraron las espadas con presteza, para ganar espacio y acuchillar el uno antes que el otro; la diferencia fue que, apoyándose con la mano libre –y dolorida– sobre el cañón, el capitán dio al italiano una patada bien bellaca que lo empujó contra la borda y los obenques. En ese momento hubo un fuerte griterío en el combés, a sus espaldas, y el fragor de nuevos aceros se extendió por la cubierta del barco. Alatrisme no se volvió, pendiente como estaba de su enemigo; pero en la expresión de éste, de pronto fúnebre y desesperada, pudo leer que Sebastián Copons acababa de abordar el *Niklaasbergen* por la proa. Y para confirmarlo, el italiano abrió la boca soltando una espantosa blasfemia en su lengua materna. Algo sobre el cazzo di Cristo y la sporca Madonna.

Me arrastré mientras oprimía la herida con las manos, hasta apoyar la espalda en unos cabos adujados en el suelo, junto a la borda. Allí desabroché mis ropas buscándome el tajo, que estaba en el costado derecho; pero no pude verlo en la oscuridad. Apenas dolía, salvo en las costillas que el acero había tocado. Sentí cómo la sangre se derramaba dulcemente entre mis dedos, corriéndome cintura abajo, por los muslos, hasta mezclarse con la que ya empapaba las tablas de la cubierta. Debo hacer algo, pensé, o me desangro aquí como un verraco. La idea me hizo desfallecer, y aspiré aire en boqueadas luchando por seguir consciente; un desvanecimiento era el modo más cierto de vaciarme por la herida. Alrededor seguía la pelea, y todos estaban harto ocupados para que yo pidiese ayuda; con el agravante de que podía acudir un enemigo que me rebanase lindamente el pescuezo. Así que resolví cerrar la boca y apañármelas solo. Dejándome caer despacio sobre el costado sano, metí un dedo en la herida para comprobar lo honda que era. No pasaba de dos pulgadas, calculé: el colete de ante había amortizado de sobra los veinte escudos del precio. Podía respirar bien y el pulmón parecía indemne; pero la sangre seguía fluyendo y me debilitaba cada vez más. Tengo que atajar esto, me dije, o encargar misas. En otro sitio habría bastado un puñado de tierra para formar el coágulo, pero allí no había nada de eso. Ni siquiera un pañuelo limpio. De algún modo había arrastrado mi daga conmigo, porque la tenía entre las piernas. Corté un trozo del faldón de la camisa, y me lo apreté en la herida. Aquello escoció de veras. Dolió muchísimo, y tuve que morderme los labios para no gritar.

Empezaba a perder el sentido. Hice lo que pude, me dije, intentando consolarme antes de caer en el pozo negro que se abría a mis pies. No pensaba en Angélica ni pensaba en nada. Cada vez más débil, apoyé la cabeza en la borda, y entonces me pareció que ésta se movía. Sin duda es mi cabeza que da vueltas, concluí. Pero entonces reparé en que el ruido del combate había amainado allí, que ahora había muchas voces y escándalo algo más lejos en cubierta, hacia el combés y la proa. Algunos hombres me pasaron por encima, casi pateándome en sus prisas, y se arrojaron al agua. Oía sus chapoteos y sus gritos de pánico. Miré hacia arriba, aturdido, y me pareció que alguien había trepado a la gavia de la vela mayor y cortaba los matafiones, porque ésta se desplegó de pronto, cayendo medio hinchada por la brisa. Entonces torcí la boca en una mueca estúpida y feliz. Una mueca que debía de ser una sonrisa, pues comprendí que habíamos vencido, que el grupo de proa había logrado cortar el cabo del ancla, y que el galeón derivaba en la noche, hacia los bancos de arena de San Jacinto.

Espero que tenga lo que hay que tener y no se rinda, pensó Diego Alatraste, afirmándose de nuevo con la espada. Confío en que este perro siciliano tenga la decencia de no pedir cuartel, porque voy a matarlo de cualquier manera, y no quiero hacerlo cuando esté desarmado. Con ese pensamiento, espoleando por la urgencia de zanjar aquello y no cometer errores de última hora mientras lo intentaba, reunió cuantas fuerzas le quedaban para asestarle a Gualterio Malatesta una furiosa serie de estocadas, tan rápidas y brutales que ni el mejor esgrimista del mundo las habría encajado sin sacar pies. El otro retrocedió cubriéndose a duras penas; pero tuvo la frialdad suficiente, cuando el capitán apuró el último golpe, de meter una cuchillada oblicua, alta, que no le tajó la cara por el grueso de un cabello. La pausa bastó a Malatesta para echar un rápido vistazo alrededor, comprobar el estado de las cosas en cubierta y advertir que el galeón derivaba hacia la costa.

–Rectifico, Alatraste. Esta vez ganas tú.

No había terminado de hablar cuando el capitán le dio un piquete con la punta, en un ojo; y el italiano apretó los dientes y soltó un quejido, llevándose el dorso de la mano libre a la cara, por donde le corría un reguero de sangre. Todavía así, con mucho cuajo, compuso una estocada furiosa, a ciegas, que casi traspasó el colete de Alatraste, haciéndolo retroceder tres pasos.

–Al infierno –masculló Malatesta–. Tú y el oro.

Entonces le tiró la espada, intentando acertarle en el rostro, se encaramó a los obenques y saltó como una sombra en la oscuridad. Corrió Alatraste a la borda, tajando el aire, pero sólo pudo oír el chapuzón en las aguas negras. Y se quedó allí inmóvil, exhausto, mirando estúpidamente el mar en tinieblas.

–Siento el retraso, Diego –dijo una voz a su espalda.

Sebastián Copons estaba a su lado, resoplando de fatiga, con su cachirulo en torno a la frente y la espada en la mano, cubierto de sangre como por una máscara. Alatraste asintió con la cabeza, el aire todavía ausente.

–¿Muchas bajas?...

–La mitad.

–¿Íñigo?

–Regular. Un tajo pequeño en el pecho... Pero no le sale aire.

Alatraste asintió de nuevo, y siguió mirando la siniestra mancha negra del mar. A su espalda resonaban los gritos de triunfo de sus hombres, y los alaridos de los últimos defensores del *Niklaasbergen* al ser degollados mientras se rendían.

Me sentí mejor cuando dejó de fluir la sangre, y mis piernas recobraron las fuerzas. Sebastián Copons había hecho un vendaje de fortuna sobre la herida, y con ayuda de Bartolo Cagafuego fui a reunirme con los otros al pie de la escalera del alcázar. Los nuestros desalojaban la cubierta arrojando cadáveres por la borda, tras despojarlos de cuanto objeto de valor les encontraban encima. Caían con siniestras zambullidas, y nunca llegué a saber cuántos del barco, flamencos y españoles, murieron aquella noche. Doce o quince; tal vez más. El resto se había arrojado al mar durante el combate y ahora nadaba o se ahogaba atrás, en la estela que el galeón, favorecido por la brisa del nordeste, iba dejando en el agua oscura, en su deriva de través hacia los bancos de arena.

En la cubierta, aún resbaladiza de sangre, yacían a la luz del farol los cuerpos de nuestros muertos. Los del grupo de popa habíamos llevado la peor parte. Estaban allí inmóviles, el pelo revuelto, los ojos abiertos o cerrados, en las actitudes que tenían al sorprenderlos la Parca: Sangonera, máscarúa, el Caballero de Illescas y el murciano Pencho Bullas. Guzmán Ramírez se había perdido en el mar, y Andresito el de los Cincuenta agonizaba gimiendo en voz baja, encogido junto a la cureña de un cañón, cubierto por el jubón que alguien le

había echado encima para teparle las tripas que se derramaban hasta las rodillas. Salían heridos de menos consideración Enríquez el Zurdo, el mulato Campuzano y Saramago el Portugués. Había otro cadáver tendido en la cubierta, y lo estuve mirando un rato sorprendido, pues semejante posibilidad no me había pasado por la imaginación: el contador Olmedilla conservaba los párpados medio abiertos, como si hasta el último instante hubiese velado por que todo fuera en cumplimiento de lo debido a quienes pagaban su estipendio de funcionario. Estaba algo más pálido que de costumbre, impreso el rictus malhumorado bajo su bigotito de ratón cual si lamentara no disponer de tiempo para reseñarlo todo con tinta, papel y buena letra, en el acostumbrado documento oficial. La máscara de la muerte hacía más insignificante su aspecto, estaba muy quieto y parecía muy solo. Y me contaron que había subido al abordaje con el grupo de proa, trepando con enternecedora torpeza por los cordajes, dando ciegos mandobles con la espada que apenas sabía manejar, y que había caído enseguida, sin gritar ni quejarse, por un oro que no era suyo. Por un Rey al que apenas vio alguna vez de lejos, que ignoraba su nombre, y que de haberse cruzado con él en cualquier despacho, ni siquiera le habría dirigido la palabra.

Cuando me vio, Alatraste vino, palpó con suavidad la herida, y luego me puso una mano en el hombro. A la luz del farol pude ver que sus ojos mantenían la expresión absorta de la lucha, más allá de cuanto nos rodeaba.

–Celebro verte, zagal –dijo.

Pero yo supe que no era cierto. Que tal vez lo celebrara más tarde, cuando los pulsos recobrasen el ritmo habitual y todo encajara de nuevo en su sitio; pero en ese momento las palabras no eran más que palabras. Sus pensamientos estaban todavía pendientes de Gualterio Malatesta, y también de la deriva del galeón hacia los bancos de San Jacinto. Apenas miró los cadáveres de los nuestros, e incluso a Olmedilla dedicó sólo una breve ojeada. Nada parecía sorprenderle, ni alterar el hecho de que él seguía vivo y quedaban cosas por hacer. Mandó al Galán Eslava a la banda de sotavento para que avisara si dábamos en la barra de arena o en el bajo del Cabo, ordenó a Juan Jaqueta que mantuviese la vigilancia por si quedaba algún enemigo escondido, y recordó que nadie bajaría a las cubiertas inferiores con ningún pretexto. Pena de vida, repitió sombrío; y Jaqueta, tras observarlo fijamente, asintió con la cabeza.

Luego, acompañado por Sebastián Copons, Alatraste descendió a las entrañas del barco. Por nada del mundo me habría perdido aquello, de modo que aproveché los privilegios de mi situación para irles a la zaga, pese al dolor de mi herida, procurando no hacer movimientos bruscos que la hicieran sangrar más.

Copons llevaba un farol y una pistola que había cogido de cubierta; y Alatraste, la espada desnuda. Recorrimos así las cámaras y las bodegas sin encontrar a nadie –vimos una mesa puesta, con la comida intacta en una docena de platos–, y al fin llegamos a una escala que se hundía en la oscuridad. Al final había una puerta cerrada con una gruesa barra de hierro y dos candados. Copons me entregó el farol, fue en busca de un hacha de abordaje, y al cabo de unos cuantos golpes quedó derribada la puerta. Alumbré dentro.

–Cagüenlostia –murmuró el aragonés.

Allí estaban el oro y la plata por los que nos habíamos matado en cubierta. Estibado a modo de lastre en la bodega, el tesoro venía apilado en barriles y cajas bien amarradas unas a otras. Los lingotes y barras de oro relucían como un increíble sueño dorado, empedrando la cala. En las minas lejanas del Perú y Méjico, lejos de la luz del sol, bajo el látigo de los capataces, miles de esclavos indios habían dejado la salud y la vida para que ese metal precioso llegara hasta allí y fuese a pagar las deudas del imperio, los ejércitos y las guerras que España libraba contra media Europa, o aumentara la fortuna de banqueros, funcionarios, nobles sin escrúpulos, y en este caso la bolsa del mismo Rey. Las barras de oro reflejaban su brillo en las pupilas del capitán Alatraste, en los ojos muy abiertos de Copons. Y yo asistía al espectáculo, fascinado.

–Somos idiotas, Diego –dijo el aragonés.

Lo éramos, sin duda. Y vi que el capitán asentía lentamente a las palabras de su camarada. Lo éramos por no izar todas las velas, si hubiéramos sabido cómo hacerlo, y seguir navegando, no hacia los bancos de arena, sino hacia el mar abierto, hacia las aguas que bañaban tierras habitadas por hombres libres sin amo, sin dios y sin Rey.

–Virgen santa –dijo una voz a nuestra espalda.

Nos volvimos. El Bravo de los Galeones y el marinero Suárez estaban en la escalera, mirando el tesoro con las caras desencajadas. Traían sus armas en las manos, y talegos a la espalda donde habían ido metiendo cuanto de valor encontraban a su paso.

–¿Qué hacen aquí? –preguntó Alatraste.

Cualquiera que lo hubiese conocido habría tenido mucho tiento con el tono de su voz. Pero aquellos dos no lo conocían demasiado.

–Dar un paseo –repuso el Bravo de los Galeones con mucha desvergüenza.

El capitán se pasó dos dedos por el mostacho. Sus ojos estaban inmóviles como cuentas de vidrio.



–Ordené que no bajara nadie.

–Ya –el Bravo chasqueó la lengua. Sonreía codicioso, con una mueca feroz en el rostro lleno de marcas y puntos–. Y ahora vemos por qué.

Seguía contemplando con ojos de insania el tesoro que centelleaba en la bodega. Luego cambió una mirada con Suárez, que había dejado su talego en los escalones y se rascaba la cabeza incrédulo, aturcido por el descubrimiento.

–Me parece, compañero –le dijo el Bravo de los Galeones–, que habrá que hablar de esto con los otros... Sería linda chanza que...

Las palabras se ahogaron en su garganta cuando Alatraste, sin más preámbulos, le pasó el pecho con la espada, y con tanta rapidez que cuando el jaque se miró el golpe, estupefacto, el acero ya estaba otra vez fuera de la herida. Cayó con la boca abierta y un suspiro desesperado, primero sobre el capitán, que se apartó, y luego rodando por los escalones, hasta el pie mismo de un barril lleno de plata. Al ver aquello, Suárez soltó un horrorizado voto a Cristo y levantó el alfanje que llevaba en la mano; pero pareció pensarlo mejor, pues en el acto giró sobre sus talones y empezó a subir por la escalera a toda prisa, ahogando un chillido de angustia.

Y siguió chillando hasta que Sebastián Copons, que había desenvainado la daga, corrióle al alcance, atrapándolo por un pie, y tras hacerlo caer, le fue encima, lo asió por el pelo, y echándole hacia atrás con violencia la cabeza, lo degolló en un Jesús.

Yo asistí a la escena paralizado por el estupor. Inmóvil y sin atreverme a mover un dedo, vi que Alatraste limpiaba la espada en el cuerpo del Bravo de los Galeones, cuya sangre se derramaba hasta manchar los lingotes de oro apilados en el suelo. Luego hizo algo extraño: escupió, cual si tuviera algo sucio en la boca. Escupió al aire como para sí mismo, o como quien suelta una blasfemia silenciosa; y al encontrarse mis ojos con los suyos me estremecí, porque miraba igual que si no me conociera, y por un instante llegué a temer que también me clavara a mí la espada.

–Vigila la escalera –le dijo a Copons.

Asintió el aragonés, que también limpiaba su daga arrodillado junto al cuerpo inerte de Suárez. Después Alatraste pasó a su lado sin mirar apenas el cadáver del marinero, y subió a cubierta. Lo seguí, aliviado por dejar atrás el paisaje atroz de la bodega, y una vez arriba vi que Alatraste se detenía respirando hondo, como en busca del aire que le hubiera faltado abajo. Entonces el Galán Eslava gritó desde la borda, y casi al mismo tiempo sentimos rechinar la arena bajo la quilla del galeón. Cesó el movimiento, la cubierta quedó inclinada de través, y los hombres señalaron las luces que se movían en tierra, viniendo a nuestro encuentro. El *Niklaasbergenb* había embarrancado en los bajos de San Jacinto.

Fuimos a la borda. Había barcas remando en la oscuridad, y una fila de luces se adelantaba despacio, al extremo de la lengua de arena que, al iluminarla con faroles, clareaba el agua bajo el galeón.

Alatraste echó una ojeada a la cubierta.

–Nos vamos –le dijo a Juan Jaqueta.

El otro dudó un momento.

–¿Dónde están Suárez y el Bravo? –preguntó, inquieto–. Lo siento, capitán, pero no pude evitar... –se interrumpió de pronto, observando con mucha atención a mi amo bajo la luz del combés –. Disculpad... Habría tenido que matarlos, para impedir que bajaran.

Se calló un instante.

–Matarlos –repitió en voz baja, confuso.

Sonó más a interrogación que a otra cosa. Pero no hubo respuesta. Alatraste seguía mirando alrededor.

–Abandonamos el barco –dijo, dirigiéndose a los hombres de la cubierta–. Socorran a los heridos.

Jaqueta continuaba observándolo. Aún parecía aguardar una respuesta.

–¿Qué ha pasado? –preguntó sombrío.

–Ellos no vienen.

Habíase vuelto al fin a encararlo, con mucha frialdad y mucha calma. Abrió la boca el otro, pero al cabo no dijo nada. Se quedó así un momento y luego terminó por volverse a los hombres, apremiándolos a obedecer. Las barcas y las luces se acercaban más, y los nuestros empezaron a descender por la escala hasta la lengua de arena que la bajamar descubría bajo el galeón. Sosteniendo con cuidado a Enríquez el Zurdo, que sangraba mucho por la nariz rota y tenía un par de feos tajos en los brazos, bajaron Bartolo Cagafuego y el mulato Campuzano, que llevaba la frente vendada como si luciera un turbante. Por su parte, Ginesillo el Lindo ayudaba a Saramago, que se dolía cojeando de una cuchillada de palmo y medio en un muslo.

–Casi me llevan los aparejos –se lamentaba el Portugués.

Los últimos fueron Jaqueta, que antes cerró los ojos de su compadre Sangonera, y el Galán Eslava. En cuanto a Andresito el de los Cincuenta, nadie tuvo que ocuparse de él porque hacía rato que estaba muerto. Copons

apareció por la escala de la bodega, y sin reparar en nadie se dirigió a la borda. En ese momento asomó por ella un hombre, en el que reconocí al del bigote bermejo que por la tarde había estado conferenciando con el contador Olmedilla.

Venía con las mismas ropas de cazador, armado hasta las encías, y tras él subieron varios más. Pese al disfraz, todos tenían aspecto de soldados. Repasaron con curiosidad profesional los cuerpos muertos de los nuestros, la cubierta manchada de sangre, y el del bigote bermejo se quedó observando un rato el cadáver de Olmedilla. Luego vino hasta el capitán.

–¿Cómo pasó? –quiso saber, señalando el cuerpo del contador.

–Pasó –dijo Alatraste, lacónico.

El otro se lo quedó mirando con mucha atención.

–Buen trabajo –dijo por fin, ecuánime.

Alatraste no respondió. Por la borda seguían subiendo hombres muy bien armados. Algunos traían arcabuces con las mechas encendidas.

–Me hago cargo del barco –dijo el del bigote bermejo– en nombre del Rey.

Vi que mi amo asentía, y lo seguí al dirigirse a la borda por donde Sebastián Copons se descolgaba ya. Entonces Alatraste se volvió hacia mí, el aire todavía ausente, y me pasó un brazo por detrás, para ayudarme. Fui a apoyarme en él, sintiendo en sus ropas el olor del cuero y el hierro mezclado con la sangre de los hombres que había matado aquella noche. Bajó así por la escala sosteniéndome con cuidado, hasta que pusimos pie en la arena. El agua nos llegaba por los tobillos. Después nos mojamos algo más al caminar hacia la playa, hundiéndonos hasta la cintura, de modo que llegó a escocerme mucho la herida. Y a poco, sosteniéndome siempre el capitán, salimos a tierra firme donde los nuestros se congregaban en la oscuridad. Había alrededor más sombras de hombres armados, y también las formas confusas de muchas mulas y carros listos para cargar lo que había en las bodegas del barco.

–A fe mía –dijo alguien– que nos hemos ganado el jornal.

Aquellas palabras, dichas en tono festivo, rompieron el silencio y la tensión que aún quedaba del combate. Como siempre después de la acción –eso lo había visto repetirse una y otra vez en Flandes–, poco a poco los hombres empezaron a hablar, primero de modo aislado, con frases breves, quejidos y suspiros. Luego de modo más abierto. Llegaron al fin los pardiecos, las risas y las fanfarronadas, el vive Dios y pese a Cristo que yo hice tal, o fulano hizo cual. Algunos reconstruían los lances del abordaje o se interesaban por el modo en que habían muerto este o aquel compañero. No oí lamentar la pérdida del contador Olmedilla: aquel tipo seco y vestido de negro nunca les fue simpático, y además saltaba a la vista que no era hombre de tales menesteres. Nadie le había dado vela en su propio entierro.

–¿Qué fue del Bravo de los Galeones? –preguntó uno–. No lo vi reventar.

–Estaba vivo a lo último –dijo otro.

–El marinero –añadió un tercero– tampoco bajó del barco.

Nadie supo dar razón, o los que podían darla se callaron. Hubo algunos comentarios a media voz; pero a fin de cuentas el marinero Suárez no tenía amigos en aquella balumba, y el Bravo era detestado por la mayoría. En realidad nadie lamentaba su ausencia.

–A más tocamos, supongo –apuntó uno.

Alguien se rió, grosero, dando por zanjado el asunto. Y me pregunté –sin muchas dudas en la respuesta– si en caso de estar yo mismo tirado en la cubierta, frío y tieso como la mojama, habría merecido el mismo epitafio. Veía cerca la sombra callada de Juan Jaqueta; y aunque era imposible distinguir su cara, supe que miraba al capitán Alatraste.

Seguimos camino hasta una venta cercana, que ya estaba dispuesta para que pasáramos la noche. Al ventero –gente bellaca donde las haya– le bastó vernos las caras, los vendajes y los hierros para volverse tan diligente y obsequioso como si fuésemos grandes de España. De modo que allí hubo vino de Jerez y Sanlúcar para todos, fuego para secar las ropas y comida abundante de la que no perdonamos letra, pues con la sarracina teníamos bien mochos los estómagos. Se entregaron jarras y cabrito asado al brazo secular, y terminamos haciendo la razón por los camaradas muertos y por las relucientes monedas de oro que cada cual vio apilar ante sí sobre la mesa, traídas antes del amanecer por el hombre del bigote bermejo, al que acompañaba un cirujano que atendió a nuestros heridos, limpió el roto de mi costado, cosióme dos puntos en la herida, y puso en ella unguento y un vendaje nuevo y limpio. Poco a poco los hombres se fueron quedando dormidos entre los vapores del vino. De vez en cuando el Zurdo o el Portugués se quejaban de sus heridas, o resonaban los ronquidos de Copons, que dormía tirado sobre una estera con la misma flema que yo le había visto en el fango de las trincheras de Flandes.

A mí, el malestar de la herida me impidió conciliar el sueño. Era la primera que sufría, y mentiría si negase que su dolor me hacía experimentar un nuevo e indecible orgullo. Ahora, con el paso del tiempo, tengo otras marcas en el cuerpo y en la memoria: aquélla es sólo un trazo casi imperceptible sobre mi piel, minúscula en comparación con la de Rocroi, o con la que me hizo la daga de Angélica de Alquézar; pero a veces paso los dedos por encima y recuerdo como si fuera ayer la noche en la barra de Sanlúcar, el combate en la cubierta del *Niklaasbergen* y la sangre del Bravo de los Galeones manchando de rojo el oro del Rey.

Tampoco olvido al capitán Alatraste como lo vi esa madrugada en que el dolor no me dejaba dormir, sentado aparte en un taburete, la espalda contra la pared, viendo el alba penetrar grisácea por la ventana, bebiendo vino lenta y metódicamente, como tantas veces lo vi hacerlo, hasta que sus ojos parecieron de vidrio opaco y su perfil aquilino se inclinó despacio sobre el pecho, y el sueño, un letargo semejante a la muerte, se adueñó de su cuerpo y su conciencia.

Y yo había vivido junto a él tiempo suficiente para conocer que, incluso en sueños, Diego Alatraste seguía moviéndose a través de aquel páramo personal que era su vida, callado, solitario y egoísta, cerrado a todo lo que no fuese la indiferencia lúcida de quien conoce el escaso trecho que media entre estar vivo y estar muerto. De quien mata por oficio para conservar el resuello, para comer caliente. Para cumplir, resignado, las reglas del extraño juego: el viejo ritual a que hombres como él se veían abocados desde que existía el mundo. Lo demás, el odio, las pasiones, las banderas, nada tenía que ver con aquello. Habría sido más llevadero, sin duda, que en lugar de la amarga lucidez que impregnaba cada uno de sus actos y pensamientos, el capitán Alatraste hubiera gozado de los dones magníficos de la estupidez, el fanatismo o la maldad. Porque sólo los estúpidos, los fanáticos o los canallas viven libres de fantasmas, o de remordimientos.

## EPÍLOGO

Imponente en su uniforme amarillo y rojo, el sargento de la guardia española me observó irritado, reconociéndome cuando franqueé la puerta de los Reales Alcázares con Don Francisco de Quevedo y el capitán Alatraste. Era el individuo fuerte y mostachudo con el que yo había tenido días atrás unas palabras frente a las murallas; y sin duda le sorprendía verme ahora con jubón nuevo, bien repeinado y más galán que Narciso, mientras Don Francisco le mostraba el documento por el que se nos autorizaba a asistir a la recepción que sus majestades los reyes daban al municipio y al consulado de Sevilla, para celebrar la llegada de la flota de Indias. Otros invitados entraban al mismo tiempo: ricos comerciantes con esposas bien provistas de joyas, mantillas y abanicos, caballeros de la nobleza menor que sin duda habían empeñado sus últimos bienes para estrenar ropa aquella tarde, eclesiásticos de sotana y manteo, y representantes de los gremios locales. Casi todos miraban a uno y otro lado extasiándose boquiabiertos e inseguros, impresionados por la espléndida apariencia de las guardias española, borgoñona y tudesca que custodiaban el recinto, cual si temieran que de un momento a otro alguien preguntase qué hacían allí antes de echarlos a la calle.

Hasta el último invitado sabía que sólo iba a ver a los reyes un instante y de lejos, y que todo se limitaría a descubrirse la cabeza, inclinarla al paso de sus augustas majestades y poco más; pero hollar los jardines del antiguo palacio árabe y asistir a una jornada como aquélla, adoptando el continente hidalgo y endomingado propio de un grande de España, y poder contarlo al día siguiente, colmaba las ínfulas que todo español del siglo, hasta el más plebeyo, cultivaba dentro.

Y de ese modo, cuando también al otro día el cuarto Felipe plantease al municipio la aprobación de un nuevo impuesto o una tasa extraordinaria sobre el tesoro recién llegado, Sevilla tendría en la boca el almíbar necesario para endulzar lo amargo del trago –las más mortales estocadas son las que traspasan el bolsillo–, y aflojaría la mosca sin excesivos melindres.

–Allí está Guadalmedina –dijo Don Francisco.

Álvaro de la Marca, que se entretenía de parla con unas damas, nos vio de lejos, disculpóse mediante una graciosa cortesía y vino a nuestro encuentro con mucha política, luciendo la mejor de sus sonrisas.

–Pardiez, Alatraste. Cuánto me alegra.

Con su desenvoltura habitual saludó a Quevedo, elogió mi jubón nuevo y golpeó con amistosa suavidad un brazo del capitán.

–Hay quien se alegra mucho también –añadió.

Vestía tan elegante como solía: de azul pálido con pasamanería de plata y una hermosa pluma de faisán en el chapeo; y su aspecto cortesano contrastaba con el sobrio indumento de Quevedo, negro y con la cruz de Santiago al pecho, y también con el de mi amo, que iba de pardo y negro, con un jubón viejo pero cepillado y limpio, gregüescos de lienzo, botas, y la espada reluciente en el cinto recién pulido. Sus únicas prendas nuevas eran el sombrero –un fieltro de anchas alas con una pluma roja en la toquilla–, la blanquísima valona almidonada que llevaba abierta, a lo soldado, y la daga que reemplazaba a la rota durante el encuentro con Gualterio Malatesta: una magnífica hoja larga de casi dos cuartas, con las marcas del espadero Juan de Orta, que había costado diez escudos.

–No quería venir –dijo Don Francisco, señalando al capitán con un gesto.

–Ya lo supongo –respondió Guadalmedina–. Pero hay órdenes que no se pueden discutir –guiñó un ojo, familiar–... Mucho menos un veterano como tú, Alatraste. Y ésta es una orden.

El capitán no decía nada. Miraba en torno, incómodo, y a veces se tentaba la ropa como si no supiera qué hacer con las manos. A su lado, Guadalmedina sonreía al paso de éste o aquél, saludaba con un gesto a un conocido, con una inclinación de cabeza a la mujer de un mercader o a la de un leguleyo, que se curaban el pudor con golpes de abanico.

–Te diré, capitán, que el paquete llegó a su destinatario, y que todo el mundo se huelga mucho de ello –interrumpióse, con una risa, y bajó la voz–... A decir verdad, unos se huelgan menos que otros... Al duque de Medina Sidonia le ha dado un ataque que casi se muere del disgusto. Y cuando Olivares regrese a Madrid, tu amigo el secretario real Luis de Alquézar tendrá que dar unas cuantas explicaciones.

Guadalmedina seguía riendo bajito, muy puesto en chanza, sin dejar los saludos, haciendo gala de una impecable apariencia de cortesano.

–El conde duque está en la gloria –prosiguió–. Más feliz que si Cristo fulminase a Richelieu... Por eso quiere que estés hoy aquí:

para saludarte, aunque sea de lejos, cuando pase con los reyes... No me digas que no es un honor. Invitación personal del privado.

–Nuestro capitán –dijo Quevedo– opina que el mejor honor que podría hacersele es olvidar por completo este asunto.

–No le falta razón –opinó el aristócrata–. Que a menudo el favor de los grandes es más peligroso y mezquino que su desfavor... De cualquier modo, tienes suerte de ser soldado, Alatraste, porque como cortesano serías un desastre... A veces me pregunto si mi oficio no es más difícil que el tuyo.

–Cada cual –dijo el capitán– se las arregla como puede.

–Y que lo digas. Pero volviendo a lo de aquí, te diré que el Rey mismo le pidió ayer a Olivares que le contara la historia. Yo estaba delante, y el privado pintó un cuadro bastante vivo... Y aunque ya sabes que nuestra católica majestad no es hombre que exteriorice sus emociones, que me ahorquen como a un villano si no lo vi parpadear seis o siete veces durante el relato; lo que en él es el colmo.

–¿Eso va a traducirse en algo? –preguntó Quevedo, práctico.

–Si os referís a algo que suene y tenga cara y cruz, no lo creo. Ya sabéis que en deshilar lana, si Olivares es tacaño, su majestad nos sale tacaño y medio... Consideran que el negocio quedó pagado en su momento, y bien pagado además.

–Eso es verdad –concedió Alatraste.

–Así será, si tú lo dices –Álvaro de la Marca encogía los hombros–. Lo de hoy es, digamos, un colofón honorífico... Al Rey le han picado la curiosidad, recordándole que fuiste tú el de las estocadas del príncipe de Gales en el corral del Príncipe hace un par de años. Así que tiene antojo de verte la cara –el aristócrata hizo una pausa cargada de intención–... La otra noche, la orilla de Triana estaba demasiado oscura. Dicho eso calló de nuevo, atento al rostro impasible de Alatraste.

–¿Has oído lo que acabo de decir?

Mi amo sostuvo aquello sin responder, como si lo que planteaba Álvaro de la Marca fuese algo que ni le importaba ni deseaba recordar. Algo de lo que prefería mantenerse al margen. Tras un instante el aristócrata pareció entenderlo; porque sin dejar de observarlo movió lentamente la cabeza mientras sonreía a medias, el aire comprensivo y amistoso. Después ojeó alrededor y se detuvo en mí.

–Cuentan que el chico estuvo bien –dijo, cambiando de tecla–... Y que hasta se llevó un lindo recuerdo.

–Estuvo muy bien –confirmó Alatraste, haciéndome ruborizar de arrogancia.

–En cuanto a lo de esta tarde, conocéis el protocolo –Guadalmedina indicó las grandes puertas que comunicaban los jardines con el palacio–... Aparecerán por ese lado sus majestades, se inclinarán todos estos palurdos, y los reyes desaparecerán por esa otra parte. Visto y no visto. En cuanto a ti, Alatraste, no tendrás más que descubrirte e inclinar por una vez en tu maldita vida esa cabezota de soldado... El Rey, que pasará oteando las alturas como acostumbra, te mirará un momento. Olivares hará lo mismo. Tú saludas, y en paz.

–Gran honor –dijo Quevedo, irónico. Y luego recitó, en voz muy baja, haciéndonos acercar en corro las cabezas:

*¿Veslos arder en púrpura, y sus manos  
en diamantes y piedras diferentes?  
Pues asco dentro son, tierra y gusanos.*

Guadalmedina, que aquella tarde estaba muy puesto en vena cortesana, dio un respingo. Volvíase en torno, molesto, acallando al poeta con gestos para que fuese más comedido.

–A fe, Don Francisco. Reportaos, que no está el horno para bollos... Además, hay quien se dejaría arrancar una mano por una simple mirada del Rey –se volvió al capitán, persuasivo–... De cualquier modo, bueno es que también Olivares te recuerde, y bueno es que desee verte aquí. En Madrid tienes unos cuantos enemigos, y no es baladí contar al privado entre los amigos... Ya es tiempo de que deje de seguirte la miseria como la sombra al cuerpo. Y como tú mismo le dijiste una vez al propio Don Gaspar en mi presencia, nunca se sabe.

–Es cierto –repitió Alatraste–. Nunca se sabe.

Sonó un redoble de tambor al extremo del patio, seguido de un toque corto de corneta, y las conversaciones se apagaron mientras los abanicos interrumpían su aleteo, algunos sombreros se abatían, y todo el mundo atendía hacia el otro lado de las fuentes, los setos recortados y las amenas rosaledas. Allí había unas grandes colgaduras y tapices, y bajo ellas acababan de aparecer los reyes y su séquito.

–Debo reunirme con ellos –se despidió Guadalmedina–. Hasta luego, Alatríste. Y si es posible, intenta sonreír un poco cuando te vea el privado... Aunque pensándolo bien, mejor quédate serio... ¡Una sonrisa tuya hace temer una estocada!

Se alejó y quedamos donde nos había dispuesto, en la orilla misma del camino de albero que cruzaba por la mitad del jardín, mientras la gente abría plaza a uno y otro lado, todos pendientes de la comitiva que avanzaba despacio por la avenida. Iban delante dos oficiales y cuatro arqueros de la guardia, y detrás una elegante muestra del séquito real: gentiles hombres y azafatas de los reyes, ellas con sombreros y mantellinas con plumas, joyeles, puntillas y ricas telas; y ellos vestidos de buenos paños con diamantes, cadenas de oro y espadas de corte con empuñaduras doradas.

–Ahí la tienes, chico –susurró Quevedo.

No hacía falta que lo dijera, porque yo estaba atento, mudo e inmóvil. Entre las meninas de la reina venía Angélica de Alquézar, por supuesto, con una mantilla blanca finísima, casi transparente, sobre los hombros que rozaban sus tirabuzones rubios. Lucía tan bella como de costumbre, con el detalle de un gracioso pistolete de plata y piedras preciosas sujeto a la cintura, que parecía de veras capaz de disparar una bala, y que portaba en forma de joya o adorno sobre la amplia falda de raso de aguas rojo. Un abanico de Nápoles pendía de su muñeca, pero el cabello iba sin tocado ninguno, excepto una delicada peineta de nácar.

Me vio, al fin. Sus ojos azules, que mantenía indiferentes ante sí, volviéronse de pronto cual si adivinaran mi presencia o como si, por alguna extraña brujería, esperasen encontrarme precisamente allí. De ese modo Angélica me observó con mucho espacio y mucha fijeza, sin volver la cara ni descomponer su continente. Y de pronto, cuando ya estaba a punto de rebasarme y no podía seguir mirando sin volver el rostro, sonrió. Y la suya fue una sonrisa espléndida, luminosa como el sol que doraba las almenas de los Alcázares.

Después pasó de largo, alejándose por la avenida, y quedé boquiabierto como un perfecto menguado; sometidas sin cuartel, a su amor, mis tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad. Pensando que, sólo por verla mirarme así de nuevo, habría regresado a la Alameda de Hércules o a bordo del *Niklaasbergen*, una y mil veces, dispuesto a hacerme matar en el acto. Y fue tan intenso el latido de mi corazón y de mis venas, que noté una suave punzada y una humedad tibia en el costado, bajo el vendaje, donde acababa de abrirse otra vez la herida.

–Ah, chico –murmuró Don Francisco de Quevedo, poniéndome una mano afectuosa en un hombro–... Así es y será siempre: mil veces morirás, y nunca acabarán con la vida tus congojas.

Suspiré, pues era incapaz de articular palabra. Y oí recitar muy quedamente al poeta:

*Aquella hermosa fiera  
en una reja dice que me espera...*

Llegaban ya a nuestra altura sus majestades los reyes con mucha pausa y protocolo: Felipe Cuarto, joven, rubio, de buen talle, muy erguido y mirando hacia arriba como solía, vestido de terciopelo azul con guarnición de negro y plata, el Toisón con una cinta negra y una cadena de oro sobre el pecho. La reina doña Isabel de Borbón vestía en argentina con vueltas de tafetán anaranjado, y un tocado de plumas y joyas que acentuaba la expresión juvenil, simpática, de su rostro. Ella sí sonreía con donaire a todo el mundo, a diferencia de su marido; y era grato espectáculo el paso de aquella hermosa reina española de nación francesa, hija, hermana y esposa de reyes, cuya alegre naturaleza alegró la sobria Corte durante dos décadas, despertó suspiros y pasiones que contaré en otro episodio a vuestras mercedes, y se negó siempre a vivir en El Escorial: el impresionante, oscuro y austero palacio construido por el abuelo de su esposo, hasta que –paradojas de la vida, que a nadie excluyen– la pobrecilla terminó morando en él a perpetuidad, enterrada allí a su muerte con el resto de las reinas de España.

Pero todo eso estaba muy lejos, en aquella festiva tarde sevillana. Los reyes eran jóvenes y apuestos, y a su paso se destocaban las cabezas inclinándose ante la majestad de la realeza. Venía con ellos el conde duque de Olivares, corpulento e imponente, viva estampa del poder en traje de tafetán negro, con aquella recia espalda que, a modo de Atlante, sostenía el arduo peso de la monarquía inmensa de las Españas; tarea imposible que el talento de Don Francisco de Quevedo pudo, años más tarde, resumir en sólo tres versos:

*Y es más fácil, ¡oh España!, en muchos modos,  
que lo que a todos les quitaste sola,  
te puedan a ti sola quitar todos.*

Llevaba Don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares y ministro del Rey nuestro señor, rica valona de Bruselas y la cruz de Calatrava bordada en el pecho; y sobre el enorme mostacho que le subía fiero hasta casi

los ojos, éstos, penetrantes y avisados, iban de un lado a otro, identificando, estableciendo, conociendo siempre, sin tregua. Muy pocas veces se detenían sus majestades, siempre a indicación del conde duque; y en tal caso el Rey, la reina o ambos a la vez, miraban a algún afortunado que por razones, servicios o influencias era acreedor de tal honor. En tales casos, las mujeres hacían reverencias hasta el suelo, y los hombres se doblaban por la cintura, bien descubiertos como es natural desde el principio; y luego, tras concederles el privilegio de esa contemplación y un instante de silencio, los reyes proseguían su solemne marcha. Iban detrás nobles escogidos y grandes de España, entre los que se contaba el conde de Guadalmedina; y al llegar cerca de nosotros, mientras Alatraste y Quevedo se quitaban los sombreros como el resto de la gente, Álvaro de la Marca dijo unas palabras al oído de Olivares y éste dirigió a nuestro grupo una de sus ojeadas feroces, implacables como sentencias. Vimos entonces que el privado deslizaba a su vez unas palabras al oído del Rey, y cómo Felipe Cuarto, bajando la vista de las alturas, la fijaba en nosotros, deteniéndose. El conde duque seguía hablándole al oído, y mientras el Austria, adelantado el labio prognático, escuchaba impasible, sus ojos de un azul desvaído se posaron en el capitán Alatraste.

–Hablan de vuestra merced –susurró Quevedo.

Observé al capitán. Permanecía erguido, el sombrero en una mano y la otra en el puño de la espada, con su recio perfil mostachudo y la cabeza serena de soldado, mirando a la cara de su Rey; al monarca cuyo nombre había voceado en los campos de batalla, y por cuyo oro había reñido tres noches atrás, a vida o muerte. Observé que el capitán no parecía impresionado, ni tímido. Toda su incomodidad ante el protocolo había desaparecido, y sólo quedaba allí su mirada digna y franca que sostenía la de Felipe Cuarto con la equidad de quien nada debe y nada espera. Recordé en ese momento el motín del tercio viejo de Cartagena frente a Breda, cuando yo estuve a punto de unirme a los revoltosos, y las banderas salían de las filas para no verse deshonradas por la revuelta, y Alatraste me dio un pescozón para obligarme a ir tras ellas, con las palabras: «Tu Rey es tu Rey». Y era allí, en el patio de los Reales Alcázares de Sevilla, donde yo empezaba a penetrar por fin la enjundia de aquel singular dogma que no supe entender en su momento: la lealtad que el capitán Alatraste profesaba, no al joven rubio que ahora estaba ante él, ni a su majestad católica, ni a la verdadera religión, ni a la idea que uno y otras representaban sobre la tierra; sino a la simple norma personal, libremente elegida a falta de otra mejor, resto del naufragio de ideas más generales y entusiastas, desvanecidas con la inocencia y con la juventud. La regla que, fuera cual fuese, cierta o errada, lógica o no, justa o injusta, con razón o sin ella, los hombres como Diego Alatraste necesitaron siempre para ordenar –y soportar– el aparente caos de la vida. Y de ese modo, paradójicamente, mi amo se descubría con escrupuloso respeto ante su Rey, no por resignación ni por disciplina, sino por desesperanza. A fin de cuentas, a falta de viejos dioses en los que confiar, y de grandes palabras que vocear en el combate, siempre era bueno para la honra de cada cual, o al menos mejor que nada, tener a mano un Rey por quien luchar y ante el que descubrirse, incluso aunque no se creyera en él. De manera que el capitán Alatraste se atenía escrupulosamente a ese principio; de igual modo que tal vez, de haber profesado una lealtad distinta, habría sido capaz de abrirse paso entre la multitud y acuchillar a ese mismo Rey, sin dársele un ardite las consecuencias.

En ese momento ocurrió algo insólito que interrumpió mis reflexiones. El conde duque de Olivares concluyó su breve relación, y los ojos por lo común impasibles del monarca, que ahora adoptaban una expresión de curiosidad, se mantuvieron fijos en el capitán mientras aquel hacía un levísimo gesto de aprobación con la cabeza.

Y entonces, llevando muy pausadamente la mano a su augusto pecho, el cuarto Felipe descolgó la cadena de oro que en él lucía, y se la pasó al conde duque. Sopesóla en la mano el privado, con una sonrisa pensativa; y luego, para asombro general, vino hasta nosotros.

–A su majestad le place tengáis esta cadena –dijo.

Había hablado con aquel tono recio y arrogante que era tan suyo, asaeteándolo con las puntas negras y duras de sus ojos, la sonrisa todavía visible bajo el fiero mostacho.

–Oro de las Indias –añadió el privado con manifiesta ironía.

Alatraste había palidecido. Estaba inmóvil como una estatua de piedra, y atendía al conde duque cual si no alcanzase sus palabras. Olivares seguía mostrando la cadena en la palma de la mano.

–No me tendréis así toda la tarde –se impacientó.

El capitán pareció despertar por fin. Y al cabo, rehechos la serenidad y el gesto, tomó la joya, y murmurando unas confusas palabras de agradecimiento miró de nuevo al Rey. El monarca seguía observándolo con la misma curiosidad mientras Olivares regresaba a su lado, Guadalmedina sonreía entre los asombrados cortesanos, y la comitiva se dispuso a continuar camino. Entonces el capitán Alatraste inclinó la cabeza con respeto, el Rey asintió de nuevo, casi imperceptiblemente, y todos reanudaron la marcha. Paseé la vista alrededor, desafiante, orgulloso de mi amo, por los rostros curiosos que contemplaban con asombro al

capitán, preguntándose quién diablos era ese afortunado a quien el conde duque en persona entregaba un presente del Rey. Don Francisco de Quevedo reía en voz baja, encantado con aquello, haciendo castañetas con los dedos, y hablaba de ir a remojar en el acto el gaznate y la palabra a la hostería de Becerra, donde urgía poner en un papel ciertos versos que se le acababan de ocurrir, voto a Dios, allí mismo:

*Si no temo perder lo que poseo,  
ni deseo tener lo que no gozo,  
poco de la Fortuna en mí el destrozo  
valdrá, cuando me elija actor o reo.*

... Recitó en nuestro obsequio, feliz como siempre que daba con una buena rima, una buena riña o una buena jarra de vino:

*Vive Alatraste solo, si pudieres,  
pues sólo para ti, si mueres, mueres.*

En cuanto al capitán, permanecía inmóvil en el sitio, entre la gente, todavía con el sombrero en la mano, mirando alejarse la comitiva por los jardines del Alcázar. Y para mi sorpresa vi ensombrecido su rostro, como si cuanto acababa de ocurrir lo atase de pronto, simbólicamente, más de lo que él mismo deseaba. El hombre es libre cuanto menos debe; y en la naturaleza de mi amo, capaz de matar por un doblón o una palabra, había cosas nunca escritas, nunca dichas, que vinculaban igual que una amistad, una disciplina o un juramento. Y mientras a mi lado Don Francisco de Quevedo seguía improvisando los versos de su nuevo soneto, yo supe, o intuí, que al capitán Alatraste aquella cadena del Rey le pesaba como si fuera de hierro.

*Madrid, octubre 2000*



LA AVENTURA DEL  CAPITÁN ALATRISTE

ARTURO  
**PÉREZ-REVERTE**



**EL CABALLERO  
DEL  
JUBÓN AMARILLO**

ALFAGUARA  


**ARTURO PÉREZ-REVERTE**  
***El caballero del  
jubón amarillo***

(c) 2003, Arturo Pérez-Reverte  
(c) De esta edición,  
Santillana Ediciones Generales, S. L., Madrid  
ISBN: 84-204-0021-1  
Depósito legal: M. 42.146-2003  
Primera edición: noviembre 2003

*A Germán Dehesa,  
por las menudas honras*

*Por odio y contrario afán  
calumniado torpemente,  
fue soldado más valiente  
que prudente capitán.*

*Osado y antojadizo  
mató, atropelló cruel;  
mas por Dios que no fue él,  
fue su tiempo quien lo hizo.*

## I. EL CORRAL DE LA CRUZ

A Diego Alatriste se lo llevaban los diablos. Había comedia nueva en el corral de la Cruz, y él estaba en la cuesta de la Vega, batiéndose con un fulano de quien desconocía hasta el nombre. Estrenaba Tirso, lo que era gran suceso en la Villa y Corte. Toda la ciudad llenaba el teatro o hacía cola en la calle, lista para acuchillarse por motivos razonables como un asiento o un lugar de pie para asistir a la representación, y no por un quítame allá esas pajas tras un tropiezo fortuito en una esquina, que tal era el caso: ritual de costumbre en aquel Madrid donde resultaba tan ordinario desenvainar como santiguarse. Pardiez que a ver si mira vuestra merced por dónde va. Miradlo vos, si no sois ciego. Pese a Dios. Pese a quien pese. Y aquel inoportuno voseo del otro –un caballero mozo, que se acaloraba fácil– haciendo inevitable el lance. Vuestra merced puede tratarme de vos e incluso tutearme muy a sus anchas, había dicho Alatriste pasándose dos dedos por el mostacho, en la cuesta de la Vega, que está a cuatro pasos. Con espada y daga, si es tan hidalgo de tener un rato. Por lo visto el otro lo tenía, y no estaba dispuesto a modificar el tratamiento. De manera que allí estaban, en las vistillas de la cuesta sobre el Manzanares, tras caminar uno junto al otro como dos camaradas, sin dirigirse la palabra ni para desnudar blancas y vizcaínas, que ahora tintineaban muy a lo vivo, cling, clang, reflejando el sol de la tarde.

Paró, con atención repentina y cierto esfuerzo, la primera estocada sería tras el tanteo. Estaba irritado, más consigo mismo que con su adversario. Irritado de la propia irritación. Eso era poco práctico en tales lances. La esgrima, cuando iban al parche de la caja la vida o la salud, requería frialdad de cabeza amén de buen pulso, porque de lo contrario uno se arriesgaba a que la irritación o cualquier otro talante escapase del cuerpo, junto al ánima, por algún ojal inesperado del jubón. Pero no podía evitarlo. Ya había salido con aquella negra disposición de ánimo de la taberna del Turco –la discusión con Caridad la Lebrijana apenas llegada ésta de misa, la loza rota, el portazo, el retraso con que se encaminaba al corral de comedias–, de modo que, al doblar la esquina de la calle del Arcabuz con la de Toledo, el malhumor que arrastraba convirtió el choque fortuito en un lance de espada, en vez de resolverlo con sentido común y verbos razonables. De cualquier modo, era tarde para volverse atrás. El otro se lo tomaba a pecho, aplicado a lo suyo, y no era malo. Ágil como un gamo y con mañas de soldado, creyó advertir en su manera de esgrimir: piernas abiertas, puño rápido con vueltas y revueltas. Acometía a herir a lo bravo, en golpes cortos, retirándose como para tajo o revés, buscando el momento de meter el pie izquierdo y trabar la espada enemiga por la guarnición con su daga de ganchos. El truco era viejo, aunque eficaz si quien lo ejecutaba tenía buen ojo y mejor mano; pero Alatriste era reñidor más viejo y acuchillado, de manera que se movía en semicírculo hacia la zurda del contrario, estorbándole la intención y fatigándolo. Aprovechaba para estudiarlo; en la veintena, buena traza, con aquel punto soldadesco que un ojo avisado advertía pese a las ropas de ciudad, botas bajas de ante, ropilla de paño fino, una capa parda que había dejado en el suelo junto al chapeo para que no embarazase. Buena crianza, quizás. Seguro, valiente, boca cerrada y nada fanfarrón, ciñéndose a lo suyo. El capitán ignoró una estocada falsa, describió otro cuarto de arco a la derecha y le puso el sol en los ojos al contrincante. Maldita fuera su propia estampa. A esas horas *La huerta de Juan Fernández* debía de estar ya en la primera jornada.

Resolvió acabar, sin que la prisa se le volviera en contra. Y tampoco era cosa de complicarse la vida matando a plena luz y en domingo. El adversario acometía para formar

tajo, de manera que Alatríste, después de parar, aprovechó el movimiento para amagar de punta por arriba, metió pies saliéndose a la derecha, bajó la espada para protegerse el torso y le dio al otro, al pasar, una fea cuchillada con la daga en la cabeza. Poco ortodoxo y más bien sucio, habría opinado cualquier testigo; pero no había testigos, María de Castro estaría ya en el tablado, y hasta el corral de la Cruz quedaba un buen trecho. Todo eso excluía las lindezas. En cualquier caso, bastó. El contrincante se puso pálido y cayó de rodillas mientras la sangre le chorreaba por la sien, muy roja y viva. Había soltado la daga y se apoyaba en la espada curvada contra el suelo, empuñándola todavía. Alatríste envainó la suya, se acercó y acabó de desarmar al herido con un suave puntapié. Luego lo sostuvo para que no cayera, sacó un lienzo limpio de la manga de su jubón y le vendó lo mejor posible el refilón de la cabeza.

—¿Podrá vuestra merced valerse solo? —preguntó.

El otro lo miraba con ojos turbios, sin responder. Alatríste resopló con fastidio.

—Tengo cosas que hacer —dijo.

Al fin, el otro asintió débilmente. Hacía esfuerzos por incorporarse, y Alatríste lo ayudó a ponerse en pie. Se le apoyaba en el hombro. La sangre seguía corriendo bajo el pañizuelo, pero era joven y fuerte. Coagularía pronto.

—Mandaré a alguien —apuntó Alatríste.

No veía el momento de irse de una maldita vez. Miró arriba, al chapitel de la torre del Alcázar Real que se alzaba sobre las murallas, y luego abajo, hacia la prolongada puente segoviana. Ni alguaciles —ése era el lado bueno— ni moscones. Nadie. Todo Madrid estaba en lo de Tirso, mientras él seguía allí, perdiendo el tiempo. Tal vez, pensó impaciente, un real sencillo resolviese la cuestión con cualquier es portillero o ganapán ocioso de los que solía haber intramuros de la puerta de la Vega, esperando viajeros. Éste podría llevar al forastero hasta su posada, al infierno, o a donde diablos gustara. Hizo sentarse de nuevo al herido, en una piedra vieja caída de la muralla. Luego le alcanzó sombrero, capa, espada y daga.

—¿Puedo hacer algo más?

El otro respiraba despacio, aún sin color. Miró a su interlocutor un largo rato, como si le costara precisar las imágenes.

—Vuestro nombre —murmuró al fin con voz ronca. Alatríste se sacudía con el sombrero el polvo de las botas.

—Mi nombre es cosa mía —respondió con frialdad, calándose el chapeo—. Y a mí se me da un ardite el vuestro.

Don Francisco de Quevedo y yo lo vimos entrar justo con las guitarras de final del entremés, el sombrero en la mano y el herreruelo doblado sobre el brazo, recogiendo la espada y baja la cabeza para no molestar, abriéndose paso con mucho disimule vuestra merced y excúseme que voy allá, entre la gente que atestaba el patio y todo el espacio disponible del corral. Salió por delante de la cazuela baja, saludó al alguacil de comedias, pagó dieciséis maravedíes al cobrador de las gradas de la derecha, subió los peldaños y vino hasta nosotros, que ocupábamos un banco en primera fila, junto al antepecho y cerca del tablado. En otro me habría sorprendido que todavía lo dejaran entrar, cuajado como estaba todo de público aquella tarde, con gente en la calle de la Cruz protestando porque no quedaba lugar; pero luego supe que el capitán se las había ingeniado para no acceder por la puerta principal, sino por la cochera, que era la entrada de las mujeres a la cazuela que les estaba reservada, y cuyo portero —con colete de cuero para protegerse de las cuchilladas de

quienes pretendían colarse sin pagar— era mancebo en la botica que el Tuerto Fadrique, muy amigo del capitán, tenía en Puerta Cerrada. Por cierto que, tras enseñarle al portero la palma y sumando entrada, asiento y limosna de hospitales, el desembolso llegaba a los dos reales, sangría que para el bolsillo del capitán no era liviana, si consideramos que otras veces podía conseguirse un aposento de arriba por ese precio. Pero La huerta de Juan Fernández era comedia nueva, y de Tirso. En aquel tiempo, junto al anciano Lope de Vega y otro poeta joven que ya pisaba fuerte, Pedro Calderón, el fraile mercedario que en realidad se llamaba Gabriel Téllez era de los que hacían la fortuna de arrendadores y representantes, así como las delicias de un público que lo adoraba, aunque no llegase a las alturas de gloria y popularidad en que se movía el gran Lope. Además, la huerta madrileña que daba nombre a la comedia era lugar famoso junto al Prado alto, jardín espléndido y ameno frecuentado por la Corte, lugar de moda y citas galantes que sobre el tablado de la Cruz estaba dando mucho de sí, como lo probaba que durante la primera jornada, apenas Petronila apareció vestida de hombre con botas y espuelas, junto a Tomasa disfrazada de lacayuelo, el público había aplaudido a rabiar incluso antes de que la bellísima representante María de Castro abriese la boca. Y hasta los mosqueteros —el gentío apretado en la parte baja al fondo del patio, así llamado por lo ruidoso de sus críticas y abucheos, y por estarse a pie en grupo con capa, espada y puñal, como soldados en alarde o facción— orquestados por el zapatero Tabarca, su jefe de filas, habían acogido con mucho batir de palmas y grave asentir de cabezas, como quien hartó conoce y aprecia, aquellos versos de Tomasa:

*Doncella y Corte son cosas  
que implican contradicción.*

Cosa importante, la de la aprobación mosqueteril. En un tiempo en que los toros y el teatro movilizaban por igual al pueblo que a la nobleza, y donde la comedia se estimaba con verdadera pasión, yendo mucho a ganar y a perder en cada estreno, hasta los más consagrados autores dedicaban la loa inicial a ganarse el favor de ese público ruidoso y descontentadizo:

*Éstos que tienen ya el hacer por gala  
que sea una comedia buena o mala.*

Y lo cierto es que en aquella pintoresca España nuestra, tan extrema en lo bueno como en lo malo, ningún médico era castigado por matar al enfermo con sangrías e incompetencia, ningún letrado perdía el ejercicio de su oficio por enredador, corrupto e inútil, ningún funcionario real se veía privado de sus privilegios por meter la mano en el arca; pero no se perdonaba a un poeta errar con sus versos y no dar en el blanco. Que a veces parecía holgarse más el público con las comedias malas que con las buenas; pues en las segundas se limitaba a disfrutar y aplaudirlas, sin otro aliciente; mientras que las primeras permitían silbar, hablar, gritar e insultar, pardiez, a fe mía, habrase visto, ni entre turcos y luteranos diérase tal desafuero, etcétera. Los más ruines tarugos alardeaban de entendidos, y hasta las dueñas y maritornes hacían sonar las llaves en la cazuela, dándoselas de versadas y discretas. Y así dábase rienda a una de las mayores aficiones de los españoles, que es vaciar la hiel amargada por los malos gobiernos mostrándose bellacos en la impunidad del tumulto. Pues de todos es sabido que Caín, naturalmente, fue hidalgo,

cristiano viejo y nació en España.

El caso es que vino, como decía, el capitán Alatraste hasta nosotros, que le habíamos estado reservando asiento hasta que uno del público exigió ocuparlo; y don Francisco de Quevedo, eludiendo reñir, no por pusilánime sino por reparo del lugar y la circunstancia, dejó estar al importuno advirtiéndole, sin embargo, que el sitio estaba alquilado y que en llegando el titular debería ahuecar el ala. El displicente «a fe que ya veremos» con que respondió el otro, acomodándose, se tornó ahora expresión de receloso respeto cuando el capitán apareció en las gradas, don Francisco se encogió de hombros señalando el asiento ocupado, y mi amo clavó al intruso los dos círculos de escarcha glauca de sus pupilas. La mirada del individuo, un menestral adinerado –arrendador de los pozos de nieve de Fuencarral, creí entender luego– a quien la espada colgante de su pretina le cuadraba lo que a un Cristo un arcabuz, fue de los ojos helados del capitán al mostacho de soldado viejo, y luego a la cazoleta de la toledana, toda llena de mellas y marcas, y a la vizcaína cuya empuñadura asomaba detrás de la cadera. Después, sin decir palabra y mudo como una almeja, tragó saliva y, pretextando solicitar un vaso de aguamiel a un alojero, se hizo a un lado, ganándole medio espacio a otro vecino, y dejó a mi amo la totalidad del asiento libre.

—Creí que no llegabais –comentó don Francisco de Quevedo.

—Tuve un tropiezo –repuso el capitán, acomodando la espada al sentarse.

Olía a sudor y a metal, como en tiempo de guerra. Don Francisco reparó en la manga manchada del jubón.

—¿La sangre es vuestra? –preguntó solícito, enarcando las cejas tras los lentes.

—No.

Asintió grave el poeta, miró a otra parte y no dijo nada. Como él mismo había sostenido alguna vez, la amistad se nutre de rondas de vino, estocadas hombro con hombro y silencios oportunos. Yo también observaba a mi amo, preocupado, y éste me dirigió un vistazo tranquilizador, esbozando un apunte de sonrisa distraída bajo el mostacho.

—¿Todo en orden, Iñigo?

—Todo en orden, capitán. ¿Qué tal estuvo el entremés?

—Fue bueno. *Daca el coche*, se llamaba. De Quiñones de Benavente, y reímos hasta llorar.

No hubo más parla, porque en ese momento callaban las guitarras. Sisearon destemplados los mosqueteros en la trasera del patio, reclamando silencio con los malos modos de costumbre, palabras gruesas y talante poco sufrido. Aletearon los abanicos en las cazuelas alta y baja, dejaron las mujeres de hacer señas a los hombres y viceversa, retiráronse limeros y alojeros con sus cestos y damajuanas, y tras las celosías de los aposentos la gente de calidad ocupó de nuevo sus escabeles. Vi arriba al conde de Guadalmedina en uno de los mejores sitios, en compañía de unos amigos y unas damas – pagaba por disponer del lugar en comedias nuevas la sangría de dos mil reales al año– y en otra ventana contigua, a don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, acompañado de su familia. Se echaba de menos al rey nuestro señor, pues el cuarto Felipe era muy aficionado y a veces acudía, al descubierto o de incógnito; pero estaba cansado de la reciente jornada de Aragón y Cataluña, viaje fatigoso donde, por cierto, don Francisco de Quevedo, cuya estrella seguía ascendente en la Corte, había formado parte del séquito, como ocurriera en Andalucía. Sin duda el poeta habría podido ocupar cualquier lugar como invitado en los aposentos superiores; pero era hombre dado a mezclarse con el pueblo, prefería el ambiente vivo de la parte baja del corral, y además le gustaba ir a la Cruz o al Príncipe con su amigo Diego Alatraste. Que soldado y espadachín como era, amén de parco



en palabras, resultaba hombre razonablemente instruido, había leído buenos libros y visto mucho teatro; y aunque no se las diera de tal y reservase casi todo juicio para sí, tenía buen golpe de vista para las virtudes de una comedia sin dejarse arrastrar por los efectos fáciles que ciertos autores extremaban para ganarse el favor del vulgo. Tal no era el caso de los grandes como Lope, Tirso o Calderón; incluso cuando éstos recurrían a la destreza del oficio, su ingenio marcaba la diferencia, yendo no poco trecho de los recursos nobles de unos a los trucos innobles de otros. El mismo Lope pisaba ese terreno mejor que nadie.

*Y cuando he de escribir una comedia  
encierro los preceptos con seis llaves;  
saco a Terencio y Plauto de mi estudio,  
para que voces no me den, que suele  
dar gritos la verdad en libros mudos.*

Lo que, por cierto, no debe entenderse como mea culpa del Fénix de los Ingenios por emplear recursos de mala ley, sino como explicación de no acomodarse al gusto de los doctos academicistas neoaristotélicos, que censuraban sus triunfales comedias pero hubieran dado un brazo por firmarlas y, sobre todo, por cobrarlas. En cualquier caso, aquella tarde no se trataba de Lope, sino de Tirso; pero el resultado era parejo. La obra, de las llamadas de capa y espada, venía compuesta con hermosos versos, manejando, aparte amor e intriga, conceptos de adecuada hondura como el engaño y espejismo de Madrid, lugar de falsedad donde acude el soldado valiente a pretender el premio a su valor, y del que siempre acaba defraudado; aparte de criticar el desdén al trabajo y el afán de lujo por encima de la propia clase: inclinación esa también muy española, por cierto, que ya nos había arrastrado al abismo varias veces y persistiría en los años venideros, empeorando la enfermedad moral que destruyó el imperio de dos mundos, herencia de hombres duros, arrogantes y valerosos, salidos de ocho siglos de degollar moros sin nada que perder y con todo por ganar. Una España donde en el año de mil seiscientos y veintiséis, cuando ocurrió lo que ahora cuento, aún no se ponía el sol, pero estaba a punto. Que diecisiete años después, alférez en Rocroi, sosteniendo en alto los jirones de una bandera bajo la metralla de los cañones franceses, yo mismo sería testigo del triste ocaso de la antigua gloria, en el centro del último cuadro formado por nuestra pobre y fiel infantería.

«Contad los muertos», dije luego al oficial enemigo que preguntaba cuántos éramos en el viejo tercio aniquilado—, cuando cerré para siempre los ojos del capitán Alatraste.

Pero cada cosa la diré a su tiempo. Vayamos ahora al corral de la Cruz y a aquella tarde de comedia nueva en Madrid. Lo cierto es que la reanudación de la obra de Tirso suscitaba en unos y otros toda esa expectación que antes describí. Desde nuestra grada, el capitán, don Francisco y yo mirábamos el tablado donde empezaba la segunda jornada de la comedia: Petronila y Tomasa salían de nuevo a escena, dejando a la imaginación de los espectadores la belleza del jardín, apenas insinuada por una celosía con hojas de hiedra en una puerta del escenario. Por el rabillo del ojo vi cómo el capitán se inclinaba hasta apoyar los brazos en el antepecho, recortado el perfil aguileño por un rayo de sol que se filtraba por un roto del toldo extendido para que no se deslumbrara el público, pues el corral estaba orientado hacia el sol de la tarde y cuesta arriba. Las dos representantes seguían muy gallardas en sus trajes de hombre, variedad esta que ni las presiones de la Inquisición ni las premáticas reales conseguían desterrar del teatro, al ser muy del agrado de la gente. De igual manera, cuando el fariseísmo de algunos consejeros de Castilla azuzados por clérigos

fanáticos pretendió abolir las comedias en España, el intento fue desbaratado por el vulgo mismo, reacio a qué le arrebataran su gusto, argumentándose además, con razón, que parte de los ingresos de cada comedia se destinaba al sostenimiento de cofradías piadosas y hospitales.

Volviendo al corral de la Cruz y lo de Tirso, salieron, como digo, las dos mujeres vestidas de hombre, aplaudieron cerrado patio, gradas, cazuela y aposentos, y cuando María de Castro, en su papel de Petronila, dijo lo de:

*Por muerta, Bargas, me cuenta.  
No tengo seso, no estoy...*

... los mosqueteros, como ya mencioné gente descontentadiza, mostraron signos de aprobación, aupándose en la punta de los pies para ver mejor, y las mujeres dejaron de masticar avellanas, limas y ciruelas en la cazuela. María de Castro era la más linda y famosa representante de su época; en ella como en ninguna otra se hacía carne esa magnífica y extraña realidad humana que fue nuestro teatro, oscilante siempre entre el espejo –a veces satírico y deformante– de la vida cotidiana, de una parte, y la hermosura de los más aventurados sueños, de la otra. La Castro era hembra briosa, de buenas partes y mejor cara: ojos rasgados y negros, dientes blancos como su tez, hermosa y proporcionada boca. Las mujeres envidiaban su belleza, sus vestidos y su forma de decir el verso. Los hombres la admiraban en escena y la codiciaban fuera de ella; asunto este al que no oponía reparos su marido, Rafael de Cózar, gloria de la escena española, comediante famosísimo de quien tendré ocasión de hablar en detalle más adelante, limitándome a avanzar por el momento que, aparte su talento teatral –los personajes de barba y caballero gracioso, criado pícaro o alcalde sayagués, que interpretaba con mucho donaire y desparpajo, eran adorados por el público–, Cózar no tenía reparos en facilitar, previo pago de su importe, acceso discreto a los encantos de las cuatro o cinco mujeres de su compañía; que por supuesto eran todas casadas, o al menos pasaban como tales para cumplir con las premáticas en vigor desde los tiempos del gran Felipe II. Pues sería pecado de egoísmo y faltar a la caridad, virtud teologal –decía Cózar con simpática desvergüenza–, no compartir el arte con quien alcanza a pagarlo. Y en tales lances, aunque reservada como bocado exquisito, su legítima María de Castro –tiempo después se supo que no estaban de verdad casados y todo era flor para encubrir las cosas–, aragonesa y bellísima, con cabellos castaños y dulce metal de voz, resultaba una mina más rentable que las del Inca. De manera, para resumir, que en pocos como en el despejado Cózar se cumplía aquel guiño lopesco de:

*La honra del casado es fortaleza  
donde está por alcaide el enemigo.*

Pero seamos justos, que además conviene a la presente historia. Lo cierto es que a veces la Castro tenía ideas y gustos menos venales, y no siempre era una alhaja lo que hacía chispear sus hermosos ojos. Uno para el gusto, decía el refrán; otro para el gasto, y otro para llevar los cuernos al Rastro. En lo que toca al gusto, y a fin de situar a vuestras mercedes, diré que María de Castro y Diego Alatríste no eran desconocidos uno para el otro –la regañina de aquel domingo con Caridad la Lebrijana y el malhumor del capitán tampoco resultaban ajenos al negocio–, y que esa tarde en el corral de la Cruz, mientras avanzaba la jornada segunda, el capitán dirigía muy fijas miradas a la comedianta mientras

yo alternaba las mías entre ella y él. Preocupado por mi amo, de una parte, y apesadumbrado por la Lebrijana, a la que quería mucho. También fascinado hasta la médula, en lo que a mí se refiere, reavivándose la impresión que ya me había producido la Castro tres o cuatro años atrás, la primera vez que presencié una comedia, El arenal de Sevilla, interpretada por ella en el corral del Príncipe, el día notable en que todos, incluido Carlos de Gales y el entonces marqués de Buckingham, anduvieron a cuchilladas en presencia del mismísimo Felipe IV Porque si la hermosa representante no me parecía, en rigor, la mujer más bella de la tierra –ésa era otra que conocen vuestras mercedes, con los ojos azules del diablo–, contemplarla en escena me turbaba como a cualquier varón. Aun así estaba lejos de imaginar hasta qué punto María de Castro iba a complicar mi vida y la de mi amo, poniéndonos a ambos en gravísimo peligro; por no hablar de la corona del rey nuestro señor, que esos días anduvo literalmente al filo de una espada. Todo lo cual me propongo contar en esta nueva aventura, probando así que no hay locura a la que el hombre no llegue, abismo al que no se asome, y lance que el diablo no aproveche cuando hay mujer hermosa de por medio.

Entre la segunda y tercera jornadas hubo jácara, muy exigida a voces por los mosqueteros, que fue *Doña Isabel la ladrona*, canción famosa dicha en lenguaje de germanía, que una representante madura y todavía apetecible, llamada Jacinta Rueda, nos regaló con mucho donaire. No pude disfrutarla, sin embargo, porque apenas empezada vino a las gradas un tramoyista con el recado de que al señor Diego Alatríste se le aguardaba en el vestuario. Cambiaron una mirada el capitán y don Francisco de Quevedo, y mientras mi amo se ponía en pie y acomodaba la espada al costado izquierdo, el poeta movió desaprobador la cabeza y dijo:

*Felices los que mueren por dejallas,  
o los que viven sin amores dellas,  
o, por su dicha, llegan a enterrallas.*

Se encogió de hombros el capitán, requirió sombrero y herreruelo, murmuró un seco «no me jodáis, don Francisco», caló el fieltro y se abrió paso por las gradas. Quevedo me dirigió una mirada elocuente que interpreté como era debido, pues dejé el asiento para seguir a mi amo. Avísame si hay problemas, habían dicho sus ojos tras los lentes quevedescos. Dos aceros hacen más papel que uno. Y así, consciente de mi responsabilidad, acomodé yo también la daga de misericordia que llevaba atravesada atrás en el cinto, y fuime en pos del capitán, discreto como un ratón, confiando en que esta vez pudiéramos terminar la comedia en paz. Que habría sido bellaca afrenta estropearle el estreno a Tirso.

No era la primera vez, y Diego Alatríste conocía el camino. Bajó los peldaños de las gradas, y frente al pasillo de la alojería giró a la izquierda, por el corredor que bajo los aposentos conducía al tablado y a los vestuarios de representantes. Al fondo, en la escalera, su viejo amigo el teniente de alguaciles Martín Saldaña platicaba con el arrendador del corral y un par de conocidos, también gente de teatro. Alatríste se entretuvo un momento a saludarlos, advirtiendo la expresión preocupada de Saldaña. Se despedía ya cuando el teniente de alguaciles lo reclamó un instante, y con aire casual, como si acabara de recordar algún negocio leve, le puso la mano en un brazo mientras susurraba, inquieto:

—Gonzalo Moscatel está dentro.

—¿Y qué?

—Tengamos la fiesta en paz.

Alatriste lo miraba, inescrutable.

—No me jodas tú también —dijo.

Y siguió adelante mientras el otro se rascaba la barba, preguntándose sin duda en compañía de quién acababa de incluirlo su viejo camarada de Flandes. Diez pasos más allá, Alatriste apartó la cortina del vestuario, viéndose en un cuarto sin ventanas donde se guardaban la madera y las telas pintadas que se utilizaban para la tramoya y las apariencias. Al otro lado había varios camarines con más cortinas, destinados a vestuario de las comediantes, pues el de los hombres estaba en el piso de abajo. El cuarto, que también comunicaba con el tablado a través del paño, servía para que los miembros de la compañía esperasen el momento de salir a escena, y también como sala de visita de admiradores. En ese momento lo ocupaban media docena de hombres, entre representantes vestidos para salir apenas concluyese la jácara —se oía a Jacinta Rueda cantando al otro lado del paño la estrofa famosa De la gura perseguida / y de esbirros acosada— y tres o cuatro caballeros que estaban allí por privilegio de calidad o bolsa, para complimentar a las actrices. Y entre ellos, naturalmente, se hallaba don Gonzalo Moscatel.

Me asomé al vestuario tras el capitán, notando la mirada de Martín Saldaña, a quien saludé con buena crianza. Por cierto que las facciones de uno de sus acompañantes en el rellano de la escalera me fueron familiares, aunque no supe determinar de qué. Desde el pasillo, donde me quedé apoyado en la pared, vi que mi amo y los caballeros que aguardaban dentro se saludaban con frialdad, sin destocarse ninguno. El único que no respondió al saludo fue don Gonzalo Moscatel, personaje pintoresco que no estará de más presentar a vuestras mercedes. El señor Moscatel parecía salido de una comedia de capa y espada: era corpulento, terrible, con mostacho feroz de guías muy altas, desaforadas, y su indumentaria era una mezcla de galanura y valentía, mitad y mitad, con algo cómico y fiero a la vez. Vestía como lindo, valona de mucho pico y encaje sobre jubón morado, folladillos a la antigua, herreruelo francés, medias de seda, botines de fieltro negro, sombrero de lo mismo con toquilla de mucha pluma, y la pretina, de la que pendía una larguísima tizona, iba tachonada de reales antiguos de plata; porque también se las daba de matasiete, de los que se pasean con mucho voto a Dios y pese a tal, retorciéndose el bigote y metiendo ruido de acero. Por añadidura se apellidaba de poeta: hacía alarde de amistad con Góngora, sin el menor fundamento, y perpetraba versos con ripios infames que publicaba a su propia costa, pues era hombre de posibles. Sólo un poetastro infame y rascapuestas le había hecho la corte, pregonando las excelencias de su estro; pero al desdichado, un tal Garciposadas que gastaba mucho Calepino pira le erige y le construye muro, etcétera—, escribía con la pluma de un ala del ángel que fue a Sodoma y medraba lamiendo suelas en la Corte, lo quemaron por figón, o sea, sujeto paciente de pecado nefando, en uno de los últimos autos de fe; de modo que don Gonzalo Moscatel se había quedado sin nadie que le bailara el agua de las musas hasta que tomó el relevo del quemado un viscoso leguleyo llamado Saturnino Apolo, conocido por adulator famoso y comadreja de bolsas, que le sacaba el dinero con harta desvergüenza y sobre quien volveremos más adelante. Por lo demás, Moscatel había logrado su posición como obligado del abasto de las carnicerías y tablas francas de la ciudad, tocino fresco incluido; y también, cohechos propios aparte, gracias a la dote de su difunta esposa, hija de un juez de los de justicia más tuerta que ciega, proclive a que los

platos de la balanza se los cargaran con doblones de a cuatro. El viudo Moscatel no tenía descendencia, pero sí una sobrina huérfana y doncella a la que guardaba como el can Cerbero en su casa de la calle de la Madera. También andaba detrás de un hábito de lo que fuera, y lo más probable era que tarde o temprano terminase luciendo una cruz en el jubón. En aquella España de funcionarios inmorales y rapaces, todo estaba a mano si habías robado lo suficiente para tener con qué pagarlo.

Por el rabillo del ojo, el capitán Alatraste comprobó que Gonzalo Moscatel lo fulminaba con la mirada fiera, apoyada la mano en el pomo de la espada. Se conocían bien a su pesar; y cada vez que se cruzaban, las ojeadas rencorosas del carnicero expresaban mucho y claro sobre la naturaleza de su relación. Databa ésta de dos meses atrás, cierta noche en que el capitán regresaba a la taberna del Turco a la hora del agua va, alumbrado por un poco de luna y envuelto en su capa hasta los ojos, cuando oyó rumor de disputa en la calle de las Huertas. Sonaba voz de mujer, y mientras se acercaba advirtió dos bultos en un portal. No era aficionado a lances galantes ni amigo de meter espadas en barajas ajenas; pero su camino lo llevaba en esa dirección, y no halló motivo para tomar otro. Al fin topóse con un hombre y una mujer que discutían ante la puerta de una casa. Aunque había familiaridad en la conversación, la dama, o lo que fuera, parecía irritada, y el hombre porfiaba con intenciones de pasar más allá, o por lo menos al zaguán. Buena voz, la de ella. Sonaba a mujer hermosa, o cuando menos joven. Así que el capitán se entretuvo un instante para lanzar un vistazo curioso. Al advertir su presencia, el otro se le encaró con un «siga vuestra merced su camino, que nada se le ha perdido aquí». La sugerencia era razonable, y Alatraste se disponía a aceptarla, cuando la mujer, en tono sereno y de mucho mundo, dijo: «salvo que ese hidalgo os convenza de dejarme en paz e iros también enhorabuena». Aquello situaba la cuestión en terreno resbaladizo; de manera que Alatraste, tras reflexionar un instante, preguntó a la dama si aquélla era su casa. Respondió ésta que sí, que era casada, y que el caballero que la incomodaba no tenía malas intenciones y era conocido de ella y de su marido. Que la había acompañado hasta el portal tras un sarao en casa de amigos, pero que ya era hora de que cada mochuelo retornase a su olivo. Meditaba el capitán sobre el misterio de que no fuera el marido de la mujer quien estuviese en la puerta para zanjar la cuestión, cuando el otro hombre interrumpió sus pensamientos, desabrido, insistiendo en que despejara el campo de una vez, voto a tal y voto a cual. Y en la oscuridad, el capitán oyó el sonido de un palmo de acero saliendo de la vaina. Aquello era cosa hecha, y el frío invitaba a calentarse; de manera que se movió a un lado, a fin de buscar la sombra y situar al otro en la claridad lunar que asomaba entre los tejados, soltó el fiador de la capa, y arrodelándose en el brazo izquierdo sacó la toledana. Metió mano a su vez el otro, tirándose ambos unas pocas estocadas de lejos y sin muchas ganas, callado Alatraste y jurando su adversario por veinte, hasta que al ruido de la bulla acudieron un criado de la casa, que traía luz, y el marido de la dama. Venía éste en camisa de dormir, con pantuflas, gorriño de borla y un estoque en la diestra, diciendo qué pasa aquí, ténganse que yo lo digo, quién pone en verbos mi casa y mi honra, amén de otras expresiones semejantes, dichas de un modo en el que Alatraste sospechó latía no poca guasa. Resultó individuo simpático y de mucha política, menudo de estatura y con un poblado bigote a la tudesca que se le juntaba con las patillas. Salvadas las apariencias de todos, esposo incluido, púsose paz con buenas palabras. El caballero noctámbulo era don Gonzalo Moscatel, y a él se refirió el marido – tras darle el estoque al criado para que se lo guardase – como amigo de la familia, en la certeza, añadió conciliador, de que todo se debía a un lamentable equívoco. Aquello

adoptaba aires de lance de teatro, y Alatríste estuvo a punto de soltar la carcajada cuando supo que el del gorrillo de borla era el famoso representante Rafael de Cózar, hombre de mucha chispa y de sazonado arte –andaluz por más señas–, y su mujer la conocida actriz María de Castro. A ambos había visto en los corrales de comedias, pero nunca a la Castro tan de cerca como aquella noche, a la luz del velón que sostenía en alto el criado, apenas tapada con el manto, bellísima y sonriendo divertida con la situación. Que sin duda no era la primera de ese género a que se enfrentaba, pues las comediantas no solían ser hembras de virtud acrisolada; rumoreándose que el marido, una vez dadas las voces de rigor y tras pasear el famoso estoque, conocido de toda España, solía volverse muy tolerante con los admiradores, tanto de su legítima como del resto de las mujeres de la compañía; en especial cuando, como era el caso del abastecedor de carne de Madrid, tenían cumquibus. Resultaba universal que, genio teatral aparte, Cózar también era un águila en no dejar bolsa segura de piante ni maman te. Eso aclaraba, tal vez, su tardanza en salir a la puerta en procura de su honra. Pues como solía decirse:

*Doce cornudos, digo comediantes,  
que todo diz que es uno, y otra media  
docena de mujeres de comedia,  
medias mujeres de los doce de antes.*

Se disponía el capitán a presentar excusas y seguir su camino, algo corrido por el enredo, cuando la esposa, con intención de picar a su acosador dándole celos o por ese juego sutil y peligroso en que a menudo se complacen las mujeres, agradeció con palabras dulces la intervención de Alatríste, mirándolo de abajo arriba mientras lo invitaba a visitarla alguna vez en el teatro de la Cruz, donde esos días se daban las últimas representaciones de una comedia de Rojas Zorrilla. Sonreía mucho al decirlo, mostrando sus dientes blanquísimos y el óvalo perfecto de la cara, que sin duda Luis de Góngora, el enemigo mortal de don Francisco de Quevedo, habría trocado en nácar y aljófares menudos. Y Alatríste, perro viejo en ése y otros lances, entrevió en su mirada una promesa.

El caso es que allí estaba ahora, dos meses después, en el vestuario del corral de la Cruz, tras haber gozado varias veces de aquella promesa –el estoque del representante Cózar no salió a relucir más– y dispuesto a seguir haciéndolo, mientras don Gonzalo Moscatel, con quien se había cruzado en ocasiones sin otras consecuencias, lo fulminaba con mirada fiera traspasada de celos. María de Castro no era de las que cuecen la olla con un solo carbón: seguía sacándole dinero a Moscatel, con mucho martelo pero sin dejarlo llegar a mayores –cada encuentro en la puerta de Guadalajara le; costaba al carnicero una sangría en joyas y telas finas–, y al mismo tiempo recurría a Alatríste, de quien el otro ya. Conocía de sobras la reputación, para tenerlo a distancia. Y así, siempre esperanzado y siempre en ayunas, el carnicero –alentado por el marido de la Castro, que amén de! gran actor era pícaro redomado y también le escurría la bolsa, como a otros, con veladas promesas– porfiaba contumaz, sin renunciar a su dicha. Por supuesto, Alatríste sabía que, Moscatel al margen, él no era el único en gozar de los favores de la representante. Otros hombres la frecuentaban, y se decía que hasta el conde de Guadalmedina y el duque de Sessa habían tenido más que verbos con ella; que, como decía don Francisco de Quevedo, era hembra de a mil ducados el tropezón. El capitán no podía competir con ninguno en calidad ni en dineros; sólo era un soldado veterano que se ganaba la vida como espadachín. Mas, por alguna razón que se le escapaba –el alma de las mujeres siempre le había parecido

insondable—, María de Castro le concedía gratis lo que a otros negaba o cobraba al valor de su peso en oro:

*Mas hay un punto, y notadle:  
es que se da sin más fueros,  
a los moros por dineros  
y a los cristianos, de balde.*

Y así, Diego Alatriste recorrió la cortina. No estaba enamorado de aquella mujer, ni de ninguna otra. Pero María de Castro era la más hermosa que en su tiempo pisara los corrales de comedias, y él tenía el privilegio de que a veces fuera suya. Nadie iba a ofrecerle un beso como el que en ese instante le ponían en la boca, cuando un acero, una bala, la enfermedad o los años lo hicieran dormir para siempre en una tumba.

## II. LA CASA DE LA CALLE FRANCOS

La mañana siguiente tuvimos granizada de arcabuces. Aunque más bien la tuvo el capitán Alatraste con Caridad la Lebrijana, en el piso superior de la taberna del Turco, mientras abajo oíamos las voces. O la voz, pues el gasto de pólvora corría por cuenta de la buena mujer. El asunto, naturalmente, iba a circo de la afición de mi amo al teatro, y el nombre de María de Castro salió a relucir con epítetos –atizacandiles, tusona, barragana fueron los más comedidos que oí– que en boca de la Lebrijana no dejaban de tener su miga, pues a fin de cuentas la tabernera, que a los casi cuarenta años conservaba morenos encantos de quien tuvo y retuvo, había ejercido sin empacho de puta varios años, antes de establecerse, con dineros ahorrados en afanes y trabajos, como honesta propietaria de la taberna situada entre las calles de Toledo y el Arcabuz. Y aunque el capitán nunca hubiese hecho promesas ni propuestas de otra cosa, lo cierto es que al regreso de Flandes y Sevilla mi amo había vuelto a instalarse, conmigo, en su antigua habitación de la casa que la Lebrijana poseía sobre la taberna; aparte que ella le había calentado los pies y algo más en su propia cama durante el invierno. Eso no era de extrañar, pues todo el mundo sabía que la tabernera seguía enamorada del capitán hasta las cachas, e incluso le guardó ausencia rigurosa cuando lo de Flandes; que no hay mujer más virtuosa y fiel que la que deja el cantón a tiempo, vía convento o puchero, antes de acabar llena de bubas y recogida en Atocha. A diferencia de muchas casadas que son honestas a la fuerza y sueñan con dejar de serlo, la que pateó calles sabe lo que deja atrás, y cuánto, con lo que pierde, gana. Lo malo era que, además de ejemplar, enamorada, aún jarifa y hermosa de carnes, la Lebrijana también era mujer brava, y los devaneos de mi amo con la representante le habían removido la hiel.

No sé lo que dijo el capitán aquella vez, si es que dijo algo. Conociendo a mi amo, estoy seguro de que se limitó a aguantar la carga a pie firme, sin romper filas ni abrir la boca, muy a lo soldado viejo, aguardando a que escampara. Que tardó, pardiez, porque al lado de la que allí hubo, la del molino Ruyter y el cuartel de Terheyden juntas fueron cosa chica, oyéndose términos de los que no se usan ni contra turcos. Al cabo, cuando la tabernera empezó a cascar cosas –hasta abajo llegaba el estrépito de loza rota–, el capitán requirió espada, sombrero y capa, y salió a tomar el aire. Yo estaba, como todas las mañanas, sentado a una mesa junto a la puerta, aprovechando la buena luz para darle un repaso a la gramática latina de don Antonio Gil, libro utilísimo que el dómine Pérez, viejo amigo del capitán y mío, habíame prestado para mejorar mi educación, descuidada en Flandes. Que a los dieciséis años cumplidos, y pese a tener resuelta intención de dedicarme al oficio de las armas, el capitán Alatraste y don Francisco de Quevedo insistían mucho en que conocer algo de latín y griego, hacer razonable letra e instruirse con la lectura de buenos libros, permitían a cualquier hombre despierto llegar allí donde no podía llegarse con la punta de la espada; y más en una España en la que jueces, funcionarios, escribanos y otros cuervos rapaces estrangulaban a la pobre gente inculta, que era casi toda, bajo montañas de papel escrito para despojarla y saquearla más a sus anchas. El caso es que allí me hallaba, como digo, copiando *miles, quem dux laudat, Hispanus est*, mientras Damiana, la moza de la taberna, fregaba el suelo, y los habituales de aquella hora, el licenciado Calzas, recién llegado de la plaza de la Provincia, y el antiguo sargento de caballos Juan Vicuña, mutilado en Nieuport, jugaban al tresillo con el boticario Fadrique, apostándose unos torreznos y un azumbre de vino de Arganda. Acababa de dar un cuarto de las doce el



vecino reloj de la Compañía cuando sonó arriba el portazo, se oyeron los pasos del capitán en la escalera, miráronse unos a otros los camaradas, y moviendo reprobadores las cabezas retornaron a los naipes: pregonó bastos Juan Vicuña, entró con espadilla el boticario y remató Calzas con punto cierto, llevándose la mano. En ésas me había levantado yo, tapando el tintero tras cerrar el libro, y tomando al paso mi gorra, mi daga y mi tudesquillo, de puntas para no ensuciarle el suelo a la fregatriz, salí en pos de mi amo por la puerta que daba a la calle del Arcabuz.

Anduvimos por la fuente de los Relatores hasta la plazuela de Antón Martín; y como para darle razón a la Lebrijana –yo seguía al capitán muy apesadumbrado– subimos luego hasta el mentidero de representantes. Era éste uno de los tres famosos de Madrid, siendo los otros el de San Felipe y las losas de Palacio. El que hoy nos ocupa estaba en el cuartel habitado por gentes de pluma y teatro, en un ensanchamiento empedrado en la confluencia de la calle del León con las de Cantarranas y Francos. Había cerca una posada razonable, una panadería, una pastelería, tres o cuatro buenas tabernas y figones, y cada mañana se daba cita allí el mundillo de los corrales de comedias, autores, poetas, representantes y arrendadores, amén de los habituales ociosos y la gente que iba a ver caras conocidas, a los galanes de la escena o a las comediantas que salían a la plaza, cesta al brazo o con sus criadas detrás, o se regalaban en la pastelería después de oír misa en San Sebastián y dejar su limosna en el cepillo de la Novena. El mentidero de representantes gozaba de justa fama porque, en aquel gran teatro del mundo que era la capital de las Españas, el lugar resultaba gaceta abierta: se comentaba en corros tal o cual comedia escrita o por escribir, corrían pullas habladas y en papeles manuscritos, se destrozaban reputaciones y honras en medio credo, los poetas consagrados paseaban con amigos y aduladores, y los jóvenes muertos de hambre perseguían la ocasión de emular a quienes ocupaban, defendiéndolo cual baluarte cercado de herejes, el Parnaso de la gloria. Y lo cierto es que nunca dióse en otro lugar del mundo semejante concentración de talento y fama; pues sólo por mencionar algunos nombres ilustres diré que allí vivían, en apenas doscientos pasos a la redonda, Lope de Vega en su casa de la calle de Francos y don Francisco de Quevedo en la del Niño; calle esta última donde había morado varios años don Luis de Góngora hasta que Quevedo, su enemigo encarnizado, compró la vivienda y puso al cisne de Córdoba en la calle. Por allí anduvieron también el mercedario Tirso de Molina y el inteligentísimo mejicano Ruiz de Alarcón: el Corcovilla a quien la bilis propia y la aversión ajena barrieron de los escenarios cuando sus enemigos reventaron *El Anticristo*, destapando en pleno corral de comedias una redoma de olor nauseabundo. También el buen don Miguel de Cervantes había vivido y muerto cerca de Lope, en una casa en la calle del León esquina a Francos, justo frente a la panadería de Castillo; y entre la calle de las Huertas y la de Atocha estuvo la imprenta donde Juan de la Cuesta hizo la primera impresión de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Eso, sin olvidar la iglesia en la que reposan hoy los restos del manco ilustre, la de las Trinitarias, donde Lope de Vega decía misa, y en cuya comunidad de monjas moraron una hija suya y otra de Cervantes. Por no faltar a lo español y a lo ingrato, conceptos siempre parejos, señalaré que también estaba cerca el hospital donde el capitán y gran poeta valenciano Guillén de Castro, autor de *Las mocedades del Cid*, moriría cinco años más tarde, tan indigente que hubo que enterrarlo de limosna. Y pues de miseria hablamos, recordaré a vuestras mercedes que el infeliz don Miguel de Cervantes, hombre honradísimo que apenas pidió otra cosa que pasar a las Indias alegando su condición de mutilado en Lepanto y esclavo en Argel, y ni siquiera eso obtuvo, había fallecido diez años

antes de lo que ahora narro, el dieciséis del siglo, pobre, abandonado de casi todos, siendo llevado a su sepulcro de las Trinitarias por aquellas mismas calles sin acompañamiento ni pompas fúnebres –ni relación pública hubo de sus exequias–, y luego arrojado al olvido de sus contemporáneos; pues hasta mucho más tarde, cuando en el extranjero ya devoraban y reimprimían su *Quijote*, no empezamos aquí a reivindicar su nombre. Final este que, salvo contadas excepciones, nuestra desgraciada estirpe acostumbró siempre a deparar a sus mejores hijos.

Encontramos a don Francisco de Quevedo despachando una empanada inglesa, sentado a la puerta del figón del León, en la desembocadura de la calle Cantarranas con el mentidero, junto a la tienda de tabaco. El poeta pidió otro jarro de Valdeiglesias, dos tazas y dos empanadas más, mientras acercábamos taburetes para acomodarnos a su mesa. Vestía de negro como siempre, su lagarto de Santiago bordado al pecho, sombrero, medias de seda y capa doblada cuidadosamente sobre un poyete en el que también tenía la espada. Acababa de volver de palacio, donde había ido temprano para ciertas gestiones sobre su pleito interminable de la Torre de Juan Abad, y mataba el hambre antes de volver a casa para corregir la reimpresión de su *Política de Dios, gobierno de Cristo*, en la que andaba atareado por esas fechas; pues al fin sus obras empezaban a verse publicadas, y aquella había motivado algunas censuras de la Inquisición. Nuestra presencia le iba de perlas, dijo, para alejar moscones; pues desde que su favor estaba en alza en la Corte –había formado parte, como conté, de la comitiva real en la recientísima jornada de Aragón y Cataluña– todo el mundo se le arribaba buscando la sombra de algún beneficio.

—Además, me han encargado una comedia –añadió– para representar en El Escorial a finales de mes... Su Católica Majestad estará allí de caza, y quiere holgarse.

—Ésa no es vuestra especialidad –apuntó Alatríste.

—Pardiez. Si hasta el pobre Cervantes lo intentó, bien puedo atreverme yo. El encargo me lo ha hecho el conde-duque en persona. De modo que podéis considerarlo mi especialidad desde ahora mismo.

—¿Y paga algo el valido, o va a cuenta de futuras mercedes, como de costumbre?

El poeta soltó una risita mordaz.

—Del futuro no sé nada –suspiró, estoico–. Ayer se fue, mañana no ha llegado... Pero al presente son seiscientos reales. O serán. Al menos eso promete Olivares:

*Veden qué vendré a parar  
obligado a su poder,  
haciendo yo mi deber  
y él buscando no pagar.*

—En fin –prosiguió–. El valido quiere comedia de lances y todo eso, que como sabe vuestra merced agradan mucho al gran Filipo. De manera que echaremos siete llaves a Aristóteles y a Horacio, a Séneca y aun a Terencio; y después, como dice Lope, escribiremos unos cientos de versos en vulgo. Lo justo de necio para darle gusto.

—¿Tenéis asunto?

—Oh, claro. Amoríos, rejas, equívocos, estocadas... Lo de siempre. La llamaré La espada y la daga –Quevedo miró como al descuido al capitán por encima del borde de su taza de vino–. Y quieren que la estrene Cózar.

Se levantó revuelo en la esquina de Francos. Acudió gente, miramos en esa dirección, y

al cabo pasaron varios comentando el suceso: un lacayo del marqués de las Navas había acuchillado a un cochero por no cederle el paso. El matador se había acogido en San Sebastián, y al cochero lo habían metido en una casa vecina, en el último artículo.

—Si era cochero —opinó Quevedo— bien merecido lo tenía desde que se puso a ese oficio.

Miró luego a mi amo, volviendo a lo de antes.

—Cózar —repitió.

El capitán contemplaba el discurrir de gente por el mentidero, impassible. No dijo nada. El sol acentuaba la claridad verdosa de sus ojos.

—Cuentan —añadió Quevedo tras un instante— que nuestro fogoso monarca le tiene puesto asedio a la Castro... ¿Sabíais algo de eso?

—No sé por qué habría de saberlo —respondió Alatríste, masticando un trozo de empanada.

Don Francisco apuró el vino y no dijo más. La amistad que ambos se profesaban excluía tanto los consejos como meterse en camisas de once varas. Ahora el silencio fue largo. El capitán seguía vuelto hacia la calle, inexpresivo; y yo, tras cambiar un vistazo preocupado con el poeta, hice lo mismo. Los ociosos parlaban en corros, paseaban, miraban a las mujeres intentando averiguar lo que tapaban los mantos. A la puerta de su zaguán, con mandil y un martillete en la mano, el zapatero Tabarca sentaba cátedra entre sus incondicionales sobre las virtudes y defectos de la comedia del día anterior. Una limonera pasó con sus capachas al brazo: toíto agrio, voceaba, requebrada al paso por dos estudiantes capigorriones que mascaban altramuces mientras paseaban con manojos de versos asomándoles de los bolsillos, buscando a quién dar matraca. Entonces me fijé en un sujeto escurrido de carnes y moreno de piel, barbado y con cara de turco, que nos miraba apoyado en un portal cercano, limpiándose las uñas con una navaja. Iba a cuerpo, con espada larga en tahalí, daga de guardamano, jubón acolchado de estopilla con mucho remiendo y sombrero de falda grande y caída, a lo bravo. Un pendiente grande de oro le colgaba del lóbulo de una oreja. Iba a estudiarlo con más detenimiento cuando una sombra se proyectó desde mi espalda sobre la mesa, hubo saludos, y don Francisco se puso en pie.

—No sé si se conocen vuestras mercedes: Diego Alatríste y Tenorio, Pedro Calderón de la Barca...

Nos levantamos el capitán y yo para cumplimentar al recién llegado, a quien yo había visto de paso en el corral de la Cruz. Ahora, de cerca, lo reconocí en el acto: el bigote juvenil en el rostro delgado, la expresión agradable. No estaba sucio de sudor y humo ni vestía colete de cuero: usaba ropas de ciudad, muy galán, capa fina y sombrero con toquilla bordada, y la espada que llevaba al cinto ya no era propia de un soldado. Pero conservaba la misma sonrisa que cuando el saco de Oudkerk.

—El mozo —añadió Quevedo— se llama Íñigo Balboa.

Pedro Calderón me observó largamente, haciendo memoria.

—Camarada de Flandes —recordó al fin—. ¿No es cierto? Acentuaba la sonrisa, y puso una mano amistosa en mi hombro. Me sentí el mozo más bizarro del mundo disfrutando de la sorpresa de Quevedo y de mi amo, asombrados de que el joven escritor de comedias que algunos decían heredero de Tirso y Lope, y cuya estrella empezaba a brillar en los corrales y en palacio —*El astrólogo fingido* se había representado con gran éxito el año anterior, y estaba corrigiendo *El sitio de Breda*—, recordara al humilde mochilero que, dos años atrás, lo ayudó a poner a salvo la biblioteca del incendiado ayuntamiento flamenco. Sentóse con nosotros Calderón, que en esa época ya era muy estimado por don Francisco, y durante un

rato hubo grata parla y más Valdeiglesias que acompañó el recién llegado con una esportilla de aceitunas, pues no estaba, dijo, con apetito. Al cabo nos levantamos todos y dimos un bureo por el mentidero. Un conocido, que había estado leyendo en voz alta entre un grupo de regocijados ociosos, se acercó con algunos de ellos a la zaga. Llevaba un papel manuscrito en la mano.

—Dicen que es de vuestra péñola, señor de Quevedo.

Echó don Francisco un vistazo displicente al papel, gozando de la expectación, y al cabo se retorció el mostacho mientras leía en voz alta:

*Este, que en negra tumba rodeado  
de luces, yace muerto y condenado,  
vendió el alma y el cuerpo por dinero,  
y aun muerto es garitero...*

—No tal —dijo, grave en apariencia pero con mucha guasa—. Ese que en negra tumba podría mejorarse, si fuera mío. Pero, díganme vuestras mercedes... ¿Tan quebrantado anda Góngora, que ya le hacen epitafios?

Estallaron las risas aduladoras, que lo mismo habrían reído si fuera un venablo de los que el enemigo de Quevedo lanzaba contra éste. Lo cierto es que, aunque don Francisco se guardaba de reconocerlo en público, aquello era, en efecto, tan suyo como otros muchos versos anónimos que oíamos correr cual lebreles por el mentidero; aunque a veces se le atribuyeran también los ajenos, a poco ingenio que éstos mostraran. En cuanto a Góngora, a tales alturas lo del epitafio no era en vano. Comprada por Quevedo su casa de la calle del Niño, arruinado por el vicio del juego y el ansia de figurar, tan ayuno de dineros que apenas podía pagarse un coche miserable y unas criadas, el jefe de las filas culteranas había renunciado al fin, retirándose a su Córdoba natal en donde iba a morir, enfermo y amargado, al año siguiente, cuando la dolencia que sufría —apoplejía, dijeron— se le atrevió a la cabeza. Arrogante y de talante aristocrático por la certeza de su genio, el racionero cordobés nunca tuvo buen ojo ni para el naipe ni para elegir amigos ni enemigos: enfrentado a Lope de Vega y a Quevedo, erró en la apuesta de sus afectos tanto como en los garitos, vinculándose al caído duque de Lerma, al ejecutado don Rodrigo Calderón y al asesinado conde de Villamediana, hasta que sus esperanzas por lograr mercedes de la Corte y favor del conde-duque, a quien solicitó en diversas ocasiones dignidades para sus sobrinos y familia, murieron con aquella famosa frase de Olivares: «*El diablo harte de hábitos a éstos de Córdoba*». Ni siquiera tuvo suerte con sus obras impresas. Siempre se negó a publicar, por orgullo, contentándose con darlas a leer y pregonar a sus amigos; pero cuando la necesidad lo empujó a ello, murió antes de verlas salir de la prensa, e incluso entonces la Inquisición mandó recogerlas por sospechosas e inmorales. Y sin embargo, aunque nunca me fue simpático ni gusté de sus jerigongóricos triclinios y espeluncas, reconozco ante vuestras mercedes que don Luis de Góngora fue un extraordinario poeta que, paradójicamente junto a su mortal enemigo Quevedo, enriqueció nuestra hermosa parla. Entre ambos, cultos, briosos, cada uno en diferentes registros pero con inmenso talento, renovaron el castellano dotándolo de riqueza culterana y gallardía conceptista; de manera que puede afirmarse que tras aquella batalla fértil y despiadada entre dos gigantes, la lengua española fue, para siempre, otra.

Dejamos a don Pedro Calderón con unos parientes y amigos suyos y seguimos calle

Francos abajo hasta la casa de Lope –todos en España lo llamaban así, a secas, sin necesidad del glorioso apellido–, a quien don Francisco de Quevedo debía transmitir ciertos encargos que le habían hecho en palacio. Volvíme a mirar atrás en un par de ocasiones, comprobando que el hombre moreno sin capa y vestido a lo bravo venía en nuestra dirección; hasta que al ojear por tercera vez dejé de verlo. Coincidencia quizás, me dije; aunque mi instinto, hecho a los lances de Madrid, me decía que las coincidencias olían a sangre y acero en una esquina con poca luz. Pero había otras cosas que ocupaban mi atención. Una era que don Francisco, aparte la comedia del conde-duque, tenía el encargo de entregar unas jacarillas suaves, a lo cortesano, que se le antojaban a la reina nuestra señora para un sarao que daba en el salón dorado del alcázar. Quevedo se había comprometido a llevarlas a palacio, la reina en persona iba a hacérselas leer ante ella y sus damas, y el poeta, que ante todo era un buen y leal amigo, habíame invitado a acompañarlo a título de ayudante, o secretario, o paje, o lo que fuera. Cualquier título me cuadraba, con tal de ver allí a Angélica de Alquézar: la menina de la reina de la que, como recordarán vuestras mercedes, yo estaba enamorado hasta los tuétanos.

El otro asunto era la casa de Lope. Llamó don Francisco de Quevedo a la puerta, abrió Lorenza, la criada del poeta, y pasamos del zaguán adentro. Yo conocía ya la vivienda, y con el tiempo llegué a frecuentarla a causa de las amistades que mantenían don Francisco con Lope, y mi amo con algunos amigos del Fénix de los Ingenios, incluidos su íntimo el capitán don Alonso de Contreras y algún otro personaje inesperado que está a punto de salir a escena. El caso es que cruzamos el zaguán y el pasillo, como dije, y dejando atrás la escalera de la planta principal, donde jugaban dos sobrinillas del poeta –años después se confirmarían hijas suyas y de Marta de Nevares–, salimos al jardincito donde Lope estaba sentado en una silla de enea, a la sombra de una parra, junto al brocal del pozo y cerca del famoso naranjo que cuidaba con sus propias manos. Acababa de yantar y había cerca una mesita con restos de comida, algún refresco y vino dulce en jarra de vidrio para atender a las visitas. Tres hombres acompañaban al Fénix: uno era el citado capitán Contreras, con la cruz de Malta en el jubón, habitual de la casa de Lope cuando estaba en Madrid. Mi amo y él se tenían mucho afecto por haber navegado juntos en las galeras de Nápoles, aparte de haberse conocido mozos, casi niños, cuando iban camino de Flandes con las tropas del archiduque Alberto. Tropas de las que, por cierto, Contreras –gran pícaro entonces, pues con sólo doce años había matado a otro pilluelo a cuchilladas– desertó a medio camino. El segundo caballero era un secretario del Consejo de Castilla, por nombre don Luis Alberto de Prado, que era de Cuenca, tenía fama de hacer decentes versos y admiraba sobremanera a Lope. El tercero era un hidalgo joven y bien parecido, bigotillo escaso y poco más de la veintena, que llevaba una venda en torno a la cabeza, y que al vernos aparecer en el patio se levantó con cara de sorpresa; la misma que pude advertir en el capitán Alatríste, quien se detuvo junto al brocal del pozo mientras apoyaba, con gesto mecánico, la palma en el pomo de su toledana.

—A fe –dijo el joven– que Madrid es un pañuelo.

Lo era. El capitán Alatríste y él se habían batido, sin conocerse los nombres, la mañana anterior en las vistillas del Manzanares. Pero lo singular, averiguado ahora con gran admiración de todos, era que el joven reñidor se llamaba Lopito Félix de Vega Carpio, era hijo del poeta y estaba recién llegado a Madrid desde Sicilia, donde servía en las galeras del marqués de Santa Cruz, en las que habíase alistado a los quince años. El mozo –fruto ilegítimo, aunque reconocido, de los amores de Lope con la comedianta Micaela Luján– había peleado contra los corsarios berberiscos, contra los franceses las Hieres y participado

en la liberación de Génova, y ahora hallaba en la Corte esperando que se resolviera el papeleo su confirmación en el grado de alférez, y también, al parecer rondando la reja de una dama. La situación era incómoda mientras Lopito contaba lo ocurrido sin omitir detalle, padre, desconcertado, en su silla y con el regazo de la sotana eclesiástica lleno de miguitas de pan, miraba a unos y otros indeciso entre la sorpresa y el enojo. Pese a que el capitán Contreras y don Francisco de Quevedo, tras la inicial sorpresa, terciaron con muy buenas razones y mucha política, culpóse mi amo contrariado y dispuesto a retirarse, seguro que su presencia no podía ser grata en aquella casa.

—Y sin embargo —decía Quevedo— el mozo puede felicitarse... Cruzar su espada con el mejor acero de Madrid y sacar sólo un rasguño, es cosa de buena mano o de buena suerte.

Confirmaba aquello Alonso de Contreras con muchas razones; que él había conocido a Diego Alatriste en los tiempos de Italia, apuntó, y daba fe de que no mataba sólo cuando no quería matar. Ése y otros discursos se sucedieron e un momento; pero mi amo, pese a todo, seguía atento. Incluyó cortés la cabeza ante el viejo Lope, empeñó su palabra afirmando que nunca habría sacado la espada de saber de quién era hijo su oponente, y dio media vuelta para ir antes de que el poeta abriese la boca. A punto estaba de salir cuando intervino Lopito de Vega. Permitted, padre, que se quede este caballero, dijo. Que no le guardaba rencor alguno porque rió muy hidalgo y de bueno a bueno.

Y aunque la cuchillada no fue elegante, que pocas lo son, no me dejó tirado como un perro... Vendó mi herida, y tuvo la cortesía de buscar quien me acompañara a un barbero.

Sosegóse todo con aquellas dignas palabras, el padre del herido desarrugó el ceño, congratuláronse Quevedo, Contreras y Prado de la discreción del joven alférez, que decía mucho de él mismo y de su limpia sangre, volvió a contar Lopito el lance, esta vez con más detalles y en tono festivo, y la conversación se hizo grata, disipándose los nubarrones que a punto habían estado de aguarle la sobremesa al Fénix y hacer incurrir en su desagrado a mi amo; cosa que Diego Alatriste habría lamentado en lo más vivo, pues era gran admirador de Lope y lo respetaba como a pocos hombres en el mundo. Al fin el capitán aceptó un vaso de dulcísimo Málaga, hízose por todos la razón, y Lopito y él quedaron amigos. Aún habían de serlo durante ocho años, hasta que el alférez Lope Félix de Vega Carpio encaró su desdichado destino, muriendo al naufragar su nave en la expedición de la isla Margarita. De cualquier modo, sobre él tendré ocasión de hablar más adelante; y quizá también en un futuro episodio, si alguna vez cuento el papel que Lopito, el capitán Alatriste y yo mismo, junto a otros camaradas conocidos o por conocer, tuvimos en el golpe de mano con que los españoles intentamos, por segunda vez en el siglo, tomar la ciudad de Venecia y acuchillar al Dux y a sus figurones, que tanto nos fastidiaban en el Adriático y en Italia dándose el pico con el papa y con Richelieu. Pero cada cosa a su tiempo. Que lo de Venecia requiere, pardiez, un libro aparte.

El caso es que hubo grata charla hasta mediada la tarde, en el jardincillo. Yo aprovechaba la ocasión para observar de cerca a Lope de Vega, que una vez me había puesto la mano en la cabeza, a modo de confirmación, hallándome mozalbete y recién llegado a Madrid, en las gradas de San Felipe. Imagino que ahora resulta difícil hacerse una idea de lo que el gran Lope significaba en ese tiempo. Debía de andar por los sesenta y cuatro años, y conservaba el aire galán, acentuado por los elegantes cabellos grises, el bigote recortado y la perilla que seguía luciendo pese a su hábito eclesiástico. Era discreto: hablaba poco, sonreía mucho, y procuraba agradecer a todos, intentando disimular la vanidad de su envidiable posición con una extrema cortesía. Nadie como él —y luego Calderón—

conoció de tal modo la fama en vida, forjando un teatro original de una hermosura, variedad y riqueza que no se dio tal, nunca, en Europa. Había sido soldado en su mocedad, en las Terceras, en los sucesos de Aragón y en la empresa de Inglaterra, y por el tiempo que narro tenía escritas ya buena parte de las más de mil quinientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales que salieron de su pluma. El estado sacerdotal no lo apartó de una larga y escandalosa vida de desórdenes amorosos, amantes e hijos ilegítimos; todo lo cual influía, y no poco, en que pese a su inmensa gloria literaria nunca fuese visto como hombre virtuoso, y se le mantuviera apartado de beneficios cortesanos a los que aspiraba; como el cargo de cronista real, que quiso ser y nunca fue. Por lo demás gozó de laurel y de fortuna. Y a diferencia del buen don Miguel de Cervantes, que murió, como dije, pobre, solo y olvidado, el entierro de Lope, nueve años después de las fechas que nos ocupan, fue acontecimiento y homenaje de multitudes como nunca habíase visto en España. En cuanto a las razones de su fama, mucho se ha escrito sobre ello, y a esas obras remito al lector. Por mi parte, con el tiempo viajé a Inglaterra y llegué a conocer la parla inglesa, leí, e incluso vi representado el teatro de Guillermo Shakespeare. Tengo opinión propia, y puedo decir que aunque el inglés profundiza mucho en el corazón del hombre, y el desarrollo de sus personajes es a menudo superior al que busca Lope, la carpintería teatral del español, su inventiva y su capacidad para mantener al público en suspenso, la intriga, la amenidad de recursos y el arrebatador planteamiento de cada comedia, resultan siempre insuperables. Y hasta en lo que se refiere a los personajes, tampoco estoy seguro de que el inglés fuera siempre capaz de pintar las dudas y desazones de los enamorados o las aspiraciones pícaras de los criados con tan ingeniosos trazos como lo hizo el Fénix en sus obras. Consideren vuestras mercedes, si no, su poco nombrada *El duque de Viseo* y díganme si esa comedia trágica desmerece de las tragedias del inglés. Además, si resulta cierto que el teatro de Shakespeare fue de algún modo universal y cualquier ser humano puede reconocerse en él – sólo el *Quijote* es tan español como Lope y tan universal como Shakespeare–, no es menos verdad que el Fénix creó con su arte nuevo de hacer comedias un espejo fidelísimo de la España de nuestro siglo, y un teatro cuyas estructuras fueron imitadas en todas partes, merced a que entonces la lengua española, como correspondía al cetro de dos mundos, era admirada, leída y hablada por todos, entre otras cosas porque era la de nuestros temibles tercios y la de nuestros arrogantes y enlutados embajadores. Y a diferencia de tantas naciones –en eso incluyo la de Shakespeare sin el menor complejo–, ninguna puede llegar a conocerse tan a fondo en sus costumbres, valores y parla como la española, merced precisamente al teatro que Lope, Calderón, Tirso, Rojas, Alarcón y otros como ellos hicieron imperar durante tanto tiempo en los tablados del mundo: cuando en Italia, Flandes, las Indias y los mares lejanos de Filipinas se hablaba español, el francés Corneille imitaba las comedias de Guillén de Castro para triunfar en su tierra, y la patria de Shakespeare no era todavía más que una isla de piratas hipócritas en busca de pretextos para medrar, como tantos otros, royendo los zancajos al viejo y cansado león hispano, que todavía era, en versos del mismo Lope, lo que otros no fueron nunca:

*Ea, sangre de los godos,  
ea, españoles del mar,  
henchid las manos de oro,  
de cautivos, de tesoros,  
pues lo supisteis ganar.*

Al fin, en la tertulia del jardincillo hablóse un poco de todo. Refirió el capitán Contreras noticias de los escenarios bélicos, y Lopito puso al corriente a Diego Alatríste de cómo andaban las cosas por el Mediterráneo que mi amo había navegado y reñido en otro tiempo. Pasaron luego a las bellas letras, cosa inevitable: leyó unas décimas don Luis Alberto de Prado, las alabó Quevedo para gran placer del conqueñense, y salió a relucir Góngora.

—Muriéndose está el cordobés, según dicen —confirmó Contreras.

—No importa —opuso Quevedo—, que relevos tendrá. Pues cada día, de la codicia de la fama, nacen en España tantos poetas cagaversos y pericultos como hongos de la humedad del invierno.

Sonreía Lope desde sus alturas olímpicas, divertido y tolerante. Tampoco él tragaba a Góngora, a quien siempre había pretendido atraerse porque, en el fondo, lo admiraba y temía. Hasta el punto de que llegó a escribir de él cosas como:

*Claro cisne del Betis, que sonoro  
y grave ennobleciste el instrumento.*

Pero el cisne racionero era de aquellos a los que se echa de comer aparte: nunca se dejó camelar. Al principio había soñado con arrebatar el cetro poético a Lope, escribiendo incluso comedias; pero fracasó en esto, como en tantas otras cosas. Por eso profesaba al Fénix constante y manifiesta inquina, burlándose de su relativa cultura clásica —a diferencia de Góngora y de Quevedo, Lope desconocía el griego y apenas se manejaba con el latín—, de sus comedias y de su éxito entre el pueblo adocenado:

*Patos del aguachirle castellana,  
que de su rudo origen fácil riega,  
y tal vez dulce inunda nuestra vega  
con razón Vega, por lo siempre llana.*

Sin embargo, Lope no descendía a la arena. Procuraba estar a buenas con todo el mundo, y a tales alturas de su vida y de su gloria no era cosa de enredarse en trifulcas. De manera que se contentaba con suaves ataques velados dejando el trabajo sucio a sus amigos, Quevedo entre ellos, que no se andaban con remilgos a la hora de lacerar la desmesura culterana del cordobés, y sobre todo de sus secuaces. Y con el temible Quevedo, que zurraba de lo lindo, Góngora ya no podía.

—Por cierto, leí el *Quijote* en Sicilia —comentó el capitán Contreras, cambiando de tercio—. Y a fe que no me pareció tan malo.

—Ni a mí —apuntó Quevedo—. Ya es novela famosa, y sobrevivirá a muchas otras.

Enarcó Lope una ceja desdeñosa, hizo servir más vino y cambió de conversación. Ésa era otra prueba de que, como cuento, la pluma hacía correr más sangre que la espada en aquella eterna España de envidias y zancadillas, donde el Parnaso resultaba tan codiciado como el oro del Inca; que enemigos del propio oficio son los peores que tiene el hombre. El rencor entre Lope y Cervantes, que a esas alturas, como dije, estaba en el cielo de los hombres justos, sentado a la derecha de Dios, era viejo y coleaba aun después de muerto el infeliz don Miguel. La amistad inicial entre los dos gigantes de nuestras letras se había trocado en odio después de que el ilustre manco, quien también fracasó con sus comedias —*«no hallé autor que me las pidiese»*—, fuese el primero en disparar, incluyendo en la



primera parte de su novela un ataque mordaz contra las obras de Lope, en especial la famosa parodia de los rebaños de carneros. Respondió éste con su cruda sentencia: «*De poetas no digo; buen siglo es éste. Pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a Don Quijote*». En aquellos años, la novela se consideraba arte menor y de poco ingenio, propio sólo para entretener a doncellas; el dinero lo daba el teatro; el lustre y la gloria, la poesía. Por eso Lope respetaba a Quevedo, temía a Góngora y despreciaba a Cervantes:

*¡Honra a Lope, potrilla, o guay de ti!  
que es sol, y, si se enoja, lloverá;  
y ése tu Don Quijote baladí  
de culo en culo por el mundo va  
vendiendo especias y azafrán romí,  
y al fin en muladares parará.*

...Como le escribió en una carta que, para más escarnio, envió a su adversario con un real de portes debidos, para que le costara el dinero —«*Lo que me pesó fue pagar el real*», escribiría después Cervantes—. De modo que el pobre don Miguel, desterrado de los corrales, consumido en trabajos, miserias, cárceles, vejaciones y antesalas, ignorante de la inmortalidad que ya cabalgaba a lomos de Rocinante, él, que nunca pretendió mercedes adulando con descaro a los poderosos, como sí hicieron Góngora, Quevedo y el propio Lope, terminó asumiendo el espejismo de su propio fracaso al confesar, honrado como siempre:

*Yo que siempre me afano y me desvelo  
por parecer que tengo de poeta  
la gracia que no quiso darme el cielo.*

En fin. Así fue aquel mundo irrepetible que narro, cuando al solo nombre de España se estremecía la tierra: peleas de ciegos geniales, arrogancia, inquina, crueldad, miseria. Pero también, del mismo modo que el imperio donde no se ponía el sol fue poco a poco cayéndose a pedazos, borrado de la faz de la tierra por nuestro infortunio y nuestra vileza, entre sus despojos y ruinas quedó la huella poderosa de hombres singulares, talentos nunca antes vistos que explican, cuando no justifican, aquella época de tanta grandeza y tanta gloria. Hijos de su tiempo en lo malo, que fue mucho. Hijos del genio en lo mejor que dieron de sí mismos, que no fue poco. Ninguna nación alumbró nunca tantos a la vez, ni registró tan fielmente, como ellos hicieron, hasta los menudos pormenores de su época. Por fortuna, todos siguen vivos en los plúteos de las bibliotecas, en las páginas de los libros; a mano de quien se aproxime a ellos y escuche, admirado, el rumor heroico y terrible de nuestro siglo y de nuestras vidas. Sólo así es posible comprender lo que fuimos y lo que somos. Y al cabo, que el diablo nos lleve a todos.

Quedó Lope en su casa, despidióse el secretario Prado y nos atardeció a los demás, Lopito incluido, en la taberna de Juan Lepre, esquina a la calle del Lobo con Huertas, estrujando un pellejo de vino de Lucena. Fue animada parla aquella, con el capitán don Alonso de Contreras, que era en extremo simpático, tragafuegos y hablador, contando episodios de su vida militar y la de mi amo, incluido lo de Nápoles en el año quince,

cuando, después de que éste despachase a un hombre en duelo por causa de una mujer, fue el mismo Contreras quien lo ayudó a precaverse de la justicia y regresar a España.

—Tampoco la dama salió bien parada del lance -añadió, riendo-. Diego le dejó una linda marca en la cara como recuerdo... Y por vida del rey, que la daifa merecía eso y más.

—Conozco a muchas -remachó Quevedo, misógino como siempre- que lo merecen.

Y nos regaló, al filo del concepto, unos versos repentizados allí mismo:

*Vuela, pensamiento, y dile  
a los ojos que más quiero  
que hay dinero.*

Yo observaba a mi amo, incapaz de imaginarlo acuchillando el rostro de una mujer. Pero éste permanecía inexpresivo, inclinado sobre la mesa, los ojos fijos en el vino de su jarra. Don Francisco sorprendió mi mirada, echó un vistazo de soslayo a Alatríste y no dijo más. Cuántas cosas que ignoro, me interrogué de pronto, habrá tras esos silencios. Y como cada vez que vislumbraba la condición oscura del capitán, me estremecí en los adentros. Nunca es grato ganar en años y lucidez, y penetrar así en los rincones ocultos de tus héroes. En lo que se refiere a Diego Alatríste, a medida que pasaba el tiempo y mis ojos se hacían más despiertos, yo veía cosas que habría preferido no ver.

—Por supuesto -puntualizó Contreras, mirándome también como si temiera haber ido demasiado lejos- éramos briosos y mozos. Recuerdo cierta ocasión, en Corfú...

Y se puso a contar. Al hilo salieron a relucir nombres de amigos comunes, como Diego Duque de Estrada, con el que mi amo había estado de camarada cuando la desastrosa jornada de las Querquenes, donde ambos se vieron a pique de dejar la piel salvando la de Álvaro de la Marca, conde de Guadalmedina. Quien, por cierto, había trocado los arreos de antaño por el puesto de confidente del cuarto Felipe, a quien acompañaba cada noche, informó Quevedo, en sus correrías galantes. Yo los oía hablar, borradas ya mis últimas reflexiones, fascinado por aquellos relatos de galeras, abordajes, esclavos y botines, que en boca del capitán Contreras adquirirían rasgos fabulosos, como el famoso incendio de la escuadra berberisca frente a La Goleta con el marqués de Santa Cruz y la descripción de gratos lugares en la falda del Vesubio, orgías y bernardinas de juventud, cuando Contreras y mi amo se gastaban en pocos días el dinero obtenido corseando por las islas griegas y la costa turca. Todo eso hizo que, al cabo, entre dos tientos al vino que derramábamos con mano torpe sobre la mesa, el capitán Contreras recitara unos versos que Lope de Vega había escrito en su alabanza, donde ahora él intercalaba otros propios en regalo de mi amo:

*Probó el natural valor  
la fama, laurel y honor  
de Contreras para España;  
con Alatríste en campaña  
del turco fueron pavor.  
Y por la menor hazaña  
(que el acero nunca engaña)  
hubo sentencia en favor.*

El capitán Alatríste seguía callado, la toledana en el respaldo de la silla y el sombrero en el suelo, sobre la capa doblada, limitándose a asentir de vez en cuando, a intercalar

monosílabos y a esbozar una sonrisa cortés bajo el mostacho cuando Contreras, Quevedo o Lopito de Vega se referían a él. Yo asistía a todo bebiendo las palabras, atento cada anécdota y cada recuerdo, sintiéndome uno de ellos con pleno derecho; a fin de cuentas, a los dieciséis años era ya veterano de Flandes y de otras campañas más turbias tenía cicatrices propias y manejaba la espada con razonable soltura. Eso me afianzaba en la intención de abrazar la milicia en cuanto fuera posible, y ganar laureles a fin de que un día, narrando mis hazañas en torno a la mesa de una taberna, alguien recitara también, en mi honor, unos versos como aquéllos. Ignoraba entonces que mis deseos serían colmados con creces, y que el camino que me disponía a emprender me llevaría también al otro lado de la gloria y de la fama: al donde el verdadero rostro de la guerra –que había conocido en Flandes con la inconsciencia del boquirrubio para quien la milicia supone un magnífico espectáculo– llega a ensombrecer el corazón y la memoria. Hoy, desde esta vejez interminable en la que parezco suspendido mientras escribo mis recuerdos, miro atrás; y bajo el rumor de las banderas que ondean al viento, entre el redoble del tambor que marca el paso tranquilo de la vieja infantería que vi morir en Breda, Nordlingen, Fuenterrabía, Cataluña o Rocroi, sólo encuentro rostros de fantasmas y la soledad lúcida, infinita, de quien conoce lo mejor y lo peor que alberga el nombre de España. Y ahora sé, tras pagar el precio que la vida exige, lo que encerraban los silencios y la mirada ausente del capitán Alatríste.

Se despidió de todos, anduvo solo calle del Lobo arriba y cruzó la carrera de San Jerónimo, arriscado el sombrero y embozado en la capa. Había anochecido, hacía frío y la calle baja de los Peligros estaba desierta, sin otra luz que la vela que ardía en una hornacina de la pared con la imagen de un santo. A medio camino sintió deseos de parar un momento a una necesidad. Demasiado vino, se dijo. Así que fue al más oscuro de los rincones, echó atrás la capa y desabotonó la portañuela de los gregüescos. Así estaba, abiertas las piernas en el rincón, aliviándose, cuando sonó una campanada en el cercano convento de las bernardas de Vallecas. Tenía tiempo de sobra, pensó. Media hora para la cita en una casa del lado alto de la calle, pasada la de Alcalá, donde una vieja dueña zurcidora de honras y tercera contumaz, plática en el oficio, lo tenía todo dispuesto –cama, cena, jofaina y toallas– para su encuentro con María de Castro.

Se abotonaba los calzones cuando oyó el ruido a su espalda. Calle de los Peligros, pensó de pronto. A oscuras y desabrochado. Tendría maldita la gracia terminar de esa manera. Se acomodó la ropa con urgencia, mirando sobre el hombro, y desembarazó el lado izquierdo de la capa, donde pendía la toledana. Por la sangre de Dios. Moverse de noche por Madrid era vivir con el sobresalto en la boca, y quien podía alquilaba escolta con armas y luz para ir de un lado a otro. El consuelo era que, en casos como el de Diego Alatríste, uno mismo podía ser tan peligroso, o más, que cualquiera con quien topase. Todo era cuestión de intenciones. Y las suyas nunca habían sido las de un franciscano.

De momento no vio nada. La noche era negra a boca de sorna, y los aleros de las casas dejaban las fachadas y los portales en sombra cerrada. Sólo a trechos una vela doméstica recortaba una celosía o un postigo entreabierto. Estuvo un rato inmóvil, observando el cruce con la calle de Alcalá como quien estudia un glacis batido por la arcabucería enemiga, y luego caminó con precaución, atento a no pisar cagajones de caballerías ni otras inmundicias de las que apestaban en el albañal. Sólo oía sus pasos. De pronto, ya en el tramo angosto de la calle de los Peligros y al dejar atrás la tapia del huerto de las Vallecas, el eco pareció doblarse. Miró a diestra y siniestra sin detenerse, y al fin advirtió un bulto

moviéndose a su derecha, pegado a la fachada de unas casas altas. Podía ser un transeúnte manso como un cordero, o alguien que rondara con mala fe; de modo que siguió camino sin perderlo de vista. Anduvo así veinte o treinta pasos, manteniéndose en el centro de la calle, y al pasar el bulto ante una ventana iluminada vio a un hombre arrebozado, con sombrero de faldas. Siguió camino, ya muy alerta, y a poco distinguió un segundo bulto al otro lado. Demasiados bultos en tan poca luz, se dijo. Sicarios o salteadores. Entonces soltó el fiador de la capa y sacó la centella.

Divide y vencerás, pensaba. Si hay suerte. Y además, al que madruga Dios lo ayuda. De modo que se fue recto al de la derecha, sin más, arrodelándose la capa en el brazo libre, y le dio una cuchillada antes de que el adversario pudiera desembarazarse del paño. Se echó a un lado el otro con un gruñido, traspasada la capa y lo que hubiera detrás; y envuelto aún en ella, la espada virgen en su vaina, reculó por las sombras hasta un portal, doliéndose con muchos resoplidos. Confiando en que el segundo no llevara pistola, Alatraste giró para encararlo, pues lo sentía venir corriendo por la calle. Cerraba a cuerpo, silueta negra con sombrero también a lo valentón, el acero desnudo por delante; así que Alatraste arremolinó la capa, arrojándosela para trabar su espada. Y cuando el otro, con una blasfemia, intentaba liberar la temeraria, el capitán le tiró media docena de hurgonadas en corto y a bulto, casi a ciegas. La última pasó adelante, dando con el jaque en tierra. Miró atrás el capitán, por si peligraba su espalda, mas el de la capa tenía suficiente; alcanzó a distinguirlo calle abajo, perdiéndose de vista. Recogió entonces la suya, que apestaba tras ser pisoteada en el suelo, envainó la blanca, extrajo la daga vizcaína con la urda, y yéndose sobre el caído le puso la punta en la gola.

—Cuéntamelo —dijo— o por Cristo que te mato.

Respiraba entrecortado el otro, maltrecho pero todavía en estado de apreciar las circunstancias. Olía a vino reciente. También a sangre.

—Idos... al diablo —murmuró, débil.

Alatraste lo espulgó de cerca lo mejor que pudo. Barba cerrada. Un aro en la oreja, reluciente en la oscuridad. El hablar era de bravo. Matachín profesional, sin duda. Y por las palabras, crudo.

—El nombre de quien paga —insistió, apretando más la daga.

—Iglesia me llamo —repuso el otro.

—Así me desjarrete el tragar pienso hacerlo.

—Es tal día hará un año.

Rió Alatraste bajo el mostacho, consciente de que el no podía ver su gesto. Tenía hígados el caimán, y allí no iba a sacar nada en limpio. Lo registró —rápido sin encontrar salvo una bolsa, que se guardó, y un cuchillo de buen acero que arrojó lejos.

—Así que no hay bramo? —concluyó.

—No... nes.

El capitán asintió, comprensivo, y se puso en pie. Entre liados del oficio, que tal resultaba el caso, las reglas de anda eran las reglas de la jacaranda. El resto iba a ser pérdida de tiempo, y si asomaba gurullada de corchetes se iba a ver en apuros para dar explicaciones, a esas horas y con un fiambre a los pies. Así que peñas y buen tiempo. Se disponía a envainar la daga y marcharse, cuando lo pensó mejor; y antes, inclinándose de nuevo, le dio al otro un tajo cruzado en la boca. Sonó como en la tabla de un carnicero, y el herido se quedó mudo de veras, por perder el sentido o porque el chirlo le había rebanado la lengua. A saber. Pero poco, pensó Alatraste alejándose, era que la utilizase mucho. Y de cualquier modo, si alguien le remendaba los descosidos y salía de aquélla, eso ayudaría a

significarlo otro día, con luz, si se topaban. Y si no, para que el fulano –o lo que quedaba de él después de la mojada y el signum crucis– se acordase toda su vida de la calle de los Peligros.

La luna salió tarde, haciendo halos en los vidrios de la ventana. Diego Alatríste estaba de espaldas a su luz, enmarcado en el rectángulo de claridad plateada que se prolongaba hasta el lecho donde dormía María de Castro. El capitán miraba el contorno de la mujer, escuchando su respiración tranquila, los suaves gemidos que exhalaba al agitarse un poco entre las sábanas que apenas la cubrían, para acomodar mejor el sueño. Olió sus propias manos y la piel de los antebrazos: tenía allí el olor de ella, el aroma de aquel cuerpo que descansaba exhausto tras el largo intercambio de besos y caricias. Se movió, y su sombra pareció deslizarse como la de un espectro sobre la pálida desnudez de ella. Por Cristo que era hermosa.

Fue hasta la mesa y se sirvió un poco de vino. Al hacerlo pasó de la estera a las losas del suelo, y el frío le erizó la piel curtida, de soldado viejo. Bebió sin dejar de mirar a la mujer. Cientos de hombres de toda condición, de calidad y con la bolsa bien repleta, habrían dado cualquier cosa por gozarla unos minutos; y era él quien estaba allí, ahíto de su carne y de su boca. Sin otra fortuna que su espada y sin más futuro que el olvido. Eran extraños, pensó una vez más, los mecanismos que movían el pensamiento de las mujeres. O al menos de las mujeres como aquélla. La bolsa del sicario que él había puesto sin palabras sobre la mesa –sin duda el precio de su propia vida– contenía apenas lo necesario para que se adornara con unos chapines, un abanico y unas cintas. Y sin embargo, allí estaba él. Y allí estaba ella.

—Diego.

Sonó en un susurro adormilado. La mujer se había vuelto en la cama y lo miraba.

—Ven, mi vida.

Dejó el vaso de vino y se acercó, sentándose en el borde del lecho, para posar una mano sobre la carne tibia. Mi vida, había dicho ella. No tenía donde caerse muerto –incluso eso lo establecía a diario con la espada– y tampoco era un lindo elegante, ni un hombre gallardo y cultivado de los que admiraban las mujeres en las rúas y los saraos. Mi vida. De pronto se encontró recordando el final de un soneto de Lope que había oído aquella tarde en casa del poeta, y que concluía:

*Quiere, aborrece, trata bien, maltrata,  
y es la mujer al fin como sangría,  
que a veces da salud, y a veces mata.*

La luz de la luna hacía los ojos de María de Castro increíblemente bellos, y acentuaba el abismo de su boca entreabierta. Y qué más da, pensó el capitán. Vida o no vida. Amor mío o de otros. Mi locura o mi cordura. Mi, tu, su corazón. Esa noche estaba vivo, y era lo único que contaba. Tenía ojos para ver, boca para besar. Dientes para morder. Ninguno de los muchos hideputas que cruzaron por su existencia, turcos, herejes, alguaciles, matachines, había logrado robarle ese momento. Seguía respirando pese a que muchos intentaron estorbárselo. Y ahora, para confirmarlo, una mano de ella le acariciaba suave la piel, deteniéndose en cada vieja cicatriz. «Mi vida», repetía. Sin duda don Francisco de Quevedo habría sacado buen partido a todo eso, plasmándolo en catorce perfectos endecasílabos. El capitán Alatríste, sin embargo, se limitó a sonreír en sus adentros. Era

bueno estar vivo, al menos un rato más, en un mundo donde nadie regalaba nada; donde todo se pagaba antes, durante o después. Así que algo habré pagado, pensó. Ignoro cuánto y cuándo, pero sin duda lo hice, si ahora la vida me concede este premio. Si merezco, aunque sea por unas pocas noches, que una mujer así me mire como ella me mira.

### III. EL ALCAZAR DE LOS AUSTRIAS

—Espego con deleité vuestga comediá, señog de Quevedó.

La reina era bellísima. Y francesa. Hija del gran Enrique IV el Bearnés, tenía veintitrés años, clara la tez y un hoyuelo en la barbilla. Su acento era tan encantador como su aspecto, sobre todo cuando se esforzaba en pronunciar las erres frunciendo un poco el ceño, aplicada, cortés en su majestad llena de finura e inteligencia. Saltaba a la vista que había nacido para el trono; y aunque extranjera de origen, reinaba tan lealmente española como su cuñada Ana de Austria —la hermana de nuestro cuarto Felipe, desposada con Luis XIII, lo hacía en su patria adoptiva de Francia. Cuando el curso de la historia terminó enfrentando al viejo león español con el joven lobo francés, disputándose ambos la hegemonía en Europa, ambas reinas, educadas en el deber riguroso de su honor y su sangre, abrazaron sin reservas las causas nacionales de sus augustos maridos; con lo que en los crudelísimos tiempos que estaban porvenir iba a darse la paradoja de que los españoles, con reina francesa, íbamos a acuchillarnos con franceses que tenían una reina española. Pues tales son, pardiez, los azares de la guerra y la política.

Pero volvamos a doña Isabel de Borbón y al Alcázar Real. Contaba a vuestras mercedes que esa mañana, con la luz entrando a raudales por los tres balcones de la sala de los Espejos, la claridad de la estancia doraba su cabello rizado, arrancando reflejos mate a las dos perlas sencillas que usaba como pendientes. Vestía muy doméstica dentro de las exigencias de su rango, de chamelote de aguas color malva, entero, guarnecido con esterillas de plata, y el verdugado ahuecaba su falda con mucha gracia, chapín de raso y una pulgada de media blanca a la vista, sentada como estaba en un escabel junto a la ventana del balcón central.

—Temo no estar a la altura, mi señora.

—Lo estaguéis. Toda la cogté confía muchó en vuestgo inguenió.

Era simpática como un ángel, pensé, clavado en la puerta sin atreverme a mover una ceja; petrificado por diversos motivos, de los que hallarme en presencia de la reina nuestra señora era sólo uno entre muchos, y no por cierto el más grave. Me había vestido con ropa nueva, jubón de paño negro con golilla almidonada y calzón y gorra de lo mismo, que un sastre de la calle Mayor, amigo del capitán Alatríste, me había confeccionado a crédito en sólo tres días, desde el momento en que supimos que don Francisco de Quevedo iba a permitirme acompañarlo a palacio. Mimado de la Corte, bienquisto entonces de su majestad la reina, don Francisco se había vuelto asiduo de todo acto cortesano. Divertía a nuestros monarcas con su ingenio, adulaba al conde-duque, a quien convenía contar con su inteligente péñola frente al número creciente de adversarios políticos, y era adorado por las damas, que en cualquier sarao o reunión le rogaban las complaciese con versos e improvisaciones. De modo que el poeta, astuto y listísimo como era, se dejaba querer, cojeaba más de la cuenta para hacerse perdonar el talento y la privanza, y se disponía a medrar sin complejos mientras durase la buena racha. Favorable conjunción de los astros, aquélla, que el escepticismo estoico de don Francisco, forjado en la cultura clásica, en el favor y en la desgracia, le pronosticaba no sería eterna. Pues como él mismo apuntaba, somos lo que somos hasta que dejamos de serlo. Sobre todo en España, donde esas cosas ocurren sin más, de la noche a la mañana. De modo que te arrojan a prisión o te llevan en orozado por las calles, camino del cadalso y sin transición alguna, los mismos que ayer te aplaudían y se honraban con tu amistad o con tu trato.

—Permita mi señora que le presente a un joven amigo. Se llama Iñigo Balboa Aguirre, y ya se ha batido en Flandes. Me incliné hasta casi tocar el suelo con la frente, la gorra en la mano, ruborizado hasta las orejas. Y el golpe de calor, como ya apunté, no era sólo por hallarme en presencia de la esposa de Felipe IV. Sentía fijos en mí los ojos de cuatro meninas de la reina que estaban sentadas cerca, en almohadones y cojines de raso puestos sobre las baldosas amarillas y rojas, junto a Gastoncillo, el bufón francés que doña Isabel de Borbón había —traído con ella cuando los desposorios con nuestro monarca. Las miradas y sonrisas de esas jóvenes damas bastaban para que a cualquier mozo se le fuera la cabeza.

—Tan joven —dijo la reina.

Luego me dedicó un último gesto amable, se puso a conversar con don Francisco sobre los pormenores de las jacarillas que éste había compuesto, y yo me quedé de pie como estaba, la gorra en las manos y mirando al infinito, sintiendo la necesidad de apoyarme en el zócalo de azulejos portugueses antes de que me flaquearan las piernas. Las meninas cuchicheaban entre ellas, Gastoncillo se les unía en susurros, y yo no sabía dónde poner los ojos. Por cierto que el bufón medía una vara de alto, era feo como la madre que lo parió, y famoso en la Corte por tener maldita la gracia —imaginen vuestras mercedes el salero de un enano gabacho contando chistes —; pero a la reina le complacía y todo el mundo reía sus chacotas, aunque por compromiso y de mala gana. El caso es que seguí como estaba, quieto cual figura representada en los cuadros que ornaban el salón, que era nuevo, inaugurado con las recientísimas reformas de la fachada del alcázar, en cuyo vetusto edificio se vecinaban y superponían oscuras estancias del pasado siglo con modernas habitaciones de nueva fábrica. Miré el Aquiles y el Ulises del Tiziano sobre las puertas, la oportuna alegoría de La religión socorrida por España, el retrato ecuestre del gran emperador Carlos en batalla de Mühlberg y, en la pared opuesta, otro del cuarto Felipe, también a caballo, pintado por Diego Velázquez. Al cabo, cuando me supe de memoria cada uno de aquellos lienzos, reuní el valor suficiente para volverme hacia el verdadero objeto de mi inquietud. No sabría decir si los golpes que retumbaban en mis adentros procedían del martillo de los carpinteros que aparejaban el cercano salón dorado para el sarao de la reina, o si los causaba la sangre bombeando con fuerza en mis venas y en mi corazón. Mas allí estaba yo, de pie como para aguantar una carga de caballería luterana, y frente a mí, sentada en un cojín de terciopelo rojo, se hallaba el ángel-diablo de mirada azul que endulzó y amargó, a un tiempo, mi inocencia y mi juventud. Naturalmente, Angélica de Alquézar me miraba.

Cosa de una hora más tarde, terminada la visita, cuando seguía a don Francisco de Quevedo bajo los pórticos del patio de la Reina, el bufón Gastoncillo me dio alcance, tiró con disimulo de la manga de mi jubón púsose en la mano un billetito plegado. Me quedé estudiando el papel sin osar desdoblar! lo; y antes de que don Francisco reparase en él lo introduje, discreto, en mi faltriquera. Luego miré alrededor sintiéndome osado y galán, con aquel mensaje que me hacía semejante a los personajes de las comedias de capa y espada. Por Cristo que la vida era hermosa —pensé de pronto— y la Corte fascinante. El mismo alcázar, desde donde se regían los destinos de un imperio que abarcaba dos mundos, reflejaba el pulso de aquella España que se me subía a la cabeza: los dos patios, llamados del Rey y de la Reina, estaban llenos de cortesanos, pretendientes y ociosos que iban y venían entre éstos y el mentidero de la explanada de afuera, pasando bajo el arco de la entrada donde, entre las sombras y el contraluz de la puerta, destacaban los ajedrezados uniformes de la guardia vieja. Don Francisco de Quevedo, cuya singular persona ya dije estaba de moda esos días, se veía detenido a cada momento por gente que lo saludaba con



deferencia o solicitaba su apoyo en alguna pretensión. Aquél pedía beneficios para un sobrino, el otro para un yerno, éste para un hijo o un cuñado. Nadie ofrecía trabajar a cambio, nadie se comprometía a nada. Se limitaban a andar en corso, reivindicando la merced como un derecho, haciéndose todos de la sangre de los godos en pos del sueño que acarició siempre cada español: vivir sin dar golpe, no pagar impuestos y pavonearse con espada al cinto y una cruz bordada al pecho. Y para que se hagan idea vuestras mercedes de hasta dónde llegábamos en materia de pretensiones y solicitudes, diré que ni los santos de las iglesias quedaban libres de impertinencias; pues hasta en las manos de sus imágenes depositábanse memoriales pidiendo tal o cual gracia terrena, como si de funcionarios de palacio se tratara. De modo que en la iglesia del solicitadísimo San Antonio de Padua llegó a ponerse un cartel bajo el santo, diciendo: «Acudan a San Gaetano, que yo ya no despacho».

Y así, lo mismo que San Antonio de Padua, don Francisco de Quevedo, familiarizado con ese naipe —él mismo solicitó varias veces sin reparo, aunque no siempre lo acompañaran la oportunidad y la suerte—, escuchaba, sonreía, encogía los hombros sin comprometerse más allá de lo justo. Sólo soy un poeta, advertía para escurrir el bulto. Y a veces, harto de la insistencia del impertinente y sin poder zafarse de modo amable, terminaba enviándolo al carajo.

—Por los clavos de Cristo —murmuraba— que nos hemos convertido en un país de pedigüeños.

Lo que no era poca verdad, y aún había de serlo más en lo que estaba por venir. Para el español, la merced no fue nunca privilegio sino derecho inalienable; hasta el punto de que no conseguir lo que su vecino alcanzaba ennegreció siempre su bilis y su alma. Y en cuanto a la proverbial hidalguía tan traída y llevada entre las supuestas virtudes patrias —hasta el francés Corneille con su Cid y algún otro se tragaron ese pastel de a cuatro—, diré que tal vez la hubo en otra época: cuando nuestros compatriotas necesitaban pelear para sobrevivir, y el valor era sólo una entre muchas virtudes imposibles de comprar con dinero. Pero ya no era el caso. Demasiada agua había corrido bajo los puentes desde aquellos tiempos sobre los que el mismo don Francisco de Quevedo escribió, a modo de epitafio:

*Yace aquella virtud desaliñada,  
que fue, si rica menos, más temida,  
en vanidad y en sueño sepultada.*

En los días que narro, las virtudes, si alguna vez existieron, habíanse ido casi todas al diablo. Nos quedaban sólo la soberbia ciega y la insolidaridad que terminarían por arrastrarnos al abismo; y la poca dignidad que conservábamos se limitaba a unos cuantos individuos aislados, a los escenarios de los corrales de comedias, a los versos de Lope y de Calderón, y a lejanos campos de batalla donde aún resonaba el hierro de nuestros tercios veteranos. Que mucho me hicieron reír siempre los que se retuercen el mostacho pregonando la nuestra como nación digna y caballeresca. Pues yo fui y soy vascongado y español, viví mi siglo de cabo a rabo, y siempre topé en el camino con más Sanchos que Quijotes, y con más gente ruin, malvada, ambiciosa y vil, que valiente y honrada. Nuestra única virtud, eso sí, fue que algunos, incluso entre los peores, supieron morir como Dios manda cuando hizo falta o no hubo otro remedio, de pie, el acero en la mano. Lo cierto es que mucho mejor habría sido vivir para el trabajo y el progreso que pocas veces tuvimos, pues nos lo negaron, contumaces, reyes, validos y frailes. Pero qué le vamos a hacer. Cada

nación es como es, y aquí hubo lo que hubo. De cualquier modo, y puestos a irnos todos al fondo como al cabo nos fuimos, mejor así: unos cuantos desesperados poniendo a salvo, como si fuese la bandera rota del reducto de Terheyden, la dignidad del infame resto. Rezando, blasfemando, matando hasta vender cara la piel. Y algo es algo. Por eso, cuando alguien me pregunta qué respeto de esta infortunada y triste España, siempre repito lo que le dije a aquel oficial francés en Rocroi. Pardiez. Contad los muertos.

*Si sois lo bastante hidalgo para escoltar a una dama, aguardad esta noche, a las Ánimas, en la puerta de la Priora.*

Venía tal cual, sin firma. Lo leí varias veces, recostado en una columna del patio mientras don Francisco departía en corro con unos conocidos. Y a cada lectura el corazón se me desbocaba en el pecho. Mientras el poeta y yo estuvimos en presencia de la reina, Angélica de Alquézar no había hecho un solo gesto que delatase interés por mi persona. Hasta sus sonrisas, entre los cuchicheos de las otras meninas, fueron más contenidas y sutiles. Sólo sus ojos azules me calabán con una intensidad tal que, como ya dije, en algún momento temí no soportarla a pie firme. Por ese tiempo yo era un mozo de buena traza, alto para mi edad, de ojos vivos, con espeso cabello negro, y la ropa nueva y la gorra con pluma roja que tenía en las manos me procuraban una apariencia decente. Eso me había dado ánimo para soportar el escrutinio de mi joven dama, si es que la palabra mía puede aplicarse a la sobrina del secretario real Luis de Alquézar; que todo el tiempo fue de ella sola, e incluso cuando poseí su boca y su carne –yo estaba lejos de imaginar lo poco que faltaba para esa primera vez– siempre me sentí de pase, como el intruso que se mueve inseguro del terreno que pisa, esperando de un momento a otro que los criados lo echen a la calle. Sin embargo, como ya apunté otra vez, y pese a todo cuanto después ocurrió entre nosotros, incluida la cicatriz de daga que tengo en la espalda, sé –quiero creer que lo sé– que ella me amó siempre. A su manera.

Nos encontramos con el conde de Guadalmedina bajo uno de los arcos de la escalera. Venía de las habitaciones del joven rey, donde entraba y salía con mucha confianza, y a las que el cuarto Felipe acababa de retirarse tras pasar la mañana cazando en los bosques de la Casa de Campo; placer al que era aficionadísimo, contándose que gustaba de ir sin perros tras los jabalíes y que era capaz de correr el monte todo el día tras una presa. Álvaro de la Marca vestía jubón de gamuza y polainas manchadas de lodo, y se tocaba con una graciosa monterilla enjovada con esmeraldas. Iba refrescándose con un pañizuelo mojado en agua de olor, camino de la explanada frente a palacio donde lo esperaba su coche. La indumentaria de cazador lo hacía aún más apuesto, dándole un falso toque rústico que realzaba su estampa gallarda. No era extraño, decidí, que las damas de la Corte se abanicasen con más pasión y garbo cuando el conde les asestaba sus miradas; y que incluso la reina nuestra señora le hubiese mostrado al principio cierta inclinación, aunque sin faltar nunca, por supuesto, al decoro de su alto rango y su persona. Y digo al principio porque, en el tiempo de esta aventura, Isabel de Borbón ya estaba al corriente de las almogavarías de su augusto esposo y del papel de acompañante, escolta o tercero, que el de Guadalmedina desempeñaba en tales lances. Lo aborrecía por eso, y aunque el protocolo la obligaba a ciertas finezas –además de servidor de su esposo, el de la Marca era grande de España–, procuraba tratarlo con frialdad. Sólo otro personaje de la Corte era más detestado por la reina nuestra señora: el conde-duque de Olivares, cuya privanza nunca fue bien vista por

aquella princesa criada en el arrogante señorío de la Corte de María de Médicis y del gran Enrique IV de Francia. Y así, con el tiempo, querida y respetada hasta su muerte, Isabel de Borbón terminaría encabezando la facción palaciega y cortesana que, década y media más tarde, iba a acabar con el poder absoluto del valido, derribándolo del pedestal donde lo habían encumbrado su inteligencia, su ambición y su orgullo. Eso ocurrió cuando al fin el pueblo, que no había hecho sino oír, admirar y temer con el gran Felipe II, y murmurar o lamentarse con prudencia con Felipe III, diezmado al fin, exhausto, harto de bancarrotas y desastres, empezó a mostrar más desesperación que respeto con Felipe IV, y fue oportuno servirle una cabeza política para calmar su cólera:

*Quien no tiene por hazaña  
caer, quien se aventuró,  
acuérdesse, pues se engaña,  
que cayó Troya, y cayó  
la princesa de Bretaña.*

El caso es que aquella mañana, en palacio, el conde de Guadalmedina nos vio a don Francisco y a mí, bajó de dos en dos los últimos peldaños de la escalera, esquivó con práctica y donaire a un grupillo de solicitantes –un capitán reformado, un clérigo, un alcalde y tres hidalgos provincianos a la espera de que alguien despabilara sus pretensiones– y tras saludar con mucho afecto al poeta, y a mí con una cordial palmada en el hombro, nos llevó aparte.

—Hay un asunto –dijo grave, sin más preámbulos.

Me miraba de soslayo, dudando de ir más allá en mi presencia. Pero eran muchos lances los que me conocía junto al capitán Alatraste y don Francisco, y mi lealtad y discreción eran cosa probada. Así que, decidiéndose, echó un vistazo en torno para comprobar que no había orejas palaciegas cerca, saludó tocándose la montera a un miembro del Consejo de Hacienda que pasaba bajo los arcos –los del grupillo pretendiente le fueron detrás como cochinos a un maizal–, bajó un poco más la voz y susurró:

—Decidle a Alatraste que cambie de montura.

Tardé en comprender aquellas palabras. Don Francisco, no. Agudo como siempre, se ajustó los lentes para estudiar al de la Marca.

—¿Habla vuestra excelencia en serio?

—A fe mía si hablo. Miradme la cara y juzgad las ganas de chacota.

Un silencio. Yo empezaba a comprender. El poeta maldijo en voz baja.

—Yo, en asuntos de faldas, me siento un fui, un seré y un soy cansado. Debería decírselo vuestra excelencia misma. Si tiene huevos.

—Y un cuerno –Guadalmedina movió la cabeza, sin afectarse por la familiaridad–. Yo no puedo mezclarme en eso.

—Pues bien que se mezcla vuestra excelencia en otros menesteres.

El aristócrata se acariciaba bigote y perilla, evasivo.

—No me fastidiéis, Quevedo. Cada uno tiene sus obligaciones. En cualquier caso cumplo de sobra con él, avisándolo.

—¿Qué debo contarle?

—Pues no sé. Que pique menos alto. Que el Austria asedia la plaza.

Se miraron en largo y elocuente silencio. Lealtad y prudencia en uno, debate entre amistad e interés en otro. Bien situados como ambos vivían en ese tiempo, en pleno favor

de la Corte, habría sido más sensato para éste callar, y para aquél no escuchar. Más cómodo y seguro. Y sin embargo allí estaban, cuchicheando junto a las escaleras de palacio, inquietos por un amigo. Y yo era ya lo bastante cuerdo para apreciar su actitud. Su dilema.

Al cabo, Guadalmedina se encogió de hombros.

—¿Y qué queréis? —zanjó—. Cuando el monarca codicia, no hay más que hablar. Se hacen con los ochos quince.

Reflexioné sobre eso. Qué extraña era la vida, concluí. Con aquella reina en palacio, mujer hermosísima que bastaría para llenar de dicha a cualquier hombre, el rey andaba salteando hembras. Y para más escarnio, de baja estofa: sirvientas, comediantas, mozas de taberna. Yo estaba lejos de sospechar entonces que ya despuntaban en el rey nuestro señor, pese a su naturaleza bondadosa y su flema, o tal vez a causa de ellas, los dos grandes vicios que en pocos años darían al traste con el prestigio de la monarquía labrado por su abuelo y su bisabuelo: la afición desmedida a las mujeres y la apatía en asuntos de gobierno. Puestas ambas cosas, siempre, en manos de terceros y de favoritos.

—¿Luego es cosa hecha? —quiso saber don Francisco.

—Se remata en un par de días, me temo. O antes. Lo de vuestra comedia está ayudando mucho. Filipo ya le tenía echado el ojo a la dama en los corrales. Pero ahora ha presenciado de incógnito el ensayo de la primera jornada, y arrastra la sogá por ella.

—¿Y el marido?

—En el ajo, naturalmente —Guadalmedina hizo gesto de palparse la faltriquera—. Listo como el hambre, y sin complejos. Es el negocio de su vida.

El poeta movía la cabeza con desaliento. De vez en cuando me miraba, inquieto.

—Pardiez —dijo.

El tono era sombrío, cifrado por las circunstancias. También yo pensaba en mi amo. Según en qué cosas, y María de Castro podía ser muy bien una de ellas, a los hombres como el capitán Alatríste les daban igual los reyes que las sotas.

Atardecía templado, con el sol amarillento, horizontal, alargando sombras carrera de San Jerónimo abajo. A esa hora hervía de coches la olla del Prado, con rizados enjorjados y manos blancas con abanicos asomadas a algunas ventanillas, y gallardos jinetes cosidos al estribo. Frente a la huerta de Juan Fernández, en la confluencia de los prados alto y bajo, hormigueaban paseantes gozando de las últimas horas de luz: damas chapineando, tapadas con manto o a medio tapar, aunque algunas no eran damas ni lo serían nunca, pese a dárseles de tales; del mismo modo que buena parte de los supuestos hidalgos que por allí discurrían, pese a la espada al cinto, la capa y los aires, venían directamente del zaguán de zapatero, la tienda o la sastrería donde se ganaban el pan con las manos: honrada actividad de la que, ya dije, renegó siempre todo español. Había también gente de calidad, por supuesto; pero ésta se concentraba más en los bosquecillos de frutales, los macizos de flores, el laberinto de seto, la noria y el cenador campestre de la famosa huerta, donde aquella tarde, inspiradas por el éxito de la comedia de Tirso que seguía representándose en el corral de la Cruz, la condesa de Olivares, la de Lemos, la de Salvatierra y otras señoras de la Corte habían dado una merienda sin protocolo, hojaldres de las descalzas reales y chocolate de los padres recoletos en honor del cardenal Barberini, legado —y sobrino carnal, además— de su santidad Urbano VIII; que visitaba Madrid entre muchas zalemas diplomáticas por ambas partes y sobre todo por la suya. A fin de cuentas, los tercios españoles eran la más poderosa defensa con que contaba, el catolicismo. Y como en los tiempos del gran Carlos V, nuestros monarcas seguían dispuestos a perderlo todo —al cabo

lo perdieron, y lo perdimos— antes de verse gobernando a herejes. Aunque no deja de ser paradójico que, mientras España se consumía defendiendo con dinero y sangre la verdadera religión, su santidad procurase, bajo cuerda, minar nuestro poder en Italia y en el resto de Europa, con sus agentes y diplomáticos entendiéndose con nuestros enemigos. Quizá habría sido mano de santo, para encauzar las cosas, otro saco de Roma como el que las tropas del emperador habían consumado noventa y nueve años atrás, en 1527, cuando todavía éramos lo que éramos y el solo nombre de español quitaba el resuello al mundo. Pero lo cierto es que ahora vivíamos otros tiempos, Felipe IV no era ni de lejos su bisabuelo Carlos, las formas se cuidaban con mucha más política, y la temporada no resultaba oportuna para higos, ni para brevas, ni para que pontífices con la sotana arremangada corrieran a refugiarse en Santángelo con las alabardas de nuestros lansquenets haciéndoles cosquillas en el culo. Y es una lástima. Porque en la revuelta Europa que narro, con naciones jóvenes haciéndose y con la nuestra vieja de siglo y medio, ser amado no tenía ni la décima parte de ventaja que ser temido. Si tal como estaba el panorama los españoles nos hubiéramos propuesto ser amados, quienes nos segaban la hierba bajo los pies, ingleses, franceses, holandeses, venecianos, turcos y demás, nos habrían liquidado mucho antes. Y gratis. Así, al menos, peleando cada palmo de tierra, cada legua de mar y cada onza de oro, se lo hicimos pagar bien caro, a los hideputas.

En fin. Volviendo a Madrid y a su eminencia el legado apostólico Barberini, aquella tarde todas las ilustres personas, sobrino papal incluido, se habían retirado hacía rato de lo de Juan Fernández; mas aún quedaban en la huerta famosa los restos de la celebración, damas y caballeros de la Corte, paseantes disfrutando de los amenos jardincillos y el césped junto a la noria, y refrescos y fuentes con frutas y golosinas bajo el dosel del cenador. También afuera, por las alamedas y entre las fuentes de ambos prados, de San Jerónimo a los agustinos recoletos, la gente iba y venía o descansaba bajo los árboles: más coches, matrimonios respetables, señoras de condición, daifas con perrillos de faldas disimulándose señoras, jóvenes perdularios, mozas de mesón buscando lo que aún no habían perdido, galanes a caballo, lindos, limeras, vendedores de golosinas, corros de criadas y escuderos, pueblo que miraba. Y el ambiente era tal y como lo describió, con su habitual desenfado, nuestro conocido y vecino el poeta Salas Barbadillo:

*Este prado es común a los casados,  
deleite es de maridos y mujeres.  
Igualmente dos sexos se recrean,  
porque ellos pacen y ellas se pasean.*

El caso es que por allí andábamos, de bureo en la atardecida, el capitán, don Francisco de Quevedo y yo, de la huerta a la torrecilla de la música y Prado arriba de nuevo, bajo los tres órdenes de álamos cuyas ramas frondosas se extendían sobre nuestras cabezas. Mi amo y el poeta parlaban en voz baja de sus asuntos; aunque he de confesar que yo, siempre atentísimo a lo que decían, iba esa vez distraído en mis cosas: con las campanadas de las ánimas tenía cita cerca de palacio. Lo que no me estorbaba, sin embargo, para captar el aire de la conversación. Os la jugáis, decía don Francisco. Y al cabo de unos pasos —el capitán caminaba a su lado, silencioso, la mirada sombría bajo el ala del chapeo —lo repitió:

—Os la jugáis, y estos bueyes vienen marcados.

Se detuvieron un poco y yo con ellos, junto al pretil del puentecillo, para dejar pasar unos coches con damas que iban de retirada, cediendo espacio a las trotonas y campadoras

de medio manto que con la noche empezarían a buscar lanzas para sus broqueles, y a las tapadas que, a hurtadillas de padres o hermanos, con pretexto de una última misa o una caridad y acompañadas por una dueña complaciente, iban al encuentro de un galán perdidizo, o lo hallaban allí sin buscarlo. Saludó el poeta quitándose el sombrero al ser reconocido desde uno de los coches, y luego se volvió hacia mi amo.

—Lo vuestro —dijo— es tan absurdo como el médico que se casa con mujer vieja, estando en su mano matarla.

El capitán torció el mostacho, sin poder evitar media sonrisa; pero no dijo nada.

—Si porfiáis —insistió Quevedo— daos por muerto.

Aquellas palabras me hicieron sobresaltar. Presté atención a mi amo, su perfil aquilino recortado en la última luz de la tarde. Impasible.

—Pues no pienso regalarla —dijo al fin.

El otro lo miró, intrigado.

—¿La hembra?

—La piel.

Hubo un silencio y luego el poeta miró a un lado, luego a otro, y después murmuró entre dientes algo del género estáis loco, capitán, ninguna mujer merece arriesgar así la gorja. Ésa es caza peligrosa. Pero mi amo se limitó a pasarse dos dedos por el mostacho sin abrir más la boca. Al cabo, tras cuatro o cinco maldiciones y pardieces, don Francisco se encogió de hombros.

—Para eso no cuente vuestra merced conmigo —dijo—. Con reyes no me bato.

El capitán lo miró y tampoco dijo nada. Así echamos a andar de nuevo hacia las tapias de la huerta, donde a los pocos pasos, a medio camino entre la torrecilla y una de las fuentes, vimos de lejos un coche descubierto tirado por dos buenas mulas. No presté atención hasta que observé el rostro de mi amo. Entonces seguí su mirada y vi a María de Castro, arreglada para el paseo y bellísima, sentada en el lado derecho del carruaje. Al izquierdo iba su marido, pequeño, patillado, sonriente, con jubón de trencilla dorada, bastón de puño de marfil y un elegante sombrero de castor a la francesa que se quitaba continuamente para saludar a diestra y siniestra, encantado de la vida y de la expectación que su esposa y él mismo suscitaban.

—Ahí llegan dos pares de manos —ironizó don Francisco—, manos de Sierra Nevada y manos de Sierra Morena. Gentil almadraba para pescar atunes.

El capitán siguió callado. Vanas señoras con escapularios, ropones, amplias basquiñas legras y rosarios de quince dieces, que estaban cerca con sus maridos, hacían corro cuchicheando entre abanicazos mientras disparaban al coche ojeadas como saetas berberiscas, al tiempo que los respectivos, enlutados, graves, procurando no perder el continente, miraban con disimulada avidez, retorciéndose hacia arriba los mostachos. Mientras se acercaban los comediantes, don Francisco contó un episodio que ilustraba el talante festivo y el gracioso ingenio del marido de María de Castro: durante una representación en Ocaña, habiendo olvidado el puñal con el que tenía que degollar a otro actor en escena, Rafael de Cózar se había quitado la barba postiza, haciendo como que lo estrangulaba con ella; tras lo cual la compañía tuvo que huir campo a través, perseguida a pedradas por los lugareños furiosos.

—Así de guasón es el pájaro —remató el poeta.

Al llegar el coche a nuestra altura, Cózar reconoció a don Francisco y a mi amo; y el gran pícaro hizo una cortés reverencia en la que mi ojo, ya advertido en sutilezas cortesananas, entendió no poca zumba. Con estas finezas y mi parienta, decía el gesto, me

pago jubón y sombrero; y con vuestra bolsa el desquite. O, dicho en versos de Quevedo:

*Más cuerno es el que paga que el que cobra;  
ergo, aquel que me paga es el cornudo,  
lo que de mi mujer a mí me sobra.*

En cuanto a la sonrisa y la mirada de la legítima del representante Cózar, directamente dirigidas al capitán, éstas eran elocuentes en otro orden de cosas: complicidad y promesa.

Hizo además de taparse con el manto, sin llegar a ello –lo que fue menos recato que si nada hiciera–, y vi que mi amo, Cózar reconoció a don Francisco y a mi amo discreto, se destocaba despacio y permanecía sombrero en mano hasta que el coche de los comediantes se alejó alameda abajo. Luego caló el fieltro, volvióse más allá y encontró la mirada llena de odio de don Gonzalo Moscatel; quien, con una mano puesta en el pomo de la espada, nos observaba desde el otro lado del paseo, mordiéndose las guías del bigote de pura cólera.

—Atiza –dijo don Francisco–. El que faltaba.

Estaba el carnicero de pie junto al estribo de un coche propio con más guarnición que un castillo de Flandes, dos mulas tordas en los arrees, cochero en el pescante y una joven sentada dentro, junto a la portezuela abierta en la que don Gonzalo Moscatel se apoyaba. La joven era una sobrina doncella y huérfana que con él vivía, y a la que reservaba casamiento con su amigo el procurador de tribunales Saturnino Apolo: hombre mediocre y vil donde los hubiera, que aparte los cohechos propios de su oficio –de ahí venía su amistad con el obligado de abastos– frecuentaba el mundillo literario y se las daba de poeta, sin serlo, pues sólo era diestro en sangrarles dinero a los autores de éxito, adulándolos y llevándoles el orinal, por decirlo de algún modo, a la manera de quienes sacan barato en el garito de las Musas. El tal Saturnino Apolo era uña y carne de Moscatel y se las daba de conocer bien el ambiente teatral, con lo que alentaba las esperanzas del carnicero respecto a María de Castro, sacándole las doblas mientras esperaba sacarle también a la sobrina y la dote correspondiente. Que tal era su pícara especialidad: vivir de la bolsa ajena, hasta el punto de que el mismo don Francisco de Quevedo, que como todo Madrid despreciaba a ese miserable, le había escrito un soneto famoso que terminaba:

*Zurrapa de las musas, gran bellaco,  
te importa más la bolsa que la lira,  
y más que Apolo te emparenta Caco.*

El caso es que la joven Moscatel era bonita moza, harto infame su pretendiente el procurador, y don Gonzalo, el tío, celoso en extremo de su honra. De suerte que todo aquello, sobrina, casamiento, los celos respecto al capitán Alatraste por el asunto de la Castro, la figura y talante desaforado del carnicero, habrían parecido elementos más propios de una comedia que de la vida real –Lope o Tirso llenaban los corrales con historias así– de no darse la circunstancia de que el teatro debía su éxito a reflejar lo que acontecía en la calle, y a su vez la gente de la calle imitaba lo que veía en los escenarios. De ese modo, en el pintoresco y apasionante teatro que fue mi siglo, los españoles nos adornábamos unas veces con aires de comedia, y otras con aires de tragedia.

—Seguro que ése –murmuró don Francisco– no pone reparos.

Alatraste, que miraba a Moscatel con los ojos entornados y el aire ausente, se volvió a medias hacia el poeta.

—¿Reparos a qué?

—Pardiez. A esfumarse cuando sepa que caza en coto real.

El capitán moduló un apunte de sonrisa y no hizo comentarios. Desde el otro lado de la alameda, luciendo capotillo francés, contramangas huecas, ligas del mismo color bermellón que la pluma del sombrero, tizona larguísima de mucha cazoleta y gavilanes, acartonado de gravedad y ridículo continente, el carnicero seguía fulminándonos con la mirada. Observé a la sobrina: recatada, morena de pelo, sentada entre vuelo de falda ahuecada por el guardapiés, mantilla sobre la cabeza y crucifijo de oro en la valona.

—Coincidirán conmigo —dijo una voz a nuestro lado— en que es muy linda.

Nos volvimos, sorprendidos. Lopito de Vega se nos había acercado por detrás y allí estaba, con los pulgares en la pretina donde llevaba la espada, el paño de la capa doblado sobre un brazo, el sombrero a lo soldado un poco inclinado atrás, sobre el vendaje que aún le envolvía la frente. Miraba con ojos lánguidos a la sobrina de Moscatel.

—No me diga vuestra merced —exclamó don Francisco— que ella es ella.

—Lo es.

Nos admiramos todos, y hasta el capitán Alatraste observó al hijo de Lope con atención.

—¿Y don Gonzalo Moscatel tolera el galanteo? —quiso saber don Francisco.

—Al contrario —el mozo torcía el bigotillo con amargura—. Dice que su honor es sagrado, etcétera. Y eso que medio Madrid sabe que con el abasto de carne robó lo que no está escrito, ¿verdad?

—Pues bueno. Con todo y eso, al señor Moscatel no se le cae el honor de la boca. Ya saben vuestras mercedes: los abuelos, las armas, la prosapia. La vieja copla.

—Pues para ser quien es y con ese apellido, el tal Moscatel se remonta lejos.

—A los godos, naturalmente. Como todo cristo.

—Ay, amigo mío —filosofó el otro—. Por desgracia, la España grotesca nunca muere.

—Pues alguien debería matarla, vive Dios. Oyendo a ese menguado se diría que vivimos en tiempos del Cid. Ha jurado despacharme si rondo la reja de la sobrina.

Don Francisco miró al hijo del Fénix con renovado interés —¿Y vuestra merced ronda, o no ronda?

—¿Tengo yo, señor de Quevedo, trazas de no rondar?

Y en pocas palabras Lopito nos completó la situación. No era un capricho, aclaró. Amaba sinceramente a Laura Moscatel, que ése era el nombre de la moza, y estaba dispuesto a casarse con ella apenas lograra el despacho de alférez que solicitaba. El problema era que, soldado de profesión e hijo de autor de comedias —aunque ordenado sacerdote, Lope de Vega padre tenía fama de mujeriego y ponía en entredicho la moralidad de la familia—, sus posibilidades de obtener el permiso de don Gonzalo eran remotas.

—¿Se ha intentado la empresa a fondo?

—De todos los modos posibles. Y nada. Se cierra de campiña.

—¿Y qué tal —preguntó Quevedo— si le metéis un palmo de acero al cagarruta del pretendiente, ese tal Apolo?

—No cambiaría nada. De no ser con él, Moscatel la comprometería con otro.

Don Francisco se ajustó los anteojos para ver mejor a la joven del carruaje, y luego observó al amartelado galán.

—¿De veras la pretendéis en serio?

—Por mi vida que sí —repuso el mozo, firme—. Pero cuando fui a pedir al señor Moscatel una conversación honorable, encontré en la calle a un par de bravos que había contratado para disuadirme.



El capitán Alatraste se volvía a escuchar, interesado; le sonaba aquella música. Quevedo enarcó las cejas con curiosidad. De rondas y estocadas él también sabía un rato.

—¿Y cómo anduvo el lance? —interrogó el poeta.

Lopito encogió los hombros con hidalga modestia.

—Razonable. De algo sirven la esgrima y la milicia. Además, los jaques no eran gran cosa. Metí mano, lo que no esperaban; tuve suerte y se fueron calcorreando. Pero don Gonzalo no quiso recibirme. Y cuando volví de noche a la reja, acompañado de un criado que además de guitarra llevaba rodela y estoque para andar parejos, resultó que ya sumaban cuatro.

—Hombre precavido, el carnicero.

—Vaya si lo es. Y con buena bolsa para pagarse las precauciones. A mi criado le rebanaron media nariz, al pobrete, y tras unas pocas cuchilladas tuvimos que tomar las de Villadiego.

Nos quedamos mirando los cuatro a Moscatel, muy picado de nuestras ojeadas y de ver en buena compañía a quienes desde dos ángulos tan diferentes batían sus murallas. Se retorció un poco más el fiero bigotazo de vencejo y anduvo unos pasos a diestra y siniestra, sobando la guarnición de la espada como si se contuviera de no venir a nosotros y hacernos pedazos. Al fin, iracundo, abrochó la cortinilla del carruaje para ocultarnos la vista de la sobrina, dio órdenes al criado del pescante mientras se acomodaba en el coche, subió el estribo y fue calle arriba haciéndose más lugar que un aceitero.

—Es como el perro del hortelano —apuntó Lopito, dolido—. Ni come, ni deja comer.

Amores difíciles. Meditaba yo sobre eso aquella misma noche, convencido de que todos lo eran, mientras aguardaba recostado en la tapia de la puerta de la Priora, mirando la oscuridad que se extendía más allá del puente del Parque hacia el camino de Aravaca, entre los árboles de las huertas próximas. La cercanía del arroyo de Leganitos y el río Manzanares refrescaban mucho. La capa que me cubría el cuerpo —y de paso mi daga terciada a los riñones y la espada corta de Juanes que llevaba al cinto— no bastaba para tenerme templado; pero tampoco quería moverme por no llamar la atención de alguna ronda, curioso o maleante de los que a tales horas se buscaban la vida en parajes solitarios como aquél. De modo que seguía allí, confundido por las sombras de la tapia, junto al portillo del pasadizo que, discurriendo entre el convento de la Encarnación, la plaza de la Priora y el picadero, comunicaba el ala norte el Alcázar Real con las afueras de la ciudad. Esperando.

Meditaba, repito, sobre los amores difíciles; que como dije son todos, o así me lo parecían entonces. Pensaba en el extraño designio de las mujeres, capaces de cautivar a los hombres y llevarlos hasta extremos donde van al parche del tambor, como dados, la hacienda, la honra, la libertad y la vida. Yo mismo, que no era un mozo lerdo, estaba allí en plena noche, cargado de hierro como un matamoros de la Heria, expuesto a un mal lance y sin saber qué diablos pretendía de mí el diablo, sólo porque una moza de ojos claros y cabellos rubios me había enviado dos líneas escuetas y garabateadas a toda prisa: Si sois lo bastante hidalgo para escoltar a una dama, etcétera. Eran buenas para lo suyo, todas ellas. Y hasta las más estúpidas salían capaces de aplicar el arte sin darse cuenta. Ningún astuto hombre de leyes, ningún memorialista, ningún pretendiente en Corte lo habría hecho mejor en materia de apelar a la bolsa, la vanidad, la hidalguía o la estupidez de los hombres. Armas de mujer. Sabio, vivido, lúcido, don Francisco de Quevedo llenaba hojas y hojas de versos sobre eso:

*Y eres así la espada parecida,  
que matas más desnuda que vestida.*

La campana de la Encarnación dio las ánimas, y al instante se le sumó, como un eco, el mismo toque procedente de San Agustín, cuyo chapitel se adivinaba recortado por la media luna entre las sombras de los tejados cercanos. Me persigné, y todavía sin extinguirse la última campanada oí chirriar el portillo del pasadizo. Contuve el aliento. Luego, con mucha cautela, desembaracé de la capa el puño de la espada, por si acaso, y volviéndome hacia el ruido tuve tiempo de ver la luz de una linterna que, antes de retirarse, iluminó desde dentro una silueta que salía con presteza, cerrando el portillo tras de sí. Aquello me desconcertó, pues la forma entrevista era de hombre, mozo, ágil, sin capa, vestido de negro y con el inconfundible relucir de un puñal en el cinto. No era lo que yo esperaba, ni de lejos. Así que hice lo único sensato que podía hacer a esas horas y en aquel sitio: ligero como una ardilla, metí mano a mi blanca y le apoyé la punta al recién llegado en el pecho –Si dais un paso más –susurré–, os clavo en la puerta.

Entonces oí reír a Angélica de Alquézar.

## IV. LA CALLE DE LOS PELIGROS

—Ya estamos cerca— dijo ella.

Caminábamos sin luz, guiándonos por la claridad lunar que recortaba sombras de tejados en el camino y proyectaba nuestras siluetas en el suelo sin empedrar, surcado de arroyuelos de fregaza e inmundicias. Hablábamos en susurros y nuestros pasos resonaban en las calles desiertas.

—¿Cerca de dónde? —pregunté.

—Cerca.

Habíamos dejado atrás el convento de la Encarnación y desembocábamos en la plazuela de Santo Domingo, presidida por la siniestra mole oscura del convento de los frailes del Santo Oficio. No había nadie junto a la fuente vieja, y los pequeños puestos de frutas y verduras estaban cerrados. Un farol medio apagado, puesto sobre una Virgen, señalaba a lo lejos la esquina de la calle de San Bernardo.

—¿Conocéis la taberna del Perro? —inquirió Angélica.

Me detuve, y tras unos pasos ella se detuvo también. La luna me permitía ver su traje de hombre, el jubón ajustado que no traicionaba formas de jovencita, el cabello rubio recogido bajo una gorra de fieltro. El destello metálico del puñal en su cintura.

—¿Por qué os paráis? —preguntó.

—Nunca imaginé que pudiera oír el nombre de esa taberna en vuestra boca.

—Hay demasiadas cosas que no imagináis, me temo. Pero tranquilizaos. No voy a pedir os entrar allí.

Me tranquilicé un poco. Lo justo. El del Perro era un antro poco recomendable hasta para mí: putas, jaques, pícaros y gente de paso. Aquel cuartel, Santo Domingo y San Bernardo, no era lugar de mala nota sino habitado por gente respetable; pero el callejón donde estaba la taberna —un tramo angosto entre la calle de Tudescos y la de Silva— constituía una especie de pústula que las protestas de los vecinos no habían logrado eliminar.

—¿Conocéis la taberna, o no?

Respondí que sí, obviando detalles. Había estado alguna vez con el capitán Alatraste y con don Francisco de Quevedo, cuando al poeta se le espoleaba la chanfaina y buscaba material fresco para sus jácaras; amén de que el Perro, pues de tan ilustre apodo gozaba el dueño de la taberna, vendía bajo cuerda hipocrás: bebida famosa y cara cuyo consumo estaba prohibido por varias premáticas, pues para abaratarla se adulteraba con piedra alumbre, bascosidades y substancias nocivas para la salud. Pese a lo cual seguía consumiéndose de forma clandestina; y como toda prohibición hace ricos a los comerciantes que no la cumplen, el Perro vendía su matarratas a veinticinco maravedíes el cuartillo. Que ya era vender.

—¿Hay algún sitio desde el que se pueda vigilar la taberna?

Hice memoria. La calle era corta y oscura, con varios reparos que incluían una tapia derruida y un par de ángulos que la noche mantendría en sombras. El único problema, dije, sería que los sitios adecuados estuvieran ocupados por acechonas.

—¿Acechonas?

—Putas.

Sentí un rudo placer en hablarle de ese modo, como si aquello me devolviera la iniciativa que ella parecía empeñada en controlar. Angélica de Alquézar no lo sabía todo, al

cabo. Y a fin de cuentas, por muy vestida de hombre y muchas agallas que tuviera, en Madrid y de noche yo estaba en mi elemento, y ella no. La espada que pendía de mi cinto no era un adorno.

—Ah —dijo.

Eso me dio a plomo. Enamorado, sí. Hasta la gola. Pero no menguado. Y no estaba de más, concluí, ponerlo en claro

—Decidme qué os proponéis, y qué pinto en esto.

—Luego —repuso, y echó a andar, decidida.

No me moví. Tras un corto trecho ella se detuvo, volviéndose.

—Contádmelo —insistí— o seguís sola.

—No seréis capaz.

Se me encaraba desafiante en su indumento masculino, silueta negra, una mano al descuido en el cinto donde llevaba atravesado el puñal. Era mi turno: conté hasta diez y luego volví la espalda y caminé decidido. Seis, siete, ocho pasos. Maldije en mis entrañas, desgarrándome el corazón. Ella me dejaba ir, y yo no podía volver atrás.

—Esperad —dijo.

Me detuve, aliviado. Sus pasos sonaron acercándose, su mano se apoyó en mi brazo. Cuando me giré hacia ella, un reflejo de luna entre dos aleros clareaba sus ojos frente a los míos. Creí sentir su olor: pan tierno. Por mi vida que olía a pan tierno.

—Necesito escolta —apuntó.

—¿Y por qué yo?

—Porque no puedo fiarme de otro.

Sonó sincero. Sonó a mentira. Sonó a cualquier cosa probable o improbable, posible o imposible; y lo cierto es que me daba igual cómo sonara. Ella estaba cerca. Mucho. Si hubiera alzado una de mis manos habría tocado su cuerpo. Rozado su rostro.

—He de vigilar a un hombre —dijo.

La contemplé, atónito. Qué hacía una menina de palacio en plena noche y peligros de Madrid, vigilando a un hombre. Por cuenta de quién. La siniestra imagen de su tío el secretario real me pasó por la cabeza. Me estaba enredando de nuevo, comprendí. Angélica era la sobrina de uno de los enemigos mortales del capitán Alatraste; la niña-moza que me había llevado tres años atrás a las cárceles de la Inquisición y al pie de la hoguera —Debéis de tomarme por estúpido.

Se quedó callada, el óvalo de su rostro como una mancha pálida en las sombras. Seguía el reflejo lunar en sus pupilas. Comprobé que se acercaba un poco más, y más todavía. Su cuerpo estaba tan próximo que la guarnición de su puñal se me clavaba en la cadera.

—Una vez os dije que os amo —susurró.

Y me besó en la boca.

Una ventana iluminada y un hacha de luz sucia, humeante, puesta en una argolla de la pared junto a la puerta de la taberna del Perro, era la única luz de la calleja. El resto estaba a oscuras, de modo que era fácil disimularse en las sombras, junto a la tapia en ruinas que daba a un huertecillo abandonado. Nos situamos allí, desde donde veíamos la puerta y la ventana. Al extremo de la calle, entre las tinieblas próximas a la calle de Tudescos, se movían los bultos de dos o tres pecatrices que echaban el anzuelo con poca suerte. De vez en cuando, hombres solos o en grupo entraban y salían de la taberna. Dentro se oían voces y risas, y a veces el canto de una copla o el aire de una chacona a la guitarra. Un borracho tambaleante vino a aliviarse a nuestro rincón; le di un susto de muerte cuando, sacando la

daga, se la puse entre los ojos y le dije que se fuera enhoramala con su vejiga a otra parte. El borracho debió de tomarnos por gente ocupada en comercios carnales, y sin replicar nada se alejó dando bordos. Terquísima de mí, Angélica de Alquézar sofocaba la risa, divertida.

—Nos toma por lo que no somos —dijo—. Ni hacemos.

Parecía encantada con todo aquello: el lugar inadecuado, la hora, el peligro. Tal vez también conmigo, quise creer. Con mi presencia. De camino hacia allí habíamos visto pasar de lejos a la ronda nocturna: un alguacil y cuatro corchetes con rodela y espada, que caminaban alumbrándose con un farol. Eso nos obligó a dar un rodeo; primero, porque el uso de espada por un mozo de mis años, casi en el límite requerido por las premáticas, podía ser tomado a mal por la justa. Pero había algo más serio que mi toledana: el traje de hombre de Angélica no habría superado el escrutinio de los corchetes; y tal suceso, simpático y novelero en el tablado de un corral de comedias, podía tener graves consecuencias en la vida real. El uso de ropas de hombre por las mujeres estaba prohibido con rigor. Incluso muchas veces censuróse representar así en el teatro; y sólo se permitió a quienes interpretaban papeles de mujeres solteras ofendidas o deshonradas; que, como las Petronila y Tomasa de *La Huerta de Juan Fernández* o la Juana del *Don Gil de las calzas verdes* de Tirso, la Clavela de *La francesilla* de Lope y otros sabrosos personajes de ocurrencias semejantes, tenían como excusa ir en procura de su honor y del matrimonio, y no se disfrazaban por vicio, capricho o putería:

*No te finjas tan helado.  
Yo os quiero desengañar;  
que soy sirena de mar,  
de medio abajo, pescado.*

—En fin. Mojigatos e hipócritas aparte —luego se llenaban las mancebías, pero ésa es otra historia—, no resultaba ajena a ese celo indumentario la presión de la Iglesia, que a través de confesores reales, obispos, curas y monjas, de los que siempre estuvimos más abastecidos que de chinches y garrapatas una posada de arrieros, procuraba, por la salvación de nuestras almas, que el diablo no hiciese de las suyas; hasta el punto de que ir vestidas de hombre llegó a considerarse agravante a la hora de mandar mujeres a la hoguera en los autos de fe. Pues hasta el Santo Oficio tomaba cartas en este asunto, como lo hacía — y lo sigue haciendo, pardiez— en tantos otros de nuestra desdichada España.

Pero no era desdicha lo que yo sentía aquella noche, escondido en las sombras frente a la taberna del Perro junto a Angélica de Alquézar. Estábamos sentados sobre mi capa, aguardando, y a veces nuestros cuerpos se rozaban. Ella miraba la puerta de la taberna, yo la miraba a ella, y a veces, cuando se movía, el hacha que chisporroteaba enfrente iluminaba el perfil de su rostro, la blancura de la piel, algunos cabellos rubios que escapaban bajo la gorra de fieltro. El ajustado jubón y las calzas dábanle el aspecto de un paje joven; pero esa impresión quedaba desmentida cuando un resplandor más intenso iluminaba sus ojos: claros, fijos, resueltos. En ocasiones parecía estudiarme con mucho sosiego y penetración, hasta el último recodo del alma. Y siempre, al final, antes de volverse de nuevo hacia la taberna, el lindo trazo de su boca se curvaba en una sonrisa.

—Contadme algo de vos —dijo de pronto.

Acomodé la espada entre mis piernas y estuve un rato azorado, sin saber qué decir. Al cabo hablé de la primera vez que la vi, casi una niña, en la calle de Toledo. De la fuente del

Acero, de las mazmorras de la Inquisición, de la vergüenza del auto de fe. De su carta escrita a Flandes. De cómo pensaba en ella cuando nos cargaron los holandeses en el molino Ruyter y en el cuartel de Terheyden, mientras corría tras el capitán Alatríste con la bandera en las manos, seguro de que iba a morir.

—¿Cómo es la guerra?

Parecía atenta a mi boca. A mí o a mis palabras. De improviso me sentí adulto. Casi viejo.

—Sucia —respondí con sencillez—. Sucia y gris.

Movió la cabeza despacio, cual si reflexionara sobre eso. Luego pidió que siguiera contando, y el color sucio y gris quedó relegado a un rincón de mi memoria. Apoyé la barbilla en la cazoleta de la espada y volví a hablar de nosotros. De ella y de mí. Del encuentro que tuvimos en el alcázar de Sevilla y de la emboscada a la que me condujo junto a las columnas de Hércules. De nuestro primer beso en el estribo de su coche, momentos antes de que yo me batiera a vida o muerte con Gualterio Malatesta. Eso fue lo que dije, más o menos. Nada de palabras de amor, ni sentimientos. Sólo describí nuestros encuentros, la parte de mi vida que tenía que ver con ella, de la forma más ecuánime posible. Detalle a detalle, como la recordaba. Como no la olvidaría nunca.

—¿No creéis que os amo? —dijo de pronto.

Nos miramos fijamente durante siglos. Y la cabeza empezó a darme vueltas como si acabara de tomar un bebedizo. Abrí la boca para pronunciar palabras imprevisibles. Para besar, tal vez. No como antes había hecho ella en la plazuela de Santo Domingo, sino para imprimir en sus labios un beso mío, fuerte y largo, con ansias de morder y acariciar al mismo tiempo, y todo el vigor de la mocedad a punto de estallarme en las venas. Y ella sonrió a escasas pulgadas de mi boca, con la certeza serena de quien sabe, y aguarda, y convierte el azar del hombre en destino inevitable. Como si todo estuviera escrito antes de que yo naciera, en un viejo libro del que ella poseía las palabras.

—Creo... —empecé a decir.

Entonces su expresión cambió. Los ojos se movieron con rapidez en dirección a la puerta de la taberna, y yo seguí su mirada. Dos hombres habían salido a la calle, calados los sombreros, el aire furtivo, poniéndose las capas. Uno de ellos vestía un jubón amarillo.

Anduvimos tras ellos con cautela, a través de la ciudad en tinieblas. Procurábamos amortiguar el ruido de nuestros pasos mientras vigilábamos a distancia sus bultos negros, cuidando no perderlos de vista. Por suerte iban confiados y seguían una ruta clara: de la calle de Tudescos a la de la Verónica, y por ésta al postigo de San Martín, que recorrieron a todo lo largo hasta San Luis de los Franceses. Allí se detuvieron para descubrirse ante un cura que salía, acompañado por un monaguillo y un paje de linterna, con la extremaunción para algún moribundo. Con la breve luz tuve oportunidad de estudiarlos: el del jubón amarillo se embozaba ahora hasta los ojos con sombrero y capa negros, usaba zapatos y medias, y al descubrirse al paso del sacerdote advertí que sus cabellos eran rubios. El otro llevaba una capa parda que la espada en gavia levantaba por detrás, chapeo sin pluma y botas; y mientras salía de la taberna del Perro rebozándose en el paño, yo había tenido ocasión de verle al cinto, amén de la espada ceñida sobre un colete grueso, un par de lindas pistolas.

—Se diría gente de cuidado —le susurré a Angélica.

—¿Y eso os preocupa?

Guardé un silencio ofendido. Los dos hombres siguieron su camino, con nosotros

detrás. Un poco más allá cruzamos entre los puestos de pan y los bodegones de puntapié, cerrados y sin un alma a la vista, de la red de San Luis, junto a la cruz de piedra que aún señalaba el lugar de una de las antiguas puertas de la ciudad. En la calle del Caballero de Gracia se detuvieron al amparo de un portal para esquivar una luz que venía en su dirección –al pasar junto a nosotros comprobamos que era una matrona acudiendo a un parto, alumbrada por el nervioso y apresurado marido–, y después caminaron de nuevo, buscando el disimulo de los sitios menos iluminados por la luna. Les fuimos detrás un buen trecho entre calles oscuras, rejas con celosías y persianas bajas, gatos sobresaltados por nuestro paso, alguna advertencia lejana de «agua va», aceitosas luces de candil junto a hornacinas con vírgenes o santos. En la boca de un callejón oyóse dentro ruido de aceros: alguien reñía muy empeñado, y los dos hombres se detuvieron a escuchar; mas no debió de interesarles el lance, pues reemprendieron camino. Cuando Angélica y yo llegamos al callejón, una sombra embozada pasó corriendo, espada en mano. Me asomé con precaución. Rejas y macetas. Al fondo oí quejarse. Envainé la de Juanes –la aparición del fugitivo me había hecho meter mano como un rayo– y quise ir en socorro del doliente; pero Angélica me agarró del brazo.

—No es asunto nuestro.

—Alguien puede estarse muriendo –protesté.

—Todos moriremos un día.

Y dicho eso anduvo decidida tras los dos hombres que se alejaban, obligándome a seguirla por la ciudad en tinieblas. Que así era la noche de Madrid: oscura, incierta y amenazadora.

Los seguimos hasta que entraron en una casa de la calle de los Peligros en su tramo alto, el más angosto, a media distancia entre la calle del Caballero de Gracia y el convento de las Vallecas. Angélica y yo nos quedamos en la calle, indecisos, hasta que ella sugirió que nos apostáramos bajo un soportal. Fuimos a sentarnos en un poyete disimulado tras una columna de piedra. Como refrescaba un poco le ofrecí mi capa, que había rechazado en dos ocasiones. Ahora aceptó, a condición de que nos cubriera a ambos. Así que la extendí sobre sus hombros y los míos, lo que hizo que nos acercáramos más. Yo estaba como pueden imaginar vuestras mercedes: apoyaba las manos en la guarnición de mi espada, con la cabeza aturdida y una exaltación interior que me impedía hilar dos pensamientos seguidos. Ella, con lindo despejo, se mantenía atenta a la casa que vigilábamos. La sentí más tensa, aunque serena y dueña de sí; algo admirable en una moza de su edad y condición. Conversamos en voz baja, tocándonos con los hombros. Siguió negándose a contarme qué hacíamos allí.

—Más tarde –respondía cada vez.

El techo del soportal ocultaba la luna, y su rostro estaba en sombras: sólo un perfil oscuro a mi lado. Noté el calor de su cuerpo cercano. Me sentía como quien pone el cuello en la soga del verdugo, pero se me daba un ceutí. Angélica estaba conmigo, y yo no habría trocado papeles con el hombre más seguro y feliz de la tierra.

—No es que importe demasiado –insistí–. Pero me gustaría saber más.

—¿Sobre qué?

—Sobre esta locura en la que estáis metida.

Sobrevino un silencio cargado de malicia por su parte.

—Ahora también estáis metido vos –apuntó al cabo, regocijada.

—Eso es precisamente lo que me inquieta: no saber en lo que ando.

—Ya lo sabréis.

Conversamos en voz baja, tocándonos con los hombros.

—No lo dudo. Pero la última vez lo supe rodeado por media docena de asesinos, y la penúltima en un calabozo del Santo Oficio.

—Os creía un mozo alentado y valiente, señor Balboa. ¿Acaso no confiáis en mí?

Dudé antes de responder. Es lo que hace el diablo, pensé. Jugar con la gente. Con la ambición, la vanidad, la lujuria, el miedo. Hasta con el corazón. Está escrito: *Todo será tuyo si, postrándote, me adoras*. Un diablo inteligente ni siquiera necesita mentir.

—Pues claro que no confío —dije.

La oí reír en voz baja. Luego se apretó un poco más bajo la capa.

—Sois un bobo —concluyó con muchísima dulzura.

Y me besó otra vez. O para ser exactos: nos besamos el uno al otro, no una sino muchas veces; y yo pasé un brazo por sus hombros y la acaricié con cautela, sin que ella mostrara oposición, primero el cuello y los hombros y después buscando con suavidad sus formas de jovencita, bajo el terciopelo del jubón. Ella reía quedo, en mis labios, acercándose y retirándose cuando el deseo me subía demasiado a la cabeza. Y juro a vuestras mercedes que, aunque entonces hubiera visto delante las llamas del infierno, habría seguido a Angélica sin vacilar, espada en mano, a donde quisiera arrastrarme consigo, dispuesto a defenderla a cuchilladas de los mismísimos brazos de Lucifer. A riesgo, o certeza, de mi condenación eterna.

De pronto se apartó de mí. Uno de los embozados había salido a la calle. Eché atrás la capa, incorporándome para ver mejor. El hombre estaba inmóvil como si vigilase o esperara. Estuvo así un rato y luego anduvo de un lado a otro, de modo que llegué a temer que nos descubriera. Al fin pareció dirigir su atención al extremo de la calle. Miré en esa dirección y vislumbré la silueta de alguien que se acercaba: sombrero, capa larga, espada. Venía por el centro, cual si desconfiara de las paredes en sombras. Así fue llegándose al embozado. Advertí que su paso se hacía más lento hasta que ambos estuvieron frente a frente. Algo en la forma de moverse del recién llegado me era familiar, sobre todo su manera de echar atrás la capa para desembarazar el puño de la espada. Me adelanté un poco, pegado a la columna del soportal, a fin de verlo mejor. Y a la luz de la luna reconocí, estupefacto, al capitán Alatraste.

El desconocido estaba en mitad de la calle, embozado casi hasta el ala del fieltro, y no parecía tener intención de moverse. De modo que Diego Alatraste se apartó el lado izquierdo de la capa, volviéndola sobre el hombro. El pomo de la toledana rozaba la palma de su mano cuando se detuvo ente al hombre que le cortaba el paso. De un vistazo plático estudió al fulano: tranquilo, callado. Si está solo, decidió, es temerario, del oficio, o lleva pistola. Quizá todo a la vez. Y a lo peor, concluyó mirando de soslayo, tiene gente cerca. La cuestión era si lo esperaba a él o a otro. Aunque, a tales horas y frente a esa casa, las dudas eran pocas. No se trataba de Gonzalo Moscatel. El carnicero era más corpulento y ancho; y en cualquier caso, no de los que resolvían sus asuntos en persona. Tal vez el embozado era un matarife ganándose el jornal. Pero muy bueno tenía que ser, pensó, si sabiendo quién era él acudía a despacharlo sin más ayuda.

—Ruego a vuestra merced —dijo el desconocido— que no pase adelante.

Sorprendía el tono. Educado y muy cortés, sofocado por el embozo.

—¿Y quién lo dice? —preguntó Alatraste.

—Uno que puede.



No era buen comienzo. El capitán se pasó dos dedos por el mostacho, y luego bajó la mano hasta apoyarla en la gruesa hebilla de bronce del cinto. Prolongar la parla parecía de más. La única cuestión era si el marrajo estaba solo o no. Echó otro vistazo disimulado a diestra y siniestra. Había algo muy raro en todo aquello.

—Al asunto —dijo sacando la espada.

El otro no hizo ni siquiera el gesto de abrir su capa. Se mantuvo quieto en el contraluz de la luna, mirando el acero desnudo que relucía suavemente.

—No quiero batirme con vos —dijo.

Apeaba el tratamiento. Del vuestra merced al vos. O era alguien que lo conocía bien, o estaba loco al provocar así.

—¿Y por qué no?

—Porque no me acomoda.

Alatriste alzó la espada y se la puso al otro ante el embozo.

—Meted mano —dijo— de una puta vez.

—Al ver el acero tan cerca, el desconocido retrocedió un paso abriéndose la capa. El rostro seguía en sombra bajo el ala del chapeo, pero las armas quedaron a la vista: no llevaba una pistola al cinto, sino dos. Y el colete tenía todo el aspecto de ser doble. Bravo de la carda o galán precavido, concluyó Alatriste, éste es cualquier cosa menos un cordero inocente. Y como roce la culata de una de esas pistolas, le meto un palmo de hierro en la garganta antes de que pueda decir Jesús.

—No voy a reñir contigo —dijo el otro.

Me lo pone fácil, decidió el capitán. Ahora, del voseo al tuteo. Me lo pone divino para ensartarlo, salvo que ese tono familiar que advierto en su voz tenga alguna justificación, y yo lo conozca lo bastante para que meter su hocico en mi vida y en mis noches no le cueste la piel. De cualquier modo se hace tarde. Acabemos.

Se encajó mejor el sombrero y soltó el fiador de la capa, dejándola caer. Luego avanzó un paso, luto para herir y pendiente de las pistolas del adversario, mientras con la zurda desenfundaba la daga vizcaína. Viéndose estrechado, el otro retrocedió un poco más.

—Maldita sea, Alatriste —masculló—. ¿Todavía no me reconoces?

El tono era irritado. También arrogante. Sin el embozo, el capitán creyó encarnar aquella voz. Dudó, y al hacerlo contuvo la estocada que le bailaba en la punta de los dedos.

—¿Señor conde?

—El mismo.

Un silencio largo. Guadalmedina en persona. Todavía con la espada y la daga empuñadas, Alatriste intentaba encajar la novedad.

—¿Y qué diablos —preguntó al fin— hace aquí vuestra excelencia?

—Evitar que te compliques la vida.

Otro silencio. Alatriste reflexionaba sobre lo que acababa de oír. Las advertencias de Quevedo y las señales evidentes encajaban de maravilla. Sangre de Dios. También era mala suerte: con lo grande que era el mundo, toparse con aquello. Y por si fuera poco, Guadalmedina de por medio. De tercero.

—Mi vida es cosa mía —replicó.

—Y de tus amigos.

—Veamos entonces por qué no debo pasar adelante.

—Eso no puedo contártelo.

Alatriste movió un poco la cabeza, pensativo, y luego miró su espada y su daga. Somos lo que somos, pensó. Obligados por nuestra reputación. Y no hay otra.

—Me esperan -dijo.

Álvaro de la Marca permaneció impassible. Era diestro con la espada, sabía de sobra el capitán: pie firme y mano rápida, con el valor frío, desdeñoso, de moda entre la nobleza española. Desde luego, no tan buen esgrimidor como él. Pero la noche y la suerte siempre dejaban algo a lo imprevisto. Además, llevaba dos pistolas.

—La plaza está ocupada -dijo Guadalmedina

—Prefiero comprobarlo yo.

—Antes tendrás que matarme. O dejar que te mate.

Había sonado sin jactancia ni amenaza: sólo como algo evidente. Inevitable. Un amigo confiándose en voz baja a otro amigo. También el conde era lo que era, con reputaciones propias y ajenas que sostener.

Alatriste repuso en el mismo tono:

—No me ponga vuestra excelencia en ese disgusto.

Y dio un paso adelante. El otro se mantuvo firme donde estaba, envainado el acero pero visibles las pistolas cruzadas al cinto. Que, por cierto, sabía usar. Alatriste lo había visto servirse de ellas pocos meses atrás, en Sevilla, despachando a bocajarro a un alguacil sin darle tiempo a pedir confesión.

—Sólo es una mujer -insistió Guadalmedina-. En Madrid las hay a cientos -su tono aún era amistoso, conciliador—... ¿Vas a arruinar tu vida por una comedianta?

El capitán tardó en responder.

—Quien sea ella -dijo al fin- es lo de menos.

Como si hubiera conocido de antemano la respuesta, el otro suspiró con desaliento. Después sacó la espada y se puso en guardia mientras arrimaba la zurda a la culata de una pistola. Entonces Alatriste levantó los aceros, resignado. Consciente de que con aquel gesto la tierra se abría bajo sus pies.

Cuando vi desenvainar al desconocido -de lejos no podía saber quién era, pese a que estaba al fin desembozado-, di un paso adelante; pero las manos de Angélica me retuvieron junto a la columna.

—No es asunto nuestro -susurró.

Me volví a mirarla como si se hubiera vuelto loca.

—Pero ¿qué decís? -exclamé-. Ése es el capitán Alatriste.

No pareció sorprendida en absoluto. La presión de sus manos se hizo más fuerte.

—¿Y queréis que sepa que espiamos?

Aquello me contuvo un poco. ¿Qué explicaciones iba a dar cuando el capitán preguntara por mi presencia allí, a tan menguada hora?

—Si salís, me delatáis -añadió Angélica-. Vuestro amigo Batiste es capaz de resolver sus propios asuntos.

Qué está pasando, me pregunté aturdido. Qué ocurre aquí, y qué tenemos que ver el capitán y yo con todo esto. Qué tiene que ver ella.

—Además, no podéis dejarme sola -dijo.

Se me nublaba el seso. Seguía aferrada a mi brazo, tan cercana que sentía su aliento en mi rostro. Yo estaba avergonzado de no acudir junto a mi amo; pero si abandonaba a Angélica, o la descubría, mi vergüenza iba a ser otra. Un golpe de calor me subió a la cabeza. Apoyé la frente en la piedra fría mientras devoraba con los ojos la escena de la calle. Pensaba en las pistolas que había visto en la pretina del embozado cuando salía de la taberna del Perro, y eso me inquietaba mucho. Ni la mejor esgrima del mundo tenía nada

que hacer frente a una bala disparada a cuatro palmos.

—Tengo que dejaros –le dije a Angélica.

—Ni se os ocurra.

El tono había cambiado de la súplica a la advertencia, pero mis pensamientos estaban en lo que sucedía ante mis ojos: tras una pausa en la que ambos contendientes se miraron sin moverse, espada en mano, mi amo dio al fin un paso adelante y se trabaron de aceros. Entonces me zafé de las manos de Angélica, desenvainé mi espada y fui en socorro del capitán.

Diego Alatríste oyó los pasos que se acercaban a la carrera y se dijo que, después de todo, Guadalmedina no estaba solo; y que, aparte la pistola que Álvaro de la Marca ya tenía en la mano, las cosas iban a ponerse turbias de allí a nada. Así que madruguemos, decidí, o soy historia. Su adversario se reparaba con la espada, retrocediendo mientras echaba atrás el codo de la zurda con la pistola empuñada, buscando el momento de amartillar el perrillo para utilizarla. La operación, por suerte para Alatríste, requería ambas manos; de modo que el capitán tiró una cuchillada alta, de filos, a fin de tenerle ocupada la diestra, mientras meditaba la forma de herir y a ser posible no matar. Los pasos del otro que venía sonaban cerca; aquello exigía destreza, pues iba la piel al naípe. De manera que amagó con la daga, hizo ademán de retirarse para confiar a Guadalmedina, y cuando éste se creyó a tiempo de amartillar la pistola y bajó la mano de la espada para sujetar el cañón del arma, el capitán le largó una mojada al brazo que vino a dar con la pistola en tierra, e hizo al de la Marca irse atrás dando traspiés entre un pardiez y un voto a Cristo. Para mí que di en carne, pensó Alatríste, aunque el otro sólo maldecía y no se quejaba; por más que en hombres como ellos maldecir y quejarse fuera uno. En cualquier caso el tercero en discordia ya estaba allí, sombra a la carrera con un brillo acerado en la mano; y Alatríste comprendió que, todavía con la otra pistola al cinto, Guadalmedina era un riesgo mortal. Hay que terminar, resolvió. Ahora. El de la Marca también había oído los pasos que se acercaban; pero en vez de animarse pareció desconcertado. Miró atrás, perdiendo con ello un tiempo precioso. Y antes de que se rehiciera, aprovechando aquel instante y sin descuidar de soslayo al que venía, Alatríste calculó de una ojeada experta la distancia, tiró una finta baja, a la ingle, y cuando Guadalmedina, descompuesto, se cubría a la desesperada con el acero, alzó la punta del suyo, dispuesto a tirarse a fondo y herir, o matar, o lo que fuese.

—¡Capitán! –grité.

No quería que me atravesara en la oscuridad, sin conocerme. Vi que se quedaba a medias, la espada en alto, mirándome, y que su adversario hacía lo mismo. Levanté mi acero hacia este último, que al verse apretado por atrás se apartó a un lado, cubriéndose con evidente desconcierto.

—Por el amor de Dios, Alatríste –dijo– ¿Cómo metes al chico en esto?

Me quedé de piedra al reconocer la voz. Bajé la temeraria, mirando de cerca al adversario de mi amo, cuyo rostro adiviné al fin a la luz de la luna.

—¿Qué haces aquí? –me preguntó el capitán.

El tono era seco, metálico como su espada. De pronto sentí un calor espantoso y la camisa se me pegó al cuerpo bajo el jubón, empapada de sudor. La noche daba vueltas dentro y fuera de mi cabeza.

—Creí... –balbucí.

—¿Qué carajos creíste?

Callé, confuso e incapaz de abrir más la boca. Guadalmedina nos observaba estupefacto. Se había puesto la espada bajo el brazo derecho y se apretaba el molledo del izquierdo, dolorido.

—Estás loco, Alatríste —dijo.

Vi que el capitán alzaba la mano de la daga sin mirarlo, como en demanda de tiempo para reflexionar. Bajo el ala ancha del chapeo, la claridad de sus ojos me perforaba como el acero.

—¿Qué haces aquí? —repitió.

El tono aún era de matar. Juro a vuestras mercedes que tuve miedo.

—Os he seguido —mentí.

—¿Por qué?

Tragué saliva. Imaginaba a Angélica escondida bajo el soportal, mirándome de lejos. O tal vez se había ido. Mi hilo de voz cobró un poco más de firmeza.

—Temí que tuvieseis un mal lance.

—Estáis locos los dos —apuntó Guadalmedina.

Su tono, sin embargo, parecía aliviado. Como si mi presencia diese una salida inesperada al episodio. Una solución honrosa donde antes no había otra que hacerse pedazos.

—Más nos vale a todos —añadió— ser razonables.

—¿Y qué entiende por eso vuestra excelencia? —quiso saber el capitán.

El otro miró hacia la casa, que permanecía silenciosa y a oscuras. Al cabo encogió los hombros.

—Dejemos esta noche las cosas como están.

Aquel «*esta noche*» era elocuente. Comprendí apenado que, para Guadalmedina, la casa de la calle de los Peligros o el motivo de la querrela eran lo de menos. Diego Alatríste y él habían cambiado estocadas, y eso incluía ciertos compromisos. Rompía unas cosas y obligaba a otras. Llegados a ese extremo, el lance quedaba aplazado, pero no olvidado. Pese a la antigua amistad, Álvaro de la Marca era quien era, y su oponente no pasaba de simple soldado que, aparte la espada, no tenía bajo las botas ni tierra propia donde caerse muerto. Después de lo ocurrido, cualquier otro que se hallara en la posición del conde habría puesto al capitán al remo de una galera o con grilletes en una mazmorra. Eso, si lograba resistirse al impulso de hacerlo asesinar. Pero Álvaro de la Marca era de otra pasta. Quizá creía, como Alatríste, que una vez fuera verbos y aceros no es posible volverlos sin más a la vaina. Así que todo podría solventarse más adelante, con calma y en el lugar adecuado; donde ni uno ni otro tuvieran que cuidar más que de sí mismos.

El capitán me miraba, y sus ojos seguían reluciendo entre las sombras. Al cabo enfundó espada y daga muy despacio, cual si reflexionara. Cambió una ojeada silenciosa con Guadalmedina, y después me apoyó una mano en un hombro.

—No vuelvas a hacer eso —dijo al fin, hosco.

Sus dedos de hierro se clavaban con tanta fuerza que me hacían daño. Acercaba el rostro y me miraba muy próximo, su nariz aguileña perfilada sobre el mostacho. Olía como siempre: cuero, vino y metal. Hice un esfuerzo por liberar mi hombro, pero él seguía asiéndome con dureza —No vuelvas a seguirme —repitió— nunca. Y yo me retorcí por dentro de vergüenza y remordimiento.

## V. EL VINO DE ESQUIVIAS

Me sentí peor al día siguiente, mientras observaba al capitán Alatraste sentado a la puerta de la taberna del Turco. Mi amo ocupaba un taburete junto a una mesa guarnecida por una jarra de vino, un plato con longaniza frita y un libro –creo recordar que era la *Vida del escudero Marcos de Obregón* que no había abierto en toda la mañana. Tenía el jubón desabrochado, la camisa abierta hasta el pecho, –apoyaba la espalda en la pared; con sus ojos glaucos, que la luz aclaraba más, fijos en algún lugar indeterminado de la calle de Toledo. Yo procuraba mantenerme lejos, pues sentía el escozor de haberle mentido de forma tan desleal; lo que nunca habría ocurrido de no estar de por medio la única mujer, o jovencita, o como gusten llamarla vuestras mercedes, que me turbaba el seso hasta el punto de no reconocer mis propios actos. Precisamente aquellos días estaba traduciendo con el dómine Pérez, a quien el capitán seguía confiando mi educación, el pasaje de Homero donde Ulises es tentado por las sirenas; así que juzguen mi estado de ánimo. El caso es que pasé la mañana esquivando a mi amo mientras hacía recados de aquí para allá, unas velas, pedernal y yesca que necesitaba Caridad la Lebrijana, un mandado por aceite de almendras dulces a la botica del Tuerto Fadrique, una visita al cercano colegio de la Compañía para llevarle al dómine Pérez una cesta de ropa blanca. Ahora, desocupado, vagaba frente a la esquina del Arcabuz con Toledo, entre los coches, los chirriones con mercancías para la plaza Mayor, las acémilas cargadas de fardos y los borricos de aguadores amarrados a las rejas de las ventanas, que llenaban de boñigas el suelo mal empedrado por donde corría el agua sucia de los albañales. A veces le echaba un vistazo al capitán y siempre lo encontraba igual: inmóvil y pensativo. En dos ocasiones vi asomarse a la Lebrijana con delantal y los brazos desnudos, mirarlo y meterse de nuevo adentro sin decir palabra.

Ya conocen que no eran tiempos felices para ella. El capitán respondía a sus quejas con monosílabos y silencios; y alguna vez, cuando la buena mujer levantaba el tono demasiado, mi amo cogía sombrero, capa y espada, y se iba a dar una vuelta. Una vez, al regreso, encontró el arcón con sus escasas pertenencias al pie de la escalera. Estuvo mirándolo un rato, subió luego, cerró la puerta tras de sí, y al cabo, tras larga parla, las voces de la Lebrijana se apaciguaron. Al poco apareció el capitán en camisa, en la barandilla de la galería que daba sobre el corral del patio, y me dijo de subir el arcón. Así lo hice, y el negocio pareció volver a la normalidad –esa noche, desde mi cuarto, oí a la Lebrijana aullar como una perra en celo-; pero al cabo de un par de días los ojos de la tabernera aparecieron otra vez húmedos y enrojecidos, y todo empezó de nuevo, y siguió así hasta el día que ahora narro, el siguiente, como dije, a la noche en que mi amo se las hubo con Álvaro de la Marca en la calle de los Peligros. Aunque el capitán y yo sospechábamos que venían truenos y relámpagos, estábamos lejos de imaginar hasta qué punto las cosas iban a torcerse. Comparado con lo que nos esperaba, las broncas con la Lebrijana eran entremeses de Quiñones de Benavente.

Una sombra maciza –hombros anchos, sombrero, capotillo– cubrió la mesa, justo cuando el capitán Alatraste alargaba una mano hacia la jarra de vino.

—Buenos días, Diego.

Como solía, y pese a lo temprano de la hora, Martín Saldaña, teniente de alguaciles, iba artillado de Toledo y Vizcaya. Por oficio y por carácter no se fiaba ni de la propia sombra que acababa de proyectar sobre la mesa de su antiguo camarada de Flandes; de modo que

llevaba encima un par de pistoletes milaneses, espada, daga y puñal. Completaba la panoplia con un colete grueso de ante y la vara de su cargo metida en la pretina.

—¿Podemos platicar un rato?

Alatriste se lo quedó mirando y luego volvió los ojos a su cinto, que estaba en el suelo, junto a la pared, enrollado alrededor de la centella y la daga.

—¿Como teniente de alguaciles o como amigo? —preguntó con mucha calma.

—Pardiez. No jodas.

El capitán miró el rostro barbudo, con cicatrices que tenían el mismo origen que las suyas. La barba, recordaba bien, cubría a medias un tajo recibido en la cara veinte años atrás, durante un asalto a las murallas de Ostende. De aquella jornada databan la marca en la mejilla de Saldaña y una de las que Alatriste tenía en la frente, sobre la ceja izquierda.

—Podemos —respondió.

Subieron hacia la plaza Mayor paseando bajo los soportales del último tramo de la calle de Toledo. Iban callados como ante escribano, demorándose Saldaña en lo que tenía que decir, y sin prisa por averiguarlo Alatriste. Éste se había abrochado el jubón y calado el chapeo con su ajada pluma roja, llevaba el vuelo de la capa terciado al brazo y la espada le pendía al costado izquierdo, tintineando al chocar con la vizcaína.

—Es delicado —dijo al fin Saldaña.

—Lo supongo por la cara que traes.

Se miraron un instante con intención y siguieron caminando entre unas gitanas que bailaban a la sombra de los soportales. La plaza, con sus casas altas entejudas de rombos de plomo y reluciendo al sol los hierros dorados de la casa de la Panadería, hervía de regatonas, esportilleros y público que deambulaba entre carros y cajones de fruta y verdura, redes para proteger el pan de los ladrones, toneles de vino —aún está moro, pregonaban los vendedores—, tenderos a la puerta de sus comercios y puestos ambulantes bajo los arcos. Las verduras podridas se amontonaban en el suelo entre estiércol de caballerías y enjambres de moscas cuyo zumbido se mezclaba con los gritos de quienes voceaban las diferentes mercancías. Huevos y leche de hoy mismo. Melones escritos. Foncarraleros como manteca. Judías como la seda, y regalo perejil. Anduvieron hacia la derecha, sorteando los puestos ambulantes de cáñamos y espartos que ocupaban hasta el arco de la calle Imperial.

—No sé cómo soltarlo, Diego.

—En corto y por derecho.

Saldaña, cachazudo como de costumbre, retiró el sombrero y se pasó una mano por la calva.

—Me han encargado que te haga una advertencia.

—¿Quién?

—Da igual quién. Lo que importa es que viene de bastante arriba como para que la consideres. Te van en ella la vida o la libertad.

—Qué miedo.

—Sin chanzas, recristo. Hablo en serio.

—¿Y qué pintas tú en eso?

El otro se puso el fieltro, respondió distraído al saludo de unos corchetes que charlaban ante el portal de la Carne, y luego encogió los hombros.

—Oye, Diego. Tal vez a pesar tuyo, tienes amigos sin los que a estas horas estarías degollado en una calleja, o con grillos en un calabozo. Esta mañana se ha debatido mucho sobre eso, temprano. Hasta que alguien recordó cierto servicio tuyo reciente, en Cádiz o por

ahí. No sé qué diablos fue, ni me importa; pero te juro que, de no alegarse en tu favor, yo habría venido con mucha gente metida en hierro. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—¿Piensas ver más a esa hembra?

—No lo sé.

—Por vida del rey de copas. No fastidies.

Dieron unos pasos más sin abrir la boca. Al fin, frente a la confitería de Gaspar Sánchez, junto al arco, Saldaña se detuvo y extrajo un billete lacrado de la faltriquera.

—Callen barbas y hablen cartas.

Alatraste cogió el billete y le dio unas vueltas, estudiándolo. No traía destinatario ni palabra escrita afuera. Rompió el lacre, desplegando la hoja, y al reconocer la letra miró con sorna a su viejo amigo.

—¿Desde cuándo te dedicas a tercero, Martín?

El teniente de alguaciles frunció el ceño, amostazado.

—Voto a Dios –dijo–. Calla y lee de una cochina vez.

Y Alatraste leyó:

*Agradecería mucho a vuestra merced que dejara de visitarme. Con toda mi consideración.*

*M. de C.*

—Imagino –apuntó Saldaña– que no te sorprenderá, después de lo de anoche.

Alatraste doblaba otra vez el papel, pensativo.

—¿Y qué sabes tú de anoche?

—Algo. Por ejemplo, que calaste la nariz en coto real. Y que a punto estuviste de acuchillarte con un amigo.

—Veo que las noticias corren la posta.

—En ciertos ambientes, sí.

Un limosnero de San Blas, con su campanilla y su cajuela, se acercó para ofrecerles besar la imagen del santo. Loada sea la limpieza de la Virgen María, dijo mansurrón, agitando el cepillo; pero la mirada feroz que le dirigió el teniente de alguaciles le hizo pensarlo mejor y pasar de largo. Alatraste reflexionaba.

—Supongo que esta carta lo resuelve todo– concluyó.

Saldaña se hurgó los dientes con una uña. Parecía aliviado.

—Eso espero. Si no, eres hombre muerto.

—Para ser hombre muerto tendrán que matarme antes.

—Pues acuérdate de Villamediana, a quien partieron las asaduras a cuatro pasos de aquí. Y de otros.

Dicho aquello se quedó mirando, distraído, a unas damas que, escoltadas de dueñas y criadas con cestas al brazo, tomaban su letuario de almíbares ante barriles de vino puestos a modo de mesas, en la puerta de la confitería.

—A fin de cuentas –dijo de pronto–, no eres más que un triste soldado.

Rió Alatraste entre dientes sin humor.

—Como tú –respondió– en otros tiempos.

Suspiró Saldaña desde muy adentro, volviéndose al capitán.

—Acabas de decirlo: en otros tiempos. Yo tuve suerte. Además, no monto yeguas ajenas.

Al decir aquello apartó los ojos, incómodo. En él se daba más bien lo contrario: las malas lenguas contaban que su vara de teniente de alguaciles tenía que ver con ciertas amistades de su mujer. Que se supiera, Saldaña había matado al menos a un hombre por hacer bromas sobre eso.

—Dame la carta.

Se sorprendió Alatraste, que se disponía a guardarla.

—Es mía.

—Ya no. La lee y la devuelve, ordenaron. Sólo se trata, supongo, de que te convenzas con tus propios ojos: su letra y su firma.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

—Quemarla ahora mismo.

La tomó de entre los dedos del capitán, que no opuso resistencia. Después, mirando alrededor, se decidió por la imagen piadosa que un herbolario tenía en la puerta, junto a un murciélago y un lagarto disecados. Fue allí y encendió el papel en la lamparilla de aceite.

—Ella sabe lo que le conviene, y su marido también –opinó, volviendo junto al capitán con el papel encendido en la mano—... Supongo que se lo hicieron escribir al dictado.

Estuvieron viendo arder el billete hasta que Saldaña lo dejó caer y pisó las cenizas.

—El rey es mozo –dijo de pronto.

Lo soltó como si aquello justificara muchas cosas. Alatraste se lo quedó mirando con mucha fijeza.

—Pero es el rey –apostilló, neutro.

Saldaña fruncía ahora el entrecejo, apoyada una mano en la culata de un milanés. Con la otra se rascaba la barba entrecana.

—¿Sabes una cosa, Diego?... A veces, como tú, añoro el barro y la mierda de Flandes.

El palacio de Guadalmedina se alzaba en la esquina de la calle del Barquillo con la de Alcalá, junto al convento de San Hermenegildo. El gran portón estaba abierto, de modo que Diego Alatraste pasó al amplio zaguán, donde un portero de librea le salió al paso. Era un viejo criado a quien el capitán conocía de antiguo.

—Quisiera ver al señor conde.

—¿Ha sido llamado vuesa merced? –preguntó el otro, amable y con mucha política.

—No.

—Veré si su excelencia puede recibir.

Retiróse el portero y estuvo el capitán paseando junto a la verja que daba al jardín, muy frondoso y cuidado, con árboles frutales y de ornamento, amorcillos de piedra y estatuas clásicas entre la hiedra y los macizos de flores. Aprovechó para componerse un poco la ropa, ajustarse la valona limpia y cerrar correctamente las presillas del jubón. No sabía cuál iba a ser la actitud de Álvaro de la Marca cuando estuvieran frente a frente, aunque esperaba que atendiese las disculpas que traía previstas. No era el capitán –y eso el otro lo sabía muy bien– hombre dado a recoger palabras y aceros, y de ambos géneros habíase derrochado la víspera. Pero él mismo, al analizar su conducta, no estaba seguro de haber obrado en justicia frente a quien, a fin de cuentas, empleaba en sus obligaciones la misma firmeza que él había aplicado a las suyas en los campos de batalla. El rey es el rey, recordó, aunque haya reyes y reyes. Y cada cual decide por conciencia, o interés, el modo en que los sirve. Si Guadalmedina cobraba en favores reales su estipendio, también Diego Alatraste y Tenorio –aunque poco, tarde y mal– había cobrado el suyo en los tercios, como soldado de ese mismo rey, de su padre y de su abuelo. De cualquier modo, Guadalmedina, pese a su



elevada condición, a su sangre, a su carácter cortesano y a las circunstancias que lo complicaban todo, era un hombre avisado y leal. Amén de habérselas visto juntos frente a terceros en algún lance de espada, el capitán le había salvado la vida cuando el desastre de las Querquenes, y luego recurrió a él cuando la aventura de los dos ingleses. También durante el incidente con el Santo Oficio la benevolencia del conde quedó probada, sin contar el asunto del oro de Cádiz o las advertencias transmitidas a don Francisco de Quevedo sobre María de Castro desde que el capricho real había entrado en escena. Todo aquello creaba vínculos —ésta era su esperanza mientras aguardaba junto a la verja del jardín— que tal vez salvaran la afición que los dos se tenían. Pero quizás el orgullo de Álvaro de la Marca estuviese reñido con conciliación alguna: la nobleza sufría poco verse maltratada, y aquel piquete en el brazo del conde no mejoraba el negocio. En todo caso, Alatraste tenía previsto ponerse a su disposición para lo que gustara, incluido dejarse meter un palmo de acero en el momento y lugar que Guadalmedina decidiese.

—Su excelencia no quiere recibir a vuesa merced.

Diego Alatraste se quedó inmóvil, cortado el aliento, una mano sobre la guarnición de la espada. El criado indicaba la puerta con un gesto.

—¿Estáis seguro?

Asintió desdeñoso el otro. No quedaba rastro de su amabilidad inicial.

—Dice que se vaya vuesa merced en buena hora.

El capitán era hombre cuajado, mas no pudo evitar que un golpe de calor le subiese a la cara al verse de aquel modo desacomodado y sin favor. Aún miró un instante al portero, adivinándole secreto regocijo. Luego respiró hondo y, conteniéndose para no azotarlo con el plano de fa espada, se arriscó el chapeo, dio media vuelta y salió a ha calle.

Anduvo como ciego calle de Alcalá arriba, sin mirar por dónde iba, igual que ante una veladura roja. Blasfemaba entre dientes, usando sin reparo el nombre de Cristo. Varias veces su paso precipitado, a grandes zancadas, estuvo a punto de atropellar a los transeúntes; pero las protestas de éstos —uno hasta hizo amago de tocar la espada— se desvanecían apenas le miraban el rostro. De ese modo cruzó la puerta del Sol hasta la calle Carretas, y allí se detuvo ante la taberna de la Rocha, en cuya puerta leyó, escrito con yeso: Vino de Esquivias.

Aquella misma noche mató a un hombre. Lo eligió al azar y en silencio entre los parroquianos —tan borrachos como él— que alborotaban en la taberna. Al cabo tiró unas monedas sobre la mesa manchada de vino y salió tambaleándose, seguido del desconocido; un tipo con aires de valentón que, en compañía de otros dos, se empeñaba en reñir, media hoja fuera de la vaina, porque Alatraste lo había estado mirando largo rato sin apartar los ojos; y a él —nunca llegó a saber su nombre—, según voceó con muchos y desabridos verbos, no lo miraba así de fijo ningún puto de España o las Indias. Una vez afuera, Alatraste anduvo con el hombro pegado a la pared hasta la calle de los Majadericos; y allí, bien a oscuras y lejos de miradas indiscretas, cuando sintió los pasos que iban detrás para darle alcance, metió mano, revolvióse e hizo cara. Hirió de antuvión a la primera estocada, sin precaución ni alardes de esgrima, y el otro se fue al suelo con el pecho pasado antes de decir esta boca es mía, mientras sus consortes ponían pies en polvorosa. Al asesino, gritaban. Al asesino. Vomitó el vino junto al cadáver mismo, apoyado en la pared y todavía espada en mano. Después limpió el acero en la capa del muerto, se embozó en la suya y buscó la calle de Toledo disimulándose entre las sombras.

Tres días más tarde, don Francisco de Quevedo y yo cruzamos la puente segoviana para acudir a la Casa de Campo, donde descansaban sus majestades aprovechando la bondad del tiempo, dedicado a la caza el rey y entretenida la reina en paseos, lecturas y música. En coche de dos mulas pasamos a la otra orilla y, dejando atrás la ermita del Ángel y la embocadura del camino de San Isidro, subimos por la margen derecha hasta los jardines que circundaban la casa de reposo de Su Católica Majestad. A un lado teníamos los frondosos pinares, y al otro, allende el Manzanares, Madrid se mostraba en todo su esplendor: las innumerables torres de iglesias y conventos, la muralla construida sobre los cimientos de la antigua fortificación árabe, y en lo alto, maciza e imponente, la mole del Alcázar Real, con la Torre Dorada avanzando como la proa de un galeón sobre la cortadura que dominaba el exiguo cauce del río, cuyas orillas estaban salpicadas con las manchas blancas de la ropa que las lavanderas tendían a secar en los arbustos. Era hermosa la vista, y la admiré tanto que don Francisco sonrió, comprensivo.

—El ombligo del mundo —dijo—. De momento.

Yo estaba entonces lejos de advertir la reserva que había en su comentario. A mis años, deslumbrado por cuanto me rodeaba, no podía imaginar que aquello, la magnificencia de la Corte, el enseñoramiento del orbe en que nos hallábamos los españoles, el imperio que —unido a la rica herencia portuguesa que entonces compartíamos— llegaba hasta las Indias occidentales, el Brasil, Flandes, Italia, las posesiones de África, las islas Filipinas y otros enclaves de las lejanas Indias orientales, todo terminaría desmoronándose cuando los hombres de hierro cedieron plaza a hombres de barro, incapaces de sostener con su ambición, su talento y sus espadas tan vasta empresa. Que así de grande era en mi mocedad, aunque ya empezara a dejar de serlo, aquella España forjada de gloria y crueldad, de luces y sombras. Un mundo irrepetible que podría resumirse, si fuera posible, en los viejos versos de Lorenzo de Zamora:

*Canto batallas, canto vencimientos,  
empresas grandes, bárbaras proezas,  
tristes sucesos, varios rompimientos,  
risas, odios, desastres y fierezas.*

El caso es que estábamos aquella mañana don Francisco de Quevedo y yo frente a la capital del mundo, apeándonos del coche en los jardines de la Casa de Campo, ante el doble edificio rojizo con pórticos y logias a la italiana, vigilado por la imponente estatua ecuestre del difunto Felipe III, padre de nuestro monarca. Y fue en el ameno bosquecillo ajardinado con chopos, álamos, sauces y plantas flamencas que había detrás de la estatua, alrededor de la hermosa fuente de tres alturas, donde la reina nuestra señora recibió a don Francisco sentada bajo un toldo de damasco, rodeada de sus damas y criados más próximos, bufón Gastoncillo incluido. Isabel de Borbón acogió al poeta con muestras de regio afecto; invitólo a rezar con ella el ángelus —era mediodía y las campanas resonaban por todo Madrid— y yo asistí de lejos y descubierto. Luego nuestra señora la reina mandó que don Francisco se sentara a su lado, y departieron largo rato sobre, los progresos de *La espada y la daga*, de la que el poeta leyó en voz alta los últimos versos, improvisados, dijo, aquella misma noche; por más que yo supiera que los tenía escritos y corregidos de sobra. El único punto que incomodaba a la hija del Bearnés —confesó por ella, entre bromas y veras— era que la comedia quevedesca iba a representarse en El Escorial; y é. carácter austero y sombrío de aquella magna fábrica real repugnaba a su alegre temperamento de francesa.

Ésa era la causa: de que evitara, siempre que podía, visitar el palacio construido por el abuelo de su augusto esposo. Aunque, paradojas del destino, dieciocho años después de lo que narro nuestra pobre señora terminase –imagino que muy a su pesar– ocupando un nicho en la cripta.

No vi a Angélica de Alquézar entre las azafatas de la reina. Y mientras Quevedo, sobrado de razones y finezas, deleitaba a las damas con su buen humor cortesano, di un paseo por el jardín, admirando los uniformes de la guardia borgoñona que estaba de facción ese día. Anduve así, más satisfecho que un rey con sus alcabalas, hasta la balaustrada que daba sobre las parras y el camino viejo de Guadarrama, admirando la vista de las huertas de la Buitrera y la Florida, muy verdes en esa estación del año. El aire era sutil, y desde el bosque tras el pequeño palacio llegaban, apagados por la distancia, ladridos de perros punteados por escopetazos; prueba de que nuestro monarca, con su proverbial puntería –glosada hasta la saciedad por todos los poetas de la Corte, incluidos Lope y Quevedo–, daba razón de cuanto conejo, perdiz, codorniz o faisán le ponían a tiro sus batidores. Que si en vez de tanto inocente animalillo lo que el cuarto Austria arcabuceara en su dilatada vida fuesen herejes, turcos y franceses, otro gallo habría cantado a España.

—Vaya. Aquí tenemos a quien abandona a una dama en plena noche para irse con sus amigotes.

Me volví, suspendidos ánimo y respiración. Angélica de Alquézar estaba a mi lado. Decir bellísima sería ocioso. La luz del cielo de Madrid le aclaraba aún más los ojos, irónicamente fijos en mí. Hermosos y mortales.

—Nunca lo habría imaginado en un hidalgo.

Peinaba tirabuzones y vestía con amplia saboyana de tabí rojo y juboncito corto, cerrado con un gracioso cuello de beatilla donde relucían una cadena de oro y una cruz de esmeraldas. Una muda sonrosada, de librillo, le daba ligero rubor cortesano a la palidez perfecta del rostro. Así parecía mayor, pensé de pronto. Más hembra.

—Siento haberos dejado la otra noche –dije–. Pero no podía...

Me interrumpió indiferente, cual si todo fuese cosa vieja. Contemplaba el paisaje. Al cabo me miró de soslayo.

—¿Terminó bien?

El tono era frívolo, como si de eras no le importara gran cosa.

—Más o menos.

Oí el gorjeo de las damas que estaban alrededor de la reina y de don Francisco. Sin duda el poeta había dicho algo ingenioso, y lo celebraban.

—Ese capitán Batiste, o Triste, o como se llame, no parece sujeto recomendable, ¿verdad?... Siempre os mete en problemas.

Me erguí, picado. Angélica de Alquézar, nada menos, diciendo eso.

—Es mi amigo.

Rió suavemente, las manos en la balaustrada. Olía dulce a rosas y miel. Era agradable, pero yo prefería el aroma de la otra noche, mientras nos besábamos. La piel se me erizó al recordar. Pan tierno.

—Me abandonasteis en plena calle –repitió.

—Es cierto. ¿Qué puedo hacer para compensaros?

—Acompañarme de nuevo cuando sea necesario.

—¿Otra vez de noche?

—Sí.

—¿Vestida de hombre?

Me miró como se mira a un tonto.

—No pretenderéis que salga con esta ropa.

—Ni lo soñéis —dije.

—Qué descortés. Recordad que estáis en deuda conmigo.

Se había vuelto a estudiarme con la fijeza de un puñal apuntando a las entrañas. Debo decir que mi estampa tampoco era desaliñada ese día: pelo limpio, vestido de paño negro y daga atrás, al cinto. Tal vez eso me dio aplomo para sostener su mirada.

—No hasta ese punto —respondí, sereno.

—Sois un zafio —parecía irritada como una jovencita a la que se le niega un capricho—. Veo que preferís ocuparos de ese capitán Sotatraste.

—Ya he dicho que es mi amigo.

Hizo un gesto despectivo.

—Naturalmente. Conozco la copla: Flandes y todo eso, espadas, pardieces, tabernas y mujerzuelas. Ruindades de hombres.

Sonaba a censura, pero creí advertir también una nota extraña. Como si de algún modo lamentase no hallarse cerca de todo aquello.

—De cualquier manera —añadió— permitid que os diga que, con amigos como ése, no necesitáis enemigos.

La observé boquiabierto a mi pesar, admirado de su descaro.

—¿Y qué sois vos?

Frunció los labios cual si de veras reflexionara. Después inclinó un poco la cabeza, sin apartar sus ojos de los míos.

—Ya dije que os amo.

Me estremecí al oírlo, y se dio cuenta. Sonreía como lo habría hecho Luzbel antes de caer del cielo.

—Debería bastaros —remató— si no sois bellaco, estúpido o presuntuoso.

—No sé lo que soy. Pero sobráis para llevarme al quemadero de Alcalá, o al garrote del verdugo.

Se rió otra vez, las manos cruzadas casi con modestia ante la amplia falda sobre la que pendía un abanico de nácar. Miré el dibujo nítido de su boca. Al infierno todo, pensé. Pan tierno, rosas y miel. Piel desnuda debajo. Me habría arrojado sobre esos labios, de no hallarme donde me hallaba.

—No pretenderéis —dijo— que os salga gratis.

Antes de que las cosas se enredaran peligrosamente hubo tiempo para un sabroso lance, propio de verse en un corral de comedias. Fraguóse éste durante una comida en el del León, ofrecida por el capitán Alonso de Contreras, locuaz, simpático y un punto fanfarrón como siempre, que presidía repantigado contra una cuba de vino sobre la que estaban nuestras capas, sombreros y espadas. Éramos comensales d Francisco de Quevedo, Lopito de Vega, mi amo y yo mismo, despachando una sopa de capirotada y un espeso salpicón de vaca y tocino. Invitaba Contreras, quien celebraba haber cobrado al fin las doblas de cierta ventaja que se adeudaba, dijo, desde lo de Roncesvalles. Terminóse comentando cómo los amores del hijo del Fénix con Laura Mosca topaban con la oposición berroqueña del tío —enterarse el carnicero de que había amistad entre Lopito y Diego Al triste no mejoraba las cosas—, y el joven militar nos refirió desolado, que sólo podía ver a su dama furtivamente, cuando ésta salía con la dueña a hacer alguna compra, o en la mis diaria de las Maravillas, donde él la observaba de lejos, arrodillado sobre su capa, y a veces lograba acercarse e intercambiar

ternezas ofreciéndole, dicha suprema, agua bendita en el cuenco de la mano para que ella se persignara. Lo malo era que, empeñado Moscatel en casar a su sobrina con el infame procurador Saturnino Apolo, a la pobre no le quedaba otra que esa boda o el convento, y las posibilidades de Lopito eran tan remotas que lo mismo le daba buscar novia en el serrallo de Constantinopla. Al tío de la doncella no lo persuadían ni veinte de a caballo. Además, eran tiempos revueltos: con las idas y venidas del turco y del hereje, Lopito se exponía a tener que incorporarse a sus deberes con el rey en cualquier momento; y eso significaba perder a Laura para siempre. Aquello lo llevaba, según nos confió ese día, a maldecir de cuantos lances apretados había en las comedias de su mismísimo señor padre, porque ni en ellas encontraba paso alguno para resolver el problema.

El comentario le dio una idea audaz al capitán Contreras.

—La cuestión es simple —dijo mientras cruzaba las botas sobre un taburete—. Rapto y boda, voto a Dios. A lo soldado.

—No es fácil —repuso tristemente Lopito—. Moscatel sigue pagando a varios bravos para que vigilen la casa.

—¿Cuántos?

—La última noche que rondé la reja salieron cuatro.

—¿Diestros?

—Esta vez no me entretuve en averiguarlo.

Contreras se retorció el mostacho con suficiencia y miró alrededor, deteniéndose en el capitán Alatraste y en don Francisco.

—A más moros, más ganancia, ¿Cómo lo ve vuestra merced, señor de Quevedo?

El poeta se ajustó los lentes y frunció el ceño, pues a su posición en la Corte no le cuadraba un escándalo relacionado con rapto y estocadas; aunque estando de por medio Alonso de Contreras, Diego Alatraste y el hijo de Lope, se le hacía cuesta arriba negarse.

—Me temo —dijo con resignado fastidio— que no queda sino batirse.

—Lo mismo os da para un soneto —apuntó Contreras, viéndose ya celebrado en más versos.

—O para otro destierro, voto a Cristo.

En cuanto al capitán Alatraste, de codos sobre la mesa y ante su jarra de vino, la mirada que cruzó con su antiguo camarada Contreras era elocuente. En hombres como ellos, ciertas cosas iban de oficio.

—¿Y el mozo? —preguntó Contreras, mirándome.

Casi me ofendí. Yo era bachiller en las cuatro generales, así que me pasé dos dedos, al estilo de mi amo, por el bigote que aún no tenía.

—El mozo también se bate —dije.

El tono me valió una sonrisa aprobadora del miles gloriosus y una mirada de Diego Alatraste.

—Cuando lo sepa mi padre —gimió Lopito— me mata.

Soltó una risotada el capitán Contreras.

—Vuestro ilustre padre, de raptos sabe un rato. ¡Menudo fue siempre el Fénix en lances de faldas!

Hubo un silencio embarazoso, y cada cual metió nariz o bigote en su respectiva jarra. Incluso Contreras lo hizo, pues acababa de caer en la cuenta de que el mismo Lopito era hijo ilegítimo, aunque reconocido luego, de uno de tales lances del Fénix de los Ingenios. Sin embargo, el joven no pareció ofenderse. Conocía la fama de su anciano progenitor mejor que nadie. Tras varios tientos al vino y un diplomático carraspeo, Contreras retomó

el hilo:

—Lo mejor son los hechos consumados. Además, los militares somos así, ¿no es cierto? Directos, audaces, fieros. Siempre al grano. Recuerdo una vez, en Chipre...

Y se puso a contar hazañas durante un rato. Al cabo le dio un tiento largo al vino, suspiró nostálgico y miró a Lopito.

—Así que veamos, garzón. ¿Estáis de veras dispuesto a uniros honradamente a esa mujer, hasta que la muerte os separe, etcétera?

Lopito lo miró a los ojos sin pestañear.

—Mientras Dios sea Dios, y más allá de la muerte.

—Tampoco se os exige tanto, pardiez. Con sólo hasta la muerte ya cumplís de sobra. ¿Estos caballeros y yo tenemos vuestra palabra de hidalgo?

—Por mi vida que sí.

—Entonces no se hable más —Contreras dio una palmada en la mesa, satisfecho—. ¿Hay con quién proveer el asunto del lado eclesiástico?

—Mi tía Antonia es abadesa de las Jerónimas. Nos acogerá gustosa. Y el padre Francisco, su capellán, es también confesor de Laura y muy conocido del señor Moscatel.

—¿Terciará el páter, si se tercia que tercie?

—Sin duda.

—¿Y la dama?. ¿Estará vuestra Laura dispuesta a pasar por el mal trago?

Respondió Lopito afirmativamente, de modo que no hubo más averiguación. Se acordó el concurso de todos, brindamos por un feliz desenlace, y apostillólo tras el brindis don Francisco de Quevedo, según su costumbre, con unos versos que venían pintados al negocio, aunque esta vez no fueran suyos, sino de Lope:

*La mujer más cobarde,  
en llegado a querer (y más, doncella)  
su honor y el de sus padres atropella.*

Hízose también la razón por aquello. Y ocho o diez brindis después, usando la mesa como mapa y las jarras de vino como protagonistas de su plan, ya un poco insegura la lengua pero cada vez más resuelta la intención, el capitán Contreras nos invitó a arrimar asientos y expuso en voz baja lo que maquinaba. La táctica rigurosa del asalto, la calificó, precaviéndolo todo con tanto detalle como si en vez de una casa en la calle de la Madera nos aprestáramos a meter en Orán cien lanzas.

Las casas con dos puertas son malas de guardar. Precisamente la de don Gonzalo Moscatel tenía dos, y un par de noches más tarde estábamos los conjurados frente a la principal, embozados y en las sombras de un porche cercano: el capitán Contreras, don Francisco de Quevedo, Diego Alatryste y yo, observando a los músicos que, iluminados por la linterna que uno traía consigo, tomaban posiciones ante las rejas de la casa en cuestión, situada en la esquina misma de la calle de la Madera con la de la Luna. El plan era audaz y de una simplicidad castrense: serenata en una puerta, rebato, cuchilladas y fuga por la de atrás. Aparte la tramoya militar, tampoco se habían descuidado las formas honorables. Como Laura Moscatel no disponía de libertad para elegir matrimonio ni dejar su casa, el rapto y la boda inmediata para repararlo eran la única forma de doblegar la voluntad del empecinado tío. A esas horas, prevenidos por Lopito, la tía abadesa y el capellán amigo de la familia —cuyos escrúpulos pastorales habían sido allanados con una linda bolsa de

doblonces de a cuatro aguardaban en el convento de las Jerónimas, adonde sería llevada la novia para ser puesta en custodia, quedando todo según lo conveniente.

—Buen lance, viven los cielos —murmuraba el capitán Contreras, regocijado.

Sin duda le recordaba su juventud, en la que tales cosas menudearon. Estaba apoyado en la pared, embozado con sombrero y capa, entre Diego Alatríste y don Francisco de Quevedo, cubiertos como él de forma que sólo se les advertía el brillo de los ojos. Yo vigilaba la calle. Para tranquilizar un poco a don Francisco y cubrir las apariencias habíase dispuesto todo con tramoya casual, como si fuésemos cuadrilla que pasaba por allí en el momento de los hechos. Incluso los pobres músicos, contratados por Lopito de Vega, ignoraban lo que iba a ocurrir. Sólo sabían que se les había pagado una serenata a cierta dama —viuda, se dijo— a las once de la noche y en su misma reja. Los músicos eran tres, el más mozo con los cincuenta en el costal. En ese momento empezaban a tocar la guitarra, el laúd y el pandero, este último manejado por él cantor, que atacó sin más preámbulos la tonadilla famosa:

*En Italia te adoré  
y en Flandes de amor morí.  
Me vine hasta España amando  
y en Madrid te dije así.*

Que no eran sazonados versos, por cierto, pero sí muy populares entonces. De cualquier modo, el cantor nunca llegó a decir lo que se proponía; porque concluyendo aquella primera estrofa encendiése luz adentro, oyóse a don Gonzalo Moscatel jurando a los doctrinales, y al abrirse la puerta principal pudimos verlo espada en mano, amenazando muy desahogado a los músicos y a quien los engendró con ensartarlos como capones. Que no son horas, voceaba, de incomodar en casas honradas. Lo acompañaba, pues estarían de tertulia, el procurador Saturnino Apolo armado con un estoque y una tapadera de tinaja como broquel. Al tiempo, por la puerta de la cochera se les unieron otros cuatro individuos —la luz de la linterna insinuaba pésimas cataduras— que al momento cayeron sobre los músicos. Y éstos, sin comerlo ni beberlo, se vieron bajo un diluvio de cintarazos y golpes.

—A lo nuestro —dijo el capitán Contreras, relamiéndose de gusto.

Y salimos en grupo del porche, como si acabáramos de doblar la esquina y tropezarnos con la escena, mientras don Francisco de Quevedo murmuraba filosófico entre dientes, bajo el embozo:

*Que no se canse en tener  
un cuidado tan terrible,  
porque el mayor imposible  
es guardara una mujer.*

Estaban ya los músicos arrinconados contra la pared, los pobretes, cercados por las herreruzas de los bravos de alquiler y hechos pedazos sus instrumentos; y Gonzalo Moscatel, que había cogido la linterna del suelo y la mantenía en alto sin dejar la espada de la diestra, los interrogaba a gritos echando las de Pavía: quién, cómo, dónde, cuándo los habían enviado a desvelar enhoramala. Y en ésas, cuando pasamos junto a ellos, chapeos en las cejas y embozos hasta la nariz, el capitán Contreras dijo en voz alta algo así como diancho con los menguados que alborotan la calle, ellos y Satanás que los alumbre, lo

bastante alto para que todos oyeran. Y como quien en ese momento alumbraba era Moscatel –con la lucecilla podíamos ver las jetas patibularias de sus cuatro jaques, la cara porcina del procurador Apolo y las aterradas expresiones de los músicos–, creyose éste, respaldado por su mesnada, en posición de gallear recio. Así que le dijo a don Alonso de Contreras, muy desabrido y por supuesto sin conocernos a ninguno, que siguiera camino y se fuera al infierno o lo desorejaba allí mismo, voto a san Pedro y a todos los santos del calendario. Palabras que, como imaginan vuestras mercedes, eran lo más oportuno para nuestra intención. Carcajeóse Contreras en las barbas de Moscatel, y dijo con mucho cuajo que no sabía lo que estaba pasando ni de qué iba la querella; pero que desorejar, lo que se decía desorejar, podía intentarlo el botarate con la señora puta que lo parió. Dicho esto rióse de nuevo; y aún no había terminado de reírse, al tiempo que sin desembozarse metía mano a la fisberta, cuando el capitán Alatraste, que ya tenía la suya fuera de la vaina, le dio un antuvión al bravo que estaba más cerca, y luego, casi en el mismo movimiento, una cuchillada de filos a Moscatel, en el brazo, que hizo a éste soltar la linterna saltando como si le hubiese picado un alacrán. Murió la luz al dar en el suelo, oscurecióse todo, salieron corriendo como liebres las aterradas sombras de los tres músicos, desatamos sierpes el resto con lindo brío, y fue Troya.

Vive Dios que disfruté de la vendimia. La idea era, procurando no matar si resultaba posible –no queríamos enlutar el casamiento–, dar tiempo a que, en la confusión y con socorro de la dueña a la que habían ensebado la palma con doblones de la misma bolsa que al capellán, Lopito de Vega sacara a Laura Moscatel por la puerta de atrás y la llevase, en un coche que tenía prevenido, a las Jerónimas. Y mientras todo eso, en efecto, sucedía en la puerta trasera, en la principal llovían mojadas a oscuras. Tiraban de punta Moscatel y los suyos, con las intenciones del turco y con Saturnino Apolo muy precavido de rodela y desde atrás, alentándolos; pero a hombres con la destreza de Alatraste, Quevedo y Contreras les bastaba parar y acuchillar de tajo, a eso se aplicaban con muy buena mano, y yo tampoco me portaba mal. Habíamelas con uno de los jaques, cuya respiración descompuesta oía entre el tintineo de los aceros. La cosa no estaba para florituras de esgrima, porque todos nos batíamos a bulto y en corto; así que, recurriendo a un truco que me había enseñado el capitán Alatraste a bordo del *Jesús Nazareno* cuando volvíamos de Flandes, acometí arriba, hice como que me retiraba para cubrir el flanco, revolvíme de pronto a la guardia contraria, y rápido como un gavilán le di al otro un refilón bajo que, por el chasquido y el sitio, debió de cortarle los tendones de una corva. Huyó mi adversario saltando a la pata coja mientras blasfemaba del santoral completo, y miré en torno, satisfechísimo y exaltado de ardor, por ver dónde haría más servicio a mis camaradas; pues habíamos empezado a mover temerarias cuatro contra seis diciendo Yepes, Yepes –por el vino– a media voz, que era el santo Y seña que habíamos acordado para reconocernos/si reíamos a oscuras. Pero el negocio andaba desequilibrado a favor nuestro, porque el procurador Apolo había puesto pies en polvorosa con un pinchazo en las nalgas, y don Francisco de Quevedo, que se batía tapándose la cara con la capa alzada para que nadie lo catase, ahuyentaba al bravonel que le había tocado en suerte.

—Yepes –dijo el poeta al retirarse por mi lado, como si ya hubiera hecho suficiente esa noche.

Por su parte, Alonso de Contreras aún se batía con el suyo –uno que aguantaba el envite mejor que sus compadres–, riñendo ambos muy recio calle abajo, a medida que el matachín retrocedía sin volver las espaldas. El cuarto jaque era un bulto inmóvil en el



suelo: salió el peor librado, pues la estocada que el capitán le había dado en la confusión del primer momento fue de las de cien reales; y de ella, supimos después, quedó sacramentado a los tres días y murió a los ocho. En cuanto a mi amo, tras madrugarle a ese bravo y herir a Moscatel en el brazo, acosaba ahora al carnicero con los filos de la espada, calado el chapeo y el embozo ante el rostro para que no lo conociese, mientras el fantoche, que ya no galleaba en absoluto, reculaba buscando la puerta de su casa –lo que mi amo procuraba estorbarle– y pedía socorro gritando que estaban por asesinarlo. Al fin cayó al suelo Moscatel, y el capitán Alatraste estuvo pateándole las costillas un buen rato, hasta que regresó Contreras tras poner en fuga a su adversario.

—Yepes –dijo éste, precavido, cuando mi amo se revolvió espada en mano al oír sus pasos.

Se lamentaba en el suelo Gonzalo Moscatel, y en las ventanas próximas empezaron a asomar vecinos desvelados por el alboroto. Al otro extremo de la calle se vio una luz, y alguien gritó algo sobre avisar a la ronda.

—¿Y si nos fuésemos de una puñetera vez? –sugirió don Francisco de Quevedo, malhumorado tras su embozo.

La propuesta era razonable, así que ahuecamos el ala tan satisfechos como si lleváramos en el bolsillo la patente de un tercio. Un regocijado Alonso de Contreras me cacheteó con afecto, llamándome hijo, y el capitán Alatraste, tras un último puntapié a las costillas de Moscatel, vino detrás envainando la espada. Contreras todavía anduvo riéndose tres o cuatro calles, hasta que hicimos un alto tabernario en Tudescos para remojar la palabra.

—Cuerpo de Mahoma –juró Contreras–. No disfrutaba tanto desde que en el saco de Negroponte hice ahorcar a unos ingleses.

Lopito de Vega y Laura Moscatel se casaron cuatro semanas más tarde en la iglesia de las Jerónimas, sin que el tío de la novia –que iba por Madrid con catorce puntos en la cara y un brazo en cabestrillo, culpando de las cuchilladas y la paliza a un tal Yepes– asistiese a la ceremonia. Tampoco Lope de Vega padre estuvo presente. La boda se celebró con mucha discreción, oficiando el capitán Contreras, Quevedo, mi amo y yo como padrinos y testigos. Los jóvenes esposos se instalaron en una modesta casa en la plaza de Antón Martín, en espera de que Lopito obtuviera su reconocimiento de alférez. Que yo sepa, fueron felices tres meses. Después, debido a la infección del aire y la corrupción del agua por los grandes calores que asolaron Madrid ese mismo año, Laura Moscatel murió de fiebres malignas, sangrada y purgada por médicos incompetentes; y su joven viudo, con el corazón destrozado, volvióse a Italia. Tal fue el remate de la novelesca aventura de aquella noche en la calle de la Madera, y algo aprendí yo mismo del triste episodio: todo se lo lleva el tiempo, y la felicidad eterna sólo existe en la imaginación de los poetas y en los escenarios de los corrales de comedias.

## VI. A REY MUERTO, REY PUESTO

Angélica de Alquézar había vuelto a citarme en la puerta de la Priora. *Otra vez necesito escolta*, apuntaba su escueto billete. Decir que acudí sin reservas sería falso; mas lo cierto es que en ningún momento llegué a considerar no ir. Angélica estaba infiltrada en mi sangre como unas cuartanas malignas. Había gustado su boca, tocado su piel y entrevisto demasiadas promesas en sus ojos; el juicio se me nublaba estando ella de por medio. Pero lo enamorado no quita lo discreto, así que esta vez tomé precauciones; y cuando se abrió el portillo y una ágil sombra se deslizó a mi lado en la oscuridad, yo iba razonablemente dispuesto para el negocio: colete de cuero grueso que un guarnicionero de la calle de Toledo me había aderezado con uno viejo del capitán, la espada al costado izquierdo, la daga en los riñones y, disimulándolo todo, una capa de estameña parda y un chapeo negro de ala corta, sin pluma ni toquilla. Iba además recién lavado con agua y jabón, luciendo la sombra del bozo que ya me rasuraba a menudo en la esperanza de fortalecerlo hasta que alcanzase las impresionantes dimensiones del mostacho alatrístesco; cosa que nunca logré, por cierto, pues siempre fui poco barbado. El caso es que antes de salir me estudié en un espejo de la Lebrijana, y la estampa no era mala; y aun luego, camino de la puerta de la Priora, estuve mirando el aspecto de mi sombra en el suelo al pasar junto a las luces de hachas y faroles. Pardiez. Ahora lo recuerdo y sonrío. Pero háganse cargo vuestras mercedes.

—¿Dónde me lleváis esta vez? —pregunté.

—Quiero enseñaros algo —respondió Angélica—. Útil para vuestra educación.

Eso no me tranquilizó en absoluto. Yo era mozo acuchillado y sabía que toda educación útil se adquiere con afrenta de costillas propias o con sangría de la que no te hace el barbero. Así que me dispuse otra vez a lo peor. Resignado, es la palabra. O quizás aterradora y dulcemente resignado. Como apunté antes, era muy joven y estaba enamorado del diablo.

—Veo que os gusta vestir de hombre —dije.

Aquello seguía chocándome y fascinándome al tiempo. Propia del teatro, inspirada al principio en las antiguas comedias italianas y en el Ariosto, la mujer vestida de hombre por afán de gloria viril o por cuitas de amor era, como ya dije, común en el teatro; pero lo cierto es que, comedias y leyendas aparte, el personaje no se daba nunca en la vida real, o al menos yo no tenía noticia de ello. En cualquier caso, tras mi comentario, más Marfisa que Bradamante —pronto iba yo a comprobar, en mi desdicha, hasta qué extremo la movía menos el amor que la guerra—, Angélica se rió quedo, como para su santiguada.

—No querréis —dijo muy bachillera— que buree de noche por Madrid con basquiña y guardainfante.

Con el eco de esas palabras se acercó a mi oreja, y rozándola con sus labios —lo que me puso, vive Dios, la piel de gallina—, susurró estos bizarros versos lopescos:

*Cómo me ha de querer quien hoy me ha visto  
teñida en sangre, despejar un muro.*

Y yo, pobre de mí, no me abalancé a besarla teñida en sangre o como diantre estuviera, porque en ese momento dio la vuelta y echó a andar. Esta vez la caminata fue más corta. Siguiendo las tapias del convento de María de Aragón anduvimos casi por despoblado y a

oscuras hasta las huertas de Leganitos, donde sentí el frío y la humedad del arroyo calarme la estameña. Pese a ir a cuerpo gentil, con su ropa varonil negra y el puñal a la cintura, Angélica no pareció resentirse del frío: caminaba resuelta en la noche, decidida y segura de sí. Cuando yo me detenía para orientarme, ella seguía adelante sin aguardar; y no quedaba otra que ir detrás echando recelosas miradas a diestra y siniestra. Portaba ella al cinto un gorro de paje para disimular sus cabellos en caso necesario; pero mientras tanto los llevaba sueltos, y la mancha clara de su pelo rubio en la noche me guiaba hacia el abismo.

No había una luz a quinientos pasos. Solo en la oscuridad, Diego Alatríste se detuvo y miró alrededor con prudencia profesional. Ni un alma a la vista. Por enésima vez tocó el papel doblado que llevaba en la faltriquera.

*Merecéis una explicación y una despedida. A las once, en el camino de las Minillas. La primera casa.*

*M. de C.*

Había dudado hasta el final. Por fin, con el tiempo justo, terminó echándose al cuerpo un cuartillo de aguardiente para templar la noche. Luego, tras equiparse a conciencia de hierro y paño –incluido esta vez el colete de piel de búfalo–, anduvo camino a la plaza Mayor y de ella a Santo Domingo, donde tomó la calle de Leganitos rumbo a las afueras. Y allí estaba ahora, parado junto al puente y las tapias de las huertas, observando el camino que se perdía en las sombras. La primera casa estaba a oscuras, como el resto que se vislumbraba orillando el camino. Eran casas hortelanas, cada una con sus árboles y sembrados detrás, que por el frescor del paraje se usaban como reposo en los meses de verano. La que interesaba a Alatríste se había construido contra el muro de un convento en ruinas, cuyo claustro, sin techo y con las columnas que aún quedaban en pie sosteniendo la bóveda estrellada del cielo, hacía las veces de jardincillo.

Un perro ladró a lo lejos y le respondió otro. Al cabo cesaron los aullidos y volvió el silencio. Alatríste se pasó dos dedos por el mostacho, volvió a mirar en torno y siguió adelante. Al llegar junto a la casa apartó la capa del costado izquierdo, volviéndola sobre el hombro para dejar libre la empuñadura de la espada. Sabía lo que se jugaba. Había reflexionado toda la tarde sentado en su jergón, mirando las armas colgadas de un clavo en la pared, antes de tomar la decisión y echarse a la calle. Lo curioso era que no se trataba de deseo. O más bien, sincero consigo, seguía deseando a María de Castro; pero no era eso lo que ahora lo tenía atento en la noche, la mano cerca de la espada, olfateando posibles peligros como un jabalí presente al cazador y su jauría. Se trataba de otra cosa. Coto real, habían dicho Guadalmedina y Martín Saldaña. Pero él tenía derecho a estar allí, si gustaba. Había pasado la vida defendiendo cotos reales, y su cuerpo conservaba cicatrices que daban fe. Había cumplido cien veces, como los buenos. Pero desnudos, en la cama de una mujer, tanto valían rey como roque.

La puerta no estaba cerrada. La empujó despacio, y al otro lado había un zaguán oscuro. Tal vez mueras aquí, se dijo. Esta noche. Sacó la daga y sonrió sesgado en la oscuridad, como un lobo peligroso, avanzando cauto con la punta del acero por delante. Anduvo así por un pasillo, tanteando con la mano libre las paredes desnudas. Había un candil encendido al extremo, iluminando el rectángulo de una puerta que daba al claustro. Mal sitio para reñir, pensó. Estrecho y sin escapatoria. Pero fue adelante. Meter la cabeza en las fauces del león no dejaba de tener su fascinación: su retorcido placer oscuro. Incluso

en aquella infeliz España a la que había amado y a la que ahora despreciaba con la lucidez de los años y la experiencia, donde lo mismo podían comprarse honores y belleza que indulgencias plenarias, quedaban cosas que no se compraban. Y él sabía cuáles eran. A partir de cierto punto, a Diego Alatriste y Tenorio, soldado viejo, espada a sueldo, no bastaba para atarlo una cadena de oro regalada, al paso, en un alcázar sevillano. Y a fin de cuentas, concluyó, en el peor de los naipes nadie puede quitarme otra cosa que la vida.

—Hemos llegado -dijo Angélica.

Habíamos atravesado las huertas por un camino estrecho que serpenteaba entre los árboles, y ante nosotros se extendía un pequeño jardín que incluía el claustro derruido del convento. Había una luz de candil al otro lado, entre las columnas de piedra y los capiteles caídos. Aquello no tenía buen aspecto, y me detuve, prudente.

—Llegado, ¿adónde?

Angélica no respondió. Estaba quieta a mi lado, mirando en dirección a la luz. Sentí su respiración agitada. Tras un momento de indecisión quise ir adelante, pero ella me detuvo sujetándome el brazo. Me volví a observarla. Su rostro era un trazo de sombra perfilado por la tenue claridad del claustro.

—Esperad -susurró.

El tono ya no era desenvuelto. Al cabo de un momento avanzó sin soltar mi brazo, guiándome a través del jardín, que estaba descuidado, con alguna maleza que crujía a nuestro paso.

—No hagáis tanto ruido -aconsejó.

Al llegar a las primeras columnas del claustro nos detuvimos de nuevo, al resguardo de una de ellas. La luz estaba más cerca, y pude ver mejor el rostro de mi acompañante: impassible, los ojos atentos a nuestro alrededor. Su pecho subía y bajaba, agitado bajo el jubón.

—¿Todavía me amáis? -preguntó de pronto. La miré, desconcertado. Boquiabierto.

—Por supuesto -respondí.

Ahora Angélica me miraba con tal intensidad que me estremecí. La luz del candil se reflejaba en sus ojos azules, y por Dios que era la Belleza misma la que me tenía clavado al suelo, incapaz de razonar.

—Pase lo que pase, recordad que yo también os amo.

Y me besó. No con un beso ligero ni de ocasión, sino posando lenta y firme sus labios en los míos. Después se apartó despacio, sin dejar de mirarme a los ojos, y al fin señaló la luz del claustro.

—Id con Dios -dijo.

La miré, confuso.

—¿Con Dios?

—O con Satanás, si gustáis.

Retrocedía, sumiéndose en las sombras. Y entonces, a la luz del candil, vi aparecer en el claustro al capitán Alatriste.

Sentí miedo, lo confieso. Más que Sardanápalo. Ignoraba cuál era la emboscada, pero sin duda estaba metido de cabeza en ella. Y mi amo también. Fui hasta él, angustiado y con todos aquellos sucesos rebotando en la cabeza.

—¡Capitán! -lo previne, sin saber de qué-. ¡Es una trampa!

Se había parado junto al candil puesto en el suelo y me miraba estupefacto, la daga en

la mano. Llegué así hasta él, desenvainé mi centella y miré alrededor, buscando enemigos ocultos.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir.

En ese momento, como concertado e igual que en las comedias, se abrió una puerta y en el claustro apareció, sorprendido por nuestras voces, un caballero joven y bien vestido. Bajo el sombrero se advertían sus cabellos rubios; traía la capa doblada al brazo, la espada en su vaina, y usaba un jubón amarillo que me era familiar. Pero lo más notorio era que yo conocía aquel rostro, y mi amo también. Lo habíamos visto en los actos públicos, en las rúas de la calle Mayor y el Prado, y más de cerca poco tiempo atrás, en Sevilla. Su perfil austriaco venía acuñado en monedas de plata y oro.

—¡El rey! —exclamé.

Me quité el sombrero a punto de arrodillarme, aterrado, sin saber qué hacer con mi espada desnuda. Nuestro señor don Felipe parecía tan confuso como nosotros, mas se recobró al momento. Erguido, hierático como acostumbraba, nos miramos sin decir palabra. El capitán se había destocado del chapeo y envainado la daga, y su expresión era la de quien acaba de ser fulminado por un rayo.

Iba a envainar mi acero cuando oí una musiquilla silbada entre las sombras. Sonaba *tirurí-ta-ta*. Y reconocerla me heló la sangre en las venas.

—Que me place —dijo Gualterio Malatesta.

Se había materializado en la noche como un fragmento de ésta: negro de la cabeza a los pies, las pupilas duras y relucientes como piedras de azabache. Observé que su rostro había cambiado desde la aventura del *Niklaasbergen*: ahora tenía una fea cicatriz sobre el párpado derecho, que le desviaba un poco la mirada de ese ojo.

—Tres palomos —añadió, satisfecho— en la misma red.

Oí un siseo metálico a mi lado. El capitán Alatraste había sacado la toledana y apuntaba con ella al pecho del italiano. Alcé también la mía, desconcertado. Malatesta había dicho tres palomos, y no dos. Felipe IV se había vuelto a mirarlo; pese a su aire augusto e imperturbable, comprendí que el recién llegado no estaba de su parte.

—Es el rey —dijo despacio mi amo.

—Claro que es el rey —respondió el italiano con mucha flema—. Y no son horas para que los monarcas anden olisqueando hembras.

En honor suyo, debo decir que nuestro joven monarca encaraba la situación con adecuada majestad. Conservaba la espada en la vaina y dominaba sus sentimientos, fueran los que fuesen, mirándonos como desde lejos, inexpresivo, impasible, erguido el rostro por encima de la tierra y el peligro, hasta el punto de que parecía que nada tuviese relación con su persona. Me pregunté dónde infiernos estaba el conde de Guadalmedina, su camarada de correrías, cuya obligación era precisamente asistirlo en tales lances; pero, en vez de aquél, de la oscuridad empezaron a surgir otras sombras. Se acercaban por el claustro, rodeándonos, y a la luz del candil advertí que eran poco elegantes, más a tono con la catadura de Gualterio Malatesta. Conté hasta seis hombres embozados en capas o con antifaces de tafetán: sombreros de faldas calados hasta las cejas, andar zambo, mucho ruido de hierro encima. Bravos a sueldo, sin la menor duda. Un sueldo desorbitado, supuse, para atreverse a aquello. En las manos de cada uno relucía el acero.

Entonces el capitán Alatraste pareció comprender, al fin. Dio unos pasos hacia el rey, quien al verlo acercarse perdió una gota de su sangre fría, tocando la empuñadura de la espada. Sin prestar atención al regio ademán, mi amo se volvió hacia Malatesta y los otros

describiendo un semicírculo con la hoja de la toledana, como si marcara en el aire una línea infranqueable.

—Iñigo —dijo.

Fui a su lado e hice lo mismo con la de Juanes. Por un instante mis ojos se encontraron con los del monarca de ambos mundos, y creí vislumbrar en ellos un destello de agradecimiento. Aunque podría al menos, decidí, abrir la boca y darnos las gracias. Ahora los siete hombres estrechaban el círculo a nuestro alrededor. Hasta aquí hemos llegado el capitán y yo, me dije. Y si se remata lo que temo, nuestro señor don Felipe también.

—Veamos lo que aprendió el rapaz —dijo Malatesta, socarrón.

Saqué también la daga con la zurda y me puse en guardia. El rostro picado de viruela del italiano era una máscara sarcástica, y la cicatriz del ojo acentuaba su aire siniestro.

—Viejas cuentas —deslizó su voz chirriante en una risa ronca.

Entonces nos cayeron encima. Todos. Y al mismo tiempo se disparó mi coraje. Desesperado, muy cierto. Mas no como corderos, pardiez. Así que afirmé los pies, luchando por mi orgullo y por mi vida. Los años y el siglo ya me habían adiestrado para eso, y terminar allí valía tanto como hacerlo en cualquier otra parte: a mi edad, sólo un poco antes de la cuenta. Cuestión de suerte. Y espero, pensé fugazmente mientras me batía, que también el gran Felipe desnude la blanca y eche un rey de espadas a la mesa, pues a fin de cuentas se trata de su ilustre pellejo. Pero no tuve tiempo de comprobarlo. Llovían cuchilladas como agua espesa sobre mi espada, mi daga y mi colete de cuero, y por el raballo del ojo entreví al capitán Alatriste aguantando el mismo diluvio sin ceder un palmo. Uno de sus adversarios saltó hacia atrás entre blasfemias, herreruza por tierra y manos en las tripas. Al tiempo, una hoja de acero se incrustó en mi colete, sin cuya protección me habría cercenado un hombro. Retrocedí alarmado, esquivé como pude filos y puntas que me buscaban el cuerpo, y di un traspiés al hacerlo. Cayendo de espaldas fui a golpearme en la nuca con el capitel derribado de una columna, y la noche penetró de pronto en mi cabeza.

La voz que pronunciaba mi nombre iba adentrándose poco a poco en mi conciencia. La desoí, perezoso. Se estaba bien allí, en aquel sopor apacible desprovisto de recuerdos y de futuro. De pronto la voz sonó mucho más cerca, casi en mi oído, y el dolor se hizo presente como un latigazo desde la nuca hasta la rabadilla.

—Iñigo —repitió el capitán Alatriste.

Me incorporé sobresaltado, recordando los aceros relucientes, la caída hacia atrás, la oscuridad adueñándose de todo. Gemí al hacerlo —sentía la nuca agarrotada y mi cráneo a punto de estallar—, y cuando abrí los ojos vi a pocas pulgadas el rostro de mi amo. Parecía muy cansado. La luz del candil le iluminaba el mostacho y la nariz aguileña, dejando reflejos de inquietud en sus ojos glaucos.

—¿Puedes moverte?

Asentí con un movimiento de cabeza que intensificó mi dolor, y el capitán me sostuvo al incorporarme. Sus manos dejaron huellas sangrantes en mi colete. Empecé a palparme el torso, alarmado, sin dar con herida alguna. Entonces descubrí el tajo en su muslo derecho.

—No toda la sangre es mía —dijo.

Indicaba con un gesto el cuerpo inerte del rey, caído al pie de una columna. Su jubón amarillo estaba pasado de cuchilladas y el candil hacía brillar un reguero oscuro que se extendía por el enlosado del claustro.

—¿Está...? —empecé a preguntar y me detuve, incapaz de pronunciar la palabra aterradora.

—Está.

Me hallaba demasiado aturdido para abarcar la magnitud de la tragedia. Miré a un lado y a otro sin encontrar a nadie. Ni siquiera el hombre al que vi recibir una estocada del capitán estaba allí. Se había esfumado en la noche, con Gualterio Malatesta y los otros.

—Tenemos que irnos —apremió mi amo.

Recogí del suelo mi espada y mi vizcaína. El rey estaba boca arriba, los ojos abiertos entre el pelo rubio ensangrentado que se le apelmazaba en la cara. Ya no tenía aspecto digno, pensé. Ningún muerto lo tiene.

—Peleó bien —resumió el capitán, objetivo.

Me empujaba hacia el jardín y las sombras. Aun titubeé, desconcertado.

—¿Y nosotros?... ¿Por qué seguimos vivos?

Mi amo miró alrededor. Observé que conservaba su espada en la mano.

—Nos necesitan. A quien querían muerto era a él... Tú y yo sólo somos cabezas de turco.

Se detuvo un instante, reflexionando.

—Pudieron matarnos —añadió—, pero no venían a eso —miró el cadáver, sombrío... Huyeron en cuanto lo despacharon.

—¿Qué hacía aquí Malatesta?

—Que me pringuen como a un negro si lo sé.

Al otro lado de la casa, en la calle, oímos voces. Crispóse la mano apoyada en mi hombro, clavándome sus dedos de acero.

—Ya están ahí —dijo el capitán.

—¿Vuelven?

—No. Ésos serán otros... Y ahora es peor.

Seguía apartándome de la luz, fuera del claustro.

—Corre, Iñigo.

Me detuve, confuso. Estábamos casi en las sombras del jardín y no podía verla el rostro.

—Corre y no te detengas. Y pase lo que pase, tú no estuviste aquí esta noche. ¿Comprendes?... No estuviste nunca.

Me resistí un momento. Y qué pasa con vuestra merced, capitán, iba a preguntar. Pero no hubo tiempo. Al ver que no lo obedecía en el acto me dio un empujón fuerte, enviándome cuatro o cinco pasos más allá, entre la maleza.

—Vete —ordenó de nuevo— de una puta vez.

La embocadura del pasillo que daba al claustro se iluminaba con hachas encendidas, aproximándose ruido de armas y rumor de gente. En nombre del rey, dijo una voz lejana. Ténganse a la justicia. Y aquel grito, en nombre de un rey muerto; ene erizó los cabellos.

—¡Corre!

Y por mi vida que lo hice. No es lo mismo correr por gusto que huir por necesidad. Si se hubiera abierto ante mí un precipicio, juro a Dios que habría saltado por él sin vacilar. Ciego de pánico, corrí entre la maleza, los árboles y los sembrados, saltando bardas y tapias, chapoteando en el arroyo y subiendo luego hasta la ciudad. Y sólo cuando estuve a salvo, lejos de aquel claustro maldito, y me dejé caer por tierra con el corazón dándome saltos hasta la boca, los pulmones hechos una brasa y miles de alfileres clavándose en mi nuca y mis sienas, descompuesto de horror y de miedo, pensé en la suerte que habría corrido el capitán Alatraste.

Anduvo cojeando hasta la tapia, en busca del mejor camino a seguir. Reñir con tantos a la vez lo había fatigado, la cuchillada del muslo no era profunda pero seguía sangrando, y la calidad del cadáver que yacía en el claustro le destemplaba ánimo y bríos a cualquiera. Quizá, pese a la herida, el miedo le habría puesto alas en los pies, de haberlo sentido. Pero no había tal, sino una lúgubre desolación ante la jugarreta que le deparaba el destino. Una melancolía negra. Desesperada. La certeza de su perra mala suerte.

Las luces ya iluminaban el claustro. Las entrevió por los árboles y la maleza. Voces, sombras de un lado para otro. Mañana crujirán toda la Europa y el mundo, pensó. Cuando esto se sepa.

Tomó impulso para encaramarse a la tapia, alta de cinco codos, y lo intentó dos veces, sin lograrlo. Sangre de Cristo. La pierna le dolía demasiado.

—¡Aquí está! —gritó una voz a su espalda.

Se volvió despacio, resignado, la toledana firme en la mano. Cuatro hombres se habían acercado por el jardín y lo alumbraban. Reconoció sin dificultad al conde de Guadalmedina, que traía un brazo en cabestrillo. Los otros eran Martín Saldaña y un par de alguaciles con hachas encendidas. A lo lejos vio más gurullada moviéndose por el claustro.

—Date preso en nombre del rey.

La fórmula hizo torcer el mostacho a Alatraste. En nombre de qué rey, estuvo a punto de preguntar. Miró a Guadalmedina, que tenía la espada envainada, una mano en la cadera, y lo observaba con un desdén que nunca antes le había conocido. La férula del brazo era, sin duda, recuerdo del encuentro en la calle de los Peligros. Otra cuenta pendiente.

—Tengo poco que ver con esto —dijo Alatraste.

Nadie pareció darle el menor crédito. Martín Saldaña estaba muy serio. Tenía la vara de teniente de alguaciles metida en el cinto, la espada en una mano y un pistolete en la otra.

—Date —conminó de nuevo— o te mato.

El capitán reflexionó un instante. Conocía la suerte que esperaba a los regicidas: torturados hasta la muerte y luego hechos cuartos. No era un futuro agradable.

—Mejor me matas.

Miraba el rostro barbudo del que hasta esa noche había sido su amigo —estaba perdiendo amigos con demasiada rapidez— y sorprendió en éste un apunte de duda. Ambos se conocían lo suficiente para saber que a Alatraste no le interesaba salir de allí preso y vivo. El teniente de alguaciles cambió un vistazo rápido con Guadalmedina, y éste movió levemente la cabeza. Lo necesitamos entero, decía el gesto. Para intentar que suelte la lengua.

—Desármenlo —ordenó Álvaro de la Marca.

Los dos alguaciles de las hachas adelantaron un paso, y Alatraste alzó la espada. El milanés de Martín Saldaña le apuntaba directamente al estómago. Puedo forzarlo, reflexionó. Derecho sobre el cañón de la pistola y un poco de suerte nada más. En la tripa duele más que en la cabeza, y tardas en acabar. Pero no hay otra. Y tal vez Martín no me niegue eso.

Saldaña mismo parecía meditar a fondo el asunto.

—Diego.. —dijo de pronto.

Alatraste lo observó, sorprendido. Sonaba a exordio, y su antiguo camarada de Flandes no era hombre de verbos. Menos todavía en situaciones como aquella.

—No merece la pena —añadió Saldaña tras una pausa.

—¿Qué es lo que no merece la pena?

Saldaña seguía pensándolo. Alzó la mano de la espada para rascarse la barba con los



gavilanes de la guarnición.

—Que te hagas –dijo al fin– escabechar como un bobo.

—Las explicaciones, más tarde –interrumpió brusco Guadalmedina.

Apoyó Alatraste la espalda en la tapia, confuso. Algo no encajaba. Sin dejar de apuntarle con su milanés, fruncido el ceño, el teniente de alguaciles miraba ahora a Guadalmedina.

—Más tarde ya no habrá remedio –respondió hoscamente.

Álvaro de la Marca inclinó la cabeza, reflexivo. Después los estuvo estudiando con fijeza al uno y al otro. Al fin pareció convencido. Sus ojos se detuvieron en el pistolete de Saldaña, y suspiró.

—No era el rey -dijo.

Por la ventanilla izquierda del carruaje, en los altos que dominaban los huertos y el río Manzanares, se distinguía la mole oscura del Alcázar Real. Rodaban camino del puente del Parque, alumbrados por media docena de alguaciles y corchetes con hachas y a pie. Había otros dos guardias en el pescante, uno de los cuales portaba un arcabuz con la mecha encendida. Guadalmedina y Martín Saldaña iban dentro del coche, sentados frente al capitán Alatraste. Y éste apenas daba crédito a la historia que acababan de contarle.

—... Hace ocho meses que lo utilizábamos como doble de Su Majestad, por el asombroso parecido –concluyó Guadalmedina–. Parejos en edad, los mismos ojos azules, una boca semejante... Se llamaba Ginés Garciamillán y era un comediante poco conocido, de Puerto Lumbreras. Sustituyó algunos días al rey durante la reciente jornada de Aragón... Cuando nos llegaron noticias de que algo se preparaba esta noche, decidimos que interpretara su papel una vez más. Sabía los riesgos, y aun así se prestó al juego... Era un súbdito leal y valiente.

Alatraste hizo una mueca.

—Buen pago ha tenido su lealtad.

Álvaro de la Marca lo miró en silencio, el aire irritado. Las antorchas iluminaban desde afuera su perfil aristocrático: perilla, bigote rizado. Otro mundo y otra casta. Se sostenía el brazo en cabestrillo con la mano sana para aliviarlo del traqueteo del carruaje.

—Fue una decisión personal, sin duda –el tono era ligero: comparado con un monarca, el difunto Ginés Garciamillán no le importaba gran cosa–... Sus instrucciones eran no aparecer hasta que pudiéramos protegerlo; pero llevó su papel al extremo y no esperó –aquí movió la cabeza con reprobación–. Imagino que hacer de rey en un momento como ése fue la culminación de su carrera.

—Lo hizo bien –dijo el capitán–. No perdió la dignidad y se batió sin abrir la boca... Dudo que un rey hubiese hecho lo mismo.

Martín Saldaña escuchaba impasible, su pistolete amartillado en el regazo, sin perder de vista al prisionero. Guadalmedina se había quitado un guante y lo usaba para sacudir con suaves golpecitos el polvo de sus gregüescos de paño fino.

—No creo tu historia, Alatraste –dijo el de la Marca–. Al menos no del todo. Es cierto que, como dijiste, había huellas de lucha y que los asesinos eran varios... Pero ¿quién me asegura que no estabas de acuerdo con ellos?

—Mi palabra.

—¿Y qué más?

—Vuestra excelencia me conoce de sobra.

Guadalmedina se rió a medias, el guante en alto.

—Vaya si te conozco. En los últimos tiempos no eres de fiar.

Alatraste miró fijamente al conde. Hasta esa noche, nadie que le hubiera dicho mentís había vivido lo suficiente para repetirlo. Después se volvió a Saldaña.

—¿Tampoco tú crees en mi palabra?

El teniente de alguaciles mantuvo la boca cerrada. Saltaba a la vista que lo suyo no era creer o descreer nada. Hacía su trabajo. El actor estaba muerto, el rey vivo, y sus órdenes eran custodiar al preso. Lo que tuviera en la cabeza se lo guardaba. Las discusiones las dejaba a inquisidores, jueces y teólogos.

—Todo se aclarará a su debido tiempo —opinó Guadalmedina, ajustándose el guante—. En cualquier caso, recibiste instrucciones para mantenerte lejos.

El capitán miró por la ventanilla. Habían pasado el puente del Parque y el carruaje ascendía bajo la muralla, por el camino de tierra que llevaba a la parte sur del alcázar.

—¿Adónde me llevan?

—A Caballerizas —dijo Guadalmedina.

Alatraste estudió la mirada inexpresiva de Martín Saldaña, viendo que ahora empuñaba el pistolete con más firmeza, apuntándole al pecho. Este caimán me conoce bien, pensó. Sabe que es un error darme esa información. Caballerizas, más conocida por el Desolladero, era la pequeña cárcel, aneja a las cuadras del alcázar, donde se torturaba a los reos de lesa majestad. Un lugar siniestro del que estaban excluidas la justicia y la esperanza. Ni jueces ni abogados: sólo verdugos, tratos de cuerda y un escribano tomando nota de cada grito. Un par de interrogatorios dejaban a un hombre tullido para siempre.

—De modo que hasta aquí llegué.

—Sí —convino Guadalmedina—. Hasta aquí llegaste. Ahora tendrás tiempo de explicarlo todo.

De perdidos, al río, pensó Alatraste. Al pie de la letra. Y en ésas, aprovechando un movimiento brusco del carruaje, se abalanzó sobre Saldaña apenas hubo desviado éste una pulgada el cañón del pistolete. Lo hizo golpeando en el mismo impulso la cara del teniente de alguaciles con un recio cabezazo, y sintió crujir bajo su frente la nariz del otro. Cloc, hizo. La sangre brotó de inmediato, roja y espesa, chorreándole a Saldaña por la barba y el pecho. Para entonces Alatraste ya le había arrebatado el milanés, poniéndoselo a Guadalmedina ante los ojos.

—Vuestra espada —exigió.

Mientras el desconcertado Guadalmedina abría la boca para pedir auxilio a los de afuera, Alatraste le pegó con el arma en la cara antes de quitarle la espada. Matarlos no arreglaba un carajo, decidió sobre la marcha. De un vistazo comprobó que Saldaña apenas rebullía, como un buey al que acabaran de abatir de un mazazo en la testuz. Golpeó otra vez sin piedad a Álvaro de la Marca, que con su brazo en cabestrillo no pudo defenderse y cayó entre los asientos. Al Desolladero, pensó el capitán, llevaréis a la puta que os parió. Entre la sangre que lo salpicaba todo, Saldaña lo miraba con ojos turbios.

—Ya nos veremos, Martín —se despidió Alatraste.

Le quitó el segundo pistolete y se lo metió en el cinto. Después abrió la puerta de una patada y saltó del coche, un milanés en la diestra y la espada en la zurda. Mientras la pierna herida no me traicione, pensó. Ya había allí un corchete prevenido, gritándole a sus compañeros que el prisionero intentaba escapar. Tenía un hacha encendida e intentaba desenvainar su herreruza; de manera que, sin pensarlo, Alatraste le pegó un tiro a boca de jarro, en el pecho, cuyo fagonazo iluminó el rostro aterrado mientras lo tiraba hacia atrás entre las sombras. Su instinto militar olió la mecha encendida del arcabuz del pescante: no

había tiempo que perder. Arrojó el milanés descargado y sacó el otro, echando atrás el perrillo mientras se revolvía para dispararle al de arriba; pero en ese momento vino otro corchete a la carrera, la espada por delante. Había que elegir. Apuntó y detuvo en seco al de abajo con el pistoletazo. Aún se desplomaba el corchete, apoyado en una rueda del coche, cuando Alatraste corrió al borde del camino y se arrojó rodando por la cuesta que llevaba al arroyo y al río. Dos hombres le fueron a los alcances y sobre el carruaje resplandeció un arcabuzazo: la bala zurreó cerca, perdiéndose en la oscuridad. Se levantó entre la maleza, rasguñadas cara y manos, dispuesto a correr de nuevo pese a la pierna dolorida, pero ya tenía a los monteros encima. Dos bultos negros jadeaban pisoteando y tropezando entre los arbustos mientras gritaban: alto, alto, date en nombre del rey. Dos a la zaga y tan cerca eran demasiados, de modo que se volvió haciéndoles frente, la espada lista para herir; y cuando el primero llegó a su altura, en lugar de aguardar le fue encima de punta, sin más trámite, atravesándole el pecho. Cayó el guro con un alarido y se detuvo el otro detrás, prudente. Varias hachas encendidas bajaban desde el camino. Alatraste echó a correr otra vez en la oscuridad, buscando el resguardo de los árboles, siempre cuesta abajo, guiándose por el rumor del río cercano. Al fin se metió entre cañizales y luego sintió fango bajo las botas. Por suerte el agua bajaba crecida de las últimas lluvias. Puso la espada en el cinto, avanzó unos pasos, y sumergiéndose hasta los hombros se dejó llevar por la corriente.

Nadó río abajo hasta las isletas y de ellas volvió a la orilla. Anduvo así entre los cañizales, chapoteando en el barro, hasta cerca del puente de la segoviana. Descansó un rato para recobrar el aliento, se ató un pañizuelo en torno a la herida del muslo, y luego, tiritando de frío bajo las ropas empapadas –había perdido la capa y el sombrero en la refriega–, dio un rodeo bajo los arcos de piedra para eludir la garita de la puerta de Segovia. Dé allí subió despacio hacia las vistillas de San Francisco, donde un arroyuelo usado como desaguadero permitía entrar en la ciudad sin ser visto. A esas horas, concluyó, debía de haber una nube de alguaciles buscándolo. La taberna del Turco quedaba excluida, lo mismo que el garito de Juan Vicuña. Tampoco acogerse en una iglesia iba a servir de nada, ni siquiera con los jesuitas del dómine Pérez. Con un rey de por medio, la jurisdicción de San Pedro no contaba frente a la de Malco. Su única posibilidad eran los barrios bajos, donde la justicia real no se atrevía a internarse a tales horas, y de día sólo entraba en cuadrilla. Así que, buscando el reparo de las sombras, fue con suma cautela hasta la plaza de la Cebada, y de allí, por las vías más angostas y apresurándose al cruzar las calles de Embajadores y del Mesón de Paredes, anduvo hacia la fuente de Lavapiés, donde estaban las posadas, tabernas y mancebías de peor fama de Madrid. Necesitaba un sitio para esconderse y reflexionar –la intervención de Gualterio Malatesta en el episodio de las Minillas lo desconcertaba en extremo–, mas no llevaba encima una mísera dobla para costearse un resguardo. Pasó revista a los amigos que tenía en aquel paraje, determinando los leales que no lo venderían por treinta monedas cuando al día siguiente pregonaran su cabeza. Con tan negros pensamientos volvió atrás, a la calle de la Comadre, a la puerta de cuyas manflas, alumbradas por hachas y farolillos puestos en los zaguanes, media docena de cantoneras hacía su triste oficio. Y tal vez, se dijo de pronto, deteniéndose, Dios exista y no se dedique sólo a mirar de lejos cómo el azar o el diablo juegan con los hombres a la pelota. Porque delante de una taberna, abofeteando chulesco a una de las daifas de medio manto, muy puesto en rufián y con la montera arriscada sobre su espesa y única ceja, estaba Bartolo Cagafuego.

## VII. LA POSADA DEL AGUILUCHO

Don Francisco de Quevedo tiró capa y chapeo sobre un taburete, contrariado, y se desabrochó la golilla. Las noticias eran pésimas.

—Nada que hacer -dijo mientras se desceñía la espada-. Guadalmedina no quiere oír hablar del asunto.

Miré por la ventana. Sobre los tejados de la calle del Niño, las nubes grises, amenazadoras, que se agolpaban sobre el cielo de Madrid lo hacían todo más siniestro. Don Francisco había pasado dos horas en el palacio de Guadalmedina, intentando convencer al confidente del rey nuestro señor de la inocencia del capitán Alatraste, sin resultado. Porque aun en caso de que fuese víctima de una conspiración, había dicho Álvaro de la Marca, su fuga de la justicia lo complicaba todo. Además, despachó a dos corchetes y dejó quebrantado a un tercero, sin contar la nariz rota del teniente de alguaciles. Y sus propios golpes.

—Resumiendo -concluyó don Francisco-, jura que ha de verlo ahorcado.

—Eran amigos -protesté.

—A esto no hay amistad que resista. Item más que la historia es peregrina y truculenta.

—Espero que al menos vuestra merced la crea entera.

El poeta se sentó en un sillón de nogal -el que solía ocupar el difunto duque de Osuna cuando frecuentaba su casa- situado junto a la mesa cubierta por papeles, plumas de ave, salvadera y tintero de cobre. Había también una cajita de tabaco molido y varios libros, entre ellos un Séneca y un Plutarco.

—Si yo no creyera al capitán -dijo- no habría ido a ver a Guadalmedina.

Extendió las piernas cruzadas sobre la vieja alfombra de nudo español que cubría el suelo. Miraba distraído un papel a medio escribir con su letra clara y nerviosa. Yo había leído antes en él las cuatro primeras líneas de un soneto:

*El que me niega lo que no merezco  
me da advertencia, no me quita nada;  
que en ambición sin méritos premiada,  
más me desborro yo que me enriquezco.*

Fui hasta el mueble donde don Francisco guardaba el vino -un aparador con vidrios verdes de posta, bajo una pintura que representaba el incendio de Troya- y serví de una garrafa un vaso bien lleno. El poeta había cogido la cajita de tabaco y pellizcaba un poco, llevándose a la nariz. No era gran fumador, pero sí aficionado a aquel polvo de las hojas que venían de las Indias.

—Conozco a tu amo hace tiempo, chico -prosiguió-. Por muy testarudo que sea, y por mucho que le guste llevar las cosas al extremo, sé que nunca levantaría la mano contra su rey.

—El conde también lo conoce -me lamenté, acercándole el vaso.

Asintió, tras estornudar dos veces.

—Cierto. Y apuesto mis espuelas de oro a que sabe de sobra que el capitán no tuvo nada que ver. Pero son demasiadas afrentas para el orgullo de un noble: el descaro de Alatraste, el pinchazo en la calle de los Peligros, la mazगतada de la otra noche... Guadalmedina tiene en su linda cara las señales que le hizo tu amo antes de largarse.

Cuando eres grande de España, esas cosas se llevan mal. No pesa tanto el golpe como el no poderlo gritar.

Bebió un poco y se me quedó mirando mientras jugueteaba con la cajita de tabaco.

—Menos mal que el capitán te sacó a tiempo de allí.

Estuvo un rato observándome, pensativo. Al fin dejó la caja y le dio un largo tiento al vino.

—¿Cómo se te ocurrió irle detrás?

Respondí con evasivas que daban a entender curiosidad de mozo, gusto por la intriga, etcétera. Sabía ya que quien desea justificarse habla más de la cuenta, y que un exceso de argumentos es peor que un prudente silencio. De un lado me avergonzaba reconocer que me había dejado llevar a una trampa por la venenosa mujercita de la que, pese a todo, seguía prendado hasta los tuétanos. De otro, consideraba a Angélica de Alquézar negocio de mi exclusiva competencia. Quería ser yo quien resolviese aquello; pero mientras mi amo siguiera oculto y a salvo —habíamos recibido un discreto mensaje suyo por conducto seguro— las explicaciones podían esperar. Lo que ahora importaba era mantenerlo lejos del verdugo.

—Voy a contarle lo que hay —dije.

Me abotoné el jubón y requerí mi sombrero. Como la lluvia empezaba a salpicar los vidrios de la ventana, me puse también la capa de estameña. Don Francisco se fijó en cómo metía la daga entre la ropa.

—Ten cuidado, no vaya a seguirte alguien.

Cabía dentro de lo posible. Los alguaciles me habían interrogado en la taberna del Turco hasta que los convencí, mintiendo con redomado descaro, de que no sabía nada de lo ocurrido en las Minillas. Tampoco la Lebrijana les fue de utilidad, pese a que la amenazaron y maltrataron bastante, aunque sólo de palabra. Pero nadie —y yo menos que ninguno— llegó a contarle a la tabernera la verdadera causa de que el capitán anduviese huido. Ésta se atribuía a una reyerta con muertes, sin más detalles.

—Descuide vuestra merced. La lluvia me ayudará a pasar inadvertido.

En realidad me preocupaba menos la Justicia que quienes habían organizado la conspiración, pues los imaginé al acecho. Iba a despedirme del poeta cuando éste alzó un dedo cual si acabara de caer en algo. Levantándose, fue hasta un escritorio junto a la ventana y sacó de él un cofrecito forrado de baqueta.

—Dile al capitán que haré lo posible... Lástima que el pobre don Andrés Pacheco acabe de morir, que Medinaceli ande desterrado y que el almirante de Castilla haya caído en desgracia. Los tres me tenían afición, y nos vendrían de perlas como mediadores.

Me entristeció oír aquello. Su ilustrísima monseñor Pacheco había sido la máxima autoridad del Santo Oficio en España; incluso por encima del Tribunal de la Inquisición que presidía un viejo enemigo nuestro: el temible dominico fray Emilio Bocanegra. En cuanto a don Antonio de la Cerda, duque de Medinaceli —con el tiempo se convertiría en amigo íntimo del poeta y protector mío—, su sangre moza e impulsiva lo tenía confinado lejos de la Corte, tras haber pretendido sacar de la cárcel, por las bravas, a un criado suyo. Y en lo que se refiere al almirante de Castilla, la caída era del dominio público: su altivez había causado malestar en Cataluña durante la reciente jornada de Aragón, al discutir con el duque de Cardona por un asiento junto al rey cuando éste fue recibido en Barcelona. De donde, por cierto, regresó Su Majestad sin sacar a los catalanes una dobla; pues al pedirles subsidios para Flandes respondieron éstos que al rey la vida y el honor se daban sin rechistar, siempre y cuando no costaran dinero; pero que la hacienda es patrimonio del alma, y el alma sólo es

de Dios. La desgracia del almirante de Castilla se había visto agravada en el lavatorio público del jueves Santo, cuando Felipe IV pidió toalla para secarse al marqués de Liche en vez de al almirante, que gozaba de ese privilegio. Humillado, el almirante protestó ante el rey, pidiéndole permiso para retirarse. Soy el primer caballero del reino, dijo, olvidando que estaba ante el primer monarca del mundo. Y el rey, enojado, le concedió permiso con creces. Lejos de la Corte, y hasta nueva orden.

—¿Nos queda alguien?

Don Francisco asumió aquel nos con naturalidad.

—No de la categoría de un inquisidor general, de un grande de España o de un amigo del rey... Pero he pedido audiencia al conde-duque. Al menos ése no se deja llevar por las apariencias. Es listo y pragmático.

Nos miramos sin demasiada esperanza. Después el poeta abrió el cofrecito y extrajo una bolsa. Contó de ella ocho doblones de a cuatro —observé que era más o menos la mitad de lo que había— y me los entregó.

—Puede necesitar -dijo— al poderoso caballero.

Qué afortunado es mi amo, pensé. Cuando un hombre como don Francisco de Quevedo le profesa tamaña lealtad. Que en nuestra ruina España, incluso entre amigos entrañables, siempre fue más corriente aflojar verbos y estocadas que otra cosa. Y aquellos quinientos veintiocho reales venían acuñados en lindo oro rubio: unos con la cruz de la verdadera religión, otros con el perfil de Su Católica Majestad y otros con el de su difunto padre, el tercer Felipe. Adecuadísimos todos —y lo hubieran sido hasta con la media luna del turco— para cegar un poco más a la tuerta justicia y proveer amparos.

—Dile que siento no llegar al doble —añadió el poeta, devolviendo el cofrecito a su sitio—, porque sigo comido de deudas, el censo sobre esta casa, de la que en mala hora eché al puto y reputo cordobés, me chupa cuarenta ducados y la sangre, y hasta el papel donde escribo lo acaban de gravar con nuevos impuestos... En fin. Prevénlo de que esté avizor y no asome a la calle. Madrid se ha vuelto para él una ciudad muy peligrosa... Aunque puede consolarse, si lo prefiere, meditando que se ve en tales fatigas por su gusto:

*Por ser de avaro y necio  
querer comprar y no pagar el precio.*

Aquello me hizo sonreír a medias. Madrid era peligroso para el capitán y para otros, pensé con altivez. Todo era cuestión de quién madrugara al empuñar un acero, y no era lo mismo acosar a una liebre que a un lobo. Al cabo vi que también sonreía don Francisco.

—Aunque el mayor peligro quizá sea el propio Alariste —ironizó, como si adivinara mi pensamiento—. ¿No te parece?... Guadalmedina y Saldaña apaleados, un par de corchetes muertos, otro a medio camino, y todo eso en menos de un padrenuestro —cogió el vaso de vino y miró hacia la lluvia que caía afuera—. Pardiez, que es matar.

Luego se quedó contemplando el vaso, absorto. Al fin lo alzó hacia la ventana a modo de brindis, haciendo la razón como si el capitán se encontrara allí.

—Más que una espada —concluyó—, lo que tu amo lleva en la mano es una guadaña.

Llovía Dios sobre cada palmo de tierra suyo cuando bajé hasta Lavapiés por la calle de la Compañía, rebozado en la estameña y chorreante el sombrero, buscando amparo de soportales y aleros de las casas para protegerme del agua que caía como si los holandeses hubiesen roto sus diques sobre mi cabeza. Y aunque iba calado y el barro me llegaba a

media polaina, anduve sin prisas entre la cortina de lluvia y las salpicaduras que a modo de mosquetería acribillaban los charcos, dando alguna que otra vuelta y revuelta para comprobar que nadie me pisaba la huella. Llegué a la calle de la Comadre saltando por encima de los arroyuelos de agua y fango, y tras un último vistazo prudente entré en la posada, sacudiéndome como un perro mojado.

Alía a vino rancio, aserrín húmedo y a suciedad. El del Aguilucho era uno de los antros más bellacos de Madrid. Su dueño, de quien el sitio tomaba nombre, había sido bregado farabuste y águila de muchas flores –decían que comadreja y picador notorio manejando la ganzúa– hasta que a la vejez, quebrantado por una vida de trabajos, abrió aquella posada convirtiéndola en almoneda de objetos robados. Allí entraba en parte con los ladrones, y de tal le venía el apodo. El sitio era una viejísima corrala, grande, oscura, cercada de ruines casas y con varias puertas, qué tenía una veintena de cuartos sórdidos amén de un comedor tiznado de humo y grasa donde se podía tragar o beber por poco dinero; muy a propósito para esquifada de ladrones y rufianes, que le tenían afición por lo discreto. La carda entraba y salía a todas horas buscándose el ordinario, embozada y sonando a hierro o cargada con fardos sospechosos. Rufos, bailes, cherinolos, ministros del dos de bastos, bachilleras del abrocho y, en fin, toda suerte de balhurria de la que jura no ser honrada en ninguna de las dos Castillas, andaba por allí tan a sus anchas como grajo por trugal o escribano por pleito. Y la justicia se tenía lejos, en parte por no remover problemas y en parte porque el Aguilucho, que era arredomado y entendía su negocio, resultaba liberal alargándose lo oportuno para engrasar palmas de alguaciles y favorecerse del Sepan Cuantos; otrosí que, al tener el dueño un yerno sirviendo en casa del marqués del Carpio, buscar refugio en aquella posada era acogerse a sagrado. En cuanto a los transeúntes, además de crema de la germanía, todos eran mudos, sordos y ciegos. Allí no había nombres ni apellidos; nadie miraba a nadie, y hasta decir buenas tardes podía ser motivo para que te desjarretaran la calle del trago.

Bartolo Cagafuego estaba sentado junto al hogar, de la cocina, donde los carbones que ardían bajo los pucheros ahumaban media estancia. El jaque se echaba abajo las pesadumbres con tientos a un jarro en compañía de un cofrade, charlando a media voz mientras observaba por el rabillo del ojo a su hembra; que en otra mesa, medio manto sobre los hombros, ajustaba servicios con un cliente. Cagafuego no dio muestras de conocerme cuando fui hasta la chimenea, arrojando mis ropas mojadas que se pusieron a humear vapor. Siguió tal cual su conversación, y así alcancé a entender que hablaban de un encuentro reciente con cierto alguacil, resuelto no con sangre ni grilletes, sino con dinero.

—De manera –contaba Cagafuego, con su acento potreño- que me llevo al mayoral de los bellerifes, calo la cerra, saco dos granos como dos soles y le digo al grullo, guiñándole un fanal: «Por estos veintidós mandamientos, juro a vuesaerced que el que buscan no soy yo».

—¿Y quién era el corchapín? –quiso saber el otro jaque.

—Berruguete, el tuerto.

—Fino hideputa, a fe mía. Y acomodaticio.

—No hace falta que lo jure uced, señor compadre... Engibó el rescate, y no digo más.

—¿Y el palomo?

—Se arrancaba el bosque, bufando que era mi marca quien le había murciado la cigarra, y que yo la encubría... Pero ahí Berruguete cumplió como un godo y se hizo sordo. Tal día hará un año.

Siguieron así un rato de amena y poco gongorina parla. Y al trecho, Bartolo Cagafuego

me miró a medio mogate, dejó el jarro, se puso en pie como quien no quiere la cosa, desperezó el navío con desmesurado braceo y abriendo mucho la boca –diezmada de media docena de dientes–, y anduvo columpiándose hasta la puerta, el aire terrible de costumbre, tintineándole el hierro, baldeo en gavia, colete de ante y calzón con las boquillas sin abrochar, tan amontonado de valentía que no había más que pedir. Fui a reunirme con él la galería de la corrala, donde nuestras voces quedaban veladas por el estrépito de la lluvia.

—¿Nadie a las calcas? –preguntó el bravote –Nadie.

—¿Certus?

—Como que hay Dios.

Asintió aprobador, rascándose las espesas cejas que se le juntaban en el sobrescrito lleno de marcas y cicatrices. Luego, sin más palabras, echó a andar por la galería, y lo seguí. No nos veíamos desde el episodio del oro de las Indias; cuando, tras verse libre de remar en galeras merced al asalto al Niklaasbergen y al indulto conseguido por el capitán Alatraste, Cagafuego se había embolsado una linda suma que le permitió volver a Madrid para seguir desempeñando el oficio de jaque en su variedad de rufo, o rufián, por otro nombre abrigo de putas. Pese a su corpachón y a los aires feroces, y aunque en la barra de Sanlúcar, a decir verdad, se había portado con mucha decencia degollando gente, lo suyo no era jugarse la gorja. Los fieros con que se adornaba eran más de pastel que otra cosa, propios para atemorizar a incautos y vivir de las corsarias, y no para vérselas de verdad con gente de hígados. Aun siendo tan bruto que de las cinco vocales apenas dos o tres habrían llegado a su noticia –o tal vez por eso mismo– ahora tenía una marca al punto en la calle de la Comadre, y andaba asociado con el dueño de una manflota donde se encargaba de mantener el orden con mucho pesiatal, a fe mía y yo lo digo. Su negocio, por tanto, iba bien. Con esas patentes en el memorial, contaba más mérito a mis ojos que semejante bravo de contaduría arriesgara el cuello para ayudar al capitán Alatraste; pues nada tenía que ganar y mucho que perder si alguien iba con el bramo a la justicia. Pero desde que se conocieron años atrás en un calabozo de la cárcel de la Villa, Bartolo Cagafuego profesaba al capitán esa lealtad sólida e inexplicable que a menudo observé en quienes trataron a mi amo, lo mismo entre camaradas de milicia que entre gente de calidad y desalmados malhechores, donde incluyo a algunos enemigos. De tiempo en tiempo surgen hombres especiales, diferentes a sus contemporáneos, o tal vez lo que ocurre no es que sean de veras diferentes, sino que en cierto modo resumen, justifican e inmortalizan su época; y algunos de quienes los tratan se dan cuenta de eso, o lo intuyen, y los tienen como árbitros de conductas. Quizá Diego Alatraste era uno de tales. En cualquier caso, doy fe de que cuantos se batieron a su lado, compartieron sus silencios o advirtieron aprobación en su mirada glauca, quedaron obligados para siempre por singulares lazas. Se diría que ganar su respeto los hacía respetarse más a sí mismos.

—Nada que hacer –resumí–. Sólo esperar a que escampe. El capitán había escuchado atento, sin abrir la boca. Estábamos sentados junto a una desvencijada mesa manchada de esperma de velas, donde había una escudilla con restos de mondongo cocido, una jarra de vino y un mendrugo de pan.

Bartolo Cagafuego se tenía un poco aparte, en pie, cruzado de brazos. Oíamos caer la lluvia sobre el tejado.

—¿Cuándo verá Quevedo al conde-duque?

—No se sabe –repuse–. De cualquier manera, *La espada y la daga* se representa dentro de pocos días en El Escorial. Don Francisco ha prometido llevarme.



El capitán se pasó la mano por la cara, que necesitaba un repaso de navaja de afeitar. Lo vi más flaco y demacrado. Vestía calzón de mala gamuza, recosidas medias de lana, camisa sin cuello bajo el jubón abierto. No era el suyo un buen aspecto; pero sus botas de soldado estaban en un rincón, recién engrasadas, y también el cinto nuevo de espada que había sobre la mesa acababa de ser tratado con sebo de caballo. Cagafuego le había conseguido sombrero y capa en un ropavejero, y también una herrumbrosa daga de ganchos que ahora estaba afilada y reluciente, junto a la almohada de la cama deshecha.

—¿Te han molestado mucho? —me preguntó el capitán.

—Lo justo —encogí los hombros—. Nadie me relaciona.

—¿Y a la Lebrijana?

—Lo mismo.

—¿Cómo está ella?

Miré el agua que encharcaba el suelo, bajo mis borceguíes.

—Ya la conoce vuestra merced: muchas lágrimas y fieros. Jura y perjura que estará en primera fila cuando os ahorquen. Pero se le pasará —sonreí—. En el fondo es más tierna que una melcocha.

Cagafuego movió grave la cabeza, el aire entendido. Se le veía con ganas de opinar sobre los celos y ternezas de las hembras, pero se contuvo. Respetaba demasiado a mi amo como para meterse en la conversación.

—¿Y qué hay de Malatesta? —preguntó el capitán.

El nombre hizo que me removiera en la silla.

—Ni rastro.

El capitán se acariciaba el mostacho, pensativo. De vez en cuando me miraba con atención, cual si esperase leerme en el rostro informes que no expresaran mis palabras.

—Tal vez yo sepa dónde encontrarlo —dijo.

Aquello se me antojó una locura.

—No debería arriesgarse vuestra merced.

—Veremos.

—Eso dijo un ciego —apunté, descarado.

Volvió a estudiarme como antes, mientras yo lamentaba un poco mi impertinencia. De reojo comprobé que Bartolo Cagafuego me observaba con reprobación. Pero lo cierto era que las cosas no estaban para que el capitán anduviese por las calles a sombra de tejados. Antes de dar algún paso que lo comprometiese más, debía esperar el resultado de las gestiones de don Francisco de Quevedo. Y yo, por mi parte, necesitaba una conversación urgente con cierta joven dama de la reina, a la que llevaba días acechando sin éxito. En cuanto a lo que le ocultaba a mi amo, los remordimientos se templaban al recordar que Angélica de Alquézar me había llevado a una trampa, cierto; pero que esa trampa nunca habría sido posible sin la testaruda, o suicida, colaboración del capitán. Yo tenía juicio para advertir esas cosas; y cuando se está camino de los diecisiete años, ya nadie es del todo un héroe, salvo uno mismo.

—¿Este sitio es seguro? —le pregunté a Cagafuego para cambiar de conversación.

El rufo abrió su boca agujereada en una sonrisa feroz.

—Rijón. Aquí, la justa no ronda ni harta de alboroque... Y si algún fuelle diese el soplo, las ventanas permiten alongarse luengo a los tejados. El señor capitán no es el único que se llama a altana... Si asoman alfileres, abajo hay camaradas de sobra para dar la voz. Y en tal caso, se baten talones, y al ángel.

Mi amo no había dejado de mirarme en todo el rato.

—Tenemos que hablar -dijo.

Cagafuego se llevó los nudillos de una manaza a las cejas, despidiéndose.

—Pues mientras garlan, y si no manda otra cosa vuacé, señor capitán, este crudo va a darse una vuelta por sus pastos, a ver qué tal le va a mi Maripérez el ajuste que lleva entre manos. Que el ojo del amo engorda a la yegua.

Abrió la puerta, recortado en la claridad gris de la galería; pero aún se detuvo un momento.

—Además –añadió–, y dicho sea sin menoscabo de la honra, en estos tiempos nunca sabe uno cuándo ha de vérselas con la Güerca... Y por muchos argamandijos que se tengan y sufrid que sea uno a la hora de tocar la guitarra, más cómodo es callar lo que no se conoce, que callar lo que se sabe.

—Buena filosofía, Bartolo –sonrió el capitán–. Aristóteles no lo habría expresado mejor.

El rufo se rascó el cogote.

—No se me alcanza qué hígados tenga ese don Aristóteles, ni cómo encajará tres ansias en el potro sin decir otra que nones, como está documentado por escribano que hizo alguna vez este león... Pero vuacé y yo conocemos a bederres capaces de hacerle cantar jácaras a una piedra.

Se fue, cerrando la puerta. Entonces saqué la bolsa que me había entregado don Francisco de Quevedo y la puse sobre la mesa. Con aire ausente, mi amo apiló las piezas de oro –Ahora cuéntamelo –dijo.

—¿Qué quiere vuestra merced que le cuente?

—Lo que estabas haciendo la otra noche en las Minillas. Tragué saliva. Miré el charco a mis pies. De nuevo sus ojos. Me sentía tan turbado como, en paso de comedia, mujer a la que halla el marido sin luz y con amante.

—Ya lo sabéis, capitán. Seguiros.

—¿Para qué?

—Estaba inquieto por...

Me callé. La expresión de mi amo se había vuelto tan sombría que los sonidos murieron en mi garganta. Sus pupilas, hasta entonces dilatadas por la poca luz de la ventana, se tornaron tan pequeñas y aceradas que parecían traspasarme como cuchillos. Yo había visto esa mirada otras veces, y a menudo terminaba con un hombre desangrándose en el suelo. Por Dios que tuve miedo.

Entonces suspiré hondo y lo conté todo. De cabo a rabo.

—La amo –concluí.

Lo dije como si eso me justificara. El capitán se había levantado y estaba frente a la ventana, mirando caer la lluvia.

—¿Mucho? –preguntó, pensativo.

—Tanto que, de poderlo expresar, no fuera nada.

—Su tío es secretario real.

Comprendí el alcance de esas palabras, que encerraban más un aviso que un reproche. Pues aquello situaba el negocio en terreno resbaladizo: aparte de que Luis de Alquézar estuviese o no al corriente –Malatesta había trabajado para él en otro tiempo– la cuestión era si Angélica formaba parte de la conspiración, o si su tío u otros, sin estar directamente implicados, pretendían sacar partido de las circunstancias. Subirse a un carruaje en marcha.

—Y ella, además –añadió el capitán–, es menina de la reina.

Lo que tampoco era detalle menor. De pronto entreví el sentido último de sus palabras y me quedé helado. La idea de que nuestra señora doña Isabel de Borbón tuviese algo que ver con la intriga no era descabellada. Hasta una reina es mujer, me dije. Puede conocer los celos como la más baja fregatriz.

—Sin embargo, ¿por qué mezclarte a ti? —se preguntó el capitán—. Conmigo era suficiente.

Le di unas cuantas vueltas.

—No sé. Otra cabeza para el verdugo... Pero tenéis razón: con la reina implicada, una de sus damas encajaría en el episodio.

—O tal vez alguien busca que encaje.

Lo miré, desconcertado. Había ido hasta la mesa y contemplaba el montoncito de monedas de oro.

—¿No se te ha ocurrido que alguien puede querer endosarle el lance a la reina?

Me quedé con la boca abierta. Veía las siniestras posibilidades del razonamiento.

—A fin de cuentas —prosiguió el capitán—, aparte de esposa engañada, es francesa... Imagínate la situación: el rey muere, Angélica desaparece, tú eres engrilletado conmigo, y al cabo sueltas en el potro que una menina de la reina te metió en el asunto...

Me llevé la mano al pecho, ofendido.

—Yo nunca delataría a Angélica.

Sonreía a medias, mirándome. Una mueca veterana y cansada.

—Imagina que lo hicieras.

—Imposible. Tampoco vendí a vuestra merced al Santo Oficio.

—Cierto.

Siguió mirándome, aunque ya no dijo más; pero supe lo que pensaba. Los frailes dominicos eran una cosa y la justicia real, otra. Como había dicho antes Cagafuego, había verdugos capaces de soltar la sin hueso al más bravo. Consideré aquella variante de la trama, a la que no faltaba razón. Gracias a los paseos por los mentideros y a las charlas de los amigos del capitán, yo estaba al corriente de las últimas noticias: la pugna entre el ministro de Francia, Richelieu, y nuestro conde-duque de Olivares hacía sonar en Europa tambores de próximas guerras. Nadie dudaba que cuando los vecinos gabachos resolvieran el problema de los hugonotes en La Rochela, españoles y franceses íbamos a acuchillarnos de nuevo en los campos de batalla. Falso o cierto, insinuar la mano de la reina resultaba razonable. Y útil, además, para unos cuantos. Había quien detestaba a Isabel de Borbón —Olivares, su esposa y su camarilla, entre ellos— y quien deseaba nuestra guerra con Francia, en España y fuera de ella, incluidos Inglaterra, Venecia, el turco y hasta el mismo papa de Roma. Una intriga antiespañola que implicara a la hermana del rey francés, resultaba creíble. Pero también podía ser una explicación que ocultase otras.

—Creo que es hora —dijo el capitán, mirando su espada de que haga una visita.

Era un tiro a ciegas. Habían pasado casi tres años, pero nada costaba intentarlo. Con la capa empapada y las faldas del sombrero chorreando agua, Diego Alatraste estudió la casa con detalle. Por curioso azar, estaba a sólo dos calles de su refugio. Aunque tal vez no fuese casualidad. Aquel cuartel era el de peor calaña de Madrid, con las más bajas tabernas, bodegones y posadas. Y lo que era bueno para ampararse uno, concluyó, lo era también para otros.

Miró alrededor. La lluvia velaba a su espalda la plaza de Lavapiés, ocultando con su traslúcida cortina gris la fuente de piedra. Calle de la Primavera, se dijo con ironía. Ningún

nombre menos adecuado para el lugar y el momento, con el fango de la calle sin empedrar y el agua arrastrando inmundicias. La casa, antigua posada del Lansquenete, estaba enfrente, vertiendo sus tejas gruesos regueros por la fachada, donde ropa blanca y remendada, tendida a secar antes de que llegara la lluvia, colgaba como sudarios de las ventanas.

Llevaba una hora larga vigilando, y al fin se decidió. Cruzó la calle y fue hasta el patio por el arco que olía a estiércol de cabalgaduras. No vio a nadie. Unas gallinas mojadas picoteaban el suelo bajo las galerías, y al subir por la escalera de madera, que crujía bajo sus pasos, un gato gordo que devoraba una rata muerta le dirigió una mirada impasible. El capitán soltó el fiador de la capa: demasiado peso, con tanta agua en el paño. También se quitó el sombrero, cuyas alas húmedas se le vencían sobre la cara. Una treintena de peldaños lo llevaron hasta el último piso, y allí se detuvo e hizo memoria. Si no fallaban sus recuerdos, la puerta era la última a la derecha, en el ángulo del corredor. Fue hasta ella y pegó la oreja. Nada. Sólo el zureo de las palomas refugiadas bajo el techo goteante de la galería. Dejó capa y sombrero en el suelo y sacó del cinto el arma por la que esa misma tarde había pagado diez escudos a Bartolo Cagafuego: una pistola de chispa casi nueva, con dos palmos de cañón y guarnición damasquinada, que lucía en la culata las iniciales de un propietario desconocido. Comprobó que seguía bien cebada pese a la humedad, y echó atrás el perrillo. Clac, hizo. La empuñó firme en la diestra, y con la otra mano abrió la puerta.

Se trataba de la misma mujer, y estaba sentada a la luz de la ventana, repasando con aguja e hilo la ropa de un cesto. Al ver entrar al intruso se puso en pie, tirando por tierra la labor, abierta la boca para gritar; pero no llegó a hacerlo porque una bofetada de Alatríste la echó contra la pared. Mejor un golpe ahora, se dijo el capitán mientras lo daba, que varios más tarde, cuando tenga tiempo de razonar y abroquelarse. No hay como asustar y descomponer desde el principio. De modo que, tras la bofetada, la agarró con violencia por el cuello y, tapándole la boca con la zurda, le puso la pistola en la sien.

—Ni una voz –susurró– o te arranco la cara.

Sentía el húmedo sofoco de la mujer en la palma, su cuerpo estremecido contra el suyo, mientras la aferraba mirando alrededor. La habitación apenas había cambiado: los mismos muebles miserables, la loza desportillada sobre la mesa cubierta con tapete de arpillera. Todo se encontraba en orden, sin embargo. Había una estera de esparto en el suelo y un brasero de cobre. La cama, separada la alcoba por una cortina, estaba bien hecha y limpia, y un puchero hervía bajo la campana de la chimenea.

—¿Dónde está? –le preguntó a la mujer, apartando un poco los dedos de su boca.

Era otro tiro a la buena de Dios. Tal vez ella nada tenía que ver ya con el hombre al que buscaba; pero era el único rastro. En sus recuerdos, para su instinto de cazador, aquella mujer no era pieza desdeñable. Sólo la había visto mucho tiempo atrás y unos instantes; mas recordaba bien su expresión, su inquietud. Su angustia por el hombre entonces indefenso y amenazado. Porque hasta las serpientes buscan compañía, recordó con una mueca sardónica. Y se aparean.

Ella no dijo nada. Miraba de reojo la pistola, con espanto. Era joven y vulgar, con buenas formas, negra de pelo, cenceña, el cabello recogido en la nuca, del que le pendían, mechones sobre el rostro. Ni linda ni fea. Vestía camisa que le dejaba los brazos desnudos, basquiña de mal paño, y la toquilla de lana se había deslizado al suelo en el forcejeo. Olía un poco a la comida que humeaba en el puchero y otro poco a sudor —Dónde? –insistió el capitán.

—¿Dónde? –insistió el capitán.

Los ojos asustados se volvieron a él, pero la boca permaneció en silencio, respirando fuerte. Bajo el brazo que la aferraba, Alatraste sentía subir y bajar el pecho agitado. Atisbó alrededor buscando huellas de una presencia masculina: un herreruelo negro colgado en una percha, camisas de hombre en el cesto que había caído al suelo, dos valonas limpias y recién aderezadas. Aunque igual ya no se trata del mismo, se dijo. La vida sigue, las mujeres son mujeres, los hombres van y vienen. Esas cosas pasan.

—¿Cuándo vuelve? —preguntó.

Seguía muda, mirándolo con ojos llenos de miedo. Pero ahora advirtió en ellos un relámpago de comprensión. Quizá me reconoce, pensó. Al menos se da cuenta de que no busco hacerle daño a ella.

—Voy a soltarte —dijo, metiéndose la pistola en el cinto y sacando la daga—. Pero si gritas o intentas huir, te degüello como a una puerca.

Jugadores, fulleros, mirones en busca de barato y ambiente espeso. A esas horas, el garito de la cava de San Miguel estaba en todo lo suyo. Juan Vicuña, el dueño, vino a mi encuentro apenas pasé la puerta.

—¿Lo has visto? —me preguntó en voz baja.

—La herida de la pierna se cerró. Está sano y os manda saludos.

El antiguo sargento de caballos, mutilado en las dunas de Nieuport, asintió satisfecho. Su amistad con mi amo era sólida y vieja. Como los otros tertulianos de la taberna del Turco, estaba inquieto por la suerte del capitán Alatraste.

—¿Y Quevedo?... ¿Se mueve en palacio?

—Hace lo que puede. Pero eso no es mucho.

Suspiró hondo el otro, sin más comentarios. Lo mismo que don Francisco de Quevedo, el dómine Pérez y el licenciado Calzas, Vicuña no creía una palabra de los rumores que corrían sobre el capitán; pero mi amo no deseaba recurrir a ellos por reparo a implicarlos. El de lesa majestad era mucho delito para enredar a los amigos: terminaba en el cadalso.

—Guadalmedina está dentro —confirmó —¿Solo?

—Con el duque de Cea y un gentilhomme portugués a quien no conozco.

Le entregué mi daga como hacían todos, y Vicuña se la dio al vigilante de la puerta. En aquel Madrid de gente soberbia y acero fácil, las premáticas prohibían entrar herrado en garitos y mancebías, por si acaso. Aun con esa precaución, a menudo naipes y dados se manchaban desangre.

—¿Está de buen o mal talante?

—Lleva ganados cien escudos, así que lo supongo de bueno... Pero más vale que espabile, porque hablan de mudarse a la manfla de las Soleras, donde tienen aparejada cena y mozas.

Me apretó el hombro con afecto y me dejó solo. Vicuña había cumplido como leal camarada, avisándome de la presencia de Álvaro de la Marca en su casa de conversación. Tras mi entrevista con el capitán Alatraste, yo había pasado mucho rato rumiando un plan que tal vez era desesperado, pero al que no veía otra; después pateé la ciudad bajo la lluvia, visitando a los amigos y tendiendo la red por aquí y por allá. Ahora estaba empapado y exhausto, mas al fin había levantado la caza en lugar propicio, cosa imposible en la residencia de Guadalmedina, o en palacio. Tras darle muchas vueltas y revueltas, estaba decidido a ir hasta el final, aunque eso me costara la libertad o la vida.

Crucé la sala, bajo la luz amarillenta de los grandes velones de sebo colgados en la bóveda. Ya dije que había un ambiente tan cargado como los dados que se usaban en algunas partidas: dineros, descuadernadas y huesos de Juan Tarafe iban y venían sobre la

media docena de mesas en torno a las que se agolpaban los jugadores. En ésta se daba armadilla de bueyes, en esa daban brechas, en aquella sonaban reniegos, pesiatales y porvidas; y en todas, fulleros y hormigueros, hábiles en raspar nas o hincar un amolado, intentaban despojar al prójimo, ya por sangría lenta, charnel a charnel, o por juegos de estocada fulminante, de esos que dejaban a un palomo abrasado, alijándole de golpe el galeón:

*Malhaya el naipe feo,  
desastrado, sotífero,  
cruel, descomulgado,  
que con rigor tan fiero  
con naipes me ha dejado,  
y sin dinero.*

Álvaro de la Marca era de los que no se dejaban. Tenía buen golpe de vista y mejores manos, y él mismo era doctor en ala de mosca, cortadillo y panderete. Si le venía el antojo, tan tahúr que diera garatusa a quien lo engendró. Estaba de pie ante una mesa, muy animado, y seguía ganando. Vestía galán como de costumbre: jubón pardo bordado de canutillo de plata, gregüescos y botas vueltas, con guantes de ámbar doblados en la pretina. Estaban con él, además del caballero portugués al que se había referido Vicuña -luego supe que era el joven marqués de Pontal-, el duque de Cea, nieto del duque de Lerma y cuñado del almirante de Castilla; un mozo de la mejor sangre, por cierto, que poco más tarde cobraría fama de valentísimo soldado en las guerras de Italia y Flandes antes de morir con mucha dignidad a orillas del Rhin. El caso es que me acerqué entre barateros, tomajones y mirones, muy discreto, hasta que Guadalmedina alzó la vista de la mesa, donde acababa de clavar dos albaneses con seis hormigas dobles. Al verme hizo semblante de sorprendido y molesto. Volvió al juego con el ceño fruncido, mas yo mantuve mi posición, resuelto a no moverme hasta que atendiera. Cuando miró de nuevo hice una seña de inteligencia y me aparté un poco, esperando que, si no tenía la decencia de saludarme, al menos sintiera curiosidad por lo que pudiese contarle. Al cabo cedió, aunque a regañadientes. Vi que recogía su ganancia de la mesa, daba barato a un par de mirones e introducía el resto en la sacocha. Luego vino hacia mí. De camino hizo una seña a un mozo bolichero y éste le trajo con mucha diligencia una jarra de vino. A los ricos nunca faltan cireneos.

—Vaya —dijo con frialdad, dándole sorbos al vino—. Tú por aquí.

Pasamos a un quartucho que Juan Vicuña nos había dispuesto. Sin ventanas, con sólo una mesa, dos sillas y una palmatoria encendida. Cerré la puerta y apoyé la espalda en ella.

—Abrevia —dijo Guadalmedina.

Me miraba con recelo, y sentí una profunda tristeza ante lo despegado de su actitud y sus palabras. Mucho ha de haberlo ofendido el capitán, pensé, para que así olvide que le debió la vida en las Querquenes, que asaltamos el Niklaasbergen por amistad a él y en servicio del rey, y que cierta noche, en Sevilla, desorejamos juntos a una ronda de corchetes en el compás de la Mancebía. Pero luego observé las marcas violáceas que aún podían advertirse en su cara, la torpeza con que manejaba el brazo herido en la calle de los Peligros, y entendí que cada cual tiene motivos para hacer lo que hace, o lo que no hace. Álvaro de la Marca tenía sobrada razón para guardarle rencor al capitán Alatraste.

—Hay algo que vucelencia debe saber y no sabe —dije.

—¿Algo?... Demasiado, querrás decir. Pero al tiempo. Dejó la última palabra flotando

en el vino al llevárselo a la boca, como un augurio siniestro, o una amenaza. No se había sentado, cual si tuviera intención de acabar pronto la charla, y mantenía su actitud distanciada, en una mano la jarra y la otra con el puño apoyado displicente en la cadera. Miré su rostro aristocrático, el cabello ondulado, el bigote rizado y la perilla rubia. Sus manos blancas y elegantes, con un anillo que por sí solo valía el rescate de un cautivo de Argel. Era otro mundo, concluí, aquella España: poder y dinero desde la cuna a la tumba. En la posición de Álvaro de la Marca, ciertas cosas no podían verse con ecuanimidad jamás. Pero tenía que intentarlo. Era la última carga de pólvora en mis doce apóstoles.

—Yo estuve allí aquella noche —empecé.

Había anochecido. La lluvia continuaba cayendo afuera. Diego Alatraste seguía inmóvil, sentado junto a la mesa, observando a la mujer que también estaba quieta frente a él, en la otra silla, las manos amarradas a la espalda y un lienzo amordazándola. No estaba satisfecho de sí, pero tenía sus razones. Si el hombre al que esperaba era el mismo que suponía, resultaba demasiado peligroso dejar a la mujer en libertad de moverse o gritar.

—¿Dónde hay para hacer luz? —preguntó.

Ella no hizo movimiento alguno. Seguía mirándolo, cubierta la boca por la mordaza. Alatraste se levantó y rebuscó en la alacena hasta dar con una candelilla y unas virutas que arrió a los carbones de la cocina, donde había puesto a secar capa y sombrero. Aprovechó para apartar del fuego el puchero, que había hervido tanto que se hallaba medio consumido. Encendió con la candelilla una vela que estaba sobre la mesa. Luego se echó un poco del puchero en una escudilla; el guiso de carnero y garbanzos estaba fuerte de sabor, demasiado cocido y muy caliente aún, pero lo despachó con pan Y una jarra de agua, rebañando la grasa. Después miró a la mujer. Hacía tres horas que estaba allí, y en todo ese tiempo ella no había hecho intención de pronunciar palabra.

—Puedes estar tranquila —mintió—. Sólo quiero hablar con él.

Alatraste había aprovechado el tiempo intentando confirmar que se hallaba en lo cierto. Además del herrero negro, las camisas, las valonas y otra ropa que encontró en la casa, que podían pertenecer a cualquiera, al registrar un arcón dio con un par de buenas pistolas, frasco de pólvora y saquito de balas, un puñal afilado como una navaja de afeitar, una cota de malla de las llamadas once mil, y algunas cartas y documentos con lugares o itinerarios puestos en cifra. También había dos libros que ahora hojeaba curioso a la luz de la vela, después de haber cargado las dos pistolas y metérselas en el cinto, dejando la de Cagafuego sobre la mesa: uno era una sorprendente *Historia natural* de Plinio en italiano, impresa en Venecia, que por un momento hizo dudar al capitán que el hombre a quien acechaba y el propietario de aquello fuesen la misma persona. El otro libro estaba en español y el título le arrancó una sonrisa: *Política de Dios, gobierno de Cristo*, de don Francisco de Quevedo y Villegas.

Un ruido afuera. Un relámpago de miedo en los ojos de la mujer. Diego Alatraste cogió la pistola de la mesa, y pro curando no hacer crujir el suelo fue a situarse a un lado de la puerta. Luego todo ocurrió con extraordinaria sencillez: la puerta se abrió y Gualterio Malatesta entró sacudiéndose la capa y el sombrero mojados. Entonces el capitán le apoyó, con mucha suavidad, el cañón de la pistola en la cabeza.

## VIII. SOBRE ASESINOS Y LIBROS

—Ella no tiene nada que ver con esto —dijo Malatesta.

Había dejado en el suelo espada y daga, apartándolos con un pie según le indicó Alatraste. Miraba a la mujer amordazada y atada en la silla.

—Me da igual —repuso el capitán, sin dejar de apuntarle a la cabeza—. Es mi baza.

—Bien jugada, por cierto... ¿También matáis mujeres?

—Si se tercia. Lo mismo que vos, supongo.

El italiano movió la cabeza como si afirmase, pensativo. Su rostro picado de viruela, con la cicatriz que le desviaba un poco la mirada del ojo derecho, permanecía impasible. Al cabo se volvió para encararse con el capitán. La luz de la vela puesta sobre la mesa lo iluminaba a medias: negro en sus ropas, el aire siniestro, crueles las pupilas oscuras. Bajo el bigote finamente recortado se insinuaba ahora una sonrisa.

—Es la segunda vez que me visitáis aquí.

—Y la última.

Malatesta guardó un breve silencio.

—También tenéis una pistola en la mano —dijo al fin.

Alatraste lo recordaba muy bien: la cama, el mismo cuarto miserable, el hombre herido, la mirada de serpiente peligrosa. Con suerte, había dicho entonces el italiano, llegaré al infierno a la hora de cenar.

—Muchas veces lamenté después no haberla utilizado —apuntó Alatraste.

Se acentuó la sonrisa cruel. En eso, insinuaba el otro, estamos de acuerdo; hay disparos que son puntos finales y dudas que son peligrosos puntos suspensivos. Observó, reconociéndolas, las dos pistolas que el capitán había encontrado en el arcón y que ahora llevaba metidas en el cinto.

—No deberíais pasearos por Madrid —comentó el italiano con lúgubre solicitud—. Dicen que vuestra piel no vale un ceutí.

—¿Quiénes lo dicen?

—No sé. Por ahí.

—Preocupaos por la vuestra.

Malatesta volvió a asentir pensativo, cual si apreciara el consejo. Luego miró a la mujer, cuyos ojos espantados iban del uno al otro.

—Hay algo en todo esto que me desaira un poco, señor capitán... Si no me habéis despachado por la posta apenas crucé la puerta, es que confiáis en que suelte la lengua.

—Alatraste no respondió. Ciertas cosas iban de oficio.

—Comprendo que tengáis curiosidad —añadió el italiano, tras pensarlo—. Pero tal vez pueda contaros algo, sin menoscabo mío.

—¿Por qué yo? —quiso saber Alatraste.

Alzó un poco las manos Malatesta, como diciendo por qué no, y luego hizo un gesto hacia la jarra de agua que estaba sobre la mesa, pidiendo licencia para aclararse la garganta; pero el capitán negó con la cabeza.

—Por varias razones —prosiguió el otro, resignado a pasar sed—. Tenéis cuentas pendientes con mucha gente, aparte de mí... Además, lo vuestro con la Castro era una ciruelita genovesa —aquí se alargó la sonrisa maligna—. Imposible desaprovechar la ocasión de atribuirlo todo a achaques de celos, y más en sujeto de acero fácil como vos. Lástima que nos dieran el cambiazo.



—¿Sabíais quién era el hombre?

Malatesta chasqueó la lengua, desalentado. Un profesional molesto con su propia torpeza.

—Creía saberlo —se lamentó—. Aunque luego resultó que no lo sabía.

—Puestos a acuchillar, es acuchillar muy alto.

El italiano miró a Alatríste casi con sorpresa. Irónico.

—Alto o bajo, corona o alfil, se me dan una higa —dijo—. No aprecio más rey que el de la baraja, ni conozco a otro Dios fuera del que uso para blasfemar. Alivia mucho que la vida y los años te despojen de ciertas cosas... Todo es más simple. Más práctico. ¿No opináis lo mismo?... Ah, claro. Olvidaba que sois soldado. Al menos de boquilla, para ir tirando y creerse digna, la gente como vos necesita palabras como rey, verdadera religión, patria y todo eso. Parece mentira, ¿no?... Con vuestro historial, y a estas alturas.

Dicho aquello se quedó mirando al capitán, cual si aguardase de él una respuesta.

—De cualquier modo —añadió al poco—, vuestra lealtad de súbdito ejemplar no os impidió disputarle hembras a Su Católica Majestad. Y al cabo, más ahorca pelo de alcatara que sogas de esparto... ¡*Puttana Eva!*

Se calló, zumbón, y luego deslizó entre dientes su vieja musiquilla. Haciendo caso omiso de la pistola que seguía apuntándole, paseó la vista por la habitación, el aire distraído. Falsamente distraído, por supuesto; Alatríste comprobó que los ojos avisados del italiano no perdían detalle. Si descuido la guardia un instante, concluyó, el bellaco me salta encima.

—¿Quién os paga?

La risa chirriante, ronca, llenó la habitación.

—No me toquéis los aparejos, capitán. Esa pregunta es impropia de gente como nosotros.

—¿Está Luis de Alquézar metido en esto?

Guardó silencio el otro, impassible. Miraba los libros que había estado hojeando Alatríste.

—Veo que os interesan mis lecturas —dijo al fin.

—Me sorprenden —concedió el capitán—. No os sabía hideputa ilustrado.

—Es compatible.

Malatesta observó a la mujer, que seguía inmóvil en la silla. Luego se tocó distraídamente la cicatriz del ojo derecho.

—Los libros ayudan a comprender, ¿verdad?... Hasta puede encontrarse en ellos una justificación cuando mientes, cuando traicionas... Cuando matas.

Había apoyado una mano en la mesa mientras hablaba. Alatríste se apartó, precavido, y con un movimiento de la pistola indicó al italiano que hiciera lo mismo.

—Habláis demasiado. Pero nada de lo que me interesa.

—Qué queréis. Los de Palermo tenemos nuestras reglas.

Se había alejado unas pulgadas de la mesa, obediente, y observaba el cañón del arma, que relucía a la luz de la vela.

—¿Qué tal el rapaz?

—Bien. Por ahí anda.

La sonrisa del sicario se ensanchó en una mueca cómplice.

—Veo que lograsteis dejarlo fuera... Os felicito. Tiene agallas, ese mozo. Y destreza. Pero temo que lo lleváis por mal camino. Acabará como nosotros dos... Aunque supongo que lo mío se acaba aquí, ahora.

No era un lamento, ni una protesta. Sólo una conclusión lógica. Malatesta le dirigió otro vistazo a la mujer, esta vez más prolongado, antes de volverse de nuevo hacia Alatríste.

—Lástima —dijo, sereno—. Habría preferido tener esta conversación en otro sitio, espada en mano, sin prisas. Pero no creo que me deis esa oportunidad.

Le sostenía la mirada, entre inquisitivo y sarcástico.

—Porque no me la vais a dar... ¿Verdad?

Seguía sonriendo con mucha sangre fría, clavados sus ojos en los del capitán.

—¿Alguna vez habéis pensado —dijo de pronto— en lo mucho que nos parecemos vos y yo?

A ese supuesto parecido, se dijo Alatríste, le quedan unos instantes. Y al hilo del pensamiento afirmó la mano, orientó bien el cañón de la pistola y se dispuso a apretar el gatillo. Malatesta leyó la sentencia como si le hubieran puesto delante un cartel: su rostro se puso tenso y la sonrisa se heló en su boca.

—Os veré en el infierno —dijo.

En ese momento, la mujer, amarradas las manos a la espalda y los ojos desorbitados, la mordaza ahogándole un grito de feroz desesperación, se incorporó de la silla y se arrojó de cabeza contra Alatríste. Echóse éste a un lado, lo justo para esquivarla, y por un instante dejó de apuntar a su enemigo. Pero con Gualterio Malatesta cada instante equivalía a la delgadísima diferencia entre la vida y la muerte. Mientras Alatríste evitaba la acometida de la mujer, que cayó a sus pies, y procuraba encañonar de nuevo al italiano, éste dio un manotazo a la vela que ardía sobre la mesa, dejando la habitación a oscuras, y se arrojó al suelo en busca de sus armas. El disparo rompió los vidrios de la ventana, sobre su cabeza, y el fognazo iluminó el reflejo de acero que ya empuñaba. Sangre de Dios, maldijo Alatríste. Se va. O todavía me mata él a mí.

La mujer gruñía en el suelo, revolviéndose como una fiera. Alatríste saltó por encima de ella y dejó caer la pistola descargada, mientras sacaba la espada. Estaba a tiempo de acuchillar a Malatesta antes de que se levantara, si lograba adivinarlo en la oscuridad. Tiró varios golpes de punta, pero dieron todos en vacío. Se reparaba el capitán en semicírculo, cuando una estocada que le vino de atrás, bien firme y recia, le pasó el colete y casi le alcanza la carne de no hallarse a medio giro. El ruido de una silla al moverse lo orientó mejor; de modo que fue allá con el acero por delante, y su espada chocó al fin con la enemiga. Ahí estás, pensó mientras arrojaba la mano zurda a una de las pistolas. Pero Malatesta había tenido tiempo de fijarse en las pistolas, y no estaba dispuesto a dejarle amartillarlas. Le vino encima a bulto, con extrema violencia, dando tajos y golpes con la guarnición, abrazándosele. No hubo palabras, insultos ni bravatas: los dos hombres ahorraban aliento para el forcejeo, y sólo se oían gruñidos y resuellos. Como haya tenido tiempo de coger su daga, se dijo de pronto el capitán, estoy listo. Así que se olvidó de la pistola y tanteó atrás en demanda de su vizcaína. El otro le adivinó el gesto, pues estrechó el abrazo procurando estorbárselo, y rodaron por el suelo con gran estrépito de muebles y loza rota. A esa distancia las espadas no tenían nada que hacer. Al fin Alatríste logró liberar la mano izquierda y empuñó la daga, tomó impulso y arrojó dos cuchilladas salvajes. La primera desgarró la ropa de su adversario y la segunda dio en el aire. No hubo lugar para una tercera. Sonó la puerta al abrirse con violencia, y un rectángulo de claridad enmarcó la silueta del italiano huyendo de la casa.

Me sentía feliz. Había dejado de llover, el día despuntaba radiante, con mucho sol y un

cielo purísimo sobre los tejados de la ciudad, y yo franqueaba la puerta de palacio junto a don Francisco de Quevedo. Habíamos cruzado la plaza abriéndonos camino entre los ociosos congregados desde antes de que rompiera el alba, contenidos por los uniformes y lanzas de la guardia. Curioso, parlanchín, ingenuamente leal a sus monarcas, dispuesto siempre a olvidar sus penurias con el inexplicable deleite de aplaudir el lujo de sus gobernantes, el pueblo de Madrid se daba alegre cita en la explanada para ver salir a los reyes, cuyos coches aguardaban ante la fachada sur del alcázar. Además de la expectación popular, el regio viaje movilizaba a una legión de cortesanos, gentil, hombres de casa y boca, azafatas, servidores y carruajes. Para El Escorial iba a salir también, si no lo había hecho ya, la compañía teatral de Rafael de Cózar, María de Castro incluida; pues La espada y la daga se representaba en los jardines del palacio -monasterio a principios de la siguiente semana. En cuanto a la comitiva real, y como de costumbre, todos rivalizaban en ostentación y lujo, pese a las premáticas vigentes. Las losas del palacio eran un espectáculo abigarrado de coches con escudos en las portezuelas, buenas mulas, mejores caballos, libreas, alcatifes, brocados y adornos; pues tanto quien podía como quien no, gastaban su último maravedí con tal de hacer buena estampa. Que siempre, en este escenario decorado con fingimiento y apariencias, nobles y plebeyos empeñaron hasta el ataúd con tal de hacerse de la sangre de los godos, pareciendo más que su vecino. Pues, como dijo Lope, en España:

*Mándame quemar por puto  
si no valiese un millón  
imponiendo en cada don  
una blanca de tributo.*

—Todavía me maravilla —dijo don Francisco— que convencieras a Guadalmedina.

—No lo convencí —repuse con sencillez—. Lo hizo él solo. Yo me limité a contarle cómo ocurrieron las cosas. Y me creyó.

—Quizás deseaba creerte. Conoce a Alarista, y sabe de lo que es capaz y de lo que no. La idea de una conspiración ajena le da más consistencia a todo... Una cosa es una cabezonería por una mujer y otra acuchillar a un rey.

Caminábamos entre las columnas de piedra berroqueña hacia la escalera principal. Sobre nuestras cabezas, el sol levante empezaba a iluminar los capiteles a la antigua y las águilas bicéfalas labradas en las bocaduras de los arcos, mientras la luz dorada se derramaba por el patio de la Reina, donde un numeroso grupo de cortesanos aguardaba la bajada de los monarcas. Don Francisco saludó a unos conocidos, descubriéndose con mucha política. El poeta vestía de gorguerán negro con toquilla de cintas en el sombrero, cruz al pecho y espada de corte con empuñadura dorada; y tampoco yo le iba a la zaga con mi traje de paño y mi gorra, la daga cruzada atrás, al cinto. Un criado había metido mi bolsón de viaje, con ropa de diario y un par de mudas bancas dobladas por la Lebrizana, en el carruaje de los sirvientes del marqués de Liche, con quienes don Francisco me había acomodado transporte. Él tenía asiento en el coche del marqués; privilegio que justificaba, como siempre, a su manera:

*Entre nobles no me encojo;  
que, según dice la ley,  
si es de buena sangre el rey,*

*es de tan buena su piojo.*

—El conde sabe que el capitán es inocente —dije cuando estuvimos aparte de nuevo.

—Claro que lo sabe —respondió el poeta—. Pero la insolencia del capitán y aquel piquete en el brazo son difíciles de perdonar, y más con el rey de por medio... Ahora tiene ocasión de resolverlo honorablemente.

—Tampoco se compromete demasiado —objeté—. Sólo a arreglar una cita del capitán con el conde-duque.

Don Francisco miró en torno y bajó la voz.

—Pues no es poco —opinó—. Aunque, cortesano a fin de cuentas, pretenderá beneficiarse... El negocio va más allá de un simple asunto de faldas; así que obra con mucho seso al ponerlo en manos del valido. Alatraste es un testigo utilísimo para desvelar la conspiración. Saben que nunca hablaría bajo tortura; o al menos tienen dudas razonables... Por las buenas es distinto.

Sentí volver las punzadas de remordimiento. Yo no les había hablado de Angélica de Alquézar a Guadalmedina ni a don Francisco; sólo al capitán. En cuanto a mi amo, delatar o no a Angélica era cosa suya. Pero no iba a ser yo quien pronunciara ante otros el nombre de la jovencita a la que, pese a todo y para condenación de mi alma, seguía amando hasta las asaduras.

—El problema —prosiguió el poeta— es que después del ruido que ha hecho con su fuga, Alatraste no puede ir por ahí como si tal cosa... Al menos hasta que se entrevistaste con Olivares y Guadalmedina en El Escorial. Pero son siete leguas.

Asentí inquieto. Yo mismo había alquilado por cuenta de don Francisco un buen caballo para que el capitán saliera a la madrugada siguiente para el real sitio, donde debía presentarse por la noche. El animal, puesto al cuidado de Bartolo Cagafuego, estaría ensillado antes de, romper el alba junto a la ermita del Ángel, al otro lado del puente de la segoviana.

—Tal vez vuestra merced debería hablar con el conde, por si hubiera algún imprevisto.

Don Francisco se puso una mano sobre el lagarto de Santiago que llevaba al pecho.

—¿Yo?... Ni lo pienses, jovenzuelo. He conseguido mantenerme fuera sin faltar a la amistad con el capitán. ¿Para qué estropearlo a última hora?... Tú lo estás haciendo muy bien.

Saludó con una inclinación de cabeza a más conocidos, se retorció el mostacho y apoyó la palma de la zurda en el pomo de su espada.

—Debo decir que te has portado como un hombre —concluyó con afecto—. Implicarte con Guadalmedina era poner la cabeza en el finibusterre... Le echaste mucho cuajo.

No respondí. Miraba alrededor, pues tenía mi propia cita antes de viajar a El Escorial. Habíamos llegado cerca de la escalera de anchos peldaños que se alzaba entre el patio de la Reina y el del Rey, bajo el gran tapiz alegórico que presidía el rellano principal donde estaban inmóviles, con sus alabardas, cuatro guardias tudescos. Lo más granado de la Corte; con el conde-duque y su esposa a la cabeza, aguardaba allí la bajada de los reyes para cumplimentarlos: un espectáculo de telas finas, joyas, damas perfumadas y caballeros de engomados bigotes y rizadas guedejas. Observándolos, oí murmurar a don Francisco:

*Veslos arder en púrpura, y sus manos  
en diamantes y piedras diferentes?  
Pues asco dentro son, tierra y gusanos.*

Me volví hacia él. Yo sabía algo del mundo y de la Corte. También recordaba lo del rey y su piojo.

—Pues bien que viaja vuestra merced, señor poeta —dije sonriendo—, en el coche del marqués de Liche.

Don Francisco me devolvió imperturbable la mirada, ojeó a un lado y a otro, y al fin me dio un pescozón disimulado.

—Chitón, lenguaraz. Cada cosa tiene su momento. Y no hagas verdad ese magnífico verso, mío por cierto, que dice: raer tiernas orejas con verdades no es seguro.

Y en el mismo tono quedo, recitó:

*Por esto a la maldad y al malo dejo.  
Vivamos, sin ser cómplices, testigos.  
Advierta al mundo nuevo el mundo viejo.*

Pero el mundo nuevo, o sea, yo, había dejado de prestarle atención al mundo viejo. El bufón Gastoncillo acababa de asomar la cabeza entre la gente, y por señas me indicaba la escalera de atrás, utilizada por la servidumbre de palacio. Y al levantar la vista hacia la galería superior vi, tras la balaustrada de granito labrado, los tirabuzones rubios de Angélica de Alquézar. Una carta escrita por mi la tarde anterior había llegado a su destino.

—Tendréis algo que decirme —apunté—. Supongo.

—En absoluto. Y no dispongo de mucho tiempo, pues la reina mi señora está a punto de bajar.

Estaba de manos en la balaustrada, mirando el trajín del patio. Sus ojos eran esa mañana tan fríos como sus palabras. Nada que ver con la jovencita cálida, vestida de hombre, a la que yo había estrechado en mis brazos.

—Esta vez habéis ido demasiado lejos —dije—. Vos, vuestro tío y quien ande complicado en esto.

Enlazó los dedos, el aire distraído, en las cintas que adornaban el corpiño de su vestido de raso con flores y guardapiés de ormesí.

—No sé de qué me habláis, caballero. Ni qué tiene que ver mi tío con vuestras locuras.

—Hablo de la emboscada en las Minillas —repuse, irritado—. Del hombre del jubón amarillo. Del intento de matar al...

Me puso una mano sobre los labios, exactamente igual que unas noches antes me había puesto un beso. Me estremecí, y se dio cuenta. Sonrió.

—No digáis sandeces.

—Si todo se descubre —dije— corréis peligro.

Me observó, interesada. Casi curiosa por mi inquietud.

—No os imagino pronunciando el nombre de una dama en lugares inconvenientes.

Había intención en sus palabras. Como si adivinara lo que pasaba por mi cabeza. Me erguí, incómodo.

—Yo, tal vez no —dije—. Pero hay más gente implicada.

Parecía no dar crédito a lo que insinuaban mis palabras.

—¿Le habéis hablado de mí a vuestro amigo Batatriste?

Callé, desviando la vista. Ella leyó la respuesta en mi cara.

—Os creía un hidalgo —dijo con desdén.

—Lo soy –protesté.

—También creía que me amabais.

Me puso una mano sobre los labios...

—Y os amo.

Se mordió el labio inferior, pensativa. Sus ojos eran círculos de piedra azul muy dura y pulida.

—¿Me habéis delatado ante alguien más? –inquirió al fin, con rudeza.

Había tal desprecio en la palabra *delatado* que enmudecí de vergüenza. Al cabo pude rehacerme y abrí la boca para protestar de nuevo. No pretenderéis, quise decir, que le oculte todo esto al capitán. Pero unos trompetazos que resonaban en el patio ahogaron mis palabras: sus majestades los reyes habían aparecido al otro lado de la balaustrada, en lo alto de la escalera principal. Angélica miró en torno y se recogió el ruedo del vestido.

—Tengo que irme –parecía reflexionar a toda prisa–. Os veré de nuevo, tal vez.

—¿Dónde?

Dudó, dirigiéndome una extraña ojeada; tan penetrante que me sentí desnudo ante ella.

—¿Vais a El Escorial con don Francisco de Quevedo?

—Sí.

—Entonces, allí.

—¿Cómo os encontraré?

—Sois bobo. Seré yo quien os encuentre.

Aquello sonó menos a promesa que a amenaza. O las dos cosas a un tiempo. Me quedé viéndola irse, y se volvió para dedicarme una sonrisa. Por Dios, pensé una vez más, que era hermosa. Y temible. Luego dobló tras las columnas Y fui abajo en pos de los reyes, que ya estaban al pie de la escalera cumplimentados por el conde-duque de Olivares y los cortesanos. Al fin se pusieron todos en marcha hacia la calle. Anduve detrás, ocupado en negros pensamientos. Recordaba, con desasosiego, otros versos que me había hecho copiar en cierta ocasión el dómine Pérez:

*Huir el rostro al claro desengaño,  
beber veneno por licor suave,  
olvidar el provecho, amar el daño;  
creer que un cielo en un infierno cabe,  
dar la vida y el alma a un desengaño;  
esto es amor, quien lo probó lo sabe.*

Afuera brillaba el sol, y por Dios que el espectáculo era espléndido. El rey galanteaba a su esposa, dándole el brazo, y ambos usaban ricas prendas de viaje, vestido nuestro cuarto Felipe con ropa de montar pasada de hilo de plata, faja de tafetán carmesí, espada y espuelas; señal de que, joven y de gallardo jinete como era, haría parte del trayecto a caballo escoltando el carruaje de la reina, que iba tirado por seis magníficos caballos blancos y seguido por otros cuatro coches donde viajaban sus veinticuatro azafatas y meninas. En la plaza, entre los cortesanos y la gente que atestaba el lugar, los monarcas fueron cumplimentados por el cardenal Barberini, legado papal, que viajaría en compañía de los duques de Sessa y de Maqueda; y las saluciones y parabienes se sucedieron. Con las personas reales estaban la infantita María Eugenia –de pocos meses de edad y en brazos de su aya–, los hermanos del rey, infantes don Carlos y doña María –el amor imposible del príncipe de Gales–, y también el infante cardenal don Fernando, arzobispo de Toledo desde

niño, futuro general y gobernador de Flandes, bajo cuyo mando, pocos años más tarde, el capitán Alatraste y yo acuchillaríamos a mansalva suecos y protestantes en Nordlingen. Entre los cortesanos próximos al rey distinguí al conde de Guadalmedina con capote galán, botas y calzón franceses; y algo más lejos a don Francisco de Quevedo junto al yerno del conde-duque, marqués de Liche, que tenía fama de ser el hombre más feo de España y estaba casado con una de las mujeres más hermosas de la Corte. Y así, a medida que los monarcas, el cardenal y los nobles iban ocupando sus respectivos coches, los aurigas hacían chasquear los látigos y la comitiva arrancaba hacia Santa María la Mayor y la puerta de la Vega, el pueblo aplaudía sin cesar, encantado con el espectáculo. Hasta vitorearon el carruaje donde yo me había acomodado con los criados del marqués de Liche. Y es que, en nuestra infeliz España, el pueblo siempre estuvo dispuesto a vitorear cualquier cosa.

La campana del hospital viejo de los Aragoneses tocó a maitines. Diego Alatraste, que estaba despierto y tumbado en su jergón de la osada del Aguilucho, se incorporó, prendió luz a una vela y empezó a ponerse las botas. Tenía tiempo de sobra para estar en la ermita del Ángel antes de que rayara el alba; pero cruzar Madrid y pasar el Manzanares, en su situación, era aventura complicada. Más vale una hora antes, se dijo, que un minuto después. Así que una vez calzado echó agua en una jofaina, se lavó la cara, mordió un mendrugo de pan para asentarse el estómago y acabó de vestirse: colete de piel de búfalo, la daga de ganchos y la toledana al cinto, envuelta la daga en un lienzo para que no hiciera ruido contra la cazoleta de la espada; y por lo mismo, en vez de ponérselas, guardó en la faltriquera las espuelas de hierro que estaban sobre la mesa. Atrás, ocultas por la capa que se puso, sobre los hombros, se colocó las dos pistolas de Gualterio Malatesta –botín de la accidentada visita a la calle de la Primavera–, que había cargado y cebado la tarde anterior. Luego se caló el sombrero, miró alrededor por si olvidaba algo, mató la luz y salió a la calle.

Hacía frío y se embozó bien en la capa. Orientándose en la oscuridad dejó atrás la calle de la Comadre y llegó a la esquina de la del Mesón de Paredes con la fuente de Cabestreros. Estuvo allí inmóvil un momento, pues había creído oír algo entre las sombras, y luego siguió adelante acortando por Embajadores a San Pedro. Al cabo, entre las curtidurías cerradas a esas horas, salió al cerrillo del Rastro, donde al otro lado de la cruz y la fuente, definida en la claridad de un farol encendido por la parte de la plaza de la Cebada, se alzaba la mole sombría del matadero nuevo: incluso en la más completa tiniebla habría sido fácil reconocerlo por el olor a despojos podridos. Rodeaba el matadero cuando oyó, esta vez sin duda alguna, pasos a su espalda. O alguien coincidía con él en el paraje, decidió, o ese alguien le iba detrás. En previsión de esto último buscó reparo en un recodo de la tapia, echó atrás la capa, se pasó una pistola a la parte anterior del cinto y sacó la espada. Estuvo así un momento, quieto, contenido el aliento para escuchar, hasta confirmar que los pasos venían en su dirección. Se quitó el sombrero para no hacer bulto, asomó con prudencia la cabeza y alcanzó a ver una silueta que se aproximaba despacio. Aún podía tratarse de casualidad, reflexionó; pero no era momento de darle filos al azar. Así que volvió a ponerse el chapeo, afirmó la espada en la diestra, y cuando los pasos estuvieron a su altura salió al des; cubierto, centella por delante.

—¡Maldita sea tu sangre, Diego!

Si a alguien no esperaba Alatraste era a Martín Saldaña, en ese lugar y a tales horas. El teniente de alguaciles –o más bien la recia sombra a la que pertenecía aquella voz– había dado un salto atrás, asustado, metiendo mano a su espada en menos de lo que se tarda en

contarlo: siseo metálico y leve destello de acero oscilando a uno y otro lado, cubriéndose con prudencia de veterano. Alatraste comprobó el estado del suelo bajo sus pies, que era llano y sin piedras sueltas que estorbasen. Luego arrimó el hombro izquierdo a la tapia, protegiendo aquel lado del cuerpo. Eso le dejaba libre la diestra para manejar la espada y embarazaba a Saldaña, cuya derecha se vería estorbada por la tapia, si acometía.

—Dime qué cojones —preguntó Alatraste— estás buscando aquí.

El otro no respondió en seguida. Seguía moviendo la toledana. Sin duda prevenía que su antiguo camarada practicase con él un truco que ambos habían empleado a menudo: atacar al adversario cuando hablaba. Eso distraía; y entre hombres como ellos, un instante bastaba para encontrarse con un palmo de acero dentro del pecho.

—No querrás —dijo al fin Saldaña— irte de almíbares y rositas.

—¿Hace mucho que me vigilas?

—Desde ayer.

Reflexionó Alatraste. Si aquello era cierto, el teniente de alguaciles había tenido tiempo de sobra para rodear la posada y caerle con una docena de corchetes.

—¿Y cómo vienes solo?

El otro hizo una larga pausa. No era de muchos verbos. Parecía buscarlos.

—No es oficial —dijo al fin—. Lo nuestro es privado.

El capitán estudió con precaución a sólida sombra que tenía enfrente.

—¿Llevas pistolas?

—Da igual lo que lleve, o lo que lleves tú. Éste es asunto de espada.

Su voz sonaba nasal. Aún debía de tener estropeada la nariz por el cabezazo del coche. Era lógico, concluyó Alatraste, que Saldaña considerase algo personal el incidente de la fuga y los corchetes muertos. Muy propio del compañero de Flandes, zanjarlo de hombre a hombre.

—No es momento —dijo.

La voz del otro sonó pausada. Un tranquilo reproche:

—Me parece, Diego, que olvidas con quién estás hablando.

Seguía el reflejo del acero ante la sombra. El capitán alzó un poco su centella, indeciso, y volvió a bajarla.

—No pienso batirme contigo. Tu vara de alguacil no vale eso.

—Esta noche no la llevo.

Alatraste se mordió los labios, confirmadas sus aprensiones. Saldaña no estaba dispuesto a dejarlo pasar más que por los filos de la espada.

—Escucha —hizo un último esfuerzo—. Todo está a punto de arreglarse. Tengo una cita con alguien...

—Tus citas se me dan una higa. La última conmigo quedó a medias.

—Olvídame sólo por esta noche. Te prometo volver y explicártelo.

—¿Y quién quiere que expliques nada?

Suspiró Alatraste, pasándose dos dedos por el mostacho. Los dos se conocían demasiado bien. Aquello, concluyó, era cosa hecha. Se puso en guardia y el otro retrocedió un paso, afirmándose. Había muy poca luz, pero bastaba para adivinarse los aceros. Casi tan poca, recordó melancólico el capitán, como la de aquella madrugada, cuando Martín Saldaña, Sebastián Copons, Lope Balboa, él mismo y otros quinientos soldados españoles gritaron España, cierra, cierra, y luego de persignarse dejaron las trincheras para subir terraplén arriba, al asalto del reducto del Caballo, en Ostende, y sólo volvieron la mitad.

—Vamos —dijo.



Sonaron los aceros, tanteándose, y en seguida el teniente de alguaciles se apartó de la pared con un compás curvo para tener más libertad de movimiento. Alatraste sabía a quién tenía delante; habían guerreado juntos y jugado esgrima muchas veces con espadas negras: su adversario era tranquilo y diestro. El capitán le tiró una estocada recia, buscando herir de antuvión sin protocolos; pero el otro sacó pies para ganar espacio, paró y vino luego por la línea recta, simple y derecho. Ahora le tocó a Alatraste salir, aunque esta vez estorbado él por la tapia, y en el movimiento perdió de vista el reflejo de la espada enemiga. Se revolvió, cubriéndose como pudo con un violento latigazo de la hoja, buscando el otro acero para orientarse. De pronto lo vio venir alto, de tajo. Opuso un revés y se fue atrás, maldiciendo en sus adentros. Aunque la oscuridad igualaba destrezas, dejando mucho a la suerte, él era mejor espadachín que Saldaña y sólo tenía que cansarlo un poco. El problema radicaba en cuánto tiempo iba a pasar antes de que, pese a las intenciones solitarias del teniente de alguaciles, una ronda oyese el estrépito de la lucha y la corchetada acudiese en socorro de su mayoral.

—¿A quién le conseguirá ahora tu vida la vara de alguacil?

Lo preguntó mientras daba dos pasos atrás para recobrar la ventaja y el aliento. Sabía que Saldaña era impasible como un buey, excepto en lo tocante a su mujer. Ahí se ofuscaba. Bromear sobre que ésta podía haberle proporcionado el cargo a cambio de favores a terceros, como afirmaban los maledicentes, sí le alteraba el pulso y la vista. Y espero, pensó Alatraste, que se los altere tanto que yo pueda resolver esto pronto. Afirmó los dedos dentro de la cazoleta, paró una hurgonada, retrocedió un poco para confiar a su adversario, y en el siguiente choque de aceros lo notó más descompuesto al tacto. Era cosa de insistir.

—La imagino inconsolable —añadió mientras sacaba pies muy atento—. Y de luto.

Saldaña no respondió; pero resollaba entrecortado, muy rápido, y juró entre dientes cuando la estocada furiosa que acababa de largar se perdió en el vacío, deslizándose por la hoja del capitán.

—Cabrón —remató Alatraste con calma, y esperó.

Ahora sí. Lo sintió venir en la oscuridad, o más bien lo adivinó por el reflejo de la espada y el ruido de pasos, perdido todo compás de destreza, y por el rugido de rencor al acometer, ciego. Entonces paró firme, dejó al otro intentó: un furioso revés, y a mitad del movimiento, cuando calculó; que el teniente de alguaciles aún tendría adelantado el pie contrario, giró medio círculo la muñeca, se tiró a fondo puño arriba y le pasó el pecho de una estocada.

Retiró la espada, y mientras la limpiaba en el ruedo de la capa se quedó mirando el bulto de Saldaña tirado en el suelo. Luego la envainó y fue a arrodillarse junto al que había sido su amigo. Por alguna extraña razón no sentía remordimiento, ni dolor. Sólo una honda fatiga y un deseo de blasfemar a gritos. Mierda de Dios. Acercó la oreja. Oía la respiración irregular y débil del otro, y un ruido que no le gustaba, el burbujeo de la sangre y el silbido del aire al entrar y salir de los pulmones por la herida. Estaba grave, aquel estólido, cabezota.

—Maldito seas —dijo.

Sacó un lienzo limpio de la manga del jubón y buscó a tientas la brecha. Le cabían dos dedos en ella, comprobó. Introdujo allí lo que pudo del pañuelo, para frenar la hemorragia. Después empujó a Saldaña, volviéndolo a medias en el suelo, y sin hacer caso de sus gemidos estuvo palpándole la espalda. No encontró agujero de salida, ni otra sangre que la que manaba del pecho.

—¿Puedes oírme, Martín?

Con un hilo de voz el otro respondió que sí. Que lo oía.

—Procura no toser, ni moverte.

Sostuvo en alto la cabeza del herido y le puso debajo la capa, doblada a manera de almohada par evitar que la sangre subiera de los pulmones a la garganta lo asfixiara.

—Cómo estoy, le oyó preguntar. La última palabra se ahogó en una tos sucia. Líquida.

—Estás aviado. Si toses, te desangras.

Asintió el otro débilmente con la cabeza, y se quedó quieto; el rostro en sombra, haciendo ruido con el pulmón atravesado. Volvió a asentir un momento después, cuando Alatraste escudriñó a un lado y a otro, impaciente, y dijo que tenía que irse.

—Veré de buscarte ayuda —dijo—. ¿Quieres también un cura?

—No digas... sandeces.

Alatraste se puso en pie.

—Igual sales de ésta.

—Igual.

Dio unos pasos el capitán, alejándose; pero lo alcanzó la voz del herido, que lo llamaba. Volvió atrás, arrodillándose de nuevo.

—Dime, Martín.

—No lo pensabas... ¿verdad?... Lo que dijiste.

A Alatraste le costó abrir los labios. Los sentía secos, pegados. Cuando habló, le dolieron como desgarrándose.

—Claro que no lo pensaba.

—Hijo... de puta.

—Ya me conoces. Fui a lo fácil.

Una mano de Saldaña se había aferrado a su brazo. Parecía que todo el vigor de su cuerpo maltrecho se concentraba allí.

—Querías enfurecerme... ¿No es cierto?

—Sí.

—Sólo fue... una treta.

—Por supuesto. Una treta.

—Júralo.

—Voto a Dios.

El pecho traspasado del teniente de alguaciles se agitó dolorosamente en una tos. O en una risa.

—Lo sabía... Hijo de puta... Lo sabía...

Alatraste se incorporó arrebozándose en su capa. Después de la acción, al calmársele la sangre sentía el frío de la noche. O tal vez no fuera la noche.

—Buena suerte, Martín.

—Lo mismo digo... capitán... Alatraste.

Aullaban perros a lo lejos, por el camino de San Isidro. El resto del paisaje nocturno estaba en silencio, y ni siquiera había un soplo de brisa que moviera las hojas de los árboles. Diego Alatraste cruzó el último tramo de la puente segoviana y se detuvo un momento junto a los cobertizos de los lavaderos. El Manzanares resonaba en la orilla, henchido por el agua de las últimas lluvias. Madrid era una mole oscura, atrás, encaramada en las alturas sobre el río, con las sombras aguzadas de los campanarios de sus iglesias y la torre del Alcázar Real perfilándose entre cielo y tierra: negra a tachonada de estrellas arriba y algunas luces mortecinas abajo, tras los muros de la ciudad.

La humedad calaba su capa cuando, tras comprobar que todo estaba en orden, caminó hacia la ermita del Ángel. Había llegado sin más tropiezos después de llamar, embozado el rostro, a la puerta de una casa vecina al Rastro, sacar un doblón de a cuatro y decir que buscaran a un cirujano y se ocuparan de un herido que había junto al matadero. Ahora, ya muy cerca de la ermita y resuelto a no correr más riesgos, el capitán sacó de la pretina una de las pistolas, echó atrás el perrillo y apuntó a la sombra del hombre que aguardaba allí. Al sonar el chasquido del arma, relinchó inquieto un caballo y la voz de Bartolo Cagafuego le preguntó a Alatraste si era él.

—Soy —dijo.

Cagafuego envainó su herreruza con un suspiro de alivio. Estaba contento, dijo, de que todo hubiera salido bien y el señor capitán llegara sano y salvo. Le pasó las riendas del caballo: un morcillo, añadió, dócil y de buena boca, aunque cargaba algo a la derecha. Con todo y con eso, propio de un marqués, o de un emperador de la China, o de cualquier personaje de mucho tolo.

—Es andariego, pues no tiene costras en las ijadas ni llagas de espuela. Le he avisado las herraduras, y a fe que no manca un clavo. También caté la silla y la cincha... Vuacé lo encontrará a su gusto.

Alatraste palmeaba el cuello del caballo: cálido, tenso y fuerte. Lo sintió cabecear al contacto de su mano, complacido. El vaho cálido de los ollares le humedeció la palma.

—El animal —proseguía Cagafuego— puede calcorrear ocho o diez leguas muy gentil, si no se le acogota. Estuve un tiempo con gitanos por Andalucía, y de cuatroleos y almifores entiendo algo. Por los hombres suceden las desgracias, no por las pobres bestias... Pero si al final le entran agonías a vuacé, puede cambiar de montura en la posta de Galapagar y subir fresco la cuesta.

—¿Habéis puesto alforjas?

—Me he tomado esa libertad: una giba con un chusco de arte, formage, cecina y un pellejo con medio azumbre d alboroque.

—El vino será bueno, supongo —bromeó Alatraste.

—De la taberna de Lepre, y no digo más. Turco como Solimán.

Alatraste comprobó a tientas cabezada, brida, silla, cincha y estribos. La alforja con la comida y el vino colgaba del arzón. Echó mano a la faltriquera y le alargó al otro dos monedas de oro.

—Os habéis portado como quien sois, amigo: la nata de la chanfaina.

Sonó en la oscuridad la risa halagada y feroz del jaque.

—Voto al siglo de mi agüelo que no hice nada, señor capitán. Fue agua y lana. Ni siquiera hubo que meter mano a la fisberta ni desabrigar almas, como en Sanlúcar... Y por vida del rey de matantes que lo siento; a un tigre de mis hígados lo afrenta que se le oxide la gubia. Que no todo va a ser vivir del caire que uno engiba de su marca.

—Saludadla de mi parte. Y que no os pille el mal francés como la otra: aquella pobre Blasa Pizorra, que en paz descanse.

Alatraste entrevió que el rufo se santiguaba en la oscuridad.

—No lo permita el Coime de las Clareas.

—En cuanto a la valerosa gubia de vuestra merced —añadió Alatraste—, ya habrá ocasión. La vida es corta y el arte larga.

—De arte no entiende mucho este bravo, señor capitán; pero de lo otro, vive Roque. Los deudos estamos para las ocasiones, y ahí me tendrá vuacé: cumplidor como un godo y más puntual que cuartana. Y no digo más.

Alatraste se había arrodillado para calzarse las espuelas.

—Huelga decir que ni nos hemos visto, ni nos conocemos –dijo mientras abrochaba las hebillas–... Me pase lo que me pase, podéis estar tranquilo.

Cagafuego soltó otra risotada.

—Eso va de oficio... Es universal que, aunque lo acerre la Durandaina, al hijo del padre de vuacé no le suelta la sin hueso ni el potro que no es de Córdoba.

—Nunca se sabe.

—No se disminuya, señor capitán. Que ya tuviera yo el socorro de mi coima tan seguro como vuestra mojarra... Todo Madrid lo conoce como hidalgo de los que se dejan bochar mudos en el cabo de Palos.

—Permitidme un ay, por lo menos.

—Pase adelante esa dobladilla por tratarse de vuacé. Pera como mucho, ay, nones, y a iglesia me llamo.

Se despidieron dándose la mano. Luego Alatraste se puso los guantes, montó y condujo al caballo río arriba, por el sendero que discurría junto a la tapia de la Casa de Campo, la rienda floja para que el animal se guiara en la oscuridad. Pasado el puentecito del arroyo Meaque, donde los cascotes del caballo resonaron demasiado para su gusto, se metió entre la arboleda de la orilla para evitar a los guardias de la puerta real; y tras seguir un rato así, agachándose con una mano en el ala del chapeo mientras esquivaba las ramas bajas de los árboles, salió a la cuesta de Aravaca, bajo las estrellas, dejando el rumor del río a la espalda, tras los bosquecillos sombríos que se espesaban en la ribera. Allí la tierra clara del suelo permitía distinguir mejor el camino; de modo que puso una de las pistolas que llevaba al cinto en la funda del arzón delantero, se abrigó más con la capa, arrió espuelas y puso el caballo a un trotecillo suelto, para verse lo antes posible lejos de aquellos parajes.

Bartolo Cagafuego tenía razón: el morcillo tiraba un poco más de la brida derecha que de la izquierda y convenía barajarlo un poco, pero era noble y de razonable buena boca. Por fortuna; pues Alatraste no era gallardo jinete. Sabía de animales como todo el mundo, montaba mesurado y derecho sin descomponerse en el galope, se manejaba a lomos de un caballo o una mula, e incluso conocía algunas evoluciones propias del combate y de la guerra. Pero de ahí a la destreza ecuestre mediaba un trecho. Toda su vida había pateado Europa con los tercios de la infantería española y navegado el Mediterráneo en las galeras del rey; y a los caballos los recordaba menos bajo la propia silla que viniéndole encima a la carga entre clarines enemigos, redoble de tambores y picas ensangrentadas, en llanuras flamencas o en playas de Berbería. En realidad sabía más de destapar caballos que de montarlos.

Pasada la venta vieja del Cerero, que estaba cerrada y sin luz, trotó cuesta de Aravaca arriba y luego aflojó talones dejando que el animal anduviera al paso por el camino, llano y con pocos árboles, que discurría entre las manchas oscuras, semejantes a grandes extensiones de agua, de los sembrados de trigo y cebada. El frío arreció antes de que clarease el cielo, como era de esperar, y el capitán agradeció llevar puesto el colete de piel de búfalo bajo la capa. Las primeras luces empezaban a perfilar el horizonte, agrisando las sombras, cuando caballo y jinete pasaron cerca de Las Rozas, sin entrar. Alatraste había decidido no utilizar el camino de rueda de Ávila, más largo y frecuentado; así que al llegar al cruce tomó a la derecha por el sendero de herradura. A partir de allí había suaves subidas y bajadas, y los sembrados dieron, paso a pinares y matorrales entre los que se detuvo un rato desmontando para meter mano a la alforja de Cagafuego Vio amanecer sentado sobre

la capa, abstraído en sus pensamientos, despachando un poco de queso con un trago de vi? no mientras el caballo descansaba. Luego puso el pie en el estribo, se acomodó otra vez en la silla y siguió en pos de su: sombra y la de su montura, que los primeros rayos de luz rojiza alargaban sobre el suelo. Más adelante, a unas tres leguas de Madrid y con el sol calentando la espalda de Alatríste, el camino se hizo más revuelto y cuesta arriba, y los bosquecillos de pinos cambiaron a frondosos encinares donde correteaban conejos y a veces se vislumbraban huidizas cornamentas de ciervos. Aquéllos eran cotos despoblados y sin cultivar, reservados al rey; la caza furtiva se pagaba con pena de azotes y galeras.

A poco empezó a cruzarse con gente: unos arrieros con sus mulas camino de Madrid y otra reata con pellejos de vino que adelantó cerca del río Guadarrama. A mediodía pasó el puente del Retamar, donde el aburrido guarda de la casilla se embolsó el peaje de caballerías sin hacer preguntas ni apenas mirarle la cara. A partir de allí el paisaje se hacía, más quebrado y fragoso, serpenteando el camino entre retamas de flores blancas, barrancos y peñas que multiplicaban el eco de los cascotes del caballo, con muchas vueltas y revueltas por un terreno que habría sido, pensó Alatríste mirando en torno con ojo profesional, perfecto para ermitaños de camino, o sea, bandoleros, de no mediar pena de vida para quien saltara en tierras del rey. Éstos preferían hacer de las suyas a pocas leguas de allí, desvalijando en el camino real que por la torre Lodones y el Guadarrama llevaba a Castilla la Vieja. Aun así, habida cuenta de que no eran los bandoleros quienes más lo preocupaban en aquel trance, comprobó que seguía seco el cebo de la pistola que llevaba lista en el arzón, junto a la mano que empuñaba las riendas.

## IX. LA ESPADA Y LA DAGA

—He de confesar que yo estaba aterrado. Y no era para menos. El conde de Guadalmedina en persona había ido a buscarme, y ahora caminábamos a buen paso bajo los arcos del patio principal de El Escorial. Don Francisco de Quevedo, a quien estaba ayudando a poner en limpio unos versos de su comedia cuando Guadalmedina apareció en la puerta del gabinete, apenas había tenido tiempo de dirigirme una grave ojeada aconsejando prudencia antes de que el otro me ordenara seguirlo. Ahora me precedía muy añusgado, oscilándole el elegante herreruelo sobre el hombro izquierdo, la mano zurda en el pomo de la espada y los pasos impacientes resonando en la galería oriental del patio. Pasamos así por delante del cuerpo de guardia, tomamos la escalera pequeña junto al juego de pelota y salimos al piso superior.

—Espera aquí —dijo.

Obedecí, mientras Álvaro de la Marca desaparecía por una puerta. Estaba en un sombrío vestíbulo de granito gris, sin tapices, cuadros ni adornos, y toda aquella piedra fría al rededor me hizo estremecer. Pero aún me estremecí más cuando el de la Marca asomó de nuevo, dijo secamente que, entrase, y al dar cuatro pasos me vi en una galería larga, el techo pintado y las paredes ornadas con frescos que representaban escenas militares, sin otros muebles que un bufete con aderezo de escribir y una silla. La estancia tenía nueve ventanas a un lado, abiertas a un patio interior cuya luz iluminaba la prolongada pintura principal que decoraba la pop red opuesta, donde antiguos caballeros cristianos reñían con moros, mostrándose hasta en el menor detalle los pormenores del ejército y del combate. Era la primera vez que entraba en la galería de las Batallas, y estaba lejos de suponer hasta qué punto, con el tiempo, aquellas pinturas conmemorando la victoria de la Higuera, la gesta de San Quintín y la jornada de las Terceras iban a serme tan familiares como el resto del edificio real, cuando años después llegué a ser teniente, y luego capitán, de la guardia vieja de nuestra señor Felipe IV. De cualquier modo, en aquel momento, el Iñigo Balboa que caminaba junto al conde de Guadalmedina era sólo un joven asustado, incapaz de apreciar la majestuosidad de las pinturas que decoraban la galería. Mis cinco sentidos estaban puestos en la figura imponente que aguardaba al extremo, junto a la última de las ventanas: un hombre corpulento, de barba espesa recortada en el mentón y terrible mostacho que se espesaba en las guías. Vestía de lama noguerada, con la cruz verde de Alcántara; y su cabeza, grande, poderosa, se asentaba sobre un cuello que a duras penas se veía contenido por la golilla almidonada. Al acercarme clavó en mí unos ojos inteligentes y amenazadores como arcabuces negros. En los días que narro, aquellos ojos daban pavor a toda Europa.

—Éste es el mozo —apuntó Guadalmedina.

El conde-duque de Olivares, valido de Su Católica Majestad, asintió casi imperceptiblemente, sin dejar de observarme. En una mano sostenía un papel escrito y en la otra una taza de chocolate.

—¿Cuándo llega ese Alatraste? —le preguntó a Guadalmedina.

—A la puesta de sol, supongo. Tiene instrucciones para presentarse en el acto.

Olivares se inclinó un poco hacia mí. Oírlo pronunciar el nombre de mi amo me había dejado estupefacto.

—¿Tú eres Iñigo Balboa?

Hice un gesto afirmativo, incapaz de articular palabra, mientras intentaba ordenar mi

mente confusa. El conde-duque leía el documento entre sorbos al chocolate, murmurando algunos párrafos en voz alta: nacido en Oñate, Guipúzcoa, hijo de un soldado muerto en Flandes, criado de Diego Alatríste y Tenorio, más conocido como el capitán Alatríste, etcétera. Mochilero en el tercio viejo de Cartagena. Toma de Oudkerk, batalla del molino Ruyter, combate de Terheyden, asedio de Breda –entre cada nombre flamenco alzaba los ojos del papel, como para comparar aquello con mi evidente juventud–. Y antes de Flandes, un auto de fe de la plaza Mayor de Madrid, el año mil seiscientos y veintitrés.

—Ya recuerdo –dijo, observándome con más atención mientras dejaba la taza sobre el bufete–... Aquel asunto con el Santo Oficio.

No era tranquilizador conocer que tu biografía andaba en papeles; y el recuerdo de mi aventura con la Inquisición no contribuyó a serenarme el ánimo. Pero la pregunta que vino después me trocó el desconcierto en pánico:

—¿Qué ocurrió en las Minillas?

Miré a Álvaro de la Marca, que hizo un movimiento tranquilizador con la cabeza.

—Puedes hablar delante de su grandeza –dijo–. Está al corriente de todo.

Seguí mirándolo, receloso. Yo le había referido en el garito de Juan Vicuña los sucesos de la infausta noche, bajo condición de que no hablara con nadie hasta entrevistarse con el capitán Alatríste. Pero el capitán aún no estaba allí. Guadalmedina, cortesano al fin, no había jugado limpio. O se cubría las espaldas.

—No sé nada del capitán –balbucí.

—Déjate de tonterías, pardiez –urgió Guadalmedina–. Estuviste con él y con el hombre que murió. Explícale a su grandeza cómo fue todo.

Me volví hacia el conde-duque. Continuaba estudiándome con una fijeza feroz que daba espanto. Aquel hombre sostenía sobre sus hombros la monarquía más poderosa de la tierra; movía ejércitos a través de los mares y las cordilleras con sólo enarcar una ceja. Allí estaba yo, temblando por dentro como una hoja. Y a punto de decirle no.

—No –dije.

Parpadeó un instante el valido.

—¿Te has vuelto loco? –exclamó Guadalmedina.

El conde-duque no me quitaba la vista de encima. Sin embargo, sus ojos parecían ahora más curiosos que furibundos.

—Por mi vida, que voy a... –empezó Guadalmedina, amenazador, dando un paso hacia mí.

Olivares lo detuvo con un ademán: un movimiento breve, apenas consumado, de su mano izquierda. Luego le dio otro vistazo al papel y lo dobló en cuatro antes de guardárselo entre la ropa.

—¿Por qué no? –me preguntó.

Lo hizo casi con suavidad. Miré las ventanas y las chimeneas al otro lado del patio, los tejados de pizarra azul iluminados por el sol que empezaba a declinar en el cielo. Luego encogí los hombros y no dije esta boca es mía.

—Vive Cristo –dijo Guadalmedina– que te haré soltar la lengua.

El conde-duque descartó aquello, alzando un poco la mano otra vez. Parecía escudriñar cada rincón de mi seso.

—Es tu amigo, naturalmente –dijo al fin.

Asentí. Al cabo de un momento el valido asintió también.

—Comprendo –dijo.

Dio unos pasos por la galería, deteniéndose junto a uno de los frescos pintados entre las

ventanas: cuadros de infantería española erizados de picas en torno a la cruz de San Andrés, marchando hacia el enemigo. Yo había estado dentro de esos cuadros, pensé con amargura. Acero en mano, tiznado de pólvora, ronco de gritar el nombre de España. El capitán Alatraste, también. Pese a todo, en tales andábamos. Vi que el valido seguía la dirección de mis ojos hasta la pintura, leyendo mis recuerdos. Un apunte de sonrisa le suavizó el gesto.

—Creo que tu amo es inocente —dijo—. Tienes mi palabra.

Consideré muy por lo menudo la figura imponente que tenía ante mí. No me hacía ilusiones. Había vivido algo, y no se me escapaba que la tolerancia que el hombre más poderoso de España —que era decir del mundo— me mostraba en ese momento, no era sino cálculo inteligentísimo, propio de un hombre capaz de aplicar los resortes de su talento a la vasta empresa que lo obsesionaba: hacer a su nación grande, católica y poderosa, sosteniéndola por tierra y mar frente a ingleses, franceses, holandeses, turcos y el mundo en general; pues tan enorme y temido era el imperio español, que nadie lograría sus ambiciones sino a costa de las nuestras. Para el conde-duque, semejante empresa justificaba cualquier medio. Y comprendí que el mismo tono mesurado y paciente con el que me hablaba podría utilizarlo para ordenar que me descuartizaran vivo; y lo haría, llegado el caso, sin que eso lo turbase más que aplastar moscas a papirotazos. Yo sólo era un humildísimo peón en el complejo tablero de ajedrez donde Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, jugaba la arriesgada partida de su privanza. Y mucho más adelante cuando la vida me llevó a ello, pude confirmar que el valido todopoderoso de nuestro señor don Felipe IV, pese que nunca vaciló en sacrificar cuantos peones hubo menester, nunca se desprendía de una pieza, por modesta que fuera, mientras creyese que podía serle útil.

En cualquier caso, aquella tarde en la galería —de las Batallas me vi tomados los caminos. Así que hice de tripas corazón. A fin de cuentas Guadalmedina habría referido lo que yo le confié a él, y nada más. Ningún mal iba a hacer repitiéndolo. En cuanto al resto, incluido el papel de Angélica de Alquézar en la conspiración, eso era otra cosa. Guadalmedina no podía contar lo que ignoraba; y no iba a ser yo —así de ingenua era, pese a todo, mi hidalga mocedad— quien pronunciara el nombre de mi dama delante del conde-duque.

—Don Álvaro de la Marca —empecé— ha dicho la verdad a vuestra grandeza...

En ese momento caí en algo de las primeras palabras del valido que me desazonó mucho: el viaje del capitán Alatraste a El Escorial no era un secreto. Al menos él y Guadalmedina estaban al corriente. Y me pregunté quiénes más lo sabrían, y si la noticia —lo que sana camina, y lo que mata, vuela— habría llegado también hasta nuestros enemigos.

El caballo empezó a cojear pasado el puerto, cuando las retamas y las peñas cedieron a los encinares y el camino se hizo más llano y recto. Diego Alatraste echó pie a tierra, miró los cascos del animal y comprobó que la herradura de la mano izquierda había perdido dos clavos y estaba suelta. Cagafuego no había puesto en la silla bolsa con hechura de respeto, así que tuvo que ajustar el hierro lo mejor que pudo, remachando los clavos en sus claveras con una piedra gruesa. No sabía cuánto iba a aguantar aquello; pero la siguiente posta estaba a menos de una legua. Montó de nuevo, y al paso, procurando no forzar al caballo, inclinándose de vez en cuando para vigilar el casco mal herrado, siguió caminando. Cabalgó despacio casi una hora hasta divisar a lo lejos, a la derecha y con el fondo de las cumbres todavía nevadas del Guadarrama, la torre berroqueña de la iglesia y los tejados de la docena de casas que formaban el pueblecito de Galapagar. El camino no entraba en él, sino que seguía adelante; y al llegar al cruce Alatraste desmontó frente a la casa de postas.



Encomendó el caballo al herrador, echó un vistazo a los otros animales que descansaban en el establo –observó que había dos caballos ensillados y atados fuera– y fue a sentarse bajo el porche emparrado del pequeño ventorrillo. Había media docena de arrieros que jugaban a las cartas junto a la tapia, un fulano con ropas de campo y espada al cinto de pie junto a ellos, mirándolos jugar, y un clérigo con criado y dos mulas cargadas con fardos y maletas, que en una mesa comía manos de puerco estofadas, espantando moscas del plato. El capitán saludó a este último, tocándose ligeramente el ala del chapeo.

—A la paz de Dios –dijo el clérigo con la boca llena.

La moza de la posta trajo vino. Alatraste sorbió con sed y estiró las piernas acomodando a un lado la espada, mientras observaba trabajar al herrador. Luego estimó la altura del sol e hizo sus cálculos. Quedaban casi dos leguas hasta El Escorial; lo que suponía, con el caballo recién herrado y forzando el paso, siempre que los arroyos del Charcón y el Ladrón no bajaran con mucha agua y pudiese vadearlos por el camino mismo, que estaría en el real sitio a media tarde. De modo que, satisfecho, apuró el vino, puso una moneda sobre la mesa, requirió la espada y se levantó para acercarse al herrador, que terminaba su faena.

—Disculpe vuestra merced.

No había visto salir al hombre del interior de la casa de postas, y casi llegó a tropezar con él. Era un individuo barbudo, bajo y ancho de espaldas, vestido con ropas de campo, polainas y montera de cazador, como el otro que miraba jugar a los arrieros. Alatraste no lo conocía. Se le antojó un furtivo o un guardabosques: llevaba espada corta en tahalí de cuero y cuchillo de monte al cinto. El desconocido aceptó las excusas con una leve inclinación de cabeza, observándolo con atención; y mientras caminaba hacia el establo, el capitán intuyó que el otro seguía mirándolo. Mala papeleta, pensó. Aquello no daba buena espina. Cuando ajustaba el pago con el herrero entre zumbidos de tábanos se volvió con disimulo para acechar por el rabillo del ojo. El hombre seguía bajo el porche, sin quitarle la vista de encima. Pero lo que más inquietó a Alatraste fue que, mientras él metía pie, en el estribo y se izaba a lomos del morcillo, el fulano cambió una ojeada con el otro que estaba junto a los arrieros. Aquéllos eran hombres de manos e iban juntos, concluyó. Por alguna razón él atraía su curiosidad; y ninguna de las razones que imaginaba podía ser buena.

Y así, apercebido, mostacho sobre el hombro para ver si lo seguían, picó espuelas y tomó el camino de El Escorial.

—No hay escenario en el mundo –dijo don Francisco de Quevedo– que se compare a éste.

Estábamos bajo los soportales de granito de la casa de la Compañía, sentados en un nicho de la pared, observando los preparativos de *La espada y la daga* en los jardines de El Escorial, que eran magníficos: anchos de cien pies, con setos y cuadros de flores recortados a la altura de un hombre en hermosas figuras y laberintos, en torno a una docena de fuentecillas donde cantaba el agua y bebían los pájaros. Protegidos del cierzo por el palacio-monasterio mismo, en cuyos muros había espalderas por las que trepaban jazmines y mosquetas, los jardines se extendían como amena terraza junto al lienzo de mediodía del edificio, orientados al sol en forma de mirador amplísimo que daba sobre un estanque de piedra donde nadaban patos y cisnes. Desde allí podían admirarse, al sur y al oeste, las imponentes montañas cercanas con sus tonos azulados, grises y verdes. Y en la distancia, al oriente, las grandes dehesas y bosques reales que se prolongaban hacia Madrid.

*cuando menos lo sospechas,  
del arco vuelan las flechas,  
y es blanco tu propio honor.*

Hasta nosotros llegaba la voz de María de Castro ensayando los primeros versos del segundo acto. Sin duda era el timbre más dulce de España, cultivado por la destreza del marido, que en ese aspecto –ya que no en otros– nunca la dejaba de su mano. A veces la interrumpían los martillazos de los tramoyistas; y Cózar, que apuntaba con el manuscrito de don Francisco delante, se volvía a reclamar silencio con majestad propia de un arzobispo de Lieja o de un gran duque de Moscovia, personajes con cuyos modales se había familiarizado sobre las tablas. La obra iba a estrenarse allí, al aire libre. Para ello se había dispuesto un tablado y un toldo grande que protegería del sol o la lluvia a las personas reales y a los invitados principales. Se decía que el conde-duque gastaba diez mil escudos en agasajar a los reyes y sus invitados con la comedia y la fiesta.

*Y de esa forma advertimos  
que enamorados, muriendo vivimos,  
y que viviendo, en cierto modo, morimos.*

Versos, por cierto, de los que don Francisco no estaba muy orgulloso; pero como él mismo me comentó por lo bajini valían exactamente lo que le pagaban por ellos. Aparte que esa clase de retruécanos, escamoteos y redundancias eran muy del gusto de los espectadores de los corrales de comedias, desde el mismo rey hasta el último villano, incluidos los mosqueteros del zapatero Tabarca. De manera que, en opinión del poeta –que apreciaba mucho a Lope de Vega, pero le gustaba poner a cada uno en su sitio–, si el Fénix de los Ingenio se permitía, a veces, sutiles tomaduras de pelo para redondear un acto o arrancar aplausos en una escena, no veía la razón por la que fuera a negarse él. Lo importante, decía, no era que esa clase de versos pudiera parirlos su talento como moro haciendo buñuelos, sino que fueran del agrado del rey, la reina y sus invitados. Sobre todo del conde-duque, aflojador de la mosca.

—El capitán estará al llegar –dijo de pronto Quevedo.

Me volví a mirarlo, agradeciéndole que siguiera pensando en mi amo. Pero el poeta se mantuvo impassible, observando María de Castro como si nada, y no dijo más. En lo que a mi se refiere, tampoco el capitán Alatriste se me iba de la cabeza y menos tras la entrevista que había mantenido, bien a mi, pesar, con el valido del rey. Yo confiaba en que, a la venida del capitán y después de reunirse con Guadalmedina, todo quedaría arreglado y nuestras vidas volverían a ser como antes. Sobre su relación con la Castro –en ese momento la representante pedía agua para refrescarse, y su marido se la hacía llevar, solícito– yo no albergaba dudas de que, tras lo ocurrido, mi amo renunciaría a hacer de galán en tan peligrosas rejas. En otro orden de cosas, y en lo que se refiere a la hermosa representante, me sorprendía la naturalidad con que ésta se comportaba en El Escorial. Hasta ese punto, comprendí, una mujer arrogante y segura de sí, puesta en semejante astillero, puede envanecerse cuando goza del favor de un rey o de un hombre poderoso. Por supuesto que no había la menor vecindad entre la actriz y la reina; los comediantes sólo pisaban el jardín del palacio para los ensayos, y ninguno se alojaba en el recinto. También se comentaba que el cuarto Felipe ya había hecho alguna visita nocturna a la Castro, esta vez sin que nadie lo importunase; y menos el marido, pues era notorio que Cózar tenía el sueño pesado y aun

con los ojos abiertos sabía roncar como un bendito. Todo aquello era comidilla diaria y pronto llegaría a oídos de la reina; pero la hija de Enrique IV estaba educada como princesa, y ello incluía tomar tales cosas por gajes del oficio. Isabel de Borbón siempre fue espejo de reinas y damas; por eso el pueblo la amó y respetó hasta su muerte. Aun así, nadie podía imaginar las lágrimas de humillación que nuestra desdichada reina iba a derramar de puertas adentro a causa de la lujuria de su augusto esposo; que con el tiempo, según público rumor, llegaría a engendrar hasta veintitrés bastardos reales. En mi opinión, la invencible repugnancia que toda su vida tuvo la reina a visitar El Escorial –no había de volver sino para ser enterrada allí– se debió, aparte de que a su carácter alegre le pareciera siniestro el edificio, a que éste le trajo siempre, a partir de entonces, el mal recuerdo de la aventura de su marido con la Castro; cuya victoria, por cierto, no fue duradera, pues en el capricho real iba a sustituirla pronto otra actriz de dieciséis años, María Calderón. Y es que al cuarto Felipe siempre le atrajeron más las,; mujeres de baja estofa, representantes, fregatrices, mozas de mesón y cantoneras, que las damas ilustres; aunque es precise, señalar que, a diferencia de Francia, donde algunas favorito; llegaron a mandar más que las reinas, en España se guarda,; ron las apariencias y ni una sola querida del rey tuvo asean } diente en la Corte. La vieja y mojjigata Castilla, aliada con rígida etiqueta borgoñona traída de Gante por el emperador Carlos, no podía tolerar que entre la majestad de sus monarcas y la humanidad vulgar mediase menos que un abismo; Por eso, al término del capricho –nadie podía montar un caballo usado por el rey, ni gozar a una mujer a la que hubiese hecho su amante–, las mancebas de nuestro señor don Felipe solían ser forzadas a entrar en un convento, lo mismo que 4 las hijas habidas de tales amores ilegítimos. Lo que dio lugar a que un ingenio de la Corte escribiese la inevitable décima que empezaba:

*Caminante, esta que ves  
casa, no es quien ser solía;  
hízola el rey mancebía  
para convento después.*

Esas circunstancias, más los derroches en fiestas, mascaradas y luminarias, la corrupción, las guerras y el mal gobierno, contribuyen a trazar a vuestras mercedes el retrato moral de aquella España, aún temida y poderosa, que se nos iba al diablo sin remedio: un rey poco enérgico, con buenas intenciones pero incapaz de cumplir por sí mismo con su deber, que durante su largo reinado de cuarenta y cuatro años dejó la responsabilidad en manos de otros, pecó, cazó y se divirtió cuanto pudo, agotando las arcas de la nación, mientras perdíamos el Rosellón y Portugal, se levantaban Cataluña, Sicilia y Nápoles, conspiraban los nobles andaluces y aragoneses, y nuestros tercios, obligados por la falta de pagas al hambre y a la indisciplina, no tenían otra que dejarse destrozados impávidos y silenciosos, fieles a su gloriosa leyenda, quedando España convertida en lo que aquel famoso final de soneto de don Luis de Góngora –dicho sea con licencia del señor de Quevedo– tan admirablemente resumía:

*En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.*

—Pero, como en cierta ocasión me dijo el capitán Alatraste, durante un motín cerca de Breda –«tu rey es tu rey»–, Felipe IV fue el monarca que el destino me dio, y no tuve otro. Lo que él encarnaba era lo único que conocimos los hombres de mi casta y de mi siglo.

Nadie nos permitió escoger. Por eso me seguí batiendo por él y le fui leal hasta su muerte, lo mismo en la inocencia de mi mocedad, en el desprecio de mi posterior lucidez y advertimiento, o en la piedad de mi madurez, mucho después: cuando, jefe de su guardia, lo vi convertido en anciano precoz, doblegado por el peso de la derrota, los desengaños y los remordimientos, quebrantado por la ruina de su nación y los golpes de la vida; y yo mismo solía acompañarlo sin otra escolta a El Escorial, donde pasaba largas horas sin despegar los labios, a solas en el fantasmal panteón que contenía los restos ilustres de sus antepasados: los reyes cuya magna herencia dilapidó de modo tan miserable. Era mucha España la que, para nuestra desgracia vino a caer sobre sus hombros. Y él nunca fue hombre para semejante peso.

Se había dejado emboscar de la manera más idiota; pero ya no quedaba tiempo para lamentaciones. Resignado a encarar lo inevitable, Diego Alatríste metió espuelas con violencia, obligando al caballo a vadear el arroyo entre una nube de salpicaduras de agua. Los dos jinetes que le venían a la zaga habían acortado distancia; mas quienes de veras lo inquietaban eran otros dos recién salidos de la arboleda que cubría la margen opuesta, cabalgando hacia él con las evidentes intenciones del turco.

Estudió el terreno para ver qué posibilidades ofrecía. Venteaba el peligro desde la posta de Galapagar, cuando, ya bajando la cuesta de los arroyos y con la mole gris de El Escorial distinguiéndose a lo lejos, comprobó que lo seguían dos hombres a caballo. Su instinto profesional estaba alerta, de modo que no necesitó más para comprender que eran los de la venta. Por eso había espoleado el morcillo, llevándolo aprisa por la cuesta con intención de ganar los bosques cercanos y reservarse la ventaja de la sorpresa. Pero la aparición de otros dos jinetes ponía las cosas claras. Se topaba con lo que en milicia habría llamado batidores: una patrulla que exploraba el paraje al acecho de alguien. Y tal como pintaban los naipes, el capitán albergaba escasas dudas de que ese alguien fuera él.

El caballo estuvo a punto de resbalar sobre las piedras del fondo, pero llegó al otro lado sin caerse, a cosa de veinte pasos de los que se acercaban al trote largo por la orilla del arroyo. Alatríste los midió de una ojeada plática: bigotazos, ropas de cazadores o guardabosques, pistolas, espadas y un arcabuz en la silla. Gente segura, del oficio. Miró atrás y vio bajar por la cuesta de Galapagar a los de la venta, que habían agujado sus monturas y venían al galope. Todo estaba claro como la luz del día. Contuvo el caballo, sacó sin aspavientos la pistola del cinto, se puso las riendas entre los dientes y amortilló el perrillo. Luego hizo lo mismo con la del arzón. No era experto en combatir así; pero echar pie a tierra frente a cuatro hombres montados habría sido locura. Al menos, pensó con mezquino consuelo, a pie, montado o con música de chacona, se trataba de reñir. De manera que cuando los de la orilla estuvieron a tres varas, se irguió afirmándose en los estribos, alargó el brazo y tuvo tiempo de ver la alarma en el rostro del hombre al que apuntaba cuando apretó el gatillo y le soltó un pistoletazo. Lo habría matado de no desviarle el tiro un bote de la propia cabalgadura. Ante el estampido y el foganazo, el otro, que era quien llevaba el arcabuz atravesado en la silla, alzó de manos el caballo para hurtarse al disparo. También su compañero encogió el cuerpo tirando de las riendas. Eso le dio tiempo a Alatríste para caracolear su montura, guardar la pistola descargada y sacar la otra. Con ésta en la mano quiso espolear y acercarse más, por no fallar el segundo tiro; pero el morcillo no era bestia de guerra, estaba descompuesto por el estampido del arma y corrió descontrolado entre los guijarros de la orilla. Con una blasfemia en la boca, Alatríste se vio vueltas las espaldas, incapaz de apuntar como era debido. Tiró de las riendas del animal con

tanta violencia que éste se encabritó, casi desarzonándolo. Cuando recobró el control tenía un enemigo a cada lado, con sendas pistolas en las manos. También tuvo ocasión de ver que los de la venta cruzaban el arroyo entre rociadas de espuma: traían las espadas desnudas, pero al capitán le preocupaban más las pistolas que amenazaban sus flancos. Así que se encomendó al diablo, alzó la suya y le pegó un tiro a bocajarro al más próximo. Esta vez lo vio caer sobre la grupa, una pierna por alto y otra trabada en el estribo. Después, mientras tiraba el arma descargada y metía mano a la toledana, Alatríste observó la pistola del otro adversario moviéndose hacia él, y tras ella unos ojos desorbitados por la acción, fijos y tan negros como el orificio del cañón que le apuntaba. Ahí terminaba todo, comprendió. Y no había otra. Alzó la espada para intentar al menos, con el último impulso, llevarse por delante al hideputa que lo mataba. Y entonces, para su sorpresa, vio que el agujero negro se desviaba hacia la cabeza de su caballo y que el fogonazo y el tiro le salpicaban la ropa con sangre y sesos del animal. Cayó de bruces sobre la bestia muerta, rodando hasta golpearse en las piedras de la orilla. Aturdido, quiso levantarse; mas le fallaron las fuerzas y se quedó inmóvil, la cara pegada al fango húmedo. Mierda de Dios. La espalda le dolía como si se hubiera partido el espinazo. Buscó su espada con ojos, pero sólo vio unas botas con espuelas que se le paraban delante. Una de esas botas le pegó en la cara, y perdió el sentido.

Empecé a inquietarme a la hora de los avemarías, cuando don Francisco de Quevedo, el aire sombrío, vino a decirme que mi amo no se había presentado al conde de Guadalmedina, y que éste se impacientaba. Salí afuera, presa de oscuros presentimientos, yendo a sentarme en el pretil de la lonja que da a oriente, desde donde podía ver la desembocadura del camino de Madrid. Permanecí allí hasta que el sol, velado la última hora por feas nubes grises, acabó de ocultarse tras las montañas. Luego, desazonado, volví en busca del poeta, sin hallarlo. Quise ir más allá, pero los arqueros de guardia no me dejaron pasar al patio principal porque los reyes y sus invitados asistían en el templete a una velada con música. Pedí que avisaran a don Álvaro de la Marca, mas el sargento de facción dijo que no era momento oportuno; que esperase a que el sarao concluyera o me fuera a molestar a otra parte. Al fin un conocido de don Francisco, con quien me topé al pie de la escalera del Bergamasco, me contó que el poeta había ido a cenar a la hostería de la Cañada Real, pasado el arca frente al palacio; allí solía comer y cenar. De modo que salí otra vez, y cruzando de nuevo la lonja remonté la cuestecilla del arco, torcí a la izquierda y me encaminé a la hostería.

El lugar era pequeño, agradable, iluminado por lampiones con hachetas de sebo. Las paredes, construidas con la misma piedra berroqueña que el palacio, estaban adornadas con ristas de ajos, pernils y embutidos. Había un fogón grande atendido por el ama, y el hostelero servía la mesa. A ésta se hallaban sentados don Francisco de Quevedo, María de Castro y el marido de la representante. El poeta me interrogó con la mirada, frunció el ceño ante mi gesto negativo y me invitó a sentarme con ellos.

—Creo —dijo—, que conocen a mi joven amigo.

Me conocían, en efecto. Sobre todo la Castro. La bella representante me acogió con una sonrisa, y el marido con un gesto irónico y exageradamente amable, pues no ignoraba a quién servía yo. Acababan de despachar una cazuela de truchas guisadas, por ser viernes, cuyos restos me ofrecieron; pero mi estómago se encontraba demasiado inquieto, y me conformé con sopar un poco de pan en vino. Negocio ese por cierto, el del vino, al que aquella noche Rafael de Cózar no parecía ajeno, pues tenía los ojos enrojecidos y la lengua se le espesaba como quien ha honrado el jarro hasta cargar delantero. Trajo más vino el

dueño, y esta vez fue dulce de Pedro Ximénez. María de Castro, vestida con justillo y basquiña de paño verde, a lo amazona, con al menos cincuenta escudos de puntillas y encaje de Flandes en el escote, puño y ruedo de la falda, bebía con mucha gracia y poquito a poco don Francisco lo hacía con mesura y Cózar con verdadera sed. Así, entre sorbo y sorbo, los tres siguieron hablando sus asuntos, detalles de la representación y la manera de de tal o cual verso, mientras yo aguardaba el momento de hacer un aparte con el poeta. Pese a cuanto me atormentaba, tu ocasión de admirar otra vez la hermosura de la mujer quien mi amo se había enfrentado al capricho de un rey. Y lo que me estremeció fue la sangre fría con que María de Castro echaba atrás la cabeza para reír, mojaba los labios en vino, se ajustaba las calabacillas de coral que colgaban de lindas orejas, o miraba a su marido, a don Francisco y a con aquel modo particular que tenía de mirar a los hombres, haciéndolos sentirse elegidos y únicos en el mundo. No pude evitar que mi pensamiento volase hasta Angélica de Alquézar, y eso hizo que me interrogara sobre si de veras le importaba a la Castro la suerte del capitán Alatraste, e incluso la del rey mismo, o si por el contrario reyes y peones serían en ajedrez de mujeres como ella –tal vez en el de todas las mujeres– piezas coyunturales y prescindibles. Y me encontré meditando sobre si María de Castro, Angélica y las otras podía compararse, al cabo, con soldados en territorio hostil, viéndolas como yo mismo me había visto en Flandes: merodeador forrajeando en un mundo de hombres, usando contra ello como munición, su belleza, y como arma, los vicios y las pasiones del enemigo. Una guerra donde sólo las más valerosas y crueles tenían posibilidades de sobrevivir, y donde casi siempre el paso del tiempo acababa vendiéndolas. Nadie hubiera dicho, viendo a María de Castro en la belleza perfecta de su juventud, que pocos años más tarde, por asuntos ajenos a presente historia, mi amo había de visitarla por última vez e el asilo de mujeres enfermas frente al hospital de Atocha, envejecida y desfigurada por el mal francés, tapándose la cara con el manto por vergüenza de que la contemplaran en ese estado. Y que yo, disimulado junto a la puerta, vería al capitán Alatraste, al despedirse, inclinarse hacia ella pese a su resistencia, alzar el manto y depositar en su boca marchita un último beso.

En ésas estábamos cuando se acercó el hostelero, deslizando unas palabras en voz baja a la actriz. Asintió ella, acarició la mano de su marido y se puso en pie con crujido de faldas.

—Buenas noches –dijo.

—¿Os acompaño? –preguntó Cózar, distraído.

—No hace falta. Unas amigas me esperan... Damas de la reina.

Se retocaba el color de la cara con un papelillo de arrebol de Granada, mirándose en un espejito. A tales horas, pensé, las únicas damas que no estaban recogidas eran las busconas y las sotas de las barajas. Don Francisco y yo cambiamos una mirada cargada de intención; Cózar la sorprendió. Su rostro era una máscara impasible.

—Haré que os traigan el coche –dijo a su mujer.

—No hace falta –repuso ella muy desenvuelta–. Mis amigas han enviado el suyo.

El marido asintió indiferente, cual si no hubiese trecho de lo uno a lo otro. Se inclinaba sobre el vino, y fuera de él todo parecía dársele un ardite.

—¿Puedo saber dónde estaréis?

La mujer sonrió, voluble y encantadora, guardando el espejo en un bolsito de malla de plata.

—Oh, por ahí. En La Fresneda, me parece... No vale la pena que me esperéis despierto. Despidióse con otra sonrisa y mucho desparpajo, acomodó el manto sobre la cabeza y

los hombros, recogió el ruedo su falda y salió sola, haciendo un dulce ademán negativo a don, Francisco, que, galante, se había levantado para acompañar) a la puerta. Observé que el marido no se movía de su asiento: desabrochado el jubón y el vaso entre las manos, mirando e vino con expresión absorta y una extraña mueca entoldada; por el mostacho que se le juntaba con las patillas tudescas. Esta bizarra hembra se va sola, pensé, y el tragamallas de su legítimo se queda con don Pedro Ximénez y con esa cara, es que ella no va precisamente a rezar sus devociones antes de dormir. La nueva mirada grave, fugaz, muy enarcadas las cejas, que me dirigió don Francisco no hizo sino confirmar ese extremo. La Fresneda era una granja real con pabellón de caza, a poco más de media legua de El Escorial, al extremo de una larga avenida de álamos. No había noticia de que la reina o sus damas la pisaran nunca.

—Ya es hora de que nos retiremos todos —dijo el poeta.

Cózar siguió sin moverse, estudiando el vaso. La mueca irónica se le acentuaba más, encanallándole el gesto.

—A qué tanta prisa —murmuró.

Parecía hombre distinto al que yo conocía de lejos, como si el vino descubriera ángulos de sombra imposibles de advertir a la luz de las candelas de un corral de comedias.

—Hagamos la razón —dijo de pronto, alzando el vaso— a la salud de Felipillo.

Lo observé, inquieto. Hasta un representante de su fama debía tener cuidado según con qué bromas. Lo cierto es que esa noche Cózar no era el actor chispeante y gracioso que veíamos sobre las tablas, siempre con la réplica ingeniosa en los labios y de permanente buen humor, con aquel aire burlón, tan suyo, de sorba yo y ayunen los gusanos. Don Francisco cambió conmigo otra mirada y luego echó más vino y se lo llevó a los labios. Yo me removía en el asiento, dirigiéndole ojeadas impacientes. Pero encogió los hombros. No hay gran cosa por hacer, decía sin palabras. Tu amo es quien tira los dados, y no aparece. En cuanto a este otro, ya ves. A veces el azumbre mete pies a cosas que la sobriedad mantiene a raya.

—¿Cómo dice aquel bonísimo soneto vuestro, señor de Quevedo? —Cózar había puesto una mano sobre el brazo del poeta—. Ese del platero bermejazo y la ninfa Dafne... ¿Sabe vuesa merced cuál digo?

Don Francisco lo observó atento, muy fijo, como catándole detrás de los ojos. Sus lentes reflejaban la luz de las velas.

—No lo recuerdo —repuso al fin.

Se retorció el bigote, molesto. No debía de gustarle, concluí, lo que había visto dentro de Cózar. Yo mismo apreciaba en el tono del comediante algo que nunca imaginé: rencor vago, contenido y oscuro. Algo por completo opuesto al personaje que era, o que aparentaba ser.

—¿No?... Pues yo sí.—Cózar levantaba un dedo—. Esperad.

Y recitó, la lengua un poco insegura pero con destreza oratoria, pues era magnífico actor y de voz excelente:

*Volvióse en bolsa Júpiter severo,  
levantóse las faldas la doncella  
por recogerle en lluvia de dinero.*

No era precisa aguja de navegar cultos para descifrar tal símbolos; así que el poeta y yo nos miramos de nuevo, incómodos. Pero a Cózar no parecía importarle. Se había llevado el

vaso a los labios y parecía reír entre dientes.

—¿Y aquellos otros versos? —añadió, dos tragos más tarde—. ¿Tampoco se acuerda vuesa merced?... Sí, hombre. Los que empiezan: *Cornudo eres, Fulano, hasta los codos*.

Se agitaba don Francisco, mirando alrededor como quien busca camino para irse.

—No sé de qué estáis hablando, pardiez.

—¿No?... Pues son vuestros, y famosos. También se dice en los mentideros que algo tengo que ver en ellos.

—Sandeces. Habéis bebido más de la cuenta.

—Claro que he bebido. Pero tengo una memoria estupenda para el verso... Fíjese vuesa merced:

*Reina, lo que ordeno es justo,  
que de eso sirve ser rey;  
para hacer del gusto ley  
cuando lo pidiere el gusto.*

—... No en vano soy el primer actor de España, pardiez. Y atienda, señor poeta, que ahora me viene a las mientes otro soneto oportunísimo... Me refiero al que empieza: *La voz del ojo que llamamos pedo*.

—Ese es anónimo, que yo sepa.

—Sí. Pero se atribuye a vuestro ilustre ingenio.

El poeta empezaba a irritarse de veras, sin dejar de dirigir ojeadas a diestro y siniestro. Por suerte, decía el alivio de su cara, estamos solos y el hostelero lejos. Pues ya, sin encomendarse a nadie, Cózar recitaba:

*Cágome en el blasón de los monarcas  
que se precian, cercados de tudescos,  
de dar la vida y dispensar las Parcas.*

Versos que, en efecto, eran de don Francisco, aunque éste lo negase como gato panza arriba; escritos en otro tiempo de menos martelo del poeta con la Corte, seguían corriendo en copias manuscritas por media España, aunque él habría dado una oreja por retirarlos, si pudiera. El caso fue que aquello, pues tanto vino había de por medio, colmó el vaso: don Francisco llamó al hostelero, pagó la cena y levantóse muy destemplado, dejando allí a Cózar. Yo fui detrás.

—Dentro de dos días va a representar ante el rey —dije en el zaguán, inquieto—. Y se trata de vuestra comedia.

Todavía añusgado el semblante, el poeta miró atrás. Luego chasqueó la lengua.

—No hay de qué preocuparse —dijo al fin, torcido y burlón—. Sólo es una alferecía pasajera... Mañana por la mañana, dormido el vino, todo será como suele.

Se ató los cordones del herreruelo negro, dejándolo caer sobre los hombros.

—Aunque, por vida de Roque —añadió tras pensarlo un poco—, nunca sospeché que semejante manso tuviera picores de honra.

Dirigí una última mirada de asombro a la menuda figuró` del representante, a quien, como don Francisco, siempre había tenido por hombre risueño, de mucho humor y pareja desvergüenza. Lo que demuestra —y todavía me iba a sorprender más en las próximas horas— que nunca terminas de sondar el corazón de los hombres.



—¿Habéis pensado que tal vez la ama? —pregunté.

Me ruboricé apenas esas palabras imprevistas escaparon de mi boca. El poeta, que acomodaba la espada en la pretina, detuvo un instante el movimiento para observarme con interés. Después sonrió, terminando de ceñirse despacio, cual si mi comentario lo hiciera meditar, y no dijo nada. Se puso el chapeo y salimos en silencio a la calle. Sólo al cabo de unos pasos lo vi mover la cabeza, asintiendo como al término de una larga reflexión.

—Nunca se sabe, chico —murmuró—. Lo cierto es que nunca se sabe.

Había refrescado un poco y no se veían las estrellas. Cuando cruzamos la lonja, rachas de viento arrastraban hojas arrancadas de las copas de los árboles. Llegados al palacio, donde tuvimos que dar el santo y seña pues eran pasadas las diez, nadie supo darnos cuenta del capitán. Al conde de Guadalmedina se lo llevaban los diablos, según me contó luego don Francisco tras cambiar con él unas palabras. Espero por el bien de Alatríste, había dicho, que no me deje mal con el privado. Como pueden suponer vuestras mercedes, aquello me atormentaba; y no quise dejar la puerta por si llegaba mi amo. Don Francisco procuró tranquilizarme con tiernas razones. Las siete leguas desde Madrid, dijo, eran camino largo. Tal vez al capitán lo retrasaba algún accidente menor, o prefería llegar de noche para más seguridad; en todo caso, sabía cuidarse. Al cabo asentí, más resignado que convencido, apreciando que tampoco mi interlocutor fiaba gran cosa en su propia elocuencia. La verdad es que sólo podíamos esperar, y nada más. Don Francisco se fue a sus asuntos y yo me encaminé otra vez al portal del palacio, donde pensaba quedarme toda la noche en espera de noticias. Pasaba entre las columnas del patio de las cocinas cuando, ante una escalera estrecha, poco alumbrada y medio oculta tras los gruesos muros, advertí el crujido de la seda de un vestido y mi corazón detuvo sus latidos como si hubiera recibido un escopetazo. Antes de oír susurrar mi nombre y volverme hacia la sombra agazapada en la oscuridad, supe que era Angélica de Alquézar, y que me esperaba. Así empezó la noche más dichosa y más terrible de mi vida.

## X. EL CEBO Y LA TRAMPA

Diego Alatríste, atadas las manos a la espalda, se incorporó con dificultad hasta quedar sentado contra la pared. Le dolía tanto la cabeza –recordó la caída del caballo, el puntapié en la cara– que al principio creyó que ésa era causa de la oscuridad que lo rodeaba. Lo mismo, se dijo con un escalofrío, me he quedado ciego. Después, volviéndose angustiado a un lado y a otro, descubrió la rendija rojiza que se veía bajo una puerta, y exhaló un suspiro de alivio. Sólo era de noche, tal vez. O lo tenían en un sótano. Movi6 los dedos entumecidos por la ligadura y tuvo que morderse los labios para no gruñir: dolían como miles de agujas recorriéndole las venas. Más tarde, cuando los pinchazos se calmaron un poco, intentó ordenar los hechos en la confusión de su cabeza. El viaje. La posta. La emboscada. En ésas recordó, desconcertado;; pistoletazo que en vez de matarlo a él había derribado al caballo. Nada de un tiro fallido o un error, concluyó. Aquellos hombres eran gente rigurosa, sin duda. Cumpliendo órdenes. Tan disciplinados que, aunque él les había abrasado bocajarro a un camarada, no se dejaban llevar por el natural impulso de ajustarle las cuentas. Eso podía entenderlo, pues él mismo pertenecía al oficio. La cuestión de peso era otra Quién aflojaba el cigarrón, pagando la fiesta. Quién lo quería vivo y para qué.

Como una respuesta, la puerta se abrió de pronto y u golpe de luz le hirió la vista. Había una figura negra en umbral, con un farol en la mano y un pellejo de vino en otra.

—Buenas noches, capitán –dijo Gualterio Malatesta.

En los últimos tiempos, pensó Alatríste, el italiano entraba y salía de su vida recortándose en las puertas. La diferencia era que esta vez él estaba atado como un morcón y otro parecía no tener prisa. Malatesta se había acercado, agachándose a su lado, y le alumbraba la cara, echándole un vistazo.

—Os he visto más guapo –dijo, objetivo.

Incómodo por la luz, parpadeando dolorido, Alatríste comprobó que tenía el ojo izquierdo inflamado y no lograba abrirlo del todo. Aun así pudo observar el rostro próximo de su enemigo, picado de viruelas, con aquella cicatriz sobre el párpado derecho, recuerdo del combate a bordo del *Niklaasbergen*.

—Y yo a vos.

El bigote del italiano se torció en una sonrisa casi cómplice.

—Siento la incomodidad –dijo, revisándolo por detrás—... ¿Os aprieta mucho?

—Bastante.

—Eso me pareció. Tenéis las manos como berenjenas.

Volvió la cara hacia la puerta, dio una voz y apareció un hombre: Alatríste reconoció al que había topado con él en la pasta de Galapagar. Malatesta le ordenó que aflojase un poco las ligaduras del preso. Mientras el otro obedecía, el italiano sacó la daga y se la puso a Alatríste en la garganta para asegurarse de que no aprovechaba la coyuntura. Luego el esbirro se fue y ambos quedaron solos.

—¿Tenéis sed?

—Pardiez.

Malatesta enfundó la daga y acercó el pellejo de vino a los labios del capitán, dejándolo beber cuanto quiso. Lo observaba con atención, muy de cerca. A la luz del farol Alatríste pudo estudiar, a su vez, los ojos negros y duros del italiano.

—Contádmelo de una vez –dijo.

Se acentuó la sonrisa del otro. Aquel gesto, decidió el capitán, invitaba a la, resignación

cristiana. Lo que no era alentador, dadas las circunstancias. Malatesta se hurgó dentro de una oreja, pensativo, como si calculara la oportunidad de dos palabras de más o de menos.

—Estáis aviado –respondió al fin.

—¿Me mataréis vos?

El otro encogió los hombros. Qué más da, decía aquello. Quien os mate.

—Supongo –dijo.

—¿Por cuenta de quién?

Malatesta negó con la cabeza, despacio, sin quitar los ojos del capitán, y no dijo nada. Luego se puso de pie y cogió farol.

—Tenéis viejos enemigos –resumió, dirigiéndose a la puerta.

—¿Aparte de vos?

Sonó la risa chirriante del italiano.

—Yo no soy un enemigo, capitán Alatraste. Soy un adversario. ¿Podéis advertir la diferencia?... Un adversario os respeta, aunque os mate por la espalda. Los enemigos son otra cosa... Un enemigo os detesta, aunque os halague y abrace.

—Dejaos de bachillerías. Me vais a degollar como a un perro.

Malatesta, que estaba a punto de cerrar la puerta, se detuvo un instante, inclinada la cabeza. Parecía dudar sobre conveniencia de añadir algo.

—Lo del perro es una forma ruin de expresarlo –dijo fin-. Pero puede valer.

—Hideputa.

—No lo toméis tan a la tremenda. Acordaos del otro di en mi casa... Y añadiré algo a modo de consuelo: os vais en ilustre compañía.

—¿Cómo de ilustre?

—Adivinadlo.

Alatraste sumó dos y dos. El italiano aguardaba en la puerta, circunspecto y paciente.

—No puede ser –dijo de pronto el capitán.

—Ya lo escribió mi compatriota el Dante –repuso Malatesta: *Poca favilla gran fiamma seconda*.

—¿Otra vez el rey?

Esta vez el italiano no respondió. Se limitó a ensanchar la sonrisa, ante la mirada de un Alatraste estupefacto.

—Pues no me consuela un carajo –concluyó éste al recobrase.

—Podría ser peor. Quiero decir para vos. Estáis a punto de hacer historia.

Alatraste ignoró el comentario. Seguía dándole vueltas a lo principal.

—Decís que a alguien le sigue sobrando un rey en la baraja... Y que otra vez piensan en mí para el descarte.

Chirrió de nuevo la risa de Malatesta, mientras cerraba la puerta.

—Yo no he dicho nada, señor capitán... Pero si algo va a gustarme cuando os mate, es que nadie podrá decir que despacho a un inocente, o a un imbécil.

—Te amo –repitió Angélica.

No podía ver su rostro en la oscuridad. Volví en mí poco a poco, despertando de un sueño delicioso durante el que no había perdido la Timidez. Ella aún me rodeaba con sus brazos, y yo sentía latir mi corazón contra su piel medio desnuda, tersa como el raso. Abrí la boca para pronunciar idénticas palabras, pero sólo brotó un gemido asombrado exhausto. Feliz. Después de esto, pensé aturdido, nadie podrá separarnos nunca.

—Mi niño –dijo.

Hundí más el rostro en su cabello desordenado, y luego tras recorrerle con los dedos el contorno suave de las caras, besé el hueco de su hombro, donde se aflojaban las cintas de la camisa entreabierta. En los tejados y chimeneas del palacio silbaba el viento nocturno. El aposento y el lecho de sábanas arrugadas eran un remanso de calma. Todo quedaba afuera, suspendido, excepto nuestros cuerpos abrazados en la oscuridad y aquellos latidos, ahora por tranquilos, de mi corazón. Y comprendí de pronto, como en una revelación, que había hecho todo aquel largo camino, mi infancia en Oñate, Madrid, las mazmorras de la 1a inquisición, Flandes, Sevilla, Sanlúcar, con tantos azares y peligros, para hacerme hombre y estar allí esa noche, entre los brazos de Angélica de Alquézar. De aquella niña que apenas tenía mi edad y que me llamaba su niño. De aquella mujer que parecía poseer, en la misteriosa calidez de su carne tibia los resortes de mi destino.

—Ahora tendrás que casarte conmigo —murmuró—... algún día.

Lo dijo seria e irónica a la vez, con la voz temblándole un modo extraño que me hizo pensar en las hojas de árbol. Asentí, soñoliento, y ella besó mis labios. Eso mantuvo todavía lejos, en mi conciencia, un pensamiento que tentaba abrirse paso a la manera de un rumor distante, parecido al viento que soplaba en la noche. Quise concentrarme en él, pero la boca de Angélica, su abrazo, lo impedían. Me removí, inquieto. Había algo en alguna parte, decidí. Como cuando forrajeaba en territorio enemigo cerca de Breda, y el paisaje verde y apacible de los molinos, los canales, los bosques y las onduladas praderas podían arrojar sobre ti, de improviso, un destacamento de caballería holandesa. El pensamiento regresó de nuevo, más intenso esta vez. Un eco, una imagen. De pronto el viento aulló con más fuerza en el postigo, y recordé. Un relámpago, un estallido de pánico. El rostro del capitán. Aquello era, naturalmente. Por la sangre de Cristo.

Me incorporé de un brinco, desasiéndome del abrazo de Angélica. El capitán no había acudido a su cita, y yo estaba allí, en el lecho, ajeno a su suerte, inmerso en el más absoluto de los olvidos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

No respondí. Puse los pies en el suelo frío y empecé a buscar a tientas mis ropas. Estaba completamente desnudo.

—¿Adónde vas?

Encontré la camisa. Recogí calzones y jubón. Angélica se había levantado y ya no hacía preguntas. Quiso sujetarme por la espalda y la rechacé con violencia. Forcejamos allí mismo, a oscuras: Sentí cómo al cabo ella caía sobre la cama con un gemido de dolor o de rabia. No me importó. En aquel momento no me importaba otra cosa que la cólera contra mí mismo. La angustia de mi desertión.

—Maldito seas —dijo.

Me agaché de nuevo, tanteando por el suelo. Mis zapatos tenían que estar en alguna parte. Di con el cinturón de cuero y al ir a ponérmelo comprobé que no pesaba lo debido.

La vaina de la daga estaba vacía. Dónde diablos, pensé. Dónde está. Iba a hacer en voz alta una pregunta que ya sonaba estúpida antes de llegar a mis labios, cuando sentí un dolor agudo y muy frío en la espalda, y la oscuridad se inundó de puntitos luminosos, como minúsculas estrellas. Grité una vez, corto y seco. Luego quise volverme y golpear, pero fallaron mis fuerzas y caí de rodillas. Angélica me sujetaba por el pelo, obligándome a echar atrás la cabeza. Sentí correr la sangre por mi espalda, hasta las corvas, y luego el filo de la daga contra mi cuello. Pensé, extrañamente lúcido: me va degollar como a un ternasco. O como a un cerdo. Había leído algo una vez sobre la maga, la mujer, que en la Antigüedad convertía a los hombres en cerdos.

Me llevó de nuevo hasta la cama, a tirones del pelo, sin apartar la daga de mi garganta, haciendo que me tumbase de nuevo en ella, boca abajo. Después se sentó a horcajadas sobre mí, medio desnuda como estaba, sus muslos abiertos en torno a mi cintura, aprisionándola. Seguía asiéndome por el cabello con fuerza. Entonces apartó la daga y sentí sus labios posarse en mi herida sangrante, acariciando sus bordes con la lengua, besándola como antes había besado mi boca.

—Me alegro –susurró– de no haberte matado todavía.

La luz deslumbraba los ojos de Diego Alatríste. O más bien el ojo derecho, porque el izquierdo seguía hinchado y los párpados le pesaban como dados cargados de plomo. Esta vez, comprobó, eran dos las sombras que se movían en la puerta del sótano. Se las quedó mirando, sentado en el suelo como estaba, recostado en la pared, las manos que no había logrado liberar, pese al esfuerzo que le desollaba las muñecas, atadas a la espalda.

—¿Me reconoces? –lo interrogó una voz agria.

Ahora estaba iluminado por el farol. Alatríste lo reconoció en el acto, y también con un escalofrío y un asombro que, supuso, debía de pintársele en la cara. Nadie hubiera podido olvidar aquella enorme tonsura, el rostro descarnado y ascético, los ojos fanáticos, el hábito negro y blanco de los dominicos. Fray Emilio Bocanegra, presidente del Tribunal de la Inquisición, era el último hombre que habría esperado encontrar allí.

—Ahora –dijo el capitán– sí que estoy bien jodido.

Tras el farol sonó la risa chirriante, apreciativa por el comentario, de Gualterio Malatesta. Pero el inquisidor carecía de sentido del humor. Sus ojos, muy hundidos en las órbitas, asaeteaban al prisionero.

—He venido a confesarte –dijo.

Alatríste dirigió una mirada estupefacta hacia la silueta oscura de Malatesta, pero esta vez el italiano se guardó de reír o hacer comentario alguno. Aquello iba en serio, por lo visto. Demasiado en serio.

—Eres un mercenario y un asesino –prosiguió el fraile–. En tu desgraciada vida has vulnerado todos y cada uno de los mandamientos de la ley de Dios. Y ahora estás a punto de rendir cuentas.

El capitán despegó la lengua, que al oír lo de la confesión se le había pegado al paladar. Sorprendido de sí mismo lograba mantener la sangre fría.

—Mis cuentas –apuntó– son cosa mía.

Fray Emilio Bocanegra lo miraba inexpresivo, cual si no hubiera escuchado el comentario.

—La Divina Providencia –prosiguió– te da ocasión de reconciliarte. De salvar tu alma aunque hayas de pasar cientos de años en el Purgatorio... Dentro de unas horas te habrás convertido en instrumento de Dios, cuando actúen la espada del arcángel y el acero de Josué... De ti depende ir a ello con el corazón cerrado a la gracia del Creador, o aceptarlo con buena voluntad y la conciencia limpia... ¿Me entiendes?

Encogió los hombros el capitán. Una cosa era que lo despacharan y otra que le marearan de aquel modo la cabeza. Seguía sin comprender qué diablos hacía aquel fraile allí.

—Lo que entiendo es que vuestra paternidad debería ahorrarme el púlpito, porque no es domingo. Y ceñirse al asunto.

Fray Emilio Bocanegra guardó silencio un instante, sin dejar de mirar al prisionero. Luego alzó un dedo descarnado, admonitorio.

—El asunto es que dentro de muy poco el mundo sabrá que un espadachín llamado Diego Alatríste, por celos de una pecadora trasunto de Jezabel, liberó a España de un rey indigno de llevar corona... Ya ves. Un vil instrumento en manos de Dios para una justa cruzada.

Ahora relampagueaban los ojos del dominico, encendidos con la ira divina. Y por fin Alatríste confirmó sus barruntos. Él era la espada de Josué. O al menos iba a pasar los libros de historia como tal.

—Los caminos de Dios —apuntó Malatesta a espaldas del fraile, consciente de que el prisionero había comprendido al fin— son inescrutables.

Sonaba casi alentador, persuasivo y respetuoso. Demasiado, conociendo como conocía Alatríste el cinismo del sirio. Que debía de estar para su colete, decidió, disfrutaba horrores con aquel absurdo entremés. Sombrío, el dominico se volvió a medias, sin llegar a mirar al italiano, y la chanza de éste le murió en la boca. En presencia del inquisidor ni Gualterio Malatesta osaba ir demasiado lejos.

—Lo que me faltaba —suspiró en voz alta el capitán—. Escurrir la bola en manos de un fraile loco.

La bofetada restalló como un latigazo, volviéndole la a un lado.

—Ten la lengua, bellaco —el dominico mostraba la mano alto, amenazando con repetir—. Es tu última oportunidad antes de la condenación eterna.

El capitán miró de nuevo a fray Emilio Bocanegra. Ardía la mejilla donde había recibido el golpe, y él no era los que ponían la otra. La desesperación se le anudó en la boca del estómago. Voto a los mismísimos huevos de Lucifer, dijo conteniéndose. Hasta esa noche nadie le había puesto la mano en la cara, nunca. Por Cristo quien lo engendró, estaba dispuesto a dar su alma de barato, si la tenía, por un instante con las manos libres para estrangular al fraile. Miró hacia la silueta negra de Malatesta, que seguía detrás del farol: ni risa ni comentarios. Al italiano no le había regocijado la bofetada. No entre hombres como ellos. Matar era una cosa, e iba de oficio. Humillar era otra.

—¿Quién más anda en esto? —preguntó, rehaciéndose—. Además de Luis de Alquézar, por supuesto... No se escabechan reyes así como así; hace falta un sucesor. Y el nuestro no tiene todavía un hijo varón.

—Correrá el orden natural —dijo muy tranquilo el dominico.

Así que era eso, resolvió Alatríste mordiéndose los labios. El orden natural de sucesión recaía en el infante don Carlos, el mayor de los dos hermanos del rey. Se decía que era el menos dotado de la familia, y que su poca inteligencia y blanda voluntad lo hacían influenciabile por quien situara cerca de él a un confesor adecuado. Felipe IV era hombre devoto pese a sus libertinajes juveniles, pero —a diferencia de su padre Felipe III, que anduvo toda la vida salteado de frailes— tenía a raya al clero. Aconsejado por el conde-duque de Olivares, el rey español guardaba las distancias con Roma, cuyos pontífices sabían, a su pesar, que los tercios de los Austrias eran el principal baluarte católico frente a la herejía protestante. Lo mismo que Olivares, el joven rey mostraba simpatía por los jesuitas; mas en una tierra donde cien mil sacerdotes y religiosos se enfrentaban entre sí por el control de las almas y los privilegios eclesiásticos, pronunciarse era fácil, ni conveniente. Los ignacianos eran odiados por q dominicos, que manejaban el Santo Oficio mostrándose enemigos implacables de franciscanos y agustinos; y todos, a s vez, formaban liga a la hora de sustraerse a la autoridad y,, justicia reales. En esa lucha por el poder alimentada de fanatismo, orgullo y ambición, no era punto menor que la orden de santo Domingo, y con ella la Inquisición, mantuviese excelentes relaciones con el infante don Carlos. Tampoco e

un secreto que éste los favorecía hasta el punto de haber elegido por confesor a un dominico. Tinto y en jarra, decido Alatraste, sólo podía ser vino. O sangre.

—Si el infante moja en esto —dijo— es un mal nacido.

Con el ademán de quien espanta una mosca, fray Emilio Bocanegra apeló a la retórica profesional:

—A veces la mano derecha ignora lo que hace la izquierda Lo esencial es que Dios Todopoderoso quede servido. Y en, eso estamos.

—Os costará la cabeza. A vuestra paternidad, a ese italiano de ahí, al secretario Alquézar y al propio infante.

—Si de cabezas de trata, preocupaos de la vuestra —apuntó, desde atrás Malatesta, flemático.

—O más bien —apostilló el inquisidor— de la salud del alma —sus ojos terribles traspasaron de nuevo a Alatraste—... ¿Os decidís a confesar conmigo?

—El capitán apoyó la cabeza en la pared. Alguna vez tenía que ocurrir; lo grotesco era que fuese de aquella manera Diego Alatraste, regicida. No era así como deseaba que lo recordasen los pocos amigos que lo iban a recordar en una taberna o en una trinchera. Aunque peor, concluyó, era terminar enfermo en un hospital de veteranos, o lisiado pidiendo limosna a la puerta de una iglesia. Al menos en su caso Malatesta officiaría con limpieza y rapidez. No podían arriesgarse a que se volviera lenguaraz en el potro.

—Antes confesaré con el diablo. Tengo más trato.

Sonó atrás la risa sofocada y espontánea del italiano, interrumpida por una feroz mirada de fray Emilio Bocanegra. Después el inquisidor estudió largamente el rostro de Alatraste. Al rato movió la cabeza a modo de sentencia inapelable y se puso en pie sacudiéndose el hábito.

—Así será, entonces. El diablo y vos, cara a cara.

Salió, seguido por Malatesta con el farol. La puerta se cerró tras ellos cómo la losa de una tumba.

A ensayarnos a morir vamos en el sueño, que nos sirve de descanso y de advertencia. Nunca tuve tan clara conciencia de eso como al salir, con trasudores de muerte, de mi extraña duermevela: un desmayo poblado de imágenes, cual lenta pesadilla. Seguía boca abajo, desnudo en el lecho, y la espalda me dolía de modo atroz. Aún era de noche. En el caso, pensé alarmado, de que se tratara de la misma noche. Al tantearme en busca de la herida encontré mi torso envuelto por un vendaje. Me moví con precaución, en la oscuridad, comprobando que estaba solo. La memoria de lo ocurrido retornó de golpe: lo hermoso y lo terrible. Luego pensé en suerte que habría corrido el capitán Alatraste.

Aquello me decidió del todo. Busqué mis ropas tambaleándome, apretados los dientes para no gemir de dolor. Cada vez que me agachaba a buscar una prenda se me iba la cabeza, y temí desmayarme de nuevo. Estaba casi vestido cuan advertí luz por debajo de la puerta y rumor de voces. Acercándome, hice ruido al pisar la daga. Me detuve, sobrecogido, pero nadie acudió. Introduje con cuidado el acero en vaina. Después acabé de atar los cordones de mis zapatos.

El rumor cesó y oí ruido de pasos alejándose. La rendija de luz en el suelo osciló mientras aumentaba de intensidad Me aparté, reparándome tras la puerta cuando Angélica di Alquézar, con una vela encendida en la mano, entró en aposento. Llevaba un chal de lana sobre la camisa y el cabello recogido con cintas. Se quedó muy quieta mirando la cama vacía, sin exclamaciones de sorpresa ni palabra alguna Luego se volvió con rapidez,

adivinándome a su espalda. La luz rojiza de la vela iluminó sus ojos azules, intensos como dos puntas de acero helado. Casi hipnóticos. Al tiempo abrió la boca para decir algo, o para gritar. Yo estaba tenso como un resorte y no podía permitirle semejante lujo; reproches o conversación quedaban fuera de lugar. Mi golpe la alcanzó un lado de la cara, borrando aquella mirada y arrancándola la vela de la mano. Fue hacia atrás en silencio, dando traspiés. Aún rodaba la vela por el suelo, el pabito sin apagarse del todo, cuando cerré de nuevo el puño juro a vuestras mercedes que sin remordimiento– y le aticé un segundo golpe en la sien que la hizo desplomarse sobre la cama, desvanecida. Esto último lo comprobé a tientas, pues se había extinguido la luz. Puse la mano sobre sus labios –los nudillos me dolían del golpe casi tanto como la herida de la espalda– y comprobé que respiraba. Eso me tranquilizó un poco. Luego fui a lo práctico. Aplazando el estudio de mis sentimientos, busqué la ventana y la abrí. Demasiado alta. Volví a la puerta, la empujé con cuidado y me vi en el rellano de la escalera. Bajé tanteando los muros hasta un corredor estrecho, iluminado por un candil colgado en la pared. Había una alfombra en el último tramo, una puerta y el arranque de otra escalera. Pasé de puntillas junto a la puerta. Tenía un pie en el segundo peldaño cuando oí conversación. Habría seguido adelante de no oír el nombre del capitán Alatríste.

A veces Dios, o el demonio, guían tus pasos en la dirección adecuada. Volví atrás, pegando la oreja a la puerta. Había al menos dos hombres al otro lado, y hablaban de una cacería: ciervos, conejos, monteros. Me pregunté qué tenía que ver el capitán con aquello. Luego pronunciaron otro nombre: Felipe. Estará a tal hora, decían. En tal sitio. El nombre lo mencionaban a secas, pero tuve un presentimiento que me hizo estremecer. La proximidad al aposento de Angélica permitía atar cabos. Estaba ante la puerta de Luis de Alquézar, tío de Angélica, secretario real. Entonces, en la conversación se deslizaron dos nuevas referencias: el alba y La Fresneda. La debilidad por la herida o la certidumbre que se instaló en mi cabeza estuvieron a punto de hacerme doblar las rodillas. El recuerdo del hombre del jubón amarillo acudió hilando aquellos fragmentos dispersos. María de Castro había ido a pasar la noche a La Fresneda. Y aquel c quien se iba a reunir tenía previsto salir de caza al amanecer con sólo dos monteros como escolta. El Felipe de la conversación no era otro que Felipe IV Estaban hablando rey.

Me apoyé en la pared, intentando ordenar mis pensamientos. Después respiré hondo, haciendo acopio de la energía que iba a necesitar. Con tal de que no se me abra la herida la espalda, pensé. El primer socorro que imaginé fue Francisco de Quevedo. De modo que bajé los peldaños mucho tiento. Pero don Francisco no estaba en su cuarto, encendí luz. La mesa se veía llena de libros y papel y la cama sin deshacer. Entonces pensé en el conde de Guadalmedina, y por el patio grande me encaminé a los aposentos del séquito real. Como temía, allí me cortaron el paso. Uno de los guardias, del que yo era conocido, dijo que estaban dispuestos a despertar a su excelencia a tales horas ni hartos de vino. Así baje el turco, suba el galgo o se hunda el mundo, añadió. Callé mi urgencia. Estaba hecho a corchetes, soldados y guardias, y sabía que contárselo a tal pedazos de carne equivalía a contárselo a una pared. Complicarse la vida no era parte de su oficio; el suyo era impedir que nadie pasara, y nadie pasaba. Hablar les de conspiraciones y asesinatos de reyes era hablarles de los habitantes de la luna, y podía costarme, de barato, acabar en una mazmorra. Pregunté si tenían recado de escribir y dijeron que no. Volví al aposento de don Francisco, cogí pluma, tintero y salvadera, y compuse lo mejor que pude un billete para él y otro para Álvaro de la Marca. Los cerré con lacre, garabateé sus nombres, dejé el del poeta sobre la cama y volví donde los guardias.



—Para el señor conde, en cuanto se levante. Cosa de vida o muerte.

No parecían convencidos, pero retuvieron el mensaje. El que; me conocía prometió que se lo entregarían a los criados del conde si alguno pasaba por allí; lo más tarde, al salir de facción. Tuve que conformarme con eso.

La hostería de la Cañada Real era mi última y débil esperanza. Tal vez don Francisco había vuelto a por más vino y estaba allí, bebiendo, escribiendo, o tras honrar demasiado el barro se había quedado a dormir en un cuartucho para no regresar dando traspiés al palacio. De manera que anduve hasta una de las puertas de servicio y crucé la lonja bajo un cielo negro y sin estrellas que apenas empezaba a clarear hacia el este. Tiritaba a causa del viento frío que traía de las montañas rachas de gotitas de agua. Aquello ayudó a despejarme la cabeza, aunque no me diera nuevos filos al entendimiento. Caminé deprisa, lleno de inquietud. La imagen de Angélica me vino a la mente; olí la piel de mis manos, que conservaban el aroma de la suya. Luego me estremecí recordando el tacto de su carne deliciosa y maldije en voz alta mi suerte perra. La espalda me dolía lo que no está escrito.

La hostería estaba cerrada, con un farol de luz trémula colgado en el dintel. Golpeé varias veces la puerta y me quedé allí cavilando, indeciso. Tenía las veredas tomadas y el tiempo corría implacable.

—Es demasiado tarde para beber —dijo una voz, cerca— demasiado pronto.

Me volví con un sobresalto. En mi zozobra no había visto al hombre sentado en un banco de piedra, bajo las ramas de un castaño. Estaba envuelto en su capa, sin sombrero, y tenía al lado una espada y una damajuana de vino. Reconocí a Rafael de Cózar.

—Busco al señor de Quevedo.

Encogió los hombros y miró distraído en torno.

—Se fue contigo... No sé dónde está.

La lengua se le enredaba un poco al representante. Si había 1 escurrido el jarro toda la noche, calculé, debía de ir alumbrado hasta las tejas.

—¿Qué hace aquí vuestra merced? —pregunté.

—Bebo. Pienso.

Fui hasta él y me senté a su lado, apartando la espada. Yo era la viva estampa de la derrota.

—¿Con este frío?... No está la noche para andar al raso.

—El calor lo llevo dentro —soltó una risa extraña—. Está bien eso, ¿no?... El calor dentro, los cuernos fuera... ¿Cómo era aquello?

Y recitó, socarrón, entre dos nuevos tientos a la damajuana:

*Muy bien los negocios van.*

*Di: ¿de dónde has aprendido*

*ser de tu amiga marido*

*y de tu mujer rufián?*

*Me removí en el banco, incómodo. No sólo por el frío.*

—Creo que vuestra merced ha bebido más de la cuenta.

—¿Y cuál es la cuenta?

No supe qué responder, y nos quedamos un rato sin decir palabra. Cózar tenía el pelo y la cara salpicados de gotitas de agua que el farol de la hostería hacía brillar como escarcha. Me escudriñaba, atento.

—También tú pareces tener problemas —concluyó.

No dije nada. Al cabo me ofreció el vino.

—No es ésa —apunté, abatido— la clase de ayuda que necesito.

Asintió grave, casi filosófico, acariciándose las patillas tudescas. Después alzó la damajuana, y el líquido resonó al trasegarse a su gáznate.

—¿Hay noticias de vuestra mujer?

Me observó de reojo, hosco y turbio, la damajuana en alto. Después la dejó despacio sobre el banco.

—Mi mujer hace su vida— repuso, secándose el bigotazo con el dorso de una mano—. Eso tiene inconvenientes y ventajas.

Abrió la boca y levantó un dedo, dispuesto a recitar algo otra vez. Pero yo no tenía talante para más versos.

—Van a utilizarla contra el rey —dije.

Me miraba de hito en hito, la boca abierta y el dedo en alto.

—No comprendo.

Sonaba casi a ruego para seguir sin comprender. Pero yo estaba harto. De él, de su garrafa de vino, del frío que hacía y del dolor de mi espalda.

—Hay una conspiración —dije exasperado—. Por eso busco a don Francisco.

Parpadeó. Sus ojos ya no eran turbios: estaban asustados.

—¿Y qué tiene que ver María con eso? No pude evitar una mueca de desprecio.

—Es el cebo. La trampa la han dispuesto para cuando amanezca. El rey va de caza con poca escolta... Quieren matarlo.

Sonó el cristal roto a nuestros pies. La damajuana acababa de caer, cascándose en su armazón de mimbres.

—Recristo —murmuró—. Creía que quien estaba borracho era yo.

—Digo la verdad.

Cózar miraba el estropicio del suelo, pensativo.

—Y aunque así fuera —arguyó—, ¿qué se me dan a mí rey o sota?

—He dicho que pretenden implicar a vuestra mujer. Y capitán Alatríste.

Al oír el nombre de mi amo se rió bajito. Incrédulo. Le así una mano, obligándolo a acercármela a la espalda.

—Toque vuestra merced.

Noté sus dedos palpar el vendaje y vi que le cambiaba la cara.

—¡Estás sangrando!

—Claro que estoy sangrando. Me clavaron una daga hace menos de tres horas.

Se levantó del banco cual si lo hubiera rozado una serpiente. Permanecí inmóvil, viéndolo ir de un lado a otro en cortas zancadas.

—Día del juicio vendrá —dijo como para sí— en que todo saldrá en la colada.

Al fin se detuvo. Cada vez más fuertes, las rachas de viento lluvioso le agitaban la capa.

—¿A Felipillo, dices?

Asentí.

—Matar al rey —prosiguió, haciéndose a la idea—... ¡A fe de quien soy que tiene gracia!... Se diría un lance de comedia.

—De comedia trágica —maticé.

—Eso, chico, es cuestión de puntos de vista.

De pronto se despabiló mi ingenio.

—¿Todavía tiene vuestra merced el coche?  
Pareció desconcertado. Se balanceaba sobre los pies, mirándome.  
—Claro que lo tengo –asintió al fin–. En la plaza. Con el cochero durmiendo dentro, que para eso cobra. Y también ha soplado lo suyo... Hice que le llevaran unas botellas.  
—Vuestra mujer se fue a La Fresneda.  
El desconcierto se le trocó en desconfianza.  
—¿Y qué? –inquirió, receloso.  
—Hay casi una legua, y no puedo ir a pie. Con el coche estaría en un momento.  
—¿Para?  
—Salvar la vida del rey. Y quizá la de ella.  
Empezó a reír, sin ganas; pero no llegó lejos. Luego observé que negaba, reflexivo. Al fin se envolvió en la capa, el aire teatral, y recitó:

*Bien, no intervengo, y he sido  
dichoso, aunque desdichado,  
pues podré quedar vengado  
antes de verme ofendido.*

—Mi mujer se cuida sola –concluyó, muy serio–. Deberías saberlo.  
Y con la misma gravedad hizo una postura de esgrima, sin espada, que seguía apoyada en el banco, a mi lado. En guardia, ataque y parada. Era Cózar un hombre extraño, resolví. Mucho. De pronto sonrió, mirándome. Aquella sonrisa y aquellos ojos no parecían los del manso que andaba en boca de la gente. Pero tampoco era momento para meditar sobre eso.  
—Pensad entonces en el rey –insistí.  
—¿En Felipillo? –hizo ademán de envainar con elegancia el acero imaginario–... Por las barbas de mi abuelo, no me disgustaría que alguien le demostrara que la sangre sólo es azul en el teatro.  
—Es el rey de España. El nuestro.  
El representante no pareció afectado por aquel nuestro. Se arreglaba la capa sobre los hombros, sacudiéndola de salpicaduras de agua.  
—Mira, chico... Yo trato reyes cada día, en los corrales de comedias: lo mismo emperadores que el gran Turco, o Tamorlán... Incluso me transformo en uno de ellos, de vez en cuando. Sobre los escenarios he hecho cosas que no están en el mapa.  
A mí los reyes me impresionan lo justo, vivos o muertos.  
—Pero vuestra mujer...  
—Y dale. Olvídate de mi mujer de una vez.  
Miró de nuevo la damajuana rota y se quedó un rato inmóvil, fruncido el ceño. Al cabo chasqueó la lengua y me estudió, curioso.  
—¿Piensas ir a La Fresneda tú solo?... ¿Y qué pasa con la guardia real, y los tercios, y los galeones de Indias, y la puta que los parió y nos parió a todos?  
—En La Fresneda debe de haber guardias y gente de la casa del rey. Si llego daré la alerta.  
—¿Por qué ir tan lejos?... El palacio está aquí mismo. Avísalos.  
—No es tan fácil. A estas horas nadie me hace caso.  
—¿Y si en La Fresneda te reciben a cuchilladas?... Tus conspiradores pueden estar allí. Reflexioné sobre eso. Cózar se rascaba, pensativo, una patilla tudesca.  
—En *El tejedor de Segovia* hice de Beltrán Ramírez –dijo de pronto–. Salvaba la vida

del rey:

*Seguidlos; sepa quién son  
los que al soberano pecho  
atrevieron mano vil y  
osaron traidor acero.*

Se quedó mirándome. a la espera de mi opinión sobre su arte. Asentí breve con la cabeza. No era cosa de aplaudir.

—¿Es de Lope? —pregunté, por decir algo y seguirle la corriente.

—No. Del mejicano Alarcón. Comedia famosa, por cierto. Gran suceso. María hizo de doña Ana, y fue aplaudidísima. Yo, para qué contar.

Se quedó un instante callado, pensando en los aplausos, o en su mujer.

—Sí —prosiguió al cabo—. Allí el rey me debió la vida. Primer acto, escena primera. Le quité de encima a dos moros, a estocadas... No soy malo en eso, ¿sabes?... Al menos con espadas negras. De mentira. En la escena hay que saber de todo. Incluso esgrima.

Movió la cabeza, el aire divertido. Soñador. Al fin me guiñó un ojo.

—Tendría gracia, ¿verdad?... Que Felipillo le debiera la vida al primer actor de España. Y que María...

Calló, de pronto. Su mirada se tornó distante, fija en escenas que sólo él podía ver.

—El soberano pecho —murmuró, casi para su colete.

Seguía moviendo la cabeza, y ahora musitaba palabras que no alcancé a oír. Tal vez eran más versos. De pronto se le ensanchó la cara en una sonrisa espléndida. Heroica. Luego me propinó un golpecito amistoso en el hombro.

—A fin de cuentas —dijo— siempre se trata de interpretar un papel.

## XI. LA PARTIDA DE CAZA

—Cuando le quitaron la venda mojada que lo cegaba, la luz gris macilenta y las nubes bajas, oscuras, entenebrecían el amanecer. Diego Alatraste alzó las manos atadas para frotarse los ojos; el izquierdo le molestaba, pero comprobó que podía abrir los párpados sin dificultad. Miró alrededor. Lo habían traído sobre una mula, entre el sonido de cascos de caballos; y luego, a pie, un trecho por terreno áspero. Gracias a eso había entrado un poco en calor aunque iba sin capa ni sombrero. Aun así apretó los dientes para que no castañetearan. Se hallaba en un bosque poblado de encinas, robles y olmos. A poniente, en el horizonte entrevisto detrás de la fronda, quedaban sombras de la noche; y la llovizna que mojaba al capitán y a sus acompañantes —un agua menuda de las que terminan perseverando— acentuaba la melancolía de paisaje.

*Tirurí-ta-ta.* La musiquilla le hizo volver la cara. Gualterio Malatesta, arrebuñado en su capa negra y con el chapeo hasta los ojos, dejó de silbar e hizo una mueca que lo mismo podía ser una burla que un saludo.

—¿Tenéis frío, señor Capitán?

—Algo.

—¿Y hambre?

—Más.

—Consolaos pensando que lo vuestro acaba cerca. Nosotros todavía tenemos que volver.

Al concluir hizo un gesto con la mano, indicando a los hombres que estaban a su alrededor: los mismos —tres de los cuatro, faltaba el muerto. Seguían vestidos con ropas de campo a modo de monteros; y su aspecto rudo, de gente cruda, bigotazos y barbas, se acentuaba con la abundante panoplia que cargaban encima: cuchillos de caza, dagas, espadas y pistolas:

—Lo mejor de cada casa —resumió el italiano, adivinando el pensamiento de Alatraste.

Sonó a lo lejos un cuerno de caza, y Malatesta y los tres matachines atisbaron en esa dirección, cambiando entre ellos miradas significativas.

—Vais a quedaros un rato aquí —dijo el italiano, vuelto al prisionero.

Uno de los bravos se alejaba entre los arbustos, en la dirección por donde había sonado el cuerno. Los otros se situaron a ambos lados de Alatraste, obligándolo a sentarse en el suelo mojado, y uno empezó a atarle los pies con un cordel.

—Precaución elemental —aclaró él italiano—. Un honor que hago a vuestros redaños.

El ojo de la cicatriz parecía lagrimear un poco cuando miraba fijamente, como en ese momento.

—Siempre creí —dijo el capitán— que lo nuestro sería cara a cara. A solas.

—Pues en mi casa no parecíais dispuesto a darme cuartel.

—Al menos os dejé las manos libres.

—Eso es cierto. Pero hoy no puedo haceros esa gracia. Va demasiado al naípe.

Asintió Alatraste, haciéndose cargo. El que le ataba los pies azocó un par de nudos muy bien hechos.

—¿Saben estos animales en lo que andan metidos?

Los animales ni parpadearon, estólidos. Uno, acabada la ligadura, se levantaba sacudiéndose el barro. El otro prevenía que la lluvia no le mojase la pólvora de la pistola que cargaba al cinto.

—Claro que lo saben. Son viejos conocidos vuestros: me acompañaban en las Minillas.

—Habrán cobrado lo suyo.

—Imaginaos.

Alatriste intentó mover pies y manos. Nada. Estaba trincado a conciencia; aunque esta vez, al menos, le habían atado las manos delante, para que se sostuviera en la mula.

—¿Cómo pensáis ejecutar el encargo?

—Malatesta había sacado de la pretina un par de guantes negros y se los calzaba con mucho esmero. Observó Ala, triste que, además de la espada, la daga y la pistola, llevaba un puñal en la caña de la bota derecha.

—Conocéis, supongo, la afición del personaje a cazar temprano, con dos monteros como escolta. Aquí hay venados y conejos, y él es plático en eso: gran tirador, cazador intrépido... Toda España sabe que le gusta internarse en la espesura cuando va caliente tras un rastro. Parece mentira, ¿verdad?... Alguien de humor tan flemático que ni parpadea en público, siempre mirando hacia lo alto, pero que se transforma tras una buena pieza.

Movió los dedos para comprobar el ajuste de los guantes, Después extrajo unas pulgadas la espada de la vaina, dejándola caer de nuevo.

—Caza y mujeres –añadió con un suspiro.

Estuvo así un instante, el aire absorto. Luego pareció volver en sí. Hizo un gesto a los dos bravos, que cogieron al capitán por las piernas y las axilas para arrimarlo a una encina, apoyada en el tronco la espalda. Allí quedaba disimulado entre los arbustos.

—Ha costado un poco, pero se hizo –prosiguió el italiano–. Conocíamos que esta noche iba a estar aquí, solazándose con... Bueno. Ya sabéis... La gente adecuada arregló que lo acompañen hoy dos monteros de confianza. Quiero decir de nuestra confianza. Precisamente acaban de avisar, con ese toque de cuerno, de que todo va según lo previsto y la presa está cerca.

—Encaje de bolillos –observó el capitán.

Malatesta agradeció el cumplido tocándose el ala del chapeo por donde goteaba la lluvia.

—Espero que el ilustre personaje, con la escaramuza galante que tuvo anoche, se haya confesado antes de salir –el rostro picado de viruelas volvió a contraerse en otra mueca–. A mí me da lo mismo, pero dicen que es hombre piadoso... No creo que le agrade morir en pecado mortal.

La idea parecía divertirlo en extremo. Miró a lo lejos, cual si alcanzara a divisar su presa entre los árboles, y se echó a reír, apoyada una mano en la espada.

—Que me place –dijo, festivo y siniestro a la vez–. Hoy vamos a abastecer el infierno.

Mantuvo un poco la sonrisa, regocijándose con la idea. Luego miró al capitán.

—Y por cierto –añadió cortés–, creo que hicisteis bien en no allanaros anoche al sacramento de la penitencia... Si nosotros contáramos nuestra vida a un cura, éste ahorcaría los hábitos, escribiría una novela poco ejemplar y haría más fortuna que Lope de Vega con una comedia nueva.

Pese a la situación, Alatriste no pudo evitar mostrarse de acuerdo.

—Fray Emilio Bocanegra –concedió– no es ayuda para descargar la conciencia.

Sonó otra carcajada seca y chirriante del italiano.

—Estoy con vuestra merced en eso, voto a Dios. Yo también, diablo por diablo, prefiero rabo y cuernos en vez de tonsura y crucifijo.

—No habéis terminado de contarme lo mío.

—¿Lo vuestro? –Malatesta lo contempló, indeciso, h caer en la cuenta–... Ah, claro. El

cazador y la presa... Seguro que imaginabais el resto: un conejo o un venado, el personaje que se adentra por la espesura en su busca, los monteros que se quedan atrás... Y de pronto, zas. Celos que del aire matan, etcétera. Un amante despechado, o sea, vos, que aparece y lo pasa lindamente por los filos de la espada.

—¿Lo haréis en persona?,

—Claro. Lo suyo y lo vuestro. Doble placer. Luego os desataremos antes de colocar cerca vuestra espada, la daga y, demás... Los fidelísimos monteros, llegados demasiado tarde al lugar de la tragedia, gozarán al menos la honra oficial de vengar al rey.

—Ya veo —Alatriste se miraba las manos y los pies a dos—... En boca cerrada no entran moscas.

—Vuestra merced, señor capitán, tiene fama de hombre de hígados. A nadie sorprenderá que os defendáis como un tigre hasta la muerte... Muchos quedarían desilusionados si creyeran que vuestra piel salió barata.

—¿Y vos?

—Yo sé que no fue así. Podéis quedaros tranquilo, por Baco. Ayer me matasteis a un hombre. Y en las Minillas, a otro.

—No pregunto eso, sino qué haréis vos después.

Malatesta se acarició el bigote, complacido.

—Ah. Ésa es la parte amable del negocio: desapareceré una temporada. Tengo ganas de volver a Italia con algo de lastre en la bolsa... Salí de allí demasiado ligero de ella.

—Lástima que no os lastren con una onza de plomo en los huevos.

—Paciencia, capitán —el italiano sonrió, alentador—. Todo se andará.

Apoyó Alatriste la cabeza en el tronco de la encina. El agua le corría por la espalda, empapándole la camisa bajo el colete. Sentía el fondillo de los calzones húmedo de barro.

—Quiero pedir os un favor —dijo.

—Pardiez —el italiano lo observaba con genuina sorpresa—. Vos pidiendo, capitán... Espero que la Cierta no os ablande el cuajo. Quisiera recordar os tal cual.

—Iñigo... ¿Hay forma de dejarlo fuera?

El otro seguía mirándolo, impasible. Al cabo, un destello de comprensión pareció cruzar su cara.

—No está dentro, que yo sepa —repuso—. Pero eso no depende de mí, ni puedo prometer os nada.

El hombre que se había internado entre los arbustos estaba de regreso, e hizo un gesto a Malatesta señalando una dirección. El italiano dio órdenes en voz baja a los otros dos. Uno se situó junto al capitán, espada y pistola al cinto, una mano apoyada en el mango del cuchillo. El segundo fue a reunirse con el que aguardaba más lejos.

—Ese rapaz tiene casta, señor capitán. Podéis estar orgulloso. Os doy mi palabra de que me holgaré si escapa bien de ésta.

—Eso espero. Así, puede que un día os mate él.

Malatesta iba en pos de sus hombres, dejando al otro como custodia del prisionero.

—Quizás —dijo.

De pronto se volvió despacio, y sus ojos sombríos se clavaron en los de Alatriste.

—Al cabo —añadió—, como a vos, alguien tendrá que matarme alguna vez.

La llovizna arreciaba, mojándonos la cara. Con las dos mulas casi al galope, el coche traqueteaba hacia La Fresneda bajo el cielo gris y los álamos negros que se prolongaban a ambos lados del camino. Era Rafael de Cózar quien, esta da al cinto, manejaba las riendas y azuzaba el tiro, pues á cochero lo habíamos encontrado completamente ebrio y desollaba la

zorra dormido sobre un asiento. A Cózar no se le había ido la suya; pero la acción el agua que nos refresca y una especie de oscura determinación que parecía haberse adueñado de él a última hora, le disipaban un poco los vapores del vino. Conducía el coche como un rayo, animando las mulas con voces y golpes de látigo, hasta el punto de que llegué a preguntarme, inquieto, si era aquella habilidad auriga o inconsciencia de borracho. De cualquier modo, el coche parecía volar. Yo iba en el pescante junto a Cózar, arrebuñado en el gabán del cochero, bien agarrado donde podé y dispuesto a tirarme desde lo alto si volcábamos, cerrando los ojos cada vez que el representante acometía una curva del camino, o los cascos de las bestias y los saltos del carruaje arrojaban salpicaduras de barro.

Reflexionaba sobre lo que iba a decir, o hacer, en La Fresneda, cuando dejamos atrás el estanque –una mancha plomiza entrevista tras las ramas de los árboles– y distinguí, todavía lejos, el tejado flamenco en forma de escalones del pabellón real. En ese lugar el camino se bifurcaba a la izquierda, internándose en un frondoso encinar; y al mirar en esa dirección vi una mula y cuatro caballos medio ocultos por una revuelta del sendero. Se los señalé a Cózar, que tiró de las riendas con tanta violencia que una mula se desbocó y a punto estuvo de dar con nosotros en tierra. Salté del pescante el primero, vigilando alrededor con suspicacia. El amanecer estaba avanzado, pese a que el cielo lluvioso seguía enturbiando el paisaje. Quizá todo era inevitable, temí, y llegar hasta el pabellón iba a ser una pérdida de tiempo. Aún dudaba cuando Cózar tomó la decisión por los dos: saltó del pescante, cayendo cuan largo era sobre un charco enorme, y se levantó sacudiéndose la ropa antes de caer otra vez al tropezar con su propia espada. Se incorporó, maldiciendo truculento. Los ojos le relucían en la cara embarrada, con el agua sucia chorreándole por las patillas y el bigote. Por alguna extraña razón, pese a las maldiciones, parecía divertirse horrores.

—Sus y a ellos –dijo–, quienquiera que sean.

Me quité el gabán y cogí la espada del cochero, que se había caído al piso del carruaje con los vaivenes del camino y roncaba allí como un bendito. La espada era en realidad una mala herreruza; pero eso y mi daga eran mejor que nada, y no quedaba tiempo para vacilaciones. La firme confianza, solía decir en Flandes el capitán Bragado, era dañosa en los consejos y dudas previas, pero utilísima en la ejecución. Y en ésas estaba yo: ejecutando. Así que señalé hacia las caballerías atadas a los árboles.

—Voy a echar un vistazo. Vuestra merced podría llegarse a la casa y pedir ayuda.

—Ni lo pienses, chico. Esto no me lo pierdo por nada del mundo. Los dos, a lo que saliere.

Parecía Cózar otro hombre, y sin duda lo era. Hasta tono resultaba distinto. Me pregunté qué papel interpretó en ese momento. De pronto se acercó al cochero y empezó darle unas bofetadas que sobresaltaron a las mulas.

—Despierta, imbécil –lo increpó con la autoridad de un duque–. España te necesita.

Un momento después, el cochero, aún aturdido y sospechando, supongo, que su amo estaba mal de la cabeza, restallaba el látigo y seguía adelante con el carruaje para alertar, La Fresneda. No parecía hombre de muchas luces; de manera que Cózar, para no enredar más las cosas, le había dado instrucciones elementales: llegar al pabellón, gritar mucho y traer a cuanta gente pudiera. Las explicaciones vendrían luego.

—Si vivimos para darlas –apostilló en mi honor, dramático.

Luego se dobló atrás la capa con ademán solemne, acomodó la espada y echó a andar, menudo y decidido, internándose en el bosque. A los cuatro pasos tropezó otra vez con la espada y cayó de bruces al barro.

—Vive Dios –dijo en el suelo– que al próximo que me empuje, lo escabecho.



Lo ayudé a levantarse mientras se sacudía otra vez la ropa. Espero que el cochero sea capaz de convencer a la gente del pabellón, pensé desesperado. O que el capitán, esté donde esté, pueda arreglárselas solo. Porque si todo depende de Cózar, y de mí, España se queda sin rey como yo me quedé sin padre:

Se oyó de nuevo el cuerno de caza. Sentado contra el tronco de la encina, Diego Alatríste observó que su guardián se volvía a mirar en la dirección del sonido. Era el mismo sujeto barbudo, bajo y ancho de espaldas, que se había topado en la posta de Galapagar antes de la emboscada. Y no parecía hombre locuaz. Seguía en el mismo sitio que ocupaba al irse Malatesta, de pie bajo la lluvia que ahora caía más fuerte. Mojándose sin otro resguardo que un capotillo encerado. Se le veía hecho a esa vida, notó Alatríste; él mismo podía apreciarlo mejor que nadie. Gente a la que se decía: aquí te quedas, aquí matas, aquí mueres, y acataba las órdenes sin rechistar. Los mismos hombres podían ser héroes asaltando un baluarte flamenco o una galera turca, o asesinos si se trataba de negocios privados. No era fácil trazar la divisoria. Todo era cosa de cómo rodaran las brechas: los dados de la vida. Que en la tabla salieran, como naipes, el siete de espadas o la puta de oros.

Al cesar el sonido del cuerno, el bravo se frotó el cogote y miró al prisionero. Después vino hasta él, lo contempló un instante con ojos inexpresivos y extrajo el cuchillo de la funda. Con las manos atadas en el regazo, Alatríste apoyó la cabeza en el tronco del árbol sin apartar la vista de la afilada hoja. Sentía un incómodo cosquilleo en las ingles esa vez, se dijo, Malatesta lo había pensado mejor, delegando, la tarea en el subalterno. Una sucia forma de acabar: sentado, en el barro, manos y pies atados, degollado como un cerdo y con un largo futuro en los libros de historia como regicida, ejemplar. Mierda de Cristo.

—Si intentáis escapar —advirtió el bravo, desapasionadamente— os clavo al árbol.

Alatríste parpadeó a causa de la lluvia que le caía en cara. Por lo visto los planes eran otros. En vez de aplicarle el cuchillo a la garganta, el bravo cortaba las ligaduras de sus pies.

—Arriba —dijo animándolo con un empujón.

Se incorporó el capitán sin que el otro lo perdiera de vista un momento, con la hoja de acero a una pulgada de su garganta. El sicario lo empujó de nuevo.

—Vámonos.

Alatríste comprendió. No iban a matarlo allí para luego verse obligados a arrastrar su cuerpo hasta donde estaba el rey, dejando rastros en el barro y la maleza. Acudiría lindamente, por su pie, al lugar de la doble ejecución. Paso a paso se agotaban el tiempo y la vida. Aunque eso, pensó de pronto, ofrecía una oportunidad. La última de todas. A fin de cuentas, morir por morir, podía considerarse muerto y enterrado. Lo demás era ganancia.

—¡Compasión! —gritó, dejándose caer. Una rodilla en tierra, la otra a medias.

El bravo, que iba detrás, se detuvo cogido de improviso.

—¡Compasión!

Volviéndose, el capitán tuvo tiempo, fugacísimo, de leer el desprecio en los ojos del otro. Te creía de más cuajo, proclamaba esa mirada.

—Mierda... —empezó a decir el bravo.

En ese instante entendió la treta. Pero el cuchillo se había apartado una cuarta, y ya Alatríste, ballesteando sobre la pierna que tenía flexionada, se arrojaba contra su barriga con el hombro por delante. El golpe casi le dislocó el brazo, pero logró levantar al otro sobre los pies, haciéndole perder el equilibrio. La palabra inacabada se trocó en rugido, y

hubo un chapoteo en el barro cuando el capitán, cerrando en un puño doble las manos atadas, reunió toda su fuerza para asestarle al caído un golpe demoledor en la cara, mientras aquél intentaba acuchillarlo. Por suerte para Alatríste, el machete era grande; de haber sido puñal o daga corta, allí mismo se habría visto con las costillas atravesadas. Pero de cerca, cuerpo a cuerpo, el golpe no tenía fuerza para traspasar el colete mojado, y resbaló de filos. El capitán aprisionó con una rodilla el brazo armado. Pese a la atadura, sus manos tenían holgura suficiente para aferrar las quijadas del enemigo, clavándole un pulgar en cada ojo. La cosa no estaba para compases circunflejos, ángulos obtusos ni protocolos de esgrima, así que apretó con todas sus fuerzas, contando mentalmente cinco, diez, quince; hasta que, llegando a dieciocho, el otro soltó un alarido y aflojó. La lluvia diluía la sangre en la cara del caído y en las manos de Alatríste cuando, ya sin oposición, arrebató el cuchillo de monte, lo apuntó bajo la barba del bravo y empujó de golpe, clavándole el cuello al barro. Lo mantuvo así, firme, apretando con todo el peso del cuerpo y conteniendo el pataleo del otro, hasta que éste, con un suspiro de fatiga que no salió de su boca sino de la hoja de acero clavada en su garganta, dejó de moverse. Entonces Alatríste giró sobre sí mismo, espalda en el barro y cara a la lluvia, y recobró el aliento. Después le arrancó al otro el cuchillo del gáznate, y sosteniendo el mango entre las rodillas y un árbol liberó sus manos procurando no cortarse una vena. Mientras lo hacía observó que un pie del bravo empezaba a temblar. Era curioso, pensó, aunque conocía el efecto. A veces, aunque un hombre estuviera muerto, sus tuétanos se negaban a morir.

Despojó el cadáver de lo necesario. Espada, cuchillo, pistola. La espada era buena, de Sahagún, algo más corta que las que él usaba. Se ciñó el arnés sin perder tiempo. El cuchillo de montero tenía el mango de asta de ciervo y dos cuartas de largo; habría preferido una daga, pero tampoco estaba mal. La pistola no debía de valer gran cosa después de la pelea en el barro, pero se la metió en el cinto, las manos tiritándole a medida que se enfriaba tras la acción. Le dio un último vistazo al cadáver: el pie había dejado de moverse y la sangre se extendía como vino aguado entre el repiqueteo de la lluvia. Las ropas del muerto estaban empapadas y sucias; poco iban a protegerlo del frío, así que cogió sólo el capotillo encerado y se lo puso. Oyó un ruido a un lado, entre los arbustos, y sacó la espada. Su peso en la mano era familiar, tranquilizador. Ahora, dijo en sus adentros, os va a costar hacerlos con mi pellejo.

Me quedé hecho mármol. El capitán Alatríste estaba ante mí espada en mano, un cadáver a los pies y el barro corriéndole por la cara como una máscara. Parecía salido de un pantano de Flandes, o un fantasma vuelto del más allá. Cortó en seco mis exclamaciones de alegría, mirando a Rafael de Cózar, que acababa de aparecer a mi espalda pisoteando charcos y quebrando ramas que sonaban como pistoletazos.

—Por Cristo —dijo, envainando—... ¿Qué hace ése aquí?

Lo expliqué en pocas palabras; pero antes de que yo hubiese acabado, el capitán dio media vuelta y se puso a caminar, cual si de pronto hubiera dejado de interesarle la presencia del comediante.

—¿Has dado aviso?

—Creo que sí —respondí, recordando inquieto la cara abotargada del cochero.

—¿Crees?

Caminaba a grandes zancadas entre los arbustos, y yo le iba detrás. A mi espalda oía a Cózar murmurando cosas ininteligibles, que a veces parecían versos y a veces maldiciones. Sus y a ellos, repetía de vez en cuando, hecho un racimo de uvas. Sus y a ellos, juro a dix y

vive Dux. Santiago y cierra España. A veces, cuando nos deteníamos un momento para que el capitán se orientara, mi amo volvía el rostro, echándole al representante un vistazo malhumorado antes de seguir camino.

Sonó cerca un cuerno de caza –me había parecido oír de lejos antes del encuentro– y nos quedamos quietos b la lluvia. El capitán se llevó un dedo al mostacho, miran a Cózar y luego a mí. Después me mostró una mano con la palma vuelta hacia abajo –el gesto silencioso que usábamos en Flandes para esperar mientras alguien hacía la descubierta– y se alejó cauteloso, desapareciendo entre los arbustos Hice que Cózar se arrimara conmigo al tronco de un árbol y nos quedamos allí, esperando. El actor, visiblemente mirado de todos aquellos gestos y del entendimiento militar que se daba entre mi amo y yo, iba a decir algo; p le tapé la boca. Asintió, comprensivo, mirándome con respeto que, antes, y tuve la certeza de que ya nunca me moría chico. Sonreí, y me devolvió la sonrisa. Sus ojos re cían de excitación. Lo contemplé: menudo, sucio, chorro de agua, con sus patillas mostacho tudescas y la mano en espada. Tenía un chocante aire bravo, como el de esos individuos de poca estatura y talante pacífico que, de pronto, pegando un salto y te arrancan a mordiscos una oreja. Desde luego fuese por el vino o por lo que fuera, Cózar no parecía ten ni pizca de miedo. Aquélla, confirmé, era su gran representación. La aventura de su vida.

El capitán apareció al fin, silencioso como se había ido. Me miró y alzó la mano, esta vez con la palma vuelta hacia mí y extendidos los cinco dedos. Cinco hombres, traduje mentalmente. Luego giró el pulgar hacia abajo: enemigos. A continuación movió la mano de un hombro a la cadera opuesta, como indicando una banda, y acto seguido alzó el índice. Oficial, traduje. Uno. Pulgar hacia arriba. Amigo. Entonces comprendí a qué se refería. La banda roja era señal de jerarquía en los tercios. En aquel bosque, el oficial de alta jerarquía sólo podía ser uno.

Diego Alatríste volvió a asomarse a la linde del claro, resguardado tras un árbol. A veinte pasos había una peña entre retamas, al pie de una encina enorme; y junto a ella, un hombre joven con una escopeta en las manos. Era espigado, rubio, vestido con tabardo y calzones de paño verde, y tocado con sombrero de visera. Llevaba polainas altas, manchadas, de barro; y al cinto, desprovisto de espada, unos guantes doblados y un cuchillo de monte. Estaba inmóvil, erguido, de espaldas a la peña; la cabeza alta y un pie ligeramente adelantado. Como si con esa actitud pretendiera tener a raya a los cinco hombres que lo rodeaban en semicírculo.

Las voces del grupo llegaban hasta Alatríste, apagadas por el rumor de la lluvia. Sólo, a veces, una palabra aislada. El hombre vestido de cazador callaba, y era Gualterio Malatesta, cuya capa y sombrero negros relucían de agua, quien llevaba el gasto de la conversación. El italiano era el único que conservaba la espada en su vaina; a uno y otro lado, estrechando el semicírculo en torno al cazador, los otros sicarios, dos de ellos vestidos de monteros reales, tenían las espadas en las manos.

Alatríste se quitó el capotillo. Luego, olvidándose de pistola que llevaba al cinto, en cuyo cebo no podía confiar apoyó las manos en las empuñaduras del cuchillo y de la espada mientras, estudiando el terreno con ojo plástico, calculaba distancia y tiempo para recorrerla. El hombre rubio, pensó con amargura, no parecía de mucha ayuda: seguía inmóvil, hierático, la escopeta en las manos, mirando a los asesinos que lo cercaban, el aire tan indiferente como si nada de aquello lo concerniese. Observó que, por hábito de cazada mantenía un faldón del tabardo sobre la llave de la escopeta para protegerla del agua. De no ser por la lluvia, el barro los cinco hombres amenazantes, se habría dicho que posaba para

un retrato cortesano de Diego Velázquez. El capitán compuso una mueca a medio camino entre la admiración; el desprecio. Valor tal vez, se dijo. Pero también, y sobre toda estupidez y absurda compostura a la borgoñona. Al menos quedaba un amargo consuelo: ni siquiera sabiéndose en peligro de muerte, el rey por el que arriesgaba la vida perdía las maneras. Y eso estaba bien. Aunque quizá lo que ocurría era que aquel figurín palaciego no terminaba de creerse lo que estaba pasando, ni lo que iba a pasar.

A fin de cuentas, reflexionó Alatraste, qué infiernos le iba a él mismo en ello. Quién lo obligaba a jugársela por un fulano que no era capaz de mover una mano para defenderse; cual si esperase que bajaran los ángeles del cielo o salieran de la maleza sus arqueros de la guardia o sus tercios, apellidando a Dios y a España. Malas costumbres, las palatinas. Peor crianza. Lo pintoresco era que, en efecto, allí en el bosque estaban los tercios: él, Iñigo, Cózar, con la sombra de María de Castro suspendida en las gotas de lluvia. Siempre había algún imbécil a mano, dispuesto a dejarse matar. El r cuerdo lo estremeció de cólera. Voto a Dios y a quien lo engendró, que sería no poca justicia que aquel boquirrubio, aficionado a gozar de lances sin riesgo y mujeres ajenas, le viera los colmillos al jabalí. Allí no había Guadalmedinas para sacarle las castañas del fuego. Pardiez. Que pagara el precio que, tarde o temprano, pagaban todos. Con Gualterio Malatesta enfrente, aquel precio iba a ser al contado.

—Entregue la escopeta vuestra majestad.

Esta vez las palabras del italiano llegaron claras hasta Alatraste, que se mantuvo oculto tras el árbol, contemplando la escena con malsana curiosidad. Las posibilidades del rey eran mínimas: el cuchillo de montero no contaba, carecía de espada, y en el mejor de los casos todo se reduciría a un tiro de escopeta, si estaba cargada y la pólvora seca.

—Entregadla —repitió uno de los sicarios, impaciente, acercándose al rey con la espada dispuesta.

Entonces Felipe IV hizo algo extraño. Impasible, sin mudar la expresión del rostro, inclinó un poco la cabeza para mirar el arma como si hasta ese momento la hubiera olvidado. Lo hizo con la indiferencia de quien observa algo sin la menor importancia. Tras un instante de inmovilidad, echó atrás el percutor de la llave de chispa y se llevó la escopeta a la cara. Luego, tras apuntar al sicario con una pasmosa frialdad lo derribó de un escopetazo en la frente.

Ahora sí, pensó Alatraste sacando la temeraria. Qué más da el trapo del que esté hecha la bandera. Ahora sí merece la pena morir por ese rey.

El estampido fue como una señal. Yo estaba con Cózar al otro lado del claro, obedeciendo las últimas indicaciones del capitán para que flanquease a Malatesta y los suyos, y desde allí vi que mi amo abandonaba su resguardo corriendo al descubierto, espada en una mano y cuchillo en la otra. Saqué la mía y fui adelante también, sin comprobar si Cózar llegaba hasta el final y me seguía.

—¡Favor al rey! —lo oí gritar de pronto, a mi espalda—... ¡Ténganse, que yo lo digo!

Virgen santa, pensé. Lo que faltaba. El italiano y los bravos oyeron los gritos y el chapoteo de nuestros pasos sobre los charcos y el barro, y se volvieron, sorprendidos. Eso fue lo último que pude apreciar con nitidez: la cara de Malatesta vuelta hacia nosotros, su gesto de furia gritando órdenes a los suyos mientras metía mano con la celeridad de un rayo, los aceros de los sicarios alzándose entre la lluvia. Y detrás, inmóvil, con la escopeta humeante en las manos, el rey que nos miraba.

—¡Favor al rey! —seguía vociferando Cózar, hecho un tigre.

Éramos dos contra cuatro, pues el representante, supuse, no contaba mucho. Había que andar listo y precaverse. Así que me vi frente a uno de los monteros, le tiré al pasar una cuchillada tan recia que le hizo soltar el arma. Luego, escurriéndome por su lado como urda ardilla, me enfrenté al que estaba detrás. Éste acometió, acero por delante. Me afirmé lo mejor que pude mientras sacaba la daga con la zurda, rogando a Dios no resbalar en el barro. Paré fijando de daga con bastante buena fortuna, gané pies cambiando a la guardia contraria, y agachándome hasta sus rodillas le metí la espada de abajo arriba; lo menos tres palmos por lo blando de vientre. Cuando eché atrás el codo para sacar la hoja, el bravo cayó de bruces mirándome asombrado, con cara de que nada de aquello podía haberle pasado al hijo de su madre. Pero quien me preocupaba ya no era él, sino el que había dejado atrás, sin espada mas con una daga en la otra mano; de manera que me revolví, esperando encontrármelo encima. Entonces vi que estaba trabado con Cózar, reparándose como podía, un brazo estropeado y la daga en la zurda, de los terribles mandobles que el representante le asestaba.

No pintaba mal el lance, después de todo. En lo que a mí se refiere, la herida de Angélica me dolía espantosamente, y confié en que no se abriera con el ejercicio, desangrándome como un puerco. Me volví para socorrer al capitán, y en ese instante, mientras mi amo arrancaba su espada del cuerpo de un bravo que había doblado y echaba sangre por la boca como un jarameño, observé que Gualterio Malatesta, negro y firme bajo la lluvia, se pasaba la espada a la otra mano, sacaba del cinto una pistola, y tras una breve vacilación entre mi amo y el rey apuntaba a este último a cuatro pasos. Yo estaba demasiado lejos para intervenir, y hube de ver, impotente, cómo el capitán, recobrado su acero, intentaba interponerse en la trayectoria del disparo. Pero también él estaba lejos. Alargó Malatesta la mano armada, apuntando con sumo cuidado; y vi que el rey, mirando a la cara a su asesino arrojaba la escopeta, erguía el cuerpo y cruzaba los brazos, resuelto a que el pistoletazo lo hallase con la debida compostura.

—¡A mí esa bala! —gritó el capitán.

El italiano ni se inmutó. Seguía apuntando al rey. Apreté el gatillo y golpeé el pedernal en la cazoleta.

Nada.

La pólvora estaba mojada.

Acero en mano, Diego Alatríste se interpuso entre Malatesta y el rey. Nunca había visto al sicario con aquel semblante. Estaba descompuesto. Movía la cabeza incrédulo, contemplando la inútil pistola que tenía en la mano.

—Tan cerca —le oyó decir.

Luego pareció volver en sí. Miró al capitán como si lo viera por primera vez, o no recordara que estuviese allí, y al cabo sonrió un poco, siniestro, bajo el ala goteante del sombrero.

—Estuve tan cerca —repitió, amargo.

Al fin encogió los hombros y tiró el arma, empuñando la espada con la mano diestra.

—Me habéis arruinado el negocio.

Se soltaba el lazo de la capa, que le estorbaba los movimientos. Señaló con el mentón al rey, pero seguía mirando a Alatríste.

—¿De veras creéis que tal amo merece la pena?

—Venga —respondió el capitán, seco.

Lo dijo en tono de vamos a lo nuestro. Mostraba su espada, señalando con ella la que

Malatesta empuñaba. El italiano estudió los aceros y luego al rey, considerando si quedaba alguna manera de terminar el trabajo. Después encogió, de nuevo los hombros mientras doblaba con parsimonia la capa mojada sobre el brazo izquierdo.

—¡Ténganse al rey! —seguía gritando Rafael de Cózar, trabado con su enemigo.

Malatesta miró en aquella dirección, el aire entre divertido y fatalista. Entonces vino la sonrisa. El capitán advirtió e peligroso trazo blanco en el rostro picado de viruela, el destello de crueldad en los ojos sombríos. Y se dijo: esta serpiente no está vencida todavía. La certeza vino de golpe, haciéndolo reaccionar y precaverse un momento antes de que, el italiano arrojase la capa sobre su espada, para estorbársela. Aun así, Alatríste perdió un instante desembarazándose del paño mojado; mientras lo hacía, el acero de Malatesta centelleó ante sus ojos cual si buscara dónde clavarse, pasó de largo y se dirigió hacia el rey.

Esta vez el monarca de ambos mundos retrocedió un paso. Alatríste alcanzó a leer la incertidumbre en sus ojos azules mientras, ahora sí, el augusto belfo austríaco se crispaba esperando la estocada. Demasiado cerca para seguir impertérrito, supuso el capitán, con los ojos negros de Malatesta encarnando la mirada misma de la Muerte. Pero el instante que él había ganado adivinando la intención fue suficiente. El acero se interpuso al acero, desviando el antuivón que parecía inevitable. La hoja de Malatesta resbaló a lo largo de su espada, pasando a menos de una cuarta de la real gorja.

—Puerca miseria —maldijo el italiano.

Y eso fue todo. Luego volvió la espalda, corriendo como un gamo entre los árboles.

Yo había asistido a la escena de lejos, impotente, pues todo ocurrió en medio avemaría. Al ver huir a Malatesta, mientras el capitán se volvía hacia el rey para comprobar que no estaba herido por la cuchillada del italiano, salí detrás sin pensarlo, pisoteando charcos, espada en mano. Corrí así, agachando el rostro y el brazo alzado para protegerme de las ramas que me arrojaban encima ráfagas de agua. La figura negra de Malatesta llevaba poca ventaja; yo era joven y de buenas piernas, de manera que le fui dando alcance. De pronto miró atrás, me vio solo y se detuvo, recobrando el aliento. Llovía con tanta fuerza que el barro parecía hervir a mis pies.

—Quédate ahí —dijo, apuntándome con su espada.

Me detuve, indeciso. Tal vez el capitán venía a los alcanes pero de momento estábamos solos.

—Ya está bien por hoy —añadió.

Empezó a caminar de nuevo, esta vez de espaldas, s quitarme la vista de encima. Entonces me di cuenta de que cojeaba: al apoyar el pie derecho, el mentón se le descomponía en una mueca de dolor. Sin duda estaba herido de la escaramuza, o se había lastimado al correr. Parecía cansado bajo el aguacero, empapado y sucio. Había perdido el sombrero en la carrera, y el cabello, largo y mojado, se le pega a la cara. Tal vez su rotura y su fatiga, pensé, iguale destreza y me dé una oportunidad.

—No merece la pena —dijo, adivinándome el propósito. Anduve un trecho. La espalda me dolía mucho, pero m vigor estaba entero. Avancé un poco más. Malatesta movió la cabeza cual si aquello fuese una impertinencia. Luego sonrió apenas, retrocedió un paso conteniendo la mueca dolorida que le acudió a la boca, y se puso en guardia. L tanteé con muchísimo cuidado, tocándose los extremos nuestros aceros, mientras buscaba el modo de entrarle p algún sitio. Él, perro viejo, se limitaba a aguardar. Aun impedido, su destreza era superior a la mía, y ambos lo sabíamos. Pero yo me sentía como ebrio, dentro de una esfera

gris que me anulaba el juicio. Él estaba allí, y yo tenía espada.

Abrió la guardia un momento, como al descuido; mas entreví la flor y me mantuve sobre mis pies, sin atacar, el codo flexionado y la cazoleta de la espada a la altura de mis ojos buscando un hueco que no fuese una treta. La lluvia seguía cayendo, y yo estaba atento a no resbalar en el barro. Mi vida no habría valido una blanca.

—Te has vuelto prudente, rapaz.

Sonreía, y supe que me estaba incitando para que le fuera encima. Así que guardé la calma. De vez en cuando me quitaba el agua de los ojos con el dorso de la mano de la daga, sin perderlo de vista.

A mi espalda, entre los árboles y la maleza, oí vocear mi nombre. El capitán nos buscaba. Grité para orientarlo. Entre el cabello que la lluvia le adhería a la cara, los ojos del italiano echaron un rápido vistazo a un lado y a otro, buscando una salida. Metí pies y le entré como un rayo.

Era bueno, el hideputa. Era muy diestro y muy buenas: Paró sin el menor esfuerzo una estocada que a otro habría pasado de parte a parte, y en el revés me dio con mucha flema, por la contra, una cuchillada a la altura de los ojos que, de no haberle fallado la pierna lastimada al apoyarse, me habría abierto una zanja de un palmo en la cara. Aun así me desarmó la diestra, enviando mi espada a un par de varas de distancia. Ni siquiera pensé en cubrirme con la daga; permanecí inmóvil como una liebre deslumbrada, esperando el golpe final. Entonces vi a Malatesta contraer el rostro de dolor, ahogando un gemido rabioso, retroceder dos pasos involuntariamente y fallarle de nuevo la pierna.

Cayó hacia atrás, sentado en el barro, la espada en la mano y una blasfemia en la boca. Por un instante nos miramos, aturdido yo, desencajado él. Una situación idiota. Al fin reaccioné, corriendo en busca de mi espada, que estaba, al pie de un árbol. Cuando me alcé con ella, Malatesta, todavía sentado, hizo un movimiento rápido, algo zumbó junto a mí como un relámpago metálico, y un puñal quedó vibrando clavado en el tronco, a un palmo de mi cara.

—Un recuerdo, rapaz.

Fui hacia él, resuelto a atravesarlo sin más, y lo vio en mis ojos. Entonces arrojó su espada entre los arbustos y se echó un poco atrás, apoyándose en los codos.

—Vaya día llevo —dijo.

Me acerqué con precaución, y usando la punta de la herreruza le revisé las ropas, buscando armas ocultas. Después apoyé la punta en su pecho, situándole el corazón. El pelo mojado, la lluvia que le corría por la cara y los cercos violáceos bajo los párpados le daban aire de extremo cansancio, envejeciéndolo:

—No hagas eso —murmuró, con suavidad—. Mejor déjaselo a él.

Miraba la maleza, a mi espalda. En ese momento oí un chapoteo y apareció a mi lado el capitán Alatríste, resoplando y sin resuello. Pasó veloz como una bala y se lanzó contra el italiano. No abrió la boca. Agarrándolo por el pelo, dejó a un lado la espada y sacó el enorme cuchillo de montero, poniéndoselo en la garganta.

Reflexioné rápido. No mucho, desde luego. Más bien nos vi al capitán y a mí en aquel bosque, y pensé en el fiero aspecto del conde-duque, en la hostilidad del conde de Guadalmedina y en el augusto personaje que habíamos dejado atrás con Rafael de Cózar como única escolta. Sin Malatesta como testigo habría que dar muchas explicaciones, y tal vez no tuviéramos respuesta para todas las preguntas. Al comprenderlo sentí un repentino pánico. Entonces sujeté el brazo de mi amo.

—Es mi prisionero, capitán.

No pareció oírme. Su perfil obstinado era de granito, resuelto y mortal. Los ojos, que la lluvia agrisaba, parecían del mismo acero que la hoja que empuñaba. Vi tensarse los músculos, venas y tendones de su mano, dispuesta a clavar.

—¡Capitán!

Me interpose, casi encima de Malatesta. Mi amo me apartó con un movimiento brusco, la mano libre alzada para abofetearme. Sus ojos me traspasaron como si el cuchillo me lo fuese a meter a mí.

—¡Se me rindió!... ¡Es mi prisionero!

Parecía una pesadilla en el centro de aquella esfera húmeda y sucia, la lluvia cayéndonos encima, el barro donde forcejeábamos, la respiración agitada del capitán, el aliento de Malatesta a un palmo de mi cara. El capitán apretó más. Sólo la fuerza que yo hacía sujetándole el brazo impedía al cuchillo seguir su camino.

—Alguien –insistí– tendrá que explicar a la justicia lo que ha pasado.

Mi amo no apartaba los ojos de Malatesta, que echaba atrás la cabeza cuanto podía, aguardando el golpe final con las mandíbulas apretadas.

—No quiero que a vuestra merced y a mí –dije– nos torturen como a cerdos.

Era cierto. La sola idea me aterrorizaba. Al fin noté que el capitán aflojaba, crispada aún su mano en torno al mango del cuchillo, como si la cordura de mis palabras le calara poco a poco en el juicio. A Malatesta le había calado ya.

—Joder, rapaz –exclamó cayendo en la cuenta–. Déjalo que me mate.



## EPÍLOGO

—Álvaro de la Marca, conde de Guadalmedina, le ofreció una jarra de vino al capitán Alatríste.

—Debes de tener una sed de mil demonios.

El capitán aceptó la jarra. Estábamos sentados en los escalones del porche de la casa de La Fresneda, rodeados de guardias reales armados hasta los dientes. Afuera, la lluvia repiqueteaba sobre las mantas que cubrían los cuerpos de los cuatro sicarios muertos en el bosque. Al quinto, maltrecho por los golpes de Rafael de Cózar, con una brecha en la cabeza y un par de puñaladas de barato, se lo habían llevado en unas angarillas, más muerto que vivo. Para Gualterio Malatesta el trato era especial: el capitán y yo lo vimos alejarse caballero en una triste mula, con grilletes en las manos y en los pies, cercado de guardias. Al cruzarnos por última vez, sucio, derrotado, sus ojos inexpresivos se habían posado en nosotros cual si no nos hubiera visto en la vida. Me vinieron a la cabeza sus postreras palabras en el bosque, con el cuchillo del capitán apoyado en la garganta. Y era cierto: más le habría valido morir, pensé imaginando lo que le aguardaba, el interrogatorio y la tortura para que contase cuanto sabía de la conspiración.

—Y creo —añadió Guadalmedina bajando un poco la voz que te debo una disculpa.

Acababa de salir del pabellón tras larga parla con el rey. Mi amo mojó el mostacho en el vino, sin responder. Parecía muy cansado, el pelo revuelto y el rostro con huellas de barro y de fatiga, la ropa húmeda, destrozada por la pelea entre los arbustos. Me miró con sus ojos glaucos, fríos, y luego se volvió a observar a Cózar, que estaba sentado algo más lejos, en un poyete del porche, con una manta sobre los hombros y una sonrisa beatífica en la cara, persignado de arañazos, una brecha en la frente y un ojo a la funerala. También a él le habían dado bebida que despachaba sin ayuda de nadie —en realidad llevaba tres jarras en el colete—. Se le veía feliz, el orgullo y el vino desbordándole por los rotos del jubón. De vez en cuando hipaba, vitoreaba al rey, rugía como un león o recitaba, trastocados y por lo bajini, fragmentos de Peribáñez y el comendador de Ocaña. Los arqueros de la guardia real lo miraban pasmados, murmurando sobre si estaba borracho o habría perdido la chaveta:

Soy vasallo, es su querida, corro en su amparo y defensa; él quitarme el honor piensa, y yo le salvo la vida.

El capitán me pasó la jarra y bebí un largo trago antes de devolvérsela. El vino me alivió un poco la tiritona. Luego miré a Guadalmedina, seco, elegante, de pie ante nosotros, la mino apoyada con displicencia en la cadera. Había llegado justo para recoger los laureles tras leer mi billete al levantarse de la cama, galopando con veinte arqueros para encontrárselo todo resuelto: el rey ileso, sentado en una piedra bajo la gran encina del claro del bosque, Malatesta boca abajo en el barro con las manos atadas a la espalda y nosotros intentando reanimar a Cózar, que había perdido el conocimiento aferrado a su bravo, yaciente debajo y más maltrecho que él. Aun así, los arqueros nos acariciaron la gorja con sus espadas antes de hacerse idea cabal de lo ocurrido; y sólo cuando estaban a punto de acogotarnos sin que Guadalmedina opusiera una palabra en nuestro favor, el propio Felipe IV situó las cosas en su sitio. Que esos tres hidalgos —con tales palabras —dijo el rey— habían salvado su vida con mucho valor y riesgo. Con tan regia patente, nadie nos molestó; e incluso a Guadalmedina le cambió el humor. De modo que allí estábamos ahora, rodeados de guardias y con una jarra de vino en la mano, mientras Su Católica Majestad era atendido dentro y las cosas volvían a ser —no sé si mejores o peores— lo que siempre fueron.

—Álvaro de la Marca hizo traer otra jarra, chasqueando los dedos. Cuando un sirviente se la puso en la mano, la levantó en obsequio del capitán.

—Por lo de hoy, Alatríste –dijo sonriente, haciendo la razón–. Por el rey, y por ti.

Bebió, y luego alargó desde arriba una mano enguantada para estrechar la de mi amo, o para ayudarlo a ponerse en pie, esperando que éste se sumara al brindis. Pero el capitán permaneció sentado e inmóvil, su jarra en el regazo, ignorando la mano extendida. Miraba caer la lluvia sobre los cadáveres alineados en el barro.

—Quizás.. –empezó a decir Guadalmedina.

De pronto calló, y vi desvanecerse la sonrisa en sus labios. Me miró, y desvié la vista. Estuvo así un momento, observándonos. Luego dejó muy despacio la jarra en el suelo y volvió la espalda, alejándose.

Permanecí callado, sentado junto a mi amo, escuchando el rumor del agua sobre el techo de pizarra.

—Capitán –murmuré al fin.

Sólo eso. Sabía que era suficiente. Sentí su mano áspera apoyarse en mi hombro, y luego darme un golpecito suave en el pescuezo.

—Seguimos vivos –dijo al fin.

Me estremecí de frío y de recuerdos. No pensaba sólo en lo ocurrido esa mañana en el bosque.

—¿Qué será de ella ahora? –pregunté en voz baja.

No me miró.

—¿De ella?

—De Angélica.

Estuvo un rato sin despegar los labios. Contemplaba pensativo el camino por el que se habían llevado a Gualterio Malatesta, rumbo a su cita con el verdugo. Después movió la cabeza y dijo:

—No se puede ganar siempre.

Sonaron voces alrededor, ruido de armas, pisadas marciales. Los arqueros formaban a caballo, escarchadas de lluvia sus corazas, mientras un coche de cuatro caballos rucios se acercaba a la puerta. Apareció de nuevo Guadalmedina poniéndose un elegante sombrero enjoyado, entre varios gentilhombres de la casa real. Dejó resbalar la vista sobre nosotros y dio un par de órdenes. Sonaron más voces de mando, relinchos de caballos, y los arqueros se alinearon disciplinados, muy gallardos en sus monturas. Entonces el rey salió de la casa con botas, sombrero y espada. Había cambiado el indumento de cazador por un vestido de brocado azul. Cózar, el capitán y yo nos pusimos en pie. Todos se descubrieron menos Guadalmedina, que como grande de España tenía el privilegio de cubrirse ante el monarca. Felipe IV miró hacia lo alto, impasible, con el mismo gesto distante de cuando la escaramuza en el bosque. Anduvo por el porche hacia los carruajes, la cabeza erguida, pasó ante nosotros sin mirarnos y subió al coche que habían acercado a los escalones mismos. Guadalmedina iba a plegar el estribo y cerrar la portezuela, cuando el rey le dirigió unas palabras en voz baja. Vimos cómo Álvaro de la Marca se inclinaba para escuchar muy atento, pese al aguacero que le caía encima. Luego frunció el ceño, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Alatríste –llamó.

Me volví hacia el capitán, que miraba confuso a Guadalmedina y al rey. Por fin dio unos pasos hacia ellos, saliendo de la protección del porche. Los ojos azules del Austria se clavaron en él, acuosos y fríos como los de un pez.

—Devolvedle su espada —ordenó Guadalmedina.

Un sargento se acercó con el acero y su arnés. En realidad no era el del capitán, sino el que le había quitado al primer bravo tras degollarlo. Mi amo se quedó con la espada en la mano, más desconcertado que antes. Luego se la ciñó despacio a la cintura. Cuando alzó el rostro, su perfil aguilino sobre el espeso mostacho, por cuyas guías goteaba la lluvia, le daba el aspecto de un halcón desconfiado.

—A mí esa bala —dijo Felipe IV, como si reflexionase en voz alta.

Me quedé asombrado hasta recordar que ésas habían sido las palabras del capitán cuando Malatesta apuntaba al rey con su pistola. Ahora mi amo observó al monarca con flema y curiosidad, como preguntándose en qué iba a parar aquello.

—Vuestro sombrero, Guadalmedina —requirió Su Católica Majestad.

Hubo un silencio lagrimo. Al cabo, Álvaro de la Marca obedeció descubriéndose de no muy buen talante —se estaba mojando igual que una esponja—, y le pasó al capitán su lindo chapeo adornado con pluma de faisán y toquilla ornada de diamantes.

—Cubríos —ordenó el rey—, capitán Alatraste.

Por primera vez desde qué lo conocía vi a mi amo quedarse con la boca abierta. Y aún permaneció así un momento, indeciso, dándole vueltas al fieltro entre las manos.

—Cubríos —repitió el monarca.

El capitán asintió, cual si comprendiera. Miró al rey, a Guadalmedina. Luego contempló el sombrero, pensativo, y se lo puso como dando a todos ocasión de rectificar.

—Nunca podréis alardear en público de ello —advirtió Felipe IV.

—Lo supongo —respondió mi amo.

Durante un largo momento, el oscuro espadachín y el señor de dos mundos se miraron cara a cara. En el rostro impasible del Austria se deslizó, fugaz, una sonrisa.

—Os deseo suerte, capitán... Y si alguna vez os quieren ahorcar o dar garrote, apelad al rey. De ahora en adelante tenéis derecho a que os decapiten como hidalgo y caballero.

Eso dijo el nieto de Felipe II aquella lluviosa mañana en La Fresneda. Después dio una orden, Guadalmedina subió al coche, levantó el estribo y cerró la portezuela, el cochero hizo restallar el látigo desde el pescante, y el carruaje se puso en movimiento abriendo surcos en el barro, seguido por los arqueros a caballo y los vítores de Cózar. Larga vida al rey católico, vociferaba el representante, alumbrado de nuevo. O haciéndoselo. Larga vida al Austria, etcétera. Que Dios bendiga a España, custodia de la verdadera fe. A España y a la madre que la parió.

Me acerqué al capitán, impresionado. Mi amo miraba alejarse el carruaje real. El elegante sombrero de Guadalmedina contrastaba con el resto de su apariencia: manchado de barro, rasguñado, maltrecho, roto. Tanto como yo. Cuando llegué a su lado comprobé que reía contenido, casi para sus adentros. Al sentirme, volvió el rostro y guiñó un ojo, quitándose el sombrero para mostrármelo.

—Con suerte —suspiré— algo nos darán por los diamantes de la toquilla.

El capitán estudiaba los adornos del chapeo. Al cabo movió la cabeza y se lo puso de nuevo.

—Son falsos —dijo.

La Navata, agosto de 2003

**EXTRACTOS DE LAS**  
***FLORES DE POESÍA***  
***DE VARIOS INGENIOS DE ESTA CORTE***

\*\*\*\*\*

Impreso del siglo XVII sin pie de imprenta conservado en  
la Sección «Condado de Guadalmedina» del Archivo y  
Biblioteca de los Duques del Nuevo Extremo (Sevilla).

§

**DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO**  
**AL PROCURADOR SATURNINO APOLO, AMIGO**  
**DE MALOS VERSOS Y DE BOLSAS AJENAS.**

*Procurador que sólo por la mosca  
procuras en ochavos o doblones,  
rufián archimandrita entre ladrones,  
sanguijuela voraz, golosa y tosca.*

*Tu pluma, péñola grosera, fosca,  
perpetra zafiedad en sus borrones;  
eres doctor en versos motilones,  
lameculos infame que se enrosca,*

*muladar trompetero donde estira  
la soberbia lujurias de macaco,  
pedorro de la hiel y la mentira,*

*zurrapa de las musas, gran bellaco;  
te importa más la bolsa que la lira,  
y más que Apolo te emparenta Caco.*

**DE DON LUIS DE GÓNGORA**  
**SOBRE LA FUGACIDAD DE LA BELLEZA**  
**Y DE LA VIDA.**

*Mientras por competir con tu cabello  
oro bruñido al sol relumbra en vano;  
mientras con menosprecio en medio*

*el llano mira tu blanca frente el lirio bello;*

*mientras a cada labio, por cogello,  
siguen más ojos que al clavel temprano,  
y mientras triunfa con desdén lozano  
del luciente cristal tu gentil cuello,*

*goza cuello, cabello, labio y frente,  
antes que lo que fue en tu edad dorada  
oro, lirio, clavel, cristal luciente,*

*no sólo en plata o víola troncada  
se vuelva, mas tú y ello juntamente  
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.*

**DE FÉLIX LOPE DE VEGA CARPIO  
SOBRE LOS DELEITES Y CONTRADICCIONES  
QUE CAUSA EL AMOR.**

*Desmayarse, atreverse, estar furioso,  
áspero, tierno, liberal, esquivo,  
alentado, mortal, difunto, vivo,  
leal, traidor, cobarde y animoso;*

*no hallar fuera del bien centro y reposo,  
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,  
enojado, valiente, fugitivo,  
satisfecho, ofendido, receloso;*

*huir el rostro al claro desengaño,  
beber veneno por licor süave,  
olvidar el provecho, amar el daño;*

*creer que un cielo en un infierno cabe,  
dar la vida y el alma a un desengaño;  
esto es amor: quien lo probó lo sabe.*

**APROBACIÓN**

He visto este libro intitulado El caballero del jubón amarillo, quinto volumen de las llamadas Aventuras del capitán Ala triste, para el que Don Arturo Pérez-Reverte pide licencia de impresión. Como los anteriores, nada encuentro en él repugnante a nuestra Santa Fe ni a las buenas costumbres; antes como lucido parto de ingenio y prendas de su autor, contiene saludables advertencias que bala apariencia de cuento y fábula donosa encierran lo más grave y serio de la humana filosofía. Pese a no abundar en reflexiones

cristianas o piadosas, pienso que su lectura edificará a la juventud; pues su lenguaje admira al retórico, los lances y conceptos entretienen al curioso, lo riguroso contenta al docto, lo avisado advierte al prudente, y en el cierto amargor de sus ejemplos y enseñanzas hay mucha saludable instrucción, por lo que resulta de él no menos provecho que deleite.

Por todo lo cual es mi parecer que se le debe dar al autor la licencia de impresión que pide.

Fecha en Madrid, a diez días del mes de octubre, año de 2003.

LUIS ALBERTO DE PRADO Y CUENCA  
Secretario del Consejo de Castilla